







16 MAR 2008 79-42

31 MAR 2008

~~78~~

~~78-2~~

77-79-54

5-39-23.

HISTORIA
DEL
CONSULADO Y DEL IMPERIO
EN FRANCIA.

III.

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO

DE LA REPUBLICA

III

86. 7053

7053

Registro

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO

EN FRANCIA,

POR M. A. THIERS.

TRADUCIDA

por D. P. X. y M. O.

Tomo Tercero.



Málaga :

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARTÍNEZ DE AGUILAR,—EDITOR.

calle del Marques, Núm. 10 y 12.

1846.

HISTORIA

DE

CONSULTAS Y DEL INTERIO

DE LA

POB. DE A. J. HERRAS

DE LA

DE LA

Tomo Tercero



MADRID

Imprenta de la Real Academia de la Historia

1884

1884

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO.



LIBRO DECIMONOVENO.

EL IMPERIO.

Efecto que causa en Europa la muerte del duque de Enghien.—La Prusia que se disponia ya á entrar en alianza con la Francia se inclina á la Rusia, y se une á ella por medio de un convenio secreto.—Cual era en 1803 la verdadera alianza de la Francia, y de qué modo se frustró.—Es denunciada á todos los gabinetes la conducta de MM. Drake, Smith y Taylor.—La impresion que causa esta denuncia atenua el efecto producido por la muerte del duque de Enghien.—Sensacion en San Petersburgo.—Esta corte se viste espontáneamente de luto.—Conducta ligera é inflexible del jóven Emperador.—Quiere reclamar á la Dieta de Ratisbona contra la violacion del territorio germánico, y dirige notas imprudentes á la Dieta y á la Francia.—Circunspeccion del Austria.—Esta potencia no se queja por lo acaecido en Ettenheim, pero aprovecha del apuro en que cree se encuentra el primer Cónsul para cometer en el Imperio los mayores excesos.—Espoliaciones y violencias en toda Alemania.—Energía del primer Cónsul.—Respuesta cruel dada al Emperador Alejandro, y órden al embajador frances para que se retire.—Desdénosa indiferencia hácia las reclamaciones de la Dieta.—Medio ideado por M. de Talleyrand para que dichas reclamaciones no tengan resultado alguno de importancia.—Conducta equivocada de los ministros austriacos en la Dieta.—Se aplaza la cuestion.—Se insinúa al Austria que cese en sus violencias contra el Imperio.—Deferencia de aquella corte.—Continuacion del proceso de Jorge y Moreau.—Suicidio de Pichegrú.—Agitacion de los ánimos.—Nace de esta agitacion un cambio en la opinion pública á favor de las ideas monárquicas.—Considérase el derecho hereditario como un medio de consolidar el orden establecido, y ponerle á cubierto de las consecuencias de un asesinato.—Numerosas peticiones.—Discurso de M. de Fontanes con motivo de haberse concluido el Código civil.—Papel que desempeña M. Fouché en aquella circunstancia.—Es el instrumento del cambio que se prepara.—M. Cambacérès opone alguna resistencia á dicho cambio.—Explicacion del primer Cónsul con éste.—Determinacion del Senado preparada por Mr. Fouché.—El primer Cónsul demora contestar al Senado, y se dirige á las cortes extrangeras, para saber si obtendrá de ellas que reconozcan el nuevo título que quiere tomar.—Respuesta favorable de la Prusia y del Austria.—Condiciones con que esta última corte ofrece su reconocimiento.—Disposicion activa del ejército á proclamar un Emperador.—El primer Cónsul, despues de haber guardado silencio por largo tiempo, responde al Senado, pidiéndole que le de á conocer todo su pensamiento.—El Senado delibera.—Mocion del tribuno Curée que tiene por objeto pedir el restablecimiento de la monarquía.—Preséntase esta mocion al Senado, quien la acoje y dirige un mensaje al primer Cónsul para proponerle el restablecimiento de la monarquía.—Comision encargada de proponer los cambios necesarios en la Constitucion consular.—Cambios adoptados.—Constitucion imperial.—Grandes dignatarios.—Empleos militares y civiles.—Proyecto de restablecer algun dia el

imperio de occidente.—Las nuevas disposiciones constitucionales son convertidas en un Senado-consulta.—El Senado se traslada en cuerpo á Saint-Cloud, y proclama á Napoleon Emperador.—Singularidad y grandeza de este espectáculo.—Continuacion del proceso de Jorge y Moreau.—Es condenado Jorge á muerte, y ejecutado.—MM. Armand de Polignac y de Rivière son condenados á muerte y perdonados.—Moreau es desterrado.—Su destino y el de Napoleon.—Nueva faz de la Revolucion francesa.—La república convertida en monarquía militar.

Abril de 1804.

Estado de la Europa en el momento de la muerte del duque de Enghien.

Si grande fue el efecto que causó en Francia la sangrienta catástrofe de Vincennes, mayor fue todavía el que produjo en Europa. No nos separaremos de la verdad rigurosa, diciendo que aquella catástrofe fue la causa principal de una tercera guerra general. La conspiracion de los príncipes franceses y la muerte del duque de Enghien, que era su consecuencia, fueron de esos golpes recíprocos, con los cuales la revolucion y la contra-revolucion se excitaron á una nueva y violenta lucha, que en breve se extendió desde los Alpes y el Rhin hasta las orillas del Niemen.

Ya hemos presentado la situacion respectiva de la Francia y de las diferentes cortes, desde la renovacion de la guerra con la Gran Bretaña; tambien hemos expuesto las pretensiones de la Rusia á ser la árbitra suprema, acogidas con frialdad por la Inglaterra, y con cortesía por parte del primer Cónsul, pero rechazadas en breve por éste desde que conoció las disposiciones parciales del gabinete ruso; las aprehensiones del Austria temiendo que la guerra viniese á ser general, y el modo con que procuraba distraer sus inquietudes abusando de su poder en el Imperio; y las dudas de la Prusia que agitada por las sugerencias de la Rusia, atraída por los agasajos del primer Cónsul, y casi seducida por las palabras de éste á M. Lombard, estaba pronta á salir de sus largas vacilaciones arrojándose en brazos de la Francia.

El rey de Prusia descontento de la Rusia y seducido por lo que el primer Cónsul habia dicho en Bruselas á M. Lombard, se decide por la alianza de la Francia.

Bruselas, y comunicando sus impresio-

Tal era la situacion poco ántes de la lamentable conjuracion, cuyas trágicas faces acabamos de presentar. M. Lombard habia vuelto á Berlin con la cabeza llena de cuanto habia oido en

nes al joven Federico Guillermo le habia decidido á ligarse definitivamente con nosotros. Otra circunstancia habia contribuido mucho á producir aquel dichoso resultado. La Rusia se habia mostrado poco favorable á las ideas de la Prusia, que consistian en una especie de neutralidad continental, fundada en la antigua neutralidad prusiana, y habia procurado sustituir á aquellas ideas un proyecto de tercer partido europeo, el cual bajo el pretexto de contener á las potencias beligerantes, en breve hubiera venido á parar en una nueva coalicion dirigida contra la Francia, y pagada y sostenida por la Inglaterra. Ofendido Federico Guillermo de la acogida hecha á sus proposiciones, y de las consecuencias visibles que podia arrastrar consigo el proyecto ruso, y conociendo que la fuerza estaba de parte del primer Cónsul, le hizo ofrecer, no ya una estéril amistad como acostumbraba á hacerlo desde 1800 por medio del hábil M. de Haugwitz, sino una verdadera alianza. En primer lugar, habia ofrecido á la Francia lo mismo que á la Rusia, una extension de la neutralidad prusiana, la cual debia comprender todos los estados de Alemania, exigiendo en cambio la evacuacion del Hamburgo, lo cual no hubiera tenido para nosotros otra ventaja que abrir de nuevo el continente al gobierno ingles, y cerrarnos el camino de Viena; pero como era natural, en la conferencia que el primer Cónsul tuvo en Bruselas con M. Lombard, no habia querido oír ni una palabra de aquel asunto. Despues del regreso de M. Lombard á Berlin y de la reciente conducta de la Rusia, el rey de Prusia nos hacia proponer otra cosa. En su nuevo sistema, las dos potencias, Francia y Prusia, se garantizarian el *statu presens*, comprendiendo para la Prusia todo lo que habia adquirido en Ale-

El rey de Prusia ofrece á la Francia una garantía recíproca de los Estados que en aquel momento poseen ambas potencias.

mania y en Polonia desde 1789; y para la Francia el Rhin, los Alpes, la reunion del Piamonte, la presidencia de la Republica italiana, la propiedad de Parma y Plasencia, la conservacion del reino de Etruria, y la ocupacion por un plazo señalado de Tarento. Si se turbaba la paz por alguno de aquellos intereses, aquella de las dos potencias que no se viese inmediatamente amenazada, debia mezclarse en la cuestion para prevenir la guerra; y si sus buenos oficios eran ineficaces, ambas potencias debian reunir sus fuerzas y sostener mancomunadamente la lucha. Por precio de aquel grave compromiso, la Prusia pedia que se eva-

cuasen las orillas del Elba y del Weser; que se redujese el ejército frances de

Hannover al número de hombres necesario para recaudar las rentas del pais; es decir á 6,000; y, en fin, si al ajustarse la paz, los triunfos de la Francia habian sido demasiado grandes, para que ella pudiese dictar las condiciones, la Prusia exigia que la suerte de Hannover se arreglase de acuerdo con ella; lo cual era estipular de un modo indirecto que se le diese el Hannover.

Razones que habian decidido á la Prusia á comprometerse tanto en la política de Francia.

que tenia de conservar la paz continental, cuya seguridad, segun su opinion, dependia de una alianza sólida entre la Prusia y la Francia. Habia conocido con un golpe de vista que le hace mucho honor, y mas particularmente á M. de Haugwitz, que era quien verdaderamente le inspiraba, que hallándose fuertemente unidas la Prusia y la Francia, ningun otro estado del continente se atreveria á turbar la paz general: asimismo habia reconocido que encadenando al continente, encadenaba tambien al primer Cónsul, porque la garantia dada á la situacion presente de las dos potencias, era un medio de hacerla firme, y de impedir al primer Cónsul nuevas empresas. Si la Prusia hubiera persistido en tales miras, y se la hubiera animado á perseverar en ellas, se hubieran cambiado los destinos del mundo.

Las mismas razones que habian decidido á la Prusia á hacer la proposicion de que acabamos de dar cuenta, hubieran debido decidir al primer

Cónsul. Lo que en definitiva deseaba él, al menos entónces, era la estension de la Francia hasta el Rhin y los Alpes, una dominacion absoluta en Italia, una influencia preponderante en España, y en una palabra la supremacia sobre el occidente. Obteniendo la garantia de la Prusia, tenia todo aquello, y con un grado de certeza casi infalible. No hay duda que se abria de nuevo el continente á los ingleses, con la evacuacion de las orillas del Elba y del Weser; pero aquella ventaja que se devolvía á su comercio, no le daba una ventaja proporcionada al perjuicio que le causaba la inmovilidad del continente, asegurada en adelante por la union de la Prusia con la Francia. Y permaneciendo el continente inmóvil, tenia el primer Cónsul la seguridad de descargar mas tarde ó mas temprano algun gran golpe sobre la Inglaterra, dedicándose á ello con todo el poder de su genio por espacio de algunos años.

Faltaba el título de *alianza* á la proposicion de la Prusia: pues aunque lo era positivamente, faltaba sin embargo la palabra, por quererlo así el jóven Rey despues de muy detenidas reflexiones.

Enefecto, este principio no habia querido insertar aquella palabra, y hasta habia procurado disminuir la importancia aparente del tratado, llamándole un convenio. Pero ¿qué importaba la forma existiendo el hecho, cuando se estipulaba formalmente el compromiso de reunir sus fuerzas á las nuestras, y cuando dicho compromiso era contraido por un Rey honrado, y fiel á su palabra? Esta es la ocasion de hacer notar una de las debilidades, no solo de la corte de Prusia en aquella época, sino de todas las cortes de Europa. Admirábase al nuevo gobierno de Francia desde que estaba dirigido por un grande hombre; amábanse sus principios tanto como se respetaba su gloria, y no obs-

Motivos que hubieran debido decidir al primer Cónsul á aceptar los ofrecimientos de la Prusia.

Dificultades que sobrevienen por negarse el Rey de Prusia á insertar en el tratado propuesto, la palabra *alianza*.

tante, se mantenian separados de él; y aun cuando un interes apremiante les obligaba á aproximarse, no querian tener otras relaciones que las de los negocios; y no porque experimentasen ó se atreviesen á manifestar hacia él el desden aristocrático de las antiguas dinastias hácia las nuevas, pues el primer Cónsul no se habia expuesto todavia á comparaciones de este género, constituyéndose gefe de dinastia, y la gloria militar, que formaba su principal titulo, era uno de esos méritos con los que no es posible el desprecio. Pero al declararse formalmente su aliado hubiera tenido que pasar á los ojos de la Europa por desertor de la causa comun de los reyes. Federico Guillermo se hubiera encontrado embarazado ante su jóven amigo Alejandro, y aun ante su enemigo el Emperador Francisco. La hermosa y jóven Reina, que tenia á su alrededor una corte animada de las pasiones y preocupaciones del antiguo régimen; corte, en la cual se morfaban de M. Lombard, porque habia vuelto de Bruselas entusiasmado por el primer Cónsul, y en la que se odiaba á M. de Haugwitz, porque era el apóstol de la alianza francesa; la hermosa y jóven Reina y los que la rodeaban hubieran puesto el grito en el cielo, y abrumado al Rey con su censura. Sin duda no habria sido esto mas que una incomodidad interior, y Federico Guille. no las sufría á menudo; pero no hubiera podido conciliar aquel tratado formal de alianza con el lenguaje equivoco y desprovisto de franqueza que usaba de ordinario con las demás cortés; pues queria presentarles los compromisos que contrajera con el primer Cónsul, como un sacrificio que hacia á pesar suyo á la necesidad mas apremiante de sus pueblos. En efecto, era necesidad urgente para su pais que se evacuase el Hannover, á fin que se levantase el bloqueo del Elba y el Weser. Para obtener, hubiera dicho él, de la Francia la evacuacion del Hannover, era necesario conceder al primer Cónsul alguna cosa, y se habia visto obligado á garantizarle, lo que, por otra parte, todas las potencias y particularmente el Austria, le habian garantizado, ya por medio de tratados, ya por convenios se-

cretos; y á aquel precio, que no era ninguna nueva concesion, habia librado á la Alemania de los soldados extranjeros, y restablecido su comercio. Agregando al convenio propuesto la palabra *alianza*, era imposible darle aquella interpretacion. Es verdad que la estipulacion relativa al Hannover le comprometia tanto como la palabra *alianza*, pero se hallaba comprendida en un artículo, el cual se habia prometido, bajo palabra de honor, que permaneceria secreto. Por lo expuesto se ve que aquella corte era tan débil como ambiciosa; pero se podia contar con su promesa, una vez estipulada. Era preciso, pues, tomarla tal cual era, plegarse á sus debilidades, y apresurarse á no desperdiciar esta ocasion única de ligarla á la Francia.

En nuestros dias, desde que el antiguo imperio germánico ha sido destruido, subsisten pocos motivos de rivalidad entre la Prusia y el Austria, y existe uno muy temible entre la Prusia y la Francia, á causa de las provincias rinianas. Mas en 1804, situada la Prusia bastante lejos del Rhin, tenia con la Francia intereses conformes, y con el Austria los tenia contrarios. El odio de Federico el Grande contra esta potencia existia en toda su fuerza. La reforma de la Constitucion germánica, la secularizacion de los territorios eclesiásticos, la supresion de la nobleza inmediata, la division de los votos entre los católicos y los protestantes, eran otras tantas cuestiones resueltas ó por resolver, que alimentaban el resentimiento de ambas cortés por lo pasado y por el porvenir. Enriquecida la Prusia con los bienes de la Iglesia, representando la revolucion en Alemania, y teniendo los intereses y casi la mala fama de aquella, al lado de las antiguas monarquias, era nuestra aliada natural; y á menos de no querer tener ningun amigo en Europa, era evidentemente necesario unirse á ella.

En efecto, la España no era nada como aliada, y para regenerarla (1),

(1) Regenerar á España llama Mr. Thiers á la guerra horrorosa que hizo Napoleon á este desgraciado pais, para hacerlo servir á su antojo y en su provecho. Ciertamente, es

Ventajas de la alianza prusiana para la Francia.

estaba el primer Cónsul condenado á lanzarse mas tarde en inmensas dificultades. Dividida la Italia en porciones cuya totalidad casi poseíamos, no podia proporcionarnos todavía una fuerza efectiva, y á penas nos daba algunos soldados, los cuales para ser buenos, pues de ello eran capaces, necesitaban estar por mucho tiempo en las filas de los nuestros. El Austria mas hábil y astuta que todas las demás córtes, alimentaba la resolución de precipitarse sobre nosotros á la primera ocasion oportuna para recuperar lo que habia perdido, pero lo disimulaba á todo el mundo y casi á ella misma; en lo cual no habia nada que debiese causar asombro ni fuese digno de censura. El que es vencido procura levantarse, y tiene derecho para ello. Tanto como la Prusia representaba en Alemania alguna cosa análoga á nosotros, tanto el Austria representaba cuanto se podia imaginar de mas contrario, porque ella era la completa imagen del antiguo régimen. Por otra parte habia una razon que la hacia irreconciliable con la Francia, y era la Italia, objeto de todas sus ansias y tambien de las del primer Cónsul; y por lo tanto, mientras este procurase dominar á Italia, no debian esperarse sino treguas, mas ó menos largas, con el Austria. Entre las dos córtes alemanas siempre divididas, era, pues, imposible, optar por la de Viena. En cuanto á la Rusia, al pretender dominar el continente, era preciso resignarse á tenerla por enemiga, lo cual habian probado suficientemente los diez últimos años. Aun sin ningun interes en la guerra que sosteniamos contra la Alemania, y con un interes conforme al nuestro, en la que sosteniamos contra la Inglaterra, la corte de Rusia habia tomado una actitud hostil en el reinado de Catalina; enviado á Suwarow en el de Pablo I, y concluia

en el de Alejandro, queriendo proteger á las pequeñas potencias, para venir á parar á un protectorado del continente, incompatible con el poder que queriamos ejercer en él. La envidia continental hacia que fuese una enemiga para nosotros, asi como la envidia marítima hacia que lo fuese la Inglaterra. De este modo, no pudiendo la España abatida y exhausta, ofrecernos ninguna fuerza; siendo irreconciliable el Austria á causa de la Italia, y siendo la Rusia nuestra rival en el continente, como la Inglaterra lo era en los mares, solo la Prusia podia ser nuestra aliada natural y forzada, pues solo ella tenia intereses semejantes á los nuestros, y representaba entre los antiguos gobiernos el papel de potencia nueva. Desdeñarla era consentir en quedarse solo; y permanecer siempre solo en cualquier caso, era exponerse á perecer al primer golpe desfavorable.

M. de Talleyrand, cuando se trataba de alianzas aconsejaba mal al primer Cónsul. Este ministro, en quien los gustos han ejercido mayor influjo que el cálculo,

Sin desconocer el primer Cónsul las ventajas de la alianza prusiana, cree poder dilatar algun tiempo el elegir un aliado.

lo, tenia por el Austria una preferencia marcada. Lleno de los recuerdos del antiguo gabinete de Versalles, en donde se detestaba á Federico el Grande á causa de sus sarcasmos, y se amaba á la corte de Viena á causa de sus lisonjas, creia hallarse en el mismo Versalles cuando estaba en buenas relaciones con el Austria. Por estas malas razones, se mostraba frio, burlon y despreciativo respecto á la Prusia, y aconsejaba al primer Cónsul no se fiase de ella; si bien es verdad que sus consejos tenian poco influjo; pues desde su advenimiento al poder, habia juzgado el primer Cónsul con su ordinaria sagacidad, de qué lado se hallaba la alianza que debia desearse, y se habia inclinado hacia la Prusia. Sin embargo, lleno de confianza en su fuerza, no se apresuraba á elegir amigos; reconocia la utilidad de tenerlos, y apreciaba en su justo valor á unos y á otros, pero creia que tendria siempre tiempo de conceder su amistad, y queria hacerlo con la mayor comodidad y ventaja.

Cuando á consecuencia de las confe-

una idea peregrina la de *regenerar* un pais contra la voluntad general de su pueblo, y emplear para convencerlo la metralla y el sable por argumentos. A este paso no dudamos que Mr. Thiers dé por justas y hasta meritorias las sangrientas ejecuciones del 2 de Mayo de 1808 en Madrid, y todas las demas atrocidades con que sus compatriotas despertaron la ira del pueblo español, que tan funesta fue para ellos.

(Nota del Traductor.)

rencias de Bruselas presentó M. de Luchesi al primer Cónsul una carta del mismo Rey, y el proyecto de alianza, aunque sin el título de tal, se ofendió este gravemente. Conceptuaba, con razon, demasiado honrosas las relaciones con la Francia, y sobre todo demasiado prove-

El primer Cónsul se ofende porque no se halla contenida en el tratado la palabra *alianza*.

do la palabra *alianza*. Haciendo la Prusia una profesion pública de nuestra amistad se puede intimidar á la Europa; y dejarme á mi libre para dirigir todos nuestros recursos contra la Inglaterra. Con un tratado semejante disminuiria el ejército de tierra, aumentaria el de mar, y me dedicaria enteramente á la guerra marítima. Con menos que

El primer Cónsul quiere la insercion formal de la palabra *alianza* en el tratado.

hecho el sacrificio de no impedir el comercio de los ingleses, sin adquirir por esto ventajas suficientes para la Francia.

Habia mucha verdad en este raciocinio. La confesion explicita de nuestra alianza nos hubiera dado un poder moral, que no podia ofrecernos una semi-declaracion, pero el hecho mismo de la union de las fuerzas tenia un valor inmenso, y en este caso debia preferirse el fondo á la forma. Ligada la Prusia con nosotros, hasta contraer la obligacion de tomar las armas en ciertos casos, en breve se hubiera visto comprometida á los ojos de la Europa, perseguida con la censura de los gabinetes, irritada, é impulsada á pesar suyo á arrojarse en nuestros brazos. El primer Cónsul, ademas de exigir absolutamente la palabra *alianza*, disputaba tambien algunas de las condiciones que pedia la Prusia. En cuanto al Hannover, no tenia dificultad en cederlo á la Prusia, llegado el dia, porque esto era indisponerla formalmente con la Inglaterra; pero se mostraba muy tenaz respecto á conceder la libre navegacion de los rios; pues se indignaba á la idea de abrir de nuevo una parte del continente á los in-

gleses; á los ingleses que cerraban todos los mares. Sobre este particular llegó hasta á decir al ministro de Prusia.—¿Cómo quereis obligarme, por una cuestion de dinero, á que renuncie á uno de los medios mas eficaces de perjudicar á la Gran Bretaña? Ya habeis dado un socorro de tres ó cuatro millones de escudos á los mercaderes de telas de Silesia; y es menester darles otros tantos. Haced vuestro cálculo: ¿cuánto os costará? ¿seis ú ocho millones de escudos? Yo estoy pronto á suministrároslos con tal que renuncieis á que se franqueen los rios.

Este expediente no era del gusto de la Prusia, porque queria poder decir á las cortes de la Europa, que solo se habia comprometido tanto con el primer Cónsul para alejar á los franceses del Elba y del Weser.

Cuando se remitió á Berlin la proposicion asi variada, el Rey de Prusia se asustó á la idea de una alianza explicita. El Emperador Alejandro y las cortes alemanas estaban, sin cesar, presentes en su imaginación, echándole en cara su felonía. Como conocia tambien el carácter emprendedor del primer Cónsul, temia, si se unia demasiado á él, verse arrastrado á la guerra, que era lo que habia de mas terrible para él. Hasta la misma corte se vió dividida y agitada con esta cuestion. Aunque los trabajos del gabinete eran muy secretos, se traslució algo de lo que le preocupaba tan vivamente, y la corte se desencadenó contra M. de Haugwitz, á quien acusaban como autor de semejante politica. Este eminente hombre de estado, á quien cierto

Espanto del Rey de Prusia cuando se le pide un tratado formal de alianza.

debido mas bien á su situacion que á su carácter, hacia que le calumniasen en Europa, pero que entonces comprendia mejor que ningun prusiano, y tambien diriamos mejor que ningun francés, los intereses combinados de las dos potencias, hacia los mayores esfuerzos para tranquilizar el corazon de su Rey, y para persuadir al primer Cónsul que no fuese demasiado exigente. Pero sus esfuerzos eran vanos, y en su disgusto formó el proyecto de retirarse, lo cual verificó en breve. El

Esfuerzos de M. de Haugwitz para unir al rey de Prusia y al primer Cónsul.

ministro de Rusia en Berlin, M. de Alo-peus, ruso fogoso y arrogante como M. de Markoff, turbaba á Postdam con sus clamores, y la diplomacia austriaca lo llenaba con sus intrigas; coaligándose todas las pasiones contra la idea de una alianza con la Francia. No obstante, esta agitacion no se extendia mas allá del circulo íntimo da la corte, y no habia adquirido en Berlin la notoriedad de un acontecimiento público.

En medio de las vacilaciones del gabinete prusiano sobreviene la prision del duque de Enghien.

El efecto que produjo en el territorio germánico, la cual produjo un efecto inmenso; y fue causa de que el partido anti-frances se desencadenase violentamente; y que el partido contrario se viese en el mayor embarazo. El argumento del cónsul Lebrun, que decia que aquel acto causaria un gran ruido en Europa, se vió del todo realizado.

Efecto que produce aquella noticia.

Tal era la situacion, cuando llegó de improviso la noticia de la prision del duque de Enghien, verificada en el territorio germánico, la cual produjo un efecto inmenso; y fue causa de que el partido anti-frances se desencadenase violentamente; y que el partido contrario se viese en el mayor embarazo. El argumento del cónsul Lebrun, que decia que aquel acto causaria un gran ruido en Europa, se vió del todo realizado. Sin embargo, para atenuar algo el efecto de aquella noticia, se añadia que era una medida de pura precaucion; que el primer Cónsul habia querido apoderarse de un rehen, pero que no habia podido entrar en su mente la idea de castigar á un jóven principe, de un nombre tan ilustre, extraño por otra parte á la trama que acababa de descubrirse en Paris. Pero apenas habia habido tiempo para lograr que prestasen oidos á semejantes excusas, cuando se supo la terrible ejecucion de Vincennes. Desde entonces se vió el partido frances obligado á callarse, sin poder siquiera presentar alguna excusa. El ministro de Francia Laforest, que gozaba de una gran consideracion personal, se vió abandonado de pronto de la sociedad prusiana, y él mismo hizo mencion en sus despachos que apenas se le dirigia la palabra; y en uno de sus partes diarios, repitió las siguientes expresiones, dichas por una persona muy amiga de la legacion: «A juzgar de la exasperacion de los ánimos por la exaltacion con que se habla, no dudo que seria insultado y aun algo mas, todo cuanto pertenece al gobierno frances, sino existiesen en Prusia leyes protectoras, y un Rey cuyos principios se conocen.»

M. de Laforest decia tambien con la misma fecha, que aquellos vocingleros, despues de haber manifestado, al menos en la apariencia, una viva sensibilidad, no podian contener cierta especie de alegria insultante, y se daban la enhorabuena, como si hubiesen alcanzado un importante triunfo.

En efecto, aquel cruel acontecimiento fue un triunfo para los enemigos de la Francia, porque quitó muchas ventajas al partido frances, y fue causa que se anudaran alianzas, que tuvieron que desatarse á cañonazos.

Las faltas de un adversario son una compensacion muy triste de las faltas propias. Sin embargo, la Inglaterra nos proporcionó aquella compensacion; pues

habia cometido un acto difícil de calificar, proporcionando el dinero necesario para fraguar un complot, mandando y tolerando que tres de sus agentes, sus ministros en Cassel, Stuttgart y Munich se mezclasen en las mas criminales intrigas. El primer Cónsul habia enviado á un oficial seguro, quien disfrazándose y tomando el carácter de un agente de la conspiracion, habia adquirido la confianza de MM. Drake y Spencer Smith, recibiendo de ellos para entregarlos á los conjurados, y á título de buena cuenta, vista la dificultad de reunir en el momento valores suficientes en numerario, mas de 100,000 francos en oro, los cuales habia entregado al punto á la policia francesa. Los informes de este oficial y las cartas autógrafas de MM. Drake y Spencer habian sido reunidas, depositadas en el Senado y comunicadas al cuerpo diplomático, para que pudiesen comprobar la autenticidad de aquellos documentos; de modo que el hecho no podia ponerse en duda. Insertados en el *Moniteur* dicha relacion y documentos, y circulados en todas las cortes, hicieron suceder á la censura apasionada de que era la Francia de algunos dias á aquella parte el exclusivo objeto, una censura severa por la conducta de la Inglaterra. Los hombres imparciales vieron bien que el primer Cónsul habia sido

Al efecto producido por la muerte del duque de Enghien se opone la publicacion de las cartas de MM. Drake y Spencer Smith.

Reprobacion general en Europa contra MM. Drake y Spencer Smith.

provocado por actos odiosos, y sintieron por su gloria, que no se hubiese contentado con la represion legal que debia herir á Jorge y sus cómplices, y con la reprobacion que debia recaer sobre la conducta de la diplomacia inglesa. MM. Drake y Smith, despedidos ignominiosamente de Munich, atravesaron con precipitacion la Alemania no atreviéndose á presentarse en ninguna parte. M. Drake, á su paso por Berlin, recibió de la policia prusiana la orden de no detenerse ni un solo dia; de modo que no hizo mas que atravesar aquella capital, y fué á embarcarse apresuradamente para Inglaterra, llevando consigo la deshonra consecuenta á la profanacion de las funciones mas sagradas.

La conducta de M. Drake y de su cólega, separó algo la atencion del público europeo de la muerte del duque de Enghien. Entretanto, el gabinete prusiano, guardando en sus comunicaciones el decoro debido, se volvió, no obstante, de pronto silencioso, frio y reservado para M. de Laforest; no volviendo á hablar ni una palabra mas de alianza, ni de negocios, ni aun del cruel acontecimiento que se lamentaba en todas partes. Sabiase que MM. de Haugwitz y Lombard estaban afligidos por un suceso que echaba abajo su politica; no se ignoraba que M. de Haugwitz en particular, habia tomado la resolucion de dejar la direccion de los asuntos del Estado, y retirarse á sus tierras de Silesia, muy desmembradas por la guerra. Habiendo querido M. de Laforest provocar una explicacion, M. de Haugwitz oyó sus observaciones con mucha atencion, y le contestó

Palabras de M. de Haugwitz que dan á conocer no debe ya pensarse en la alianza.

con estas graves palabras:—Podeis estar persuadido, caballero, que en todo esto el Rey se ha

mostrado particularmente sensible en lo que toca á la gloria del primer Cónsul. En cuanto á la alianza, no se debe ya pensar en ella. Se ha querido exigir demasiado del Rey; y, por otra parte, se ha inclinado de pronto á otras ideas, á causa de un acontecimiento imprevisto, cuyas consecuencias ni vos ni yo podemos impedir.—

En efecto, las disposiciones del Rey de Prusia habian cambiado del todo. Al presente pensaba venirse á la Rusia, y

obtener de esta corte el apoyo que habia buscado antes en la Francia. Habia deseado que el primer Cónsul redujese

el ejército de Hannover, y evacuase las orillas del Elba y del Weser, comprometiéndose, en cambio, á participar de todos los peligros que pudieran amenazar á la Francia. Decidido ya, á no tener nada de comun con ella, se resignaba á sufrir la ocupacion del Hannover, y el bloqueo de los rios que era su consecuencia; y buscaba en una union íntima con la Rusia, los medios de prevenir, ó limitar al menos, los inconvenientes que podian resultar de la presencia de los franceses en Alemania. Asi, pues, al momento entró en conferencias con el embajador de Rusia; no siéndole difícil conducir á buen fin semejante negociacion, [porque ella satisfacia todos los deseos de aquella corte.]

Mientras se iba disminuyendo en Berlin el efecto del trágico acontecimiento que ocupaba á Europa, empezaba en San Petersburgo; y allí fue mayor que en ninguna parte. En una corte jóven, viva, inconsecuente, y que estando muy distante de la Francia no se veia obligada á ser prudente no se tuvo en cuenta moderar las exterioridades. El correo portador de la noticia de la muerte del duque de Enghien llegó á San Petersburgo el sábado; y el dia siguiente domingo lo era de recepcion diplomática. Ofendido el Emperador de la altivez del primer Cónsul, y poco dispuesto á contenerse para complacerlo, solo dió oído en aquella circunstancia, á sus resentimientos y á los clamores de una

Cambio repentino en el ánimo del Rey de Prusia, que le inclina hácia la Rusia.

Efecto que produce en San Petersburgo el acontecimiento de Vincennes.

La corte de Rusia se viste espontáneamente de luto.

madre apasionada. En su consecuencia, mandó que toda su servidumbre se vistiese de luto, aun sin consultar para ello á su gabinete; y cuando llegó el momento de la recepcion, el Emperador y su corte se presentaron de duelo, con grande asombro de los mismos ministros que no habian sido prevenidos; y con alegría de los representantes de todas las cortes de Europa, que vieron que aquella manifestacion de dolor era

un insulto á la Francia. Nuestro embajador el general Hedouville, que asistía como los demás, á aquella recepcion, se halló por algunos instantes en una situación cruel; pero

Sangre fria de nuestro embajador el general Hedouville.

mostró una calma y una dignidad que llamaron la atencion

de todos los que presenciaron aquella extraña escena. El Emperador pasó por delante de él sin proferir ni una palabra. El general, no apareciendo ni turbado, ni embarazado, y pasando en torno suyo una mirada tranquila, hizo respetar con su continente á la nacion francesa comprometida por una gran desgracia.

Despues de aquella imprudente manifestacion se puso el Emperador á deliberar con sus ministros, acerca de la conducta

que se debía seguir. Este jóven monarca, sensible, pero tan vano como sensible, estaba impaciente por figurar, pues aunque ya habia representado un papel en los negocios alemanes, en breve habia conocido que mas bien que haberlo él conquistado, se lo habia concedido la política del primer Cónsul. Habia recomendado á éste á Nápoles y el Hannover sin que lo atendiesen; y se hallaba

Verdaderos motivos de la manifestacion que habia hecho.

ofendido por otra parte de la altivez con que el primer Cónsul habia trata-

do á M. de Markoff, aunque él mismo censurase la conducta de aquel embajador. En tal disposicion, bastaba cualquier cosa para que manifestase su disgusto, y al ceder á la vanidad ofendida, creyó obedecer tan solo á los mas honrosos sentimientos de humanidad. Agréguese á esto un carácter impresionable hasta lo sumo, y una falta absoluta de experiencia, y se podrán explicar fácilmente sus repentinias resoluciones.

La Rusia tiene una demostracion política á la de corte que acababa de hacer.

mas serio y formal que una demostracion de corte. Sus consejeros, despues de haberle resistido, imaginaron para satisfacerle un medio muy arrojado, cual fue el de reclamar contra la invasion del

territorio de Baden, mostrándose como garante del imperio germánico; y esto, como va á verse, era un paso en extremo desconsiderado.

La cualidad de garante del imperio germánico que se atribuia la corte de

La Rusia quiere reclamar contra la violacion del territorio germánico

Rusia, era muy dudosa, porque la última mediacion, verificada á medias con la Francia, no habia sido seguida de un acto formal de garantia; este acto era tan necesario para que existiese dicha garantia, que los ministros de Francia y de Rusia habian deliberado muy á menudo acerca de la necesidad de llevarle á cabo, y sobre la forma que se le debía dar. Por lo tanto, aquel acto no habia tenido lugar. En su defecto, quedaba el titulo que se podia sacar del tratado de Teschen, por el cual la Francia y la Rusia habian garantido en 1779, el arreglo verificado entre la Prusia y el Austria, en lo relativo á la sucesion de Baviera; pero este compromiso limitado á un objeto especial, ¿conferia el derecho de mezclarse en una cuestion de policia interior del imperio? El caso era dudoso; mas dado que el imperio tuviese que quejarse de una violacion de territorio, tocaba hacerlo en primer lugar al estado ofendido, es decir, al gran duque de Baden, y el reclamar, cuando mas, á una potencia alemana, pero nunca á una extranjera. Asi, pues, ningun titulo tenia para promover esta cuestion; con la cual se iba á embarazar á la Alemania, y hasta á agraviarla, porque aunque ofendida, no tenia muchas ganas de empezar una querella, cuyo éxito era fácil de preveer. Cometiase, en fin, con aquella demostracion una ligereza imperdonable. Apenas habian transcurrido cuatro años, que un crimen, al cual llamaban los calumniadores un parricidio, habia ensangrentado á San Petersburgo, y dado la corona al jóven monarca. Los asesinos del padre rodeaban todavía al hijo, y ninguno de ellos habia sido castigado. ¿No era esto exponerse á una réplica terrible de parte del mas audaz de los adversarios? El jóven príncipe de Czartoryski habia reemplazado á

A pesar de las objeciones del príncipe Czartoryski, el gabinete ruso dirige una nota á Ratisbona para reclamar contra la violacion del territorio germánico.

M. de Woronzoff que se hallaba enfermo, y en elogio de aquel debemos decir, que apesar de su juventud, presentó objeciones poderosas en contra de la determinacion que se queria adoptar; pero los hombres de mas edad del Consejo no manifestaron en aquella ocasion mayor cordura que la del monarca adolescente, por que en materia de prudencia, las pasiones igualan todas las edades. En su consecuencia, el gabinete de San Petersburgo decidió que se dirigiese á la Dieta germánica una nota para excitar su solicitud y provocar sus deliberaciones acerca de la violacion de territorio, recientemente cometida en el gran ducado de Baden. Igual nota y sobre el mismo asunto debia dirigirse al gobierno frances.

No se limitaron á esto las demostraciones inspiradas por aquella circunstancia. Se quiso atestiguar á la corte de Roma una desaprobacion ruidosa, por la condescendencia que acababa de mostrar á la Francia, entregando á esta al emigra-

do Vernègues. Al momento se mandó al ministro de Rusia en Roma que dejase la corte pontificia, y se despidió de San Petersburgo al nuncio del Papa. Im-

posible era permitirse una censura mas fuera de su lugar, ni mas ofensiva de los actos de una corte extrangera, por mas que estos fuesen dignos de censura. Inquieta la Saxonía por el disgusto que causaba al primer Cónsul la presencia de M. de Entraigues en Dresde,

El gobierno ruso se niega á retirar de Dresde al emigrado M. de Entraigues.

Petersburgo contestó que M. de Entraigues permaneceria en Dresde, porque la Rusia en la eleccion de agentes no tenia necesidad de consultar las conveniencias de las otras córtes.

Despues de haber dado tan imprudentes pasos, se ocuparon en prevenir las consecuencias, tratando de formar nuevas alianzas. Como era natural habian prestado un oido complaciente y solícito á las nuevas hablas de la Prusia, la cual despues de haber abandonado á la Rusia por la Francia, dejaba ahora á la

Francia por la Rusia y procuraba unirse con el Norte. Bien

hubieran deseado comprometer á Federico Guillelmo hasta formar una especie de coaliccion continental, independiente de la Inglaterra, aunque algo inclinada hácia ella; mas se vieron obligados á contentarse con lo que ofrecia el Rey de Prusia. Forzado este príncipe á dejar el Hannover á los franceses despues de haber negociado con ellos, procuraba garantirse de los inconvenientes que ocasionaba su presencia, poniéndose en inteligencia con la Rusia. Esto era lo único que queria, y era imposible hacerle empeñar en otra cosa.

En su consecuencia, despues de haberse esforzado cada uno por su parte, en que el resultado correspondiese á los fines que

se habia propuesto, se convino en una especie de compromiso, que consistia en una doble declaracion de la Prusia á la Rusia, y de la Rusia á la Prusia, redactada en términos diferentes, é impregnada del espíritu de cada una de las dos córtes. He aqui las bases de su compromiso. Mientras que los franceses se limitasen á la ocupacion del Hannover, y no aumentasen el número de 30,000 hombres en aquella parte de Alemania, las dos córtes debian permanecer en inaccion y atenerse al *statu quo*; pero si se aumentaban las tropas francesas, y si otros estados de Alemania eran invadidos, entonces se unirían para resistir á aquella nueva invasion; y si su resistencia á aquel progreso de los franceses hácia el Norte, ocasionaba la guerra, debian unir sus fuerzas y sostener en comun la lucha. Llegado este caso, pondria el Emperador á disposicion de la Prusia todos los recursos de su imperio. Este lamentable contrato firmado por la Prusia el 24 de Mayo de 1804,

iba acompañado por su parte de una multitud de restricciones. El Rey decia en su declaracion, que arrastrar con muchos ligeros á la guerra, y ni el aumento de algunos centenares de hombres en el ejército que ocupaba el Hannover, enviados para el

Solicitud de la Rusia por la Prusia.

La alianza que no llevó á cabo la Prusia con la Francia, se convierte en una alianza con la Rusia.

Firma la Prusia la alianza con la Rusia el 24 de Mayo de 1804.

no pensaba dejarse ligereza á la guerra el ejército que ocupaba el Hannover, enviados para el

reemplazo anual y regular de aquel ejército, ni una cuestion accidental con una de las pequeñas potencias alemanas, serian bastantes para inducir la á arrostrar un rompimiento con la Francia, pues para esto era necesario que la Francia mostrase bien la intencion formal de estenderse en Alemania, aumentando efectiva y considerablemente las fuerzas francesas en el Hannover. En cuanto al joven Emperador, no hacia ninguna restriccion de este género; y se obligaba pura y sencillamente á unir sus ejércitos á los de Prusia en caso de guerra (1).

(1) Este tratado, bajo forma de doble declaracion, no debe ser confundido con el tratado secreto de Potsdam, concluido el 3 de Noviembre de 1805, mientras que Napoleon marchaba de Ulma á Austerlitz, y que fue arrancado á la Prusia á consecuencia de la violacion del territorio de Anspach y de Bareuth. El de que hablamos aquí no ha sido jamás publicado en ninguna relacion diplomática, y hasta ha quedado desconocido á la Francia. Habiendo logrado tener noticias de él, le publico ahora para la ilustracion de un hecho importante, cual fue el abandono de la alianza francesa por la Prusia.

Declaracion de la corte de Prusia.

Nos Federico Guillelmo III &c., &c.

Habiendo expuesto la renovacion de la guerra entre Inglaterra y Francia á una invasion extranjera el Norte de Alemania, las consecuencias que ya han resultado de ella á nuestra monarquia y á nuestros vecinos han excitado toda nuestra solicitud; pero las que, particularmente, pueden resultar todavia han exigido de Nos el pesar y preparar los medios para poner el remedio conveniente.

Por mas penosa que sea la ocupacion del Hannover, y el bloqueo de los rios, que es su consecuencia inmediata; despues de haber agotado, para hacer cesar aquel estado de cosas, todos los medios compatibles con la paz, hemos resuelto hacer á esta el sacrificio de no mirar lo pasado, y de no proceder á medidas activas, mientras que nuevas usurpaciones no nos obliguen á ello.

Pero si, á pesar de las solemnnes promesas dadas por el gobierno frances, extendiéndose mas allá del *statu quo* presente, sus empresas contra la seguridad de cualquiera de los Estados del Norte, estamos decididos á oponerle las fuerzas que la Providencia ha puesto en nuestras manos.

Hemos hecho á la Francia esta declara-

Este tratado de forma tan rara, debia permanecer secreto; y en efecto, quedó completamente desconocido de la Francia. Apenas se habia concluido, cuando el Rey de Prusia, agitándose

racion solemne y la Francia la ha aceptado; pero impulsándonos la confianza y la amistad á franquearnos mas abiertamente con S. M. el Emperador de todas las Rusias, hemos tenido la satisfaccion de convencernos, que nuestras ideas estaban absolutamente en armonia con los principios de nuestro augusto aliado, y que él mismo estaba decidido á sostenerlas con nosotros. En su consecuencia, nos hemos puesto de acuerdo con S. M. I. en los puntos siguientes:

1.º Nos opondremos de comun acuerdo á toda nueva usurpacion del gobierno frances en los estados del Norte, extraños á su cuestion con la Inglaterra.

2.º Al efecto fijaremos nuestra constante y severa atencion en los preparativos de la República, y con ojo vigilante seguiremos los cuerpos de tropas que sostenga en Alemania; y si se aumenta su número nos pondremos, sin pérdida de tiempo, en estado de hacer respetar la proteccion que tenemos la intencion de conceder á los estados débiles.

3.º Si en efecto existe el caso de una nueva usurpacion, conocemos que con un adversario tan peligroso serian funestos los términos medios. Entónces, marcharemos contra la República con fuerzas proporcionadas á su inmenso poder. Asi, pues, al aceptar con reconocimiento la oferta de nuestro augusto aliado, de agregar constantemente á nuestras tropas un ejército de 40 ó 50,000 hombres, no dejaremos de contar por eso menos con las estipulaciones anteriores del tratado de alianza entre la Rusia y la Prusia, estipulaciones que enlazan de tal suerte los destinos de ambos imperios, que desde que se trata de la existencia del uno, los deberes del otro no tienen límites.

4.º Para determinar el momento en que existirá el *casus federis*, es necesario ver las cosas en grande y en su verdadero espíritu. Los pequeños estados del imperio, situados al otro lado del Weser pueden ofrecer pasageramente escenas que repugnen á aquellos principios, ya porque son el teatro continuo del paso de las tropas francesas, ya porque sus soberanos estan ó vendidos por interes á la Francia, como el conde de Bentheim, ó dependientes de ella por otras relaciones como el conde de AreMBERG. Asi tambien las faltas de poca entidad que una representacion corrige como en Meppen, ó que no comprometen la seguridad de nadie, son extrañas á un tra-

sin sosiego para prevenir la guerra, temió después de haberse garantido por el lado de la Rusia, hallarse demasiado en descubierto por la parte de Francia. La manera algo brusca con que había dejado de hablar de la alianza con

nosotros y el grave y severo silencio guardado acerca del acontecimiento del duque de Enghien, le parecieron un peligro para la paz. Así, pues, encargó á M. de Haugwitz que hiciese al ministro de Francia una solemne declaración de

tado, cuyo primer motivo ha sido la seguridad. Pero en las orillas del Weser los intereses son ya esenciales, porque desde aquel punto se trata de Dinamarca, del Mecklemburgo, de las ciudades anseáticas, &c., y por consecuencia el *casus fœderis* tendrá lugar á la primera tentativa que hagan los franceses contra un estado del imperio, situado en la derecha del Weser, y particularmente contra las provincias dinamarquesas y el Mecklemburgo, alimentando la esperanza de que S. M. el Rey de Dinamarca, hará entonces con nosotros causa común contra el enemigo.

5.º Las grandes marchas que las tropas rusas tendrían que hacer para unirse á las nuestras, y la dificultad de llegar á tiempo para tomar parte en los golpes decisivos, nos hace juzgar que sería conveniente que se adoptase un modo de transporte distinto para las diferentes armas del ejército. Así, mientras que la caballería rusa y los tiros de la artillería desfilasen por medio de nuestras provincias, sería preferible que la infantería y los cañones partiesen por mar y fuesen desembarcados en algun puerto de la Pomerania, del Mecklemburgo ó de Holstein, según lo exigiesen las operaciones del enemigo.

6.º Inmediatamente que se principien las hostilidades, ó antes si se cree conveniente por las dos cortes contratantes se invitará á Dinamarca y á Sajonia para que se adhieran á este convenio, y cooperen con medios proporcionados á su poder, así como á todos los príncipes y estados del Norte de Alemania, que por su proximidad y situación deben participar de los beneficios del presente convenio.

7.º Desde luego nos obligamos á no soltar las armas ni á entraren negociaciones con el enemigo, sino con consentimiento de S. M. I., y después de un acuerdo previo con él, teniendo la mayor confianza en nuestro augusto aliado, quien por su parte se ha comprometido á lo mismo.

8.º Después que se haya alcanzado el objeto que nos proponemos, nos reservamos entendernos con S. M. I. sobre las medidas ulteriores que se dehan tomar, á fin de librar enteramente al Norte de Alemania de la presencia de las tropas extranjeras, y asegurar de una manera sólida para el porvenir, aquel dichoso resultado, estableciendo un orden de cosas que no exponga mas á la Alemania á los inconvenientes que ha sufrido desde el principio de la guerra actual.

Esta declaración debe ser cangeada con otra firmada por S. M. el Emperador de Rusia y concebida en el mismo sentido, y prometemos por nuestra fe y palabra real cumplir fielmente los compromisos que hemos contraído.

En fe de lo cual hemos firmado las presentes de nuestro propio puño, y mandado estampar en ellas nuestro sello real.

Hecho en Berlin el 24 de Mayo del año de gracia de 1804, y octavo de nuestro reinado.

Firmado: FEDERICO GUILLELMO.

Refrendado: HARDENBERG.

Contra-declaracion por parte de la Rusia.

La crítica situación en que se halla el Norte de Alemania, y las trabas impuestas á su comercio, lo mismo que al de todo el Norte por la permanencia de las tropas francesas en el electorado de Hannover; y ademas los peligros inminentes que son de preveer para la tranquilidad de los Estados de esta parte del continente, que todavía no han sufrido el yugo de los franceses, han excitado toda nuestra solicitud, haciéndonos buscar los medios mas apropiados para calmar nuestros recelos sobre este punto.

No habiendo podido prevenirse la invasion del electorado de Hannover, y habiendo sido, por desgracia, imposible librarle á tiempo de la presencia de las tropas francesas, hemos creído conveniente no adoptar en el momento ninguna medida activa, mientras que el gobierno frances se limite á ocupar las posesiones alemanas de S. M. Británica, pero tambien no permitir que las tropas francesas, pasen en Alemania la línea, en que se encuentran en la actualidad.

Habiendo manifestado S. M. el Rey de Prusia, á quien hemos comunicado en confianza nuestros temores y las medidas que nos parecian indispensables para evitar el peligro que preveemos, su asentimiento á nuestras miras, así como su deseo de concurrir á ciudades tan salvadores, y oponerse á nuevas usurpaciones del gobierno frances, sobre otros estados del imperio, extraños á su cuestion con la Inglaterra, nos hemos puesto de acuerdo con su dicha Magestad en los puntos siguientes:

1.º Siendo así que la audacia y actividad

Procurando el Rey de Prusia estar en buena armonía con la Francia le hace una declaración solemne de neutralidad en el mismo momento en que se liga con la Rusia.

Haugwitz su silencio forzado, declaró á M. de Laforest que su Rey comprometía su palabra de honor de permane-

neutralidad; neutralidad absoluta por parte de la Prusia, mientras que no se aumentasen las tropas francesas que ocupaban el Hannover. En su consecuencia, rompiendo de pronto M. de

cer neutral, sucediese lo que sucediese, si no pasaba de 30,000 franceses el número de las fuerzas que ocupaban el Hannover. Añadió que esto valía casi tanto como la alianza que no se había llevado á efecto, porque la inmovilidad de la Prusia, que era segura con las condiciones que ponía, aseguraba la del continente. El énfasis de semejante declaración, que nada motivaba en aquel momento, sorprendió á M. de Laforest, pero no le hizo descubrir nada; aunque le pareció muy singular. Federico Gui-

reconocidas en el gobierno francés, lo llevan á emprender y ejecutar indeliberadamente sus designios, es de absoluta necesidad vigilar los preparativos que pueda emplear para la organización de sus proyectos en el norte de Alemania. Así, pues, observaremos con ojo vigilante las tropas que permanecen en aquellos territorios, y en el caso que se aumente su número, sin pérdida de tiempo nos pondremos en estado de hacer respetar la protección que tenemos pensado conceder á los Estados, que por su debilidad no podrían sustraerse á los peligros de que se ven amenazados.

2.º Para prevenir cualquier incertidumbre acerca del tiempo oportuno en que deben ponerse en actividad los medios destinados de una y otra parte, de que hablamos arriba, para poner á cubierto el norte de Alemania de toda invasión extranjera, se ha convenido antes que nada, entre Nos y S. M. Prusiana, determinar el *casus foederis* del presente tratado. Al efecto, se ha acordado reputarle como llegado, á la primera usurpación que las tropas francesas estacionadas en los estados electorales de S. M. Británica, se permitan en los países adyacentes.

3.º Llegado el *casus foederis*, hallándose S. M. el Rey de Prusia, mas próximo al teatro de los acontecimientos, no aguardará para obrar á que se reúnan las fuerzas respectivas de cada país, que se expresan en seguida, y mandará empezar las operaciones al momento que llegue á su noticia que las tropas francesas han pasado la línea que al presente ocupan en el norte de Alemania.

4.º Hallándose prontas para obrar todas las fuerzas que nos proponemos emplear á aquel fin, nos comprometemos del modo mas formal á marchar al socorro de S. M. Prusiana, con toda la celeridad posible, á la primera señal que nos dé.

5.º Las fuerzas que se destinarán por nuestra parte á la defensa del resto del Norte de Alemania, ascenderán á 40,000 hombres de tropas de línea, y podrán aumentarse hasta 50,000 según lo reclame la

necesidad. S. M. el Rey de Prusia se obliga, por su parte, á destinar para el mismo fin un número igual de tropas tambien de línea. Una vez empezadas las operaciones militares nos obligamos á no soltar las armas ni entrar en negociaciones con el enemigo comun, sino con consentimiento de S. M. Prusiana, y despues de un acuerdo previo con ella; bien entendido que S. M. el Rey de Prusia, se impondrá igualmente la obligacion de no soltar las armas, ni entrar en negociaciones con el enemigo comun, sino con nuestro consentimiento, y despues de previo acuerdo con Nos.

6.º Inmediatamente que se principien las hostilidades, ó antes si se cree conveniente por las dos cortes contratantes, se invitará al Rey de Dinamarca y al elector de Sajonia, para que se adhieran á este convenio, y cooperen con medios proporcionados á su poder; así como á todos los príncipes y estados del norte de Alemania, que por su proximidad y situacion, deben participar de los beneficios del presente convenio.

7.º Despues que se haya alcanzado el objeto que nos proponemos, nos reservamos entendernos con S. M. Prusiana, sobre las medidas ulteriores que se deban tomar, á fin de librar enteramente el territorio del imperio germánico de la presencia de las tropas extranjeras, y asegurar de una manera sólida para el porvenir, aquel dichoso resultado, estableciendo un órden de cosas que no exponga mas á la Alemania á los inconvenientes que ha sufrido desde el principio de la guerra actual.

Esta declaración debe ser cangeada con otra firmada por S. M. el Rey de Prusia, y concebida en el mismo sentido, y prometemos por nuestra fe y palabra imperial, cumplir fielmente los compromisos que hemos contraído.

En fe de lo cual hemos firmado la presente de nuestra propia mano, y mandado estampar el sello de nuestro imperio.

Dado en San Petersburgo el..... del año de 1804, y cuarto de nuestro reinado.

llemo, obrando así, había creído ponerse bien con todo el mundo. Nada hay mas triste que la debilidad inepta, embarazándose en el laberinto de la política, y comprometiéndose á fuerza de resguardarse, como un débil pajarillo que se enreda en una red á fuerza de agitarse para salir de ella.

Así se echaron, con la política ambigua del Rey de Prusia, y bajo la fuerte impresion ocasionada por el acontecimiento de Vincennes, los cimientos de la tercera coalicion. Gozosa la Rusia de haber comprometido á la Prusia, empezó á dirigir su atencion hacia el Austria, y se esforzó por agradar á aquella potencia algo mas que lo había hecho hasta entónces, para lo cual tenia un medio fácil en sus manos, cual era el de no seguir el parecer de la Francia en las cuestiones pendientes todavía en el Imperio, sino acomodarse en ello á las ideas y deseos de la corte de Viena.

Conducta de la corte de Viena en el acontecimiento del duque de Enghien.

baba de turbar tan profundamente las cortes de Berlin y de San Petersburgo. Si había alguna corte á quien pudiera afectar la prision del duque de Enghien, verificada en el territorio germánico, era seguramente la de Austria; y á pesar de esto, los únicos ministros que en aquella circunstancia mostraron su moderacion fueron los del Emperador. No se les escapó ninguna palabra ofensiva al gobierno frances, ni hicieron ninguna demostracion de que pudiera quejarse. Y sin embargo, el gefe del Imperio, guardian natural de la seguridad y de la dignidad del territorio de Alemania, tenia mas derecho que nadie en el mundo, de elevar la voz contra el acto cometido en el gran ducado de Baden. Y, para ser veridicos, debemos decir, que cada cual se hubiera hallado en su lugar, si la calma que mostró la corte de Austria en aquel suceso, se hubiera manifestado en San Petersburgo, y en Viena la prontitud en reclamar. Nadie hubiera hallado sorprendente que el Emperador pidiese con moderacion pero con firmeza, explicaciones al pri-

mer Cónsul, acerca de la violacion de un territorio, cuyo hecho debía causar una profunda inquietud á la Alemania. Pero léjos de esto sucedió todo lo contrario. En San Petersburgo había mucha juventud é inexperiencia, y sobre todo se hallaban muy léjos de la Francia; en Viena había mas cordura y disimulo, y lo que es mas, se hallaban mas próximos al vencedor de Marengo; y por lo tanto guardaron silencio. M. de Cobentzel, provocado mas tarde por M. de Champagny, dijo, que comprendía las duras necesidades de la política; que á la verdad sentía un acontecimiento propio para suscitar nuevas complicaciones en Europa; pero que el gabinete de Viena, trabajaria, por su parte, con mas zelo que nunca en el sostenimiento de la paz continental.

Para comprender la conducta del gabinete de Viena en aquella circunstancia,

Motivos de la conducta moderada del Austria.

es necesario saber, que mientras aguardaba la ocasion favorable de ganar lo que había perdido, ocasion que no quería crear imprudentemente, miraba con una ardiente curiosidad lo que pasaba en Boloña, con deseos muy naturales de que los ejércitos franceses se sumergiesen en el océano; pero no queriendo de ningun modo atraerlos al Danubio, porque conocía su superioridad, en adelante irresistible. En el intervalo se aprovechaba de los cuidados que la guerra

El Austria quiere aprovecharse de la ocasion para arreglar á su gusto las cuestiones pendientes todavía en el Imperio.

marítima acababa de crear á la Francia, para resolver á su gusto todo lo que no había sido resuelto por el *recés* de 1803. Las cuestiones dejadas en suspenso por falta de tiempo, eran, como debe recordarse, las siguientes: establecer la proporcion entre los votos católicos y protestantes en el colegio de los príncipes; la conservacion ó supresion de la nobleza inmediata; la division en círculos, para la policia y el sostenimiento del orden en Alemania; la reorganizacion de la iglesia germánica; el secuestro de los bienes moviliarios é inmoviliarios, pertenecientes á los principados eclesiásticos secularizados, y otros asuntos, en fin, de menor importancia. La cuestion mas grave por sus consecuen-

cias, era la tardanza en la nueva organizacion de los círculos, porque de aquí resultaba una falta de órden que lo dejaba todo al poder

El Austria abusa de su poder respecto á los príncipes indemnizados. del mas fuerte. Hallándose la Francia ocupada en aquel momento en la guerra marítima, y separada ademas de la Rusia, no existia ninguna influencia exterior capaz de acudir al socorro de los estados oprimidos, y el Imperio se hallaba en todas partes entregado á la anarquía.

Hacia el final de la negociacion de 1803, el Austria habia secuestrado las dependencias de los principados secularizados que se hallaban bajo su mano. No se habrá echado en olvido que aquellos antiguos principados eclesiásticos, tenian, los unos fondos depositados en el banco de Viena, y los otros terrenos situados en varios estados alemanes. Aquellos fondos y aquellos terrenos, debian pertenecer naturalmente á los príncipes indemnizados; pero alegando el Austria, no se sabe qué máxima del derecho feudal, habia secuestrado mas de treinta millones depositados en el banco de Viena, ó colocados en los fondos públicos; siendo la Baviera y la casa de Orange las que habian sufrido una pérdida mas notable en este secuestro. No habia limitado á esto el Austria sus empresas: trataba con muchos príncipes de orden inferior para arrebatarles ciertas posesiones que tenian en Suabia, y proporcionarse asi una posicion á orillas del lago de Constanza: habia comprado la ciudad de Lindau al príncipe de Bretzenheim, y le habia cedido en cambio tierras en Bohemia con la promesa de un voto viril en la Dieta: estaba en tratos con la casa de Koenigseck para obtener de ella, con condiciones semejantes, terrenos situados en el mismo territorio; y finalmente trabajaba cerca de la Dieta para crear nuevos votos católicos, y lograr la igualdad entre estos y los protestantes; mas no pareciendo dispuesta la mayoría de la Dieta á satisfacerla, amenazaba interrumpir toda deliberacion, hasta que se resolviese con arreglo á sus deseos la proporcion de los sufragios.

Incómodos y ofendidos los príncipes germánicos con las violencias del Austria, se vengaban cometiendo violencias semejantes en los Estados mas débiles que ellos.

Hesse y Wurtemberg mandaban invadir las tierras de la nobleza inmediata, con fesando en voz alta sus proyectos de in-

corporacion. Habiéndose dirigido la nobleza inmediata de Franconia á la cámara imperial de Wetzlar, á fin de provocar un decreto contra las usurpaciones de que se veia amenazada, el gobierno de Hesse habia hecho romper en todas partes los edictos de la cámara imperial, dando asi el ejemplo del mas extraño desprecio hacia los tribunales del imperio. No contentándose con estos excesos, se negaba á pagar las pensiones del clero despojado de sus bienes por las secularizaciones; no queriendo tampoco el duque de Wurtemberg satisfacer ninguna. En medio de aquellas violencias reciprocas, cada cual guardaba silencio con la esperanza de obtener para sí la impunidad. No se quejaban de los secuestros del Austria, para que ésta las dejase ejecutar todo lo que emprendian contra la nobleza inmediata, ó contra los infelices pensionados, privados de su sustento. La Baviera, que era la mas maltratada por el Austria, se vengaba en el príncipe archicanciller, cuyo electorado habia sido transferido de Maguncia á Ratisbona; pues viéndole con sentimiento en un territorio que hacia tiempo ambicionaba ella, le perseguia con sus amenazas, se apoderaba de varios terrenos, y le hacia concebir mil inquietudes acerca de su existencia. La Prusia obraba del mismo modo en Westfalia, y en materia de usurpaciones, no se quedaba atras ni de la Baviera ni del Austria.

Solo dos Estados obraban con justicia: en primer lugar el príncipe archicanciller, quien, debiendo su existencia á los arreglos de 1803, se dedicaba á hacerlos respetar por los miembros de la confederacion; y en segundo, el elector de Sajonia, quien, desinteresado en medio de aquellas pretensiones de todo género, permanecia pacifico en su antiguo principado, sin haber perdido ni adquirido nada, y con cordura y honradez votaba, aunque estérilmente, por el respeto de los derechos de cada uno.

A pesar de las culpables concesiones hechas al Austria, permitiéndola oprimir á los unos para que ella dejase que

Los príncipes de segundo órden imitan las violencias del Austria, y el Imperio cae en la anarquía.

oprimiesen á los otros, no habian logrado desarmarla, particularmente tocante á la Baviera, pues creyéndose bastante fuerte para no guardar consideraciones á nadie, acababa de declararse en favor de la nobleza inmediata, de la cual era la protectora natural é interesada, á causa del reclutamiento de sus ejércitos.

Ya se ha visto que dependiendo la nobleza inmediata del Emperador y no de los príncipes en cuyos territorios se hallaban situadas sus posesiones, no debia proporcionar á estos su contingente militar. Los habitantes de sus posesiones que eran aficionados á la carrera de las armas, se alistaban en las tropas austriacas, y proporcionaban solo en la Franconia mas de 2,000 reclutas al año, mas apreciados por su calidad que por su número; pues eran, en efecto, verdaderos alemanes, muy superiores á los demás soldados del Austria por su instrucción, valor y demas cualidades militares. De estos se sacaban todos los oficiales subalternos de los ejércitos imperiales; y, en cierto modo, formaban el cuadro alemán, en el cual el Austria incorporaba los súbditos de tantas especies que encierra en sus vastos estados. Así, pues, se hallaba resuelta á arrostrarlo todo, excepto la guerra con la Francia, antes de ceder sobre aquel punto. Sin inquietarse porque le echasen en cara aquel abuso de poder, denunció al consejo áulico, como un acto de violencia, que dependia exclusivamente de la policia del Emperador, las usurpaciones cometidas contra la nobleza inmediata, y con una prontitud, poco comun al modo de actuar germánico, hizo que aquel diese una decision provisional, llamada *Consejatorium* en el language constitucional del imperio, y confió su cumplimiento á cuatro estados confederados; á saber: Sajonia, Baden, Bohemia y Ratisbona. En seguida hizo marchar por la Bohemia y el Tyrol diez y ocho batallones, y amenazó invadir al punto la Baviera, si no retiraba sus tropas de los diversos señoríos que habia invadido. Ya se comprenderá que en semejante situacion, procuraria el Austria tener contento al primer Cónsul; porque aunque estaba ocupado por el lado del Océano no era hombre que retrocedia en ninguna parte. Y tambien la irritacion que se acababa

de excitar en él le hacia mas susceptible y mas temible que de costumbre. Esto es lo que explica la reserva de los diplomáticos austriacos respecto á la muerte del duque de Enghien, y la indiferencia real ó aparente que manifestaron en aquella grave circunstancia.

Ya hemos dado á conocer la mudanza que habian causado en el ánimo del primer Cónsul los ataques dirigidos contra su persona. Los beneficios de que habia colmado á los emigrados no habian desarmado su odio, ni las consideraciones que habia dispensado á la Europa habian calmado su envidia. Irritado hasta el mas alto punto de no obtener ni el mas mínimo afecto, habia sentido verificarse en su alma una revolucion imprevista y súbita, y se hallaba dispuesto á maltratar á todo lo que mas habia considerado hasta entonces. La respuesta á las manifestaciones que acabamos de referir no se hizo esperar; y despues de haber lamentado el extravio de sus pasiones, vamos á tener de nuevo la ocasion de admirar toda la grandeza de su carácter.

La corte de Prusia guardaba silencio y habia cesado de hablar de alianza. La Francia se calló como ella, pero el primer Cónsul mandó reprender con dureza á M. de Laforest, por haber referido con demasiada fidelidad en sus despachos las impresiones del público de Berlin. En cuanto á la corte de Rusia, la réplica fue instantanea y cruel. El general Hedouville recibió la orden de dejar á San Petersburgo en el término de cuarenta y ocho horas, sin alegar otra razon para su partida que el estado de su salud; excusa, con la cual dan á entender los diplomáticos lo que no quieren decir. Debia dejar ignorar si partia por algun tiempo ó para siempre. M. de Rayneval era el que solo debia quedar en San Petersburgo como encargado de negocios: por lo demas, desde la despedida de M. de Markoff, no habia en París mas que un agente de aquella misma categoria llamado M. de Oubril. En seguida, el primer Cónsul dió al despacho del gabinete ruso una respuesta, que fue muy dolorosa para el Emperador. Recordábase en dicha respuesta, que la Francia

Respuesta del primer Cónsul á todas las cortes, y su conducta con motivo de las violencias del Austria en el Imperio.

después de haber usado hasta aquel momento, los mejores procederes con la Rusia; y haberla dado parte en todos los grandes asuntos del continente, no había recibido un pago igual; que los agentes rusos eran sin excepcion para ella, desafectos y hostiles; que, faltando al último tratado de paz, que obligaba á las dos cortes á no crearse obstáculos, el gabinete de San Petersburgo acreditaba á emigrados franceses cerca de las potencias extranjeras, y cubría á los conspiradores con la nacionalidad rusa para sustraerlos á la policía de la Francia; que eso era faltar á la vez al espíritu y á la letra de los tratados; que si se quería la guerra no había mas que decirlo con franqueza, pues el primer Cónsul, que no la deseaba, no la temía tampoco, porque el recuerdo de la última campaña nada tenía de alarmante para él (alusión al desastre de Suwarow); que en cuanto á lo que había acontecido en Baden, la Rusia obraba con mucha ligereza constituyéndose garante del territorio germánico, porque sus títulos para intervenir eran muy dudosos; que en todo caso, la Francia había usado de un derecho de defensa legítima contra las conspiraciones que se tramaban en su frontera, á vista y sabiendas de ciertos gobiernos alemanes, colmados por ella de bienes, y que le pagaban con la mas negra ingratitud; que por lo demas, ella se había explicado con estos gobiernos, y con ellos solos se explicaría; y que en su lugar hubiera hecho la Rusia otro tanto, porque ¿si hubiese sabido que los asesinos de Pablo I se hallaban reunidos á una marcha de sus fronteras, se hubiera abstenido de ir y aprisionarlos?

Alusión cruel á la muerte de Pablo I en la respuesta dirigida á la Rusia.

guno de los asesinos de su padre, y que por este motivo se le acusaba, aunque muy injustamente por otra parte, de complicidad en aquel horrible atentado. Ella debía probar al Emperador Alejandro cuan imprudente era en mezclarse en el asunto del duque de Enghien, cuando la muerte de Pablo I hacia la réplica tan fácil y tan terrible.

En cuanto á la Alemania, habiendo la Rusia aprobado recientemente la con-

ducta del Austria, y la pretension que manifestaba esta de presentar en el Consejo áulico las cuestiones constitucionales, el primer Cónsul declaraba pura y sencillamente que se separaba de la diplomacia rusa, en cuanto á los asuntos germánicos; que no admitía que las cuestiones que habían quedado sin ventilar se resolviesen en el Consejo áulico, simple tribunal del Emperador mas bien que del imperio, sino que se habían de tratar como todas las demas cuestiones en la Dieta, que era el cuerpo supremo, único depositario de la soberanía alemana. De este modo, el disentimiento sobre todos los puntos era completo; y las resoluciones eran tan decididas como el lenguaje.

Respecto al Austria, podía el primer Cónsul lisonjearse de la indiferencia que había manifestado por la víctima de Ettenheim, pero veía claramente que en Viena se abusaba de los impedimentos que parecia crearle la guerra marítima, y quiso que el Austria quedase bien aleccionada sobre este particular. Tenia dos modos de combatir á la Inglaterra: el uno luchando cuerpo á cuerpo con ella en el estrecho de Calais, y el otro, destruyendo á sus aliados del continente. En el fondo, el segundo medio era mucho mas fácil y seguro que el primero; y aunque menos directo tampoco dejaba de ser eficaz. Si el Austria lo provocaba, estaba decidido, sin perder un instante, á levantar el campamento de Boloña y á entrar en Alemania, porque no quería pasar la mar sino cuando hubiera desarmado á todos los aliados públicos ó secretos de la Gran-Bretaña. En su consecuencia, hizo decir á los dos Cobentzel, tanto al que era embajador en Paris, como al que dirigía los negocios en Viena, que la Baviera hacia algunos siglos que era la aliada de la Francia, y que por lo tanto no la entregaria á la mala voluntad del Austria; que si aquella había cometido la imprudencia de invadir con demasiada precipitacion los bienes de la nobleza inmediata, el Austria, con sus injustos secuestros, había obligado á todos los principes alemanes á indemnizarse por medio de violencias de las violencias que sufrían; que la Baviera había podido faltar, pero que no permitiría que se la atropellase impune-

Conducta respecto al Austria.

mente, y que si el Austria no retiraba los batallones que habia mandado reunir en Bohemia y en el Tyrol, estaba resuelto á dirigir un cuerpo de 40,000 hombres á Munich, en donde permanecerian de guarnicion, mientras se retiraban las tropas imperiales.

Esta declaracion terminante y positiva, causó un embarazo indecible á los señores de Cobentzel, quienes al momento empezaron á quejarse de la enemistad que Francia profesaba al Austria, y del estado de profunda desesperacion á que se la iba á reducir. Sin embargo M. de Talleyrand y M. de Champagny insistieron, y quedó convenido entre ambas partes que la Baviera evacuaria las tierras de la nobleza inmediata, pero que las tropas austriacas se detendrian donde se hallaban y concluirian por retroceder, á fin de no comprometer la dignidad del Emperador con una retirada demasiado precipitada. El gabinete austriaco manifestó de nuevo, que si se prestaban á sus deseos, en cuanto á la proporcion de los votos católicos y protestantes en la Dieta, se podria contar con él en cualquiera circunstancia, y principalmente en la que iba á ofrecerse con motivo de la nota dirigida por la Rusia á la Dieta germánica.

Embarazo que causa á los príncipes alemanes la nota de la Rusia.

Aquella nota habia llegado á Ratisbona por el mismo correo que habia llevado á Paris los despachos de San Petersburgo; y puso en el mayor conflicto á los príncipes alemanes, por su seguridad y dignidad, porque era una corte extranjería quien les invitaba á mostrarse ofendidos por la violacion del territorio germánico, y así lo hacian arrastraban hasta el mas alto punto el resentimiento de la Francia. Materialmente no habia habido todavía tiempo de enviar instrucciones á los ministros cerca de la Dieta, pero presumiendo estos las disposiciones de sus cortes, mas bien se hallaban dispuestos á no hacer mucho caso de la nota que á darle grande importancia. El ministro prusiano, M. de Goertz, el mismo que ha figurado ya en las negociaciones germánicas, hubiera querido por su parte, dejar en el olvido aquel asunto. Pero habiendo recibido los ministros austriacos sus instrucciones, gracias á

la proximidad de Viena, y haciendo segun su costumbre un doble papel, hallando la nota inconveniente cuando estaban en presencia de los ministros franceses, prometiendo hacerla acojer, cuando se hallaban en la de los agentes rusos, idearon un término medio, cual fue el de tomar la nota en consideracion, bien entendido que cada ministro debia dirigirse á su corte, para determinar ulteriormente sobre su contenido. —Ya veis, dijo M. de Hugel al ministro de Rusia que hemos hecho admitir vuestra nota. Ya veis, dijo al ministro de Francia, que aplazando la discusion de aqui á dos meses, la hemos hecho morir, porque dentro de dos meses ya nadie pensará en la proposicion del Emperador Alejandro.—

Tal debia ser, en efecto, el éxito de aquel paso tan desconsiderado; pero para llegar á este resultado habia que vencer mas de un obstáculo. Los gobiernos alemanes no querian ni ofender á la Francia, á quien temian, ni indisponerse con la Rusia, de la cual podian llegar á necesitar; y en este apuro se agitaban sus ministros en Paris para hallar una solucion.—Arreglaos como os convenga, les dijo el primer Cónsul. Si dentro de dos meses se empeña la discusion, de modo que llegue oficialmente á la Francia, daré una respuesta tan altiva y dura, que humille cruelmente la dignidad del cuerpo germánico. En este caso no os quedará otro recurso que sufrir dicha respuesta, ó empuñar las armas, porque estoy resuelto si es necesario á empezar por el continente la guerra que he declarado á la Gran-Bretaña.—

M. de Talleyrand, consecuente en su preferencia por la paz, empezó á idear medios para prevenir el rompimiento. Temiendo los ministros extrangeros al primer Cónsul, y hallando, al contrario, en M. de Talleyrand la mayor amabilidad y finura, y una franqueza que no excluia la altivez, le buscaban y rodeaban con la mayor asiduidad. Entre los mas cuidadosos y los mas inteligentes se hallaba el duque de Dalberg, sobrino del príncipe archicanciller, y ministro entonces de Baden en Paris; y de este se sirvió M. de Talleyrand para obrar sobre

Medio ideado por M. de Talleyrand para hacer vanas las consecuencias de la nota rusa.

la corte de Baden. Despues de haber recordado á esta corte, cuanto debia á la Francia, que tanto habia aumentado sus estados en los arreglos de 1803, se le dió tambien á entender todo lo que podia temer, si estallaba de nuevo la guerra. Por lo tanto, se la invitó á que declarase en Ratisbona, que habia recibido del gobierno frances explicaciones satisfactorias, y que por lo tanto deseaba, que la nota rusa no tuviese consecuencias. Mientras que M. de Talleyrand, exigia encubiertamente, una declaracion semejante, el gabinete de San Petersburgo, apoyándose en las relaciones de parentesco de la casa de Baden con la familia imperial de Rusia, procuraba modificar dicha declaracion hasta el punto de hacerla insuficiente. Pero la Francia estaba mas cerca y era mas fuerte, debiendo por lo tanto salirse con su intento. Por otra parte, aun quedaban dos meses para el dia en que empezasen los debates, y enviándose de Paris á Carlsruhe y de Carlsruhe á Paris, proyectos de redaccion, sin cesar modificados, en breve se habia de hallar una solucion conveniente.

El primer Cónsul no se inquietaba lo mas mínimo de aquellas idas y venidas, y dejaba obrar á su ministro de negocios extranjeros. Habia ofendido á la Rusia, y obligado al Austria á permanecer tranquila: inquietaba á la Prusia con su frialdad, y en cuanto á la Dieta de Ratisbona la trataba como la representacion de un cuerpo vetusto y gastado, á pesar de cuanto habia hecho para rejuvenecerle; y estaba dispuesto á no contestarle nada, ó á darle alguna réplica humillante. Todos aquellos asuntos, suscitados en el exterior por la catástrofe de Vincennes, apenas habian apartado su atencion de los negocios del interior, que se hallaban en aquel momento entregados á una verdadera crisis.

Aunque la impresion producida por la muerte del duque de Enghien hubiese sido atenuada en pocos dias por el tiempo, asi como atenua las mas grandes impresiones, quedaba, sin embargo, una causa permanente de agitacion en el proceso de Jorge, Moreau y Pichegrú. En efecto, era una necesidad sensible pero inevitable, el hacer comparecer ante la justicia tantos y tan distintos personajes, los unos como MM. de Riviére y de Polignac, queridos de la

antigua aristocracia francesa, y los otros como Moreau, queridos de todos los amantes de las glorias de la Francia; y hacerlos comparecer en medio de la curiosidad pública, vivamente excitada, y en medio del desencadenamiento de los malévolos, siempre prontos á sacar de las menores circunstancias las interpretaciones mas ideales ó las mas absurdas. Pero era preciso que se administrase justicia, y este proceso iba á turbar todavía por uno ó dos meses, la calma ordinaria del gobierno del primer Cónsul.

Un accidente enteramente imprevisto, vino á aumentar el aspecto sombrío y siniestro de aquella situacion. Pichegrú, preso ya en poder del primer Cónsul, desconfiando primero de su generosidad, y creyendo apenas en las promesas de su clemencia que M. Rêal le habia dado, se habia tranquilizado, en breve, entregándose con confianza á la idea de conservar la vida, y de recobrar el honor, fundando un grande establecimiento en la Cayena. Los ofrecimientos del primer Cónsul eran sinceros, porque en su resolucion de no castigar mas que á los realistas, queria perdonar á Moreau y á Pichegrú. M. Rêal, incapaz de concebir ningun mal sentimiento, tuvo, en la continuacion de este gran negocio, una segunda desgracia. Habia llegado demasiado tarde á Vincennes; y estuvo tambien poco solícito en presentarse con frecuencia en el calabozo de Pichegrú, pues para nada lo requeria el interes de la causa, en atencion á que nada se esperaba sacar de un hombre tan reservado y tan firme como lo era aquel antiguo general de la República. Absorto en mil cuidados M. Rêal descuidó á Pichegrú, quien no oyendo ya hablar de las proposiciones del primer Cónsul, y sabiendo la sangrienta ejecucion de Vincennes, creyó que no debia ya contar con la clemencia que se le habia ofrecido y prometido. No era la muerte lo mas doloroso para aquel guerrero, sino el desenlace casi forzado de las culpables intrigas, en que se habia mezclado desde 1797, al salirse del camino recto; debia comparecer entre Moreau y Jorge, entre el que habia comprometido, y al que habia entregado su honor, viniendo á figurar á su lado en una conspiracion realista. De este modo, iban

Suicidio de Pichegrú.

á encontrarse justificadas, todas las acusaciones que le habian sido hechas en la época del 18 de Fructidor, y que habia rechazado con una fingida indignacion; así pues con la vida iba á perder los tristes restos de su honor ya comprometido. Aquel desgraciado tuvo por mejor una muerte inmediata, pero muerte sin la vergüenza que debia causarle un debate público; y este sentimiento prueba que valia algo mas que lo que lo hacia suponer su conducta anterior. Habia pedido prestadas á M. Réal las obras de Séneca, y una noche despues de haber leído durante varias horas, y dejado el libro abierto, en el pasaje que trata de la muerte voluntaria, se extranguló valiéndose de una corbata de seda de la cual hizo una cuerda, y de un pedazo de madera que le sirvió de torniquete. Hácia la media noche oyendo los carceleros algun ruido en su calabozo, entraron en él y le hallaron ahogado, con el rostro encendido, como si hubiese sufrido un ataque de apoplejia. Al momento se llamó á los médicos y magistrados, quienes no dejaron ninguna duda acerca de la causa de su muerte, poniéndola en evidencia para los hombres de buena fé.

Calumnias que se es-
parcen con motivo
de la muerte de Pi-
chegrú.

Pero en vano son las pruebas, cuando los partidos se hallan resueltos á creer una calumnia ó á propalarla sin creer en ella. Al momento quedó admitido por los realistas, que naturalmente se complacian en imputar todos los crímenes al gobierno, y por los ociosos que sin mala intencion prefieren siempre ver en los acontecimientos mas complicaciones que las que existen, que Pichegrú habia sido extrangulado por los sicarios del primer Cónsul. Esta catástrofe, llamada del Temple, era el cumplimiento de la catástrofe llamada de Vincennes; la una era la continuacion de la otra. El carácter del nuevo Neron se desarrollaba así rápidamente; y á ejemplo del principe romano pasaba del bien al mal, de la virtud al crimen, casi sin transicion. Y como los que se tomaban la pena de motivar aquellas mentiras, necesitaban alguna razon para explicar tal crimen, decian, que no esperando convenir á Pichegrú le habian asesinado, para que su presencia en los debates faltase á la justificacion de sus coacusados.

Esta era la mas absurda y odiosa de todas las invenciones. Si habia un acusado cuya presencia en los debates fuese necesaria en el interes del primer Cónsul, era Pichegrú. Pichegrú, personalmente, no podia pasar por un rival temible, desde que su probada asociacion con el partido realista le habia perdido en la opinion pública, y por otra parte de las deposiciones de los acusados de todos los partidos, resultaban cargos contra él. El hombre á quien debia temer, si es que debia temer á alguno, por su gloria intacta todavia y por la dificultad de probar su culpabilidad, era Moreau; y si habia algun acusado útil contra él, era Pichegrú, que habia servido de lazo entre los republicanos y los realistas. En efecto, presente Pichegrú á los debates, no pudiendo negar ni sus relaciones con Jorge, ni sus relaciones con Moreau, y no pudiendo explicarlas ni negarlas, hubiera servido inevitablemente á unir á Moreau á los realistas; es decir, á cubrirle de justa confusion. Pichegrú era, pues, una pérdida inmensa para la acusacion. En fin, dado caso de cometer un crimen para librarse de una temible rivalidad, debia haberse intentado en la persona de Moreau y no en la de Pichegrú. Así, pues, la suposicion era tan estúpida como atroz; y sin embargo, basta fue admitido por los vocingleros de los salones realistas, que el primer Cónsul habia hecho extrangular á Pichegrú para librarse de él. Esta indigna acusacion debia caer en breve en el descrédito, pero mientras tanto inquietaba los ánimos, y al repetirla los propagadores de las falsas noticias, servian á la perfidia de sus inventores. Aquella nueva desgracia, avivó por algunos dias mas, la triste impresion ya producida por la conspiracion de los principes emigrados. No obstante, dicha impresion no podia ser duradera: si los hombres ilustrados, amigos del primer Cónsul y celosos de su gloria, debian conservar en el fondo del corazon sentimientos inconsolables, las masas conocian bien que podian descansar sin temor al abrigo de una mano firme y justa. Nadie creia formalmente que iban á empezar de nuevo las ejecuciones, los destierros y las expoliaciones; y, necesario es confesarlo, los hombres, individualmente comprometidos en la Revolucion, bien porque hubiesen adqui-

rido, ó propiedades nacionales, ó destinos públicos, ó una celebridad peligrosa para ellos, estaban secretamente satisfechos al ver al general Bonaparte separado de los Borbones, por un foso lleno de sangre real.

Por lo demás, las sensaciones producidas por los acontecimientos políticos se encerraban entonces en un círculo de personas, que cada día iba á menos. La participación

Divergencia de la opinión pública con motivo de los últimos acontecimientos.

extraordinaria que la nacion habia tomado en los negocios públicos, durante la Revolucion,

habia cedido su lugar á una especie de indiferencia, producto á la vez del cansancio y de la confianza. En los primeros dias del Consulado, todos tenian los ojos fijos con cierta ansiedad en el gobierno; pero en breve, al verle tan babil y tan afortunado, todos se habian entregado á la seguridad y al descanso, dedicándose al cuidado de sus negocios privados, abandonados por largo tiempo, durante una revolucion tempestuosa, que habia trastornado á la vez la propiedad, el comercio y la industria. De aquellas masas sublevadas, ya no quedaba nadie que estuviese á la mira de lo que acontecia, mas que aquellas clases que tienen bastante lugar é ilustracion para ocuparse en los negocios del Estado, y los interesados de todos los partidos; emigrados, sacerdotes, compradores de bienes nacionales, militares y empleados.

Y aun en esta parte del público las impresiones eran distintas. Si los vuos declaraban abominable el acto cometido en la persona del duque de Enghien, los otros no encontraban menos abominables las tramas renovadas sin cesar contra la persona del primer Cónsul. Estos decian, que los realistas, para apoderarse del gobierno, del cual eran indignos é incapaces se exponian á destruir todo gobierno en Francia; que muerto el primer Cónsul, nadie podria empuñar las riendas del poder con mano bastante firme; que se caeria de nuevo en la anarquía y en la sangre; que, despues de todo, habia hecho el gobierno muy bien en mostrarse severo, á fin de desanimar á los asesinos y á los imprudentes; que los realistas eran incorregibles; que, colmados de bienes por el primer Cónsul, no sabian ser ni reconocidos ni resignados siquiera; y que pa-

ra concluir con ellos habia sido menester hacerles temblar, al menos una vez. Esto es lo que se repetia en los círculos formados en torno del gobierno, en los cuales figuraban los gefes del ejército, de la administracion, de la magistratura, y los miembros del Senado, del Tribunado y del Cuerpo Legislativo. Y comenzándose á borrar la impresion producida por la muerte del duque de Enghien, se decia sobre poco mas ó menos lo mismo entre las personas pacíficas y desinteresadas, que pedian se les dejase en fin descansar al abrigo del brazo poderoso que gobernaba entonces á la Francia.

De este conflicto de los ánimos brotó instantáneamente una idea, que se propagó con la rapidez del relámpago. Considerando los realistas al primer Cónsul como el solo obstáculo á sus proyectos, habian querido asesinarle, esperando que todo el gobierno pereceria con él. Pues bien! exclamaban todos; es necesario burlar sus criminales esperanzas. A ese hombre que quieren destruir es menester hacerle Rey ó Emperador, para que agregado á su poder el derecho hereditario, le asegure sucesores naturales é inmediatos; y de este modo, siendo inútil el crimen que quieren cometer en su persona, no será tanta la tentacion de cometerle.—Como se

Del conflicto de las opiniones nace una idea que invade en un instante todos los ánimos, cual es la del restablecimiento de la monarquía.

echa de ver, la vuelta á las ideas monárquicas habia sido rápida de algunos años á aquella parte. De cinco directores nombrados por cinco años, se habia pasado á la idea de tres cónsules nombrados por diez, y despues, de la de los tres cónsules á la de uno solo de hecho, concediéndole el poder por vida. Ya en tal senda, era imposible detenerse hasta haber dado el último paso; es decir, hasta haber vuelto al poder hereditario; y para esto bastaba el menor motivo que agitate los ánimos. Habian verificado esto los realistas al querer asesinar al primer Cónsul, sucediendo en ello lo que acontece con frecuencia, de que los enemigos de un gobierno, son los que con sus imprudentes ataques, hacen que se fortalezca mas pronto.

En un instante se oyó, casi expon-

táneamente, preconizar las ideas de monarquía y derecho hereditario, en el Senado, en el Cuerpo Legislativo, en el Tribunado, y no solo en París, sino en las capitales de los departamentos, donde se hallaban reunidos los colegios electorales, y hasta en los campamentos situados en las costas. Este movimiento en la opinión era natural, y tambien excitado un poco por las manifestaciones de varias juntas, que querian adquirir favor; por los prefectos que procuraban manifestar su celo, y por los generales que deseaban llamar la atencion de un dueño poderoso; sabiendo todos bien que al proponer el restablecimiento de la monarquía, adivinaban el secreto pensamiento de su señor, y que no le ofenderian ciertamente, si por casualidad adelantaban el momento fijado por su ambicion.

Sin ser dictado, era uno mismo el language que se oia por todas partes. Era preciso, decian, poner término á las vacilaciones, á los falsos escrúpulos, y plantear la sola institucion estable, es decir, la monarquía. Mientras que los realistas tuviesen esperanzas de destruir el gobierno y la Revolucion de un solo golpe, renovarian sus criminales atentados, y acaso concluirian por salirse con su intento. Pero no sucederia asi, ó al menos tendrian mucho menos interes en que sucediera, cuando al lado del primer Cónsul, viesen hijos ó hermanos, prontos á sucederle, y que el nuevo gobiernotenia, como el antiguo, la propiedad de sobrevivir á sí mismo. Colocar una corona sobre aquella cabeza preciosa y sagrada, en la que descansaban los destinos de la Francia, seria colocar en ella un escudo que la protegeria contra los golpes de los asesinos. Al protegerla, se protegerian tambien todos los intereses nacidos de la Revolucion; se salvaria de una reaccion sanguinaria á los hombres comprometidos por sus extravíos; se aseguraria á los compradores de bienes nacionales, la posesion de los que hubiesen adquirido; á los militares sus grados; á todos los miembros del gobierno sus destinos, y á la Francia el régimen de igualdad, de justicia y de grandeza que habia conquistado. Por otra parte, añadian, que ya todos habian vuelto á las sanas ideas. Apenas podia ya na-

die comprender cómo se habian dejado arrastrar por teóricos insensatos, hasta querer hacer de aquella extensa y antigua Francia una República como las de Esparta y de Atenas. Todos reconocian, que al destruir la monarquía por la República, habian traspasado las primeras y justas miras de la Revolucion de 1789, que solo queria la reforma de los abusos, la abolicion del régimen feudal y la modificacion de la autoridad real, y no su destruccion; que si en 1802, cuando la institucion del Consulado por vida, una falsa vergüenza habia detenido á los legisladores de Francia, hoy que aquella falsa vergüenza habia pasado, hoy que los crímenes de los realistas habian concluido por quitar la venda de los ojos de todos, era necesario tomar un partido y constituir el gobierno por un acto completo y definitivo; que en esto tambien no se haria mas que añadir el derecho al hecho, porque en realidad el general Bonaparte era Rey, pero Rey absoluto; mientras que concediéndole la monarquía bajo su verdadera forma, se trataria con él, se limitaria su poder, y se daria á un tiempo duracion á su gobierno, y garantias á la libertad.

Tal era el language que usaban todos, acabadas de pasar las dolorosas escenas que hemos referido en otro lugar.

¡Qué espectáculo el de aquella nacion, que despues de haber experimentado la República sangrienta bajo la Con-

vencion y la República moderada, pero inerte bajo el Directorio, disgustada de pronto de aquel gobierno colectivo y civil, pedia á gritos la mano de un militar que la gobernase, mostrándose tan deseosa de tener un gefe, que iba á tomar al desgraciado Joubert en ausencia del general Bonaparte; corria al encuentro de este á su regreso de Egipto, le suplicaba aceptase un poder que él mismo anhelaba; le hacia Cónsul por diez años, despues Cónsul por vida, y en fin, Monarca hereditario, por tal de ser garantida por el brazo vigoroso de un guerrero, de aquella anarquía cuyo espantoso espectro la perseguia sin cesar! ¡Qué leccion para los hombres de partido que habian creido en el delirio de su orgullo hacer de la Francia una

Espectáculo singular é instructivo que presenta la Francia, al volver á la monarquía.

República, porque el tiempo había formado una democracia! ¿Qué se había necesitado para aquel cambio de ideas? ¡Solo cuatro años, y una conspiración abortada contra el hombre extraordinario, objeto del amor de los unos, del odio de los otros, y de la apasionada atención de todos! ¡Y admirese aun mas la profundidad de aquella lección! Ese hombre se había visto expuesto á perecer víctima de una tentativa criminal contra su persona; pero acababa á su vez de cometer un acto sanginario; y en aquel mismo momento no se temía elevarle al trono. ¡Tan necesario se le creía! Le tomaban como señor, cuando aunque no había disminuido su gloria, se había manchado su pureza; le habían tomado con su genio, le hubieran tomado sin él, y le hubieran tomado como quiera que hubiera sido, con tal que fuese poderoso; pues tanto se deseaba la fuerza despues de haber pasado por tan grandes desórdenes! ¿No hemos visto cerca de nosotros, y en nuestros dias, á naciones asustadas arrojar-se en los brazos de soldados medianos, porque al menos presentaban la apariencia de la fuerza?

En la antigua República de Roma había sido necesario que se sintiese por largo tiempo la necesidad de un gefe único, el inconveniente muchas veces repetido de la transmisión electiva del poder, y que pasasen varias generaciones, teniendo primero á César, tras de este á Augusto, y á Tiberio despues de Augusto, para acostumbrar á los romanos á la idea de un poder monárquico y hereditario. En Francia, con un pueblo acostumbrado por espacio de doce siglos á la monarquía, y solo de diez años á aquella parte á la República, no se necesitaban tantas precauciones, pues bastaba un simple accidente para volver del sueño de algunos espíritus generosos pero extraviados, á los vivos é indestructibles recuerdos de la nación entera.

En todo país desgarrado por facciones y amenazado por enemigos exteriores, la necesidad de ser gobernado y defendido, conduce pronto ó tarde al triunfo de un personaje poderoso, guerrero, como César en Roma, rico como los Médicis en Florencia. Si aquel país ha sido gobernado largo tiempo bajo la forma de república se necesitarán muchas generaciones para acostumbrarle á la

monarquía, mas si dicho país ha vivido siempre con la monarquía, y la locura de las facciones le ha sacado por un instante de su estado natural, para hacer de él una república efímera, bastarán algunos años de turbulencias para inspirarle horror á la anarquía, menos años aun para encontrar un soldado capaz de ponerla término, y basta un deseo de aquel soldado ó una puñalada que le dirijan sus enemigos, para hacerle Rey ó Emperador, y volver el país á sus costumbres, disipando el sueño de aquellos que habían creído cambiar la naturaleza humana con vanos decretos, y con juramentos mas vanos todavia. Las Repúblicas de Roma y de Florencia, vinieron á parar, la una en los Césares, la otra en los Médicis; y tardaron mas de medio siglo en entregarse á ellos. La Inglaterra y la Francia, repúblicas de diez años, vinieron á parar, en tres ó cuatro, en Cromwell y en Napoleon.

¡Así la Revolución en su rápida vuelta sobre sí misma, debía venir á la faz del cielo á confesar uno tras otro sus errores, y á desmentirse publicamente! Distingamos, sin embargo: al haber querido la abolición del régimen feudal, la igualdad ante la ley, la uniformidad en la justicia, en la administración y en los impuestos, y la intervención regular de la nación en los asuntos del Estado, no se había equivocado; ningún mentís tenía que darse, ni ninguno se dió. Al contrario, al querer una igualdad bárbara y quimérica, la ausencia de toda gerarquía social, la presencia continua y tumultuosa de la multitud en el gobierno, la República en una monarquía de doce siglos, y la abolición de todo culto, había sido loca y culpable, y debía venir á hacer en presencia del universo la confesión de sus extravíos. Mas ¡qué importan algunos errores pasajeros, al lado de las verdades inmortales que al precio de su sangre ha legado al género humano! Aun sus mismos errores contienen lecciones graves y útiles, dadas al mundo con una incomparable grandeza. No obstante, si en aquella vuelta á la monarquía, obedecía la Francia á las leyes inmutables de la sociedad humana, también es cierto que caminaba de prisa, demasiado de prisa acaso, como es costumbre hacerlo en las revoluciones. Una dictadura, con el título de Protector, había bastado á Crom-

well. La dictadura, bajo la forma de Consulado perpetuo, con un poder, inmenso como su genio, duradero por toda su vida, debía haber bastado al general Bonaparte para llevar á cabo todo el bien que meditaba; para reconstituir aquella antigua sociedad desquiciada, y para transmitirla, despues de haberla reorganizado, ó á sus herederos si debía tenerlos, ó á los que mas afortunados estaban destinados á gozar un dia de sus obras y trabajos. En efecto, estaba determinado en los designios de la Providencia, que siguiendo la Revolucion, su carrera sobre si misma, iria mas léjos que el restablecimiento de la forma monárquica, pues llegaria hasta el restablecimiento de la antigua dinastía. Bastaba en nuestro entender al general Bonaparte para cumplir su noble tarea la dictadura, bajo la forma del Consulado por vida, y al crearle Monarca hereditario, se ensayaba, una cosa que no era ni la mejor para su grandeza moral, ni la mas segura para la grandeza de la Francia. Y no porque les faltase derecho á los que querian hacer de un soldado un Rey ó un Emperador: la nacion podia sin disputa conferir á quien quisiera, y á un soldado sublime mas que á cualquier otro, el cetro de Cárlo Magno y de Luis XIV. Pero aquel soldado, en su natural y sencilla posicion de primer magistrado de la República francesa, no tenia igual sobre la tierra, ni aun en los tronos mas elevados. Al transformarse en Monarca hereditario, iba á ser puesto en comparacion con los reyes, pequeños ó grandes, y constituido su inferior en un punto, en el de la sangre; y de este modo iba á aparecer menor que ellos, aunque solo fuese á los ojos de los preocupados. Acogido en su compañía por los reyes, y lisonjeado porque era temido, seria despreciado en secreto por los mas miserables. Pero, lo que es mas grave aun, ¡qué no haria al verse Rey ó Emperador, para llegar á ser rey de reyes, y gefe de una dinastía de monarcas, dependientes de su nuevo trono! ¡Qué de empresas gigantescas no acometeria en las cuales sucumbiria, acaso, la fortuna de la Francia! ¡Cuántos nuevos estímulos iba á tener una ambicion ya demasiado excitada, y que solo podia perecer por sus propios excesos!

Si la institución del Consulado por

vida habia sido, al menos segun nuestro parecer, un acto cuerdo y político, y el complemento indispensable de una dictadura que habia llegado á ser necesaria, el restablecimiento de la monarquía en la persona de Napoleon Bonaparte, era, no una usurpacion (como decian los emigrados en su language) sino un acto de vanidad de parte de aquel que se prestaba á ello con demasiado ardor, y de imprudente avidez de parte de los nuevos convertidos á las ideas monárquicas, ansiosos de lograr su parte en aquel reinado de pocos dias. Sin embargo, si solo se tratara de dar una leccion á los hombres, convenimos en que aquella leccion era una de las mas instructivas, profundas, y dignas que la Providencia da á las naciones, porque la daba aquel soldado heroico, y aquellos republicanos recién convertidos á la monarquía, deseosos así él como ellos de sentarse vestidos de púrpura sobre los restos de una República de diez años, á la cual habian prestado mil juramentos. Por desgracia, la Francia, que habia pagado con su sangre su delirio republicano, estaba destinada á pagar con su grandeza su nuevo celo monárquico, porque á causa de haber habido reyes franceses en Westfalia, en Nápoles y en España, ha perdido la Francia el Rhin y los Alpes. Así, en todas las cosas, estaba la Francia destinada á servir de instruccion al universo: ¡gran desgracia y gran gloria para una nacion!

A cada cambio se necesitan hombres que se encarguen de realizar las ideas que se hallan en todos los ánimos; es decir, instrumentos; y para la revolucion que se preparaba, se halló uno muy singularmente adecuado á las circunstancias. M. Fouché, habia censurado hasta entonces, por un resto de sinceridad, la rapidez de la reaccion que conducia la Francia hacia lo pasado, y hasta habia obtenido el favor de Madama Bonaparte, por parecer participar de sus confusos temores, si bien, por el mismo motivo habia arrostrado la desgracia de su ambicioso esposo. A este papel poco grato de desaprobador secreto, habia debido M. Fouché la pérdida de un ministerio, y no queriendo representarle por mas tiempo, pensó desempeñar otro en

Papel que representaba M. Fouché en la revolucion monárquica que se preparaba.

teramente contrario. Encargándose voluntariamente de dirigir la policia en el descubrimiento de la última conspiracion, él mismo se habia repuesto en su lugar; y viendo al primer Cónsul profundamente irritado contra les realistas, habia alhagado su cólera, y le habia impulsado á inmolarse al duque de Enghien. Si la idea, que á menudo se ha atribuido al primer Cónsul, de concluir un pacto sangriento con los revolucionarios, y de obtener la corona dando en cambio una prenda espantosa, habia entrado en la mente de algun hombre de aquella época, sin duda habia sido en la de M. Fouché. A la vez que aprobaba la muerte del duque de Enghien, era el mas ardiente de los nuevos partidarios del derecho hereditario, y su zelo monárquico excedia al de MM. de Talleyrand, Rœderer y Fontanes.

Es cierto que el primer Cónsul no necesitaba que le animasen para aspirar al trono: deseaba el rango supremo, no porque esta fuese su idea constante desde sus campañas de Italia, ni aun despues del 18 de Brumario, como han supuesto algunos narradores vulgares; seguramente no habia concebido todos estos deseos á la vez, pues su ambicion habia crecido por grados, como su fortuna. Llegado al mando de los ejércitos, habia distinguido desde aquel punto elevado, las alturas mas elevadas aun del gobierno de la República, y habia aspirado á este gobierno. Ya en posesion de aquel puesto habia vislumbrado el del Consulado perpetuo, algo mas superior todavia, y tambien aspirado á encumbrarse en su altura; y Llegado á ella, veia desde alli claramente el trono, y queria subir á él. Asi marcha la ambicion humana, y esta no era en aquella situacion un crimen; pero para los espiritus ilustrados era peligrosa aquella ambicion, sin cesar excitada y sin cesar satisfecha, porque era excitarla cada dia mas el satisfacerla siempre.

Mas en el momento de tomar un poder que no le pertenece naturalmente, el hombre, por audaz que sea, cuando no tiembla, vacila al menos. En semejantes situaciones, un involuntario rubor se apodera de la ambicion mas ardiente, no atreviéndose á confesar lo

que se desea. El primer Cónsul, que trataba poco con sus hermanos de los negocios del Estado, tenia en ellos, cuando se trataba de su grandeza personal, confidentes á quienes les manifestaba todo, y confidentes mas activos que él mismo, pues ardian en deseos de llegar á ser principes. Debe recordarse que habian mirado con despecho y como una tentativa abortada al Consulado por vida. En la época de que se trata, Luciano estaba ausente y José iba á dejar á Paris. Luciano, por una nueva inconsecuencia de su genio, se habia desposado con una viuda, hermosa, pero de una posicion muy desigual á la de la familia de Bonaparte; é indisputado con el primer Cónsul á causa de esto se habia retirado á Roma, donde hacia el papel de proscripto, buscando al parecer en los goces de las artes la indemnizacion de la ingratitud fraterna. Madama Leticia Bonaparte, que, bajo la modestia de una muger que habia nacido pobre, y afectando no echarlo en olvido, ocultaba algunas de las pasiones de una Emperatriz madre, se quejaba constantemente y sin razon de Napoleon Bonaparte, y mostrando hácia su hijo Luciano una preferencia marcada, le habia seguido á Roma. Afectuoso siempre el primer Cónsul con sus paisientes, aun cuando nada tenia que lisonjearse de ellos, habia acompañado á su madre y hermano con su poderosa proteccion, recomendándolos á la benevolencia de Pio VII, diciéndole que su hermano iba á buscar á Roma los placeres de las artes, y su madre el beneficio de un dulce clima. Pio VII tenia con aquellos huéspedes ilustres las atenciones mas cariñosas y delicadas.

José estaba tambien descontento, y nadie se podria imaginar por qué, si la historia no hubiera tenido el cuidado de consignarlo. Creyéndose agraviado porque el primer Cónsul habia querido nombrarle presidente del Senado, habia rehusado aquellas altas funciones con el tono de la dignidad ofendida, cuando M. Cambacérés habia venido á ofrecérselas de parte del primer Cónsul. Este, que no gustaba ver á nadie ocioso, le habia mandado entonces á decir que

Ausencia de los hermanos del primer Cónsul en el momento que se prepara el restablecimiento de la monarquía.

buscase su grandeza, allí donde él había encontrado la suya, es decir en el ejército. Nombrado José coronel del 4.º de línea, partía para Boloña en el momento en que se agitaba la gran cuestión del restablecimiento de la monarquía. El primer Cónsul se hallaba, pues, privado de los dos confidentes, con los cuales trataba los negocios de su grandeza personal. M. Cambacérès, con quien tenía mucha confianza, bien se tratase de cosas generales ó personales, y que en la época del Consulado por vida, le había evitado el embarazo de confesar lo que deseaba, tomando la iniciativa, y haciéndose el instrumento de un cambio nuevamente aprobado, se callaba ahora por dos razones, la una buena y la otra mala. La razón buena, era, que con su rara prevision temía los arrebatos de una ambición sin límites: había oído hablar de imperio de las Galias, de imperio de Carlo Magno, y temblaba al ver la sólida grandeza del tratado de Luneville sacrificada á empresas gigantescas, por consecuencia de la elevación del general Bonaparte al trono imperial. La razón menos buena, era su interés lastimado, porque iba á verse separado del primer Cónsul por toda la altura de un trono, y de copartícipe de la soberanía, por pequeña que fuese su parte, iba á ser simple súbdito del futuro Monarca. Callábase, pues, y no ponía esta vez, como en la anterior, su influjo al servicio del primer Cónsul. El tercer Cónsul Lebrun era en extremo adicto á Napoleon, pero no mezclándose jamás en otra cosa que en la administración, no podía ser de ninguna utilidad.

M. Fouché, en ausencia de los hermanos Bonaparte, y en la inacción del cónsul Cambacérès viene á ser el instrumento de la nueva revolución. M. Fouché, en el ardor de su zelo, se hizo el agente espontáneo del cambio que se preparaba. Habló al primer Cónsul, cuyos secretos deseos había adivinado, le representó la necesidad de tomar un partido pronto y decisivo, y la urgencia de poner fin á las ansiedades de la Francia, colocando la corona sobre su cabeza, y consolidando así definitivamente los resultados de la Revolución; le hizo ver que todas las clases de la nación estaban animadas de la misma idea, é

impacientes por proclamarle Emperador de las Galias ó Emperador de los franceses; según conviniese á su política y á su gusto; le insinuó muchas veces las ventajas de hacer las cosas á tiempo, y por lo tanto la de restablecer la monarquía en un momento en que la Francia alarmada por la vida del primer Cónsul, estaba pronta á concederle cuanto se la pidiese; y pasando de las exhortaciones casi á la censura, reprendió las vacilaciones del general Bonaparte. Este no había dejado su retiro de la Malmaison desde el acontecimiento de Vincennes, y veía allí de continuo á Mr. Fouché que venía á visitarlo con frecuencia, y cuando no podía ver al primer Cónsul porque había salido á paseo ó á alguna otra cosa, entraba en comunicación con su secretario íntimo M. de Meneval, y le manifestaba ampliamente todas las ventajas de la monarquía hereditaria, y no solo de la monarquía, sino de la aristocracia, como apoyo y ornamento del trono; añadiendo, que si el primer Cónsul quería restablecerla, él estaba pronto á defender la necesidad y sabiduría de tal medida, y si era necesario á ser también uno de aquellos nobles.

Tal era el zelo de aquel antiguo republicano, y tan completamente abjuraba sus errores. Su inquieta actividad, mas excitada en esta ocasión que de costumbre, le inducía á moverse mas de lo necesario; y se agitaba como las personas que quieren tener el mérito de impulsar lo que marcha por sí solo.

En efecto, casi no había una persona que no se hallase dispuesta á secundar los deseos del primer Cónsul. Viendo ya hacia mucho tiempo que la Francia se preparaba un dueño, el cual por otra parte también la colmaba de gloria y de bienes, no quería rehusarle el título que mas agradara á su ambición. Los cuerpos del Estado y los jefes del ejército, que sabían, cuán imposible era en adelante toda resistencia, y que habían venido en la ruina de Moreau el peligro de una oposición intempestiva, se arrojaban con conato ante el nuevo César, para ser al menos distinguidos por su zelo, y aprovecharse de una elevación que no era ya tiempo de impedir. La ordinaria disposición de los hombres es explotar la ambición que les es imposible combatir con buen éxi-

to, y consolarse de la envidia con la codicia. Lo único que á todos costaba embarazo, era el volver á usar palabras que se habían proscripto, y repudiar otras que se habían adoptado con entusiasmo; pero bastaba para facilitar todo, una ligera precaucion en la eleccion del título que se habia de dar al futuro monarca. Asi, llamándole Emperador y no Rey, quedaba casi zanjada la dificultad. Por otra parte, para sacar de semejante apuro á aquellos hombres, nadie era mas á propósito que un antiguo jacobino tal como M. Fouché, quien encargándose de dar el ejemplo á todos, al señor y á los súbditos, se apresuraba á proferir el primero, las palabras que nadie se atrevia aun á pronunciar.

M. Fouché lo arregló todo con algunos individuos del Senado, y el primer Cónsul viendo lo que se hacia, lo aprobaba, aunque fingiendo no tener nada que ver en ello. No se queria que

Se da á los periódicos ingleses el encargo de publicar los primeros la palabra monarquía.

los periódicos franceses tomasen la iniciativa, porque hallándose demasiado dependientes de la policía, se podia creer que su opinion tenia

el carácter de una opinion inspirada. Habia en Inglaterra agentes secretos, y estos hicieron decir en ciertos periódicos ingleses, que desde la última conspiracion, estaba el general Bonaparte inquieto, sombrío y amenazador; que todos vivian en Paris en la mayor ansiedad; y esto era la consecuencia natural de una forma de gobierno en el cual todo pesaba sobre una sola cabeza, y que así las personas pacíficas de Francia deseaban, que el derecho hereditario, establecido en la familia Bonaparte, proporcionase al orden actual de cosas la estabilidad que le faltaba. De este modo, la prensa inglesa, que comunmente se dedicaba á disfamar al primer Cónsul, fue empleada esta vez en servir su ambicion. Estos articulos, reproducidos y comentados, causaron la mayor sensacion, y dieron la señal esperada. En dicha época se hallaban reunidos varios colegios electorales en los departamentos del Yonna, del Var, de los Altos Pirineos, del Norte y del Roër; y era fácil obtener de ellos que dirigiesen peticiones. Tambien se provocaron de parte de los consejos municipales de las gran-

des ciudades, tales como Leon, Marsella, Burdeos y Paris. En fin, los campamentos reunidos en las costas del océano se pusieron á su vez en fermentacion; pues, en general, los militares eran la mas decidida de todas las clases, por el primer Cónsul. Fuera de un cierto número de oficiales y de generales, los unos republicanos sinceros y los otros animados por la antigua rivalidad que dividia á los soldados del Rhin y de Italia, la mayor parte de los gefes del ejército veian su propia elevacion en la elevacion de un militar al trono de Francia. Estaban, pues, decididamente dispuestos á tomar la iniciativa, y á hacer lo que tan á menudo se habia hecho en el Imperio romano; es decir, proclamar ellos mismos á un Emperador. El general Soult escribia al primer Cónsul, que habia oido pedir á generales y coroneles, el establecimiento de una nueva forma de gobierno; que estaban prontos á dar al primer Cónsul el título de Emperador de las Galias, y que por lo tanto, le pedia sus órdenes respecto á lo que se debia hacer. Entre las divisiones de dragones, acampadas en Compiègne circulaban peticiones que se cubrian con multitud de firmas, é iban á llegar á Paris.

El Domingo 4 de Germinal (23 de Marzo) algunos días después de la muerte del duque de Enghien, se presentaron al primer Cónsul varias peticiones

Dada la señal, los colegios electorales y los consejos municipales de las grandes ciudades empiezan á dirigir multitud de peticiones.

de los colegios electorales. El almirante Ganteaume, que era uno de sus mas decididos amigos, le presentó la peticion del colegio del Var, del cual era presidente; y en la que se decia en términos formales, que no bastaba *prender, asegurar y castigar* á los conspiradores, sino que era necesario, por un amplio sistema de instituciones que consolidase y perpetuase el poder en las manos del primer Cónsul y de su familia, asegurar el reposo de la Francia, y poner fin á sus prolongadas ansiedades. En la misma audiencia se leyeron otras muchas peticiones, y en seguida tuvo lugar una manifestacion de un orden mucho mas elevado. M. de Fontanes habia recibido la presidencia del Cuerpo Legislativo, obteniendo así por el

favor de la familia Bonaparte, un puesto del que era digno por su solo talento; y tenia la mision de felicitar al primer Cónsul por la conclusion de la inmortal obra del Código Civil. Este Código, fruto de tantos sábios desvelos, monumento de la fuerte voluntad y del talento universal del gefe de la República, se habia concluido en la presente legislatura, y reconocido el Cuerpo Legislativo, habia determinado consignar aquel recuerdo, colocando en la sala de sus sesiones el busto en mármol del primer Cónsul. Esto es lo que M. Fontanes iba á anunciar en aquella audiencia, y en verdad, que de todos los títulos del hombre cuya gloria se queria ensalzar, no habia ninguno mas conveniente de recordar en un momento en que iba á hacersele soberano hereditario de un pais organizado por su genio. M. de Fontanes se expresó como sigue:

«CIUDADANO PRIMER CONSUL:

Discurso de M. de Fontanes con motivo de la conclusion del Código civil.

«Un imperio inmenso descansa, hace cuatro años, al abrigo de vuestra poderosa administracion. La sabia uniformidad de vuestras leyes, va á unir mas y mas á todos los habitantes. El Cuerpo Legislativo quiere consagrar esta época memorable; y al efecto ha decretado, colocar vuestra imagen en el centro del salon de sus deliberaciones, para que le recuerde eternamente vuestros beneficios, y los deberes y la esperanza del pueblo frances. El doble derecho de conquistador y de legislador, ha hecho siempre enmudecer á los demas; y vos lo habeis visto confirmado en vuestra persona por el sufragio nacional. ¿Quién podrá alimentar todavia la criminal esperanza de oponer la Francia á la Francia? ¿Podrá dividirse por algunos recuerdos pasados, cuando se halla unida por todos los intereses presentes? Ella no tiene mas que un gefe, y ese sois vos; ni mas que un enemigo, y ese es la Inglaterra.

«Las tempestades políticas pudieron arrastrar hasta á algunos sábios en sendas desconocidas. Pero tan pronto como vuestra mano gloriosa tremoló las enseñas de la patria, todos los buenos

franceses las reconocieron y fueron en pos de ellas. Los que conspiran en el seno de una tierra enemiga renuncian irrevocablemente á su pais natal; ¿y qué pueden ellos oponer á vuestro ascendiente? Teneis ejércitos invencibles, y ellos no tienen mas que libelos y asesinos; mientras que los votos de la Religión se elevan en vuestro favor al pie de aquellos altares que habeis levantado, ellos quieren ultrajaros por medio de algunos órganos miserables de sediciones y de supersticion. La impotencia de sus tramas está ya probada; y solo lograrán de dia en dia hacer el destino mas riguroso, al pretender luchar contra sus decretos. Que cedan, en fin, á ese movimiento irresistible que arrastra al universo, y que mediten en silencio sobre las causas de la ruina y de la elevacion de los imperios.»

Esta abjuracion de los Borbones hecha en presencia del nuevo monarca que se designaba, y con tan solemne lenguaje, era, aunque indirecta, la mas significativa de las demostraciones. Sin embargo, no se queria publicar nada, antes que el cuerpo mas elevado del Estado, el Senado, encargado por la Constitucion de tomar la iniciativa, hubiese dado el primer paso.

A fin de obtenerle, era preciso ponerse de acuerdo con M. Cambacérés, que dirigia el Senado; y para esto era necesario explicarse con él, y asegurarse de su buena voluntad; no porque se temiese ninguna resistencia por su parte, sino porque su simple desaprobacion aunque silenciosa, hubiera sido un verdadero motivo de disgusto en una circunstancia en que importaba que todo el mundo pareciese como arrastrado por un impulso irresistible.

El primer Cónsul

mandó llamar á MM. Lebrun y Cambacérés á la Malmaison. M. Lebrun habia si-

Explicacion entre el primer Cónsul y sus dos colegas Lebrun y Cambacérés.

do llamado primero, como á quien se podia persuadir con mayor facilidad; y en efecto, poco habia que esforzarse con él, porque era un partidario decidido de la monarquia, y mas bajo la soberania del general Bonaparte, que bajo la de cualquier otro. M. Cambacérés, descontento de lo que se preparaba, llegó cuando ya estaba muy adelantada la conferencia con su colega Lebrun. El

primer Cónsul, despues de haber hablado del movimiento que se notaba en todos los ánimos, como si hubiera sido extraño á él, pidió al segundo Cónsul le manifestase su parecer, acerca de la cuestion del restablecimiento de la monarquía, tan debatida en aquel momento.

—Ya sospechaba yo, contestó M. Cambacérès que se trataba de eso. Veo que todo tiende á ese fin, y lo siento.—Entón-

Opinion de M. Cambacérès acerca del restablecimiento de la monarquía.

mal el disgusto personal que se mezclaba con sus miras de prudencia, M. Cambacérès, expuso al primer Cónsul los motivos en que fundaba su opinion. Le pintó á los republicanos descontentos de que no se les dejase siquiera el nombre de aquella quimera tras que habian corrido, y á los realistas indignados de que se quisiese levantar el trono sin sentar en él á un Borbon; mostró el peligro de llevar tan lejos la vuelta al antiguo régimen, y manifestó que en breve no habria mas que poner á una persona en lugar de otra para que se hallase restablecida la antigua monarquía: recordó las expresiones de los mismos realistas, que se vanagloriaban públicamente de tener en el general Bonaparte un precursor encargado de preparar el restablecimiento de los Borbones: hizo valer el inconveniente de un nuevo cambio, sin que trajese otra utilidad que un vano título, porque el poder del primer Cónsul era entonces ilimitado, é hizo notar que á veces habia mas peligro en cambiar el nombre de las cosas, que su misma esencia: alegó la dificultad de obtener de la Europa el reconocimiento de la monarquía que se queria fundar, y la dificultad mayor aun, de obtener de la Francia el esfuerzo para sostener una tercera guerra general, si era preciso recurrir á este medio para arrancar el reconocimiento á las antiguas cortes europeas: finalmente, presentó muchas razones, unas buenas y otras débiles, y en las cuales se traslucia un mal humor poco comun en aquel grave personaje. Mas no se atrevió á dar otras razones mejores, que no desconocía; cuales eran, que si se concedía aquella nueva satisfaccion á una ambicion inmensa, seria imposible detenerse en

ninguna parte, porque al conceder al general Bonaparte el título de Emperador de los franceses, se le preparaba á desear el de Emperador de occidente, al cual aspiró secretamente despues, no siendo esta la menor de las causas que le impulsaron á traspasar todos los límites de lo posible, y á perecer al traspasarlos. M. Cambacérès, como todo hombre incómodo y contrariado, no dijo lo mejor que podia decir, y fue vencido por su interlocutor. El primer Cónsul, que tanto disimuló sus deseos cuando la institucion del Consulado por vida, daba en esta ocasion el paso que no se queria dar por él. Confesó francamente á su có-

Opinion del primer Cónsul acerca del restablecimiento de la monarquía.

lega Cambacérès que pensaba tomar la corona, y declaró por qué. Sostuvo que la Francia queria un Rey, y que esto era evidente para cualquiera que supiese observar: que cada dia volvía en sí de las locuras que por un momento se le habian inculcado, y que de todas aquellas locuras la República era la mas grande; que la Francia estaba tan desengañada que tomaria un Borbon si no se le daba un Bonaparte; que la vuelta de los Borbones seria una calamidad, porque seria la contrarrevolucion verdadera, y que, en cuanto á él, sin desear mas poder que el que tenia, cedía en aquella ocasion á una necesidad de los ánimos, y al interes de la misma Revolucion; que por lo demas, importaba tomar un partido, porque era tal el movimiento en el ejército, que quizas le proclamarían Emperador en los campamentos, y que entonces su elevacion al trono se asemejaría á una escena de pretorianos, lo cual era preciso evitar antes que todo.

Poco persuadieron estas razones á M. Cambacérès, quien no tenia deseos de dejarse persuadir, y cada cual permaneció en su opinion, con disgusto de haberse manifestado demasiado. La resistencia imprevista de M. Cambacérès, causó algun embarazo al primer Cónsul, quien fingiendo entonces menos impaciencia que la que realmente tenia, dijo á sus dos cólegas, que no se mezclaria en nada, y dejaria entregado á sí mismo el mo-

El primer Cónsul y su cólega Cambacérès se separan descontentos el uno del otro.

vimiento de los ánimos. Separáronse descontentos los unos de los otros, y al volver M. Cambacérès con M. de Lebrun á Paris, á eso de la media noche, le dirigió estas palabras: Esto es hecho; la Monarquía se ha restablecido; pero tengo el presentimiento que el edificio que se levanta no será duradero. Hemos hecho la guerra á la Europa para darle repúblicas hijas de la República francesa; en adelante se la haremos para darle Monarcas hijos ó hermanos del nuestro; y la Francia aniquilada, acabará por sucumbir en sus locas empresas.

Aprovéchase la ocasión para provocar una manifestación por parte del Senado.

Pero la desaprobación de M. Cambacérès era la mas silenciosa y pacífica de todas las resistencias: y por lo tanto, dejó á M. Fouché y á sus auxiliares que obrasen á su gusto. Ofreciase á estos una ocasión excelente, y no la desaprovecharon. Siguiendo la costumbre de dirigir al Senado comunicaciones sobre los acontecimientos importantes que llegaban á suceder, se le habia presentado un informe del gran Juez, relativo á las intrigas de los agentes ingleses Drake, Spencer, Smith, y Taylor. Era preciso responder á la comunicacion del gobierno, y ya el Senado habia nombrado una comision para que redactase un proyecto de respuesta. Hallando favorable aquella circunstancia, se esforzaron los que dirigian aquel asunto en persuadir á los senadores que habia llegado el tiempo de tomar la iniciativa acerca del restablecimiento de la monarquía; que el primer Cónsul vacilaba, pero que era necesario vencer sus dudas, denunciándole los vacios que existian en las instituciones actuales, é indicándole el modo de llenarlos: recordaron en voz baja el disgusto á que se habia expuesto el Senado dos años antes, por haberse quedado atras en lo que deseaba el general Bonaparte; y en voz alta, produjeron una razon muy espiciosa, para que no se dejasen adelantar. El ejército, dijeron exaltado hasta el mas alto punto en favor de su gefe, estaba pronto á proclamarle Emperador, en cuyo caso el imperio seria; como en Roma, dado por los pretorianos; y era necesario apresurarse para evitar á la Francia tal escándalo. De este modo no se haria mas que seguir el ejemplo del

Senado romano, el cual mas de una vez, se habia apresurado á proclamar ciertos Emperadores para no recibirlos de manos de las legiones. Despues habia otra razon que no se debia decir ni en voz muy alta ni muy baja, cual era, la de que quedaban que distribuir una gran parte de senatorias, instituidas cuando el Consulado por vida, las cuales proporcionaban una dotacion territorial ademas de la pecuniaria concedida á cada senador: tambien iba á haber una multitud de cargos nuevos que distribuir. Asi, pues, ya que era imposible resistir á la elevacion de un nuevo dueño, no debian exponerse á disgustarle. Sin embargo, debemos añadir que á estas razones mezquinas se agregaban otras mejores. Salvo una oposicion poco numerosa, de la cual M. Sieyes era el primer fundador, pero de la que se habia disgustado como de todas las cosas, abandonándola á gefes inferiores á él, la mayoría del Senado veia en la monarquía el puerto donde la Revolucion debia buscar su propia salvacion.

Estas razones, de naturaleza tan diferente, arrastraron á la mayoría del Senado, y se resolvió dar una respuesta significativa al mensaje del primer Cónsul. Hé aqui el sentido en que estaba concebida:

Las instituciones de Francia se hallan incompletas bajo dos puntos de vista. En primer lugar no existe ningun tribunal para juzgar los grandes crímenes de Estado, siendo necesario que entienda en ellos una jurisdiccion insuficiente y débil. (Lo que sucedia en el tribunal del Sena con motivo del proceso de Jorge y de Moreau, inspiraba entónces aquella idea á todo el mundo). En segundo lugar el gobierno de la Francia descansa sobre una sola cabeza, y esto es una tentacion perpetua para los conspiradores, que creen, que con derribar aquella cabeza, lo destruirian al mismo tiempo todo. Este es un doble vacío que debe denunciarse á la sabiduría del primer Cónsul, para provocar su solicitud, y, en caso de necesidad, su iniciativa.

En 6 de Germinal (25 de Marzo) dos dias despues de aquel en que tuvieron

Respuesta del Senado al mensaje en que el primer Cónsul le habia dado á conocer las intrigas de los agentes ingleses.

lugar las audiencias, ya referidas, se reunió el Senado para deliberar acerca del proyecto de contestacion. M. Fouché y sus amigos lo habian preparado todo, sin advertirlo al Cónsul Cambacérès que presidia ordinariamente el Senado: tambien parece que no habian prevenido al primer Cónsul, á fin de proporcionarle una agradable sorpresa. Esta sorpresa no era tan agradable para M. Cambacérès, quien quedó asombrado al oir la lectura del proyecto de la comision. Sin embargo, se mostró impasible, y nada dejó traslucir á las miradas de todos fijadas sobre él, porque se queria saber hasta qué punto convenia aquello al primer Cónsul, del cual se le suponía confidente y cómplice. Al leerse el proyecto, se oyó un leve pero sensible murmullo en una parte del Senado; y sin embargo, se adoptó por una inmensa mayoría, quedando acordado que se comunicaria al dia siguiente al primer Cónsul.

Regresa el primer Cónsul á Paris para ponerse de acuerdo con sus colegas acerca del lenguaje que debe usar con el Senado.

manifestó en una carta bastante fria, cuanto acababa de acontecer. El primer Cónsul volvió al otro dia para recibir al Senado, y antes quiso tener una explicacion con sus dos colegas. Pareció como asombrado de la precipitacion de aquel paso, dado en cierto modo de improviso.—Yo no he reflexionado bastante, dijo á M. Cambacérès; y antes de tomar un partido necesito consultar con vos y con otros muchos. Voy á contestar al Senado que estoy deliberando: pero no quiero ni recibirle oficialmente, ni publicar su mensaje, y hasta que haya tomado definitivamente mi resolucion, no dejaré que se trasluzca nada fuera de nosotros.—Así quedó convenido, y así se ejecutó aquel mismo dia.

Contesta al Senado que va á deliberar. recibió al Senado como lo habia anunciado, y contestó verbalmente á sus individuos que les daba gracias por los testimonios de adhesion que le manifestaban; pero que antes de

dar una respuesta pública y definitiva necesitaba deliberar muy maduramente acerca del objeto sometido á su atencion.

Aunque testigo y cómplice silencioso de cuanto se habia hecho, el primer Cónsul, casi veia adelantados sus deseos; pues la impaciencia de sus partidarios habia sobrepujado la suya; y se conocia que no estaba todavia dispuesto. No se publicó, pues, el acto del Senado aunque fue imposible guardar un secreto absoluto; pero mientras no hubiese manifestaciones oficiales, siempre era tiempo de retroceder, si por acaso, se encontraba un obstáculo imprevisto.

Antes de adelantarse hasta el punto de no poder retroceder, quiso el primer Cónsul asegurarse del consentimiento del ejército y de la Europa. En el fondo no dudaba ni de uno ni de otro, porque era muy querido del primero, y le temia la segunda; pero era imponer un cruel sacrificio á sus compañeros de armas, que habian derramado su sangre por la Francia y no por un hombre, el querer que le aceptasen por soberano. Después del efecto causado en la Europa por la muerte del duque de Enghien, el exigir que los principes legitimos reconociesen por igual á un soldado, que pocos dias antes habia teñido sus manos en la sangre de los Borbones, era pedirles un acto muy singular de condescendencia; y aunque era de esperar se recibiese la respuesta que exijia el poder de aquel soldado, era muy prudente asegurarse antes.

El primer Cónsul escribió al general Soult y á los generales en quienes tenia mayor confianza, para pedirles su opinion acerca del cambio propuesto. Decia que no habia tomado ningun partido, que en todo aquello solo buscaba lo que fuese mejor para Francia, y que antes de decidirse queria consultar la opinion de los gefes del ejército. La respuesta no era dudosa; pero con este

Los partidarios del primer Cónsul se habian adelantado á sus deseos.

Antes de tomar un partido definitivo quiere asegurarse de la adhesion del ejército, y el reconocimiento de su nuevo título por todas las cortes.

Preguntas dirigidas á los gefes del ejército.

paso se provocaban, al menos, protestas de adhesión que servirían de ejemplo, y acabarían de decidir á los ánimos tibios ó pertinaces.

Informes tomados cerca de las diferentes córtes para asegurarse el reconocimiento del título imperial.

Francia en guerra con la Inglaterra, no había, pues que ocuparse de ella: el cambio en relaciones con la Rusia hacían un deber de dignidad no dirigirse á ella. Quedaban España, Austria, Prusia y las pequeñas potencias. La España era

No se puede tratar con la Inglaterra; no se quiere dirigir al Austria, y se deja para mas tarde el hacerle á la España: recurrese en el momento á la Prusia y al Austria.

que al parecer se había afectado menos de la violación del territorio germánico, y en su indiferencia profunda hacía todo lo que no fuese su interés, nada había que no se pudiese esperar de ella: pero en materia de etiqueta era muy difícil de contentar, muy quisquillosa y celosa, como debía suceder tratándose de la corte mas antigua y mas calificada. De modo que era cosa poco fácil que el gefe del Sacro Romano Imperio quisiese agregar á la lista de los soberanos un Emperador, porque se habían decidido por este título, á la vez mas grande, mas nuevo y mas militar.

Medios empleados para consultar á la Prusia y el Austria. La Prusia era, pues, la que se debía mostrar mas favorable, á pesar de su reciente frialdad. Despachóse al momento un correo á Berlin con órden para que M. de Laforest viese á M. de Haugwitz, y supiese de él, si el primer Cónsul podía esperar ser reconocido por el Rey de Prusia, como Emperador hereditario de los franceses: esto se debía solicitar de un modo que pudiese al jóven Rey en la alternativa de experimentar una viva gratitud por parte de la Francia, ó su amargo resentimien-

En cuanto á la Europa, aunque en el fondo era probable su condescendencia, presentaba, sin embargo, mas dificultades. Hallándose la

demasiado débil para que negase cualquier cosa que se le pidiese; pero la sangre derramada de un Borbon exigía que se dejase pasar algunas semanas antes de dirigirse á ella. El Austria había sido de todas las potencias, la

to. M. de Laforest tenía tambien órden de no dejar ninguna prueba de aquel paso en los archivos de la legación. En cuanto al Austria, sin escribir directamente á M. de Champigny, y sin arriesgar una proposición directa, se empleó un medio que había á mano, cual fue el de sondear á M. de Cobentzel, que manifestaba cerca de M. de Talleyrand un deseo inmoderado de complacer al primer Cónsul. M. de Talleyrand era para semejante negociación el ministro por excelencia: obtuvo de M. de Cobentzel las mas satisfactorias palabras, pero nada de positivo; y fue preciso escribir á Viena para obtener alguna certeza.

El primer Cónsul se vió, pues, obligado á esperar unos quince dias antes de responder al Senado, y antes de permitir á los artifices de su nueva grandeza, el continuar su obra. Entretanto, se dejó que las grandes ciudades y las autoridades principales siguiesen enviando sus peticiones: contentándose con no insertarlas en el *Moniteur*.

El Rey de Prusia

se hallaba animado de las mejores disposiciones; pues después de haberse vuelto hacia la Rusia, y ligado secretamente con ella, temía haber hecho demasiado en este sentido, y dejado aperebir mucho su censura por lo acontecido en Ettenheim; de modo, que nada deseaba mas, que poder dar un testimonio de afecto personal al primer Cónsul. Apenas había pronunciado M. de Laforest las primeras palabras, cuando M. de Haugwitz le impidió concluir, apresurándose á declararle que el Rey de Prusia no vacilaría en reconocer al nuevo Emperador de los franceses. Federico-Guillermo conocía bien que iba á exponerse de nuevo á la censura de la corte que se agitaba en torno de la Reina, pero sabía arrostrar dicha censura en el interés de su reino; y vivir en buena inteligencia con el primer Cónsul, era, á su entender, el primero de aquellos intereses. Necesario es añadir, que experimentaba cierta satisfacción, la cual iban tambien á sentir todas las cortes, al ver abolida en Francia la República. Solo la monarquía podía tranquilizarlas: y siendo entonces imposibles los Borbones, el general Bonaparte era el nuevo monarca

Aprésurase el Rey de Prusia á ofrecer su reconocimiento.

que todos los principes esperaban ver subir al trono. Esta es una prueba, entre otras mil, de la poca duracion que ciertas impresiones tienen entre los hombres, sobre todo cuando se hallan interesados en desterrarlas de su corazon. Todas las cortes iban á reconocer por Emperador al personage, que en sus arrebatos, habian llamado quince dias antes un regicida y un asesino.

El mismo Rey de Prusia escribió á M. de Lucchesini una carta, que fue presentada al primer Cónsul, la cual contenia las expresiones mas amistosas. «No vaci-

laré, decia el Rey, en autorizaros á no dejar pasar la primera ocasion que se os presente de atestiguar á M. de Talleyrand, que despues de haber visto con placer conferir al primer Cónsul el poder supremo por vida, veria con mayor interes aun consolidado el orden de cosas creado por su sabiduría y por sus grandes acciones, con el establecimiento del derecho hereditario en su familia, el cual no tendria dificultad en reconocer. Añadiréis que me lisonjeo que esta prueba inequivoca de mis sentimientos equivaldrá á sus ojos á todas las seguridades y garantias que hubiera podido ofrecerle un tratado formal, cuyas bases existen de hecho; y que espero poder contar tambien, á mi vez, de su parte, con los efectos de esta amistad y confianza reciprocas, que desearia subsistiesen siempre entre los dos gobiernos.» (23 de Abril de 1804).

Estas palabras, aunque sinceras en el fondo, no eran, sin embargo, enteramente conformes al espiritu del tratado firmado con la Rusia; pero el deseo inmoderado de la paz, hacia que aquel príncipe cometiese falsedades indignas de su carácter.

De otro modo pasaron las cosas en Viena; pues como esta corte no habia contraído ningun compromiso con la Rusia, no queria rescatar la concesion hecha á los unos por una concesion hecha á los otros; y solo pensaba en su interes mas bien calculado. La muerte del duque de Enghien y la violacion del territorio germánico, eran miradas por

ella como cosas de mediana importancia; llamándole solo la atencion la indemnizacion que debia exigir por precio del sacrificio que iba á hacer, reconociendo al nuevo Emperador. Desde luego, y á pesar del inconveniente de disgustar á la Rusia, concediendo una cosa tan agradable al gobierno frances, era preciso resignarse á reconocer á Napoleon, porque negarse á ello hubiera sido colocarse en estado de guerra ó poco menos respecto á la Francia, y esto es lo que se queria evitar ante todo, al menos por aquel momento. Pero era necesario sacar partido del reconocimiento que se trataba de conceder, y diferirle un poco, hacerle comprar por ciertas ventajas, y presentar á la Rusia como una demora de mala voluntad, el tiempo empleado en negociar las ventajas que se deseaban adquirir. Tal fue la política austriaca; y necesario es convenir que era natural entre gentes que vivian en un estado de desconfianza perpetua los unos de los otros.

Despues de la extremada debilidad del partido austriaco en el Imperio, podia suceder que en la próxima eleccion perdiese la casa de Austria la corona imperial. Habia un medio de evitar este inconveniente, y era el asegurar á la casa de Austria por sus estados hereditarios una corona, no ya real, sino imperial, de tal modo, que el gefe de aquella casa quedase siendo Emperador de Austria, en el caso, que por los azares de una futura eleccion, cesase de ser Emperador de Alemania. Esto es lo que se encargó que pidiesen al primer Cónsul, en Viena á M. de Champigny y á M. de Cobentzel en Paris, por precio de lo que aquel exigia. Por lo demas debian declararle, que, salvo el debatir las condiciones, quedaba admitido desde luego el principio del reconocimiento por el Emperador Francés.

El Austria promete su reconocimiento, con condicion que se concederá el título de Emperador, al gefe de la casa de Austria, independiente del título electivo de Emperador de Alemania.

Aunque el primer Cónsul hubiera dado poco de las disposiciones de las

La corte del Austria quiere hacer pagar el reconocimiento exigiendo algunas ventajas de parte de la Francia.

Acogida que se hace en Viena á la noticia del restablecimiento de la monarquía.

potencias, las respuestas de estas le llenaron de satisfaccion. Prodigó testimonios de gratitud y de amistad á la corte de Prusia; y dió gracias encarecidas á la de Viena, contestándole que consentia sin dificultad en reconocer el titulo de Emperador al gefe de la casa de Austria; solo que, para

Consiente el primer Cónsul en los deseos del Austria.

que no se creyese que compraba el reconocimiento de su propio titulo por cualquier precio, desearia que no se publicase aquella declaracion inmediatamente; prefiriendo comprometerse por un tratado secreto á reconocer mas tarde al sucesor de Francisco II, por Emperador de Austria, dado caso que dicho sucesor llegase á perder la cualidad de Emperador de Alemania. Por lo demas, si la corte de Viena insistia; estaba pronto á ceder en aquella dificultad, que en realidad no lo era, porque todos aquellos titulos no tenian ninguna importancia verdadera. Desde Cárlo Magno hasta el siglo XVIII, no habia habido en Europa mas que un soberano que llevase el titulo de Emperador, al menos en occidente: desde el siglo XVIII en adelante habia habido dos, pues el Czar de Rusia habia tomado aquel titulo. Despues de lo que acontecia en Francia iba á haber tres; y habria un dia cuatro si la futura eleccion germánica daba á la Alemania un Emperador elegido de otra casa que no fuera la del Austria. Hasta se creia, que habiendo llamado el Rey de Inglaterra PARLAMENTO IMPERIAL al parlamento unido de Escocia, de Inglaterra y de Irlanda, podia darle la tentacion de titularse Emperador, y en este caso habria cinco. Todo esto no merecia que se detuviesen en ello, pues no eran mas que nombres que no tenian el valor que habian tenido en otro tiempo, cuando Francisco I y Cárlos V se disputaban los votos de los electores germánicos.

Ademas de las tranquilizadoras seguridades dadas por las principales córtes, el primer Cónsul habia recibido del ejército las mayores muestras de adhesion. Particularmente al general Soult le habia escrito una carta llena de las mas satisfactorias declaraciones, y en los quince ó veinte dias transcurridos en las correspondencias que habian mediado con

Viena y Berlin, las grandes ciudades de Leon, Marsella, Burdeos y Paris acababan de dirigir enérgicas peticiones en el sentido del restablecimiento de la monarquía. El movimiento era general y no podia ser mas público; solo faltaba llegar á las manifestaciones oficiales, y explicarse, en fin, con el Senado.

Ya se ha visto que

el primer Cónsul no habia recibido públicamente al Senado, contestando so-

Respuesta al Senado, aplazada por tanto tiempo, que se da al fin el 25 de Abril.

lo de palabra al mensaje del 6 de Germinal; y ya habia cerca de un mes que hacia esperar su respuesta oficial. Al fin la dió el 5 de Floreal (25 de Abril de 1804) y ella causó el desenlace que se esperaba.—«Ni un momento ha dejado de estar presente en mi memoria, dijo el primer Cónsul, vuestro mensaje del 6 de Germinal.... Vosotros habeis juzgado necesario para poner al pueblo frances al abrigo de las tramas de nuestros enemigos, y de las agitaciones que nacen de las ambiciones rivales, que la suprema magistratura sea hereditaria: al mismo tiempo habeis creido que varias de nuestras instituciones deben perfeccionarse, para asegurar el triunfo de la igualdad y de la libertad pública, y ofrecer á la nacion y al gobierno la doble garantia que necesitan.... A medida que he fijado mi atencion en tan graves objetos, he conocido mas y mas, que en una circunstancia tan nueva como importante, me eran necesarios los consejos de vuestra sabiduria y de vuestra experiencia. Asi, pues, os invito á que me deis á conocer por entero vuestro pensamiento.»

Tampoco se publicó este mensaje, asi como no se habia publicado aquel á que servia de contestacion. El Senado se reunió al momento para deliberar, siendo conocido de antemano el resultado; que no era otro, sino el proponer que se convirtiera la República consular en imperio hereditario.

Sin embargo, no todo podia hacerse en silencio, y convenia que se discutiese alguna parte de la gran resolucion que se preparaba, en un cuerpo en que la discusion fuese pública. El Senado no discutia; el Cuerpo Legislativo oia á oradores oficiales, y votaba en silencio; y solo el Tribunado, aunque aminorado y convertido en una seccion

Prosiguense los proyectos del primer Cónsul.

del Consejo de Estado, conservaba aun la palabra. Resolvióse, pues, servirse de este cuerpo, para hacer oír en la sala la tribuna que conservaba la posibilidad de contradecir, algunas palabras que tuviesen la apariencia de libertad.

Presidia á la sazón el Tribunado M. Fabre del Aude personaje adicto á la familia de Bonaparte. Convinose con él en la eleccion de un tribuno, cuyas opiniones anteriores hubiesen sido francamente republicanas, para encargarle que tomase la iniciativa; y se eligió para desempeñar este papel á M. Curée, compatriota y enemigo personal de M. Cambacérès. El público creyó que aquel

Elígese al tribuno Curée para que haga en el Tribunado la mocion del restablecimiento de la monarquía.

pues M. Curée habia sido nombrado sin su noticia y mas bien en contra de su opinion. M. Curée, antiguo y ardiente republicano, vuelto como otros muchos á las ideas monárquicas, redactó una mocion, en la cual proponia el restablecimiento del derecho hereditario en beneficio de la familia Bonaparte. M. Fabre del Aude llevó aquella mocion á Saint-Cloud para someterla á la aprobacion del primer Cónsul; quien no pareció quedar muy satisfecho, hallando que el lenguaje del republicano desagradado era tosco y poco elevado. Sin embargo, habia inconveniente en elegir otro miembro del Tribunado; y por lo tanto, se contentó con variar el texto, remitiéndole inmediatamente á M. Fabre del Aude. El cambio que dicho texto habia sufrido en Saint Cloud era singular; pues en vez de las palabras, *derecho hereditario en la familia Bonaparte*, se encontraban estas otras: *derecho hereditario en los descendientes de Napoleon Bonaparte*. M. Fabre del Aude era amigo particular de José, y una de las personas de su sociedad íntima. Era evidente, que descontento el primer Cónsul de sus hermanos, no queria contraer ningun compromiso constitucional con ellos. Los aduladores de José se agitaron en torno de M. Fabre del Aude, y se envió de nuevo el proyecto de mo-

cion á Saint-Cloud, para que se pusiesen las palabras de *familia Bonaparte* en lugar de las de *descendientes*, de *Napoleon Bonaparte*. El proyecto volvió con la palabra *descendientes* sin que le acompañase ninguna explicacion.

Resuelto M. Fabre á no dar publicidad á aquella circunstancia, dió á M. Curée el texto de la mocion tal como habia salido de manos del primer Cónsul, pero intercalando en ella la version preferida por los partidarios de José. Creia que una vez presentada la mocion y reproducida por el *Moniteur*, no se osaria alterarla, y se resignaba, si era preciso, á tener una explicacion penosa con el primer Cónsul. Esto era una prueba que el partido de los hermanos Bonaparte, se conceptuaba bastante fuerte y unido, para arrostrar, en sus intereses, el enojo del gefe de la familia. De todas estas circunstancias se daba diariamente cuenta á José, quien se hallaba ya en el campamento de Boloña.

El Sábado 8 de Floreal (26 de Abril de 1804) se presentó al Tribunado la mocion de M. Curée, dejándose su discusion para el Lunes 10 de Floreal. Una multitud de oradores pidieron la palabra para apoyarla, procurando á cual mas tener la ocasion de señalarse, haciendo una disertacion acerca de las ventajas de la monarquía. El fondo, por otra parte verdadero, era el siguiente:

La Revolucion de 1789 habia querido la abolicion del régimen

Discusion en el Tribunado.

feudal, la reforma de nuestro estado social, la supresion de los abusos introducidos bajo un régimen arbitrario, y la reduccion del poder absoluto de la corona por la intervencion de la nacion en el gobierno. Estos eran los verdaderos deseos de la nacion; y todo lo que habia excedido aquel límite, habia sido traspasar el objeto, y atraer desgracias: así se lo habian enseñado á la Francia crueles experiencias; y era necesario aprovecharse de ellas, y volver atras en lo que se habia andado demasiado. Así, pues, se debia restablecer la monarquía sobre las nuevas bases de la libertad constitucional y de la igualdad civil. Con la monarquía no habia mas Monarca posible que Napoleon Bonaparte, y despues de él, los individuos de su familia.

Los oradores mas ardientes del Tri-

bunado añadian en sus discursos invectivas contra los Borbones, y la declaracion solemne de que aquellos principes eran ya imposibles en Francia, y que todo frances debia oponerse á su regreso, aun á costa de su sangre. Parece que el desmentis que se daban en aquel momento á si mismos, proclamando la monarquía, despues de haber prestado tantos juramentos á la República indivisible é imperecedera, debiera haber sido una leccion para aquellos oradores, y haberles enseñado á hablar menos afirmativamente del porvenir. Pero ninguna leccion basta á impedir á la turba de hombres de mediana inteligencia que se entreguen al torrente que corre ante ellos: todos, se dejan arrastrar por él, mucho mas cuando creen encontrar los honores y la fortuna en su carrera.

En el número de aquellos hombres se contaban particularmente los mas señalados poco antes por su espíritu republicano, ó aquellos que mas tarde debian señalarse por su celo hácia los Borbones. Enmedio de aquel desencadenamiento de bajas adulaciones, solo el tribuno Carnot mostró una dignidad verdadera. Es seguro que se equivocaba en sus teorías generales, porque, despues de lo que se habia visto

Discurso del tribuno
Carnot.

de diez años á aquella parte, era difícil admitir, que en un pais como la Francia fuese preferible la república á la monarquía; pero aquel defensor de un error, conservó mas dignidad en su posicion, que los que defendian la verdad, porque tenia sobre ellos la ventaja de una conviccion animosa y desinteresada. Y lo que hizo su arrojo mas honroso, fue que lejos de expresarse como un demagogo, lo hizo al contrario, como un ciudadano cuerdo, moderado y amigo del orden. Protestó que al dia siguiente se someteria con docilidad al soberano que hubiese instituido la ley, pero que mientras se publicaba dicha ley y se hallase en discusion, queria manifestar su parecer.

En primer lugar habló con nobleza del primer Cónsul y de los servicios que habia prestado á la República. Si para asegurar el orden en Francia y el uso razonable de la libertad se necesitaba un gefe hereditario, seria insensato, dijo, elegir á otro que á Napoleon Bonaparte. Ninguno habia descar-

gado golpes mas terribles á los enemigos del pais, ni ninguno habia hecho tanto por su organizacion civil; y aunque solo hubiese dado á la nacion el Código civil, su nombre mereceria pasar á la posteridad. No era, pues, dudoso, que á ser necesario levantar el trono, solo él debia ocuparle, y no aquella raza ciega y rencorosa, que solo volveria al suelo patrio para derramar la sangre de los mejores ciudadanos, y restablecer el reinado de las mas estúpidas preocupaciones. Pero, finalmente, ¿si Napoleon Bonaparte habia hecho tantos servicios, no se le podia ofrecer otra recompensa sino el sacrificio de la libertad de la Francia?

El tribuno Carnot, sin entrar en disertaciones prolijas, sobre las ventajas ó inconvenientes que van unidos á las formas de gobierno, se esforzó por probar que en Roma los tiempos del Imperio habian sido tan agitados como los de la República, y que de todo habia habido, menos virtudes y heroismo; que los diez siglos de la monarquía francesa no habian sido menos tempestuosos que los de todas las repúblicas conocidas; que en las monarquías los pueblos se adhieren á las familias, se identifican con sus pasiones, con sus rivalidades y sus odios, y se agitan tanto por estas causas como por cualesquiera otras; que si la República francesa habia tenido jornadas sangrientas, esas turbulencias eran inseparables de su origen; que esto, cuando mas, probaba la necesidad de una dictadura temporal como en Roma; que dicha dictadura se habia concedido á Napoleon Bonaparte, que nadie se la disputaba, y que de él dependia hacer de ella el uso mas noble y glorioso, conservándola el tiempo necesario para preparar la Francia á la libertad; pero que si queria convertirla en un poder hereditario y perpetuo, renunciaba á una gloria única é inmortal; que la prueba de que se podia hallar tranquilidad y dicha con las instituciones republicanas, se hallaba en el nuevo estado fundado ya hacia veinte años en la otra parte del Atlántico, y que en cuanto á él, sentiria siempre que el primer Cónsul no quisiese emplear su poder en proporcionar tal felicidad á su pais. Examinando el argumento, tan á menudo empleado, de que habria mas probabilidad de una paz duradera, cuanto mas

se imitasen las formas de gobierno mas generalmente recibidas en Europa, preguntó si seria tan fácil como se imaginaba el reconocimiento del nuevo Emperador; si se tomarian las armas en el caso de una negativa; y si la Francia, convertida en Imperio, chocaria menos á la Europa que la Francia siguiendo república; si no excitaria tanto sus celos, ni la provocaria en fin á la guerra?

Dirigiendo una postrer mirada á lo pasado, y dándole un noble á Dios, exclamó el tribuno Carnot:

«¿Se manifestó, pues, al hombre la libertad, para que jamas pudiese gozar de ella? ¿Se ofreció á sus deseos como un fruto al que no podia tocar sin ser herido de muerte?..... No, no puedo consentirme á mirar ese bien, tan universalmente preferible á todos los demas, y sin el cual los demas no valen nada, como una simple ilusion. Mi corazon me dice que la libertad es posible, y que su régimen es mas fácil y estable que ningun gobierno arbitrario ú oligárquico.»

Y concluyó con estas palabras de un buen ciudadano:

«Siempre pronto á sacrificar mis mas caras afecciones á los intereses de la comun patria, me contentaré con haber hecho oír otra vez los acentos de una alma libre, y mi respeto por la ley será tanto mas profundo, cuanto que es el fruto de largas desdichas, y de esa razon que nos manda hoy imperiosamente unírnos para hacer frente al enemigo comun, á ese enemigo siempre dispuesto á fomentar discordias, y para el cual todos los medios son legítimos, con tal que llegue á su objeto de opresion universal y de dominacion de los mares.»

Era evidente que el tribuno Carnot confundia la libertad con la República, y este es el error de todos los que razonan como él. La República no es necesaria á la libertad, así como la monarquía no es necesaria al orden. Encuéntrase la opresion en la República, así como se encuentra el desorden en la monarquía; y sin buenas leyes deben encontrarse la una y el otro bajo cualquier forma de gobierno. Pero, se trataba de saber, si con leyes sabias y buenas, no daba la monarquía, en mayor grado que toda otra forma de gobierno, la suma de libertad posible, y ademas

la fuerza de accion necesaria á los grandes estados militares; y sobre todo se queria saber, si las costumbres de doce siglos no la hacian inevitable y deseada en un pais como la Francia. Y si era así, ¿no valia mas admitirla y organizarla sabiamente, que resistirse en una situacion falsa que no convenia ni á las antiguas costumbres, de la Francia, ni á la necesidad que se sentia entónces de establecer un estado duradero y capaz de tranquilizar los ánimos? A nuestro entender, solo en una cosa tenia razon el ilustre tribuno: quizas no necesitaba Napoleon mas que una dictadura temporal, para venir á parar mas tarde, segun M. Carnot, á la República, y segun nosotros á la monarquía representativa. Napoleon habia sido maravillosamente elegido por la Providencia para preparar la Francia á un nuevo régimen, y entregarla engrandecida y regenerada, á aquellos, cualesquiera que fuesen, que debian gobernarla despues de él.

El tribuno Carion de Nisa se encargó de contestar á M. Carnot, lo que hizo con gran satisfaccion de los nuevos monárquicos, pero con un language tan mediano, como medianas eran las ideas. Por lo demas, esta discusion era solo de aparato. El cansancio, y el conocimiento de cuan inútil era, hicieron que se concluyese pronto; nombrándose en seguida una comision de trece individuos para examinar la mocion del tribuno Curée, y convertirla en una resolucion definitiva.

En la sesion del 13 de Floreal (3 de Mayo de 1804. Mayo de 1804. Mayes siguiente, M. Jard-Panvillier, secretario de aquella comision, propuso al Tribunalado que emitiese un voto, el cual, segun las reglas constitucionales vigentes, debia dirigirse al Senado, y ser presentado á aquel cuerpo por una diputacion.

Dicho voto era el siguiente:

Primero, que Napoleon Bonaparte, actual Cónsul por vida, fuese nombrado Emperador, y encargado, como tal, del gobierno de la República francesa.

Segundo, que el titulo de Emperador y el poder imperial fuesen hereditarios en su familia, de varon en varon, por orden de primogenitura.

Voto del Tribunalado para el establecimiento de la monarquía.

Tercero, que al hacer en la organizacion de las autoridades constituidas las modificaciones que reclamaba el establecimiento del poder hereditario, se conservasen en toda su integridad la igualdad, la libertad y los derechos del pueblo.

Preséntase aquel voto al Senado.

Esta proposicion fue aprobada por una inmensa mayoría, y presentada al Senado al dia siguiente 14 de Floreal (4 de Mayo de 1804). En dicha sesion ocupaba la presidencia M. Francisco de Neufchâteau en su cualidad de vice-presidente, quien despues de haber oido á la diputacion del Tribunal, y haberle dado testimonio de la proposicion

Respuesta del presidente del Senado.

que le presentaba, dijo á los tribunales: «Yo no puedo descorrer el velo que cubre momentáneamente los trabajos del Senado; sin embargo, debo deciros, que desde el 6 de Germinal hemos hecho que se fije la atencion del primer magistrado sobre el mismo objeto que vosotros la habeis fijado. Mas, conoced vuestras ventajas! vuestra institucion os ha permitido que entregueis á la discusion en presencia del pueblo, lo que hace dos meses que nosotros meditamos en silencio. La extension feliz que habeis dado á una grande idea, proporcionará al Senado que os ha abierto la tribuna, la satisfaccion de complacerse en sus elecciones, y de aplaudir su obra.

«En vuestros discursos públicos, hemos hallado el fondo de todas vuestras ideas. Como vosotros, ciudadanos tribunos, no queremos á los Borbones, porque no queremos la contra-revolucion, único presente que pueden hacernos aquellos infelices tráfugas, que se han llevado consigo la nobleza, la feudalidad, la servidumbre, y la ignorancia....

«Como vosotros, ciudadanos tribunos, queremos crear una nueva dinastia, porque queremos garantir al pueblo frances todos los derechos que ha reconquistado. Como vosotros queremos que la libertad, la igualdad y las luces no puedan retroceder. No quiero hablar del grande hombre llamado por su gloria á dar su nombre á su siglo.... No es por él, sino por nosotros por quien debe adherirse á esta idea. Lo que vo-

sotros proponeis con entusiasmo, el Senado lo medita con calma....»

Por estas palabras del vice-presidente se ve que el Senado habia querido hacer notar la fecha, y no exponerse esta vez á que le ganasen la delantera, en materia de adhesion al nuevo dueño. Los directores secretos del cambio que se preparaba, habian previsto bien el influjo que ejerceria sobre este cuerpo la discusion del Tribunal, y se habian servido de él para apresurar su resolucion, diciendo que era preciso que la tuviese tomada para el dia en que el Tribunal le presentase su proposicion, á fin de que pareciese que ambos cuerpos salian al encuentro uno de otro, pero no que el de mas consideracion de los dos seguia al otro. Por lo tanto, se habian dado la mayor prisa en concluir, y habian ideado presentar al primer

Cónsul una Memoria, en la cual expondria el Senado sus ideas, y propondria las bases de un nuevo Senado-consulta orgánico. En efecto, dicha

Memoria estaba concluida, en el momento que se presentaba la diputacion del Tribunal. Se aprobó su redaccion, y se resolvió que inmediatamente se presentase al primer Cónsul, pues se queria que dicha presentacion se verificase el mismo dia (14 de Floreal). En su consecuencia, una diputacion compuesta del presidente, secretarios y miembros de la comision que habia preparado aquel trabajo, se presentó al primer Cónsul, y le entregó el mensaje del Senado, con la Memoria que contenia sus ideas, acerca de la nueva organizacion monárquica de la Francia.

Era preciso, en fin, dar á aquellas ideas la forma de articulos constitucionales; y al efecto se nombró una comision compuesta de

algunos senadores, de los ministros y de los tres cónsules, la cual quedó encargada de redactar el nuevo Senado-consulta. No siendo necesario ya tomar ninguna otra precaucion en cuanto á la publicidad, se insertaron al dia siguiente en el *Moniteur* todos los actos del Se-

El Senado presenta al primer Cónsul una Memoria en la que le expone sus ideas acerca de la nueva monarquía que se trata de fundar.

Comision compuesta de los cónsules, de los ministros y de algunos senadores, para redactar la Constitucion imperial.

nado, las comunicaciones que habia dirigido al primer Cónsul, las que habia recibido, y todas las peticiones, que de algun tiempo á aquella parte, solicitaban el restablecimiento de la monarquía.

Esta comision puso inmediatamente manos á la obra; y reunida en Saint Cloud en presencia del primer Cónsul y de sus dos cólegas, examinó y resolvió sucesivamente todas las cuestiones que originaba el establecimiento del poder hereditario. La primera que se presentó fue la relativa al mismo título del nuevo monarca. ¿Se le llamaria Rey ó Emperador? La misma razon que en la antigua Roma habia inducido á los Césares,

Se prefirió el título de Emperador al de Rey.

la misma razon decidió á los autores de la nueva constitucion á preferir el nombre de Emperador. Este ofrecia á la vez mas novedad y grandeza; y desviaba hasta cierto punto los recuerdos de un pasado, que se queria restaurar en parte pero no en todo. Habia tambien en esta calificacion alguna cosa de ilimitado que convenia á la ambicion de Napoleón. Al atribuirle diariamente sus numerosos enemigos en Europa, proyectos que tenia formados ó que no habia concebido, al repetir en una multitud de publicaciones que pensaba reconstituir el imperio de occidente, ó al menos el de las Galias, habian preparado todos los ánimos, aun el suyo, al título de Emperador, el cual se repetia por todos, así amigos como enemigos, antes de haber sido adoptado: así, pues, quedó elegido sin contestacion; decidiéndose que el primer Cónsul seria proclamado Emperador de los franceses.

Establecimiento del derecho hereditario y sus condiciones.

El derecho hereditario, objeto del nuevo cambio, fue establecido, como era natural, segun los principios de la ley sálica, es decir, de varon á varon por orden de primogenitura. Como Napoleón no tenia hijos, ni parecia destinado á tenerlos, se imaginó concederle la facultad de adopcion, tal como se halla en las instituciones romanas, con sus condiciones y sus formas solemnes. A falta de descendencia adoptiva, se permitió la trasmision de la corona en

línea colateral, no en todos los hermanos del Emperador, sino exclusivamente en dos, José y Luis, pues eran los únicos que habian adquirido una verdadera consideracion. Luciano, por su género de vida y por su reciente matrimonio, se habia hecho impropio para suceder; y Gerónimo, apenas salido de la adolescencia, acababa de casarse con una americana sin el consentimiento de sus parientes; de modo que solo José y Luis fueron admitidos á suceder. A fin de prevenir los inconvenientes de falta de conducta en una

familia numerosa, se elevó al trono, se concedió un poder absoluto al Emperador sobre los miembros de la familia imperial.

Se estableció que el príncipe frances que contrajese matrimonio sin permiso del gefe del Imperio, perderia para sí y para sus hijos el derecho á la sucesion, pudiendo solo recuperarle, si se anulaba su matrimonio.

Los hermanos del Emperador recibieron la cualidad de príncipes y princesas, así como los honores unidos á estétitulo. Se resolvió que el presupuesto de la casa imperial, se estableceria segun los mismos principios que el de 1791; es decir, que seria votado por todo el reino, y que se compondria de los palacios reales existentes, de los dominios de la corona, y de una renta anual de 25 millones de francos (unos 94 millones de reales). La dotacion de los príncipes franceses se fijó en un millon de francos á cada uno (3,750,000 reales al año). El Emperador

tenia el derecho de fijar, por medio de decretos imperiales, (que venian á ser lo que nosotros llamamos ordenanzas) el régimen interior del palacio, y arreglar por sí mismo el género de representacion que convenia á la Magestad imperial.

Al entrar tan completamente en las ideas monárquicas era necesario colocar en torno de aquel nuevo trono un cortejo de grandes dignidades que le sirviese

Autoridad absoluta dada al Emperador sobre la familia imperial.

Los hermanos del Emperador declarados príncipes imperiales.

Fijase el presupuesto de la casa imperial en 25 millones de francos.

Se conoce la necesidad de rodear de grandes personajes, el nuevo trono imperial.

de ornamento y de apoyo. Era preciso, además, pensar en satisfacer las ambiciones secundarias que se habían colocado voluntariamente debajo de una ambición superior, la habían impulsado á la cumbre, y debían recibir, á su vez, el precio de sus servicios privados y públicos. Cada cual tenía la vista fija en los dos Cónsules Cambacérès y Lebrun, que aunque bien inferiores á su cólega, bajo cualquier punto de vista que se mirase, habían dividido con él el poder supremo, y hecho servicios innegables con la prudencia y sabiduría de sus consejos. Ambos asistían á las conferencias de la comision senatorial que redactaba en Saint-Cloud la nueva Constitucion monárquica. El Cónsul Cambacérès no sabiendo, quizás por la primera vez en su vida, disimular su mal humor, estaba frio y poco comunicativo; mostrándose tan reservado en esta circunstancia, como M. Fouché se manifestaba franco, no podía ocultar su despecho ni el desprecio que le inspiraba el celo de los que forjaban la nueva monarquía. Semillante situacion ocasionó mas de un conflicto, que en breve fue reprimido por la autoridad de Napoleon. Conociase la necesidad de satisfacer á los dos Cónsules que iban á cesar en su encargo, especialmente á M. Cambacérès, quien á pesar de algunas ridiculeces,

Se piensa en un principio dejar á los dos Cónsules al lado del Emperador.

gozaba de una inmensa consideracion política. Al principio, y para imitar en un todo al Imperio romano, se había pensado dejar á los dos cónsules al lado del Emperador. Nadie ignora que despues de la elevacion de los Césares al imperio, se conservó la institucion de los cónsules; que uno de los miembros insensatos de aquella familia dió aquel título á su caballo, que otros le dieron á sus esclavos ó á sus eunucos, y cuando el imperio de oriente se hallaba próximo á su ruina, se conservaban todavia dos cónsules anuales encargados de los cuidados vulgares del calendario. Este recuerdo, poco liсонjero es el que había inspirado á los amigos de MM. Cambacérès y Lebrun, sin que creyesen ofenderlos, la idea de conservar los dos Cónsules en el nuevo imperio frances. M. Fouché, rechazando dicha proposicion, dijo que lo que menos se debía tener en cuenta era lo

que perdiesen algunos con la nueva organizacion, pues lo que importaba antes que nada era no dejar ningun vestigio de un régimen tan irrisorio como era entónces el de la República.—Los que han de perder algo con el nuevo régimen, contestó M. Cambacérès, podrán consolarse, porque llevarán consigo la estimacion pública que no acompaña siempre á los hombres que dejan sus destinos.—Esta alusion á M. Fouché y á su primera salida del ministerio, hizo sonreír al primer Cónsul, quien aprobó la respuesta, apresurándose, no obstante, á poner fin á unos debates, que habían llegado á ser penosos. En las sesiones sucesivas no se invitó á los dos Cónsules, á que asistiesen á ellas.

M. de Talleyrand, que era el mas ingenioso de todos los inventores, cuando se trataba de satisfacer ambiciones, había imaginado imitar algunas dignidades del imperio germánico. Cada uno de los siete electores de aquel antiguo imperio, eran el uno mariscal, el otro escanciadore, este tesorero, aquel canceller de las Galias ó de Italia &c. Existiendo la idea, aunque vaga todavia, de restablecer alguna vez el imperio de occidente en beneficio de la Francia, era preparar los elementos para ello, el rodear al Emperador de grandes dignatarios, elegidos en aquel momento entre los principes franceses ó los grandes personajes de la República, pero destinados mas tarde á ser también reyes y á formar un cortejo de monarcas vasallos, en torno del moderno Carlo-Magno.

Creacion de los grandes dignatarios del imperio.

M. de Talleyrand, de acuerdo con el primer Cónsul, ideó seis grandes cargos, que no correspondian á los diferentes oficios de la casa imperial, sino á las diferentes atribuciones del gobierno. En aquella Constitucion, en la cual permanecian muchos cargos electivos, donde los miembros del Senado, del Cuerpo Legislativo y del Tribunado debían ser elegidos, y hasta el mismo Emperador en caso de extinguirse la descendencia directa, podía concebirse el cargo de un Gran Elector, encargado de ciertos cuidados honoríficos relativos á las elecciones. Propúsose, pues, por primer gran dignatario, un Gran Elector. Para segundo, se propuso un Ar-

El Gran Elector.

El Archicanciller del Imperio.

presentacion, y de lo relativo al orden

El Archicanciller de Estado.

pel igual en cuanto á la diplomacia; para cuarto, un Archi-

El Archi-tesorero, el Condestable y el gran Almirante.

últimos, indica suficientemente á qué parte del gobierno correspondia su dignidad.

Atribuciones de los grandes dignatarios.

Los titulares de aquellos grandes cargos, eran, como acabamos de decirlo, dignatarios y no funcionarios, porque se queria que fuesen irresponsables é inamovibles. Debian tener atribuciones puramente honorificas, y solo la vigilancia general de la parte del gobierno que tenia relacion con su título. Asi, pues, el Gran Elector convocaba al Cuerpo Legislativo, al Senado y á los colegios electorales, presentaba á los miembros elegidos de los diferentes cuerpos para que prestasen juramento, y tomaba parte en todas las formalidades propias de la convocacion ó disolucion de los colegios electorales. El Archicanciller del Imperio recibia el juramento de los magistrados, ó bien los presentaba para que lo prestasen en manos del Emperador, vigilaba la promulgacion de las leyes y senados-consultos, presidia el consejo de Estado y el gran consejo imperial (del cual hablaremos en seguida), convocaba las reformas que eran oportunas en las leyes; y finalmente desempeñaba las funciones de empleado del estado civil, en cuanto á los nacimientos, matrimonios y defunciones de la familia imperial. El Archicanciller de Estado recibia á los Embajadores, los presentaba al Emperador, firmaba los tratados, y los promulgaba. El Archi-tesorero cuidaba del gran libro de la deuda pública, daba la garantia de su firma á todos los títulos que se entregaban á los acreedores del Estado, verificaba las cuentas de la Contaduria general antes de someterlas al Emperador, y proponia sus ideas acerca de la administracion de la Hacienda. El Condestable en

chicanciller del Imperio, encargado del papel de simple papel de simple vigilancia general en judicial; para tercero, un Archicanciller de Estado, encargado de un papel igual en cuanto á la diplomacia; para quinto un Condestable, y para sexto un gran Almirante. El título de cada uno de estos

Los titulares de aquellos grandes cargos, eran, como acabamos de decirlo, dignatarios y no funcionarios, porque se

queria que fuesen irresponsables é inamovibles. Debian tener atribuciones puramente honorificas, y solo la vigilancia general de la parte del gobierno que tenia relacion con su título. Asi, pues, el Gran Elector convocaba al Cuerpo Legislativo, al Senado y á los colegios electorales, presentaba á los miembros elegidos de los diferentes cuerpos para que prestasen juramento, y tomaba parte en todas las formalidades propias de la convocacion ó disolucion de los colegios electorales. El Archicanciller del Imperio recibia el juramento de los magistrados, ó bien los presentaba para que lo prestasen en manos del Emperador, vigilaba la promulgacion de las leyes y senados-consultos, presidia el consejo de Estado y el gran consejo imperial (del cual hablaremos en seguida), convocaba las reformas que eran oportunas en las leyes; y finalmente desempeñaba las funciones de empleado del estado civil, en cuanto á los nacimientos, matrimonios y defunciones de la familia imperial. El Archicanciller de Estado recibia á los Embajadores, los presentaba al Emperador, firmaba los tratados, y los promulgaba. El Archi-tesorero cuidaba del gran libro de la deuda pública, daba la garantia de su firma á todos los títulos que se entregaban á los acreedores del Estado, verificaba las cuentas de la Contaduria general antes de someterlas al Emperador, y proponia sus ideas acerca de la administracion de la Hacienda. El Condestable en

cuanto á la administracion de la guerra, y el Gran Almirante en cuanto á la de la marina, desempeñaban un papel absolutamente igual. Asi, habia sentado Napoleon por principio, que nunca un gran dignatario seria ministro, para separar del cargo efectivo la atribucion de aparato; pues eran solamente en cada parte del gobierno dignidades modeladas en la misma monarquia, inactivas, irresponsables y honorificas como aquella, pero encargadas tambien como ella, de una vigilancia general y superior.

Los titulares de aquellas dignidades podian reemplazar al Emperador ausente, ya en el Senado, ya en los Consejos, ya en el ejército, y formaban con el Emperador el gran consejo del Imperio. Finalmente, en el caso de extinguirse la descendencia natural y legitima, elegian al Emperador, y en caso de minoria, velaban sobre el heredero de la corona, y formaban el consejo de Regencia.

Todos los autores de la nueva constitucion admitieron gustosos la idea de aquellas grandes dignidades. Cada titular, á menos que no fuese á la vez gran dignatario y principe imperial, debia recibir un sueldo igual á la tercera parte de la dotacion de los principes, es decir, la tercera parte de un millon de francos (1,250,000 rs.). Con aquellos cargos se podia agraciarse á los hermanos del Emperador, á los dos Cónsules que iban á cesar en sus funciones, y á los personajes de consideracion que habian hecho importantes servicios civiles ó militares. Generalmente se creian destinados para aquellos títulos, á mas de los hermanos José y Luis, á los Cónsules Cambacérès y Lebrun, á Eugenio de Beauharnais, hijo adoptivo del primer Cónsul, á Murat, su cuñado, á Berthier, su fiel y útil compañero de armas, y á M. de Talleyrand, su intermediario con la Europa. Sin embargo, solo de su voluntad dependia la reparticion de aquellos elevados favores.

Tambien era muy natural que se creasen en el ejército posiciones elevadas, y se restableciese la dignidad de mariscal que existia en la antigua monarquia, y que está admitida en toda la Europa, como la señal mas brillante del mando militar. En su consecuencia, se resolvió

Créase una segunda clase de dignatarios con el título de grandes oficiales del Imperio.

que hubiese diez y seis mariscales del Imperio, y ademas cuatro mariscales honorarios, elegidos entre los genera-

Se crean diez y seis mariscales del Imperio.

les ancianos que fuesen individuos del Senado, y como tales estuviesen priva-

dos de ejercer funciones activas. Tambien se restablecieron los cargos de inspectores generales de artilleria y de ingenieros, y de coroneles generales de caballeria. A estos destinos militares se unieron otros civiles, como chambelanes, maestros de ceremonias &c., y de unos y otros se compuso una segunda clase de dignatarios, con el titulo de grandes oficiales del Imperio, inamovibles como los seis grandes dignatarios. Para ligar á todos en cierto modo con el pais, se puso á su cargo la presidencia de los colegios electorales; de suerte que el Gran Elector debia presidir el colegio electoral de Bruselas; el Archicanciller el de Burdeos; el Archicanciller de Estado el de Nantes; el Architesorero el de Leon; el Condestable el de Turin, y el Gran Almirante el de Marsella: los grandes oficiales civiles ó militares debian presidir colegios electorales de menos importancia. Esto era cuanto el artificio humano podia imaginar de mas hábil para imitar una aristocracia con una democracia, porque aquella gerarquia de seis grandes dignatarios y de cuarenta ó cincuenta oficiales, colocados en las gradas del trono, era á la vez aristocrática y democrática: aristocrática por la posicion, honores y rentas que iba á tener en breve, á favor de nuestras conquistas: democrática por su origen, porque se componia de abogados, de oficiales de fortuna, y á veces de paisanos convertidos en mariscales, y porque debia quedar constantemente abierta para todo hombre de genio ó de talento. Aquellas creaciones han desaparecido con su creador, y con el vasto imperio que le servia de base; pero es posible que se hubiesen conservado, si el tiempo las hubiera ayudado con su fuerza, y las hubiera prestado aquella vetustez que engendra el respeto.

Se conceden algunas garantías á los ciudadanos para indemnizarlos de la abolición de la República.

Allevantar el trono, y al adornar sus gradas con aquella pompa social, era preciso asegurar á los ciudadanos algu-

nas garantías, é indemnizarles con alguna libertad real, de aquella libertad aparente de que se les privaba al abolir la República. De algun tiempo á aquella parte se habia repetido con frecuencia que con una monarquia bien arreglada seria el gobierno mas fuerte y los ciudadanos mas libres; y era preciso efectuar una parte de aquellas promesas, si era posible cumplir una sola de aquel género, en una época en que anhelando todo el mundo un poder enérgico, hubiera dejado perecer por falta de uso la libertad mas fuertemente consignada en las leyes. Así, pues, se pensó dar al Senado y al Cuerpo Legislativo algunas prerrogativas que no tenian, y que podian llegar á ser útiles, garantías para los ciudadanos.

El Senado, compuesto al principio de ochenta miembros elegidos por el mismo Senado, y despues, de los ciudadanos que el Emperador juzgaba dignos de aquella posicion elevada, y en fin, de los seis grandes dignatarios, y de los principes franceses mayores de diez y ocho años, era siempre el primer cuerpo del Estado. Este cuerpo componia los demas, pues conservaba la facultad de elegir: podia tambien anular cualquier ley ó decreto, por causa de inconstitucionalidad, y reformar la Constitucion por medio de un senado-consulta-orgánico. De modo, que á pesar de las transformaciones continuas que habia sufrido de cuatro años á aquella parte, habia quedado tan poderoso, como M. Sieyes habia querido que fuese. Los restauradores de la monarquia que deliberaban en Saint-Cloud, idea-

ron concederle dos nuevas atribuciones de la mayor importancia, confiándole la custodia de la libertad individual y de la libertad de la prensa. Por el artículo 46 de la primera Constitucion consular, no podia el gobierno retener á un individuo en prision, sin entregarle en el término de diez dias á sus jueces naturales. Por la segunda constitucion consular, en que se habia establecido el Consulado por vida, el Senado tenia en caso de complot contra la seguridad del Estado, la facultad de decidir si el gobierno podria dilatar aquel plazo de diez dias, y por cuanto tiempo. En esta ocasion se quiso

El Senado es constituido guardian de la libertad individual, y de la libertad de la prensa.

arreglar de un modo que tranquilizase á todos, aquella autoridad arbitraria concedida al gobierno sobre la libertad de los ciudadanos: y al efecto se creó una comision senatorial, compuesta de siete miembros, que debían ser nombrados por medio de escrutinio, renovándose esta comision por la salida sucesiva de uno de sus miembros, de cuatro en cuatro meses. Esta comision debia recibir las peticiones y reclamaciones de los presos ó de sus familias, y declarar si la detencion era justa ó exigida por el interes del Estado. En caso contrario, si despues de haber dirigido primera, segunda y tercera invitacion al ministro que habia ordenado la prision, no mandaba soltar al individuo preso, podia entregar á dicho ministro al gran consejo imperial, y acusarle de haber violado la libertad individual.

Una comision igual y organizada del mismo modo tenia el encargo de velar sobre la libertad de la prensa. Aquella era la primera vez que se hacia mencion de esta libertad en las varias constituciones consulares, tan poco caso se hacia de ella al acabar de pasar las saturnales de la prensa del tiempo del Directorio. En cuanto á la prensa periódica quedaba bajo la autoridad de la policia; pues no era por esta por quien entonces parecian interesarse. Tan solo se ocupaban de los libros, los cuales se habian juzgado dignos de la libertad negada á los periódicos; y no se queria entregarlos como en 1789 á la arbitrariedad de la policia. Todo impresor ó librero, á quien la autoridad pública pusiese trabas en la publicacion de algun libro, tenia la facultad de dirigirse á la comision senatorial encargada de este negociado; y si despues de haber tomado conocimiento del libro prohibido ó mutilado, la comision senatorial desaprobaba los rigores de la autoridad pública, debia hacer primera, segunda y tercera invitacion al ministro, y á la tercera, podia, en caso de negarse el ministro á obedecer sus intimaciones repetidas, denunciarlo al gran consejo imperial.

De esta suerte, ademas de los poderes que dejamos enumerados, tenia el Senado el encargo de velar por la conservacion de la libertad individual y la de la prensa. No dejaban de tener valia estas dos últimas garantías; porque

si bien no tenian una eficacia presente bajo un despotismo aceptado por todos, podian llegar á adquirir una fuerza real, bajo los sucesores del depositario de aquel despotismo, si es que los tenia.

Algo análogo á lo que llevamos referido se hizo para la organizacion del Cuerpo Legislativo.

El Cuerpo Legislativo puede hacer uso de la palabra en sesiones secretas.

El Tribunalado, como muchas veces lo hemos dicho, era quien discutia los proyectos de ley, y despues de haber formado su opinion, enviaba tres oradores, para sostenerla contra tres consejeros de Estado, ante el Cuerpo Legislativo que no tenia voz en las discusiones. Este silencio, corregido, segun la idea de M. Sieyes por la locuacidad del Tribunalado, en breve habia venido á ser ridiculo á los ojos de una nacion satirica, que á la vez que temia el uso de la palabra y sus excesos, se reia del silencio forzado de sus legisladores. La mudez del Cuerpo Legislativo era todavia mas chocante, desde que el Tribunalado privado de todo vigor, se callaba tambien. Para obviar este inconveniente se decidió, que el Cuerpo Legislativo, despues de haber oido á los consejeros de Estado y á los miembros del Tribunalado, se retiraria para discutir en sesion secreta los proyectos que se sometiesen á su deliberacion; que allí cada individuo podria usar de la palabra, y que en seguida se abriria de nuevo la sesion pública, para votar, segun lo acostumbraba á hacer, por medio del escrutinio.

Devolvióse, pues, la palabra al Cuerpo Legislativo, cuando este se hallase en sesion secreta.

El Tribunalado, que habia venido á ser, despues de la institucion del Consulado por vida, una especie de consejo de Estado, reducido desde aquella época á cincuenta individuos, habiendo adquirido la costumbre de no examinar los proyectos de ley sino en las conferencias privadas con los consejeros de Estado, autores de aquellos proyectos, recibió en la nueva Constitucion una organizacion conforme á los hábitos que acababa de adquirir. Dividiósele en tres secciones, la primera de legislacion, la segunda del interior, y la tercera de hacienda; y solo debia discutir las leyes en junta de secciones, y no en junta general. Tres oradores nombrados por la

sección debían sostener su opinión ante el Cuerpo Legislativo. Esto era consagrar definitivamente por una disposición constitucional, la nueva forma que el mismo se había impuesto por deferencia.

Los poderes de sus miembros se prorogaron de cinco á diez años, lo cual si bien redundaba en beneficio de los individuos, disminuía la vida del cuerpo, renovando su espíritu mas de tarde en tarde.

Por último, á todo esto se unió una institución que faltaba á la seguridad del gobierno lo mismo que á la de los ciudadanos, cual era la de un tribunal supremo, que en Inglaterra, y en la actualidad en Francia, reside en el seno de la cámara de los pares, y cuya falta se había hecho conocer en la continuacion de la causa de conspiración formada á Jorge, y en la desgraciada ejecución de Vincennes. Dicha falta debía ser mas sensible bajo un gobierno dictatorial, cuyos agentes no presentaban mas que una responsabilidad nominal, puesto que no podían ser llamados ante ninguno de los cuerpos del Estado. En efecto, entonces no había, como ahora, el medio de interpelarlos ante una de las dos cámaras. Importaba, pues, proporcionar una garantía al gobierno contra los autores de los complots, y á los ciudadanos contra los agentes de la autoridad pública.

Composicion de este tribunal supremo.

Púsose el mayor cuidado en dar á la institución de aquel supremo tribunal ó gran consejo, la ventaja aparente que se procuraba dar á las nuevas instituciones monárquicas, cual era que se asegurase en ellas tanto la libertad de los ciudadanos como la fuerza del poder. En su consecuencia, se colocó este tribunal supremo dentro del Senado, sin que por esto se compusiese exclusivamente de senadores, ni fuesen todos ellos miembros del tribunal. De los ciento veinte senadores, solo sesenta debían formar parte del gran consejo, y además eran individuos de él, los seis presidentes del consejo de Estado, eatorce consejeros del mismo, veinte miembros del tribunal de, *Casacion*, los grandes oficiales del Imperio, los seis grandes dignatarios, y

los príncipes que hubiesen adquirido voto deliberativo. Debía presidirle el Archicanciller, estando á cargo de este supremo tribunal conocer de las tramas urdidas contra la seguridad del Estado y contra la persona del Emperador; de los actos arbitrarios que se achacasen á los ministros y á sus agentes; de los hechos de prevaricación ó concusión; de las faltas de que se acusase á los generales de tierra y mar, en el desempeño de su mando; de los delitos cometidos por individuos de la familia imperial, ó por los grandes dignatarios, los grandes oficiales, los senadores, los consejeros de Estado, &c.—Era, pues, además de un tribunal de justicia encargado de reprimir los grandes atentados, una jurisdicción política para los ministros y los agentes de la autoridad pública; un consejo de oficiales generales para los militares, y un tribunal de pares para los grandes personajes del Estado. Un procurador general, agregado permanentemente á aquella jurisdicción extraordinaria, tenía la misión de seguir de oficio las demandas en el caso que los querellantes no tomasen por sí mismos la iniciativa.

La sola modificación que se introdujo en el régimen ordinario de la justicia, fue el sustituir el nombre de *tribunal* con el de *corte* para los tribunales de un rango elevado. El tribunal de *Casacion*, debía llamarse corte de *Casacion*, y los tribunales de apelación, cortes imperiales.

También se decidió, que se haría un nuevo acto de deferencia á la soberanía nacional, y que se abrirían registros, según la forma acostumbrada, para recibir los votos de los ciudadanos, acerca del establecimiento del derecho hereditario imperial en la descendencia de Napoleon Bonaparte, y de sus dos hermanos José y Luis.

El Emperador debía en el espacio de dos años prestar juramento solemne á las constituciones del Imperio, en presencia de los grandes dignatarios, de los grandes oficiales, de los ministros, del consejo de Estado, del Senado, del Cuerpo Legislativo, del Tribunado, de la corte de *Casacion*, de los Arzobispos, de los Obispos, de los presidentes de los tribunales superiores de justicia, de los

Se da el título de corte al tribunal de *Casacion* y á los tribunales de apelación.

presidentes de los colegios electorales y de los maires de las treinta y seis ciudades principales de la República. Este juramento debía prestarse, decia el texto de la nueva Constitucion, al pueblo frances, y sobre el libro de los Evangelios, siendo su fórmula en los términos siguientes: «Juro mantener la integridad del territorio de la República; respetar y hacer respetar las leyes del Concordato y de la libertad de cultos; respetar y hacer respetar la igualdad de los derechos, la libertad política y civil, y la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales; no crear ningun impuesto ni establecer ningun arbitrio, sino en virtud de la ley; sostener la institucion de la Legion de Honor, y gobernar con la sola mira del interes, de la dicha y de la gloria del pueblo frances.»

Tales fueron las condiciones que se adoptaron para la nueva monarquia en un proyecto de senado-consulta, escrito de un modo sencillo, preciso y claro, como lo estaban todas las leyes de aquella época.

Sucesivas transformaciones de la Constitucion de M. Sieyes. Esta era la tercera y última transformacion que sufría la célebre Constitucion de M. Sieyes. Ya hemos dicho en otra parte, cual habia sido la idea de aquel legislador de la Revolucion francesa. El régimen aristocrático es el puerto á donde han ido á refugiarse y descansar las Repúblicas que no han concluido por el despotismo. M. Sieyes habia procurado, quizas sin sospecharlo, conducir al mismo puerto á la República francesa, tan disgustada de las agitaciones de diez años, como las Repúblicas de la antigüedad y de la edad media, de las de muchos siglos; y habia formado su aristocracia con los hombres notables y experimentados de la Revolucion. Para esto habia ideado un Senado ocioso, pero armado de un influjo inmenso, eligiendo los individuos de su cuerpo, y los de todos los del Estado en las listas de notabilidad, que rara vez se renovaban; nombrando á los gefes del gobierno, destituyéndolos y desterrándolos segun su voluntad; no tomando parte en la confeccion de las leyes, pero pudiendo anularlas por causa de inconstitucionalidad; no ejerciendo, en una palabra, el poder, pero dándole, y teniendo la facultad de tenerle siem-

pre. A este cuerpo habia agregado el Legislativo, privado tambien de accion, que admitia ó desechaba en silencio las leyes que hacia el consejo de Estado y discutia el Tribunalado, y finalmente, habia creado un representante supremo del poder ejecutivo, llamado el Grande Elector, electivo y vitalicio como un Dux, inactivo como un Rey de Inglaterra, nombrado por el Senado, y con la facultad de nombrar á su vez á los ministros, únicos que obraban y eran responsables. De este modo, M. Sieyes habia separado por todas partes el influjo y la accion; el influjo que delega el poder, le fiscaliza y le detiene; y la accion que le recibe y le ejerce; y habia dado el primero á una aristocracia ociosa y elevada, y el segundo á agentes electivos y responsables; viniendo así á parar á una especie de monarquia aristocrática, sin el derecho hereditario; que recordaba mas bien á Venecia que á la Gran-Bretaña, y que se adoptaba mejor á un país cansado que á un país libre.

Desgraciadamente para la obra de M. Sieyes, al lado de aquella aristocracia sin arraigo, compuesta de revolucionarios desengañados y despolarizados, se hallaba un hombre de genio, á quien la Francia y la Europa llamaban un salvador. Habia pocas probabilidades de que dicha aristocracia se defendiese como la de Venecia contra la usurpacion; y sobre todo, para que en aquellos tiempos de rápidas revoluciones pudiera prolongarse la lucha. Desde luego, y antes de aceptar la Constitucion de M. Sieyes, el general Bonaparte se habia proporcionado su puesto, haciéndose primer Cónsul en vez de Grande Elector. A poco de haber empezado á gobernar, destruyó las resistencias intempestivas del Tribunalado que le impedian llevarse á cabo el bien que queria dispensar, y las destruyó con grande aplauso de un público, cansado de revoluciones: en seguida hizo que el Senado le nombrase Cónsul por vida. Por la misma causa añadió á los poderes del Senado el poder constituyente, no temiendo hacer poderoso á un cuerpo, al cual dominaba; y anuló el Tribunalado, reduciendo aquel cuerpo á cincuenta individuos, y dividiéndole en secciones que discutian con las del Consejo de Estado, las leyes propuestas. Tal fue la segunda trasformacion de la Constitucion de M. Sieyes, la cual se verificó en 1802, en la

época del Consulado por vida. De este modo una mano vigorosa habia hecho que en dos años viniese á parar aquella república aristocrática á una especie de monarquía aristocrática tambien, á la cual no faltaba mas que el derecho hereditario. Asi, pues, muchas personas se habian preguntado en 1802, por qué no se concluía de una vez, y no se daba el derecho hereditario á aquel monarca tan evidente. Una conspiracion dirigida contra su vida, despertando con mas fuerza que nunca el deseo de tener instituciones mas estables, habia en fin, causado la última transformacion, y la conversion definitiva de la Constitucion del año VIII en monarquía, representativa en la forma y absoluta de hecho. En ella se ballaban muchos restos de la República al lado de un poder despótico, sobre poco mas ó menos como en el Imperio fundado en Roma por los Césares. Aquello no era la monarquía representativa tal como la comprendemos en la actualidad. Aquel Senado, con la facultad de componer todos los cuerpos del Estado de personas inscriptas en las listas electorales, con su poder constituyente, con su facultad de arreglar la ley; aquel Senado, sometido á pesar de ser tan poderoso á un dueño, no se parecia á una cámara alta. Aquel cuerpo Legislativo silencioso, aunque se le hubiese devuelto la palabra en sesion secreta, no se asemejaba á una cámara de diputados. Y sin embargo, aquel Senado, aquel Cuerpo Legislativo y aquel Emperador, podian llegar algun dia á constituir la monarquía representativa. Asi, pues, no se debe juzgar la Constitucion de M. Sieyes, alterada por Napoleon, por la obediencia muda que reinó durante el Imperio. Nuestra Constitucion de 1830 con la prensa y la tribuna, quizás no hubiera dado en aquellos tiempos otros resultados, porque el espíritu de la época hace mas que la ley escrita. Para poder juzgar la Constitucion imperial, hubiera sido preciso que hubiese estado en vigor en el reinado que la siguió. Entonces, la oposicion, consecuencia inevitable de una larga sumision, hubiera tenido su principio en aquel mismo Senado, dócil por tanto tiempo, pero armado de un poder inmenso. Probablemente se hubiera puesto de acuerdo con los colegios electorales para hacer elecciones conformes á su nuevo espíritu;

hubiera roto las trabas de la prensa, y abierto las puertas y las ventanas del palacio del Cuerpo Legislativo, para que los clamores de la tribuna hubieran resonado muy lejos. Esto hubiera sido la monarquía representativa, tal cual hoy existe, con la diferencia que la resistencia habria partido de lo alto, en vez de partir de lo bajo; sin que esto sea una razon para que hubiese sido menos ilustrada, menos constante y menos animosa. Por lo demas, este es un secreto, que se ha llevado consigo el tiempo, sin revelárnoslo, así como se lleva tantos otros. Pero aquellas instituciones estaban muy lejos de merecer el desprecio con que á veces se las ha mirado. Ellas componian una república aristocrática, que fue separada de su objeto por una mano poderosa, que la convirtió por algun tiempo en una monarquía absoluta, y destinada á ser mas tarde una monarquía constitucional, muy aristocrática, es verdad, pero fundada sobre la base de la igualdad; porque cualquier soldado de fortuna podia llegar á ser condestable, cualquier hábil jurisconsulto archicanciller, á ejemplo del fundador, quien de simple oficial de artillería habia llegado á ser Emperador hereditario y señor del mundo.

Tal fue la obra de la comision constituyente reunida en Saint-Cloud. En las últimas sesiones no se habian presentado MM. Cambacérès y Lebrun, á causa de los altercados que el zelo monárquico de M. Fouché, de una parte, y el mal humor de M. Cambacérès de la otra, habian provocado. Los senadores de mas talento y prudencia de los que componian la comision habian experimentado algun sentimiento, y hecho conocer á Napoleon, cuanto importaba tratar con el mayor decoro á sus dos cólegas; pero no habia necesidad de advertírselo, por que conociendo el valor del segundo cónsul Cambacérès, y apreciando su sencilla adhesion, tenia el mayor empeño en atraerle á la nueva monarquía. Al efecto le llamó á Saint-Cloud, y se explicó de nuevo con él acerca del último cambio; le dió sus razones, oyó las suyas, y terminó la conferencia expresando su voluntad irrevocable. Quería una corona, y en este punto no admitia contradiccion. Por otra parte ofrecia una excelente indemnizacion á MM. Cambacérès y Lebrun. Destinaba al

Nómbrese á M. Cambacérès Archicanciller del Imperio, y á M. Lebrun, arquitecto.

primero la dignidad de Archicanciller del Imperio, y al segundo la de Arquitecto; tratándolos así como á sus propios hermanos, los cuales iban á ser comprendidos en el número de los grandes dignatarios. Al anunciar esta resolución á M. Cambacérès, unió aquellos agasajos seductores, á los cuales no resistía entonces nadie, y concluyó por ganarle enteramente.—Me hallo, dijo á M. Cambacérès, y me hallaré mas que nunca rodeado de intrigas y de consejos falsos ó interesados, y solo vos tendreis bastante juicio y sinceridad para decirme la verdad. Así, pues, quiero que esteis mas próximo que nunca, á mi persona y á mi oído. Permanecereis para gozar toda mi confianza y para justificarla.—Estos testimonios de consideración y afecto eran merecidos. No teniendo M. Cambacérès nada que desear, ni nada que temer en aquella elevada posición, debía ser, y lo fue en efecto, el mas sincero, el mas verdadero, y el solo influente de los consejeros del nuevo Emperador.

Nombrase á José Bonaparte gran elector y á Luis Bonaparte, condestable.

Archicanciller de Estado y de gran Almirante, pues Napoleon vacilaba entre los individuos de su familia. Pensaba en Luciano que estaba ausente y en desgracia, pero cuyo reciente matrimonio esperaba anular; en Eugenio Beauharnais, que aunque nada solicitaba, lo esperaba todo con la mayor sumisión de la ternura de su padre adoptivo, y en Murat, quien aunque por sí no solicitaba, lo hacia por él su esposa, jóven, bella, ambiciosa, muy querida de Napoleon, y que sabia servirle con habilidad del tierno cariño que le tenia su hermano.

M. de Talleyrand, principal inventor de estas nuevas dignidades, sintió en aquella ocasion cierto despecho, que influyó de un modo sensible en sus disposiciones, y que le arrojó mas tarde en una oposicion funesta para él, é incómoda para Napoleon. Habiéndose concedido al segundo Cónsul Cambacérès la dignidad de archicanciller del Imperio,

que correspondia á las funciones judiciales, esperaba que se le diese á él la de archicanciller de Estado, que correspondia á las funciones diplomáticas. Pero el nuevo Emperador se habia explicado positivamente sobre este particular, y no admitió que los grandes dignatarios pudiesen ser ministros; pues para este cargo solo queria agentes amovibles y responsables, á los cuales pudiese exonerar y castigar á su voluntad. El general Berthier era para él un instrumento de tanto valor como M. de Talleyrand; y quiso dejarle ministro, como á éste, salvo el recompensar los servicios de ambos por medio de crecidas dotaciones. El orgullo de M. de Talleyrand se ofendió profundamente, y aunque siempre cortesano, empezó, sin embargo, á manifestar aquella actitud de cortesano descontento, que contenida por entonces, lo fue mas tarde menos, y le valió crueles desgracias.

Ademas de esto, quedaban ya en el ejército ya en la corte, destinos propios á contentar todas las ambiciones. Habia que dar cuatro plazas de mariscales honorarios á los generales que habian ido al Sena-

do á descansar de sus fatigas, y diez y seis á los que llenos de juventud, debian figurar largo tiempo aun á la cabeza de nuestros soldados. Napoleon reservaba las cuatro primeras á Kellermann, por el recuerdo de Valmy; á Lefebvre, por su experimentado valor, y por su adhesión que databa del 18 de Brumario; y á Pérignon y Serrurier por el respeto que con justicia inspiraban al ejército. De las diez y seis plazas de mariscales destinadas á los generales en activo servicio, queria conceder catorce al momento y reservar dos para recompensar los méritos futuros. Los catorce bastones de mariscales se dieron, al general Jourdan, por el brillante recuerdo de Fleu-

Son nombrados mariscales honorarios los generales Kellermann, Lefebvre, Serrurier y Pérignon.

rus; al general Berthier, por sus continuos y eminentes servicios en la dirección del estado mayor; al general Massena, por Rivoli, Zurich y Génova; á los generales Lannes y Ney por una continuada serie de acciones heroicas; al general Augereau, por

Se nombran catorce mariscales á la vez.

Castiglione ; al general Brune, por el Hel-der ; á Murat, por su caballeresca valentia al frente de la caballeria francesa ; al general Bessieres, por estar mandando la guardia desde la batalla de Marengo, ocupando aquel puesto dignamente ; á los generales Moncey y Mortier, por sus virtudes militares ; al general Soult, por sus servicios en Suiza, en Génova y en el campamento de Bologña ; al general Davout, por su conducta en Egipto, y por una firmeza de carácter, de que en breve dió brillantes pruebas ; y finalmente , al general Bernardotte, por cierta nombradía que habia adquirido en los ejércitos del Sambre y Mosa y del Rhin, y sobre todo por su parentesco, á pesar del odio envidioso que Napoleon habia descubierto en el corazon de aquel general, y que le hizo concebir el presentimiento, que manifestó varias veces, de que le habia de hacer una traicion.

En la lista de los nuevos mariscales no se hallaba el general Gouvion Saint-Cyr, el cual si bien no habia mandado todavía en gefe, habia dirigido cuerpos considerables como los generales Lannes, Ney y Soult, y merecia el baston de mariscal, tanto como los oficiales ya citados. Dicho general, si no igualaba al carácter guerrero de Massena, ni á su golpe de vista en medio de una batalla, le sobrepujaba en ciencia y en combinaciones militares ; de modo, que despues que la Francia habia perdido á Moreau por sus faltas políticas, y á Kleber y Desaix por su muerte, Saint-Cyr y Massena, eran los hombres mas capaces de mandar un ejército ; á excepcion de Napoleon con quien nadie podia ser puesto en paralelo. Pero su carácter adusto y envidioso, hacia que empezase á mirarle con despego el supremo dispensador de todas aquellas gracias. Con el poder soberano venian sus debilidades ; y Napoleon que perdonaba al general Bernardotte sus pequeñas traiciones, presagio de otra mayor, no sabia perdonar al general Saint-Cyr su talento denigrativo. No obstante, el general Saint-Cyr tuvo entrada entre los co-

ronceles generales, fueron nombrados coroneles generales de los húsares y cazadores, y Baraguay de Hilliers, de los dragones. El general Marescot, recibió el título de inspector general de ingenieros y el general Songis el de inspector de artilleria. En la marina, el vice-almirante Bruix, gefe y organizador de la flotilla, obtuvo el baston de almirante, y fue nombrado inspector general de las costas del océano ; y el vice-almirante

Se da al vice-almirante Bruix el baston de almirante.

Decrès fue nombrado inspector general de las costas del mediterráneo.

La corte ofrecia tambien elevados destinos que distribuir, y fue organizada con toda la pompa de la antigua monarquia francesa, y con mas brillantez que la corte imperial de Alemania. Debia haber en ella un limosnero mayor, un mayordomo mayor, un montero mayor, un caballerizo mayor, un maestro de ceremonias, y un gran mariscal de palacio. El cargo de limosnero mayor se confirió al cardenal Fesch, tio de Napoleon ; el de camarero mayor á M. de Talleyrand, y el de montero mayor al general Berthier. Para estos dos últimos, aquellos cargos de palacio eran como una especie de indemnizacion que los consolase de no haber obtenido dos de las grandes dignidades del Imperio. El cargo de caballerizo mayor se concedió á M. de Caulaincourt, para vengarle de las calumnias de los realistas, encarnizados contra él desde la muerte del duque de Enghien. M. de Segur, antiguo embajador de Luis XVI en la corte de Catalina, y uno de los hombres mas á propósito para enseñar á la nueva corte los usos de la antigua, fue nombrado maestro de ceremonias. Duroc, que gobernaba la casa consular, debió gobernar la imperial, con el título de gran mariscal de palacio.

No citaremos los cargos inferiores, ni los pretendientes de inferior esfera que se los disputaban ; pues la historia tiene hechos mas nobles que contar, y solo descendiendo á aquellos pormenores, cuando importa á la fiel pintura de las costumbres. Solo diremos que los emi-

Coroneles generales de caballeria é inspectores generales de las diferentes armas.

y fue nombrado coronel general de coraceros. Junot y Mar-mont, fieles ayudantes de campo del

grados que antes de la muerte del duque de Enghien procuraban aproximarse al gobierno, que despues de aquella muerte se habian alejado un instante, pero que olvidadizos como todo el mundo, pensaban ya menos en una catástrofe de que habian transcurrido ya dos meses, empezaron á figurar en el número de los pretendientes ansiosos por obtener un destino en la corte imperial. Algunos fueron admitidos. Pensóse sobre todo organizar una casa suntuosa para la Emperatriz. Una persona de elevado nacimiento, Madama de La Rochefoucauld, privada de hermosura, pero no de talento, distinguida por su educacion y sus modales, y muy realista en otro tiempo, aunque entonces se reia con bastante gracia de sus pasiones extinguidas, fue nombrada primera dama de honor de Josefina.

Todos estos nombramientos eran conocidos antes de insertarse en el *Moniteur*, y divulgados de boca en boca, en medio de las inagotables habillitas de los aprobadores ó desaprobadores, que tenían ocupacion no pequeña en decir todas las ideas que les inspiraba un espectáculo tan singular, y que aplaudian ó censuraban segun sus amistades, sus odios y sus pretensiones satisfechas ó buriadas, pero nunca segun sus opiniones políticas, porque entonces no habia tales opiniones, sino entre los realistas obstinados ó entre los republicanos implacables.

Agregóse á todos estos nombramientos otro de mas gravedad, el de M. Fouché, quien fue llamado al ministerio de policia, restablecido para él en recompensa de los servicios que habia prestado en los últimos acontecimientos.

Era necesario dar á todas estas elecciones, y á la principal de ellas, á la que habia de un general de la República, un monarca hereditario, el caracter de actos oficiales. Hallándose determinado y redactado el senado-consulta, se convino presentarle al Senado el 26 de Floreal (16 de Mayo de 1804) para que lo aprobase y decretase, segun la

El Senado adopta el senado-consulta, orgánico que contiene la nueva Constitucion imperial.

forma acostumbrada. Asi se verificó, y acto continuo se nombró una comision para que diese su informe, cuyo trabajo se encomendó á M. de Lacépède, hombre sabio y el senador mas adicto

á Napoleon; el cual lo concluyó en cuarenta y ocho horas, presentándole al Senado el 28 de Floreal (18 de Mayo). Este dia era el destinado á la solemne proclamacion de Napoleon, como Emperador. Se habia decidido que el Cónsul Cambacérès presidiria la sesion del Senado, para que se manifestase mas su adhesion al nuevo establecimiento monárquico. Apenas habia acabado M. de Lacépède de leer su informe, cuando los senadores, sin una sola disidencia aparente, y con una especie de aclamacion unánime, adoptaron en su totalidad el senado-consulta; notándose en ellos una visible impaciencia en las formalidades indispensables que debian acompañar el acto, pues tal era la prisa que todos tenían para dirigirse á Saint-Cloud. Estaba con-

venido que el Senado se trasladara en cuerpo á Saint-Cloud para proclamar al nuevo Emperador.

al primer Cónsul, y para saludarle con el título de Emperador. No bien se habia aprobado el senado-consulta, cuando todos los senadores levantaron atropelladamente la sesion para correr á sus carruages y llegar los primeros á Saint-Cloud.

Tanto en el palacio del Senado, como en el tránsito y en el mismo Saint-Cloud, se habian dado las disposiciones convenientes para aquella singular escena. Una larga hilera de carruages, escoltados por la caballeria de la guardia, trasladó á los senadores hasta la residencia del primer Cónsul. Hacia un hermoso dia de primavera. Napoleon y su esposa, aguardaban aquella visita solemne: Napoleon en pie, vestido de uniforme, y tranquilo, como sabia estarlo cuando le miraban los hombres, y su esposa, á la vez satisfecha y turbada, recibieron al Senado, el cual venia presidido por el archicanciller Cambacérès. Este, colega respetuoso, pero súbdito mas respetuoso aun, se inclinó profundamente, y dirigió las siguientes palabras al soldado, á quien venia á proclamar Emperador:

« SEÑOR:

«Hace cuatro años
»que el amor y el reconocimiento del pueblo frances, confia-

Discurso del archicanciller Cambacérès.

»ron á V. M. las riendas del gobierno,
 »y ya las constituciones del Estado des-
 »cansan en V. M. acerca de la eleccion
 »de su sucesor. El título mas augusto que
 »hoy os confiere no es, pues, mas que
 »un tributo que la nacion paga á su pro-
 »pia dignidad, y á la necesidad que sien-
 »te de daros á cada hora nuevos testi-
 »monios de un respeto y adhesion que
 »cada dia se aumentan.

«En efecto, ¿cómo podria el pueblo
 »frances pensar sin entusiasmo en la fe-
 »licitad de que disfruta, desde que la
 »Providencia le inspiró la idea de arro-
 »jarse en vuestros brazos?

«Los ejércitos estaban vencidos; la
 »hacienda desordenada; el crédito pú-
 »blico habia desaparecido; las facciones
 »se disputaban los restos de nuestro an-
 »tiguo esplendor; las ideas de Religion
 »y aun de moral estaban obscurecidas,
 »y la costumbre de levantar y derribar
 »gobiernos quitaba á la autoridad la con-
 »sideracion y la fuerza.

«Pero apareció V. M., y atrajo á
 »nuestras banderas la victoria. V. M. ha
 »restablecido el orden y la economia en
 »los gastos públicos; y la nacion tran-
 »quila por el uso que habeis sabido ha-
 »cer de vuestro poder, tiene ya confian-
 »za en sus propios recursos; vuestra sa-
 »biduria y prudencia han calmado el fu-
 »ror de los partidos; la Religion ha visto
 »levantados sus altares; y, por último,
 »y este es sin duda el mayor de los mi-
 »lagros que ha obrado vuestro genio, ha-
 »beis sabido hacer que ese pueblo, á
 »quien la efervescencia de las pasiones
 »habia hecho indócil á todo freno, y
 »enemigo de toda autoridad, ame y res-
 »pete un poder que solo se ejerce por
 »su gloria y por su sosiego.

«El pueblo frances no pretende eri-
 »girse en juez de las constituciones de
 »los demas estados: ninguno critica tie-
 »ne que hacer, ni tampoco tiene que
 »seguir ningún ejemplo: la experiencia
 »será en adelante su maestra.

«Por espacio de algunos siglos ha dis-
 »frutado las ventajas inherentes al po-
 »der hereditario; tambien ha hecho un
 »experimento corto pero penoso del sis-
 »tema contrario; y por el efecto de una
 »deliberacion libre y reflexiva, entra de
 »nuevo bajo un régimen conforme á su
 »genio. Usa libremente de sus derechos
 »para delegar á Vuestra Magestad Im-
 »perial un poder, que su propio inte-

»res le prohibe que ejerza por sí mismo.
 »Estipula para las generaciones venide-
 »ras, y, por medio de un pacto solem-
 »ne, confia la felicidad de sus descen-
 »dientes á los vástagos de vuestra es-
 »tirpe.

«¡Dichosa la nacion que despues de
 »tantas turbulencias, halla en su seno
 »un hombre capaz de calmar la tempes-
 »tad de las pasiones, de conciliar todos
 »los intereses y de amalgamar todas las
 »opiniones!

«Si bien se establece en los princi-
 »pios de nuestra Constitucion que se so-
 »meta á la sancion del pueblo la parte
 »del decreto relativo al establecimiento
 »del gobierno hereditario, el Senado ha
 »creido que debia suplicar á V. M. I.
 »tenga á bien aprobar, que las dispo-
 »siciones orgánicas reciban inmediata-
 »mente su ejecucion; y así, tanto por
 »la gloria como por la felicidad de la
 »República, el Senado proclama en este
 »mismo instante á NAPOLEON, EMPERADOR
 »DE LOS FRANCESES.”

Apenas habia acabado el archican-
 ciller de pronunciar estas palabras,
 cuando el grito de *viva el Emperador!*
 resonó bajo los artesonados del palacio
 de Saint-Cloud, y no bien se oyó en
 los patios y en los jardines, fue repe-
 tido con alegría y aplausos estrepitosos.
 Retratábase la confianza en los semblan-
 tes de todos, y los circunstantes, en-
 tusiasmados con el efecto de aquella
 escena, creian haber asegurado por
 largo tiempo su felicidad y la de la
 Francia. El archicanciller Cambacérès,
 arrastrado por el movimiento general,
 parecia haber deseado siempre lo que
 entonces sucedia.

Restablecido el silencio, el Empera-
 dor dirigió al Senado las palabras si-
 guientes:

«Todo lo que pue-
 »de contribuir al bien
 »de la patria está esen-
 »cialmente enlazado
 »con mi felicidad.

Respuesta del Em-
 perador al Se-
 nado.

«Acepto el título que se me confie-
 »re, pues lo creéis útil á la gloria de
 »la nacion.

«Someto á la sancion del pueblo la
 »ley del derecho hereditario. Espero que
 »la Francia no se arrepentirá jamas de
 »los honores con que colme á mi fa-
 »milia.

«En cualquier caso, no se conservaría

»mi espíritu en mi posteridad el día en que cesase de merecer el amor y la confianza de la gran nación.»

Repetidas aclamaciones ahogaron tan nobles palabras, y después el Senado, por el órgano de su presidente Cambacérès, dirigió algunas palabras á la Emperatriz para felicitarla, la cual las escuchó, según costumbre con la mayor gracia, contestando á ellas, sumamente conmovida.

En seguida se retiró el Senado, después de haber dado á aquel hombre, nacido tan lejos del trono, el título de Emperador, que no perdió ni aun después de su caída, ni en el destierro. En adelante solo le llamaremos con este título, que fue el suyo, desde el día que acabamos de narrar. El voto de la nación, en el cual había tanta seguridad que tenía algo de pueril el cuidado que se tomaban en hacerle constar, debía decidir si sería Emperador hereditario. Pero, mientras tanto, era Emperador de los franceses por el poder del Senado, obrando en el límite de sus atribuciones.

Mientras que los senadores se retiraban, Napoleon detuvo al archicanciller Cambacérès, y quiso que se quedase á comer con la familia imperial. El Emperador y la Emperatriz le colmaron de agasajos, y procuraron hacerle olvidar la distancia que en adelante lo separaba de su antiguo colega. Por lo demás, bien podía consolarse el archicanciller: en realidad él no había bajado; solo su señor había ascendido, y con él había hecho ascender á todos.

El Emperador y el archicanciller Cambacérès tenían que conferenciar sobre muchos objetos de importancia que se enlazaban con el acontecimiento del día; tales como el de la ceremonia de la coronación, y el nuevo régimen que se había de dar á la República italiana, que no podía permanecer como tal al lado de la Francia, convertida en una monarquía. Napoleon, que amaba todo lo maravilloso, había

Napoleon imaginaba-
cerse consagrar por
el Papa, y encarga
al cardenal Caprára
transmita sus deseos
al Sto. Padre.

concebido una idea atrevida, cuya realización debía causar la mayor impresión en todos los ánimos, y hacer todavía mas extraordinario su advenimiento al trono, y era el hacerse consagrar por el mismo Papa, el cual debía tras-

ladarse para dicha solemnidad de Roma á Paris. En los diez y ocho siglos que contaba la Iglesia, no había habido otro ejemplo igual, pues todos los Emperadores de Alemania, sin excepción, habían ido á hacerse consagrar á Roma. Carlo-Magno, proclamado en la Basilica de San Pedro Emperador de occidente, en cierto modo por sorpresa, el día de Navidad del año 800, no había visto al Papa mudar de domicilio para consagrarle. Es cierto que Pepin había sido coronado en Francia por el Papa Esteban; pero este último había pasado á Francia para solicitar socorros contra los lombardos. Aquella era la primera vez que un Papa iba á salir de Roma para consagrar los derechos de un nuevo Monarca en la misma capital de su monarquía. Lo que si tenía alguna analogía con lo pasado, era ver á la Iglesia recompensando con el título de Emperador al afortunado guerrero que la había socorrido; maravillosa semejanza con Carlo-Magno, que reemplazaba suficientemente la legitimidad de que se gloriaban vanamente los Borbones, quienes habían perdido toda consideración por su derrota, por su conducta, y por la cooperación que prestaban á tramas indignas.

Apenas concibió Napoleon aquella idea, cuando la convirtió en resolución irrevocable, prometiéndose hacer venir á Pio VII á Paris, empleando para ello todos los medios, la seducción ó el temor.

Semejante negociación era de las mas difíciles, y solo él podía lograr que tuviese buen éxito; al efecto se propuso servirse del cardenal Caprára, quien no cesaba de escribir á Roma, que sin Napoleon se hubiera perdido la Religion en Francia y quizas en Europa. El Emperador, manifestó su proyecto al archicanciller Cambacérès, y de acuerdo con éste determinó cómo había de conducirse, para dar el primer ataque á las preocupaciones, á los escrúpulos, y á la inercia de la corte de Roma.

En cuanto á la República italiana, hubiera sido de dos años á aquella parte un teatro de confusión, sin

Necesidad de convertir la República italiana en monarquía.

la presidencia del general Bonaparte. En primer lugar, M. Melzi, hombre honrado, bastante sensato, pero apático consumido por la gota y siempre pronto á

hacer dimision, no tenia el carácter necesario para soportar los pesados trabajos del gobierno, y era un débil representante de la autoridad pública. Por otra parte, Murat, que mandaba el ejército frances de Italia, suscitaba miles importunidades y desazones, que aumentaban mucho la triste y enfadosa disposicion de M. de Melzi; de modo que Napoleon tenia que intervenir á cada momento para poner de acuerdo á ambas autoridades. A aquellas dificultades personales se agregaban las que nacia del mismo fondo de las cosas. Poco acostumbrados todavia los italianos al régimen constitucional, que los admitia á que tomasen parte en sus propios negocios, se mostraban, ó indiferentes ó de una vehemencia extremada. Para gobernar no se podia contar sino con los moderados, poco numerosos, y muy embrazados con su papel, al verse puestos entre los nobles, adictos á los austriacos; los liberales, inclinados al jacobinismo, y las masas únicamente sensibles á la carga de los impuestos. Estas se quejaban de la ocupacion francesa. *Nosotros somos gobernados por los extranjeros, y nuestro dinero pasa los montes*: estas frases tan comunes en Italia, se oian lo mismo bajo el gobierno de la nueva República, que bajo el de la casa de Austria. Solo un pequeño número de hombres ilustrados conocian, que gracias al general Bonaparte, reunida la mayor parte de la Lombardia en un solo Estado, gobernada en realidad por personas del pais, y colocada tan solo bajo una vigilancia exterior y lejana, estaba llamada á tener una existencia propia, principio de la unidad italiana, y que si era necesario pagar veinte millones al año para el ejército frances, era una indemnizacion bien módica en cambio de la conservacion de un ejército de 30 ó 40,000 hombres; indispensable, si se deseaba no caer de nuevo bajo el yugo de los austriacos. Entretanto, á pesar de los sombríos colores con que la tétrica imaginacion del vicepresidente Melzi cargaba el cuadro de los negocios de Italia, estos marchaban muy tranquilamente, dominados por la mano de Napoleon.

Convertir aquella República en una monarquía dependiente del Imperio, y darla, por ejemplo, á José, era empezar aquel imperio de occidente que ya

soñaba Napoleon, en una ambicion, [que en adelante no iba á conocer limites; era asegurar un régimen mas fijo á la Italia, y probablemente el contentarla, porque no la disgustaria tener un príncipe propio, y porque aun cuando solo se tuviese en cuenta el cambio, bastaria por solo este título, á satisfacer imaginaciones inquietas y variables. Asi, pues, se convino que el archicanciller Cambacérès, que era muy intimo de M. de Melzi, le escribiria para hacerle las proposiciones convenientes respecto á aquel particular.

Despues de haberse puesto Napoleon de acuerdo con su antiguo colega, sobre todo lo que habia de hacerse, mandó llamar á Saint-Cloud al Cardenal Caprara, y le habló

Conferencia entre el primer Cónsul y el cardenal Caprara con motivo de la consagracion, y salida de un correo para Roma con aquel objeto.

en tono afectuoso pero tan terminante, que no se le ocurrió al Cardenal hacer ninguna objeccion. Napoleon le dijo, que le encargaba expresamente pidiese al Papa se trasladase á Paris para oficiar en la ceremonia de la consagracion; que él haria su peticion formal, cuando tuviese la certeza de que no habia de ser negada; que, por otra parte, no dudaba del buen éxito de sus deseos; que la Iglesia, debia ser de su opinion, por bien de ella misma, porque nada serviría mas á la Religion que la presencia del Soberano Pontífice en Paris, y la reunion de las pompas religiosas á las pompas civiles en aquella solemne circunstancia. El cardenal Caprara expidió un correo á Roma, y M. de Talleyrand, por su parte, escribió al cardenal Fesch para informarle de aquel nuevo proyecto, y encargarle que apoyase la negociacion.

Hallábanse entonces en la primavera; y Napoleon queria que el Papa verificase su viage para el otoño, en cuya época se proponia añadir otra maravilla á la del Papa coronando en Paris al representante de la Revolucion francesa, cual era la de la expedicion de Inglaterra, que se habia aplazado á causa de la conspiracion realista y de la institucion del Imperio, pero cuyos preparativos habia perfeccionado hasta tal punto, que no le parecia dudoso el éxito. Para llevar á cabo la expedicion no

Napoleon fija en su mente su consagración para el otoño, después de la expedición de Inglaterra.

necesitaba mas que un mes, porque quería obrar como el rayo, y pensaba destinar á ella los meses de Julio ó

Agosto. También confiaba volver victorioso, seguro de la paz definitiva, y apoderado del poder europeo, hácia Octubre, y hacerse coronar á la entrada del invierno, el día del aniversario del 18 de Brumario (9 de Noviembre de 1804. Rodaban á la vez todos estos proyectos por su mente enardecida, y en breve se verá, por las últimas combinaciones que acababa de imaginar, que no eran todas puras quimeras.

Por su parte el archicanciller Cambacérès escribió al vice-presidente Melzi sobre los asuntos del nuevo reino de Italia. M. Marescalchi, ministro de la República italiana en París, debía también apoyar las proposiciones que M. Cambacérès hiciese á M. de Melzi.

Los días siguientes se destinaron á prestar juramento al nuevo soberano de la Francia. Todos los individuos del Senado, del Cuerpo Legislativo y del Tribunal fueron introducidos sucesivamente á presencia del Emperador. El archicanciller Cambacérès, en pie al lado del Emperador, que estaba sentado, leía la fórmula del juramento; el personaje admitido á prestarle, juraba en seguida, y el Emperador medio se levantaba de su asiento imperial y hacía un ligero saludo á aquel cuyo homenaje acababa de recibir. Aquella pronta diferencia introducida en las relaciones entre los súbditos y un soberano, que la víspera era su igual, produjo alguna sensación en los miembros de los Cuerpos del Estado, quienes después de haber dado la corona por una especie de arrebató, se hallaban sorprendidos al ver las primeras consecuencias de lo que se había hecho. El tribuno Carnot, fiel á su promesa de someterse á la ley luego que se publicase, prestó juramento con los demás miembros del Tribunal; fundando su dignidad en obedecer la ley, y pareciendo apercibirse menos que ningún otro de los cambios verificados en las formas exteriores del poder. Pero los senadores fueron los que se mostraron mas sorprendidos, y con este mo-

tivo dieron rienda suelta á maliciosas hablillas. De las treinta y tantas senatorias instituidas en la época del Consulado por vida, quedaban quince por dar, las de Agen, Ajaccio, Angers, Besançon, Bourges, Colmar, Dijon, Limoges, Lyon, Montpellier, Nancy, Nîmes, Paris, Pau y Riom. En el número de los favorecidos se hallaban MM. Lacépède, Kellermann, Francisco de Neufchâteau y Berthollet; pero de cien senadores, de los cuales ochenta quedaban todavía por dotar, no formaban una mayoría suficiente los quince que había satisfechos. No obstante, aquellos que acababan de perder las esperanzas de obtener algunas senatorias, tenían puesta la vista en otros destinos, y no había por qué desesperar; pero mientras tanto se descubría alguna acritud en su lenguaje. El *Moniteur* aparecía todos los días lleno de nombramientos de mayordomos, caballerizos, damas de honor, y azafatas. Si la grandeza personal del nuevo monarca hacía que se le perdonase todo, no sucedía lo mismo con los que se elevaban en su seguimiento. La inquieta actividad de aquellos republicanos impacientes por transformarse en cortesanos, y de aquellos realistas ansiosos de servir al que ellos llamaban un usurpador, ofrecía un espectáculo extraño, y si se agrega al efecto natural de aquel espectáculo las esperanzas, ó engañadas ó aplazadas, que se vengaban en hablillas malignas, se comprenderá que en aquel momento se debía criticar, mojar, despreciar, y en una palabra, hablar mucho. Pero las masas, contentas con un gobierno tan glorioso como benéfico, admiradas de un espectáculo tan extraordinario, el cual solo veían en conjunto, y no en sus pormenores; no conociendo ni envidiando á aquellos afortunados de un día que habían logrado hacer de sus hijos pages, de sus esposas damas de honor y de sí mismos prefectos de palacio ó chambelanes, las masas estaban atentas y sobrecogidas de una sorpresa, que concluía por cambiarse en admiración. Napoleon, convertido de alférez de artillería en Emperador, acogido y aceptado por la Europa, subiéndolo al trono en medio de una calma profunda, cubría con el brillo de su for-

Grandeza y singularidad del espectáculo que presentaba en aquel momento el nuevo imperio.

tuna las pequeñeces que se mezclaban á aquel prodigioso acontecimiento. Es cierto que no se sentía aquel ardor que en 1799 habia conducido á la nacion espantada á correr ante un salvador; tampoco se experimentaba aquel sentimiento de gratitud que, en 1802 habia conducido á la nacion entusiasmada á conferir á su bienhechor el poder perpetuo; en efecto, no habia tanto interes en mostrarse reconocidos con un hombre que tan bien sabia pagarse él mismo. Pero se le juzgaba digno de la soberania hereditaria, se le admiraba de que se atreviese á tomarla, se aprobaba que la restableciese, porque era una vuelta mas completa hácia el orden, y finalmente, todos estaban deslumbrados de la maravilla que pasaba á su vista. De este modo todos los ciudadanos se dirigian con empeño, aunque con sentimientos algo diferentes de aquellos que tenian en el corazon en 1799 y en 1802, á todos los lugares donde estaban abiertos los registros, para inscribir en ellos sus votos. Los sufragios afirmativos se contaban por millones, y en esta inmensa cantidad de votos favorables, apenas habia algunos votos negativos, muy raros, colocados allí para probar la libertad de que gozaban todos.

Proceso de Jorge y de Moreau. Antes de hallarse

Napoleon en plena posesion de su nuevo título tenia que sufrir aun algunos disgustos. Era preciso concluir aquel proceso de Jorge y de Moreau, en el cual se habian comprometido en un principio con la mayor confianza. En cuanto á Jorge y sus cómplices, y aun al mismo Pichegrú, si hubiera vivido, la dificultad no era grande; pues el proceso debia confundirlos y probar la participacion de los principes emigrados en sus tramas. Pero Moreau estaba unido á su causa: al empezarla, se habia creído hallar mas pruebas que las que existian realmente contra él, y aunque su falta fuese evidente para los hombres de buena fe, sin embargo, los malévolos tenian el medio de negarla. Reinaba ademas un involuntario sentimiento de piedad al aspecto del contraste que ofrecian los dos mas grandes generales de la República, el uno subiendo al trono, el otro sumido en una prision, y destinado no al cadalso sino al destierro. En casos semejantes, se dejan á un lado todas las

consideraciones, aun las de justicia, y siempre se echa la culpa al dichoso aunque este tenga la razon.

Los coacusados de Moreau, aconsejados por sus defensores, se habian puesto de acuerdo para descargar á Moreau de toda culpa. Al principio del proceso se habian mostrado muy irritados contra él; pero dominando el interes á la pasion se habian prometido salvarle, si era posible. En efecto, hubiera sido un gran descalabro moral para Napoleon que su rival hubiese salido libre y victorioso de la acusacion intentada contra él, y con todas las apariencias de inocente, engrandecido por la persecucion, y mas enemigo que nunca. Ademas, si Moreau no habia conspirado, se podia sostener que no habia habido conspiracion, es decir delito, ni, por lo tanto, culpables. Uniase, pues, en los realistas el deseo de su propia seguridad con sus cálculos de partido, para inducirles á seguir la conducta que habian ideado.

Los abogados, dispuestos siempre en favor de los acusados, y la clase media de Paris, siempre independiente en su juicio, y que hacia gustosa la oposicion, cuando no la atraian al poder graves acontecimientos, se mostraban partidarios de Moreau y hacian votos en su favor. Hasta aquellos, que sin sentir mala voluntad por Napoleon, no veian en Moreau sino á un guerrero ilustre y desgraciado, cuyos servicios podian aun ser útiles, deseaban que saliese inocente de aquella prueba, y que pudiese volver á servir al ejército y á la Francia.

La vista de la causa empezó el 28 de Mayo (8 de Pradial del año XII) á presencia de un numeroso concurso. Los acusados eran muchos y se hallaban colocados en cuatro hileras de asientos: no todos tenian el mismo aspecto. Jorge y los suyos manifestaban una tranquilidad afectada; y hasta cierto punto estaban gozosos, porque, despues de todo, podian llamarse victimas sacrificadas en defensa de su causa. Sin

Los realistas cambiaban de idea respecto á Moreau, y hacen los mayores esfuerzos para salvarle.

Disposiciones del público respecto á Moreau.

Posiciones diferentes de Jorge y de Moreau durante su proceso.

embargo, la arrogancia de algunos no dispuso al público en su favor; y Jorge, aunque realzado á los ojos de la multitud por la energía de su carácter, provocó algunos murmullos de indignación. Pero el desgraciado Moreau, abrumado por su gloria, y lamentando en aquel instante una celebridad que le valia las miradas apasionadas de la multitud, estaba privado de aquella tranquila confianza que constituía su principal mérito en la guerra. Era evidente que se preguntaba qué hacia allí entre aquellos realistas, él, que era uno de los héroes de la Revolución; y si se hacia justicia, solo podia decir, que habia merecido su suerte por haber cedido al lamentable vicio de la envidia. Entre todos aquellos acusados no buscaba el público mas que á él; y hasta se oyeron algunos aplausos dados por antiguos soldados ocultos entre la multitud y por algunos revolucionarios desolados, que creían ver á la misma República en aquel banquillo donde estaba sentado el general en jefe del ejército del Rhin. Aquella curiosidad y homenajes embarazaban á Moreau; y mientras que los otros daban con afectación sus nombres oscuros ó tristemente célebres, él pronunció el suyo glorioso en voz tan baja que apenas se le oyó. ¡Justo castigo de una ilustre reputación comprometida!

Los debates fueron largos, siguiéndose en ellos exactamente el sistema que los acusados se habian propuesto adoptar. Jorge y MM. de Polignac y de Rivière, no habian venido á Paris, decian, sino porque les habian pintado el nuevo gobierno como enteramente despolarizado, y todos los ánimos inclinados de nuevo á los Borbones. No ocultaban su adhesión á la causa de los príncipes legítimos, y su intencion de cooperar á un movimiento si hubiera sido posible, pero añadian, que Moreau, á quien algunos intrigantes presentaban como dispuesto á acoger á los Borbones, no pensaba en ello, ni habia querido oír ninguna proposición, y desde entonces ellos no habian tratado de conspirar. Interrogado Jorge, acerca del fondo del proyecto, y poniéndole á la vista sus primeras declaraciones, en las cuales habia confesado haber venido á Francia para asaltar al primer Cónsul, en el camino de la Malmaison, con un príncipe frances á su lado, Jorge, confundido, respon-

dia, que sin duda se hubiera pensado en ello mas tarde, si se hubiese creído oportuno un movimiento; pero que no siendo nada posible en aquel momento, ni siquiera se habia ideado el plan de ataque. Mostrábanle los puñales, los uniformes destinados á sus chuanes, y á los mismos chuanes, sentados junto á él en el banco de los acusados, y entónces, aunque no se desconcertaba del todo, se callaba pareciendo confesar con su silencio, que el sistema inventado por sus coacusados y por Moreau, no era el mas verosímil ni digno.

Solo en un punto estaban todos conformes con sus primeras declaraciones, y era en que debia venir un príncipe frances á ponerse entre ellos; pues conocian que para no descender á la clase de asesinos, les era preciso decir que se hallaba un príncipe á su cabeza. Poco les importaba comprometer la dignidad real; un Borbon les daba cierto colorido de soldados que combatian por la dinastía legítima. Por lo demas, cuando aquellos imprudentes Borbones se veían sanos y salvos en Lóndres, sin inquietarse por sus desgraciadas víctimas, bien podian estas tratar en Paris de salvar, ya que no su vida al menos su honor.

En cuanto á Moreau, su sistema era mas especioso, porque no habia variado. Habia expuesto dicho sistema al primer Cónsul, en una carta escrita por desgracia demasiado tarde, mucho tiempo despues de los inútiles interrogatorios del Gran Juez, y cuando el gobierno, comprometido ya en llevar adelante el proceso, no podia retroceder sin parecer que temía el debate público. Moreau confesaba haber visto á Pichegrú, pero con el objeto de reconciliarse con él, y proponerle el medio de volver á Francia. Habiéndose apaciguado las turbulencias civiles, habia creído que el vencedor de la Holanda debia ser devuelto á la República. No habia querido verle ostensiblemente ni solicitar directamente que se le levantase el destierro, porque hallándose desavenido con el primer Cónsul habia perdido todo su crédito, siendo éste y no otro el motivo porque habia obrado con tanto misterio. Es cierto que se habian servido de aquella ocasion; para hablarle de proyectos contra el gobierno, pero él los habia rechazado como ridiculos; y no los ha-

Sistema de defensa de Moreau.

bia denunciado, porque los creia poco peligrosos; y porque, por otra parte, un hombre como él no se bajaba hasta desempeñar el oficio de denunciador.

Este sistema, que podia sostenerse, si circunstancias positivas y testimonios irrefragables no le hubiesen hecho inadmisibile, habia dado lugar á acalorados debates, en los cuales Moreau habia encontrado una verdadera presencia de ánimo, sobre poco mas ó menos como le sucedia en la guerra, cuando el peligro era grande. Hasta habia dado algunas nobles respuestas muy aplaudidas por el auditorio.—Pichegrú era un traidor, (le habia dicho el Presidente) y hasta vos le denunciasteis al Directorio. ¿Como podiais pensar en reconciliaros con él y atraerle á la Francia?—En una época, habia contestado Moreau, en que los soldados del ejército de Condé llenaban los salones de Paris y los del primer Cónsul, bien podia ocuparme en devolver á la Francia al conquistador de Holanda.—Con este motivo se le habia preguntado por qué en tiempos del Directorio habia denunciado á Pichegrú tan tarde; y hasta parecia que se trataba de suscitar sospechas sobre su vida pasada.—Habiendo imposibilitado, respondió, las entrevistas de Pichegrú y del principe de Condé en la frontera, poniendo con las victorias de mi ejército ochenta leguas de distancia entre aquel principe y el Rhin, y conceptuando pasado el peligro, dejé á un consejo de guerra el cuidado de examinar los papeles hallados, y de remitirlos al gobierno si lo creia útil.—

Interrogado Moreau acerca de la naturaleza del complot á que se le habia invitado se asociase, persistia en sostener que le habia rechazado.—Sí, le contestaban, habeis rechazado la proposicion de sentar en el trono á los Borbones, pero habiais pensado servirlos de Pichegrú y de Jorge para destruir el gobierno consular, esperando recibir la dictadura de sus manos.—En eso se me atribuye, contestaba Moreau, un proyecto ridiculo, cual es el de servirme de los realistas para llegar á ser dictador, y creer que si ellos salian victoriosos pondrian en mis manos el poder. He hecho la guerra por espacio de diez años, y en todo ese tiempo, no he hecho, al menos que yo sepa, ninguna cosa ridicula.—Semejante recuer-

do de su pasada vida habia sido acompañado de aplausos. Pero no todos los testigos estaban en el secreto de los realistas, no todos estaban preparados para negar sus primeras declaraciones, y quedaba un tal Roland, antiguo empleado en el ejército, que repetia con dolor, pero con un teson que nada podia alterar, lo que habia declarado desde el primer dia. Decia que habiendo servido de intermediario entre Pichegrú y Moreau, este le habia encargado declarase que no queria á los Borbones, pero que si se le libraba de los Cónsules, haria uso del poder que irremisiblemente se le conferiria para salvar á los conspiradores, y elevar á Pichegrú á la cumbre de los honores. Otros acusados confirmaban tambien el aserto de Roland. Bouvet de Lozier, aquel oficial de Jorge, escapado del suicidio, para lanzar una acusacion terrible contra Moreau no la podia retractar, y la repetia aunque esforzándose en atenuarla. En dicha acusacion, hecha por escrito, solo habia denunciado cosas que sabia por boca del mismo Jorge. Este contestaba que Bouvet habia oido y entendido mal, y, por consecuencia, que habia hecho una declaracion inesacta. Pero quedaba aquella entrevista verificada de noche en la Magdalena, y en la cual se habian hallado Moreau, Pichegrú y Jorge; circunstancia que no se podia conciliar con el simple proyecto de que Pichegrú volviese á Francia. ¿Por qué habia acudido de noche á una cita con el gefe de los conspiradores, con un hombre con quien no se podia estar inocentemente, á no ser realista? Aquí, las declaraciones eran tan precisas, tan concordantes, tan numerosas, que con la mejor voluntad del mundo no podian los realistas volverse atras de lo que habian declarado, y cuando lo intentaban, se veian confundidos al momento.

Moreau se veia anonadado, y el interés que le manifestaba el auditorio habia ido disminuyendo poco á poco. Sin embargo, ciertas expresiones poco meditadas del presidente acerca de su fortuna, habian despertado algo aquel interés pronto á extinguirse.—Vos sois, al menos, culpable, le habia dicho el presidente, por no haber revelado lo que sabiais; y aunque pretendéis que un hombre como vos no sabia ser denunciador, debiais haber obedecido, ante

todo, á la ley, que manda á los ciudadanos denuncien las tramas de que tengan conocimiento. Además, así lo debíais haber hecho tratándose de un gobierno que os ha colmado de bienes. ¿No tenéis una rica dotación, una casa magnífica, y tierras? Semejante cargo, dirigido á uno de los generales mas desinteresados de la época, era muy poco digno.—Señor presidente, habia contestado Moreau, no pongais en balanza mis servicios y mi fortuna; pues no hay comparacion posible entre ambas cosas. Tengo 40,000 francos de sueldo, una casa y tierras que valen 300 ó 400,000 francos, qué se yo. Hoy dia tendria cincuenta millones, si hubiera hecho de mis victorias el uso que otros muchos.—Rastadt, Biberach, Engen, Mösskirch y Hohenlinden, todos estos hermosos recuerdos, puestos al lado de un poco de dinero, habian indignado al auditorio, y provocado los aplausos que la inverosimilitud de la defensa empezaba á hacer muy raros.

Ya habian transcurrido doce dias en la vista de la causa, y la agitacion de los ánimos habia ido en aumento. En nuestros dias hemos visto muy á menudo, que un proceso ocupe enteramente la atencion del público; y lo mismo acontecia entonces aunque con circunstancias á propósito para causar otra emocion que la de la curiosidad. En presencia de un general triunfante y coronado, se veia á un general desgraciado y preso oponiendo con su defensa la última resistencia posible á un poder cada dia mas absoluto; la voz de los abogados se hacia oír, en medio del silencio de la tribuna nacional, como en el pais mas libre; las ilustres cabezas que se hallaban en peligro pertenecian las unas á la emigracion y las otras á la República; y bien habia en todo esto causa para conmover los corazones. Cedíase á una justa compasion, y quizas tambien á ese secreto pensamiento que hace se desee nazcan obstáculos al poder dichoso; y sin ser enemigos del gobierno se hacian votos en favor de Moreau. Napoleon, que no conocia esa baja envidia, de que se le acusaba, y que sabia muy bien, que Moreau, sin querer á los Borbones, habia deseado su muerte para reemplazarle, creia y decia en voz alta, que se le debia hacer justicia condenando á un general culpable de cri-

men de Estado. Deseaba dicha sentencia, como su propia justificacion; y la deseaba no para hacer rodar sobre un cadalso la cabeza del vencedor de Hohenlinden, sino para tener el honor de perdonarle: los jueces lo sabian y el público no lo ignoraba.

Pero la justicia, que no entra en los cálculos ni en las consideraciones de la politica, y que tiene razon en ello, porque si la politica es á veces humana y cuerda, otras es cruel é imprudente; la justicia permaneció impassible en medio de aquel conflicto de las pasiones, última que debió turbar el sosiego profundo del Imperio, y pronunció fallos equitativos.

El 21 de Pradial (10 de Junio) despues de catorce dias de debates, y mientras que el tribunal se habia retirado á deliberar, conociendo ciertos acusados realistas que habian sido engañados, y que de nada les habian servido los esfuerzos hechos para salvar á Moreau, pidieron que se presentase el juez instructor á fin de dar declaraciones mas veridicas. Ya no hacian mencion de tres entrevistas que habia habido con Moreau sino de cinco. Advertido M. Réal, se presentó al Emperador, y este escribió al punto al archicanciller Cambacérès, para que se buscase un medio de penetrar cerca de los jueces. Mas esto era difícil, y ademas inútil, y sin prestarse á oír nuevas comunicaciones, pronunciaron aquel mismo dia 10 de Junio, una sentencia, que ningun influjo habia dictado. Jorge y diez y nueve de sus cómplices fueron sentenciados á la pena de muerte. En cuanto á Moreau, no hallando suficientemente probada su complicidad material, pero si reprehensible su conducta moral, le castigaron en vista de esto, imponiéndole dos años de prision. M. Armand de Polignac y M. de Rivière fueron condenados á muerte; M. Julio de Polignac y otros cinco acusados, á dos años de prision; y veinte y dos fueron absueltos.

Esta sentencia, aprobada por las personas imparciales, causó un disgusto mortal al nuevo Emperador, quien se

Junio de 1801.

Sentencia de Moreau, Jorge y M. de Rivière, de Polignac &c.

Jorge es condenado á muerte y Moreau á dos años de prision.

arrebató violentamente contra la debilidad de aquella justicia, la cual otros acusaban en aquel momento de barbarie. Hasta olvidó la circunspeccion que debe siempre imponerse la autoridad suprema, sobre todo en materia tan grave. En el estado de exasperacion á que le habian conducido las injustas é imprudentes palabras de sus enemigos, era difícil obtener de él actos de clemencia: pero se calmaba tan pronto, y era tan generoso é ilustrado, que aquella tenia en breve entrada en su corazon. En los dias que se emplearon en dirigirse

Se indulta á Moreau de la pena que se le ha impuesto, y parte este general para la América.

la capital, si á ella le hubiesen sentenciado, y le dió permiso para que partiese á América.

Deseando aquel desgraciado general vender sus propiedades, Napoleon mandó que se comprasen inmediatamente, pagándolas á un precio muy subido. En cuanto á los condenados realistas, rigoroso siempre con ellos, desde la última conspiracion, no quiso al principio, conceder gracia á ninguno. Solo Jorge le inspiraba algun interes, por la energia de su ánimo, pero le consideraba como un enemigo implacable, al que se debía destruir para asegurar la tranquilidad pública. Por otra parte, no era la suerte de Jorge la que mas conmovia á la emigracion; sino la de MM. de Polignac y de Rivière: censuraba la imprudencia que habia colocado á unos personajes de tan elevado rango y de una educacion tan esmerada en una compañía tan poco digna de ellos, pero no podia resignarse á ver caer sus cabezas; y es cierto que á apreciarse sanamente los compromisos de los partidos y la violencia con que arrastran á los hombres, debía excusarse su falta, y merecer la indulgencia del mismo gefe del Imperio.

Perdon concedido á MM. de Rivière y de Polignac.

Todos conocian el buen corazon de Josefina, y nadie ignoraba que en el seno de su extraordinaria grandeza conservaba su bondad natural. Tambien se sabia que vivia cercada de continuos te-

mores, pensando en los puñales que sin cesar amenazaban la vida de su esposo. Un acto ruidoso de clemencia podia desviar aquellos puñales y calmar los corazones exasperados. Lograron introducirse cerca de ella, por medio de madama Remusat, adicta á su persona, y le presentaron en el castillo de Saint-Cloud á madama de Polignac, quien regó con sus lágrimas el manto imperial. Conmovidó el sensible corazon de Josefina al aspecto de una esposa desconsolada, que le pedia con nobleza el perdón de su esposo, corrió á bacer la primera tentativa al lado de Napoleon. Este, ocultando segun costumbre, su emocion bajo una máscara de severidad, la rechazó con aspereza, y hablando asi con ella como con madama de Remusat que se hallaba presente, les dijo: ¿Cuándo dejareis de interesaros por mis enemigos? Unos y otros son tan imprudentes como culpables. Si no les doy una leccion, comenzarán de nuevo sus manejos y serán la causa de que haya nuevas victimas.—Rechazada Josefina no sabia á qué medio recurrir; mas como pocos momentos despues debiese salir Napoleon de la sala del Consejo y atravesar una de las galerias del castillo, ideó colocar á madama de Polignac á su paso, para que esta pudiera arrojarle á sus pies cuando aquel se presentase. En efecto, en el momento en que pasaba Napoleon se presentó á él madama de Polignac, pidiéndole, con lágrimas en los ojos, la vida de su esposo. Sorprendido Napoleon, dirigió una severa mirada á Josefina, cuya complicidad adivinó; mas vencido al momento, dijo á madama de Polignac, que le habia llenado de asombro hallar en una conspiracion dirigida contra su persona á M. Armand de Polignac, su antiguo compañero de infancia en la escuela militar, que, sin embargo concedia su perdón, á las lágrimas de una esposa; y que deseaba que aquella debilidad de su parte no tuviese consecuencias sensibles, animando para que se cometiesen nuevas imprudencias.—Muy culpables son, Señora, añadió, los príncipes que comprometen la vida de sus mas fieles servidores, sin participar de sus peligros.—

Madama de Polignac, llena de gozo y de reconocimiento, fue á contar, en medio de la emigracion espantada, aquella escena de clemencia, lo cual valió

que por un instante se hiciese justicia á Josefina y á Napoleon. Quedaba en peligro M. Rivière; pero Murat y su esposa, invocaron de nuevo la clemencia del Emperador en favor suyo. El perdon de M. de Polignac debia atraer el de M. de Rivière; el cual fue concedido inmediatamente. Once años despues el generoso Murat no halló igual apoyo ni fue tratado del mismo modo.

Tal fue el fin de aquella triste y odiosa locura que habiendo tenido por objeto anonadar á Napoleon, le hizo subir al trono, aunque, por desgracia, menos puro que antes; que valió una muerte trágica á un príncipe que no habia conspirado, quedando impunes los que habian tramado los complots, si bien perdieron mucha parte de consideracion en castigo de sus faltas, y que costó, en fin, el destierro á Moreau, el único de los generales de aquella época que algunos consideraron como rival de Napoleon, exagerando mucho su gloria y disminuyendo con notable injusticia la del Emperador. ¡Leccion sorprendente, y de la cual deberian aprovecharse los partidos! Siempre se engrandece mas al gobierno, al partido, ó al hombre, á quien se intenta destruir por medios criminales.

Quedaba ya vencida para en adelante toda clase de resistencia. En 1802 habia allanado Napoleon las resistencias civiles anulando el Tribunal; y en 1804 destruyó las militares, descubriendo y castigando la conspiracion de los emigrados con los generales republicanos. Mientras que él subia las gradas del trono, Moreau caminaba al destierro. Debian volverse á ver, á tiro de cañon

bajo los muros de Dresde, desgraciados los dos, ambos culpables, volviendo el uno del extrangero para combatir contra su patria, abusando el otro de su poder hasta provocar una reaccion universal contra la grandeza de la Francia; muriendo el uno herido de una bala francesa, y ganando el otro una postrer victoria, pero viendo ya el abismo donde iba á sepultarse su destino prodigioso.

Pero todavia distaba mucho la fecha de aquellos grandes acontecimientos, y Napoleon parecia entonces poderoso para siempre. No hay duda que experimentó algunos pesares en aquellos dias; porque á mas de las grandes desgracias, la Providencia oculta siempre en la misma felicidad algunas amargas anticipadas, como para advertir al alma, y prepararla á los grandes infortunios. Aquellos quince dias habian sido penosos para él, pero pasaron en breve. La clemencia que acababa de ejercer arrojó un dulce resplandor sobre su naciente reinado. La muerte de Jorge no entristeció á nadie, aunque su valor, digno de mejor suerte, inspirase algun interes. En breve se entregaron todos de nuevo á ese sentimiento de curiosidad y asombro que se sentia á la vista de un espectáculo tan extraordinario.

Así concluyó despues de doce años, no la Revolucion francesa, siempre viva é indestructible, sino aquella república calificada de imperecedera: concluyendo bajo la mano de un soldado victorioso, como concluyen siempre las repúblicas que no van á caer como adormecidas en los brazos de la oligarquía.

LIBRO VIGÉSIMO.

LA CONSAGRACION.

Retárdase la expedicion de Inglaterra.—Motivos y ventajas de aquel retardo.—Redóblanse los cuidados en los preparativos.—Medios rentísticos.—Presupuesto de los años XI, XII y XIII.—Establecimiento de las contribuciones indirectas.—Antigua teoria de la contribucion única territorial.—Napoleon la desecha, y manda que se establezca un arbitrio sobre consumos.—Primer arreglo de la administracion de los derechos reunidos.—La España paga su subsidio en obligaciones á plazo.—Preséntase una asociacion de capitalistas para descontarlas.—Primeras operaciones de la compañía llamada de los comerciantes reunidos.—Destinanse todos los recursos existentes á las escuadras de Brest, de Rochefort y de Tolon.—Napoleon prepara la venida de una escuadra francesa á la Mancha para asegurar la travesía de la flotilla.—Primera combinacion en que se fija.—Queda encargado el almirante Latouche-Treville de ejecutarla.—Este almirante debe salir de Tolon, engañar á los ingleses con un falso rumbo, y aparecer en la Mancha, uniéndose en la travesía á la escuadra de Rochefort.—Proyecto de verificar el desembarco en Julio ó Agosto antes de la ceremonia de la coronacion.—Los ministros de las cortes que están en paz con la Francia entregan á Napoleon sus credenciales.—Solo el embajador de Austria no lo hace.—Partida de Napoleon para Boloña.—Inspeccion general de la flotilla, buque por buque.—La flotilla bávara.—Gran fiesta á orillas del océano, en la que se distribuyen al ejército las condecoraciones de la Legion de Honor.—Continúan los acontecimientos en Inglaterra.—Agitacion extremada de los ánimos.—Cae el ministerio Addington por la coalicion de MM. Fox y Pitt.—Nueva entrada de M. Pitt en el ministerio, y sus primeros pasos para anudar de nuevo una coalicion en el continente.—Sospechas de Napoleon.—Obliga al Austria á que se explique exigiendo que los credenciales de M. de Cobentzel se le remitan á Aquisgran.—Rompe las relaciones diplomáticas con la Rusia dejando marchar á M. de Oubril.—Muere el almirante Latouche-Treville, y se aplaza hasta el invierno el proyecto de desembarco.—Reemplaza á Latouche-Treville el almirante Villeneuve.—Carácter de este.—Viage de Napoleon á las orillas del Rhin.—Grande afluencia de personajes en Aquisgran.—M. de Cobentzel entrega sus credenciales á Napoleon.—La corte Imperial se traslada á Maguncia.—Regreso á París.—Preparativos para la consagracion.—Difícil negociacion para lograr que Pio VII venga á consagrar á Napoleon.—El cardenal Fesch, embajador.—Carácter y conducta de este personage.—Temor que se apodera de Pio VII á la idea de pasar á Francia.—Consulta á una congregacion de cardenales.—Cinco se declaran en contra de dicho viage y quince en favor de él, pero con condiciones.—Largo debate sobre dichas condiciones.—Consentimiento definitivo.—Se suspende la cuestion acerca del ceremonial.—El Obispo Bernier y el archicanciller Cambacérès eligen en el Pontifical romano y en el Pontifical frances las ceremonias compatibles con el espíritu del siglo.—Napoleon se niega á que le pongan la corona en la cabeza.—Pretensiones de familia.—Partida del Papa para Francia.—Su viage.—Su llegada á Fontainebleau.—Su alegria y confianza al ver la acogida que le hacen.—Matrimonio religioso de Josefina y de Napoleon.—Ceremonia de la Consagracion.

Junio de 1804.

Atraso forzoso en la expedicion proyectada contra la Inglaterra.

La conspiracion de 1803 á 1804, y fueron causa de que se suspendiera la grande empresa de Napoleon contra la Inglaterra. Pero no habia cesado de pensar en ella, y en aquel momento preparaba el modo de llevarla á cabo á mediados del verano de 1804, redoblando su cuidado y su actividad. Por

lo demas, no era de sentir aquel atraso, porque Napoleon, en su impaciencia por ejecutar un proyecto tan vasto, se habia creído demasiado la posibilidad de tenerlo todo listo á fin de 1803. Los continuos experimentos que se hacian en Bolonia, manifestaban diariamente las nuevas precauciones que se debian tomar, y las nuevas perfecciones que se debian introducir, y poco importaba descargar el golpe seis meses despues, si al dilatarlo se adquiria la certeza de hacerlo con mas seguridad. No era el ejército el que ocasionaba aquellas dilaciones, porque en dicha época estaba el ejército siempre disponible, sino la flotilla y las escuadras. La construccion de los barcos chatos y su reunion en los cuatro puertos del estrecho estaba concluida; pero faltaba la flotilla batava, y las escuadras de Brest y de Toulon, cuya concurrencia á la empresa se habia juzgado indispensable, no estaban listas, pues no habian bastado ocho meses para su armamento. Se habia destinado el invierno de 1804 á completarle; y el tiempo, perdido en la apariencia, se habia empleado, por lo tanto muy útilmente. Sobre todo lo habia sido en crear medios rentísticos, los cuales van siempre muy estrechamente ligados á los medios militares, y en aquella ocasion mas que nunca. En efecto, si bien se logra con mucha industria y exponiéndose á miles inconvenientes hacer la guerra por tierra con poco dinero, viviendo sobre el pais enemigo, no sucede lo mismo en la guerra maritima, para la cual se necesita mucho dinero, porque nada se halla en la inmensa soledad del océano, sino lo que llevan los buques al salir de los puertos. Los medios rentísticos no eran, pues la parte menos importante de los inmensos preparativos de Napoleon, y bien merecen que por un instante nos ocupemos de ellos.

Los medios rentísticos constituyen una parte importante de los preparativos de Napoleon.

Amiens. El presupuesto del año XI (1803) votado en la prevision todavia incierta de los acontecimientos que podian sobrevenir, se habia fijado en 589 millones de francos (unos 2208 millones de rs.)

TOMO III.

no contándose los gastos de recaudacion, es decir en 89 millones de francos mas que el presupuesto del año anterior el cual se habia saldado con 500 millones de francos (unos 1875 millones de reales.) Pero como era natural, los gastos habian excedido en 30 millones á la cantidad votada por el Cuerpo Legislativo, aumentando el presupuesto á la suma total de 619 millones de francos (unos

Presupuesto del año XI (Septiembre de 1802 á Septiembre de 1803.)

2321 millones de rs.) No era ciertamente mucho cuando se piensa en los preparativos de una expedicion como la de Bolonia; y este aumento módico del presupuesto se explica por la época que separaba uno de otro. El del año XI concluia el 21 de Septiembre de 1803, y en el mismo dia empezaba el del año XII; de modo que los principales gastos de la flotilla no podian, pues, hallarse comprendidos en el presupuesto del año XI, y asi habian logrado circunscribirse á un cálculo de 619 millones, que con los gastos de recaudacion ascendia á 710 ó 720 millones de francos (de 2662 á 2700 millones de reales). El presupuesto del año XII debia ser mayor porque debia pagar todo lo que no se habia pagado el año XI. A este último se habia hecho frente con las contribuciones ordinarias, cuyo producto, á pesar de la guerra, se habia aumentado mucho, por la grande seguridad que todos tenian en la prudencia y vigor del gobierno que entonces regia á la Francia. El timbre y el empadronamiento habian dado un aumento de 10 millones de francos, (unos 37 millones de reales) las aduanas 6 ó 7 (22 á 26 millones de reales); y á pesar del descargo de un gravámen de 10 millones sobre la contribucion territorial, las contribuciones ordinarias habian ascendido á 573 millones de francos (2148 millones de reales). Se habia provisto al exceso con los 22 millones del subsidio italiano, y con 24 millones que se habian tomado de los recursos extraordinarios, los cuales se componian, como ya lo hemos dicho, del subsidio español, fijado en 4 millones de francos al mes, y del precio de la Luisiana cedida á los americanos. Estos recursos, á los cuales apenas se habia tocado, quedaban para el año XII, y esto era una fortuna, porque todos los gastos de la

guerra debían pesar á la vez en aquel presupuesto (Septiembre de 1803 á Septiembre de 1804).

Presupuesto del año XII (Septiembre de 1803 á Septiembre de 1804.)

Los gastos del año XII no podían valuarse en menos de 700 millones de francos (2625 millones de reales) en vez de 618, lo cual, con los gastos de recaudación y algunos céntimos adicionales que no se incluían en el presupuesto, formaba un total de 800 millones de francos (3000 millones de reales.) Aun no se había comprendido en este presupuesto el de la casa imperial. Se ve, pues, que los presupuestos subían rápidamente hacia la cantidad que han alcanzado después.

Era necesario prever cierta baja en el producto de la renta llamada de dominios, á consecuencia de las enagenaciones de los bienes nacionales, y de las dotaciones en bienes raíces, concedidas al Senado, á la Legion de Honor y á la Caja de Amortización. Las contribuciones ordinarias no debían exceder de 560 millones de francos (2100 millones de reales) salvo los aumentos de productos, los cuales eran probables, si bien por un exceso de exactitud no se quería contar con ellos. Necesitábase, pues, buscar medios extraordinarios que alcanzasen á cubrir la cantidad de 140 millones de francos (525 millones de reales) que faltaban para el total de 700, calculó supuesto para los gastos, sin contar los de recaudación y algunos céntimos adicionales. La Italia daba 22 millones por la protección que nuestro ejército dispensaba á sus tres Estados. Los 48 millones del subsidio español, y los 60 del subsidio americano, reducidos á 52 por los gastos de la negociación, hacían ascender á 122 millones de francos (457 millones de reales) la suma de los ingresos extraordinarios. En su consecuencia, era menester buscar unos 20 millones de francos mas (75 millones de reales), los cuales debía proporcionarlos el recurso de las fianzas de que antes se había hecho uso. Ya se habían exigido fianzas en metálico á los recaudadores generales, pagadores, recaudadores de la rentas de registro, y de aduanas, &c., y estas fianzas se habían entregado en la Caja de Amortización, quien quedaba deudora de los deponentes. La Caja, á su

vez las había puesto en manos del Gobierno, y éste había prometido que las reembolsaría mas tarde, á la razón de 5 millones al año. Esto era una especie de empréstito que hacían los encargados de las recaudaciones, y muy justo, porque estos debían al Estado una garantía de su buen manejo. Dicho empréstito era susceptible de extensión, porque aun quedaban algunos de aquellos encargados que no estaban sometidos á la regla comun. En efecto, existía una nueva categoría de recaudadores de rentas públicas, cuya existencia debía regularizarse, y eran los recaudadores de las contribuciones directas. Hasta entónces, en lugar de los recaudadores nombrados por el Estado en los campos y ciudades, para percibir las contribuciones directas,

Establecimiento de los recaudadores de las contribuciones directas.

había asentistas á los cuales se adjudicaba la recaudación por el tanto mas bajo. Este sistema había desaparecido en las grandes ciudades, en las cuales se habían establecido recaudadores fijos y dotados por el tesoro con un tanto por ciento; y habiendo tenido este cambio buen éxito se propuso para el año de 1804, establecer en todas las municipalidades urbanas ó rurales, recaudadores nombrados por el Gobierno, obligándoles á dar fianzas que en totalidad se evaluaban en unos veinte millones. Entregada esta cantidad al Tesoro, debía ser restituida sucesivamente á la Caja de Amortización, como se había estipulado para las fianzas anteriores.

A este medio se agregó la venta de algunos bienes nacionales, tomados de la parte que había quedado libre después de haberse provisto á las dotaciones del Senado, de la Legion de Honor, de la Instrucción pública y de la Caja de la Amortización; y este fue un nuevo recurso de 15 millones de francos (56 millones de reales) para el año XII, que ya sobrepujaba de la cantidad que se había creído necesaria. Dichos bienes se habían entregado á la Caja de Amortización, la cual vendiéndolos poco á poco los vendía cada día mejor. Se había convenido que se le dejara el producto, á fin de desquitarse de los 5 millones que debían dársele anualmente para el reembolso de las fianzas.

Tales fueron los medios pecuniarios

creados para el año XII: 560 millones de francos (2100 millones de reales) de contribuciones ordinarias; 22 millones (82 millones de reales) del subsidio italiano, 48 millones (180 millones de reales) del subsidio español, 52 (195 millones de reales) del precio de la Luisiana, 20 (75 millones de reales) de las fianzas, y ademas algunos millones en bienes nacionales; y todo esto subia á mas que los 700 millones de francos (2625 millones de reales) que se habian juzgado necesarios para aquel presupuesto (Septiembre de 1803 á Septiembre de 1804).

Presupuesto del año XIII (Septiembre de 1804 á Septiembre de 1805).

Pero ya iba á concluir el presupuesto del año XII, pues se estaba en el verano de 1804; y se debia pensar en el año XIII (Septiembre de 1804 á Septiembre de 1805), en el cual iba á faltar una cantidad considerable, la del subsidio americano, que se habia dedicado enteramente al año XII. Por lo tanto, era preciso proveer al instante á dicha falta.

Napoleon estaba muy convencido, que la Revolución, si bien habia creado grandes recursos igualando á todos para el pago de las contribuciones, habia perjudicado, sin embargo, la propiedad territorial, echando sobre ella sola el peso de las cargas públicas con la supresion de las contribuciones indirectas. Lo que la Revolución habia hecho acontecia con mucha frecuencia en época de turbulencias. Al primer desorden, se aprovecha de él el pueblo, especialmente el de las grandes ciudades, para negarse á pagar el arbitrio sobre consumos y en particular sobre las bebidas, las cuales constituyen el mayor de sus goces. Esto se ha visto en 1830, donde por espacio de seis meses se negó el pago de aquella clase de arbitrios; en 1815, en cuya época su supresion fue la promesa engañosa con cuya ayuda se hicieron los Borbones aplaudir por un instante, y, finalmente en los primeros movimientos populares de 1789 que se dirigieron contra los portazgos. Pero estas contribuciones, que son las que mas detestan las poblaciones de las ciudades, son, sin embargo, las que caracterizan á los paises verdaderamente prósperos; y las

que en realidad gravan mas al rico que al pobre, y perjudican menos que todas las demas á la produccion; mientras que la contribucion establecida sobre la tierra arrebatá á la agricultura capitales, es decir, ganados y abonos, empobrece el pais, y de este modo ataca el manantial mas abundante de la riqueza. En el siglo XVIII se habia generalizado una preocupacion, que es necesario reconocer, descansaba entónces sobre un fundamento incontestable.

Teoria de la única contribucion, en voga durante el siglo XVIII.

Concentrada la propiedad territorial en manos de la aristocracia y del clero, tasada con desigualdad, segun la cualidad de sus posesiones, era un objeto de odio para aquellos espíritus generosos que querian aliviar á las clases pobres. En dicha época fue cuando se ideó la teoria de la contribucion única exclusivamente sobre la tierra, para que subviniese á todos los gastos del Estado, y con este medio poder suprimir los subsidios y gabelas, contribuciones que en la apariencia pesaban solo sobre el pueblo. Mas esta teoria, generosa por la intencion, y falsa en el hecho, debia desaparecer ante la experiencia. Despues de 1789, repartida la tierra en miles de manos y gravada con cargas iguales, no merecia la animadversion que antes, y era preciso considerár, sobre todo, en ella el interes tan esencial de la agricultura. Debía pensarse que cargándola mas de lo regular se aniquilaba la poblacion de los campos, privándola de los medios necesarios para el cultivo, en beneficio de los fabricantes y consumidores de bebidas espirituosas. Debía tenerse presente, que era absolutamente preciso igualar los ingresos con los gastos, si no se queria volver al papel moneda y á la bancarrota, y que para nivelar los ingresos con los gastos, era indispensable variar el manantial de la contribucion á fin de no agotarle. Pertenecia al hombre que habia restaurado el órden en Francia, y sacado la hacienda del caos restableciendo la recaudacion regular de las contribuciones directas, concluir su obra, abriendo de nuevo el manantial cerrado de las contribuciones indirectas, para lo cual se necesitaba mucha autoridad y energia. Napoleon, fiel á su carácter, no temió, el mismo

dia que solicitaba el trono, restablecer con el nombre de derechos reunidos, la mas impopular, pero la mas útil de todas las contribuciones.

Hizo su primera proposicion al Consejo de Estado, y sostuvo con una sagacidad maravillosa, como si la hacienda hubiese sido el estudio de su vida, los verdaderos principios en aquella materia. A la teoría de una contribucion única, que pesaba exclusivamente sobre la tierra, y exigia del arrendador y del propietario la totalidad de la suma necesaria á las necesidades del Estado, obligándoles á hacer al menos su adelanto, aun en la suposicion mas favorable para ellos, de que la subida en el valor de los productos agricolas les indemnizase de aquel anticipo; á una teoría tan locamente exagerada, oponia él la teoría sencilla y verdadera de una contribucion hábilmente dividida, que pesase á la vez sobre todas las propiedades y sobre todas las industrias; que no pidiese á ninguna de ellas una parte demasiado considerable de la renta; que en su consecuencia, no ocasionase ningun movimiento forzado en los valores y que comprendiese la riqueza en todos los canales por donde pasa abundantemente, y de modo que no llegase á producir una disminucion demasiado sensible. A este sistema, fruto del tiempo y de la experiencia, no puede ponerse mas objecion que la de que la variedad de la contribucion trae consigo la de la recaudacion, y desde luego, un aumento de gastos; pero presenta este tantas ventajas, y es tan violento el sistema contrario, que aquel pequeño aumento de gastos no debe ser una consideracion de bastante peso para desecharle. Cuando Napoleon logró que el Consejo de Estado aprobase su proyecto, le remitió al Cuerpo Legislativo, donde no sufrió ninguna oposicion, gracias á las conferencias anteriores que habia habido entre las secciones correspondientes del Tribunado y del Consejo de Estado. He aquí sus disposiciones.

Establécese la administración de los derechos reunidos. Para la recaudacion de la contribucion sobre consumos, se creó un personal con el título de administracion de los derechos reunidos. Esta administracion debia recaudar los nuevos impuestos por el medio único reconocido como eficaz; que

consistia en buscar la existencia de las materias imponibles en el sitio mismo donde se cosechan ó fabrican. Estas materias eran los vinos, aguardientes, cerbeza, cidra &c., á las cuales se imponia un solo derecho muy moderado sobre su primera venta, segun un inventario hecho en la época de la cosecha ó de la fabricacion. El valor del derecho debia satisfacerse en el momento del primer traspaso de ellas. La principal materia que despues de las bebidas debia pagar contribucion, era el tabaco; ya existia un derecho de aduanas sobre los tabacos extranjeros, y otro de fabricacion sobre los franceses (porque todavia no se habia ideado el monopolio) pero el producto de este último derecho no entraba en el Tesoro por falta de vigilancia. El establecimiento de una administracion de derechos reunidos, proporcionaba la posibilidad de percibir por entero aquel impuesto, que aunque entonces era de poca monta, debia llegar á ser muy considerable. No se comprendió la sal en las materias impuestas; pues se habia temido despertar el recuerdo de las antiguas gabelas. Sin embargo, se estableció para el Piamonte una administracion de las sales, lo cual era á la vez una medida de policia y de hacienda. El Piamonte, proveyéndose de sales ya en Génova, ya en las bocas del Pò, y sufriendose á veces terribles carestias, por las interesadas especulaciones del comercio, jamás habia podido pasar sin la intervencion del Gobierno. Creando una administracion encargada del abasto y de la venta, á un precio moderado, se hacia que cesase el peligro de la falta y carestia, y se proporcionaba un medio tan seguro como fácil de recaudar un impuesto bastante productivo, aunque módico en su tarifa.

Todas estas diversas combinaciones nada podian producir para el año XII que era en el que se establecian, pero hacian esperar 15 ó 18 millones de francos (56 á 67 millones de rs.) para el año XIII, 30 ó 40 (112 ó 150 millones de rs.) para el XIV, y productos difíciles de avaluar para los años siguientes, que debian bastar para todas las necesidades de la guerra, aunque esta se prolongase.

Habianse, pues, asegurado recursos para el presupuesto corriente del año

XII (1803 ó 1804, proporcionándose 700 millones de francos (2625 de reales) de ingresos ordinarios y extraordinarios, y al mismo tiempo se habian proporcionado productos ciertos para los presupuestos sucesivos. Sin embargo, las dificultades para realizarlos en los primeros dias no eran pocas. Los dos principales recursos del momento consistian en el valor de la Luisiana y en el subsidio mensual que suministraba la España. Las dilaciones inevitables anejas á la votacion del fondo americano habian retardado su entrega en el Tesoro: sin embargo la casa de Hope se disponia á anticipar una parte á fines de 1804. En cuanto á la España, de los 44 millones que debió dar en Floreal por once meses vencidos, solo habia satisfecho en diferentes valores unos 22, es decir la mitad. La hacienda de este desventurado pais estaba mas apurada que nunca, y aunque se hallasen abiertos los mares á sus galeones, merced á la neutralidad que le habia dejado la Francia, el metálico que llegaba de Méjico se empleaba en fútiles disipaciones.

Para suplir el atraso de aquellas entradas, se echaba mano del descuento de los valores del Tesoro. Los ingleses poseen los bonos del Echiquier, y nosotros tenemos los bonos reales, reembolsables en tres, seis ó doce meses, los cuales, negociados en la plaza, constituyen un empréstito temporal, con cuya ayuda se puede esperar durante mas á menos tiempo, la realizacion de las rentas del Estado. Aunque Napoleon habia trabajado mucho para restablecer la hacienda, y lo habia logrado, el tesoro no gozaba entonces bastante consideracion en el comercio, para que emitiese con buen éxito un valor cualesquiera á su propio nombre. Solo las obligaciones de los recaudadores generales, que llevaban el compromiso de una persona de responsabilidad, y que eran reembolsables en la Caja de Amortizacion, en caso de protesta, habian obtenido crédito. Estas eran, como ya lo hemos dicho, suscritas al principio de cada año por todo el valor de las contribuciones directas, y sucesivamente satisfechas de mes en mes. Las últimas eran á plazo de quince ó diez y ocho meses. A fin

de realizar de antemano las rentas del Estado, se descontaban por cantidades de 20 ó 30 millones al premio de medio por ciento al mes (seis por ciento al año) durante la corta paz de Amiens, y después de la guerra á tres cuartos por ciento al mes (nueve por ciento al año.) Apesar de la confianza que inspiraba el Gobierno, el Tesoro inspiraba tan poca, que los banqueros mas acreditados se negaban á aquel género de operaciones; haciendo dichos descuentos especuladores atrevidos, tales como los abastecedores del Directorio. M. de Marbois, queriendo emanciparse de su tutela, se habia dirigido á los recaudadores generales, quienes, reunidos en junta en París, descontaban sus propias obligaciones, ya con sus fondos, ya con los que se procuraban á crecido interes de las manos de los capitalistas. Pero aquellos recaudadores, limitados á sus especulaciones, no tenian ni bastantes capitales ni suficiente arrojio para proporcionar grandes recursos al Tesoro. Habia en dicha época en París un banquero llamado M. Desprez, experimentado en aquella especie de negociaciones; un asentista muy activo, y muy hábil en el arte de abastecer los ejércitos, llamado M. Vanlerberghe, y por último, un especulador de los mas fecundos é ingeniosos en toda clase de negocios, llamado M. Ouvrard, célebre en aquella época por su inmensa fortuna. Todos tres habian entrado individualmente en relacion con el gobierno. M. Desprez por el descuento de las obligaciones del Tesoro; M. Vanlerberghe, por el suministro de víveres, y M. Ouvrard, por todas las grandes operaciones de abasto ó de Banca. M. Ouvrard formó una sociedad con MM. Desprez y Vanlerberghe, se puso al frente de ella, y poco á poco llegó á ser, como en tiempo del Directorio, el principal agente hacendista del Gobierno. Supo inspirar confianza á M. de Marbois, ministro del Tesoro, el cual, conociendo su insuficiencia, se alegraba de tener á su lado un hombre de bastante invencion, y capaz de idear los medios que él mismo no podia hallar. M. Ouvrard ofreció encargarse por su cuenta y por la de sus asociados, de la negociacion de los valores del Tesoro; y concluyó un primer contrato en Germinal del año XII (Abril de 1804) por el cual se obligaba á des-

contar no solo una suma considerable, de las obligaciones de los recaudadores generales, sino tambien los compromisos de la España, la cual, no pudiendo pagar su subsidio en metálico, le pagaba en libranzas á largos plazos. M. Ouvrard no puso ninguna dificultad en tomar como dinero aquellas libranzas, entregando su importe, pues en toda esta combinacion hallaba una ventaja particular. M. Vanlerberghe y él eran acreedores del Estado por grandes cantidades á consecuencia de suministros que habian hecho anteriormente; y estaban autorizados para que al descontar las obligaciones de los recaudadores generales y las de España, entregasen como dinero contante una parte de sus créditos; de modo que á la vez que hacian el descuento se pagaban con sus propias manos. Esta compania, conocida con el nombre de *Comerciantes reunidos*, empezó, pues, á apoderarse de todos los negocios del Estado. Su origen es digno de atencion, porque en breve tomó parte en operaciones inmensas, y representó en nuestra hacienda un papel de suma importancia. Para que la operacion que emprendia con el Tesoro fuese no solo buena sino excelente, bastaba que la España cumpliese con sus compromisos, porque las obligaciones de los recaudadores generales que componian una parte, presentaban la mayor seguridad, y no tenian otro inconveniente que ser un papel á largo plazo, visto que el Tesoro empleaba en sus pagos las obligaciones que vencian á los dos ó tres meses, descontando solo las que lo eran á seis, doce ó quince meses: pero á excepcion de esto, ofrecian una solidez infalible. En cuanto á las libranzas, suscritas por la España, su valor dependia de la conducta de una corte, por desgracia, falta de juicio, y de la llegada de los galeones de Méjico. M. Ouvrard construia sobre esta base los mas vastos planes, y logrando deslumbrar el espíritu crédulo de M. Marbois, partió para Madrid, á fin de realizar sus atrevidas concepciones.

Napoleon desconfiaba de aquel hombre fecundo pero temerario, y habia aconsejado á M. de Marbois que tambien desconfiase de él. Pero M. Ouvrard descontaba por medio de Desprez las obligaciones del Tesoro, y por si mismo las de España, y suministraba víveres al

ejército por medio de M. Vanlerberghe: gracias á él todas las atenciones se hallaban cubiertas, y el mal, si le habia, no parecia poder estenderse mucho, pues que, despues de todo, M. Ouvrard siempre tenia hecho algun adelanto al Tesoro, y nunca el Tesoro á él.

Tales fueron los medios ideados para proveer inmediatamente á todas las cargas de la guerra, sin recurrir á los empréstitos, y solo pidiendo á los especuladores realizasen al descuento las rentas del Estado, y los 122 millones suministrados por los paises aliados, Italia, América y España. Respecto al porvenir, la creacion de las contribuciones indirectas, anunciadas hacia tiempo, y decretada al fin aquel año, debia bastar para cubrir todas las atenciones.

Napoleon habia resuelto ejecutar su grande empresa en el plazo mas corto que fuera posible.

Napoleon vuelve de nuevo á fijar enteramente su atencion en su proyecto de desembarco.

Quería atravesar el estrecho en el mes de Julio ó Agosto de 1804; y si los incrédulos que han dudado de su proyecto, pudiesen leer su correspondencia intima con el ministro de marina, la inmensa multitud de sus órdenes, y la secreta confidencia de sus esperanzas al archicanciller Cambacérès, no les quedaria la menor incertidumbre acerca de la realidad de aquella resolucion extraordinaria. Todos los buques que componian la flotilla se hallaban reunidos en Etaples, Boloña, Wilmereux y Ambleteuse, á excepcion de los que habian sido contruidos entre Brest y Bayona, porque en aquel género de navegacion de cabotage ideado para su reunion no habian podido doblar el cabo Ouessant. Pero habiéndose construido la mayor parte de los buques entre Brest y las bocas del Escalda, el número de los que faltaban era de poca consideracion. Habia suficientes con los reunidos para transportar los 120,000 hombres destinados á hacer su paso en las lanchas cañoneras; pues los demas, como se recordará, debian siempre embarcarse en las escuadras de Brest y del Texel.

La flotilla holandesa construida y reunida en el Escalda no se hallaba to-

Solo se halla atrasada la organizacion de la flotilla holandesa.

davia lista. Napoleon habia dado el mando de ella al almirante Verhuell, al que profesaba con justicia la mayor estimacion. Los holandeses, poco celosos, y sobre todo con poca confianza en aquel proyecto singular, demasiado atrevido para su espiritu frio y metódico, se prestaban á él con poco ardor. Sin embargo, el zelo del almirante, y las instancias de nuestro ministro en La Haya, M. de Sémonville, habian acelerado los armamentos que la Holanda se habia comprometido á hacer. Una escuadra de 7 navios de linea, seguida de muchos buques mercantes, estaba pronta á transportar los 24,000 hombres del campamento de Utrecht, mandados por el general Marmont. Al mismo tiempo se concluia en el Escalda la organizacion de una flotilla compuesta de algunos centenares de lanchas cañoneras y barcos pescadores. Quedábale salir de aquel fondeadero, y pasar los canalizos del Escalda, mucho mas accesibles al enemigo que las costas de Francia. El almirante Verhuell, dirigiendo en persona sus destacamentos, habia dado entre el Escalda y Ostende combates brillantes, y á pesar de haber perdido cinco ó seis lanchas, habia desconcertado los esfuerzos de los ingleses, y convertido en confianza la incredulidad de los marinos holandeses. En la primavera de 1804 acababa de reunirse la flotilla holandesa en Ostende, Dunkerque y Calais, y estaba pronta á embarcar el cuerpo del mariscal Davout, acampado en Brujas. Napoleon hubiera querido mas: hubiera querido que las dos flotillas, holandesa y francesa, reuniéndose por completo en los puertos situados á la izquierda del Cabo Grisnez, es decir, en Ambleteuse, Wimeroux, Boloña y Etaples, pudiesen ser colocadas bajo un mismo viento. Se hacia cuanto era posible por satisfacerle, estrechando el campamento de las tropas y el fondeadero de la flotilla.

Los trabajos de armamento á lo largo de la costa de Boloña estaban concluidos, acabados los fuertes, y limpias las ensenadas. Habiendo acabado las tropas su tarea habian vuelto á los ejercicios militares, adquiriendo una disciplina y una precision de movimientos verdaderamente admirables; y presentando el todo un ejército, no solo aguerido por numerosas campañas, y endurcido por fuertes trabajos, sino tambien

habil en maniobras, como si hubiese pasado muchos años sobre una esplanada. Este ejército, quizas el mas brillante que jamas haya mandado ningun príncipe ó general, esperaba con impaciencia la llegada de su gefe recién coronado, y ardía en deseos de felicitarle, y de seguirle sobre el teatro de una nueva y prodigiosa gloria.

No menos impaciente estaba Napoleon por unirle, pero se habia suscitado una gran cuestion entre los marinos, á saber, si las lanchas cañoneras que componian la flotilla, *las cáscaras de nuez*, como las llamaban, podrian hacer frente á la escuadra inglesa. El almirante Bruix y el almirante Verhuell tenian la mayor confianza en la fuerza de aquellas lanchas. Ambos habian cambiado algunos cañonazos con las fragatas inglesas, habian salido de los puertos con toda clase de tiempo, y adquirido la conviccion que aquellos ligeros buques eran mas que suficientes para atravesar el estrecho. El almirante Decrès, inclinado á contradecir á todo el mundo y al almirante Bruix mas que á ningun otro, parecia pensar de otro modo. Aquellos de nuestros oficiales marinos que no estaban empleados en la flotilla, ya por preocupacion ó por la inclinacion natural á criticar lo que no se hace, eran del parecer del ministro Decrès. El almirante Ganteaume, trasladado de Tolon á Brest habia sido testigo de un accidente, que ya se ha referido, y que le habia turbado mucho, temiendo por la suerte del ejército y del Emperador, del cual era muy adicto. La vista de una lancha cañonera, que zozobró á su vista en la rada de Brest, hasta el punto de presentar su quilla fuera del agua, le habia llenado de inquietud, y asi se lo habia manifestado al momento en una carta al ministro de marina. Este accidente, como lo hemos dicho, no significaba nada. Aquella lancha habia varado sin precaucion; la artilleria habia estado mal dispuesta; los hombres no estaban bastante adiestrados; y el peso mal repartido unido á la turbacion de la tribulacion habian causado el naufragio.

No era la falta de firmeza la que temia el almirante Decrès; pues maniobrando la flotilla de Boloña de dos años á aquella parte bajo las mas fuertes ráfagas habia

Objeciones del almirante Decrès sobre la flotilla.

hecho desaparecer todas las incertidumbres sobre aquel particular. Mas, he aquí las objeciones que dirigía al Emperador y al almirante Bruix (1). Ciertamente, decia él, la bala de cañon de á 24 tiene la misma fuerza bien la lance una lancha ó un navio de linea; causa los mismos destrozos, y á veces mas lanzada por un frágil buque, al que es difícil le alcance ningun tiro, y el cual hace su punteria á flor de agua. Agréguese á esto el fuego de fusileria, muy temible á corta distancia y el peligro del abordage, y es imposible desconocer el valor de las lanchas cañoneras, las cuales se hallan armadas con 3000 cañones de grueso calibre; es decir, con tantas piezas como puede tener una escuadra de treinta ó treinta y cinco navios de linea, escuadra que es casi imposible poder reunir. ¿Pero donde se ha visto que esas lanchas hagan frente á los grandes buques de los ingleses? En un solo sitio, es decir, cerca de la orilla y en poco fondo, en el que no se atreven á aventurarse aquellos buques para perseguir al enemigo débil pero numeroso, y dispuesto á acribillarlos con sus balias. Sucede en eso lo que con un ejército comprometido en un desfiladero, y asaltado desde alturas inaccesibles por una nube de tiradores diestros é intrépidos. Pero, continuaba, el almirante

Decrès; suponed esas lanchas en medio del canal, con mucho fondo, y delante de navios que no teman entonces adelantarse hácia ellas; suponed ademas un viento bastante fuerte que haga facil la maniobra de los navios, y difícil para nuestras lanchas, y calculad sino se verian en peligro de ser arrolladas y echadas á pique en gran número por los gigantes con quienes se las hubiera obligado á combatir.—Se perderian, contestaba el almirante Bruix, quizas cien barcos de los dos mil, pero pasarian mil novecientos, y esto basta para arruinar á la Inglaterra.—Sí, replicaba el almirante Decrès, asi seria si el desastre de esos cien barcos no infundia el terror entre los mil novecientos; si este mismo número no era una causa inevitable de confusion, y si los oficiales de marina conservaban su presencia de ánimo, y no caian en una turbacion que podria ocasionar una catástrofe general.

Tambien se habia supuesto la hipótesis de una calma en verano ó de una niebla en invierno, ambas ocasiones igualmente propicias para pasar el estrecho, porque durante la calma no podrian los navios ingleses dirigirse sobre nuestros barcos, y con la niebla no podrian verlos; y en ambos casos se evitaba su temible encuentro. Pero estas circunstancias, aunque se presentaban dos ó tres veces en cada estacion no proporcionaban la suficiente seguridad. Se necesitaban dos mareas, es decir, veinte y cuatro horas, para que saliese toda la flotilla, diez ó doce para la travesia, lo cual unido á la pérdida de tiempo, siempre inevitable venian á ser unas cuarenta y ocho horas; ¿y no era de temer que en el intervalo de dos dias, un cambio repentino en la atmósfera sorprendiese á la flotilla en medio de su operacion?

(1) La correspondencia familiar de M. Decrès con el Emperador, tan secreta que estaba toda escrita de su mano, existe en los archivos particulares del Louvre, y es uno de los mas hermosos documentos de aquella época despues de la del Emperador. Ella honra igualmente el patriotismo del ministro, su razon, y la originalidad graciosa de su espíritu. Contiene ideas del mayor interes acerca de la organizacion de la marina en Francia; y deberia ser leida sin cesar por los marinos y por los gobernantes. En ella es donde yo he podido estudiar aquella profunda concepcion del Emperador, adquirir una nueva prueba de su extraordinaria prevision, y la certeza de la realidad de sus proyectos. En una de aquellas cartas se encuentra la opinion del almirante Decrès sobre la flotilla; opinion mas sospechada entonces que conocida, porque Napoleon imponia silencio á todo el mundo acerca de la fuerza ó debilidad de sus planes. Las operaciones no eran entonces propaladas de antemano como lo fueron despues por la indiscrecion de los agentes encargados de concurrir á ellas.

Las objeciones del ministro Decrès, eran, pues, muy graves; pero Napoleon le contestaba, buscando sus razones en su carácter, en su confianza en la fortuna, y en el recuerdo de San Bernardo y el Egipto. Decia que habia verificado sus mas brillantes operaciones á pesar de obstáculos tan grandes como los que entonces se ofrecian; que era menester dejar al acaso lo menos posible, pero dejarle algo. Entretanto, al paso que resistia las objeciones, sabia apre-

ciarlas; y aquel hombre, que á fuerza de tentar á la fortuna, concluyó por exasperarla, aquel hombre no dejaba nunca de prevenir el peligro en cuanto era posible, y de añadir nuevas seguridades á sus proyectos. Temerario en la concepcion, ponía en la ejecucion una prudencia consumada.

Todas las objeciones del almirante Decrés se desvanecen en la hipótesis de traer una escuadra francesa á la Mancha.

Para hacer frente á aquellas objeciones, meditaba sin cesar el proyecto de traer una grande escuadra al canal por medio de una maniobra imprevista. Si aquella escuadra, superior tan solo por tres dias á la inglesa de las Dunas, cubria el paso de la flotilla, se desvanecian todos los obstáculos. El almirante Decrés contestaba, que en tal caso no tenia que hacer ninguna objecion, y que vencido el océano, entregaria á la Gran Bretaña á nuestros golpes. Y si lo que es casi cierto, adquiriamos la superioridad por mas de dos dias, (porque no podian transmitirse tan rápidamente los avisos á la escuadra inglesa que bloqueaba á Brest, para que pudiese unirse al momento á la que observaba á Boloña) habia el tiempo necesario para que la flotilla, ejecutando varias veces el tránsito, viniese á buscar nuevas tropas dejadas en los campamentos, 10 ó 15,000 caballos que aguardaban en la orilla de Francia medios de transporte y un suplemento considerable de material. La masa de la fuerza seria tan grande entonces, que haria imposible toda resistencia por parte de la Inglaterra.

Grande concepcion de Napoleon para traer una de sus escuadras á la Mancha.

era preciso verificar una combinacion imprevista que los ingleses no pudiesen impedir. Por fortuna, el antiguo almirantazgo británico, poderoso, particularmente por sus tradiciones y por su espíritu de cuerpo, no podia luchar en invencion con un genio prodigioso, constantemente ocupado del mismo objeto, y sin estar obligado á combinar sus planes con una administracion colectiva.

Napoleon tenia en Brest una escuadra de 18 navios, que en breve iba á aumentarse hasta 21; una segunda de 5

en Rochefort; otra de 5 en el Ferrol; un navio de arribada en Cádiz, y por último 8 navios en Tolon, que iban á aumentarse hasta 10. El almirante inglés Cornwallis bloqueaba á Brest con 15 ó 18 navios y á Rochefort con 4 ó 5. Una pequeña division inglesa bloqueaba el Ferrol. Finalmente, Nélsón con su escuadra cruzaba en las islas de Hyeres para observar á Tolon. Tal era el estado de las fuerzas respectivas, y el campo que se ofrecia á las combinaciones de Napoleon: Su idea era librar una de aquellas escuadras, y traerla á la Mancha, á favor de una maniobra imprevista, para ser por algunos dias superior á los ingleses en el canal. Cuando trató de obrar en invierno, es decir, en el mes de Febrero anterior, habia pensado dirigir la escuadra de Brest hácia las costas de la Irlanda, para desembarcar en ellas los 15 ó 18,000 hombres que tenia á bordo, y hacerla en seguida aparecer de repente en la Mancha. Este atrevido plan solo podia verificarse en invierno, porque en dicha estacion era imposible que el bloqueo de Brest fuese continuo, y se podia aprovechar algun mal tiempo para darse á la vela: pero en el verano, la presencia de los ingleses era tan constante que era imposible salir del puerto sin combatir; y navios cargados de tropas, saliendo al mar por primera vez ante navios ejercitados por un largo crucero, y ligeramente cargados, corrian grandes peligros, á menos que no tuviesen una inmensa superioridad de fuerzas. En esta estacion la salida de Tolon era mucho mas fácil. En Junio y Julio, los fuertes vientos de misral ó noroeste que soplaban con bastante frecuencia, obligaban á los ingleses á abrigarse en Córcega ó en Cerdeña; y por lo tanto, aprovechando una escuadra aquel momento, podia aparejar á la caída de la tarde, navegar veinte leguas en una noche, engañar á Nélsón haciendo un falso rumbo, é inspirándole alarma sobre el oriente, atraerle quizas á las bocas del Nilo; porque desde que en 1798 se le habia escapado Napoleon, Nélsón estaba siempre preocupado de lo posible que era que los franceses desembarcasen un ejército en Egipto, y no queria ser sorprendido por segunda vez. En su consecuencia, imaginó Napoleon confiar la escuadra de Tolon al mas arrojado de sus almirantes, á Latouche-Tréville, com-

Latouche-Tréville recibe el encargo de partir de Tolon, engañar á los ingleses haciendo una falsa derrota, y dirigirse al canal de la Mancha despues de haberse unido á la escuadra de Rochefort.

que soplase el mistral, señalándole el siguiente derrotero: primero debia navegar hácia la Sicilia, y despues, haciendo rumbo al oeste, dirigirse al estrecho de Gibraltar, atravesarle, recoger de paso el navio *Aguila*, refugiado en Cádiz, no tocar en el Ferrol, á donde Nelson podria acudir al saber que los franceses habian pasado el estrecho, engolfarse en el golfo de Gascuña, para unirse á la division francesa de Rochefort, y, por último, situarse al sur de las Sorlingues y al norte de Brest, y aprovechar el primer viento favorable para entrar en la Mancha. Esta escuadra fuerte de diez navios á su salida, reforzada con seis en la travesia, y contando 16 á su llegada, debia ser suficiente para dominar algunos dias el paso de Calais. Engañar á Nelson no era muy difícil, porque aquel gran marino, poseido del genio de los combates, jamas formaba un juicio enteramente seguro, y porque, ademas, tenia siempre fijo en la mente el recuerdo de Egipto; evitar el Ferrol para presentarse ante Rochefort y recoger la escuadra que se hallaba en este puerto era tambien cosa fácil. Lo mas difícil consistia en penetrar en la Mancha, pasando entre el crucero ingles que guardaba las avenidas de Irlanda, y la escuadra del almirante Cornwallis que bloqueaba á Brest. Pero la escuadra de Ganteaume, siempre pronta á darse á la vela, y con toda su gente á bordo, debia llamar toda la atencion del almirante Cornwallis y obligarle á cerrarle cerca la salida del puerto de Brest. Si este último, abandonando el bloque de Brest corria al encuentro de Latouche-Tréville, Ganteaume podia salir al mismo tiempo, y una de las dos escuadras francesa, ó acaso ambas, tenian la certeza de llegar al frente de Boloña. Era casi imposible que el almirantazgo ingles descubriese semejante combinacion,

y se preparase contra ella. Un punto de partida tan alejado como el de Tolon, debia hacer pensar menos en la Mancha que ningun otro; y, por otra parte, habiendo armado la flotilla de modo que pudiera bastarse á sí misma, se habia logrado que no se pensase en un socorro extraño, y adormecido la vigilancia del enemigo. Asi todo estaba combinado para el triunfo de aquella sabia manobra, que solo podia ocurrir á la mente de un hombre que concebia y obraba solo, que guardaba bien su secreto, y pensaba siempre en un mismo objeto (1).

—Si quereis confiar, decia M. Decrès al Emperador, algun gran designio á un hombre, es menester ante todo que le veais, que le habléis y le animeis con vuestro genio; y esto es mas esencial con nuestros oficiales de marina, porque se hallan desalentados por nuestros reveses maritimos, y aunque siempre están dispuestos á morir como héroes, piensan mas bien en sucumbir con nobleza que en vencer.—Napoleon llamó, pues, á su presencia á Latouche-Tréville que se hallaba en Paris, vuelto hácia poco de Santo-Domingo. Este oficial no tenia ni el talento ni el genio organizador del almirante Bruix; pero en la ejecucion mostraba tal osadia y un golpe de vista tan exacto, que probablemente hubiera sido, á haber vivido, el rival de Nelson. No estaba desanimado como sus demas compañeros de armas, y si dispuesto á emprenderlo todo: pero, por desgracia, habia contraido en Santo Domingo los gérmenes de una enfermedad de la cual habian muerto ya, y aun debian morir todavia muchos valientes. Napoleon le manifestó su proyecto, le hizo palpable su posibilidad, le descubrió su grandeza y las inmensas consecuencias que produciria, y logró inspirar en su alma todo el ardor que animaba la suya. Entusiasmado Latouche-Tréville dejó á Paris antes de hallarse del todo restablecido, y fue á vigilar por sí mismo

El Emperador ve á Latouche-Tréville, le expone sus proyectos, le anima con su ardor, y le hace partir para Tolon.

(1) Este fue el primer plan de Napoleon. Mas tarde se verá que le modificó varias veces, segun las circunstancias en que debia operarse.

el equipo de su escuadra. Todo se calculó para que aquella operacion pudiera ejecutarse en Julio ó á mas tardar en Agosto.

El almirante Ganteaume que mandaba en Tolon antes que Latouche, habia pasado á tomar el mando de la escuadra de Brest. El Emperador, aunque contaba con la adhesion de Ganteaume, y este correspondia á su confianza, no le hallaba, sin embargo, bastante arrojado para confiarle la ejecucion de su importante maniobra: pero exceptuando al almirante Bruix cuya capacidad conocia, y al almirante Latouche, cuya audacia era notoria, preferia á Ganteaume á todos los demas oficiales de la armada, por su experiencia y valor. Asi, pues, le habia confiado la escuadra de Brest, destinada probablemente á desembarcar tropas en Irlanda, encargándole que completase su equipo, para que se hallase en estado de cooperar con la de Tolon.

Entretanto, se hallaba muy atrasado el armamento y equipo de la escuadra, á causa de los esfuerzos inauditos que se habian hecho para equipar la flotilla; pero desde que esta se hallaba lista, se

Esfuerzos extraordinarios para apresurar el armamento de las escuadras de Brest, Rochefort y Tolon.

habian destinado todos los medios posibles para el equipo de las escuadras: Construíase á toda prisa en los puertos de Amberes, de Cherburgo, de Brest, de Lorient,

de Rochefort y de Tolon; pues Napoleon habia dicho que queria tener cien navios de línea en dos años, y de este número veinte y cinco en Amberes; que en este puerto fundaba todas sus esperanzas para la restauracion de la marina francesa; y que, ademas, en aquel sistema de inmensas construcciones navales hallaria un medio para ocupar los brazos ociosos en los puertos. Pero el consumo de las materias, el embarazo y estorbo que se notaba en los astilleros, y la insuficiencia de los trabajadores, retardaban la ejecucion de aquellos grandes desigñios. Apenas se habian empezado á construir algunos buques en Amberes, porque hombres y materiales habian pasado á Flessinga, Ostende, Dunquerque, Calais y Bolonia para atender á las necesidades siempre renacientes de la flotilla. En Brest solo se habia armado

el décimooctavo navio; en Rochefort el quinto; en el Ferrol, la falta de recursos españoles detenía la carena de los buques refugiados en aquel puerto; en Tolon no habia mas que ocho navios que pudiesen darse inmediatamente á la vela, y, no obstante, se habia empleado el invierno con la mayor actividad. Napoleon estimulaba continuamente y sin canso el zelo de su ministro de marina Decrès (1); y habia mandado que en Tolon

(1) He aquí dos cartas del Emperador al almirante Decrès, que probarán con cuanta voluntad y energía se ocupaba de la restauracion de la marina francesa.

Al ministro de marina.

Saint-Cloud 21 de Abril de 1804. (1.º de Floreal del año XII).

Me parece muy conveniente que se verifique una gran ceremonia para poner la primera piedra del arsenal de Amberes; pero tambien me parece bastante conveniente que no se eche abajo ningun edificio bajo el pretexto de la regularidad; pues basta que no se edifique nada contra el plan general y regular: lo demas se irá haciendo insensiblemente. Cuando ha habido que demoler se ha demolido lo que no ha estado regular; pero debo repetiros lo que os dije últimamente, y es que no estoy satisfecho de los trabajos de Amberes, pues solo hay un navio en el astillero y 500 operarios. Desearé que antes de 1.º de Mesidor se estén construyendo al menos tres navios de á 74; que antes del 1.º de Vendimiario del año XIII haya seis, y antes del 1.º de Nevoso nueve; y todo esto no puede hacerse con el corto número de operarios que existen. En la Provenza hay muchos que no tienen en que ocuparse, y debe haber muchos mas por el lado de Bayona y de Burdeos; asi, pues, reunid 3,000 en Amberes; adonde llegan con facilidad las mercaderías del Norte, las maderas, el hierro, todo lo necesario, en fin. La guerra no es un obstáculo para que deje de construirse en Amberes; y si estamos tres años en guerra, será menester construir allí veinte y cinco navios, pues en otra parte es imposible. Necesitamos una marina, y no se reputará que la tenemos hasta que poseamos cien navios; los cuales debemos tener dentro de cinco años. Si, como creo, se pueden construir navios en el Havre, será bueno que se pongan dos en construccíon. Tambien es menester ocuparse de que se construyan dos en Rochefort y otros dos en Tolon. Creo, que es-

Se suple la falta de marineros con hombres tomados de la conscripcion.

pasen en tiempo oportuno. No menos

los cuatro últimos deben ser de tres puentes.

Desearia tambien tener ideas fijas sobre el puerto de Dunkerque. En su consecuencia, me remitireis una nota para saber qué fondo tiene el mar en la marea baja.

En breve va á concluirse por todas partes la construccion de la escuadrilla; y por lo tanto es menester dar ocupacion en Nantes, Burdeos, Honfleur, Dieppe, San Mallo, &c., á la gran multitud de operarios empleados en ella; para lo cual se empezarán á construir fragatas, gabarras y bergantines. Es necesario, bajo el punto de vista de la opinion pública, que los trabajadores de las costas no se mueran de hambre, y que los departamentos próximos al mar, que han sido los menos favorables á la Revolucion, conozcan que llegará un día en que el mar será tambien nuestro dominio. Santo Domingo nos costaba dos millones al mes; mas habiéndola tomado los ingleses en nada deben emplearse aquellos dos millones sino en la construccion de buques. Mi intencion es que haya en esta clase de construcciones la misma actividad que se ha desplegado para la flotilla, con la diferencia que no siendo tanta la urgencia se hará todo con mas orden. No tengo ninguna prisa acerca de la época, pero deseo que se empiece cuanto antes y se trabaje mucho.

Os ruego que en la próxima semana me presentéis un informe que me dé á conocer la situacion actual de nuestra marina, de nuestras construcciones, de las nuevas que se deban emprender, en qué puertos, y lo que podran costar al mes, partiendo del principio que prefiero que se tarde diez y ocho meses en construir un navio, si así se hace una tercera parte mas....

Respecto á los navios quisiera se construyesen con arreglo á un mismo plan, y las fragatas segun el modelo de la *Hortensia*, ó de la *Cornelia*, que me parecen buenas; para los navios, deben tenerse á la vista los mejores; y en todas partes deben construirse navios de 80 y de tres puentes, excepto en Amberes, donde me parece mas prudente empezar desde luego por navios de 74.

Al ministro de marina.

Saint-Cloud 28 de Abril de 1804 (8 de Floreal del año XII).

Hoy he firmado una orden relativa á las

que materiales y trabajadores hacian falta marineros; pues los almirantes Ganteaume en Brest, Villeneuve en Rochefort, Gourdon en el Ferrol, y Latouche en Tolon se quejaban de no tener los que necesitaban. Napoleon, despues de varios experimentos, se confirmó en la idea de suplir la falta de las tripulaciones con soldados jóvenes, entresacados de los regimientos, los cuales, ejercitados en el servicio del cañon y en las maniobras inferiores, podian completar con ventaja el armamento de los navios. El almirante Ganteaume habia hecho ya este ensayo en Brest, y le iba bien, alabando mucho á aquellos nuevos marineros tomados de tierra, y lo útiles que eran, particularmente para la artilleria; únicamente habia pedido que no se le diesen soldados hechos, los cuales se prestaban con repugnancia á una segunda educacion, sino jóvenes conscriptos que no supiesen nada, porque eran mas aptos para aprender lo que se les quisiese enseñar, y se mostraban mas dóciles. Por otra parte, se ensayaban, y solo permanecian á bordo los que manifestaban alguna aficion á la mar; y de este modo se habia logrado aumentar en una cuarta ó quinta parte mas el número total de marineros.

La Francia tenia entonces unos 45,000

construcciones; y en adelante no admitiré ninguna clase de excusas. Mandad que dos veces á la semana os den cuenta acerca de las órdenes que expidisais, y velad en su ejecucion: si es preciso adoptar medidas extraordinarias mandádmelo á decir. Ninguna razon será para mí valedera, por que con una buena administracion haré treinta navios al año si es necesario; pues en en país como la Francia se puede hacer todo lo que se quiere. No desconocéis que mi intencion es que se empiezen muchas construcciones, excepto en Brest, donde no quiero que se construya. Mi intencion es botar al agua antes de Vendimario del año XIV veinte y seis buques de guerra; bien entendido que esto dependerá sobre todo del caso en que de aquí á dicha fecha estemos en paz. En adelante todos los navios de 74 deben construirse en Amberes; en este puerto debe estar nuestro grande astillero, pues solo en él es posible restaurar la marina francesa en pocos años.

Antes del año XV debemos tener cien navios de guerra.

marineros: 13,000 en la flotilla, 12,000 en Brest, 4 ó 5000 entre Lorient y Rochefort, 4,000 entre el Ferrol y Cádiz; y unos 8,000 en Tolón, sin contar algunos miles en la India; y á esta fuerza podian añadirse 12 ó quizas 15,000 hombres mas, lo que haria ascender á 60,000 los hombres embarcados. Solo la escuadra de Brest habia recibido un aumento de 4,200 conscriptos, á los cuales se prodigaban muchos elogios. Si estas escuadras hubieran podido navegar cierto tiempo mandadas por buenos oficiales, en breve hubieran valido tanto como las inglesas: pero bloqueadas en los puertos, no tenían ninguna práctica de la mar, y á los almirantes faltaba la confianza que solo se adquiere con la victoria. Entretanto todo marchaba bajo la influencia de una voluntad poderosa que se esforzaba en inspirar confianza á los que la habian perdido. El almirante Latouche nada descuidó para tenerlo todo corriente en Julio ó Agosto. El almirante Ganteaume salia y entraba en Brest para ejercitar algo á las tripulaciones, y mantener á los ingleses siempre en duda acerca de sus proyectos, y á fuerza de amenazarles con sus repentinas salidas, sumirlos en la incredulidad y aprovecharse de ella algun dia.

Tratado con Génova para formar una marina en aquel puerto.

Napoleon pensaba agregar un nuevo aumento á su fuerza naval, y con este objeto queria apropiarse la marina de Génova. Pensaba que teniendo en este puerto una escuadra de siete á ocho navios y algunas fragatas, dividiria la atencion de los ingleses entre Tolon y Génova, y los obligaria á sostener una doble escuadra de observacion en aquel mar, ó bien á dejar libre uno de aquellos puertos cuando el otro se viese bloqueado. En su consecuencia, mandó á M. Salicetti, nuestro ministro en Génova, que concluyese con aquella República un tratado, por el cual debia entregarnos sus astilleros para construir en ellos diez navios de linea é igual número de fragatas. En cambio se comprometia la Francia á recibir en su marina un número de oficiales genoveses proporcionado á aquel material, los cuales serian tratados lo mismo que los oficiales franceses; y ademas se obligaba á matricular á seis mil marineros genoveses, que la República li-

guriense, por su parte, debia tener siempre á su disposicion. En caso de paz la Francia debia conceder el uso de su pabellon imperial á los genoveses, lo cual les proporcionaria la proteccion francesa, muy útil contra los berberiscos.

Napoleon habia concluido ya de dar todas sus disposiciones y se disponia para partir; pero antes quiso recibir á los embajadores encargados de presentarle sus nuevas credenciales, en las cuales le daban el título de Emperador. El Nuncio del Papa, los embajadores de España y de Nápoles, y los ministros de Prusia, Holanda, Dinamarca, Baviera, Sajonia, Baden, Wurtemberg, Hesse y Suiza, se presentaron á él el Domingo 8 de Julio (19 de Messidor) con las formas adoptadas en todas las cortes, y entregándole sus credenciales, le trataron por la primera vez como principe coronado. En aquella reunion solo faltaban, el embajador de la corte de Viena, con la cual se andaba todavia en negociaciones acerca del título imperial que se debia dar á la casa de Austria; el de la corte de Rusia, con la cual estaban indispuestos por la nota que habia dirigido á Ratisbona, y finalmente el de la corte de Inglaterra, con la cual se estaba en guerra. Puede decirse que á excepcion de la Gran-Bretaña, toda la Europa reconocia á Napoleon, porque el Austria iba á expedir el acta formal de su reconocimiento, y la Rusia sentia lo que habia hecho, y solo deseaba una explicacion que salvase su dignidad para reconocer el título imperial en la familia Bonaparte.

Algunos dias despues se distribuyeron las grandes condecoraciones de la Legion de Honor; pues aunque hacia dos años que se habia decretado su institucion, se habia necesitado mucho tiempo para organizarla, y apenas acababa de serlo. Napoleon distribuyó por sí mismo aquellas grandes condecoraciones á los primeros personajes del Imperio, asi civiles como militares, en la iglesia de los Inválidos, á la cual tenia particular afecto;

Antes de partir Napoleon para Bolonia, recibe las credenciales de los ministros de la mayor parte de las cortes de Europa.

Distribucion de las primeras condecoraciones de la Legion de Honor.

verificando este acto con gran pompa el día aniversario del 14 de Julio. Aun no habia cangeado la orden de la Legion de Honor con las órdenes extranjeras, pero mientras se proponia hacerlo, para poner su nueva monarquia bajo un pie enteramente igual á las demas, llamó á su lado, en medio de la ceremonia, al cardenal Caprara, y quitándose de su cuello el cordon de la Legion de Honor, se lo dió á aquel anciano y respetable Cardenal, quien quedó profundamente conmovido de una distincion tan brillante. Asi empezaba por el representante del Papa la afiliacion á una orden, que aunque muy reciente, debia ser ambicionada en breve de toda la Europa.

Procurando dar cierta gravedad á las cosas mas fútiles en la apariencia, envió la cruz de grande oficial al almirante Latouche-Tréville. «Os he nombrado, le describió, grande oficial del Imperio é inspector de las costas del mediterráneo; y deseo en el alma que la operacion que vais á emprender me ponga en estado de elevaros á tal grado de consideracion y de honor, que nada os quede que desear..... Seamos dueños del estrecho por seis horas y nos veremos dueños del mundo (1).» (2 de Julio de 1804.)

(1) He aquí la carta por completo.

A vuelta de correo me hareis conocer el día en que os será posible (sin hablar del tiempo) levar anclas; instruidme de lo que hace el enemigo, y donde está Nélsón.

Meditad sobre la grande empresa de que estais encargado; y antes que yo firme definitivamente las últimas órdenes que tengo que daros, dadme á conocer la manera que creéis mas ventajosa para cumplirlas.

Os he nombrado grande oficial del Imperio é inspector de las costas del mediterráneo; y deseo en el alma que la operacion que vais á emprender me ponga en estado de elevaros á tal grado de consideracion y de honor, que nada os quede que desear.

La escuadra de Rochefort compuesta de 5 navios, uno de ellos de tres puentes, y de 4 fragatas, se halla pronta á dar á la vela: solo tiene á su frente 5 navios enemigos.

La escuadra de Brest se compone de 21 navios, los cuales acaban de levar anclas para inquietar al almirante Cornwallis, y obligar á los ingleses á emplear allí un

Ocupado con tan vastos proyectos Partida de Napoleon para el campamento de Boloña.
partió el Emperador para Boloña, despues de haber delegado en el archicanciller Cambacérès, ademas del cui-

gran número de navios. Los enemigos tienen tambien seis navios al frente de el Texel para bloquear la escuadra holandesa, compuesta de cinco navios, cuatro fragatas y un convoy de 80 buques.

El general Marmont tiene embarcado su ejército.

Entre Etaples, Boloña, Vimereux y Ambleteuse, dos nuevos puertos que he hecho abrir, tenemos 270 lanchas cañoneras, 534 barcos artilleros y 396 peniches, en todo 1200 barcos, que conducen 120,000 hombres y 10,000 caballos. Seamos dueños del estrecho por seis horas, y nos veremos dueños del mundo.

Los enemigos tienen en las Donas, ó delante de Boloña y Ostende 2 navios de á 74, 3 de 60 ó 64, y 2 ó 3 de cincuenta. Hasta ahora no ha tenido Cornwallis mas que 15 navios; pero todas las reservas de Plymouth y de Portsmouth han salido para reforzarle. Los enemigos tienen tambien en Cork, en Irlanda, cuatro ó cinco navios. No hago mencion de las fragatas y buques menores, de los cuales tienen un gran número.

Si lograis enganar á Nélsón irá á Sicilia, al Egipto ó al Ferrol; y por lo tanto, creo que no debéis presentaros al frente de este último puerto. De los cinco navios que hay allí, cuatro se hallan listos, y el quinto lo estará en Fructidor; pero el Ferrol es un punto demasiado indicado, y si vuestra escuadra del mediterráneo entra en el océano es natural que se suponga está destinada á hacer levantar el bloqueo del Ferrol: por lo tanto, parece mejor el pasar muy retirado, llegar á Rochefort, recoger los navios que hay allí, con los cuales ascenderá vuestra escuadra á 16 navios y 11 fragatas, y entonces, sin perder tiempo, ni fondear, ya sea pasando muy adentro junto á Irlanda, ó ejecutando el primer proyecto, llegar al frente de Boloña. Nuestra escuadra de Brest, compuesta de 23 navios, tendrá á su bordo un ejército, y diariamente se pondrá á la vela, de modo que Cornwallis se verá obligado á estrechar de cerca la costa de Bretaña para oponerse á su salida.

Por lo demás, para fijar mis ideas sobre esta operacion, que si bien es aventurada tendrá en su realizacion resultados inmensos, aguardo á vuelta de correo el proyecto que me habeis anunciado.

Es necesario embarcar la mayor cantidad que se pueda de víveres, á fin de que

dado ordinario de presidir el Consejo de Estado y el Senado, el poder para ejercer la autoridad suprema, si llegaba á ser necesario. El archicanciller era el solo personaje del Imperio, en quien tuviese bastante confianza para delegarle semejante extension de atribuciones. El Emperador llegó el 20 de Julio á Puente de Ladrillos, é inmediatamente bajó al puerto de Boloña para examinar la flotilla, los fuertes, y los diferentes trabajos que habia mandado ejecutar. El ejército y la armada le acogieron con transportes de alegría, y saludaron su presencia con unánimes aclamaciones. Novecientos cañonazos disparados por los fuertes, y la linea de buques anclados, retumbando desde Calais hasta Douvres, dieron á conocer á los ingleses la presencia del hombre que hacia diez y ocho meses inquietaba tan profundamente la seguridad acostumbrada de su isla.

Napoleon, embarcándose en aquel mismo momento á pesar de estar la mar tempestuosa, quiso visitar los fuertes de mamposteria de la Crèche y del Heurt, asi como el de madera situado entre aquellos, destinados los tres á cubrir, como ya hemos dicho, la linea de anclage. Mandó que á su vista se hiciesen algunos experimentos con la piezas de artilleria, á fin de asegurarse si se habian seguido las instrucciones que ha-

bia dado para obtener que la bala alcanzase la mayor distancia posible; y en seguida se hizo mar adentro, y á tiro de cañon de los ingleses se puso á ver maniobrar varias de las divisiones de la flotilla, de cuyos progresos se vanagloriaba sin cesar el almirante Bruix. Quedó lleno de confianza, y se volvió despues de haber prodigado testimonios de satisfaccion á los gefes del ejército y armada, quienes, bajo su suprema direccion, habian contribuido á aquella creacion prodigiosa.

Los dias siguientes recorrió todos los campamentos desde Etaples hasta Calais; y despues volvió al interior para inspeccionar las tropas de caballeria acampadas á alguna distancia de las costas; y particularmente á la brillante division de granaderos, organizada por el general Junot en los alrededores de Arras, la cual se componia de las compañías de granaderos, sacadas de los regimientos que no estaban destinados á la expedicion. No habia ninguna tropa mas excelente y brillante, pues todos los soldados eran escogidos; hasta el punto de sobrepujar en mucho á la guardia consular, ya imperial: componiase de diez batallones de á 800 plazas cada uno. Habiasse empezado por estos granaderos la reforma del adorno de la cabeza: llevaban morriones en lugar de sombreros; y los caballos cortados y sin polvo, en vez de la cabellera larga tan impropia de soldados, é incómoda. Agueridos por numerosas campañas, maniobrando con una precision sin igual, se hallaban animados de aquel orgullo que constituye la fuerza de los cuerpos escogidos, y presentaban una division de unos 8,000 hombres, á los cuales ninguna tropa europea hubiera podido resistir, aunque hubiese sido doble ó triple en número, y á quienes queria Napoleon desembarcar los primeros en la costa de Inglaterra, haciéndoles pasar en los ligeros peniches que hemos descrito en otro lugar. Al ver su apostura, su disciplina y su entusiasmo, sentia Napoleon aumentarse su confianza, y no dudaba el conquistar á Londres, cetro de la tierra y los mares.

Vuelto á la costa quiso inspeccionar la flotilla buque por buque, á fin de asegurarse si todo se habia hecho como lo tenia mandado, y si á la primera se-

en ninguna circunstancia os veais apurado por nada.

A fines de este mes se va á botar al agua un nuevo navio en Rochefort y otro en Lorient. El de Rochefort no da lugar á dudas ningunas; pero si sucediese que el de Lorient se hallase todavia en la rada, y no se hubiese puesto al frente de la isla de Aix antes de vuestra aparicion en ella, deseo saber si pensais será útil hacer rumbo hasta encontrarle. Creo que saliendo con un buen mistral es preferible á todo hacer la operacion antes del invierno; porque en la mala estacion, si bien es posible que hubiese mas probabilidades de llegar, tambien lo es que podria haber dias en que fuera imposible aprovecharse de vuestra llegada. Suponiendo que pudiéseis salir antes del 10 de Termidor (29 de Julio) es probable que llegariais al frente de Boloña el mes de Septiembre, época en que las noches son ya algo largas, y que no dura el mal tiempo muchos dias.

Los granaderos de Arras.

nal era posible embarcar con la rapidez necesaria, todo lo que se había reunido en los almacenes de Boloña. Hallólo todo como deseaba; pues si bien se necesitaban algunos días para embarcar el material, una vez este á bordo, lo cual debía verificarse algunas semanas antes de la expedición, se podían en solo tres ó cuatro horas embarcar en la flotilla los hombres, los caballos y la artillería de campaña. Sin embargo, no todo estaba listo, pues desde el Havre á Boloña, había algunas divisiones atrasadas; y tampoco habían llegado las lanchas de la guardia confiadas al capitán Daugier. La flotilla bataba, por su lado, causaba á Napoleon mas de una contrariedad: estaba infinitamente satisfecho del almirante Verhuell; pero no estaba concluido el equipo de una parte de la flotilla, bien por falta de zelo de parte del gobierno holandes, ó bien, y es lo mas verosímil, por la dificultad de las mismas cosas. Las dos primeras divisiones se hallaban reunidas en Ostende, Dunkerque y Calais, y la tercera no había salido del Escalda. Quedaba, en fin, una última condición de triunfo, que Napoleon se esforzaba en asegurar, cual era la de reunir toda la flotilla bataba en los puertos situados á la izquierda del cabo Grisnez, estrechándose mas en los cuatro puertos de Ambleteuse, Wimerex, Boloña y Etaples; por cuyo medio podrían las dos flotillas partir reunidas con un mismo viento á distancia de tres ó cuatro leguas una de otra. Pero en las grandes operaciones se gastan el dinero y el tiempo con una prontitud y una profusion que exceden siempre las conjeturas de los talentos mas posi-

Agosto de 1804

Se demora la expedición otros meses.

á decir al almirante Latouche que aplazaba la expedición para dentro de un mes; consolándose de esta tardanza, con la idea de que emplearía aquel mes en prepararlo todo mejor que ya lo estaba, y que, por otra parte, siendo todavía buena la estación en el mes de Septiembre, habría la ventaja de ser las noches mas largas (1).

Entretanto, quiso dar al ejército una gran fiesta, propia á exaltar mas, si era posible, el entusiasmo de las tropas. Habiendo distribuido las grandes condecoraciones de la Legion de Honor á los principales personajes del Imperio en la iglesia de los Inválidos el día aniversario del 14 de Julio, ideó distribuir en persona al ejército las cruces que debían darse, en cambio de las armas de honor suprimidas, y celebrar aquella ceremonia el día aniversario de su nacimiento, á orillas del mismo océano y á presencia de las escuadras inglesas. El resultado correspondió á sus deseos, y los contemporáneos han conservado un largo recuerdo de aquel espectáculo magnifico.

Al efecto se eligió un terreno situado á la derecha de Boloña, á lo largo de la costa, no lejos del sitio en que se halla la columna que se ha erigido despues en aquellos lugares. Dicho terreno que tenía la forma de un anfiteatro semicircular, como si se hubiese construido á propósito á orillas del agua, parecia preparado por la naturaleza para algun grande espectáculo nacional. Calculóse el espacio de modo que pudiese contener todo el ejército. En el centro de dicho anfiteatro se levantó un trono para el Em-

Fiesta verificada á orillas del océano para distribuir las cruces de Honor.

va órden.

2 de Agosto de 1804.—(14 de Termidor del año XII).

Al ministro de marina.

Mi intencion es que expidais un correo extraordinario á Tolon para poner en conocimiento del general Latouche, que no habiéndose podido reunir algunas de las divisiones de la flotilla, he juzgado que será ventajoso para la expedición aplazarla para dentro de un mes, tanto mas, cuanto que entonces serán las noches mas largas; pero que deseo aproveche este tiempo para incorporar á la escuadra el navio *Berwick*: que debe emplear todos los medios posibles para llegar á este resultado; y que un navio de mas ó de menos no es de desdenar, pues con él ascenderá la escuadra renuida á diez y ocho navios.

Deseo igualmente que se renueven las órdenes para apresurar el armamento del *Algeciras* en Lorient; el cual debe hallarse en rada el 10 de Fructidor.

(1) He aquí el texto de aquella nue-

perador, con la espalda al mar y el frente á la tierra, y á derecha é izquierda se construyeron gradas para los grandes dignatarios, los ministros y los mariscales. Prolongándose sobre las dos alas debían formarse los destacamentos de la guardia imperial. En frente, sobre el terreno inclinado de aquel anfiteatro natural, debían colocarse, como antiguamente el pueblo romano en sus vastas lizas, los diferentes cuerpos del ejército, formados en columnas en masa, y dispuestos en forma de radios que venían á parar al trono del Emperador como á un centro. A la cabeza de cada una de aquellas columnas debía hallarse la infantería, y á retaguardia la caballería, dominando á aquella con la altura de sus caballos.

El 16 de Agosto, día despues de San Napoleon, se dirigieron las tropas al lugar de la fiesta, por medio de las oleadas de una multitud inmensa, que había venido de todas las provincias vecinas para asistir á aquel espectáculo. Cien mil hombres, casi todos veteranos de la República, con la vista fija en Napoleon, esperaban el premio de sus hazañas. Los soldados y oficiales que debían recibir las cruces habían salido de sus filas, y adelantándose hasta el pie del trono imperial. Napoleon, puesto en pie les leyó la hermosa fórmula del juramento de la Legion de Honor, y en seguida todos á una voz y al ruido de las bandas de músicas militares y de las salvas de artillería, contestaron: *Lo juramos!* Luego se aproximaron unos despues de otros durante varias horas á recibir aquella cruz que iba á reemplazar la nobleza de la sangre. Antiguos gentiles-hombres subían, mezclados con simples campesinos, las gradas de aquel trono, todos contentos y entusiasmados de obtener las distinciones concedidas al valor, y prometiéndose todos derramar su sangre sobre la costa de Inglaterra, para asegurar á su patria y al hombre que la gobernaba, el imperio del mundo.

Aquel espectáculo magnífico conmovió todos los corazones, y una circunstancia imprevista vino á prestarle el mayor carácter de gravedad. Una división de la flotilla recién partida del Havre entraba en aquel momento en Boloña, con un tiempo recio y sosteniendo un vivo cañoneo con los ingleses. De

vez en cuando dejaba Napoleon su trotón, y tomaba su anteojito de larga vista, para ver cómo se conducían sus soldados de tierra y mar en presencia del enemigo.

Semejantes escenas debían causar la mayor agitación en Inglaterra. La prensa británica, injuriosa y arrogante como lo es siempre en un país libre, se mofaba de Napoleon y de sus preparativos, pero lo

hacía como un bufón que tiembla de aquello mismo de que parece reírse. En realidad la inquietud era profunda y universal. Los inmensos preparativos que se habían hecho para defender á la Inglaterra, inquietaban el país, sin tranquilizar completamente á los hombres instruidos en el arte de la guerra. Ya se ha visto que sintiendo la Inglaterra no tener un gran ejército, así como la Francia sentía no tener armada, había querido aumentar su estado militar por medio de un cuerpo de reserva. Una parte de los hombres condenados por la suerte á servir en la reserva habían pasado al ejército de línea, lo cual aumentaba éste á unos 170,000 soldados: á esto se unían las milicias locales en número indeterminado, que debían servir exclusivamente en las provincias; y, por último, 150,000 voluntarios que se habían ofrecido en los tres reinos, y que manifestaban mucho empeño en prestarse á los ejercicios militares; pues si bien se hablaba de 300,000 voluntarios, no había mas que la mitad que estuviesen realmente dispuestos á servir. Los primeros personajes de Inglaterra, á fin de dar el impulso, habían vestido el uniforme de voluntarios, contándose entre ellos MM. Addington y Pitt. El alzamiento en masa que se había decretado, no se había emprendido seriamente.

Situación de las cosas en Inglaterra, mientras que Napoleon se hallaba en el campamento de Boloña.

Estado y distribución del ejército inglés.

Haciendo las bajas competentes, la Inglaterra podía oponernos 120,000 soldados regulares de excelente calidad, muchos cuerpos de milicias desorganizadas, y 150,000 voluntarios inexpertos; tampoco tenía sino oficiales medianos, faltábale un general, y el todo estaba repartido, ya en Irlanda, ya en Inglaterra, y diseminado en los puntos de la

costa donde se temia el peligro. Contábanse en tropas regulares y voluntarios 70,000 hombres en Irlanda, quedando 180 ó 200,000 hombres voluntarios y de tropa de línea para Escocia é Inglaterra. Así, pues, aun contando con el arte de mover las grandes masas, que solo Napoleon poseia en aquella época, lo mas que podian reunir en el lugar del peligro eran 80 ó 90,000 hombres. ¿Qué hubieran podido hacer, aunque hubiesen sido dos veces superiores en número, ante los 150,000 franceses, soldados excelentes, que Napoleon podia desembarcar al otro lado del estrecho? La verdadera defensa de la Inglaterra era el océano. Los ingleses tenian 100,000 marineros y 89 navios de línea, diseminados en todos los mares, y unos veinte navios de cincuenta cañones, 132 fragatas, y ademas un número proporcionado de buques menores en los astilleros y ensenadas. A ejemplo de Napoleon, habian perfeccionado con el tiempo sus preparativos: habian creado los *fencibles* de mar, á imitacion de los *fencibles* de tierra; reuniendo bajo aquel nombre á todos los pescadores y marineros no sujetos á la leva ordinaria, los cuales, repartidos en número de unos 20,000, en barcos á lo largo de las costas, las guardaban continuamente, ademas de la guardia avanzada que hacian las fragatas, bergantines y corbetas, que se daban la mano desde el Escalda hasta el Somma. Señales de noche y carros apropiados para conducir las tropas en posta completaban aquel sistema de precauciones, que hemos expuesto en otro lugar, y el cual se habia perfeccionado en los quince meses transcurridos. Ademas habian hecho cortaduras en los caminos, y colocado en el Támesis una línea de fragatas enlazadas con cadenas de hierro, capaces de oponer una barrera continuada y sólida á todas las embarcaciones. Desde Douvres hasta la isla de Wight, estaban coronados de artilleria todos los sitios de la playa por donde se podia abordar á ella.

Como crecia la agitacion de los ánimos en Inglaterra.

Los gastos de aquellos preparativos, y la confusion que causaban eran inmensos.

Los ánimos agitados, como era natural que sucediese ante el peligro de una invasion, nada hallaban bueno, nada suficiente á tranquilizarlos,

y con un ministerio débil, cuya capacidad, se creia todo el mundo con derecho á poner en duda, no habia ningun poder moral que pudiese poner coto al furor de censurar y de inventar. No habia medida de que no se dijese que aquello era poco ó malo, ó no bastante bueno, proponiendo otra cosa. M. Pitt, reservado por algun tiempo, habia cesado de serlo animado por el desenfreno general, y censuraba amargamente las medidas tomadas por los ministros, bien porque creyese llegado el momento de derribarlos, ó porque en efecto hallase sus precauciones insuficientes ó mal calculadas: lo cierto es que sus criticas eran mucho mas fundadas que las de los demas miembros de la oposicion. Culpaba á los ministros por no haber adivinado y prevenido la concentracion de los barcos chatos en Boloña, los cuales, segun él, pasaban de mil. Aunque procuraba exagerar mas bien que disimular el peligro, se ve que se quedaba muy atras respecto á la verdad, porque con la flotilla bátava ascendia su número á 2300. Atribuia aquella falta á la ignorancia del almirantazgo, que no habia sabido prever el uso que se podia hacer de las lanchas cañoneras, y que habia empleado navios y fragatas en parages de poco fondo, donde aquellos grandes buques se veian imposibilitados para perseguir á los pequeños de los franceses; y pretendia que con algunos centenares de lanchas cañoneras, apoyadas en alta mar por las fragatas, se hubiera podido combatir con armas iguales los preparativos de los franceses, y destruir su inmenso armamento antes que se hubiese reunido en la Mancha. El cargo era especioso ya que no fundado.

Ataques dirigidos por M. Pitt contra el ministerio Addington.

Los ministros contestaban que en la última guerra se habian querido emplear las lanchas cañoneras, y que no habian podido sostenerse al viento; lo que probaba que los marineros ingleses se habian aplicado menos que los franceses á manejar aquel género de embarcaciones; porque nuestras lanchas habian navegado con todos los tiempos. A veces habian varado; pero á excepcion del accidente ocurrido en Brest, ninguna habia perecido por el defecto de su construccion.

Por último, no participando M. Pitt ni de la opinion de M. Windham, su antiguo colega, ni de la de M. Fox su nuevo aliado, acerca de la insuficiencia del ejército de línea, y reconociendo que no es fácil aumentar en un momento y cuando se quiere las proporciones de un ejército, especialmente en un país en donde no se quería recurrir á la conscripcion, M. Pitt se quejaba de que no se hubiese sacado mas partido de los voluntarios; y pretendia que aprovechando la buena voluntad de aquellos 150,000 ingleses se debia hacer que adquiriesen el grado de disciplina é instruccion de que eran capaces, logrando asi que fuesen menos inferiores, que lo que parecían serlo, á las tropas regulares. Esta censura, fundada ó no, era tan especiosa como la precedente.

M. Pitt sostenia sus Coalicion en el Parlamento entre MM. Pitt y Fox. opiniones con un calor extremado; y á medida que se engolfaba mas en la oposicion, se aproximaba tambien mas, sino por sus opiniones y sentimientos, al menos por su conducta, á la antigua oposicion whig, es decir á M. Fox. Estos dos adversarios que se habian estado combatiendo por espacio de veinte y cinco años, parecían haberse reconciliado, y circulaba el rumor de que iban á formar juntos un ministerio. La antigua mayoría se hallaba desorganizada. Ya se ha visto que una pequeña parte de la misma habia seguido á MM. Windham y Grenville en su oposicion; agregándose á ellos otra parte mayor todavía, desde que M. Pitt se habia puesto á su frente. Esta oposicion tory se componia de todos aquellos que pensaban que los ministros actuales no eran capaces de hacer frente á la situacion, y que era preciso recurrir al antiguo gefe del partido de la guerra. Por otra parte, la antigua oposicion whig dirigida por M. Fox, aunque habia sufrido algunas decepciones, tales como las de MM. Tierney y Sheridan, quienes, segun se decia, se habian unido á M. Addington, se habia aumentado considerablemente por una circunstancia de corte. La razon del Rey parecia estar de nuevo extraviada, y se anunciaba la próxima regencia del principe de Gales; y como este principe estaba indispuerto hacia mucho tiempo con M. Pitt, y recientemente con M. Addington,

siendo por el contrario afecto á M. Fox, se creia que le nombraría primer ministro; razon por la cual cierto número de miembros de la cámara de los Comunes, obrando bajo su influjo, habian venido á aumentar el partido de M. Fox. Las dos oposiciones, unidas y aumentadas la una por haberse puesto de nuevo M. Pitt á su frente y la otra por la próxima fortuna de M. Fox, contrabalanceaban casi la mayoría del ministerio Addington.

Varias votaciones sucesivas manifestaron en breve cuan grave era para el gabinete aquel estado de cosas. M. Pitt habia presentado en el mes de Marzo una mocion para pedir los estados comparativos de la marina inglesa en 1797, en 1801, y en 1803; y ayudado de los amigos de M. Fox habia logrado reunir 130 votos en favor de su mocion contra 201 en contra. Asi, pues, los ministros no habian tenido mas que 70 votos de mayoría, y comparando esta votacion con las anteriores se notaba el progreso que habia hecho la oposicion. Animando este éxito á los nuevos aliados, habian multiplicado las mociones. En Abril, M. Fox habia pedido que pasasen á una comision todas las medidas que se habian tomado para la defensa del reino desde la renovacion de la guerra; lo cual era una nueva manera de someter al juicio del Parlamento la conducta y capacidad del ministerio Addington: la oposicion reunió entonces 204 votos y los ministros 256, lo que reducía la mayoría de 70 votos á 52. Diariamente se debilitaba dicha mayoría; y ya se anunciaba para el mes de Mayo una nueva mocion, que definitivamente debia

Retirada del ministerio Addington.

Aunque el anciano Rey queria mucho á MM. Addington

Vuelve M. Pitt al poder.

y Hawkesbury y muy poco á M. Pitt, al fin habia llamado á este último. Este célebre y poderoso personaje, por tanto tiempo nuestro enemigo, acababa, pues, de tomar de nuevo las riendas del Estado, con la mision de levantar, si podia, la fortuna de Inglaterra. Al en-

trar en el gabinete, habia dejado fuera á sus antiguos amigos MM. Windham y Grenville y á su reciente aliado M. Fox; y todos se quejaban de esta doble infidelidad que se explicaba de varios modos; si bien lo mas verosímil era que él no habia querido asociarse con MM. Windham y Grenville, por ser torrys demasiados violentos, y que el Rey por su parte no habia querido á M. Fox por ser un whig demasiado declarado. También se censuraba á M. Pitt, el no haber puesto de su parte todo lo posible para vencer la resistencia de Jorge III; pues parecia desearse que en vista de los peligros que amenazaban al país, se uniesen los dos mayores talentos de la Inglaterra para dar al gobierno mayor fuerza y autoridad.

Sin embargo, ejercia M. Pitt tal influjo sobre los ánimos, y tenían en él una confianza tan grande y de tantos años, que él solo bastaba para dar al poder toda la fuerza necesaria. Al entrar en el ministerio, habia pedido en seguida 60

M. Pitt pide 60 millones para anudar las relaciones con el continente.

millones de fondos secretos; y se pretendia que dicha cantidad era para anudar las relaciones de la Inglaterra con el continente; porque se le conceptuaba, y con razon, como el mas á propósito de todos los ministros para resucitar las coaliciones, por la grande consideracion de que gozaba entre las córtes enemigas de la Francia.

Tales habian sido los acontecimientos sobrevenidos en Inglaterra, mientras que Napoleon tomaba la corona imperial, y trasladado á Boloña se disponia á forzar la barrera del océano. Parecia que la Providencia habia vuelto á colocar á aquellos dos hombres en la escena, para que luchasen por última vez con mas encarnizamiento y violencia que nunca, M. Pitt suscitando coaliciones, lo cual sabia hacer muy bien, y Napoleon destruyéndolas con la espada, lo cual sabia hacer mucho mejor.

Napoleon se mostraba muy indiferente á lo que pasaba al otro lado del estrecho; y los preparativos militares de los ingleses le hacian sonreír con mucha mas sinceridad, que aquella con que se sonreían de nuestras lanchas los periodistas ingleses: solo pedia al cielo tener por espacio de cuarenta y ocho

horas una escuadra en la Mancha, para encargarse de dar buena cuenta de todos los ejércitos reunidos entre Douvres y Lóndres. Los acontecimientos ministeriales de la Inglaterra no le hubieran afectado, si M. Fox hubiese entrado en el ministerio; porque creyendo en la sinceridad de aquel hombre de Estado y en sus buenas disposiciones hacia la Francia, sus ideas de guerra san-

Inquieto Napoleon con la presencia de M. Pitt en el ministerio quiere que el Austria se explique.

grienta hubieran cedido su lugar á ideas de paz, y á quizas de alianza; pero la entrada de M. Pitt, le probaba mucho mejor todavia que era preciso concluir con algun golpe audaz y desesperado, en el cual jugasen ambas naciones su existencia. Sin embargo, no dejaba de preocuparle bastante aquella peticion de 60 millones de fondos secretos, la cual solo podia explicarse tratándose de negocios ocultos en el continente: hallaba que el Austria obraba con mucha lentitud en la remision de los credenciales, y con poca franqueza en Ratisbona en el negocio de la nota rusa; y finalmente acababa de recibir por M. de Oubril la respuesta del gabinete de San Petersburgo al despacho en que el Emperador habia hecho alusion á la muerte de Pablo I; y en dicha respuesta parecia indicarse algun proyecto ulterior. Napoleon, con su sagacidad ordinaria, entreveía ya un principio de coalicion en Europa; se quejaba de la credulidad de M. de Talleyrand y de su complacencia por los señores de Cobentzel, y añadia que á la menor sospecha que tuviese de las disposiciones del continente, se arrojaria, no sobre la Inglaterra, sino sobre la potencia que hubiese excitado sus inquietudes; porque, decia, no era tan loco que se aventurase á pasar el canal de la Mancha sin estar completamente seguro por el lado del Rhin. Así lo escribia desde Boloña á M. de Talleyrand, diciéndole que se debía estrechar al Austria y á la Rusia para que se explicasen, cuando un acontecimiento repentino é imprevisto, y digno de ser lamentado siempre, vino á poner fin forzoso á sus incertidumbres, y á obligarle á demorar por algunos meses mas sus proyectos de desembarco.

El valiente y desgraciado Latouche-Tréville, devorado por un mal incom-

La muerte de Latouche-Tréville obliga á Napoleón á aplazar el desembarco para el invierno.

La misma víspera de darse á la vela, Napoleón supo este triste acontecimiento en Boloña en los últimos días de Agosto de 1804, y en el momento en que pronto á embarcarse, alimentaba, sin embargo algunos presentimientos acerca de la coalición europea, y estaba tentado á veces de descargar sus golpes en otra parte que en Londres. Habiendo perdido la escuadra de Tolón á su jefe, era preciso aplazar la expedición de Inglaterra, porque para elegir un nuevo almirante, nombrarle, enviarle á Tolón, y darle tiempo para que tomase conocimiento de su escuadra, se necesitaba á lo menos un mes: de modo que hallándose á fines de Agosto, no podía salir la escuadra de Tolón sino en Octubre, ni llegar á la Mancha hasta Noviembre. Así, pues, era ya una campaña de invierno la que había que hacer, y por lo tanto, se tenía que idear nuevas combinaciones.

Setiembre de 1804.

El primer cuidado de Napoleón fue pensar á quien nombraría en reemplazo del almirante Latouche. «No hay que perder un momento», escribió al ministro Decrès, en enviar á un almirante que pueda mandar la escuadra de Tolón. En ningún caso puede hallarse peor que lo está hoy día entre las manos de Dumanoir, quien no es capaz de sostener la disciplina en una escuadra tan grande, ni hacerla maniobrar.... Me parece que para la escuadra de Tolón no hay mas que tres hombres, Bruix, Villeneuve ó Rosily. «Podeis sondear á Bruix. Creo á Rosily con la mejor voluntad, pero lleva quince años de no hacer nada.... No obstante, lo mas urgente de todo es tomar un partido....»

(28 de Agosto de 1804).

Obligado Napoleón á aplazar su expedición piensa en hacer permanente el establecimiento naval y militar creado en Boloña.

pletamente curado, y al punto se ocupó en simplificar su organizacion, para hacerla menos costosa, y para perfeccionarla en cuanto á las maniobras. «La flotilla, escribía á Decrès, ha sido considerada hasta aquí como de expedición; en adelante es necesario considerarla como de establecimiento permanente, y desde este momento fijar toda la atención en todo lo que en ella ha de ser inamovible, rigiéndola por otras reglas que á la escuadra.»

(18 de Setiembre de 1804.—23 de Fructidor del año XI.)

En efecto, simplificó la máquina administrativa, suprimió muchos empleos dobles, ocasionados por la reunion del ejército y de la armada, disminuyó todos los sueldos, y se ocupó, en una palabra, en hacer de la escuadrilla de Boloña, una organizacion á parte, que costando lo menos posible, podría durar tanto como la guerra, y continuar existiendo en el caso en que el ejército se viese obligado á dejar por un momento las costas de la Mancha.

También ideó la division en escuadrillas, para poner mas orden en los movimientos de aquellos 2,300 buques. La distribucion definitiva que se adoptó fue la siguiente: 9 lanchas ó barcos cañoneros formaban una seccion; y dos secciones una division que contenian un regimiento. Los peniches, que solo podian contener la mitad, debian ser dobles en número; de suerte que la division de peniches se componia de cuatro secciones, ó de 36 peniches, en lugar de 18, á fin de que bastasen á un regimiento de dos batallones. Varias divisiones de lanchas, barcos y peniches, formaban una escuadrilla, y debian transportar varios regimientos; es decir, un cuerpo de ejército. A cada escuadrilla iban unidos cierto número de aquellos barcos de pesca ó de cabotage, que se habian dispuesto para embarcar los caballos de la caballería y los bagages. Toda la flotilla estaba dividida en ocho escuadrillas, dos en Etaples para el cuerpo del mariscal Ney, cuatro en Boloña para el cuerpo del mariscal Soult, y dos en Wimereux para la vanguardia y la reserva. El puerto de Ambleteuse, se habia destinado en el nuevo proyecto á la flotilla batava, y esta tenia el encargo de trans-

Desde este día reconoció que el establecimiento naval y militar que habia creado en Boloña, seria menos pasagero que lo habia creído en un principio,

portar el cuerpo del mariscal Davout. Cada escuadrilla estaba mandada por un oficial superior, y maniobraba en la mar con entera independencia, aunque en combinacion con el conjunto de las operaciones. De esta suerte, la distribucion de la flotilla se adaptaba completamente á la del ejército.

Nómbrese á otro almirante en reemplazo de Latouche-Tréville.

Mientras tanto, el almirante Decrès habia llamado al ministerio á los almirantes Villeneuve y Missiessy para proponerles los mandos vacantes; pues considerando á Bruix como indispensable en Boloña, y á Rosily como poco acostumbrado ya á la mar, habia creído á Villeneuve como el mas á propósito para mandar la escuadra de Tolon, y á Missiessy la de Rochefort, que debia quedar vacante por la traslacion de Villeneuve. Este almirante cuyo nombre está rodeado de una triste celebridad, tenia talento, valor, y el conocimiento práctico de su profesion, pero no tenia ninguna firmeza de carácter.

El almirante Villeneuve.

Hombre fácil de impresionarse hasta el mas alto punto, era capaz de exagerarse hasta lo sumo las dificultades de una situacion, y de caer en ese estado de abatimiento, en el cual se pierde el dominio sobre el corazon y sobre la cabeza. El almirante Missiessy, menos hábil, pero mas sereno no era susceptible de exaltarse pero tampoco de dejarse abatir. El almirante Decrès llamó á ambos, trató de vencer en ellos la falta de confianza que se habia apoderado, no de los marineros y oficiales, á los cuales animaba un noble ardor, sino de los comandantes de nuestras escuadras, quienes podian perder en las batallas lo que estimaban mas que la vida, es decir, su fama; é hizo que el almirante Missiessy aceptase el mando de la escuadra de Rochefort, y el almirante Villeneuve el de la de Tolon. Como profesase á este último una amistad que databa desde la infancia, le confió el secreto del Emperador, y la inmensa operacion á que estaba destinada la escuadra de Tolon; y trató de exaltar su mente, manifestándole toda la impor-

tancia de la operacion que debia ejecutar y los grandes honores que podia obtener. ¡Lamentable tentativa de una antigua amistad! Aquella exaltacion de un instante, debia caer en un profundo abatimiento, y atraer á nuestra marina los mas sangrientos reveses.

El ministro se apresuró á escribir al Emperador el resultado de su conferencia con Villeneuve, y el efecto que habian causado en aquel oficial las perspectivas de peligro y de gloria que le habia presentado (1).

(1) *Citamos la carta del almirante Decrès, porque importa saber como fue nombrado el hombre que perdió la batalla de Trafalgar.*

Señor, escribia: el vice-almirante Villeneuve y el contra-almirante Missiessy se hallan aquí.

He conferenciado con el primero acerca del gran proyecto.....

Me ha oído con mucha frialdad, y ha guardado silencio por algunos momentos. Despues, con una tranquila sonrisa, me ha dicho: Ya esperaba yo alguna cosa por ese estilo; pero para que semejantes proyectos sean aprobados, es necesario que estén concluidos.

Me tomo la libertad de transcribir literalmente á V. M. la respuesta que me dió en una conversacion particular, porque ella os dará á conocer mejor que cuanto yo os dijese, el efecto que han producido en él mis proposiciones. Ademas ha añadido: *No perderé ni cuatro horas en incorporarme con el primer navio: con los otros cinco y los míos tendré bastantes fuerzas. Es necesario ser afortunado, y para saber hasta que punto lo soy yo, preciso es emprender.*

Hemos hablado del rumbo que debe seguir; y piensa como V. M. Si se ha determinado en ciertas circunstancias desfavorables ha sido solo para darme á conocer que no se aturdió. Finalmente, nada de todo eso ha hecho disminuir su ánimo.

El destino de grande oficial y el de vice-almirante han hecho de él otro hombre. La idea de los peligros ha desaparecido ante la esperanza de la gloria, y ha concluido por decirme: *Me entrego á discrecion*, y esto con el tono y gesto de una decision fria y positiva.

Partirá para Tolon en el momento que V. M. tenga á bien darme á conocer que no tiene ninguna otra orden que dictarle.

El contra-almirante Missiessy es mas reservado; solicita permanecer aquí ocho dias; muestra una grande indiferencia, lo cual no es posible definir. Me han dicho que está resentido que V. M. no le haya confiado el mando de la escuadra del Mediterráneo;

El almirante Missiessy es nombrado comandante de la escuadra de Rochefort, y el almirante Villeneuve de la de Tolon.

el secreto del Emperador, y la inmensa operacion á que estaba destinada la escuadra de Tolon; y trató de exaltar su mente, manifestándole toda la impor-

Napoleon modifica su gran proyecto á consecuencia de la muerte de Latouche-Tréville.

plazar al almirante Latouche. Pensando siempre en su proyecto, le modificó y engrandeció segun las circunstancias que habian sobrevenido. El invierno devolvía á la escuadra de Brest la libertad de sus movimientos, haciendo cesar por intervalos el bloqueo. Aunque en 1801 hubiese dado Ganteaume muestras de po-

Queda encargado el almirante Ganteaume de trasladarse á la Mancha.

co carácter, no obstante, habia manifestado mas de una vez valor y adhesion, y Napoleon quiso confiarle la parte brillante y difícil del plan. En su consecuencia, aplazó la expedicion para el 18 de Brumario (9 de Noviembre) época fijada para da ceremonia de su coronacion, y resolvió que Ganteaume saliese en estacion cruda con 15 ó 18,000 hombres destinados á Irlanda; y despues, cuando los hubiese desembarcado en uno de los puntos accesibles de aquella isla, volviese rápidamente á la Mancha para proteger el paso de la flotilla.

Los almirantes Villeneuve y Missiessy quedan encargados de hacer algunas diversiones.

habia dado á las escuadras de Tolon y de Rochefort, cuando Latouche-Tréville tomó el mando de la primera. El almirante Villeneuve debia partir de Tolon, pasar á la América y reconquistar á Surinam y las colonias holandesas de la Guyana. Una division destacada de la escuadra de Villeneuve debia tomar al paso la isla de Santa Helena. El almirante Missiessy tenia orden de desembarcar 3 ó 4,000 hombres para que reforza-

y tambien de no haber sido nombrado vice-almirante. El gran argumento que emplea con sus amigos, es que no habiendo hecho nada durante la guerra, ha tenido al menos el honor de no haber sufrido ningún revés. Yo le he dado la orden de ir á tomar el mando de la escuadra, y pienso que dentro de ocho dias se pondrá en camino; necesitando cinco ó seis para llegar á su destino.

sen la guarnicion de nuestras Antillas, despues de asolar las Antillas inglesas; sorprendiéndolas casi indefensas. En seguida, reuniéndose ambos almirantes para volver á Europa, tenian por última instruccion el hacer levantar el bloqueo de la escuadra del Ferrol, y entrar de nuevo en Rochefort con veinte navios. Les estaba mandado que se diesen á la vela antes que Ganteaume, para llamar con su partidala atencion de los ingleses y atraerlos en su seguimiento. Napoleon queria que Villeneuve saliese de Tolon el 12 de Octubre, Missiessy de Rochefort el 1.º de Noviembre y Ganteaume de Brest el 22 de Diciembre de 1804. Miraba como seguro, que los veinte navios de Villeneuve y de Missiessy, atraerian al menos 30 navios enemigos fuera de los mares de Europa; porque atacados de improviso los ingleses en todos los puntos, no podian dejar de enviar socorros á todas partes. Entonces, era probable que el almirante Ganteaume tuviese la libertad necesaria para ejecutar la operacion que se le encargaba, y que consistia despues de haber tocado en Irlanda en presentarse al frente de Bolonia, bien rodeando la Escocia, bien haciendo directamente rumbo desde la Irlanda á la Mancha.

Habiendo dado Napoleon todas estas órdenes desde Bolonia, donde á la sazón se hallaba, quiso aprovechar el tiempo que le quedaba hasta el invierno para despejar algo los asuntos del continente. Dirigiendo la conducta de M. de Talleyrand por una correspondencia diaria, le prescribió los pasos diplomáticos que debian darse para llegar á aquel fin.

Sin duda se recordará la irreflexiva nota del gabinete ruso con motivo de la violacion del

territorio germánico, y la amarga respuesta del gabinete frances. El jóven Alejandro habia sentido profundamente dicha respuesta, y conociendo, aunque demasiado tarde, que el modo con que habia subido al trono le quitaba el derecho de dar tan elevadas lecciones de moral á los otros gobiernos, estaba humillado y

Habiendo aplazado Napoleon su empresa para el invierno quiere en el intervalo obligar á las potencias del continente á que se expliquen.

La corte de Rusia siente haber hecho demostraciones demasiado fuertes.

espantado. Siendo su alma mas viva que fuerte, avanzaba fácilmente; y retrocedia tambien fácilmente en cuanto apercibía el peligro. Sin consultar á sus ministros se habia puesto luto por la muerte del duque de Enghien, y tambien á pesar de algunos de ellos habia remitido á Ratisbona la nota de que ya hicimos mencion; pero ahora costaba á los ministros el mayor trabajo mantenerle en sus primeras resoluciones. Las personas sensatas de San Petersburgo, pasada la primera emocion, hallaban que se habian conducido con demasiada ligereza en el negocio del duque de Enghien, y culpaban por ello á los jóvenes que gobernaban el Imperio, y con especialidad al principe Czartoryski, porque era polaco y estaba encargado de la cartera del ministerio de negocios extranjeros, desde que el canciller Woronzoff se habia retirado al campo. Nada era mas injusto que semejante juicio respecto al principe Czartoryski, porque éste habia resistido todo lo posible las imprudencias de la corte; pero ahora queria que se saliese con dignidad del mal paso en que se habian comprometido. En su consecuencia, habia mandado á M. de Oubril, encargado de nego-

Se autoriza á M. de Oubril para que presente varias cuestiones y se contente con cualquier satisfaccion por insignificante que sea.

cuerdos; y que al mismo tiempo manifestase disposiciones pacificas aunque exigiendo una contestacion acerca de los tres puntos ordinarios de las reclamaciones del gobierno ruso, tales, como la ocupacion de Nápoles, la indemnizacion, siempre aplazada, al Rey del Piemonte, y la invasion del Hannover. M. de Oubril tenia orden de contentarse con cualquier explicacion especiosa que se le diese sobre dichos particulares, y permanecer en Paris; pero debia pedir sus pasaportes si el gobierno frances se encerraba en un silencio obstinado y desdenoso.

La Prusia, que segun una expresion de Napoleon, *se agitaba sin cesar entre los dos gigantes*, informada con exactitud del estado del gabinete ruso, habia advertido de él á M. de Talleyrand por

medio de su ministro Lucchesini, diciéndole: Retardad cuanto os sea posible la contestacion; despues dad una que suministre á la dignidad de la Rusia una satisfaccien aparente, y vereis como se calma esa tempestad del Norte con que se procura asustar á la Europa.

Habiendo llegado todas estas comunicaciones á Paris, mientras Napoleon estaba en Boloña, M. de Talleyrand habia echado mano de la política dilatoria, en la cual ya se ha visto que

sobresalia. Napoleon se habia prestado voluntariamente á ello no buscando la guerra con el continente aunque no la temia, y prefiriendo concluir con la Europa verificando una expedicion directa contra la Inglaterra. Asi, pues, continuaba sus preparativos en Boloña mientras que M. de Oubril aguardaba en Paris. Entretanto, no dando M. de Talleyrand mucha importancia á la nota rusa y siguiendo al pié de la letra la opinion de la Prusia, habia creído con demasiada facilidad que se saldria del paso con demoras; pero M. de Oubril, despues de haber aguardado todo el mes de Agosto exigió, al

fin, una contestacion. Importunado Napoleon con las reclamaciones de M. de Oubril, y dispuesto por otra parte desde la vuelta de M. Pitt al ministerio, á explicarse categoricamente con las potencias del continente, habia querido que se le contestase, enviando él mismo el modelo de la nota que se debia transmitir á M. de Oubril, la cual, siguiendo M. de Talleyrand su costumbre, habia hecho lo posible para dulcificarla en su forma y fondo. Pero tal cual la habia entregado, no era suficiente para salvar la dignidad del gabinete ruso, comprometida por desgracia.

Aquella nota ponía frente á frente de las injusticias de que se culpaba á la Francia, las de que se podia acusar á la Rusia. La Rusia, se decia, no hubiera debido tener tropas en Corfú, y aumen-

M. de Talleyrand, siguiendo la opinion de la Prusia que aconseja se gane tiempo, no se apresura á contestar á las cuestiones de M. de Oubril.

M. de Oubril insiste para que se le de una contestacion.

Importunado Napoleon manda que se de una respuesta, pero no de modo que sea satisfactoria.

taba cada dia su número: debía haber negado todo favor á los enemigos de la Francia, y no solo no se limitaba á dar asilo á los emigrados, sino que les conferia ademas destinos públicos en las cortes extranjeras; y esto era una violacion positiva del último tratado. Además, los agentes rusos se mostraban por todas partes hostiles. Semejante estado de cosas excluía toda idea de intimidación, y hacía imposible el acuerdo convenido entre los dos gabinetes para la marcha de los negocios de Italia y de Alemania. En cuanto á la ocupacion del Hannover y de Nápoles, habia sido una consecuencia forzosa de la guerra. Si la Rusia se comprometia á hacer que los ingleses evacuasen á Malta, la causa de la guerra desaparecería, y los países ocupados por la Francia serian evacuados al instante; pero, procurar que pesase todo sobre la Francia sin que pesase igualmente sobre la Inglaterra, no era ni justo ni conveniente. Si pretendian constituirse árbitros entre las dos potencias beligerantes, y juzgar no solo el fondo de la cuestion sino los medios empleados para dirimirla, era menester ser árbitro imparcial y firme; y la Francia estaba decidida á no aceptar de otra manera. Si se queria la guerra, estaba pronta á hacerla, porque, despues de todo, las últimas campañas de los rusos en Occidente no habian sido tales que les permitiesen usar con la Francia un tono tan altivo como el que parecian tomar en aquel momento. Debian saber que el Emperador de los franceses no era el Emperador de los turcos ó de los persas. Si, por el contrario, se deseaba estar en mejores relaciones con él, él estaba dispuesto á ello; y entónces, es seguro que no se negaría á hacer lo que habia prometido, particularmente respecto al Rey de Cerdeña; pero en el estado actual de las relaciones, nada se obtendria de él, porque la amenaza era el mas ineficaz de todos los medios que podian presentarle.

No pudiendo darse M. de Oubril por satisfecho con las respuestas de la Francia pide sus pasaportes.

binete, que queriendo tan pronto, á propósito de Nápoles y del Hannover,

TOMO III.

constituirse juez de los medios de guerra empleados por las potencias beligerantes, tan pronto mezclarse en un acto interior como la muerte del duque de Enghien, se habia expuesto á no recibir sino respuestas dolorosas, acerca de todos los puntos que tocaba. M. de Oubril, consultando sus instrucciones, creyó debía pedir sus pasaportes; y para no separarse de ellas, añadió que su partida era una simple interrupcion de las relaciones diplomáticas entre los dos cortes, pero no una declaracion de guerra; que cuando las relaciones no tenian nada de útil ni de agradable, no habia ninguna razon para continuarlas; que por lo demas, la Rusia no pensaba recurrir á las armas, y que la conducta posterior del gabinete frances decidiria, si la guerra debía seguir á aquella interrupcion de relaciones.

Despues de esta declaracion fria pero pacífica, dejó M. de Oubril á París. Inmediatamente se envió á M. de Rayneval, que habia quedado en San Petersburgo como encargado de negocios, la orden para que regresase á Francia. M. de Oubril partió á fines de Agosto y se detuvo algunos dias en Maguncia hasta aguardar que se hubiese concedido á M. de Rayneval su libre salida de San Petersburgo.

Era evidente que la Rusia, á pesar de que procurase atenuar su disgusto por la interrupcion de sus relaciones con la Francia, no haria la guerra sino en el caso en que una nueva coaliccion europea le proporcionase una ocasion ventajosa. En su consecuencia, y segun el modo de ver de Napoleón, todo dependia del Austria; y para saber á que habia de atenerse, antes de entregarse enteramente á sus proyectos marítimos, sujetó á aquella á una fuerte prueba; cual fue el exigir perentoriamente el reconocimiento del título imperial que habia tomado, el cual habian retardado. Su proyecto de visitar las orillas del Rhin iba á conducirlo á

Declara al retirarse que su partida no es mas que una simple interrupcion de relaciones y no la guerra.

La Rusia no se halla dispuesta á la guerra sino en el caso de una coaliccion europea.

La cuestion de la paz ó de la guerra depende del Austria.

Aquisgran; y exigió que M. de Cobentzel se presentase á rendirle homenaje y entregarle sus credenciales, en la misma ciudad en que los Emperadores germánicos tenían costumbre de tomar la corona de Carlo-Magno; declarando, que si no se le satisfacía en este particular, no elegiría á nadie para que reemplazase en Viena á M. de Champagny, nombrado ministro del interior en reemplazo de

Napoleon obliga al Austria á que se explique exigiendo inmediatamente el reconocimiento de su título imperial.

M. Chaptal, llamado al Senado; y que una retirada de embajadores entre potencias tan vecinas como la Francia y el Austria, no se llevaría á cabo tan pacíficamente como entre la Francia y la Rusia. Finalmente, quiso que la nota rusa, ya aplazada en Ratisbona, pero acerca de la cual era preciso tomar dentro de algunos dias un partido, se desechase definitivamente, ó bien declaraba de nuevo, que dirigiria á la Dieta una respuesta, de la cual emanaria inevitablemente la guerra.

Tomadas todas estas disposiciones, dejó Napoleon á Boloña en donde habia estado mes y medio, y se encaminó hácia los departamentos del Rhin. Antes de su partida tuvo ocasion de asistir á un combate de

Antes de dejar el Emperador á Boloña presencia un combate de la flotilla contra el crucero ingles.

la flotilla contra la escuadra inglesa. El 26 de Agosto (8 de Fructidor del año XII) á las dos de la

tarde se hallaba en la rada, inspeccionando en su bote la linea de anclage, compuesta, segun costumbre, de 150 á 200 lanchas y peniques. La escuadra inglesa, anclada en alta mar, se componia de dos navios, dos fragatas, siete corbetas, seis bergantines, dos lugres y una balandra, en todo veinte velas. Destacándose una corbeta de la division enemiga, vino á situarse al extremo de nuestra linea de anclage, para observarla y enviarla algunas andanadas. Entónces el almirante, dió orden á la primera division de lanchas cañoneras, mandada por el capitán Leray, que levase anclas, y se dirigiese toda contra la corbeta; lo cual ejecutaron obligándola á retirarse inmediatamente. Viendo esto los ingleses, formaron un destacamento compuesto de una fragata, de varias cor-

betas ó bergantines y de la balandra, para obligar á nuestras cañoneras á replegarse á su vez, é impedirles que ganasen su acostumbrada posicion. El Emperador, que se hallaba en su falúa con el almirante Bruix, los ministros de guerra y de marina, y algunos mariscales, se dirigió en medio de las lanchas que combatian, y para darles ejemplo hizo poner la proa en direccion á la fragata que se adelantaba á todas velas. Sabia que los soldados y los marineros que admiraban su audacia en tierra, se preguntaban á veces si seria tan arrojado en la mar; y queriendo asegurarles acerca de este punto, y acostumbrarlos á arrostrar con temeridad los grandes buques enemigos, mandó dirigir su falúa muy adelante de la linea francesa y lo mas próximo posible á la fragata. Esta viendo la falúa imperial empavesada, y sospechando quizas el precioso cargamento que contenia habia reservado sus fuegos. El ministro de marina, temblando por el Emperador, de las consecuencias de tal arrojé, quiso precipitarse sobre la caña del timon para cambiar de direccion; pero un gesto imperioso del Emperador detuvo el movimiento del ministro, y la falúa siguió hácia la fragata: ésta, en el momento en que Napoleon la observaba con el antejo en la mano, disparó la andanada que habia reservado, echando una lluvia de balas sobre la lancha que conducia á *Cesar y su fortuna*. Nadie fue herido, sufriendo solo algunos salpicones de agua, causados por los proyectiles. Todos los barcos franceses, testigos de aquella escena, se habian adelantado con cuánta rapidez era posible, á fin de sostener el fuego, y poner á cubierto la falúa del Emperador interponiéndose entre ella y los buques enemigos. Asaltada á su vez la division inglesa con una granizada de balas y de metralla empezó á retroceder poco á poco. La siguieron, pero viéndose perseguida hizo de nuevo frente, corriendo una bordada hácia la tierra. En aquel intervalo, una segunda division de lanchas cañoneras, mandada por el capitán Pevrieu, habia levado anclas, y se habia dirigido contra el enemigo. En breve, maltratada la fragata, y pudiendo á penas navegar, se vió obligada á hacerse mar adentro. Las corbetas siguieron su movimiento de retirada, algunas muy averiadas, y la balandra quedó

acribillada de tal suerte que se la vió irse á fondo.

Napoleon dejó á Boloña sumamente satisfecho del combate á que habia asistido, tanto mas, cuanto que los informes secretos que llegaron de la costa de Inglaterra le daban los detalles mas satisfactorios, acerca del efecto material y moral que habia producido aquel combate. Nosotros no habiamos tenido mas que un hombre muerto y siete heridos, uno de ellos mortalmente. Los ingleses, segun los informes dirigidos á Napoleon, habian tenido doce ó quince hombres muertos y sesenta heridos; y sus buques habian sufrido mucho. Los oficiales ingleses habian quedado sorprendidos del comportamiento de nuestros pequeños barcos, y de la viveza y precision de sus fuegos. Era evidente, que si aquellas lanchas debian temer á los navios á causa de su tamaño, en cambio podian oponerles un poder, y una multiplicidad de fuegos muy temible (1).

Napoleon atravesó la Bélgica, visitó á Mons y Valenciennes, y llegó el 3 de Septiembre á Aquisgran. La emperatriz que habia ido á tomar los baños de Plombières, durante la permanencia de Napoleon en las costas del Océano, se habia reunido á él para asistir á las fiestas que se preparaban en las provincias rinianas. M. de Talleyrand, y varios grandes dignatarios y ministros se hallaban tambien allí. M. de Cobentzel, habia comparecido asimismo en el punto de reunion que se le habia designado. El Emperador Francisco, conociendo los

inconvenientes que podian resultar de nuevas y largas demoras, habia tomado el 10 de Agosto en una solemne ceremonia, el título imperial concedido á su casa, calificándose de Emperador electo de Alemania, Emperador hereditario de Austria, Rey de Bohemia y de Hungría, archiduque de Austria, duque de Styria, &c.; y en seguida habia mandado á M. de Cobentzel se trasladase á Aquisgran, para entregar al Emperador Napoleon sus credenciales. A este paso, tan significativo por el lugar en que se hacia, agregó la seguridad formal, y sincera en aquel momento, de querer vivir en paz con la Francia, y la promesa de que no se haria caso en Ratisbona de la nota rusa, segun lo deseaba Napoleon. En efecto, dicha nota habia quedado reducida á la nulidad aplazándola indefinidamente.

El Emperador de los franceses acogió magníficamente á M. de Cobentzel, y le prodigó, en cambio de

M. de Cobentzel entrega sus credenciales á Napoleon.

las suyas, las declaraciones mas tranquilizadoras. Con M. de Cobentzel se presentaron M. de Souza, portador del reconocimiento del Portugal, el bailio de Ferrette, el de la órden de Malta, y una multitud de ministros extranjeros, quienes sabiendo hasta que punto seria agradable al Emperador su presencia en Aquisgran habian ideado lisongearle pidiendo permiso para presentarse en dicho punto. Todos fueron recibidos con la mayor solicitud, y con la gracia que los soberanos satisfechos saben encontrar siempre. Aquella reunion fue particularmente brillante por la concurrencia de extranjeros y de franceses, por el lujo que se desplegó y por la pompa militar. Los recuerdos de Carlo-Magno se despertaron con una intencion mal disfrazada. Napoleon bajó á la bóveda donde se habia sepultado al grande hombre de la edad media, visitó curiosamente sus reliquias, y dió al clero muestras brillantes de su munificencia. Apenas se concluyeron aquellas fiestas volvió á sus serias ocupaciones, y recorrió todo el pais comprendido entre el Mosa y el Rhin, Juliers, Wenko, Colonia y Coblentza, inspeccionando á la vez los caminos y las fortificaciones, y rectificando por todas partes los proyectos de sus

(1) Napoleon escribia al mariscal Soult.

Aquisgran, 8 de Septiembre de 1804.

El pequeño combate á que asistí la víspera de mi salida de Boloña ha causado un efecto inmenso en Inglaterra, produciendo una verdadera alarma. Respecto á este particular podeis ver esos detalles traducidos de los periódicos, los cuales son muy curiosos. Los obuses que se hallan á bordo de las cañoneras, han hecho el mejor efecto. Las noticias particulares que yo tengo hacen subir la pérdida del enemigo á 60 heridos y 12 ó 15 muertos. La fragata ha sido muy maltratada.

(Archivo de la secretaria de Estado).

ingenieros, con aquel golpe de vista seguro y aquella experiencia profunda que solo él poesia; y mandó emprender los nuevos trabajos que debían hacer invencible aquella parte de las fronteras del Rhin.

En Maguncia, adonde llegó á fines de Septiembre (principios del año XIII), le aguardaban nuevas fiestas y pompas. Todos los Príncipes de Alemania, cuyos Estados se hallaban próximos, y que estaban interesados en llevarse bien con su poderoso vecino, acudieron para ofrecerle sus felicitaciones y homenajes, no por medio de intermediarios, sino en persona. El príncipe Archicanciller que debía á la Francia la conservación de su título y de su opulencia, quiso rendir homenaje á Napoleon en Maguncia, su antigua capital. Con él se presentaron los Príncipes de la casa de Hesse, el duque y la duquesa de Baviera, y el respetable Elector de Baden, que era el mas anciano de los príncipes de Europa, el cual habia acudido con su hijo y su nieto. Estos y otros personajes que fueron llegando á Maguncia fueron recibidos con mucha mas magnificencia que la que podían haber hallado en Viena. Todos estaban sorprendidos de la prontitud con que el soldado coronado habia tomado la actitud de un soberano: esto se debía á que habia mandado desde jóven á los hombres, no en nombre de un vano título, sino en el de su carácter, de su genio y de su espada; y en materia de mando, este es un aprendizaje superior al que se puede hacer en las cortes.

Las diversiones y placeres que habian tenido lugar en Aquisgran, se renovaron en Maguncia ante los franceses y los alemanes que habian acudido para ver de mas cerca el espectáculo que excitaba en aquel momento la curiosidad de toda la Europa. Napoleon invitó á las fiestas de su coronación á la mayor parte de los Príncipes que habian ido á visitarle. En medio de todo aquello, sustrayéndose todas las mañanas á las vanidades del trono, recorría las orillas del Rhin, examinaba en todas sus partes la plaza de Maguncia, que conceptuaba como la mas importante del continente, menos á causa de sus fortificaciones que de su po-

sición á orillas del gran rio, á lo largo del cual lucha la Europa hace diez siglos contra la Francia; y mandaba ejecutar los trabajos que debían darle la fuerza de que era susceptible. La vista de dicha plaza le inspiró una precaución de las mas útiles, y en la cual nadie hubiera pensado, á no haberse él trasladado á aquellos lugares. Los últimos tratados habian ordenado la demolición de los fuertes de Cassel y de Kehl; de los cuales el primero forma la salida de Maguncia y el segundo la de Strasburgo á la orilla derecha del Rhin. Ambas plazas perdían su valor sin aquellas dos cabezas de puente que les servían á la vez de medio de defensa y de medio de paso para la otra orilla. Mandó que se reuniesen maderas y materiales de toda especie, los necesarios para verificar trabajos repentinos, y quince mil palas y azadones, para que en veinte y cuatro horas pudieran trasladarse ocho ó diez mil trabajadores al otro lado del rio, y levantar las obras destruidas. «Solo la falta de herramientas, escribia á los ingenieros, os haria perder ocho dias.» Al mismo tiempo determinó los planos de las obras que se debían construir, para que á una orden telegráfica se empezasen inmediatamente los trabajos.

Después de haber permanecido Napoleon en Maguncia y en los nuevos departamentos, todo el tiempo necesario

Octubre de 1804.

Regresa Napoleon á Paris.

á sus proyectos, partió para Paris, visitó de paso á Luxemburgo, y llegó á Saint-Cloud el 12 de Octubre de 1804 (20 de Vendimiario del año XIII.)

Por un momento se habia lisongeado ofrecer á la Francia y á la Europa un espectáculo extraordinario atravesando el estrecho de Calais con 150,000 hombres, y volviendo á Paris dueño del mundo; pero la Providencia que le reservaba tanta gloria, no le habia permitido que diese tal brillo á su coronación. Quedábale otro medio de deslumbrar á los espíritus, y era el de hacer bajar por un instante al Papa del trono pontificio, para que viniese á Paris á bendecir su cetro y su corona: lograrlo seria conseguir una victoria moral sobre los enemigos de la Francia, y no dudaba salirse con su intento. Todo

se preparaba por su coronacion, á cuyo acto habia invitado á las principales autoridades del Imperio, á numerosas diputaciones del ejército y de la armada y á una multitud de Príncipes extranjeros. Millares de operarios trabajaban en los preparativos de la ceremonia en la basilica de Nuestra Señora. Habiéndose divulgado el rumor de la venida del Papa, la opinion pública estaba absorta y maravillada, la poblacion devota sumamente satisfecha, la emigracion en extremo pesarosa y la Europa envidiosa y sorprendida. La cuestion se habia tratado allí donde se trataban todos los

Discusion en el Consejo de Estado sobre la conveniencia del viage del Papa á París.

negocios; es decir, en el seno del Consejo de Estado; y en dicho cuerpo, donde se habia dejado á las opiniones la mas completa libertad, las objeciones suscitadas con motivo de la cuestion del Concordato, se habian reproducido con mas fuerza que nunca, á la idea de someter en algun modo la coronacion del nuevo Monarca al gefe de la Iglesia. Aquellas repugnancias tan antiguas en Francia, aun entre los hombres religiosos, contra la dominacion ultramontana, se habian despertado todas á la vez. Decíase que aquello era suscitar todas las pretensiones del clero, proclamar una religion dominante y dar á suponer que el recien elegido Emperador recibia su corona no del voto de la nacion, ni de las hazañas del ejército, sino del Soberano Pontífice; suposicion peligrosa, porque el que daba la corona podia quitársela tambien.

Napoleon, impaciente de tantas objeciones contra una ceremonia, que debia ser un verdadero triunfo obtenido sobre la malevolencia europea, tomó él mismo la palabra, expuso todas las ventajas de la presencia del Papa en semejante solemnidad, el efecto que produciria sobre las poblaciones religiosas y sobre todo el mundo, y la fuerza que daria al nuevo orden de cosas, en cuya conservacion todos los hombres de la Revolucion estaban igualmente interesados; manifestó cuan poco peligro habia en aquella significacion de un Pontífice dando la corona; sostuvo que las pretensiones de un Gregorio VII no eran de nuestra época; que la ceremonia de que se trataba era solo para

invocar la proteccion del cielo en favor de una nueva dinastia, invocacion hecha con arreglo á las formas ordinarias del culto mas antiguo, mas general y mas popular en Francia; que, por lo demas, sin pompa religiosa, no habia verdadera pompa, especialmente en los paises católicos; y que si habian de figurar los sacerdotes en la coronacion, valia mas llamar á los mas grandes y calificados de ellos, y si era posible, al superior de todos, es decir, al Papa mismo. Finalmente, ostigando á los que le contradecian, así como en la guerra ostigaba á sus enemigos, es decir á todo trance, acabó con estas frases que al momento concluyeron la discusion.—Señores, exclamó; si en lugar de deliberar en París y en las Tullerías, lo hicieseis en Londres, y en el gabinete británico; si, en una palabra, fueseis los ministros del Rey de Inglaterra, y supieseis que el Papa pasaba en aquel momento los Alpes para consagrar al Emperador de los franceses, ¿lo reputaríais como un triunfo para la Inglaterra, ó para la Francia?—A una interrogacion tan intempestiva, y, sin embargo, tan justa, todos guardaron silencio, y el viage del Papa á París no encontró ninguna otra objecion.

Pero no se reducía todo á que se consintiese en tal viage, sino que era menester obtener el asentimiento de la corte de Roma, y esto era extraordinariamente difícil. Para lograrlo era preciso usar de mucho arte, y mezclar mucha firmeza con mucha dulzura; y el embajador de Francia, cardenal Fesch, con la irascibilidad de su carácter y la dureza de su orgullo, era menos á propósito para el caso que su antecesor M. de Cacault. He aquí el caso de dar á conocer aquel personaje que ha representado un papel

Negociacion para obtener el viage del Papa.

El cardenal Fesch es el encargado de la negociacion.

en la Iglesia y en el Imperio. El cardenal Fesch, grueso y pequeño de cuerpo, de un talento mediano, y vano, ambicioso y colérico, pero hombre de firmeza, estaba destinado á ser un grande obstáculo á Napoleon. Durante el terror, habia arrojado lejos de sí, como otros muchos clérigos lo hicieron, las insignias y con ellas las obligaciones del sacerdocio. Transformado en comisario

de guerra en el ejército de Italia, nadie hubiera dicho al ver su conducta que era un antiguo ministro del culto. Pero cuando Napoleon, poniendo todas las cosas en orden, llamó de nuevo á los sacerdotes al altar, el Cardenal Fesch pensó volver á su primitivo estado, y proporcionarse en él el rango que su parentesco con el primer Cónsul le hacia esperar. Napoleon no habia querido colocarle sino con la condicion que habia de observar una conducta ejemplar; y el clérigo Fesch, con una fuerza de voluntad no comun, cambió en breve de costumbres, ocultó su vida, y dió en un seminario el espectáculo de una penitencia ejemplar. Subido al arzobispado de Leon, que se habia reservado para él, y revestido con el capelo de Cardenal, se mostró al punto no el apoyo de Napoleon, sino mas bien su antagonista en la Iglesia; dejando ya entrever que tenia la pretension de obligar un dia al sobrino, á quien todo lo debia, á contar con un tio apoyado en la secreta malevolencia del clero.

Napoleon se habia quejado amargamente de aquella nueva ingratitud de familia, con el sabio Portalis, quien le habia dado el consejo de que se desembarazase de aquel tio enviándole á Roma como embajador.—Mucho tendrá allí que hacer, decia M. Portalis, con el orgullo y las preocupaciones de la corte de Roma; y empleará los defectos de su carácter en servirlos, lejos de emplearlos en perjudicarlos.—Por este motivo, y no para hacer que le nombraesen Papa, como lo propalaban los inventores de las falsas noticias, habia acreditado Napoleon al cardenal Fesch cerca de la corte de Roma. Ningun Papa le hubiera sido mas desagradable, mas opuesto, ni mas peligroso.

Tal era el personage que debia negocial el viage de Pio VII á Paris.

Efecto que produce en el Papa la idea de venir á Paris.

Desde que por medio del correo extraordinario del cardenal Caprara supo Pio VII los deseos que habia concebido Napoleon, quedó sorprendido y por largo tiempo se vió agitado de los sentimientos mas contrarios. Comprendia muy bien que aquella era la ocasion de prestar nuevos servicios á la Religion, de obtener para ella mas de una concesion, que hasta entonces se le habia negado

constantemente, y de lograr, quizas, la restitution de las provincias arrebatadas al patrimonio de San Pedro. Pero tambien, ¡cuantos azares no tendria que arrostrar! ¡cuantas habillitas no tendria que oír de toda la Europa! ¡cuantos disgustos no podria tener en medio de aquella capital revolucionaria, infestada del espíritu de los filósofos, llena todavia de sus adictos, y habitada por la poblacion mas satirica de la tierra! Todas estas perspectivas se presentaban á la vez al alma del Pontífice, sensible y fácil de con-

mover, agitándola hasta el punto de alterarse notablemente su salud. Su ministro y consejero favorito el Cardenal secretario de Estado Consalvi, fue al instante el confidente de sus inquietudes (1). El Papa le comunicó sus temores, supo los que abrigaba el Cardenal, y ambos se hallaron sobre poco mas ó menos de acuerdo. Temian lo que diria el mundo de aquella consagracion de un Principe ilegítimo, de un usurpador, como se apellidaba á Napoleon en cierto partido; temian el descontento de las cortes, sobre todo el de la de Viena, la cual veia con un mortal disgusto elevarse un nuevo Emperador de Occidente; temian que el partido del antiguo régimen se desencadenase con mas furia que en la época del Concordato, y con mas motivo, porque aqui el interés de la Religion era menos evidente que el de un hombre, y temian que una vez el Papa en Francia, no se le pidiese, respecto á la Religion, algo de imprevisto, que sile costaria ya trabajo negarlo en Roma, con menos motivo lo podria negar en Paris, lo cual podria acarrear alguna incomodidad desagradable y quizás ruidosa. No llegaban hasta temer un acto violento como la detencion de Pio VI en Valencia del Delfinado, pero se figuraban confusamente escenas extrañas y espantosas. Es cierto que el Cardenal Consalvi, que habia ido á Paris para el Concordato, y el Cardenal Caprara que pasaba su vida en aquella capital, tenian acerca de Napo-

El Papa y el cardenal Consalvi se hallan en la mayor agitacion.

(1) No supongo aquí ninguna intencion ni imagino nada. Lo que sigue está fielmente extractado de la correspondencia secreta del Cardenal Consalvi con el Cardenal Caprara, la cual ha quedado en poder de la Francia.

leon, de su cortesía y delicadeza, otras ideas que las que reinaban en aquella corte de sacerdotes ancianos, los cuales jamás se representaban á Paris sino como un abismo, donde dominaba un gigante terrible. El Cardenal Caprara, particularmente, no cesaba de decir, que si el Emperador era el mas ardiente é imperioso de los hombres, era tambien el mas generoso y el mas amable, cuando no se le ofendia; que el Papa quedaria encantado al verle, y que obtendria lo que quisiese para la Religion y para la Iglesia; que aquel era el momento de partir, porque la guerra anunciaba alguna crisis decisiva; que habria otra vez vencidos y un vencedor, y nuevas distribuciones de territorios, y que acaso alcanzaria el Papa que se le devolviesen las Legaciones; que aun cuando de hecho nada de aquello se prometia, era esta en el fondo la intencion de Napoleon, y que solo necesitaba una circunstancia para realizarla. Semejantes pinturas calmaban algo la turbada imaginacion del desdichado Pontifice; pero Paris, la capital de aquella horrible Revolucion francesa, que habia devorado Reyes, Reinas y millares de sacerdotes, era para él un objeto indefinible de terror.

En seguida le asaltaban aprensiones enteramente contrarias. No hay duda que la Europa hablaria mal de aquel viaje á Paris; tambien era posible que se expusiese á acontecimientos desconocidos y funestos: pero si no iba, ¿qué llegaria á ser de la Religion y de la Santa Sede? Todos los Estados italianos estaban bajo el poder de Napoleon. El Piemonte, la Lombardia, la Toscana y hasta el mismo reino de Nápoles, á pesar de la proteccion rusa, se hallaban llenos de tropas francesas; y solo por consideraciones á la Santa Sede se habia librado el Estado romano. ¿Qué no haria Napoleon irritado, ofendido por una negativa que infaliblemente seria conocida de toda la Europa, y se reputaria como una condenacion de sus derechos, emanada de la Santa Sede? Todas aquellas ideas contradictorias formaban en el espiritu del Papa y del secretario de Estado Consalvi un flujo y reflujo de los mas dolorosos. El cardenal Consalvi, que ya habia arrojado el peligro y á quien Paris habia estado muy lejos de disgustar, estaba menos agitado; y solo pensaba en la Europa, en sus juicios, y

en el disgusto de todos los antiguos gabinetes.

Entretanto el Papa y el Cardenal que aguardaban á cada momento de Paris, instancias que probablemente no permitirian ninguna negativa, quisieron tener á su favor al Sacro Colegio. Como no se atreviesen á consultarle por entero, porque en su seno se contaban Cardenales ligados á las cortes extrangeras, á las cuales, vendrian acaso el secreto, eligieron á diez miembros de los mas influyentes en la Congregacion de los Cardenales, y les sometieron bajo el secreto de la confesion, las comunicaciones hechas por los Cardenales Caprara y Fesch. Por desgracia, aquellos diez cardenales se hallaban divididos, y era de temer que sucediese lo mismo al Sacro Colegio. Entonces el Papa y su ministro pensaron que se debia recurrir á otros diez, lo cual componia el número de veinte; y esta consulta, que permaneció secreta, dió el siguiente resultado. Cinco cardenales se opusieron

El Papa consulta á veinte cardenales.

enteramente á la Division entre los Cardenales consultados, y diferencia en su modo de pensar.
peticion de Napoleon, y quince se mostraron favorables, pero suscitando algunas objeciones y pidiendo condiciones. De los cinco que se negaban, solo dos habian dado por causa la ilegitimidad del soberano que se trataba de coronar; y los cinco habian dicho que aquello era consagrar y ratificar todo lo que el nuevo Monarca habia permitido ó llevado á cabo de perjudicial á la Religion; porque si habia hecho el Concordato, tambien habia hecho los artículos orgánicos, y, sustraído, cuando era general, las Legaciones del dominio de la Santa Sede; que recientemente, al concurrir á las secularizaciones, habia contribuido á despojar á la Iglesia alemana de sus bienes; y que si queria que le tratasen como á Carlo-Magno, debia portarse como aquel Emperador, y mostrar respecto á la Santa Sede la misma munificencia.

Los quince Cardenales dispuestos á consentir con condiciones restrictivas, objetaban la opinion y el descontento de las cortes de Europa, el inconveniente para la dignidad del Papa de ir á consagrar al nuevo Emperador á Paris, mien-

tras que los Emperadores del Santo Imperio habian ido todos á Roma á hacerse consagrar al pie del altar de San Pedro; el disgusto de encontrarse con los Obispos constitucionales que no se habian retractado completamente, ó que despues de su reconciliacion con la Iglesia, habian suscitado nuevas controversias; la falsa posicion del Santo Padre en presencia de ciertos funcionarios elevados; como, por ejemplo, M. de Talleyrand, quien habia roto los lazos del sacerdocio para anudar los del matrimonio; el peligro de recibir en el seno de una capital enemiga peticiones inadmisibles, á las que seria difícil negarse sin un rompimiento estrepitoso; y finalmente, lo peligroso de semejante viage para una salud tan delicada como la de Pio VII. Recordando la censura que en el último siglo habia caído sobre el Papa Pio VI, con motivo del viage que hizo á Viena para visitar á Jose II, volviendo sin haber obtenido nada favorable para la Religion, los quince Cardenales sostenian que solo podia haber una excusa á los ojos del mundo cristiano para el acto de condescendencia que se pedia á Pio VII, cual era, exigir y obtener ciertas ventajas notorias, como la revocacion de una parte de los artículos orgánicos, la abolicion de las medidas tomadas por la República italiana respecto al clero, la revocacion de lo que el comisario frances hacia en Parma y Placencia en lo relativo á la Iglesia de aquel pais, y, por último, algunas indemnizaciones territoriales, por las pérdidas que habia tenido la Santa Sede; y, particularmente la adopcion del antiguo ceremonial observado para la coronacion de los Emperadores germánicos. Algunos de los quince Cardenales, hasta agregaban á título de condicion expresa, que la consagracion se verificaria no en Paris, sino en Italia, cuando Napoleon visitase sus Estados del otro lado de los Alpes, y exigian aquella condicion como indispensable á la dignidad de la Santa Sede.

Algo tranquilizado

El juramento que se sabe ha de prestar el Emperador ofrece desde luego un motivo para fundar la negativa terminante en las condiciones reclama-

por aquellos parecres, estaba el Papa dispuesto á acceder á los deseos de Napoleon, insistiendo sin embargo, de un modo

das por los quince Cardenales que consentian en el viage, y ya habia dado parte de su resolucion al Cardenal Fesch. Mas en el intervalo, habia llegado á Roma el texto del senado-consulta del 28 de Floreal, y la fórmula del juramento que debia prestar el Emperador, la cual contenia estas palabras: Juro respetar y hacer respetar LAS LEYES DEL CONCORDATO,.... Y LA LIBERTAD DE LOS CULTOS. Las leyes del Concordato parecian comprender los artículos orgánicos, y la libertad de los cultos parecia traer consigo la consagracion de las heregias, y nunca la corte de Roma habia admitido por sí misma semejante libertad. Este juramento vino de improviso á proporcionar razon para una negativa absoluta. Sin embargo, se consultó de nuevo á los veinte Cardenales, y esta vez solo cinco pensaron que el juramento no era un obstáculo insuperable, y quince contestaron, que hacia imposible que el Papa consagrara al nuevo Emperador.

Aunque los Cardenales habian guardado bien el secreto, las noticias de Paris, y algunas indiscreciones inevitables de los agentes de la Santa Sede, divulgaron la negociacion, y las personas que rodeaban la corte romana, asi prelados como diplomáticos, se desataron en burlas y sarcasmos. Llamaban á Pio VII *el capellan del Emperador de los franceses*; porque necesitando dicho Emperador el ministerio del Papa, y no queriendo ir á Roma, como otras veces se habian dignado hacerlo los Carlos Magno, los Oton, los Barbarroja y los Carlos Quinto, llamaba al Papa á su palacio.

Este desencadenamiento de los partidos, unido á las dificultades del juramento, conmovió á Pio VII y al cardenal Consalvi, y ambos se decidieron á dar una respuesta, favorable en la apariencia, y en realidad negativa, porque consistia en una condescendencia cargada de condiciones que no podia admitir el Emperador.

El Papa se decide á dar una respuesta casi negativa.

El cardenal Fesch se habia apresurado á contestar á la principal dificultad suscitada contra el juramento, dificultad que nacia del compromiso que contraia el soberano de respetar la libertad de los cultos, diciendo que dicho compromiso no era la aprobacion canónica de

las creencias disidentes, sino la promesa de tolerar el libre ejercicio de todos los cultos, y no perseguir á ninguno, lo cual era conforme al espíritu de la Iglesia y á los principios adoptados en el presente siglo por todos los soberanos. Estas sensatas explicaciones, no tenían, según el cardenal Consalvi, mas que un carácter privado, pero de ningún modo un carácter público, y no podían excusar á la corte de Roma, á los ojos de los fieles ni á los ojos de Dios, si ella faltaba á la fé católica.

Aunque el cardenal Fesch no tenía un talento muy insinuante, habia sabido penetrar, por medio del temor y las liberalidades, en el secreto de mas de un personaje de la corte romana, y conocia con bastante exactitud las objeciones que se hacian, y sus autores. Remitiólo todo á París para que el Emperador se instruyese perfectamente; y, sin embargo, no sabiendo hasta que punto deseaba el Papa sustraerse de lo que se le exigia, presentando condiciones inadmisibles, hizo esperar el triunfo con mucha ligereza; y mas de lo que se podia prometer en aquel momento, añadiendo, no obstante, que para lograrlo era preciso dar al Santo Padre promesas y explicaciones enteramente satisfactorias.

Apuro del Cardenal Caprara, al verse entre la corte de Roma que quiere negar lo que se solicita, y la corte de Francia que espera una respuesta favorable.

Transmitidas á París aquellas comunicaciones, pusieron en un conflicto cruel al Cardenal Caprara, porque las tomaron por un consentimiento, que solo dependia de algunas explica-

ciones, y por lo tanto se tuvo por segura la venida del Papa á Francia. El Cardenal Caprara, que conocia las verdaderas disposiciones de su corte, y que no se atrevia á manifestarlas, estaba confuso y temeroso. La Emperatriz Josefina, tenia mas empeño que el mismo Napoleon en que se verificase aquella ceremonia, porque miraba la consagracion como el perdon del cielo por un acto de usurpacion. Asi fue que recibió al Cardenal Caprara en Saint-Cloud, prodigándole las atenciones mas amistosas. Por su parte, Napoleon le atestiguó su agrado, y ambos le dijeron que consideraban el asunto como arreglado; que

el Papa seria recibido en París con los honores debidos al jefe de la Iglesia universal, y que la Religion reportaria de su viage bienes infinitos. Napoleon, sin saberlo todo, pero sospechando una parte de los secretos deseos de la corte romana, evitó que el Cardenal Caprara le hablase de ellos, temiendo no se le pidiesen cosas del todo imposibles, como la revocacion de los artículos orgánicos, ó muy difíciles entónces como la restitucion de las Legaciones. El Cardenal se halló, pues, doblemente embarazado, por las esperanzas que se habian concebido en París con demasiada facilidad, y por la dificultad de conferenciar sobre dicho asunto con Napoleon, para obtener de él algunas palabras capaces de decidir á su corte.

El Presbitero Bernier, ya Obispo de Orleans, hombre que habia empleado su talento conciliador y profundo en vencer todas las dificultades del Concordato, fue todavia muy útil en aquella circunstancia, encargándole que contestase á la corte de Roma. Para ello se puso de acuerdo con el Cardenal Caprara, y le dió á entender, que despues de las esperanzas que habia concebido la familia imperial, y de la espectacion producida en el público frances, era imposible retroceder sin ultrajar á Napoleon, y sin exponerse á las mas graves consecuencias. El Obispo de Orleans, redactó un despacho que haria honor á los diplomáticos mas sabios y entendidos. Recordó en él los servicios que Napoleon habia hecho á la Iglesia, y los títulos que tenia á su reconocimiento; el bien que la Religion podia esperar de él; el efecto que produciria en el pueblo frances la presencia de Pio VII, y el impulso que daria á las ideas religiosas. Explicó el modo como debian entenderse el juramento y las expresiones relativas á la libertad de los cultos; y presentó ademas el expediente de hacer dos ceremonias: la una civil, en la cual el Emperador prestaria el juramento y tomaria la corona, y la otra religiosa, en la cual bendeciria el Pontífice aquella corona. Por último, declaró positivamente, que lo que hacia que se solicitase la venida del Papa á París, era

El Obispo de Orleans queda encargado del asunto de la Consagracion, así como lo habia sido de la negociacion del Concordato.

el interes de la Religion y de los negocios que á ella iban unidos. Encerraban estas palabras bastantes esperanzas para ganar personalmente al Santo Padre, y para que pudiese dar á la cristiandad un pretexto que justificase su condescendencia con Napoleon.

El Cardenal Caprara acompañó este despacho oficial del gobierno frances con cartas particulares, en las cuales pintaba lo que acontecia en Francia, el bien que se podia llevar á cabo, y el mal que habia que reparar; y afirmaba positivamente que no se podia rehusar sin graves peligros; que en Roma se juzgaba mal de las cosas, y que el Papa solo hallaria en su viaje motivos de satisfaccion.

Llevada segunda vez á Roma la negociacion debia tener un éxito feliz. Ilustrados el Papa y el Cardenal Consalvi por las cartas del Legado y del Obispo de Orleans, comprendieron la imposibilidad de una negativa, y ostigados por el cardenal Fesch, concluyeron por acceder. Pero sentian la necesidad de consultar otra vez á los cardenales, y sobre todo los habia asustado una de las explicaciones del Obispo de Orleans, que consistia en la idea de verificar una doble ceremonia. El Papa no admitia mas que una, porque no queria bendecir solamente al nuevo Emperador, sino tambien coronarle. Consultóse, pues, de nuevo á los cardenales acerca de las explicaciones llegadas de Paris. El Cardenal Fesch, logró penetrar entre ellos, é introducir el temor en sus corazones, para lo cual valia mucho mas que para seducir. La respuesta fue favorable; pero se exigió una nota oficial que explicase el juramento, que prometiese una doble ceremonia, y que contuviese la mencion expresa de las condiciones, en virtud de las cuales se trasladaba el Papa á Paris.

Consentimiento del Papa, y condiciones que pone.

Pio VII hizo, pues, declarar que consentia en pasar á Paris con la condicion de que se explicaria el juramento, de modo que no diese á entender que era una aprobacion de los dogmas heréticos, sino la simple tolerancia material de los cultos disidentes; que se prometeria escucharle cuando reclamase contra ciertos articulos orgánicos; y cuando lo hiciese por los intereses de la Iglesia y de la

Santa Sede (no se hacia mencion de las Legaciones); que no se permitiria que se le presentasen los Obispos que discutian su sumision á la Santa Sede, sino en el caso en que hiciesen una nueva y completa sumision; que no se veria expuesto al encuentro de personas que se hallaban en una situacion contraria á las leyes de la Iglesia (se designaba positivamente la esposa del ministro de negocios extranjeros); que el ceremonial que se observase seria el que la corte de Roma empleaba para consagrar á los Emperadores, ó el del Arzobispo de Reims para consagrar á los Reyes de Francia; que no habria mas que una ceremonia, y esa hecha por el Papa exclusivamente; que una diputacion compuesta de dos Obispos franceses llevaria á Pio VII una carta de invitacion, en la cual diria el Emperador, que detenido por razones poderosas en el seno de su Imperio, y teniendo que conferenciar con el Santo Padre sobre los intereses de la Religion, le rogaba pasase á Francia para bendecir su corona y tratar de los intereses de la Iglesia; que no se dirigiria al Papa ninguna especie de peticion, ni se impediria en lo mas minimo su regreso á Italia. Por último, el gabinete pontificio expresaba el deseo de que se transmitiese la ceremonia de la consagracion al 25 de Diciembre, dia en que Carlo-Magno habia sido proclamado Emperador, porque el Papa, cruelmente agitado, necesitaba pasar algun tiempo en Castel-Gandolpho, á fin de hallar algun descanso, y porque, por otra parte, no podia dejar á Roma sin poner en orden muchos negocios del gobierno romano.

Estas condiciones

no tenian nada de inadmisibles, porque si bien se prometia escuchar las

Las condiciones del Papa son aceptadas dándole su explicacion.

reclamaciones que hiciese el Papa sobre ciertos articulos orgánicos, no se prometia acceder á ellas en el caso en que fuesen contrarias á los principios de la Iglesia francesa. El mismo cardenal Fesch, habia declarado con la mayor lealtad, que respecto á los articulos orgánicos, nunca se modificaria aquel que mas ofendia á la corte de Roma, cual era el que exigia el permiso de la autoridad civil para la introduccion en Francia de las bulas pontificias. Tambien se podia prometer, sin

ningun escrúpulo, una sola ceremonia y la observancia del ceremonial romano ó frances; dar la esperanza de mejorar el estado territorial de la Santa Sede, porque Napoleon habia pensado en ello con frecuencia; enviar una diputacion para invitar solemnemente al Papa á que se trasladase á Paris; alegar los intereses de la Iglesia para motivar su viaje, y contener á los cuatro Obispos que se habian arrepentido de su reconciliacion, y turbaban la Iglesia de un modo sensible. Finalmente, no habia inconveniente en comprometerse en no pedir nada al Papa que no fuese decoroso y conveniente, y que se le dejaria en plena libertad, porque jamas Napoleon ni su gobierno habian pensado lo contrario. En efecto, se necesitaba tener la imaginacion de aquellos ancianos débiles y decrepitos para suponer que la libertad del Papa podia peligrar en Francia.

El Cardenal Fesch exige algunas cosas indebidamente.

Obtenido ya el consentimiento, declaró el cardenal Fesch que el Emperador se encargaria de todos los gastos del viaje, lo cual era una dificultad de menos para un gobierno que se veia arruinado; y ademas, dió á conocer los pormenores de la magnífica acogida que se reservaba al Papa. Por desgracia le importunó é indispuso con exigencias accesorias y fuera de su lugar. Quería que acompañasen al Papa doce cardenales y ademas el secretario de Estado Consalvi; y pretendia, contra el uso establecido que clasifica á los cardenales por orden de antigüedad, ocupar el primer lugar en el carruaje del Pontífice, en su cualidad de embajador, limosnero mayor, y tío del Emperador. Todo esto era inútil y causaba á hombres tímidos y escrupulosos en las fórmulas tanto dolor como las dificultades mas serias.

El Papa no quiere llevar á Paris al cardenal Consalvi.

acerca del número de los cardenales y del viaje del secretario de Estado Consalvi. En sus vagos terrores, Pío VII y Consalvi habian imaginado hacer frente á todos los peligros de la Iglesia por una precaucion singular. El Santo Padre, que se creia mas enfermo que lo que en realidad lo estaba, y que conceptuaba la agitacion

nerviosa que padecia, como un mal peligroso, pensaba que podria morir en el camino; y tambien que acaso se quisiese abusar de él. Para este segundo caso habia redactado y firmado su abdicacion, depositándola en manos del cardenal Consalvi, á fin de que se hallase en disposicion de declarar vacante la Silla pontificia. Ademas, si moria ó abdicaba era preciso convocar al Sacro Colegio, á fin de que eligiese al que habia de ocupar la silla de San Pedro, y para esto debia quedar en Roma el mayor número de cardenales posible, y entre ellos, el hombre mas capaz por su habilidad de dirigir la Iglesia en circunstancias tan graves; es decir, el cardenal Consalvi. Otra consideracion decidia al Papa á obrar así. El Austria, apreciando su situacion, habia reconocido la necesidad en que se hallaba de hacer el viaje; pero habia pedido una garantia, cual era que le prometiese no trataria en Paris de los arreglos de la Iglesia germánica, que debian ser la consecuencia del *recés* de 1803; pues por esto mas que por ninguna otra cosa temia la corte de Viena la permanencia del Papa en Francia. Pío VII habia prometido solemnemente no tratar con Napoleon ninguna cuestion extraña á la Iglesia francesa; pero para que se tuviese fe en su promesa, no debia llevar consigo al cardenal Consalvi, que era el hombre por cuyas manos pasaban todos los grandes asuntos de la corte romana.

Por todos estos motivos se negó Pío VII á llevar consigo mas de seis cardenales, y persistió en su resolucion de dejar en Roma al secretario de Estado Consalvi. En cuanto á las pretensiones personales del cardenal Fesch, se convino que este ocuparia el primer lugar en cuanto llegasen á Francia.

Convenido ya todo

esto, se retiró el Papa á Castel-Gandolpho, donde el aire puro, la tranquilidad que sigue cuando se ha tomado una resolucion, y las noticias cada dia mas satisfactorias de la acogida que se le preparaba en Paris, restablecieron su salud que estaba muy quebrantada.

Napoleon miraba lo que acababa de

Motivos de aquella determinacion.

Antes de dejar el Papa á Roma se retiró á Castel-Gandolpho para tomar algun descanso.

Carta de invitacion que dirige el Emperador al Papa.

obtener como un gran triunfo que ponía el último sello á sus derechos, y que nadale dejaban que desear en

cuanto á su legitimidad. Sin embargo, enmedio de aquellas pompas exteriores no queria perder su carácter, ni hacer ni prometer nada contrario á su dignidad y á los principios de su gobierno. Habiéndole dicho el cardenal Fesch, que bastaria con que comisionase cerca del

El general Caffarelli es el encargado de llevar la carta del Emperador.

Papa á un general que gozase una consideracion elevada, envió al general Caffarelli para que presentase al Papa su invitacion, la

cual redactó en términos respetuosos y hasta cariñosos, pero sin dar demasiado á entender que llamaba al Papa para otros asuntos que los de su consagracion. Dicha carta, escrita con la mayor dignidad, estaba concebida en estos términos:

«SANTÍSIMO PADRE:

«El dichoso efecto que produce en la moral y el carácter de mi pueblo el establecimiento de la Religión cristiana, me induce á rogar á Vuestra Santidad, me dé una nueva prueba del interés que toma por mis destinos y los de esta gran nacion, en una de las circunstancias mas importantes que ofrecen los anales del mundo. Yo os ruego vengais á dar, en el grado mas eminente, el carácter de la Religión á la ceremonia de la consagracion y coronacion del primer Emperador de los franceses; ceremonia que adquirirá nuevo lustre si la hace Vuestra Santidad. Ella atraerá sobre Nos y nuestros pueblos la bendición de Dios, cuyos decretos rigen segun su voluntad la suerte de los imperios y de las familias.

«Vuestra Santidad conoce los sentimientos de afecto que hace tiempo le profeso, y por ellos, debe juzgar el placer que me ofrecerá dicha circunstancia de poder darle nuevas pruebas.

«Por lo demas, rogamos á Dios, Santísimo Padre, que conserve vuestra vida muchos años, para régimen y gobierno de nuestra Santa madre la Iglesia.

«Vuestro afectuoso hijo,

NAPOLÉON.»

A esta carta iban unidas las mayores instancias para que el Papa llegase á Paris en los primeros dias de Noviembre, en vez de verificarlo para el 25 de Diciembre. Napoleon no decia el verdadero motivo que le impulsaba á desear que la ceremonia se verificase cuanto antes; el cual no era otro que su proyecto de desembarco en Inglaterra, preparado para Diciembre. Alegaba uno, verdadero tambien, pero no tan grave, y era el inconveniente que resultaba de hacer permanecer en Paris por mucho tiempo á las autoridades civiles y militares ya convocadas.

El general Caffarelli, partió apresuradamente, y llegó á Roma en la noche del 28 al 29 de Septiembre. El cardenal Fesch le presentó al Papa, quien le hizo una acogida paternal. Pio VII recibió la carta de manos del general, y dejó su lectura para cuando hubiese concluido la audiencia: mas apenas se enteró de ella, y no halló que se alegaban los asuntos religiosos para motivar su viage á Francia, sintió un profundo dolor, y cayó en una agitacion nerviosa que causó las mayores inquietudes. En el fondo, lo que mas conmovia á aquel respetable Pontífice, como á todos los principes de una alma elevada, era su honor, y la dignidad de su corona; y ambas cosas creía comprometidas si no se alegaba el interes de los asuntos religiosos para explicar su viage. El título de *capellan de Napoleon*, que le daban sus enemigos le ofendia mucho. Al momento hizo llamar al cardenal Fesch: *Es un veneno*, lo que me habeis traído, le dijo; añadiendo que no contestaria á semejante carta; ni iria á Paris porque le habian faltado á la palabra. El cardenal Fesch procuró calmar al irritado Pontífice, y pensó que una nueva consulta de Cardenales podría arreglar aquella última dificultad. Todos empezaban á conocer la imposibilidad de volverse atras, y por medio de una nota explicatoria, firmada por el cardenal embajador, se allanó la dificultad; y se convino, que el Papa, á causa de la fiesta de Todos los Santos, saldria el 2 de Noviembre y llegaria el 27 á Fontainebleau.

Mientras esto pasaba en Roma, el Emperador Napoleon lo habia dispuesto todo

Cuestiones relativas al ceremonial.

en Paris para que la ceremonia tuviese un brillo prodigioso. Habia invitado para que asistiesen á ella á los principes de Baden, al príncipe archicanciller del Imperio germánico, y á numerosas diputaciones elegidas entre los individuos de la administracion, de la magistratura y del ejército. Habia dejado al Obispo Bernier, así como al archicanciller Cambacérès el cuidado de examinar el ceremonial usado en la consagracion de los Emperadores y de los Reyes, y proponerle las modificaciones que reclamasen las costumbres del siglo, el espíritu de la época y hasta las prevenciones de la Francia contra la autocracia romana; encargándoles que guardasen el mayor secreto, para que aquellas cuestiones no fuesen objetos de censuras, ni de sensibles habillitas; y reservándose el decidir, las que fuesen dudosas. Los dos ritos romano y frances, contenian ceremonias que era difícil sentasen bien en aquella época. Segun uno y otro ceremonial, el monarca se presentaba sin las insignias del poder supremo, tales como el cetro, la espada y la corona, y no las recibia sino de manos del Pontífice: ademas le colocaban la corona sobre la cabeza. Por el rito frances los pares, y por el rito romano los Obispos, tenían la corona suspendida sobre la cabeza del Monarca arrodillado, y el Pontífice tomándola, la hacia descender sobre su frente. MM. Bernier y Cambacérès, despues de haber suprimido ciertos pormenores, demasiado en contradiccion con la época, eran de opinion que se conservase aquella última parte de la ceremonia, sustituyendo á los pares del rito frances y á los Obispos del rito romano, los seis grandes dignatarios del Imperio, y dejando al Papa colocar la corona, segun la costumbre admitida desde tiempo antiguo. Napoleon, fundándose en el espíritu de la nacion y del ejército, sostuvo que no podia recibir así la corona de manos del Pontífice; que la nacion y el ejército que se la daban se ofenderian al ver un ceremonial tan poco conforme con la realidad de las cosas y la independencia del trono. Sobre este punto se mostró inflexible, diciendo, que conocia mejor que nadie los verdaderos sentimientos de la Francia, inclinada, sin duda, á las ideas religiosas, pero siempre dispuesta, aun en este con-

cepto á censurar á los que traspasasen ciertos limites. Quería, pues, llegar á la basilica con sus insignias imperiales, es decir con el traje de Emperador, y presentarlas al Papa solo para que las bendijese. Consentia en ser bendecido y consagrado, pero no coronado. El archicanciller Cambacérès, confesando lo que habia de verdadero en la opinion de Napoleon, manifestó el peligro no menos grande de ofender al Pontífice, ya muy apesadumbrado, y privar la ceremonia de una conformidad preciosa con las antiguas fórmulas acostumbradas desde Pipino hasta Carlo-Magno. MM. Cambacérès y Bernier, ambos ligados intimamente con el Legado, quedaron encargados de hacerle que aprobase la voluntad del Emperador. El cardenal Caprara, sabiendo que las fórmulas eran un negocio muy grave para su corte, pensó que no debia decidirse nada sin la opinion del Papa, pero que tampoco se debia remitir nada á la Santa Sede por temor de suscitar nuevas dificultades. Convencido que el Papa, una vez llegado quedaria tranquilo y contento por la acogida que le estaba destinada en Francia, el cardinal creyó que todo se arreglaria mas fácilmente en Paris, bajo la influencia de una satisfaccion inesperada, que en Roma bajo la influencia de los mas vagos temores.

Vencidas aquellas dificultades interiores que nacian de las pretensiones de la familia imperial. Tratábase de fijar el papel que debian representar la esposa, y los hermanos y hermanas del Emperador en la ceremonia de la consagracion. En primer lugar, se necesitaba saber si Josefina seria coronada y consagrada como el mismo Napoleon. Ella lo deseaba ardientemente, porque esto era un nuevo lazo que la unia á su esposo, una nueva garantia contra un repudio futuro, que era el tormento constante de su vida. Napoleon vacilaba entre la ternura que le profesaba, y los secretos presentimientos de su política, cuando una escena de familia, estuvo en poco que no causase la pérdida de la desgraciada Josefina. Todo el mundo se agitaba en torno del nuevo monarca, hermanos, hermanas y amigos; y cada cual queria representar en aquella solemnidad que parecia iba á consa-

Dificultades interiores que nacian de las pretensiones de la familia imperial.

grarlos á todos, un papel conforme á sus pretensiones del momento y á sus esperanzas para lo venidero. Al aspecto de aquella agitacion, y testigo de las instancias de que Napoleon era objeto, particularmente por parte de una de sus hermanas, Josefina, turbada y devorada por los celos, dejó manifestar sospechas que ultrajaban á aquella hermana y aun al mismo Napoleon, y que eran conformes á las atroces calumnias propaladas por los emigrados. De repente se apoderó de Napoleon una cólera violenta, y encontrando en ella fuerzas contra el afecto que la tenia, dijo á Josefina que iba á separarse de ella (1); que por otra parte era cosa que habia de suceder mas tarde, y que mas valia resignarse entonces, antes de haber contraido lazos mas estrechos. En seguida llamó á sus hijos adoptivos, les comunicó su resolucion, y con esta noticia causó un profundo dolor á sus almas. Hortensia y Eugenio de Beauharnais, declararon con una resolucion tranquila y triste, que seguirian á su madre al retiro á que se la queria condenar. Josefina, bien aconsejada, mostró un dolor resignado y sumiso. El contraste de su sentimiento con la satisfaccion que reinaba en lo restante de la familia imperial, destruyó el corazon de Napoleon, y no pudo decidirse á ver desterrada é infeliz á aquella muger compañera de su juventud, y con ella desterrados é infelices aquellos hijos que habian llegado á ser el objeto de su ternura paternal. Estrechó á Josefina en sus brazos, y en su efusion la dijo, que jamás tendria fuerzas para separarse de ella, aunque su politica llegaria quizás á exigirlo; y despues le prometió que seria coronada con él, y recibiria á su lado, de manos del Papa, la consagracion divina.

Josefina, siempre instable, pasó del terror al mas vivo contento, y se dedicó á los preparativos de aquella ceremonia con una alegría pueril.

Napoleon, en su secreto pensamiento de resucitar un dia el imperio de occidente, queria tener Reyes vasallos al rededor de su trono. En aquel momen-

to hacia á sus dos hermanos José y Luis, grandes dignatarios del imperio; en breve pensaba hacerlos Reyes, y hasta preparaba un trono en Lombardia para José. Su intencion era que al llegar á ser Reyes, quedasen siendo grandes dignatarios de su Imperio. De este modo, debian ser en el imperio frances de occidente, lo que en el imperio germánico eran los principes de Sajonia, de Brandeburgo, de Bohemia, de Baviera, de Hannover, &c. Era necesario que la ceremonia de la consagracion correspondiese á tal proyecto, y fuese la imágen emblemática de la realidad que preparaba. En su consecuencia, no admitia que ni los pares ni los Obispos tuviesen suspendida la corona sobre su cabeza, ni tampoco que el primero de los Obispos, el de Roma, se la colocase. Por razones semejantes, quiso que sus dos hermanos, destinados á ser Reyes vasallos del grande Imperio, tuviesen á su lado una posicion que significase claramente aquel vasallage futuro; y asi, pues, exigió, que cuando revestido con el manto imperial, tuviera que trasladarse en el seno de la basilica del trono al altar y del altar al trono, sus hermanos sostuviesen la cola de su manto; exigiéndolo no solo para él sino tambien para la Emperatriz; debiendo desempeñar este officio al lado de Josefina las princesas hermanas de Napoleon, asi como sus hermanos debian desempeñarle á su lado. Para obtener esto tuvo que emplear la expresion enérgica de su voluntad; pues si bien su bondad natural hacia que fuesen para él penosas las escenas de familia, era absoluto cuando sus resoluciones se rozaban con los designios de su politica.

Hallábanse en Noviembre, y todo estaba ya dispuesto en

Noviembre de 1804.

la iglesia de Nuestra Señora. Las diputaciones habian llegado; los tribunales estaban cerrados, y sesenta Obispos y Arzobispos seguidos del clero de sus diócesis habian abandonado el cuidado de los altares. Los generales, los almirantes, los oficiales mas distinguidos del ejército y de la armada, los mariscales Davout, Ney y Soult, los almirantes Bruix

(1) Menciono aquí el relato fiel de una persona respetable, testigo ocular, muy adicto á la familia imperial, y que ha conservado aquel recuerdo en sus memorias manuscritas.

Papel señalado á los príncipes y princesas de la familia imperial en la ceremonia de la consagracion.

y Ganteaume en vez de estar en Boloña ó en Brest, se encontraban en París. Napoleon estaba inquieto; porque aun- que gustaba de las pompas podian en él mas los negocios del Estado. Una multitud de curiosos que habian acudido de todas las partes de Europa y de Francia, obstruian la capital, y aguardaban el espectáculo extraordinario que los habia traído á ella. Napoleon, á quien no disgustaba la concurrencia, cuyo objeto continuo era él, tenia no obstante deseos de que cesase aquel estado de cosas que salia del órden regular que queria ver reinar en su imperio: así, pues, enviaba oficiales, para que entregasen al Papa cartas llenas de ternura filial, pero tambien de vivas instancias para que apresurase su marcha. De retraso en retraso se habia fijado la ceremonia para el 2 de Diciembre.

El Papa se habia Partida del Papa decidido, al fin, á dejar su viage atravesando la Italia y la Francia. Los dos sus poderes al cardenal Consalvi y de haberle abrasado repetidas veces, se dirigió el 2 de Noviembre por la mañana al altar de San Pedro, y arrodillado ante él pasó largo rato, rodeado de los Cardenales, de los grandes de Roma y del pueblo, dirigiendo una ferviente plegaria, como si fuese á arrostrar grandes peligros. En seguida subió á su carruaje y tomó el camino de Viterbo; los vecinos del pueblo de Transtevere, tan fiel á sus Pontífices, le siguieron por largo tiempo, llorando. ¡Habia pasado la época en que la corte romana era la mas ilustrada de las de Europa! En aquella ocasion, los ancianos del Sacro Colegio, conociendo apenas el siglo en que vivian, y censurando, porque no podian comprenderla, la sabia condescendencia de Pio VII, habian llegado á dar crédito á las fábulas mas absurdas. Algunos de ellos hallaban como verosimil el rumor de que en Francia habia preparada una achanza para constituir al Santo Padre prisionero, y tomarle sus Estados, ¡como si Napoleon necesitase echar mano de tales medios para ser dueño de Roma! ¡como si desease otra cosa, en aquel momento, que una bendicion pontifical, que hiciese respetable el carácter de su poder á los ojos de los hombres!

Al partir Pio VII habia querido, ape-

sar de su pobreza, llevar consigo algunos regalos, dignos del huésped en cuyo palacio iba á residir; y con su delicadeza acostumbrada habia elegido para ofrecerlos á Napoleon dos antiguos camafeos, tan notables por su hermosura como por su significacion; el uno de los cuales representaba á Aquiles y el otro la continencia de Scipion. Para Josefina destinaba algunos jarros, tambien antiguos y de una forma admirable; y por consejo de M. de Talleyrand traia para las señoras de la corte gran cantidad de rosarios.

Púsose, pues, en camino y atravesó el Estado romano y la Toscana por medio de las poblaciones de Italia, arrodilladas á su paso. En Florencia, fue recibido por la Reina de Etruria, ya viuda, y regente, durante la menor edad de su hijo, del nuevo reino erigido por Napoleon. Aquella princesa, piadosa como una princesa española acogió al Papa con demostraciones de devocion y respeto que le encantaron. Desde entónces comenzaron á calmarse sus profundas inquietudes. No queriendo pasar por las Legaciones, á fin de no consagrar con su presencia la entrega que se habia hecho de ellas á otro estado que al romano, atravesó por Plasencia, Parma y Turin. Todavía no se hallaba en Francia, pero le rodeaban autoridades y tropas francesas. Vió al anciano Menou, y á los oficiales del ejército de Italia inclinados con respeto ante él, y quedó conmovido de la expresion respetuosa de aquellos rostros varoniles. El cardenal Cambacérès, y un chambelan de palacio, M. de Salmatoris, se presentaron á recibirle en las fronteras del Piamonte, que eran las del Imperio, y le entregaron una carta de Napoleon, llena de la expresion de su reconocimiento, y de los votos que hacia por el pronto y feliz viage del Pontífice. Tranquilizado cada vez mas Pio VII, temia ya menos la consecuencia de su resolucion. Así atravesó los Alpes, donde se habian tomado precauciones extraordinarias, para hacer mas seguro y fácil su viage y el de los ancianos cardenales que le acompañaban. Oficiales del palacio imperial cuidaban de todo con una magnificencia y un celo infinito. Por último, llegó á Leon, y en esta ciudad se cambiaron todos sustemores en una verdadera ale-

gria. Poblaciones enteras de la Provenza, del Delfinado, del Franco-Condado y de la Borgoña habían acudido para ver al representante de Dios sobre la tierra. Todos los pueblos tienen en el corazón un sentimiento confuso pero profundo de la Divinidad. Poco importa la forma bajo la cual se la presenta á su adoración, con tal que aquella forma esté admitida desde muy antiguo, y que los que los dirigen les den el ejemplo de respetarla. Si se añade á la fuerza natural de aquel sentimiento el poder extraordinario de las reacciones, la ligereza y ardor con que la multitud retrocede á las cosas antiguas, que momentáneamente ha abandonado, se concebirá el celo y diligencia con que las poblaciones de las ciudades y de las campiñas corrian al encuentro del Santo Padre. Al ver Pío VII arrodillada á sus pies aquella nación que le habían pintado en perenne revolución contra las autoridades de la tierra y del cielo, á aquella nación que había derribado los tronos y detenido cautivo á un Pontífice, quedó admirado y tranquilo, y reconoció que su antiguo consejero Caprara, decia verdad, cuando le afirmaba que aquel viage haria mucho bien á la Religión, y le procuraría á él infinitas satisfacciones. En León recibió otra carta del Emperador, en la que le daba nuevas gracias y hacia nuevos votos por su pronta llegada. Aquel Pontífice débil y de una sensibilidad enfermiza, no sintiendo ya su fatiga desde que se veía recibido de aquel modo, ofreció por sí mismo acelerar dos dias su viage, cuya oferta fue aceptada. Dejó á León en medio de los mismos homenajes, y atravesó á Moulins y Nevers; hallando siempre en los caminos á la multitud conmovida, pidiendo las bendiciones del gefe de la Iglesia.

En Fontainebleau
Llegada del Papa á Fontainebleau. debía detenerse el

Papa. Napoleon habia arreglado las cosas, á fin de poder salir al encuentro del Santo Padre y proporcionarle dos ó tres dias de descanso en aquel hermoso retiro. Al efecto habia dispuesto para aquel dia 25 de Noviembre una partida de caza que debia dirigirse por el camino que traia el Santo Padre; y á la hora en que sabia que el cortejo pontifical llegaria á la cruz de San-Herem, dirigió su

caballo hácia aquel lado para salir al encuentro del Papa, el cual llegó en breve. Al momento se presentó á él y le abrazó. Pío VII, conmovido de tanto celo, miraba con emocion y con curiosidad á aquel otro Carlo-Magno, en el cual habia algunos años que pensaba sin cesar, reputándole como un instrumento de Dios sobre la tierra. Era medio dia, y ambos soberanos subieron al carruaje para dirigirse al castillo de Fontainebleau, dejando Napoleon la derecha al gefe de la Iglesia. En el dintel del palacio, se hallaban formados en círculo la Emperatriz, los grandes del Imperio, y los gefes del ejército para recibir á Pío VII, y rendirle homenaje. Aunque acostumbrado el Pontífice á las pompas romanas nada habia visto hasta entonces mas magnifico. Rodeado de aquel cortejo fue conducido al aposento que le estaba destinado; y pasadas algunas horas de descanso, y siguiendo las reglas de la etiqueta entre soberanos, pasó á visitar al Emperador y á la Emperatriz, quienes al momento le devolvieron aquella visita. Tranquilizado cada vez mas, y siempre mas seducido por el atractivo lenguaje de su huésped, que se habia propuesto complacerle en vez de intimidarle, concibió un afecto, que hasta el fin de su vida y despues de numerosas y terribles vicisitudes sintió hácia el héroe desgraciado. Sucesivamente le fueron presentados los grandes del Imperio, á los cuales recibió con la mayor cordialidad, y con esa gracia propia de los ancianos, que tambien tiene un encanto poderoso. El rostro dulce y lleno de dignidad, y la mirada penetrante de Pío VII conmovian los corazones, y él mismo lo estaba del efecto que producía. Ni una palabra se le habló entonces acerca de las dificultades que todavia quedaban por vencer, pues solo se procuró contemplar su sensibilidad y su cansancio; y por lo que hace á él estaba todo entregado á la emocion y á la alegría de una acogida que le parecia el triunfo mismo de la Religión.

Era llegado el momento de partir para Paris, de entrar, al fin, en aquella ciudad terrible, donde hacia un siglo fermentaba el espíritu humano, y donde de algunos años á aquella parte se arreglaban los destinos

Entrada del Papa en
Paris.

del mundo. El 28 de Noviembre, despues de tres dias de descanso, el Emperador y el Papa subieron á un mismo carruage, ocupando siempre el último la derecha, y se dirigieron á Paris. El Papa fue alojado en el pabellon de Flora, dispuesto para recibirle; y en él se le dejó descansar todo el día 29: al siguiente 30, se le presentó el Senado, el Cuerpo Legislativo, el Tribunado y el Consejo de Estado; cuyos respectivos presidentes le dirigieron discursos en los cuales se celebraban con términos brillantes y dignos, sus virtudes, su sabiduría y su noble condescendencia para con la Francia. Pero en medio de aquellos discursos, pasajeros como la sensación que los inspiraba, se debe notar el de M. de Fontanes, grave y duradero como las verdades que contenia.

«SANTISIMO PADRE:

Discurso de M. de Fontanes al Papa. «Cuando el vencedor de Marengo concibió en medio

del campo de batalla, el designio de restablecer la unidad religiosa, y devolver á los franceses su antiguo culto, preservó de una completa ruina los principios de la civilizacion. Aquella grande idea, concebida en un día de victoria, produjo el Concordato; y el Cuerpo Legislativo, de quien tengo el honor de ser el órgano cerca de Vuestra Santidad, convirtió el Concordato en ley nacional.

«¡Día memorable, igualmente caro á la sabiduría del hombre de Estado que á la fe del cristiano! Entónces fue cuando la Francia, abjurando errores demasiado graves, dió las mas útiles lecciones al género humano; pues pareció reconocer ante éste que todas las ideas irreligiosas son ideas impolíticas, y que todo atentado contra el cristianismo es un atentado contra la sociedad.

«El restablecimiento del antiguo culto preparó en breve el de un gobierno mas natural á los grandes Estados, y mas conforme á las costumbres de la Francia. Todo el sistema social, estremeado por las opiniones inconstantes del hombre, se apoyó de nuevo en una doctrina inmutable como el mismo Dios. Era la Religion que antiguamente civilizaba y ordenaba las sociedades bár-

baras; pero en esta ocasion era mas difícil reparar sus ruinas que fundar su cuna.

«Debemos este beneficio á un doble prodigio. La Francia ha visto nacer uno de esos hombres extraordinarios, enviados de tarde en tarde al socorro de los imperios que se hallan próximos á su ruina; mientras que Roma, al mismo tiempo, ha visto brillar sobre el trofeo de San Pedro todas las virtudes apostólicas de la edad primera. Su dulce autoridad se ha hecho sentir en todos los corazones, y el respeto universal debe seguir á un Pontífice tan sábio como piadoso, que sabe á la vez todo lo que se debe dejar al curso de los negocios humanos, y todo lo que exigen los intereses de la Religion.

«Esa Religion augusta viene á consagrar con él los nuevos destinos del Imperio frances, y toma el mismo aparato que en el siglo de los Clovis y de los Pipinos.

«Todo ha cambiado en torno suyo: solo ella no ha cambiado.

«Ella ve concluir las familias de los Reyes lo mismo que las de los súbditos; pero sobre las ruinas de los tronos que se desploman, y sobre las gradas de los tronos que se levantan, admira siempre la manifestacion sucesiva de los designios eternos, y los obedece con confianza.

«Jamás el universo ha presentado un espectáculo mas imponente; nunca los pueblos han recibido mayores lecciones.

«No estamos ya en los tiempos en que el imperio y el sacerdocio eran rivales. Ambos se dan la mano para rechazar las doctrinas funestas, que han amenazado la Europa con una desorganizacion total. Ojalá cedan para siempre al doble influjo de la Religion y de la política reunidas! Y este deseo no será burlado; porque jamas en Francia, ha tenido la política tanto genio, ni nunca el trono pontificio ha ofrecido al mundo cristiano un modelo mas respetable y atractivo.»

El Papa se manifestó muy conmovido al oir tan noble language; el mas hermoso que se habia hablado despues del siglo de Luis XIV. El pueblo de Paris, que habia acudido debajo de sus ventanas, pidió que se presentase, pues ya se habia divulgado por la capital la fa-

ma de su bondad y de su noble figura. Pio VII presentándose varias veces en un balcon de las Tullerías, siempre acompañado de Napoleon, fue saludado con vivas aclamaciones, y vió al pueblo de Paris, al pueblo que habia verificado el 10 de Agosto, y adorado la diosa Razon, hincado de rodillas, aguardando su bendicion papal. ¡Singular inconstancia de los hombres y de las naciones, que prueba que es necesario apegarse á las grandes verdades sobre las cuales descansa la sociedad humana, y fijarse en ellas; porque no hay ni dignidad ni reposo en esos caprichos de un dia, que se abrazan y se repelen con una precipitacion deshonrosa.

Las sombrías aprensiones que habian hecho tan amarga la resolucion del Papa, se habian disipado. Pio VII, viéndose al lado de un principe que tomaba por él extremos cuidados, que le guardaba las mayores consideraciones, uniéndole la gracia al genio; y en medio de una nacion grande que habia vuelto á las antiguas tradiciones del cristianismo, siguiendo el ejemplo de un gefe lleno de gloria, estaba encantado y contento de haber añadido algo con su presencia á la fuerza de aquel impulso. Todavía tenia que sufrir algunas desazones, ya respecto al ceremonial, ya con motivo de los Obispos constitucionales, que despues de haberse reconciliado con la Iglesia, se habian puesto á dogmatizar sobre el sentido de aquella reconciliacion. Estos prelados eran cuatro; MM. Lecoz, Arzobispo de Besanzon; Lacombe, Obispo de Angulema; Saurine, Obispo de Strasburgo, y Remond, Obispo de Dijon. M. Portalis los habia llamado en nombre del Emperador, y les habia manifestado que si querian ser presentados al Papa debian escribirle antes una carta de reconciliacion, redactada de acuerdo con el Obispo Bernier y con los cardenales que componian el cortejo pontifical. En el último momento quisieron aquellos cambiar todavía una palabra á la carta, mas habiéndolo apercibido el Papa, lo hizo así notar, y remitió al Emperador el cuidado de terminar aquellas tristes disputas. Por lo demas, mostró un rostro igualmente dulce y paternal á todos los individuos del clero frances. Quedaban por resol-

ver las cuestiones del ceremonial. El Papa habia admitido las principales modificaciones fundadas sobre el estado de las costumbres; pero la cuestion de la coronacion, le afectaba mucho; pues tenia empeño en conservar el derecho que habian tenido sus predecesores de colocar la corona sobre la frente del Emperador. Napoleon mandó que no se insistiese, y dijo que se encargaba de arreglarlo todo en el acto mismo de la ceremonia.

Aproximábase la víspera de aquella grande solemnidad, es decir el 1.º de Diciembre. Josefina, que habia agradado al Santo Padre por una especie de devocion semejante á la de las mugeres italianas, se presentó ante aquel para hacerle una confesion, de la que esperaba sacar el mayor partido; cual fue el declararle que solo estaba casada civilmente con Napoleon, porque en la época en que contrajo matrimonio estaban prohibidas las ceremonias religiosas. Esto era sobre el mismo trono un testimonio extraño de las costumbres de la época. Napoleon habia hecho cesar aquel estado para su hermana la princesa Murat, rogando al cardenal Caprara que les diese la bendicion nupcial; pero no habia querido hacer otro tanto por sí mismo. Escandalizado el Papa de una situacion que á los ojos de la Iglesia era un concubinato, solicitó al punto tener una entrevista con Napoleon; y habiéndose verificado, le declaró, que no tenia inconveniente en consagrarle, porque jamás la Iglesia habia procurado investigar la conciencia de los Emperadores cuando se trataba de coronarlos; pero que no podia, coronando á Josefina, dar la consagración divina á un estado de concubinato. Napoleon, irritado contra la interesada indiscrecion de Josefina, mas temiendo violentar el Papa, cuyo teson en materias de fé le era muy conocido, y no queriendo, por otra parte, cambiar una ceremonia cuyo programa ya se habia publicado, consintió en recibir la bendicion nupcial. Josefina, reconvenida fuertemente por su esposo, pero contenta con el resultado que habia obtenido, recibió la misma noche que precedió á la corona-

Queda por resolver la cuestion del ceremonial: cómo se encarga Napoleon de terminarla.

Matrimonio religioso de Josefina verificado la víspera de la consagración.

Dificultades relativas á los cuatro Obispos constitucionales.

cion, el sacramento del matrimonio en la capilla de las Tullerías. El cardenal Fesch, teniendo por testigos á M. de Talleyrand y al mariscal Berthier, fue, quien echó la bendición al Emperador y á la Emperatriz; verificándose el acto con un secreto profundo, secreto que se guardó fielmente hasta el divorcio. A la mañana siguiente se notaban todavía en los ojos de Josefina, las señales de las lágrimas que le habían costado aquellas agitaciones interiores.

Diciembre de 1804.

Ceremonia de la consagración.

El domingo 2 de Diciembre, día de invierno, frío pero sereno, aquella población de París á quien cuarenta años después hemos visto acudir, en un tiempo semejante, al encuentro de los restos mortales de Napoleón, se precipitaba para asistir al paso del cortejo imperial. El Papa salió primero á las diez de la mañana y mucho antes que el Emperador, á fin de que los dos acompañamientos no se estorbasen uno á otro. Iba acompañado de un clero numeroso, revestido con los mas suntuosos ornamentos, y escoltado por destacamentos de la guardia imperial. En torno de la plaza de Nuestra Señora se habia construido un pórtico, adornado con la mayor riqueza, para recibir en él á la bajada de sus carruajes á los Soberanos y Príncipes que se dirigian á la antigua basilica. El palacio del Arzobispo, adornado con un lujo digno de los huéspedes que debian ocuparlo, se habia dispuesto para que el Papa y el Emperador descansasen en él un instante. Después de una corta estancia entró el Papa en la iglesia, en la cual habia ya tiempo se hallaban reunidos los diputados de las ciudades, los representantes de la magistratura y del ejército, los sesenta Obispos con su clero, el Senado, el Cuerpo Legislativo, el Tribunado, el Consejo de Estado, los príncipes de Nassau, de Hesse y de Baden, el archicanciller del Imperio germánico, y por último, los ministros de todas las potencias. Hallábase cerrada la puerta principal de Ntra. Señora, pues sobre ella se habia levantado el trono imperial; de modo que se entraba en la iglesia por las puertas laterales situadas en los dos extremos de la nave transversal. Cuando el Papa, precedido de la cruz y de las insignias del sucesor de San Pedro, se

presentó en aquella antigua basilica de San Luis, todos los concurrentes se levantaron, y 500 músicos entonaron con un tono solemne, el cántico sagrado, *Te igitur*. El efecto fue imprevisto y profundo. El Papa andando lentamente, fue á arrodillarse primero ante el altar, y en seguida tomó asiento en el trono que se le habia preparado á la derecha del mismo altar; adonde fueron á saludarle unos después de otros todos los sesenta prelados de la Iglesia francesa, teniendo el Pontífice para todos, constitucionales ó no, una mirada benévola. Después se aguardó la llegada de la familia imperial.

La iglesia de Nuestra Señora estaba adornada con una magnificencia sin igual. Colgaduras de terciopelo, sembradas de abejas de oro, descendian desde la bóveda hasta el suelo: al pie del altar habia dos asientos sencillos, que debian ocupar el Emperador y la Emperatriz antes de su coronacion: en el fondo de la iglesia, y en el extremo opuesto al altar habia un trono inmenso, elevado sobre veinte y cuatro gradas y colocado entre columnas que sostenian un frontispicio, formando una especie de monumento dentro de otro, y el cual estaba destinado al Emperador coronado y á su esposa. Tal era la costumbre en los dos ritos romano y frances: el Monarca no iba á sentarse en su trono hasta después de haber sido coronado por el Pontífice.

Ya hacia tiempo que se aguardaba al Emperador, y esta fue la única circunstancia desagradable de aquella grande solemnidad. La posicion del Papa, durante aquel largo rato fue penosa. El temor que el director de aquella fiesta habia sentido de no exponer á los dos cortejos á que se encontrasen, era la causa de la tardanza. El Emperador habia partido de las Tullerías en un carruaje cerrado de cristales y coronado por dos genios de oro sosteniendo una corona; carruaje popular en Francia, y siempre reconocido del pueblo de París, cuando lo ha vuelto á ver después en otras ceremonias. Vestia un traje, diseñado por el mejor pintor de la época, y bastante parecido á los del siglo XVI: cubriale la cabeza una gorra con plumas y de sus hombros pendia un manto corto. No debia tomar el traje imperial sino cuando se hallase en el

palacio arzobispal, y en el momento de ir á entrar en la Iglesia. Escortado por sus mariscales á caballo, y precedido de los grandes dignatarios, que iban en coche, se dirigió lentamente por la calle de San Honorato, y el muelle del Sena á la plaza de Nuestra Señora, en medio de las aclamaciones de un pueblo inmenso, encantado de ver á su general favorito transformado en Emperador; como si este mismo pueblo no lo hubiera hecho todo, con sus pasiones inconsistentes y con su heroísmo guerrero, y lo hubiese hecho por él un golpe de una vara mágica. Luego que hubo llegado Napoleon ante el pórtico ya mencionado, se bajó del carruaje, entró en el palacio arzobispal, y tomando la corona, el cetro y el manto imperial se dirigió á la basilica. A su lado llevaban la gran corona, en forma de tiara, para la cual habia servido de modelo la de Carlo-Magno. En aquel momento llevaba ceñida la corona de los Césares, es decir, un simple laurel de oro; y todos admiraban aquella cabeza, hermosa bajo este laurel de oro, como una medalla antigua. Entrado en la iglesia al sonido de una música sonora, se arrodilló, y en seguida se dirigió al asiento que debia ocupar antes de tomar posesion del trono. Entonces empezó la ceremonia. Se habia depositado sobre el altar la corona, el cetro, la espada y el manto. El Papa, ungió, segun costumbre, la frente, brazos y manos del Emperador, y despues bendijo la espada que le ciñó, el cetro que colocó en su mano, y se aproximó para tomar la corona. Na-

Napoleon toma la corona de manos del Papa y la pone sobre su cabeza.

napoleon observando sus movimientos, y cortando la dificultad en el mismo acto, como lo habia anunciado, tomó la corona de manos del Pontifice, sin groseria pero con decision, y él mismo se la colocó sobre su cabeza. Aquel acto; comprendido por todos los que lo presenciaban, produjo un efecto indecible. Napoleon, tomando en seguida la corona de la Emperatriz, se aproximó á Josefina, que estaba arrodillada ante él, y con una ternura visible la colocó sobre la cabeza de aquella compañera de su fortuna, la cual en aquel momento vertia abundantes lágrimas. Hecho esto, se encaminó hácia el gran trono, al cual subió seguido de

sus hermanos que sostenian la cola de su manto imperial. Entónces el Papase dirigió, segun costumbre, al pie del trono para bendecir al nuevo Soberano y cantar aquellas palabras que habian resonado en los oídos de Carlo-Magno en la basilica de San Pedro, cuando el clero romano le proclamó de improvviso Emperador de occidente: *VIVAT IN ÆTERNUM SEMPER AUGUSTUS*. Al entonar aquel cántico, los gritos de viva el Emperador, mil veces repetidos, resonaron bajo las bóvedas de la iglesia de Nuestra Señora; el cañon unió á ellos sus estampidos, y puso en noticia de todo Paris el instante solemne en que Napoleon era definitivamente consagrado, segun todas las formas convenidas entre los hombres.

En seguida le presentó el archicanciller Cambacérès el texto del juramento, y un Obispo el Evangelio, y puesta la mano sobre el libro de los cristianos prestó el juramento que contenia los grandes principios de la Revolucion francesa. Despues se cantó una gran misa pontifical, y ya habia pasado la mayor parte del dia, cuando ambos cortejos volvieron á las Tullerias, atravesando por medio de una inmensa concurrencia.

Tal fue aquella ceremonia, por medio de la cual se consumaba la vuelta de la Francia á los principios monárquicos. No era uno de los menores triunfos de nuestra revolucion, el ver á aquel soldado salido de su seno, consagrado por el Papa, para lo cual habia éste dejado expresamente la capital del mundo cristiano. Cuando semejantes pompas y fiestas tienen tal título, entonces son dignas de llamar la atencion de la historia. Si la moderacion de los deseos, sentándose en aquel trono con el genio, hubiera proporcionado á la Francia una libertad suficiente, y contenido en un buen medio el impulso hácia las empresas heroicas, entonces aquella ceremonia hubiera consagrado para siempre, es decir, para algunos siglos, á la nueva dinastia. Pero debíamos llegar por otras sendas á un estado politico mas libre, y á una grandeza por desgracia demasiado limitada.

Hacia quince años que la Revolucion habia comenzado. Monarquia durante tres años, república por espacio de doce, volvía á ser monarquia militar, funda-

da, no obstante, en la igualdad civil, en la concurrencia de la nacion para la formacion de las leyes, y en la libre admision de todos los ciudadanos á aquellas grandezas sociales restablecidas. Asi habia marchado en quince años la sociedad francesa, sucesivamente desquiciada y reconstruida con la prontitud comun á las pasiones populares.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMO.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

TERCERA COALICION.

Permanencia del Papa en Paris.—Empeño de Napoleon en detenerle.—No habiendo podido obrar las escuadras en Diciembre, Napoleon emplea el invierno en organizar la Italia.—Transformacion de la República italiana en un reino dependiente del imperio frances.—Ofrécese este reino á José Bonaparte, y éste no quiere admitirle.—Napoleon se decide á colocar sobre su cabeza la corona de hierro, declarando que las coronas de Francia é Italia, quedarían separadas cuando se restableciese la paz.—Sesion solemne en el Senado.—Segunda coronacion en Milan fijada para el mes de Mayo de 1805.—Napoleon halla en su estancia del otro lado de los Alpes un medio para ocultar mejor sus nuevos proyectos marítimos.—Aumentanse sus recursos navales con la imprevista declaracion de guerra que hace la Inglaterra á la España.—Fuerzas navales de Holanda, Francia y España.—Proyecto de una grande expedicion á la India.—Vacilacion momentánea entre aquel proyecto y una expedicion directa contra la Inglaterra.—Preferencia definitiva por esta última.—Queda todo dispuesto para verificar el desembarco en los meses de Julio y de Agosto.—Las escuadras de Tolon, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest deben reunirse en la Martinica, para volver en Julio á la Mancha en número de sesenta navios.—El Papa se dispone al fin á volver á Roma.—Proposiciones que hace á Napoleon dntes de dejarle.—Respuesta sobre los diferentes puntos tratados por el Papa.—Disgusto de éste, aminorado, sin embargo, por el buen éxito de su viage á Francia.—Salida del Papa para Roma, y de Napoleon para Milan.—Disposiciones de las córtes de Europa.—Su tendencia á una nueva coalicion.—Estado del gabinete ruso.—Los jóvenes amigos de Alejandro forman un gran plan de mediacion europea.—Ideas que constituyen aquel plan, verdadero origen de los tratados de 1815.—M. de Nowosiltzoff, queda encargado de hacer que se apruebe en Lóndres.—Acogida que recibe de M. Pitt.—El plan de mediacion es convertido por el ministro inglés en un plan de coalicion contra la Francia.—Regreso de M. de Nowosiltzoff á San Petersburgo.—El gabinete ruso firma con lord Gower el tratado que constituye la tercera coalicion.—Queda sometida la ratificacion de aquel tratado á la condicion de la evacuacion de Malta por la Inglaterra.—A fin de conservar á aquella coalicion la forma previa de una mediacion, M. de Nowosiltzoff debe dirigirse á Paris para tratar con Napoleon.—Inútiles esfuerzos de la Rusia para comprometer á la Prusia en la nueva coalicion.—Esfuerzos mas felices cerca del Austria, la cual contrae compromisos eventuales.—La Rusia se sirve de la mediacion de la Prusia, á fin de obtener de Napoleon pasaportes para M. de Nowosiltzoff.—Concédense dichos pasaportes.—Napoleon en Italia.—Entusiasmo de los italianos por él.—Coronacion en Milan.—Es declarado Eugenio de Beauharnais virey de Italia.—Fiestas militares y visitas á todas las ciudades.—A vista de la Italia se siente Napoleon irresistiblemente arrastrado á ciertos proyectos.—Idea expulsar un dia á los Borbones de Nápoles, y se decide á reunir inmediatamente á Génova á la Francia.—Motivos de aquella reunion.—Constitúyese el ducado de Luca en un feudo imperial en beneficio de la princesa Elisa.—Despues de una permanencia de tres meses en Italia, se dispone Napoleon á volver á Bolña á fin de verificar el desembarco.—Ganteaume no puede encontrar ni un solo dia favorable para salir de Brest y darse á la vela.—Villeneuve y Gravina, salidos afortunadamente de Tolon y de Cádiz, reciben el encargo de hacer levantar el bloqueo que sufre Ganteaume, para dirigirse todos juntos á la Mancha.—Permanencia de Napoleon en Génova.—Su repentina partida para Fontainebleau.—Mientras que Napoleon prepara el desembarco en Inglaterra, todas las potencias del continente preparan una guerra formidable contra la Francia.—Apurada la Rusia por haberse negado la Inglaterra á abandonar á Malta, encuentra en la reunion de Génova un pretexto para no detenerse, y el Austria una razon para decidirse al momento.—Tratado de subsidio.—Armamentos inmediatos

obstinadamente negados á Napoleon.—Este se apercibe de ellos, y pide explicaciones, á la vez que empieza á hacer algunos preparativos en la Italia y en el Rhin.—Persuadido mas que nunca que debe cortar en Lóndres el nudo de todas las coaliciones, parte para Boloña.—Su resolucion de embarcarse, y su impaciencia mientras aguarda lo escuadra francesa.—Movimiento de las escuadras.—Larga y feliz navegacion de Villeneuve y de Gravina hasta la Martinica.—Primeros síntomas de desaliento en el almirante Villeneuve.—Regresa precipitadamente á Europa y hace rumbo hácia el Ferrol para hacer levantar el bloqueo de este puerto.—Batalla naval del Ferrol contra el almirante Calder.—El almirante frances hubiera podido atribuirse la victoria á no haberse perdido dos navios españoles.—Llena su objeto con haber desbloqueado el Ferrol, y unido á su escuadra las dos nuevas divisiones francesa y española.—En vez de adquirir confianza, y hacer rumbo hácia Brest para obligar á los ingleses á levantar el bloqueo de dicho puerto y dirigirse con Ganteaume y cincuenta navios á la Mancha, Villeneuve, desconcertado, se decide á hacer vela hácia Cádiz, dejando creer á Napoleon que se dirige á Brest.—Larga expectativa de Napoleon en Boloña.—Sus esperanzas al recibir los primeros despachos del Ferrol.—Su irritacion cuando empieza á creer que Villeneuve se ha dirigido hácia Cádiz.—Violenta agitacion y arrebató contra el almirante Decrès.—Noticias positivas de los proyectos del Austria.—Repentino cambio de resolucion.—Plan de la campaña de 1805.—Cuales eran las probabilidades de triunfo del desembarco no verificado por causa de Villeneuve.—Napoleon dirige definitivamente sus fuerzas contra el continente.

Enero de 1805.

Distribucion de las águilas al ejército.

Tres dias despues de la ceremonia de la consagracion, Napoleon quiso distribuir alejército y á la guardia nacional las águilas que debian coronar las banderas del imperio. Esta ceremonia, ordenada con tanta nobleza como la anterior, tuvo por teatro el campo de Marte. Los representantes de todos los cuerpos vinieron á recibir las águilas que les estaban destinadas, al pie de un trono magnifico, levantado delante del palacio de la Escuela militar, y antes de recibirlas, prestaron el juramento, que cumplieron despues, de defenderlas hasta la muerte. Aquel mismo dia hubo un banquete en las Tullerias, viéndose al Papa y al Emperador sentados en la mesa uno al lado de otro, revestidos aquel con sus ornamentos pontificales y este con los imperiales, servidos por los grandes oficiales de la corona.

La multitud ávida de espectáculos, estaba encantada de aquellas pompas. Muchos las admitian, sin que dominasen sus sentidos, como una consecuencia natural del restablecimiento de la monarquia. Las personas de juicio hacian votos sinceros para que el nuevo Monarca no se embriagara con las vanidades del poder supremo. Por lo de-

mas ningun pronóstico siniestro turbaba todavia la satisfaccion pública; y todos creian en la duracion del nuevo orden de cosas. Todos veian, aunque acaso con demasiada magnificencia, la fiel consagracion de los principios proclamados por la Revolucion francesa; una prosperidad siempre creciente, á pesar de la guerra, y una grandeza continua, suficiente para encantar el orgullo nacional.

El Santo Padre no hubiera querido permanecer por mucho tiempo en Paris; pero al demorar su partida pensaba hallar una ocasion favorable para expresar á Napoleon los deseos secretos de la corte romana, resignándose por lo tanto á permanecer dos ó tres meses en esta capital. Por otra parte, la estacion no le permitia volver á pasar inmediatamente los Alpes. Napoleon que deseaba tenerle á su lado para mostrarle la Francia, para hacerle conocer su espíritu, para atraerle á comprender las condiciones con las cuales era posible el restablecimiento de la Religion, y para ganar, en fin, su confianza, por medio de comunicaciones francas y diarias, hacia los mayores esfuerzos para detenerle, empleando una gracia infinita, y habia lo-

Prolóngase la permanencia del Papa en Paris.

Esfuerzos de Napoleon para complacer á Pio VII.

grado por fin atraer enteramente á su idea á aquel Santo Pontífice. Pío VII habitaba en las Tullerías, libre para entregarse á sus modestos y religiosos gustos, pero cuando salía iba siempre rodeado de los atributos del poder supremo; escoltado por la guardia imperial, y, en una palabra, colmado de los mayores honores. Su interesante figura, sus virtudes, casi visibles en su persona, habian interesado vivamente á la poblacion parisiense, la cual le seguía por todas partes con una mezcla de curiosidad, de simpatía y de respeto. Visitaba por turno las parroquias de París, en las cuales oficiaba en medio de una afluencia extraordinaria; y su presencia aumentaba el impulso religioso que Napoleon habia procurado imprimir en los espiritus. El Santo Pontífice era feliz, visitaba los monumentos públicos y los museos enriquecidos por Napoleon, y parecia interesarse en las grandezas del nuevo reinado. En una visita hecha á uno de nuestros establecimientos públicos, se condujo con un tacto y oportunidad que le valieron la aprobacion general. Rodeado de una multitud que de rodillas le pedia su bendicion, vió á un hombre en cuyo rostro severo y pesados se notaba todavia el sello de nuestras pasiones extinguidas, que se volvía para sustraerse á su bendicion pontifical. Aproximándose á él el Santo Padre, le dijo con dulzura: No huyais, caballero: la bendicion de un anciano jamas ha hecho daño.—Esta noble y afectuosa frase fue repetida y aplaudida en todo París.

Las fiestas y los cuidados hospitalarios prodigados á su huésped venerable, no habian podido distraer á Napoleon de sus grandes negocios. Las escuadras destinadas á concurrir al desembarco, continuaban llamando toda su atencion. La de Brest, estaba ya pronta para darse á la vela, pero en la de Tolon, retardada en su armamento porque se habia querido aumentarla de ocho navios hasta once, se habia invertido todo el mes de Diciembre. Completa ya, el viento contrario habia impedido que saliese en todo el mes de Enero. El almirante Missiessy, con cinco navios armados en Rochefort, aguardaba una tempestad para ocultar su salida al enemigo. Napoleon destinaba aquel tiempo al gobierno interior de su nuevo imperio.

Aunque decidido á hacer una guerra á muerte contra la Inglaterra creyó debia empezar su reinado, dando un paso, inútil en aquel momento, y que ademas de su inutilidad tenia el inconveniente de ser la repetición de otro paso que dió muy apropiado á su advenimiento al Consulado. Escribió una carta al Rey de Inglaterra para proponerle la paz, y remitió dicha carta con un bergantin al crucero inglés de enfrente de Boloña. Al punto fue comunicada al gabinete británico, el cual contestó que mas tarde daría la respuesta. En 1800 era la paz posible y aun necesaria para las dos potencias; y por lo tanto la determinacion que en dicha época tomó el primer Cónsul, fue muy conveniente; y la negativa hecha á sus proposiciones de paz, seguida de las victorias de Marengo y de Hohenlinden, cubrió de confusion á M. Pitt, y hasta fue una de las causas principales de la caída de aquel ministro. Pero en 1805, hallándose los dos pueblos al principio de la guerra, y habiendo aumentado sus pretensiones hasta el punto de no poder arreglarse sino por la fuerza, proponer la paz mostraba á las claras era un paso ideado, ó para afectar moderacion, ó para tener ocasion de hablar al Rey de Inglaterra de Monarca á Monarca.

Lo que interesaba mucho mas que aquellas vanas demostraciones, era la

Determinacion que toma Napoleon respecto á la Inglaterra.

organizacion definitiva de la república italiana. Esta república, hija de la francesa, debia seguir en todo la suerte de su madre. En 1802, cuando la consulta de Leon, se habia constituido á imitacion de la Francia, adoptando un gobierno, republicano en la forma y absoluto en el hecho; y ahora, era natural que diese otro paso en seguimiento de la Francia, y que de república se transformase en monarquía.

Transformacion de la República italiana en monarquía.

En el libro anterior, hemos dado cuenta de las proposiciones que M. de Cambacérès y el ministro de la república italiana en París, M. de Marescalchi, habian recibido el encargo de hacer al vice-presidente Melzi y á los individuos de la Consulta de Estado. Dichas proposiciones habian sido acogidas

bastante favorablemente, aunque el vicepresidente Melzi, incómodo y mal humorado por la falta de salud, y por una tarea superior á sus fuerzas, mezclase á su respuesta reflexiones bastante amargas. Los italianos aceptaban sin sentimiento la transformacion de su república en monarquía, porque esperaban

aprovecharse de aquella ocasion, para obtener, al menos en parte, el cumplimiento de sus deseos. Querian un Rey, y que este Rey fuese hermano de Napoleon, pero siempre y cuando que la eleccion recayese en José ó Luis Bonaparte, pero no en Luciano, al cual excluian formalmente; que aquel Rey les perteneciese en propiedad; que residiese sin cesar en Milan; que al momento se separaran las dos coronas de Francia y de Italia; que todos los empleados fueran italianos; que no se satisficiese ningun subsidio por la conservacion del ejército francés, y por último, que Napoleon se encargara de hacer que el Austria aprobase aquel nuevo cambio.

Con estas condiciones, decia el vicepresidente Melzi, quedarán satisfechos los italianos, porque todavia no han conocido las ventajas de su emancipacion, sino por un aumento de contribuciones.

La idea de que su dinero es llevado mas allá de los montes, preocupa ordinariamente á los italianos, sometidos por largo tiempo á potencias situadas del otro lado de los Alpes. Sin embargo, ellos tienen un motivo mejor y mas noble para desear su independencia, cual es el de vivir bajo un gobierno nacional. Las bajas razones indignaban á Napoleon sin sorprenderle, porque si bien estimaba poco á los hombres, jamas trabajaba en envilecerlos, pues, en efecto, no puede pensarse en envilecer á los hombres cuando se quiere pedirles grandes cosas. Así, pues, estaba indignado de las razones del vicepresidente Melzi.—Como exclamaba; acaso, no serán los italianos sensibles sino al dinero que les cuesta su independencia! Necesario seria suponerles

modo con que el vicepresidente Melzi y Napoleon conceptuan la situacion y los intereses de la Italia.

muy viles y cobardes; y por lo que hace á mí no los creo tales. ¿Pueden ellos

por sí mismos emanciparse y defenderse sin los soldados franceses? Y si no lo pueden ¿no es justo que contribuyan á mantener á los soldados que derraman su sangre por ellos? ¿Quién, pues, ha reunido en un solo estado, para hacer un cuerpo de nacion, á cinco ó seis provincias, gobernadas otras veces por cinco ó seis principes diferentes? ¿Quién, sino ese ejército francés y yo que lo mando? Si yo hubiera querido, la Italia superior se encontraria hoy destrozada, distribuida en porciones, de las cuales tendria el Papa una parte, otra los austriacos y otra los españoles; y á este precio hubiera desarmado las potencias y conquistado para la Francia la paz del continente. ¿No ven los italianos, que la constitucion de su nacionalidad empieza por un estado que comprende ya la tercera parte de toda la Italia? ¿No está su gobierno compuesto de italianos, y fundado en los principios de la justicia, de la igualdad, de una libertad prudente; en los principios, en fin, de la Revolucion francesa? ¿Qué pueden desear mejor? ¿Acaso puedo yo hacerlo todo en un dia?—

Napoleon tenia en esta circunstancia razon contra la Italia. Sin él, la Lombardia hubiera satisfecho con sus restos al Papa, al Emperador de Alemania, á la España, y á la casa de Cerdeña; y servido de equivalente por la reunion del Piamonte á la Francia. Es verdad, que era en interés de la política francesa, por lo que Napoleon trabajaba en constituir la nacionalidad italiana; pero entender así la política francesa ¿no era un gran beneficio para los italianos? ¿No debian á dicha política la union de todos sus esfuerzos? Y, en verdad, ¿era acaso una carga muy pesada para un pais que contenia las provincias mas ricas de la Europa, el pagar 22 millones de francos (unos 83 millones de reales) al año para sostener treinta y tantos mil hombres, cálculo ficticio, porque comunmente necesitaba al menos 60,000?

Por lo demas, poco se inquietaba Napoleon de aquellas reclamaciones desagradables del vicepresidente Melzi. Sabia que no debia tomar todo aquello como cierto, pues el partido moderado italiano de que se servia para gobernar, al verse abandonado de la nobleza y de los sacerdotes que en general se inclinaban hácia el Austria, y de los liberales

que estaban imbuidos de ideas exageradas, sentia cierta tristeza en su aislamiento; y pintaba segun su idea la situacion con sombríos colores. Napoleon no hacia caso de esto, y ocupado siempre en sustraer la Italia al Austria, buscaba los medios de acomodar sus instituciones á las nuevas instituciones de la Francia.

La consagracion habia sido un motivo para que se reuniesen en Paris el vice-presidente Melzi y algunos delegados de varias autoridades italianas. MM.

Conferencia con los delegados de la república italiana, en la cual quedan de acuerdo.

dos los puntos, excepto el de pagar el subsidio á la Francia, porque los italianos invocaban la ocupacion francesa como su salvacion, pero no querian soportar sus gastos.

José Napoleon rehusa la corona de Italia.

El archicanciller Cambacérès, quedó encargado de tratar con José Bonaparte la cuestion de su elevacion al trono de Italia; pero con grande asombro de Napoleon, rehusó José aquel trono por dos motivos, el uno muy natural, el otro singularmente presuntuoso. José declaró que en virtud del principio de separacion de las dos coronas, aceptar el trono de Italia era renunciar al trono de Francia, y el deseaba quedar principe frances con todos sus derechos de sucesion al Imperio, pues no teniendo Napoleon hijos, preferia la posibilidad lejana de reinar un dia sobre la Francia, á la certidumbre de reinar inmediatamente sobre la Italia. Semejante pretension era muy natural y patriótica. El segundo motivo que para negarse alegaba José, era que se le ofrecia un reino demasiado próximo á la Francia, y por lo tanto demasiado dependiente de ella; que no podia reinar sino bajo la autoridad del gefe del Imperio frances, y que no le convenia reinar á aquel precio. Asi se trasladan ya las ideas de que se dejaron llevar todos los hermanos del Emperador al verse en los tronos que les habia dado. No querer admitir la opinion de un hombre como Napoleon, era la prueba de una vanidad muy loca; y una ingratitud muy impolitica quererse eman-

ciar de su poder; porque aspirar al aislamiento á la cabeza de un estado italiano de nueva creacion, era aspirar á la pérdida de la Italia, tanto como á que se debilitase la Francia.

Inútiles fueron todas las instancias que se emplearon para vencer á José, y por lo tanto, aunque su futuro reinado se habia anunciado á todas las cortes, con las cuales se hallaba la Francia en relaciones, el Austria, la Prusia, y la Santa Sede, fue necesario volver atras é idear una nueva combinacion. Advertido Napoleon por aquella última experiencia que no debia crear en Lombardia una monarquia envidiosa, dispuesta á contrariar sus grandes designios, resolvió tomar el mismo la corona de hierro, y titularse EMPERADOR DE LOS FRANCÉSES, Y REY DE ITALIA. El único inconveniente de este proyecto, era que recordaba demasiado la reunion del Piamonte á la Francia. Tambien se exponia á ofender profundamente al Austria, y á arrastrarla de sus ideas pacíficas á las ideas belicosas de M. Pitt, el cual, desde su vuelta al frente de los negocios, procuraba aprovechar la interrupcion de las relaciones diplomáticas entre la Francia y la Rusia, para anudar una nueva coalicion. A fin de hacer frente á este mal, Napoleon se propuso declarar formalmente que la corona de Italia no permaneceria sobre su cabeza sino hasta la paz; que en dicha época procederia á la separacion de las dos coronas, y elegiria entre los principes franceses el que debiera sucederle. Por el pronto, adoptó á Eugenio de Beauharnais, aquel hijo de Josefina que amaba como si fuese suyo propio, y le confió el vireinato de la Italia.

Napoleon se decide á tomar el título de REY DE ITALIA.

Para calmar Napoleon los recelos del Austria, proclama la separacion de las dos coronas de Francia y de Italia.

Una vez tomada su resolucion, puso poco empeño en que agradase ó no á M. de Melzi, cuyas infundadas quejas empezaban á fastidiarle, porque notaba en él muchos mas deseos de granjearse una especie de popularidad, que la intencion de trabajar en comun en la constitucion futura de la Italia. MM. Cambacérès y de Talleyrand recibieron el encargo de poner en conocimiento de

los italianos presentes en Paris aquellas resoluciones, y combinar con ellos los medios de ejecutarlas. Estos últimos, habian manifestado temer, que los tres grandes colegios permanentes, de los *possidenti*, de los *dotti*, y de los *commercianti*, á los cuales estaba conñado el cuidado de elegir las autoridades y de modificar la Constitucion cuando fuera necesario, resistiesen á todo proyecto que no fuese el de una monarquia lombarda, separada desde luego de la francesa, y manifestasen su resistencia oponiendo la desidia italiana, y no votando ni en pro ni en contra. Napoleon renunció en aquella circunstancia á emplear los medios constitucionales, y obró como creador, que habia hecho de la Italia lo que era, y que tenia el derecho de hacer todavia lo que creyese útil que fuese. M. de Talleyrand le dirigió un informe, en el cual manifestaba que aquellas provincias, dependientes unas de la antigua República veneciana, ó de la casa de Austria, y otras del duque de Módena, y de la Santa Sede, reunidas por la conquista en un solo estado, dependian, como provincias conquistadas de la voluntad del Emperador de los franceses; que lo único que les debia era un gobierno equitativo, adaptado á sus intereses, y fundado en los principios de la Revolucion francesa; pero que por lo demás podia dar á aquel gobierno la forma que mejor conviniese á sus grandes designios. Seguia al informe un decreto constitutivo del nuevo reino, decreto que debia ser adoptado por la Consulta de Estado y los diputados italianos, presentes en Paris, comunicado en seguida al Senado frances, como uno de los grandes actos constitucionales del Imperio, y promulgado en una sesion imperial. Sin embargo, era preciso que la Italia figurase en algo en aquellas nuevas determinaciones; y por lo tanto, se imaginó preparar para ella la escena de la coronacion, para lo cual se resolvió sacar del tesoro de Monza la famosa corona de hierro de los Reyes lombardos, para que Napoleon la colocase sobre su cabeza, despues de haberla hecho bendecir por el Arzobispo de Milan conforme á la antigua usanza de los Emperadores germánicos, que recibian en Roma la corona de occidente y en Milan la de Italia. Aquella escena debia con-

mover á los italianos, despertar sus esperanzas, atraer el partido de los nobles y el clero, que lo que mas echaban de menos de la dominacion austriaca eran las formas monárquicas, y satisfacer al pueblo, siempre prendado del lujo de sus señores; porque á la vez que aquel lujo alhaga su vista, alimentara su industria. En cuanto á los liberales ilustrados debian concluir por comprender, que solo la asociacion de los destinos de la Italia á los destinos de la Francia, podia asegurar su porvenir.

Convinose que despues de adoptarse el nuevo decreto, los diputados italianos, el ministro Marescalchi, y el maestro de ceremonias M. de Ségur, precederian á Napoleon á Milan, para organizar allí una corte italiana, y disponer las ceremonias de la coronacion.

En aquel instante se divulgaron mil rumores en la diplomacia europea. Tan pronto se decia que Napoleon iba á dar la corona de Holanda á su hermano Luis, como que iba á conceder la de Nápoles á José, y reunir la Génova y Suiza al territorio frances. Tambien habia personas que sostenian que Napoleon queria hacer Papa al cardenal Fesch, y que hablaban ya de la corona de España, como reservada á un principe de la casa de Bonaparte. El odio de sus enemigos adivinaba sus proyectos en algunos puntos, los exageraba en otros, y hasta le sugeria algunos en los cuales no habia pensado todavia; facilitándolos, de seguro, pues preparaban para ello la opinion de la Europa. La sesion del Senado para la promulgacion del decreto que constituia el reino de Italia, debia responder á todas aquellas suposiciones verdaderas ó falsas, llevadas por el pronto demasiado léjos.

Reunióse con anticipacion á los diputados italianos en Paris, y despues de someter á su aprobacion el decreto, al cual se adhirieron por unanimidad, se dispuso que la sesion imperial se verificase el 17 de Marzo de 1805 (26 de Ventoso del año XIII). El Emperador se dirigió al Senado á las dos de la tarde, rodeado de todo el aparato de los Soberanos constitucionales de Inglaterra y de Francia, cuando asisten á una sesion real.

Marzo de 1805.

Sesion imperial para comunicar al Senado el decreto relativo á la Italia.

En la puerta del palacio de Luxemburgo le recibió una gran diputacion, y en seguida fue á sentarse sobre un trono, al rededor del cual estaban colocados los principes, los seis grandes dignatarios, los mariscales y los grandes oficiales de la corona. Despues mandó que se comunicasen los documentos que eran el objeto de aquella sesion. M. de Talleyrand leyó su informe, y el decreto imperial. En seguida el vice-presidente Melzi leyó en idioma italiano una copia del mismo decreto, autorizado con la adhesion de los diputados lombardos. Despues el ministro Marescalchi presentó aquellos diputados á Napoleon, en cuyas manos le prestaron juramento de fidelidad como á Rey de Italia. Concluida esta ceremonia, Napoleon, sentado y cubierto, pronunció un discurso enérgico y conciso, como los que él sabia hacer, y de cuyo espiritu se podrá juzgar con facilidad.

«SENADORES:

Discurso de Napoleon acerca de la constitucion del nuevo reino de Italia.

«En esta circunstancia hemos querido presentarnos en medio de vosotros para daros á conocer todo nuestro pensamiento, respecto á uno de los objetos mas importantes de la política del Estado.

«Hemos conquistado la Holanda, las tres cuartas partes de la Alemania, la Suiza y la Italia; pero hemos sido moderados en medio de la mayor prosperidad. De tantas provincias solo hemos conservado lo necesario para mantenernos en el mismo punto de consideracion y de poder en que siempre estuvo la Francia. La particion de la Polonia, las provincias sustraídas á la Turquía, y la conquista de las Indias y de casi todas las colonias, habian roto en detrimento nuestro el equilibrio general.

«Todo lo que hemos juzgado inútil para restablecerle lo hemos devuelto.

«La Alemania ha sido evacuada; sus provincias han sido restituidas á los descendientes de tantas casas ilustres, que hubieran quedado perdidos para siempre, si no les hubiéramos concedido una generosa proteccion.

«Hasta el Austria, despues de dos guerras desgraciadas ha obtenido el estado de Venecia. En cualquier tiempo

hubiera dado gustosa por Venecia las provincias que ha perdido.

«Apenas conquistada la Holanda fue declarada independiente. Su reunion á nuestro imperio hubiera sido el complemento de nuestro sistema mercantil, pues que los mayores rios de la mitad de nuestro territorio desembocan en Holanda. Sin embargo, la Holanda es independiente, y sus aduanas, su comercio y su administracion se rigen á gusto de su gobierno.

«La Suiza estaba ocupada por nuestros ejércitos; nosotros la habiamos defendido contra las fuerzas combinadas de la Europa. Su reunion hubiera completado nuestra frontera militar. No obstante la Suiza se gobierna por elacta de mediacion, á gusto de sus diez y nueve cantones, independiente y libre.

«La reunion del territorio de la república italiana al imperio frances hubiera sido útil al desarrollo de nuestra agricultura; sin embargo, despues de la segunda conquista hemos confirmado en Leon su independencia. Aun mas hacemos hoy, pues proclamamos el principio de la separacion de las coronas de Francia y de Italia, señalando la época de dicha separacion, en el momento que sea posible verificarla sin peligro para nuestros pueblos de Italia.

«Hemos aceptado y colocaremos sobre nuestra cabeza aquella corona de hierro de los antiguos lombardos, para darla nuevo temple y firmeza. Pero no vacilamos en declarar, que transmitiremos dicha corona á uno de nuestros hijos legítimos, sea natural ó adoptivo, el dia en que nos hallemos tranquilos y seguros por la independencia que hemos garantido á los otros estados del mediterráneo.

«En vano buscará el genio del mal pretextos para encender de nuevo la guerra en el continente: lo que ha sido incorporado á nuestro imperio por las leyes constitucionales del Estado permanecerá así. Ninguna nueva provincia será incorporada; pero las leyes de la república bátava, el acta de mediacion de los diez y nueve cantones suizos, y este primer estatuto del reino de Italia, permanecerán constantemente bajo la proteccion de nuestra corona, y jamás toleraremos que sufran el menor menoscabo.»

Despues de este discurso tan altivo

y terminante, Napoleon recibió el juramento de algunos senadores que acababa de nombrar, y rodeado del mismo acompañamiento volvió al palacio de las Tullerías. MM. de Melzi, de Maréscalli y los demás italianos recibieron la orden de trasladarse á Milan, para preparar los ánimos á la nueva solemnidad que se había resuelto efectuar. El cardenal Caprara, Legado del Papa cerca de Napoleon, era el Arzobispo de Milan; cuya dignidad había aceptado solo por obediencia; pues era muy entrado en años, estaba abrumado de dolencias, y mas dispuesto á retirarse del mundo, despues de haber pasado su larga vida en las cortes, que á continuar su elevado papel. A ruegos de Napoleon y con permiso del Papa, partiò para la Italia, á fin de coronar al nuevo Rey, segun la antigua costumbre de la Iglesia lombarda. M. de Ségur, se puso inmediatamente en camino con orden de apresurar los preparativos. Napoleon había fijado su partida para el mes de Abril y su coronacion para el mes de Mayo.

El viage de Napoleon á Italia concuerda con sus nuevos proyectos militares.

leon se había visto todo el invierno que sus escuadras se hallasen prontas á salir de Brest, Rochefort y Tolon. En Enero de 1805, hacia unos veinte meses que se había declarado la guerra marítima, porque el rompimiento con la Inglaterra fechaba desde Mayo de 1803, y, sin embargo,

Movimiento de las escuadras en la suposición de una expedición de invierno contra la Inglaterra.

administracion; pero en la marina nada se hace pronto, y esto es lo que no saben bastante las naciones que aspiran á crearse un poder naval. No obstante, debemos decir que las escuadras de Brest y de Tolon hubieran estado armadas antes, si no se hubiera querido aumentar su primer efectivo. La de Brest se había aumentado de 18 navios hasta 21, y podia embarcar 17,000 hombres y 500

caballos, con un material considerable, sin el auxilio de buques de transporte que se tomaban de los mercantes. En el proyecto de aparejar en invierno en medio de un temporal, era necesario renunciar á hacerse acompañar por buques de pocas toneladas, incapaces á un tiempo de seguir á los navios de línea y de ser llevados á remolque. Asi, pues, se habían armado en urca algunos viejos navios de guerra, en los cuales se habían embarcado los hombres y el material. Por este medio podia salir la escuadra completa y con cualquier tiempo llegar á Irlanda, desembarcar sus 17,000 hombres y su material, y volver en seguida á la Mancha. Por lo demás se hallaba lista en Noviembre, segun se había deseado. La de Rochefort, compuesta de 5 navios y 4 fragatas, y conduciendo á su bordo 3,000 hombres, 4,000 fusiles y 10,000 libras de pólvora, se hallaba dispuesta en la misma época, y solo la de Tolon cuyo número de 8 navios se había aumentado al de 11, había exigido para ello todo el mes de Diciembre. El general Lauriston, ayudante de campo de Napoleon, había recibido el encargo de formar un cuerpo de 6,000 hombres escogidos, con 50 piezas de artilleria y un material de sitio, y embarcarlo todo en la escuadra de Tolon. Esta escuadra, como ya lo hemos dicho, debía desembarcar al paso una division en Santa Elena, para apoderarse de aquella isla, dirigirse á Surinam, recobrar las colonias holandesas y unirse despues con la escuadra de Missiessy, la cual, por su parte, debía haber socorrido nuestras Antillas y asolado las Antillas inglesas. Ambas, despues de haber atraído á los ingleses á la América, y desembarazado á Ganteaume, tenían la orden de volver á Europa. Ganteaume, despues de haber concluido todos sus preparativos, había aguardado todo el invierno á que Missiessy y Villeneuve, saliendo de Rochefort y de Tolon, arrastrasen á los ingleses en su seguimiento. Missiessy, que aunque faltó de arrojo no lo era de valor, salió el 11 de Enero de Rochefort, durante una horrorosa tempestad, y pasando entre los canalizos se lanzó en alta mar, sin ser apercibido ni encontrado por los

El almirante Missiessy da á la vela durante una tempestad.

ingleses; é hizo rumbo hácia las Antillas con 5 navios y 4 fragatas. Sus buques recibieron algunas averias que se repararon en la mar. En cuanto á Villeneuve, á quien el ministro Decrès habia infundido una exaltacion ficticia y momentánea, se habia entibiado de pronto al ver de cerca la escuadra de Tolon. Para formar las tripulaciones de los once buques con las de los ocho, habia sido necesario dividirlos, y por consecuencia, disminuirlas, completándolas con quintos sacados del ejército. Los materiales empleados en el puerto de Tolon no eran de la mejor calidad, y se habia notado que los hierros, jarcias y mástiles se rompian facilmente. Villeneuve se preocupaba mucho, y quizas mas de lo necesario, del peligro que corria al hacer frente con semejantes buques y tripulaciones á los navios enemigos formados por un crucero de veinte meses; y su alma estaba alterada antes de hallarse en la mar. Sin embargo, ostigado por Napoleon, por el ministro Decrès y por el general Lauriston, se puso en disposicion de llevar

Villeneuve es detenido en Tolon por los vientos contrarios, durante los meses de Diciembre de 1804 y de Enero de 1805.

anclas á fines de Diciembre; pero el viento siempre contrario le detuvo en la rada de Tolon desde dicha época hasta el 18 de Enero; en que habiendo cambiado los vientos, aparejó y logró sustraerse al enemigo haciendo un falso rumbo. Pero á la noche sobrevino una fuerte tormenta y la inexperiencia de las tripulaciones y la mala calidad de los materiales, expusieron á varios de nuestros buques, á accidentes desgraciados. La escuadra se dispersó, y á la siguiente mañana se encontró Villeneuve separado de cuatro navios y de una fragata. Los unos habian perdido sus masteleros, y los otros hacian agua y habian sufrido averias dificiles de reparar en la mar. Además de todas estas desgracias, dos fragatas inglesas observaban nuestra marcha, y el almirante temia ser alcanzado por el enemigo en un momento en que solo podia oponerle cinco navios. Decidióse, pues, á volver á Tolon, aunque ya habia recorrido sesenta leguas, y á pesar de las instancias del general Lau-

riston, quien contando todavia algo mas de 4,000 hombres en los navios que se hallaban reunidos, pedia que lo condujese á su destino, y entró el 27 en Tolon, logrando afortunadamente reunir en dicho puerto toda su escuadra.

No se perdió el tiempo, pues al punto se empezaron á reparar los daños que se habian experimentado, componiendo el aparejo, y finalmente, poniéndose en estado de salir de nuevo. Pero el almirante Villeneuve estaba afectado en extremo; y el mismo dia en que volvió á entrar en Tolon escribió al ministro: «Os declaro, que navios equipados como lo están estos, faltos de marineros, obscuridos de tropas, con aparejos viejos ó de mala calidad, que al menor viento se quiebran sus mástiles ó se desgarran sus velas, y que cuando es bonancible se pierde el tiempo en reparar las averias ocasionadas por el viento ó la inexperiencia de los marineros, no se hallan en estado de emprender nada. Antes de mi salida recelaba lo que habia de suceder; pero ahora acabo de cerciorarme de ello (1) con una cruel experiencia.»

Napoleon se disgustó en extremo al saber aquella salida inútil. ¿Qué se ha de hacer, decia, con al-

Disgusto de Napoleon al saber la desgraciada salida de Villeneuve.

mirantes que á la primera averia se desaniman, y solo piensan en volver al puerto? Si una operacion pudiera ser contrariada por la separacion de algunos buques, preciso seria renunciar á navegar y á emprender cualquier cosa, aun en la mejor estacion. Se hubiera debido, decia, haber fijado la altura de las Canarias como punto de reunion, y haberlo comunicado asi á todos los capitanes de los navios por medio de despachos cerrados. Si un navio hacia agua de un modo peligroso, debia habérsele dejado en Cádiz, pasando toda su tripulacion al navio *Aquila*, que se hallaba en dicho puerto pronto á darse á la vela. La rotura de algunos masteleros, y el desorden consiguiente que causa una tempestad, son circunstancias muy ordinarias. Dos dias de buen tiempo hubieran repuesto á la escuadra, y ordenándolo todo. Pero el gran

Salida y entrada de Villeneuve.

tro navios y de una fragata. Los unos habian perdido sus masteleros, y los otros hacian agua y habian sufrido averias dificiles de reparar en la mar. Además de todas estas desgracias, dos fragatas inglesas observaban nuestra marcha, y el almirante temia ser alcanzado por el enemigo en un momento en que solo podia oponerle cinco navios. Decidióse, pues, á volver á Tolon, aunque ya habia recorrido sesenta leguas, y á pesar de las instancias del general Lau-

(1) Despacho de 1.º de Pluvioso del año XIII (21 de Enero de 1805) á bordo del navio *Bucentauro*, en la rada de Tolon.

mal de nuestra marina es que los hombres que la mandan son nuevos en todas las circunstancias que el mando trae consigo (1).

Por desgracia habia pasado la época propicia para la expedicion de Surinam, y era menester que Napoleon inventase con su ordinaria fecundidad otra combinacion. La primera, que consistia en traer al almirante Latouche de Tolon á la Mancha, no se habia podido llevar á cabo por la muerte de aquel excelente marino; y la segunda que habia consistido en atraer á los ingleses á los mares de América, enviando la escuadra de Villeneuve á Surinam y la de Missiessy á las Antillas, y aprovechar aquella diversion para que se presentase Ganteaume en la Mancha, habia fallado igualmente por retrasos en la organizacion, por los vientos y por una salida infructuosa: era, pues, necesario, recurrir á otro plan. Una nueva pérdida, la del almirante

Muerte del almirante Bruix.

Bruix, diferente del almirante Latouche, pero igual al menos

en mérito, aumentaba las dificultades de las operaciones navales. El desgraciado Bruix tan notable por su carácter, por su experiencia y por su talento, acababa de morir victima de su zelo y de los sacrificios que habia hecho para la organizacion de la flotilla. Si hubiera vivido, es seguro que Napoleon le hubiera puesto al frente de la escuadra encargada de verificar la gran maniobra que meditaba. Hubiérase dicho que el destino, conjurado contra la marina francesa, queria arrebatárle en diez meses sus dos primeros almirantes, ambos capaces ciertamente de medir sus fuerzas con los almirantes ingleses. Así, pues, hasta que los acontecimientos de la guerra sacasen á luz nuevos talentos, no habia mas remedio que resolverse á servirse de los almirantes Ganteaume, Willeneuve y Missiessy.

Cambio en la situacion marítima por consecuencia de la imprevista declaracion de guerra que hace la Inglaterra á la España.

Un grave acontecimiento ocurrido recientemente en los mares, habia modificado la situacion de las potencias beligerantes. La Inglaterra habia declarado

la guerra á la España de una manera im-

prevista é injusta. Desde algun tiempo á aquella parte se habia notado que la neutralidad de la España sin ser muy benévola para la Francia, le era, sin embargo, de mucha utilidad por mas de un concepto. Nuestra escuadra que habia llegado de arribada al Ferrol, se reparaba en dicho punto, mientras aguardaba que la desbloqueasen: el navio *Aguila* hacia otro tanto en Cádiz; y nuestros corsarios entraban en los puertos de la Peninsula, para vender en ellos sus presas. La Inglaterra tenia el derecho de gozar de las mismas ventajas, gracias á la reciprocidad, pero preferia verse privada de ellas por no dejárnoslas. En su consecuencia habia anunciado á la corte de Madrid, que reputaba como una violacion de la neutralidad lo que acontecia en los puertos de la Peninsula, y la habia amenazado con la guerra si en ellos continuaban armándose nuestros navios, y si seguian siendo para nuestros corsarios un asilo y un mercado. Habia exigido, ademas, que Carlos IV, garantizase el Portugal contra toda tentativa de parte de la Francia. Esta última exigencia era exorbitante, y traspasaba el limite de la neutralidad, en la cual se queria que se circunscribiese la España. Sin embargo, la Francia habia permitido que la corte de Madrid se mostrase complaciente con la Inglaterra, y hasta que accediese á una parte de sus peticiones, á fin de prolongar un estado de cosas que nos convenia. En efecto, la cooperacion militar de la España, no podia valer para nosotros lo que un subsidio de 48 millones al año, y aquella no podia satisfacer este subsidio sino permaneciendo neutral, pues solo así podia recibir el metálico del Nuevo Mundo. Así, pues, se estaba dispuesto á consentir en todo; pero la Inglaterra, cada vez mas exigente á medida que se cedia á sus pretensiones, habia pedido que cesase inmediatamente toda clase de armamento en los puertos españoles, entendiéndose por esto que al punto debian salir nuestros navios del Ferrol, es decir que debian entregárselos. Finalmente, violando abiertamente el derecho de gente, habia mandado, sin previa intimacion que se aprehendiesen los buques españoles que se encontrasen en los mares. Si se piensa que tal orden no tenia otro objeto que el de apoderarse de los buques que venian de las Américas car-

(1) Carta á Lauriston del 1.º de Febrero de 1805.

Los ingleses se apoderarán de unos buques españoles cargados de pesos mejicanos.

tro fragatas españolas, conduciendo doce millones de pesos (240 millones de reales) hacían rumbo de Méjico hácia las costas de España, cuando fueron detenidas por un crucero inglés; y habiéndose negado el oficial español á entregar sus buques, fue barbaramente atacado por una fuerza inmensamente superior; y hecho prisionero despues de una honrosa defensa. Una de las cuatro fragatas se voló, y las otras tres fueron conducidas á los puertos de la gran Bretaña (1).

Aquel odioso acto excitó la indignación de España, y la censura de la Europa. Sin vacilar declaró Carlos IV la guerra á la Inglaterra; mandando al mismo tiempo se prendiesen todos los ingleses que se hallasen en el territorio

(1) En todo este hecho resaltan tres cosas, la primera el papel mezquino y comprometido que obligaba Napoleon á hacer á España para proveerse por su medio de los tesoros de la América; posicion falsa que no podia menos de traer tarde ó temprano á esta infeliz nacion, la guerra con la Inglaterra: la segunda la felonía inglesa tan poco delicada en todos tiempos para hollar á su antojo los principios del derecho y de la justicia con tal de sacar de ello la menor ventaja, y que ahora no dudaba cometer un verdadero acto de piratería, como justamente lo califica Mr. Thiers, á trueque de apoderarse de algunos millones de duros: y la tercera esa inconcebible imprevisión y falta de tino que se echade ver en todos los actos del gobierno español de aquella época; pues, lo que parece increíble, las cuatro fragatas apresadas venían solas, sin escolta, y hasta sin preparar en estado completo de combate, como si se estuviese en una paz profunda que no hubiera el menor motivo de ser interrumpida. Asi es que estas fragatas fueron apresadas, no por fuerzas superiores como dice aquí Mr. Thiers, sino por otras cuatro fragatas inglesas que aunque por su superioridad en armamento, y en fuerza no hacían dundo el éxito, obligaron, sin embargo, á los oficiales españoles para sostener el honor de su pabellón á hacer una defensa inútil en que hubo desastres lamentables, volándose una de las fragatas españolas que traía numerosos pasajeros.

(Nota del Traductor.)

de la península, y el secuestro de todas sus propiedades, para que respondiesen de los bienes y de las personas de los comerciantes españoles.

Así, á pesar de su desidia, y de las hábiles consideraciones de la Francia, la corte de España se veía comprometida á la fuerza en la guerra, por las violencias marítimas de la Inglaterra. No pudiendo Napoleon exigir ya el subsidio de 48 millones, se apresuró á arreglar de Cooperacion de la España á la guerra. que modo cooperaría la España á las hostilidades, y procuró sobretodo, inspirarla resoluciones dignas de ella y de su antigua grandeza.

El gabinete español, en su deseo de complacer á Napoleon, y por un sentimiento de justicia hácia el mérito, habia elegido al almirante Gravina para embajador en Francia. Este era el primer oficial de la marina española, y ocultaba bajo un exterior sencillo una El almirante Gravina.

rara inteligencia y un ánimo intrépido. Napoleon se habia aficionado mucho á Gravina, y éste á Napoleon. Por los mismos motivos que le habian nombrado embajador, se le dió el principal mando de la marina española, y antes de dejar á Paris se le encargó se pusiese de acuerdo con el gobierno frances acerca del plan de las operaciones navales. Con dicho objeto, firmó el almirante el 4 de Junio de 1805 un convenio que especificaba la parte que cada una de las dos potencias debia tomar en la guerra. La Francia se comprometia á mantener constantemente en la mar, 47 navios de linea, 29 fragatas, 14 corbetas y 25 bergantines, y á apresurar todo lo posible la conclusion de los 16 navios y 14 fragatas que existían en los astilleros; á reunir tropas que permanecerían acampadas en los puertos de embarque en la proporcion de 500 hombres por navio, y de 200 por fragata: y, por último, á sostener la flotilla francesa siempre en estado de transportar 90,000 hombres, sin contar los 30,000 destinados á embarcarse en la flotilla holandesa. Si se avalúa en navios y fragatas la fuerza de la flotilla, y se agrega á nuestra escuadra de alto bordo

Convenio, por el cual la Francia y la España arreglan el modo de contribuir á la guerra.

puede decirse que teníamos en la mar en efectivo un total de 60 navios y de 40 fragatas.

La España, por su parte, prometia armar al momento 32 navios de linea provistos de agua para cuatro meses y de viveres para seis, distribuidos del modo que sigue: 15 en Cádiz, 8 en Cartagena y 9 en el Ferrol. Cerca de los puntos de embarque debian hallarse reunidas tropas españolas á razon de 450 hombres por navio y 200 por fragata. Ademas debia tener preparados medios de transporte, en buques de guerra, armados en urcas, en la proporcion de 4,000 toneladas en Cádiz, 2,000 en Cartagena y 2,000 en el Ferrol. Tambien se convino que el almirante Gravina mandaria en gefe la escuadra española, y se corresponderia directamente con el ministro frances Decrès: es decir, que recibiria sus instrucciones del mismo Napoleon; y el honor español podia aceptar sin ruborizarse semejante direccion (1). Algunas condiciones politicas acompañaban aquellas estipulaciones militares. El subsidio cesaba naturalmente, desde el dia en que habia empezado la Inglaterra las hostilidades contra la España: ademas, las dos naciones amigas se comprometian á no concluir la paz separadamente. La Francia prometia hacer que se devolviese á España la colonia de la Trinidad, y hasta Gibraltar, si en la guerra se obtenia algun triunfo notable.

El compromiso que contraia la corte de Madrid, era muy superior á sus medios; pues cuando mas podria reunir en vez de los 32 navios, 24 armados me-

dianamente, aunque montados por valientes tripulaciones. Asi, pues, contando las fuerzas navales de Francia, de

España y de Holanda, se puede calcular que las tres naciones reunian unos 92 navios de linea, de los cuales 60 pertenecian á Francia, 24 á España y 8 á Holanda. Sin embargo, es menester contar la flotilla por 15, lo que reducía á 77 la fuerza efectiva de la escuadra de alto bordo de las tres naciones. Los ingleses contaban 89 perfectamente armados, equipados y experimentados, superiores en todo á los de los aliados, y se preparaban á aumentar su número hasta 100. La ventaja, estaba, pues, de su parte; y solo podian ser combatidos por la superioridad de las combinaciones, las cuales jamas tienen ni con mucho en la mar, tanto influjo como en tierra.

La España tan rica en otro tiempo en marina, y tan interesada en serlo todavia á causa de sus extensas colonias, se hallaba por desgracia, y como ya lo hemos dicho tantas veces, en un estado lamentable. Sus arsenales estaban abandonados, y no habia en ellos ni maderas, ni cáñamo, ni hierro, ni cobre: los magníficos establecimientos del Ferrol, de Cádiz y de Cartagena estaban vacios y desiertos, faltando operarios y materiales. Los marineros, poco numerosos en España, desde que su comercio se habia reducido casi al transporte de las especies metálicas, se habian aminorado á consecuencia de la fiebre amarilla que asolaba todo el litoral, y los habia hecho huir al extranjero ó al interior: agréguese una grande carestía de granos y la miseria de la hacienda, aumentada por la pérdida de las fragatas, recientemente aprehendidas, y se concebirá una idea no muy exacta; de todas las miserias que afligian á aquella potencia, antiguamente tan grande, y entonces tan abatida.

Napoleon, que durante la última paz habia aconsejado tan á menudo y con tan poco fruto al gobierno español, que destinase una parte de sus recursos á la reorganizacion de la marina,

Total de las fuerzas navales reunidas, de Francia, Holanda y España.

Estado lamentable de la marina española.

Ultimos esfuerzos de Napoleon para despertar el zelo de la corte de España.

(1) De unos principios muy laxos sobre la independencia y la dignidad de las naciones da muestra aqui el célebre escritor de esta obra. Sin embargo, dudamos mucho que aprobase el que quisiera intervenir ahora en la política de su patria v. g. el príncipe de Metternich, fundándose en sus bien conocidos talentos, ó que dirijiese las operaciones de sus ejércitos Lord Wellington, en razon á ser el general de mas nombre que existe actualmente. Desgraciado el pais que es débil y mal gobernado, pues no solo se cree todo el mundo autorizado para tomarlo bajo su tutela y servirse de él á su antojo, sino que aun cree le hace en esto un señalado beneficio.

quiso hacer aun sin la esperanza de ser escuchado, un último esfuerzo con aquella corte. Esta vez, en lugar de emplear las amenazas como en 1803, echó mano de los albagos y de las lisonjas. Habiendo llamado de Portugal al mariscal Lannes, para ponerle al frente de los granaderos destinados á desembarcar los primeros en Inglaterra, le habia reemplazado en la embajada de Portugal con el general Junot, personaje á quien apreciaba, y que á un talento natural y á un carácter demasiado ardiente, unia una adhesión sin límites. Le mandó que se detuviese en Madrid para ver al principe de la Paz, á la Reyna y al Rey. Junot debía estimular el honor del principe de la Paz, hacerle conocer que tenia en sus manos la suerte de la monarquía española, y que estaba colocado entre el papel de un favorito despreciable y detestado, ó el de un ministro que se aprovechaba del favor de sus señores para restablecer el poder de su patria. Junot estaba autorizado á prometerle todo el favor de Napoleon y hasta un principado en Portugal, si servia con zelo á la causa comun, y se aplicaba á dar la actividad necesaria á la administración española. El enviado de Napoleon debía ver en seguida á la Reyna, declararle que en Europa se conocia el influjo que tenia en el gobierno, es decir, sobre el Rey y sobre el principe de la Paz; que su honor personal estaba interesado, tanto como el de la monarquía, en que se hiciesen los mayores esfuerzos y se obtuviesen triunfos; y que si en aquella ocasion no se restauraba el poder español, ella, como Reyna que lo podia todo, seria personalmente responsable á los ojos del mundo y de sus hijos de los desórdenes que hubieran debilitado y arruinado la monarquía: por último, Junot debía emplear toda clase de medios para inspirar algunas ideas elevadas á aquella princesa. En cuanto al Rey no habia que hacer nada para inspirárselas, porque las suyas eran excelentes; pero aquel débil Monarca era incapaz de atencion y de voluntad; pues solo pensaba en la caza y en trabajos corporales, lo cual absorbía su atencion.

Junot tenia orden de permanecer algun tiempo en Madrid antes de pasar á Portugal, desempeñando el papel de un embajador extraordinario, para pro-

curar reanimar algo aquella corte degenerada.

Tratábase en aquel entónces de emplear lo mejor que fuera posible, los recursos de las tres naciones marítimas, la Francia la Holanda y la España. El proyecto de traer de improviso á la Mancha una parte mas ó menos numerosa de sus fuerzas navales, ocupaba sin cesar á Napoleon, cuando una idea grande é impensada vino á distraerlo por un instante.

Napoleon piensa por un momento dirigir una grande expedicion á la India.

Napoleon recibia con frecuencia los informes del general Decaen, que mandaba en nuestras factorias de la India, y que retirado, desde la renovacion de la guerra, en la isla de Francia, causaba, en union con el almirante Linois, grandes perjuicios al comercio británico. El general Decaen, hombre de genio fogoso y capaz de desempeñar muy bien un mando lejano, en una situacion independiente y peligrosa, habia entablado relaciones con los marattas, todavia mal sometidos, procurándose noticias curiosas acerca de las disposiciones de aquellos principes recién sojuzgados; y habia adquirido la conviccion que 6,000 franceses desembarcados con un material de guerra suficiente, á los cuales se uniria en breve una masa de sublevados, impacientes por sacudir el yugo, podrian conmovier el imperio británico en la India. Debe recordarse que Napoleon habia dado en 1803 al general Decaen aquella mision, á la cual se habia dedicado este último con ardor. Pero no era una calaverada la que queria intentar Napoleón; pues en caso de emprender algo, seria una expedicion, digna de la de Egipto, y suficiente para arrancar á los ingleses la importante conquista, que constituia en el siglo presente su grandeza y su gloria. La distancia hacia aquella expedicion mucho mas difícil que la de Egipto. Transportar en tiempo de guerra 30,000 hombres de Tolon á Alejandria, es ya una operacion muy considerable, pero el llevarlos de Tolon á la costa de Buena Esperanza, era una empresa gigantesca. Napoleon pensaba, apoyándose para ello en su propia experiencia, que haciendo la inmensidad del mar muy raros los encuentros

se puede con alguna inventiva, emprender los movimientos mas atrevidos, y llegar á salvo sin encontrar en la ruta al enemigo, aun cuando sea superior en número. Asi es como en 1798, habia pasado él por medio de las escuadras inglesas con algunos centenares de velas y todo un ejército, y tomado á Malta y desembarcado en Alejandria sin que Nelson lo encontrase; y asi es como pensaba hacer llegar una escuadra á la Mancha. El buen éxito de semejantes empresas exigia un profundo secreto, y una grande habilidad para enganar al almirantazgo británico; y al efecto lo habia dispuesto todo para confundirle y que no supiese á qué atender. Teniendo tropas reunidas y prontas á embarcarse, donde quiera que habia escuadras, en Tolon, en Cádiz, en el Ferrol, en Rochefort, en Brest y en el Texel, estaba siempre en estado de hacer partir un ejército sin que los ingleses lo advirtiesen, y sin que pudiesen adivinar ni su fuerza ni su destino. El proyecto de desembarco tenia de útil haber llamado la atencion del enemigo, la cual se dirigia sin cesar á aquel objeto, y hacerle siempre creer en una expedicion contra la Irlanda ó contra las costas de Inglaterra. El momento era, pues, favorable para intentar una de aquellas expediciones extraordinarias, que con tanta prontitud concebía y llevaba á cabo Napoleon. Pensaba, por ejemplo, que arrebatar la India á los ingleses era un resultado bastante grande para que aplazase todos sus demas proyectos, aun el de desembarco; y estaba dispuesto á emplear, para lograrlo, todas sus fuerzas navales. He aquí cuales fueron sus cálculos para aquel fin. En los puertos donde se hacian armamentos tenia, ademas de las escuadras prontas á darse á la vela,

Combinacion de Napoleon para conducir 36,000 hombres á la India.

una reserva de buques viejos, poco á propósito para la guerra activa. En las

tripulaciones, contaba tambien ademas de los buenos marineros, jóvenes noveles en la facultad, y conscriptos recién transportados á bordo de los navios; y bajo esta doble consideracion estableció su plan. Quería unir á cierto número de navios nuevos, todos aquellos que no estaban en estado de servicio, pero que, sin embargo, podian soportar todavia una travesia; quería ar-

marlos en urcas, es decir, desarmarlos de la artillería y reemplazar aquella carga con una gran masa de hombres, completar las tripulaciones con marineros de todas clases tomados en nuestros puertos, y de esta suerte enviar de Tolon, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest, escuadras que sin llevar tras si un solo buque de transporte pudiesen desembarcar en la India un ejército considerable. Se proponia que saliesen de Tolon 13 navios, y de Brest 21, en todos 34, de los cuales fuesen la mitad buques viejos, y agregará aquellos 34 navios unas veinte fragatas, diez de ellas casi fuera de servicio. Ambas escuadras, saliendo sobre poco mas ó menos al mismo tiempo, y teniendo por punto de reunion la isla de Francia, podian muy bien transportar 40,000 hombres asi soldados como marineros. Al llegar á la India se debian abandonar los buques que se hallasen en mal estado, y conservar solo los que estuviesen en estado de navegar, los cuales ascenderian á 15 navios de los 34 y á 10 fragatas de las 20: por consecuencia de esta medida debian tambien dividirse las tripulaciones. Todos los buenos marineros estaban destinados á tripular los navios conservados; mientras que los marineros medianos, pero á propósito para soldados, debian ser incorporados en los cuadros, y completar el ejército de desembarco. Napoleon suponía que se necesitarian como unos 14 ó 15,000 marineros para armar bien los 15 navios y las diez fragatas que debian volver á Europa. Asi, pues, de los 40,000 hombres tanto soldados como marineros, partidos de Europa, debian quedar en la India 25 ó 26,000; y volveria una escuadra de 15 navios, excelentes bajo todos conceptos, ya por la calidad de los buques, como por componerse las tripulaciones de hombres escogidos, amaestrados por una larga navegacion. En cuanto á la marina solo se habrian perdido algunos cascos fuera de servicio y algunos restos de las tripulaciones, dejándose en cambio en la India un ejército suficiente para vencer á los ingleses, sobre todo, si era mandado por un gefe tan emprendedor como el general Decaen.

Napoleon se proponia, ademas, hacer partir 4,000 franceses en la escuadra holandesa del Texel, 2,000 en una nueva division que se organizaba en Rochefort, y 4,000 españoles en la escua-

dra española de Cádiz, lo que hacia un nuevo refuerzo de 9,000 hombres, que haria ascender á 33 ó 36,000 soldados el ejército del general Decaen. Era pues, muy probable, que hallándose apenas sometida la India, semejante fuerza hubiera destruido la dominacion británica. En cuanto á la travesia, era poco factible un encuentro con los ingleses. Hubiera sido difícil evitar su encuentro si la escuadra de guerra hubiera tenido que llevar consigo algunos centenares de buques de transporte; pero los navios viejos y las viejas fragatas armadas en urcas dispensaban tener que recurrir á aquel medio. El proyecto, descansaba, pues, en el principio de sacrificar la parte mediana ó mala de la marina, tanto en personal como en material, y resignarse á que solo volviese á Europa la parte sobresaliente. A este precio, se verificaba el milagro de llevar á la India un ejército de 36,000 hombres: por lo demás, el sacrificio no era tan grande como parecia, porque no hay un marino que ignore que en la mar, lo mismo que en la tierra, pero mas aun en la mar, la calidad de las fuerzas es el todo, y que mas se hace con diez navios buenos que con veinte medianos.

Este proyecto era el aplazamiento momentáneo del desembarco; pero era posible que favoreciese la ejecucion de una manera muy extraordinaria, porque advertidos los ingleses á su vez de la salida de nuestras escuadras, debian hacer rumbo tras ellas, y dejar los mares de la Europa, mientras que la escuadra de 15 navios y 10 fragatas que volvia de la India podia aparecer en el estrecho, donde Napoleon, siempre dispuesto á aprovechar la primera ocasion que se le ofreciese, estaba en estado de no desperdiciar el mas leve favor de la fortuna. Es verdad, que aquella última parte de la combinacion suponía una doble fortuna; fortuna para ir á la India, fortuna para volver; y raras veces protege aquella hasta tal punto á ningún hombre, por grande que sea. Por espacio de cuatro semanas permaneció Napoleon dudoso entre la idea de enviar

Napoleon vacila entre el proyecto de desembarco y el de una expedicion á la India.

aquella expedicion á la India, y la de pasar el estrecho de Calais. La ruina del imperio ingles en la India le parecia un

resultado tan importante, que esperaba verse por él dispensado de arriesgar su persona y su ejército en una tentativa tan aventurada como la del desembarco. Pasó, pues, un mes entero vacilando entre ambas combinaciones, y su correspondencia da á conocer como fluctuaba su espíritu entre aquellas dos empresas extraordinarias.

Sin embargo, se decidió por la expedicion de Boloña, pues la miraba como mas pronta, mas decisiva, y casi como infalible, si una escuadra francesa llegaba á la Mancha. En su consecuencia, empezó á trabajar de nuevo, é imaginó una tercera combinacion mas grande, mas profunda, y mas plausible que las dos precedentes, para reunir á despecho de los ingleses, todas sus fuerzas navales entre Douvres y Boloña.

Formó su plan en los primeros dias de Marzo, y se expidieron las órdenes, en su consecuencia. Consistía, como el de Surinam, en atraer á los ingleses á la India y las Antillas, donde la escuadra del almirante Missiessy que habia dado á la vela el 11 de Enero, llamaba ya su atencion, y despues volver á los mares de Europa con una reunion de fuerzas superior á cualquiera escuadra inglesa por grande que fuese. En parte era este el proyecto del mes de Diciembre anterior, pero mayor y mas completo por la reunion de las fuerzas españolas. El almirante Villeneuve, debia partir al primer viento favorable, pasar el estrecho, tocar en Cádiz, y agregarse á la escuadra del almirante Gravina, compuesta de 6 ó 7 navios españoles, y ademas el navio frances *Aguila*, y hacer rumbo en seguida á la Martinica; si Missiessy se hallaba todavia allí debia unirse á él, y aguardar una nueva agregacion de fuerzas mas considerable que todas las demas, cual era la de Ganteaume, quien aprovechando el primer golpe de viento del equinocio que separase á los ingleses, debia salir de Brest con 21 navios, los mejores de aquel arsenal, presentarse al frente del Ferrol, unir á su escuadra la division francesa que se ha

Napoleon fija definitivamente sus ideas y se decide en favor del proyecto de desembarco.

Tercera combinacion para llevar una escuadra á la Mancha.

había en este puerto, y la española, pronta á darse á la vela, y dirigirse hácia la Martinica, donde le esperaba Villeneuve. Despues de aquella reunion general que presentaba pocas dificultades reales, debia haber en la Martinica 12 navios á las órdenes de Villeneuve, 6 ó 7 á las de Gravina, 5 á las de Missiessy, 21 á las de Ganteaume; y ademas la escuadra franco-española del Ferrol, es decir, unos 50 á 60 navios; fuerza enorme, cuya concentracion no se habia visto jamas en ninguna época, ni en ningun mar. Esta vez, la combinacion era tan completa y tan bien calculada, que debia producir en el ánimo de Napoleón una verdadera exaltacion de esperanza. El ministro Decrès convenia en que ofrecia las mayores probabilidades de triunfo. Siempre era posible dar á la vela con viento mistral, y la última salida de Villeneuve lo probaba. La reunion en Cádiz con Gravina, era tambien fácil, si se lograba enganar á Nélsón, porque los ingleses no habian juzgado útil todavía establecer un bloqueo al frente de dicho puerto; y aumentada la escuadra de Tolon á 17 ó 18 navios, estaba casi segura de llegar á la Martinica. Missiessy acababa de arribar á ella, sin encontrar mas que buques mercantes, á los cuales habia aprehendido. El punto mas difícil era la salida de la rada de Brest; pero en Marzo siempre se podia contar con algun temporal de equinocio. Llegado Ganteaume al frente del Ferrol, cuyo puerto solo estaba bloqueado por 5 ó 6 navios ingleses, debia con sus 21 navios, quitar á los enemigos toda idea de combatir, y sin disparar un tiro, agregar á su escuadra la division francesa mandada por el almirante Gourdon, y la de los españoles, que ambas se hallarian listas, y dirigirse en seguida á la Martinica. No podia entrar en el cálculo de los ingleses, que se pensase en reunir en un solo punto como la Martinica 50 ó 60 navios á la vez; y era probable que sus conjeturas se dirigiesen sobre la India. En todo caso, una vez reunidos Ganteaume, Gourdon, Villeneuve, Gravina y Missiessy, ninguna escuadra inglesa que se encontrasen, fuerte á lo mas de 12 ó 15 navios querria hacer frente á 50, y la vuelta á la Mancha estaba asegurada. Entónces todas nuestras fuerzas debian hallarse reunidas entre las costas de In-

laterra y de Francia, en el momento en que las escuadras de Inglaterra se dirijan al Oriente, á América ó á la India. En breve probaron los acontecimientos que aquella grande combinacion era realizable, aun por poco hábilmente que se ejecutase.

Se dispuso todo cuidadosamente para guardar un profundo secreto, el cual no se confió á los españoles, quienes se habian comprometido á seguir con docilidad las órdenes de Napoleon. Entre los almirantes, solo Ganteaume y Villeneuve debian saberlo, pero no á su salida, sino únicamente en la mar, cuando no pudieran comunicar con tierra. Llegados á cierta latitud, debian abrir los despachos, y entónces sabrian la marcha que habian de seguir. Ninguno de los capitanes de navio estaba iniciado en el secreto de la empresa; y solo tenian un punto de reunion para en caso de que se separasen. Ni aun los ministros, á excepcion del almirante Decrès, conocian el plan; estándole expresamente mandado se comunicase directamente con Napoleon, y escribiese sus despachos de su propia mano. En todos los puertos habia circulado el rumor de que se estaba preparando una expedicion para la India. Fingíase embarcar muchas tropas; y en realidad la escuadra de Tolon tenia encargo de tomar 3,000 hombres á bordo, y la de Brest 6 ó 7,000; habiéndose mandado á los almirantes desembarcasen la mitad de aquella fuerza en las Antillas, para reforzar las guarniciones, y traer á Europa 4 ó 5,000 de los mejores soldados, para agregarlos á la expedicion de Boloña.

Por este medio debian hallarse las escuadras desembarazadas, y mas en disposicion de maniobrar. Tenian á bordo víveres para seis meses, de modo que podian estar en la mar largo tiempo sin verse obligadas á arribar á ninguna parte. Habianse enviado correos al Ferrol y Cádiz, con órden de que se preparasen sin descanso las divisiones, y se hallasen siempre en estado de levar anclas, porque á cada instante podian aguardar verse desbloqueadas por una escuadra aliada; sin que se les dijese cual era, ni cómo ni cuando se verificaria.

A todas estas precauciones tomadas para desorientar á los ingleses, se unia otra, no menos capaz de enganarlos, cual era el viage de Napoleon á Italia.

Suponia éste que partiendo sus escuelas hácia fines de Marzo, emplearian el mes de Abril en dirigirse á la Mar-tínica, el de Mayo en reunirse, el de Junio en volver, y que se hallarian en la Mancha á primeros de Julio. Todo este tiempo debia permanecer en Italia, pasar revistas, dar fiestas, ocultar sus profundos designios bajo las apariencias de una vida vana y suntuosa, y despues, en el momento indicado, partir secretamente en posta, trasladarse en cinco dias de Milan á Boloña; y mientras que se le creyese todavia en Italia, descargar sobre la Inglaterra el golpe con que hacia tanto tiempo se la amenazaba. Como ya la Inglaterra hacia dos años que lo esperaba, habia empezado á no creer en él; y la Europa no veia tampoco en todo aquello mas que una farsa imaginada para agitar la nacion británica; y obligarla á que se aniquilase haciendo esfuerzos inútiles. Mientras se abandonaba á aquella idea, Napoleon, al contrario, habia aumentado sin cesar el ejército del Océano, tomando gente de los depósitos para aumentar el efectivo de los batallones de guerra, y llenando con la conscripcion de aquel año el vacío dejado en los depósitos; y de este modo habia reforzado el ejército de Boloña con cerca de 30,000 hombres, sin que nadie se lo hubiese figurado; pues tenia siempre á dicho ejército en tal estado de actividad, que era imposible conocer el mas ó menos efectivo que contaba. La idea de que solo se trataba de una pura demostracion destinada á inquietar á la Inglaterra, era cada dia mas dominante.

Ya todo así dispuesto, y con la mas firme resolucion de intentar la empresa, no menos que con una conviccion profunda del buen éxito de ella, se preparó Napoleon á partir á Italia. El Papa habia pasado todo el invierno en París; pues aunque al principio habia pensado ponerse en camino á mediados de Febrero para regresar á sus Estados, las grandes nevadas que habian caido en los Alpes, habian servido de motivo para detenerle por mas tiempo. Además, Napoleon habia mezclado tanta gracia en sus instancias, que el Santo Padre consintió en aplazar su partida hasta mediados de Marzo. No incomodaba á Napoleon que la Europa notase cuanto se prolongaba aquella visita, como tambien

que se conociese que su amistad con Pio VII era cada dia mayor; y finalmente entraba en sus miras detenerle del lado acá de los Alpes, mientras los agentes franceses hacian en Milan los preparativos para una nueva coronacion. Las córtes de Nápoles, de Roma y de Etruria, veían con sentimiento la ereccion de un extenso reino frances en Italia; y si el Papa se hubiese hallado en el Vaticano asediado de todo género de su-gestiones, acaso le hubieran inducido á que se mostrase él mismo poco favorable al restablecimiento de dicho reino.

Pio VII, despues de haber cobrado confianza con Napoleon, habia concluido por confesarle sus deseos secretos. Estaba contento y satisfecho de los honores que se le hacian, honores que redundaban en beneficio de la Religion; del bien que habia parecido producir su presencia, y hasta de lo que hacia el nuevo Emperador en Francia para secundar la restauracion del culto. Pero por bueno y virtuoso que fuese Pio VII, al fin era hombre y principe; y aunque el triunfo de los intereses espirituales le llenaba de satisfaccion no podia olvidar los intereses temporales de la Santa Sede, que se hallaban en muy mal estado desde la pérdida de las Legaciones. De los seis Cardenales que habia traido consigo á París, habia muerto uno, el cardinal Bor-gia; y los restantes, particularmente los cardenales Antonelli y di Pietro, eran del partido ultramontano, y contrarios al Cardenal Caprara, quien tenia demasiada ilustracion y experiencia para estar de acuerdo con ellos. En su consecuencia, habian inducido aquellos al Papa á que ocultase sus intenciones á dicho cardenal, quien en su cualidad de Legado, debia estar informado de todas las negociaciones que se entablasen en París. Es seguro que este no les hubiera facilitado los medios para salir adelante con sus proyectos; porque Napoleon hacia espontáneamente, y sin ser ostigado, todo lo que era posible hacer por la Iglesia; sino que, como hombre de experiencia y de sabiduria, les hubiera disuadido de tentativas inútiles, siempre sensibles, porque las mas de las veces, son causa de disgustos.

Napoleon se dispone á partir para Italia, y antes se explica extensamente con Pio VII, sobre los asuntos de la Religion.

Peticiones del Papa presentadas á Napoleon, y respuesta de este.

Comenzaron á dogmatizar con Napoleon acerca de las cuatro proposiciones de Bossuet, las cuales, segundecian, habia prometido anular Luis XIV poco antes de su muerte. Napoleon se mostró amable en la forma, pero inflexible en el fondo, y dejó conocer que nada habia que esperar de él en cuanto á la revocacion de los famosas articulos orgánicos. Respecto al modo de ejecutarlos, se mostró dispuesto á escuchar las observaciones que se le hiciesen. Primero, se le habló de la jurisdiccion de los Obispos sobre los eclesiásticos, materia en que ya se habian ocupado, y que no parecia muy completa á Pio VII: Napoleon, poniéndose de acuerdo con M. Portalis, contestó que todo delito espiritual, pertenecia y se dejaria á la jurisdiccion eclesiástica, pero que todo delito civil cometido contra la ley civil, continuaria siendo juzgado por los tribunales ordinarios, porque los sacerdotes eran ciudadanos, y bajo este concepto debian estar sometidos á la ley comun. Despues, se habló de los seminarios, de lo reducido del número de los ministros del culto, y por último, del estado de los edificios religiosos, los cuales se hallaban ruinosos, por lo descuidados que habian estado de veinte años á aquella parte. Tambien se pretendió que se necesitarian 38 millones al año para cubrir las atenciones del culto, mientras que en el presupuesto del Estado no figuraban mas que 13, lo cual dejaba un déficit de 25. Napoleon contestó enumerando cuanto habia hecho sobre aquel particular, y lo que todavia pensaba hacer, á medida que se aumentasen las rentas del Estado. En seguida se trató de otros objetos, extraños á los articulos orgánicos y á su ejecucion, especialmente acerca del divorcio, permitido en nuestras nuevas leyes. Napoleon, de acuerdo siempre con M. Portalis, dijo que el divorcio habia parecido indispensable al legislador para reparar ciertos desórdenes de las costumbres, pero que los sacerdotes estaban en libertad de negar la bendiccion religiosa á los divorciados que quisiesen contraer nuevo matrimonio; que por lo tanto, no se violentaba la conciencia de los sacerdotes; y que, ademas, no era el divorcio un asunto atentatorio al dog-

ma porque habia existido en la antigua Iglesia. Despues de esto se habló de la observancia de los Domingos y dias de fiesta, la cual no se habia generalizado entre el pueblo, á pesar de haberse restablecido el calendario Gregoriano. Napoleon contestó, que ya á fines del último siglo, siendo mas poderosas las costumbres que las leyes, se habia notado mucha tibieza en aquella observancia, y que antes de la Revolucion, se veia á veces á los jornaleros de las ciudades trabajar el Domingo; que las penas que se impusiesen en dicho asunto no podian valer tanto como el ejemplo; que el gobierno pondria todo su conato en darlo bueno, y que nunca los que trabajasen á sueldo del Estado lo harian en dias de fiesta; que el Domingo se observaba fielmente por los campesinos y solo faltaban al precepto las poblaciones de las ciudades; y que obligar á los trabajadores de las ciudades á que permaneciesen ociosos, traia consigo, ademas del inconveniente de emplear la ley penal, dar á la embriaguez y al vicio el tiempo que se quitaba al trabajo; mas á pesar de esto, se pondria en juego todo lo que una politica religiosa pero prudente, permitiese hacer.

Tratando de otro asunto, cual era el de la educacion, se pidió que el clero tuviese la facultad de vigilar sobre las escuelas. Napoleon contestó, que habria en los liceos, capellanes ó limosneros, elejidos entre los sacerdotes, en conformidad de doctrina con la Iglesia; que de hecho serian inspectores eclesiásticos de las casas de educacion, con la facultad de denunciar á sus Obispos aquellas en que la educacion religiosa dejase algo que desear, pero que en los establecimientos de educacion no habria mas autoridad que la del Estado. Tambien se habló algo acerca de los Obispos que estaban en desacuerdo con la Santa Sede, y se convino, atraerlos bien por la suavidad, ó por la fuerza, á la paz que Napoleon estaba resuelto á hacer que existiese entre todo el clero. Terminóse la serie de las cuestiones de interes espiritual por la discusion de un proyecto que preocupaba sin cesar á la corte de Roma, cual era el obtener que la Religion Católica se declarase Religion dominante en la Francia; pero en este punto fue inflexible Napoleon. Segun él, era dominante de hecho, puestó que era la

Religion de la mayoría de los franceses, y la del Soberano, y puesto que los grandes actos del gobierno, como por ejemplo el de la coronacion, se habian visto rodeados con todas las pompas católicas. Pero una declaracion de aquel género era capaz de alarmar todos los cultos disidentes, y siendo asi que él pretendia asegurar la tranquilidad de todos, no admitia que el restablecimiento del culto católico, querido por él y al cual era sinceramente afecto, pudiese ser una disminucion de seguridad para ninguna de las religiones existentes.

Sobre todos aquellos puntos se mostró Napoleon afable en la forma, pero firme é inflexible en el fondo. Por último, se llegó al asunto esencial, y que tocaba mas de cerca á Roma que todos los puntos de la disciplina eclesiástica, es decir el negocio de las Legaciones. Al efecto se redactó una memoria que el mismo Pio VII remitió á Napoleon, relativa á las pérdidas que habia sufrido la Santa Sede de un siglo á aquella parte, tanto en rentas como en territorio: enumerábanse en dicha memoria los diferentes derechos que la Santa Sede percibia en otro tiempo de todos los Estados católicos, y que, bajo el influjo del espíritu frances, habian sido disminuidos ó suprimidos en Francia, Austria ó España: recordábase el modo como la Santa Sede habia visto frustrado su derecho de posesion sobre el ducado de Parma á la extincion de la casa de Farnesio: alegábase la privacion anterior del condado Venesino, cedido á la Francia; y citábase la mayor de todas las pérdidas, la de las Legaciones, agregadas á la república italiana. Reducida á tal estado, no podia la Santa Sede, segun decia, hacer frente á los gastos que exigia la Religion Católica en todas las partes del mundo; ni poner á los Cardenales en estado de sostener su dignidad, ni mantener las misiones extrangeras, ni proveer á la defensa de sus débiles estados; y en su consecuencia, se esperaba que el nuevo Carlo-Magno igualase en munificencia al antiguo. A vista de una peticion tan directa, no dejó de sentir Napoleon algun embarazo, pues si bien no habia prometido nada para convencer al Papa á que viniese á Paris, en todas épo-

cas habia hecho esperar de un modo general que mejoraria la situacion material de la Santa Sede. Devolver las Legaciones á la corte pontificia era cosa imposible, á menos de no hacer una traicion odiosa á aquella república italiana, de la cual era fundador, é iba á ser Monarca; y destruir todas las esperanzas de los patriotas italianos que veian en aquel nuevo Estado un principio de existencia independiente para su patria. Pero tenia á su disposicion el ducado de Parma, el cual no queria cederlo ni á la casa de Cerdeña como indemnizacion del Piamonté, ni á la España para que aumentase el reino de Etruria, pues lo reservaba en aquel momento para una dotacion de familia. No hay duda que hubiera sido prudente indemnizar con él á la casa de Cerdeña, ó bien agregarlo á la Etruria, obligando á esta á indemnizar con la provincia de Siena á la casa de Cerdeña; pues con ello se hubiera adquirido de un golpe la paz con la Rusia, y proporcionado á la España una gran satisfaccion. Pero en el caso de renunciar á contemplar á la Rusia, que acababa de llamar á su encargo de negocios, y á satisfacer á la España, cuya inercia no desaparecia, á pesar de los buenos procederes del gobierno frances, nada hubiera sido mas digno de los nobles y elevados designios de Napoleon que dar el ducado de Parma al Papa. Cediéndolo á la Santa Sede hacia que desapareciese mas de una suposicion maliciosa que se hacia sobre sus proyectos en Italia; destruia el principal argumento que se empleaba cerca del Austria para anudar una nueva coaliccion europea; y lo que no era menos importante, se atraia para siempre al Papa, y prevenia aquel triste rompimiento con la Santa Sede, que mas tarde le causó un perjuicio moral considerable, y que en realidad no tuvo otro origen que el descontento mal disimulado de la corte romana en aquella ocasion. Todo esto valia mas que reservar á Parma, como queria entónces Napoleon, para una dotacion de familia. No haber llevado á cabo en 1804 la alianza de Prusia, y despedir en 1805 al Papa, colmado de honores, pero perjudicado en sus intereses, constituyen, segun nuestra opinion, las primeras faltas esenciales de aquella politica poderosa, cuyo error ha consistido en contar siempre solo con-

siguiera misma, y nunca con las demas.

Napoleon se aprovechó de la indicacion directa que le hacian solamente de las Legaciones, para dar la fácil y sencilla respuesta que emanaba de la misma situacion. No podia hacer traicion á un Estado que le habia elegido por gefe, razon justa y terminante en cuanto á las Legaciones; pero manifestó la intencion en que estaba de mejorar mas tarde la situacion de la Santa-Sede. Al efecto, encargó al cardenal Fesch que se explicase con el Papa. Por el pronto queria acudir á su socorro con medios pecuniarios, dejándole al mismo tiempo entrever en una época no muy lejana, nuevas mudanzas de territorios, en las cuales podria indemnizar al Papa. Por lo que hace á este particular era sincero, porque ya columbraba aquellas variaciones en un porvenir demasiado próximo. En efecto, veia cercana la guerra en el continente, y como resultado de ella la conquista de toda la Italia, pues se proponia quitar la Venecia al Austria y el reino de Nápoles á los Borbones; y se prometia, que en estos cambios hallaria un medio de satisfacer al Papa.

Pero aplazando aquellas buenas intenciones, hizo nacer un disgusto presente, que en breve fue el manantial de consecuencias desagradables.

Abril de 1805.

Napoleon y el Papa se separaron satisfechos uno de otro á pesar de las peticiones hechas y negadas.

Napoleon y el Papa se separaron sin estar tan descontentos uno del otro como podian hacerlo creer las peticiones hechas por el uno y negadas por el otro.

El Papa, en vez de caer en el lazo que le anunciaban los insensatos al salir de Roma, habia hallado en París una acogida magnífica, aumentando con su presencia el impulso religioso, y ocupando, en fin, en Francia, un puesto digno de las mas grandes épocas de la Iglesia: de modo que si bien sus consejeros interesados estaban descontentos, él volvía muy satisfecho. Despues de haberse despedido tiernamente del Emperador y de la Emperatriz, salió de París colmado de ricos presentes el 4 de Abril de 1805, en medio de una afluencia de gente mas considerable todavia que á su llegada. Debía detenerse algunos dias en Leon para celebrar en dicha ciudad la fiesta de Pascua.

TOMO III.

Napoleon lo habia dispuesto todo para emprender su viage en la misma época. Asi, pues, despues de haber dado sus últimas órdenes á la escuadra y al ejército, y reiterado sus instancias á la corte de España para que todo se hallase listo en el Ferrol y en Cádiz; despues de haber dejado al archicanciller Cambacérès la direccion no ostensible, sino real del Imperio, se trasladó el 1.º de Abril á Fontainebleau donde debia detenerse dos ó tres dias. Alejándose de París, gozoso de sus proyectos, y lleno de confianza en su venturoso éxito, del cual era una primera prenda la dichosa salida del almirante Villeneuve. Acababa este de dar á la vela el 30 de Marzo con un viento favorable; y le habian perdido de vista desde las alturas de Tolon, sin que fuese de temer hubiese encontrado á los ingleses.

Salida de Napoleon para Italia.

Solo una contrariedad impedia que fuese completa la satisfaccion. A primeros de Abril no se habia sentido todavia el equinoccio en Brest, y un tiempo sereno y claro, que no era á propósito para alejar á los ingleses, habia hecho imposible la salida de Ganteaume. Fuera este de Brest no parecia dudoso el éxito de la reunion; y era necesario suponer un verdadero fenómeno en las estaciones para que el equinoccio no trajese algun temporal, en todo el mes de Abril. Napoleon, dejó, pues, á Fontainebleau el 3 de Abril, dirigiéndose por Troyes, Châlons y Leon; adelantándose al Papa por la rapidéz de su marcha, á fin de que no se embarazasen los dos cortejos.

Dichosa salida del almirante Villeneuve.

Mientras se dirigia á la Italia, entregado á sus grandes ideas, y dejándose distraer de vez en cuando por los homenajes de los pueblos, la Europa, agitada de varios modos, trabajaba para formar una tercera coalicion. Alarmada la Inglaterra por su existencia; ofendida la Rusia en su orgullo; contrariada el Austria hasta lo sumo por lo que se preparaba en Italia; y vacilando la Prusia entre temores contrarios, formaban ó permitian que se formase una nueva liga europea,

Lo que acontecia en Europa, mientras que Napoleon iba á ocultar en Italia sus grandes proyectos marítimos.

que lejos de ser mas afortunada que las anteriores, debia proporcionar á Napoleon una grandeza colosal, por desgracia, demasiado desproporcionada para que fuese duradera.

Aunque la Rusia siente haber dado sus primeros pasos, se ve obligada á defender su dignidad, comprometida por las altivas respuestas de Napoleon.

para volver atras de sus pretensiones irreflexivas. Pero el orgullo de Napoleon que no habia querido dar ninguna explicacion, ni aun especiosa, respecto á la ocupacion de Nápoles, á la indemnizacion de la casa de Saboya, y á la invasion del Hannover, pues consideraba estas cuestiones como negocios que se podian tratar con una corte amiga, pero no con una corte hostil, habian obligado al gabinete de San Petersburgo á llamar, aunque con mucho disgusto, á M. de Oubril. El Emperador Alejandro que no tenia el suficiente caracter para sostener las consecuencias de un primer movimiento, estaba desconcertado, y casi hasta intimidado. MM. de Strogonoff, de

Sintiendo el gabinete ruso las faltas que le habia hecho cometer la irreflexion del joven soberano, hubiera deseado hallar en las respuestas de la Francia un pretexto para volver atras de sus pretensiones irreflexivas. Pero el orgullo de Napoleon que no habia querido dar ninguna explicacion, ni aun especiosa, respecto á la ocupacion de Nápoles, á la indemnizacion de la casa de Saboya, y á la invasion del Hannover, pues consideraba estas cuestiones como negocios que se podian tratar con una corte amiga, pero no con una corte hostil, habian obligado al gabinete de San Petersburgo á llamar, aunque con mucho disgusto, á M. de Oubril. El Emperador Alejandro que no tenia el suficiente caracter para sostener las consecuencias de un primer movimiento, estaba desconcertado, y casi hasta intimidado. MM. de Strogonoff, de Nowosiltzoff, y Czartoryski, mas firmes que él, pero acaso con menos penetracion, le habian rodeado, y le habian hecho conocer la necesidad de sostener á los ojos de la

Los jóvenes amigos de Alejandro, menos previsores pero mas firmes que él, le comprometían á arrostrar las consecuencias de sus primeros pasos.

Europa la dignidad de su corona. Insensiblemente habian vuelto á aquellas ideas poco practicables pero seductoras, de un arbitraje supremo, ejercido en nombre de la justicia y del buen derecho. Dos potencias, la Francia y la Inglaterra, turbaban á la Europa y la oprimian llevadas solo de su rivalidad. Era necesario, pues, ponerse al frente de las naciones maltratadas, proponerles un plan comun de pacificacion, en el cual se garantizasen sus derechos y se arreglasen los puntos de litigio entre la Francia y la Inglaterra; que la Europa se adhiciese á él, y proponerle en su nombre á la Inglaterra y á la Francia, uniéndose en seguida con la potencia que le adoptase, contra la que lo rechazase,

para destruir á esta bajo la fuerza y el buen derecho de todo el mundo. Hombreros menos jóvenes y que no se alimentasen tanto de teorías, hubieran visto sencillamente en todo aquello una coalicion con la Inglaterra y parte de la Europa contra la Francia. En efecto, concebido aquel plan de un modo en extremo favorable á la Inglaterra, que lisonjeaba á la Rusia, y desfavorable á la Francia, que no la albagaba, debia ser de naturaleza que lo adoptase M. Pitt, y lo rechazase Napoleon; siguiéndose, en su consecuencia, la guerra mas ó menos próxima contra este. En suma, aquel plan conducía á una tercera coalicion. Las proposiciones presentadas al Emperador Alejandro, iban mezcladas con tantas ideas especiosas y brillantes, y con algunas tan generosas y verdaderas, que embargaron al fin y sedujeron la viva imaginacion del joven Czar, asustada al principio de lo que se le proponia, llevándole hasta el punto de ponerla inmediatamente en ejecucion.

La idea de imponer á la Francia y á la Inglaterra un arbitraje supremo en nombre de la Europa, viene á ser la idea sistemática del gabinete ruso.

Antes de dar cuenta de las negociaciones que se siguieron, es preciso dar á conocer aquel plan de arbitraje europeo, é indicar á su autor. Se verá, por la gravedad de las consecuencias, que tanto el plan como su autor merecen ser conocidos.

Uno de esos aventureros, dotados á veces de facultades eminentes, que llevan al norte el ingenio y el saber del mediodia, se habia trasladado á Polonia, para emplear allí sus talentos: era clérigo, se llamaba Piotli, y en un principio habia estado al servicio del último Rey de Polonia. Despues de las varias particiones de este reino, habia pasado á Curlandia, y de Curlandia á Rusia. Piotli, era uno de esos espíritus activos, que no pudiendo elevarse hasta el gobierno de los Estados, por hallarse fuera de su alcance, conciben planes por lo comun quiméricos, pero no siempre despreciables. El hombre, de quien hablamos, habia meditado mucho sobre el estado de la Europa, y debió á la casualidad que le puso en relaciones con

Cual era el plan de arbitraje, y quien era su autor.

los jóvenes amigos de Alejandro, la ocasion de ejercer un influjo oculto, bastante considerable, y de hacer prevalecer en las resoluciones de las potencias, una parte de sus concepciones; honor que rara vez obtienen esos inventores subalternos. El clérigo Piatoli tuvo la triste ventaja de suministrar en 1805 algunas de las principales ideas que se admitieron en el tratado de 1815, título que le hace digno de atencion; y las ideas que le prestamos, no son supuestas, porque se hallan contenidas en las memorias secretas que en aquel entonces se remitieron al Emperador Alejandro (1). Aquel extranjero, hallando en el príncipe Czartoryski, un espíritu mas pensativo y serio que en los demás jóvenes que gobernaban en Rusia, se habia asociado mas intimamente á él; viniendo á ser sus ideas casi comunes, hasta el punto que el plan propuesto al Emperador pertenecia al uno casi tanto como al otro. He aqui el plan:

Habiendo la ambicion de las potencias del Norte y las conquistas de la Revolucion francesa, trastornado á la Europa de treinta años á aquella parte, y oprimido á todas las naciones de segundo orden, era necesario hacer cesar tal estado de cosas, por una organizacion nueva, y por el establecimiento de un nuevo derecho de gentes, puesto bajo la proteccion de la gran confederacion europea. Para esto se necesitaba una potencia desinteresada que hiciese participar de su desinteres á todas las otras, y que trabajase en llevar á cabo la obra propuesta.

Una potencia grande y desinteresada, debia ser el eje de la nueva combinacion.

La Rusia es llamada á ser aquella potencia desinteresada. La Rusia tenia razon. Protegiendo al pare-

Solo una potencia tenia en si todas las señales de aquella noble mision, y dicha potencia era la Rusia. Su ambicion verdadera debia ser, si comprendia su papel, no adquirir territorios, como lo querian Inglaterra, Prusia ó Austria, sino adquirir influjo, que es el todo para un grande Estado, pues despues de una larga influencia vienen las adquisiciones territoriales. Aquel italiano

cer, la Rusia en Europa, á los príncipes grandes ó pequeños contra lo que se llama la Revolucion, se ha hecho dueña de la Polonia; y no seria imposible que tambien se hiciese de Constantinopla. Primero se influye, y en seguida se adquiere.

La Rusia debia, pues, proponer á todas las cortes, no la guerra contra la Francia, lo cual no hubiera sido justo ni politico, sino una *alianza de mediacion para la pacificacion de la Europa*. El plan se titula *ALIANZA DE MEDIACION*. Era casipositivo que la Inglaterra y el

Austria se adhiriesen á aquel plan, pero siendo todo peligroso sin la concurrencia de la Prusia, se debia arrancar esta corte astuta de sus vacilaciones interesadas, ó bien arrasarla bajo los pies de los ejércitos europeos, si se negaba á tomar parte en el proyecto comun; pues no se debia guardar consideraciones á la Prusia ni á ningún Estado que se resistiera al plan propuesto, *porque ese habria desertado de la causa del género humano*.

Una vez reunidos todos los estados europeos, á excepcion de la Francia, se debian formar tres grandes ejércitos: uno en el mediodia compuesto de rusos y de ingleses, desembarcados en Italia, y destinados á remontar con los napolitanos la península italiana, para unirse á un cuerpo de 100,000 austriacos que operasen en Lombardia; otro ejército en el Oriente, compuesto de dos grandes cuerpos austriaco y ruso, que marchasen por el valle del Danubio hácia la Suabia y la Suiza; y por último, un tercer ejército en el Norte, compuesto de rusos, prusianos, suecos y dinamarqueses, que descenderian perpendicularmente del norte al mediodia sobre el Rhin. Estas tres masas de fuerzas debian obrar independientes las unas de las otras, á fin de evitar los inconvenientes de las coaliciones, que dan por resultado la pérdida de los cuerpos que tratan de obrar de acuerdo. Cada una de las tres se dirigiria como un ejército, sin que tuviese que pensar sino en su propia seguridad y en su propia accion. Por haber querido combinar sus movimientos, el archiduque Carlos y Suvarow habian sufrido el desastre de Zurich.

(1) Existe en Francia una copia de dichas memorias.

Luego que se reuniesen estos tres grandes ejércitos, se había de hablar en nombre de un congreso común.

ofrecerian á la Francia condiciones compatibles con su grandeza actual, condiciones que previamente se haria que las aprobase la Inglaterra, y solo en caso de negativa se recurriría á la guerra. Dichas condiciones serian los tratados de Luneville y de Amiens, pero en el bien entendido que serian explicados por la Europa. Para formarse una idea de nuestro poder en aquella época, no hay mas que ver los proyectos que concebían nuestros envidiosos enemigos.

La Francia conservaria los Alpes y el Rhin, es decir, la Saboya, Génova, las provincias rinianas, Maguncia, Colonia, Luxemburgo y la Bélgica. El Piamonte seria restituído. El nuevo estado creado en Lombardia, no seria destruido para devolver sus partes al Austria, sino que se destinaria á constituir una Italia independiente. Con este objeto hasta se solicitaria del Austria que abandonase á Venecia. La Suiza, conservando la organizacion que le habia dado Napoleon, quedaria cerrada para las tropas francesas, y declarada perpetuamente neutral. Lo mismo sucederia á la Holanda. En una palabra, sostenida la Francia en sus grandes limites, se veria obligada á evacuar toda la Italia, la Suiza y la Holanda, sin contar el Hannover, el cual, cesando la guerra, no podria volver á ser ocupado.

Condiciones impuestas á la Inglaterra.

En cambio de aquellas condiciones que se exigirían á la Francia, se obligaria á la Inglaterra á evacuar á Malta, á restituír las colonias de que se hubiese apoderado, y hasta á secundar á los franceses en otra empresa contra Santo Domingo, porque la Europa estaba interesada en arrebatár aquel hermoso territorio á la barbarie de los negros revelados. Finalmente, se le obligaria á convenir con todas las naciones en un código marítimo equitativo.

En verdad, que si la Rusia hubiera sido bastante fuerte para hacer consen-

Formadas así aquellas tres masas de fuerzas, se hablaría en nombre de un congreso común que representase la *alianza de mediacion*. Se tir al Austria en la independencia de la Italia, y á la Inglaterra en la de los mares, Napoleon hubiera sido muy culpable en negarse á las condiciones propuestas. Pero en vez de entregar el Austria la ciudad de Venecia á aquellos benévolos organizadores de una nueva Europa, estaba impaciente por volver á Milan y adelantar algo en Suabia, y la Inglaterra pensaba conservar á Malta, y no reconocer los derechos neutrales. Si, pues, Napoleon se obstinaba en retener, como no podia dudarse el Piamonte, la Suiza y la Holanda, para servirse en su provecho de los países que sus enemigos querian constituir contra él, se puede ciertamente excusar su ambicion en presencia de la de los otros gobiernos europeos.

Aquel proyecto, concebido en un principio con sinceridad y con generosas intenciones, hubiera sido de todo punto equitativo, si toda la Europa lo hubiera aceptado por completo. Pero en las manos de una coaliccion hipócrita debia ser un pretexto para atraer á la Francia á una negativa, que la enemistaria de nuevo con la Europa. Los hechos lo probarán así en breve.

Si la Francia se negaba, como era probable, se debia obrar militarmente contra ella. En este caso, mas bien se debia ocultar que publicar la intencion de cambiar su gobierno, contemplar su orgullo, tranquilizar de nuevo á los compradores de bienes nacionales, prometer al ejército la conservacion de sus grados (todo lo cual se hizo en 1814), y si cansados los ánimos de un gobierno belicoso y agitado, pensaban en la antigua dinastía, entónces solamente se procuraria restablecerla, porque recibiendo aquella dinastía su restauracion de la Europa, se contentaria con mas facilidad que la familia Bonaparte, con el pequeño estado que se le quisiese dejar.

Como se debia obrar en el caso probable de una negativa de parte de la Francia.

La guerra podia presentar dos probabilidades diferentes. Si solo era afortunada á medias, se le quitaria á la Francia la Italia y la Bélgica; y si era afortunada por completo, se le quitaria además las provincias rinianas; es decir, el

Dos modos de tratar á la Francia segun las dos probabilidades presumibles de la guerra.

territorio comprendido entre el Mosa y el Rhin. Sin embargo, no se debía olvidar la falta cometida contra Luis XIV, y guardarse mucho de renovar el ejemplo de altanería del gran pensionario de Holanda Heinsius, porque si se maltrataba mucho á la Francia, jamas se veria tranquila. Asi, pues, debía dejársele alguna cosa de sus actuales conquistas, tirando una linea de Luxemburgo á Maguncia, y concediéndola, ademas de la plaza de Maguncia, lo que se llama la Baviera riniana. Por las combinaciones de esta política se ve, que no habiendo puesto todavía M. Pitt las manos en ella, no estaban impregnadas de un odio apasionado, como las que prevalecieron diez años despues.

En la doble hipótesis de una guerra mas ó menos afortunada, se distribuia la Europa del modo siguiente:

Plan de una constitucion general de la Europa, sirviéndose para ello de los despojos de la Francia, y de los sacrificios obtenidos del Austria.

rodearla de estados poderosos, capaces de defenderse. Asi, pues, se debía primero, reforzar la

Creacion del reyno de las Dos Bélgicas.

se llamaba el *Reyno de las Dos Bélgicas*, el cual se concederia á la casa de Orange, que tanto habia sufrido á consecuencia de la Revolucion francesa. Se dejaria la Prusia en el Rhin, donde estaba; acaso se le devolverian las pequeñas provincias que habia cedido á la república francesa, tales como los ducados de Clèves y de Gueldre, y se la situaria en Westphalia en los confines de la Holanda, tanto cuanto fuera posible, para separarla de todo contacto con la Francia. No obstante, en virtud del principio de desinterés impuesto á las grandes cortes, principio sin el cual no podia establecerse la Europa sobre bases firmes, se daria poca cosa á la Prusia, á fin de poder organizar la Alemania y la Italia de un modo conveniente. Despues del reino de las Dos Bélgicas, creado en el norte de Francia, se erigia en el mediodia y al este el reyno del Piamonte,

con el nombre de *reino Subalpino*, y se adjudicaria á la casa de Saboya, entonces destronada, la cual habia sufrido todavia mas que la de Orange por la causa comun de los Reyes. No se le devolveria la Saboya, pero se le concederia todo el Piamonte, toda la Lombardia y hasta el mismo Estado Veneciano quitado con este objeto al Austria por medio de la indemnizacion que vamos á dar á conocer. Finalmente á aquel extenso territorio se agregaria Génova. Formando asi el reyno Subalpino el estado mas considerable de Italia, seria capaz de mantener la balanza entre la Francia y el Austria, y servir mas tarde de fundamento á la independencia italiana.

La Italia, ese magnifico é interesante pais, se constituiria aparte y de modo que pudiese gozar de la existencia propia, tan inutilmente deseada por ella. Reunirla en un solo cuerpo de nacion era imposible por entónces. Por lo tanto, se la compondria de varios Estados, unidos por un lazo federativo, bastante fuerte para hacer la accion comun tan pronta como fácil. Ademas del reino Subalpino, que comprenderia toda la Italia superior desde los Alpes marítimos hasta los Alpes Julianos, y tendria dos puertos tales como Génova y Venecia, habria el reyno de las Dos Sicilias, conservado en sus limites actuales, y situado al otro extremo de la Península; en el centro se hallaria el Papa, ya en posesion de las Legaciones, gozando de una perpetua neutralidad, y ejerciendo, á imitacion del elector de Maguncia en la Confederacion germánica, las funciones de chanciller de la confederacion; tambien quedaria en el centro el reino de Etruria, dejado á la España; y despues, bien en los intersticios ó en las extremidades la república de Luca, la órden de Malta, la república de Ragusa y las Siete Islas. Dicho cuerpo itálico, tendria en su organizacion federativa, un gefe como el cuerpo germánico, pero no electivo; pues el Rey del Piamonte y el de las Dos Sicilias gozarian alternativamente de aquella dignidad.

Constitucion de la Italia bajo la forma de una confederacion semejante á la germánica.

No hay duda que semejante combinacion era generosa y sabia; y la Francia

hubiera debido imponerse algunos sacrificios, si las jóvenes cabezas que gobernaban la Rusia hubieran sido capaces de perseverar y querer con teson una cosa grande.

La Saboya, quitada á la corona de Cerdeña, no se hubiera devuelto á la Francia, sino que con la Valtelina y los Grisones hubiera sido convertida en un canton suizo. La Suiza, dividida en cantones, se hubiera reunido á la Alemania como uno de los estados confederados.

Constitucion de la
Alemania.

El Imperio germánico debía ser sometido á un régimen enteramente nuevo. Estando oprimido alternativamente por el Austria y por la Prusia que se disputaban la dominacion, ambas potencias quedarian fuera de la confederacion, en la cual no representaban otro papel que el de gefes ambiciosos de partido. De este modo, entregado el cuerpo germánico á sí mismo, aminorado de aquellas dos grandes masas, pero aumentado con el reino de las Dos Bélgicas y con la Suiza, emancipado de todo incómodo influjo y no teniendo á la vista mas que el interés alemán, no se veria arrastrado, á pesar suyo, á tomar parte en guerras injustas ó extrañas á sus verdaderos intereses. La corona cesaria de ser electiva; y los principales estados de la Confederacion tendrian por turno la direccion suprema, segun se proponia para Italia. Por medio de nuevas divisiones territoriales se reforzaria á Baden, Wurtemberg y Baviera; y se pondria término á la cuestion siempre incómoda de la Baviera y del Austria, dando á esta la frontera del Inn.

Los tres grandes Estados del continente, la Francia, la Prusia y el Austria, quedarian así separados unos de otros, por tres grandes confederaciones independientes: la confederacion germánica, la confederacion suiza y la confederacion itálica, que se darian la mano desde el Zuiderzée hasta el Adriático.

Suponiendo buenas y practicables aquellas diferentes combinaciones, no podemos menos de hacer observar, que separar la Prusia y el Austria del cuerpo germánico, no era emancipar á la Alemania; porque quedando fuera aquellas dos ambiciones hubieran obrado respecto

á la Alemania como los estados absolutos fronterizos á un estado libre, como Federico y Catalina en torno de la Polonia; la hubieran dividido y agitado; y en lugar de querer ejercer en ella algun influjo, hubieran propendido á conquistarla. La verdadera independencia de Alemania consistia entónces en reorganizar bien la Dieta, y en dividir equitativamente los votos entre el Austria y la Prusia, de tal suerte que la confederacion pudiese mantener la balanza entre ellas. Agréguese á esto, arreglos europeos que no hiciesen á la Prusia la enemiga natural de la Francia (como se ha hecho en 1815, dándole las provincias del Rhin) y que dejasen á las dos potencias alemanas rivales, pero sostenidas en equilibrio por la Dieta, y la Alemania hubiera sido libre; es decir, capaz de inclinar sus resoluciones al lado de sus verdaderos intereses.

Suprimir la eleccion para la corona imperial, tampoco hubiera valido gran cosa á nuestro parecer. Aunque hacia dos siglos que aquella corona no salia de la casa de Alemania, no obstante, la eleccion era un lazo de dependencia que hacia que aquella casa se mostrase obligada á los estados alemanes: y á veces es útil que los grandes dependan de los sufragios de los pequeños, cuando no causa esto la anarquia. Constituida la Alemania como lo habia sido en 1803 por Napoleon, con solo que se hubiesen dado algunos votos mas á los católicos, para restablecer el equilibrio, perdido en perjuicio del Austria, presentaba á nuestro parecer un arreglo mejor y mas natural, que el concebido por los autores de la nueva organizacion europea.

Aunque el desinterés fuese el principio esencial del plan propuesto, aquel desinterés podia ir hasta no adquirir, y contentarse

con el mejor arreglo de la Europa por única indemnizacion de los gastos de la guerra, pero no podia llegar hasta perder. Así, pues, se debía indemnizar al Austria por el estado de Venecia, al cual se le iba á pedir que renunciase; y se le daba la Moldavia y la Valaquia, para conducirla hasta el mar Negro, y tranquilizarla contra el peligro futuro de verse bloqueada por la Rusia.

Se dan al Austria la Valaquia y la Moldavia para indemnizarla de los sacrificios que se la imponen.

El imperio otomano quedaba en el mismo estado, salvo algunas restricciones que se darán á conocer.

Faltaba por constituir el norte, en donde había mucho que hacer segun el singular organizador de la Europa, que trabajaba con tanta libertad sobre el mapa del mundo. La frontera que separaba la Prusia de la Rusia era mala. La Polonia se hallaba dividida entre aquellas dos potencias; y para el clérigo Piatoli, para los jóvenes cuya política inspiraba él, sobre todo para el príncipe Czartoryski, y aun para el mismo Alejandro, el desmembramiento de la Polonia era un grande atentado. En efecto, Alejandro, en su ociosa y oprimida juventud en tiempo de Pablo, había dicho muy á menudo en medio de sus desahogos, que la desmembracion de la Polonia era un crimen cometido por sus abuelos, y que él se conceptuaria feliz si algun dia lo podia reparar. ¿Pero, cómo rehacer aquella Polonia? ¿cómo colocarla en pie y aislada entre los estados rivales que la habian destruido?

Existia un medio, cual era el de reconstituirla enteramente, devolverle todas las partes de que se componia otras veces, y darla en seguida al Emperador de Rusia, quien la concederia instituciones independientes, de modo, que la Polonia, destinada en las antiguas ideas de la Europa á servir de barrera á la Alemania contra la Rusia, debía servir en este caso de barrera, ó mas bien de vanguardia á la Rusia contra la Alemania. ¡Tal era el sueño de aquellos jóvenes políticos, y tal la ambicion con que alimentaban á Alejandro! ¡Aquella grande indignacion contra el atentado del último siglo, aquel noble desinterés impuesto á todas las cortes para reprimir la ambicion de la Francia, hubiera dado, pues, por resultado rehacer la Polonia para entregarla á la Rusia! No era aquella la primera vez, que bajo virtudes fastuosas que se ofrecian con ostentacion al aprecio del mundo, se ocultaba una grande vanidad y una ambicion desmesurada. La corte de Rusia, que entónces afectaba hasta el mas alto punto desinterés y equidad, que desde lo alto del polo

pretendia dar lecciones á la Inglaterra y á la Francia; ¡soñaba, pues, en el fondo la posesion completa de la Polonia! No obstante, bajo aquéllos proyectos se ocultaba un sentimiento digno de alabanza, el que alimentaba el príncipe Czartoryski, quien, no viendo en el momento ninguna posibilidad de restaurar la Polonia por las solas manos polacas, queria, á falta de otras, servirse de las manos rusas: solo podia censurársele una cosa, á menudo conocida de los rusos, y mas de una vez denunciada al Emperador Alejandro, y era que pensaba menos en los intereses de la Rusia, que en los de su patria, y que por lo tanto impulsaba á su señor á arrojarse en una guerra mal calculada. El clérigo Piatoli, adicto á la Polonia, participaba de todas sus ideas. Erá, sin embargo, difícil proponer á aquella *alianza de mediacion*, fundada sobre el principio del desinterés, que abandonase la Polonia á la Rusia; pero había un medio para llegar á aquel resultado. Amando la Prusia la paz y los beneficios de la neutralidad, era probable que no quisiese adherirse á aquel plan; y en este caso, para castigarla de su negativa se la arrollaria, y se le quitaría á Varsovia y el Vistula; y con estas grandes porciones de la antigua Polonia, reunidas á las que poseia la Rusia, se constituiria la nueva Polonia, de la cual, Alejandro debía ser el Rey y el legislador.

A todas estas ideas se unian otras accesorias al plan, las cuales eran á veces singulares, y á veces justas y generosas.

Ideas accesorias al plan general.

Debía obligarse á la Inglaterra que devolviese la isla de Malta á la órden. La Rusia abandonaria á Corfú, quien desde luego figuraria entre las Siete Islas. La Inglaterra habia tomado la India, la cual era preciso dejársela; pero se podia sacar del Egipto un inmenso partido para la civilizacion, el comercio general y el equilibrio de los mares; y á este efecto, se le quitaría á la Puerta y se le daria á Francia para que esta se encargase de civilizarle. Con el Egipto se formaria un reino oriental, que se colocaria bajo la soberanía de la Francia,

Malta devuelta á la órden de San Juan, Egipto á la Francia, Gibraltar á la España y Memel á la Rusia.

Proyecto de reconstituir la Polonia en beneficio de la Rusia.

y en el cual reinarian los Borbones, si á la paz estaba Napoleon en el trono, ó Napoleon si se restablecia á los Borbones. Se restituirian á la Puerta los estados berberiscos; se le ayudaria hasta á reconquistarlos á fin de que ella aboliese la piratería, la cual era una barbarie que deshonraba á la Europa. Por último, habia ciertas posesiones contrarias á la naturaleza de las cosas aunque consagradas por el tiempo y la conquista, que seria sabio y humano hacer cesar. Por ejemplo, Gibraltar, servia á los ingleses para sostener en España un contrabando vergonzoso y corruptor para aquel pais; las islas de Jersey y Guernsey, ayudaban á los ingleses á suscitar la guerra civil en Francia; Memel en las manos de la Prusia, era en el territorio de Rusia una especie de Gibraltar para el fraude. Por lo tanto, se debia, por medio de ciertas compensaciones, inducir, si era posible, á que los poseedores renunciasen á unos puntos que les servian para usos tan reprobados.

La España y el Portugal debian ser reconciliadas, y unidas por un lazo federal, que pusiese á ambas al abrigo de la influencia francesa por un lado y de la inglesa por otro. Tambien se debia obligar á la Inglaterra á que reparase las injusticias que habia cometido con la España, y devolviese á esta los galeones que le habia quitado: y finalmente, pensaban, al obrar así, librar á la corte de Madrid de la tiranía de la Francia, que era lo que mas deseaba.

Nuevo código de derecho de gentes, promulgado bajo los auspicios de la Rusia.

Para completar la grande obra de la reorganizacion europea, el Emperador de Rusia debia dirigirse á todos los sábios de la Europa, y pedirles un código de derecho de gentes que comprendiese un nuevo derecho marítimo. Decian que era inhumano y bárbaro que una nacion declarase la guerra, sin haber sufrido antes el arbitraje de un estado vecino y desinteresado; y sobre todo que una nacion empezase las hostilidades contra otra sin una previa declaracion de guerra, asi como acababa de hacerlo la Inglaterra con la España, y que inocentes comerciantes se vieses arruinados ó privados de su libertad por una especie de emboscada. Tambien era intolerable que las

naciones neutrales fuesen víctimas del furor de potencias rivales, y no pudiesen atravesar el mar sin verse expuestas á las consecuencias de una lucha que era para ellas extraña. El honor de la grande corte reformadora exigia que se remediasen todos estos males por medio de leyes internacionales. Debian concederse premios á los sábios que sobre este asunto propusiesen el mejor sistema de derecho de gentes.

Con esta mezcla de ideas extravagantes, elevadas las unas, puramente ambiciosas las otras, estas prudentes, aquellas quiméricas, se exaltaba la cabeza y el corazon de aquel jóven Emperador, inconstante, de talento, y envenecido con sus intenciones, honradas pero sin firmeza, como podria estarlo de virtudes experimentadas. Creiase verdaderamente llamado á regenerar á la Europa, y si á veces se interrumpia en sus hermosos sueños, era pensando en el grande hombre que dominaba al occidente, y que no estaba de humor de dejarla regenerar sin él ni contra él. Los que observaban de cerca á Alejandro, notaban bien que desfallecia su corazon desde que entraveia la guerra con Napoleon, como último y probable fin de todos sus planes.

No merecia aquella extraña concepcion el honor de ser contada con tanta prolijidad, ni mas ni menos que las miles proposiciones con que los forjadores de proyectos abrumaban á menudo á las cortes que tienen la debilidad de escucharlos, si no hubiera entrado en la cabeza de Alejandro y de sus amigos, y lo que es mas grave aún si no hubiera venido á ser el texto de todas las negociaciones que se siguieron, para servir, en fin, de base á los tratados de 1815.

Una cosa hay digna de llamar la atencion. Culpábase en aquella época á la Revolucion francesa de haber prometido á todos los pueblos la libertad, la independencia, y la felicidad, y haber faltado á su palabra al género humano. He aquí al poder absoluto poniendo manos á la obra. Jóvenes vivos y ardientes, honrados y sinceros los unos, puramente ambiciosos los otros, educados todos en la escuela de los filósofos, reunidos por su nacimiento, y por la uniformidad de sus gustos en torno del herepero del mayor imperio despótico de la tierra, se habian enagenado con la idea

de rivalizar con la Revolucion francesa en materia de intenciones generosas y populares. Aquella Revolucion que, segun ellos, ni aun habia podido procurar la libertad á la Francia, porque acababa de darse un dueño, y que no habia valido á las demas naciones mas que una dependencia humillante del imperio frances; aquella Revolucion iba á verse confundida, oponiéndola una regeneracion europea, fundada en una equitativa distribucion de territorios y en un nuevo derecho de gentes. Debía haber una Italia independiente, una Alemania libre, y una Polonia reconstituida. Cada grande potencia se veria contenida por útiles contrapesos; y hasta la misma Francia debía ser, no humillada, sino obligada á que respetase los derechos de los demas. Los abusos de la guerra desaparecerian en la tierra y en el mar; la piratería seria abolida; se restableceria por el Egipto la antigua via del comercio; y, por último, seria llamada la ciencia á escribir el derecho público de las naciones. Todo esto era, no solo redactado por un vulgar escritor de memorias, sino que habia de ser formalmente propuesto á todas las cortes, y discutido con el hombre menos quimérico de todos, con M. Pitt! Hoy que han transcurrido cuarenta años de estos sucesos sabemos bien todo lo que ha resultado de aquellas miras filantrópicas del poder absoluto. Los inventores de aquellos planes, batidos y desconcertados durante diez años por aquel á quien querian destruir, vencedores al fin en 1815, no hicieron ni código del derecho de gentes, ni código del derecho marítimo; ni emanciparon á Italia, ni á la Alemania, ni á la Polonia. Malta y Gibraltar no han cesado de permanecer en poder de los ingleses, y la demarcacion de los limites europeos trazada segun los intereses del momento, y sin calcular el porvenir, es la menos prudente que se hubiera podido imaginar.

Empero no anticipemos nada acerca de la continuacion de esta historia. Decir como todas aquellas ideas vinieron á ser comunes á los amigos de Alejandro y á él mismo, seria un trabajo inútil. Lo que hay de cierto es, que así él como ellos las tomaron como suyas y que se prometieron fuesen la base de la política rusa. El principe Czartoryski

viendo en aquel plan una probabilidad de reconstituir á la Polonia, deseaba ardientemente ponerle en ejecucion, pues desde que M. de Woronzoff se habia retirado al campo, dirigia como ministro el departamento de negocios extrangeros. MM. de Nowosiltzoff y de Strogonoff, agregados el uno al ministerio de justicia y el otro al del interior, se dedicaban á otros cuidados que el de su cargo aparente, ocupándose con su jóven colega y el Emperador en asentar el mundo sobre nuevas bases. Se resolvió que M. de Nowosiltzoff que era el que entre todos tenia mas habilidad, pasaria á Londres para conferenciar con M. Pitt y hacerle

aprobar los proyectos de la corte de Rusia. Era necesario convertir al ambicioso gabinete británico, y atraerle á las miras desinteresadas del proyecto, á fin de poder fundar lo que se llamaba la *alianza de mediacion*, y hablar á la Francia en nombre de aquella alianza, y de modo que fuese escuchada. Un sobrino de M. de Strogonoff partió para Madrid, con el doble objeto de hacer las paces entre la Inglaterra y la España, y ligar á la vez por medio de lazos indisolubles la España y el Portugal; decidiéndose que M. de Strogonoff pasaria por Londres, antes de dirigirse á Madrid, á fin de empezar en aquella capital su mision conciliadora. A juicio de toda la Europa habian sido considerados como injustos y odiosos los procedimientos del gobierno británico hácia el gobierno español; y por lo tanto debia decirsele que si no era mas razonable, se le dejaria comprometido solo contra la Francia, y la Rusia con todas las potencias continentales se reducirian á una neutralidad mortal para la Gran Bretaña.

Los dos jóvenes rusos encargados de hacer adoptar en el extranjero la política de su gabinete, se pusieron en camino para Londres á últimos del año 1804. Presentado M. de Nowosiltzoff, á la corte de Inglaterra, por el embajador Woronzoff, hermano del chanciller que se hallaba retirado de los negocios, fue recibido con una distincion y esmero, propios á cautivar á un hombre de Estado jóven y admitido por la primera vez al honor de tratar los grandes negocios de la Europa. Ya se sabe que la aspereza y el

M. de Nowosiltzoff es el encargado para tratar en Londres, y M. de Strogonoff en Madrid.

orgullo caracterizan por lo comun, mas bien que la astucia, á la diplomacia inglesa; sin embargo lord Harrowby, y particularmente M. Pitt, con el cual entró directamente en

Conferencias en Londres entre MM. Pitt y de Nowosiltzoff.

conferencias el enviado ruso, pudo en breve conocer con qué personas tenian que habérselas, y obraron en su consecuencia. El viejo Pitt, mas viejo por su experiencia que por su edad, contemporizador por el peligro á pesar de su altivez, se conceptuaba feliz con volver á hallar la alianza del continente; y por esta razon se mostró complaciente, tanto como debia serlo, con unos jóvenes sin experiencia, que se alimentaban de quimeras. Escuchó las singulares proposiciones del gabinete ruso y pareció acogerlas con la mayor consideracion, pero las modificó segun convenia á su política, guardándose de rechazarlas, y limitándose á aplazar para la paz general lo que era incompatible con los intereses de la política inglesa. Hizo que le remitiesen las proposiciones del enviado ruso, y teniéndolas á la vista escribió

Observaciones de M. Pitt sobre el proyecto ruso.

sus propias observaciones (1). Tambien consintió M. Pitt en ser reprendido por el joven enviado ruso: dejó le echasen en cara la ambicion de la Inglaterra, la dureza de sus procederes, y su sistema invasor que servia de pretexto al sistema invasor de la Francia; y por último, dejó que le dijese que para formar una alianza nueva era necesario fundarla en un grande desinterés de parte de todas las potencias contratantes. El gefe del gabinete británico se enardeció con este motivo, aprobó mucho las ideas del embajador de Alejandro, y declaró que, en efecto, era preciso manifestar el mas completo desapego de toda mira personal, si se queria arrancar la máscara con que se cubria la ambicion de la Francia, y que era indispensable que los aliados no pensasen en sí mismos, sino en la independencia de la Europa, oprimida por una potencia bárbara y tiránica. ¡Ni la gravedad de los hombres, ni la de los intereses de que tratan im-

piden que den á veces un espectáculo muy pueril! ¿V en efecto, no tiene algo de pueril ver á aquellos diplomáticos representantes de las ambiciones que agitan al mundo de dos siglos á esta parte, censurar á la Francia su insaciable codicia? ¡Como si el ministro ingles hubiera querido en aquella ocasion otra cosa que Malta, las Indias y el imperio del mar! ¡Cómo si el ministro ruso hubiera querido otra cosa que la Polonia, y un influjo dominante en el continente! ¡Lástima causa oír á los gefes de los Estados dirigirse formalmente semejantes cargos! No hay duda que Napoleon fue ambicioso en extremo en su propio interes, y particularmente en el de Francia; pero considerado Napoleon, si puede así decirse, en sus causas morales, ¿fue Napoleon otra cosa que la reaccion del poder frances contra las invasiones de las cortes europeas en el último siglo, contra la particion de la Polonia y la conquista de las Indias? La ambicion es el vicio ó la virtud de todas las naciones; vicio, cuando atormenta al mundo sin hacerle ningun bien; virtud, cuando le agita civilizándole. Bajo este punto de vista, la ambicion de que menos tienen que quejarse las naciones, por mucho que hayan sufrido, es la de la Francia. No existe un pais por el cual hayan atravesado sus ejércitos, que no haya quedado en mejor estado y mas ilustrado.

Quedó, pues, convenido entre M. Pitt y M. de Nowosiltzoff que la nueva alianza

Bases sentadas por MM. Pitt y de Nowosiltzoff.

haría alarde del mayor desinterés, á fin de hacer mas evidente la insaciable codicia del Emperador de los franceses. Admitiendo que seria muy útil desembarazar á la Europa de aquel personaje temible; se reconoció, no obstante, que seria imprudente anunciar la intencion de imponer un nuevo gobierno á la Francia. Debía aguardarse que el pais se pronunciase por sí mismo, secundarle si se mostraba dispuesto á sacudir el yugo del gobierno imperial, y sobre todo poner el mayor cuidado en tranquilizar á los gefes del ejército acerca de la conservacion de sus grados, y á los propietarios de los bienes nacionales acerca de la conservacion de sus bienes. Todas las proclamas dirigidas á la nacion francesa debian dar las mayores segurida-

(1) Yo mismo he leído el acta de estas conferencias, de la cual existe una copia en Francia.

des sobre este particular. M. Pitt, llegó hasta mirar aquella precaucion como tan importante, que dijo, estaba pronto á hacer con los fondos de la Inglaterra, una provision (tal es su propia frase) para indemnizar á los emigrados que habian quedado en torno de los Borbones, y quitarles por este medio todo motivo para alarmar á los compradores de bienes nacionales. M. Pitt soñaba, pues, la famosa indemnizacion á los emigrados, veinte años antes del dia en que fue votada por el Parlamento de Francia. Al querer satisfacer tales pretensiones no sabia seguramente á lo que se comprometia; pero al mostrarse dispuesto á hacerlo á expensas del tesoro británico, probaba cuan inmenso interés tenia la Inglaterra en que cayese Napoleon, que tan temible habia llegado á ser para ella.

La idea de reunir fuerzas imponentes, en cuyo nombre se trataba antes de combatir, fue admitida por M. Pitt con el mayor interés y celo. Consentia en el simulacro de una negociacion prévia, pues sabia que no tendria consecuencias, y que las condiciones propuestas nunca convendrian á la altivez de Napoleon; pues, en ningun caso podria este sufrir que se organizase sin él y contra él la Italia, la Suiza y la Holanda, bajo el especioso pretexto de su independendencia. M. Pitt dejaba, pues, á los jóvenes gobernantes rusos creer que trabajaban en una grande mediacion, convencido que marchaban pura y simplemente á una tercera coalicion. En cuanto á la distribucion de las fuerzas contradecia ciertas partes del proyecto: aceptaba la formacion de tres grandes masas de tropas; una en el mediodia compuesta de rusos, napolitanos é ingleses; otra al este, compuesta de rusos y austriacos; y otra en el norte compuesta de prusianos, rusos, suecos, hannoverianos é ingleses; pero al mismo tiempo declaraba que en aquel momento no podia suministrar ni un solo ingles. Sostenia que teniéndolos en las costas de Inglaterra, siempre prontos á embarcarse, se lograria un resultado muy útil, cual era amenazar el litoral del imperio frances sobre todos los puntos á la vez. Lo que significaba, que temiendo á la expedicion preparada en Boloña, el gobierno británico no queria

desguarnecer su territorio; cosa, por lo demas, muy natural. M. Pitt prometia subsidios, pero no tantos, ni con mucho, como los que se les pedian; pues solo ofrecia 6 millones de libras esterlinas (unos 576 millones de reales). Insistia particularmente sobre un objeto, tratado al parecer muy de ligero por los autores del proyecto ruso, cual era la concurrencia de la Prusia; pues sin ella todo le parecia difícil y hasta imposible; tanto mas cuanto que á sus ojos se necesitaba la asistencia de toda Europa para destruir á Napoleon. Aprobaba mucho que si no se lograba ganar á la Prusia se la tratase como á enemiga, porque de este modo se ligaba la Rusia para siempre á la política inglesa; y hasta ofrecia, si llegaba este caso, hacer refluir á San Petersburgo la parte de subsidios destinada á la Prusia; pero hallaba que todo esto era muy grave, y era de opinion que se dirigiesen al gabinete de Berlin las proposiciones mas ventajosas á fin de ganarle.—No creais, dijo á M. de Nowosiltzoff que yo mire con buenos ojos á ese gabinete falso, astuto y codicioso, que pide así á la Europa como á Napoleon el precio de sus perfidias, no; pero en él descansa la suerte del presente y aun la del porvenir. Celosa la Prusia del Austria, y temiendo á la Rusia, se inclinará siempre á Francia. Es preciso desunirla, sin lo cual no cesará de ser la cómplice de nuestro irreconciliable enemigo; es necesario faltar, solo para ella; á vuestras ideas de desinterés; es menester darle mas de lo que puede ofrecerle Napoleon, y sobre todo darle alguna cosa que la indisponga irrevocablemente con la Francia.—Entonces, llevado M. Pitt por el odio, que si á menudo ciega ilustra algunas veces, ideó una modificacion al plan ruso, fatal tanto para la Alemania como para Francia. Hallaba luminosa y profunda la idea de construir al redeedor del territorio frances dos reinos capaces de resistirnos, el reyno de las Dos Bélgicas y el reyno Subalpino, el uno para la casa de Orange, protegida de la Inglaterra, y el otro para la de Saboya,

Cuestion de subsidios.

M. Pitt quiere que se haga todo lo posible para ganar á la Prusia.

M. Pitt imagina ofrecer las provincias rinianas á la Prusia.

protegida de la Rusia; pero pensaba que aquella precaucion era insuficiente. Quería que en vez de separar la Prusia y la Francia por el Rhin, se las pusiese, al contrario, en contacto inmediato; y propuso que se concediese á la Prusia, si se adhería á la coalicion, todo el pais comprendido entre el Mosa, el Mosela y el Rhin, que es lo que se conoce hoy día con el nombre de provincias rinianas. Parecía esto indispensable, si para lo venidero se queria separar á la Prusia de su neutralidad interesada, y de su inclinacion á Napoleon, cerca del cual buscaba y encontraba sin cesar un apoyo contra el Austria. Prestóse oido en 1815 á este proyecto, situando junto al Rhin, ademas de la Prusia á la Baviera, á fin de quitarnos nuestros antiguos aliados en Alemania. Cuando llegue un día en que necesite apoyo contra los peligros que le vengan de la parte del norte, entonces apreciará la Alemania en su justo valor el servicio que le han hecho, los que han cifrado todo su estudio en crear motivos de division entre ella y la Francia.

De aquellas conferencias resultó una nueva idea destinada á completar la creacion del reyno de las Dos Bélgicas, que consistia en construir un cordon de fortalezas, á imitacion de las que Vauhan habia levantado en otro tiempo para cubrir á la Francia, cuyas fortalezas se habian de construir en aquel pais falto de fronteras, á expensas de la alianza.

En cuanto á la Alemania y la Italia, el ministro ingles manifestó cuan lejos estaban de poderse ejecutar por entonces aquellos vastos proyectos, y cuanto ofenderian á las dos potencias que mas se necesitaban, como lo eran la Prusia y el Austria. Ni una ni otra se conformaria á dejar de formar parte de la Confederacion germánica; la Prusia, en particular, se negaría á que la corona de Alemania fuese hereditaria; y el Austria no aprobaria que se constituyese la Italia de modo que quedase excluida de este pais. Del proyecto sobre la Italia, no admitia M. Pitt sino la creacion del reyno del Piamonte; y queria que se agresasen la Saboya á todo lo que el proyecto ruso adjudicaba ya al Piamonte.

Por último, nada se habló de la Po-

lonia; pues esto suponía la guerra con la Prusia, que era lo que M. Pitt procuraba evitar. El diplomático ruso, imbuido de tan generosas ideas al salir de San Petersburgo, no se atrevió á hacer mencion del Egipto, de Gibraltar, de Memel, ni, en fin, de todo lo que habia de mas elevado en el proyecto primitivo. Sobre dos objetos muy importantes se mostró M. Pitt poco condescendiente y casi negativo: queremos hablar de Malta y del derecho marítimo. Respecto á Malta, rehusó M. Pitt terminantemente hablar del asunto, y aplazó las explicaciones sobre dicho particular hasta la época en que se conociesen los sacrificios que la Francia estaba dispuesta á hacer. En cuanto al nuevo derecho de gentes, dijo, que aquella obra, moral pero poco practicable, debia discutirse en un congreso, que se reuniría despues de la guerra, para concluir una paz en la cual se equilibrarian de un modo equitativo los intereses de todas las naciones. La idea de un nuevo derecho de gentes le parecia muy hermosa, pero muy difícil de realizar, porque difícilmente adoptarían los pueblos disposiciones uniformes, y con mas dificultad las observarían despues de adoptadas. No obstante, no se negaba á que se tratasen dichas materias en el congreso que debia arreglar mas tarde las condiciones de la paz general.

Termináronse aque-

llas conferencias por una explicacion singular, que tuvo por objeto el oriente y Constantinopla. Re-

Explicaciones entre MM. Pitt y de Nowosiltzoff con motivo del oriente y de Constantinopla.

cientemente la Rusia, por su política en Georgia y por sus relaciones con los insurgentes de las provincias del Danubio, habia hecho concebir algunos recelos á la Inglaterra, y provocado de su parte una nota en la cual se declaraban como principios de política europea, la independencia é integridad del Imperio otomano.—No es así como se procede cuando se quiere establecer la confianza entre aliados, dijo M. de Nowosiltzoff á M. Pitt. Mi señor tiene el carácter mas noble y generoso que puede existir; basta fiarse en su probidad. Pero procurar sujetarle con amenazas, ó solo con insinuaciones, es ofenderle inútilmente; y con tales medios solo se lograria excitarle y no detenerle. Al llegar aquí

M. Pitt se excusó mucho de haber, dejado percibir recelos tan mal fundados, que si bien eran naturales antes que hubiesen llegado á inspirarse confianza unos á otros, eran imposibles para el porvenir, mucho mas con la intimidad que iba á establecerse. Por otra parte, dijo M. de Nowosiltzoff, ¿qué inconveniente puede haber de que Constantinopla pertenezca á un pueblo civilizador como los rusos, en lugar de pertenecer á un pueblo bárbaro como los turcos. ¿No ganaria mucho vuestro comercio del mar Negro? No hay duda que el peligro seria real si el oriente quedase sometido á esa Francia siempre invasora; pero en poder de la Rusia el peligro seria nulo, y la Inglaterra nada podria decir en contra. M. Pitt (1) contestó que aquellas consideraciones tenian para él mucho peso; que no alimentaba ninguna preocupacion sobre aquel punto, y que no veria ningun gran peligro en que Constantinopla cayese en poder de los rusos; pero que era una preocupacion arraigada en su pais que él estaba obligado á respetar, y que era menester guardarse mucho de tocar en la actualidad semejante asunto.

M. de Strogonoff no obtuvo nada ó casi nada relativo á la España. La España, decia el gabinete ingles, entregaba todos sus recursos á la Francia, y por lo tanto era una tonteria el contemplarla. No obstante, si queria declararse contra la Francia se le devolverian sus fragatas.

Regresa M. de M. de Strogonoff
Nowosiltzoff á San partió para Madrid,
Petersburgo. y M. de Nowosiltzoff

regresó á San Petersburgo. Quedó convenido que lord Gower, despues lord Granville, embajador entónces de Inglaterra en San Petersburgo, recibiria los poderes necesarios para concluir un tratado sobre las bases fijadas por ambas cortes.

Solo habia estado algunos dias en Londres el plan de la Rusia, y volvía despojado de todo cuanto tenia de generoso, y tambien de poco práctico; quedando reducido á un proyecto de destruccion contra la Francia. ¿Nada de independencia para Italia, Alemania y Polonia! Un reyno en el Piamonte y otro en las Dos Bélgicas, y á mas una idea

profundamente rencorosa cual era el establecimiento de la Prusia junto al Rhin; la cuestion de Malta eludida; el nuevo derecho de gentes aplazado para un congreso futuro; y finalmente, un simulacro de negociacion antes de empezar las hostilidades; simulacro bien vano, porque la guerra general é inmediata se hallaba en el fondo de las cosas, hé aqui lo que quedaba de aquel fastuoso proyecto de reconstitucion europea, producto de una especie de fermentacion de las facultades intelectuales de los jóvenes que gobernaban la Rusia. En su consecuencia, se empezó á negociar en San Petersburgo con lord Gower, acerca de los puntos convenidos en Londres entre MM. Pitt y de Nowosiltzoff.

Mientras la Rusia

se ligaba así con la Inglaterra, debía emprender un trabajo análogo con la Prusia y el Austria

Negociacion con la Prusia para atraerla á tomar parte en el nuevo proyecto de mediacion.

para atraerlas á la nueva coalicion. La Prusia, que se habia comprometido con la Rusia á declarar la guerra á la Francia, si los franceses pasaban mas allá del Hannover, pero que al mismo tiempo habia prometido al gabinete frances permanecer inviolablemente neutral si no se aumentaba en Alemania el número de los franceses, no queria salir de aquel peligroso equilibrio. Fingia no comprender lo que le decia la Rusia, y se encerraba en su antiguo sistema, que habia llegado á ser proverbial, la *neutralidad del norte de Alemania*. Este modo de eludir la cuestion le era tanto mas fácil, cuanto que los diplomáticos rusos no se atrevian á explicarse abiertamente, por temor de que no entregase á Napoleon los secretos de la coalicion, pues el gabinete de Berlin habia adquirido por sus vacilaciones tal reputacion de falsedad, que se creia no era posible confiarle un secreto, sin que al punto no lo comunicase á la Francia. Así, pues, no se le hablaba del proyecto llevado á Londres, ni de la negociacion que le habia seguido, pero se le citaban cada dia las nuevas usurpaciones de Napoleon, especialmente la transformacion de la república italiana en reyno; lo que, segun decian, equivalia á una reunion de la Lombardia á la Francia, semejante á la reunion del Piamonte. Anunciábanle los planes mas gigantescos: hacian cir-

(1) Hállanse estos pormenores en una carta muy curiosa, dirigida por M. de Nowosiltzoff á su gabinete.

cular el rumor que Napoleon iba á hacer de Parma y de Plasencia, de Nápoles, y aun de la misma España reynos para su familia; que la Holanda sufriría en breve la misma suerte; que se incorporaría la Suiza á la Francia, á pretexto de una rectificación de las fronteras francesas; que el Cardenal Fesch sería elevado al solio pontificio; que era menester salvar á la Europa amenazada de una dominacion universal; que las cortes que se obstinasen en vivir en la incuria serian causa de la perdida comun, y concluirían por ser envueltas á su vez. Sabiendo particularmente, que la rivalidad del Austria y de la Prusia era la causa principal que inclinaba á esta última potencia á la Francia, se procuraba reconciliar á ambas. Pedíase á la Prusia que fijase sus pretensiones, y las diese á conocer, diciéndola que se procuraría que el Austria confesase las suyas, y se haría todo lo posible por conciliar unas y otras por medio de un arbitraje definitivo. Anunciábasela que mediante algunos votos católicos de mas en el colegio de los principes, concesion de poca importancia, el Austria se contentaría para siempre con el *recés* de 1803, y sancionaría con su irrevocable adhesión los nuevos arreglos en los cuales tanto habia ganado la Prusia. Hasta llegó á insinuarse, que si por desgracia llegaba á ser inevitable la guerra, se indemnizaría espléndidamente á la Prusia de los azares que hubiera corrido durante ella. Sin embargo, no se confesaba que se hallasen en visperas de formar una coalicion, ni que se habian sentado las bases de ella; y solo se expresaba el deseo de que la Prusia se uniese al resto de la Europa, para garantizar el equilibrio del mundo, formalmente amenazado.

Enviase á Berlin á M. de Vintzingerode.

A fin de tratar mas de cerca con la corte de Prusia se envió á Berlin á M. de Vintzingerode, general ruso, y oficial instruido de Estado mayor, quien debia franquearse poco á poco con el Rey, pero solo con él, y el cual teniendo conocimiento del plan militar, podia, si lograba hacerse escuchar, proponer los medios de ejecucion, y arreglar el conjunto y los pormenores de la futura guerra. M. de Vintzingerode llegó á Berlin á fines del invierno de 1804, época en que Napoleon se

disponia á partir para Italia, y guardó la mayor reserva con el gabinete prusiano, pero franqueándose algo mas con el Rey é invocando la amistad contrai-da en Memel entre los dos soberanos, procuró ganar al príncipe en nombre de aquella amistad y de la causa comun de los Reyes. El joven Federico Guillermo, viéndose tan ostigado, y comprendiendo, al fin, de lo que se trataba, protestó su afecto personal por Alejandro, y sus vivas simpatías por la causa de la Europa, pero objetó que era el primero que se hallaba expuesto á los golpes de Napoleon, y que no se creia bastante fuerte para luchar con aquel poderoso adversario; que los socorros con que se le brindaban llegarían muy tarde, porque estaban muy léjos, y que por lo tanto sería vencido y quizá destruido antes que acudiesen en su socorro. Así, pues, se negó obstinadamente en formar parte de una coalicion, que se le habia dejado entrever sin confesársela expresamente. Hizo tambien presente el peligro de seguir las sugestiones de la Inglaterra, y hasta propuso para prevenir una guerra general, que le asustaba, servir de intermediario entre la Rusia y la Francia.

En circunstancia tan delicada habia llamado el Rey, para consultarle, á M.

El Rey de Prusia se niega obstinadamente á unirse á la coalicion.

Opiniones de MM. de Haugwitz y de Hardenberg.

de Haugwitz, que habia algun tiempo se hallaba retirado en sus posesiones de Silesia, y habia hallado en su opinion un nuevo estímulo para seguir en su política ambigua y pacífica. No obstante, á haber sido necesario tomar una resolucion positiva, M. de Haugwitz se hubiera inclinado mas bien hacia la Francia; y M. de Hardenberg, que le habia sucedido, se hubiera inclinado á la Rusia; aunque éste decia, que estaba pronto á decidirse lo mismo en favor de la Francia que de la Rusia, con tal que se tomase un partido. Como tenia menos talento, tacto y prudencia que M. de Haugwitz le gustaba censurar las tergiversaciones de este último, y para distinguirse de su predecesor le gustaban los partidos decisivos. A su modo de ver, debían decidirse por la Francia si se creia útil abrazar su causa, pero

obtener en este caso las ventajas, y recoger el premio de una opcion decidida. En este particular era menos agradable al Rey que M. de Haugwitz, quien hacia gustar á aquel príncipe las dulzuras de la indecision; y con este motivo se notaba ya entre M. de Haugwitz y M. de Hardemberg aquella variedad de lenguaje, por el cual empiezan las enemistades entre los ministros rivales, lo mismo en las córtes que en los Estados libres.

El Rey de Prusia corresponde á la venida de M. de Vintzingerode á Berlin, mandando á San Petersburgo á M. de Zastrow.

Para corresponder el Rey al gabinete de Rusia que le habia enviado á M. de Vintzingerode, quiso enviar tambien á San Petersburgo un personaje de su confianza; y al efecto despachó á M. de Zastrow con la mision de explicar su posicion al Emperador Alejandro, hacerle aprobar su conducta reservada, y penetrar, si le era posible, mas profundamente el secreto todavia oculto de la nueva coalicion. Mientras despachaba á M. de Zastrow á San Petersburgo para que dijese y averiguase lo que queda expuesto, Federico Guillermo se vanagloriaba con Napoleon de haberse resistido á las sugestiones de la Rusia, y hablaba de la neutralidad del norte de Alemania, no como de una verdadera neutralidad, segun lo era en efecto, sino como de una alianza positiva que cubriría por el norte á la Francia contra todos los enemigos con quien tuviera que combatir: aquel príncipe le ofrecia, ademas, asi como lo habia ofrecido á la Rusia, desempeñar el papel de conciliador.

M. de Wintzingerode, despues de haber prolongado su permanencia en Berlin hasta hacerse importuno á la corte de Prusia, la cual temia verse comprometida con la presencia prolongada de un agente ruso, se trasladó á Viena, donde intentó los mismos esfuerzos que en

Negociaciones con el Austria.

Berlin. No se necesitaba guardar con el Austria tanto disimulo como con la Prusia, ni aun casi ninguno; porque el Austria odiaba á Napoleon, y deseaba ardientemente que se expulsase á los franceses de Italia. Con ella no era necesario cubrirse, como con el Rey de Prusia, con la máscara

del desinterés; se podia hablar con claridad, y decir lo que se queria, porque el Austria deseaba lo que se deseaba en San Petersburgo, teniendo solo de menos las ilusiones de la juventud, y el falso sentimentalismo que no sentaba bien á su antigua experiencia: ademas sabia guardar un secreto. Si en la experiencia tenia muchas consideraciones á la

Convenio secreto del Austria con la Rusia.

Francia, y trataba constantemente á Napoleon con el language de la lisonja, alimentaba en el fondo del corazon todo el resentimiento de una ambicion dolorida y maltratada por espacio de diez años. Asi, pues, habia participado secretamente desde el principio, de las pasiones de la Rusia; pero acordándose de sus derrotas, no habia querido enlazarse con ella sino guardando una prudencia extremada, y contrayendo solo compromisos condicionales y de pura precaucion, á cuyo efecto habia firmado con la Rusia un convenio secreto, que era para el mediodia de la Europa, lo que era para el norte, el convenio firmado por la Prusia. En dicho convenio prometia salir de su estado pasivo, si cometiendo la Francia nuevas usurpaciones en Italia, extendia mas la ocupacion del reyno de Nápoles, limitada entónces al golfo de Tarento; llevaba á cabo nuevas incorporaciones como la del Piamonte, ó amenazaba alguna parte del imperio turco tal como el Egipto. En cualquiera de estos casos debia ser su contingente de guerra 350.000 austriacos. El Austria tenia la seguridad de obtener en Italia, si la fortuna era favorable á los ejércitos de los coaligados, hasta el Adda y el Pò, lo cual dejaba fuera al Milanésado. Prometiasele, ademas, reponer á los duques de Toscana y de Módena en sus antiguos estados, y darle el territorio de Salzburgo y el Brisgau que quedarian vacantes. La casa de Saboya debia tener en Italia un grande establecimiento compuesto del Milanésado, del Piamonte y de Génova. He aquí de nuevo lo que venia á ser el plan ruso: en Viena lo mismo que en Londres solo quedaba de él la parte hostil á la Francia, y ventajosa á los coligados. El Austria habia querido y obtenido que dicho convenio (1) permaneciese en pro-

(1) Este convenio es del 6 de Noviembre

fundo secreto, á fin de no comprometerse demasiado pronto con Napoleón; y es necesario hacerla justicia, porque al menos no hacia ostentacion de falsas virtudes, como la Prusia y la Rusia: seguía su interés derechamente, sin fa-

tuidad y sin charlatanismo; y en aquella circunstancia solo se la puede censurar por el lenguaje falso que usaba en Paris.

No obstante, al firmar aquel convenio, alimentaba la esperanza que no pa-

de 1804. Damos el texto por haber sido desconocido hasta aquí, lo mismo que el de Prusia.

25 de Octubre
Declaracion firmada el _____ *de 1804.*
6 de Noviembre

Inspirando justas inquietudes por el sostenimiento de la tranquilidad y seguridad general de la Europa, el influjo preponderante que ejerce el gobierno frances sobre los Estados circunvecinos, y el número de países ocupados por sus tropas; S. M. el Emperador de todas las Rusias, lo mismo que S. M. el Emperador Rey tienen la conviccion de que tal estado de cosas reclama su mas formal y mutua solicitud, y hace urgente que ambas magestades se unan á aquel efecto por medio de un estrecho convenio adaptado al estado de crisis y de peligro á que se halla expuesta la Europa.

En su consecuencia, los abajo firmados..... autorizados con instrucciones y poderes para negociar y concluir una obra tan salvadora con el plenipotenciario de S. M. el Emperador Rey, despues de haberse comunicado mutuamente sus plenos poderes y haberlos hallado en debida forma, han convenido con dicho plenipotenciario las estipulaciones contenidas en los artículos siguientes:

ARTICULO 1.º S. M. el Emperador de todas las Rusias promete y se empeña á contraer, respecto á la crisis y peligro arriba mencionados, la union mas íntima con S. M. el Emperador Rey, y ambos monarcas tendrán cuidado de prevenirse y entenderse mutuamente sobre las negociaciones y conciertos que se hallen en el caso de contraer con otras potencias para el mismo objeto convenido entre ellas; y los pasos que den sobre este asunto, serán de naturaleza que no comprometan en ningun modo el presente convenio concluido entre ambos, antes que se haya decidido de comun acuerdo hacerle público.

ART. 2.º S. M. el Emperador de todas las Rusias y S. M. el Emperador Rey no descuidarán ninguna ocasion ni proporcion para ponerse en estado de cooperar de un modo eficaz á las medidas activas que juzguen necesarias para prevenir los peligros que amenazan la seguridad general.

ART. 3.º Si por odio á la oposicion que las dos córtés imperiales harán á las miras

ambiciosas de la Francia en virtud de sus mútuos compromisos, la una de ellas se viese inmediatamente atacada (las tropas rusas estacionadas actualmente en las Siete Islas Jonicas, hacen parte de la presente estipulacion) cada una de las dos altas partes contratantes se obliga del modo mas formal, á poner en accion para la defensa comun y lo mas pronto posible, las fuerzas que se especifican en el artículo 8.º

ART. 4.º Si llegase á suceder que el gobierno frances, abusando de las ventajas que le da la posicion de sus tropas, que ocupan en la actualidad el territorio del Imperio de Alemania, invadiese los países adyacentes, cuya integridad é independencia están esencialmente enlazados con los intereses de la Rusia, y que, por consecuencia, no pudiendo ver indiferente semejante usurpacion, se viese obligado S. M. el Emperador de todas las Rusias, á mandar sus fuerzas á dichos países, S. M. el Emperador Rey, conceptuará tal conducta por parte de la Francia como una agresion que le impondrá el deber de ponerse lo mas pronto posible en estado de suministrar un pronto socorro, conforme á las estipulaciones del presente convenio.

ART. 5.º S. M. imperial de todas las Rusias participa por completo del vivo interes que S. M. imperial y real apostólica tiene en el sostenimiento de la Puerta Otomana, cuya vecindad conviene á ambas; y como un ataque dirigido contra la Turquía europea por cualquiera otra potencia puede comprometer la seguridad de la Rusia y del Austria, y no pudiendo tampoco la Puerta en su estado actual de decadencia rechazar por sí misma un ataque dirigido contra ella; en esta suposicion, si la guerra se empeña directamente entre una de las dos córtés imperiales y el gobierno frances, la otra se preparará al momento, á fin de ayudar en el plazo mas breve que sea posible á la potencia en guerra, y contribuir á la conservacion de la Puerta Otomana en su estado actual de posesion.

ART. 6.º Debiendo influir la suerte de Nápoles en la de Italia por cuya independencia toman SS. MM. II. un interes particular, queda entendido que las estipulaciones del presente convenio tendrán su efecto en el caso que los franceses quisiesen extenderse en el reyno de Nápoles, mas allá de los límites que ocupan, para apoderarse de la capital, de las plazas fuertes de aquel país, y penetrar en la Calabria; en una

saria de ser un acto de simple precaucion porque no dejaba de temer la guerra. Por esto, despues de haberle firmado, se negaba á todas las solicitudes del Emperador de Rusia para que pasase inmediatamente á los preparativos mili-

tares, y hasta le desesperaba con su inercia. Pero la noticia de los nuevos arreglos hechos por Napoleon en Italia la sacó de pronto de su inaccion. El titulo de Rey tomado por Napoleon, y sobre todo el titulo tan general de Rey de

palabra, si obligasen á S. M. el Rey de Nápoles á arriesgar el todo por el todo, y oponerse con la fuerza á aquella nueva violacion de su neutralidad, y S. M. I. de todas las Rusias se hallase comprometido en una guerra con la Francia á causa de los socorros que en aquella suposicion deberia proporcionar al Rey de las Dos Sicilias, S. M. I. y R. se obliga á empezar las operaciones contra el enemigo comun segun las estipulaciones, y particularmente segun los artículos 4.º, 5.º, 8.º y 9.º del presente convenio.

Art. 7.º Vista la incertidumbre en que en la actualidad se hallan las dos altas potencias contratantes, acerca de los futuros designios del gobierno frances, se reservan ambas, ademas de lo ya estipulado, convenir, segun la urgencia de las circunstancias, los diferentes casos en que deban emplear tambien sus fuerzas mútuas.

Art. 8.º En cualquier caso en que las dos córtés imperiales tengan que emplear medidas activas en virtud del presente convenio ó de los que posteriormente formen entre sí, ambas se comprometen y se empeñan á cooperar simultáneamente, y segun un plan que desde luego se convendrá entre ellas, con fuerzas suficientes á dar una completa confianza de combatir con buen éxito las de sus enemigos, y de rechazarlos hasta su pais; no bajando dichas fuerzas de 350,000 hombres por las dos córtés imperiales; y debiendo suministrar S. M. I. y R. 235,000 hombres, y el resto S. M. el Emperador de todas las Rusias. Dichas fuerzas serán puestas y sostenidas constantemente por ambas partes sobre el pie de guerra, dejándose ademas un cuerpo de observacion para asegurarse que la corte de Berlín permanecerá pasiva. Los ejércitos respectivos serán distribuidos de modo que las fuerzas de las dos córtés imperiales que obren de acuerdo, no sean inferiores en número á las del enemigo que tengan que combatir.

Art. 9.º Conforme al deseo manifestado por la corte imperial y real, S. M. I. de todas las Rusias se compromete á emplear sus buenos oficios á fin de obtener de la corte de Londres que en el caso de una guerra con la Francia, prevista en la presente declaracion, ó que pueda resultar de los convenios futuros que en el artículo 7.º se reservan hacer las dos córtés imperiales, de subsidios á S. M. Imperial y R., tanto para poner al principio las tropas en campaña, cuanto anual-

mente mientras durare la guerra; los cuales serán en lo posible los que necesite la corte de Viena.

Art. 10. En la ejecucion de los planes convenidos, se tendrán en justa consideracion los obstáculos que resultan, tanto del estado actual de las fuerzas y de las fronteras de la monarquia austriaca, como los peligros inminentes á que se veria expuesta en aquel estado por demostraciones y armamentos que provocarian inmediatamente una invasion prematura por parte de la Francia. En su consecuencia, en la determinacion de las medidas activas en que mutuamente se convenga, y tanto cuanto lo permita la seguridad de los dos Imperios y el interes esencial de la causa comun, se pondrá la mayor atencion en combinar lo que se intentare con el tiempo y la posibilidad de poner las fuerzas y las fronteras de S. M. el Emperador y Rey en situacion de poder abrir la campaña con la energia necesaria para alcanzar el objeto de la guerra. No obstante, siempre que las usurpaciones de los franceses hayan establecido el caso en que Su Magestad imperial y real apostólica se vea comprometido á tomar parte en la guerra, en virtud del presente convenio, y de los que se formen en su consecuencia, se compromete á no perder un instante para ponerse en el mas breve plazo posible, que no deberá pasar de tres meses despues de hecha la reclamacion, en estado de cooperar eficazmente con S. M. Imperial de todas las Rusias, y proceder con vigor en la ejecucion del plan que se determine.

Art. 11. No permitiendo los principios de los dos soberanos contrariar en ningun caso el libre voto de la nacion francesa, el objeto de la guerra no será verificar la contra-revolucion, sino remediar únicamente los peligros que sufre toda Europa.

Art. 12. Reconociendo S. M. el Emperador de todas las Rusias, que es justo, que en el caso de un nuevo rompimiento de guerra, sea indemnizada la casa de Austria de las inmensas pérdidas que ha experimentado en sus últimas guerras con la Francia, se compromete á cooperar para obtenerle en tal caso aquella indemnizacion, tanto como lo permita el triunfo de las armas. No obstante, en el caso mas afortunado, S. M. el Emperador y Rey no extenderá el límite de su dominacion en Italia mas allá del Adda en el occidente, y del Pó al mediodia; bien entendido que de las diferentes

Italia, que parecia comprender toda la peninsula, la habia alarmado hasta el mas alto punto. Al instante empezó los armamentos que en un principio habia querido diferir, y llamó al ministerio de la guerra al célebre Mack, quien aunque desprovisto de las cualidades de un general en jefe no dejaba de tener talento para organizar ejércitos. Desde entónces escuchó con mas atencion las proposiciones ostigadoras de la Rusia, y sin comprometerse todavia, por un consentimiento escrito, á una guerra inmediata, le dejó el cuidado de impulsar las negociaciones comunes con la Inglaterra, y tratar con dicha potencia la difícil cuestion de subsidios. Mientras tanto, discutia con M. de Vintzingerode un plan de guerra concebido en todas las hipótesis imaginables.

desembocaduras de este último rio, serviría de límite la mas meridional. Las dos córtes imperiales desean que, en el caso supuesto de triunfo, S. A. R. el elector de Salzburgo, pueda situarse en Italia, y que á este efecto se le ponga en posesion del gran ducado de Toscana, ú obtenga otro territorio conveniente en la parte septentrional de la Italia, siempre y cuando los acontecimientos hagan posible este arreglo.

Art. 13. SS. MM. II., en la misma suposicion, tomarán con empeño el restablecimiento del Rey de Cerdeña en el Piamonte, y con un grande aumento ulterior. En hipótesis menos afortunadas, convendría asegurarle siempre un establecimiento regular en Italia.

Art. 14. En el mismo caso de grandes triunfos las dos córtes imperiales se entenderán acerca de la suerte de las Legaciones, y concurrirán á hacer restituir los ducados de Módena, de Massa y de Carrara á los legítimos herederos del último duque; pero en el caso en que los acontecimientos obligasen á limitar estos proyectos, las dichas Legaciones ó el ducado de Módena, podrán servir de establecimiento al Rey de Cerdeña; el archiduque Fernando permanecerá en Alemania; y S. M. se contentará, si es preciso, con una frontera en Italia mas aproximada á el Adda que la que existe al presente.

Art. 15. Si las circunstancias permitiesen volver á Italia al elector de Salzburgo, los paises de Salzburgo, Berchtolsghaden y Passau se reunirán á la monarquía austriaca. Este será el único caso en que S. M. obtenga tambien una extension de fronteras en Alemania.

En cuanto á la parte del pais de Aichs-

En Petersburgo era, pues, donde definitivamente debia formarse la nueva coalicion; es decir, la tercera, contando desde el principio de la Revolucion francesa. La de 1792 habia concluido en 1797 en Campo-Formio, bajo los golpes del general Bonaparte; la de 1798, habia terminado en 1801 bajo los golpes del primer Cónsul, y la tercera, la de 1804, no debia tener un resultado mas feliz con las victorias del Emperador Napoleón.

Ya hemos dicho que lord Gower tenia los poderes necesarios de su corte para tratar con el gabinete ruso; y despues de largos debates convinieron en las condiciones si-

Convenio por medio del cual se une definitivamente la Rusia á la Inglaterra.

taedt, que al presente posee el elector de Salzburgo, se dispondrá entonces de él de la manera que las dos córtes convengan entre sí, y particularmente en favor del elector de Baviera, si por la parte que tome en la causa comun, se pone en el caso de ser preferido. Del mismo modo, en el caso supuesto en el precedente artículo, del restablecimiento de los herederos del difunto duque de Módena en sus antiguas posesiones, la propiedad del Brisgau y del Ortenau podrá servir como medio de estímulo á favor de la buena causa, á uno de los principales príncipes de Alemania, y particularmente al elector de Baden, en favor del cual renunciará á ellos la casa de Austria.

Art. 16. Las dos altas potencias contratantes se comprometen á no soltar las armas, ni á tratar ningun acomodamiento con el enemigo comun, sino con consentimiento mutuo, y despues de un acuerdo previo entre ellas.

Art. 17. Al limitar por ahora á los objetos y puntos expresados el presente convenio previo, sobre el cual los dos monarcas se prometen de una parte y otra el más inviolable secreto, se reservan convenir sin ningun retardo é inmediatamente, por medio de arreglos ulteriores, tanto acerca de un plan de operaciones, para el caso en que la guerra sea inevitable, cuanto en todo lo relativo á la conservacion de las tropas respectivas, asi en los estados austriacos, como en el territorio extranjero.

Art. 18. La presente declaracion, mutuamente reconocida tan obligatoria como el tratado mas solemne, será ratificada en el plazo de seis semanas, ó antes si puede ser, y cangeadas en el mismo tiempo las actas de ratificacion.

En fe de lo cual, &c.

guientes: Debía formarse una coalicion entre las potencias de la Europa que comprendiera primero la Rusia y la Inglaterra, y despues todos los Estados que se pudiesen atraer. Su objeto era obtener la evacuacion del Hannover y del norte de Alemania,

la independendencia efectiva de la Holanda y de la Suiza, la evacuacion de toda la Italia, inclusa la isla de Elba, la reconstitucion y engrandecimiento del reyno del Piamonte, la consolidacion del reyno de Nápoles, y finalmente, el establecimiento de un orden de cosas en Europa que garantizase la seguridad de todos los estados contra las usurpaciones de la Francia. Este objeto no estaba marcado de un modo muy preciso, á fin de dejar cierta latitud para tratar con la Francia, al menos ficticiamente. En seguida debía invitarse á todas las potencias para que prestasen su adhesion á dicho plan.

Medios de la coalicion. La coalicion habia resuelto reunir, á lo menos 500,000 hombres, y obrar en el momento que tuviese listos 400,000. La Inglaterra suministraria 1,250,000 libras esterlinas (unos 119 millones de reales) para 100,000 hombres; y ademas, una cantidad, satisfecha de una vez, que representase el valor de tres meses de subsidio para los gastos del principio de la campaña. El Austria se comprometia á presentar 250,000 hombres de los 500,000, debiendo proporcionar los demas la Rusia, la Suecia, el Hannover, la Inglaterra y Nápoles. La grave cuestion de la adhesion

de la Prusia, quedaba resuelta de un modo temerario. La Inglaterra y la Rusia se comprometian á hacer causa comun contra cualquier potencia, que por sus medidas hostiles ó solo por su demasiada intimidacion con la Francia se opusiese á las miras de la coalicion. En efecto, se habia decidido que dividiendo la Rusia sus fuerzas en dos partes, enviaria la una por la Galitzia al socorro del Austria, y la otra por la Polonia á la raya del territorio prusiano; y si definitivamente se negaba la Prusia á entrar en la coalicion, arrojaria á esta potencia antes que pudiera ponerse en estado de defensa; y como no se queria infundirle demasiadas sos-

pechas con la reunion de tal ejército en su frontera, se habia convenido alegar por pretexto el deseo de acudir á su socorro en el caso en que Napoleon, desconfiando de ella, invadiese sus estados. Asi, pues, aquellos 80,000 rusos destinados á arrollar á la Prusia, debian calificarse de auxiliares y amigos.

Semejante violencia proyectada contra la Prusia, aunque pareciese muy temeraria á la Inglaterra, no podia menos de aceptarla; pues para salvarse de la invasion que la amenazaba, nada podia hacer mejor que encender un vasto incendio en el continente, y excitar en él una guerra espantosa, fuesen los que fuesen los combatientes, y quedase por quien quedase la victoria. Por parte de la Rusia era al contrario, una grande ligereza; porque exponerse á arrojar á la Prusia en brazos de Napoleon era asegurarse una derrota cierta, aunque la invasion del territorio prusiano se verificase tan pronto como se imaginaba. Pero el principe Czartoryski, que era el mas obstinado de todos aquellos jóvenes, cuando se trataba de alcanzar un fin, no veia en todo aquello sino un medio de arrancar á Varsovia á la Prusia, á fin de reconstituir la Polonia, dándola á Alejandro.

El plan militar indicado por la situacion de las potencias, era siempre atacar con tres ejércitos; por el mediodia con los rusos de Corfú, los napolitanos y los ingleses, quienes subiendo por la península italiana, se reunirian á 100,000 austriacos en Lombardia; por el este con el grande ejército austriaco y ruso, maniobrando junto al Danubio; y, finalmente, por el norte, con los suecos, hannoverianos y rusos que bajasen sobre el Rhin.

En cuanto al plan diplomático consistia en intervenir en nombre de una *alianza de mediacion*, y ofrecer una negociacion previa antes de combatir. La Rusia tenia en mucho esta parte de su proyecto primitivo, que le conservaba la actitud de árbitra, la cual agradaba á su orgullo, y, preciso es decirlo tambien, á la secreta debilidad de su Soberano. Este esperaba todavia vagamente que podria ganarse á la Prusia con tal que no se la alarmase demasiado, descubriéndola el designio formal

de una coalicion, y que se colocase á Napoleon entre hacer frente á una liga temible de toda la Europa, ó acceder á algunas concesiones moderadas.

La Inglaterra, consiente en que su nombre no figure en las negociaciones previas que se establen con la Francia.

se la dejase á un lado, y no se hiciese mencion de ella en las negociaciones, particularmente en las que debian seguirse con la Prusia. La Rusia, en sus tentativas con esta última potencia, debia presentarse siempre, no como que se hallaba ligada á la Gran-Bretaña por un proyecto de guerra comun, sino como queriendo imponer una mediacion, á fin de hacer cesar un estado de cosas, opresivo para toda la Europa. La Rusia debia tambien dar un paso solemne respecto á la Francia, y sin obrar ostensiblemente en nombre de una coalicion de las potencias, ofrecer su mediacion, afirmando que haria aceptar por todo el mundo condiciones equitativas, si Napoleon admitia otras semejantes. Este era el doble medio ideado para no ofender á la Prusia ni irritar el orgullo de Napoleon. La Inglaterra se prestaba á todo, con tal que la Rusia comprometida por dicha mediacion, se viesse arrastrada á la guerra. En cuanto al Austria se ponía un cuidado especial en dejarla aparte, y en no nombrarla siquiera, porque si parecia que formaba parte del complot, se arrojaría Napoleon sobre ella antes de que se la pudiese prestar ningun socorro: así, pues, el Austria se preparaba activamente sin mezclarse en nada en las negociaciones. El mismo sistema de conducta se debia seguir con la corte de Nápoles, que era la primera que se hallaba expuesta á los golpes de Napoleon, porque el general Saint-Cyr estaba en Tarento con una division de 13 á 18,000 franceses; y en su consecuencia, se habia recomendado á la Reyna Carolina que contrajese todos los compromisos de neutralidad y hasta de alianza, que quisiera imponerle Napoleon. Mientras tanto, se transportarian poco á poco tropas rusas en buques, que pasando por los Dardanelos, irian á desembarcar en Corfú, donde se prepa-

raba una fuerte division; la cual, en el último momento, debia reunirse en Nápoles con un refuerzo de ingleses, albaneses y de otras naciones. Entónces seria tiempo de arrojar la máscara, y atacar á los franceses por el extremo de la peninsula italiana.

Al proponerse ensayar una negociacion previa con Napoleon, era preciso presentarle condiciones al menos especiosas; y ninguna habia posible, á no ofrecer que los ingleses evacuarían á Malta. El gabinete ruso habia dejado ya á un lado toda la parte brillante de su plan, tal como la reorganizacion de la Italia y de la Alemania, la reconstitucion de la Polonia, y la redaccion de un nuevo derecho marítimo; y si concedia

ademas la isla de Malta á los ingleses, entonces en vez de desempeñar el papel de árbitro entre la Francia y la Inglaterra, no seria mas que el agente de ésta y á lo mas su aliado dócil y dependiente. El gabinete ruso sostuvo, pues, la evacuacion de Malta con una obstinacion que no le era comun, y cuando tuvo que firmar el tratado, dió muestras de una resolucion irrevocable. Hasta entonces se habia mostrado lord Gower, dispuesto á todo para comprometer á la Rusia en un tratado cualquiera con la Inglaterra; pero esta vez se le pedia que abandonase una posicion maritima de la mayor importancia, posicion que si no era la causa única, era al menos la principal de la guerra, y no queria ceder. Lord Gower no creyó que sus instrucciones alcanzaban á tanto y se negó á firmar el abandono de Malta. El proyecto iba á fracasar; mas no obstante el Emperador Alejandro consintió en firmar el convenio el

11 de Abril, declarando que no le ratificaria, sino en el caso que el gabinete ingles renunciase á la isla de Malta. Expidióse, pues, un correo á Londres para que llevase el convenio, como tambien la condicion aneja á él, y de la cual dependia la ratificacion rusa.

Determinóse que sin pérdida de tiempo, á fin de no dejar pasar la estacion

La Rusia para presentarse á la Francia con proposiciones, al menos especiosas, exige que la Inglaterra ceda á Malta.

Se aplaza la ratificacion del tratado que une á la Rusia con la Inglaterra, hasta que esta potencia abandone a Malta.

Se nombra á M. de Nowosiltzoff para que negocié en París.

de las operaciones militares, se harian al Emperador de los franceses las proposiciones convenientes. Para desempeñar este papel se eligió al personage que habia formado en Lóndres el primer lazo de aquella tercera coalicion á M. de Nowosiltzoff, dándole por adjunto al clérigo Piatoli, autor de aquel plan, ya tan desfigurado, de una nueva Europa.

M. de Nowosiltzoff estaba orgulloso de ir en breve á París y tratar personalmente con el grande hombre que de algunos años á aquella parte llamaba la atencion de todo el mundo. Si á medida que se aproximaba el instante decisivo,

Deseo secreto de Alejandro de que la mediacion dé por resultado la paz y no la guerra.

lo deseaba menos M. de Nowosiltzoff: pues siendo jóven y ambicioso, conceptuaba como una gloria infinita, primero, tratar con Napoleon, y segundo ser el negociador que, en un momento en que la Europa parecia pronta á empezar la guerra, la pacificase de pronto con su hábil intervencion; de modo que se podia asegurar desde luego, que no añadiría nada á las dificultades de la negociacion. Despues de largas deliberaciones se convino en las condiciones que se debian ofrecer á Napoleon, resolviéndose guardar el mayor secreto acerca de ellas. M. de Nowosiltzoff debia presentar un primero, segundo y tercer proyecto, cada cual mas ventajoso que el anterior para la Francia; pero se le habia recomendado que no pasase del uno al otro, sino despues de haber manifestado la mayor resistencia.

La base de todos aquellos proyectos era la evacuacion del Hannover, y de Nápoles, y la independencia efectiva de la Suiza y de la Holanda, ofreciendo en cambio la evacuacion de Malta por los ingleses, y la promesa de redactar ulteriormente un nuevo código de derecho marítimo. A nada de esto podia oponer Napoleon muchas dificultades. En efecto, en el caso de una paz sólida, ninguna dificultad habia en evacuar el Hannover, Ná-

poles, la Holanda y hasta la Suiza, con la condicion de que esta última conservase el acta de mediacion. La verdadera dificultad era la Italia. Obligada ya la Rusia á renunciar á sus planes de reconstitucion europea, habia prometido al Austria, en el caso en que la guerrallagase á ser inevitable, una parte de la Italia, y otra al futuro reyno del Piamonte. Al presente, en la hipótesis de una mediacion, era preciso conceder á la Francia una parte de aquella misma Italia, si no se queria que fuese despedido el negociador al día siguiente de su llegada á París; y si se deseaba que la mediacion tuviese el carácter de formal, y lo pareciese así, particularmente, á la Prusia para poderla comprometer y ganar con la apariencia de una negociacion emprendida de buena fe. He aquí los arreglos que debian proponerse sucesivamente. En primer lugar se debia solicitar la separacion del Piamonte, salvó el constituirlo en estado para una rama de la familia Bonaparte; y ademas el abandono del entonces reyno de Italia, destinado con Génova á la casa de Saboya. Parma y Plasencia quedaban para proporcionar otra dotacion á un príncipe de la familia Bonaparte. Tal era la primera proposicion. En seguida se pasaria á la segunda, segun la cual, permaneceria incorporado el Piamonte á la Francia; el reyno de Italia, aumentado con Génova, se daria, como en el primer proyecto, á la casa de Saboya, y solo Parma y Plasencia serian la dotacion de las ramas colaterales de la casa Bonaparte. Por último, de esta segunda proposicion se pasaria á la tercera, que seria la siguiente: el Piamonte continuaria siendo provincia francesa; el reyno de Italia se daria á la familia de Bonaparte, y se reduciria la indemnizacion de la casa de Saboya á Parma, Plasencia y Génova. El reyno de Etruria, dado hacia cuatro años, á una rama española, permaneceria tal cual estaba.

Debemos decir, que si á estas últimas condiciones se hubiera agregado la evacuacion de Malta por los ingleses, Napoleon no hubiera tenido ninguna razon legítima para rechazar la paz, porque aquellas condiciones eran las de los tratados de Luneville y de Amiens, dejándole á mas el Piamonte á la Francia. Limitándose en realidad el sacrificio pedido á Napoleon

á Parma y Plasencia, que habian venido á ser propiedades francesas por la muerte del último duque, y á Génova, que hasta entónces era independientemente, Napoleón podia consentir en tal proyecto, si por otra parte se atendia á su dignidad en la forma de las proposiciones.

¡Todos los brillantes proyectos de los amigos de Alejandro venian pues á parar en un resultado muy insignificante! Despues de haber soñado en reconstituir á la Europa por medio de una mediacion poderosa; despues de haber visto dicho proyecto convertido en Lóndres en otro de destruccion contra la Francia; la Rusia, asustada de haber avanzado tanto, reducía su grande mediacion á obtener á Parma y Plasencia por indemnizacion de la casa de Saboya; porque la evacuacion del Hannover y de Nápoles, y la independenciam de la Holanda y de la Suiza, que ella solicitaba, jamas habia sido negada por Napoleón, en el caso en que se restableciese la paz. ¡Y sino obtenia una cosa tan insignificante, tenia que arrostrar una guerra espantosa! Asi, pues, por una conducta irreflexiva y ligera se habia comprometido la Rusia en posicion tan apurada.

Ademas, quedó convenido que por mediacion de una corte amiga se pedirian los pasaportes para M. de Nowosiltzoff. Solo se podia elegir entre la Prusia y el Austria: dirigirse al Austria era atraer sobre ella las penetrantes miradas de Napoleón, y ya hemos dicho, que se queria que todos la olvidasen, á fin de que tuviese tiempo para prepararse.

La Prusia es la encargada de solicitar los pasaportes para M. de Nowosiltzoff.

La Prusia por el contrario, habia ofrecido ser la mediadora, y esta era una ocasion muy natural de servirle de su mediacion para obtener los pasaportes de M. de Nowosiltzoff. Este debia pasar al mismo tiempo por Berlin, ver al Rey de Prusia, hacer con este principe una última tentativa, comunicar á él solo y no á su gabinete las condiciones moderadas que iban á proponerse á la Francia, y darle á conocer, que si esta se negaba á tales arreglos, era porque tenia miras alarmantes para la Europa, miras inconciliables con la independenciam de todos los estados, y que en este caso era deber de todo el mundo el unirse á fin de marchar contra el enemigo comun.

M. de Nowosiltzoff, partió, pues, para Berlin, adonde llegó en breve,

pues estaba deseoso de empezar cuanto antes la negociacion. Traia á su lado al clérigo Piatoli; y se mostró afable, conciliador y reservado. Por desgracia, se hallaba ausente el Rey de Prusia, ocupado en visitar sus provincias de Francia, y esta circunstancia era sensible; pues se corria el doble peligro de que la Inglaterra se negase á renunciar á Malta, lo cual haria imposible toda negociacion, ó de que

Napoleon acometiese alguna nueva empresa en Italia, donde se hallaba; empresa que destruiria de antemano los diferentes proyectos de conciliacion que iban á presentarse en Paris. Por consecuencia, era de un interés inmenso para la paz, que M. de Nowosiltzoff llegase cuanto antes á Francia. Por otra parte, eran tan fáciles de impresionarse los jóvenes rusos que gobernaban el imperio, que su primer contacto con Napoleón podia atraerlos y seducirlos, así como el contacto con M. Pitt los habia separado tanto de su primer plan de regeneracion europea. Por todo esto, debia sentirse mucho el tiempo que se iba á perder.

Habiendo sabido el Rey de Prusia que se le encargaba solicitar los pasaportes para el enviado ruso, aprobó mucho aquella circunstancia y las probabilidades de paz que creyó entrever en ella. No sospechaba que detras de esta tentativa de avenencia, habia un proyecto de guerra mas maduro que lo que se decia y mas tambien que lo que se figuraban los que se habian comprometido en él con tanta ligereza. El pacífico Federico Guillelmo dió orden á su gabinete para que solicitase inmediatamente de Napoleón los pasaportes para M. de Nowosiltzoff. Este no debia tomar en Paris ningun carácter oficial, á fin de evitar la dificultad del reconocimiento del título imperial que llevaba Napoleón, pero, al dirigirse á él, debia tratarle con el título de Señor y de Magestad, teniendo, ademas, poderes amplios y positivos, que debia manifestar en cuanto se pusiesen de acuerdo, y que le autorizaban á conceder al punto el reconocimiento.

Salida de M. de Nowosiltzoff para Berlin.

Pérdida lamentable de tiempo en Berlin, á consecuencia de estar ausente el Rey de Prusia.

Napoleon en Italia. Ideas que le asaltan á la vista de aquel territorio.

Mientras que asi se agitaban en Europa contra Napoleon, rodeado éste en Italia de todas las

pompas de la monarquía, abundaba en ideas enteramente opuestas aun á las mas moderadas de sus adversarios. La vista de aquella Italia teatro de sus primeras victorias, y objeto de todas sus predilecciones, le hacia concebir nuevos designios para la grandeza de su imperio y el establecimiento de su familia; y léjos de querer dividirla con nadie, pensaba al contrario ocuparla toda, y crear en ella algunos de esos reynos vasallos que debian fortificar al nuevo imperio de occidente. Los miembros de la consulta Italiana que habian asistido á la formalidad de la institucion del nuevo reyno de Italia, acompañados del vicepresidente Melzi, y del ministro Marescalchi, habian tomado la delantera para preparar su recepcion en Milan. Aunque los italianos se hallasen orgullosos de tener á Napoleon por Rey, y su gobier-

Disposiciones de los italianos.

no les tranquilizase mas que ningun otro, sin embargo, la esperanza perdida, ó cuando menos aplazada de tener una monarquía puramente italiana, el temor de una guerra con el Austria á consecuencia de aquel cambio, y la misma generalidad de aquel título de Rey de Italia, á propósito para complacerles, pero tambien para alarmar á la Europa, todo esto los habia inquietado mucho, hasta el punto de hallarlos MM. Melzi y Marescalchi muy turbados y mucho menos solícitos que antes de su partida. El partido liberal exagerado se alejaba cada vez mas y la aristocracia no se aproximaba. Solo Napoleon podia cambiar aquel estado de cosas. El Cardenal Caprara habia llegado, y procuraba inspirar al clero sus sentimientos de adhesion al Emperador. M. de Segur, que habia acompañado á M. de Marescalchi, habia elegido á las damas y empleados de palacio entre las principales familias italianas, algunas de las cuales se habian excusado en un principio. Los esfuerzos de M. Marescalchi y de algunos miembros de la consulta, y el entusiasmo general producido por las fiestas que se preparaban, habian logrado ganar á los que se mostraban remisos; y finalmente la venida de Napoleon habia concluido por decidir á todo el mun-

do. Su presencia como general, habia conmovido siempre á los italianos, y su presencia como Emperador y Rey debia llamarles aun mas la atencion, porque aquel prodigio de la fortuna, que tanto les gustaba contemplar, habia tomado mayores proporciones. Cuerpos brillantes y magníficos del ejército, reunidos en los campos de Marengo y de Castiglione se disponian á ejecutar grandes maniobras y á representar batallas memorables. Todos los ministros extranjeros estaban convocados en Milan. La afluencia de los curiosos que se habian presentado en Paris para presenciar la coronacion, refluía hácia la Lombardia. El movimiento estaba dado, y las imagines italianas se hallaban de nuevo embargadas de amor y de admiracion por el hombre que tanto las habia agitado de nueve años á aquella parte. A imitacion de las ciudades de Francia, la juventud de las principales familias habian formado guardias de honor para recibirle.

En Turin encontró Napoleon otra vez á Pio VII, y de nuevo

Mayo de 1805.

se despidió de él con la mayor ternura. Despues acogió á sus nuevos súbditos con una afabilidad extremada, y se ocupó de sus intereses, distintos entónces de los intereses del resto del imperio frances, con aquella inteligente solícitud que empleaba en sus viages. Reparó algunas faltas ó injusticias del gobierno, despachó una multitud de peticiones, y desplegó, para seducir á los pueblos, todos los atractivos del poder supremo. En seguida, empleó varios dias en visitar la plaza fuerte de Alejandria que era su grande creacion y la base de su establecimiento en Italia. Millares de trabajadores se hallaban reunidos en ella en aquel momento. Por último, el 5 de Mayo, en medio de la llanura de Marengo, y desde lo alto de un trono levantado alli donde cinco años antes ganó con una batalla la autoridad soberana, asistió á brillantes maniobras militares, que representaban aquella misma batalla Lannes, Murat y Bessieres mandaban dichas maniobras. ¡Nadie faltaba alli mas que Desaix! Napoleon colocó la primera piedra de un monumento destinado á la memoria de los valientes, muertos en el campo de batalla. De Alejandria se dirigió á Pavia

Entrada de Napoleon en Milan.

donde los magistrados de Milan habian acudido á presentarle los homenajes de su nueva capital, y entró en Milan el 8 de Mayo, al estruendo del cañon y de las campanas, y entre las aclamaciones de un pueblo entusiasmado con su presencia. Rodeado de las autoridades italianas y del clero, fue á arrodillarse en aquella antigua catedral lombarda, admirada de la Europa, y destinada á recibir de él su última perfeccion. Los italianos, sensibles hasta el mas alto punto, se conmueven á veces por soberanos á quienes no aman, seducidos, como lo son todos los pueblos, por el poder de los grandes espectáculos: ¿qué no debian experimentar en presencia de aquel hombre, cuya grandeza habia empezado á sus ojos, de aquel astro que podian vanagloriarse haber apercibido los primeros en el horizonte europeo!

En medio de aquella embriaguez de la grandeza, llegó á Napoleon la propuesta para que admitiese en Paris á M. de Nowosiltzoff. Se prestó con mucho gusto á recibir al ministro ruso, á oírle, á tratar con él, no importa en que forma, oficial ó no, con tal que fuese formalmente, y que al tratar con él, no se mostrasen condescendencias parciales por la Inglaterra. En cuanto á las

condiciones estaba muy en desacuerdo con los rusos, pero ignoraba sus ofrecimientos, no veia mas que la proposicion que se le hacia en términos decorosos, y se guardó bien de cometer la injusticia de rechazarla. En su consecuencia, contestó que re-

Junio de 1805.

Napoleon acoge la peticion que se le hace para los pasaportes de M. de Nowosiltzoff, y señala el mes de Julio para recibirle.

cibiria en Paris á M. de Nowosiltzoff en el mes de Julio; pues sus proyectos maritimos, de los cuales no cesaba de ocuparse á pesar de sus aparentes distracciones, no le llamaban á Francia hasta dicha época. Entónces se proponia recibir á M. de Nowosiltzoff; juzgar si valia la pena de escucharle, y al mismo tiempo estar siempre dispuesto á interrumpir aquella conferencia diplomática, para ir á Lóndres á cortar el nudo gordiano de todas las coaliciones.

Aunque no supiese el secreto de la que acababa de organizarse, y estuviese muy lejos de creerla tan formada como

lo estaba realmente, juzgaba bien el carácter del Emperador Alejandro, y el impulso irreflexivo que le conducia rápidamente hácia la política inglesa; en su consecuencia al dirigir á la Prusia los pasaportes de M. de Nowosiltzoff hizo comunicar á esta corte las observaciones siguientes:

«El Emperador, decia el ministro de negocios extrangeros á M. de Laforest, »despues de haber leído vuestro despacho »ha hallado que justificaba plenamente »los temores que habia manifestado en su »carta al Rey de Prusia, y todo lo que »S. M. recuerda del language de los ministros británicos, tiende á sostener- »le en aquel estado de desconfianza. El »Emperador Alejandro ha sido arrastrado á pesar suyo, sin reconocer que el »plan del gabinete ingles, al ofrecerle el »papel de mediador, era enlazar los intereses de la Inglaterra y los de la Rusia, y atraer á esta á tomar un día »las armas, para sostener una causa con »que habria llegado á identificarse.

«Desde el momento en que, por la »experiencia de los negocios adquirió el »Emperador Napoleon nociones precisas »sobre el carácter del Emperador Alejandro, conoció que mas tarde ó mas temprano seria envuelto aquel principe en »los intereses de la Inglaterra que tantos »medios tiene para ganar una corte tan »corrompida como la de San Petersburgo.

«Por verosímil que fuese esta perspectiva para el Emperador Napoleon, »la ha considerado con sangre fria, y se »ha puesto en estado de hacer frente á »cualquier evento que pueda ocurrir. »Ademas de la conscripcion anual, acaba »de llamar la reserva de los años XI »y XII, y ha aumentado en 15,000 hombres el llamamiento hecho sobre la conscripcion del año XIII.

«A la menor palabra que M. de Nowosiltzoff pronuncie de amenazas, insultos ó tratados hipotéticos con la Inglaterra no será escuchado.... Si la Rusia, ó cualquiera otra potencia del continente quiere intervenir en los negocios del momento, y mantener con justicia el peso de la balanza entre la Francia y la Inglaterra, el Emperador, lejos de tomarlo á mal, hará gustoso algunos sacrificios. La Inglaterra por su parte debe hacer otros equivalentes; pero, si, por el contrario, solo se exigen sacrificios de Francia, entonces,

«cualquiera que fuese la union de las potencias; el Emperador se servirá en todo de su extension de su buen derecho, de su genio, y de sus ejércitos.»

(Milan 15 de Pradial del año XIII.—
4 de Junio de 1805).

Coronacion de Napoleón en Milan como Rey de Italia.

El 26 de Mayo, fue consagrado Napoleón en la catedral de Milan con tanto esplendor como lo habia sido seis meses antes en Paris, y en presencia de los ministros de casi toda la Europa, y de los diputados de toda la Italia. Se habia traído de Monza, donde estaba guardada con sumo cuidado la corona de hierro, reputada como la antigua de los Reyes lombardos. Despues que el Cardenal Caprara, Arzobispo de Milan, la hubo bendecido con las formas empleadas en otro tiempo al coronar á los Emperadores germánicos como Reyes de Italia, Napoleon se la colocó sobre su cabeza, asi como se habia puesto la de Emperador de los franceses, pronunciando en italiano aquellas palabras sacramentales: *¡Dios me la ha dado, ay de quien la toque!* (Dio me l'ha data, guai a' chi la toccherà). Al pronunciar estas palabras hizo estremecer á los concurrentes con la energía significativa de su acento. Aquella pompa, preparada por manos italianas, particularmente por el célebre pintor Appiani, sobrepujo en hermosura y grandeza á todo lo que hasta entonces se habia visto en Italia.

Despues de esta ceremonia, promulgó Napoleón el estatuto orgánico, por el cual creaba en Italia una monarquía á imitacion de la francesa, y nombraba para virey á Eugenio de Beauharnais. En seguida presentó á este jóven príncipe á la nacion italiana en una sesion real del Cuerpo Legislativo. Empleó todo el mes de Junio en presidir el Consejo de Estado, y en dar al gobierno de Italia aquel impulso que habia dado al de Francia, ocupándose diariamente del pórmenor de los negocios.

Permanencia de Napoleón en Milan.

Los italianos, á quienes no faltaba para verse satisfechos mas que un gobierno que residiese entre ellos, tenían entonces á su vista uno, que unia á su valor real un prodigioso encanto exterior. De este modo,

arrancados á su descontento y repugnancia á los extranjeros, grandes y pequeños se habian unido en torno del nuevo Rey. La presencia de Napoleón, apoyado en sus tímidos ejércitos, á los cuales organizaba y completaba para que pudiesen hacer frente á cualquier acontecimiento, habia disipado el temor de la guerra. Los italianos empezaban á creer, que si llegaba á tener lugar no la verian en su territorio, sino que les llegaría solo el rumor de ella, desde las orillas del Danubio y desde las mismas puertas de Viena. Napoleón pasaba todos los dias grandes revistas de tropa en Milan; despues entraba en su palacio y recibia en audiencia pública á los embajadores de todas las cortes de Europa, á los extranjeros de distincion, y especialmente á los representantes de las grandes familias italianas y del clero. En una de dichas recepciones cegó las insignias de la Legion de Honor con las insignias de las órdenes mas antiguas é ilustres de Europa. El ministro de Prusia fue el primero que se presentó para entregarle las insignias de las órdenes del Aguila Negra y del Aguila Roja. Despues, el embajador de España le entregó el Toison de Oro, y en seguida los ministros de Baviera y de Portugal le presentaron las órdenes de San Huberto y de Cristo. Napoleón les dió en cambio el gran cordon de la Legion de Honor, concediendo un número de condecoraciones igual al que recibia. En seguida distribuyó aquellas condecoraciones extrangeras entre los principales personajes del imperio; de modo que en pocos meses se halló su corte montada sobre el mismo pie que todas las de Europa; llevando las mismas insignias y ricos trages, aunque parecidos estos al militar. En medio de todo aquel brillo, Napoleón mostrándose sencillo en su persona; llevando por única condecoracion una placa de la Legion de Honor, vestido con el uniforme de los cazadores de la guardia, sin ningun bordado de oro, y cubierta la cabeza con un sombrero negro donde no brillaba mas que la escarapela tricolor, queria que se entendiese que el lujo que le rodeaba no se habia hecho para él. Su noble y hermosa figura, en torno de la cual la imaginacion de los hombres colocaba tantos trofeos gloriosos, era lo único que queria mostrar á la solícita aten-

cion de los pueblos. Entretanto, su persona era la sola que se buscaba y que se deseaba ver en medio de aquel cortejo, reluciente de oro y engalanado con los colores de toda la Europa.

Varias ciudades de Italia le enviaron diputaciones para obtener el favor de tenerle dentro de sus muros; y esto era no solo un honor sino una ventaja para ellas, porque por donde quiera hallaba su mirada penetrante algun bien que hacer, y su mano poderosa el medio de cumplirlo. Resuelto á destinar la primavera y parte del verano á la Italia, para apartar mas de Bolonia la atencion de los ingleses, prometió visitar á Mantua, Bergamo, Verona, Ferrara, Bolonia, Módena y Plasencia. Esta nueva llenó de alegría á los italianos, é hizo concebir á todos la esperanza de participar de los beneficios del nuevo reynado.

Su permanencia en aquel hermoso pais, produjo, en breve, en él uno de esos terribles arrebatos, que tanto hacian temer por la paz general. Empezaba á concebir una extremada irritacion contra la corte de Nápoles, que enteramente entregada á los ingleses y á los rusos, y públicamente protegida por estos últimos en todas las negociaciones, no cesaba de manifestar á la Francia los mas hostiles sentimientos. La imprudente Reyna, que habia comprometido el gobierno de su esposo con crueldades odiosas, acababa de dar un paso, en mal hora ideado; enviando á Milan al mas torpe de todos los negociadores, á un cierto principe de Cardito, para protestar contra el título de Rey de Italia tomado por Napoleon, título que muchas personas traducian por aquellas palabras inscritas en la corona de hierro, *rex totius Italiae*. El marqués de Gallo, embajador de Nápoles, hombre juicioso y bastante apreciado de la corte imperial, habia procurado impedir que se diese tan peligroso paso, pero no lo habia logrado. Napoleon consintió en recibir al principe de Cardito, pero en un dia de recepcion diplomática. En dicho dia hizo primero la mejor acogida á M. de Gallo, y despues dirigió en italiano al principe de Cardito un discurso formidable, declarándole en un lenguaje tan duro como despreciativo para su Rey-

na, que la echaria de Italia, y apenas la dejaria la Sicilia por refugio. Llévaronse al principe de Cardito casi desmayado; y este suceso produjo mucha sensacion, y llenó en breve los despachos diplomáticos de toda la Europa. En aquel mismo instante concibió Napoleon la idea de hacer del reyno de Nápoles un reyno de familia, y uno de los feudos de su grande Imperio. Poco á poco empezaba á entrar en su mente el pensamiento de quitar á los Borbones de todos los tronos de la Europa. No obstante, el zelo accidental que mostraban los de España en la guerra contra los ingleses, alejaba de ellos el cumplimiento de aquella temible idea. Pero sospechando Napoleon que en breve tendria que remover toda la Europa, bien porque viniese á ser poderoso atravesando el estrecho de Calais, ó bien porque disuadido por la guerra continental de la guerra maritima, acabase de expulsar á los austriacos de Italia, Napoleon se prometia reunir los Estados Venecianos á su reyno de Lombardia, y verificar entónces la conquista de Nápoles para uno de sus hermanos. Pero todo esto estaba momentáneamente diferido en sus designios; pues ocupado por completo del desembarco, no queria provocar en aquel entónces una guerra

continental. No obstante, una cosa le parecia oportuna y sin peligro, y era el poner un término á la funesta situacion de la república de Génova, que, situada entre el Mediterráneo dominado por los ingleses, y el Piamonte que la Francia habia unido á su territorio, se hallaba como aprisionada entre dos grandes potencias, y veia perecer su antigua prosperidad; porque tenia todos los inconvenientes de la reunion á la Francia sin tener sus ventajas. En efecto, los ingleses no habian querido reconocerla, considerándola como anexa del Imperio frances y perseguian su pabellon. Los mismos berberiscos se apoderaban de él y le insultaban sin ninguna especie de consideracion. La Francia, tratándola como á tierra extranjera, la habia separado del Piamonte y del pais de Niza, con líneas de aduanas y tarifas exclusivas. Génova se ahogaba, pues, entre la mar y la tierra, ambas cerradas para ella. En cuanto á la Francia tampoco recogia mas ventajas

Proyectos que sugiere á Napoleon la vista de la Italia.

en aquel hermoso pais, produjo, en breve, en él uno

Proyecto de reunir á Génova á la Francia.

que las que le proporcionaba. El Apennino que separa á Génova del Piamonte formaba una frontera infestada de bandidos; necesitándose una numerosa y valiente gendarmería para mantener la seguridad de los caminos. Respecto á la marina, el tratado que se habia formado recientemente, solo aseguraba de un modo incómpeto los servicios que podia prestarnos Génova. Aquel préstamo de un puerto extranjero para fundar en él un establecimiento naval, sin ninguna autoridad directa, era un ensayo que reclamaba otra cosa. Reuniendo el puerto de Génova y la poblacion de la costa del Genovesado al imperio francés, Napoleon adquiria desde el Texel hasta el fondo del principal golfo del mediterráneo, una extension de costas y un número de marineros, que podian con mucho tiempo y perseverancia hacerle, sino igual á la Inglaterra en los mares, al menos su rival respetable.

Motivos que deciden á Napoleon á reunir la república de Génova á la Francia. Napoleon no resistió á todas aquellas consideraciones; y creyó que solo la Inglaterra podia tener un verdadero interes en tal asunto. No se hubiera atrevido á decidir de la suerte del ducado de Parma y de Plasencia, ya á causa del Papa, para quien aquel ducado era un motivo de esperanza, ya á causa de la España que le codiciaba para aumentar el reyno de Etruria, y ya, en fin, á causa de la misma Rusia que no desesperaba poder indemnizar al antiguo Rey del Piamonte, mientras hubiese un territorio vacante en Italia. Pero Génova le parecia de muy poco interés para el Austria, que estaba demasiado alejada, y de ninguna consideracion para el Papa y para la Rusia: segun él solo le importaba á la Inglaterra, y no teniendo ningun motivo para guardarla consideraciones, ni creyéndola tan enlazada á la Rusia como lo estaba, resolvió reunir la República liguriense al imperio francés.

Esta era una falta, porque en la disposicion de ánimo del Austria, verificar dicha reunion, era arrojarla en los brazos de la coalicion; era suministrar á todos los enemigos de la Francia, que llenaban á la Europa con pérfidos rumores, un nuevo y fundado pretexto para exclamar contra su ambicion, y particularmente contra la violacion de sus pro-

mesas, porque al instituir el mismo Napoleon el reyno de Italia, habia prometido al Senado no agregar una sola provincia de mas á su Imperio. Pero, Napoleon, conociendo bastante los malos designios del continente, para creerse dispensado de contemplaciones, pero no para apreciar en su justo valor el peligro de una nueva provocacion, y lisonjeándose por otra parte ir en breve á resolver en Lóndres todas las cuestiones europeas, no vaciló lo mas mínimo, y quiso que Génova perteneciese á la marina francesa.

Tenia por ministro cerca de aquella república á su compatriota Salicetti, á quien encargó sondease y preparase los ánimos. Esta mision no era difícil, porque todos se hallaban muy dispuestos á lo mismo en la Liguria. El partido aristocrático y anglo-austriaco no podia ser mas hóstil que lo era; pues el protectorado bajo el cual estaba colocada Génova le parecia mas odioso que la reunion á la Francia. En cuanto al partido popular, apercibia en aquella reunion la libertad de su comercio con el interior del Imperio, la certeza de una grande prosperidad futura, la garantia de no caer jamas bajo el yugo oligárquico, y por último, la ventaja de pertenecer al Estado mas grande de Europa. La minoria de la nobleza, inclinada á la Revolucion, era la sola que veia con alguna pena la destruccion de la nacionalidad genovesa; pero los grandes destinos de la corte imperial eran un atractivo suficiente para indemnizar á los principales personajes de aquella clase.

Preparada la posicion con algunos senadores, y presentada por ellos al Senado genovés, fue adoptada por 20 miembros de 22 que deliberaban. En seguida fue confirmada por una especie de *plebiscito*, segun la forma empleada en Francia desde el Consulado. Abriéronse registros, en los cuales pudo cada uno inscribir su voto; y el pueblo de Génova se apresuró como el de Francia á dar sus sufragios casi todos favorables. Por consejo de Salicetti, se trasladaron á Milan el Senado y el dux, para expresar á Napoleon su deseo. Fueron introducidos á su presencia con cierto aparato que recordaba los tiempos en que los pueblos vencidos

El Senado de Génova es inducido á pedir la reunion á la Francia.

iban á reclamar el honor de formar parte del imperio romano. Napoleon los recibió en su trono el 4 de Junio, declaró que haria se cumpliesen sus deseos, y les prometió visitar á Génova al dejar la Italia.

Creacion del ducado de Luca.

pero que fue como la gota de agua que hace rebosar un vaso. La república de Luca estaba sin gobierno, y combatida sincesar entre la Etruria, que era ya española, y el Piamonte, que habia venido a ser francés, como una nave sin brújula ni timon, aunque en verdad pequeña nave en mar tambien pequeña. Las mismas sugestiones la dispusieron á ofrecerse á la Francia, y sus magistrados, imitando á los de Génova acudieron á Milan solicitando el beneficio de una constitucion y de un gobierno. Napoleon acogió tambien su deseo; pero hallando aquel territorio muy alejado para reunirlo al Imperio, formó con él el infantazgo de su hermana mayor la princesa Elisa, muger de talento, dedicada á la literatura, pero dotada de todas las cualidades de una Reyna gobernadora, y que logró hacer amar su autoridad en aquel pequeño pais, que supo administrar con la mayor cordura; lo cual le valió la llamase Mr. de Talleyrand con su ingenioso talento la *Semiramis de Luca*. Napoleon le habia concedido ya el ducado de Piombino; y esta vez dió á ella y á su esposo el príncipe Bacciochi, el pais de Luca en forma de principado hereditario, dependiente del Imperio francés, debiendo incorporarse á la corona en caso de extinguirse la linea masculina, y con todas las condiciones, por consecuencia, de los antiguos feudos del Imperio germánico. En lo sucesivo debia titularse aquella hermana princesa de Piombino y de Luca.

Armamentos que hace el Austria, bastante considerables para que dejen de llamar la atencion de Napoleon.

indiferentes á la política de ambas potencias, ó al menos como insuficientes para arrancar á la corte de Viena de su estado pasivo. Sin embargo, por mas disimulados que fuesen los armamentos del

A esta incorporacion se unió otra poco importante, pero

que se habia apresurado á declarar, que pareciéndole las grandes reuniones de tropas francesas de Marengo y Castiglione, demasiado considerables para simples fiestas militares, habia mandado verificar algunas reuniones de pura precaucion; reuniones, que por otra parte, motivaba suficientemente la fiebre amarilla propagada en España y en Toscana y sobre todo en Liorna. Esta excusa era hasta cierto punto creible; pero se trataba de saber si se limitaban á cambiar la situacion de algunas tropas, ó si se reclutaba verdaderamente el ejército, se completaban los regimientos y se remontaba la caballeria; y mas de un aviso secreto transmitido por los polacos adictos á la Francia empezaban á hacer aquellas cosas verosímiles. Napoleon envió al punto al Tyrol, al Frioul y á la Carintia, oficiales disfrazados, que juzgasen por sí mismos la naturaleza de los preparativos que se ejecutaban, y al mismo tiempo pidió al Austria explicaciones decisivas.

Tambien imaginó otro medio para sondear las disposiciones de aquella corte. Habiendo cambiado la orden de la Legion de Honor con las órdenes de las cortes amigas, y no habiendo verificado dicho cambio con las órdenes del Austria, deseaba ponerse con esta potencia en el mismo pie que con las demas. Ocurrióle, pues, la idea, de dirigir con este motivo una proposicion al Austria, y asegurarse asi de sus verdaderos sentimientos; pues pensó que si, en efecto, estaba decidida á una guerra próxima, no se atreveria á dar, á la faz de la Europa y de sus aliados, un testimonio de cordialidad, que segun los usos de las cortes era el mas significativo que se podia dar, sobre todo á una potencia tan nueva como el imperio frances. M. de La Rochefoucauld habia reemplazado en Viena á M. de Champagny, nombrado ministro de lo interior; y se le mandó que pidiese explicaciones al Austria acerca

Austria, se habian traslucido algo, y la experimentada mirada de Napoleon los habia distinguido. Varios cuerpos se hallaban en movimiento hacia el Tyrol y las provincias Venecianas: esto no podia negarse, ni el Austria lo negaba; pero se habia apresurado

á declarar, que pareciéndole las grandes reuniones de tropas francesas de Marengo y Castiglione, demasiado considerables para simples fiestas militares, habia mandado verificar algunas reuniones de pura precaucion; reuniones, que por otra parte, motivaba suficientemente la fiebre amarilla propagada en España y en Toscana y sobre todo en Liorna. Esta excusa era hasta cierto punto creible; pero se trataba de saber si se limitaban á cambiar la situacion de algunas tropas, ó si se reclutaba verdaderamente el ejército, se completaban los regimientos y se remontaba la caballeria; y mas de un aviso secreto transmitido por los polacos adictos á la Francia empezaban á hacer aquellas cosas verosímiles. Napoleon envió al punto al Tyrol, al Frioul y á la Carintia, oficiales disfrazados, que juzgasen por sí mismos la naturaleza de los preparativos que se ejecutaban, y al mismo tiempo pidió al Austria explicaciones decisivas.

Explicaciones poco satisfactorias del gabinete de Viena.

Oficiales enviados para observar los armamentos que se hacen en Austria.

sondear las disposiciones de aquella corte. Habiendo cambiado la orden de la Legion de Honor con las órdenes de las cortes amigas, y no habiendo verificado dicho cambio con las órdenes del Austria, deseaba ponerse con esta potencia en el mismo pie que con las demas. Ocurrióle, pues, la idea, de dirigir con este motivo una proposicion al Austria, y asegurarse asi de sus verdaderos sentimientos; pues pensó que si, en efecto, estaba decidida á una guerra próxima, no se atreveria á dar, á la faz de la Europa y de sus aliados, un testimonio de cordialidad, que segun los usos de las cortes era el mas significativo que se podia dar, sobre todo á una potencia tan nueva como el imperio frances. M. de La Rochefoucauld habia reemplazado en Viena á M. de Champagny, nombrado ministro de lo interior; y se le mandó que pidiese explicaciones al Austria acerca

de sus armamentos, y le propusiese el cambio de sus órdenes con la de la Legión de Honor.

Continuación de los proyectos marítimos de Napoleón.

Napoleon, continuando desde el fondo de la Italia en mantener la ilusión de los ingleses, respecto á que el desembarco tan anunciado y retardado no era mas que una farsa, se ocupaba sin cesar en asegurar su ejecucion para el verano. Jamas ninguna operacion ha empleado tantos correos ni tantas comunicaciones como la que Napoleon meditaba en aquella época. Agentes consulares y oficiales de marina, situados en los puertos españoles y franceses, en Cartagena, en Cádiz, en el Ferrol, en Bayona, en las bocas del Girona, en Rochefort, en las bocas del Loira, en Lorient, en Brast y en Cherburgo, todos con correos á su disposicion, transmitian las menores noticias que les llegaban del mar, y las dirigian á Italia. Numerosos agentes secretos, sostenidos en los puertos de Inglaterra mandaban sus informes, que al momento se transmitian á Napoleon. Por último, M. de Marbois, que poseia un gran conocimiento de los negocios británicos, tenia la mision particular de leer todos los periódicos que se publicaban

Uso que hizo Napoleon de los periódicos publicados en Londres para adivinar los proyectos del almirantazgo ingles.

en Inglaterra, y de traducir las menores noticias relativas á las operaciones navales; y lo digno de notarse es, que Napoleon que supo prevenir con la mayor exactitud todas las combinaciones del almirantazgo ingles, logró hallarse perfectamente instruido por medio de aquellos periódicos; pues aunque referian á veces hechos falsos, concluian por suministrar á su prodigiosa sagacidad el medio de adivinar los verdaderos. Pero todavía hay algo de mas notable. A fuerza de achacar á Napoleon los planes mas extraordinarios y á veces los mas absurdos, varíos de aquellos periódicos habian descubierto sin sospecharlo, su verdadero proyecto, y habian dicho que enviaba sus escuadras lejos para reunir las de improviso en la Mancha. El almirantazgo no se habia detenido en esta suposicion, que sin embargo era la verdadera; y al menos sus combinaciones da-

ban á entender que no creia en ella. Napoleon, salvo una circunstancia que le contrariaba vivamente, y que le habia hecho dar á su vasto plan una última modificacion, debia estar satisfecho

Dichosa navegacion de las escuadras francesas.

de la marcha de sus operaciones. El almirante Missiesy, segun se sabe, habia dado á la vela en Epero con rumbo á las Antillas; y aunque se ignoraban los pormenores de su expedicion, se sabia que los ingleses estaban muy alarmados por sus colonias; que una de ellas, la Dominica, acababa de caer en nuestro poder; y que enviaban refuerzos á los mares de América, lo cual era una diversion en beneficio nuestro en los mares de Europa. El almirante Villeneuve salido de Tolon el 30 de Marzo, habia aparecido en Cádiz, despues de una navegacion cuyos pormenores se ignoraban, y uniendo á su escuadra la division española del almirante Gravina, compuesta de seis navios y algunas fragatas, y ademas el navio frances *Aguila*, se habia dirigido hacia la Martinica. No se habian vuelto á tener noticias suyas, pero se sabia que Nelson, encargado de guardar el mediterráneo, no habia podido encontrarle ni á la salida de Tolon ni á la del estrecho. Los marinos españoles hacian cuanto estaba en su mano hacer en el estado de abandono en que los dejaba un gobierno ignorante, corrompido é inerte. El almirante Salcedo habia reunido en Cartagena una escuadra de 7 navios; el almirante Gravina, como acaba de decirse, una de 6 en Cádiz, y el almirante Grandallana una tercera de 8 navios en el Ferrol, la cual debia maniobrar de acuerdo con la division francesa que se hallaba de arribada en dicho puerto. Pero faltaban marineros á consecuencia de la epidemia y del mal estado del comercio español, y para completar las tripulaciones se echaba mano de los pescadores, y hasta de los artesanos de las ciudades: finalmente, una gran carestia de granos, junta á la falta de recursos de la hacienda y á la epidemia, habian disminuido de tal modo los medios de la España, que no se podian proporcionar los seis meses de galleta, necesarios para cada escuadra. El almirante Gravina, que se habia unido á Villeneuve, apenas llevaba para tres; y el almirante Grandallana no tenia en

el Ferrol ni para quince días. Por fortuna, M. Ouvrard, á quien ya hemos visto encargarse de los negocios de Francia y de España, habia llegado á Madrid, habia encantado con los proyectos mas seductores á una corte cargada de deudas, obtenido su confianza, concluido con ella un contrato que mas tarde daremos á conocer, y hecho cesar por medio de diversas combinaciones los horrores del hambre. Acababa al mismo tiempo de proveer las escuadras españolas con cierta cantidad de galleta; de modo, que las cosas iban en los puertos de la Peninsula tan bien como lo permitia esperar el pésimo estado de la administracion española.

Pero mientras que el almirante Missiessy difundia el espanto en las Antillas inglesas, y los almirantes Villeneuve y Gravina navegaban sin accidente hácia la Martinica; Ganteaume, destinado á unirseles, no habia podido hallar, por una especie de fenómeno de la estacion, ni un solo dia favorable para salir del puerto de Brest. No ha-

Ganteaume detenido en Brest por un continuo buen tiempo. se habia visto que el equinoccio nose hubiese manifestado con algun temporal fuerte. Sin embargo, habian transcurrido los meses de Marzo, de Abril y de Mayo (1805) sin que la escuadra inglesa se hubiera visto obligada á alejarse ni una sola vez de las aguas de Brest. El almirante Ganteaume, que sabia á qué inmensa operacion debia concurrir aguardaba con tal impaciencia el momento de salir, que habia concluido por caer enfermo del pesar de su retardo (1).

(1) Las dos cartas siguientes probarán el estado de ánimo de aquel almirante, y cuan formal era el gran proyecto naval, que algunas personas, queriendo ver siempre farfases donde no existen, han supuesto como una simple demostracion. Estas cartas no son las únicas de este género; pero para una cita bastan estas, que he escogido entre todas.

Ganteaume al Emperador.

A bordo del *Imperial*, 11 de Floreal del año XIII.—1.º de Mayo de 1805.

SEÑOR:

Los tiempos extraordinarios que reynan desde que estamos en franquía son capa-

El tiempo estaba casi siempre en calma y sereno: á veces, un viento de oeste, acompañado de espesos y oscuros nubarrones, habia hecho esperar una tempestad, pero de pronto habia vuelto á despejarse la atmósfera. No habia, pues,

ces de hacer desesperar á cualquiera: imposible me seria manifestaros los penosos sentimientos que experimento al verme detenido en el puerto, cuando las demas escuadras navegan á toda vela hácia su destino, y al considerar que nuestra tardanza y las contrariedades que sufrimos pueden comprometerlas de un modo cruel: esta idea aflictiva no me deja un momento de descanso; y si hasta ahora he resistido á la impaciencia y á los tormentos que me devoran, es porque no he visto, arriesgándonos á salir, ninguna probabilidad á nuestro favor, y si todas en favor del enemigo: un combate desventajoso ha sido y es todavia inevitable mientras que el enemigo permanezca en su posicion; y entonces nuestra expedicion quedaria perdida sin remedio y nuestras fuerzas paralizadas por mucho tiempo.

No obstante, en el momento que recibí el despacho de V. M. del 3 de Floreal, me propuse arriesgarme dando á la vela; todos los navios habian zarpado; un viento de oeste que habia soplado con alguna mas fuerza durante doce horas, me habia hecho concebir la esperanza de que el enemigo se hubiese retirado, cuando se descubrió su escuadra ligera desde nuestro fondoadero, distinguiéndose tambien el grueso de ella hácia Ouessant: esto, unido á la incertidumbre y debilidad de los vientos me impidió el continuar mi proyecto. Seguro de tener que detenerme en la rada de Bertheaume y llamar á ella la atencion del enemigo, he renunciado á todo movimiento, y deseo persuadirle que nunca fue mi designio salir.

Me tomo la libertad de reiterar á V. M. la seguridad que ya le he dado acerca del orden y la situacion en que tengo á todos los navios: las tripulaciones tienen sus consignas, las comunicaciones con tierra no tienen lugar mas que para los objetos indispensables del servicio, y á cada hora del dia cada buque se halla en estado de obedecer y ejecutar las señales que se le dirijan: estas disposiciones, únicas que pueden ponernos en estado de aprovechar el primer momento favorable, se continuarán con la mayor exactitud.

Ganteaume á Decrès.

7 de Floreal del año XIII.—27 de Abril de 1805.

Juzgo, amigo mio, que sufrirás lo mis-

otro medio para salir que presentar el combate á una escuadra, ya casi igual en número á la francesa, y superior á esta en calidad. Los ingleses, sin sospecharse precisamente lo que les amenazaba, pero llamándoles la atención la presencia de una escuadra en Brest, y otra en el Ferrol, y sobre todo las salidas de Tolon y de Cádiz habían aumentado la fuerza de sus bloques. Tenían unos veinte navios al frente de Brest, mandados por el almirante Cornwallis, y siete u ocho al frente del Ferrol, mandados por el almirante Calder. En semejante situacion, el almirante Ganteaume salia de la rada, y entraba en

ella, iba á anclar en Bertheaume, ó volvía al fondeadero interior, teniendo de dos meses á aquella parte embarcados soldados y marineros; y en el gran sentimiento de que estaba poseído, hasta preguntaba si debía aventurar un combate para salir á la alta mar, lo cual se le habia prohibido expresamente.

Napoleon, calculando que hallándose ya á mediados de Mayo, era peligroso hacer esperar por mas tiempo á Villeneuve, Gravina y Missiessy en la Martinica, y que las escuadras inglesas que

Ultimo cambio que introduce Napoleon en la combinacion, que tiene por objeto llevar á la Mancha las escuadras francesas y españolas.

El que yo. Cada dia que transcurre es un dia mas de tormento para mí, y tiemblo verme al fin obligado á hacer alguna gran necesidad! Los vientos que por espacio de dos dias habian sido de Oeste pero poco fuertes, aunque acompañados de lluvia y mala apariencia, pasaron ayer al N. N. E. fresco, y estuve tentado de arriesgarlo todo, á pesar de que se descubria continuamente al enemigo desde el Yroise, y sus navios avanzados se hallaban á la vista de la rada, y el tiempo estaba muy claro. Sin embargo, la certeza de un combate desventajoso, certeza que me daban su posicion y su fuerza y lo vario de los vientos, me lo han impedido, y de ello me felicito en la actualidad; si bien permanezco sufriendo horribles tormentos.

Los dias largos y lo bonancible del tiempo me hacen desesperar de la expedicion; y en este caso, ¿cómo tolerar la idea de hacer esperar inútilmente á nuestros amigos en el punto de la cita, y comprometerlos, exponiéndolos necesariamente á tardanzas y á un regreso peligroso en extremo? Estas ideas no me dejan ni un instante de sosiego, y creo que tambien deben atormentarte. Entretanto, amigo mio, bien puedes persuadirte que me ha sido imposible obrar de otra manera, á menos de no haber corrido los peligros de una accion, que ademas de las probabilidades que daba al enemigo su superioridad, hubiera imposibilitado tambien la expedicion. Asi como lo he escrito, han sido siempre los tiempos tales, que nos ha sido imposible burlar al enemigo.

Aunque por tus últimas me has encargado que escriba á menudo al Emperador, yo no me atrevo á decirle nada, pues nada agradable tengo que anunciarle: guardo silencio esperando los acontecimientos, y no quiero importunarle para poca cosa, limitandome á desear que tenga á bien hacernos justicia....

habian ido en su seguimiento concluirían por alcanzarlos, modificó otra vez esta parte de su plan. Decidió que si para el 20 de Mayo no habia podido salir Ganteaume, no partiria ya, y aguardaria en Brest, que viniesen á desbloquearle. En su consecuencia, se expidió á Villeneuve la orden de volver á Europa con Gravina; y hacer lo

que en un principio se habia confiado á Ganteaume; es decir, levantar el bloqueo del Ferrol, donde debia hallar 5 navios franceses y siete españoles; tocar, en seguida, si le era posible, en Rochefort para unirse á Missiessy, quien probablemente habria vuelto en dicha época de las Antillas, y, por último, presentarse al frente de Brest, para franquear la mar á Ganteaume, todo lo cual haria ascender á 56 navios el número total de sus fuerzas. Acto continuo debia entrar en la Mancha con aquella escuadra, la mayor que se hubiera visto en el océano.

Este plan era muy practicable, y hasta tenia grandes probabilidades de buen éxito, como en breve lo probarán los acontecimientos. No obstante, era menos seguro que el anterior. Efectivamente, si Ganteaume hubiera podido salir en Abril, desbloquear el Ferrol, lo que era posible sin combatir, porque solo cinco ó seis navios ingleses bloqueaban entonces aquel puerto, y dirigirse á la Martinica, la reunion se verificaba con Villeneuve y Gravina, sin ninguna probabilidad de combate, y podian regresar

Villeneuve, en lugar de esperar en la Martinica que se le unan las escuadras del Ferrol y de Brest, debe venir á desbloquearlas y conducir las á la Mancha.

á Europa en número de 50 navios, sin necesidad de tocar en ninguna parte antes de penetrar en la Mancha. Los únicos peligros que podían presentarse eran los encuentros en la mar, peligros tan raros que no se debía hacer cuenta de ellos. Por el contrario el nuevo plan tenía el inconveniente de exponer á Villeneuve á un combate al frente del Ferrol, y á otro al frente de Brest; y si bien la superioridad de sus fuerzas sería grande en aquellos dos encuentros, no había nunca la seguridad de que las dos escuadras que se iban á desbloquear tuviesen tiempo de acudir á su socorro y tomar parte en la batalla. En efecto, no puede salirse del Ferrol y de Brest sino por canales estrechos; allí, como en otras partes, no es igual el viento que se necesita para entrar, como para salir, y era muy posible que se empuñase un combate á la entrada de aquellos puertos, y se concluyese antes que las escuadras que se hallaban en el interior de ellos pudiesen tomar parte en él. Un combate, aunque incierto, era capaz de desmoralizar á generales cuya confianza en la mar no era grande, por vanalientes que fuesen personalmente. Sobre todo, el almirante Villeneuve, aunque era un militar intrépido, no tenía una firmeza proporcionada á aquellos peligros; por tanto era muy de sentir que la continuación del buen tiempo, no hubiese permitido verificar el primer plan.

Había otro, en el cual se detuvo Napoleón un momento, y que si bien proporcionaba menos fuerzas, conducía á Villeneuve de un modo seguro á la Mancha: tal era no llevar á Villeneuve ni al frente del Ferrol ni de Brest, sino hacerle rodear la Escocia, y dirigirle en seguida al mar del Norte y al frente de Bolonia. Es cierto que en este caso solo llegaba con 20 navios en lugar de 50; pero bastaban para tres dias, y la escuadrilla perfectamente protegida, pasaba á golpe seguro. Esta idea se presentó por un instante á la mente de Napoleón, y la escribió; despues, queriendo todavía mas seguridad, prefirió á una mayor reunion de fuerzas, la mayor certeza de llegar á la Mancha, y volvió al plan de hacer desbloquear el Ferrol y Brest por Villeneuve.

Tal fue el último cambio que las circunstancias hicieron dar á su proyecto,

Segun el mismo consignó en la postdata de una de sus cartas, fue en medio de una fiesta donde meditó todas aquellas combinaciones y tomó su partido. Al momento dió las instrucciones necesarias. En Rochefort se habían preparado dos navios mandados por el contra-almirante Maigon, quien al momento dió á la vela para anunciar en la Martinica el cambio sobrevenido en las determinaciones de Napoleón. Fragatas armadas en Lorient, Nantes y Rochefort, estaban prontas á partir, desde que se tuvo la certeza de que Ganteaume no podía dar á la vela, y estaban encargadas de llevar á Villeneuve la orden de volver inmediatamente á Europa para ejecutar el nuevo plan. Cada fragata debía ir acompañada de un bergantin que llevase órdenes duplicadas. Si la fragata era aprehendida, el bergantin se salvaba y transmitia la orden duplicada. Los despachos iban encerrados en cajas de plomo, y entregados á capitanes de confianza para que los arrojasen al mar en caso de peligro. Dichas precauciones y las que se siguen son dignas de mencionarse para instruccion de los gobiernos.

A fin de que las escuadras de Brest y del Ferrol pudiesen secundar á las que venian á desbloquearlas, se habían tomado las mayores precauciones. Ganteaume debía anclar fuera de la rada de Brest, en la ensenada de Bertheaume, lugar abierto y poco seguro; defecto que se había procurado corregir enviando de París á un general de artilleria y poniéndose en bateria 150 piezas á fin de apoyar á la escuadra. Gourdon que había reemplazado en el Ferrol al almirante Boudet á causa de hallarse este enfermo, tenía orden de pasar del Ferrol á la Coruña, cuyo fondeadero estaba abierto, y conducir allí á la division francesa; describiéndose al almirante Grandallana hiciese otro tanto con los navios españoles. Se había solicitado de la corte de España que tomase iguales precauciones á las empleadas en Bertheaume, con el objeto de asegurar el fondeadero por medio de baterias. Por último, para prevenir el caso en que los navios encargados de hacer levantar el bloqueo, hubiesen consumido sus viveres, se había preparado en el Ferrol, en Rochefort,

Precauciones infinitas para el triunfo del plan adoptado definitivamente.

en Brest, en Cherburgo y en Boloña, barriles de galleta que ascendian á muchos millones de raciones, y que era fácil embarcar sin perder un instante. Una órden aguardaba en Rochefort al almirante Missiessy, por si llegaba á entrar en dicho puerto, en la que se le mandaba partiese al momento para inquietar la Irlanda presentándose ante sus costas por algunos dias, y que en seguida cruzase á alguna distancia del Ferrol, en una latitud determinada, donde debía hallarle el almirante Ville-neuve, advertido de antemano por una fragata que saldria á su encuentro.

Mientras se tomaban para las escuadras todas aquellas medidas previsoras, continuos y secretos cuidados consagrados al ejército tendian á aumentar el efectivo de los batallones de guerra en las costas del océano. Las tropas expedicionarias ascendian entónces á 160,000 hombres, sin el cuerpo de Brest, que acababa de ser disuelto, por haberse dado nuevo destino á la escuadra de Ganteaume. El almirante Verhuell con la escuadra bátava habia recibido órden de reunirse en Ambleteuse, á fin que toda la expedicion pudiese partir de los cuatro puertos dependientes de Boloña. Dichos puertos, que eran puramente artificiales, se habian llenado de arena en los dos años que hacia estaban contruidos, necesitándose nuevos trabajos para limpiarlos. Ademas, se habian reparado los buques de la flotilla que habian sufrido algo por sus continuas salidas, y por lo malo del fondeadero.

A la vez que Napoleon daba aquella multitud de órdenes, habia continuado su viage por Italia: visitó á Bergamo, Verona y Mantua, asistió á una representacion de la batalla de Castiglione, dada por un cuerpo de 25000 hombres, en el mismo terreno en que tuvo lugar aquella batalla, y permaneció varios dias en Bolonia, siendo el encanto de los sábios de aquella célebre universidad: despues, atravesó por

Julio de 1805.

Napoleon en Genova.

maneciendo en ella desde el 30 de Junio hasta el 7 de Julio, en medio de

fiestas dignas de la ciudad de mármol, y superiores á todo lo que los italianos habian imaginado de más hermoso para recibirle. En dicha ciudad encontró á un ilustre personaje, aburrido con un destierro de doce años, y cansado de hacer una oposicion que sus deberes religiosos no justificaban: este personaje era el cardenal Maury. El Papa acababa de darle un ejemplo que al fin se habia decidido á seguir, tomando el partido de unirse al restaurador de los altares; y en Génova le proporcionaron la ocasion de grangearse la gracia del Emperador. A imitacion de aquellos partidarios de Pompeyo, que unos despues de otros, procuraban encontrarse con César en cualquiera de las ciudades del imperio romano, para entregarse voluntariamente á su seductora superioridad; el Cardenal Maury se inclinó ante el nuevo César en la ciudad de Génova. Fue acogido con la cortesía de un hombre de genio que desea agradar á un hombre de talento; y pudo entrever que su vuelta á Francia seria pagada con las mas elevadas dignidades de la Iglesia.

Despues de haber recibido el juramento de los genoveses, y de haber preparado con el ingeniero Forfait el futuro establecimiento naval que queria crear en aquel puerto; despues de haber confiado al architesorero Lebrun el cuidado de organizar la administracion, de aquella nueva parte del Imperio, partió Napoleon para Turin en donde fingió ocuparse solo de revistas: en seguida, el 8 de Julio por la noche, dejando á la Emperatriz en Italia, se puso en camino con dos sillas de posta muy sencillas, y haciendo correr la voz que el que así viajaba era el ministro de lo Interior llegó en ochenta horas á Fontainebleau, en donde se halló el 11 por la mañana. Allí le esperaban ya el archicanciller Cambacérès y los ministros, á fin de recibir sus últimas órdenes. Iba á partir para una expedicion que debia, ó hacerle dueño absoluto del mundo, ó sepultarle, como nuevo Faraon, en los abismos del océano. Jamas habia estado ni mas tranquilo, ni mas dispuesto y confiado. Pero en vano es que los ma-

Encuentro de Napoleon con el Cardenal Maury.

Napoleon sale clandestinamente de Turin y llega á Fontainebleau en ochenta horas.

grandes genios quieran una cosa; pues su voluntad, por poderosa que sea, como voluntad de hombre, es apenas un capricho sin fuerza, cuando la Providencia quiere otra cosa. Y he aquí un ejemplo muy memorable: mientras que Napoleon lo habia preparado todo para un encuentro con la Europa armada, entre Boloña y Douvres, la Providencia le preparaba aquel encuentro en otros lugares muy diferentes!

Continuacion de los proyectos de la coalicion.

El Emperador Alejandro habia aplazado la ratificacion del tratado que constituia la nueva coalicion hasta el momento en que la Inglaterra consintiese en evacuar á Malta; y no dudando de una respuesta favorable habia solicitado los pasaportes de M. de Nowosiltzoff, á fin de ponerse cuanto antes en relaciones con Napoleon. El Emperador Alejandro, menos belicoso á medida que se aproximaba el desenlace habia esperado aumentar, obrando con prontitud, las probabilidades de paz: pero habia juzgado mal al gabinete de Londres. Resuelto éste á guardar una posicion capital, que

Negativa de la Inglaterra á devolver á Malta, y embargo de la Rusia al verse privada de los medios de negociar en Paris.

la casualidad de los acontecimientos y un acto de mala fe habian puesto en sus manos, se negó positivamente á abandonar la isla de Malta. Esta noticia, llegada á San Petersburgo, mientras M. de Nowosiltzoff se hallaba en Berlin, causó al gabinete ruso una turbacion indecible. ¿Qué podia hacer? Pasar por lo que queria la Inglaterra, sufrir las exigencias de su insaciable ambicion, seria aceptar á los ojos de la Europa, el papel mas secundario, seria renunciar á la negociacion de M. de Nowosiltzoff, porque seria despedido el mismo dia de su llegada, y acaso de un modo humillante, si no ofrecia la evacuacion de Malta. De consiguiente, seria la guerra inmediata hecha á favor de la Inglaterra, y arrastrándose la Rusia en su seguimiento y asalarada por aquella, lo cual no ignoraria toda la Europa. Al contrario, romper con la Inglaterra por aquella negativa, era confesar públicamente que se habian comprometido en su politica sin conocerla, era hacer buena la causa de Napoleon á la faz del mundo, y colocarse en un aislamiento ridiculo, indispueta con la In-

glaterra por sus exigencias, é indispueta con la Francia por actos de ligereza. En una palabra, no queriendo estar á merced de la Inglaterra, quedaria á merced de Napoleon, quien seria dueño de dictar las condiciones de su nueva union á la Francia.

Si Napoleon, con la falta que habia cometido incorporando á Génova á la Francia, no hubiera acudido al socorro del gabinete ruso (1) hubiera visto á sus enemigos sumergidos en la mayor confusion. En efecto, hallábase el gabinete ruso ocupado en deliberar sobre aquella grave situacion, cuando supo la incorporacion de Génova. Esto fue para él un verdadero motivo de alegria; porque este imprevisto

La incorporacion de Génova saca á la Rusia del apuro.

M. de Nowosiltzoff es llamado á Petersburgo y queda resuelta la guerra.

acontecimiento sacó de su apuro á aquellos hombres de Estado que se habian comprometido con la mayor imprudencia. Con dicho motivo resolvieron hacer mucho ruido y decir en voz alta, que no se podia tratar con un gobierno que cada dia cometia nuevas usurpaciones; dando tambien aquel suceso como un pretexto muy natural para llamar de Berlin á M. de Nowosiltzoff, y al momento se le remitió la órden para que regresase á San Petersburgo, dejando una nota al Rey de Prusia, explicándole aquel cambio de determinacion. Creyéronse dispensados de insistir con Inglaterra en lo relativo á Malta, y se ratificó el tratado que constituia la tercera coalicion, alegando para ello las recientes usurpaciones del Emperador de los franceses.

M. de Nowosiltzoff se hallaba en Berlin, á donde habia llegado ya el Rey de Prusia: la órden en que se le llamaba le sorprendió y apesadumbró mucho, porque veia perdida la ocasion de emprender la mas bella de las negociaciones. No disimuló su disgusto ni aun al mismo Rey, le dió á conocer la disposicion personal en que estaba de intentarlo todo, si hubiera ido á Paris, para grangearse la buena voluntad del Emperador Napoleon, y hasta las concesiones á que hubiera suscrito en nombre de su corte.

(1) Estos apuros del gobierno ruso constan de documentos auténticos que he tenido á la vista.

Esta fue una razon mas, para que el Rey de Prusia lamentase el nuevo arrebató á que habia cedido Napoleon, y para que repitiese sus ordinarias quejas, muy suaves como de costumbre, pero tambien muy melancólicas; porque cada probabilidad de mas que se añadia á las muy numerosas que tenia ya la guerra, le afectaba profundamente.

El Austria es tambien arrastrada á la guerra por la reunion de Génova.

En Viena fue todavia el efecto mas decisivo. Esta corte no salia con la incorporacion de Génova,

dél embarazo de una conducta ligera, sino de las prolongadas vacilaciones de la prudencia. Hacia tiempo que conocia que Napoleon deseaba toda la Italia, y no podia resignarse á abandonársela sin luchar por última vez, con el esfuerzo de la desesperacion. Pero la hacienda austriaca se hallaba en un estado lamentable; una horrorosa carestia de granos afligia al Austria superior é inferior, á la Bohemia, la Moravia y la Hungría. El pan estaba tan caro en Viena que la poblacion de esta capital ordinariamente tranquila y sumisa, se habia arrebatado hasta saquear las tiendas de algunos panaderos. En semejante situacion el gabinete austriaco hubiera titubeado todavia por largo tiempo en arrojarse á los gastos de una tercera lucha, contra un adversario tan temible como Napoleon; pero al saber la incorporacion de Génova y la ereccion del ducado de Luca, cesaron al instante todas sus incertidumbres, é inmediatamente tomó la resolucion de combatir. Despachos enviados á Petersburgo anunciaron aquella resolucion definitiva, y llenaron de gozo al gabinete ruso, quien viéndose comprometido en la guerra, miraba la concurrencia del Austria á ella, como el acontecimiento mas feliz.

Al punto firmó esta corte el acto que la unia al tratado de coalicion. La Rusia quedó encargada de negociar con la Inglaterra la cantidad mayor de subsidios que pudiese dar al Austria; pidiéndose y obteniéndose para los primeros gastos de la entrada en campaña un millon de libras esterlinas (unos 95 millones de reales); y ademas la entrega en el momento de la mitad del subsidio anual; es decir otros 2 millones de libras esterlinas (unos 190 millones de reales). El plan de campaña, discutido en

tre M. de Vintzingerode y el príncipe de Schwartzemberg, fue aprobado el 16 de Ju-

Distribucion de las fuerzas de la coalicion.

lio. Convino que 10,000 rusos y algunos miles de albaneses, desembarcados en Nápoles, en tiempo y lugar oportunos prepararian el levantamiento de la Italia inferior, mientras que 100,000 austriacos marcharian sobre la Lombardia; que el grande ejército austriaco apoyado por un ejército ruso de 60,000 hombres lo menos, entrando por la Galitzia, obraria en Baviera; que un ejército de 80,000 rusos se adelantaria hacia la Prusia; que otro ejército ruso, ingles, hannoveriano y sueco se dirigiria sobre el Hannover; y que finalmente los rusos tendrian reservas considerables para llevarlas á donde hubiera necesidad. Los ingleses debian verificar desembarcos en los puntos del imperio francés juzgados mas accesibles, al momento en que la guerra que amenazaba á Napoleon, le hubiera obligado á disolver el ejército de las costas de océano. Tambien se determinó que las tropas destinadas á acudir al socorro del Austria se hallarian prontas á marchar antes del otoño de aquel año, á fin de impedir que Napoleon aprovechase el invierno para destruir al ejército austriaco.

Convino, ademas, que la corte de Viena, continuando su sistema de profundo disimulo, persistiria en negar sus armamentos, á la vez que los efectuase con mas actividad que nunca; y despues, cuando ya no pudiera disimularlos, hablaría de negociar, y emprenderia por ella y por la Rusia, las negociaciones abandonadas por M. de Nowosiltzoff. En este caso, se debia tambien negar toda alianza con la Inglaterra, y manifestar que solo se trataba por cuenta del continente. La falsedad que acompaña por lo comun á la debilidad caracterizaba toda aquella conducta.

La Prusia se hallaba sumida en crueles ansiedades. Presentia, sin penetrarlo completamente, que se habia tomado el partido de hacer la guerra, y se negaba á todo compromiso, diciendo á la Rusia que estaba demasiado expuesta á los golpes de Napoleon, y á Napoleon que le renovaba sus ofrecimientos de alianza, que se

hallaba demasiado expuesta á los golpes de la Rusia.

M. de Zastrow habia vuelto de San Petersburgo, despues de una mision desagradable y sin resultado. Una circunstancia imprevista, por poco acarrea el repentino descubrimiento de la coalicion, y la obligacion para la Prusia de declararse. Desde que un tratado de subsidios concluido entre los ingleses y la Suecia habia asegurado á la coalicion la asistencia de aquel monarca loco, Stralsund se llenaba de tropas. Ya se sabe que esta importante plaza era el último punto de la Suecia en el norte de Alemania. Napoleon habia conocido por ciertas relaciones de los agentes diplomáticos que se preparaba alguna cosa por aquel lado, y habia advertido de ello al Rey de Prusia, diciéndole que cuidase de la neutralidad del norte de Alemania, objeto de todas sus solicitudes; y que por lo que hace á él enviaria, al primer peligro 30,000 hombres mas á Hannover. Estas palabras habian bastado para conmover al Rey de Prusia, quien habia significado al de Suecia cesase sus armamentos en la Pomerania sueca. El Rey de Suecia, sintiéndose apoyado, habia contestado al de Prusia, que él solo era dueño de sus estados, que hacia en ellos los armamentos que juzgaba útiles á su seguridad, y que si la Prusia queria coartar su libertad, contaba con el Rey de Inglaterra y el Emperador de Austria, sus aliados, para hacer respetar la independendencia de sus Estados. No limitando á esto sus baladronadas devolvió al Rey Federico-Guillermo las insignias de las órdenes de Prusia, diciéndole que no queria llevarlas desde que aquel monarca las habia dado al enemigo mas cruel de la Europa.

Este ultraje irritó mucho á Federico-Guillermo, quien, á pesar de su prudencia, hubiera tratado de vengarse, si la Rusia, interviniendo al momento, no hubiera declarado á la Prusia, que el territorio de la Pomerania sueca estaba bajo su proteccion y debia permanecer inviolable. Esta especie de prohibicion, hecha á la Prusia, le dió mucho en que pensar y la humilló cruelmente. Entonces tomó el partido de no replicar, limitándose á despedir al ministro de Suecia, y declarando á Napoleon que no podia responder de los acontecimientos que ocurriesen en Hannover, pero que sin

embargo, salia garante que el territorio prusiano no serviria de camino á un ejército de invasion.

El horizonte se cargaba, pues, por todos lados, y de un modo muy visible al ojo menos previsor. Por todas partes se anunciaban reuniones de tropas en el Frioul, en el Tyrol y en el Austria superior. Ya no se hablaba solo de simples concentraciones de tropas, sino de la organizacion de las armas especiales, lo cual era mucho mas significativo. La remonta de la caballeria, el proveerse á la artilleria de caballos, y su conduccion en trenes numerosos á orillas del Adige, los almacenes considerables que se formaban por todas partes, los puentes que se echaban sobre el Piave y el Tagliamento, y las obras de campaña que se construian en las lagunas de Venecia, todo esto no podia dejar la menor duda. El Austria negaba con una falsedad de la que hay pocos ejemplos en la historia, y solo confesaba que tomaba algunas precauciones en los Estados Venecianos, motivadas por los campamentos de tropas que se formaban en Italia. En cuanto al cambio de las grandes condecoraciones que se le habia pedido se negaba á verificarlo bajo diversos pretextos.

Sobre tal conjunto de circunstancias, tenia Napoleon que tomar un partido en los pocos dias que debía pasar en Fontainebleau y en Saint-Cloud antes de pasar á Boloña. Era menester que se decidiese por el desembarco ó por una marcha aterradora sobre las potencias continentales. El 11 de Julio, dia mismo de su llegada á Fontainebleau, se presentó á él el archicanciller Cambacérés, y al punto empezaron á tratar los grandes negocios del momento. Aquel grave personaje estaba asustado del estado del continente, y de los síntomas notables de una próxima guerra; y miraba, con razon, como la causa cierta de un rompimiento, las reuniones verificadas en Italia: en semejante situacion no comprendia bien fuese prudente que Napoleon dejase la Italia y la Francia expuestas á los golpes de la coalicion para arrojarse sobre la Inglaterra. Napoleon lleno de con-

Precision en que se ve Napoleon de tomar un partido.

Entrevista de Napoleon con el archicanciller Cambacérés en Fontainebleau.

fianza y mirando con afecto apasionado su vasto plan marítimo, cuyo secreto no habia confiado por entero al archicanciller, no se sentia embarazado por ninguna de aquellas objeciones. Según él, nada tenia que ver la Rusia con que hubiese tomado posesion de Génova y de Luca, porque la Italia no tenia que sufrir su influencia, y aquella corte debia conceptuarse feliz de que no se le tomase cuenta de lo que hacia en la Georgia, en Persia y aun en Turquía. Ella se habia dejado comprometer en la politica inglesa; y era claro que se habia coaligado con ella; por lo tanto, M. de Nowosiltzoff no era mas que un comisio- nado inglés, á quien él hubiera recibido como tal. Era evidente que la partida se hallaba entablada entre la Rusia y la Inglaterra, pero nada podian aque- llas dos potencias sin el Austria, sin los ejércitos y sin el territorio de esta potencia, y el Austria, en sumiedo pro- fundo á la Francia, vacilaria algun tiem- po todavía antes de decidirse enteramen- te. En todo caso, no podría alistarse tan pronto que impidiese la expedicion de Inglaterra. Bastaban algunos dias pa- ra ejecutarla, y pasada la mar todas las coaliciones serian destruidas de un gol- pe, y el brazo del Austria levantado contra la Francia caería al instante.— ¡Fiaos en mí, dijo Napoleon al archi- cenciller Cambacérès; fiaos en mi acti- vidad; yo asombraré al mundo con la grandeza y rapidez de mis golpes!

En seguida dió al- gunas órdenes para la Italia y la fron- tera del Rhin. Man- dó á Eugenio que se habia quedado en

Primeros preparati- vos de Napoleon pa- ra el caso en que le sorprenda la guerra continental. Milan, y al general Jourdan que en la parte militar le servia de guia, que co- menzasen á abastecer las plazas, á reunir la artillería de campaña, á comprar ca- ballos de tiro, y á formar parques. Dió las órdenes necesarias para que se apro- ximasen al Adige las tropas que acaba- ban de maniobrar en Marengo y Casti- glione. Hacia algun tiempo que habia formado en los alrededores de Pescara una division de reserva, que apoyase al general Saint-Cyr, en caso de necesidad; y mandó á dicho general que procurase estar siempre informado, y que en cuan- to llegase á su noticia que los rusos ó los ingleses trataban de intentar alguna co-

sa por cualquier punto de las Calabrias, se dirigiese de Tarento al mismo Nápo- les, arrojasen la corte al mar, y se apo- derase del reyno.

Dirigió sobre el Rhin la caballeria que no estaba destinada á embarcarse para la Inglaterra, y mandó tambien há- cia allí los regimientos que no debian formar parte de la expedicion. Tambien encargó con el mayor cuidado que se empezase la formacion de la artilleria de campaña en Metz, Strasburgo y Ma- guncia.

En seguida dió sus últimas disposi- ciones á M. de Talleyrand, respecto á los asuntos diplomáticos. A cada noti- cia que recibiese en confirmacion de los armamentos del Austria, debia instruir á dicha corte, convencerla de su mala fé, y hacerla temblar sobre las conse- cuencias de su conducta. Esta vez ven- dria á tierra, y no se le concederia cuar- tel, si interrumpia la expedicion de In- glaterra. En cuanto á la Prusia, hacia tiempo que se andaba en conferencias con ella acerca del Hannover. Debia apro- vecharse la ocasion para sondearla so- bre si queria aquel Estado que tanto apreciaba, despertando asi su conocida ambicion; y si la deslumbraaba su atrac- tivo ofrecérsele inmediatamente, con la condicion de que concluyese al momen- to una alianza con la Francia, y que se proclamase públicamente. Con seme- jante alianza estaba seguro Napoleon de helar de espanto al Austria, y hacer que permaneciese inmóvil por espacio de muchos años. En todo caso, creia que entre Boloña y Douvres, iba á adelan- tar los negocios mucho mas que pudie- ran hacerlo los mas hábiles y afortunados negociadores.

Urgia el tiempo, todo se hallaba dis- puesto en las costas del océano, y de un momento á otro podia llegar el al- mirante Villeneuve al Ferrol, Brest y la Mancha. El almirante Missiesy habia vuelto á Rochefort, despues de haber re- corrido las Antillas, quitado la Domini- ca á los ingleses, desembarcado tropas, armas y municiones en la Guada- lupe y en la Martinica, hecho muchas presas, y mostrado el pabellon frances en el océano, sin haber sufrido ningun reves. Sin embargo, habia vuelto dema- siado pronto, y como mostrase alguna repugnancia en volver á hacerse á la vela, Napoleon le habia reemplazado

con el capitán Lallemand, oficial excelente, á quien habia obligado á partir antes de que se hallasen reparados los navios, para salir al encuentro de Ville-neuve en las inmediaciones del Ferrol. Terminado todo esto Napoleon se trasladó á Boloña, dejando á MM. Cambacérès y de Talleyrand en París, llevando consigo al mariscal Berthier, y mandando al almirante Decrès que se reuniese á él cuanto antes: y llegó á aquel punto el 3 de Agosto en medio de los arrebatos

Agosto de 1805.

Napoleon se traslada á Boloña.

mos ejercicios, y que creia firmemente que aquella vez iba á ponerse Napoleon á su cabeza, para pasar á Inglaterra.

Revista de 100,000 hombres de infantería á orillas del mar.

del mar. Ocupaba una distancia de mas de tres leguas y presentaba la enorme masa de 100,000 hombres de infantería, formados en una sola linea. Desde que mandaba no habia visto nada que fuese tan magnifico. Por esto, al volver á la

Confianza de Napoleon en el triunfo.

palabras significativas: *Los ingleses no saben lo que les cuelga á la oreja. Si somos dueños de la travesía por espacio de doce horas, la Inglaterra ha fenecido* (1).

Ya tenia reunidos en los cuatro puertos de Ambleteuse, Wimereux, Boloña y Etaples, es decir á la izquierda del cabo Grisnez y al viento de Boloña todos los cuerpos que debian embarcarse en la flotilla. El deseo que tenia de dos años á aquella parte, se veia al fin satisfecho, gracias al cuidado que se habia puesto en estrechar las distancias, y merced á un combate soberbio que habia sostenido la flotilla bátava á las órdenes del almirante Verhuell para doblar el cabo Grisnez á presencia de toda la escuadra inglesa. Dicho combate dado el

18 de Julio (29 de Messidor) algunos dias antes de la llegada de Napoleon, era el de mas entidad que habia sostenido la flotilla contra los ingleses. Varias divisiones de lanchas cañoneras holandesas habian encontrado en el cabo Grisnez 45 velas inglesas, así navios como fragatas, corbetas y bergantines, y las habian combatido con una rara sangre fria,

Combate del almirante Verhuell, en el cabo Grisnez, á la cabeza de la flotilla bátava.

y un éxito completo. El encuentro en el cabo era peligroso, porque en este punto habia mucha profundidad, y los buques ingleses podian combatir de cerca á nuestras frágiles embarcaciones, sin temor de encallar. Mas á pesar de aquella ventaja del enemigo, las lanchas cañoneras se habian sostenido en presencia de sus poderosos adversarios. La artillería que guardaba la playa habia acudido para sostenerlas, y la flotilla de Boloña habia salido para apoyarlas, y en medio de una lluvia de proyectiles el almirante Verhuell, teniendo á su lado al mariscal Davout, habia pasado á medio tiro de cañon de la escuadra inglesa, sin perder un solo buque. Este combate habia formado en el ejército la reputacion del almirante Verhuell, quien era ya muy estimado, y habia llenado de confianza á los 160,000 hombres, soldados y marineros, prontos á atravesar la Mancha en las flotillas francesas y bátava.

Napoleon tenia en la actualidad todo su ejército bajo su mano. En dos horas podian ser embarcados los hombres y los caballos; y en dos mareas, es decir, en veinte y cuatro horas, transportados á Douvres. En cuanto al material hacia mucho tiempo que se hallaba á bordo de los buques.

El ejército reunido en aquel punto y sucesivamente aumentado, presentaba

Fuerza total del ejército.

casi una fuerza de 132,000 combatientes y de 15,000 caballos, además del cuerpo del general Marmont, situado en el Texel, que ascendia á 24,000 soldados, y de los 4,000 hombres de Brest, destinados á embarcarse en la escuadra de Ganteaume.

Los 132,000 hombres que debian pasar en la flotilla y partir de los cuatro puertos de Ambleteuse, Wimereux, Bo-

Composicion y distribucion del ejército.

(1) Carta á M. Decrès del 16 de Thermidor del año XIII, 4 de Agosto de 1805; (archivo de la secretaria de Estado.)

loña y Etaples, estaban distribuidos en seis cuerpos de ejército. La vanguardia, mandada por Lannes, fuerte de 14,000 hombres, y compuesta de la division de Gazan y de los famosos granaderos acampados en Arras, debía embarcarse en Wimereux. Aquellos diez batallones de granaderos, formando por sí solos un cuerpo de 8,000 hombres de la infanteria mas brillante que existia en el mundo, embarcados en una ligera division de peniches, debian tener el honor de desembarcar los primeros en las costas de Inglaterra, bajo el impulso irresistible de Lannes y de Oudinot. Despues, venia el cuerpo de batalla, dividido en ala derecha, centro, y ala izquierda. El ala derecha mandada por Davout, contando 26,000 hombres, y compuesta de las valientes divisiones de Morand (1), Friant y Gudin que se immortalizaron despues en Awerstædt y en otros cien combates, estaba destinada á embarcarse en Ambleteuse, á bordo de la flotilla holandesa. El centro á las órdenes del mariscal Soult, fuerte de 40,000 hombres, distribuidos en cuatro divisiones, á las cabezas de las cuales se hallaban los generales Vandamme, Suchet, Legrand y Saint-Hilaire, debía embarcarse en las cuatro escuadrillas reunidas en Boloña. Finalmente, el ala izquierda, ó campamento de Montreuil estaba mandada por el intrépido Ney; contaba 22,000 hombres, y se componia de tres divisiones, y principalmente de la division de Dupont, que en breve se cubrió de gloria en Albeke, en el puente de Halle y en Friedland. Este cuerpo debía partir de Etaples en dos escuadrillas de la flotilla. Una division escogida de la guardia, fuerte de 3,000 hombres, y á la sazón en marcha, iba á llegar á Boloña para reunirse al cuerpo del centro.

Por último, la sexta subdivision de aquel grande ejército era lo que se llamaba reserva. Su gefe era el principe Luis, y se componia de los dragones y cazadores de á pie, mandados por los generales Klein y Margaron; la caballeria pesada mandada por Nansouty, y una division italiana perfectamente disciplinada, y que no cedia en porte ni aire marcial á las mas brillantes divisiones francesas. Napoleon habia dicho que que-

ria mostrar á los ingleses lo que no habian visto desde César; es decir, á los italianos en su isla, y enseñar á aquellos italianos á estimarse á sí mismos, conduciéndolos á combatir tan bien como los franceses. Dicha reserva que ascendia á 27,000 hombres, colocada á retaguardia de los campamentos, debía venir á ocupar la costa cuando hubiesen partido los cinco primeros cuerpos; y como se suponía, que protegiendo el paso una escuadra, serian por varios dias dueños del estrecho, la flotilla de transporte debía separarse por algunas horas de la de guerra y venir á buscar aquella reserva, asi como á la segunda mitad de los caballos. En efecto, de los 15,000 caballos que se debian transportar, solo podia embarcar la flotilla 8,000 á la vez. Un segundo transporte hubiera conducido los otros 7,000.

Así, pues, ademas de los 24,000 hombres de Marmont, embarcados en la escuadra del Texel, y de los 4,000 embarcados en Brest, Napoleon podia mover directamente una masa de 132,000 hombres, 100,000 de infanteria, 7,000 de caballeria montada, 12,000 de caballeria desmontada, y 13,000 de artilleria (1).

Con este formidable aparato esperaba Napoleon á la escuadra de Villeneuve.

Ya se sabe que este almirante habia partido de Tolon el 30 de Marzo con 11 navios, dos de ellos de 80, y 6 fragatas. Nelson cruzaba hacia Barcelona; y procurando hacer creer que su intencion era fijarse en aquellas aguas, se habia trasladado de pronto al sud de la Cerdeña, esperando, que engañados los franceses con los rumores que habia divulgado, procurarían evitar las costas de España, é irian ellos mismos á encontrarle. La escuadra francesa, salida con un buen viento, é informada de la verdad por un buque raguses hizo rumbo por entre las Baleares

(1) He sacado estos datos del mismo libro de memorias que el Emperador llevaba siempre consigo, el cual está en el archivo del Louvre: solo en él se hallan los verdaderos estados del ejército del océano, los cuales no se encuentran ni en el de la Guerra, ni en el de la Marina. Por lo tanto, todas las obras militares que hablan de esto no han presentado mas que cálculos inexactos en lo relativo á la composicion del ejército.

(1) En aquella época era la division de Bisson.

y Cartagena en cuyo último punto tocó el 7 de Abril, deteniéndose en él un día á causa de la calma que reynaba. Villeneuve invitó al almirante Salcedo á que se uniese á su escuadra, lo que éste no pudo hacer por faltarle órdenes para ello, y en seguida emprendió su rumbo con un viento favorable, presentándose á la entrada del estrecho el 9 de Abril. Al mediodía, se hallaba ya internado en él, formada su escuadra en dos columnas, las fragatas á vanguardia; verificado el zafarrancho de combate en todos los buques, y prontos á entrar en accion. Divisando desde Gibraltar á la escuadra francesa, habian empezado á tocar las campanas y á disparar los cañonazos de alarma, porque no habia en aquel puerto mas que una pequeña division. Aquella misma tarde se presentó Villeneuve á la vista de Cádiz. Advertido por sus señales el capitán del *Aguila* se apresuró á salir de bahia, y el valiente Gravina que no habia descuidado nada para hallarse en estado de darse á la vela, se apresuró á levar anclas á fin de reunirse al almirante frances: pero todavia le faltaban muchas cosas. Los 2,500 españoles que debia transportar á las Antillas aun no se habian embarcado; y se estaba concluyendo la operacion de poner los víveres á bordo. El almirante Gravina hubiera necesitado cuarenta y ocho horas mas, para disponerlo todo, pero Villeneuve estaba exigente, y decia que no aguardaria nada, si inmediatamente no levaban anclas. El almirante frances, aunque se habia repuesto algo de la turbacion que le habia ocasionado su primera salida, estaba perseguido sin cesar por la imagen de Nelson, á quien creia ver siempre á sus alcances.

Llegado Villeneuve con fortuna al frente de Cádiz, se reunió al almirante Gravina.

Gravina, adicto en extremo á los proyectos de Napoleon lo embarcó todo desordenadamente, proponiéndose concluir de arreglarlo en la mar, y salió de Cádiz durante la noche; encallando uno de los buques á causa de la precipitacion de aquella salida.

A eso de las dos de la madrugada, Villeneuve que se habia limitado á fondear con un ancla, aprovechando el viento emprendió su direccion hácia el oeste. El 11 se hallaba en medio del océano, habiéndose escapado de la temible

vigilancia de los ingleses. El 11 y el 12 esperó á los navios españoles, pero solo parecieron dos; y no queriendo perder mas tiempo, siguió su rumbo, contando que se le unirían mas tarde, bien en el camino ó en la misma Martinica, porque cada comandante habia recibido la indicacion de aquel lugar de reunion general. Por lo demas, nadie á excepcion de Villeneuve conocia el gran destino que tenia aquella escuadra.

Villeneuve hubiera debido tranquilizarse y cobrar alguna confianza en sí mismo, porque acababa de vencer las mayores dificultades de su navegacion dejando á Tolon, atravesando el estrecho, y uniéndose á los españoles, todo sin ningun accidente. Pero la vista de sus tripulaciones le llenaba de sentimiento. Hallábalas muy inferiores á los ingleses, y muy inferiores tambien á lo que habian sido los franceses en tiempos de la guerra de América; y esto era natural, pues era la primera vez que salian del puerto. Villeneuve se quejaba no solo del personal sino tambien del material de su escuadra. Tres de sus navios, *el Formidable*, *el Intrépido*, y particularmente *el Atlas* eran de marcha mediana ó mala. Un navio nuevo, *el Pluton*, tenia un herraje tan malo que se quebraba con facilidad; y el almirante Villeneuve, sentia en todo esto una contrariedad excesiva que afectaba su ánimo. Lauriston ayudante de campo del Emperador, procuraba animarle con todos sus esfuerzos, pero en vano. Por lo demas, habia excelentes capitanes, que suplían en lo posible la inexperiencia de las tripulaciones y los defectos del armamento. Villeneuve solo se consolaba al ver el estado de los buques españoles que eran con mucho inferiores á los suyos (1). Entretanto,

(1) Que los navios españoles fueran en extremo inferiores á los ingleses bien lo comprendemos, pero que hubiese tal diferencia comparados con los franceses de aquel tiempo, es cosa que no se concibe lo pueda decir un historiador, que no tiene que contar, cuando habla de la marina francesa, sino solo derrotas. Bien claro mostraron lo que valian ambas marinas en su comportamiento en la batalla de Trafalgar, sobre la cual hablaremos á su tiempo á nuestros lectores, si la parcialidad del autor nos obliga á ello

aunque entorpecida la navegacion por tres navios, lo cual no es extraordinario cuando se navega en escuadra, parecia feliz y continuaba sin accidente.

Engañado Nélson, Error de Nélson acerca de la marcha de nuestra escuadra.

habia buscado en un principio á la escuadra francesa al Sud y al Este del mediterráneo. El 16 de Abril supo que aquella se dirigia hácia el estrecho; mas detenido por los vientos del Oeste hasta el 30, ancló el 10 de Mayo en la bahia de Lagos, y despues de destacar uno de sus navios para escoltar un convoy, entró en el océano el 11 de Mayo para hacer vela hácia las Antillas, á donde suponía se habia dirigido nuestra escuadra.

En dicha época se hallaba Villeneuve con felicidad á la Martinica.

su cerca del fin de su viage, porque el 14 de Mayo llegó á la Martinica despues de seis semanas de navegacion. Al tocar en dicho punto tuvo la satisfaccion de hallar los cuatro navios españoles, separados de la escuadra, que habian llegado casi al mismo tiempo que él. Esta era una gran ventaja, y debió haber contado algo mas con su estrella, que hasta entónces solo le habia proporcionado acontecimientos favorables.

Aquella travesia habia sido muy útil, pues habia dado alguna experiencia á las tripulaciones. Como habian hecho

tiempos bonancibles se habian aprovechado para mejorar el aparejo. Somos, escribia el general Lauriston al Emperador, una tercera parte mas fuertes que en el momento de nuestra salida (1). Una escuadra maniobrera y adiestrada no gana nada en recorrer 1,200 ó 1,500 leguas mas, pero una escuadra que no ha navegado, puede adquirir en semejante travesia la mayor parte de su ins-

truccion, y esto es lo que habia sucedido á la nuestra.

Asustado el almirante Villeneuve de su responsabilidad, y sin apreciar ninguna de las ventajas que acababa de conseguir hallaba que estábamos privados de tantas cualidades, que algunas mejoras obtenidas en la travesia no bastaban á suplir lo que nos faltaba. Cometa la sin razon, como todo hombre cuyo ánimo se halla afectado, de exagerar el mérito del enemigo, y de despreciar el de sus soldados. Decia que con veinte navios franceses ó españoles no queria combatir á catorce ingleses, y usaba semejante lenguaje delante de sus mismos oficiales. Por fortuna, oficiales y marineros, animados de las mejores disposiciones, y conociendo menos que su gefe la insuficiencia en su propio valor deseaban con ansia encontrar al enemigo. El general Lauriston puesto por el Emperador al lado de Villeneuve para animarle y exitarle, llenaba su deber con el mayor zelo, y no obstante, solo contribuia á apesadumbrarle é irritarle por la contradiccion. Gravina, sencillo, sensato y enérgico, pensaba como Villeneuve sobre la calidad de sus navios, y como Lauriston acerca de la necesidad de sacrificarse, y estaba decidido á sufrir una derrota, si era preciso, fuese donde fuese, para secundar los designios de Napoleon.

Una vez libres de los peligros de la travesia, era menester esperar en la Martinica, por espacio de cuarenta dias la llegada de Ganteaume, cuya inmovilidad forzada en Brest á consecuencia de lo bonancible de aquel equinoccio se ignoraba. Villeneuve, llegado el 14 de Mayo, debia, pues permanecer en aquellos parages hasta el 23 de Junio; y veia con sentimiento, que habia tiempo de sobra, para que Nélson le alcanzase, y le bloquease en la Martinica, ó le batiese si queria salir.

(1) «Todos nuestros buques se hallan en buen estado, y en mucho mejor, á mi entender, que cuando salimos de Tolon. Los tiempos bonancibles han dado lugar á componer los aparejos siempre y cuando se ha querido; á pesar de ésto, las cadenas de obengues, y generalmente todos los hierros del Pluton y del Hermione son de tan mala calidad, así como el corde-

„lage, las maderas de los mástiles y las „vergas, que muchos de estos útiles se han „roto.

„Actualmente todo está reparado y firme; los marineros han ganado mucho; y „hay una diferencia manifiesta en la manobra: Somos una tercera parte mas fuertes „que en el momento de nuestra salida” (Carta del general Lauriston al Emperador).

Permanencia forzada de Villeneuve en la Martinica.

cion; y él, como todas las personas cuyo ánimo está agitado hubiera querido moverse. Quejábase de no poder ir á asolar las islas inglesas, lo cual le hubiera sido fácil con una fuerza de veinte navios. Para matar el tiempo se apoderó del fuerte del Diamante que está situado al frente de la Martinica, y que no había tomado el almirante Missiessy con gran sentimiento de Napoleon. Cañoneáronle varios navios, y despues desembarcando con las lanchas algunos centenares de hombres se apoderaron de él. Hubiérase querido completar la ocupacion de la Dominica tomando la Morne de Cabry de la cual había descuidado tambien apoderarse Missiessy; pero aquella posicion, muy defendida por la naturaleza y el arte, exigia un sitio en regla, y no se atrevieron á emprenderle. Villeneuve envió sus fragatas, que eran excelentes y muy veleras, á cruzar en las Antillas, para que hiciesen algunas presas y le procurasen noticias de las escuadras inglesas.

La escuadra de Villeneuve había llevado tropas, y Missiessy tambien; de modo que había 12,000 hombres en las Antillas francesas. Con tal fuerza se hubieran podido ejecutar operaciones importantes, pero no se atrevia á ello por no faltar á Ganteaume. Por lo demas, las islas francesas se hallaban en el mejor estado, provistas de soldados y de municiones, con abundancia de viveres, merced á los corsarios, y animadas ademas del mejor espíritu.

Para ocuparse en algo proyecta Villeneuve una expedicion contra la Barbada, permaneciendo en aquellas regiones, y para impedir tambien la deserccion, á la cual se inclinaban mucho los españoles, se resolvió tentar un golpe de mano en la Barbada; donde los ingleses tenían importantes establecimientos militares. En efecto, allí era donde tenían todos los depósitos de sus tropas coloniales. El general Lauriston llevaba consigo una buena division de 5000 hombres, organizada y equipada con el mayor esmero; y esta fue

Sus órdenes eran aguardar á Ganteaume lo cual implicaba una especie de inac-

a destinada á aquella operacion. El general Lauriston ideó pasar por la Guadalupe para tomar en ella un batallon mas, porque se creia hallar en la Barbada unos 10,000 hombres, mitad de milicias y mitad de tropas de linea. Decidieronse, pues, á partir el 4 de Junio, pero el mismo dia señalado para la partida, llegó el contra-almirante Magon con los dos navios de Rochefort, expedidos por Napoleon para dar la primera noticia del cambio sobrevenido en sus proyectos. Magon venia á decir, que no habiendo podido salir Ganteaume de Brest, era necesario ir á hacer levantar el bloqueo que sufría no solo él, sino tambien la escuadra del Ferrol, y que despues de haberse unido á las escuadras que se hallaban en aquellos puertos, debian trasladarse en masa á la Mancha. No obstante, tambien llevaba la órden de aguardar hasta el 21 de Junio, porque hasta el 21 de Mayo era posible saliese de Brest, y suponiendo un mes para la travesia de Brest á la Martinica, no se podia saber hasta el 21 de Junio si definitivamente no había dado á la vela aquel almirante. Habia, pues, tiempo de insistir en el proyecto sobre la Barbada. Magon tenía á su bordo

Viage de la Martinica á la Barbada.

tropas y municiones; y seguia á la escuadra, fuerte ya de 27 velas, es decir, 14 navios franceses, 6 navios españoles y 7 fragatas. El 6 de Junio se hallaban al frente de la Guadalupe, en donde tomaron un batallon. El 7 llegaron hasta Antigua; el 8 dejaban ya atras aquella isla, que no había cesado de hacer disparos, cuando descubrieron un rico convoy de quince velas, todos buques mercantes cargados de géneros coloniales, y escoltados por solo una corbeta. Al momento hizo el almirante la señal de correr tras de él, siguiendo el *órden de ligereza*, segun la expresion de los marinos; es decir, marchando cada navio lo mejor que pudiera, y tomando el lugar que le señalase su marcha; y antes de concluir el día se había tomado el convoy, que valia de 9 á 10 millones de francos. Algunos pasajeros americanos é italianos dieron noticias de Nelson, á quien suponían llegado á la Barbada, que era justamente

Presencia de un rico convoy.

Noticias de Nelson.

á donde se dirigia la escuadra. Generalmente se decia que tenia una docena de navios, y que se habia unido al almirante Cochrane, que guardaba aquellos mares. Esta noticia produjo en el ánimo del almirante Villeneuve una extraordinaria impresion. Vió á Nélson con 14, 16 y quizas 18 navios, es decir, con una fuerza casi igual á la suya, pronto á darle alcance y á combatirle; y en su consecuencia, formó al punto el proyecto de volver á Europa. Lauriston, al contrario, apoyándose en la asercion de los prisioneros que no daban mas que dos navios á Cochrane, lo cual hacia suponer que Nélson tendria á lo mas 14, sostenia que con 20 se podia combatirle con ventaja, y que

Al saber Villeneuve que Nélson está en las Antillas forma el proyecto de volver á Europa.

fue de este parecer y quiso absolutamente volver á Europa. Tanta prisa tenia que ni aun consintió en volver á las Antillas francesas para devolver las tropas que se habian tomado en ellas. Hubiera sido necesario navegar con el viento que sopla del Este al Oeste, á lo largo de las Antillas, y se hallaban en Antigoa, muy al Oeste de la Martinica; de modo que se hubieran perdido quizá diez dias, exponiéndose á encontrar á los ingleses.

Villeneuve encarga á sus fragatas que desembarquen en las Antillas una parte de las tropas y se unan á la escuadra junto á los Azores.

dándoles la orden de que se reuniesen á la escuadra en las Azores. Pero quedaban todavía unos 4 ó 5,000 hombres en la escuadra, carga muy embarazosa, y al retenerlos se privaba á las colonias de una fuerza sumamente precisa que era muy difícil enviarles desde la metrópoli; uníase á esto el aumentar el número de bocas que habia que mantener, lo cual era de sentir, porque los viveres escaseaban, y apenas habia agua para la travesía. Finalmente, se corria el peligro de faltar á Ganteaume, porque hasta el 21 de Junio no podia saberse de cier-

to si habia dejado á Brest para venir á la Martinica. No hay duda que acertaban al suponer que Ganteaume no habia partido; pero el caso es que lo ignoraban, y por lo tanto era una grave falta dejar aquellos mares. A todas estas objeciones contestaba Villeneuve que si Ganteaume habia partido, debian aplaudirse por ello, pues en este caso no estaria Brest bloqueado; y podrian pasar sin dificultad por delante de aquel puerto para entrar en la Mancha.

Villeneuve se determinó al punto, y haciendo trasbordar á las fragatas el mayor número de tropas posibles las despachó para la Martinica. No queriendo ni embarazarse con el convoy ni perderlo, encargó á otra fragata que lo escoltase hasta una de las islas francesas; y el 10 de Junio hacia ya rumbo hacia Europa. Su resolusion, si bien digna de censura en la teórica, no era mala en el hecho, si hubiera vuelto á la Martinica para desembarcar la tropa que conducia, para proveerse de agua y de viveres, y para adquirir noticias de Europa.

Nélson, á quien tanto temia Villeneuve, habia llegado á la Barbada en los

Marcha de Nélson durante la navegacion de Villeneuve.

primeros dias de Junio, despues de una navegacion extraordinariamente rápida, marchando sin temor con solo 9 navios. Creyendo que los franceses iban á conquistar la Trinidad á favor de los españoles, tomó 2,000 hombres en la Barbada, unió á su escuadra los dos navios del almirante Cochrane, y no deteniéndose, ni para hacer algunos reparos en sus navios, ni para renovar sus provisiones, llegó el 7 al golfo de Paria, en la isla de la Trinidad. Reconociendo en seguida su error, se hizo de nuevo á la vela y llegó el 10 á la Granada; desde donde se dispuso á volver á la Barbada, dejar las tropas que habia tomado, y tornar á Europa con once navios. ¡Qué actividad! ¡qué energia! ¡qué admirable empleo del tiempo! Esta es una nueva prueba que en la guerra, y en la guerra de mar mas que en la de tierra, vale mas la calidad de las fuerzas que la cantidad. ¡Nélson con 11 navios navegaba con confianza en aquella mar donde Villeneuve temblaba con 20 navios, montados, sin embargo, por heroicos marinos!

La escuadra francesa de vuelta á Europa encuentra sus fragatas á la altura de las Azores.

Azores el 30 de Junio halló á sus fragatas que solo habian invertido cuatro dias en desembarcar sus tropas, sin encontrar á los ingleses, lo que probaba que Villeneuve hubiera podido hacer otro tanto sin peligro. Las cuatro fragatas destacadas habian encontrado á la quinta, que escoltaba al convoy capturado, y no pudiendo lograr el conducirlo, se habian decidido á quemarle, lo cual causaba una pérdida de diez millones de francos (unos 38 millones de reales.) Habianse reunido, pues, en las Azores, de nuevo se emprendió la ruta con 20 navios y las 7 fragatas, dirigiéndose hacia la costa de España. Indemnizose la

Presencia de un galeon de Lima, ricamente cargado.

Lima cargado de pesos fuertes por valor de 7 á 8 millones de francos (26 á 30 millones de reales) el cual habia caido en poder de un corsario ingles, al cual se le quitó. Este fue un recurso que en breve vino á ser de mucha utilidad. En los primeros dias de Julio cuando ya no quedaba á la escuadra que recorrer sino unas sesenta leguas para alcanzar el cabo de Finisterre, cambió el viento de pronto, y soplando del Nordeste

La escuadra es combatida por vientos contrarios.

fue enteramente contrario. En su consecuencia se pusieron á bordear para ganar tiempo y no perder terreno; pero obstinándose el viento, fue tal su violencia que varios buques sufrieron averias, perdiendo algunos hasta sus masteleros. Los dos navios partidos de Rochefort con Magon, habian traído consigo las calenturas del departamento del Charenta, y estaban llenos de enfermos. Las tropas que se habian llevado de Europa á América y que volvian de América á Europa, casi nunca sin tocar en tierra, padecian mil dolencias distintas. La tristeza reynaba á bordo de la escuadra; y diez y ocho dias de vientos contrarios la llevaron á su colmo, y contribuyeron á abatir mas el ánimo del almirante Villeneuve. Quería ir

á Cádiz, es decir, al punto opuesto de aquel en que le aguardaba Napoleon, y á donde le llamaban sus instrucciones. El general Lauriston se resistió á ello con todas sus fuerzas, y logró convencerle. Por otra parte, habiendo cambiado el viento el 20 de Julio, la escuadra emprendió de nuevo su rumbo hacia el Ferrol.

El mal tiempo habia causado dos males: el primero, desalentar á la escuadra y á su jefe; y el segundo suministrar noticias de su marcha al almirantazgo ingles. Nelson habia despachado al bergantin *el Curioso* para que llevase á Inglaterra el boletin de sus operaciones. Este bergantin habia apercibido á la escuadra francesa, y aligerando su marcha habia llegado á Portsmouth el 7 de Julio. El 8 remitía sus despachos al almirantazgo, y éste

Retardando el mal tiempo la marcha de la escuadra, la expone á ser apercibida.

sin conocer todavia el objeto de la escuadra francesa, pero imaginando que quizá seria su intento levantar el bloqueo del Ferrol, habia mandado al almirante Sterling, destacado del bloqueo de Brest para observar á Rochefort, que se incorporase con cinco navios á Calder, que cruzaba con su division en las aguas del Cabo de Finisterre. El mucho tiempo transcurrido desde que Napoleon ideó su grande combinacion naval, las diferentes salidas recien verificadas, la partida de Villeneuve, su paso á Cádiz, su incorporacion á Gravina, su vuelta á la Europa, en donde dos escuadras siempre en estado de darse á la vela, la una en Brest y la otra en el Ferrol, parecian aguardar una fuerza suficiente que las desbloquease, todas estas circunstancias habian hecho que los ingleses sospechasen, aunque de un modo vago, una parte de los proyectos de Napoleon. No pensaban precisamente en una reunion de escuadras en la Mancha, pero querian prevenir que los franceses no hiciesen levantar el bloqueo del Ferrol ó de Brest, lo que les parecia probable; y para ello habian aumentado la escuadra de Cornwallis que bloqueaba á Brest hasta el número de 24 navios, 5 de ellos destacados al frente de Rochefort; y á 10

El crucero del almirante Calder al frente del Ferrol es reforzado con cinco navios.

la del Ferrol. Esta última iba á aumentarse hasta 14 ó 15 navios con la incorporación de la escuadra de Rochefort. Cualquier tardanza en un proyecto que exige secreto, es una desgracia; pues se da al enemigo tiempo para pensar, á veces para adivinar á fuerza de pensar, y muy á menudo tambien para recoger indicios que concluyen por instruirle.

El 22 de Julio, marchando la escuadra de Villeneuve en tres columnas con direccion al Ferrol, es decir al Nordeste, con un viento bastante bueno del

Noroeste que recibia transversal, dividió á eso del mediodia 21 velas, entre ellas 15 navios: era la escuadra del almirante Calder, que adelantándose con viento contrario, salia á su encuentro para cortarle el camino del Ferrol. Hallábanse á unas cuarenta leguas de dicho puerto.

Combate naval del Ferrol.

Era imposible dudar que habia que combatir. Villeneuve no pensó en evitar el combate, porque lo que temia era la responsabilidad y de ningun modo el peligro: pero devorado siempre por sus dudas, perdió un tiempo precioso para ponerse en batalla. El general Lauriston, estimulándole sin cesar desde las once de la mañana, le instó para que diese las órdenes oportunas, lo cual no verificó hasta la una; perdiendo así la mejor parte del día, pérdida que en breve, hubo que sentir. Los navios de las dos escuadras combinadas invirtieron dos horas en for-

marse en batalla; y línea de batalla de las dos escuadras.

tarde se hallaron los veinte navios franceses y españoles formados en una sola linea regular; ocupando los españoles la cabeza de la columna, y Magon la cola con la division de Rochefort y varias fragatas. El almirante ingles Calder, con 15 navios, muchos de ellos de 100 cañones, mientras que los mayores nuestros no eran mas que de 80, se puso á su vez en orden de batalla, y formó una larga linea paralela á la nuestra, pero corriendo en sentido contrario. Los ingleses se dirigian hácia el Sudoeste, y nosotros hácia el Nordeste; soplando el viento por el Noroeste ambas escuadras le recibian transversal. Desfilando paralelamente la

una á la otra y en direcciones opuestas, en breve se hubieran separado del todo, pero Calder replegó la cabeza de la suya sobre la cola de la nuestra para envolverla. Villeneuve, á quien el peligro devolvía la resolucion de un hombre de valor, conociendo que el almirante ingles siguiendo una táctica muy repetida en este siglo, queria envolver nuestra retaguardia para ponerla entre dos fuegos, imitó la maniobra de su enemigo, y virando en redondo sacó la cola de su columna, y vino á presentar la cabeza á la de la columna enemiga. Encontrándose las dos escuadras en este doble movimiento, el primer navio español *el Argonauta*, montado por el almirante Gravina se halló empenado con el primer navio ingles *el Heroe*. Continuando su marcha ingleses y franceses, en breve vinieron á las manos en toda la extension de la linea. Pero siendo la escuadra inglesa menos numerosa que la nuestra, el fuego no se extendió de nuestro lado sino hasta el navio trece ó catorce. Nuestra retaguardia, sin enemigos al frente, y recibiendo apenas algunas balas perdidas, podia emplearse en alguna maniobra decisiva. Por desgracia, una espesa niebla, que ocupaba algunos centenares de leguas, porque hasta se distinguió en

Calder para envolver nuestra retaguardia ejecuta una maniobra, que queda burlada por un movimiento de Villeneuve.

Una espesa niebla envuelve á las dos escuadras y reduce el combate á un cañoneo de navio á navio.

Brest, cubrió las dos escuadras hasta el punto que el navio almirante dudó por un momento si tenia al enemigo á babor ó á estribor. Cada buque no veia mas que al buque que tenia delante, y no combatia á otro. Oíase un fuego vivo y continuo, pero no precipitado. Los franceses y los españoles se batian con orden y sangre fria á pesar de su inexperiencia. Nuestras tripulaciones no habian adquirido aun la precision de punteria que las distingue hoy: no obstante en aquella especie de duelo de navio á navio, los ingleses sufrían tanto como nosotros; y si nuestra retaguardia, que no tenia ningun enemigo que combatir, hubiera podido descubrir lo que pasaba, y replegándose sobre la linea inglesa hubiera puesto una parte de ella

entre dos fuegos, era segura la victoria. Villeneuve, no descubriendo nada á causa de la niebla, no podía dar las órdenes oportunas; y si bien es cierto, que Magoa le habia hecho saber que se hallaba en inacción, no habiendo sido transmitido su aviso sino por las fragatas, á causa del estado de la atmósfera habia llegado tarde, y no habia hecho que tomase determinación alguna el almirante frances, quien despues de un momento de decision al principio de la batalla, habia vuelto á caer en su ordinaria incertidumbre, temiendo al obrar en la obscuridad hacer movimientos equivocados. Todo lo que se atrevió á hacer fue combatir con valor con su navio almirante.

Despues de un largo cañoneo, se halló tan maltratado el navio ingles *Wind-*

sor, que una fragata tuvo que retirarle del combate para impedir que cayese en nuestro poder. Otros buques ingleses habian experimentado grandes averias. Los navios franceses, al contrario, se portaron con valentia, y tuvieron la fortuna de no experimentar grandes daños. Nuestros aliados los españoles que componian la cabeza de la linea de batalla,

habian sufrido mucho mas, sin que fuese por falta suya. Sus tres navios la

España, el *Firme* (1) y el *San Rafael*, que eran los que se hallaban mas próximos á nosotros, estaban en un estado peligroso; principalmente el *Firme* que habia perdido dos masteleros. Como el viento nos impulsaba hácia los ingleses, no pudiendo maniobrar aquellos navios, cada vez se hallaban mas al alcance del enemigo. Viendo esto el valiente capitán del *Pluton* M.

de Cosmao, que era el que se hallaba mas cerca de los españoles, salió de la linea y se adelantó

para cubrir con su navio á los navios españoles desamparados. El primero de

estos tres navios el *San Rafael*, buque de una marcha muy pesada, habia imaginado dejarse deslizar entre las dos lineas hácia la retaguardia en la esperanza de salvarse con este movimiento. El *Firme*, mas maltratado, fue defendido en vano por M. de Cosmao, quien no pudo impedirle cediese al viento, y fuese á parar en medio de los ingleses. Pero M. de Cosmao logró salvar el navio la *España*, el cual, gracias á sus esfuerzos, logró permanecer en la linea. A las seis de la tarde, se despejó un poco la atmósfera, y permitió ver aquel espectáculo al almirante Villeneuve. Veíase al *San Rafael* correr hácia la retaguardia, y al *Firme* rodeado ya de enemigos, yéndose poco á poco hácia la escuadra inglesa. Como se combatia desde lejos quedaba bastante espacio entre las dos escuadras para avanzar mas, y por este movimiento de nuestra linea hacer entrar en su puesto á los navios desamparados. El general Lauriston que acompañaba siempre á

Villeneuve, y oía á los oficiales de la escuadra proponer aquella maniobra, le aconsejó hiciese la señal de *dejar arribar* todos juntos, es decir, de ceder al

viento, el cual conduciéndolos hácia los ingleses les hubiera permitido reunirse á los dos navios comprometidos y entrarlos en linea. Por medio de esta maniobra se hubieran aproximado mas al enemigo, y éste, maltratado é inferior en número, hubiera probablemente retrocedido ante aquel movimiento ofensivo. Villeneuve, viendo mal lo que acontecia á causa de la niebla, temiendo perder su orden de batalla y correr nuevos peligros, prefirió la pérdida de dos navios al riesgo de empeñar de nuevo la accion; y por lo tanto, se negó á dar la orden que se solicitaba por todas partes. En aquel momento era ya casi de noche y el fuego habia cesado; retirándose los ingleses llevando á remolque dos de sus navios que habian sufrido grandes averias por el fuego, y los dos españoles que le abandonábamos por nuestra falta.

Respecto á nosotros habiamos sufrido poco (1); y las tripulaciones de todos

(1) El autor le llama *San Firme* copiando sin duda el nombre equivocado que le darian los partes franceses.

los navios se hallaban dispuestas á emprender de nuevo el combate, creyéndose vencedoras al ver que el campo de batalla quedaba por nosotros. Ignorábase en la escuadra la pérdida de los dos navios españoles.

Durante toda la noche se vió á los navios ingleses con faroles en sus popas, situados á lo lejos á sotavento, y trabajando en reparar sus averías.

Por nuestra parte se hacia otro tanto: al nacer el dia se distinguió claramente la situacion de las dos escuadras. Los ingleses iban en retirada, pero se llevaban consigo dos navios españoles. A su vista se extendió el dolor y la exasperacion á bordo de nuestros buques, y todos solicitaron combatir y dar una accion decisiva. El viento, que era el mismo de la víspera nos llevaba hácia los ingleses. Si en aquel

Los franceses y los españoles solicitan perseguir al enemigo.

sufrido los navios franceses, y que sin embargo habian hecho gran daño á los ingleses; y algo antes ha confesado que los franceses eran muy inferiores en la punteria á sus enemigos: dígasenos, pues, cómo marinos inferiores en la maniobra y en el uso de la artilleria podian hacer gran daño sin recibirlo ellos. Verdaderamente que tan mezquinas contradicciones son mas propias de narradores vulgares copiando partes militares, que de un historiador distinguido que debe pesar todos los hechos para darlos en su justo valor. La narracion de este combate está desfigurada en unos puntos, exagerada en otros, y falta por lo tanto de exactitud: lo que seguramente aconteció en él, fue lo siguiente: los únicos navios que se encontraron mas empeñados en el combate por estar á la cabeza de la columna y caer muy cerca de los ingleses fueron los españoles, y por lo tanto ellos solos fueron los que recibieron y pudieron hacer algun daño; los navios franceses se cañoneaban á gran distancia como se desprende de lo que Mr. Thiers no puede menos de confesar en su relato aunque con poca claridad, y por consiguiente recibieron poco daño, no obstante de la pericia y certeza de los artilleros ingleses; pero ellos pudieron hacer aun menos daño del que recibian, pues como confiesa el historiador no eran nada certeros en sus fuegos. En cuanto al indigno abandono de los navios españoles desmantelados, causó gran irritacion en España, y es seguramente uno de los mas feos borrones de la marina francesa de aquel tiempo.

(Nota del Traductor.)

momento hubiera hecho Villeneuve la señal de correr tras el enemigo, sin otro orden de batalla que el de *ligereza*, de los diez y ocho navios que nos quedaban, catorce, cuya marcha era igual, hubieran llegado á un tiempo para combatir á los ingleses; los cuatro restantes lo hubieran verificado poco despues, y ciertamente hubiera estado por nosotros la ventaja del combate. Instigado Villeneuve por el clamor de todos los oficiales, mandó, al fin, aquel movimiento, y pasó con Lauriston á bordo de la fragata *Hortensia* para dar á la voz sus órdenes á cada gefe de division. El *Argonauta*, navio almirante español, tenia quebrada la verga de gavia y pidió tiempo para repararla. Villeneuve quiso aguardarle, y esto le detuvo hasta el mediodia. Entonces empezó la persecucion; pero el viento habia cedido, y vió á los ingleses separarse cada vez mas de él, sin lograr darles alcance, ni aun á fuerza de vela. Pensando que no los alcanzaria hasta la noche; lo dejó para el dia siguiente, á fin de combatir de dia; pero llegado éste, sopló el viento al Nordeste; es decir, en direccion enteramente contraria. Los ingleses estaban al barlovento y era difícil darles alcance: ademas, Villeneuve tenia una buena razon para detenerse. No solo se alejaba del Ferrol, sino que se exponia á encontrar á los ingleses reforzados; y por dos navios se arriesgaba á faltar á su principal objeto que era el levantar el bloqueo del Ferrol, y continuar la operacion que le estaba cometida.

Asi concluyó aquel

combate que hubiera podido pasar por una victoria sin la pérdida de los dos navios españoles.

Sin la pérdida de los dos navios españoles podia considerarse el combate como ganado.

Las tripulaciones se habian batido bien á pesar de su inexperiencia; pero por una parte la niebla que habia venido á unirse á las irresoluciones naturales del almirante Villeneuve, y por otra su exagerada desconfianza de sí mismo y de sus marineros, habian paralizado los recursos de que disponia, é impedido que aquel encuentro no hubiese dado por resultado un triunfo brillante. En esta ocasion, como en muchos otros combates navales, una ala de nuestra es-

cuadra no había acudido al socorro de la otra, pero no por falta de dicha ala, porque el contra-almirante Magon no era hombre, que permanecia alejado voluntariamente del fuego. En el primer momento que se siguió á la batalla, Villeneuve se conceptuaba casi feliz por haber encontrado á los ingleses sin sufrir una derrota; pero concluida la accion, y entregado á sí mismo, su desaliento y tristeza acostumbradas se cambiaron en un profundo dolor. Vióse expuesto á la censura de Napoleon y á la de la opinion pública, por haber perdido dos navios combatiendo con veinte contra quince; y creyéndose deshonrado, cayó en una especie de abatimiento próximo á la desesperacion. El severo juicio que formaban sus tripulaciones, quejándose en voz alta de su irresolucion, y exaltando la valentia y la

Abatimiento de Villeneuve, al juzgarse á sí mismo con mas severidad que la que merecia.

decision del almirante Gravina, le destrozaban el alma. Para colmo de desgracia, el viento que durante dos dias habia sido favorable, se volvió contrario: á los enfermos, cuyo número se habia aumentado se tenian que agregar los heridos. Faltaban viveres frescos que daries, y no habia agua

Villeneuve arriba á Vigo. sino para cinco ó seis dias. En tal estado, quiso Villeneuve dirigirse de nuevo á Cádiz, pero habiéndose opuesto Lauriston convinieron al fin, y la escuadra llegó de arribada á Vigo.

Este puerto era poco seguro, y, por otra parte, no presentaba grandes recursos; sin embargo, se hallaron en él los medios de socorrer á los enfermos y á los heridos. Tres navios, uno francés el *Atlas*, y dos españoles la *América* y la *España*, eran tan poco veleros que no podian marchar en escuadra; y Villeneuve tomó el partido de dejarlos en Vigo; haciéndose del *Atlas* un hospital, en el cual se depositaron los enfermos y los heridos. El general Lauriston, llevaba consigo para su division el material necesario para un botiquin; y se empleó en socorro de los marinos dejados en Vigo. El dinero del galeon español sirvió para procurarse todo lo que la escuadra necesitaba. Se la proveyó de viveres frescos, y de agua para un mes, se pagó á toda la escuadra, y habiendo reanimado

un poco los ánimos, lo que no es difícil teniendo soldados de un temperamento vivo, se hizo de nuevo á la vela despues de cinco dias de permanencia, lo cual habia sido de mucha utilidad. El viento no era malo, y la escuadra se dirigió de Vigo hasta la altura del Ferrol, y el 2 de Agosto entró en la rada abierta que separa el Ferrol de la Coruña.

En el mismo instante en que apareció la escuadra, los Agentes consulares situados en la costa por orden de Napoleon, comunicaron al almirante Villeneuve las órdenes que le estaban destinadas. Dichas órdenes le prescribian no entrase en el Ferrol, del cual no se sale con facilidad; sino que tomase apenas el tiempo necesario para incorporar á su escuadra las dos divisiones que le aguardaban, y siguiése su viage para Brest. Villeneuve transmitió aquella orden á Gravina, pero éste se hallaba ya comprometido en el paso, y no pudiendo retroceder, entró, y una parte de la escuadra con él. La otra, obedeciendo á Villeneuve se detuvo frente á frente, es decir, en la Coruña.

Esta separacion ponía tres ó cuatro leguas de distancia entre las dos escuadras: y el gran mal que de esto podia resultar era una pérdida de dos ó tres dias para volver á salir; pérdida que hubiera sido muy sensible con un almirante, que no hubiera perdido tan á menudo los dias; pero de la cual podian consolarse tratándose de Villeneuve.

Este almirante halló en la Coruña las órdenes apremiantes de Napoleon, sus animosas palabras y sus magnificas promesas, y tambien las cartas de confianza del ministro Décrès, su amigo de infancia. El Emperador y el ministro le instaban á que no se detuviese un instante; que pasase inmediatamente á Brest, y que combatiесе á Cornwallis hasta dejarse destruir, si era preciso, con tal que Ganteaume lograse salir sano y salvo, y unir á su escuadra los restos de la que le desbloquease. Todas estas noticias animaron

Despues de cinco dias de arribada en Vigo, la escuadra hace rumbo hácia la Coruña.

Entra en el Ferrol el 2 de Agosto.

Las cartas de Napoleon que recibe Villeneuve en la Coruña, le animan algo.

por un momento á Villeneuve. La poca importancia que daba Napoleon á sacrificar los navios, con tal que llegase una escuadra á la Mancha, era suficiente para tranquilizarle; y si hubiera comprendido su mision, mas bien debia haber quedado satisfecho que apesadumbrado. Despues de todo, si bien es verdad que habia perdido dos navios en el último combate, habia llegado al Ferrol sano y salvo, librándose de los cruceros enemigos, y engañando las precauciones del almirantazgo ingles. De los dos almirantes ingles y frances, el mas maltratado por la fortuna habia sido Calder y no Villeneuve, porque este habia alcanzado su objeto y Calder habia visto frustrarse el suyo. Dejando aparte los 2 navios perdidos y los 3 que se habian quedado en Vigo se hallaba Villeneuve al frente de 29 navios franceses y españoles reunidos en el Ferrol, número que podia aumentarse de un momento á otro hasta 34, con la division de Lallemand, y bastante numeroso para hacer levantar el bloqueo de Brest. Asi lo juzgaron pocos dias despues el mismo almirantazgo ingles y Napoleon: el almirantazgo mandaba comparecer al almirante Calder ante un consejo de guerra, y Napoleon tributaba públicamente los mayores elogios á Villeneuve, por haber cumplido, decia, el objeto de su mision, aunque habian quedado dos navios en poder del enemigo.

¿Qué temor podia, pues, concebir por su responsabilidad un oficial, á quien un dueño poderoso que disponia de la reputacion y de la fortuna de sus generales, le decia sin cesar: Dejaos bafir y aun destruir, con tal que por vuestros esfuerzos quede libre el puerto de Brest? — Pero no parece sino que una especie de fatalidad seguia los pasos de aquel desgraciado marino para conducirle de pesar en pesar á lo mismo que queria evitar; es decir, á un gran combate perdido, y perdido sin que alcanzase el solo resultado que queria Napoleon; es decir, que se hallase en la Mancha siquiera por veinte y cuatro horas.

Sin embargo, sintió algun consuelo al ver á la division del contra-almirante Gourdon, que habia navegado mucho, antes de hallarse bloqueada en el Ferrol, y que reparada y completada con el mayor cuidado merecia que se con-

fiase en ella. Con no menos satisfaccion vió tambien á los nueve navios españoles, equipados por el señor de Grandallana, y superiores en mucho á los del almirante Gravina, porque se habia invertido en armarlos y equiparlos el tiempo que faltó á los que habian salido de Cádiz. «Ojalá, escribia Villeneuve, comparando la division del Ferrol á la de Cádiz, ojalá que nunca la escuadra española (á excepcion del *Argonauta*) ni el navio frances *Atlas* hubiesen formado parte de mi escuadra. Esos navios solo son buenos para comprometerlo todo; asi como lo han hecho siempre. Ellos son los que nos han conducido á la última de las desgracias!»

Este lenguaje muestra hasta qué punto se hallaba afectada el alma de Villeneuve, pues calificaba como la última de las desgracias una campaña que hasta entonces le conducia al objeto indicado por Napoleon, y que hasta le valia los elogios de aquel dueño tan difícil de contentar.

En estos momentos no pensaba Villeneuve en otra cosa sino en lo que le aguardaba al salir del Ferrol. Suponia que Calder iba á presentarse de nuevo unido á Nélson ó á Cornwallis, y que tendria que dar un nuevo combate, en el que acaso quedaria destruido. En efecto, sabia por cartas

de Cádiz que Nélson se hallaba de vuelta en Europa, y que habia estado en Gibraltar, pero que

Falsas noticias respecto á Nélson que inquietan profundamente el ánimo de Villeneuve.

de nuevo habia dado á la vela para el Océano á fin de reunirse, ó á Calder al frente del Ferrol, ó á Cornwallis al frente de Brest. La verdad es que Nélson marchando siempre con una rapidez prodigiosa, habia llegado á Gibraltar á fines de Julio, justamente en la época en que tenia lugar el combate entre Calder y Villeneuve; que habia vuelto á pasar el Estrecho; que á la sazón luchaba contra los vientos contrarios para ganar el canal de la Mancha; que solo tenia once navios; que aun no se habia incorporado ni á Calder ni á Cornwallis, y que su ánimo, despues de dos años de continua navegacion, era descansar un momento para abastecer á su division agotada y fatigada. Villeneuve ignoraba aquellos hechos; pero conocia sus órdenes, fáciles de ejecutar para un

hombre animoso, porque no se le mandaba que venciese, sino el combatir hasta la muerte para levantar el bloqueo de Brest. Si al frente de Brest era secundado por Ganteaume, no era probable que combatiendo con 50 ó 55 navios contra 20 ó 25 se perdiese la batalla. Si, al contrario, las circunstancias del mar impedían á Ganteaume tomar parte en la accion, combatiendo Villeneuve á todo trance hasta dejarse destruir, debía poner á Cornwallis en la imposibilidad de permanecer en la mar y continuarel bloqueo; y Ganteaume uniendo á su escuadra completa los restos de una escuadra gloriosamente vencida, podia aun dominar la Mancha durante algunos dias; y esto era todo lo que Napoleon exigia de sus almirantes.

Por desgracia, Villeneuve habia tocado en tierra, y los navios que habian combatido procuraban repararse. Si estos se hubieran visto obligados á permanecer en alta mar habrian navegado todavia un mes ó dos, pero teniendo á manos un gran arsenal todos querian reparar alguna averia. Tomáronse palos de respeto, se compuso el aparejo, se hizo provision de agua, se trasladaron viveres de los navios que tenian de mas á los que tenian de menos; y finalmente se proveyó la escuadra de todo para cuarenta y cinco dias. Las órdenes de Napoleon en que mandaba hubiese en cada

Villeneuve se dispone á dejar el Ferrol el 10 de Agosto.

puerto dos ó tres millones de raciones de galleta, no habian podido cumplir-

se en el Ferrol, á causa de la escasez que habia en España; pero debian hallarse en Brest, en Cherburgo y en Boloña. Por otra parte, cuarenta y cinco dias bastaban para el objeto. Por último, Villeneuve se dispuso á levar anclas el 10 de Agosto, y se situó fuera de la Coruña en la bahia de Arés, esperando que Gravina y la segunda division española saliesen del Ferrol, lo que no era fácil á causa del viento. Allí aguardó tres dias, los que empleó en atormentarse, segun se deduce por lo que escribia al ministro Decrès: «Me hacen el árbitro de los mayores intereses, y mi desesperacion se aumenta al paso que mas pruebas de confianza se me dan, porque no puedo aspirar á ningun triunfo, cualquiera que sea el partido que tome. Estoy convencido que los mari-

nos de Francia y de España no pueden presentarse en grandes escuadras.... Disiones de tres, cuatro ó cinco navios á lo mas, es lo único que nos ballemos en estado de mandar. Que salga Ganteaume y lo verá; y asi se fijará la opinion pública.

«Voy á partir, pero no sé lo que haré. A la vista de la costa y á unas ocho leguas de distancia, hay ocho navios. Estos nos seguirán, yo no podré darles alcance, y ellos irán á incorporarse á las escuadras que se hallan al frente de Brest ó de Cadiz, segun me dirija yo á uno ó á otro de aquellos dos puertos. Mucho será que al salir de aqui con 29 navios, no se crea que puedo luchar contra un número aproximado de buques; pero no temo deciros á vos que sentiria mucho encontrar á veinte. Tenemos una táctica naval muy anticuada; solo sabemos ponernos en línea, y esto es justamente lo que quiere el enemigo.... No tengo ni medio ni tiempo de adoptar otra con los comandantes á quienes se han confiado los navios de las dos marinas. ... Yo preveia todo esto antes de salir de Tolón; pero habia procurado hacerme ilusiones, que se desvanecieron el dia en que vi los navios españoles que se unieron á mi escuadra.... entonces, fue preciso desesperar de todo.... (1)»

En el momento de partir, las calenturas invadieron de nuevo los navios procedentes de Rochefort, el Algeciras y el Aquiles: otros navios españoles se habian aboradado al salir del Ferrol, rompiéndose algunos juanetes de baupres y desgarrándose algunas velas. Todos estos accidentes, muy pequeños en si, uniéndose á las contrariedades que ya habia

(1) Singular dicho en jefe tan inepto que él mismo no podia menos de confesarlo. Seguramente no nos ciega tanto el amor propio, que creamos que nuestra marina valia gran cosa, pero valia mas la francesa? ¿Qué daño le habian causado á Villeneuve los navios españoles? ¿Lo habia sido el empeñarlos y darlos como cebo al fuego de los ingleses en el combate del Ferrol, mientras él se mantenía á distancia no peligrosa? ¿lo habia sido el dejarlos abandonados que cayesen en poder del enemigo, cuando era posible evitar su pérdida con solo adelantar su línea? ¿A qué miserables subterfugios recurre la nulidad para encubrir sus vergonzosas torpezas!

(Nota del Traductor.)

experimentado Villeneuve concluyeron por reducirle á la desesperacion. Próximo á dar á la vela comunicó sus órdenes al capitán Lallemand. Este, con una excelente division de 5 navios y varias fragatas debia llegar á Vigo el 15 ó el 16 de Agosto. Hubiera bastado á Villeneuve trasladarse á este punto para incorporar dicha division á su escuadra, y procurarse por este medio un aumento considerable de fuerzas; pero no atreviéndose á moverse por miedo de encontrar á Nelson, envió un oficial al capitán Lallemand, con orden para que este se dirigiese á Brest, sin estar él seguro de que llegaría á dicho punto; y exponiendo así á perecer aquella division si llegaba sola. Al mismo tiempo escribió al almirante

Villeneuve deja el Ferrol escribiendo á Decrès que se dirigiese á Cádiz, y permitiendo que se escribiera al Emperador que se dirigiese á Brest.

bien que á Brest. A Lauriston, cuya importante presencia le recordaba al Emperador, le dijo que se haría rumbo hacia Brest. Lauriston, afligido de verle en tal estado, pero satisfecho de su resolucion, despachó del Ferrol un correo para el Emperador, participándole que al fin iban á Brest y de Brest á la Mancha.

En medio de aquellas lamentables ansiedades se alejó Villeneuve de la Coruña, y perdió de vista la tierra el día 14. Para colmo de desgracia, el viento de nordeste, que soplabá con bastante fuerza, no era el mas á propósito para dirigirla á su destino principal. ¡Triste consecuencia del desaliento, que muy á menudo nos hace desperdiciar los mas bellos favores de la fortuna! En aquel instante, Calder y Nelson no se hallaban reunidos cerca del Ferrol como temia Villeneuve. Nelson, después de haber bus-

Circunstancia feliz que la fortuna presentaba en aquel momento á Villeneuve y que hubiera podido aprovechar.

del nordeste, que soplabá á la sazón, y por último se había unido á Cornwallis al frente de Brest el mismo día 14 en que la escuadra francesa salía del

Decrès un despacho, en el cual manifestando á fondo las angustias de su alma, dejaba entrever la disposicion en que se hallaba de dirigirse á Cádiz mas

Ferrol. En seguida dejando á Cornwallis el corto número de sus buques que todavía podían sostenerse en la mar, se había dirigido con los otros á Portsmouth para repararse, en cuyo puerto tocó el 18 de Agosto. Calder, por su parte, después del combate del Ferrol se había unido á Cornwallis con su maltratada escuadra, dirigiendo á los puertos de la Mancha una parte de sus navios para que se reparasen. Inmediatamente le había formado Cornwallis otra division de 17 ó 18 navios, enviándole de nuevo ante el Ferrol, y conservando á lo mas 18 navios para bloquear á Brest. Calder volvía, pues, é iba á hallar evacuado el Ferrol. Si Villeneuve recobrando alguna confianza, incorporaba á su escuadra en Vigo la division de Lallemand y se dirigía á la Mancha por alta mar, se cruzaba sin encontrarle con Calder, que venía á bloquear el Ferrol vacío; sorprendía á Cornwallis, separado de Nelson y de Calder, y con solo 18 ó 20 navios á lo mas, y le acometía con 35 sin contar los 21 de Ganteaume. ¡Qué ocasion le hacía perder el abatimiento de su alma! Por lo demás, el general Lauriston le abrumaba con sus vivas instancias, y ¡bastaba alguna variacion en los vientos y en el abatido ánimo de Villeneuve para que todavía pudiese cumplirse la grande idea de Napoleon!

Con dificultad podrá figurarse la impaciencia que devoraba á Napoleon en la playa de Boloña, esperando

Napoleon aguarda por largo tiempo en la playa de Boloña.

á cada instante la aparicion de sus escuadras, y la ocasion tan deseada de invadir á la Inglaterra. Todo se hallaba ya á bordo de las divisiones de la flotilla, desde el Texel hasta Etaples. En el Texel hacia varias semanas se hallaban embarcados los caballos de la artilleria y de la caballeria; las tropas sin excepcion, estaban tambien á bordo, y la escuadra de línea,

Embarco de toda la escuadra.

encargada de escoltar el convoy solo aguardaba la señal de levar anclas. En los cuatro puertos de Ambleteuse, Wimerex, Boloña y Etaples, mas de una vez se había hecho tomar las armas á los 130,000 hombres destinados á hacer la travesia en los barcos chatos; se les había conducido á los muelles, y se había hecho que todos ocupasen su lugar

en cada buque; conociéndose así el tiempo que se necesitaba para aquella operación. En Ambleteuse se habían embarcado todas las tropas del cuerpo de Davout en hora y cuarto, y los caballos en hora y media; y lo mismo había sucedido en Etaples y en Boloña, teniendo en cuenta la debida proporcion de hombres y de caballos.

Todo se hallaba, pues, listo, cuando Napoleon recibió, al fin, la noticia del combate del Ferrol, la arribada á Vigo y la entrada en la Coruña. Por mucho disgusto que le causase el estado moral de Villeneuve, y por muy severamente que lo juzgase, quedó, sin embargo, satisfecho del resultado total, y por sus órdenes todos los periódicos insertaron la relacion del combate naval con las reflexiones mas lisonjeras para Villeneuve y para las dos escuadras combinadas. Los dos navios perdidos no le parecian mas que un accidente que debía atribuirse á la niebla, accidente sensible sin duda, pero de ninguna importancia en vista del resultado obtenido, cual era la entrada en Vigo y la union de las dos escuadras (1).

(1) He aqui las cartas que con este motivo escribió al almirante Villeneuve y á su ayudante de campo Lauriston.

Boloña 25 de Thermidor del año XIII
(13 de Agosto de 1805.)

Al almirante Villeneuve.

Señor vice-almirante: he visto con placer, por el combate del 3 de Thermidor que varios de mis navios se han portado con la valentia que era de esperar. Estoy contento de la buena maniobra que mandásteis al principio de la accion, y la cual destruyó los proyectos del enemigo. Hubiera sido de desear que hubiéseis empleado el gran número de vuestras fragatas en socorrer á los navios españoles, que siendo los primeros en la accion debian tener mas necesidad de ayuda. Tambien hubiera deseado igualmente, que al día siguiente del combate no hubiéseis dado tiempo al enemigo para que pudiese en seguridad sus navios el *Windsord-Castle* y el *Malta*, y los dos navios españoles, que estando desarbolados hacian su marcha embarazosa y pesada. Esto hubiera dado á mis armas el brillo de una gran victoria. La lentitud de aquella maniobra dejó tiempo á los ingleses para enviarlos á sus puertos. Pero estoy inclinado á creer que la victoria ha quedado por

Ya no dudaba que Villeneuve haria todo lo posible para presentarse en Brest. Ganteaume estaba en Bertheaume; es decir, fuera de la

Esperanzas de Napoleon al saber la union de las escuadras del Ferrol.

nuestras armas, pues habeis entrado en la Coruña. Espero que este despacho no os encontrará en ella; que habeis rechazado el crucero para uniros al capitan Lallemand; arrollad cuanto se encuentre á vuestro paso, y venid á la Mancha, en cuyas costas os aguardamos con ansiedad. Si aun no lo habeis hecho, no perdaís tiempo: marchad atrevidamente en busca del enemigo. El orden de batalla que me parece preferible, es mezclar los navios españoles con los franceses, y poner á retaguardia de cada navio español fragatas que le socorran en el combate, y utilizar así el gran número de fragatas que teneis. Todavía podeis aumentarle con la *Guerrera* y la *Revancha*, á bordo de las cuales puede pasar la tripulacion del *Atlas*; con tal que esto no retarde vuestras operaciones. En este momento teneis á vuestras órdenes diez y ocho navios franceses y diez ó doce españoles. Mi intencion es, que en cualquiera parte que se presente el enemigo con menos de veinte y cuatro navios le ataqueis.

Habiendo regresado la fragata *Presidente* y varias otras, que mandé en busca vuestra á la Martinica y á la Guadalupe, he sabido por ellas, que en vez de haber desembarcado en aquellas dos islas las tropas que iban á bordo de la escuadra, se encuentran con menos fuerza que antes. Sin embargo, Nelson no tenia mas que nueve navios. Los ingleses no son tan numerosos como lo pensais; y en todas partes están sus pensamientos, sin saber qué hacer. Si os presentais por aquí y permanecis tres días, ó siquiera veinte y cuatro horás, quedará cumplida vuestra mision. Prevenid al almirante Ganteaume por medio de un correo extraordinario el momento de vuestra partida. Finalmente, no olvideis que jamas una escuadra habrá corrido algunos peligros por alcanzar un objeto de mas importancia, y que nunca nuestros soldados, así de tierra como de mar, habrán vertido su sangre por un resultado mas grande y mas noble. Para el grande objeto de favorecer un desembarco en las costas de esa potencia que hace seis siglos oprime á la Francia, todos debemos morir sin sentir la vida. Tales son los sentimientos que deben animaros, y que deben animar á todos mis soldados. La Inglaterra no tiene en las Dunas mas que cuatro navios de línea, á los cuales fatigamos diariamente con nuestras lanchas y flotillas.

Con esto &c.

El 14 de Agosto, queria aun mas que

rada interior, pronto á salir á alta mar, y apoyado por 150 bocas de fuego, dispuestas en batería en la costa; de modo que se necesitaban muchas desgracias y contratiempos para que Ganteaume no pudiese tomar parte en el combate que se diese para levantar el bloqueo, y para que los franceses, reuniendo 50 navios, 29 á las órdenes de Villeneuve y 21 á las de Ganteaume no lograsen ahuyentar al enemigo ante ellos, y entrar en

la Mancha con 30 ó 40 navios, ya sea que perdiesen 10 ó 20.

—Bien veis, decia Napoleon á Decrès quien tambien estaba en Boloña, que á pesar de un gran número de faltas y de accidentes lamentables, es en el fondo tan buena la naturaleza del plan, que todavia están de nuestra parte todas las ventajas, y nos hallamos próximos á salir adelante con él.—

Decrès, que era el confidente secreto de las angustias de Villeneuve, y que participaba de su desconfianza en la fortuna, no estaba tan tranquilo. Todo esto es posible, respondia, porque todo ha sido perfectamente calculado; pero si sale adelante, veré en ello el dedo de Dios. Por otra parte, se ha manifestado tan á menudo en las operaciones de V. M. que no me asombrará el verle aparecer de nuevo en esta ocasion (1).

Desde el 15 al 20 de Agosto, se halló poseido Napoleon de la mayor impaciencia. En los puntos mas elevados de la costa habia preparadas señales para anunciarle si la escuadra francesa aparecia en el horizonte. Atento á cada correo que llegaba de Paris ó de los puertos, daba por momentos, nuevas órdenes para precaver los accidentes que hubieran podido contrariar sus designios. Habiéndole manifestado M. de Talleyrand que los armamentos del Austria eran cada vez mas significativos y amenazadores, y que era de temer una guerra continental; pero que al mismo tiempo, seducida la Prusia, con la alhaja que se habia hecho brillar ante sus ojos al ofrecerle el Hannover, estaba pronta á convenir en una alianza con la Francia; Napoleon, sin perder una hora en deliberar, habia llamado á Duroc, y le habia entregado una carta para el Rey, y todos los poderes necesarios para firmar un tratado.—Partid al momento, le habia dicho, trasladaos á

Viva impaciencia de Napoleon desde el 15 al 20 de Agosto.

Napoleon envia á Duroc á Berlin, para lograr que amenazando la Prusia al Austria le proporcionase tiempo para pasar el estrecho de Calais.

nunca la expedicion, á pesar de Decrès.

Al general Lauriston.

Boloña 25 de Thermidor del año XIII
(14 de Agosto de 1805.)

Señor general Lauriston: He recibido vuestras dos cartas del 9 y 11 de Thermidor. Espero que este despacho no os hallará en el Ferrol, y que la escuadra habrá dado ya á la vela para seguir á su destino. No veo la razon porque no habeis dejado los regimientos 67 y 16 en la Martinica y en la Guadalupe, segun estaba expresamente marcado en vuestras instrucciones. De modo que despues de una expedicion tan grande, ni aun tengo el placer de ver mis islas al abrigo de todo ataque: en la actualidad solo hay en ellas 3000 hombres, y pasado Vendimiario solo habrá 2500.—Espero que Villeneuve no se dejará bloquear por una escuadra inferior á la suya. Al presente debe tener 30 navios de línea, y creo que con semejante escuadra se halla en el caso de atacar una de 24 navios. Ayudad y estimulad al almirante cuanto os sea posible. Poneos de acuerdo con él respecto á las tropas que teneis á bordo; y enviadme un estado de su situacion: podeis dejarlas á bordo, ó bien desembarcarlas si el almirante lo juzga conveniente, y formar con ellas una division en el Ferrol.

Tomad las medidas necesarias para formar un depósito con los hombres que habeis desembarcado en Vigo, para que todas las tropas que lleguen del Ferrol puedan dirigirse allí, y unirse á sus cuerpos.

El capitán Lallemand se ha dejado ver en las costas de Irlanda en los primeros dias de Thermidor. Hace tiempo que debe hallarse en el lugar de la reunion; y debia tomar noticias de la escuadra, si antes no las habia tenido en Vigo, á donde se habia dirigido un oficial, en la suposicion de que el almirante Villeneuve no hubiese parecido el 20 de Thermidor. Nos hallamos prontos en todas partes. Con presentarse solo por veinte y cuatro horas bastará.

Con esto &c.

(1) Me limito á analizar textualmente las numerosas cartas que Napoleon y el almirante Decrès se escribian diariamente, á pesar de hallarse solo á media legua de distancia. El uno se hallaba en Puente de los Ladrillos y el otro á orillas del mar.

Berlin sin pasar por París, y decidid á la Prusia á que firme un tratado de alianza conmigo. Yo le doy el Hannover pero con la condicion de que se decida al momento. El presente que le hago, bien merece la pena; y dentro de quinze dias es seguro que no le haria el mismo ofrecimiento. A la sazón necesito estar cubierto por el lado del Austria, mientras que me embarco. Por obtener de la Prusia este servicio le concedo un vasto pais que aumentará su ejército en 40.000 hombres. Pero si mas tarde me viera obligado á dejar las costas del Océano, á levantar mis campamentos y á abandonar mis proyectos contra la Inglaterra, entónces no necesitaría á nadie para hacer entrar al Austria en razon, y no pagaría tan caro un servicio que ya me seria inútil.—En su consecuencia, Napoleon exigía que inmediatamente, dirigiese la Prusia tropas hácia la Bohemia; y no queria, por otra parte, que se sobrecargase el tratado con condiciones relativas á la Holanda, á la Suiza y á la Italia. Cedía el Hannover y queria que se uniesen á él sin otra condicion (1).

Puede juzgarse por una determinacion tan grave, y resuelta con tanta prontitud, el aprecio que daba Napoleon en aquellos instantes al libre cumplimiento de sus proyectos. El mismo dia en que daba sus instrucciones á Duroc, es decir el 22 de Agosto, llegaba á Boloña el correo que habia partido del Ferrol mientras que Villeneuve daba á la vela; y Napoleon recibia directamente en el pequeño castillo de Puente de los Ladrillos el despacho de Lauriston, en tanto que el de Villeneuve, dirigido á Decrès, era entregado á éste en la orilla del mar, en la barraca donde habitaba.

Encantado Napoleon con aquellas palabras de Lauriston: *Vamos á Brest*, habia dictado en seguida dos cartas para Villeneuve y Ganteaume; cartas demasiado dignas de ser conservadas en la historia para que dejemos de citarlas aquí.

Decía á Ganteaume:

«Ya os he dado á conocer por el telegrafo que mi intencion es que no tomlereis que Villeneuve pierda un solo dia,

(1) Esto es lo que resulta del analisis de las instrucciones secretas dadas al gran mariscal Duroc.

»á fin de que, aprovechando la superioridad que dan 50 navios de linea, os hagais al punto á la mar para cumplir vuestro cometido, dirigiéndoos á la Mancha con todas vuestras fuerzas. En circunstancia tan importante, cuento con vuestros talentos, vuestra firmeza y vuestro carácter. Partid y llegad aquí; y vengaremos seis siglos de insultos y de afrontas. ¡Jamás mis soldados de tierra y mar habrán expuesto su vida para un objeto mas grande!—(Campamento imperial de Boloña 22 de Agosto de 1805).»

A Villeeneuve escribia:

«Señor vice-almirante: espero que Grandes esperanzas habreis llegado á de Napoleon. Brest. Partid, no perdaís un momento, y entrad en la Mancha con mis escuadras reunidas. LA INGLATERRA ES NUESTRA! Estamos prontos, todo está embarcado. Presentaos aquí por espacio de veinte y cuatro horas, y todo quedará concluido.—(Campamento imperial de Boloña 22 de Agosto).»

Pero, mientras

que Napoleon, engañado por el despacho de Lauriston, dirigia sus ardientes palabras á los dos almirantes, Decrès habia recibido de Villeneuve, por el mismo correo, un despacho muy diferente, que dejaba muy pocas esperanzas de que hubiese hecho rumbo hácia Brest. El ministro se habia apresurado á presentarse al Emperador, para darle á conocer el triste estado moral en que se hallaba Villeneuve al dejar el Ferrol.

Al saber Napoleon aquellas noticias contradictorias, se apoderó de él una

Llegada á Boloña de los despachos contradictorios escritos por Villeneuve al salir del Ferrol.

Cólera de Napoleon al leer aquellos despachos.

violenta cólera, cuyos primeros impetus sufrió el almirante Decrès que le habia dado tal hombre para mandar la escuadra, y al cual atribuía además de la eleccion de Villeneuve opiniones análogas á las que habian desanimado á aquel desgraciado almirante. Así se lo echó en cara, y tambien la debilidad de su amigo, y el desdoro de la marina francesa, que reducía á la desesperacion á todos los hombres de mar. Se quejó de no ser secundado en sus grandes designios, y no hallar sino hombres que por conser-

var su persona ó su reputacion no sabian ni aun perder una batalla, cuando solo se les pedia el valor para darla y perderla.—Vuestro Villeneuve, dijo á Decrès, no es siquiera capaz de mandar una fragata. ¿Qué se debe decir de un hombre que por haber caído enfermo algunos marineros en dos navios de su escuadra, ó por habérsele roto un juanete de baupres, ó desgarrado algunas velas, ó bien por el rumor de una reunion entre Nélson y Calder pierde la cabeza y renuncia á sus proyectos? Mas si Nélson y Caldér hubieran estado reunidos, se hubieran hallado no en alta mar, sino á la entrada misma del Ferrol, prontos á apoderarse de los franceses á su salida. Esto es muy sencillo, y salta á los ojos de cualquiera que no esté ciego de miedo! (1)—Napoleon calificó tambien á Villeneuve de cobarde y traidor, y mandó que inmediatamente se redactasen las órdenes necesarias para hacer saliese á la fuerza de Cádiz para la Mancha, si habia ido á Cádiz, y en caso de que hubiese dado á la vela para Brest, para dar á Ganteaume el mando de las dos escuadras reunidas. El ministro de marina, que aun no se habia atre-

ido á manifestarle toda su opinion sobre la reunion de las escuadras en la Mancha en aquellas circunstancias, pero que la creia en extremo peligrosa, desde que advertidos los ingleses se habian concentrado entre el Ferrol, Brest y Portsmouth, suplicó al Emperador no diese una orden tan funesta; le dijo que la estacion estaba muy adelantada, que los ingleses estaban muy sobre aviso, y que si se obstinaban se sufriria al frente de Brest alguna horrible catástrofe. Napoleon solo tenia una respuesta para todo, y era que si Villeneuve se presentaba en Brest se reunirian 50 navios; que nunca los

ingleses podian tener tal número, y que en todo caso poco le importaba que se perdiese una escuadra, si libre la otra podia entrar en la Mancha, y dominarla por espacio de veinte y cuatro horas. Abrumado Decrès por el Emperador tomó el partido de escribirle lo que no se atrevia á decirle, y aquella misma tarde le dirigió á Puente de Ladrillos la siguiente carta:

4 de Fructidor del año XIII (22 de Agosto de 1805.)

«..... Me he arrojado á los pies de V. M. para suplicarle no asociase á las operaciones de las escuadras de V. M. los navios españoles (1). Lejos de haber obtenido algo sobre este particular, V. M. espera que aquella asociacion se aumente con los navios de Cádiz y los de Cartagena. V. M. quiere que con semejante aumento se emprenda una cosa muy difícil en sí misma; y que lo es mucho

Carta del almirante Decrès al Emperador.

Esfuerzos del almirante Decrès para calmar la cólera de Napoleon, y lograr que no se diesen órdenes que el creia funestas.

Esforzos del almirante Decrès para calmar la cólera de Napoleon, y lograr que no se diesen órdenes que el creia funestas.

(1) Está visto que para los marinos franceses era la marina española un fondo inagotable de recursos. Durante el peligro se exponia á los navios españoles sin darles amparo ni apoyo, y cuando por falta de capacidad y de saber se desgraciaba una operacion ó se perdía una batalla, se echaba la culpa á nuestros pobres buques. Si tan malos eran los navios españoles ¿cómo es que Villeneuve los puso al frente de su columna en el combate del Ferrol? Si aquel combate, que fue el único lance ocurrido en la expedicion, fue desgraciado por la ineptitud de Villeneuve, que no supo manejar sus fuerzas, superiores á las del enemigo, y dejó una division entera sin entrar en combate, siendo así que el mismo jefe de ella se lo avisaba, como dice en su lugar Mr. Thiers, ¿cómo es que tanto Villeneuve como ahora Decrès quieren disculpar por la reunion de los navios españoles el mal éxito de operaciones, arrojadísimas que no eran apenas capaces de comprender y menos de efectuar los almirantes franceses, que como Villeneuve mismo confiesa con suma candidez en las cartas que anteriormente van en esta obra, no sabian mandar mas que divisiones de 3 ó 4 buques? Y luego estos mismos hombres que tan pequeños se veian ellos mismos, echan sobre la marina española las faltas de su ineptitud é incapacidad!

(1) Estas escenas, de las cuales no existe ya ningun testigo, hubieran quedado perdidas para la historia sin las cartas particulares y autógrafas del almirante Decrès y del Emperador. En ellas se notan todas las agitaciones de aquellos dias memorables y aun se conservan muchas escritas en un mismo dia, á pesar de que el Emperador y Decrès se hallaban solo media legua distantes uno de otro.

(Nota del Traductor.)

»mas con los elementos que componen
»la armada; con la inexperiencia de los
»gefes, su falta de costumbre de mando,
»y las circunstancias, en fin, que V. M.
»conoce como yo, y que seria superfluo
»enumerar.

«En este estado de cosas en que V. M.
»no estima en nada mis razones y mi
»experiencia, no conozco una situacion
»mas penosa que la mia. Deseo que V. M.
»quiera tomar en consideracion que no
»tengo otro interés que el de su pabe-
»llon y el honor de sus armas; y su-
»plico á V. M., que si la escuadra se ha-
»lla en Cádiz, considere este aconteci-
»miento como un decreto del destino
»que la reserva para otras operaciones.
»Tambien suplico á V. M. no la haga
»venir de Cádiz á la Mancha, porque
»en la actualidad dicha tentativa solo
»atraeria desgracias; y sobre todo, le su-
»plico, no mande verificar dicha trave-
»sia teniendo la escuadra viveres para
»solo dos meses, porque creo que M.
»de Estaing invertió setenta ú. ochenta
»dias para venir de Cádiz á Brest, y aca-
»so mas.

«Si estas súplicas que dirijo á V. M.
»no le parecen de ningun peso, V. M.
»debe juzgar lo que pasa en mi cora-
»zon.

«En este momento, sobre todo, en
»que puedo evitar se den órdenes, á mi
»entender, funestas al servicio de V. M.,
»es cuando debo insistir en ello con mas
»fuerza. Ojalá seama feliz en esta cir-
»cunstancia que lo he sido en las ante-
»riores.

«Pero es una desgracia para mi co-
»nocer mi profesion de marino, pues
»que este conocimiento no obtiene nin-
»guna confianza ni produce ningun re-
»sultado en las combinaciones de V. M.
»En verdad, señor, que mi situacion es
»muy penosa. Me acuso de no saber per-
»suadir á V. M.; y dudo mucho que un
»hombre solo lo logre. Forme V. M.
»para las operaciones de mar un con-
»sejo, un almirantazgo, cuanto pueda
»ser conveniente: pues, por lo que hace
»á mi, conozco que en lugar de fortifi-
»carme, me siento cada dia mas débil.
»Y es menester ser veridico; un minis-
»tro de marina subyugado por V. M. en
»lo que concierne al mar, os sirve mal,
»y viene á ser inútil para la gloria de
»vuestras armas, si es que no llega á
»ser perjudicial.

«Llena mi alma de amargura, que en
»nada disminuye sin embargo mi adhe-
»sion y mi fidelidad á vuestra persona,
»ruego á V. M. se sirva admitir mi pro-
»fundo respeto.

«Firmado: DECRES.»

El Emperador, des- Respuesta del Em-
contento pero con- perador.
movido, le contestó

al punto desde Puente de Ladrillos: «Os
»ruego que me enviéis en el dia de ma-
»ñana una memoria sobre el siguiente
»objeto: ¿Si en el estado en que se ha-
»llan las cosas se queda Villeneuve en
»Cádiz, que se deberá hacer? Poneos
»á la altura de las circunstancias y de
»la situacion en que se encuentran la
»Francia y la Inglaterra; no me escri-
»bais mas cartas como las que me ha-
»beis escrito, pues eso no significa nada.
»Por lo que hace á mi, no tengo mas que
»una necesidad y es la de salir adelante
»con mi plan.» (22 de Agosto.—*Archivo
del Louvre.*)

Al dia siguiente, El almirante Decrès
23, Decrès propuso propone aplazar la
su plan al Empera- expedicion.
dor. Segun él, se

debía en primer lugar aplazar la expe-
dicion para el invierno, porque era de-
masiado tarde traer la escuadra de Cá-
diz á la Mancha, y se verian expuestos
á ejecutar la empresa en medio de las bor-
rascas del equinoccio. Por otra parte,
estaban los ingleses advertidos, y todo
el mundo habia llegado á entrever un
proyecto de incorporacion entre Boloña
y Brest. A su entender, se debian di-
vidir aquellas escuadras demasiado nu-
merosas en siete ú. ocho cruceros de 5
ó 6 navios cada uno. Lo que á la sazón
verificaba el del capitán Lallemand, era
una prueba del partido que se podia sa-
car de aquellas divisiones destacadas.
Dichos cruceros debian formarse con los
mejores oficiales y con los mejores na-
vios, y lanzarlos en el Océano. Ellos de-
sesperarian á los ingleses arruinando su
comercio, y formarian excelentes mari-
neros y gefes de escuadra; y de aquí se
sacarían los elementos de una escuadra
para un gran proyecto ulterior.

Tal es, decia el almirante Decrès, la
guerra segun mi sentir.

Por último, añadía, si llegado el in-
vierno, quereis una escuadra en la Man-
cha, hay un medio para llevarla. Ten-

dreis en Cádiz unos cuarenta navios: reunid allí un ejército de desembarco, y dad á dicha reunion el color de un proyecto sobre la India ó sobre la Jamaica. Despues, dividid la escuadra en dos partes: tomad los navios mas veleros, y los oficiales reputados como mas capaces y osados; y entonces saliendo secretamente con solo veinte navios, y cuidando dejar los otros para llamar la atencion de los ingleses, aquellos veinte navios rodeando la Irlanda y la Escocia vendrán á la Mancha. Llamad á Paris á Villeneuve y á Gravina, reanimad su valor, y es seguro que ejecutarán esta operacion.

Al leer este proyecto, Napoleon renunció enteramente á la idea de hacer volver inmediatamente á la escuadra de Cádiz, si en efecto se habia dirigido á este puerto, y escribió de su mano á la vuelta de aquel mismo pliego: *Formar siete cruceros, distribuidos entre el Africa, Surinam, Santa Elena, el Cabo, la Isla de Francia, las islas del Viento, los Estados-Unidos, las costas de Irlanda y de Escocia, y la embocadura del Támesis* (1). Despues se puso á leer una y otra vez los despachos de Villeneuve, de Lauriston y del agente consular, que por largo tiempo habia seguido con el antejo la marcha de la escuadra francesa hasta que se perdió de vista, desde las alturas del Ferrol, buscando en ellos como en una página del libro del destino una respuesta á esta pregunta: ¿Se dirige Villeneuve á Cádiz ó á Brest?.... La incertidumbre en que le dejaban aquellos despachos, le irritaba mucho mas que lo que le hubiera irritado el conocimiento cierto de la marcha de aquel hacia Cádiz. En este estado de agitacion, y sobre todo en la situacion de la Europa, hubiera sido hacerle un gran servicio el decirle lo que habia sucedido, porque las noticias de las fronteras del Austria eran á cada momento mas alarmantes. Los austriacos, ya casi no ocultaban sus miras; pues ocupaban las orillas del Adige con fuerzas considerables, y amenazaban el Inn y la Baviera. Por lo tanto, á no descargar sobre Lóndres un golpe terrible que hiciese temblar y retroceder á la Europa, era preciso que se dirigiese á marchas forzadas sobre el Rhin para prevenir el

ultraje que se le preparaba, cual era el de llegar á su frontera antes que él se hallase en ella. En la necesidad que sentia de saber la verdad, escribió varias cartas al almirante Decrès desde Puente de los Ladrillos, para saber su opinion personal sobre la probable determinacion de Villeneuve. Este, temiendo irritar demasiado al Emperador, y escrupulizando al mismo tiempo engañarle, le contestaba cada vez de un modo casi contradictorio, tan pronto diciéndole si como no, y participando de la ansiedad de su señor, si bien inclinándose visiblemente á la opinion de que Villeneuve iba á Cádiz; y aun teniendo por cierto esto último.

Entonces Napoleon para no ser sorprendido, ni que le cogiesen de improviso, pensó en dos proyectos, y pasó algunos dias en una de esas situaciones ambiguas, insoportables para un carácter como el suyo, pronto á la vez á pasar el mar ó á arrojarse sobre el continente, á verificar un desembarco en Inglaterra ó una marcha militar hacia el Austria. Tal era el rasgo particular de su carácter desde que era necesario obrar: al punto se dominaba, y volvía de pronto de sus arrebatos, á los cuales gustaba entregar su alma, como para ser mas dueño de recobrarla, y gobernarla cuando era menester. Despues de pasar el dia 23 en infinitas perplejidades, dió las órdenes necesarias en el sentido de una doble hipótesis.—Mi resolucion está formada, escribia á M. de Talleyrand. Mis escuadras se perdieron de vista el 14 de Agosto desde las alturas del cabo Ortegal. Si vienen á la Mancha, todavia es tiempo; me embarco, salto en las costas de Inglaterra y voy á Lóndres á cortar allí el nudo de todas las coaliciones. Si al contrario mis almirantes por falta de carácter ó por maniobrar mal no se presentan, levanto mis campamentos del Océano, entro con 200,000 hombres en Alemania, y no me detengo hasta que haya llegado en Viena, y quitado Venecia al Austria y todo lo que todavia conserva en Italia; y expulsado de Nápoles á los Borbones. No dejaré tiempo para que se reunan á los austriacos y á los rusos, y descargaré sobre

Despues de una prolongada y violenta agitacion toma Napoleon el partido de arrojarse sobre el continente.

(1) Estos pormenores están tomados del mismo documento.

ellos mis golpes antes de que verifiquen su reunion. Pacificado el continente, volveré á las costas del Océano á trabajar de nuevo para la paz marítima.

Primeras órdenes para la guerra del continente.

Despues con aquella profundidad é incomparable experiencia que habia adquirido de la guerra, y con aquel discernimiento sin igual de lo que urgia mas ó menos en las disposiciones que se debian tomar, dió sus primeras órdenes para la guerra del continente, sin desordenar nada todavia de su expedicion para la cual estaba siempre dispuesto, teniendo toda su gente ó á bordo ó cercana á los buques; y empezó por Nápoles y el Hannover que eran los puntos mas alejados á donde alcanzaban sus órdenes. Mandó agregar á la division que se organizaba en Pescara á las órdenes del general Reynier, varios regimientos de caballería ligera y algunas baterias de artilleria volante, á fin de formar en aquel pais de guerrillas columnas movilizadas. Al general Saint-Cyr comunicó la orden de incorporar á si dicha division de Reynier á la primer señal de hostilidades, unirla al cuerpo de Tarento, y arrojarse sobre Nápoles con 20,000 hombres, á fin de no permitir que desembarcasen en Italia los rusos de Corfú ni los ingleses de Malta.

En seguida mandó al príncipe Eugenio, quien, aunque virey de Italia, estaba bajo la tutela militar del mariscal Jourdan, reuniese al momento las tropas francesas repartidas desde Génova hasta Bolonia y Verona, y las condujese al Adige, y comprase en toda la Italia caballos de tiro á fin de aparejar cien piezas de artilleria. Todas estas disposiciones eran fáciles y de pronta ejecucion, porque las tropas francesas estaban formadas en divisiones y bajo el pie de guerra. Tambien mandó que le enviasen reclutas de los depósitos; y al mismo tiempo que se fabricasen galletas por todas partes á fin de abastecer todas las plazas de Italia. No estando aun concluida la de Alejandria quiso que la ciudadela de Turin sirviese de plaza de depósito para el Piamonte.

Instrucciones al general Bernardotte respecto del Hannover.

Otras disposiciones semejantes tomó respecto á la Alemania. El mismo dia 23 expidió un

correo para el general Bernardotte, que habia reemplazado al general Mortier en el gobierno de Hannover, por medio del cual se le mandaba, encargándole el mayor secreto, que sin dar la menor señal exterior de su nuevo destino reuniese en Göttinga, es decir á la extremidad de aquel electorado, y á la entrada de los caminos de la Alemania central, la mayor parte de su cuerpo de ejército; que comenzase por dirigir hácia aquel punto la artilleria y los bagages mayores; que ejecutase aquellos movimientos de modo que no se conociesen hasta pasados diez ó quince dias, mostrándose en el punto opuesto para prolongar la duda; y finalmente, que aguardase una última orden para emprender definitivamente la marcha. Si Napoleon llegaba á ponerse de acuerdo con la Prusia en cuanto al Hannover, en lo cual no abrigaba la menor duda, era su intencion evacuar el Hannover, y atravesar sin permiso todos los pequeños estados de la Alemania central, para llevar á Baviera el cuerpo de ejército que retirase del Hannover.

Por el mismo correo ordenó al general Marmont, que se hallaba en el Texel,

Orden al general Marmont embarcado en el Texel.

preparase al punto sus trenes y su material á fin de poderse poner en marcha con su cuerpo de ejército en el término de tres dias, recomendándole conservarse el secreto, y no cambiase en lo mas mínimo el estado del embarque de sus tropas hasta nueva orden. Por último, en Boloña mismo y cerca de su persona verificó una sola y única separacion de las fuerzas que tenia á mano, cual fue la de la caballeria de línea y de los dragones; pues habia reunido mas caballeria que la que necesitaba en realidad, y de seguro mucha mas que la que probablemente podia embarcar. Al efecto, mandó á una marcha á retaguardia la division de los coraceros de Nansouty y que se reuniesen en Saint-Omer sus dragones á pie y á caballo á las órdenes de Baraguay de Hilliers. Agrególes un cierto número de piezas de artilleria volante, y al momento dirigió toda aquella fuerza á Strasburgo. Al mismo tiempo mandó que se reuniese en Alsacia toda la caballeria de linea que quedaba en Francia, y despachó al general en jefe de la artilleria

Songis para que preparase un parque de campaña entre Metz y Strasburgo con los fondos necesarios para comprar todos los caballos de tiro que se pudiese proporcionar en Lorena, en Suiza y en Alsacia. La misma orden se dió respecto á la infantería inmediata á la frontera del este; mandando asimismo que se fabricasen en Strasburgo quinientas mil raciones de galleta. Aquella numerosa caballería, acompañada de la artillería volante, y asistida de una especie de infantería, la de los dragones, podía suministrar un primer apoyo á los bávaros amenazados, los cuales pedían con empeño que se les socorriese. Algunos regimientos de infantería debían estar muy próximos para ayudarles: y, por último, Bernardotte podía llegar á Wutzburgo en diez ó doce marchas. De este modo, en algunos dias y sin haber distraído del ejército de desembarco mas fuerza que algunas divisiones de caballería de línea y de dragones, estaba en estado de sostener á los bávaros, sobre los cuales quería descargar el Austria sus primeros golpes.

Tomadas todas aquellas disposiciones con la celeridad propia de un gran genio, recobró su espíritu alguna tranquilidad y se puso á aguardar lo que los vientos le trajesen.

Ultimas miradas di- y preocupado; se rigidas al mar para mostraba duro con ver si llegaba Vi- el almirante Decrès, lleneuve, en cuyo semblante

le parecia ver todas las opiniones que habian combatido el ánimo de Villeneuve, y no se separaba de la orilla del mar, buscando en el horizonte alguna aparicion inesperada. Oficiales de marina, situados con anteojos de larga vista en diferentes puntos de la costa tenian el encargo de observar todas las novedades del mar, y darle cuenta de lo que notasen. Así pasó tres dias, en una de esas situaciones inciertas, que son las que mas repugnan á las almas ardientes y fuertes que quieren los partidos decididos, tanto en lo favorable como en lo adverso. Finalmente, interrogado sin cesar el almirante Decrès le declaró que en su opinion, visto el tiempo transcurrido y los vientos que habian reynado en la costa desde el golfo de Gascuña hasta el estrecho de Calais, y vistas las disposiciones morales de Villeneuve, es-

taba persuadido que las escuadras habian dirigido su rumbo á Cádiz.

Con un profundo dolor mezclado de violentas explosiones de cólera, renunció, por último, Napoleon á la esperanza de ver llegar su escuadra al estrecho; y fue tal su irritacion, que el sábio Monge, hombre á quien profesaba un afecto particular y á quien casi todas las mañanas hacia que almorzase militarmente con él á la orilla del mar y en la barraca imperial, al verle en aquel estado se retiró discretamente, juzgando importuna su presencia, y fue á buscar á M. Daru, principal encargado entonces del ramo de la guerra, para contarle lo que habia visto. Al mismo tiempo fue llamado M. Daru, para que se presentase al Emperador, al cual halló agitado, hablando solo, y pareciendo no notar las personas que llegaban. Apenas acababa de entrar M. Daru y aun permanecia en pie y silencioso aguardando órdenes, cuando Napoleon fue á su encuentro, y dirigiéndose á él, como si se hallase instruido de todo le dijo.—

¿Sabeis donde está Villeneuve? Pues está en Cádiz!—Despues pronunció una larga diatriba acerca de la debilidad é incapacidad de todo lo que le rodeaba; dijo que estaba abandonado por la cobardia de los hombres; lamentó la ruina del plan mas hermoso y seguro que habia concebido en su vida, y manifestó en toda su amargura el dolor del genio á quien desampara la fortuna. Vuelto de pronto de su arrebató se calmó de una manera

súbita, y trasladando su espíritu con una facilidad sorprendente de aquellas sendas cerradas del Océano hacia las sendas abiertas del continente, dictó durante varias horas, con la mayor firmeza de ánimo y una precision extraordinaria en los pormenores, el plan que va á leerse en el siguiente libro, que fue el de la inmortal campaña de 1805.

Ninguna señal de cólera habia ya ni en su voz ni en su rostro (1). Las grandes concepciones del entendimiento habian disipado los dolores del alma. En

(1) He extractado esta relacion de un fragmento de Memoria escrito por M. Daru, cuya copia se halla en mi poder por un acto de cortesía de su hijo.

vez de atacar á la Inglaterra por la via directa, iba á combatirla por la larga y sinuosa ruta del continente, y á encontrar en ella una incomparable grandeza, antes de hallar su ruina.

¿Hubiera alcanzado mas seguramente su objeto por la via directa, es decir, por un desembarco? Hé

aquí lo que se preguntará á menudo en lo presente y en el porvenir, y lo que apenas se podrá decidir. Sin embargo, si Napoleon se hubiese visto trasladado á Douvres, sin ofender á la nacion británica, se puede creer que bien podia haber sido vencida por el ejército y el capitán que en diez y ocho meses vencieron al Austria, á la Alemania, á la Prusia y á la Rusia. En efecto, aquel mismo ejército del Océano que batió en Austerlitz, en Jena y en Friedland á los 800,000 soldados del continente no se aumentó ni con un hombre mas. Y preciso es decirlo, la inviolabilidad territorial de que goza la Inglaterra no ha acostumbrado su corazon al peligro de ser invadida, lo cual no disminuye la gloria de sus escuadras ni la de sus ejércitos regulares. Desde luego es poco probable que se hubiese atrevido á hacer frente á los soldados de Napoleon, no aniquilados todavia por la fatiga ni diezmados por la guerra. No hay duda que si su gobierno hubiese tomado la resolución heroica de refugiarse por ejemplo á Escocia dejando asolar la Inglaterra hasta que Néelson hubiese acudido con todas las escuadras inglesas á cerrar la vuelta á Napoleon vencedor, exponiéndole así á quedar prisionero en su propia conquista, hubiera traído consigo combinaciones extrañas; pero semejante determinacion estaba fuera de todas las verosimilitudes. Nosotros estamos firmemente persuadidos, que si Napoleon hubiera llegado á Lóndres, la Inglaterra habria transigido.

La cuestion quedaba, pues, reducida al paso del estrecho; el cual si bien podia verificarlo la flotilla en el verano en medio de una calma, y en el invierno á favor de una cerrazon, siempre era muy peligroso. Por esta causa habia ideado Napoleon que una escuadra protegiese el paso. Así, se dirá, la cuestion presentaba la primera dificultad, la de ser superior á los ingleses en la mar.

No, porque en aquel caso no se trataba de sobrepujarlos ni aun de igualarlos. Se trataba únicamente de hacer llegar, por medio de una hábil combinacion, una escuadra á la Mancha, aprovechando para ello los azares del mar, y su inmensidad, lo cual hace que sean muy dificiles los encuentros. El plan de Napoleon, tan amenudo variado y reproducido con tanta fecundidad, tenia todas las probabilidades de buen éxito en las manos de un hombre mas firme que Villeneuve. Sin duda Napoleon encontró allí, bajo otra forma, los inconvenientes de su inferioridad maritima, y Villeneuve, conociendo á fondo aquella inferioridad quedó desconcertado; pero lo fue demasiado y de un modo que compromete su honor á los ojos de la historia. Despues de todo, su escuadra se habia batido bien en el Ferrol; y aun suponiendo que hubiese dado al frente de Brest el desastroso combate que sostuvo cerca de Trafalgar, Ganteaume hubiera salido, y en caso de perder su escuadra, ¿no hubiera sido mejor asegurar con dicha pérdida el paso de la Mancha? ¿Podria en semejante caso decirse que habia sido perdida? Villeneuve cometió, pues, una falta muy grave; pero se le ha difamado demasiado, segun se acostumbra á hacerlo con los desgraciados. Hombre inteligente en su profesion, olvidaba que con la decision se suple muy á menudo lo que falta en recursos efectivos, y no supo elevarse á la altura de su empresa, haciendo lo que Latouche-Tréville hubiera hecho seguramente en su lugar.

La empresa de Napoleon no era, pues, una quimera: tal como la habia preparado era perfectamente realizable; y quizas á los ojos de jueces imparciales y competentes, aquella empresa que no tuvo resultado le hará mas honor que las que fueron coronadas con el éxito mas brillante. No fue, no, una farsa como se han figurado ciertas personas que quieren buscar misterios donde no existen: algunas miles de cartas de los ministros y del Emperador no dejan la menor duda sobre este particular. Fué, sí, una empresa formal, continuada por algunos años con una verdadera pasion. Se ha pretendido asimismo que si Napoleon no hubiera rechazado á Fulton que vino á ofrecerle el medio de navegar con auxilio del vapor, hubiera pasado el estrecho

Hoy día es imposible adivinar el papel que representará la navegacion por vapor en los acontecimientos futuros. Es probable que dé mas fuerzas á la Francia contra la Inglaterra: pero que haga mas fácil de atravesar el estrecho dependerá de los esfuerzos que sepa hacer la Francia para asegurar la superioridad de aquel nuevo poder, y sobre todo de su patriotismo y de su prevision. Respecto á la negativa de Napoleon, se debe decir, que Fulton le presentó un ar-

te en su infancia, y que de nada le hubiera servido en aquel entónces. Napoleon hizo, pues, todo lo que pudo; y en aquella circunstancia nada hay que se le pueda censurar. Sin duda la Providencia no queria que saliese adelante con su intento. ¿Y porqué? No es fácil adivinarlo, pues, él, que no siempre tuvo razon contra sus enemigos, tenia aquella vez de su parte el mas justo de todos los derechos.

FIN DEL LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ULMA Y TRAFALGAR.

Consecuencias de la reunion de Génova al Imperio.—Aunque esta reunion es una falta, produce felices resultados.—Abrese un vasto campo á las combinaciones militares de Napoleon.—Dirigense cuatro ataques contra la Francia.—Napoleon se ocupa formalmente de uno solo, y en la manera con que piensa rechazarlo se propone destruir los otros tres.—Exposicion de su plan.—Seis cuerpos del ejército del Océano se dirigen á las orillas del Danubio.—Napoleon guarda un profundo secreto sobre sus disposiciones, y solo las comunica al Elector de Baviera, á fin de atraerse á este príncipe tranquilizándole.—Precauciones que toma para la conservacion de la flotilla.—Su regreso á París.—Mudanza de la opinion pública respecto á su persona.—Cargos que se le hacen.—Estado de la Hacienda.—Principian los atrasos.—Difícil situacion de las principales plazas mercantiles.—Falta de numerario.—Esfuerzos del comercio para proporcionársele.—Asociacion de la compañía de los Comerciantes reunidos con la corte de España.—Especulacion con los pesos fuertes.—Peligro de dicha especulacion.—Habiendo la compañía de los Comerciantes reunidos mezclado en sus manos los negocios de Francia y España, hace partícipe la una los apuros de la otra.—Consecuencias que acarrea esta situacion al Banco de Francia.—Cólera de Napoleon contra los comerciantes.—Remitense á Strasburgo y á Italia grandes cantidades de oro y plata.—Alistamiento decretado por el Senado.—Organizacion de las Reservas.—Destino que se da á los guardias Nacionales.—Sesion en el Senado.—Despago del pueblo de París hácia Napoleon.—Napoleon experimenta algun sentimiento, pero parte para el ejército, seguro de cambiar aquel desdago y frialdad en trasportes de entusiasmo.—Disposiciones de los confederados.—Marcha de dos ejércitos rusos, el uno á Galitzia para socorrer á los austriacos, y el otro á Polonia para amenazar á la Prusia.—El Emperador Alejandro en Pultawi.—Sus negociaciones con la corte de Berlin.—Marcha de los austriacos en la Lombardia y en la Baviera.—El general Mack pasa el Inn.—Después de muchas vacilaciones el Elector de Baviera se decide á arrojarle en brazos de la Francia y se refugia en Wurtzburgo con su corte y su ejército.—El general Mack toma posicion en Ulma.—Conducta de la corte de Nápoles.—Los franceses dan principio á sus operaciones militares.—Organizacion del grande ejército.—Paso del Rhin.—Marcha de Napoleon con seis cuerpos á lo largo de los Alpes de Suabia para envolver al general Mack.—Antes que este general sospeche la presencia de los franceses, llega Napoleon al Danubio hácia Donauwerth el 6 y 7 de Octubre.—Pasan los franceses el Danubio.—Queda envuelto el general Mack.—Combates de Wertingen y de Gunzburg.—Napoleon toma en Augsburgo sus disposiciones con el doble objeto de cercar á Ulma y ocupar á Munich, á fin de separar los rusos de los austriacos.—Murat comete un error.—Peligro de la division Dupont.—Combate de Haslach.—Napoleon acude bajo los muros de Ulma y repara las faltas cometidas.—Combate de Elchingen dado el 14 de Octubre.—Cerco de Ulma.—Desesperacion del general Mack y retirada del archiduque Fernando.—El ejército austriaco se ve reducido á capitular.—Triunfo inaudito de Napoleon.—Destruye en 20 días y sin presentar batalla un ejército de 80,000 hombres.—Continuacion de las operaciones navales después de la vuelta de Villeneuve á Cádiz.—Severidad de Napoleon hácia este almirante.—Manda que le reemplace el almirante Rosily, y dá órdenes para que la escuadra salga de Cádiz y éntre en el Mediterráneo.—Pesar del almirante Villeneuve, y su resolucion de dar un combate desesperado.—Estado de la armada franco-española y de la escuadra inglesa.—Nelson comunica á sus capitanes varias instrucciones.—Salida precipitada del almirante Villeneuve.—Encuéntrense las dos escuadras en el cabo de Trafalgar.—Los ingleses atacan formados en dos columnas.—Queda rota nuestra linea de batalla.—Combates heroicos del Temible, del Bucentauro, del Fogoso, del Algeciras, del Pluton, del Aquiles, y del Príncipe

de Asturias.—*Muerte de Nelson.*—*Queda Villeneuve prisionero.*—*Derrota de nuestra escuadra despues de una lucha memorable.*—*Sigue al combate una tempestad horrorosa.*—*Los naufragios suceden á los combates.*—*Conducta del gobierno imperial respecto á la marina francesa.*—*Ordénase que se guarde silencio acerca de los últimos acontecimientos.*—*Ulma hace que se olvide á Trafalgar.*

Agosto de 1805.

Consecuencias de la reunion de Génova á la Francia.

La incorporacion de Génova á la Francia en visperas de verificarse la expedicion de Inglaterra, era una falta grave que proporcionaba al Austria la última razon que debía decidirla á la guerra: era provocar y atraer sobre sí una temible coaliccion, justamente cuando mas se necesitaba de la paz del continente para poder conservar toda su libertad de accion contra la Inglaterra. Verdad es que Napoleon no había previsto las consecuencias de la incorporacion de Génova: su error había consistido en despreciar demasiado al Austria, creyéndola incapaz de obrar, aunque él la tratase poco comedidamente. No obstante, aunque se haya censurado con justicia esta incorporacion, verificada en tales circunstancias, ella fue en realidad un acontecimiento feliz. No hay duda que si el almirante Villeneuve hubiera sido capaz de hacer rumbo hácia la Mancha y presentarse al frente de Boloña, debía haberse lamentado mucho dicha incorporacion por los inconvenientes que hubiera presentado á la ejecucion del proyecto mas vasto que puede haberse concebido; pero no siendo capaz de esto aquel almirante, y reducido de nuevo Napoleon á la inaccion, á menos que no hubiese acometido la temeridad de pasar el estrecho sin la proteccion de una escuadra, se hubiera encontrado en el mayor apuro. Esta expedicion tantas veces anunciada y aplazada por tres ocasiones consecutivas, hubiera concluido por exponerle á cierta especie de ridiculo, constituyéndole á los ojos de la Europa en un verdadero estado de nulidad frente á frente con la Inglaterra. La coaliccion continental, al proporcionarle un campo de batalla que le faltaba, reparó con su falta la que Napoleon había cometido, y le sacó muy á tiempo de una posicion falsa y penosa. ¡Que estraña es á veces la cadena que liga los acontecimientos de este mundo! Muy amenudo á la vez que se frustran las mejores combinacio-

nes, tienen buen éxito las faltas. Empero esto no es motivo para declarar inútil la prudencia, y para dar la preferencia á los impulsos del capricho en el gobierno de los imperios. No; siempre en el manejo de los negocios debe preferirse el cálculo á los arrebatos; pero esto no impide que se reconozca que sobre los designios del hombre, dominan los de la Providencia, inmensamente mas seguros, y mas profundos. Esta es una razon de modestia y no de abdicacion para la sabiduria humana.

Necesario es haber tocado de cerca las dificultades del gobierno, y cuan difícil es tomar grandes determinaciones, prepararlas y llevarlas á cabo, y dar movimiento á los hombres y las cosas, para apreciar debidamente la resolucion que tomó Napoleon, en aquella circunstancia. Una vez pasado el dolor de ver frustrada la expedicion de Boloña, se entregó enteramente á su nuevo proyecto de guerra continental. Nunca había podido disponer de mayores recursos que entonces; jamas había visto abrirse ante él un campo de operaciones mas estenso. Cuando mandaba el ejército de Italia, hallaba por limite á sus movimientos la llanura de la Lombardia y el circulo de los Alpes, y si alguna vez pensaba dirigir sus miras mas allá de este circulo, alarmada la prudencia del director Carnot le detenía en sus combinaciones. Cuando, ya primer Cónsul, concebía el proyecto de la campaña de 1800, se veía precisado á contemplar á los generales que todavia eran iguales á él; y, si por ejemplo, imaginaba para Moreau un plan que hubiera podido tener las consecuencias mas felices, se veía detenido por la poquedad de ánimo de éste, y reducido á dejarle obrar á su manera, segura, si, pero limitada, y á encerrarse él mismo en el aislado campo del Piamonte. Verdad es que señalaba aqui su presencia por una operacion que será siempre tenida como un prodigio en el

Abrese un vasto campo á las combinaciones militares de Napoleon.

arte de la guerra; pero siempre su genio al irse á desplegar habia encontrado obstáculos. Por la primera vez se veia libre; libre como lo habian sido César y Alejandro. Aquellos de sus compañeros de armas que por su envidia ó su reputacion le eran incómodos, se habian escludido á sí propios de la liza por una conducta imprudente y culpable. Solo le habian quedado generales sumisos á su voluntad, y que reunian en alto grado todas las cualidades necesarias para la ejecucion de sus designios. Cansado su ejército de estar por tanto tiempo inactivo, anhelando solo gloria y combates, formado por diez años de guerra y tres de campamento, estaba dispuesto á acometer las empresas mas dificiles, á hacer las marchas mas atrevidas y audaces. Toda la Europa estaba abierta á sus combinaciones. Hallábase al occidente, á orillas del mar del Norte y de la Mancha; y el Austria, ayudada de las fuerzas rusas, suecas, italianas é inglesas estaba al Oriente, empujando sobre la Francia las masas que una especie de conspiracion europea habia puesto á su disposicion. La situacion, los medios, todo era grande. Pero si en ninguna época, ningun caudillo se habia visto en estado mejor de hacer frente á graves é imprevistos peligros, en ninguna tampoco habia sido mayor la dificultad. Aquel ejército, dispuesto de modo que bien puede decirse que en ningun tiempo hubo otro que se le igualase, aquel ejército que era preciso llevar al centro del continente, se hallaba á orillas del Oceano, lejos del Rhin, del Danubio, y de los Alpes, lo cual esplica el por qué las potencias europeas habian permitido su reunion sin hacer reclamaciones de ninguna especie. Este era el problema que habia que resolver, y va á verse de qué modo obró Napoleon para salvar el espacio que le separaba de sus enemigos y situarse en medio de ellos, y en el punto mas á propósito para disolver su formidable coalicion.

Plan militar de la coalicion.

Aunque Napoleon se habia obstinado en no creer tan próxima la guerra, habia calculado perfectamente los preparativos y el plan de ella. La Suecia hacia sus armamentos en Stralsund y en la Pomerania sueca; la Rusia en Revel y en el golfo de Finlandia.

Anunciábase la concentracion de dos grandes ejércitos rusos, el uno en la Polonia á fin de atraer á la Prusia, y el otro en la Galitzia para socorrer al Austria. No se limitaba todo á sospechas; conociase con certidumbre la formacion de dos ejércitos austriacos, el uno de 80,000 hombres en Baviera y el otro de 100,000 en Italia; ambos en comunicacion con el Tyrol por un cuerpo de 25 á 30,000 hombres.

Finalmente, los rusos que se reunian en Corfú, los ingleses en Malta y los sintomas de agitacion que se notaban en la corte de Nápoles, no permitian dudar que se preparaba una tentativa hacia el mediodia de la Italia.

Preparábanse, pues, cuatro ataques; el primero al Norte por la Pomerania, sobre el Hannover y la Holanda, debian darlo los suecos, rusos é ingleses; el segundo al Este por el valle del Danubio estaba confiado á los rusos y austriacos en combinacion; los austriacos solos debian verificar el tercero por la Lombardia; y pasado algun tiempo, reunidos los rusos, ingleses y napolitanos debian emprender el cuarto por el mediodia de Italia.

Proyecto de cuatro ataques contra el Imperio.

Napoleon habia comprendido este plan tan bien como si hubiera asistido á las conferencias militares de M. de Vintzingerode en Viena, que hemos referido anteriormente. La única circunstancia que aun permanecia ignorada no solo de él sino de sus enemigos, era si lograrían comprometer á la Prusia. Napoleon no lo creia: las potencias coligadas esperaban lograrlo intimidando al Rey Federico-Guillermo. En este caso, en vez de ser el ataque del Norte una tentativa accesoria, reprimida por la neutralidad de la Prusia, vendria á ser una empresa amenazadora contra el Imperio, desde Colonia hasta las bocas del Rhin. No obstante, esto era poco probable, y Napoleon solo consideraba formales los dos grandes ataques por la Baviera y la Lombardia, al mismo tiempo que solo conceptuaba dignos de algunas precauciones los que se preparaban en la Pomerania y hacia el reyno de Nápoles.

Así, pues, resolvió trasladar el grueso de sus fuerzas al valle del Danubio, y destruir todos los ataques secundarios, por la manera en que iba á rechazar el

Combinacion que opone Napoleon á los proyectos de las potencias coligadas.

principal. Su profunda combinacion partia de un hecho muy sencillo; el alejamiento de los rusos que los esponia á llegar tarde en socorro de los austriacos. Pensaba que impacientes los austriacos por dirigirse á Baviera y ocupar, segun su costumbre, la famosa posicion de Ulma, aumentarían al obrar así la distancia que los separaba naturalmente de los rusos, y que estos remontando el Danubio con su ejército principal reunido á las reservas austriacas, no podrian presentarse á tiempo en linea. Al destruir á los austriacos antes de la llegada de los rusos, Napoleon se proponia marchar en seguida contra estos, privados ya del auxilio del principal ejército del Austria, y queria usar del medio muy fácil en teoria pero difícil en la práctica, de batir á los enemigos unos despues de otros.

Para que este plan tuviese buen éxito, era menester trasladarse de una manera especial al teatro de las operaciones, es decir, al valle del Danubio. Si siguiendo Napoleon el ejemplo de Moreau, remontaba el Rhin para pasarle desde Strasburgo á Schaffouse, si en seguida desembocaba por los desfiladeros de la Selva Negra entre los Alpes de Suabia y el lago de Constanza, y atacaba de frente á los austriacos situados detras del Iller, de Ulma á Memmingen, no habia completamente su objeto. Aun batiendo á los austriacos, de lo cual estaba seguro, puesto que contaba con el ejército formado en el campamento de Boloña, solo lograba rechazarlos sobre los rusos, y conducirlos, aunque debilitados, á que verificasen su union con sus aliados del Norte. Necesitábase, como sucedió en Marengo, y se necesitaba mas todavia que en Marengo mismo, rodear á los austriacos, y no limitarse á batirlos, sino envolverlos de suerte que quedasen todos prisioneros. Entonces Napoleon podria arrojarlos sobre los rusos, que no tendrían mas apoyo que el de las reservas austriacas.

Los diversos cuerpos del ejército frances marchan desde las orillas del Océano á las márgenes del Danubio.

Para esto ideó una marcha muy sencilla. Hallábase uno de los cuerpos del ejército, el del mariscal Bernadotte,

en Hannover, otro, á las órdenes del general Marmont en Holanda, y los restantes en Boloña. Ideó que descendiese el primero atravesando á Hesse en Franconia sobre Wurtzburgo y el Danubio; y que avanzase el segundo á lo largo del Rhin aprovechando las facilidades que proporcionaba este rio, para unirse por Maguncia y Wurtzburgo al cuerpo llegado del Hannover. Mientras estas dos grandes divisiones iban á descender del Norte al Mediodia, Napoleon resolvió trasladar de Boloña á Strasburgo, por medio de un movimiento del Oeste al Este, los cuerpos acampados á orillas de la Mancha, y fingir con estos un ataque directo por los desfiladeros de la Selva Negra; pero en realidad dejar esta selva á la derecha, pasar á la izquierda, atravesando el Wortemberg para unirse en Franconia á los cuerpos de Bernadotte y de Marmont, pasar el Danubio mas abajo de Ulma por los alrededores de Donauwerth, situarse así á espaldas de los austriacos, cercarlos, hacerlos prisioneros, y una vez desembarazado de ellos, marchar sobre Viena al encuentro de los rusos.

La posicion de los mariscales Bernadotte y Marmont, viniendo el uno del Hannover y el otro de Holanda era muy ventajosa, porque el primero no necesitaba emplear mas que diez y siete dias, y catorce ó quince el segundo, para trasladarse á Wurtzburgo sobre el flanco del ejército enemigo acampado en Ulma. La marcha de las tropas que debían trasladarse de Boloña á Strasburgo duraria unos veinte y cuatro dias, y esto debia fijar la atencion de los austriacos sobre la desembocadura ordinaria de la Selva Negra. En el espacio de veinte y cuatro dias, es decir hacia el 25 de Setiembre, podia, pues, hallarse Napoleon en el punto decisivo. Tomando al momento su partido, ocultando sus movimientos el mayor tiempo posible por su prolongada permanencia en Boloña, haciendo circular falsos rumores, ocultando sus intenciones con ese arte de engañar al enemigo, que poseia en tan alto grado, podia pasar el Danubio á retaguardia de los austriacos, antes que estos sospechasen su presencia. Si lo lograba, se veria desde el mes de Octubre libre del primer ejército enemigo, y emplearia el mes de Noviembre en

marchar sobre Viena y en presentar batalla á los rusos, á los cuales no habia visto nunca, si bien sabia que su infanteria era firme pero no invencible, porque Moreau y Massena ya la habian derrotado, y él se prometia hacerlo aun mas duramente. Una vez llegado á Viena su posicion sobrepujaba mucho á la del ejército austriaco de Italia, lo que debia obligar á este á verificar precipitadamente su retirada.

Manera de operar El proyecto de Na-
respecto á Italia. poleon era confiar á

Massena, el mas arrojado de sus generales, y el que mejor conocia la Italia, el mando del ejército frances del Adige. Este ejército no debia contar mas de 50,000 hombres, pero escogidos, porque debian formarle los soldados que habian hecho todas las campañas al otro lado de los Alpes, desde la de Montenotte hasta la de Marengo. Con tal que Massena pudiese detener al archiduque Carlos sobre el Adige durante un mes, lo que parecia fuera de duda, tratándose de soldados acostumbrados á vencer á los austriacos cualquiera que fuese su número, y hallándose á las órdenes de un general que jamas retrocedia, Napoleon, llegado á Viena, pasaba la Lombardia como habia pasado la Baviera. Es cierto que atraia sobre si al archiduque Carlos, pero tambien se atraia á Massena; y uniendo entónces á los 150,000 hombres con que habria verificado su marcha á lo largo del Danubio los 50,000 llegados de las márgenes del Adige, debia encontrarse en Viena á la cabeza de 200,000 franceses victoriosos. Disponiendo directamente de tal masa de fuerzas, y habiendo deshecho los dos principales ataques, los de Baviera y Lombardia, ¿qué le importaban los otros dos preparados al Norte y al Mediodia hácia el Hannover y hácia Nápoles? Aunque toda la Europa se hallase sobre las armas nada tenia que temer de la union de sus fuerzas.

Sin embargo, no dejó de tomar ciertas precauciones respecto á la Italia inferior. El general Saint-Cyr ocupaba la Calabria con 20,000 hombres. Napoleon le ordenó que al primer sintoma de hostilidad marchase sobre Nápoles y se apoderase de esta capital. No hay duda que hubiera sido mas conforme á sus principios no dividir en dos el ejército de Italia, no situar en el Adige á 50,000

hombres á las órdenes de Massena, y 20,000 en la Calabria á las del general Saint-Cyr, y si al contrario reunirlos todos en una sola masa de 70,000 hombres, que segura de vencer en el norte de la Italia poco hubiera tenido que temer del mediodia. Pero juzgaba que los 50,000 hombres de Massena bastaban para detener durante un mes al archiduque Carlos; y por otro lado reputaba peligroso consentir que los rusos é ingleses desembarcasen en Nápoles y fomentasen en la Calabria una insurreccion difícil de apagar. He aquí porque dejó en el golfo de Tarento al general Saint-Cyr y 20,000 hombres, con la orden de marchar sobre Nápoles á la primera señal, y arrojar al mar á los rusos y á los ingleses antes de que tuviesen tiempo de posesionarse en el continente italiano. Por lo que hace al ataque preparado en el norte de Europa, tan distante de las fronteras del imperio, Napoleon se limitó para hacerle frente, á continuar la negociacion entablada en Berlin relativa al reino de Hannover. Habia ofrecido este reino á la Prusia, como precio de su alianza; pero no esperando de ningun modo una alianza formal por parte de una corte tan timida, le propuso confiarle el reino de Hannover en depósito, si no queria recibirle á título de donativo. En cualquier caso se veia obligada á alejar de él á las tropas beligerantes, y su neutralidad bastaba entónces para poner á cubierto el norte de la Europa.

Tal fue el plan que Napoleon concibió. Llevando por medio de una marcha rápida é imprevista al centro de la Alemania sus cuerpos de ejército del Hannover, de Holanda y de Flandes, pasando el Danubio mas abajo de Ulma, separando los austriacos de los rusos, envolviendo á los primeros, arrollando á los segundos, internándose en seguida en el valle del Danubio hasta Viena, y desembarazando por este movimiento á Massena en Italia, en breve debia rechazar los dos principales ataques dirigidos contra su imperio. Reunidos asi bajo los muros de Viena sus ejércitos victoriosos, no tenia porqué inquietarse de una tentativa al mediodia de la Italia, que por otro lado debia frustrar el general Saint-Cyr, ni tampoco de otra al norte de Alemania que la neutralidad prusiana iba á impedir del todo.

Ningun capitán de los tiempos antiguos ni modernos habia concebido ni ejecutado planes en semejante escala; porque nunca un espíritu mas poderoso, mas libre en sus voluntades, ni con medios mas vastos de que disponer, habia tenido que maniobrar sobre tal estension de paises. En efecto, ¿qué han visto la mayor parte de los tiempos? Gobiernos irresolutos que deliberan cuando debian obrar, gobiernos imprevisores que piensan en organizar sus fuerzas cuando ya debieran estar aquellas en el campo de batalla, y subordinados á ellos, generales que apenas pueden moverse sobre el limitado teatro que se fija á sus operaciones. Aquí, por el contrario, genio, voluntad, prevision, libertad absoluta de accion, todo concurría en el mismo hombre y á un mismo fin. Difícil es que tales circunstancias se encuentren reunidas en un mismo hombre, pero cuando sucede así, el mundo tiene un dueño.

A últimos de Agosto, ya los austriacos se hallaban á las márgenes del Adige y del Inn, y los rusos en la frontera de Galitzia. Parecía que iban á sorprender á Napoleon, mas no sucedió así.

Ordenes de marcha dadas para el 27 de Agosto.

El día 26 de Agosto dió Napoleon desde Boloña todas sus órdenes, pero con la recomendacion de no espedirlas hasta las diez de la noche del 27; queriendo así proporcionarse un dia mas antes de renunciar definitivamente á su grande espedicion marítima. El correo que salió el 27 no debia llegar á Hannover hasta el

dia 1.º de Setiembre. Prevenido ya el general Bernadotte.

to el 2 de Setiembre, tener reunido su cuerpo en Göttinga el 6, y hallarse el 20 en Wurtzburgo. Ademas tenia orden de reunir en la plaza fuerte de Hameln la artilleria tomada á los hannoverianos, municiones de todo género, los enfermos, los depósitos de su cuerpo de ejército y una guarnicion de 6,000 hombres, mandados por un oficial valiente y de energía con el cual se pudiera contar. Dicha guarnicion debia tener provisiones para un año. Si respecto al Hannover se convenia en un arreglo con la Prusia, la fuerza que quedaba en Hameln se reuniría inmediatamente á su cuerpo; y si

no, permanecería en la plaza y la defendería hasta la muerte en el caso que los ingleses mandasen una espedicion por el Weser, lo cual, no podia impedir la neutralidad prusiana.—«Yo obraré», escribia Napoleon, con tanta prontitud como Federico cuando iba de Praga á Dresde y á Berlin. En breve acudiré al socorro de los franceses defendiendo mis águilas en Hannover, y arrojare al Weser los enemigos que se hallan atrevido á desembarcar.»—Bernadotte tenia orden de atravesar los dos Hesses, diciéndo á los gobiernos de ambos principados que volvía á Francia por Maguncia; de abrirse paso á la fuerza si se le negaba, y de continuar su marcha con el dinero en la mano, pagando todos los gastos que ocasionase, y observando la mas estricta disciplina.

En la misma noche del 27 de Agosto, otro correo llevó al general Marmont la orden de ponerse en movimiento con 20,000 hombres y 40 piezas de artilleria bien servidas, de seguir las márgenes del Rhin hasta Maguncia, y de dirigirse por Maguncia y Francfort á Wurtzburgo. Dicha orden debia llegar á Utrech el 30 de Agosto. Como el general Marmont se hallaba ya prevenido, podia ponerse en marcha el 1.º de Setiembre, llegar á Maguncia del 15 al 16, y á Wurtzburgo del 18 al 19. De este modo, los dos cuerpos de Hannover y de Holanda debian hallarse en medio de los principados franconianos del elector de Baviera del 18 al 20 de Setiembre, presentando una fuerza de 40,000 hombres. Habíase recomendado al Elector que si los austriacos le violentaban, se refugiase en Wurtzburgo, donde estaba seguro de encontrar un abrigo preparado para su persona y para su ejército.

Finalmente, el mismo 27 por la noche se espidieron las órdenes para los campamentos de Ambleteuse, de Boloña y de Montreuil, órdenes que debian ponerse en ejecucion el 29 de Agosto por la mañana. El primer dia debian partir por tres distintos caminos las primeras divisiones de cada cuerpo; el segundo las segundas divisiones y el tercero las úl-

Marcha prescrita á los cuatro cuerpos acampados en los alrededores de Boloña.

timas. Seguíanse, pues, unas á otras con veinte y cuatro horas de distancia. Los tres caminos indicados eran: para el campamento de Ambleteuse Casal, Lila, Namur, Luxemburgo, Dos Puentes, y Manheim; para el campamento de Boloña Saint-Omer, Douai, Cambray Mézières, Verdun, Metz y Spira; para el campamento de Montreuil, Arras, La Fère, Reims, Nancy, Saverne y Strasburgo. Necesitándose veinte y cuatro días de marcha, el ejército podía hallarse á las márgenes del Rhin entre Manheim y Strasburgo del 21 al 24 de Setiembre; y esto bastaba para que llegase á tiempo, porque queriendo los austriacos guardar cierta reserva, á fin de sorprender mejor á los franceses, permanecían en el campamento de Wels cerca de Lintz, y no podían estar en línea antes que Napoleon. Por otro lado, mientras mas se adelantaran hácia el Danubio superior mas se aproximarian á la frontera de Francia entre el lago de Constanza y Schaffouse, y Napoleon tendria mas probabilidades de envolverlos. Oficiales enviados con fondos á todos los caminos que debían recorrer las tropas, estaban encargados de hacer que se preparasen viveres en todos los puntos de etapa, y se habia dispuesto por órdenes formales, y reiteradas muchas veces, como todas las que daba Napoleon, que se suministrase á cada soldado un capote y dos pares de zapatos.

Para guardar mas profundamente su secreto que solo era conocido de Berthier y de M. Daru, Napoleon dijo públicamente que enviaba 30,000 hombres al Rhin. Asi lo escribió tambien á la mayor parte de sus ministros; y no fue mucho mas franco con M. de Marbois, limitándose á prevenirle que reuniese en las cajas de Strasburgo todos los fondos que pudiese, cuya novedad se esplicaba suficientemente con la noticia del envio á Alsacia de los 30,000 hombres. Ordenó á M. Daru que partiése al momento para Paris, y que avistándose con M. Dejean, ministro encargado en el material de la guerra, espidiese por sí mismo todas las órdenes accesorias para que el ejército se pusiese en marcha, sin dar noticia de estas cosas á ninguno de sus dependientes. Napoleon creyó prudente permanecer seis ó siete dias mas en Boloña para engañar mejor al público acerca de sus proyectos.

Como todos estos cuerpos iban á atravesar la Francia, excepto el del mariscal Bernadotte, que debia presentarse en Alemania como un

cuerpo destinado á volver á pasar la frontera, necesitábase que estuviesen ya en marcha para dar noticias de su presencia, que estas noticias se trasmitiesen á Paris, y de Paris al extranjero, y que transcurriesen muchos dias antes que el enemigo supiese que se habia levantado el campamento de Boloña. Ademas pudiendo esplicarse la noticia de estos movimientos por el envio, que no se ocultaba, de 30,000 hombres al Rhin, dejaria en duda los espíritus mas previosores; por todo lo cual habia gran probabilidad de que el ejército se hallase junto al Rhin, el Neckar ó el Mein, cuando aun se le supondria á orillas del Canal de la Mancha. Napoleon mandó al mismo tiempo salir á Murat, y á sus ayudantes de campo Savary y Bertrand, para Franconia, Suabia y Baviera, con órdenes de explorar todos los caminos que conducen del Rhin al Danubio, de observar la naturaleza de cada uno de ellos, las posiciones militares que tuviesen, los recursos que presentasen, y finalmente todos los puntos convenientes para pasar el Danubio. Murat debia viajar bajo un nombre supuesto, y concluida su exploracion volver á Strasburgo, á fin de tomar el mando de las primeras columnas que llegasen al Rhin.

Para que los austriacos permaneciesen por mas tiempo ignorando sus resoluciones, Napoleon mandó á M. de Talleyrand no diese curso al manifiesto destinado al gabinete de Viena, que tenia por objeto intimarle que se esplicase definitivamente. Solo aguardaba mentiras en contestacion á estas intimaciones, y por lo que hace á convencerlo de doblez á la faz de la Europa, bastábale hacerlo en el momento de romper las hostilidades. A fin de negociar una alianza con el gran duque de Baden envió á Carlsruhe al general Thiard, que desde la vuelta de los emigrados se hallaba al servicio de Francia; y dirigió ofrecimientos de igual naturaleza al Wurtemberg, alegando que preveia la guer-

Tómanse precauciones para que no se conozca hasta lo mas tarde que sea posible la marcha del ejército.

Negociaciones con Baden, Wurtemberg y Baviera.

ra, si había de juzgar por los preparativos del Austria, pero sin decir en qué punto estaba pronto á comenzarla. Solo al Elector de Baviera confió todo el secreto de sus proyectos. Vacilando este desgraciado príncipe entre el Austria que era su enemiga, y la Francia que era su amiga, pero la una próxima, la otra retirada, recordando también que en las guerras anteriores, había sido constantemente hollado por los unos y los otros, así como enteramente olvidado en la paz, no sabía á cual de los dos poderosos rivales había de adherirse. Comprendía muy bien que si se unía á la Francia, podía esperar un aumento de territorio, pero ignorando aun que se había levantado el campamento de Boloña, veía á la Francia, en la época de que se trata, enteramente ocupada de su lucha contra la Inglaterra, y que por lo tanto, aunque fuese importunada por sus aliados de Alemania, no se hallaba en estado de socorrerlos. Así, no cesaba de hablar de alianza á nuestro ministro M. Otto, sin atreverse á concluir ninguna. Pero en breve cambió este estado de cosas, á consecuencia de las cartas que Napoleón escribió directamente al elector, anunciándole (con la prevención de que era un secreto de estado que confiaba á su honor) que aplazaba sus proyectos contra la Inglaterra, y marchaba inmediatamente con 200,000 hombres al centro de Alemania.—Sereis socorrido á tiempo, le decía, y vencida la casa de Austria, se verá obligada á formaros un Estado considerable con los restos de su patrimonio.—Napoleón procuraba ganarse este Elector que tenía 25,000 soldados bien organizados, y almacenes muy bien provistos; y arrancar estos 25,000 soldados á la coalición, agregándoselos á sí, era una ventaja muy importante. Por lo demás, el secreto no peligraba, porque aquel príncipe odiaba verdaderamente á los austriacos; y una vez tranquilizado, nada le parecía mejor que unirse á la Francia.

En seguida se ocupó Napoleón del ejército de Italia.

Mandó que se reuniesen bajo los muros de Verona las tropas diseminadas entre Parma, Génova, el Piamonte y la Lombardia. Relevó del mando de estas tropas al general Jourdan, guardando empero á este persona-

ge, que estimaba, las mayores consideraciones; y prometiéndole darle un mando en el ejército del Rhin, donde siempre había combatido. El carácter de Jourdan no se hallaba al nivel de las circunstancias, y además casi no conocía el país comprendido entre el Pó y los Alpes. En su lugar nombró á Massena, mandándole que partiese sin demora. La distancia á que se hallaba la Italia, hacía poco peligroso que se divulgasen estas órdenes, porque el conocimiento de ellas no podía ser sino tardío.

Tomadas todas estas disposiciones dedicó el tiempo que todavía debía pasar en Boloña, prescribiendo él mismo las precauciones mas minuciosas, á fin de poner á la flotilla al abrigo de todo ataque de parte de los ingleses. Era muy natural pensar que estos se aprovecharían de la partida del ejército para intentar un desembarco é incendiar el material acumulado en las dársenas. Napoleón que no renunciaba á volver en breve á las costas del Océano después de una guerra honrosa, y que por otra parte no quería que le hiciesen un ultraje tan grave como el que le incendiasen la flotilla, ordenó á los ministros Decrès y Berthier que tomasen las precauciones siguientes: A las divisiones de Boloña debían unirse las de Etaples y de Wimereux, y anclar todas en el interior del fondeadero del Liana fuera del alcance de los proyectiles enemigos. No pudiéndose hacer otro tanto con la flotilla holandesa que estaba en Ambleteuse, se ordenó todo de manera, que las tropas estacionadas en Boloña pudiesen acudir en dos ó tres horas á aquel punto. Unas redes de especie particular enlazadas á anclas muy fuertes impedían la introducción de las máquinas incendiarias que bajo la forma de cuerpos flotantes pudieran lanzar los enemigos.

Dejáronse en Boloña tres regimientos incluidos sus terceros batallones, y además doce tercetos batallones de los regimientos que habían partido para Alemania. Con los marineros pertenecientes á la flotilla se formaron quince batallones de mil hombres cada uno. Suministráronseles fusiles, y se les dieron oficiales de infantería para instruirlos. Es-

Precauciones que toma Napoleón antes de dejar á Boloña, para poner á la flotilla al abrigo de todo ataque.

tos marineros debían alternativamente hacer su servicio á bordo de los buques que permanecían á la vela, ó en torno de los que estaban varados en el puerto. Esta reunion de tropas de tierra y de mar presentaba una fuerza de treinta y seis batallones, mandada por generales y un mariscal, el mariscal Brune, el mismo que en 1799 habia arrojado á la mar á los ingleses y á los rusos. Napoleon mandó que se construyesen algunas fortificaciones al rededor de Boloña, para cubrir la flotilla y los inmensos almacenes que habia formado. Quiso tambien que en cada puerto fortificado hubiese un oficial escogido permanentemente, á fin de que respondiese de su seguridad, y estudiase sin cesar en los medios de perfeccionar la defensa.

En seguida encargó á M. Decrès y al mariscal Berthier que reuniese á los oficiales de la flotilla y del ejército, y les explicasen la importancia del puesto confiado á su honor. Tambien debían consolarlos del sentimiento que les causara el permanecer en la inaccion mientras que sus compañeros iban á combatir; prometiéndoles que serian destinados á su vez, y que en breve tendrian la gloria de concurrir á la expedicion de Inglaterra; porque Napoleon, despues de haber castigado al continente por su agresion, volveria á las playas de la Mancha, acaso en la primavera siguiente.

Napoleon presencia la partida del ejército.

tad podrá formarse

Alegria de los soldados al saber que marchan para una gran guerra.

cinco años que no combatian, y dos y medio que aguardaban en vano una oportunidad para pasar á Inglaterra. Asi, pues, tanto los visos como los veteranos, iguales ya todos ellos, por la vida uniforme que unos y otros habian hecho durante tanto tiempo; confiando en sus oficiales, entusiasmados con el jefe que debia conducirlos á la victoria, esperando grandes recompensas bajo un régimen que habia elevado al trono á un soldado afortunado; animados, en fin, del sentimiento que en aquella época habia reemplazado á los demas, el

amor á la gloria, todos, veteranos y visos ansiaban la guerra, los combates, los peligros, las expediciones lejanas. Habian vencido á los austriacos, prusianos y rusos, despreciaban á todos los soldados de la Europa, y no podian imaginarse que hubiese en el mundo un ejército capaz de resistirles. Acostumbrados á los trabajos, como verdaderas legiones romanas, veian sin asombro los largos caminos que debian conducirlos á la conquista del continente. Partian cantando y gritando *viva el Emperador!* y pidiendo llegar cuanto antes á las manos con los enemigos. Sin duda, en aquellos corazones animosos se albergaba menos patriotismo que en el de los soldados de 92: habia mas ambicion, pero una ambicion noble, la de la gloria, la de las recompensas adquiridas legitimamente, y la confianza, el desprecio de los peligros y de las dificultades, que constituyen al soldado destinado á grandes cosas. Los voluntarios de 92 querian defender su patria contra una invasion injusta; los aguerridos soldados de 1805 querian hacerla la primera potencia de la tierra. No establezcamos distinciones entre tales sentimientos: si es noble y patriótico acudir á la defensa de su pais cuando este se ve en peligro, tambien lo es sacrificarse por su grandeza y gloria.

Despues de haber

presenciado la marcha de su ejército, Napoleon partió de Boloña el 2 de Setiembre y llegó el

3 á la Malmaison. Nadie conocia sus resoluciones: creíasele ocupado aun de sus proyectos contra Inglaterra; inquietaban á todos las intenciones del Austria, y se esplicaba el movimiento de tropas, que empezaba á divulgarse, por la marcha, ya publicada de los 30,000 hombres que debian vigilar á los austriacos en el Rhin superior.

No conociendo el público exactamente los hechos, ignorando hasta qué punto

la intriga inglesa habia estrechado los nudos de la nueva coalicion, criticaba á Napoleon de haber exasperado al Austria, colocando sobre su cabeza la corona de Italia, incorporando á Génova al imperio, y dando á la princesa Elisa

Setiembre de 1805.

Napoleon regresa á Paris.

Disposicion del público respecto á la persona de Napoleon.

la soberanía de Luca. Admirábanle siempre, conceptuábanse afortunados en vivir bajo un gobierno tan firme y justo como el suyo, pero criticábanle su excesiva afición á la guerra. Nadie creía que esta fuese funesta, dirigiéndola un capitán como él; pero se oía hablar del Austria, de la Rusia, de la Prusia y de una parte de la Alemania, que estaban á sueldo de la Inglaterra; ignorábase si esta nueva lucha sería de corta ó larga duración, y se recordaban involuntariamente las angustias de las primeras guerras de la Revolución. No obstante, la confianza dominaba todas estas zozobras; pero no por eso dejaba de oírse generalmente un leve murmullo de desaprobación, que no pasaba desapercibido á los finos oídos de Napoleon.

Lo que contribuía sobre todo á hacer mas penosas las sensaciones que experimentaba el público, era el estremado apuro en que se encontraba la Hacienda, producido por diversas causas. Napoleon habia persistido en su proyecto de no contraer ningun empréstito. «Mientras yo viva», escribía á M. de Marbois, «no pondrá en circulación ninguna clase de papel.» (Milan 18 de Mayo de 1805). En efecto, aun duraba el descrédito producido por los asignados, por los mandatos y por todas las emisiones de papel; y por poderoso y temible que fuese entonces el Emperador de los franceses, no hubiera podido hacer que se aceptase una renta de 5 por ciento por un capital de mas de 50; lo cual hubiera constituido un empréstito á 10 por 100. Graves embarazos, resultaban de esta situación, porque el país mas rico no bastaría á soportar las cargas de la guerra, sin echar sobre el porvenir una parte de ellas.

En otra ocasión hemos dado á conocer el estado de los presupuestos. El del año XII (Setiembre de 1803 á Setiembre de 1804) valuado en 700 millones de francos (2625 de reales) sin los gastos de recaudación, se habia aumentado hasta 762 millones de francos (2858 de reales). Afortunadamente y merced á la prosperidad pública, no interrumpida por la guerra bajo un gobierno poderoso, los impuestos habian tenido un aumento de unos 40 millones

de francos (150 de reales) en el cual figuraban 18 millones como producto del encabezamiento, y 16 como producto de Aduanas. Quedaba, pues, un déficit de veinte y tantos millones de francos.

El presupuesto del año XIII (Setiembre de 1804 á Setiembre de 1805) que concluía en aquel momento, presentaba un déficit mayor aun. Hallándose concluidas en gran parte las construcciones navales, se habia creído en un principio que los gastos de este presupuesto podrían ser muy reducidos. Aunque el del año XII habia ascendido á 762 millones, se habia creído reducir el del año XIII á una cantidad de 684 millones de francos (2565 de reales). Pero los meses transcurridos habian manifestado que se necesitaban mensualmente unos 60 millones, lo que suponía un presupuesto de gastos anual de 720 millones de francos (2700 de reales.) Para hacer frente á estos gastos tenia el gobierno el importe de las contribuciones, que produciendo en 1801 500 millones de francos (1875 de reales) se habian aumentado, á efecto del bien estar general y sin hacer ningun cambio en las tarifas, á 560 millones de francos (2100 de reales); las contribuciones indirectas que habian producido aquel año 25 millones de francos, y los donativos voluntarios de los comunes y de los departamentos, convertidos en céntimos adicionales, que proporcionaban como otros veinte millones; todo esto componia sobre poco mas ó menos la cantidad de 600 millones de ingresos permanentes. Asi, pues, para completar el presupuesto del año XIII se necesitaban aun 120 millones de francos, (450 de reales) debían proporcionar una parte de estos los 22 del subsidio italiano; pero el subsidio español de 48 millones habia cesado en Diciembre de 1804, á consecuencia de la brusca declaración de guerra que la Inglaterra habia hecho á España: de modo que sirviendo esta potencia con sus escuadras á la causa comun, no debía servirla con sus tesoros. Los fondos americanos, producto de la cesión de la Luisiana, habian sido consumidos. Para suplir estos recursos se habia añadido á los 22 millones del subsidio italiano una cantidad de 36 en nuevas fianzas, especie de empréstito, cuyo mecanismo hemos

Presupuesto del año XIII.

explicado en otro lugar; otros 20 millones ademas producto de la enagenacion de bienes nacionales, y finalmente algunos reembolsos de débitos del Piamonte que ascendian á 6 millones. Todo esto reunido con las contribuciones ordinarias hacia 684 millones; de suerte que se necesitaban solo 36 á 40 millones (135 á 150 millones de reales) para cubrir el total de 720, á que subia el presupuesto.

Habia, pues, un déficit de 20 millones del año XII y otro de 40 del año XIII; mas no era esto todo. Poco perfeccionado aun el sistema de contabilidad, no manifestando, como en la actualidad todos sus pormenores al primer golpe de vista, se acababan de descubrir otros gastos no satisfechos, y en la recaudacion algunos valores ficticios, pertenecientes á los presupuestos anteriores, lo que constituia un nuevo cargo de 20 millones. Reunidos estos diversos déficits, 20 millones del año XII, 40 del año XIII y 20 del reciente descubierta, podia valuar-se en unos 80 millones de francos (300 de reales), el atraso que empezaba á formarse desde la renovacion de la guerra.

Empieza á formarse un atraso de unos 80 millones de francos.

Medios para hacer frente á este atraso.

Para cubrir este atraso se habian empleado ya diferentes medios. En primer lugar el gobierno era deudor á la caja de amortizacion. Se debian haber reembolsado á esta caja, á razon de 5 millones al año, las fianzas de que se habia servido el gobierno. Tambien se le debian haber devuelto, á razon de 10 millones al año, los 70 del valor de los bienes nacionales, que la ley del año XI le habia asignado para compensar el aumento de la deuda pública. Nada de esto se habia cumplido. Verdad es que le habian garantizado el pago en bienes nacionales, y que la caja no era un acreedor muy exigente. A fines del año XIII (Setiembre de 1805) le debia el tesoro unos 30 millones de francos (113 de reales).

Habianse encontrado algunos otros recursos mejorando varios ramos del servicio del tesoro. Si el Estado no inspiraba en general grande confianza bajo el aspecto rentístico, ciertos agentes de la hacienda inspiraban mucha en

el círculo de sus servicios. Así, el cajero central del tesoro, establecido en París, encargado de todos los movimientos de los fondos entre París y las provincias, ponía en circulacion por sí mismo, ó por sus agentes corresponsales, rentas que eran siempre satisfechas al punto, porque los pagos se ejecutaban con mucha exactitud, aun en medio de los apuros que se locaban. Esta especie de banco habia podido poner en circulacion hasta 15 millones de rentas, que se aceptaban como dinero contante.

Finalmente una mejora verdadera verificada en el servicio de los recaudadores generales habia proporcionado un recurso casi igual al anterior. Para las contribuciones directas, impuestas sobre las tierras y los edificios, cuyo valor era conocido de antemano, y el vencimiento fijo como una renta, se hacia suscribir á los recaudadores créditos pagaderos mes por mes en su caja, bajo el título tantas veces repetido de *Obligaciones de los recaudadores generales*. Pero para las contribuciones indirectas que se recaudaban de un modo irregular, según y conforme se hacen los consumos ó las transacciones sobre que descansan aquellos, aguardábase que el producto se realizase, para librar contra los recaudadores generales libranzas sobre cantidades fijas, con el nombre de *Bonos á la vista*; de modo que dichos recaudadores tenian en su poder esta parte de los fondos del estado por espacio de unos cincuenta dias. Establecióse que en lo sucesivo todos los meses libraría el tesoro contra ellos por valor de las dos terceras partes de la cantidad conocida de las contribuciones indirectas (dicha cantidad era de 190 millones de francos) y que la otra tercera parte quedaria en su poder para hacer frente á las variaciones de las entradas, y no llegaría al tesoro sino por el medio antiguamente acostumbrado de los *Bonos á la vista*.

Este nuevo y mas activo medio de recaudacion de una parte de los fondos del estado, equivalia á un socorro de unos 15 millones de francos.

Así, pues, siguiendo la deuda con la caja de amortizacion, creando las rentas del cajero central del Tesoro, y activando la entrada de ciertos fondos, se habian proporcionado un recurso de unos sesenta millones. Suponiendo el déficit de 80 á 90, todavia faltaban para

estinguirle unos 30. A esta falta se habia hecho frente, ya atrasándose con los asentistas, es decir con la famosa compañía de los *Comerciantes reunidos*, cuyos suministros no se pagaban con exactitud, ya descontando de antemano una cantidad mayor de la que se debía, de *Obligaciones de los recaudadores generales*.

Napoleon que no queria empeñarse mucho en esta senda de atrasos, habia imaginado durante su permanencia en Italia, una operacion, que á su entender no tenia nada de comun con la emision de papel. De los 300 ó 400 millones de bienes nacionales existentes en 1800, no quedaba nada en 1805, y no porque se hubiesen gastado, sino al contrario, porque con el objeto de conservarlos, se habian aplicado á las dotaciones de la Caja de Amortizacion, del Senado, de la Legion de Honor, de los Inválidos y de la Instruccion pública. Las pequeñas porciones que aun figuraban en los presupuestos, componian un último resto que se entregaba á la caja de Amortizacion en descuento de lo que se la debía y no se la pagaba. Napoleon ideó de quitar á la Legion de Honor y al Senado los bienes nacionales que les habia asignado, darles en su lugar rentas, y disponer de estos bienes en una operacion con los asentistas. En efecto, en cambio de los bienes inmuebles quitados al Senado y á la Legion de Honor, se les dieron rentas; y para compensar la diferencia, por cada 1000 francos de producto en tierras se les concedieron 1750 en rentas; teniendo de este modo el Senado y la Legion de Honor un aumento de dotacion anual. Recobrándose en seguida los bienes nacionales se empezó á entregarlos á los asentistas á un precio convenido. Obligados estos á recurrir á los capitalistas, que les prestaban los fondos que les eran necesarios, encontraban en los bienes inmuebles una prenda con ayuda de la cual aumentaban su crédito y se proporcionaban el medio de continuar su servicio. Encargóse de toda esta operacion á la caja de Amortizacion, y esta tomó sobre las rentas desempeñadas la cantidad necesaria para indemnizar al Senado y á la Legion de Honor. El Estado á su vez debió compensar á la caja, creando á su favor una cantidad de rentas igual á la de que acababa de despojarse. Con todos estos diversos expedientes,

legítimos los unos como las mejoras en el servicio, sensibles los otros como los atrasos en los pagos á los asentistas y el haberse tomado los bienes cedidos ya á varios establecimientos, se habia logrado hacer frente al déficit que resultaba de dos años á aquella parte. En nuestra época la deuda flotante, á la que se provee con los *Bonos reales* permitiria soportar una carga cuatro ó cinco veces mas considerable.

Los apuros de semejante situacion hubieran sido menos, si la del comercio no hubiera sido tan mala. En 1802, creyendo los comerciantes franceses que la paz marítima duraria, se habian comprometido en operaciones considerables y mandado expediciones á todos los paises. La conducta violenta de la Inglaterra, persiguiendo nuestro pabellon antes de preceder ninguna declaracion de guerra, les habia causado pérdidas inmensas. Muchas casas habian disimulado sus apuros, y resignándose á grandes sacrificios, y ayudándose con su crédito las unas á las otras, habian podido soportar el primer golpe. Pero el nuevo sacudimiento, resultado de la guerra continental, debia completar su ruina. Ya empezaban las quiebras en las principales plazas de comercio, y esto producía una turbacion general. No era esta la única causa de entorpecimiento en los negocios. Desde la ^{Falta de numerario.} caida de los asignados, aunque el numerario habia vuelto á aparecer, siempre habia sido insuficiente por una causa fácil de concebir. Aunque desacreditado el papel moneda desde el primer dia de su emision, habia hecho, sin embargo, el oficio de numerario en una parte de los cambios, y alejado de Francia una parte de las especies metálicas. La prosperidad pública, restaurada de improviso bajo el Consulado, no habia sin embargo durado lo bastante para atraer el metálico que habia salido del pais. Faltaba en todas las transacciones, y el proporcionárselo era uno de los constantes cuidados del comercio. El Banco de Francia que habia tomado un rápido desarrollo, porque suministraba por medio de sus billetes, perfectamente acreditados, un suplemento de numerario, podia apenas mantener en sus cajas una cantidad en

Penosa situacion del Comercio.

metálico proporcionada á los billetes que tenia en circulacion. Bajo este aspecto habia hecho esfuerzos laudables, y es-traído de España una enorme cantidad de pesos fuertes. Por desgracia, la compra de los géneros coloniales, absorbía casi todo el numerario que se podia reunir. En otros tiempos, es decir, en 1788 y 1789, cuando poseíamos á Santo Domingo, la Francia estraía de sus colonias en azúcar, café y otros productos coloniales hasta 220 millones de francos al año, de los cuales consumía 70 ú 80, y esportaba hasta 150 particularmente bajo la forma de azúcar refinado. Si se calcula la diferencia de valores entre una y otra época, diferencia de una mitad á lo menos, se juzgará cuan inmenso era el manantial de prosperidad que se habia secado. Era menester buscar fuera de la Francia y recibir de nuestros propios enemigos los géneros coloniales, que veinte años antes vendíamos á toda la Europa. Una considerable parte de nuestro numerario pasaba á Hamburgo, Amsterdam, Génova, Liorna, Venecia y Trieste para pagar los azúcares y café que los ingleses hacían entrar en aquellos puertos por medio del comercio libre ó del contrabando; y enviábase á Italia mucho mas de los 22 millones que nos pagaba este pais. Todos los comerciantes de entonces se quejaban de semejante estado de cosas, siendo objeto de las discusiones diarias que sustentaban en el Banco los comerciantes mas ilustrados de Francia.

Toda la Europa tenia por costumbre pedir á la España metálico; y ésta célebre nacion, á la cual Cristobal Colon habia proporcionado siglos de rica y fatal ociosidad, abriéndole las minas de la América, se habia dejado empobrecer á fuerza de ignorancia y de desórden. Agregándose á las desgracias de la guerra las de una mala administracion, era en aquella época la potencia que se veia en mayores apuros, dando el espectáculo, siempre tan triste, del rico reducido á la miseria. Los galeones apresados por la marina inglesa no solo la hacían falta á ella sino tambien á toda la Europa. Aunque estaba prohibida en la Peninsula la estraccion del metálico, la Francia sacaba mucho por medio del contrabando, y los paises confinantes á la Francia, lo estraían

muy á menudo de ésta por el mismo medio. Este ilícito comercio estaba tan establecido y estendido como si fuese lícito, pero en dicha época habia venido muy á menos, por la interrupcion de las remesas de América; y, ¡cosa singular! hasta la misma Inglaterra sufría por esta falta, pues acostumbrada á sacar el dinero de Francia y de España, sufría la escases general, de la cual ella misma era causa. El dinero que se acumulaba en las tesorías de los gobernadores españoles de Méjico y del Perú ya no venia á Cádiz, ni á Bayona, ni á Paris, ni á Lóndres. Faltaba á la Inglaterra metálico para atender á todas sus necesidades, pero sobre todo para pagar á la coalicion europea, porque los géneros coloniales y las mercaderías que suministraba, ya á la Rusia, ya al Austria, no bastaban á cubrir los subsidios que se habia comprometido á proporcionarles. El mismo M. Pitt habia alegado esta razon para suspender á las potencias coligadas una parte de las cantidades que exigian. Despues de haber dado casi por nada á los coligados enormes cantidades de azúcar y de café, el gabinete británico les remitía, en vez de dinero, billetes del banco de Inglaterra. Acabábase de encontrar muchos de estos en poder de los oficiales austriacos.

Tales eran las principales causas de la miseria del comercio y de la Hacienda. Si la compañía de los *Comerciantes reunidos*, que hacia entonces todos los negocios del Tesoro, como el abastecimiento de viveres, el descuento de las obligaciones, y el descuento del subsidio español, se hubiera limitado al servicio de que estaba encargada, hubiera podido, aunque con trabajo, soportar todo este peso. Ya no encontraba quien le descontase á $\frac{1}{2}$ por 100 al mes (6 por 100 al año) las obligaciones de los *recaudadores generales*; y era mucho que hallase capitalistas que se las descontasen á ella misma á $\frac{3}{4}$ por 100 al mes (9 por 100 al año) lo cual la esponía á una pérdida enorme. Sin embargo, transigiendo el tesoro con ella é indemnizándola de la usura que ejercian los capitalistas, hubiera tenido el medio de facilitarle la continuacion de su servicio. Pero su director, M. Ouvrard, habia basado sobre

Se extienden tambien á Inglaterra los apuros producidos por la falta de metálico.

Especulacion imaginada por la compañía de los *Comerciantes reunidos*.

esta situacion un plan inmenso, seguramente muy ingenioso, y tambien muy ventajoso, si al mérito de la invencion se hubiese agregado el mérito mas indispensable todavia de la precision del cálculo. Como ya dijimos los tres socios que formaban la compañía de los *Comerciantes reunidos* se habian dividido entre si los negociados. M. Desprez, antiguo dependiente de hacienda, que se habia enriquecido por su rara habilidad en la negociacion del papel del Estado, estaba encargado de descontar los valores del Tesoro. M. Vanlerberghe, persona muy entendida en el comercio de trigo, era el encargado de la provision de víveres; y M. Ouvrard, el mas alevado de los tres, y el mas fértil en recursos, se habia reservado las grandes especulaciones. Habiendo éste aceptado de la Francia los valores con que España pagaba su subsidio, y prometido descontarlos, lo cual agradó mucho á M. de Marbois, habia concebido la idea de entablar grandes relaciones con España, con esta soberana de Méjico y del Perú, por cuyas manos pasaban los metales que eran objeto de la ambicion universal. Con este fin se habia trasladado á Madrid, donde encontró una corte afligida por la guerra, por la fiebre amarilla, por una horrorosa carestía, y por las exigencias de Napoleon, de quien era deudora. Nada de esto habia parecido sorprender ni embarazar á M. Ouvrard. La facilidad con que todo lo vencia y las seguridades que daba sedujeron á la gente antigua que reinaba en el Escorial, asi como habian seducido al mismo M. de Marbois, proporcionándole los recursos que este no sabia encontrar. En primer lugar ofreció satisfacer por ella el subsidio que debia á la Francia por finiquito de 1803 y todo el año de 1804, lo cual era un alivio que la venia muy á propósito; y ademas le proporcionó algun dinero, que necesitaba. Habíase encargado ademas de importar trigo á los puertos de España, y suministrar los víveres que necesitaban las escuadras españolas. La corte de España habia admitido estos servicios con el mayor reconocimiento. M. Ouvrard habia escrito inmediatamente á Paris, y merced á M. de Marbois, cuyo favor poseia, habia obtenido el permiso, de esportar de Francia para España al-

gunos cargamentos de trigo. Estas llegadas imprevistas habian puesto término á la falta de granos en la Península, cesando en su consecuencia la carestía, debida mas bien á la elevacion facticia de los precios que á la falta de cereales. Asi, pues, M. Ouvrard habia aliviado, como por encanto, las miserias del pueblo español; y por cierto no se necesitaba tanto para seducir y ganar al gobierno poco ilustrado de España.

Ocúrrese naturalmente preguntar, con qué recursos contaba la corte de Madrid para remunerar los servicios que

Convenio entre la compañía de los *Comerciantes reunidos* y la corte de España.

la prestaba M. Ouvrard. El medio para esto era muy sencillo. M. Ouvrard queria hacerse cargo de estraer los pesos fuertes de Méjico; y, en efecto, obtuvo el privilegio de sacarlos de las colonias españolas al precio de 3 francos 75 céntimos cada uno, cuando en Francia, Holanda y España valian 5 francos al menos. Este era un beneficio extraordinario, pero muy merecido, si M. Ouvrard lograba burlar la vigilancia de los cruceros ingleses, y transportar del nuevo mundo al antiguo, aquellos metales tan codiciados. Oprimida la España por la miseria, debia juzgar muy ventajoso el dar una cuarta parte de sus riquezas para realizar las otras tres. Los hijos de familia, ociosos y pródigos no tratan siempre tan ventajosamente con los administradores que los salvan de sus prodigalidades.

Mas, ¿cómo se habian de traer los pesos fuertes á despecho de M. Pitt y de las escuadras inglesas? He aquí la mayor dificultad que se presentaba, y que no arredró por cierto á M. Ouvrard, que pensó valerse para el efecto del mismo M. Pitt por medio de la mas singular de las combinaciones. Hallábase en relaciones con varias casas holandesas, particularmente con la de M. Hope, establecida á la vez en Holanda y en Inglaterra; y á esta pensó vender los pesos españoles, á un precio que aseguraba todavia á su compañía un beneficio bastante considerable. Tocaba, pues, á aquellas casas obtener de M. Pitt que los dejase venir de Méjico. Como M. Pitt necesitaba tambien metálico era posible

Medio ideado para traer dinero de Méjico.

que deseando proporcionárselo dejase pasar cierta cantidad, aun sabiendo que debía partirla con sus enemigos. Era este una especie de contrato tácito del cual debían ser intermediarias las casas holandesas asociadas á otras inglesas. La experiencia probó mas tarde, que este contrato era realizable, sino en todo en una parte. M. Ouvrard pensó tambien servirse de las casas americanas, las cuales con su delegacion, y gracia al pabellon neutral, podian ir á buscar los pesos fuertes á las colonias españolas para traerlos á Europa; pero era menester antes saber cuantos pesos dejaria pasar M. Pitt, y qué cantidad podrian transportar los americanos á favor de su neutralidad. Si hubiera habido tiempo, acaso hubiera salido bien semejante especulacion, y con ella se hubieran hecho servicios importantes á Francia y á España, proporcionando á la compañía abundantes y legítimos beneficios. Por desgracia la necesidad era cada vez mayor. Ademas de los 80 ó 90 millones de atraso á los cuales debia hacer frente el tesoro frances, debia unos 30 millones á la compañía de los *Comerciantes reunidos*, cantidad que le satisfacía con bienes inmuebles; y esto ya era una carga que pesaba sobre aquella. Por otro lado tenia que suministrar al tesoro frances el valor, á lo menos, de una anualidad del subsidio español, es decir de 40 á 50 millones; tambien debia descontarle las *obligaciones de los recaudadores generales*; y por último, tenia que satisfacer el importe de los trigos que habia enviado á los puertos de la península, y los viveres que habia proporcionado á las escuadras españolas. Semejante situacion no permitia esperar el éxito de especulaciones atrevidas y tardias; y mientras este éxito no llegase, la compañía se veia precisada para vivir á valerse de varios expedientes. Ya habia entregado en fianzas de préstamos los bienes que habia recibido en pago de lo que la adeudaba el tesoro; y habiendo logrado, merced á la complacencia de M. Marbois, apoderarse casi completamente de la cartera del Erario, sacaba de ella á manos llenas las *obligaciones de los recaudadores generales* que confiaba á los capitalistas en cambio de dinero á un premio usurario. Tambien

por el Banco de Francia, el cual llevado de la intimidacion con el gobierno, no negaba nada de lo que se reclamaba en nombre del servicio público. La compañía recibia el valor de dichos descuentos en billetes del Banco, y la situacion se resolvía desde entonces por una emision cada dia mas considerable de estos billetes. Pero el metálico no aumentaba en proporcion de la masa de billetes emitidos, de lo cual resultaba un verdadero peligro; y en breve el Banco iba á soportar en realidad el peso de los apuros de todo el mundo. Conociéndolo así algunos individuos del consejo de gobierno del Banco habian solicitado que se pudiese término á los socorros que se concedian á M. Desprez, representante de la compañía de los *Comerciantes reunidos*; pero otros individuos menos prudentes y mas patriotas, y entre ellos M. Pérégau, se habian declarado en contra de semejante proposicion, concediendo los socorros pedidos por M. Desprez.

El tesoro francés, el tesoro español y la compañía de los *Comerciantes reunidos* que les servia de lazo, se hallaban en el caso de esas casas apuradas que se prestan su firma, y se ayudan mutuamente con un crédito que no tienen. Mas es preciso reconocer que la menos apurada de estas tres casas asociadas era el tesoro francés, y que se veia expuesto á sufrir mucho de semejante comunidad de negocios; porque en realidad con solo sus recursos es decir con las *obligaciones de los recaudadores generales*, que descontaba el Banco, se hacia frente á todas las necesidades, y se alimentaban los ejércitos españoles del mismo modo que los franceses. Por lo demas nadie conocia el secreto de esta situacion extraordinaria. Hasta los asociados de M. Ouvrard cuyos compromisos con este jamas se han definido bien, aunque dichos compromisos hayan sido objeto de largos procesos, ignoraban toda la estension de la carga que iba á pesar sobre ellos. Sintiendo ya bastante apurados llamaban con instancia á M. Ouvrard, y habian alcanzado que M. de Marbois le ordenase volver inmediatamente á Paris. Poco á propósito M. de Marbois para juzgar por si mismo todos los pormenores de un gran manejo de fondos, engañado por un dependiente infiel, no sospechaba hasta qué punto estaban abandonados en manos de la compañía los recur-

Apurada situacion
del Banco.

parte de aquellas
mismas obligaciones

sos del Tesoro. El mismo Napoleon que atendia á todas partes con su infatigable vigilancia, no viendo en los presupuestos mas que un atraso real de unos sesenta millones, el cual se podia suplir con bienes nacionales y otros medios; ignorando la confusion que empezaba á haber entre las operaciones del Tesoro y las de los *Comerciantes reunidos*, no distinguia la causa verdadera de los apuros é inquietudes que empezaban á notarse. Atribuia el apuro en que todos se hallaban, á las falsas especulaciones del comercio frances, á la usura que procuraban ejercer los capitalistas; y se quejaba de esta clase de gentes de negocios, sobre poco mas ó menos como se quejaba de los ideólogos cuando encontraba en ellos ideas que le contrariaban. Pero de cualquier modo que fuese, no queria que por semejante estado de cosas sufriese retraso la ejecucion de sus órdenes. Habia pedido á Strasburgo 32 millones en especies, y lo habia hecho con tanto imperio que habia sido menester recurrir á medios extremos para encontrarlos. En Italia habia exigido otros 10 millones, y la Compañia, reducida á tomarlos en Hamburgo, los remitia á Milan, ya en plata ó en oro, atravesando el Rhin y los Alpes. Por otro lado, Napoleon esperaba haber descargado antes de quince ó veinte dias tales golpes que pudiesen término á todos los apuros.— Antes de quince dias, decia, habré batido á los rusos, á los austriacos y á los jugadores á la baja.—

Alistamiento y organizacion de las reservas.

Una vez obtenidos, bien ó mal, aquellos recursos, se ocupó de la conscripcion y organizacion de la reserva. Dividiase entonces el contingente anual en dos mitades de á 30,000 hombres, llamada la primera para el servicio activo, y destinada la segunda á permanecer en sus hogares, aunque con la obligacion de reunirse á sus banderas á la primera señal que diese el gobierno. Quedaba tambien por alistar una gran parte del contingente de los años IX, X, XI, XII y XIII, hombres todos ya formados y de los cuales podia disponer el gobierno por un decreto. Napoleon Hamó á todos; y quiso ademas adelantar el alistamiento del año XIV, comprendiendo en él los individuos que debian llegar á la edad requerida desde el 23 de Setiembre de

1805 al 23 de Setiembre de 1806; y como desde 1.º de Enero del entrante año iba á usarse de nuevo el calendario Gregoriano, hizo añadir á aquel alistamiento los jóvenes que llegasen á la edad legal desde el 23 de Setiembre al 31 de Diciembre de 1806. Asi, pues, resolvió comprender en un solo alistamiento de quince meses todos los conscriptos á quienes comprendiese la ley desde Setiembre de 1805 hasta Diciembre de 1806. Esta medida debia proporcionarle 80,000 hombres, muchos de los cuales contarian apenas veinte años. Pero no pensaba destinarlos desde luego á campaña; proponiase, si, instruirlos, agregándolos á los terceros batallones que componian el depósito de cada regimiento. Estos hombres tendrian asi uno ó dos años de tiempo para instruirse y fortalecerse, y al cabo de quince ó diez y ocho meses serian excelentes soldados, casi tan buenos como los del campamento de Bologna. Esta combinacion era buena á la vez para la salud de los hombres y para su instruccion militar, porque el quinto de edad de veinte años, si entra inmediatamente en campaña en breve va á fenecer en los hospitales. Sin embargo, este medio era solo posible para un gobierno que teniendo un ejército organizado dispuesto á hacer frente al enemigo, solo necesitaba del contingente anual para reserva.

No hallándose reunido el Cuerpo Legislativo, necesitándose tiempo para convocarlo, y no pudiendo Napoleon consentir tal dilacion, ideó dirigirse al

No hallándose reunido el Cuerpo Legislativo, se dirige al Senado para legalizar el alistamiento de la conscripcion.

Senado para el efecto, fundándose en dos motivos: el primero, la irregularidad del contingente que comprendia mas de doce meses y algunos conscriptos que no habian cumplido veinte años; y el segundo la urgencia de las circunstancias. Al obrar asi se obraba ilegalmente, porque el Senado no podia votar ni la contribucion de dinero ni la de sangre. Hallábase encargado de funciones de otro orden, tales como el impedir la adopcion de leyes inconstitucionales, llenar los vacios que presentase la Constitucion, y vigilar sobre los actos del gobierno tachados de arbitrarios. La votacion de las contribuciones y quintas solo perte-

necia al Cuerpo Legislativo. Infringir aquella Constitucion, ya tan flexible, era una falta, y descuidar tan facilmente la observacion de las formas era hacerla todavia mas ilusoria. Otra falta era tambien el no guardar mas consideraciones al Senado, al cual se acudia en todos los casos dificiles, indicando asi claramente que se contaba con su docilidad mucho mas que con la del Cuerpo Legislativo. Poco aficionado el archicanciller Cambacérès á los escesos del poder, cuando estos no eran muy indispensables, hizo sus observaciones, y sostuvo que al menos, para respetar las formas, se debia atribuir al Senado por una medida orgánica la votacion de los contingentes. Napoleon, que sin desconocer las miras de prudencia, las aplazaba para otra época cuando se veia apremiado por la necesidad, no quiso establecer una regla general, ni dilatar el alistamiento. En su consecuencia mandó formar para el efecto un senado-consulto, fundado en dos consideraciones extraordinarias: la irregularidad del contingente que comprendia mas de un año, y la urgencia de las circunstancias que no permitian aguardar la reunion del Cuerpo Legislativo.

Destino que se da á los guardias nacionales.

Asimismo pensó servirse de los guardias nacionales creados por las leyes de 1790, 1791 y 1795. Presentando esta tercera coaliccion todos los caracteres de las dos primeras, aunque los tiempos hubiesen cambiado, y no se mostrase la Europa tan contraria á los principios de Francia, aunque sí mucho mas enemiga de su grandeza, pensó que la nacion debia prestar á su gobierno un apoyo tan enérgico y unánime como lo habia hecho otras veces. No podia esperar el mismo arrebató é ímpetu, porque no subsistia el entusiasmo revolucionario; pero podia contar con la obediencia á la ley por parte de los ciudadanos, y con un profundo sentimiento de honor en aquellos que la ley llamase. Mandó, pues, la reorganizacion de los guardias nacionales, y para lograr que fuesen mas obedientes y disciplinados, hizo preparar un senado-consulto que le autorizase á proceder á su organizacion por medio de decretos imperiales. Determinó reservarse el nombramiento de los oficiales, y reunir en las companias de gra-

naderos y cazadores la parte mas jóven y valiente de la poblacion, que destinaba á la defensa de las plazas fuertes, y á ciertas reuniones de fuerzas accidentales en los puntos amenazados, tales como Boloña, Amberes y la Vendée.

Napoleon dispuso de todos estos diferentes elementos del modo siguiente. Cerca de 200,000 soldados marchaban á Alemania, 70,000 defendian la Italia, y 21 batallones de infanteria y 15 de Marina custodiaban á Boloña. Ya se ha visto que los regimientos se componian de tres batallones, dos de guerra y uno de depósito, con el encargo de recibir á los soldados enfermos ó convalecientes y de instruir á los conscriptos. Cierta número de estos terceros batallones habian sido destinados á Boloña, y los demas se establecieron desde Maguncia á Strasburgo. A estos tres puntos se mandaron los quintos atrasados de los años IX, X, XI, XII y XIII y los 80,000 conscriptos de 1806, los cuales debian ingresar en los batallones terceros para disciplinarse, y hacerse á las fatigas del servicio: los quintos de mas edad, luego que estuviesen instruidos, debian ser organizados en cuerpo de marcha, para llenar los vacios que dejase la guerra en las filas del ejército. Esta era una reserva de 150,000 hombres á lo menos, para guardar la frontera y asegurar el reemplazo del ejército. Los guardias nacionales debian apoyar esta reserva, y ser organizados en el Norte y en el Oeste para acudir á la defensa de las costas, y con especialidad para dirigirse á Boloña ó á Amberes, si los ingleses intentaban incendiar la flotilla ó destruir los astilleros construidos en el Escalda. Ya se habia dado el mando de Boloña al general Brune, y para mandar las fuerzas reunidas en Maguncia y Strasburgo se nombró á los mariscales Lefebvre y Kellermann; nombramientos todos que atestiguaban el esquisito tacto de Napoleon. El Mariscal Brune habia adquirido en 1799 la reputacion de que gozaba por haber rechazado un desembarco de los rusos é ingleses: los mariscales Lefebvre y Kellermann, soldados antiguos que habian recibido por premio de sus servicios una plaza en el Senado y el baston de mariscal honorario, eran muy á propósito para vigilar sobre la or-

Organizacion de los depósitos por medio de la conscripcion.

ganizacion de la reserva; mientras que sus compañeros de armas mas jóvenes harian la guerra. Al mismo tiempo, se derogaba con mucho tacto, la ley que prohibia á los senadores ejercer otros cargos públicos; ley que disgustaba mucho al Senado, y que como hemos dicho, quedaba derogada llamando á algunos de sus miembros á formar la retaguardia de la defensa nacional.

Tomadas todas estas disposiciones, el Senado.

Napoleon quiso presentar al Senado las medidas que acabamos de enumerar, y así lo verificó en una Sesión imperial celebrada en el Luxemburgo el 23 de Setiembre. En ella se espresó en términos precisos y firmes acerca de la guerra continental que acababa de sorprenderle, mientras se hallaba ocupado de la expedición de Inglaterra; de las explicaciones pedidas al Austria; de las respuestas ambiguas de esta corte, y de sus falsedades, puestas en evidencia, pues sus ejércitos habían pasado el Inn el 8 de Setiembre en el momento mismo en que mas protestas hacia de su amor á la paz. Excitó el patriotismo de la Francia, y prometió anonadar en breve aquella nueva coalición. Los senadores le dieron grandes muestras de asentimiento, aunque en el fondo de su corazón atribuyesen á las reuniones de Estados verificadas en Italia la nueva guerra continental. En las calles que el cortejo imperial tuvo

Indiferencia del pueblo de Paris

que recorrer desde el Luxemburgo á las Tullerías, el entusiasmo popular, comprimido por el sufrimiento fue menos expresivo que de costumbre. Notándolo Napoleon se resistió algo y manifestó al archicanciller Cambacérés su mal humor. Tachó de injusto al pueblo de Paris; pero habiendo tomado su partido, y prometiéndose excitar en breve gritos de entusiasmo, mayores y mas vivos que los que tantas veces habian resonado en sus oídos, dirigió su pensamiento, que no tenia tiempo de fijarse en ningún otro objeto, hácia los acontecimientos que se preparaban en las márgenes del Danubio. Necesitando partir al punto hizo un reglamento para la organización del gobierno durante su ausencia. Su hermano

Organización del gobierno en ausencia de Napoleon.

José recibió el encargo de presidir el Senado; y su hermano Luis en su calidad de condestable debía ocuparse del alistamiento del ejército y de la formación de los guardias nacionales. El archicanciller Cambacérés quedó encargado de la presidencia del Consejo de Estado. Todos los negocios deberían tratarse en un consejo compuesto de los ministros y de los grandes dignatarios, y presidido por el Gran elector José. También se dispuso que diariamente partiera un correo que llevase á Napoleon una noticia de cada negocio con la opinión personal del archicanciller Cambacérés, el cual temiendo que José Bonaparte que presidía el Consejo de Gobierno se resistiese del papel de crítico supremo que se atribuía á uno de los miembros de dicho consejo, lo hizo así presente á Napoleon; mas este le interrumpió diciéndole que no queria privarse de las observaciones y luces del hombre que mas apreciaba por su buen juicio, solo por contemplar vanidades. Así, pues, Napoleon persistió en su idea quedando en decidir las cuestiones, en vista de las observaciones que le hiciese el archicanciller, y remitirlas inmediatamente á Paris. Solo para los casos urgentes quedaba autorizado el Consejo á decidir sin conocimiento del Emperador, y á expedir las órdenes que cada ministro debía poner en ejecución bajo su responsabilidad personal. Se ve, pues, que Napoleon se reservaba decidir en todo, aun durante su ausencia, á la vez que encargaba al archicanciller Cambacérés de la vigilancia de su gobierno, mientras se hallase lejos del centro del Imperio,

Todos los que le rodeaban le vieron partir con sentimiento. Nadie poseía el secreto de su genio, y nadie sabia hasta qué punto haria que fuese la guerra breve. Temiase que fuera larga, y se sabia que habia de ser sangrienta. Preguntábanse qué seria de la Francia, si heria la cabeza del Emperador la bala que alcanzó al pecho de Turenna, ó la que rompió la frente de Carlos XII. Por otro lado, todos los que le conocian y rodeaban no podian dejar de quererle á pesar de su genio violento y absoluto. Así, pues, todos le vieron alejarse con un vivo pesar. Napoleon consintió que le acompañase hasta Strasburgo la Emperatriz, la cual cada

Napoleon parte para el ejército.

dia que pasaba se mostraba mas afectuosa y amante, á medida que mas temores la asaltaban respecto á la duracion de su enlace con él. Tambien llevó consigo al mariscal Berthier, ordenando á M. de Talleyrand siguiese á cierta distancia el cuartel general. Napoleon partió de Paris el 24 y llegó á Strasburgo el 26.

Llegada del ejército al centro de Alemania.

Con grande asombro de la Europa, el ejército que veinte dias antes se encontraba á orillas del Océano, se hallaba ya en el centro de Alemania en las márgenes del Mein, del Necker y del Rhin. En ningun tiempo se habia verificado una marcha mas rápida ni secreta. Por todas partes aparecían las cabezas de las columnas francesas, en Würtzburgo, Maguncia y Strasburgo. La alegría de los soldados era extremada, y cuando veían á Napoleon le acogían con los gritos mil veces repetidos de *Viva el Emperador!* Aquella multitud innumerable de tropas de infantería, artillería y caballería, reunidas de improviso; aquellos convoyes de viveres, y de municiones formados á toda prisa; aquellas largas hileras de caballos comprados en Suiza y en Suabia; todo aquel movimiento, en fin, de un ejército que nadie aguardaba algunos dias antes, y que aparecía de repente, presentaba un espectáculo sin igual, realizado por la presencia de una corte militar, á la vez severa y brillante, y por una inmensa afluencia de curiosos que acudían de todas partes á ver al Emperador de los franceses marchando para la guerra.

Esfuerzos de la coalicion para adelantarse á Napoleon.

La coalicion se habia apresurado por su parte, pero no se hallaba tan bien preparada como Napoleon, ni era tan activa, aunque animada de las pasiones mas ardientes. Las potencias coligadas habian convenido en llevar sus principales fuerzas hacia el Danubio, antes del invierno á fin de que Napoleon no pudiese aprovecharse de la dificultad de las comunicaciones, durante la mala estacion, para destruir al Austria, aislada de sus aliadas. En su consecuencia se habian comunicado todas las órdenes oportunas á fines de Agosto y principios de Setiembre. Al obrar asi los coligados creian estar mucho mas adelantados que Napo-

leon, y se lisonjearan de poder empezar las hostilidades en el momento que lo juzgasen oportuno. No esperaban hallar tan pronto á los franceses sobre el teatro de la guerra.

En los primeros dias de Setiembre se embarcaba para Stralsund un cuerpo ruso formado en Re-

Las fuerzas rusas, suecas é inglesas se reunen en Stralsund.

vel, compuesto de 16,000 hombres y mandado por el general Tolstoy. Habiale ya precedido á Stralsund otro de 12,000 suecos; y reunidos ambos cuerpos debían dirigirse por el Mecklemburgo á Hannover, y unirse allí á 15,000 ingleses desembarcados por el Elba en Cuxhaven. Todo esto formaba un ejército de 30,000 hombres destinado á verificar un ataque por el Norte; ataque que debia ser principal ó accesorio, segun determinase la Prusia unirse ó no á la coalicion.

Dos grandes ejércitos rusos de 60,000 hombres cada uno se adelantaban, el uno

Marcha de los dos grandes ejércitos rusos.

por la Galitzia al mando del general Kutusof, y el otro por la Polonia á las órdenes del general Buxhoevden. A este seguía la guardia rusa, fuerte de 12,000 soldados escogidos mandados por el archiduque Constantino. Al mismo tiempo se formaba en Wilna un ejército de reserva á las órdenes del general Michelson. El joven Emperador Alejandro, arrastrado á la guerra por una ligereza; bastante ilustrado para notar su falta, pero con poca resolucion para volverse atras ó para repararla por la energia de la ejecucion; el Emperador Alejandro, dominado sin confesarlo por cierto temor secreto, habia tardado mucho en decidirse á hacer los últimos preparativos. El cuerpo de Galitzia, que á las órdenes del general Kutusof debia acudir al socorro de los austriacos, no habia llegado á la frontera de Austria hasta últimos de Agosto. Tenia que atravesar la Galitzia de Brody á Olmütz, la Moravia de Olmütz á Viena, y la Austria y la Baviera de Viena á Ulma; y este camino era mucho mas largo que el que los franceses tenían que recorrer desde Boloña á Ulma, sin contar que los rusos no sabían salvar las distancias como los franceses. La Europa que ha visto marchar á nuestros soldados, sabe muy bien que jamas

se verificaron marchas mas rápidas. La prevision de Napoleon se cumplia, pues, y ya los rusos habian caido en falta.

El segundo ejército ruso, situado entre Viena y Cracovia en los alrededores de Pulawi, fuerte de 70,000 hombres con la guardia rusa, aguardaba la llegada del Emperador Alejandro, para recibir sus órdenes respecto á la Prusia. Este monarca antes de partir para el ejército de Polonia, habia querido presentarse en Revel el embarco de sus tropas; en seguida se habia trasladado á Pulawi, hermosa residencia de la ilustre familia de los Czartoryski, á corta distancia de Varsovia, y alli permanecia en casa de su jóven ministro de negocios extranjeros el principe Adam Czartoryski, para poderse comunicar desde mas cerca con la corte de Berlin.

Al lado de Alejandro se hallaba el principe Pedro Dolgorouki, oficial principiante en la carrera de las armas, ambicioso y vano, enemigo de la camarilla que formaban los ilustrados jóvenes que gobernaban el imperio, y hombre que solo procuraba persuadir al Emperador que aquellos jóvenes eran rusos infieles, que por los intereses de la Polonia hacian traicion á la Rusia.

Influencias diversas que rodean al jóven Czar. Alejandro daba al principe Dolgorouki mas de una probabilidad de buen éxito. Era falso que el principe Adam, uno de los hombres mas honrados que se han conocido, fuese capaz de hacer traicion á Alejandro. Pero odiaba la corte de Prusia, cuya debilidad tomaba por doblez; y deseaba por un sentimiento de nacionalidad que se cumpliese rigurosamente el proyecto de violentar aquella corte, si no se conformaba con las miras de la coalicion; que se rompiese con ella, y que arrollando sus ejércitos, apenas formados, se le arrebatasen Varsovia y Posen para proclamar á Alejandro Rey de la Polonia reconstituida. Estos deseos eran muy naturales en un polaco, pero poco cuerdos en un hombre de Estado ruso. Solo Napoleon bastaba para destruir la coalicion: ¿qué seria de esta si obligaban á la Prusia á que se aliase con él?

Por lo demas, esto era exigir mucho del carácter indeciso de Alejandro. Ha-

bia enviado á Berlin, como embajador á M. de Alopeus, para escitar su amistad, para pedirle en primer lugar el paso por medio de la Silesia de un ejército ruso, y para insinuarle en seguida que nadie dudaba que la Prusia se uniria á las demas potencias para llevar á cabo la obra meritoria de la libertad Europea. El negociador estaba asimismo autorizado á declarar al gabinete prusiano que no debia vacilar, que la neutralidad era imposible, y que si no se concedia el paso que se solicitaba, se verificaria á la fuerza. M. de Alopeus, debia ser secundado en su mision por el principe Dolgorouki, ayudante de campo de Alejandro. Este tenia el encargo de dejar entender claramente en la corte de Berlin que se habia tomado el partido de atraerla por medios amistosos, ó decidirla por la violencia. Hasta tal punto se habian llevado las cosas en Pulawi, que ya tenian redactado el manifiesto que debia preceder á las hostilidades.

Mientras los agentes rusos dirigian sus instancias á la Prusia, se hallaban en esta los negociadores franceses MM. Duroc y de Laforest encargados por Napoleon de ofrecerle el Hannover. Debe recordarse que el gran mariscal de palacio Duroc habia partido de Bolonia con la mision de hacer en Berlin aquel ofrecimiento. La probidad del jóven Rey no habia podido resistir á aquella oferta, y tambien habian cedido ante ella los escrúpulos de M. de Hardenberg, á quien llamaba la Europa el ministro de pensar recto; el cual solo veia en este negocio la dificultad de hallar una forma que salvase á los ojos de la Europa el honor de su amo. Habian transcurrido los meses de Julio y Agosto buscando esta forma; y al fin se habia ideado una que no dejaba de ser ingeniosa; y era la misma que por su parte habia ideado la coalicion para empezar la guerra contra Napoleon, es decir una mediacion armada.

Mision de M. de Alopens y del principe Dolgorouki en Berlin para decidir á la Prusia á que se uniese á la coalicion.

Mision del mariscal Duroc y de M. de Laforest en Berlin, para solicitar la alianza de la Prusia ofreciéndola el Hannover.

Seduca al Rey y á M. de Hardenberg el ofrecimiento que se le hace del Hannover.

El Rey de Prusia debía en el interes de la paz, que segun decia, era la primera necesidad de todas las naciones, declarar con qué condiciones le parecia suficientemente garantido el equilibrio europeo; anunciar dichas condiciones, y dar en seguida á entender que se declararia en favor de los que las admitiesen, y en contra de los que las rechazasen, lo que significaba que haria á medias la guerra con la Francia á fin de ganar el Hannover. En su declaracion, debia, en efecto, adoptar la mayor parte de las condiciones de Napoleon, tales como el reconocimiento del nuevo reyno de Italia, conviniendo en separar las dos coronas á la época de la paz general; la reunion del Piamonte y de Génova al Imperio; dejar á la Francia amplia autorizacion para disponer de Parma y de Plasencia; la independencia de la Suiza y de la Holanda, y finalmente la evacuacion de Tarento y del Hannover, en la época de la paz. Solo ofrecia dificultad la manera de entender la independencia de la Suiza y de la Holanda. Napoleon que no abrigaba entonces ningunos designios respecto á aquellos dos paises, no queria, empero, garantizar su independencia en términos que permitiesen á los enemigos de la Francia verificar en ellos una contrarevolucion. Las contestaciones que habian mediado con este motivo se habian prolongado hasta fin del mes de Setiembre, y el joven Rey de Prusia iba á concluir aviniéndose á las instancias que se le hacian, cuando reconoció claramente por la marcha de los ejércitos rusos, austriacos y franceses que la guerra era inevitable y próxima. Sobrecoigido entonces de temor retrocedió, no volvió á hablar ni de mediacion armada, ni de la adquisicion del Hannover como precio de aquella mediacion, y volvió á entrar en su sistema ordinario de neutralidad del Norte de Alemania. Entonces MM. Duroc y de Laforest, segun las órdenes que tenian de Napoleon, le ofrecieron, lo que el gabinete de Berlin habia solicitado tantas veces, entregar el Hannover á la Prusia á titulo de depósito, con la condicion de que asegurase su posesion á la Francia. Pero por mucho placer que causase al Rey

El temor de una guerra próxima debia al Rey Federico Guillermo, próximo ya á aliarse con la Francia.

El Rey de Prusia se ve asediado por las instancias de los negociadores rusos y franceses.

Federico-Guillermo la retirada de los franceses y la entrega de un depósito tan precioso, vió que necesitaba oponerse á la expedicion del Norte, y se negó tambien. Hizo mil protestas de adhesion á Napoleon, á su dinastia y á su gobierno, añadiendo que si no cedia á sus simpatias, era porque se veia sin defensa contra los rusos por el lado de Polonia. A esto MM. Duroc y de Laforest contestaron ofreciendo un ejército de 80,000 franceses, pronto á unirse á los prusianos: mas esto era tambien la guerra, y Federico-Guillermo la rechazaba bajo esta nueva forma. En estas alternativas M. de Alopeus y el principe Dolgorouki llegaron á Berlin á fin de solicitar que la Prusia se pronunciasse por la coalicion. No se asustó menos el Rey de la peticion de los unos que de las proposiciones de los otros; y contestó con protestas exactamente iguales á las que habia hecho á los negociadores franceses. Hallábase, decia, animado de los mejores sentimientos hacia el joven amigo que habia conocido en Memel, mas hallándose mas expuesto que nadie á los golpes de Napoleon, no podia exponer sus súbditos á tan grandes peligros sin hacerse culpable para con ellos. Insistiendo los enviados rusos le dijeron, que el ejército formado entre Varsovia y Cracovia, estaba justamente alli para socorrerle, que esto era una muestra de prevision amistosa del Emperador Alejandro, y que los 70,000 rusos que componian aquel ejército iban á atravesar la Silesia y la Sajonia para dirigirse al Rhin, y recibir el primer choque de los ejércitos franceses. Estas razones no decidieron á Federico-Guillermo. Entonces los negociadores fueron mas explicitos, y dieron á entender al Rey, que sus razones venian tarde, pues que no dudando de su adhesion, se habia dado ya orden á las tropas rusas para que penetrasen en el territorio prusiano. A esta especie de violencia Federico-Guillermo no se contuvo. Habianse engañado sobre su carácter. Era irresoluto, lo que á menudo le daba la apa-

El Rey de Prusia se ve asediado por las instancias de los negociadores rusos y franceses.

Habiendo llevado los negociadores rusos sus insinuaciones hasta la amenaza, irritase Federico-Guillermo y decide poner el ejército prusiano en pie de guerra.

riencia de debilidad y de doblez, pero ostigado se cambiaba en cólerico y pertinaz. En esta ocasion, no pudiéndose contener, convocó un consejo, al que fueron llamados el viejo duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf, y se decidió, no obstante su parsimonia, á poner el ejército prusiano en pie de guerra. Viéndose á punto de ser violentado por los unos ó por los otros, resolvió tomar sus precauciones, y mandó reunir 80,000 hombres, lo que debia costarle diez y seis millones de escudos prusianos (240 millones de reales) que debian salir, parte de las rentas del Estado, parte del tesoro del gran Federico, tesoro disipado en el reinado anterior, y repuesto á fuerza de economías en el suyo.

Asustado M. de Alopeus de estas disposiciones, se apresuró á escribir á Pulawi para aconsejar á su Emperador, con las mas vivas instancias, que contemplase al Rey de Prusia si no se quería que cayesen sobre ellos todas las fuerzas de la monarquía prusiana.

Cuando estas noticias llegaron á Pulawi entibieron la resolución de Alejandro. El principe Adam Czartoryski le habia instigado vivamente á que se decidiese, á no dar á la Prusia tiempo para que se pusiese en guardia, y á tomarse el paso por sus Estados en vez de solicitarlo. Si la Prusia se declaraba por la guerra, decia el principe Adam, se proclamaria á Alejandro Rey de Polonia, y se organizaria este reino á retaguardia de los ejércitos rusos. Si por el contrario se avenia la Prusia, quedaba realizado el plan de los coligados y se adquiria un aliado mas. Pero Alejandro ilustrado por la correspondencia de M. de Alopeus, resistió á los consejos de su joven ministro, y envió de nuevo á su ayudante de campo Dolgorouki á Berlin, para asegurar á su real amigo que nunca habia sido su intencion el obligarlo contra su voluntad; que al contrario acababa de dar al ejército la orden de detenerse en la frontera prusiana; que obraba asi por deferencia hacia él, y que no pudiéndose tratar por medio de intermediarios tan grandes negocios le pedia una entrevista. Temiendo Federico Guillermo verse violentado por las lisonjas amistosas de Alejandro, como pudiera haberlo sido por sus ejércitos no se sentia muy inclinado

á acudir á aquella cita. Sin embargo, la corte que se inclinaba á la coalicion y á la guerra, y la Reyna, cuyos sentimientos estaban conformes con los del joven Emperador, le persuadieron que no podia negarse á aquella peticion. Acordóse, pues, que tuviese lugar la entrevista el primero de Octubre. Mientras tanto, MM. de Laforest y Duroc que permanecian en Berlin, recibian toda clase de protestas y seguridades de neutralidad.

Mientras que los rusos empleaban asi el mes de Setiembre, el Austria hacia mejor uso de un tiempo tan precioso; y á la vez que encargaba á M. de Cobentzel que repitiese sin cesar en Paris que su único deseo era negociar y obtener garantías para el estado futuro de la Italia, se aprovechaba con la mayor actividad de los subsidios ingleses. En primer lugar habia reunido 100,000 hombres en Italia á las órdenes del archiduque Carlos. En Italia, pues, situaba su mejor general y su mayor ejército, á fin de recobrar las provincias que tanto ambicionaba y tanto sentia perder. El archiduque Juan, el mismo que mandaba en Hohenlinden, guardaba el Tyrol con 25,000 hombres: 80 á 90,000 estaban destinados á invadir la Baviera, pasar á Suabia y tomar la famosa posicion de Ulma, donde M. de Kray en 1800 habia detenido por tanto tiempo al general Moreau. Uniéndose á estos los 50 ó 60,000 rusos del general Kutusof debian formar una masa de 140,000 combatientes con la cual se creia poder entretener á los franceses, de manera que se diese tiempo á que llegasen los otros ejércitos rusos, á que el archiduque Carlos conquistase la Italia, y á que las tropas enviadas á Hannover y á Nápoles hiciesen una diversion útil. El famoso general Mack, el mismo que habia redactado todos los planes de campaña contra la Francia, y que acababa, dando muestras de

Federico Guillermo acepta la proposicion que le hace Alejandro de tener una entrevista con él, la cual se fija para primeros de Octubre.

El Austria emplea en prepararse todo el tiempo que la Prusia invierte en negociar.

Distribucion de las fuerzas del Austria.

El general Mack recibe el mando del ejército de Suabia.

actividad y de cierta inteligencia en los pormenores militares, de poner al ejército austriaco en pie de guerra, fue encargado del mando del ejército de Suabia en union con el archiduque Fernando.

El Austria se habia aprovechado de las ciudades que le pertenecian en Suabia para preparar almacenes entre el lago de Constanza y el Danubio superior. Una de estas ciudades era la de Memmingen, situada junto al Iller y formando la izquierda de la posicion, de que forma Ulma la derecha. Habiáanse reunido en ella inmensas provisiones y levantando algunas fortificaciones, lo que no era posible hacer en Ulma que pertenecia á la Baviera.

Todo esto se habia ejecutado en los últimos dias de Agosto. Pero el Austria, por una precipitacion que no le era muy comun, cometió en esta ocasion una falta muy grave. No podia ocupar la posicion de Ulma sin tras-

El Austria procura sorprender á la Baviera.

limitar la frontera bávara: ademas la Baviera poseia 25,000 hom-

bres, grandes almacenes, la linea del Inn, y todas estas razones la movieron á ser la primera en apoderarse de tan rica presa. Asi, pues, el Austria pensó obrar con ella como la Rusia con la Prusia, es decir, sorprenderla y arastrarla á la coaliccion. Esto era mas fácil con Baviera que con Prusia, pero si no se lograba el intento las consecuencias debian ser fatales.

Luego que el general Mack llegó á las márgenes del Inn, se envió á Munich al principe Schwartzenberg para que hiciese al Elector las mas vivas instancias de parte del Emperador de Alemania. Tenia el encargo de pedir al Elector que se declarase en favor de la coaliccion; que uniese sus tropas á las de Alemania; que consintiese que se incorporasen al ejército imperial, repartiendo sus regimientos entre varias divisiones austriacas; que franquease su territorio y sus almacenes á los coligados, que se uniese en una palabra á aquella nueva cruzada contra el comun enemigo de la Alemania y de la Europa. El principe de Schwartzenberg, estaba autorizado á ofrecer á la Baviera, en caso de necesidad, un grande aumento de territorio en el pais de Salzburgo y hasta en el mismo Tyrol, siempre y cuando, recon-

quistada la Italia por las armas comunes, pudiesen trasladarse á este pais las ramas colaterales de la casa imperial que habian sido alejadas de él.

Mientras que el principe de Schwartzenberg llegaba á Munich, el Elector se hallaba en una situacion bastante parecida á la de la Prusia. El ministro de Francia en Munich, era M. Otto, el mismo que en 1801 habia negociado con tanta habilidad la paz de Londres, el cual afectando en medio de aquella capital que la corte le miraba con indiferencia, tenia entrevistas secretas con el Elector, y se esforzaba en probarle que la Baviera existia únicamente por la proteccion de Napoleon. Es cierto, que en aquella circunstancia, como en otras muchas, la Baviera no podia salvarse de la codicia austriaca sino apoyándose en la Francia; y solo á la intervencion francesa debia el haber obtenido en 1803 una parte razonable de las indemnizaciones germánicas. M. Otto, insistiendo en estas consideraciones, habia logrado poner término á las vacilaciones del Elector, y hecho que firmase el 24 de Agosto un tratado de alianza con la Francia. Algunos dias despues, el 7 de Setiembre, se presentó en Munich el principe de Schwartzenberg. El Elector que era débil por su debilidad en su esposa, una de aquellas tres hermosas princesas de Baden que habian subido á los tronos de Rusia, de Suecia y de Baviera, y que se señalaban por su aversion á la Francia. De las tres, la que mas la manifestaba era la Electriz de Baviera, que se agitaba, lloraba, y daba muestras de un profundo sentimiento, al ver á su esposo ligado con Napoleon, todo lo cual contribuia á aumentar el dolor y las dudas del principe. M. de Schwartzenberg, seguido á dos marchas por el ejército austriaco, y secundado por las lágrimas de la Electriz, logró hacer variar al Elector de resolucion, y le arrancó la promesa de entregarse al Austria. Sin embargo, asustado este Principe de tan brusco cambio, temiendo al general Mack que estaba cerca, y tambien á Napoleon aunque se hallase lejos, creyó deber prevenir á M. Otto, escusarse de su conducta alegando su desgraciada posicion, y solicitar la indulgencia de la Francia. Ad-

Vacilaciones del Elector de Baviera.

vertido M. Otto por esta confesion, corrió á ver al Elector, le hizo presente el peligro que le acarrearía semejante defeccion, y la certidumbre que habia de que Napoleon se presentase en breve victorioso en Munich, y que hiciese la paz sacrificando la Baviera al Austria. Ciertas circunstancias secundaban las razones de M. Otto. La peticion de dividir al ejército para diseminarle en las divisiones austriacas habia indignado á los generales y á los oficiales bávaros. Súpose al mismo tiempo, que sin aguardar el permiso que se habia solicitado en Munich, los austriacos habian pasado el Inn; y la opinion pública se habia indignado por semejante violacion de territorio. Decíase públicamente que si Napoleon era ambicioso, M. Pitt no le era menos: que este habia comprado al gabinete de Viena, y que gracias al oro de la Inglaterra, la Alemania iba á ser hollada otra vez por los soldados de toda la Europa. A mas de estas circunstancias, las cuales eran favorables á M. Otto, tenia el Elector un ministro hábil M. de Montgelas, devorado de ambicion por su país, que soñaba para la Baviera en el siglo XIX el engrandecimiento que la Prusia habia tomado en el XVIII; que indagaba sin cesar si era en Viena ó en Paris donde hallaría mas probabilidades de obtenerlo; y que habia creído, al fin, que se lo proporcionaría la potencia mas innovadora, es decir, la Francia. Asi, pues, habia dado su aprobacion al tratado de alianza formado con M. Otto. Seducido, sin embargo, por los ofrecimientos del principe de Schwartzenberg dudó por un instante bajo la influencia de la ambicion, como su señor bajo la de su debilidad. Pero en breve cambió de resolucion este último y las instancias de M. Otto, secundadas por la opinion pública, por la irritacion del ejército bávaro y por los consejos de M. de Montgelas, le decidieron de nuevo, aceptando, en medio de su turbacion, todo cuanto quisieron proponerle. Se le propuso que se refugiase en Wurtzburgo,

El Elector de Baviera se decide al fin en favor de la Francia, y se trasladó á Wurtzburgo con su corte y ejército.

obispado secularizado para la Baviera en 1803, y que allí le siguiese su ejército; el Elector admitió esta proposicion. Con el fin de ganar tiempo dijeron á M. de

Schwartzenberg que se iba á enviar á Viena al general bávaro M. de Nogarola, conocido partidario del Austria, y encargado de tratar con ella. En seguida el Elector con toda su corte partió en la noche del 8 al 9 de Setiembre para Ratisbona, y de Ratisbona á Wurtzburgo, adonde llegó el 12 de Setiembre. Las tropas bávaras reunidas en Amberg y en Ulma recibieron orden para concentrarse en Wurtzburgo. Al dejar el Elector á Munich publicó un manifiesto denunciando á la Baviera y á la Alemania la violencia de que acababa de ser victima.

M. de Schwartzenberg y el general Mack que habian pasado el Inn, vieron se les escapaba el Elector con su corte y su ejército, y conocieron que solo habian logrado cubrirse de ridículo, al mismo tiempo que cargar con la indignacion de todos. Los austriacos se adelantaron á marchas forzadas sin poder alcanzar á los bávaros, hallando por todas partes pronunciada contra ellos la opinion del país. Otra circunstancia contribuyó sobre todo á irritar al pueblo de Baviera. Los austriacos venian proveidos de un papel moneda que solo se admitia en Viena con mucha pérdida, y obligaban á los habitantes á tomarle como dinero. Uníase, pues, este grave perjuicio pecuniario á todos los demas que habian ofendido el patriotismo de los bávaros.

El general Mack, despues de aquella triste expedicion, de la qualera, sin embargo, menos responsable que el negociador austriaco, se dirigió al Danubio superior y tomó la posicion que hacia tiempo le estaba designada, la derecha en Ulma, la izquierda en Memmingen, y el frente cubierto por el Iller, que pasa por Memmingen para desaguar en el Danubio por Ulma. De algunos años á aquella parte los oficiales del estado mayor austriaco no cesaban de elogiar aquella posicion, como la mejor que se podia ocupar para hacer frente á los franceses que desembocasen por la Selva Negra. Apoyando una de sus alas en el Tyrol y la otra en el Danubio, se creian perfectamente seguros por ambos lados:

El general Mack despues de haber atravesado la Baviera se establece en Ulma.

Opinion del estado mayor austriaco sobre la posicion de Ulma.

no pensaban en su retaguardia porque ni siquiera les pasaba por la imaginacion que los franceses pudiesen llegar por otro sitio que por la senda ordinaria. El general Mack habia llamado á sí al general Jellachich con la division de Vorrarlberg; con lo cual tenia á sus inmediatas órdenes 65,000 hombres, y á su retaguardia para darse la mano con los rusos al general Kienmayer á la cabeza de 20,000 hombres: todo esto formaba un total de 85,000 combatientes.

Hallábase, pues, el general Mack donde Napoleon lo habia supuesto y deseado; es decir junto al Danubio superior, separado de los rusos por la distancia que media de Viena á Ulma. El Elector de Baviera estaba en Wurtzburgo con su corte afligida, con su ejército indignado contra los austriacos, y esperando la próxima llegada de los franceses.

Para dar una idea completa de la situacion de la Europa, durante aquella gran crisis, falta solo fijar la vista en lo que acontecia en el mediodia de la Italia.

No queriendo los consejeros supremos de la coaliccion que la corte de Nápoles, observada por los 20,000 franceses del general Saint-Cyr, se comprometiese demasiado, le habian sugerido una verdadera traicion, que no

debía repugnar mucho á una corte á quien su mismo odio la hacia ciega é inhumana. Habianla aconsejado que firmase con la Francia un tratado de neutralidad, á fin de obtener la retirada del cuerpo de tropas que se hallaba en Tarento: cuando este cuerpo se hubiese retirado, la corte de Nápoles, menos vigilada, segun decian, podría declararse y admitir á los rusos y á los ingleses. El general ruso Lasey, hombre prudente y avisado, estaba en Nápoles, y tenia el encargo de prepararlo todo secretamente, y traer á los coligados en el momento que lo juzgase oportuno. Habia 12,000 rusos en Corfú, y otra reserva de ellos en Odessa, y 6,000 ingleses en Malta: ademas de esta fuerza contaban con unos 36,000 napolitanos, algo menos mal organizados que de costumbre, y con el levantamiento en masa de los bandidos de la Calabria.

Este tratado, propuesto á Napoleon

la víspera de su partida de Paris, le habia parecido aceptable, porque no creia que una corte tan débil se espusiese con él á las consecuencias de una traicion. Figurábase que el terrible ejemplo que habia presentado en Venecia en 1797, era suficiente á curar á los gobiernos italianos de su inclinacion á la falsedad: y hallaba en un tratado de neutralidad que excluia del mediodia de la Italia á los rusos y á los ingleses, la ventaja de poder dar 20,000 hombres mas á Massena, si los 50,000 que tenia no bastaban á defender el Adige.

Aceptó, pues, esta proposicion, y por tratado firmado en Paris el 21 de Setiembre, consintió retirar sus tropas de Tarento, bajo la promesa que le hizo la corte de Nápoles de no consentir ningun desembarco de los rusos ni de los ingleses. Con esta condicion, se dió al general Saint-Cyr la órden de dirigirse á la Lombardia, y la Reyna Carolina así como su débil esposo, quedaron en libertad para preparar un movimiento á espaldas de los franceses.

Tal era la situacion de las potencias coligadas desde el 20 al 25 de Setiembre. Los rusos y los

Situacion general de los coligados desde el 20 al 25 de Setiembre.

suecos encargados del ataque del Norte se reunian en Stralsund para ponerse en comunicacion con un desembarco de los ingleses por las bocas del Elba; en Wilna se organizaba un ejército ruso á las órdenes del general Michelson; el Emperador Alejandro, con el cuerpo de sus guardias y el ejército de Buxhoewden, estaba en Pulawi junto al Vistula solicitando del Rey de Prusia una entrevista; otro ejército ruso al mando del general Kutusof habia penetrado por la Galitzia en Moravia para unirse á los austriacos, y se hallaba á la altura de Viena pronto á remontar el Danubio. El general Mack, separado del general Kutusof por una distancia de cien leguas, habia tomado posicion en Ulma á la cabeza de 85,000 austriacos, y aguardaba á los franceses en la desembocadura de la Selva Negra. El archiduque Carlos estaba con 100,000 hombres junto al Adige. La corte de Nápoles meditaba una sorpresa que debian verificar los rusos de Corfú y los

Tratado de neutralidad propuesto por la corte de Nápoles, y aceptado con confianza por Napoleon.

ingleses de Malta.

Napoleon, como ya se ha dicho habia llegado á Strasburgo el 26 de Setiembre. Sus columnas habian seguido exactamente sus órdenes, y recorrido los caminos que se les habian designado. El mariscal Bernadotte, despues de haber

provisto la plaza de Hameln de municiones, víveres y una fuerte guarnicion,

formada de los soldados que se hallaban menos aptos para hacer la campaña, habia partido de Goettinga con 17,000 hombres, propios todos para soportar las fatigas de la guerra. Habiendo prevenido al Elector de Hesse, segun se lo habia prescrito Napoleon, que iba á pasar por su territorio, y habiendosele concedido primero y negado despues el permiso que solicitaba, se habia pasado sin él y atravesado el Hesse sin hallar resistencia. Precedian á este cuerpo de ejército oficiales de la administracion militar encargados de proporcionar víveres en cada parada, y como lo pagaban todo al contado, encontraban especuladores que se apresuraban á satisfacer las necesidades de nuestras tropas. Un ejército con dinero puede vivir sin almacenes, sin perder tiempo y sin vejar el país que atraviesa, con tal que en este país haya géneros alimenticios. Bernadotte, valiéndose de este medio, atravesó sin dificultad los dos Hesses, el principado de Fulde, los Estados del Principe archicanciller y la Baviera, marchando perpendicularmente del Norte al Mediodia. Llegó el 17 cerca de Cassel, el 20 á Giessen y el 27 á Wurtzburgo con gran regocijo del Elector de Baviera, sumamente aterrado por las noticias contradictorias que llegaban á él de los austriacos y de los franceses. El Emperador de Alemania se habia apresurado á enviar cerca de él á uno de sus ministros para presentarle sus excusas por lo acontecido, y para que procurase atraerle á la coalicion. Este ministro no tuvo noticias de la marcha del cuerpo de Bernadotte hasta que vió á la caballeria francesa asomar por las alturas de Wurtzburgo; entonces partió inmediatamente, dejándonos al Elector para siempre; es decir, por todo el tiempo de nuestra prosperidad.

M. de Montgelas, á fin de cohonestar la conducta de su soberano, solicitó

de la Francia una precaucion poco honrosa para la Baviera, cual fue la de que se variase la fecha del tratado de alianza que habia concluido con ella. Dicho tratado se habia firmado en realidad el 24 de Agosto, y M. de Montgelas manifestó el deseo de que se le pusiese la fecha de 23 de Setiembre. Consintióse en ello, y M. de Montgelas pudo sostener á sus confederados de Ratisbona que no se habia unido á la Francia hasta un dia despues de las violencias del Austria.

El general Marmont, subiendo por el Rhin y sirviéndose de él para transpor-

Marcha del cuerpo del general Marmont.

tar su material, se habia puesto en marcha por el hermoso camino que Napoleon habia abierto á lo largo de la orilla izquierda del rio, y que es una de las obras notables de su reinado. El 22 de Setiembre se hallaba en Nimega, el 18 en Colonia, el 25 en Maguncia, el 26 en Francfort y el 29 en las cercanias de Wurtzburgo. Traia consigo un cuerpo de 20,000 hombres, un parque de 40 piezas con sus correspondientes tiros, y municiones considerables. En estos 20,000 hombres se comprendia una division de tropas holandesas mandada por el general Dumonceau. Para dar una idea de la calidad de los 15,000 franceses que componian este cuerpo, presentaremos un hecho que no tiene igual en la historia de la guerra. Acababan de atravesar una parte de la Francia y de la Alemania, marchando veinte dias seguidos sin detenerse, y al llegar á Wurtzburgo solo se habian dado de baja nueve hombres. No hay un general que no se hubiese reputado feliz perdiendo solo doscientos ó trescientos, porque siempre en las primeras marchas al entrar en campaña, es cuando se echan de ver los temperamentos débiles y se rinden.

A últimos de Setiembre Napoleon tenia, pues, en el centro de la Franconia á seis jornadas del Danubio, y amenazando el flanco de los austriacos al mariscal Bernadotte con 17,000 hombres y al general Marmont con 20,000. Deben agregarse á estas fuerzas los 25,000 bávaros, reunidos en Wurtzburgo y animados de un verdadero entusiasmo por la causa de los franceses, que habia venido á ser la suya. Al ver aparecer nuestros regimientos los saludaban con aplausos.

El mariscal Davout con el cuerpo que

Marcha de los cuerpos de los mariscales Davout, Ney y Soult.

Montreuil, atravesando la Flandes, la Picardia, la Champagne y la Lorena se hallaban en el Rhin del 23 al 24 de Setiembre á donde habian sido precedidos por la caballería que Napoleon habia puesto en movimiento cuatro dias antes que la infantería. Todos habian marchado con un ardor sin igual. Al atravesar la division Dupont el departamento del Aisne, dejó atras unos cincuenta hombres, pertenecientes á dicho departamento que solicitaban ver á sus familias y dos dias despues se habian reunido de nuevo á su cuerpo. Este ejército despues de haber andado 150 leguas en medio del Otoño sin descansar un solo dia, no tenia ni enfermos ni rezagados; ejemplo único, debido al espíritu de las tropas y á un largo campamento.

Marcha del cuerpo del mariscal Angereau.

El mariscal Angereau habia formado sus divisiones en la Bretaña. Debien- do partir de Brest y pasar por Alençon, Sens, Langres y Béfort, tenia que atravesar la Francia en su mayor estension, y solo podia llegar al Rhin unos quince dias despues que los demas cuerpos. Por lo tanto estaba destinado á servir de reserva.

Efectos que produce la repentina aparicion del ejército frances en Alemania.

La repentina aparicion de este ejército causó en toda la Europa un asombro indecible. Cretasele á orillas del Océano, y en veinte dias, es decir, en el tiempo puramente necesario para que empezase á circular la noticia de su marcha, aparecia en el Rhin é inundaba la Alemania meridional. Todo esto se debia solo á la prontitud en la resolucion, y al arte profundo de ocultar las determinaciones tomadas.

Estendida al punto la noticia de la aparicion de los franceses, la única idea que hizo concebir á los generales alemanes fue que el teatro principal de la guerra seria en Baviera y no en Italia, puesto que Napoleon y el ejército del Océano se dirigian allí. En su consecuencia, se aumentaron las fuerzas austriacas en Suabia; y se dió al archiduque

había partido de Ambleteuse, el mariscal Soult con el de Boloña, y el mariscal Ney con el de

Cárlos la orden, que le disgustó bastante, de enviar un destacamento del ejército de Italia al Tyrol, á fin de que acudiese por el Vorarlberg al socorro del general Mack. Mas el verdadero desig- nio de Napoleon quedó oculto á todos. Las tropas reunidas en Wurtzburgo pareció que no tenian otra mision que la de reunir á sus filas á los bávaros y proteger al Elector: la fuerza principal reunida junto al Rhin superior á la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra parecia destinada á internarse en ellos. Asi, pues, el general Mack se confirmó en su idea de guardar la posicion de Ulma que se le habia señalado.

Napoleon, habien- do reunido todo su ejército le dió una organizacion que des- pues conservó siempre, y un nombre que guardará perpetuamente en la historia, el de el GRANDE EJERCITO.

Organizacion que da Napoleon al grande ejército.

Distribuyole en siete cuerpos. Su distribucion en siete cuerpos. El mariscal Bernadotte, con las tropas venidas de Hannover, formaba el primero, fuerte de 17,000 hombres. El general Marmont con las tropas llegadas de Holanda, formaba el segundo, que contaba 20,000 soldados en activo servicio. Las tropas del mariscal Davout, acampadas en Ambleteuse y que ocupaban el tercer lugar á lo largo de la costa del Océano, recibieron el título de tercer cuerpo, y su efectivo ascendia á 26,000 combatientes. El mariscal Soult, con el centro del grande ejército del Océano acampado en Boloña y compuesto de 40,000 infantes y artilleros formaba el cuarto cuerpo. De este debia destacarse en breve la division Suchet para formar el quinto cuerpo con la division Gázan y los granaderos de Arras, conocidos de allí en adelante por el nombre de granaderos de Oudinot, que era el de su valiente gefe. Este quinto cuerpo debia contar, ademas de la division Suchet, hasta 18,000 hombres, y estaba destinado al fiel y heróico amigo de Napoleon, al mariscal Lannes, que habia sido llamado de Portugal para tomar parte en la peligrosa expedicion de Boloña, y que entonces iba á seguir al Emperador hasta las márgenes del Morawa, del Vistula y del Niemen. Los soldados del campamento de Montreuil, fuerte de 24000 hombres, al mando del intrépido Ney, for-

maban el sexto cuerpo. El séptimo le componian las dos divisiones de Augereau, fuertes á lo mas de 14,000 hombres, que ocupaban en las costas el punto mas distante, pues se hallaba en Brest. Mas tarde, cuando las tropas de Italia vinieron á operar en Alemania, recibieron el nombre de octavo cuerpo. Esta organizacion era semejante á la que habia tenido el ejército del Rhin, pero con modificaciones importantes adaptadas al genio de Napoleon y á la ejecucion de las grandes cosas que meditaba.

En el ejército del Rhin cada cuerpo completo de todas armas, formaba por sí solo un pequeño ejército capaz de presentar batalla. Asi estos cuerpos propendian á aislarse, sobre todo á las órdenes de un general como Moreau que mandaba segun la potencia de su genio y de su carácter. Napoleon habia organizado su ejército de modo que se hallase todo bajo su mano. Cada cuerpo estaba solo completo en infanteria, no teniendo en artilleria mas que lo necesario, y en caballeria justamente lo preciso, es decir algunos escuadrones de húsares ó de cazadores. Napoleon se reservaba completarlos de artilleria y caballeria con la reserva de ambas armas, de que solo él disponia. Segun el terreno y las circunstancias, retiraba al uno para darlo al otro ya un refuerzo de cañones, ya una masa de coraceros.

Formacion de una reserva de caballeria á las órdenes del príncipe Murat.

Habia procurado sobre todo reunir á las órdenes de un mismo gefe y bajo una dependencia inmediata á su voluntad, la masa principal de su caballeria. Como con esta arma es con la que se observa al enemigo, corriendo sin cesar en torno suyo, con la que se acaba de derrotarlo cuando está fatigado, y con la que se le persigue y envuelve cuando huye, Napoleon habia querido reservarse exclusivamente este medio de preparar la victoria, de decidirla y de recoger sus frutos. Habia, pues, reunido en un solo cuerpo la caballeria de linea, compuesta de los coraceros y de los carabineros, mandados por los generales Nansouty, y de Hautpoul; á dicho cuerpo habia agregado los dragones, tanto de á pie como de á caballo, mandados por los genera-

les Klein, Walther, Beaumont, Bourcier y Baraguey de Hilliers, confiando el todo á su cuñado Murat, que era el mas gallardo oficial de caballeria de aquella época, y que bajo sus órdenes representaba el *magister equitum* de los ejércitos romanos. Seguian á esta caballeria baterias de artilleria volante que le proporcionaban, ademas del poder de los sables, el de los fuegos. En breve se la verá estenderse por el valle del Danubio, arrollar á los austriacos y á los rusos, entrar revuelta con ellos en Viena asombrada, y despues volviendo á las llanuras de Sajonia y de Prusia continuar hasta las márgenes del Báltico, y hacer prisionero á todo el ejército prusiano, ó bien precipitándose en Eylau sobre la infanteria rusa salvar la fortuna de Napoleon por uno de los choques mas impetuosos que jamas han dado ó recibido las masas armadas. Esta reserva contaba 22,000 soldados de caballeria, de ellos 6,000 coraceros, 9 á 10,000 dragones de á caballo y 6,000 á pie, y unos mil artilleros volantes.

Finalmente, formaba la reserva general del grande ejército la guardia imperial, cuerpo escogido, el mas brillante del mundo, que servia á la vez de medio de emulacion y de medio de recompensa para los soldados que se distinguian, porque no entraban en las filas de esta guardia hasta haber hecho sus pruebas. La guardia imperial se componia, asi como la consular, de granaderos y cazadores de á pie y de á caballo, sobre poco mas ó menos como un regimiento del cual solo se dejaban las compañías de preferencia. Este cuerpo comprendia ademas un hermoso, batallon italiano, que representaba la guardia real del Rey de Italia, un soberbio escuadron de mamelucos, único recuerdo del Egipto, y dos escuadrones de gendarmeria escogida, encargada de la policia del cuartel general; ascendiendo en todo á 7,000 hombres. Napoleon habia agregado á este cuerpo en gran escala la artilleria, su arma favorita, porque en ciertas ocasiones suplia á todas las demas; formando al efecto un parque de 24 piezas, perfectamente servidas de tiros y municiones, lo que venia á ser con poca diferencia cuatro piezas por cada mil hombres.

Destino y organizacion de la guardia imperial.

La guardia no abandonaba nunca el cuartel general: siempre marchaba al lado del Emperador con Lannes y los granaderos de Oudinot.

Fuerzas comparadas de Napoleon y de la coalicion.

Tal era el grande ejército, que presentaba una masa de 186,000 combatientes

en activo servicio: contábanse en él 38,000 caballos y 340 piezas de artilleria. Si á esto se agregan los 50,000 hombres de Massena, y los 20,000 del general Saint-Cyr, se tendrá un total de 236,000 franceses, estendidos desde el golfo de Taranto hasta las bocas del Elba, con una reserva en el interior de 150,000 soldados bisoños. Si se añaden ademas 25,000 bávaros y de 7 á 8,000 súbditos de los soberanos de Baden y de Wurtemberg prontos á entrar en linea, puede decirse, que Napoleon iba con 250,000 franceses y 30 y tantos mil alemanes á combatir á unos 500,000 coligados, de los cuales 250,000 eran austriacos, 200,000 rusos y 50,000 ingleses, suecos y napolitanos, que tenían tambien su reserva en el interior de Austria y Rusia, y á bordo de las escuadras inglesas. La coalicion esperaba aumentarse con 200,000 prusianos; lo que no era imposible, si Napoleon no se apresuraba á vencer.

En efecto, deseaba entrar en accion cuanto antes, y ordenó el paso del Rhin para el 25 y 26 de Setiembre despues de haber perdido dos ó tres dias en que descansasen los soldados, en reparar los arreos de la caballeria y de la artilleria, en cambiar algunos caballos heridos ó fatigados por otros frescos, de que habia reunido gran número en la Alsacia, y por último en preparar el gran parque y cantidades considerables de galleta.

Vamos ahora á esponer las disposiciones que tomó para dar la vuelta á la Selva Negra, tras la cual, el general Mack, acampado en Ulma, aguardaba á los franceses.

Principian las operaciones.

Al fijar los ojos sobre este territorio, tan á menudo recorrido por nuestros ejércitos, y por este motivo tan comunmente descrito en esta historia, se ve al Rhin salir del lago de Constanza, correr al oeste hasta Basilea, y en seguida cambiando de direccion correr casi directamente al Norte. El Danubio, por el contrario, naciendo de débiles manantiales, bastante cerca del punto

en que el Rhin sale del lago de Constanza, corre al Este y sigue esta direccion sin hacer mucho rodeo hasta el mar Negro. Separa á ambos rios haciendo que

el Rhin desagüe en los mares del Norte y el Danubio en los del Oriente, una cor-

Descripcion de los Alpes de Suabia y de la Selva Negra.

dillera de montañas de poca elevacion que con mucha impropiedad se llaman los Alpes de Suabia. Estas montañas presentan á la Francia sus mas escarpadas cimas, y concluyen por pendientes insensibles, en la Franconia entre Nordlingen y Donauwerth. De sus vertientes cubiertas de bosques, que se conocen con el nombre general de la Selva Negra, corren á la izquierda, es decir hacia el Rhin, el Necker y el Mein, y á la derecha el Danubio que lame su falda casi despojada de arbolado, y cortada en forma de terraplenes. Estas montañas estan atravesadas por estrechos desfiladeros que es necesario pasar para ir del Rhin al Danubio; pues de lo contrario seria menester ó subir por el Rhin hasta mas allá de Schaffouse, ó bien recorrer la falda de dichas montañas de Strasburgo á Nordlingen hasta las llanuras de la Franconia donde desaparecen. En las anteriores guerras los franceses habian seguido alternativamente ambos caminos. Unas veces desembocando del Rhin entre Strasburgo y Huninga, habian atravesado los desfiladeros de la Selva Negra; otras veces siguiendo la orilla del Rhin hasta Schaffouse habian pasado este rio cerca del lago de Constanza, hallándose así en el nacimiento del Danubio, sin haber tenido que atravesar los desfiladeros.

Napoleon, queriendo colocarse entre los austriacos que se hallaban posesionados de Ulma y los rusos que

Marcha adoptada por Napoleon para dirigirse al Danubio.

venian á su socorro debió seguir otro camino. Llamando desde luego la atencion de los austriacos hácia los desfiladeros de la Selva Negra, presentando sus columnas como prontas á internarse en ellos, debia en seguida marchar por la falda de los Alpes de Suabia hasta Nordlingen, dar la vuelta con todos sus cuerpos reunidos, y pasar el Danubio por Donauwerth. Por este movimiento unia en el camino á su ejército los cuerpos de Bernadotte y de Marmont, que ya se hallaban en Wurtzburgo, salvaba la posicion

de Ulma, desembocaba á retaguardia del general Mack, y realizaba el plan que hacia tiempo habia concebido, y del que esperaba los mas vastos resultados.

El 25 de Setiembre
Paso del Rhin.

mandó á Murat y á Lannes que pasasen el Rhin por Strasburgo con la reserva de caballeria, los granaderos de Oudinot y la division Gazan. Murat debia conducir sus dragones de Oberkirch á Freudenstadt, de Offenburg á Rothweil, de Friburgo á Neustadt y presentarlos así al frente de los principales desfiladeros, de modo que hiciese suponer que el ejército iba á atravesarlos. Para completar la ilusion del enemigo se habian pedido raciones en esta misma direccion. Lannes debia apoyar estos reconocimientos con algunos batallones de granaderos; pero en realidad, situado con el grueso de su cuerpo mas allá de Strasburgo, en el camino de Stuttgart, tenia orden de cubrir el movimiento de los mariscales Ney, Soult y Davout, encargados de pasar el Rhin por mas abajo. El general Songis, que mandaba la artilleria, habia echado sobre el rio dos puentes de barcas, el primero entre Lauterburgo y Carlsruhe para el cuerpo del mariscal Ney, y el segundo en los alrededores de Spira para el cuerpo del mariscal Soult. El mariscal Davout tenia á su disposicion el puente de Mannheim. Estos mariscales debian recorrer transversalmente los valles que descienden de la cordillera de los Alpes de Suabia, y seguir esta cordillera apoyándose los unos á los otros, de modo que pudiesen socorrerse en caso de presentarse de improviso el enemigo. A todos se les habia dado la orden de que los soldados llevasen en sus morrales pan para cuatro dias, y en los carros, cantidad suficiente para otros cuatro para el caso en que se necesitasen hacer marchas forzadas. Napoleon no dejó á Strasburgo sino cuando vió en movimiento sus parques y sus reservas bajo la escolta de una division de infanteria; y en seguida, el 1.º de Octubre, pasó el Rhin acompañado de su guardia, despues de despedirse de la Emperatriz que quedó en Strasburgo con la corte imperial y la cancilleria de M. de Talleyrand.

Llegado al territorio del gran duque de Baden, Napoleon halló á la familia reynante que

habia acudido á rendirle homenaje. El anciano Elector se presentó ante él rodeado de tres generaciones de principes: A semejanza de todos los soberanos de

Alemania de segundo y tercer orden, este Elector habia querido obtener los beneficios de la neutralidad, verdadera

Napoleon concluye al paso tratados de alianza con las casas de Baden y de Wurtemberg.

quimera en tales circunstancias, porque cuando las pequeñas potencias alemanas no han sabido impedir la guerra, resistiendo á las grandes potencias que la desean, no deben hacerse la ilusion de que evitarán sus desgracias por una neutralidad que es imposible, porque casi todas ellas se hallan en el camino que por fuerza han de seguir los ejércitos beligerantes. En lugar de la neutralidad que solicitaban, Napoleon les habia ofrecido su alianza, prometiendo terminar en provecho de ellos las cuestiones de territorio ó de soberania que los separaban del Austria, desde los arreglos no concluidos de 1803. El gran duque de Baden concluyó por aceptar esta alianza, y prometió suministrar 3,000 hombres, y ademas viveres y medios de transporte, que debian pagarse en el mismo país. Napoleon despues de haber dormido en Ettlingen, se puso en camino el 2 de Octubre para Stuttgart. Antes de su llegada, habia estado á punto de estallar una seria desavenencia entre el Elector de Wurtemberg y el mariscal Ney. Este Elector conocido en Europa por la estrechada viveza de su espiritu y carácter, discutia en aquel momento las condiciones de una alianza que no le agradaba; y mientras se concluia ó no, no queria dejar entrar á las tropas francesas ni en Luisburgo, que era su sitio de recreo, ni en Stuttgart que era su capital. El mariscal Ney se conformó á no entrar en Luisburgo; pero mandó asentar su artilleria contra las puertas de Stuttgart, logrando así que se las abriesen. Napoleon llegó muy á tiempo para calmar la cólera del Elector. Fue recibido con mucha magnificencia, y estipuló con él una alianza, que ha hecho la grandeza de esta casa, como la de todos los principes del Mediodia de Alemania. Firmóse el tratado el 5 de Octubre, conteniendo el compromiso de la Francia de aumentar los dominios de la casa de Wurtemberg, y el de esta casa

de suministrar 10,000 hombres, y además viveres, caballos y bagajes que se debían pagar al tomarlos.

Napoleon permaneció tres ó cuatro dias en Luisburgo para proporcionar á sus cuerpos de la izquierda el tiempo de ponerse en linea. La operacion de flanquear por espacio de unas cuarenta leguas á un enemigo fuerte de 80 á 90,000 hombres, sin llamarle mucho la atencion, y sin esponerse á verle caer de improviso sobre un ala, es muy delicada; y Napoleon la dispuso con un arte y una prevision admirables. Tres caminos atravesaban el Wurtemberg que venian á salir á las faldas de los Alpes de Suabia, á donde se trataba de ir para llegar al Danubio entre Donauwerth é Ingolstadt. El principal era el de Pforzheim, Stuttgard é Heidenheim que seguia el lado mismo de las montañas, y que se hallaba por medio de una porcion de desfiladeros en comunicacion con la posicion de los austriacos en Ulma. Este era el que se necesitaba recorrer con mayores precauciones á causa de la proximidad del enemigo. Napoleon le ocu-

Marcha del ejército por medio del Wurtemberg para dirigirse á la llanura de Nordlingen.

paba con la caballeria de Murat, el cuerpo del mariscal Lannes, el del mariscal Ney y la guardia. El segundo camino, que partiendo de Spira pasando por Heilbronn, Hall y Ellwangen, venia á dar en la llanura de Nordlingen, le ocupaba el cuerpo del mariscal Soult; y el tercero, que empezaba en Mannheim, pasaba por Heidelberg, Neckar-Elz é Ingelfingen y concluia en Oettingen, era el que recorria el mariscal Davout. Este último camino era el que mas se aproximaba á la direccion que los cuerpos de Bernadotte y Marmont debían seguir para trasladarse desde Wurtzburgo al Danubio. Napoleon dispuso la marcha de estas diversas columnas de suerte que llegasen todas del 6 al 7 de Octubre á la llanura que se estiende á la márgen del Danubio entre Nordlingen, Donauwerth é Ingolstadt; pero en este movimiento de conversion, girando su izquierda sobre su derecha, esta tenia que describir un círculo mas corto que aquella. Napoleon mandó á su derecha que acortase el paso, para dar tiempo á que verificasen su movimiento los cuerpos de Marmont y de Bernadotte que formaban

la estrema izquierda, el mariscal Davout que estaba mas al centro, y finalmente el mariscal Soult que seguia al mariscal Davout, y ligaba á todos al cuartel general.

Despues de haber aguardado el tiempo suficiente, Napoleon se puso en marcha el 4 de Octubre con toda la derecha. Murat, galopando sin cesar á la cabeza de su caballeria se presentaba por turno á la entrada de cada uno de los desfiladeros que atraviesan las montañas, y se retiraba luego que los parques y bagages se hallaban bastante adelantados para no tener que temer nada. Napoleon con los cuerpos de Lannes, de Ney y la guardia, seguia el camino de Stuttgard, pronto á dirigirse con 50,000 hombres al socorro de Murat si el enemigo se presentaba con fuerzas numerosas en uno de los desfiladeros. Respecto á los cuerpos de Soult, Davout, Marmont y Bernadotte que formaban el centro y la izquierda del ejército, el peligro no empezaba para ellos, sino cuando hubiesen concluido el movimiento que ejecutaban recorriendo la falda de los montes de Suabia, y desembocasen en la llanura de Nordlingen. En efecto, podia ser que advertido demasiado á tiempo el general Mack se replegase de Ulma sobre Donauwerth, pasase el Danubio y viniese á combatir en la llanura de Nordlingen para detener en ella á los franceses. Napoleon lo habia dispuesto todo para que Murat, Ney, Lannes y con ellos al menos los mariscales Soult y Davout hiciesen un movimiento convergente el 6 de Octubre, entre Heidenheim, Oettingen y Nordlingen, de modo que pudiesen presentar al enemigo una masa imponente. Pero hasta entonces, sus cuidados tendian solo á engañar al general Mack todo el tiempo posible para que no pensase en levantar el campo, y para que se pudiese llegar al Danubio por Donauwerth antes que aquel hubiese dejado su posicion de Ulma. El 4 y 6 de Octubre todo continuaba presentando el mejor aspecto. El tiempo era muy bueno; y los soldados bien provistos de buenos capotes y zapatos marchaban alegremente. Ciento ochenta mil franceses se adelantaban así en una linea de veinte y seis leguas, la derecha tocando en las montañas, la izquierda verificando un movimiento convergente hacia las llanuras del Palatinado superior, pudiendo en pocas horas hallarse reunidos en número

de 90 ó 100,000 hombres, sobre cualquiera de sus alas; y lo que es mas extraordinario, sin que los austriacos tuviesen la menor idea de aquella vasta operacion.

«Los austriacos, escribia Napoleon á M. de Talleyrand, y al mariscal Angereau, se hallan en las desembocaduras de la Selva Negra. ¡Dios quiera que permanezcan en ellas! Mi solo temor es que les causemos demasiado miedo....»
 «Si me dejan adelantar algunas marchas, espero colocarme á su retaguardia, y encontrarme con todo mi ejército entre el Lech y el Isar.»—Al ministro de Policia le escribia tambien: «prohibid á los periódicos del Rhin que hablen ni una palabra del ejército: como si no existiese éste.»

Para llegar al punto que se les habia indicado los cuerpos de Bernadotte y de Marmont debian atravesar la provincia de Anspach una de las que poseia la Prusia en la Franconia. Examinando este asunto con rigor, Napoleon podia evitar que se penetrase en el territorio prusiano, trayendo mas aquellos cuerpos sobre el del mariscal Davout, mas hallándose ya obstruidos todos los caminos, hubiera sido un inconveniente para el orden de los movimientos y para los viveres, acumular en ellos nuevas tropas. Añádase á esto que mientras mas se estrechase el círculo descrito por el ejército, menos probabilidades habia de envolver al enemigo. Napoleon queria abrazar en su movimiento el curso del Danubio hasta Ingolstadt, para desembocar lo mas lejos posible sobre la retaguardia de los austriacos, y poder detenerlos en el caso de que hubiesen retrogradado desde el Iller hasta el Lech. No creyendo que en el estado de sus relaciones con la Prusia, pudiese esta potencia mostrársele contraria y contando con el uso establecido en las últimas guerras de atravesar las provincias prusianas de Franconia, porque se hallaban fuera de la línea de neutralidad, no habiendo recibido tampoco ningun aviso en contrario, Napoleon no tuvo inconveniente en servirse del territorio de Anspach, y al efecto mandó á los generales Marmont y Bernadotte que transitasen por él. Los magistrados prusianos se presentaron en la

frontera para protestar en nombre de su soberano contra la violencia que se les hacia. Contestáronles con las órdenes de Napoleon, y pasaron adelante, satisfaciendo en metálico cuanto tomaban, y observando la mas rigurosa disciplina. Los súbditos prusianos, al ver que les pagaban bien los viveres que suministraban, no se manifestaron muy irritados de la pretendida violacion de su territorio.

El 6 de Octubre, nuestros seis cuerpos de ejército habian llegado sin ningun accidente mas allá de los Alpes de Suabia, el mariscal Ney á Heidenheim, el mariscal Lannes á Neresheim, el mariscal Soult á Nordlingen, el mariscal Davout á Oettingen y el general Marmont y el mariscal Bernadotte al camino de Aichstedt: todos estaban ya á la vista del Danubio, y mucho mas allá de la posicion de Ulma.

¿Qué hacian entretanto el general Mack, el archiduque Fernando y todos los oficiales del estado mayor austriaco? Por fortuna no habian llegado á penetrar la intencion de Napoleon. Cuarenta mil hombres que habian pasado el Rhin por Strasburgo, y que se habian internado en un principio en los desfiladeros de la Selva Negra, les habian confirmado en la idea de que los franceses seguirian el camino acostumbrado: afirmándolos mas y mas en dicha opinion las falsas relaciones que les habian hecho espías diestramente despachados por el mismo Napoleon. Habian oido hablar, es cierto, de algunas tropas francesas diseminadas en el Wurtemberg, pero habian supuesto que venian á ocupar los pequeños Estados de Alemania, y acaso á socorrer á los Bávaros. Por otro lado, nada hay mas contradictorio ni que aturda mas que esa multitud de relaciones de los espías ó oficiales enviados para que hagan reconocimientos. Los unos colocan cuerpos de ejército donde solo han encontrado destacamentos; los otros simples destacamentos donde debian haber reconocido cuerpos de ejército. Muy á menudo no han visto por sí propios lo que refieren, contentándose con recoger los dichos de la gente asustada, sorprendida ó maravillada. La policia militar como la policia civil, miente, exagera y se contra-

Obstinado error de los generales austriacos.

dice. En el caos de sus relaciones un talento superior discierne la verdad, pero uno mediano se aturde y se engaña, y sobre todo si existe de antemano una preocupacion, si hay una inclinacion á creer que el enemigo debe llegar por un punto mas bien que por otro, todas las noticias que se adquieren se interpretan en un solo sentido por poco que se presten al efecto. Asies como se cometen los grandes errores, que arruinan á veces los ejércitos y los imperios.

Tal era enaquel momento la situacion de ánimo del general Mack. Los oficiales austriacos, habian alabado siempre la posicion que apoyando su derecha en Ulma y su izquierda en Memmingen hacia frente á los franceses que desembocasen de la Selva Negra; y el general Mack, autorizado por la opinion general, y por otro lado, obediendo á órdenes positivas, se habia establecido en dicha posicion. Alli tenia sus viveres y sus municiones, y no podia persuadirse de que no se hallaba muy bien situado. La única precaucion que habia tomado respecto á su retaguardia consistia en haber enviado al general Kienmayer con algunos miles de hombres á Ingolstadt para observar á los bávaros refugiados en el Palatinado superior, y para unirse á los rusos que debian llegar por el camino real de Munich.

Los franceses concluyen felizmente su movimiento y llegan el 6 de Octubre al Danubio. Los seis cuerpos del ejército franceses desembocaban el 6 de Octubre en la llanura de Nordlingen, mas allá de las montañas de Suabia, que habian rodeado, y á orillas del Danubio que iban á pasar. En la tarde del 6, la division Vandamme del cuerpo del mariscal Soult, adelantándose á todas llegó al Danubio y sorprendió el puente de Munster una lengua mas arriba de Donauwerth. Al siguiente dia 7 el cuerpo del mariscal Soult se apoderó del mismo puente de Donauwerth, debilmente disputado por un batallon de Coloredo, que no pudiendo defenderlo, procuró, en vano, destruirlo. Las tropas del mariscal Soult

Paso del Danubio. lo repararon en breve y lo atravesaron rápidamente. Murat con

sus divisiones de dragones que precedian al ala derecha, formada de los cuerpos de los mariscales Lannes y Ney, se habia dirigido al puente de Munster, ya sorprendido por Vandamme: reclamó este puente para sus tropas y las que le seguian, dejó el de Donauwerth á las del mariscal Soult, lo pasó al momento con una division de dragones, y llegó al otro lado del Danubio, donde le llamaba un objeto de grande interes, cual era la ocupacion del puente de Rain sobre el Lech. Este rio que corre detras del Iller casi paralelamente á él para unirse al Danubio cerca de Donauwerth, forma una posicion situada á espaldas de la de Ulma; de modo que ocupando el puente de Rain se habia dado á la vez la vuelta al Iller y al Lech, y dejado al general Mack pocas probabilidades de retrogradar á tiempo. Una carrera á galope bastó á los dragones de Murat para apoderarse de Rain y del puente del Lech. Doscientos caballos arrollaron todas las partidas del cuerpo de Kienmayer, mientras que el mariscal Soult se establecia en Donauwerth, y el mariscal Davout llegaba á la vista del puente de Neu-burgo.

Aquel mismo dia se trasladó Napoleon á Donauwerth. Veianse ya realizadas sus esperanzas, pero no juzgaba completamente asegurado su buen éxito hasta que hubiese recogido el último resultado de su grande operacion. Ya se habian hecho algunos centenares de prisioneros y sus relaciones eran unánimes. El general Mack se hallaba en Ulma junto al Iller; y las fuerzas que nuestras tropas acababan de encontrar y de rechazar mas allá del Danubio, pertenecian á la retaguardia mandada por el general Kienmayer y destinada á enlazar el ejército austriaco con los rusos. Napoleon pensó al punto tomar posicion entre los austriacos y los rusos, de modo que impidiese la reunion de ambos. Si el general Mack sabia resolverse á tiempo, suprimir movimiento debia ser dejar las márgenes del Iller, replegarse sobre el Lech y atravesar á Augsburg para reunirse al general Kienmayer en el camino de Munich. Napoleon sin perder un instante prescribió las disposiciones siguientes: No quiso

Movimiento ordenado por Napoleon para tomar posicion mas allá del Danubio, entre los austriacos y los rusos.

llevar el cuerpo de Ney al otro lado del Danubio, y lo dejó en los caminos que van de Wurtemberg á Ulma para guardar la orilla izquierda del Danubio por donde llegaban las tropas francesas. Mandó á Murat y á Lannes que pasasen á la orilla derecha por los dos puentes que poseíamos, el de Munster y el de Donauwerth; que siguiesen río arriba y se situasen entre Ulma y Augsburgo, para impedir al general Mack que se retirase por el camino real de Augsburgo á Munich. El punto intermedio que debían ocupar era Burgau. Napoleon ordenó al mariscal Soult que partiese de la desembocadura del Lech, donde había tomado posición, y siguiese este afluente del Danubio hasta Augsburgo con las tres divisiones de Saint-Hilaire, Vandamme y Legraud. La división Suchet, cuarta del mariscal Soult, se hallaba ya situada á las órdenes de Lannes. De este modo, el mariscal Ney con 20,000 hombres sobre la orilla izquierda del Danubio que acababa de dejar, Murat y Lannes con 40,000 sobre la derecha que acababan de invadir, y el mariscal Soult con 30,000 sobre el Lech, envolvían al general Mack por cualquiera salida por donde intentase fugarse.

Pasando Napoleon inmediatamente de este cuidado á otros, mandó al mariscal Davout que se apresurase á pasar el Danubio por Neuburgo, y desembarazase el punto de Ingolstadt donde Marmont y Bernadotte debían venir á parar. El mariscal Davout debía dirigirse en seguida á Aichach en el camino de Munich para arrollar delante de sí al general Kienmayer, y formar la retaguardia de las masas que se acumulaban en torno de Ulma. Los cuerpos de Marmont y de Bernadotte tenían orden de acelerar la marcha, de pasar el Danubio por Ingolstadt y de dirigirse sobre Munich á fin de volver al Elector á su capital, justamente un mes después de haber salido de ella. Estaba reservado al mariscal Bernadotte, que acompañaba en aquel momento á los bávaros, el honor de volverlos á instalar en su país. Por medio de esta maniobra Napoleon presentaba á los rusos que vinieran por el lado de Munich las fuerzas de Bernadotte y los bávaros, y en caso de necesidad las de Marmont y Davout que debían, según las circunstancias, dirigirse sobre Munich ó sobre Ulma para ayudar al com-

pleto cerco del general Mack.

El 8 de Octubre el mariscal Soult ^{Combate de Wertingen.} siguió el Lech arriba para dirigirse á Augsburgo, sin hallar á su paso ningún enemigo. Murat y Lannes destinados á ocupar el espacio comprendido entre el Lech y el Iller, subieron de Donauwerth á Burgau, atravesando un terreno quebrado cubierto aquí y allí de bosques ó atravesado por pequeños arroyos que corren á desaguar en el Danubio. Marchaban los dragones á la cabeza, cuando hallaron un cuerpo enemigo, mas numeroso que los que hasta entonces habían visto, situado al frente y al rededor del pueblo de Wertingen, y compuesto de seis batallones de granaderos y tres de fusileros mandados por el baron de Auffenberg, de dos escuadrones de coraceros del duque Alberto y de otros dos de caballería ligera de Latour. El general Mack los había enviado para que verificasen un reconocimiento y vieses si tenía algun fundamento el rumor que circulaba de la aparición de los franceses en el Danubio. Creía siempre que estos franceses debían pertenecer al cuerpo de Bernadotte, situado, según decían, en Wurtzburgo para socorrer á los bávaros. Los oficiales austriacos estaban comiendo cuando entraron á anunciarles que se divisaban los franceses. Al principio se sorprendieron tanto que no quisieron dar crédito á esta noticia, pero, en breve, no pudiendo dudar montaron precipitadamente á caballo para ponerse á la cabeza de sus soldados. En frente de Wertingen había otra aldea llamada Hohenreichen, defendida por algunos centenares de austriacos de infantería y de caballería, los cuales puestos al abrigo de las casas hacían un fuego muy molesto y traían bastante apurado á un regimiento de dragones que había llegado primero. El jefe de escuadron Excellmans, que después hizo célebre su nombre por una porción de hechos heroicos, y que entonces era simple ayudante de campo de Murat, acudiendo apresuradamente al oír el fuego, hizo que echaran pie á tierra 200 dragones, y arrojándose fusil en mano dentro del lugarejo desalojaron de él á los que le ocupaban. Habiendo acudido mientras tanto nuevos destacamentos de dragones, atacaron con mas impetuá los austriacos, penetraron

tras ellos en Wertingen, dejaron atras este pueblo, y hallaron sobre una especie de meseta á los nueve batallones formando un solo cuadro de poca estension pero muy compacto y doble, y con artilleria y caballeria sobre sus alas.

El valiente gefe de escuadron Excellmans cargó al punto aquel cuadro con una osadia sin igual: en este primer encuentro le mataron el caballo; y á su lado el coronel Meaupetil fue derribado de un bayonetazo. Pero por muy vigoroso que fue el ataque no pudieron penetrar en aquella masa compacta. Asi transcurrió algun tiempo, durante el cual los dragones franceses procuraban acuchillar á los austriacos, quienes se defendian á tiros y á bayonetazos. Presentose al fin Murat con el grueso de su caballeria y Lannes con los granaderos de Oudinot, que acudian rápidamente al estruendo de las descargas de artilleria. Murat mandó al punto á sus escuadrones que cargasen el cuadro, y Lannes se apresuró á dirigir sus granaderos por la linde de un bosque, que se apercibia á lo lejos, con el objeto de cortar la retirada á los austriacos. Estos, cargados de frente, y amenazados por retaguardia, retrogradaron al principio en masa cerrada, y poco despues desordenadamente. Si los granaderos de Oudinot hubiesen podido llegar poco antes, los nueve batallones austriacos hubieran quedado en nuestro poder. Sin embargo, se hicieron 2.000 prisioneros, y los franceses se apoderaron de varios cañones y algunas banderas.

Lannes y Murat que habian visto al gefe de escuadron Excellmans sobre la punta de las bayonetas enemigas, quisieron que llevase á Napoleon la noticia de el primer triunfo obtenido y las banderas tomadas al enemigo. El Emperador recibió en Donauwerth al jóven y brillante oficial, le concedió un grado en la Legion de Honor, y le entregó las insignias de la orden en presencia de su estado mayor, á fin de dar mas brillo á las primeras recompensas merecidas en la guerra.

Aquel mismo dia, 8 de Octubre, el mariscal Soult entró en Augsburgo sin disparar un tiro. El mariscal Davout habia pasado el Danubio por Neuburgo y dirigiendose á Aichach para tomar la posicion intermedia que se le habia señalado entre los cuerpos franceses que iban

á cercar á Ulma y los que marchaban á Munich para hacer frente á los rusos. El mariscal Bernadotte y el general Marmont se disponian á pasar el Danubio por Ingolstadt, para seguir su marcha á Munich.

Napoleon mandó estrechar la posicion de Ulma. Ordenó al mariscal Ney que subiese por la orilla izquierda del Danubio, y se apoderase de todos los puentes del rio, á fin de quedar en disposicion de obrar sobre las dos orillas; y á Murat y Lannes que verificasen el mismo movimiento por la orilla derecha y contribuyesen con Ney á estrechar mas el cerco de los austriacos. El dia 9, el mariscal Ney, pronto á ejecutar las ordenes que recibia, sobre todo si le mandaban aproximarse al enemigo, llegó á las márgenes del Danubio, y siguió por ellas hasta la altura de Ulma. Los primeros puentes que se le presentaban eran los de Gunzburgo, y encargó á la division Malher que se apoderase de ellos.

Estos puentes eran tres. El principal de ellos se hallaba delante de la pequeña ciudad de Gunzburgo; el segundo mas arriba frente del pueblo de Leipheim, y el tercero mas abajo delante de la aldea de Reissensburgo. El general Malher los hizo atacar todos á la vez. Encargó al oficial de estado mayor Lefol que atacase el de Leipheim con un destacamento; al general Labassée que atacase el de Reissensburgo con el 59 de linea, y él mismo á la cabeza de la brigada Marcognet se reservó el ataque del puente principal que era el de Gunzburgo. No siendo un cauce regular el que forma el Danubio por esta parte, era menester atravesar una multitud de islas y de pequeños brazos poblados de sauces y de chopos. Arrojárónse las vanguardias resueltamente, pasaron por los vados todas las aguas que les oponian obstáculo, é hicieron prisioneros á doscientos ó trescientos tiros, con el baron de Aspre, mayor general que mandaba en este punto. En breve llegaron nuestras tropas delante del gran brazo sobre el cual estaba construido el puente de Gunzburgo. Al retirarse los austriacos destruyeron uno de sus ojos, que el general Malher quiso restablecer; pero sobre la orilla opuesta habia varios regimientos austriacos, una numerosa artilleria, y el mismo archi-

Combate de Gunzburgo.

duque Fernando que habia acudido con refuerzos considerables. Los austriacos empezaban á comprender cuan seria era la operacion emprendida á sus espaldas, y querian hacer un grande esfuerzo para salvar al menos los puentes mas próximos á Ulma. En su consecuencia dirigieron sobre los franceses un mortifero fuego de fusileria y de artilleria. Estos, no hallándose á cubierto, y si por el contrario expuestos sin abrigo al fuego enemigo sobre las arenas del rio, lo resistieron con una constancia intrépida. Vadear el rio era imposible: en este conflicto se precipitaron sobre los caballetes del puente para repararlo con algunos maderos; pero muertos los trabajadores uno á uno por las balas enemigas, no pudieron lograr su objeto, y las líneas francesas, espuestas mientras tanto al fuego de los austriacos, tuvieron pérdidas considerables. El general Malher las mandó retirar á las islas cubiertas de arbolado, para no prolongar una temeridad inútil.

Esta infructuosa tentativa habia costado algunos centenares de hombres. Los otros dos ataques se habian ejecutado simultáneamente. Pantanos impracticables habian hecho imposible el de Leipheim, pero el de Reisensburg habia sido mas feliz. El general Labassee, teniendo á sus órdenes al coronel Lacuée, que mandaba el 59, se habia dirigido con este regimiento á la orilla del gran brazo del Danubio. Los austriacos habian destruido tambien una parte de este puente, pero no tan completamente que impidiese á nuestros soldados repararlo y pasarlo. El 59 pasó, pues, el puente, y se apoderó de Reisensburg y de las alturas circunvecinas, á pesar de oponérsele triplicadas fuerzas por lo menos; su coronel Lacuée fue muerto combatiendo á la cabeza de sus soldados. Al ver á un regimiento frances solo al otro lado del Danubio, la caballeria austriaca acudió al socorro de su infanteria, y cargó á todo trance al 59 formado en cuadro: tres veces se precipitó sobre las bayonetas de este valiente regimiento y otras tantas fue detenida por un fuego hecho á quema ropa. El 59 quedó dueño del campo de batalla, despues de esfuerzos cuyo recuerdo merece conservarse.

Dueños ya los franceses de uno de los tres puentes, el general Malher llevó toda su division á Reisensburg al

caer el dia. Los austriacos no creyeron entonces necesario obstinarse en defender á Gunzburg, y durante la noche se replegaron sobre Ulma, dejando en poder de los franceses unos mil prisioneros y 300 heridos.

Hiciéronse grandes honores al coronel Lacuée muerto en aquella accion. Las divisiones del cuerpo de Ney, reunidas en Gunzburg, asistieron á sus funerales que se verificaron en la mañana del 10, y pagaron á su memoria un tributo de sentimiento y de admiracion. El mariscal Ney situó la division de Dupont en la orilla izquierda del rio, é hizo pasar á la derecha las divisiones de Malher y Loison, para mantenerse en comunicacion con Lannes.

Napoleon que habia permanecido en Donauwerth, hasta el 9 en la noche, se trasladó á Augsburgo, por ser el punto mas céntrico,

Napoleon se situa en Augsburgo, para dirigir desde allí los complicados movimientos de su ejército.

ya para adquirir noticias y datos, ya para comunicar sus órdenes respecto á las direcciones que debian seguir los cuerpos del ejército. En Augsburgo estaba entre Ulma y Munich, entre el ejército de Suabia que iba á envolver, y los rusos, cuya aproximacion anunciaba el rumor general. Al alejarse de Ulma por un dia ó dos, quiso concentrar el mando de las fuerzas que operaban por aquel lado, y por una razon de parentesco mas bien que por una razon de superioridad, puso á las órdenes de Murat á los mariscales Ney y Lannes, lo cual les disgustó mucho y produjo sensibles altercados. Este era uno de los inconvenientes del nuevo régimen establecido en Francia. La república tiene sus inconvenientes, que son las rivalidades sangrientas; la monarquia tiene los suyos, que son las complacencias de familia. De este modo tenia Murat á su disposicion unos 60,000 hombres, para contener al general Mack en los muros de Ulma.

Al llegar Napoleon á Augsburgo encontró allí al mariscal Soult con el cuarto cuerpo. El mariscal Davout se habia establecido en Aichach; el general Marmont le seguia; Bernadotte marchaba sobre Munich. El ejército frances se encontraba sobre poco mas ó menos en la misma situacion que en Milan, cuando

despues de haber pasado milagrosamente el San Bernardo, se hallaba á retaguardia del general Mélas, buscándole para envolverle, pero ignorando el camino que debia seguir para encontrarle. La misma incertidumbre reinaba respecto á los proyectos del general Mack. Napoleon procuraba penetrar las intenciones de dicho general y las medidas que tomaria en el peligro inminente que le amenazaba, pero no podia adivinarlo, pues el mismo Mack no sabia que hacer. Mas dificultad cuesta adivinar los proyectos de un enemigo tímido é indeciso que los de un enemigo osado y resuelto; y si la incertidumbre no llegara á ser mas tarde ó temprano peligrosa, serviria por el momento para engañar al enemigo. En la duda, Napoleon pensó que el general Mack tomaria el partido mas razonable y prudente, el de retirarse por el Tyrol. En efecto, dirigiéndose este general hacia Memmingen sobre la izquierda de la posicion de Ulma, en dos ó tres marchas podia ganar el Tirol por Kempten, y unirse al ejército que guardaba la cordillera de los Alpes y al que ocupaba la Italia. De este modo, se salvaba, y podia contribuir á formar una masa de 200,000 hombres, masa siempre formidable cualquiera que sea la posicion que ocupe en el teatro general de las operaciones. En todo caso se libraba de una catástrofe que será para siempre célebre en los anales de la guerra.

Napoleon, pues, le atribuyó este designio, no deteniéndose en otra idea que el general Mack hubiera podido concebir, y que concibió un instante, la de retirarse por la izquierda del Danubio, guardada unicamente por una de las divisiones del mariscal Ney, la division Dupont. Este partido desesperado, era en el que menos se debia pensar, porque su ejecucion exigia una audacia extrema. Necesitábase para el efecto cortar el camino que habian seguido los franceses, y que se hallaba todavia obstruido con sus equipages y depósitos; esponerse, acaso, á encontrarlos en masa, y arrollarlos para retirarse á Bohemia. Napoleon no admitió, pues, semejante probabilidad, y solo pensó en cerrar los caminos del Tirol. En su consecuencia, mandó al mariscal Soult que subiese por el Lech hasta Landsberg para ir á ocupar á Memmingen é inter-

ceptar el camino de Memmingen á Kempten. El cuerpo del general Marmont reemplazó en Augsburgo el del mariscal Soult. Ademas situó en esta ciudad á su guardia que ordinariamente seguia el cuartel general; y en ella aguardó tambien los movimientos de estos diversos cuerpos del ejército, rectificando su marcha segun lo exigian las circunstancias.

Bernadotte rechazando la retaguardia de Kienmayer, á la cual tomó unos mil prisioneros, entró en Munich en la mañana del 12, justamente un mes despues de la invasion de los austriacos y de la retirada de los bávaros. Estos recibieron á los franceses con las mayores muestras de alegría. Era imposible haber acudido mas pronto ni con mas seguridad al socorro de sus aliados, sobre todo hallándose los franceses algunos dias antes á la estremidad del continente en las playas de la Mancha. Napoleon escribió al punto al Elector para invitarle á que volviese á su capital con todo el ejército bávaro, que hubiera sido inútil en Würtzburgo, y que fue destinado á ocupar la linea del Inn en union con el cuerpo de Bernadotte. Napoleon recomendó que se le emplease en hacer reconocimientos, por que conocia el pais, y porque podia dar mejores noticias sobre la marcha de los rusos que llegaban por el camino de Viena á Munich.

El mariscal Soult, enviado á Landsberg, no encontró otros enemigos que los corace-

El mariscal Soult se dirige á Landsberg.

ros del principe Fernando que se replegaban á Ulma á marchas forzadas. Tan grande era el ardor de nuestras tropas, que el 26 de cazadores, no temiendo medirse con la caballeria de linea austriaca, le hizo prisionero todo un escuadron y le tomó dos piezas de artilleria. Este encuentro probaba hasta la evidencia que los austriacos, lejos de retirarse hácia el Tyrol, se reconcentraban detras del Iller entre Memmingen y Ulma, é iba á presentarse la ocasion de dar una nueva batalla de Marengo. Napoleon lo dispuso todo para darla con la mayor parte posible de sus fuerzas. Supuso que podria tener lugar del 13 al 14 de Octubre; pero no teniendo mucha prisa, puesto que los austriacos

no tomaban la iniciativa, prefirió el 14 á fin de tener mas tiempo para reunir sus tropas. Desde luego modificó la posicion del mariscal Davout, á quien trasladó de Aichach á Dachau; de suerte que situado este mariscal en un puesto ventajoso entre Augsburgo y Munich, podia en tres ó cuatro horas ó dirigirse á Munich para oponer con Bernadotte y los bávaros 60,000 combatientes á los rusos, ó volver hácia Augsburgo para secundar las operaciones que intentase Napoleon contra el ejército del general Mack. Después de haber tomado estas precauciones respecto á su retaguardia, Napoleon tomó las disposiciones siguientes respecto á su frente, suponiendo que el día 14 se diese una accion. Mandó al mariscal Soult que para el 13 se hallase situado en Memmingen, dominando esta posicion por su izquierda, y enlazándose por su derecha con los cuerpos que iban á trasladarse al Iller. Envío su guardia á Weissenhorn, á donde él mismo resolvió trasladarse. Asi, esperaba reunir 100,000 hombres en un espacio de diez leguas desde Memmingen á Ulma. En efecto, pudiendo las tropas en una jornada andar cinco leguas y combatir, le era fácil reunir en un mismo campo de batalla los cuerpos de Ney, Lannes, Murat, Marmont, Soult y la guardia. Por lo demas, el destino le reservaba un triunfo distinto del que aguardaba, y no menos asombroso por sus vastas consecuencias.

Napoleon deja á Augsburgo para aproximarse á Ulma.

El 12 de Setiembre á las once de la noche Napoleon salió de Augsburgo para trasladarse á Weissenhorn. En el camino encontró las tropas del cuerpo de Marmont, compuestas de franceses y holandeses, abrumadas de cansancio, y cargadas á la vez con sus armas y raciones de viveres para varios dias. El tiempo que habia sido bueno hasta el paso del Danubio se habia cambiado de pronto en malísimo. Caía la nieve en abundancia, y al derretirse se convertía en fango, poniéndose los caminos intransitables. Todos los pequeños rios que desaguan en el Danubio habian salido de madre. Los soldados marchaban por medio de verdaderos pantanos, incomodados y detenidos muy amenudo en su marcha por los convoyes de artilleria, y sin embargo no murmuraban. Napoleon se

detuvo para arengarlos: hizolos formar circulo en torno suyo;

Napoleon arenga á las tropas.

les espuso la situacion del enemigo, la operacion con que acababa de envolverle, y les prometió un triunfo tan glorioso como el de Marengo. Los soldados, entusiasmados con sus palabras, orgullosos de ver al mayor capitán del siglo esPLICARLES sus planes, se entregaron á los mayores transportes de alegría, y le contestaron con unánimes gritos de; *Viva el Emperador!* Volvieron á ponerse en marcha impacientes por asistir á la gran batalla. Los que habian oído las palabras del Emperador se las repetian á los que no habian podido entenderlas, y todos gritaban con placer que era segura la pérdida de los austriacos, y que no se libraria ni siquiera uno.

Ya era tiempo que Napoleon volviese al Danubio, porque mal comprendidas sus órdenes por Murat hubieran producido desgracias, si los austriacos hubiesen sido mas emprendedores.

Mientras que Lan-

nes y Murat cercaban á Ulma por la orilla derecha del Danubio, Ney habia quedado junto al rio

Acontecimientos que pasaban en el Danubio mientras Napoleon se hallaba en Augsburgo.

con dos divisiones en la orilla derecha, y solo una, la del general Dupont, en la izquierda. Al aproximarse á Ulma para cercarla, Ney habia conocido la falta de semejante situacion; é ilustrado por los hechos que veia de mas cerca, guiado por un feliz instinto de la guerra, y confirmado en su opinion por el coronel Jomini, oficial de estado mayor de un mérito sobresaliente, habia entrevisto el peligro de no dejar mas que una division en la orilla izquierda.—¿Por qué, decia, no han de aprovechar los austriacos la ocasion de escaparse por la orilla izquierda, arrollando nuestros equipages y parques, que por cierto no les opondria gran resistencia?—Murat, no admitia la probabilidad de que pudiese suceder asi, y apoyándose en las cartas del Emperador, que interpretaba mal, el cual creyendo que tendria lugar una accion junto al Iller, ordenaba que se concentrasen allí todas las tropas, llegaba hasta decir que era demasiado la division Dupont en la orilla izquierda, porque esta division se hallaria fuera del lugar de la accion el

Vivo altercado entre Ney y Murat respecto al modo de interpretar las órdenes de Napoleon.

dia de la gran batalla. Esta divergencia de opiniones produjo un vivo altercado entre Ney y Murat. Ney estaba ofendido

de estar á las órdenes de un gefe que reputaba inferior á él por sus conocimientos aunque fuese superior por su parentesco imperial. Murat, orgulloso con su nuevo rango, y mas todavía por creerse particularmente iniciado en el plan de Napoleon, trató al mariscal Ney como á un inferior, y concluyó dándole órdenes absolutas. Sin la intervencion de los amigos de ambos, estos lugartenientes del Emperador hubieran decidido su disputa de una manera poco conveniente á su elevada posicion. De este altercado resultó que se enviasen órdenes contradictorias á la division Dupont, y se la colocase en una situacion peligrosa. Por fortuna, mientras que se disputaba el puesto que debia ocupar, ella salia del peligro en que la habia sumido un error de Murat, por medio de una accion para siempre memorable.

Nueva posicion tomada por el general Mack.

El general Mack no pudiendo dudar ya de su desgracia, habia verificado un

cambio de frente: en vez de tener su derecha en Ulma y su izquierda en Memmingen, tenia en esta su derecha y su izquierda en Ulma. Siempre apoyado en el Iller presentaba la espalda á la Francia, como si hubiese venido de ella, mientras que Napoleon la tenia vuelta al Austria como si esta hubiese sido su punto de partida. Esta es la posicion natural de dos generales, uno de los cuales ha flanqueado al otro. El general Mack despues de haber agregado á su ejército las tropas diseminadas en Suabia, así como las que habian vuelto arrolladas de Wertingen y de Gunzburg, habia dejado algunos destacamentos en el Iller desde Memmingen á Ulma, y habia reunido la mayor parte de sus fuerzas en Ulma mismo, en el campamento atrincherado que domina esta ciudad.

Ya hemos descripto en otro lugar de esta historia la situacion y forma de este campamento. Por este sitio la orilla izquierda del Danubio domina mucho la derecha. Mientras esta ofrece una llanura pantanosa lige-

ramente inclinada hácia el rio, la izquierda, al contrario, presenta unas alturas en forma de terraplenes, cuyo pie baña el Danubio, así como la de San German está bañada por el Sena. La principal de estas alturas la forma el Michelsberg, donde se hallaban acampados los austriacos en número de unos 60,000, teniendo á sus pies la ciudad de Ulma.

El general Dupont que habia permanecido solo en la orilla iz-

Combate de Haslach.

quierda, y que conforme á las órdenes del mariscal Ney debia aproximarse á Ulma el 11 por la mañana, se habia dirigido á la vista de aquella plaza por el camino de Albeck, justamente en el momento en que Murat y Ney reunidos en Gunzburg perdian el tiempo disputando, y en que Napoleon, llegado á Augsburgo tomaba sus disposiciones generales. Luego que el general Dupont llegó al pueblo de Haslach, desde donde se descubre el Milchelsberg en toda su estension, vió á los 60,000 austriacos en una actitud imponente. Las últimas marchas ejecutadas en medio de un tiempo malo y con notable rapidez, habian reducido su division á 6,000 hombres. Habianle dejado ademas los dragones á pie de Baraguay-d'Hilliers, que durante la travesia del Rhin al Danubio habian sido agregados al cuerpo del mariscal Ney. Este era un refuerzo de 5,000 hombres que hubiera podido ser de mucha utilidad si no se hubiese quedado en Langenau, tres leguas atras de la division.

Así que el general Dupont llegó frente del Michelsberg y de los 60,000 austriacos que lo ocupaban, se encontró con una vanguardia enemiga de tres regimientos de infanteria, dos de caballeria y algunos cañones. Este oficial, tan desgraciado despues, tuvo á vista del enemigo una inspiracion que honraria á los mejores generales. Pensó que si retrocedia iba á manifestar su debilidad, y que en breve se veria envuelto por 10,000 caballos lanzados en su persecucion; cuando por el contrario, obrando con audacia engañaria á los austriacos, les obligaria á que fuesen circunspectos, y tendria así tiempo para retirarse del mal paso en que se habia empenado.

En su consecuencia tomó al punto sus disposiciones para combatir. Tenia á su izquierda el pueblo de Haslach,

rodeado de un pequeño bosque, y en él situó al 32 que se había hecho célebre en Italia, y que estaba al mando del coronel Barrois, el 9.º de ligeros mandado por el coronel Daricau, al primero de húsares y una parte de su artillería. A su derecha, cubierta asimismo en un bosque, situó el 96 de línea mandado por el coronel Meunier, y además el 17 de dragones. Algo adelante de su derecha tenía el pueblo de Jungingen rodeado también de algunos bosquecillos, y en él situó un destacamento.

En esta posición fue donde el general Dupont esperó á los austriacos destacados en número de 25,000 y mandados por el archiduque Fernando para combatir una división de 6,000 franceses. El general Dupont, siempre oportuno en esta circunstancia, notó al punto que su división sería destruida con solo el fuego de fusilería de los austriacos, si los dejaba desplegarse en línea y extender sus fuegos; y uniendo entonces á la audacia de una gran resolución, la de una ejecución vigorosa, mandó á los dos regimientos de su derecha al 96 de línea y al 9 de ligeros, que cargasen á la bayoneta. A la señal dada por él, muévense estos valientes regimientos, y marchan con la bayoneta calada sobre la primera línea austriaca: la arrollan, la desordenan y le hacen 1,500 prisioneros, que se envían á la izquierda para encerrarlos en el pueblo de Haslach. El general Dupont, después de este hecho de armas volvió á su posición con sus dos regimientos y aguardó inmóvil la continuación de tan extraño combate. No pudiendo darse los austriacos por vencidos, vuelven sobre él con nuevas fuerzas: nuestros soldados se adelantan segunda vez á la bayoneta, los rechazan de nuevo, y hacen numerosos prisioneros. Fatigados de estos inútiles ataques de frente, los austriacos dirigen sus esfuerzos sobre nuestras alas, y atacan el pueblo de Haslach que cubría la izquierda de la división Dupont, y que contenía sus prisioneros. Llegado al 32 su turno de combatir les disputa el pueblo con energía, y los rechaza, mientras que el primero de húsares, rivalizando con la infantería ejecuta cargas vigorosas sobre las columnas rechazadas. Los austriacos no se limitan á atacar á Haslach; hacen una tentativa sobre el ala opuesta y pro-

curan apoderarse del pueblo de Jungingen, situado á la derecha del general Dupont; donde penetran á favor de su ventaja numérica, y quedan por un momento dueños de él. El general Dupont, apreciando el peligro, manda al 96 que vuelva á atacar á Jungingen, y este regimiento logra recobrarlo, perdiéndolo y ganándolo de nuevo hasta cinco veces, y haciendo los franceses en la confusión de estos reiterados ataques muchos prisioneros. Pero, mientras los austriacos se aniquilaban en esfuerzos impotentes contra este puñado de soldados, su inmensa caballería, invadiéndolo todo, se arroja sobre el 17 de dragones, mata á su coronel el valiente Saint-Dizier y le obliga á replegarse en el bosque en que se apoyaba. Una nube de caballos se estiende entonces por los alrededores, corre hasta el pueblo de Albeck de donde había partido la división Dupont, se apodera de los bagages de ésta, que debieron haber defendido los dragones de Baraguay d'Hilliers, y pilla así algunos mezquinos trofeos: triste consuelo de la derrota que habían sufrido 25,000 hombres combatiendo contra 6,000!

Haciase cada vez mas urgente salir de un compromiso tan peligroso. El general Dupont, después de haber cansado á los austriacos en una lucha encarnizada de cinco horas, se aprovechó de la noche para retirarse sobre Albeck; lo cual verificó en buen orden, precedido de 4,000 prisioneros.

Si el general Dupont, dando este combate extraordinario no hubiera detenido á los austriacos, estos se hubieran escapado por Bohemia, quedando así fallida una de las mejores combinaciones de Napoleon. Esto prueba que los grandes generales necesitan grandes soldados, porque los capitanes mas ilustres necesitan á menudo que sus tropas reparen con su heroísmo, ó los azares de la guerra, ó los errores que el mismo genio no está exento de cometer.

Este encuentro con una parte del ejército francés provocó tempestuosas deliberaciones en el cuartel general austriaco. Sabíase en él que el mariscal Soult estaba en Landsberg; no suponían que el general Dupont se hallase solo en Albeck, y empezaban á creer que se hallaban cerca-

Incertidumbre del general Mack después del combate de Haslach.

dos por todas partes. El general Mack sobre el cual han querido los austriacos hacer pesar toda la vergüenza de su desastre, habia caído en una turbacion de ánimo fácil de concebir. Por mas que hayan dicho despues las personas que se han ocupado de este acontecimiento, para que el general Mack se salvase, hubiera sido menester que una inspiracion del cielo le hubiese revelado de pronto la debilidad del cuerpo que tenia delante, y la posibilidad de retirarse á Bohemia destruyendo aquel cuerpo. El desgraciado Mack que ignoraba lo que se ha sabido despues, y que no debía figurarse que los franceses tuviesen tan pocas fuerzas en la orilla izquierda, se puso á deliberar con el augusto compañero de su triste suerte, el archiduque Fernando. Asi perdió un tiempo precioso, y no supo ni resolverse á fugarse á Bohemia destruyendo la division Dupont, ni huir hacia el Tyrol, abriéndose paso por Memmingen. Parecióle partido mas seguro el fortificarse aun mas sólidamente en su posicion de Ulma, reconcentrar en ella su ejército, y aguardar allí, con una gran masa difícil de ser arrollada por asalto, la llegada de los rusos por Munich, y del archiduque Carlos por el Tyrol. Decíase que el general Kienmayer con 20,000 austriacos y el general Kutusof con 60,000 rusos, iban á presentarse por el camino de Munich; que el archiduque Juan con el cuerpo del Tyrol, y hasta el archiduque Carlos con el ejército de Italia, no podian dejar de acudir á su socorro por Kempten, y que entonces seria Napoleon el que se hallase en peligro, porque se veria cercado entre 80,000 austro-rusos que vendrian del Austria, 25,000 austriacos que bajarían del Tyrol, y 70,000 austriacos acampados en Ulma, lo que compondria una fuerza de 175,000 hombres. Pero para esto, hubiera sido preciso que todas estas agregaciones se verificasen á pesar de Napoleon que se hallaba en el centro con 160,000 franceses acostumbrados á vencer. En la desgracia se acoge con avidez la menor vislumbre de esperanza, y el general Mack creia hasta las falsas relaciones que le hacian los espías enviados por Napoleon; los cuales, tan pronto le decian que los ingleses iban á desembarcar en Bolonia, por cuya razon tendrian que partir los franceses á las márgenes del Rhin, tan pronto que los

rusos y el archiduque Carlos, venian por el camino de Munich.

En las situaciones difíciles y apuradas, es cuando los subordinados se hacen atrevidos y charlatanes, censuran á sus gefes, y espresan sus opiniones particulares. El general Mack estaba rodeado de subordinados, que eran grandes señores y no temian levantar la voz. Unos querian huir al Tyrol, otros á Wurtemberg, no faltando quien pretendiese hacerlo á Bohemia. Estos últimos, que por casualidad tenian razon, se fundaban en el combate de Haslach para sostener que el camino de Bohemia estaba espedito. El efecto que por lo comun causa la contradiccion en un ánimo agitado es debilitarlo mas y hacerle adoptar términos medios que son los mas funestos de todos. El general Mack, para conceder alguna cosa á las opiniones que combatia tomó dos resoluciones muy singulares respecto á su desicion de permanecer en Ulma. Envió la division Jellachich á Memmingen, para reforzar este puesto que guardaba el general Spanger con 5,000 hombres, con la intencion de mantenerse asi en comunicacion con el Tyrol; y mandó al general Riesch con toda una division para que se apoderase de las alturas de Elchingen, á fin de extenderse sobre la orilla izquierda y verificar un fuerte reconocimiento sobre las comunicaciones de los franceses.

A quedar en Ulma, para aguardar aquí socorros, y presentar, en caso de necesidad, una batalla defensiva, era menester permanecer en masa, y no enviar cuerpos á las estrechidades de la linea que ocupaba, porque esto era esponerlos á ser destruidos uno despues de otro. Como quiera que sea, el general Mack mandó al general Riesch ocupase el convento de Elchingen, que está situado sobre las alturas de la orilla izquierda inmediato á Haslach donde el dia 11 se habia combatido. Al pie de estas alturas y por la parte abajo del convento se hallaba un puente que Murat habia mandado ocupar por un destacamento frances, y que antes habian procurado destruirlo los austriacos. El destacamento de Murat para cubrirse á la aproximacion de las tropas del general Riesch, acabó de arruinarlo prendiéndole fuego.

El general Mack despues de largas vacilaciones no adopta ningun partido decisivo.

Quedaban, sin embargo, los caballetes clavados en el cauce del río, y que las aguas habían salvado del incendio. De esta suerte el ejército francés no podía comunicarse con la orilla izquierda sino por los puentes de Gunzburgo situados muy abajo de Elchingen. La división Dupont se había retirado á Langenau. Así, pues, los austriacos tenían espedita la retirada. Por fortuna lo ignoraban.

Napoleon llega á tiempo para reparar el error de Murat y quitar al general Mack toda probabilidad de retirada.

malísimo todas las posiciones que ocupaban sus lugartenientes. Halló á estos muy irritados los unos contra los otros, y sosteniendo opiniones enteramente contrarias. Lannes, cuyo conocimiento de la guerra era seguro y penetrante, había juzgado como el mariscal Ney, que los austriacos pensaban mas bien huir á Bohemia por la orilla izquierda arrollando la division Dupont, que aceptar una batalla en el Iller. Si Napoleon, lejos del terreno había podido tener sus dudas, no le quedó ninguna luego que lo recorrió. Por otro lado, al mandar que se vigilase la orilla izquierda y se situase en ella la division Dupont, era claro que no quería que se la dejase sin apoyo, ó al menos sin que se asegurasen los medios de pasar de una orilla á otra para socorrerla si llegaba á ser atacada. Por tanto, no solo no se había comprendido la situación, pero ni tampoco las órdenes de Napoleon. Este dió en todo la razón á los mariscales Ney y Lannes contra Murat; y mandó que se reparasen al punto las faltas que se habían cometido en los dias anteriores; para lo cual resolvió restablecer las comunicaciones entre ambas orillas por el puente mas cercano á Ulma que era el de Elchingen. Podíase haber bajado hasta Gunzburgo que nos pertenecía, pasar por allí el Danubio y volver á subir con la division de Dupont reforzada hasta Ulma. Pero esta era una operacion muy larga y tardia que dejaba á los austriacos bastante tiempo para retirarse. Valia mas que al amanecer del dia 14 se restableciese á viva fuerza el puente de Elchingen que tenían enfrente

y pasase una parte del ejército á la orilla izquierda. mientras que advertido el general Dupont de este movimiento, volviese de Langenau sobre Albeck y Ulma.

Napoleon dió las órdenes oportunas para que se verificase esta operacion en la mañana del dia 14. El mariscal Soult había pasado á la estremidad de la linea del Iller hácia Memmingen, el general Marmont se adelantaba como intermediario sobre el Iller. Lannes, Ney y Murat reunidos al frente de Ulma, iban á ocupar las dos orillas del Danubio para dar la mano á la division Dupont que había quedado en la orilla izquierda. Mas para esto era menester restablecer el puente de Elchingen, y á Ney se reservó el honor de llevar á cabo en la madrugada del 14 el acto de valor que debía ponerlos en posesion de las dos orillas del río.

Este intrépido mariscal no podía consolarse de algunas palabras poco decorosas que le había dirigido Murat en el reciente altercado suscitado entre ambos. Murat, como si le importunasen los razonamientos demasiado largos, le había dicho que no comprendia nada de los planes que le esponia, y que él no acostumbra á hacer los suyos sino en presencia del enemigo. Esta era la respuesta altiva que un hombre de accion hubiera podido dirigir á un vano charlatan. El mariscal Ney, á caballo desde la madrugada del 14, vestido de grande uniforme y adornado con todas sus condecoraciones, asió del brazo á Murat, y sacudiéndolo fuertemente delante de todo el Estado mayor y del mismo Emperador, le dijo con la mayor altivez: Venid, príncipe, venid á formar conmigo vuestros planes en presencia del enemigo.—Y partiendo al galope hácia el Danubio, fue bajo una lluvia de balas y de metralla, y con el agua hasta el pecho de su caballo á dirigir la peligrosa operacion que se le había encomendado.

Necesitábase reparar el puente, del cual solo quedaban los caballetes, pasarlo, atravesar una pequeña pradera que se extendia entre el Danubio y el pie de

Ataque del puente de Elchingen á fin de restablecer las comunicaciones con la orilla izquierda del Danubio y socorrer al general Dupont.

Ney provoca á Murat bajo el fuego del enemigo.

la altura, apoderarse en seguida del pueblo y del convento de Elchingen, que se elevaba en forma de anfiteatro y que estaba defendido por 20,000 hombres y una formidable artillería.

Ney hace restablecer el puente de Elchingen bajo el fuego de los austriacos.

El mariscal Ney á quien no arredraban tantos obstáculos, mandó al capitán Coisel, ayudante de campo del general Loisson, y á un zapador que tomasen la primera tabla y la colocasen sobre los caballetes del puente, bajo el fuego de los austriacos, á fin de restablecer el paso. El valiente zapador perdió una pierna de un tiro de metralla, pero al punto fue reemplazado por otro. Púsose al fin una tabla y después otra y otra, reparando así una parte del puente: tras de esta se reparó otra, y así se llegó á cubrir hasta el último caballete, bajo un fuego mortífero de fusilería que diestros tiradores dirigian desde la orilla opuesta sobre nuestros trabajadores. Al punto los cazadores del 6.º ligero, los granaderos del 39 y una compañía de carabineros, sin aguardar á que el puente estuviese completamente sólido, se arrojaron al otro lado del Danubio, dispersaron á los austriacos que defendian la orilla izquierda, y despejaron suficiente espacio para que la division Loisson pudiese venir en su ayuda.

Ney, después de haber pasado el Danubio con una de sus divisiones se apodera del convento de Elchingen.

El mariscal Ney mandó entonces pasar á la orilla izquierda del río á los regimientos 39 y 6.º ligero; y ordenó al general Villatte que se pudiese á la cabeza del 39, y se extendiese á la derecha en la pradera para hacer que la evacuasen los austriacos, mientras él con el 6.º ligero se apoderaba del convento. El 39, detenido mientras pasaba el puente por la caballería francesa que se precipitaba en él con ardor, no pudo pasar todo entero, de modo que solo el primer batallón de este regimiento pudo ejecutar la orden que habia recibido, teniendo que sufrir las cargas de la caballería austriaca y el ataque de tres batallones enemigos: no obstante la tenaz resistencia que opuso, tuvo por un momento que retroceder hasta el puente; pero socorrido en breve por su segundo batallón unido á los regimientos 69 y 76 de línea, recobró el

espacio perdido, permaneció dueño de toda la pradera á la derecha, y obligó á los austriacos á recogerse á las alturas. Mientras tanto, Ney al frente del 6.º ligero trepaba por las tortuosas calles del pueblo de Elchingen bajo el fuego superior que le hacian desde las casas los austriacos que las ocupaban. Así quitó el pueblo, una casa después de otra, de manos de los enemigos, y se apoderó del convento que se halla en la cumbre. En este sitio tenia á su frente las plataformas desiguales, sembradas de bosques, sobre las cuales habia combatido el 11 la division Dupont. Estas plataformas se estienden hasta Michelsberg por encima de la misma ciudad de Ulma; y Ney quiso hacerse fuerte en ellas, para no ser arrollado hasta el Danubio por un ataque ofensivo del enemigo. Al efecto, resolvió apoderarse de un espeso bosquecillo que por el mismo pie de la altura se unia al convento y al pueblo de Elchingen, y apoyar en él su izquierda, y hecho esto girando sobre esta misma izquierda llevar su derecha adelante. En su consecuencia, mandó al 69 de línea que se apoderase del bosque, y este regimiento penetró en él sufriendo un vivo fuego de fusilería. Mientras por este lado se combatia con encarnizamiento, lo restante del cuerpo austriaco estaba formado en varios cuadros de 2 á 3,000 hombres cada uno. Ney los mandó atacar por los dragones á quienes seguia la infantería en columna. El 18 de dragones dió á uno de ellos una carga tan vigorosa que lo rompió y le obligó á rendir las armas. A vista de esto, los austriacos se retiraron apresuradamente, huyendo primero hacia Haslach, y replegándose en seguida sobre Michelsberg.

Mientras tanto el general Dupont, que Nuevo combate de Dupont en Haslach. de Langenau habia vuelto hacia Albeck habia encontrado el cuerpo de Werneck, uno de los que habian salido el día antes de Ulma con la intencion de verificar reconocimientos sobre la orilla izquierda del Danubio, y buscar algun medio de retirada para el ejército austriaco. Al oír á su retaguardia el fuego de artillería, el general Werneck habia retrocedido, y vuelto sobre el Michelsberg por el camino de Albeck á Ulma, llegando al mismo tiempo en que la division Dupont lo verificaba

por su lado, y en que el mariscal Ney se apoderaba de las alturas de Elchingen. En este punto se empenó un nuevo combate entre el general Werneck que queria volver á Ulma, y el general Dupont, que al contrario, queria impedirsele. El 32 y 9.º ligero se arrojaron en columna cerrada sobre la infanteria de los austriacos, y la rechazaron, mientras que el 96 formado en cuadro recibia las cargas de su caballeria. El resultado de esta jornada fue que el mariscal Ney habia conquistado de nuevo gloriosamente la orilla izquierda, y el general Dupont impedido al cuerpo de Wer-

Importante resultado del combate de Elchingen.

neck que volviese á Ulma. Durante toda ella hicieron los franceses 3,000 prisioneros y se apoderaron de muchos cañones. Pero lo que valia mas que nada, era que los austriacos estaban definitivamente encerrados en Ulma; dende sin ninguna probabilidad de salvarse, se les ocurrió á los gefes austriacos una idea verdaderamente atinada pero ya irrealizable.

Mientras que en la orilla izquierda tenian lugar todos estos acontecimientos, Lannes se habia aproximado á Ulma por la orilla derecha; el general Marmont se habia adelantado hácia el Iller, y el general Soult, invadiendo la estremidad de la posicion de los austriacos, se habia apoderado de Memmingen. Todavia estaban trabajando los austriacos en fortificar con empalizadas esta ciudad cuando el mariscal Soult llegó á ella. Habiala atacado al punto y obligado al general Spangenberg á rendir las armas con 5,000 hombres, toda su artilleria y muchos caballos. El general Jellachich, acudiendo demasiado tarde para socorrer con su division á Memmingen, y viéndose en frente de un cuerpo de ejército de 30,000 hombres, se retiró, no sobre Ulma, temiendo no poder llegar á ella, sino sobre Kempten y el Tyrol. El mariscal Soult se dirigió al punto hácia Ochsenhausen, para acabar en todos sentidos el cerco de la plaza, y del campamento atrinchado de Ulma.

Situacion desesperada del general Mack.

Tal era la situacion de ambos ejércitos al concluir el dia 14 de Octubre. Despues de la

partida del general Jellachich y de los diversos combates que se habian dado, el ejército del general Mack habia quedado

reducido á 50,000 hombres, de los cuales era menester deducir el cuerpo de Werneck, separado de él por la division Dupont. El desgraciado general Mack se hallaba, pues, en una posicion desesperada; sin tener ningun partido bueno que tomar. Su único recurso era precipitarse espada en mano, sobre uno de los puntos del circulo de hierro, en que lo habian encerrado, para morir ó abrirse paso. Arrojarle sobre Ney y Dupont era aun el partido menos desastroso. Ciertamente hubiera sido batido, porque Lannes y Murat iban á acudir por el puente de Elchingen al socorro de Ney y Dupont, y no se necesitaba tal reunion de fuerzas para vencer á soldados ya abatidos. Sin embargo, hubiera salvado el honor de sus armas, y á excepcion de la victoria, aquel es el resultado mas precioso á que se puede aspirar. Pero el general Mack persistió en su resolucion de concentrarse en Ulma, y aguardar allí el socorro de los rusos. Contra esta determinacion se opusieron el principe Schwartzemberg, y principalmente el archiduque Fernando, que queria evitar á cualquier precio el caer prisionero. Entonces el general Mack les mostró los poderes del Emperador, que le atribuian, en caso de disenso, la autoridad suprema; lo cual si era bastante para hacerle responsable, no lo era por cierto, para hacer que le obedeciesen. El archiduque Fernando resolvió, gracias á su posicion menos dependiente, sustraerse á las órdenes del general en jefe, y

El archiduque Fernando sale de Ulma con algunos miles de caballos.

llegada la noche, despues de elegir la puerta de Ulma que á su entender le espondia menos á encontrar los franceses, salió de la ciudad con 6 ó 7,000 caballos y un cuerpo de infanteria, con intencion de reunirse al general Werneck y fugarse por el Palatinado superior hácia la Bohemia. Reuniendo al cuerpo que le seguia la division del general Werneck el archiduque privaba al general Mack de unos 20,000 hombres; y le dejaba en Ulma con 30,000 solamente, cercado por todas partes, y reducido á rendir las armas de la manera mas ignominiosa.

Se ha dicho sin ninguna razon que la partida del principe probaba la posibilidad de salir de Ulma. Desde luego es

de todo punto improbable que el ejército entero con su artillería y su material, pudiese pasar casi sin ser apercibido como un simple destacamento, compuesto en su mayor parte de caballería; y lo que sucedió algunos días después al archiduque Fernando prueba que el ejército hubiera encontrado su pérdida en aquella fuga. La grande falta consistía en dividirse. Era menester ó salir ó quedarse todos; quedarse para presentar una batalla encarnizada con 70,000 hombres; salir para precipitarse con aquellos 70,000 hombres, sobre uno de los puntos de la línea de los sitiadores, y encontrar en él, bien la muerte ó el triunfo, que la fortuna concede á veces á la desesperación. Pero dividiéndose para fugarse los unos con Jellachich hácia el Tyrol, los otros para escoltar la huida á Bohemia de el príncipe, y otros para firmar una capitulación en Ulma, era hacer lo peor de todo. Por lo demás, la experiencia enseña que en estas situaciones, abatida el alma, cuando ha empezado á decaer, decae tanto, que entre todos los partidos siempre toma los peores. Es preciso añadir, para ser justos, que el general Mack siempre se ha defendido después, de haber convenido en aquella división de las fuerzas austríacas, y en sus retiradas aisladas (1).

(1) Jamas los austríacos han dado á conocer sus operaciones de esta primera parte de la campaña de 1805. No obstante, se han publicado en Alemania muchos escritos en los cuales sus autores no se han propuesto otra cosa que condenar al general Mack y exaltar al archiduque Fernando, para explicar por la inercia de un solo hombre el desastre del ejército austríaco, y disminuir al mismo tiempo la gloria de los franceses. Todos estos escritos son inexactos é injustos, y en su mayor parte se fundan en circunstancias falsas, cuya imposibilidad está demostrada. He podido proporcionarme con mucho trabajo uno de los ejemplares, por cierto muy raros, de la defensa presentada por el general Mack ante el consejo de guerra que le juzgó. Esta defensa, singular en la forma y escrita en un lenguaje violento, sobre todo respecto al archiduque Fernando, mas llena de reflexiones declamatorias que de hechos, me ha suministrado, sin embargo, el medio de apreciar debidamente las intenciones del general austríaco, y de rectificar un gran número de suposiciones absurdas. Creo, pues, haber hecho esta relacion con toda exactitud ó al menos con tanta como es posible

Napoleon habia pasado la noche del 14 al 15 en el convento de Elchingen. En la mañana del 15 resolvió concluir de una vez y dió al mariscal Ney la orden de apoderarse de las alturas del Michelsberg. Situadas estas alturas delante de Ulma si se llega por la orilla izquierda del Danubio, dominan dicha ciudad, que se halla, segun hemos dicho, situada á su pie, al borde mismo del Danubio. Lannes habia pasado con su cuerpo por el puente de Elchingen, y flaqueaba el ataque de Ney, con el encargo ademas de apoderarse del Frauenberg, altura próxima á la del Michelsberg. Napoleon se hallaba sobre el lugar de la accion teniendo á Lannes á su lado, observando por una parte las posiciones que Ney iba á atacar al frente de sus regimientos, y dirigiendo por otra su vista á la ciudad de Ulma, situada en el fondo. De repente los austríacos descubren una batería que vomita metralla sobre el grupo imperial. Lannes apodera bruscamente de las riendas del caballo de Napoleon para alejarlo de aquel fuego mortífero. Napoleon que no buscaba el peligro, ni tampoco lo evitaba, y que solo se aproximaba á él cuando era preciso para juzgar de las cosas por si mismo, se situó de modo que pudiese ver la accion sin estar tan espuesto. Ney mueve sus columnas, asalta las trincheras construidas sobre el Michelsberg, y se apodera de ellas á la bayoneta. Napoleon, temiendo que el ataque de Ney sea demasiado pronto, quiere detenerlo para dar á Lannes tiempo de asaltar el Frauenberg y dividir así la atencion del enemigo.—La gloria no se comparte,—responde Ney al general Dumas que le lleva la orden de aguardar el socorro de Lannes; y continúa su marcha; vence todos los obstáculos, y llega con su cuerpo al otro lado de las alturas, encima

Ataque de Michelsberg, y cerco de Ulma.

Ataque de Michelsberg, y cerco de Ulma.

de la ciudad de Ulma. Lannes por su lado se apodera del Frauenberg, y reunidos descienden ambos para aproximarse á las murallas de la plaza. En el ardor que impulsaba á las columnas de ataque, el 17 de ligeros que pertenecía á la division Suchet, al mando del coronel Vedel escala el baluarte situado mas cerca del rio, y se situa en él. Pero notando los austriacos la aventurada posicion de este regimiento, se arrojan sobre él, lo rechazan y le hacen algunos prisioneros.

Napoleon creyó debía suspender el combate, y dejar para el siguiente dia el intimar á la plaza que se rindiese, ó apoderarse de ella por asalto. Durante esta jornada, el general Dupont que habia permanecido en frente del cuerpo de Verneck, habia venido de nuevo á las manos con él para impedirle que volviese á Ulma. Napoleon habia enviado á Murat para saber lo que pasaba por aquel lado, pues no podia comprenderlo, ignorando la salida de la plaza de una parte del ejército austriaco. En breve supo que varios destacamentos de aquel ejército habian logrado evadirse por una de las puertas de Ulma, que estaba menos espuesta á la vista y á la accion de los franceses. Al punto mandó á Murat con la reserva de caballería, la division Dupont y los granaderos de Oudinot, que siguiese á todo trance la parte del ejército enemigo que se habia fugado de la plaza.

Napoleon intima la rendicion al general Mack.

Al siguiente dia 16, mandó arrojar algunas bombas dentro de Ulma, y por la tarde envió á M. de Segur, oficial de su estado mayor, cerca del general Mack para intimarle la rendicion. Obligado Mr. de Segur á marchar de noche, con un tiempo muy malo, le costó mucho trabajo penetrar en la plaza. Condujéronle con los ojos vendados á la presencia del general Mack, quien, esforzándose por ocultar su profunda ansiedad, no pudo, sin embargo, disimular su sorpresa y su dolor al saber toda la estension de su desgracia. No la conocia por entero, porque todavia ignoraba que se hallaba cercado por 100,000 franceses, que otros 60,000 ocupaban la linea del Inn; que los rusos, al contrario, estaban muy lejos, y que el archiduque Carlos detenido en el Adige por el mariscal Mas-

sena, no podia llegar á su socorro. Cada una de estas noticias, á que al principio no quiso dar crédito, pero que en breve se vió obligado á admitir por la asercion reiterada y veridica de M. de Segur, destrozaron su alma. Despues de haberse resistido mucho el general Mack contra la proposicion de capitular, concluyó por avenirse con esta idea, con la condicion de aguardar algunos dias el socorro de los rusos. Estaba pronto, decia, á rendirse, si dentro de ocho dias no se presentaban los rusos al frente de Ulma. M. de Segur tenia la órden de no concederle mas que cinco y cuando mas seis, y en caso de negativa debía amenazarle con un asalto, y con una suerte en extremo rigurosa para sus tropas.

El desgraciado general Mack cifraba su honor, honor que

Capitulacion del general Mack.

ya habia perdido, en obtener ocho dias en lugar de seis. M. de Segur se retiró para llevar su respuesta al Emperador. Continuaron las proposiciones, y finalmente, introducido Berthier en la plaza, convino con el general Mack en las condiciones siguientes: Si el 25 de Octubre antes de media noche no se presentaba un cuerpo austro-ruso capaz de hacer levantar el cerco de Ulma, el ejército austriaco debía rendir las armas, constituirse prisionero de guerra, y ser conducido á Francia. Los oficiales austriacos podian volver á Austria, con la condicion de no servir mas contra la Francia. Caballos, armas, municiones, banderas, todo debía entregarse al ejército frances.

Hizose la capitulacion el 19 de Octubre, pero debía llevar la fecha del 17, lo cual daba en apariencia al general Mack los ocho dias que solicitaba. Este desgraciado fue al cuartel general del Emperador, y recibido allí con todos los miramientos debidos á la desgracia, afirmó reiteradamente que no era culpable de los desastres de su ejército, que se habia situado en Ulma por órden del consejo áulico, y que despues del cerco se habian dividido sus fuerzas contra su formal voluntad.

Como se ve, este era un nuevo convenio de Alejandria, aunque sin la terrible efusion de sangre de Marengo.

Mientras tanto, Murat á la cabeza de la division Dupont, de los granaderos de Oudinot y de la reserva de caballeria,

Murat persigue al archiduque Fernando.

redimia su reciente falta persiguiendo á los austriacos con una rapidez verdaderamente prodigiosa. Seguía á todo trance al general Werneck y al archiduque Fernando, jurando no dejar escapar un solo hombre. Púsose en marcha el 16 de Octubre por la mañana, y por la tarde dió en Nerenstetten un combate de retaguardia al general Werneck, y le hizo 2,000 prisioneros. Aldía siguiente 17 se dirigió sobre Heidenheim, procurando cortar por los flancos al enemigo con la rápida marcha de su caballería. El general Werneck y el archiduque Fernando, reunidos, verificaban juntos su retirada. Durante el día dejaron los franceses atras á Heidenheim y llegaron de noche á Neresheim, al mismo tiempo que la retaguardia del cuerpo de Werneck, á la que pusieron en desórden obligándola á dispersarse en los bosques. Al otro día, 18, Murat, caminando sin descanso, siguió al enemigo sobre Nordlingen; envolvió el regimiento de Stuart y lo hizo prisionero. El general Werneck viéndose cercado por todas partes, no pudiendo adelantar un paso mas con una infantería cansada, y no teniendo esperanza ni aun voluntad de salvarse ofreció, capitular. Aceptóse esta capitulación y el general Werneck se entregó con 8,000 hombres. Tres generales austriacos que mandaban una parte de la caballería quisieron escaparse no obstante la capitulación. Murat les envió un oficial para recordarles el cumplimiento de su compromiso, pero no hicieron caso y marcharon á reunirse con el príncipe Fernando. Murat se propuso castigar tal falta de fe persiguiéndolos aun mas activamente el siguiente día. Durante la noche se apoderó del gran parque compuesto de 500 carros.

Espectáculo de confusión que ofrece el camino en que se persiguía á los austriacos.

El camino que seguían los perseguidos y perseguidores ofrecía un espectáculo inaudito de confusión. Los austriacos huyendo por nuestras mismas comunicaciones se habían apoderado de gran porción de nuestros equipages, de nuestros trenes y de una parte del tesoro de Napoleon. Los franceses recobraron todo lo que aquellos habían tomado por un momento, y además se apoderaron de

su artillería; de sus bagages y de su propio tesoro. Veíanse por todas partes soldados y empleados de los dos ejércitos huir en desórden, sin saber á donde iban, ignorando quienes eran los vencedores y los vencidos. Los campesinos del Palatinado superior perseguían á los fugitivos, los despojaban y cortaban los tiros de la artillería austriaca para apoderarse de los caballos. Murat, continuando su persecucion llegó el 19 á Gunzenhausen en la frontera prusiana de Anspach. Un oficial prusiano tuvo la osadía de reclamar la neutralidad, cuando los fugitivos austriacos habían obtenido la autorizacion de atravesar el país. Murat, por toda respuesta, entró á la fuerza en Gunzenhausen y siguió al Archiduque. El 20 pasó por Nuremberg. El enemigo, conociendo que le faltaban las fuerzas se detuvo al fin, y en breve se empenó un combate entre ambas caballerías. Despues de numerosas cargas dadas y recibidas, los escuadrones del archiduque se dispersaron, y la mayor parte de ellos rindieron las armas. Hizose tambien prisionera á la poca infantería que quedaba. El príncipe Fernando debió á la adhesión de un subteniente que le dió su caballo, la fortuna de salvarse, y al fin logró ganar el camino de Bohemia seguido de 2 ó 3,000 caballos.

Murat no creyó conveniente llevar mas lejos su persecucion. Había marchado cuatro dias sin descanso, andando en cada uno mas de diez leguas, y sus tropas estaban rendidas de cansancio. Seguir la persecucion mas allá de Nuremberg, no hubiera sido prudente, pues esto lo hubiera llevado fuera del círculo de las operaciones del ejército. Por otro lado, las fuerzas que quedaban al archiduque Fernando no merecían la pena de una marcha mas. En esta circunstancia memorable, Murat había hecho 12,000 prisioneros, y tomado 120 cañones, 500 carros, 11 banderas, 200 oficiales, 7 generales, y además el tesoro del ejército austriaco. Tenía, pues, una parte muy gloriosa en aquella inmortal campaña.

El plan de Napoleon estaba completamente realizado. Hallábanse á 20 de Octubre, y en 20 dias, sin presentar batalla, por una serie de marchas y algunos combates, se había destruido un ejército de 80,000 hombres. De estos solo

Resultados materiales de esta corta campaña.

se habian escapado el general Kienmayer con unos 12,000 hombres, el general Jellachich con 5 ó 6,000, y el principe Fernando con 2 á 3000 caballos. En Wertingen, en Gunzburg, en Haslach, en Munich, en Elchingen, Memmigen, y en la persecucion dirigida por Murat, se habian hecho unos 30,000 prisioneros (1). Quedaban del ejército austriaco otros 30,000 hombres que tenian encerrados en Ulma; todo lo cual hacia un total de 60,000 prisioneros, con su artilleria compuesta de 200 cañones, con 4 ó 5,000 caballos muy apropósito para remontar nuestra caballeria, con todo el material del ejército austriaco, y 80 banderas.

El ejército frances contaba unos mil hombres estropeados á consecuencia de las marchas forzadas: teniendo á lo mas 2,000 hombres fuera de combate.

Napoleon, tranquilo respecto á los rusos, no habia tomado á mal detenerse cuatro ó cinco dias al frente de Ulma, á fin de dar á sus soldados algun descanso, y mas que nada tiempo para que todos se reuniesen á sus banderas, pues habian sido tan rápidas las últimas operaciones que algunos habian quedado rezagados.—Nuestro Emperador, decian, ha hallado una nueva manera de hacer la guerra: ya no la hace con nuestros brazos sino con nuestras piernas.

Sin embargo, Napoleon, no queriendo aguardar mas, y deseado aprovechar los tres ó cuatro dias que quedaban hasta cumplirse la capitulacion firmada con el general Mack, mandó llamar á este, y consolándole como pudo, obtuvo una nueva concesion, cual fue la de que entregase la plaza el dia 20 en lugar de hacerlo el 25, con la condicion de

que Ney permaneceria hasta dicha fecha bajo los muros de Ulma. El general Mack creia haber cumplido sus últimos deberes paralizando hasta el octavo dia un cuerpo del ejército frances. Por lo demas, en la situacion en que se hallaba podia hacer muy poca cosa. Se conformó, pues, á salir de la plaza al dia siguiente.

En efecto, el 20 de Octubre de 1805, el ejército austriaco sale de Ulma, y entrega las armas delante de Napoleon, situado al pie del Michelsberg y enfrente de Ulma, vió desfilar delante de él á todo el ejército austriaco. Ocupaba un terreno elevado en forma de declive, teniendo á su espalda la infanteria del ejército formada en semicirculo sobre la vertiente de las alturas, y frente á frente la caballeria desplegada en una linea recta. Los austriacos desfilaban por medio, soltando sus armas á la entrada de aquella especie de anfiteatro. Habia preparado un gran fuego de vivac, cerca del cual Napoleon presenciaba el acto. El general Mack se presentó el primero, y le entregó su espada exclamando con dolor: Aquí teneis al desgraciado Mack.—Napoleon le recibió, así como á sus oficiales, con la mayor afabilidad, y los colocó á su lado. Los soldados austriacos antes de llegar á su presencia arrojaban sus armas con un despecho honroso para ellos, y solo los distraia de este sentimiento el de la curiosidad que experimentaban al aproximarse á Napoleon. Todos devoraban con sus ojos á aquel terrible vencedor, que hacia diez años hacia sufrir á sus banderas tan crueles afrontas.

Napoleon, hablando con los oficiales austriacos les dijo en voz bastante alta para que todos lo oyensen: Yo no sé porque nos hacemos la guerra.—Yo no la queria, yo solo pensaba hacérsela á los ingleses, cuando vuestro Emperador vino á provocarme. Vosotros veis mi ejército: tengo en Alemania 200,000 hombres; vuestros soldados prisioneros verán otros 200,000 que atraviesan la Francia, para unirse á los primeros; y bien sabéis, que no necesito tantos para vencer. Bien puede vuestro soberano pensar en la paz, pues de lo contrario podria suceder que cayese la casa de Lorena. Yo no deseo adquirir nuevos es-

El ejército austriaco sale de Ulma, y entrega las armas delante de Napoleon.

(1) He aquí el número aproximativo, pero mas bien reducido que exagerado, de los prisioneros:

Hechos en Wertingen. . . .	2,000
en Gunzburg.	2,000
en Haslach.	4,000
en Munich.	1,000
en Elchingen.	3,000
en Memmigen	5,000

Durante la persecucion dirigida por Murat 12 á 13,000

Total. 29 á 30,000

tados en el continente; lo que quiero son navios, colonias, comercio, y está ambicion os es tan provechosa como á mí.— Estas palabras, pronunciadas con cierta altivez, no encontraron en los oficiales á quienes se dirigian sino el silencio y el sentimiento de hallarlas justas y merecidas. Napoleon habló en seguida con los generales austriacos que mas conocia, y asistió cinco horas á aquel espectáculo extraordinario. Veinte y siete mil hombres desfilaron á su presencia. Quedaban en la plaza de 3 á 4,000 heridos.

Segun su costumbre dirigió al dia siguiente una proclama á sus soldados. Estaba concebida en estos términos:

Cuartel general imperial de Elchingen, 20 de Vendimiario del año XIV (21 de Octubre de 1805)

»SOLDADOS DEL GRANDE EJERCITO:

Proclama de Napo- »En quince dias
leon á sus soldados. »hemos hecho una
»campana: ha sido
»cumplido lo que nos propusimos. He-
»mos ahuyentado de la Baviera las tro-
»pas de la casa de Austria, y restable-
»cido á nuestro aliado en la soberania de
»sus estados. Hemos anonadado, y des-
»truido á ese ejército que con tanto or-
»gullo como imprudencia vino á situar-
»se en nuestras fronteras. ¿Mas qué le
»importa esto á la Inglaterra? ha lo-
»grado su objeto; ya no nos hallamos
»en Boloña!.....

»De los cien mil hombres que com-
»ponian ese ejército, sesenta mil se ha-
»llan prisioneros: ellos irán á reempla-
»zar nuestros conscriptos en los traba-
»jos de nuestros campos. 200 cañones,
»90 banderas, y todos sus generales se
»hallan en nuestro poder; y de ese ejér-
»cito solo se han escapado 15,000 hom-
»bres. Soldados: os habia anunciado una
»gran batalla; mas, gracias á las malas
»combinaciones del enemigo, he podido
»obtener los mismos resultados, sin cor-
»rer ningun azar; y, lo que no tiene
»ejemplo en la historia de las naciones,
»tan inmenso resultado no nos cuesta
»mas que unos 1,500 hombres fuera de
»combate.

»Soldados: este glorioso resultado se
»debe á la confianza sin limites que te-
»neis en vuestro Emperador, á vuestra
»paciencia para soportar las fatigas y pri-

»vaciones de todo género, á vuestra sin-
»gular intrepidez.

»Pero no nos detendremos aquí: vo-
»sotros estais impacientes por empezar
»una segunda campana. Vamos, pues, á
»hacer sufrir la misma suerte á ese ejér-
»cito ruso, á quien el oro de la Ingla-
»terra ha traído desde las estremidades
»del Universo.

»A esta nueva lucha va unido mas
»especialmente el honor de la infante-
»ria francesa. En ella va á decidirse por
»segunda vez la cuestion ya decidida en
»Suiza y en Holanda, si la infanteria
»francesa es la segunda ó la primera de
»Europa. En ese ejército no hay gene-
»rales cuyo vencimiento me pueda dar
»gloria: por lo tanto, todo mi conato
»será obtener la victoria, con la me-
»nor efusion posible de vuestra sangre.
»Mis soldados son mis hijos!»

Al dia siguiente de la rendicion de
Ulma, Napoleon partió para Augsburgo,
con la intencion de llegar al Inn antes
que los rusos, de marchar en seguida
sobre Viena, y segun habia resuelto,
desbaratar los cuatro ataques que se di-
rigian contra el Imperio, solo con la
marcha del grande ejército sobre la ca-
pital del Austria.

¿Por qué despues
de esta relacion tan
afortunada y glo-
riosa nos hemos de
ver obligados á nar-
rar otra tan triste?

Continuacion de las
operaciones navales,
despues de haberse
levantado el campa-
mento de Boloña.

Durante estos mismos dias del mes de
Octubre de 1805, que siempre serán
gloriosos para la Francia, la Providen-
cia imponia á nuestras escuadras una
cruel compensacion de las victorias de
nuestros ejércitos. La historia, á quien
se ha impuesto la tarea de contar por
turno los triunfos y los reveses de las
naciones, y hacer sentir á la curiosa
posteridad las mismas emociones de ale-
gria ó de dolor que en su tiempo sintie-
ron las generaciones cuya vida cuen-
tan, la historia debe resignarse á es-
cribir despues de las maravillas de Ul-
ma, la espantosa escena de destruccion
que pasaba en los mismos dias junto á
las costas de España, á la vista del ca-
bo de Trafalgar.

Al salir del Ferrol el desgraciado
Villeneuve lo apuraba el deseo de diri-
girse á la Mancha para conformarse á
las grandes miras de Napoleon; pero

un impulso irresistible lo llevaba hacia Cádiz. La noticia de haberse reunido Nelson á los almirantes Calder y Cornwallis le habia causado cierto terror. Semejante noticia, verdadera bajo ciertos aspectos, porque Nelson al volver á Inglaterra, habia visitado al almirante Cornwallis al frente de Brest, era falsa en la importancia que se le atribuía, pues Nelson sin detenerse en Brest, habia continuado su navegacion á Portsmouth. El almirante Calder, habia sido enviado solo al Ferrol, y no llegó á él hasta despues de la salida de Villeneuve. Corrian, pues, en vano los unos tras de los otros, como sucede muy á menudo en la vasta estension de los mares; y si Villeneuve hubiera persistido en su idea, habria hallado al frente de Brest á Cornwallis separado á la vez de Nelson y de Calder. Asi perdió la mejor de las ocasiones, y la hizo perder á la Francia, sin que, no obstante, pueda decirse cual hubiese sido el resultado de aquella expedicion extraordinaria, á haberse hallado Napoleon á las puertas de Londres, mientras los ejércitos austriacos se hubiesen presentado en las fronteras del Rhin. Solo la rapidez de sus golpes, por lo comun prontos como el rayo, hubiera decidido si los cuarenta dias transcurridos del 20 de Agosto al 30 de Setiembre, bastaban para subyugar á la Inglaterra, y dar á la Francia los dos cetos reunidos de la tierra y de los mares.

Motivos que impulsan á Villeneuve á volver á Cádiz en lugar de hacer rumbo hacia la Mancha.

Al salir Villeneuve del Ferrol, no se habia atrevido á decir al general Lauriston que iban á Cádiz; mas al verse en alta mar no le ocultó las inquietudes que le devoraban, y que le inducian á alejarse de la Mancha para dirigirse á un extremo de la Península. A las vivas instancias del general Lauriston, que se esforzó en ponerle á la vista toda la grandeza de los designios, que por su causa iban á frustrarse, volvió por un instante á la idea de navegar hacia la Mancha, y puso la proa al Nordeste: mas impidiéndoselo el viento contrario que soplabá del mismo Nordeste, tomó definitivamente el partido de ir á Cádiz, con el corazon atormentado de un nuevo espanto, á la idea de tener que arrostrar la cólera del Emperador. El 20 de Oc-

tubre se presentó á la vista de Cádiz, cuyo puerto bloqueaba continuamente un crucero ingles de corta fuerza. Si Villeneuve se hubiera presentado de improviso con sus fuerzas reunidas, hubiera podido aprisionar los buques de dicho crucero; pero perseguido siempre de los mismos temores, envió una vanguardia para asegurarse que no existia al frente de Cádiz una escuadra capaz de combatirle, lo cual sirvió de aviso al crucero ingles, que tuvo así tiempo para retirarse. El almirante Ganteaume en 1801, ya que no pudo llenar el objeto de su expedicion en Egipto aprisionó al menos al navio *Swiftsure*: Villeneuve no tuvo siquiera el débil consuelo de entrar en Cádiz con dos ó tres navios ingleses prisioneros, como indemnizacion de su infructuosa campaña.

Esperando como

era natural, alguna explosion de cólera por parte de Napoleon, pasó Villeneuve

Cólera de Napoleon contra Villeneuve, y sentimiento que le causa á este.

algunos dias sumido en una afliccion profunda. No se engañaba en sus temores. Napoleon al recibir por medio de su ayudante de campo Lauriston el parte detallado de todo lo sucedido, tomando por un acto de falsedad el doble lenguaje que habia usado Villeneuve al salir del Ferrol, y por una especie de traicion la ignorancia en que se habia dejado á Lallemand acerca del regreso de la escuadra á Cádiz, esponiéndole á presentarse solo delante de Brest; Napoleon, imputando sobretodo á Villeneuve el que abortase el designio mas grande que jamas habia concebido, se expresó contra él, en presencia del ministro Decrès, en términos ultrajantes; y hasta le calificó de cobarde y de traidor. El desgraciado Villeneuve no era ni lo uno ni lo otro. Era, sí, un buen soldado y un buen ciudadano; pero muy desanimado y abatido por la inexperiencia de la marina francesa y por la imperfeccion de su material; y asustado de la completa desorganizacion de la marina española, no veia mas que derrotas en cualquier encuentro que tuviese con el enemigo; y le desesperaba el papel de vencido á que infaliblemente le destinaba Napoleon. No habia llegado á comprender bastante que lo que Napoleon le pedia no era que venciese, sino que se dejase destruir, con tal que que-

dase espedito el canal de la Mancha; ó bien, si habia comprendido este terrible destino, no habia sabido resignarse á él. En breve se verá que iba á ser conducido al mismo sacrificio, sin que en esta ocasion obtuviese ningun resultado que pudiera hacer ilustre su derrota.

Ordenes que Napoleón dejó para la escuadra antes de salir de París.

En medio de aquel torrente de grandes cosas en que se veia envuelto Napoleon, en breve olvidó al almirante Villeneuve y su conducta. No obstante, antes de marchar para las margenes del Danubio, pensó de nuevo en su marina, y sobre el destino que juzgaba conveniente darle. Mandó la separacion de la escuadra de Brest y su division en varios cruceros conforme al plan de M. Decrès, que consistia en evitar los grandes combates navales, hasta que nuestra marina estuviese formada, y á emprender, mientras tanto, expediciones lejanas, compuestas de pocos navios, que por su corto número pasasen desapercibidas de los ingleses, y fuesen tan perjudiciales á su comercio, como ventajosas á la instruccion de nuestros marinos. Quiso ademas proporcionar al débil ejército del general Saint-Cyr, que ocupaba á Tarento, el apoyo de la escuadra de Cádiz, y de las tropas de desembarco que llevaba á bordo. Calculaba que esta escuadra fuerte de unos cuarenta navios, y hasta de cuarenta y seis, luego que se hubiese unido á la division de Cartagena debia dominar durante algun tiempo en el Mediterráneo, como antes habia dominado en él la de Bruix, aprisionar el pequeño crucero ingles estacionado al frente de Nápoles, y proporcionar al general Saint-Cyr el útil socorro de los 4,000 soldados que acababa de transportar á todos los mares. Asi, pues, mandó que la escuadra saliese de Cádiz, que entrase en el Mediterráneo, que se uniese á la division de Cartagena, y se dirigiese en seguida á Tarento; y que en el caso en que las escuadras inglesas se hallasen reunidas al frente de Cádiz, no consintiese Villeneuve que lo encerrasen en el puerto, sino que, al contrario, saliese de él, si el número de sus navios era superior al de los enemigos, porque era mejor ser batido que quedar deshonrado por una conducta pusilánime.

Estas resoluciones, tomadas por Napoleón bajo la impresion que le habia causado la timidez de Villeneuve, poco reflexionadas, y sobre todo poco combatidas por el ministro Decrès, que no se atrevia á repetir lo que temia haber dicho demasiado, fueron inmediatamente transmitidas á Cádiz. El almirante Decrès no escribió á

Villeneuve todas las palabras de Napoleón; pero enumeró, quitando las espresiones ultrajantes,

Modo con que el ministro Decrès transmite á Villeneuve las órdenes de Napoleón.

los cargos que habia dirigido contra su conducta desde la salida de Tolon hasta su vuelta á España; no ocultándole que tenia que hacer mucho para volver á grangearse la estimacion del Emperador. Al informarle del nuevo destino que se le daba, le mandó que se hiciese á la vela, y tocase sucesivamente en Cartagena, Nápoles y Tarento, para ejecutar en estos diferentes puntos las instrucciones que acabamos de referir. Sin prescribirle que saliese en cualquier caso, le manifestó que el Emperador queria que la marina francesa no esquivase jamas el combate, siempre que los ingleses fuesen inferiores en fuerza. Abstúvose de decir mas, no atreviéndose ni á declarar á Villeneuve toda la verdad, ni á renovar sus instancias al Emperador, para impedir un gran combate naval, que no tenia entonces ni aun la excusa de la necesidad. Asi, todos ponian de su parte algo para contribuir á un gran desastre; Napoleón, la cólera; el ministro Decrès, las reticencias; y Villeneuve el despecho.

Pronto ya á ponerse en camino para Strasburgo, Napoleón dió al almirante Decrès una última orden relativa á las operaciones navales.—Vuestro amigo Villeneuve, le dijo, será probablemente demasiado cobarde para salir de Cádiz. Enviad al almirante Rosily, que tomará el mando de la escuadra, si aun no se ha dado á la vela, y mandad al almirante Villeneuve que venga á París á darme cuenta de su conducta.—M. Decrès no tuvo ánimo para anunciar á Villeneuve esta nueva desgracia, que le privaba de todo medio de rehabilitacion; y se contentó con participarle la partida de Rosily, sin darle á conocer la causa. Por tanto aunque no dió á Villeneuve el consejo de darse á la vela antes que el

almirante Rosily llegase á Cádiz, esperó que sucedería así, y en el conflicto en que se hallaba, colocado entre un amigo desgraciado, cuyas faltas no desconocía, y el Emperador, cuya voluntad juzgaba muy imprudente á veces, cometió con mucha frecuencia la falta de dejar las cosas entregadas á sí mismas, en lugar de tomar sobre sí la responsabilidad de dirigir las (1).

Pesar de Villeneuve al recibir los despachos de París.

Al recibir Villeneuve las cartas de M. Decrès, adivinó lo que no se le decía,

sintiendo tanto por esto como por los demás cargos que se le habian hecho, un pesar extremado. Lo que mas le afectaba era la imputacion de cobardia, que sabia bien no habia merecido, y que creia entrever en las mismas reticencias del ministro su protector y su amigo. Al punto contestó á M. Decrès: « Los marinos de París y de los departamentos, » serán indignos y locos si me tiran la » primera piedra. Asi se prepararán la » condenacion que mas tarde les alcanzará. Que vengan á bordo de las escuadras, y verán con qué elementos cuentan para combatir. Por lo demás, si á la marina francesa, como se pretende, no le ha faltado mas que audacia y valor, en breve quedará el Emperador satisfecho; y puede contar de seguro con los mas brillantes triunfos.»

Estas amargas palabras encerraban el pronóstico de lo que en breve iba á suceder. Villeneuve hizo todos los preparativos necesarios para salir de nuevo, y desembarcó las tropas, á fin de que descansasen, y los enfermos para curarlos.

Villeneuve hace los preparativos para una nueva salida.

Se ayudó de los escasos medios que le ofrecia España para reparar sus navios, como era necesario despues de su larga navegacion, para proporcionarse al menos tres meses de víveres, y para reorganizar, en fin, las diversas partes de

su escuadra. Siguiendo el almirante Gravinga sus consejos cambió sus peores buques por los mejores del arsenal de Cádiz. Dedicose todo el mes de Setiembre á estos cuidados, y con ellos la escuadra ganó mucho en la parte material, mas en el personal quedó como estaba. Las tripulaciones francesas habian adquirido alguna experiencia, durante una navegacion de cerca de

Estado de nuestra escuadra bajo el aspecto del material y del personal.

ocho meses; y estaban animadas del mayor ardor y decision. Algunos de los capitanes eran excelentes; pero entre los oficiales habia muchos que se habian tomado de la marina mercante, y que no tenian ni los conocimientos ni el espíritu de la marina militar. La instruccion, sobre todo respecto al manejo de la artilleria, se habia descuidado mucho. Nuestros marineros no eran entonces artilleros tan hábiles como lo son en la actualidad, merced al especial cuidado que se ha puesto en esta parte de su educacion militar. Tambien faltaba á nuestra marina un sistema de táctica naval adecuada al método de combatir de los ingleses. En lugar de formarse en batalla en dos líneas

Nueva táctica naval de los ingleses.

contrarias, como se hacia antes, y adelantarse metódicamente, guardando cada buque su lugar, y tomando por adversario al navio que tenia en frente en la línea opuesta, los ingleses dirigidos por Rodney en la guerra de América y por Nelson en la de la revolucion, habian tomado la costumbre de adelantarse osadamente, sin guardar mas orden que el que resultaba de la velocidad relativa de los navios, arrojarse sobre la escuadra enemiga, cortarla, separar una parte de ella para ponerla entre dos fuegos, y no temer, en fin, el revolverse y confundirse á riesgo de tirar los unos sobre los otros. La experiencia, la habilidad de sus tripulaciones, y la confianza que les habian inspirado sus triunfos, les aseguraban siempre en estas empresas temerarias la ventaja sobre sus adversarios menos ágiles, menos confiados, aunque si tan valientes y á veces mas que ellos. Los ingleses habian, pues, hecho en la táctica marítima una revolucion bastante parecida á la que Napoleon habia hecho en la de tierra. Nelson, que habia contribuido mucho á aque-

(1) Multitud de conjeturas se han formado sobre las causas que motivaron la salida de Cádiz de la escuadra en masa, y el combate de Trafalgar. Nada hay en ellas de cierto, sino lo que aquí referimos. Nuestra narracion está tomada de la correspondencia auténtica de Napoleon, y de la de los almirantes Decrès y Villeneuve. En lo que va á leerse está dicho cuanto hay que referir de este triste acontecimiento.

lla revolucion, no era un talento superior y general como Napoleon; distaba mucho de serlo, y hasta era bastante limitado en las cosas estrañas á su arte. Pero tenia genio respecto á la marina; era inteligente, atrevido, y poseia en alto grado las cualidades que requiere la guerra ofensiva, la actividad, la audacia, y el golpe de vista.

Villeneuve que tenia talento y valor, pero no la firmeza de alma que conviene á un gefe de armada, conocia muy bien las faltas de nuestra manera de combatir. Sobre este mismo asunto habia escrito cartas muy fundadas y razonadas á M. Decrés, que era de su opinion, porque todos los marinos participaban de ella: pero creia imposible preparar en campaña nuevas instrucciones, y familiarizar bastante con ellas á sus capitanes para que pudiesen aplicarlas en un próximo combate. No obstante, en la batalla del Ferrol habia opuesto á los ingleses, como sin duda se recordará, una maniobra inesperada que fue muy aprobada por Napoleon y por M. Decrés. Al dirigirse el almirante Calder en columna sobre la retaguardia de su linea para cortarla. Villeneuve habia sabido evitarlo con mucha prontitud; pero una vez empeñado el combate, no habia sabido maniobrar, y habia dejado ociosa una parte de sus fuerzas, y cuando con solo hacer adelantar toda su linea hubiera podido recobrar los dos navios españoles desamparados, no se habia atrevido á mandarlo. A pesar de esto, Villeneuve mostró en aquel combate verdaderos talentos, á juicio de Napoleon, pero no bastante carácter. Despues no dirigió á sus capitanes ninguna instruccion mas que la de obedecer á las señales que les hiciese en el momento de la accion, si el estado del viento permitia maniobrar, y si no la de hacer cada cual lo posible para entrar en accion y buscar un adversario.—No debe aguardarse, decia, las señales del almirante, que en la confusion de un combate naval, no puede á veces ver lo que sucede, ni dar sus órdenes, ni sobre todo hacerlas llegar á su destino. Solo debe escuchar cada uno la voz del honor y dirigirse á lo mas ricco del peligro.—**TODO CAPITAN QUE SE HALLA EN EL FUEGO ESTA EN SU PUESTO.**—Tales fueron sus instrucciones; y debe decirse que el mismo almirante Bruix que tan superior

era á Villeneuve no habia dirigido otras á los oficiales que mandaba. Si en todos nuestros grandes combates navales hubiera seguido cada capitán estas sencillas instrucciones dictadas por el honor y por la experiencia, los ingleses no hubieran alcanzado tantos triunfos ó los habrian pagado mas caros.

Lo que mas apuraba al almirante Villeneuve era el estado de la escuadra española. Componiase esta de grandes y hermosos navios, particularmente uno de ellos la *Santísima Trinidad* de 140 cañones, que es el mayor que se ha construido en Europa. Pero estas vastas máquinas de guerra que recordaban el antiguo esplendor de la monarquia española durante el reinado de Carlos III, eran, como los navios turcos, magníficos en apariencia, pero inútiles en el peligro (1). El abandono en que se hallaban los arsenales no habia permitido aparejarlos como se debia, y las tripulaciones que los montaban eran muy escasas. Habianlos tripulado hacinando gente de todas clases, tomada sin eleccion en las ciudades marítimas de la Peninsula, que no tenia ninguna instruccion, que no estaba acostumbrada á la mar, y que bajo todos aspectos no podia equipararse con los veteranos marinos de la Inglatera, por mas que circulase por sus venas la generosa sangre española. La mayor parte de los oficiales era igual á los marineros. No obstante, algunos de ellos, como el almirante Gravina, el vice-almirante Alava, y los capitanes Valdes, Churruca y Galiano, eran dignos de los tiempos mas brillantes de la marina española.

(1) La marina española aunque sumamente abandonada en aquellos calamitosos tiempos, valia á lo menos tanto como la francesa, sumamente desorganizada entonces y defectuosa, si bien ambas asi la francesa como la española no se podian poner en paragon con la inglesa, que les llevaba inmensas ventajas, tanto en la parte material como en la pericia de sus tripulaciones. Asi pues, esta comparacion que hace aquí el autor de nuestros navios con los navios turcos, á mas de injusta es ridicula, pues muy en breve demostró la escuadra francesa en Trafalgar que tenia bastantes buques á que se podia aplicar esta semejanza con mas exactitud y justicia.

(Nota del Traductor.)

Decidido Villeneuve á probar que no era un cobarde, empleó el mes de Setiembre y los primeros días de Octubre, en poner en órden aquella amalgama de dos marinas. Formó dos escuadras; una de combate y la otra de reserva. Tomó el mando de la primera compuesta de 21 navios y la distribuyó en tres divisiones de 7 navios cada una, dejando á sus inmediatas órdenes la division del centro; el almirante Dumanois que montaba el *Formidable* mandaba la division de retaguardia; y el vice-almirante Alava, cuyo pabellon flotaba en el navio *Santa Ana* la de vanguardia. La escuadra de reserva se componia de 12 navios, distribuidos en dos divisiones de seis cada una. El almirante Gravina era el gefe de esta escuadra, y á sus órdenes dirigia la segunda division el contra-almirante Magón, que montaba el navio *Algeciras*. Con esta escuadra de reserva destacada del cuerpo de batalla y obrando á parte, era con la que queria Villeneuve hacer frente á las imprevisas maniobras del enemigo, con tal que permitiese el viento maniobrar. En caso contrario, descansaba en el deber de honor, impuesto á todos sus capitanes, de dirigirse al fuego.

Componíase, pues, la escuadra combinada de 33 navios, 5 fragatas y 2 bergantines. El 8 de Octubre (16 de Vendimiario) impaciente Villeneuve por darse á la vela quiso aprovechar para salir de la bahia un viento de Este; porque para salir de Cádiz se necesitan vientos del Nordeste al Sudeste. Pero los oficiales españoles le manifestaron que los navios *Santa Ana*, *el Rayo*, y *San Justo* que acababan de salir de la dársena, y cuyas tripulaciones no se habian embarcado hasta el dia anterior, si bien podian aparejar con la escuadra, era imposible que se mantuviesen en su puesto en una linea de batalla. Villeneuve para cubrir su responsabilidad quiso reunir un consejo de

Consejo de guerra celebrado antes de salir la escuadra de Cádiz.

guerra. Los oficiales mas valientes de ambas escuadras declararon que estaban prontos á ir donde fuese necesario para secundar las miras del Emperador Napoleon, pero que era una imprudencia de las mas peligrosas el presentarse inmediatamente al frente del enemigo, en el estado en que se hallaba la mayor

parte de los buques; que la escuadra al salir de la bahia, y cuando apenas habia tenido algunas horas de tiempo para maniobrar, encontraria una escuadra inglesa, de fuerza igual ó superior, é infaliblemente seria destruida; que valia mas aguardar alguna ocasion favorable, como la de una dispersion de las fuerzas inglesas producida por cualquiera causa, y que mientras tanto se podia concluir la organizacion de los navios ultimamente armados.

Villeneuve remitió á Paris el resultado de aquella deliberacion, añadiendo á la opinion del consejo la suya que era igualmente contraria á que se diese ningun gran combate en el estado en que ambas marinas se hallaban. Pero envió aquellos documentos inútiles, como para hacer resaltar mas su tranquila resignacion, pues añadió, que habia resuelto aparejar al primer viento de Este que le permitiese sacar la escuadra fuera de la bahia.

Aguardaba, pues, un momento propicio para dejar á Cádiz á todo trance. Al fin tenia á su presencia á aquel temible Nelson, cuya sombra, persiguiéndole en todos los mares, le habia hecho frustrar la mas grande de las empresas por temor de encontrarle. Mas ahora no la temia, aunque fuese mas de temer que nunca, porque su alma, presa de la desesperacion, deseaba el peligro, casi la derrota, para probar que habia tenido razon en evitar el encuentro de la marina británica.

Nelson, despues de haber permanecido un momento en las playas de la Gran Bretaña, que no debia volver á ver, se habia dirigido hácia Cádiz, llevando consigo una de las escuadras, que el almirantazgo británico habia reunido en la Mancha, penetrando al cabo de dos años los proyectos de Napoleon. Conduciale naturalmente á Cádiz el rumor divulgado por el Océano de la vuelta de Villeneuve hácia un extremo de la Peninsula.

Nelson tenia á su disposicion casi la misma fuerza naval que Villeneuve, es decir, 33 ó 34 navios, pero todos esperimentados por largos cruceros, y tenien-

A pesar de la opinion de sus oficiales y de la suya propia, Villeneuve toma la resolucion de salir de Cádiz para combatir.

Estado de la escuadra inglesa mandada por Nelson.

do sobre la escuadra combinada de Francia y España la superioridad que tienen siempre las escuadras que bloquean sobre las bloqueadas. No dudando en vista de los preparativos de Villeneuve, de los cuales estaba perfectamente informado por espías españoles, de encontrarle al paso, observaba con gran cuidado sus movimientos, y había dirigido á los oficiales ingleses, instrucciones para el combate que preveía, que conocidas despues, llenaron de admiracion á todos los marinos.

Instrucciones dadas por Nelson á sus oficiales.
 Habíales prescrito su maniobra predilecta, teniendo cuidado de especificarles los motivos.—Formarse en línea, decia, hace perder mucho tiempo, por que no teniendo todos los navios una marcha igual, se necesita que la escuadra arregle sus movimientos por los navios que marchan menos. Asi, el enemigo que quiere evitar el combate tiene tiempo para huir de él; y es absolutamente preciso impedir que en esta ocasion se escape la escuadra franco-española.—Nelson suponía que Villeneuve había incorporado á su escuadra la division de Lallemand, y acaso la de Cartageña, lo que le hubiera dado una escuadra de 46 navios. Por su parte, esperaba reunir 40, contando con algunos cuya llegada se le había anunciado; y mientras mas numerosa fuera su escuadra, menos queria formarla en línea. Asi, pues, formó dos columnas, tomando el mando de una, y confiando el de la otra al vice-almirante Collingwood, y ordenó que cuando se hallasen en presencia del enemigo marchasen sobre la línea de este, sin guardar mas orden que el de velocidad, que la cortasen por dos partes, por el centro y por la cola, que envolvesen en seguida las partes cortadas y las destruyesen.—La parte de la escuadra enemiga que dejéis fuera de combate, había añadido fundándose en las numerosas experiencias de su época, difícilmente vendrá en socorro de la parte atacada, y habreis vencido antes que llegue.—No podian preverse con mas sagacidad ni exactitud las consecuencias de semejante maniobra, que Nelson había procurado inculcar de antemano en el ánimo de sus subordinados, aguardando á cada instante la ocasion de realizarla. Para no intimidar de-

masiado á su adversario, había tenido cuidado de no aproximarse mucho á Cádiz: observaba la bahía por medio de simples fragatas, mientras él cruzaba con sus navios en la ancha embocadura del estrecho, corriendo bordadas del Este al Oeste, muy lejos de la vista de las costas.

Informado del verdadero estado de las fuerzas de Villeneuve, que no había incorporado á sus escuadras las divisiones de Salcedo ni Lallemand, no temió dejar cuatro navios en Gibraltar, dar uno al almirante Calder que acababa de ser llamado á Inglaterra, y enviar otro que hacia agua á Gibraltar. Conocida esta circunstancia en Cádiz confirmó á Villeneuve en su resolucion de darse á la vela. Creía á los ingleses con mas fuerza, pues les suponía 33 ó 34 navios, y su placer fue grande al saber que no tenían tantos; llegando entonces basta creerlos con menos de los que tenían en realidad, es decir con 23 á 24 solamente.

En este intermedio llegaron á Cádiz los últimos despachos de Paris que anunciaban la partida del almirante Rosily. Esta noticia no afectó al pronto demasiado á Villeneuve; y la idea de servir honrosamente bajo las órdenes de un gefe, su superior en edad y graduacion, y portarse á su lado como un subordinado valiente alivió su alma oprimida bajo el peso de una grande responsabilidad. Pero hallándose ya el almirante Rosily en Madrid, y no habiéndose noticiado aun á Villeneuve el destino que le estaba reservado con el nuevo almirante, empezó á creer que estaba pura y simplemente destituido del mando de la escuadra, y que no tendria ni aun el consuelo de combatir como segundo de una manera brillante. Deseoso de sustraerse á tal deshonor, y aprovechando sus instrucciones que le autorizaban á salir, y hasta se lo imponian como un deber cuando el enemigo fuese inferior en número, consideró los avisos que había recibido últimamente como una autorizacion de aparejar. Al punto dió la señal; y el 19 de Octubre (27 de Vendimiario) habiendo saltado una brisa de Sudeste, hizo salir de la rada al contraalmirante Magon con

Motivos que impulsan á Villeneuve á precipitar su salida.

Salida de las escuadras francesa y española el 19 de Octubre de 1805.

una division. Este dió caza á un navio y algunas fragatas enemigas, y ancló por la noche fuera de la rada. Al dia siguiente 20 (28 de Vendimiario) aparejó Villeneuve con toda la escuadra. Los vientos flojos y variables, seguian soplando de la parte del Este. Villeneuve puso la proa al Sud, teniendo delante y algo á la izquierda la escuadra de reserva del almirante Gravina. La escuadra combinada, era, como hemos dicho, fuerte de 33 navios, 5 fragatas y dos bergantines; y presentaba una hermosa apariencia. Los navios franceses maniobraban bien, pero los españoles bastante mal, al menos su mayor parte.

Aunque todavia no se distinguiese al enemigo, el movimiento de sus fragatas daba á conocer que no estaba muy lejos. El navio *Aguiles* lo apercibió al fin, pero no descubrió mas que 18 velas. Lisonjéronse por un momento de encontrar á los ingleses en fuerza muy inferior; y un rayo de esperanza iluminó el alma de Villeneuve: este debia ser el último de su vida.

Aquella tarde mandó á la escuadra se formase en batalla por órden de velocidad, formando la línea sobre el navio que se hallase mas á sotavento, lo que significaba que cada navio se colocase segun su marcha y no segun su puesto acostumbrado, y se alinease sobre el que hubiese cedido mas al viento. La brisa habia variado. La escuadra tenia la proa al Sudeste, es decir hácia la entrada del estrecho; y en todos los buques se habia hecho ya el zafarrancho de combate.

Durante la noche se vieron y oyeron sin cesar las señales de las fragatas inglesas, que por medio de faroles y de cañonazos indicaban á Nelson la direccion de nuestra marcha. Al rayar el dia distinguiose al enemigo formado en dos grupos, segun les pareció á unos, ó en tres segun otros que se dirigia hácia la escuadra francesa de la cual se hallaba á cinco ó seis leguas de distancia. Soplaban vientos del Oeste, siempre débiles y variables, con algun oleaje, y el sol brillaba en todo su esplendor.

Villeneuve mandó al punto formar regularmente la línea, guardando cada navio el lugar que habia tomado durante la noche, estrechándose todo lo posible los unos á los otros, y teniendo las muras á estribor, en cuya disposicion re-

cibian el viento por la derecha, lo que era natural pues tenian viento de Oeste para ir hacia el Sudeste de Cádiz al estrecho. La línea estaba bastante mal formada. La mar continuaba gruesa, la brisa floja, y se maniobraba con dificultad; circunstancias que agravaban todavia mas la inexperiencia de una parte de las tripulaciones.

La escuadra de Villeneuve llama á la escuadra de reserva para formar las dos escuadras sobre una misma línea. La escuadra de reserva compuesta de doce navios, marchaba separada de la escuadra principal, y se habia mantenido constantemente á barlovento de aquella, lo que era una ventaja, porque arribando algo, es decir, cediendo al viento, podía siempre alcanzarla, tomando la posicion que mas le conviniese, como, por ejemplo, poner al enemigo entre dos fuegos, cuando estuviese ocupado en combatirnos. Si habia habido motivo para formar una escuadra de reserva era, sin duda, teniendo en cuenta la circunstancia en que se hallaban. El almirante Gravina cuyo talento sabia apreciar las cosas, y que obraba con prontitud y precision enmedio del peligro, hizo señal á Villeneuve para que le dejase maniobrar de una manera independiente. Villeneuve se lo negó, por motivos que apenas se pueden comprender. Acaso temiese que la escuadra de reserva se viese comprometida por su posicion avanzada, y desconfiase de poder socorrerla, visto que se hallaba situado bajo de aquella en relacion al viento. Tampoco era esta una razon suficiente, porque si desconfiaba llegar hasta ella, tenia la seguridad de llamarla á si cuando quisiese; haciéndola entrar inmediatamente en línea, se privaba sin compensacion de un destacamento móvil, muy bien colocado para maniobrar, y prolongaba sin provecho su línea, larga ya en demasia, pues que tenia 21 navios é iba á tener 33. No obstante esto mandó al almirante Gravina viniere á alinearse sobre la escuadra principal. Toda la escuadra veia estas señales. El contra-almirante Magdon que no era menos conocedor que el almirante Gravina al ver en los palos de los dos navios almirantes la pregunta y la respuesta, dijo que aquella era una falta, y expresó vivamente su enojo, en voz bastante alta para que lo oyese todo su estado mayor.

Posicion de las dos
escuadras antes del
combate.

A eso de las ocho y media de la mañana se hizo masevidente la intencion del enemigo. A medida que se aproximaba pudo conocerse que estaba formado en dos grupos, que revelaban distintamente el proyecto de Néelson de cortar nuestra linea por dos partes. Adelantábanse á toda vela y viento en popa, favoreciendo mucho su idea de arrojarse en medio de nuestra marcha el viento de Oeste que los impelia sobre nosotros que formábamos una larga linea del Norte al Sud, algo inclinada al Este. La primera columna situada al Norte de nuestra posicion, fuerte de 12 navios y mandada por Néelson amenazaba nuestra retaguardia. La segunda situada al Sud de la primera, fuerte de 15 navios y mandada por el almirante Collingwood amenazaba nuestro centro. Villeneuve, por ese movimiento instintivo que lleva siempre á favorecer la parte amenazada, quiso ir al socorro de su retaguardia, y mantenerse al mismo tiempo en comunicacion con Cádiz que se hallaba al norte á sus espaldas, para tener un refugio en caso de ser derrotado. Hizo, pues, la señal para que todos virasen á la vez, por cuya maniobra, girando cada navio sobre sí mismo, quedaba la linea como estaba larga y recta, pero en direccion al Norte en lugar de descender al Sud.

Esta maniobra no podia proporcionar otra ventaja á la escuadra que la de aproximarse á Cádiz. Nuestra escuadra remontando en columna hacia el Norte, en vez de descender hacia el Sud, debia encontrar siempre, aunque en distintos puntos las dos columnas enemigas que venian á acometerla por el costado. Este era el caso de echar de menos mas que nunca la posicion independiente y al viento, que poco antes habia tenido la escuadra de reserva, posicion que en este instante le hubiera permitido maniobrar contra uno de los dos grupos de la escuadra inglesa. En el estado en que se hallaban lo único que yase podia hacer era estrechar la linea, hacerla regular, y traer á su puesto, en cuanto fuese posible, los navios que habian cedido al viento, dejando claros por medio de los cuales podia pasar el enemigo.

Esta maniobra era muy dificil, sobre

todo en el estado del viento y con la inesperienza de las tripulaciones. Hubieran podido arribar todos juntos á fin de procurar alinearse con los navios *sotaventados*; pero para esto era menester variar enteramente de puesto, y acaso se hubieran desordenado aun mas que lo estaban. Creyendo no debia hacerse este movimiento, permaneció la linea mal formada, separados los navios por distancias desiguales, y hallándose muchos de ellos á la derecha ó muy detras de su puesto. Habiendo soplado la brisa que variaba á cada momento, algo mas sobre la retaguardia y sobre el centro, habia producido algun atracamiento en estas partes. Villeneuve habia mandado á la cabeza de la linea que forzase de velas para que las partes atracadas pudiesen desembarazarse. Asi multiplicaba las señales para atraer á cada cual á su puesto, lo que no lograba á pesar de la buena voluntad y de la obediencia de todos. Las fragatas colocadas á la derecha y á sotavento de la escuadra, cada una á la altura de su navio almirante, se hallaban demasiado alejadas para hacer otros servicios que el de repetir las señales.

Por último, á eso de las once de la mañana las dos columnas enemigas adelantándose viento en popa y á toda vela alcanzaron á nuestra escuadra. Marchaban por orden de velocidad, con la sola precaucion de llevar á la cabeza los navios de tres puentes. Los ingleses tenian siete, y nosotros solamente cuatro, españoles, por desgracia (1), es decir menos capaces de hacer útil su superioridad. Asi, aunque los ingleses tenian 27 navios y nosotros 33, ellos poseian el mismo número de cañones, y por lo tanto una fuerza igual. Tenian ademas á su favor la experiencia del mar, el hábito de vencer, un gran general, y aquel dia hasta el favor de la fortuna, pues la ventaja del viento estaba de su parte. Fallábanos á nosotros todas estas condiciones de triunfo, pero poseiamos una virtud que puede á veces

Encuéntranse las dos
escuadras.

(1) Ya hemos dicho en una nota anterior el crédito que merecen estos insultos, tan injustos en boca de un frances tratándose de la marina española y francesa de aquella época.

conjurar el destino, la resolución! de combatir hasta la muerte.

Ambas escuadras habian llegado á tiro de cañon. Villeneuve por una precaucion recomendada muy á menudo en la mar, pero poco oportuna en esta ocasion, habia mandado no hacer fuego sino cuando se hallasen bastante cerca. Presentando las dos columnas inglesas una grande acumulacion de navios cada tiro les hubiera causado considerables averias. Mas fuese como fuese, á eso de me-

La columna del almirante Collingwood llega primero al fuego, y corta nuestra línea á la altura del navio *Santa-Ana*.

diodia, la columna del Sud mandada por el almirante Collingwood, adelantándose algo á la del Norte que mandaba Nélson, llegó al centro de nuestra línea á la altura del navio español de tres puentes el *Santa-Ana*. El navio frances el *Fogoso*, situado detras del *Santa-Ana*, se apresuró á tirar sobre el *Real Soberano*, navio de 120 cañones que venia al frente de la columna inglesa, y á cuyo bordo tremolaba el pabellon del almirante Collingwood. Toda la línea francesa siguió este ejemplo y rompió un vivo fuego sobre la escuadra enemiga. Las averias que sufrió esta hicieron sentir que hubiese comenzado el fuego tan tarde. Continuando el *Real Soberano* su movimiento intentó dirigirse entre el *Santa-Ana* y el *Fogoso* para pasar entre ambos navios que no estaban muy juntos. El *Fogoso* cargó velas para llenar aquel claro pero no llegó á tiempo. El *Real Soberano*, pasando por detras del *Santa-Ana* y delante del *Fogoso*, tiró sobre el primero su bordada de haber á doble carga de bala y metralla, y tomándolo á todo su largo, lo que causó mucho estrago en el navio español: al mismo tiempo disparó su bordada de estribor al *Fogoso*, pero sin mucho efecto (1), recibiendo de él un daño conside-

rable. Los demás navios ingleses de esta columna que habian seguido de cerca al navio almirante, y se habian dejado caer sobre la línea francesa del Norte al Sud, procuraban cortarla penetrando por los claros que dejaban los navios, y ponerla entre dos fuegos rodeándola hacia su estremo. Eran quince, y tenian que combatir á diez y seis. Por tanto, si cada uno hubiera cumplido con su deber los 16 navios franceses y españoles hubieran podido hacer frente á los 15 ingleses independientemente del socorro que pudiera haberles prestado la vanguardia. Pero muchos navios, mal dirigidos, se hallaban fuera de su puesto. El *Bahama*, el *Montañez* y el *Argonauta* (2), todos españoles, se hallaban á la derecha ó detras del lugar que hubieran debido ocupar en la línea de batalla. Lo mismo le sucedia al navio frances el *Argonauta*. Por el contrario, el *Fogoso*, el *Pluton* y el *Algeciras* habian empenado el combate con el mayor vigor, y por su energia se habian atraído sobre sí el mayor número de los navios enemigos, de modo que cada uno de ellos tenia que combatir á varios. El *Algeciras* particularmente, que montaba el contra-almirante Magon, se habia empenado costado á costado con el *Tonante*, al que cañoneaba con estremada violencia, y hacia sus preparativos de abordage. El *Principe de Asturias*, mandado por el almirante Gravina terminaba nuestra línea y rodeado de enemigos vengaba el honor del pabellon español de la mala conducta

cia el mismo destrozo en ambos navios, á menos que las balas inglesas no perdieran su fuerza y doblaran su direccion al reconocer la bandera francesa. En un marinero frances que se hubiese hallado en la batalla y la refriese á los vecinos de su aldea, comprenderiamos estos y otros dislates, que confesamos francamente no comprender en un escritor que se estime algo.

(Nota del Traductor.)

(1) Parece imposible que á tales vulgaridades y á exageraciones tan ridiculas pueda llevar á un hombre de talento el prurito de dar cierto aspecto maravilloso á los hechos de armas de los suyos. El navio ingles *Real Soberano* pasando por entre el navio español *Santa Ana* y el frances el *Fogoso*, enfilando á ambos navios á su paso, al primero de popa á proa y al segundo de proa á popa, y disparando sobre cada uno de ellos todos los fuegos de sus costados respectivos, debia hacer con muy corta diferen-

(2) Como para rectificar debidamente todos los errores é inexactitudes que comete el autor en la relacion de esta batalla siempre que habla de navios españoles, seria preciso poner gran número de notas, y esto produciria tambien un pequeña confusion, hemos reunido todas estas rectificaciones en una sola que se encuentra en la página siguiente. Allí podrá verse lo que hicieron estos navios.

(Nota de id.)

de la mayor parte de los suyos (1).

Apenas hacia media hora que habia principiado el combate, y ya el humo,

que la brisa que habia caído casi del todo, no esparcia, envolvía á las dos escuadras. De enmedio de esta espesa nu-

(1) Ya en otras ocasiones hemos tenido el disgusto de rectificar las inexactitudes en que cae con frecuencia el autor de esta obra cuando trata de paliar las faltas de los suyos, echándolas sobre otros, ó de alabar sus hazañas hasta una exageracion á veces ridicula, desfigurando lastimosamente los hechos, mal sea dicho de paso, bastante comun á los escritores del vecino reyno, y de que no ha librado á Mr. Thiers su innegable talento y saber. Pero uno de los trozos de esta obra en que saltan mas á la vista estos defectos, es la relacion parcialísima que se hace aquí del desgraciado combate de Trafalgar, en el cual hubo seguramente hechos heróicos, tanto por la marina francesa, como por la española, y asi mismo en ambas faltas gravísimas, sobre todo en pericia y habilidad, en cuyas dotes no podian compararse las escuadras combinadas con la escuadra inglesa, y mucho menos siendo esta dirigida por Néelson. Cortada por los ingleses nuestra línea desde el principio de la accion, envolvieron á los navios franco-españoles del centro, conforme á las prevenciones hechas por Néelson, y que refiere Thiers, batiéndolos de este modo en detal con una superioridad de fuegos irresistible. Los demas navios franceses y españoles, torpes unos en la manobra, mal dirigidos otros desde el principio de la accion, y fuera de la línea de combate á que no podian volver por la flojedad del viento, y alejados otros quizá por temor de verse envueltos en la catastrofe, dejaron sin socorro á la parte atacada, la que en pocas horas fue destruida y rendida. Pero en este alejamiento del peligro, fuese ó no voluntario, no tuvieron los españoles la mayor parte, ni merecen el lenguaje desabrido con que los trata el autor de esta obra, pues como vamos á demostrar fueron mas navios franceses que españoles los que no tomaron parte en el combate. Y no se crea que para probar esto vamos á echar mano de vagas declamaciones, pues muy lejos de ello vamos á probarlo con el mismo relato del autor, y con hechos irrecusables que nadie puede negar. A pesar de la suma parcialidad que se echa de ver en toda la relacion de la batalla, procurando realzar las proezas de la marina francesa á veces con una exageracion mas propia de soldado que refiere sus campañas en el hogar doméstico, que de un historiador sensato y entendido, á pesar del purito mal disimulado de encubrir las faltas de los suyos en aquel combate, y ya que esto sea del todo imposible á lo menos disculparlas, no puede menos de confesar el autor de esta obra que los navios franceses *Scipion*, *Intrépido*,

Formidable, *Duguay Trouin*, *Mont Blanc*, *Indomable*, y *Argonauta* no entraron en combate por cualquiera de las causas que dijimos al principio, es decir, por no poder, no saber, ó no querer hacerlo, sucediendo lo mismo con el *Héroe* que despues de cambiar algunos cañonazos con los navios ingleses que cercaban al *Santisima Trinidad* y al *Bucentauro*, dice el mismo autor que se retiró abandonándolos á su mala suerte: es decir, que solo por lo que confiesa el mismo Thiers (confesion que tratándose de navios franceses no debe dejar duda) resulta que siete de estos no entraron absolutamente en el trance de la batalla, y que uno, el *Héroe*, lo hizo solo muy flojamente, dejando desamparado á su almirante. Ahora bien, ya que segun el testimonio de Mr. Thiers tenemos probado que siete navios franceses no combatieron, vamos á demostrar con datos fehacientes que fue bastante menor el número de los navios españoles que no entraron en combate. La *Santisima Trinidad*, el *Santa Ana* y el *Príncipe de Asturias* se batieron heróicamente segun el testimonio del mismo autor de esta obra; el cual dando tantos y tan estensos pormenores de los combates particulares de cada navio frances, pasa sin embargo sobre todos los demas españoles, calificándolos á bulto y con una ignorancia de los hechos bastante reprehensible en un historiador de su nombre y crédito. Asi pues, dice que el *Bahama* y el *Montañez* estaban fuera de sus puestos, y da á entender no se batieron, siendo asi que ambos navios estaban mandados por valientes marineros, que perdieron su vida en la batalla. El *Bahama* lo mandaba el brigadier don Dionisio Alcalá Galiano, sábio, ilustre y esforzado marino. Este navio permaneció en línea resistiendo el fuego de dos y á veces de tres navios enemigos, y su valiente comandante aunque habia recibido una ó dos heridas no quiso retirarse, permaneciendo firme en el alcázar de su buque, hasta que alcanzándole una bala en la cabeza le dejó muerto. Casi todos los oficiales de este navio fueron heridos, de tal modo, que cuando hubo que entregarlo lo tuvo que hacer un subalterno, estando en tal estado el casco del buque que poco despues del combate se fue á pique. En el *Montañez* murió tambien su comandante don Francisco Alcedo, murió su segundo comandante don Antonio Castaños, fueron heridos muchos de sus oficiales, sufriendo tambien pérdidas considerables en su tripulacion, y estando empleadas para achicar el agua, sin que bastaran á ello, todas las bombas del buque, cuando se vió precisado á retirarse de la línea. El *San Juan Nepomuceno* que

be salia una detonacion espantosa y continua, y en torno flotaban los mástiles rotos, y numerosos cadáveres horriblemente mutilados.

La columna mandada por Nelson llega al fuego algo despues que la de Collingwood, y corta nuestra línea á la altura del *Bucentauro*.

La columna del Norte mandada por Nelson habia llegado veinte ó treinta minutos despues que la de Collingwood á la altura de

nuestro centro frente del *Bucentauro*. Aqui habia siete navios alineados en el órden siguiente: el navio la *Santísima Trinidad*, que montaba el vice-almirante Cisneros; tras de él el *Bucentauro*, que montaba el almirante Villeneuve, ambos en línea y tan aproximados uno al otro que el baupres del segundo tocaba la popa del primero: seguia el *Neptuno*, navio frances, y el *San Leandro*, español, que habiendo cedido los dos al viento, habian dejado un doble claro en la línea; despues estaba el *Temble*, en su puesto, y en las aguas del *Bucentauro*, pero situado respecto de este á la distancia de dos na-

vios: finalmente el *San Justo* y el *Indomable*, tambien fuera de sus puestos, dejando libre el espacio de otros dos navios entre esta division y el *Santa Ana*, que era el primero de los que Collingwood habia atacado. De estos siete navios solo habia, pues, en línea la *Santísima Trinidad* y el *Bucentauro*, estrechamente unidos el uno al otro, y el *Temble*, teniendo dos puestos vacios delante y otros dos detras. Felizmente, no para el buen éxito del combate, sino para el honor de nuestras armas, habia en esos tres navios hombres cuyo ánimo era superior á todos los peligros. Contra estos tres buques, que de los siete eran los únicos que habian permanecido en sus puestos, vino á caer toda la columna de Nelson, compuesta de doce navios, algunos de ellos de tres puentes.

El navio *Victoria*, en el cual Nelson habia arbolado su pabellon debia ser precedido por el *Temerario*; pues los oficiales del estado mayor inglés, esperando ver acribillado su primer navio, habian suplicado á Nelson permitiese que el *Temerario* precediera al *Victoria*, para no

dice el autor habia abandonado el teatro del combate, tenia por comandante al brigadier don Cosme de Churruca, sábio é intrépido marino, cuya pérdida fue una de las mas sensibles é irreparables que sufrió en aquella derrota la marina española. Al salir Churruca de Cádiz escribia á un amigo suyo: *Si oyes que mi navio se ha rendido, di que Churruca ha muerto*. Este intrépido marino maniobrando con la inteligencia que le era propia, se defendió por largo tiempo de tres navios ingleses, uno de tres puentes, que rodearon el *San Juan Nepomuceno*, haciendo en ellos gran destrozo el certero fuego que dirigia personalmente el mismo Churruca, bajo la lluvia de balas y metralla, que disparaban por todos lados los ingleses. En medio de tan gloriosa defensa, una bala de cañon le llevó á Churruca la pierna derecha por el muslo. Pero aunque herido de muerte no decayó el ánimo de aquel héroe; dió órden se clavase la bandera y no se rindiera el navio mientras viviese: algunas horas despues espiró. Cuando se rindió el *San Juan* no solo habia perdido á su comandante, sino tambien á su segundo don Francisco Moyua, teniendo muertos ó heridos á 400 hombres de su tripulacion. El *Neptuno*, español, que aparece del relato del autor no haberse batido, se batió tambien, y no solamente con valor sino con pericia, saliendo gravemente herido su valiente comandante el brigadier don Cayetano Valdes, y siéndolo tambien el capitan don José

Somoza. El *San Agustin*, que segun el autor no entró en combate, fue uno de los que acudieron en socorro del *Santísima Trinidad* y del *Bucentauro*, y fueron heridos su comandante el brigadier don Felipe Jado Cagigal y su segundo don José Brandaris. El *Monarca* y el *San Ildefonso*, que segun el autor tampoco entraron en accion, se batieron tambien, como lo prueba, á mas de las pérdidas que sufrieron ambos buques, el haber sido heridos sus comandantes don Teodoro de Argumosa en el primero, y don José Vargas de Varea en el segundo. Como se ve, todos estos buques que el autor de la presente obra trata tan inconsiderada y ligeramente de haber faltado á su deber, á mas de haber sufrido pérdidas considerables, habian tenido todos ellos (y esto es bastante notable) muertos ó gravemente heridos sus comandantes, y casi todos tambien los segundos comandantes y los principales oficiales; circunstancia verdaderamente incomprensible en buques que no se hubiesen batido. Como hemos probado con datos irrecusables, es decir, con la noble sangre de sus gefes derramada sobre sus cubiertas, siete navios españoles duramente calumniados por el autor de esta obra, se batieron, sino todos con la suma pericia que tan superiores hacia á los ingleses, y de que carecian franceses y españoles, á lo menos con la decision y heroismo de pechos valientes. Quedan pues solo cinco navios españoles que parece no haberse batido ó ha-

exponer demasiado una vida tan preciosa como la suya.—Consiento, habia respondido Nélson, que el *Temerario* pase primero si puede.—En seguida, cubriendo este navio al *Victoria* con todas sus velas se habia puesto á la cabeza de la columna. Apenas llegó el *Victoria* á tiro de cañon, cuando la *Santisima Trinidad*, el *Bucentauro* y el *Temible*, rompieron contra él un fuego horroroso, que en pocos minutos le llevó uno de sus maste-leros, le destrozó su aparejo y le puso cincuenta hombres fuera de combate. Nélson, que buscaba navio frances almirante, creyó reconocerle no en el gigante español el *Santisima Trinidad*, sino en el *Bucentauro*, navio frances de 80, y procuró flanquearle pasando por el vacio que lo separaba del *Temible*. Pero este navio estaba mandado por, el intrépido capitan Lucas, que comprendiendo la intencion de Nélson en el movimiento de su navio, habia desplegado todas sus velas para recoger el último soplo de viento; y habia tenido la suerte de llegar á tiempo, si bien habia destrozado con su baupres el coronamiento que adornaba la popa del *Bucentau-*

ro. Nélson halló, pues, cerrado el paso, pero no siendo hombre que retrocedia, y no pudiendo conseguir separar con su proa los dos navios tan fuertemente unidos, se dejó caer de costado contra el *Temible*. Con el choque y la poca brisa que quedaba, los dos buques salieron fuera de la linea, quedando de nuevo abierto el paso detrás del *Bucentauro*. Varios navios ingleses se arrojaron en él á la vez á fin de envolver al *Bucentauro* y á el *Santisima Trinidad*. Otros corrieron á lo largo de la linea francesa, en la que permanecian diez navios sin entrar en combate, les dispararon algunas andanadas, y volvieron inmediatamente sobre los navios franceses del centro, tres de los cuales oponian á sus acometedores una heroica resistencia.

Los diez navios

franceses de la cabeza de la linea, vinieron, pues, á ser casi inútiles, segun lo habia previsto Nélson. Villeneuve mandó izar en sus palos de triaquete y de mesana las ban-

Diez navios franceses que forman la cabeza de la escuadra combinada no tienen enemigos que combatir y permanecen en la inaccion.

berlo cuando mas hecho á lo lejos, pero sin entrar en el trance de la batalla: estos son el *Rayo*, el *San Francisco de Asis*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Argonauta*, y aun este último no debe contarse entre los que no quisieron batirse, pues, segun se dijo entonces, no pudo hacerlo por haberse desplomado gran parte de su cubierta al principio del combate. Queda, pues, reducido á cuatro el número de los navios españoles, que bien por impericia ó por temor, ó por estar demasiado sotaventados, no pudieron ó no quisieron entrar en la batalla. ¿Y siendo esto asi, con qué justicia se trata aquí tan duramente á la marina española, cuando si habia en ella cuatro navios que diesen muestra de torpeza ó cobardia habia siete en la francesa? ¿Con qué términos deberia tratar Mr. Thiers á su compatriota el contra-almirante Dumanoir, clavado y ocioso tres horas seguidas en la cabeza de la linea, mientras á su espalda era destruido el centro de la escuadra? Pero si asi lo confesara el autor, confesaria que los mas graves errores fueron cometidos por los marinos franceses, y por esto trata tan blandamente á Dumanoir, sin embargo que su paralizacion fue quizá la mayor falta que se cometió despues de trabado el combate. Y no se entienda por esto creemos que aunque hubiese acudido sobre el centro desde el principio, como era su deber hacerlo, se hubiera dedicado de perder la batalla, pues no podia me-

nos de ser perdida, contando como contaban los ingleses, casi igual número de buques, y siendo los navios españoles y franceses no solamente muy inferiores en pericia, organizacion y táctica, sino tambien en la parte material. Todo esto lo conocian los marinos españoles, y por esta razon se oponian algunos de ellos á la salida de Cádiz, falta gravísima de Villeneuve que costó á España la pérdida, para siempre, de su marina, y á Francia un atraso de muchos años en la suya. Pero todas las pérdidas nuestras, toda la sangre de nuestros valientes, todos los hechos heroicos de los marinos españoles, no solamente no merecen la consideracion del autor de esta obra, no solamente los deja en el olvido, sino que no los libra de que se les insulte y hasta se les calumnie, dando á entender que los franceses pelearon solos. Triste resultado de la union del débil con el fuerte, en la que son para este la gloria y el provecho, quedando á aquel las humillaciones y las pérdidas. Oh! ¡cuán agenos estarian aquellos sábios y valientes marinos, cuando peleando, quizás contra sus convicciones, caian sin vida sobre las cubiertas de sus buques, de que tan heroico sacrificio seria no solamente despreciado y olvidado por los mismos en cuyo provecho combatian, sino que llegaria tiempo en que uno de sus escritores los calumniase, insultando su memoria!

(Nota del Traductor.)

deras que significaban que el capitán que no se hallase en el fuego no estaba en su puesto. Las fragatas, según las reglas prescritas para estos casos, repitieron

En vano les hace Villeneuve la señal de dirigirse al fuego.

la señal, mas visible en sus mástiles que en los del navio almirante, que

estaba siempre envuelto en una nube de humo; y según las mismas reglas, añadieron á la señal los números de los navios que permanecían fuera del fuego, hasta que aquellos á quienes se designaba de este modo, respondiesen á la voz del honor.

Mientras que así se llamaba al peligro, á los que la maniobra de Nelson habia separado de él, tenia lugar en el centro una lucha sin ejemplar. El *Temible*, tenia que combatir al *Victoria* pegado á su costado y

Combate del *Temible* contra el *Victoria*.

ademas al *Temerario* que habia venido á situarse por la aleta

de su costado derecho, y sostenia un combate furioso contra estos enemigos. El capitán Lucas después de haber hecho varias descargas con sus baterías de babor, que habian causado un destrozo horrible á bordo del *Victoria*, habia tenido que renunciar á hacer fuego con su batería inferior, porque tocándose por aquella parte los costados de ambos buques, no era posible servirse de la artillería. En cambio habia mandado á los marineros que le quedaban disponibles subiesen á las cofas y obenques y desde allí hiciesen sobre el puente del *Victoria* un fuego mortífero de granadas y de fusilería. Al mismo tiempo se servía de todas sus baterías de estribor contra el *Temerario*, situado á alguna distancia. Para concluir de una vez con el *Victoria*, habia mandado el abordage, pero siendo su navio solo de dos puentes y el *Victoria* de tres, tenia que saltar para pasar á bordo de este la altura de un puente y ademas una especie de foso, porque la forma saliente de los costados de los navios dejaba un hueco entre ellos, aunque se tocasen á flor de agua. El capitán Lucas, mandó al punto bajar sus vergas para establecer un medio de paso entre ambos buques. Mientras tanto el fuego de fusilería continuaba desde lo alto de las gaviás y obenques del *Temible* sobre el puente del *Victoria*. Nelson, vestido con una casaca vieja, que acostumbraba po-

nerse los días de combate, y teniendo á su lado á su ca-

Nelson recibe una herida mortal.

pitán de pabellon el comandante Hardy, no habia querido quitarse ni un instante del peligro. Habia ya caído muerto á su lado su secretario; una bala habia arrancado la hebilla del zapato del capitán Hardy, y una palanqueta se habia llevado ocho marineros á la vez. Aquel gran marino, justo objeto de nuestro odio y de nuestra admiración, impasible sobre el alcázar de su navio, observaba aquella horrible escena, cuando una bala disparada de las gaviás del *Temible* le entró por el hombro izquierdo penetrando hasta los riñones. Doblarósele las piernas y cayó sobre el puente haciendo esfuerzos para sostenerse sobre una mano. Al caer dijo á su capitán de pabellon:—Hardy, los franceses han dado fin de mí.—No, todavía no, le respondió el capitán Hardy.—Sí, voy á morir, añadió Nelson.—Llévanlo á la enfermería, pero ya habia perdido el conocimiento, y solo le quedaban pocas horas de vida. Recobrando á intervalos el sentido, pedía noticias del combate, y repetía un consejo, que en breve probó su profunda prevision.—Anclad, decia, anclad la escuadra después del combate.

Esta muerte habia producido la mayor agitación á bordo del *Victoria*. El momento era favorable para tomarle al abordage. Ignorando lo que pasaba en él, el valiente capitán Lucas, á la cabeza de una tropa de marineros escogidos, habia subido ya sobre una de las vergas estendidas sobre los dos navios, cuando el *Temerario*, que no cesaba de secundar al *Victoria*, le dejó ir una espantosa andanada de metralla. Cerca de 200 franceses que eran sobre poco mas ó menos los que iban á lanzarse al abordage cayeron muertos ó heridos. Ya escaseaba bastante la gente para persistir en aquella tentativa. Los que quedaban, vuelven á las baterías de estribor y redoblan contra el *Temerario* un fuego vengador que lo desarbola y lo maltrata horriblemente. Pero como si no bastasen dos navios de tres puentes para combatir á uno de dos, un nuevo enemigo se une á los primeros para destruir al *Temible*. El navio inglés *Neptuno* atacándole por la popa le dispara varias andanadas que en breve lo ponen en el mas la-

mentable estado. Dos mástiles del *Temible* caen sobre el puente; una parte de su artillería es desmontada; y uno de sus costados casi demolido no presenta mas que una vasta tronera; el timon está fuera de servicio, y varios agujeros abiertos á flor de agua la dejan entrar á torrentes en su cala. Todo el estado mayor está herido; de once guardias marinas diez lo estan mortalmente; de los 640 hombres de su tripulacion 522 estan fuera de combate, de ellos 300 muertos y 222 heridos. En tal estado este navio heroico no puede sostenerse mas. Arria en fin, su pabellon, pero antes ha vengado en la persona de Nélsón los desastres de la marina francesa.

Habiendo salido fuera de la linea el *Temible* al abordarlo el *Victoria*, habia dejado libre el paso á los navios enemigos que procuraban envolver al *Bucentauro* y al *Santisima Trinidad*. Estos dos navios permanecian fuertemente en-

Combate del *Bucentauro* contra varios navios ingleses.

lazados, porque el *Bucentauro* tenia su baupres enredado en la galeria de popa de el *Santisima Trinidad*. El *Héroe*, que era el navio que estaba mas próximo de los diez que permanecian en inaccion, le habia socorrido en un principio; pero despues de haber sufrido un vivo cañoneo, se habia dejado llevar por el viento, abandonando á su funesta suerte al *Bucentauro* y al *Santisima Trinidad*. El *Bucentauro* al empezar la accion habia recibido del *Victoria* algunas andanadas, que pillándole por la popa le causaron mucho daño. En breve varios navios ingleses, reemplazando al *Victoria*, le habian rodeado. Los unos se habian colocado hácia la popa, y los otros doblando la linea habian venido á situarse á estribor, siendo asi combatido por detras y por la derecha por cuatro navios, dos de ellos de tres puentes. Villeneuve, tan firme en medio del peligro, como indeciso en medio de los apuros del mandó, permanecia sobre el alcázar de su buque, esperando que entre tantos navios españoles y franceses como lo rodeaban, se destacaria alguno para socorrer á su almirante. Mientras tanto combatia con la mayor energia y no sin alguna esperanza. No teniendo enemigos á la izquierda, y si varios á retaguardia y á la derecha, á consecuencia del movimiento que habian hecho los ingle-

ses pasando al otro lado de la linea, habia querido cambiar de posicion, para sustraer su popa, asi como sus baterias de estribor, ya muy maltratadas, y presentar al enemigo las de babor. Pero enredado su baupres en la galeria del *Santisima Trinidad* no podia moverse. Al ver esto mandó á la voz al navio *Santisima Trinidad* que arribase para conseguir la separacion de ambos navios; mas esta orden no pudo egecutarse, porque privado el navio español de todos sus mástiles estaba reducido á una completa inmovilidad.

El *Bucentauro*, clavado en su posicion, se veia, pues, obligado á sufrir un fuego destructor por detras y por la derecha, sin poder hacer uso de sus baterias de la izquierda. Sin embargo, sosteniendo con nobleza el honor del pabellon contestaba con un fuego tan activo como el que le hacian. Una hora despues de haber empezado el combate el capitan de pabellon Magendie fue herido. El teniente Daudignon que le habia reemplazado fue herido tambien, ocupando su puesto el teniente de navio Fournier. En breve el palo mayor y el de mesana cayeron sobre el puente, causando en él un horroroso desórden. Arbolose el pabellon en el palo trinquete. Envuelto en una espesa nube de humo, el almirante no distinguia lo que pasaba en lo restante de la escuadra; mas habiendo apercibido á favor de una clara los navios de la cabeza de la linea siempre inmóviles, les mandó, izando sus señales en el último mástil que le quedaba, que birasen de bordo todos á la vez, á fin de dirigirse al fuego. Envuelto de nuevo por aquella nube mortífera que vomitaba la destruccion y la muerte, continuó combatiendo, aunque preveia que dentro de pocos instantes necesitaria abandonar su navio almirante, para ir á llenar sus deberes á bordo de otro. A eso de las tres el tercer mástil que le quedaba cayó sobre el puente, y acabó de obstruirle con sus restos.

El *Bucentauro*, con su costado derecho destrozado, su popa demolida, y rotos sus mástiles estaba raso como un ponton.—Mi deber á bordo del *Bucentauro* ha concluido, exclamó el desgraciado Villeneuve; quiero ver si en otro navio puedo conjurar la fortuna.—Quiso entonces arrojarle á un bote y trasladarse á la vanguardia para traerla en

persona al combate, pero los botes colocados en el puente del *Bucentauro*, habian sido destrozados por la caída sucesiva de toda la arboladura; y los que estaban á los costados habian sido acribillados á balazos. Pídióse con la bocina al navio *Santisima Trinidad*, una embarcacion: vanos esfuerzos! en medio de aquella confusion no podia oirse ninguna voz humana. Vióse, pues, el almirante frances encerrado en el cadáver de su navio, pronto á irse á fondo, sin poder dar ninguna orden, ni emprender nada para salvar la escuadra que le estaba confiada. Su fragata la *Hortensia*, que debia haber acudido á su socorro, no hacia ningun movimiento, sea que se lo impidiese el viento, sea que se hallase horrorizada á la vista de aquel terrible espectáculo. Solo le quedaba al almirante el recurso de morir, y el desgraciado deseaba en efecto la muerte. Su gefe de estado mayor M. de Prigny acababa de ser herido á su lado. Casi toda su tripulacion estaba fuera de combate. El *Bucentauro*, privado enteramente de arboladura, acribillado á balazos, no pudiendo servirse de sus baterias que estaban desmontadas ú obstruidas con los restos del aparejo, no tenia ni aun la cruel satisfaccion de devolver uno solo de los golpes que recibia. Eran las cuatro y cuarto, y no llegando ningun socorro el almirante se vió obligado á arriar su pabellon. Una lancha inglesa vino á bus-

El almirante Ville-neuve queda prisionero.

carle para conducirle á bordodel navio *Marte*, donde fue recibido con los mi-

ramientos debidos á su grado, á sus desgracias y á su valor: ¡triste indemnizacion de tan gran infortunio! Al fin habia hallado aquel siniestro desastre que siempre habia temido encontrar, ya en las Antillas, ya en el canal de la Mancha. Y le hallaba allí mismo donde habia creído evitarlo, en Cádiz, sucumbiendo sin tener ni aun el consuelo de perecer por el cumplimiento de un gran designio.

Durante este combate, el navio *Santisima Trinidad*, rodeado de enemigos, habia quedado prisionero. Asi, de los siete navios del centro atacados por la columna de Nelson, tres, el *Temible*, el *Bucentauro* y el *Santisima Trinidad*, habian sido destruidos sin ser socorridos por los cuatro restantes del *Neptuno*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Indo-*

mable. Estos últimos, cediendo al viento desde el principio de la accion, no habian podido volver á entrar en linea. No les quedaba otro medio para ser útiles en algo, que descender por detras de la linea, al impulso bien débil del viento que continuaba soplando del Oeste, é ir á socorrer á los 16 navios atacados por el almirante Collingwood. Solo el *Neptuno*, buque frances mandado por un buen oficial, el capitan Maistral, ejecutó esta maniobra permaneciendo siempre cerca del peligro; y despues de disparar algunas andanadas al *Victoria* y al *Real Soberano*, procuró socorrer la retaguardia empenada con la columna de Collingwood. Los otros tres, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Indomable*, se dejaron llevar por la brisa, que apenas soplabá lejos del lugar de la batalla.

Quedaban, no obstante, los diez navios de la cabeza de la linea, los que despues de haber cambiado algunos cañonazos con la columna de Nelson, habian permanecido fuera de combate. La señal que los llamaba al puesto del honor les habia llegado estando, ó *sotaventados*, ó reducidos á la inmovilidad por lo flojo de la brisa. El *Héroe*, situado mas cerca del centro, despues de haber sostenido por un momento, como se ha dicho, á los navios mas próximos á él, el *Bucentauro* y el *Santisima Trinidad*, habia cedido al fin á aquella débil ventolina que todavia soplabá, y que por desgracia no prestaba á las embarcaciones impulso si no para alejarse del combate. Al menos habia corrido la sangre sobre el puente de este navio; pero muerto al principio de la accion su valiente capitan Poulain, habia faltado el alma que lo animaba. El *San Agustín* (1) situado mas arriba del *Héroe* habia perdido muy temprano su puesto, y fue perseguido y tomado por los ingleses vencedores del *Bucentauro*. El *San Francisco* no se conducia mejor. Al subir esta linea de vanguardia se hallaban sucesivamente el *Mont-Blanc*, el *Duguay-Trouin*, el *Formidable*, el *Rayo*, el *Intrepido*, el *Scipion* y el *Neptuno* español (2). El contra-almirante Duma-

(1) Vease nuestra nota en la página 248.

(2) Vease la misma nota.

(Notas del Traductor.)

noir les había repetido la señal de que birasen de bordo para venir á unirse al centro. La mayor parte habían permanecido inmóviles, por no saber maniobrar, ó por no poder ó no querer hacerlo. Al fin hubo cuatro que obedecieron á la señal del gefe de la division, ayudándose de sus lanchas, que botaron al agua para birar de bordo. Estos fueron el *Mont-Blanc*, el *Duguay-Trouin*, el *Formidable* y el *Scipion*. El contra-almirante Dumanoir les había ordenado una buena maniobra, cual era que en lugar de birar de popa, lo que debía

De los diez navios de la vanguardia solo cuatro obedecen las señales del almirante, y se disponen á acudir en socorro de la escuadra.

conducirlos á sotavento de la línea, birasen de proa con lo que caerian á barlovento, proporcionándoles el medio de mezclarse en la refriega cuando creyesen conveniente, con solo obedecer al viento.

El contra-almirante Dumanoir, con el *Formidable* que montaba, navio que tanta gloria había adquirido en el combate de Algeciras; con el *Scipion* el *Duguay-Trouin*, y el *Mont-Blanc*, empezó, pues, á descender del Norte al Sur á lo largo de la línea de batalla. Allí donde se dirigiera podia poner á los ingleses entre dos fuegos; pero ya no era tiempo, eran las tres de la tarde por lo menos: por todas partes no veia mas que desastres consumados, y sin la resolución de participar de la comun desgracia de la marina francesa, debía encontrar buenas razones para no comprometerse demasiado. Llegado á la altura del centro vió amainado al *Bucentauro*, al *Santisima Trinidad* apresado, al *Terrible* rendido hacia rato, y á los ingleses, aunque muy maltratados, persiguiendo á los navios que se habían ido á sotavento. Durante su travesía sufrió un fuego bastante vivo que causó averias á sus cuatro navios, y disminuyó su aptitud para combatir. Recibido vigorosamente por la columna victoriosa de Nelson, y no viendo á nadie á quien socorrer, continuó su movimiento, y llegó á la retaguardia donde combatian los diez y seis navios franceses y españoles empeñados con la columna de Collingwood. Allí, sacrificándose, hubiera podido salvar algunos navios, ó añadir gloriosas muertes á las que debian consolarnos de

una gran derrota; pero desanimado por el fuego que acababa de sufrir su division, y consultando la prudencia mas bien que la desesperacion, no hizo nada. Tratado en breve por la fortuna como Villeneuve; debía, por haber querido evitar un desastre glorioso, hallar en otra parte un desastre inútil.

En este extremo de la línea, donde empezó primero el combate con la columna de Collingwood, todos los navios franceses, á escepcion de el *Argonauta*, combatian con un valor digno de una gloria inmortal. En cuanto á los navios españoles, dos, el *Santa Ana* y el *Príncipe de Asturias* (1) secundaban valerosamente la conducta de los franceses.

Despues de una lucha de dos horas, el *Santa Ana*, que era el primero de la retaguardia, habiendo perdido todos sus mástiles y devuelto al *Real Soberano* casi tanto daño como había recibido de él, acababa de arriar su pabellon. El vice-almirante Alava, herido de gravedad, se había portado noblemente. El *Fogoso*, que seguia al *Santa Ana*, despues de haber hecho grandes esfuerzos para socorrerle, impidiendo al *Real Soberano* cortar la línea, había sido abandonado por el *Monarca* su navio de retaguardia. Flanqueado entonces y acometido por dos navios ingleses, el *Fogoso* se había defendido con valor, hasta librarse de uno y otro. Empeñado en seguida, y bordo á bordo con el *Temerario*, había tenido que rechazar varios abordages, y de 700 hombres que componian su tripulacion había perdido unos 400. Habiendo sido muerto el capitán Beau-doin que lo mandaba, lo había reemplazado al puato el teniente Bazin, resistiendo con tanta valentia como su predecesor los asaltos de los ingleses. Volviendo estos á la carga, y habiéndose apoderado del castillo de proa, el valiente Bazin herido, cubierto de sangre, sin

Noble conducta de la mayor parte de los navios de retaguardia atacados por Collingwood.

Combate del *Fogoso*.

(1) Segun Mr. Thiers solo el *Santa Ana* y el *Príncipe de Asturias* fueron los navios españoles que hicieron algo en la retaguardia, esto es secundaron (como dice) á los navios franceses. En nuestra nota de la página 248 se puede ver lo que hicieron los demas navios españoles de la retaguardia. (Nota del Traductor.)

mas que un puñado de hombres á su mucho á él, le disparó algunos cañonazo, y en seguida birando de bordo introdujo fuertemente el bauprés de su navio entre los obenques del navio enemigo. Ya se sabe que los obenques son esas escalas de cuerda, que sujetando los mástiles á los costados del navio sirven á mantenerlos derechos y para subir á ellos. Enlazado así á su adversario, Magon reúne en torno suyo á los marineros mas vigorosos para conducirlos al abordage: pero le sucedió lo que habia sucedido á la tripulacion del *Temible*. Reunidos ya en el puente y el bauprés iban á precipitarse sobre el *Tonante*, cuando recibieron de otro navio inglés que iba á acometerle de costado, varias descargas de metralla que quitaron la vida á muchos. Antes de pensar seguir adelante en el abordage fue preciso contestar al nuevo enemigo que se habia presentado, y á un tercero que iba á unirse á los otros dos para cañonear los flancos ya destrozados del *Algeciras*. Mientras se defendia así contra tres navios, fue abordado por el capitan Tyler, que á su vez quiso presentarse sobre el puente del *Algeciras*. Magon le recibió á la cabeza de su tripulacion con una hacha de abordage en la mano, dando ejemplo á sus marineros, y rechazó á los ingleses. Tres veces volvieron estos á la carga, y otras tantas los arrojó fuera del puente del *Algeciras*. Su capitan de pabellon Letourneur fue muerto á su lado. Reemplazóle el teniente de navio Plassan y al punto cayó herido. Magon, cuyo brillante uniforme servia de blanco á las balas del enemigo, recibió un balazo en el brazo, por el cual salió en breve gran cantidad de sangre. No hizo caso de su herida, y quiso permanecer en su puesto; pero una segunda bala le alcanzó en una pierna: entonces empezaron á abandonarle las fuerzas. Como á penas podia sostenerse sobre el puente de su navio, cubierto de restos y de cadáveres, el oficial M. de la Bretonniere que despues de la muerte de los demas, desempeñaba el cargo que le correspondia de capitan de bandera, le suplicó bajase por un momento á la enfermeria, siquiera para que le vendasen sus heridas, y no perdiese las fuerzas desangrándose. La esperanza de volver al combate decidió á Magon á acceder á los ruegos de M. de la Bretonniere, y

Habil y brillante y en el mismo sitio
conducta del *Plu-* dejado por el *Monar-*
ton. ca, el navio frances

Pluton mandado por el capitan Cosmao combatia con tanta audacia como destreza. Apresurándose á llenar el espacio que habia dejado el *Monarca*, habia detenido al navio enemigo *Marte*, que procuraba pasar por aquel lado, lo habia acribillado á balazos é iba á tomarle al abordage, cuando un navio de tres puentes vino á cañonearle por la popa. Maniobrando entonces con mucha habilidad, pudo librarse de este nuevo adversario y presentándole uno de sus costados en vez de la popa, le habia dirigido varias andanadas. Volviendo en seguida á su primer enemigo, y sabiendo adquirir la ventaja del viento, logró atacarle por la popa, cortarle dos mástiles y ponerle fuera de combate. Libre de ambos enemigos el *Pluton* procuraba acudir al socorro de los franceses que estaban abrumados por el número, merced á la retirada de los navios infieles á su deber.

Combate memorable el *Algeciras*, y
muerte del almi-
rante Magon.

Detras del *Pluton*, el *Algeciras* que mon-
taba el contra-almi-
rante Magon, sostenia un combate me-
morable, digno del que habia sostenido el *Temible*, y tan sangriento como éste. El contra-almirante Magon, nacido en la isla de Francia de una familia de Saint-Maló, era todavia jóven y tan hermoso como valiente. Al comenzar la accion habia reunido su tripulacion y prometido dar al marinero que se lanzase primero al abordage un magnifico tabali, que le habia regalado la Compañia de Filipinas. Todos querian obtener de su mano semejante recompensa. Conduciéndose como lo habian hecho los comandantes del *Temible*, del *Fogoso* y del *Pluton*, el contra-almirante Magon hizo al principio adelantar el *Algeciras* para cerrar el paso á los ingleses que querian romper la linea. En este movimiento encontró al *Tonante*, navio de 80, que habia pertenecido á los franceses antes del combate de Aboukir, y mandado por el valeroso capitan Tyler. Aproximose

bajó al entrepuente sostenido por dos marineros. Pero los destrozados flancos del navio daban libre paso á la metralla; y Magon fue herido de otra bala en el pecho que le privó de la vida. Esta noticia esparce la consternación á bordo del *Algeciras*; y la tripulacion combate con furor para vengar á un gefe á quien amaba tanto como admiraba. Pero los tres mástiles del *Algeciras* habian caido, y las baterias estaban desmontadas ú obstruidas por los restos de la arboladura. De 641 hombres que tenia de tripulacion 150 habian muerto, y 180 estaban heridos. Rechazada la tripulacion sobre el castillo de popa no poseia mas que una parte del navio: no vislumbraba ninguna esperanza ni socorro: entonces hace una última descarga sobre el enemigo, y arria aquel pabellon de contra-almirante, tan valerosamente defendido.

Estaba ya bien adelantada la tarde y combatian aun algunos otros navios detras del *Algeciras*. El *Bahama* (1), se habia alejado, pero el *Aguila* combatia valerosamente, rindiéndose despues de haber sufrido crueles pérdidas y haber muerto su gefe el capitán Gourrège. El *Swiftsure*, navio que los enemigos tenían empeño en aprisionar porque habia sido inglés, se conducia con no menos valor, y solo cedia al número, teniendo ya siete pies de agua en su cala. Detras del *Swiftsure*, el navio frances *Argonauta*, se retiraba despues de habersufrido algunas averias. El *Berwick* combatia honrosamente en su puesto. Los navios españoles el *Montañez*, el *Argonauta*, el *San Juan Nepomuceno* y el *San Ildefonso* habian abandonado las aguas del

combate (2). Al contrario el almirante Gravina, que montaba el navio *Príncipe de Asturias*, en-

vuelto por los navios ingleses que habian doblado la estremidad de la linea, se defendia solo contra ellos con una energia estremada. Pero cercado por todas partes y acribillado á balazos, hubiera sucumbido á no haberle socorrido el *Neptuno*, á quien hemos visto, ganar

otra vez el barlovento para ser útil, y el *Pluton*, que habiendo logrado librarse de sus adversarios, habia ido á buscar nuevos peligros. Desgraciadamente, al terminar este combate el almirante Gravina fue herido de muerte.

Finalmente, al extremo de esta larga linea, señalada por las llamas, por los restos flotantes de los navios, y por millares de cadáveres mutilados, una última escena vino á llenar de horror á los combatientes y de admiración á nuestros mismos enemigos. El *Aquiles*, asaltado por todas partes se defendia tenazmente. En medio del cañoneo se habia prendido fuego al casco del buque. Era preciso abandonar los cañones para correr al incendio, que se extendia con una actividad espantosa. Pero temiendo los marineros del *Aquiles* que mientras se hallasen ocupados en apagar el fuego, se aprobechase el enemigo de la inaccion de su artilleria, prefirieron que el fuego adelantase á abandonar sus cañones. En breve, las nubes de humo que salian del centro del navio espantaron á los ingleses, y los decidieron á alejarse de aquel volcan que amenazaba destruir lo mismo á sus enemigos que á sus defensores. Hiciéronlo así, y dejándolo solo, aislado en medio del abismo, se pusieron á considerar aquel espectáculo, que de un instante á otro debia terminar por una horrible catástrofe. La tripulacion francesa, diezmada por la metralla, viéndose libre de los enemigos, procuró apagar el incendio que devoraba su navio, pero ya no era tiempo, y solo debia pensar en salvarse. Arrojaron á la mar todos los cuerpos propios á sobrenadar como barricas, mástiles, vergas, y sobre ellos buscaron un refugio contra la explosion que aguardaban por instantes. No bien se precipitaron algunos marineros al mar cuando invadiendo el fuego el lugar donde estaba la pólvora, se voló el *Aquiles* con un estrépito horroroso que llenó de terror á los mismos vencedores. Los ingleses se apresuraron á enviar sus lanchas para recoger á los infelices que tan noblemente se habian defendido. Un número muy corto por cierto logró librarse de la muerte; la mayor parte que habia permanecido á bordo fue lanzada al aire con los heridos que llenaban el navio.

Admirable decision de la tripulacion del navio frances *Aquiles*.

(1) Vease nuestra nota en la página 248.

(2) Vease la misma nota.

(Notas del Traductor.)

Fin del combate, y sus resultados.

Eran las cinco de la tarde. El combate habia concluido por todas partes. Cortada la linea, primero por dos puntos, y en breve por tres ó cuatro, á causa de la falta de los navios que no habian sabido sostenerse en batalla, se hallaba destrozada de un extremo á otro. Al aspecto de aquella escuadra, ó destruida ó fugitiva, el almirante Gravina, librado por el *Neptuno* y el *Pluton*, y en cuya persona habia recaído el mando de general en gefe, dió la señal de retirada. Ademas de los dos navios franceses que acababan de socorrerle, y el *Príncipe de Asturias*, que montaba Gravina, podia reunir aun ocho, tres franceses, el *Héroe*, el *Indomable* y el *Argonauta*, y cinco españoles, el *Rayo*, el *San Francisco de Asis*, el *San Justo*, el *Montañez* (1) y el *S. Leandro*. Debemos decir que estos últimos habian salvado su existencia pero no su honor. Eran once los que se habian librado del desastre, sin contar los cuatro del almirante Dumanoir que hacian una retirada separada; en todos quince. A este número deben añadirse las fragatas, que situadas á sotavento, no habian hecho para socorrer la escuadra lo que se debia esperar de ellas. Diez y siete navios franceses y españoles habian sido apresados, y uno se habia volado. La escuadra combinada habia perdido 6 ó 7,000 hombres, muertos, heridos, ahogados ó prisioneros. Nunca se habia visto en los mares una escena tan horrorosa.

Los ingleses habian obtenido una completa victoria, pero sangrienta, y comprada á costa de grandes sacrificios. De los veinte y siete navios de que se componia su escuadra casi todos habian perdido palos; algunos estaban fuera de servicio, ó del todo, ó al menos hasta que les hiciesen considerables reparos. Tenian que lamentar la pérdida de unos 3,000 hombres, la de un gran número de escelentes oficiales, y la del ilustre Nelson, mas sensible para ellos que la de una armada. Llevaban á remolque á los diez y siete navios apresados, casi todos desmantelados ó próximos á irse á fondo, y un almirante prisionero. Ellos tenian la gloria de la habilidad y de la experiencia,

unidas á una indusputable valentía. Nosotros teniamos la gloria de una derrota heróica, acaso sin igual en la historia, por la decision de los vencidos.

A la caída de la tarde Gravina se dirigió á Cádiz con once navios y cinco fragatas. El contra-almirante Dumanoir, temiendo encontrar al enemigo entre él y los franceses, se dirigió hácia el estrecho.

El almirante Collingwood puso señales de luto por la muerte de su gefe, pero no creyó debia seguir el consejo dado por aquel gefe moribundo, y en vez de llevar á anclar la escuadra, resolvió pasar la noche á la vela.

Veíase la costa y el siniestro cabo de Trafalgar, que ha dado su nombre á la batalla.

Una horrorosa tempestad sucede á la batalla.

Empezaba á soplar un viento peligroso, y á ponerse cerrada la noche, y los navios ingleses que maniobraban con dificultad á causa de sus averias, tenian que remolcar ó escoltar á diez y siete navios prisioneros. En breve arreció el viento, y á los horrores de una batalla sangrienta se unieron los de una tempestad horrible, como si el cielo hubiese querido castigar por los furores á que acababan de entregarse, á aquellas dos naciones las mas civilizadas del globo, y las mas dignas de dominarle utilmente con su union. El almirante Gravina y sus onces navios tenian en Cádiz una retirada segura y próxima, pero el almirante Collingwood, demasiado lejos de Gibraltar, solo tenia la estension de los mares para descansar de las fatigas y de los sufrimientos que habia costado la victoria. En pocos instantes la noche, mas cruel que lo habia sido el mismo dia, mezcló vencedores y vencidos, y los hizo temblar bajo una mano mas poderosa que la del hombre victorioso, bajo la de la naturaleza encolerizada. Los ingleses se vieron obligados á abandonar los navios que llevaban á remolque, y renunciar á vigilar los que escoltaban: ¡Singulares vicisitudes de la guerra marítima! Algunos de los vencidos, llenos de alegría al terrible aspecto de la tempestad, concibieron la esperanza de reconquistar sus navios y su libertad. Los ingleses que guardaban el *Buc-centauro* viéndose sin socorro, entregaron por sí propios nuestro navio almirante á los restos de la tripulacion fran-

(1) Vease sobre este navio nuestra nota en la página 248.

(Nota del Traductor.)

cesa. Contentos los franceses al verse libres, merced al horrible peligro que corrían, levantaron sobre su desmantelado buque algunos palos de respeto, pusieron en ellos algunos pedazos de velas, y se dirigieron á Cádiz, impulsados por el huracán.

La tripulación del *Algeciras* se aprovechaba de la tempestad para arrancar su navio de mano de los ingleses.

El *Algeciras*, digno del desgraciado Magon, cuyo cadáver conducía, quiso también deber á la tempestad su rescate. Setenta oficiales

y marineros ingleses custodiaban aquel noble vencido. Aunque estaba mutilado, el *Algeciras* siendo buque bastante nuevo se sostenia sobre las aguas: pero tenia cortados los tres mástiles; el mayor á quince pies de altura sobre el puente, el trinquete á nueve, y el de mesana á cinco. El navio que lo remolcaba, cuidando de su propia seguridad, habia soltado el cable que lo retenia sujeto. Los ingleses encargados de custodiarlo habian tirado algunos cañonazos pidiendo socorro; pero sin obtener respuesta. Entonces, dirigiéndose á M. de la Bretonniere le ruegan les ayude con su tripulación á salvar el navio, y con el sus propias vidas. A esta proposicion, M. de la Bretonniere, vislumbrando un rayo de esperanza, pide conferenciar con sus compatriotas encerrados en la bodega. Concédesele, habla á los oficiales franceses, y les comunica su esperanza de rescatar el *Algeciras* del poder de sus vencedores. Todos convienen en aceptar la proposicion que se les hace, y luego que se vean en posesion del buque, en precipitarse sobre los ingleses, desarmarlos, combatir á todo trance en medio de aquella noche terrible, y hacer en seguida lo posible para su propia salvacion. Habia 270 franceses desarmados pero dispuestos á todo para arrancar su navio de manos del enemigo. Los oficiales se mezclan entre ellos y les participan su proyecto, que es acogido con entusiasmo. Conviénese que M. de la Bretonniere intimará primero á los ingleses la rendicion, y si se niegan, á una señal dada se arrojarán los franceses sobre ellos. El horror de la tempestad, el temor de estrellarse en la costa que está próxima, todo se olvida: ninguno piensa mas que en este nuevo combate, ¡especie de guerra civil en

presencia de los elementos desencadenados!

M. de la Bretonniere, vuelve á presentarse á los ingleses, y les dice que el abandono en que los suyos han dejado el navio en medio de tan gran peligro ha roto todos sus compromisos; que desde aquel momento los franceses se consideran como libres, y que si, por lo demas, sus guardianes creen está interesado su honor en combatir, que pueden hacerlo, pues la tripulacion francesa, aunque desarmada, va á arrojarse sobre ellos á la primera señal. En efecto, llevados dos marineros de su impaciencia, se precipitan sobre los centinelas ingleses y son heridos de gravedad. M. de la Bretonniere contiene el tumulto, y da tiempo á los oficiales ingleses para que reflexionen. Estos, despues de una breve deliberacion, pensando en su corto número, en la crueldad de sus compatriotas que los han abandonado, y en el peligro comun que amenaza á los vencedores y vencidos, se rinden á los franceses con la condicion de que se les dejará en libertad asi que lleguen á las costas de Francia. M. de la Bretonniere promete solicitar de su gobierno que queden en libertad, tan luego como llegue á Cádiz. Entonces resuenan en el navio gritos de alegria; todos se ponen á maniobrar; búscanse masteleros entre los palos de reserva, los izan, los fijan en los troncos de los mástiles, unen á ellos algunas velas, y en este estado se dirigen á Cádiz.

Llegó el dia, y lejos de aplacarse la tempestad redobló su fuerza. El almirante Gravina habia entrado en Cádiz con los restos de las escuadras combinadas. La escuadra inglesa estaba á la vista de este puerto, seguida de algunos de los navios prisioneros, á los cuales tenia bajo la boca de sus cañones. Despues de haber luchado todo el dia contra la tempestad, el comandante la Bretonniere, aunque sin piloto, pero ayudado de un marino que conocia los parages de la costa, llegó á la entrada de la bahia de Cádiz. Solo le quedaba una ancla de reserva y un grueso cable para resistir al viento que le impulsaba fuertemente contra la costa. Echada al mar el ancla, se entregó á ella, aunque con suma inquietud, porque si le faltaba, el *Algeciras* debia estrellarse con-

El *Algeciras* ancla al lado del *Indomable*.

tra los peñascos. Como no conocia la rada habia anclado cerca de un escollo temible llamado la Punta del Diamante. Pasóse la noche en crueles angustias. Al fin apareció el dia y estendió su claridad, entonces terrible, sobre aquella playa desolada. El *Bucentauro*, siempre desgraciado, se habia estrellado en ella: sin embargo pudo salvar parte de su tripulacion que se refugió á bordo del *Indomable*, anclado no lejos de allí. Este último navio que no tenia grandes averias porque habia combatido poco, estaba sujeto con buenas anclas y buenos cables. Durante todo el dia el *Algeciras* tiró cañonazos pidiendo auxilio: varias barcas sosobraron antes de llegar á él, mas una logró llevarle una ancla de tiro muy endeble; y así permaneció amarrado cerca del *Indomable*, pidiéndole lo remolcase, lo que aquel prometia hacer tan luego como fuera posible entrar en Cádiz. La noche se estendió de nuevo sobre la mar y sobre los dos navios anclados uno junto al otro: era la segunda despues del funesto combate. La tripulacion del *Algeciras* contemplaba con espanto las dos anclas tan débiles, de que pendia su salvacion, y con envidia las del *Indomable*. La tempestad redobla su furor; y de improviso se oye un grito espantoso. El *Indomable*, cuyas poderosas anclas habian

El *Indomable* se estrelló contra la Punta del Diamante.

cedido, llegó súbitamente con sus faroles encendidos, teniendo sobre el puente á su tripulacion desesperada, y pasando á algunos pies del *Algeciras*, fue á estrellarse con un estrépito horrible contra la Punta del Diamante, desapareciendo entre las olas los faroles que lo alumbraban y los gritos de los náufragos. Mil quinientos hombres perecieron á la vez, porque el *Indomable* tenia casi completa su tripulacion, toda la que se habia salvado del *Bucentauro*, tanto de sanos como de heridos, y una parte de las tropas embarcadas á bordo del navio almirante.

El *Algeciras* se salva milagrosamente.

Despues de este cruel espectáculo y de las desconsoladoras reflexiones que debia producir, el *Algeciras* vió aparecer el dia y calmarse la tempestad. Entró al fin en la rada de Cádiz, y varó casualmente en un lecho de limo donde estaba fuera de peligro. Justa recompensa del mas admirable heroismo!

Mientras que estas trágicas aventuras señalaban la milagrosa vuelta del *Algeciras*, el *Temible*, que tan gloriosamente habia luchado contra el *Victoria*, y del que habia partido la bala que mató á Nélson, acababa de irse á fondo. Destrozada su popa á balazos se habia sumergido de improviso, y apenas habia habido tiempo para sacar de él á 119 franceses. El *Pogoso*, abandonado, habia sido arrojado por la tempestad á la costa de España, y se habia perdido en ella.

El *Monarca*, tambien abandonado, se habia estrellado contra los peñascos de San Lucar.

Solo quedaban á los ingleses algunas de sus presas, y con sus navios menos maltratados se mantenian á la vista de Cádiz, siempre contrariados por los vientos que no les habian permitido regresar á Gibraltar. A su vista el valiente capitan Cosmao, comandante del *Pluton*, no pudo contener el celo que le animaba. Su navio estaba acerbillado, su tripulacion reducida á la mitad, pero ninguna de estas razones pudo detenerle. Tomó algunos marineros de la fragata *Hermione*, computo de prisa su aparejo, y usando del mando que le pertenecia, porque todos los almirantes y contraalmirantes estaban muertos, heridos ó prisioneros, hizo la señal de que aparejasen los navios que todavia podian navegar, á fin de ir á arrancar del poder de la escuadra de Collingwood los buques franceses que remolcaba. El intrépido Cosmao salió, pues, acompañado del *Neptuno*, que durante el combate habia hecho todo lo posible para entrar en accion, y de otros tres navios franceses y españoles, que no habian tenido el honor de combatir en la jornada de Trafalgar. Eran cinco en todos, y ademas las cinco fragatas, á quienes se presentaba un medio de reparar su reciente conducta. No obstante el mal tiempo, estos diez buques se aproximaron á la escuadra inglesa. Collingwood creyéndolos otros tantos navios de linea, mandó al punto que se adelantasen diez de sus navios menos averiados.

La mayor parte de los navios franceses y españoles tomados por los ingleses, logran escaparse y algunos perecen en la tempestad.

El valiente capitan Cosmao hace una salida para rescatar algunos de los navios apresados y logra salvar dos.

Tomó algunos marineros de la fragata *Hermione*, computo de prisa su aparejo, y usando del mando que le pertenecia, porque todos los almirantes y contraalmirantes estaban muertos, heridos ó prisioneros, hizo la señal de que aparejasen los navios que todavia podian navegar, á fin de ir á arrancar del poder de la escuadra de Collingwood los buques franceses que remolcaba. El intrépido Cosmao salió, pues, acompañado del *Neptuno*, que durante el combate habia hecho todo lo posible para entrar en accion, y de otros tres navios franceses y españoles, que no habian tenido el honor de combatir en la jornada de Trafalgar. Eran cinco en todos, y ademas las cinco fragatas, á quienes se presentaba un medio de reparar su reciente conducta. No obstante el mal tiempo, estos diez buques se aproximaron á la escuadra inglesa. Collingwood creyéndolos otros tantos navios de linea, mandó al punto que se adelantasen diez de sus navios menos averiados.

En el movimiento que hicieron abandonaron algunas de sus presas, y de esta circunstancia se aprovecharon las fragatas para tomar y remolcar el *Santa Ana* y el *Neptuno*. El comandante Cosmao que no se hallaba en estado de hacer frente al enemigo, y que ademas tenia contra sí el viento que le llevaba á Cádiz, volvió á este puerto trayendo consigo los dos navios reconquistados, único trofeo que pudo adquirir despues de tantas desgracias. No fue este el solo resultado que tuvo aquella salida. Temiendo el almirante Collingwood no poder conservar sus presas, barrenó ó quemó los navios *Santísima Trinidad*, el *Argonauta*, *San Agustín* y el *Intrépido*.

El *Aguila* se escapó del navio ingles *Defiance* y fue á encallar delante del Puerto de Santa Maria. El *Berwick* se perdió por un acto de decision semejante al que habia salvado al *Algeciras*.

Entre los navios que habian seguido al almirante Cosmao, el navio español *Rayo* no pudo volver á entrar y pereció entre Rota y Sanlúcar.

Finalmente el almirante ingles volvió á Gibraltar, no llevando consigo mas que cuatro de las diez y siete presas, una francesa, el *Swiftsure* y tres españolas. De estas tuvo tambien que echar á pique al *Swiftsure*.

Tal fue el fatal
Caracter del combate de Trafalgar. Marineros inesperados, aliados mas inesperados todavia, una disciplina relajada, un material descuidado, y la precipitacion en todo con sus consecuencias; un gefe demasiado conocedor de sus desventajas, concibiendo presentimientos funestos que le acosaban por donde quiera, y haciendo fallar, llevado de estos temores, los grandes proyectos de su soberano; este soberano irritado, no apreciando bastante los obstáculos materiales, menos difíciles de vencer en la tierra que en el mar, afligiendo con sus amargos cargos á un almirante que debia mas bien compadecer que censurar; este almirante combatiendo desesperadamente, y la fortuna, cruel con la desgracia, negándole hasta la ventaja de los vientos; la mitad de una escuadra paralizada por la ignorancia y por los elementos, la otra mitad batiéndose con furor; de una parte un valor calculado y hábil, de la otra una inexperiencia heroica; muertes sublimes,

una carniceria espantosa, una destruccion inaudita; tras los estragos de los hombres, los estragos de la tempestad; el abismo absorbiendo los trofeos del vencedor; finalmente el gefe triunfante sepultado en su triunfo, y el gefe vencido proyectando suicidarse como único remedio á su dolor, tal fue, lo repetimos, ese fatal combate de Trafalgar, con sus causas, sus resultados y sus trágicos aspectos.

Sin embargo, de este gran desastre se podian sacar consecuencias útiles para nuestra marina. Necesitábase contar al mundo lo que habia pasado. Los comandantes del *Temible*, del *Algeciras*, del *Aguiles*, merecian ser citados con orgullo al lado de los triunfos de Ulma. El valor desgraciado no es menos admirable que el valor feliz: al contrario afecta mas. Por otro lado los favores que debiamos á la fortuna eran demasiado grandes, y bien se podian confesar algunos de sus rigores. Necesitábase en seguida colmar de recompensas á los hombres que tan dignamente habian cumplido con su deber, y entregar á un consejo de guerra á los que cediendo al horror de aquel espectáculo se habian alejado del fuego. Y aunque se hubiesen portado bien en otras ocasiones era menester inmolarnos á la necesidad de restablecer la disciplina por medio de terribles ejemplos. Era preciso, sobre todo, que al mismo gobierno sirviese de leccion aquella derrota sangrienta; era preciso que confesase que nada se hace de pronto, y particularmente cuando se trata de la marina; era preciso que renunciase á presentar en linea de batalla escuadras no acostumbradas á la mar, y que mientras tanto se dedicase á formarlas por medio de cruceros frecuentes y lejanos.

El buen Rey de España, sin calcular nada de esto, comprendió en una misma medida de recompensas á los valientes y á los cobardes, no queriendo hacer público mas que el honor hecho á su pabellon por la conducta de algunos de sus marineros. Esta era una debilidad natural en una corte gastada, pero debilidad inspirada por la bondad. Nuestros marineros algo repuestos de sus sufrimientos, estaban mezclados en el

El Rey de España colma á sus marineros de recompensas. Napoleón manda que se guarde silencio sobre el combate de Trafalgar.

puerto de Cádiz con los marinos españoles, cuando se les anunció que el Rey de España daba un grado á todo español que habia asistido al combate de Trafalgar, ademas de las distinciones particulares concedidas á los que mas se habian distinguido. Los españoles, casi avergonzados de ser recompensados cuando los franceses no lo eran, dijeron á estos que era probable recibiesen por su parte el premio debido á su valor. No sucedió así: los franceses, así los valientes como los cobardes, fueron tratados del mismo modo, es decir olvidados.

Cuando el almirante Decrès recibió el parte del desastre de Trafalgar, sintió un pesar profundo. Este ministro, no obstante su talento y sus grandes conocimientos en la marina, solo tenia siempre desgracias que anunciar á un soberano, que en todo lo demas obtenia siempre triunfos. Envió aquellos tristes pormenores á Napoleon, que ya se adelantaba sobre Viena con el vuelo del aguila. Aunque una mala noticia pudiese apenas penetrar en un alma embriagada de triunfos, la noticia de Trafalgar apesadumbró á Napoleon y le causó un profundo disgusto. No obstante, en esta ocasion se mostró menos severo que de costumbre respecto al almirante Villeneuve, porque este desgraciado habia combatido con gran valor aunque imprudentemente. Napoleon obró en este caso como muy á menudo obran los hombres, así los mas fuertes como los mas débiles, y procuró olvidar este disgusto, y hacer que lo olvidasen los demas. Quiso que los diarios franceses se ocupasen muy poco de Trafalgar, y solo hiciesen mencion de él como de un combate imprudente, y en el cual habiamos

sufrido mas de la tempestad que del enemigo. Tampoco quiso recompensar ni castigar, lo que era una cruel injusticia indigna de él, y del espíritu de su gobierno. Verificábase entonces un cambio en su espíritu que contribuia poderosamente á inspirarle esta conducta tan mezquina: empezaba á no tener confianza en la marina francesa. Hallaba una manera de combatir á la Inglaterra, mas segura, mas practicable, cual era combatirla en los aliados que ella sostenia, cerrarle el continente, y espulsar enteramente de él su comercio y su influencia. Era natural que prefiriese este medio en el cual brillaba, y que bien manejado, le hubiera conducido de seguro al término de sus esfuerzos y deseos. Desde este dia Napoleon pensó menos en la marina, y quiso que todo el mundo lo hiciese así.

Por lo que hace

al combate de Trafalgar la misma Europa se prestó gustosa á guardar el silencio que Napoleon

La batalla de Trafalgar produce en Europa mucho menos efecto que los triunfos de Napoleon en Ulma.

deseaba. El ruido retumbante de sus pasos sobre el continente, impidió oír los ecos del cañon de Trafalgar. No tranquilizaba á las potencias que tenian sobre su pecho la espada de Napoleon, una victoria naval, solamente provechosa á la Inglaterra, sin otro resultado que una nueva estension de su predominio mercantil, predominio que no les agradaba, y que toleraban solo por envidia á la Francia. Por otra parte, la gloria británica no los consolaba de su humillacion. Trafalgar no eclipsó, pues, el brillo de Ulma, y como se verá en breve, no aminoró ninguna de sus consecuencias.

FIN DEL LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

AUSTERLITZ.

Efectos que producen las noticias recibidas del ejército.—Crisis rentística.—La Caja de consolidacion suspende sus pagos en España, y contribuye á aumentar los apuros de la Compañía de los Comerciantes reunidos.—Socorros que el Banco de Francia suministra á dicha Compañía.—El Banco pone en circulacion demasiados billetes, y tiene que suspender sus pagos.—Quiebras numerosas.—El público alarmado confia en Napoleon, y aguarda de él algun hecho brillante que restablezca el crédito y la paz.—Continuacion de los acontecimientos de la guerra.—Situacion de los negocios en Prusia.—La pretendida violacion del territorio de Anspach suministra pretextos al partido de la guerra.—El Emperador Alejandro aprovecha la ocasion para pasar á Berlin.—Persuade á la corte de Prusia á contraer compromisos eventuales con la coalicion.—Tratado de Potsdam.—Partida de M. de Haugwitz para el cuartel general francés.—Grande resolucion que toma Napoleon al saber los nuevos peligros que le amenazan.—Precipita su movimiento sobre Viena.—Batalla de Caldiero en Italia.—Marcha del grande ejército por medio del valle del Danubio.—Paso del Inn, del Traun y del Ens.—Napoleon en Lintz.—Movimiento que podian hacer los archiduques Carlos y Juan para detener la marcha de Napoleon.—Precauciones que éste adopta al aproximarse á Viena.—Distribucion de sus cuerpos de ejército sobre las dos orillas del Danubio y en los Alpes.—Los rusos pasan el Danubio por Krems.—Peligro del cuerpo de Mortier.—Combate de Dirnstein.—Combate de Davout en Mariazell.—Entrada en Viena.—Sorpresa de los puentes del Danubio.—Napoleon quiere aprovecharse de ella para cortar la retirada al general Kutusof.—Murat y Lannes pasan á Hollabrunn.—Murat se deja engañar por una proposicion de armisticio, y proporciona al ejército ruso tiempo para fugarse.—Napoleon desecha el armisticio.—Combate sangriento en Hollabrunn.—Llegada del ejército frances á Brünn.—Buenas medidas que adopta Napoleon para ocupar á Viena, ponerse á cubierto por el lado de los Alpes y de la Hungria contra los archiduques, y hacer frente á los rusos por la parte de Moravia.—Ney ocupa el Tyrol, Augereau la Suabia.—Quedan prisioneros los cuerpos de Jellachich y de Rohan.—Parte Napoleon para Brünn.—Ensayo de negociacion.—Loco orgullo del estado mayor ruso.—Nueva camarilla que rodea al Emperador Alejandro.—Dicha camarilla inspira á este monarca la imprudente resolucion de presentar batalla.—Terreno elegido de antemano por Napoleon.—Batalla de Austerlitz dada el 2 de Diciembre.—Destruccion del ejército austro-ruso.—El Emperador de Austria en la tienda de Napoleon.—Acuérdase un armisticio bajo la promesa de una paz próxima.—Principia la negociacion en Brünn.—Condiciones impuestas por Napoleon.—Quiere los estados Venecianos para completar el reyno de Italia, el Tyrol y la Suabia austriaca para engrandecer la Baviera y los ducados de Baden y de Wurtemberg.—Alianzas de familia con estas tres casas alemanas.—Resistencia de los plenipotenciarios austriacos.—Napoleon de vuelta á Viena tiene una larga entrevista con M. d'Haugwitz.—Vuelve á sus proyectos de union con la Prusia, y le da el Hannover con la condicion de que se alase definitivamente á la Francia.—Tratado de Viena con la Prusia.—Partida de M. de Haugwitz para Berlin.—Libre Napoleon de la Prusia, se muestra mas exigente con el Austria.—La negociacion se traslada á Presburgo.—Acéptanse las condiciones de la Francia, y paz de Presburgo.—Partida de Napoleon para Munich.—Matrimonio de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera.—Napoleon regresa á Paris.—Acogida triunfal que se le hace.

Octubre de 1805.

Efecto que producen en Francia las noticias del ejército.

Cádiz la entristecieron, pero ni las unas ni las otras le causaron mucha sorpresa. Todo lo aguardaban de nuestros ejércitos constantemente victoriosos desde el principio de la Revolucion, y casi nada de nuestras escuadras, que tan desgraciadas eran de quince años á aquella parte. Pero no daban grande importancia á las consecuencias de los acontecimientos marítimos, y al contrario, conceptuaban completamente decisivos nuestros prodigiosos triunfos en el continente. Veían en ellos alejadas de nuestras fronteras las hostilidades; desconcertada la coaliccion desde el principio; muy abreviada la duracion de la guerra, y, próxima la paz continental trayendo la esperanza de la paz mafitima. Sin embargo, el ejército, internándose en el Austria al encuentro de los rusos, hacia preveer nuevos y grandes acontecimientos que se aguardaban con la mayor impaciencia. Por lo demas, la confianza que todos tenian en el genio de Napoleon calmaba todas las ansiedades.

Agrávase la crisis rentística y mercantil.

Necesitábase, en verdad, esta confianza para sostener el crédito profundamente alterado. Ya hemos dado á conocer la apurada situacion de nuestra hacienda. El atraso que habia, á causa de la resolucion de Napoleon de atender á los gastos de la guerra sin contraer empréstito; los apuros del erario español, de los cuales participaba el erario frances por las especulaciones de la compañía de los *Comerciantes reunidos*, y el haberse entregado á esta compañía la cartera del Erario, por la falta de un ministro honrado pero á quien engañaban, tales eran las causas que habian creado aquella situacion, y que habian concluido por causar la crisis, prevista de antemano. Un incidente habia contribuido á precipitarla. La Corte de Madrid que debia á la Compañía de los *Negociantes reunidos* el subsidio que estos se habian encargado de satisfacer por ella, los cargamentos de granos expedidos para varios puertos de la Penin-

sula, y los suministros de viveres hechos á las escuadras y á los ejércitos españoles; la Corte de Madrid, repetimos, acababa en su miseria de recurrir á una medida desastrosa. Obligada á suspender los pagos de la *Caja de consolidacion*, especie de banco destinado al servicio de la deuda pública, habia dado curso forzoso de moneda á los billetes de dicha caja. Semejante medida debia hacer desaparecer el metálico. M. Ouvrard, que interin recibia los pesos de Méjico que le habia concedido la corte de Madrid, no tenia otro medio de hacer frente á las necesidades de sus asociados que el numerario que sacaba de la Caja de consolidacion, se encontraba de repente detenido en sus operaciones. Habianse prometido, particularmente á M. Desprez, cuatro millones de pesos que aquel habia prometido á su vez al Banco de Francia, para obtener los socorros que necesitaba; pero ya no se debia contar con estos cuatro millones. Sobre el cobro que la compañía debia hacer en Méjico, habia negociado con la casa de Hoppe en Holanda, un empréstito de diez millones, de los cuales solo podia esperar cuando mas dos á su debido tiempo. Estas sensibles circunstancias habian aumentado hasta lo sumo los apuros de M. Desprez, que estaba encargado de las operaciones del tesoro, y de M. Vanlerberghe que tenia á su cargo el suministro de viveres, y los apuros de ambos habian recaído sobre el

Apuros en que pone España á la compañía de los *Comerciantes reunidos*

Banco. Ya hemos explicado como hacian descontar al Banco ó su propio papel ó las obligaciones de los recaudadores generales. El Banco les daba su valor en billetes, cuya circulacion se aumentaba asi de una manera immoderada. Esto hubiera sido un mal que podia remediarse pronto, si los pesos fuertes prometidos hubiesen llegado bastante á tiempo para traer de nuevo á un nivel proporcionado la reserva de metálico del Banco. Pero las cosas habian llegado á tal punto que el Banco no tenia mas que 1.500.000 francos (algo mas de 5 millones y medio de reales) en caja contra 12 millones de billetes emitidos, y 20 millones de cuentas corrientes; es decir contra 92 millones (345 millones de reales) de valores que podian exigirse al punto. Una circunstancia estraña, recientemente co-

nocida agravaba mucho semejante situacion. M. de Marbois en su ilimitada confianza en la Compañía, le habia concedido una facultad excepcional de hecho, en la que el ministro solo habia visto en un principio el medio de facilitar el

Peligrosas concesiones que M. Marbois hace á la compañía de los Comerciantes reunidos.

servicio, y que habia llegado á ser la causa de un abuso muy grave. La compañía, poseyendo la mayor parte de las obligaciones de los recaudadores generales, pues que las descontaba al gobierno, teniendo que pagarse á sí propia los servicios de todos géneros que ejecutaba en diferentes puntos del territorio, se encontraba en el caso de estraer sin cesar fondos del Erario; y para mayor comodidad, M. de Marbois, habia mandado á los recaudadores generales entregasen á la Compañía los fondos que recaudasen, bajo un simple *Recibí* de M. Desprez. La compañía habia usado al punto de aquella facultad que se le concedia; y mientras que por una parte se procuraba dinero en Paris, haciendo descontar en el Banco las obligaciones de los recaudadores generales que poseia, por otra estraia de la caja de los recaudadores generales el dinero destinado á satisfacer aquellas mismas obligaciones; y el Banco, remitiéndolas á su vencimiento á cargo de los recaudadores generales no encontraba en pago mas que los recibos de M. Desprez. Así, pues, solo entraba en la caja del Banco papel en pago de otro papel; siendo esta la causa de que hubiese tantos billetes en circulacion, y tan poco metálico en fondo. Un empleado infiel, que habia engañado la confianza de M. de Marbois, era el principal autor de aquellas concesiones de que se hacia tan mal uso.

Esta situacion, desconocida al ministro, y mal apreciada hasta por la misma Compañía, que en su arrebató y furor por abarcarlo todo, no media ni la estension de las operaciones en que se comprometia, ni la gravedad de los actos que llevaba á cabo; esta situacion se hacia sentir poco á poco por un malestar general. [El público, sobre todo, ávido de metálico, ad-

El público en masa se dirige al Banco para solicitar el reembolso del valor de sus billetes.

vertido de la escasez que se notaba en el Banco, se habia dirigido en masa á sus

oficinas para cambiar en dinero los billetes. Uniéndose entonces los malévolos á los temerosos, en breve se hizo general la crisis.

La gravedad de las circunstancias

trajo consigo esplicaciones y confesiones diferidas por largo tiempo, que espargieron sobre la situacion de la Hacienda una funesta claridad. M. de Vanlerberghe, á quien no se podia imputar, lo que habia digno de censura en la conducta de la compañía, porque se ocupaba únicamente del comercio de granos, sin saber los apuros que abrumaban á sus asociados; M. Vanlerberghe se presentó á M. de Marbois, y le declaró que le era imposible hacer frente al servicio del Erario y al de viveres, pues solo con trabajo podria continuar satisfaciendo este último. No le ocultó tampoco, que los suministros hechos á la España, y que estaban aun sin pagar, eran la causa principal del apuro en que se veia. M. de Marbois, temiendo que sufriese algun entorpecimiento el servicio de viveres, animado, ademas, por ciertas palabras del Emperador, que habia manifestado hallarse satisfecho de M. Vanlerberghe, y la intencion en que se hallaba de sostenerle, concedió á este asentista un socorro de veinte millones. Descontolos de suministros anteriores que los ministerios de guerra y de marina no habian saldado aun, y los dió devolviendo á M. Vanlerberghe 20 millones de sus obligaciones personales, contraidas para el servicio del Erario. Pero nobien se concedió este socorro á M. Vanlerberghe cuando se presentó en reclamacion de otro. Este asentista tenia detras de sí una multitud de subarrendadores que comunmente le daban á crédito lo que necesitaba, pero que, no gozando gran confianza de los capitalistas, no podian prolongar mucho sus adelantos. Así, pues, estaba reducido al último extremo. M. de Marbois, asustado con sus revelaciones, oyó en breve otras mas graves todavia. El Banco le

La compañía de los Comerciantes reunidos solicita socorros.

envió una diputacion para que pusiese en conocimiento del Gobierno los apuros que le cercaban. M. Desprez no enviaba los pesos fuertes que habia

Comprometido el Banco por los socorros que ya ha concedido, manifiesta al Gobierno los apuros en que se encuentra.

prometido, y sin embargo solicitaba nuevos descuentos; el Erario solicitaba lo mismo, y el Banco no tenia en caja mas que dos millones de escudos, contra 92 millones de valores exigibles. ¿Como debia obrar en tales circunstancias? M. Desprez, declaraba por su parte al ministro, que se apuraban sus últimos recursos, sobretudo si el Banco le negaba su asistencia, y confesaba tambien que el mal estado de los negocios de España, era lo que lo tenia en tales apuros. De este modo vió evidentemente el ministro que M. Vanlerberghe, apoyado en M. Desprez, y M. Desprez en el Erario y el Banco sostenian el peso de los negocios de España, cuyo peso recaia sobre la misma Francia por las temerarias combinaciones de M. Ouvrard.

Era muy tarde para volver atras y enteramente inútil el quejarse. Lo que se necesitaba por el pronto era salir de aquella situacion peligrosa, y sacar de paso á los que se habian espuesto en ella imprudentemente, porque dejarlos perecer, era tambien esponerse á perecer con ellos. M. de Marbois no vaciló en la resolucion de sostener á MM. Vanlerberghe y Desprez, é hizo bien. Pero no atreviéndose ni debiendo obrar bajo su sola responsabilidad, provocó la reunion de un consejo de gobierno, que se reunió al punto bajo la presidencia del principe José, y al que asistieron el principe Luis, el archicanciller Cambacérès y todos los ministros. Llamaron á él á algunos empleados superiores de hacienda, y entre otros á M. Mollien, director de la caja de amortizacion. El Consejo deliberó largo tiempo acerca de la situacion. Despues de muchas discusiones generales y ociosas, era urgente concluir, y cada cual vacilaba ante una responsabilidad, siempre grande, cualquiera que fuese el partido que se tomase, porque tan peligroso era sostener á los arrendadores como abandonarlos. El archicanciller Cambacérès que tenia bastante buen sentido para comprender las exigencias de aquella situacion, y bastante crédito para hacer que el Emperador las admitiese, hizo prevalecer

un socorro á M. Vanlerberghe, el cual debia ser de veinte millones, diez de los cuales debian entregársele desde luego, y los otros diez cuando se recibiese la aprobacion del cuartel general. Por lo que hace á M. Desprez, se resolvió que esta cuestion se tratase con el Banco, porque solo él podia ayudar á este último, continuándole sus descuentos. Pero se discutieron los medios que el Banco proponia para hacer frente al agotamiento de sus cajas, y para mantener el crédito de sus billetes, sin los cuales debia sucumbir. Nadie pensó siquiera que pudiese dárseles curso forzado de moneda tanto á causa de la imposibilidad de restablecer en Francia un papel moneda, como de la no menor de hacer que el Emperador aprobase semejante resolucion: pero se adoptaron ciertas medidas que debian hacer mas lentos los reembolsos y menos rápida la salida del metálico. Dejose al cuidado del ministro de Hacienda y del prefecto de policia el entenderse con el Banco acerca del por menor de todas aquellas medidas.

M. de Marbois tuvo con el consejo *Contestaciones entre el Banco de Francia y M. de Marbois.* el Banco contestaciones acaloradas.

Quejóse de la manera con que habia dirigido aquel sus negocios, cargo muy injusto porque si el Banco estaba apurado, era por culpa del Erario. El Banco solo poseia excelentes créditos de comercio, cuyo pago regular constituia su único recurso efectivo en aquel momento: tambien habia disminuido los descuentos á los particulares hasta reducir su cartera á proporciones inferiores á las ordinarias; y solo poseia en cantidad desproporcionada el papel de M. Desprez y las *obligaciones de los recaudadores generales*, que no proporcionaban ningun metálico; de suerte que si el Banco tenia apuros era á causa del mismo gobierno. Pero los banqueros directores del Banco, eran en lo general tan adictos á Napoleon, en el cual si no apreciaban al guerrero glorioso, estimaban mucho al restaurador del orden, que toleraron que los agentes del poder los tratasen con una severidad que hoy dia no sufririan las compañías de especuladores mas vulgares. Por lo demas, esto era de su parte mas bien patriotismo que bajeza. Sostener el gobierno del Emperador era á sus ojos un deber imperioso hácia la Francia,

El archicanciller Cambacérès hace prevalecer la resolucion de socorrer al asentista de víveres.

la opinion de que se concediese al punto

porque solo aquel preservaba á ésta de la anarquía. No se irritaron, pues, de que se les dirigiesen cargos muy poco merecidos, y mostraron servir al Erario con un desinterés y decision digno de ser imitado en tales circunstancias. Adoptáronse las medidas siguientes como las mas á propósito para combatir la crisis.

Medios ideados para restablecer el fondo de reserva del Banco y disminuir la salida del numerario.

Se acordó enviar en posta á los departamentos inmediatos á la capital, varios comisionados con orden á los pagadores para que remitiesen al Banco todos los fondos que no necesitasen absolutamente para el pago puntual de las dotaciones, sueldos y pensiones de los empleados; y por este medio se creía ingresarían en el Banco de cinco á seis millones. Comunicábase al mismo tiempo orden á los recaudadores generales para que remitiesen inmediatamente al Banco todas las cantidades que aun no hubiesen entregado á M. Desprez. Los comisionados llevaban tambien el encargo de informarse si alguno de los recaudadores hacia uso de los fondos del Erario en beneficio propio. A todas estas medidas adoptadas para que entrasen fondos en el Banco, se agregaron algunas otras que impidiesen su salida. Empezando los billetes á decaer de su valor, los portadores corrian apresuradamente al Banco á fin de convertirlos en dinero; porque aun cuando el agiotage y la malevolencia no se hubiesen mezclado en el asunto, bastaba que el billete perdiese uno ó dos por ciento para que la masa de los portadores exigiese su conversion en metálico. Autorizóse al Banco para que no convitiese en dinero mas billetes al dia que por la cantidad de quinientos á seiscientos mil francos; que era lo que se necesitaba cuando existia la confianza. Para retardar mas los pagos se tomó tambien la precaucion de contar el dinero. Con mucho gusto se hubieran pasado sin esta formalidad los que solicitaban el reembolso, porque no temian que el Banco engañase al público, poniendo un escudo de menos en un saco de mil francos. Sin embargo, se afectó el cuidado de contarlos. Tambien se decidió que solo se satisfaria á una misma persona el valor de un billete, y que cada portador seria admitido por turno. Por último, siendo cada dia mayor la afluencia

de gente, se imaginó otro medio, cual fue el distribuir números á los portadores de billetes, en la proporcion de los 500 á 600,000 francos que se querian reembolzar diáriamente. Dichos números debian distribuirlos los maires á los individuos que fuesen notoriamente estraños al comercio del dinero, y que solo recurriesen al reembolso para satisfacer verdaderas necesidades.

Estas medidas hicieron cesar al menos la confusion material en las oficinas del Banco, y redujeron la emision del metálico á las necesidades mas urgentes de la poblacion. El agiotage que procuraba extraer del Banco el dinero para que luego el público se hiciese de él perdiendo hasta el 6 y 7 por 100, vió burladas sus tentativas. Sin embargo, todo esto era una verdadera suspension de pagos, disimulada bajo la forma de un retardo; y una suspension, por desgracia inevitable. En tales circunstancias no deben censurarse en si esta clase de medidas, sino la conducta anterior que las ha hecho necesarias.

Los comisionados que se enviaron á los departamentos solo lograron reunir unos dos millones. El vencimiento diario de los créditos del comercio, proporcionaba mas billetes que escudos, porque los comerciantes solo satisfacian en metálico las cantidades que no llegaban á 500 francos. En tal apuro el Banco resolvió hacerse de dinero en Holanda, á cualquier precio, y tomar asi por su cuenta una parte de los gastos de la crisis. Gracias á este conjunto de medios, se hubiera sabido en breve del apuro, si M. Desprez no hubiese venido de pronto á manifestar mayores necesidades y á solicitar nuevos socorros.

Este banquero encargado por la compañía de suministrar al Erario los fondos que necesitaba para el servicio público, descontando, al efecto, las obligaciones de los recaudadores generales, los bonos á la vista, &c., se habia comprometido á verificar dicho descuento á $\frac{1}{2}$ por 100 al mes, es decir, 6 por 100 al año; mas no queriendo los capitalistas descontárselos á él sino á 1 por 100 al mes, es decir 12 por 100 al año, se hallaba expuesto á pérdidas ruinosas. A fin de no tener estas pérdidas, M. Desprez habia

La compañía de los comerciantes reunidos solicita nuevos socorros y el Banco se los concede.

imaginado dar en prenda á los prestamistas las obligaciones y los bonos á la vista, y tomar prestado sobre estos valores en vez de volverlos á descontar. Los especuladores, deseando aprovecharse de esta circunstancia, habían concluido por negarse á renovar este género de operaciones, á fin de obligarle á que entregase los valores del Tesoro y obtenerlos así á bajo precio.—« Los apuros de la plaza escribía M. de Marbois al »Emperador, sirven de pretexto á muchos para portarse como piratas con los »Comerciantes reunidos; y yo conozco grandes patriotas que han retirado al agente »del Erario 1200,000 ó 1400,000 francos, »solo para sacar mejor partido.» (*Carta de 28 de Setiembre.—Archivo de la secretaría de Estado*).

M. Desprez que ya había obtenido del Banco un socorro de catorce millones quiso obtener otro de treinta para el momento, y otro de setenta para el mes de Brumario: necesitaba, pues, una cantidad de 100 millones. Cuando el Banco tuvo conocimiento de esto, se asustó; y la situación tan poco alhagüena en que se veía produjo una multitud de quejas por parte de todos los que no se hallaban dispuestos á ligarse á la fortuna del gobierno, cualquiera que esta fuese. Se preguntó ¿quién era M. Desprez y con qué títulos reclamaba tan grandes sacrificios? Ignorábase en el comercio la solidaridad establecida entre él y la compañía de los asentistas que trabajaba á un tiempo para España y para Francia. Pero aunque ignoraban su verdadera situación, quisieron que el ministro confesase que M. Desprez era agente del Erario, siquiera para tener esta garantía mas. Advertido de ello el ministro envió un billete al Presidente de la Junta de Gobierno del Banco en el que le decía que M. Desprez no obraba sino en interés del Erario. Por distracción M. de Marbois no firmó dicho billete, mas habiéndosele exigido la firma no la rehusó. En este caso la dirección del Banco no pudo disimularse que se hallaba en presencia del mismo Emperador, fundador del Banco, libertador y soberano de la Francia, y que este era el que solicitaba que no se redujese á su gobierno al último apuro, negándole los recursos que tanta falta le hacían.

Prevaleció la voz del patriotismo, debiéndose particularmente este resultado

á M. Perregaux, célebre banquero, cuya influencia redundaba siempre en beneficio del Estado.

Se acordó que se concederian á M. Desprez todos los fondos que necesitase; que las obligaciones que le servían de fianza para tomar á préstamo, y que evitaba descontar para no acarrear grandes pérdidas, se descontarian á cualquier precio, bien perteneciesen á M. Desprez ó bien al Banco; que este se encargaria de la operacion, como mas capaz de llevarla á cabo que nadie; que las pérdidas serian á medias entre la Compañía y el Banco; que se proporcionaria dinero á costa de ambos, en Amsterdam y en Hamburgo, y que se intimaria formalmente á M. Desprez, que no renovase sus compromisos á fin de poner término á tan angustiosa situación. Por último, se acordó disminuir los descuentos al comercio, destinar al Erario todos los fondos existentes, y no emitir billetes sino para él. El reembolso diario de los créditos de comercio había producido una entrada considerable de billetes, que en un principio se pensó destruir pero que en breve volvieron á ponerse en circulación para atender á las necesidades de M. Desprez. Y aun se excedió mucho á la primera emision, aumentándola á 80 millones, ademas de los 20 de cuentas corrientes. Pero las compras extraordinarias de pesos y el descuento efectivo de las obligaciones, proporcionaron los 500 á 600,000 francos diarios que se necesitaban para satisfacer al público; y tuvieron la satisfacción de atravesar esta crisis sin desatender las atenciones del Estado, y sin acarrear la bancarrota de los arrendadores, que hubiera ocasionado la del mismo Tesoro.

A pesar de esto no pudieron impedirse las quiebras de particulares, que sucediéndose con rapidez aumentaron la tristeza general.

La quiebra de M. Récamier, banquero afamado por su probidad, por la extensión de sus negocios y por la opulencia en que vivía, y que sucumbió víctima de las circunstancias, mas bien que de su conducta en el manejo de los negocios, produjo un sentimiento general. Los mal intencionados atribuyeron esta quie-

Ultimas medidas tomadas por el Banco para hacer frente á la situación.

Quiebras numerosas tanto en París como en los departamentos.

bra á relaciones con el Erario, que por cierto no existian. Otras quiebras de menos importancia siguieron á la de M. Récamier, tanto en París como en las provincias y causaron una especie de terror pánico. Bajo un gobierno menos firme, y menos poderoso que el de Napoleon, esta crisis hubiera traído consigo consecuencias gravísimas. Pero contábase con su fortuna y con su genio; nadie temía que se alterase el orden público; todos aguardaban por momentos algun golpe brillante que restableciese el crédito; y esa detestable especie de especuladores que agrava todas las situaciones fundando su cálculo en la desestimación de los valores, no se atrevía á jugar á la baja temiendo las victorias de Napoleon.

Todos fijan su vista en Napoleon de quien esperan la terminación de aquella crisis.

Todos tenían puesta su atención en el Danubio, donde iban á decidirse los destinos de la Europa. De aquí debían surgir los acontecimientos que habían de poner término á aquella crisis rentística y política. Aguardábanlos con entera confianza, sobre todo después de haber visto en pocos días, destruido y prisionero todo un ejército, casi sin disparar un tiro, y por solo el efecto de una maniobra. Entretanto, una circunstancia originada de esta misma maniobra acababa de suscitar sensibles complicaciones con la Prusia, hasta el punto de creer que íbamos á tener un enemigo mas. Esta circunstancia era la marcha del cuerpo del mariscal Bernadotte por la provincia prusiana de Anspach.

Complicación sobrevenida con la Prusia á consecuencia de la violación del territorio de Anspach.

Al dirigir Napoleon el movimiento de sus columnas sobre el flanco del ejército austriaco no había pensado ni un instante en considerar como una dificultad el atravesar las provincias que la Prusia tenía en Franconia. En efecto, según el convenio de neutralidad estipulado por la Prusia con las potencias beligerantes durante la última guerra, las provincias de Anspach y de Bareuth no se habían comprendido en la neutralidad del Norte de Alemania. La razón, muy sencilla que había habido para hacerlo así, era, que hallándose estas provincias en el camino que forzosamente habían de seguir los ejércitos franceses y

austriacos, era casi imposible librarlas de su paso. Todo lo mas que se había podido exigir era que estas provincias no viniesen á ser un teatro de hostilidades, que los ejércitos las atravesasen rápidamente y que pagasen todo lo que tomasen en ellas. Si en esta ocasión quería la Prusia que se obrara de otra suerte debía haberlo advertido. Por otro lado, cuando recientemente acababa de entablar tratos de alianza con la Francia, cuando se había adelantado en esta senda hasta dar oídos y admitir la oferta del Hannover, no tenía derecho para alterar las antiguas reglas de su neutralidad, y hacerlas mas rigurosas respecto á la Francia que en 1796. Esto hubiera sido inconcebible; por lo tanto había guardado respecto á este asunto, un silencio que decorosamente no se hubiera atrevido á romper, sobre todo para declarar que cuando se hallaba en negociaciones de alianza, se mostraba menos condescendiente con nosotros que en los días de su mayor reserva y frialdad. Mas de cualquier modo, Napoleon, fundándose en el antiguo convenio, y en la intimidación aparente de la Prusia, en la cual debía creer, no había considerado el paso de sus tropas por la provincia de Anspach como una violación de territorio. Lo que prueba su sinceridad sobre este punto, es que en rigor hubiera podido dispensarse de hacer uso de los caminos de aquella provincia, y que estrechando sus columnas le hubiera sido fácil no pisar el suelo prusiano, sin perder por ello ninguna probabilidad de envolver al general Mack.

Peró la situación de la Prusia era cada dia mas crítica entre el Emperador Napoleon y el Emperador Alejandro. El primero le ofrecía el Hannover y su alianza; el segundo le pedía que le concediese el paso por Silesia para uno de sus ejércitos, y parecía declararle que era preciso que se uniese á la coalición de grado ó por fuerza. Habiendo llegado á comprender lo que se trataba, Federico Guillermo se hallaba en una agitación extraordinaria. Dominado este príncipe tan pronto por la codicia natural á la potencia prusiana que le inclinaba á Napoleon, tan pronto por las influencias de la corte que lo arrastraban á la coa-

Situación moral de la Prusia en el momento de la violación del territorio de Anspach.

licion, habia hecho promesas á todos, colocándose en una posicion apurada en la cual no veia otra salida que la guerra con la Rusia ó con la Francia. Hallábase muy exasperado, porque estaba á la vez descontento de los otros y de sí mismo; y presentia la guerra con espanto. Sin embargo, indignado de la violencia con que le amenazaba la Rusia, habia ordenado la formacion de un ejército de 80,000 hombres. En tal estado de cosas llegó á Berlin la pretendida violacion del territorio prusiano, que fue para el Rey de Prusia un nuevo motivo de sentimiento, porque disminuia la fuerza de los argumentos que oponia á las exigencias de Alejandro. No hay duda, que para franquear la provincia de Anspach á los franceses tenia razones que no existian para franquear la Silesia á los rusos; pero en los momentos de efervescencia no siempre domi-

Language que usan los enemigos de Francia en Berlin al saber la violacion del territorio de Anspach.

na la razon, ni las observaciones juiciosas; y al saberse en Berlin que los franceses habian atravesado el territorio de Anspach, la corte puso el grito en el cielo, diciendo que Napoleon acababa de ultrajar indignamente á la Prusia, tratándola como solia tratar á Nápoles ó á Baden; que no era posible tolerarlo sin deshonorarse; que por otro lado si se queria evitar la guerra con Napoleon, habria que hacérsela á Alejandro, porque este príncipe no toleraria que se le tratase con tanta parcialidad, negándole lo que se concedia á su adversario; y finalmente, que siendo preciso declararse á favor de unos ó de otros, seria extraño é indigno de los sentimientos del Rey unirse á la causa de los opresores de la Europa contra sus defensores. Federico-Guillermo, añadian, habia manifestado siempre otros sentimientos, ya en Memel, ya posteriormente en sus relaciones confidenciales con su joven amigo Alejandro.

Esto es lo que se decia públicamente en Berlin, Potsdam y sobretodo entre la familia real, que estaba dominada por una Reyna apasionada, hermosa y de caracter vivo.

Federico-Guillermo aunque sinceramente irritado por la violacion del territorio de Anspach, que le privaba de su mejor argumento contra las exigen-

cias de la Rusia, se condujo como acostumbra hacerlo las personas falsas por debilidad: echó mano de una cólera aparente; mostró estar mas irritado que lo estaba en efecto; y su conducta con los representantes de la Francia fue ridiculamente afectada. No solo se negó á recibirlos, sino hasta M. de Hardenberg no quiso admitirlos

Cólera calculada de la Prusia.

en su gabinete para escuchar sus esplicaciones. MM. de Laforest y Duroc se vieron pues incomunicados hasta con el secretario particular M. Lombard, por cuyo medio se trataban los asuntos confidenciales, ya de las indemnizaciones alemanas ya respecto al Hannover. Los intermediarios secretos que se empleaban diariamente, declararon que en el estado en que se hallaba el Rey respecto á los franceses, no se atrevian á ver á ninguno. Evidentemente toda esta cólera era calculada. Queriase encontrar

una salida á la situacion en que se hallaban; queriase poder decir á la Francia que los compromisos contraidos con ella quedaban

La Prusia se aprovecha del acontecimiento de Anspach para salir de la critica situacion en que se hallaba colocada.

rotos por su falta. Estos compromisos, renovados tantas veces, y sustituidos á los diferentes proyectos de alianza que habian quedado sin éxito, consistian en prometer formalmente que el territorio prusiano no daria paso jamas á una agresion contra la Francia y que hasta el Hannover seria garantido contra toda invasion. Mas habiendo los franceses

atravesado á la fuerza el territorio prusiano, se proponian sacar de aquí la conclusion de que, podian franquearlo á quien quisiesen. Esta era una salida ma-

La Prusia pretende conceder á los rusos el paso por la Silesia, como compensacion de haber pasado los franceses por la Franconia.

avillosamente hallada para librarse de las dificultades de todo género que se acumulaban en torno suyo. En su consecuencia, se resolvió declarar que la Prusia quedaba libre de todo compromiso por la violacion de su territorio, y que concedia el paso por la Silesia á los rusos, en compensacion del paso que se habian tomado los franceses por Anspach. Quisieron ademas no solo salir de apuros, sino sacar algun provecho

de todo esto; y al efecto tomaron el partido de apoderarse del Hannover donde solo habian quedado 6.000 franceses encerrados en la plaza fuerte de Hameln, y disfrazar esta invasion con el especioso pretexto de prevenirse contra nuevas violaciones de territorio, porque un ejército anglo-ruso marchaba sobre Hannover; y ocupándolo se impedía que el teatro de las hostilidades se trasladase al seno de las provincias prusianas, en las cuales se hallaba el Hannover como enclavado.

El Rey reunió un consejo extraordinario al que asistieron el duque de Brunswick y el mariscal de Mollendorf. También asistió á él M. de Haugwitz á quien la gravedad de las circunstancias obligó á salir de su retiro. Decretáronse las resoluciones que acabamos de referir, y se las dejó envueltas durante algunos dias en una especie de misterio para aterrar aun mas á los representantes de la Francia; pues si bien no creían que se les pudiese intimidar con facilidad, ni á ellos ni á su soberano, pensaban que en un momento en que Napoleon tenia tantos enemigos sobre sí le haria mucha fuerza el temor de agregar á ellos la Prusia, lo cual hubiera hecho general la coalición como en 1792.

Largo tiempo hacia que MM. de Laforest y Duroc solicitaban tener una conferencia con M. de Hardenberg. Viéronle al fin, le hallaron en la actitud estudiada de un hombre que se esfuerza por contener su indignacion, y en medio de muchas y amargas quejas, solo lograron que les declarase que la Prusia habia determinado romper sus compromisos, y guiarse en adelante solamente por el interes de su propia seguridad. El gabinete prusiano puso sucesivamente en conocimiento de los dos negociadores franceses la resolucion de franquear la Silesia á los rusos, y la de ocupar el Hannover con un ejército prusiano, bajo el pretexto de impedir que el fuego de la guerra se comunicase al centro mismo del reino. Asimismo se quiso dar á entender que la Francia debia conceptuarse feliz con salir á este precio del mal paso en que se habia metido.

Todo esto era indigno de la probidad del Rey y del poder de la Prusia. Sin em-

bargo, pasado este primer arrebato empezaron á mostrarse mas templados, no solo porque entraba en el plan prusiano dulcificar su conducta, sino tambien porque los sorprendentes triunfos de Napoleon habian inspirado á todas las cortes serias reflexiones.

Todo lo que acontecia en Berlin se comunicaba á Pulawi con la celeridad del relámpago. Alejandro, que habia solicitado ver á Federico Guillermo antes de que la Francia hubiese dado á la Prusia motivos de resentimiento, debia seguir en su resolucion con mas motivo, despues de lo que habia pasado. Esperaba encontrar á este principe dispuesto á sufrir toda especie de influjo: asi, lejos de fijar el lugar de la cita que debian tener ambos monarcas en un punto que se hallase á igual distancia de uno y otro, Alejandro recorrió todo el camino, y se trasladó inmediatamente á Berlin.

Al saber Federico Guillermo la venida del Czar, sintió mucho haber llamado tanto la atencion con su conducta, y dado lugar á una visita lisonjera pero que le comprometia. Napoleon empezaba la guerra de una manera tan pronta y decisiva, que Federico no se hallaba muy dispuesto á aliarse con sus enemigos. Sin embargo, no era posible negarse á las instancias y alagos de un principe á quien se manifestaba una amistad tan tierna. Diéronse, pues, las órdenes necesarias para recibirle de un modo magnífico. Alejandro hizo su entrada

Entrada solemne de Alejandro en Berlin.

por medio de las filas de la guardia real prusiana. El joven Rey salió á su encuentro, y le abrazó cordialmente, en medio de los aplausos del pueblo de Berlin, que, despues de haberse mostrado en un principio favorable á los franceses, empezaba á ceder al impulso de la corte, y á la idea mil veces repetida de que Napoleon habia violado el territorio de Anspach, para manifestar su desprecio á la Prusia. Alejandro habia pensado desplegar en esta circunstancia todos los medios de seducción imaginables para atraer la corte de Berlin á sus

Pasado este primer ímpetu empieza á calmarse la Prusia.

Alejandro toma la resolucion de ir á Berlin.

ideas. No faltó á su propósito, y empezó por la hermosa Reyna de Prusia, que era fácil de ganar, porque nacida de la casa de Mecklemburgo participaba de todas las pasiones de la nobleza alemana contra la Revolucion francesa. Alejandro la tributó una especie de culto caballeresco y respetuoso, que lo mismo se podía interpretar por un sencillo homenaje que rendia á su mérito y hermosura, que por un afecto mas vivo. Aunque entonces se hallaba muy prendado de una señora distinguida de la nobleza rusa, Alejandro era hombre y

Atraese Alejandro á la corte de Berlin.

príncipe muy á propósito para aparentar un sentimiento útil á sus miras. Por lo demas, ninguna de sus acciones era capaz de ofender ni la decencia ni la sombria susceptibilidad de Federico Guillermo. Apenas hacia dos dias que se hallaba en Berlin, cuando ya toda la corte solo se ocupaba de él, y elogiaba su gracia, su talento, su ardor generoso por la causa de la Europa. Habia prodigado las mayores atenciones á todos los parientes de Federico el Grande: habia visitado al duque de Brunswick y al mariscal de Mollendorf, honrando en ellos los gefes del ejército prusiano. El joven príncipe Luis, sobrino del Rey, que se hacia notar por un odio violento á los franceses y por su ardiente amor á la gloria, y estaba adherido ya de antemano á la causa de la Rusia, se manifestaba mucho mas exaltado que de ordinario. Una especie de entusiasmo general ponía la corte de Prusia en manos de Alejandro. Federico Guillermo que notaba el efecto que producía el joven Emperador en cuantos le rodeaban y empezaba á espantarse, aguardando con penosa ansiedad las proposiciones que iban á nacer de todo aquel entusiasmo, guardaba silencio por miedo de apresurar el momento de las explicaciones. Ya hemos dicho que al verse en tales apuros habia llamado á su lado á su antiguo consejero M. de Haugwitz, cuyo talento demasiado elevado para el suyo le inquietaba á veces por su superioridad, pero cuya política diestra, evasiva, y siempre dirigida á la neutralidad le convenia perfectamente. Ambos la-

mentaron el fatal encadenamiento de cosas, que, bajo la direccion apasionada y sin acierto de M. de Hardenbergh, habia conducido la Prusia á un verdadero camino sin salida. M. de Hardenberg, amigo en un principio y hechura de M. de Haugwitz, rival en breve y envidioso de este hombre de Estado, habia empezado siguiendo su política que consistía en mantenerse neutral entre los dos partidos europeos, y en explotar esta neutralidad; pero lo habia hecho con su carácter apasionado, ya inclinándose á un lado, ya á otro; favorable á los franceses cuando se trataba del Hannover, hasta el punto de entregarse enteramente á ellos, y tan enemistado con los mismos desde el acontecimiento de Anspach que queria hacerles la guerra en union con la Rusia. M. de Haugwitz, censurando, aunque con delicadeza, á su ingrato discipulo, decia que habia sido demasiado frances algunos meses antes, y que en la actualidad era demasiado ruso. ¿Mas cómo salir del apuro, cómo librarse de las instancias del joven Emperador? La dificultad era cada vez mayor, y era imposible resolverla con seguir eludiéndola. El tiempo era precioso para Alejandro, porque cada dia que pasaba se hacia notable por un nuevo paso de Napoleon en el Danubio y un nuevo peligro para el Austria, no menos que para los ejércitos rusos que habian llegado al Inn. Por lo tanto se avistó con el Rey de Prusia y mandó á su ministro de negocios extrangeros que se avistase con el hábil y astuto conde de Haugwitz. El tema que desenvolvieron entrambos puede deducirse de lo que precede. La Prusia, dijeron, no podia separarse de la causa de la Europa; tampoco podia contribuir con su inacción al triunfo del enemigo comun; este en aquel momento la guardaba algunas consideraciones, muy pocas, á juzgar por lo que acababa de acontecer en Anspach, pero en breve se veria atropellada, cuando libre aquel del Austria y de la Rusia, no necesitase contar con nadie. Era cierto que la Prusia estaba mas espuesta que otra alguna potencia á los golpes de Napoleon, pero tambien lo era que los rusos marchaban á su socorro con un ejército de 80,000 hombres, y que solo con este objeto se habian aproxi-

Language que usa Alejandro en la corte de Prusia.

Asustado el Rey de Prusia por la disposicion de la corte, saca á M. d'Haugwitz de su retiro para pedirle consejo.

quietaba á veces por su superioridad, pero cuya política diestra, evasiva, y siempre dirigida á la neutralidad le convenia perfectamente. Ambos la-

mado tanto. Este ejército reunido en Pulawí, en las fronteras de Silesia, no era una amenaza, sino una generosa atención de Alejandro, que no había querido comprometer á su amigo en una guerra formal, sin ofrecerle los medios de hacer frente á los peligros. Por otra parte, Napoleon tenía muchos enemigos sobre sí; y se veía en el Danubio en gran apuro, si, mientras que los austriacos y los rusos reunidos le oponían una sólida barrera, se arrojaba la Prusia sobre su retaguardia por la Franconia: entonces se hallaría entre dos fuegos, é infaliblemente debía sucumbir. Dado este caso, muy probable, todos deberían á la Prusia su comun libertad, y harían por ella lo que Napoleon prometía sin intenciones de cumplirlo, es decir, le darian aquel complemento de territorio con que la Francia había lisonjeado la justa ambición de la casa de Brandeburgo, el Hannover. (En efecto, ya habían escrito á Londres para que la Inglaterra se decidiese á este sacrificio). La Prusia debía conocer que valía mas recibir un don tan precioso de manos del legítimo poseedor, como premio de la salvación de todos, que de un usurpador, cediendo la propiedad de otro en recompensa de una traición.

El archiduque Antonio se presenta en Berlín para secundar los esfuerzos de Alejandro.

había trasladado de Viena á Berlín. Este principe venia á referir los desastres de Ulma; los rápidos progresos de los franceses, los peligros de la monarquía austriaca, demasiado grandes para que no participase de ellos toda Alemania, y á solicitar con ardor y á cualquier precio la reconciliación de las dos primeras potencias alemanas.

Vana resistencia del Rey de Prusia y de M. de Haugwitz á las instancias de Alejandro.

se de ella. Sin embargo así él como M. de Haugwitz se resistían obstinadamente como si previesen los males que en breve debían caer sobre la monarquía prusiana. Hubo muchas conferencias, muchas contestaciones, muchas quejas

amargas. El Rey y su ministro decían, que se quería perder la Prusia, y que ciertamente se perdería, porque aunque se reuniese toda la Europa no podía resistir á Napoleon; que si cedían, sería hacer violencia á su razón, á su prudencia y á su patriotismo; y no echaban en olvido el quejarse contra el proyecto que había existido de comprometerlos de grado ó por fuerza; de cuyo proyecto el ejército ruso reunido en las fronteras de Silesia debía ser el instrumento. A esto contestaba el Emperador Alejandro echando la culpa á su ministro el principe Czartoryski. En verdad, Alejandro cediendo á su incons-

Alejandro culpa á sus ministros de los proyectos de violencia que habían formado contra la Prusia.

tancia natural, presentaba mucho oído á los Dolgorouki, los cuales decían por todas partes, que el principe Czartoryski era un ministro perverso, que hacía traición á su Emperador por la Polonia, de la cual quería hacerse Rey, y que esta era la razón porque quería indisponer á la Prusia con la Rusia. Alejandro que no tenía bastante carácter para llevar adelante el plan que le habían propuesto, se había asustado en Pulawí mismo, á la idea de marchar sobre la Francia, pasando á la fuerza por la Prusia, aunque el precio de esta temeridad fuese la corona de Polonia. Ilustrado por M. de Alopeus, excitado por los Dolgorouki, decía, que habían querido hacerle cometer una gran falta, y así se lo echaba en cara al principe Czartoryski, cuyo carácter grave y severo empezaba á incomodarle, porque censuraba á veces la debilidad é indecisión de su soberano, con la libertad de un amigo y de un ministro independiente.

Comienzan á entibiarse las relaciones entre Alejandro y sus amigos.

A fuerza de atenciones, de retractaciones y de influencias accesorias, tales como las instancias

El Rey de Prusia cede al fin.

de la Reyna, las palabras del principe Luis, y el grito del joven estado mayor prusiano, acabaron por aturdir al Rey, por vencer la resistencia de M. de Haugwitz, y por hacerlos entrar en las miras de la coalición. Pero por mas dominado que se hallase Federico Guillermo, quiso reservarse un último recurso

para eludir aquellos nuevos compromisos, y aconsejado por M. de Haugwitz adoptó un plan que todavía podía hacer alguna ilusión á su probidad, y que consistía en un proyecto de mediación; grande hipocresía que empleaban entonces todas las naciones para disfrazar los planes de coalición contra la Francia. Esta era la forma que la Prusia había pensado adoptar tres meses antes, cuando trataba de aliarse á Napoleon para adquirir el Hannover, y la misma de que pensaba servirse en la actualidad, cuando trataba de aliarse á Alejandro, y desgraciadamente para su honor también por adquirir el Hannover.

Convinose que la Prusia, alegando la imposibilidad de vivir en paz entre dos adversarios encarnizados, que no respetaban ni su mismo

Noviembre de 1805.

Tratado de Potsdam, firmado el 3 de Noviembre de 1805.

territorio, se decidiría á intervenir para obligarlos á la paz. Hasta aquí nada podía hacerse mejor; pero cuales serían las condiciones de esta paz? Esta era la cuestión. Si la Prusia se conformaba con los tratados que había firmado con Napoleon, y por los cuales había garantizado el estado actual del imperio frances en cambio de lo que ella había recibido en Alemania, nada había que decir en contra. Pero la Prusia no era bastante firme para mantenerse en este limite, que era el de la justicia. Convinose á proponer por condiciones de la paz una nueva demarcación de las posesiones austriacas en Lombardia, que adelantaba su frontera del Adige al Mincio (lo cual debía ocasionar la división del reyno de Italia); una indemnización para el Rey de Cerdeña, y además las condiciones ordinariamente admitidas por el mismo Napoleon en el caso de una paz general, es decir la independencia de Nápoles, de Suiza y de Holanda. Esto era una violación formal de las garantías reciprocas que la Prusia había estipulado con la Francia, no en los proyectos de alianza que no se habían llevado á cabo, sino en los tratados auténticos, firmados con motivo de las indemnizaciones alemanas.

Los rusos y los austriacos hubieran deseado mas, pero como sabían que Napoleon no consentiría nunca en semejantes condiciones, estaban seguros con solo

lo que acababan de obtener de arrastrar la Prusia á la guerra.

Había además otra dificultad, en la cual tampoco se pararon para allanar todos los obstáculos. Federico-Guillermo no quería presentarse á Napoleon en nombre de todos sus enemigos, principalmente de la Inglaterra, después de haber tenido con él tantas confianzas y franquezas respecto á esta potencia. Manifiestó, pues, el deseo de no pronunciar una palabra en la declaración de mediación que se refiriese á la Inglaterra, porque solo pensaba mezclarse, según decía, en la paz del continente. Concediósele también, creyendo siempre que lo que se había convenido era suficiente para precipitarle en la guerra. Por último, tomó una precaución, la mas capciosa é importante, cual fue la de dejar transcurrir un mes, antes que la Prusia se viese obligada á obrar. Por una parte, el duque de Brunswick, siempre consultado, siempre escuchado sin apelación, cuando se trataba de asuntos militares, declaraba que el ejército prusiano no estaría listo hasta primeros de Diciembre; por otro, M. de Haugwitz aconsejaba se tomase tiempo para ver qué giro tomaban en el Danubio los acontecimientos entre los franceses y los rusos. Con un gefe como Napoleon, los acontecimientos no podían tardarse mucho, y ganando solamente un mes, había la probabilidad de salir del paso á causa de alguna solución imprevista y decisiva. Convinose, pues, que pasado un mes, á contar desde el día en que M. de Haugwitz encargado de proponer la mediación, saliese de Berlin, la Prusia se vería obligada á entrar en campaña, si Napoleon no había dado una respuesta satisfactoria. Era fácil añadir algunos días á este mes, retardando bajo diversos pretextos la salida de M. de Haugwitz; y además Federico-Guillermo confiaba en la prudencia y destreza de su negociador, para que las primeras conferencias que tuviese con Napoleon no hiciesen inevitable é inmediato el rompimiento.

Estas condiciones indignas de la lealtad prusiana, porque eran contrarias, á estipulaciones formales, en cambio de las cuales había recibido la Prusia hermosos territorios; contrarias, sobre todo, á una intimidad que Napoleon había debido creer sincera, estas condiciones fueron consignadas en una doble declaración

firmada en Potsdam el 3 de Noviembre. Jamás se ha publicado el texto de ella, pero Napoleón llegó á conocer mas tarde su contenido. Esta declaracion ha conservado el titulo de tratado de Potsdam. No hay duda que Napoleón habia cometido faltas respecto á la Prusia: li-sonjeándola y ofreciéndola demasiadas ventajas habia dejado pasar mas de una ocasion de encadenarla irrevocablemente. Pero la habia colmado de favores positivos, y siempre se habia mostrado leal en sus relaciones con ella.

Alejandro y Federico-Guillermo habitaban en Potsdam; y en esta hermosa posesion de Federico el Grande se habian exaltado reciprocamente, y concluido aquel tratado tan contrario á la política y á los intereses de la Prusia. El hábil conde de Haugwitz estaba inconsolable, y solo se perdonaba haberlo firmado esperando eludir sus consecuencias. El Rey aturdido, y confuso, no sabia qué hacer. Para acabar de turbar su espíritu, Alejandro, de acuerdo, dicen, con la Reyna, y probablemente llevado de su gusto por las escenas de aparato, quiso visitar la pequeña bóveda que contiene los restos de Federico el Grande, en medio de la iglesia protes- tante de Potsdam. Allí, bajo aquella bóveda construida en uno de los pilares

Alejandro jura eter-
na amistad al Rey de
Prusia sobre la tumba
de Federico el
Grande.

de la iglesia, y pe-
queña y sencilla has-
ta la negligencia, se
encuentran dos fére-
tros de madera, uno
de los cuales en-
cierra á Federico-Guillermo I y el otro á Federico el Grande. Alejandro fue á verlo con su joven amigo, derramó lágrimas y estrechando á su amigo entre sus brazos, le hizo y le pidió sobre el sepulcro de Federico el Grande el juramen- to de una amistad eterna, amistad que uniese para siempre su causa y sus des- tinios. Tilsit debia probar en breve la so- lidez de tal juramento, que probable- mente se haria en aquellos instantes con sinceridad.

Esta escena, referida en Berlin y pu- blicada en toda la Europa, confirmó la opinion de que existia una estrecha alian- za entre los dos jóvenes monarcas.

Noticiosa la Inglaterra de aquel cam- bio de cosas en Prusia, y de las nego- ciaciones tan felizmente conducidas con esta corte, creyó ver en ello un acon-

tecimiento capital que podia decidir de la suerte de la Europa. Al punto man- dó al mismo lord Har- rowby, ministro de negocios extranjeros para negociar. El ga- binete de Londres no se mostraba descontentadizo con la corte de Berlin, y aceptaba su apoyo á cual- quier precio. Consentia hasta en que no sonase la Inglaterra en la negociacion que M. de Haugwitz iba á emprender en el campamento de Napoleón, y tenia dispuestos los subsidios para el ejército prusiano, no dudando que transcurrido un mes tomase este parte en la guerra. En cuanto al aumento de territorio ofre- cido á la casa de Brandenburgo, estaba pronto á conceder mucho, pero no de- pendia del gabinete ingles entregar el Hannover, patrimonio querido de Jorge III. Pitt lo hubiera sacrificado gos- toso, porque siempre los ministros bri- tánicos habian reputado el Hannover como una carga para la Inglaterra; pero hubiera sido mas fácil que el Rey Jorge renunciase á los Tres Reynos que al Hannover. En cambio se ofrecia alguna cosa menos adherente, es verdad, á la monarquia prusiana pero mas conside- rable, y era la Holanda (1). Esa Holan- da que todas las cortes decian era esclava de la Francia, y cuya independen- cia reclamaban con tanta energia, la arro- jaban á los pies de la Prusia para atraer á esta á la coalicion y librar el Hanno- ver. A la ilustre nacion holandesa toca juzgar el caso que puede hacer de la sin- ceridad de las afecciones europeas res- pecto á ella.

La Inglaterra se apresura á ponerse de acuerdo con la Prusia, y le ofrece la Holanda en lu- gar del Hannover.

Todos estos eran objetos que se de- bían arreglar ulteriormente entre las cortes de Prusia y de Inglaterra. Mien- tras tanto, era menester sacar del tratado de Potsdam su consecuencia esen- cial, es decir la union de la Prusia á la coalicion. Los austriacos y los rusos instaban por la partida de M. de Haugwitz, y mientras este hacia sus preparativos, el Emperador Alejandro se puso en ca- mino el 5 de Noviembre, despues de haber estado diez dias en Berlin, y se dirigió á Weimar para ver á su her- mana la gran duquesa, princesa de un

(1) Esta asercion está fundada en docu- mentos auténticos.

mérito elevado, que vivía en esta ciudad rodeada de los mejores talentos de Alemania, y feliz con tan noble trato del que era digna de gozar. La separación de los dos monarcas, fue afectuosa como lo había sido su primer encuentro en las puertas de Berlín, dándose abrazos y repetidos testimonios de amistad, que se querían hacer ostensibles, al menos por una de las dos partes. Alejandro partió para el ejército rodeado del interés que por lo común inspira una partida de este género. Saludaban en él un joven héroe, pronto á arrostrar los mayores peligros por el triunfo de la causa común de los Reyes.

Durante este tiempo, M. de Laforest, ministro de Francia, y Duroc, gran mariscal del palacio imperial, estaban enteramente arrinconados. La corte continuaba tratándolos con una indiferencia ofensiva. Aunque los rusos y prusianos se habían prometido guardar el mayor secreto en cuanto á las estipulaciones de Potsdam, los rusos no pudiendo ocultar su satisfacción, habían dado á entender á todo el mundo que la Prusia estaba irrevocablemente comprometida con ellos. Por lo demás, su alegría decía lo bastante, y esto unido á los aprestos militares que se hacían, á la actividad poco conforme á su edad que mostraba el viejo duque de Brunswick, todo atestiguaba el triunfo que Alejandro había obtenido en Potsdam. M. de Hardenberg, que compartía con M. de Haugwitz la dirección de las relaciones exteriores no se mostraba accesible á los negociadores franceses; pero M. de Haugwitz los recibía con mas frecuencia. Interrogado por ellos acerca de la importancia que debía darse á las indiscreciones de los rusos, se defendía de todas las suposiciones divulgadas entre el público: confesaba que se trataba de un proyecto, que nada debía tener de nuevo para ellos, pues era el de una mediación. Cuando querían saber si aquella mediación sería armada, lo que significaba impuesta, eludía la aclaración, diciendo que las instancias de su corte á Napoleon serían proporcionadas á la urgencia del momento. Cuando, en fin, le preguntaban cuales serían las condiciones de aquella mediación, contestaba que serían justas, cuerdas, conformes á la gloria de la Francia, de lo cual era la mejor prueba el encargarse él mismo de presentar-

las á Napoleon, pues siendo la primera vez que iba á visitar á aquel gran hombre no podía exponerse á ser despedido bruscamente.

Tales fueron las revelaciones que se pudieron obtener del gabinete de Berlín. La sola cosa evidente que se supo fue que se había permitido el paso de los rusos por la Silesia, en castigo de haber pasado nuestras tropas por el territorio de Anspach, y que el Hannover iba á ser ocupado por un ejército prusiano. Como la Francia tenía una guarnición de 6,000 hombres en la plaza fuerte de Hameln, M. de Haugwitz sin decir si se mandaría ó no el cerco de esta plaza, prometía guardar los mayores miramientos á los franceses, añadiendo que esperaba otro tanto de parte de estos.

El gran mariscal Duroc, viendo que nada tenía que hacer en Berlín, partió para el cuartel general de Napoleon. En dicha época, fines de Octubre y principios de Noviembre, habiendo concluido Napoleon con el primer ejército austriaco, se disponía á caer sobre los rusos, siguiendo el plan que había formado.

Cuando supo lo que pasaba en Berlín quedó asombrado, porque al mandar á sus tropas que atravesasen el territorio de Anspach había obrado de buena fe, creído que nada había alterado la costumbre establecida. No presumía que fuese sincera la irritación de la Prusia, y al contrario estaba convencido que servía á cubrir las debilidades de aquella corte con la coalición. Pero nada de lo que podía suponer respecto á esto era capaz de intimidarle; y en esta circunstancia mostró toda la grandeza de su carácter.

Ya hemos dado á conocer el plan general de sus operaciones. En presencia de los cuatro ataques dirigidos contra el imperio francés, el uno al Norte por el Hannover, el segundo al mediodía por la Italia inferior, y los otros dos al oriente por la Lombardia y la Baviera, Napoleon no se había ocupado mas que de los dos últimos. Dejando á Massena el cuidado de hacer frente al de Lombardia, y contener á los archiduques durante algunas semanas, se había reser-

Asombro de Napoleon al saber lo que acontecía en Berlín.

vado el mas importante que era el que amenazaba á la Baviera. Aprovechándose, como se ha visto, de la distancia que separaba á los austriacos de los rusos, habia verificado una marcha sin ejemplo, y merced á ella envuelto á los primeros, enviándolos prisioneros á Francia. Ahora se disponia á marchar contra los segundos y arrollarlos sobre Viena. Por este movimiento la Italia debia quedar libre, y los ataques preparados al Norte y al Mediodia de la Europa convertirse en insignificantes diversiones.

Sin embargo, la Prusia podia perjudicar mucho este plan, cayendo por la Franconia ó la Bohemia sobre la retaguardia de Napoleon, mientras éste marchase á Viena. Un general comun al saber lo que habia pasado en Berlin se hubiera detenido de pronto, hubiera retrocedido para tomar una posicion mas cercana al Rhin, de suerte que no pudiese ser flanqueado, y en esta posicion y á la cabeza de sus fuerzas reunidas hubiera aguardado las consecuencias del tratado de Potsdam. Pero obrando así, se

Resoluciones que inspiran á Napoleon los acontecimientos de Prusia.

hacian ciertos los peligros que no eran mas que probables; se daba tiempo á los dos ejércitos rusos de Kutusof y de Alejandro, para reunirse; al archiduque Cárlos para pasar de Lombardia á Baviera y agregarse á los rusos; y á los prusianos tiempo y ánimo para hacer proposiciones inaceptables y para entrar en liza. De esta suerte Napoleon podia en un mes tener sobre sí á 120,000 austriacos, 100,000 rusos y 150,000 prusianos reunidos en el Palatinado superior y en la Baviera, y verse abrumado por una masa de fuerzas dobles de las suyas. Insistir mas que nunca en sus ideas, es decir, marchar adelante, rechazar á un extremo de la Alemania los principales ejércitos de la coalicion, escuchar en Viena las quejas de la Prusia, y darle por respuesta sus triunfos, talera la determinacion mas cuerda, aunque la mas temeraria en la apariencia. Añadamos que estas grandes resoluciones son hechas para los grandes hombres; que los hombres vulgares sucumbirian en ellas; que, ademas, exigen no solamente un genio superior sino una autoridad absoluta, porque para hallarse en estado de adelantar ó de retroceder á tiempo, es preciso ser el centro de todos los movi-

mientos, de todas las averiguaciones de todas las voluntades, es preciso ser general y gefe de gobierno, es preciso ser Napoleon y Emperador.

El language que Napoleon usó con la Prusia fue conforme á la resolucio que acababa de tomar.

Language que usa Napoleon con la Prusia despues de haber tomado sus resoluciones.

Lejos de presentar excusas por la violacion del territorio de Anspach, se contentó con referirse á los convenios anteriores, diciendo que si aquellos convenios eran ya nulos, se debió habérselo advertido; que por lo demas, todos aquellos no eran mas que pretextos: que veia bien que sus enemigos le arrastraban, á su pesar, á Berlin: que ya no le convenia entrar en explicaciones amistosas con un principe para quien su amistad parecia no tener ningun precio: que dejaria al tiempo y á los acontecimientos el cuidado de responder por él, pero que respecto á un punto seria inflexible, el del honor: que jamas sus águilas habian tolerado ninguna afrenta; que estas se hallaban en una de las plazas fuertes del Hannover, la de Hameln, y que si querian arrancarlas de alli, el general Barbou las defenderia hasta el último extremo, y seria socorrido antes de sucumbir: que para la Francia no era cosa nueva ni la asustaba, el tener por contraria á toda la Europa: que él, Napoleon, apareceria, en breve, si se le llamaba, desde las márgenes del Danubio á las del Elba, y haria arrepentir así á sus nuevos enemigos como á los antiguos, de haber atentado á la dignidad de su imperio. Hé aqui la órden dada al general Barbou, y comunicada al gobierno prusiano:

AL GENERAL DE DIVISION BARBOU:

«Augsburgo 24 de Octubre.

«Ignoro lo que se está preparando
»contra nosotros; pero cualquiera que sea
»la potencia cuyos ejércitos quisiesen entrar en Hannover, y aunque esa potencia no me haya declarado la guerra,
»debeis oponeros á ello. No teniendo bastantes fuerzas para resistir á un ejército,
»to, encerraos en las fortalezas, y no
»dejeis aproximar á nadie bajo el fuego
»de vuestros cañones. Yo sabré acudir

»al socorro de las tropas encerradas en Hameln. Mis águilas no han tolerado jamás ninguna ofensa. Espero que los soldados que están á vuestras órdenes serán dignos de sus camaradas, y sabrán conservar el honor, que es la más bella y preciosa propiedad de las naciones.

»No debeis entregar la plaza sino con una orden mia que os lleve uno de mis ayudantes de campo.

« NAPOLEON. »

Napoleon se habia trasladado de Ulma á Augsburgo y desde aquí á Munich para dar sus disposiciones de marcha. Antes de seguirle en el prolongado é inmenso valle del Danubio, arrollando todos los obstáculos que le oponian el invierno y el enemigo, debemos fijar por un instante la vista en la Lombardia, donde Massena estaba encargado de contener á los austriacos, hasta que Napoleon, adelantándose sobre Viena, inutilizase su posicion en el Adige.

Acontecimientos militares en Italia.

Napoleon y Massena conocian perfectamente la Italia, porque entrambos habian adquirido en ella su gloria. Las instrucciones dadas para esta campaña eran dignas del uno y del otro. Desde luego Napoleon habia sentado por principio que 50.000 franceses apoyados en un rio nada tenian que temer de 80.000 enemigos cualesquiera que estos fuesen; que en todo caso lo único que les exigia era que guardasen el Adige, hasta que internándose él en la

Plan de conducta que Napoleon habia prescripto á Massena.

Baviera (que forma el lado septentrional de los Alpes, así como la Lombardia forma el meridional) hubiese flanqueado la posicion de los austriacos, y obligádoles á retroceder; que para esto era menester que el ejército se hallase reunido en la parte superior del rio, apoyada el ala izquierda en los Alpes, según el ejemplo que siempre habia dado Napoleon; que rechazase á las montañas á los austriacos si se presentaban por las gargantas del Tyrol; ó bien si pasaban el Adige inferior, dejarlos marchar, y reuniendo sus fuerzas, cuando aquellos se vieses comprometidos en el país pantanoso del Adige inferior y del Pó, desde Legnago á Venecia, precipitarse sobre su flanco y arrojarlos

en las lagunas: y que permaneciendo así en masa á la falda de los Alpes nada habia que temer, ya viniese el ataque de arriba ó de abajo: pero que si el enemigo parecia renunciar á la ofensiva, era menester tomarla contra él, apoderarse de noche del puente de Verona sobre el Adige, y dirigirse en seguida al ataque de las alturas de Caldiero. Las campañas de Napoleon ofrecen modelos para toda clase de operaciones en esta parte del teatro de la guerra.

Massena no era hombre capaz de vacilar entre la ofensiva y la defensiva; pues el primer sistema de guerra era el que solo convenia á su carácter y á su espíritu. Habia llegado á tal grado de confianza, que con 50.000 franceses no creia verse condenado á guardar la defensiva delante de 80.000 austriacos, aunque estuviesen mandados por el mismo archiduque Carlos.

Primeras operaciones de Massena.

En su consecuencia, en la noche del 17 al 18 de Octubre, despues de haber recibido la noticia de los primeros movimientos del grande ejército, se adelantó silenciosamente hacia el puente del Castillo-Viejo, situado en el interior de Verona. Sábese que esta ciudad está dividida por el Adige en dos partes: la una pertenecia á los franceses y la otra á los austriacos. Los puentes estaban cortados, y defendidas sus cercanias con empalizadas y atrincheramientos. Despues de haber volado Massena el que impedía la aproximacion al puente del Castillo-Viejo, llegando á la orilla del rio, mandó algunos de sus valientes cazadores en lanchas, unos para que reconociesen si los pilares del puente estaban minados, y los otros para que pasasen á la orilla opuesta. Seguro de que los pilares no estaban minados, mandó construir con maderos una especie de paso, y en seguida, pasando el Adige, estuvo combatiendo con los austriacos todo el dia 18. El secreto, el vigor y la prontitud de este ataque habian sido dignos del primer lugar-teniente de Napoleon en las campañas de Italia. Por esta operacion se encontraba Massena dueño del curso del Adige, pudiendo en caso de necesidad maniobrar en las dos orillas, y sin temer ser sorprendido por un paso á viva fuerza, porque estaba en

Los franceses se apoderan del puente de Verona.

estado de interrumpir semejante operacion en cualquiera punto que se intentase. Antes de tomar definitivamente la ofensiva y dirigirse al territorio austriaco quiso recibir noticias decisivas de las márgenes del Danubio.

Estas noticias llegaron el 28 de Octubre y llenaron de alegría y de emulacion al ejército de Italia. Massena se las comunicó á sus soldados al ruido de la artillería, y resolvió en seguida marchar adelante. Al día siguiente 29 de Octubre,

condujo al otro lado del Adige las divisiones de los franceses. **nes de Gardanne, Duhesme y Molitor**, arrolló á los austriacos, y se extendió en la llanura llamada de San Miguel, entre la plaza de Verona y el campamento atrincherado de Caldiero. Su proyecto era atacar este campamento formidable, aunque tenía á su frente un ejército superior al suyo en número, y apoyado en posiciones que la naturaleza y el arte habian hecho estremadamente fuertes. Por su lado, el archiduque, informado de los extraordinarios triunfos del grande ejército frances, presumiendo que se veria en breve obligado á retroceder para acudir al socorro de Viena, no creia deber ceder el terreno como vencido. Quería alcanzar una ventaja decisiva, que le permitiese retirarse tranquilamente, y seguir el camino que creyese mas conveniente á la situacion general de los coligados.

Ambos adversarios iban, pues, á encontrarse con tanta mas violencia, cuanto que se buscaban con la resolucion de combatir á todo trance.

Batalla de Caldiero. Massena tenía á su frente las últimas cumbres de los Alpes del Tyrol que vienen á perderse en la llanura de Verona cerca del pueblo de Caldiero. A su izquierda las alturas llamadas de Coloñola estaban cubiertas de atrincheramientos regularmente contruidos y armados con una numerosa artillería. En el centro y en la llanura se encontraba el pueblo de Caldiero, atravesado por el camino real de Lombardia que conduce por el Frioul al Austria. En este punto se presentaba el obstáculo de cercas y caserios ocupados por gran parte de la infantería austriaca. Finalmente, á su derecha Massena veía extenderse las orillas llanas y pantanosas del Adige, atravesadas por todas partes de fosos y de

parapétos herizados de cañones. Montañas fortificadas á la izquierda; un camino real, cercado á ambos lados de edificios, en el centro; á la derecha pantanos y el Adige; en todas partes obras de defensa apropiadas al terreno, cubiertas de artillería, y defendidas por 80,000 austriacos, tal era el campamento atrincherado que Massena debía atacar con 50,000 hombres. Mas nada era capaz de intimidar al héroe de Rivoli, de Zurich y de Génova. En la madrugada del 30 se adelantó en columna por el camino real. A su izquierda encargó al general Molitor que se apoderase consú divisione de las formidables alturas de Coloñola: él mismo con las divisiones de Duhesme y Gardanne se encargó del ataque del centro, á lo largo del camino real; y como juzgaba que para desalojar un enemigo superior en número y en posicion, era menester presentarle un peligro serio sobre una de sus alas, mandó al general Verdier se dirigiese al extremo derecho del ejército frances, pasase por allí el Adige con 10,000 hombres, flanquease el ala izquierda del archiduque, y cayese en seguida sobre su retaguardia. Si se ejecutaba bien esta operacion, merecia sin duda aquella division de fuerzas, pero era arriesgado confiar el paso de un rio á un lugar-teniente, y si no se empleaban bien aquellos 10,000 hombres á la derecha, iban á echarse muy de menos en el centro.

Al nacer el día, precipitándose Massena sobre el enemigo lo arrolló por todas partes. El general Molitor, que era uno de los oficiales mas hábiles y valientes del ejército, se adelantó con la mayor sangre fria hasta la falda de las alturas de Coloñola, y se apoderó de los primeros barrancos, á pesar del espantoso fuego que le hacian. Mientras que el coronel Teste, atacándolos á la cabeza del 5.º de linea, estaba pronto á trepar á ellos, el conde de Bellegarde salió de los atrincheramientos con todas sus fuerzas, y se presentó para destruir aquel regimiento. El general Molitor, apreciando al punto la gravedad del peligro, acometió, sin tener en cuenta la superioridad del enemigo, al conde de Bellegarde, con el 6.º de linea, único regimiento que tenía á la mano; y este ataque fue tan violento que sorprendió la columna y la obligó á detenerse. Mientras tanto el coronel Teste se apoderó

de uno de los reductos, y enarboló en él la bandera del 5.º, cuya águila se llevó una bala; pero avergonzados los austriacos al ver que un puñado de hombres les arrancaban tales posiciones, volvieron á la carga, y se apoderaron otra vez del reducto. Los franceses quedaron por este punto enfrente de las fortificaciones de los enemigos, sin poder apoderarse de ellas; y no era poco milagro haberse atrevido á tanto con tan poca fuerza, y no haber sufrido una derrota.

El príncipe Cárlos había colocado en el centro el grueso de sus fuerzas, poniendo á la cabeza una reserva de granaderos, en cuyas filas combatían tres archiduques. Ya los generales Dubesme y Gardanne, barriendo á su paso el camino real, y apoderándose una tras otra de todas las cercas que había á los lados, habían llegado cerca de Caldiero. El archiduque Cárlos eligió este momento para tomar la ofensiva: rechazó á los acometedores, y marchó por el camino á la cabeza de lo mejor de la infantería austriaca. Adelantándose siempre esta columna, como en otro tiempo la de Fontenoy, dejaba atrás los destacamentos de tropas francesas, que ocupaban á la derecha y á la izquierda los cercados, y podía ir á apoderarse de Vago, que era para los franceses lo que Caldiero para los austriacos, es decir, el apoyo de su centro. Al ver esto Massena acudió al punto. Reunió sus divisiones, puso en el camino y frente al enemigo, toda la artillería que tenía á mano, metraló á quema ropa á los valientes granaderos austriacos, los hizo cargar en seguida á la bayoneta, los atacó por los flancos, y después de un combate encarnizado, durante el cual se halló sin cesar en medio del fuego como un simple soldado, obligó á la columna á ponerse en retirada, rechazándola mas allá de Caldiero y ganando terreno hasta penetrar en los primeros atrinchamientos austriacos. Si en este momento, el general Verdier, cumpliendo su misión, hubiera pasado el Adige, ó bien si Massena hubiese tenido los 10,000 hombres, inutilmente enviados á su extremo derecho, se hubiera apoderado del formidable campamento de Caldiero. Pero el general Verdier, dirigiendo mal su operación, había pasado al otro lado del río uno de sus regimientos, sin po-

derle apoyar, quedando enteramente frustrado su proyecto. La noche separó á los combatientes, y cubrió con sus sombras uno de los mas sangrientos campos de batalla de este siglo.

Necesitábase el carácter de Massena para emprender y sostener semejante lucha sin sufrir ningun descalabro. Los austriacos habían perdido 3,000 hombres, muertos ó heridos, y 4,000 prisioneros: los franceses solo habían perdido 3,000 en todos. Ambos ejércitos pasaron la noche en el campo de batalla, mezclados los unos con los otros, y en medio de una confusión espantosa. Pero durante ella el archiduque mandó retirar sus bagages y su artillería, Retirada del archiduque Cárlos.

y al día siguiente, entreteniéndose á los franceses con su retaguardia, comenzó su movimiento de retirada, sacrificándose al buen éxito de ésta, un cuerpo de 5,000 hombres mandado por el general Hillinger, el cual había descendido de las alturas para amagar á Verona á espaldas de nuestro ejército, mientras que el archiduque se ponía en marcha. El general Hillinger no tuvo tiempo para volver de aquella diversion, pues llevado, acaso, demasiado lejos, fue hecho prisionero con todo su cuerpo. De esta suerte, en aquellos tres días, Massena había quitado al enemigo de 11 á 12,000 hombres; de los cuales 8,000 habían quedado prisioneros y 3,000 fuera de combate.

Al punto emprendió con sumor ardor la persecucion del archiduque, pero este príncipe tenía á su favor el llevar los mejores soldados del Austria en número de 70,000 hombres, su experiencia, sus talentos, el invierno, y los rios salidos de madre, cuyos puentes cortaban al retirarse. Massena, no se podía lisonjear de hacerle sufrir ninguna derrota; empero, siguiéndole, le ocupaba bastante, para no dejarle la facilidad de maniobrar á su voluntad contra el grande ejército.

Esta otra parte del plan de Napoleon, se cumplía, pues, con tanta puntualidad y exactitud como la anterior, porque el archiduque Cárlos, de vuelta al Austria, para acudir al socorro de la capital amenazada, se veía obligado á batirse en retirada.

Poco tiempo había perdido Napoleon

Massena persigue activamente á los austriacos por el Frioul.

Marcha de Napoleon en Munich para dar sus disposiciones; por la Baviera. pues deseaba ardientemente

pasar cuanto antes el Inn, batir á los rusos, y frustrar las conferencias y manejos de Berlin, con nuevos triunfos tan pronto como los de Ulma. El cuerpo del general Kutusof, que tenia al frente, contaba apenas al entrar en campaña 50,000 hombres, aunque

El ejército ruso. según las promesas de la Rusia, debían aumentarse mucho. En el camino de la Moravia á la Baviera, este cuerpo habia dejado de 5 á 6,000 hombres rezagados y enfermos, pero se le habia unido la division austriaca de Kienmayer, que se habia escapado del desastre de Ulma antes del sitio de esta plaza. M. de Meerfeld habia agregado algunas tropas á este cuerpo y tomado el mando de él. Todo este conjunto podia ascender á unos 65,000 soldados, tanto rusos como austriacos; lo cual era bien poco para salvar la monarquia contra 150,000 franceses, de los cuales 100,000 al menos marchaban en una sola masa. El general Kutusof man-

El general Kutusof. daba este ejército. Este era un hombre de bastante edad, privado de un ojo á consecuencia de una herida que habia recibido en la cabeza, muy grueso, perezoso, disoluto, avariante, pero inteligente; de un talento tan despejado como pesado era su cuerpo, afortunado en la guerra, hábil en la corte, y bastante capaz de desempeñar el mando en una situacion en que se necesitaba prudencia y buena fortuna. Sus lugar-tenientes eran medianos

Los generales Bagration y Miloradovich. á excepcion del príncipe Bagration y de los generales Doctorow y Miloradovich.

El príncipe Bagration era un georgiano de un valor heróico, que suplía con la esperiencia la instruccion que le faltaba, y que siempre estaba encargado, ya en la vanguardia ó en la retaguardia del puesto mas peligroso. El general Doctorow, era un oficial de talento, modesto, instruido y valiente. El general Miloradovich, era natural de Serbia de reconocido valor, pero enteramente falto de conocimientos militares, desordenado en sus costumbres, y que reunia en sí todos los vicios de la civilizaci6n á todos los vicios de la barbarie. El ca-

rácter de los soldados rusos correspondia exactamente al de sus generales. Estaban animados de un valor salvaje, pero mal dirigido. Su artilleria era pesada, su caballeria mediana. En su totalidad, generales, oficiales y soldados, componian un ejército ignorante pero muy temible por su decision. Las tropas rusas habian aprendido despues á hacer la guerra combatiendo contra nosotros, y han empezado á unir el saber al valor.

El general Kutusof habia ignorado hasta el último momento el desastre de Ulma, porque el archiduque Fernando y el general Mack solo le anunciaban

El general Kutusof verifica su retirada con mas lentitud que hubiera querido, á fin de condescender á los deseos del Emperador de Austria.

triumfos poco antes de sus reveses. Solo conoció la verdad por la llegada del general Mack, que fue en persona á anunciarle la destruccion del principal ejército austriaco. Kutusof, dudando entonces y con razon, de salvar á Viena, no ocultó al Emperador Francisco, que habia acudido al cuartel general ruso, la necesidad que habia de sacrificar aquella capital. El mismo hubiera querido salir cuanto antes del peligro que le amenazaba, pasando á la orilla izquierda del Danubio, para unirse á las reservas rusas que llegaban por la Bohemia y Moravia. No obstante, el Emperador Francisco y su consejo no querian sacrificar á Viena sino en el último extremo, y se lisonjearon que, retardando la marcha de Napoleon por todos los medios que la guerra defensiva puede ofrecer, se daria tiempo al archiduque Carlos para venir á Austria, y á las reservas rusas para llegar al Danubio, y verificar una reunion general de las fuerzas aliadas, para dar una batalla, que acaso seria la salvacion de la capital y de la monarquia. El general Kutusof accediendo á los deseos del principal aliado de su soberano, prometió oponer á los franceses la mayor resistencia, salvo, sin embargo, el empuñar una accion general; y para detener los movimientos de aquellos resolvió servirse de todos los afluentes del Danubio que bajan de los Alpes á precipitarse en este gran rio. Para esto bastaba cortar todos los puentes, é impedir con fuertes retaguardias que los franceses pasasen aquellos rios á viva fuerza,

cosa por otro lado muy difícil en una estacion en que todos los rios traian fuertísimas avenidas y témpanos de hielo.

Disposiciones adoptadas por Napoleon para marchar por el valle del Danubio. Napoleon habia dispuesto su marcha de la manera siguiente: Veíase reducido á caminar entre el Danubio y la cordillera de los Alpes, por un camino, abierto entre el rio y las montañas. Marchar con un ejército numeroso, por este camino estrecho, ofrecia una dificultad para la subsistencia de las tropas y un peligro para su marcha, porque, ademas del archiduque Carlos que podia pasar de Lombardia á Baviera, y arrojarle sobre nuestro flanco, habia en el Tyrol unos 25,000 hombres á las órdenes del archiduque Juan. Napoleon tomó, pues, la prudente

Encárgase á Ney de la conquista del Tyrol. precaucion de confiar al cuerpo de Ney la conquista del Tyrol; mandando á este mariscal que saliese de Ulma, y penetrase en el Tyrol por Kempten á fin de cortar en dos las tropas diseminadas en aquel territorio. Las que se hallasen á la derecha del mariscal Ney, debian ser arrojadas sobre el Voralberg y el lago de Constanza, por donde llegaba el cuerpo de Augereau, despues de haber atravesado toda la Francia desde Brest á Huninga. Ney, privado de la division Dupont, se habia concurrido con Murat á la persecucion del archiduque Fernando, solo tenia á sus órdenes unos 10,000 hombres; pero Napoleon, confiando en su valor y en los 14,000 hombres que traia Augereau, no dudaba que llevaria á cabo la comision que se le confiaba. Ocupado asi el Tyrol, destinaba á Bernadotte para penetrar en el pais de Salzburgo. Al efecto, mandó á este que se encaminase desde Munich hácia el Inn, y lo pasase ó por Wasserburgo ó por Rosenheim. El general Marmont debia apoyar

Napoleon manda los cuerpos de Bernadotte y Marmont hácia el pais de Salzburgo, con el doble objeto de apoyar á Ney y cubrir la marcha del grande ejército. á Bernadotte. De este modo Napoleon aseguraba dos ventajas; la de ponerse enteramente á cubierto por el lado de los Alpes, y la de proporcionarse la posesion del curso superior del Inn, lo

que impedia á los austro-rusos el defender el curso inferior contra el grueso de nuestro ejército. En cuanto á él, con los cuerpos de los mariscales Davout, Soult y Lannes, con la reserva de caballeria y la guardia, llegó de frente á la gran barrera del Inn, con la intencion de pasarlo entre Mühldorf y Braunau. Murat tenia orden de partir el 26 de Octubre con los dragones de los generales Walther y Beaumont, la caballeria de linea del general de Hautpoul y un tren de puente, para dirigirse directamente sobre Mühldorf, siguiendo el camino real de Munich por Hohenlinden, y atravesando de esta suerte los campos inmortalizados por Moreau. El mariscal Soult debia apoyarlo á una marcha á retaguardia. El mariscal Davout siguió el camino de la izquierda por Freisingen, Dorfen y Neu-Oettingen. Lannes, que habia contribuido con Murat á la persecucion del archiduque Fernando, debió marchar aun mas á la izquierda que Davout, por Landsbut, Vilsbiburgo y Braunau. Finalmente, la division Dupont que se habia internado mucho en la misma direccion, bajó por la orilla del Danubio para ir á apoderarse de Passau. Napoleon con la guardia siguió á Murat y Soult por el camino real de Munich.

Antes de dejar á Augsburg, Napoleon ordenó en este punto un sistema de precauciones, que tomó cada vez mayores á medida que se extendia la escala de sus operaciones, y en las cuales no ha tenido igual por su estraordinaria prevision y actividad. Este sistema de precauciones tenia por objeto crear en su linea de operaciones puntos de apoyo, que le sirviesen á un tiempo para avanzar, ó retroceder, si se veia reducido á adoptar este último partido. Estos puntos de apoyo, ademas de la ventaja de presentar cierta fuerza, debian tener la de contener inmensas provisiones de todo género, muy útiles, á un ejército que marcha adelante, é indispensables á un ejército que se retira. Para el efecto eligió en Baviera la ciudad de Augsburg, situada junto al Lech, la cual ofrecia algunos medios de defensa y los recursos naturales á una gran poblacion. Mandó que se construyesen en ella los trabajos necesarios para ponerla á cubierto de un golpe de mano, y que se reuniesen granos, caballerias, paños, za-

patos, municiones, y todo lo necesario para el servicio de los hospitales. Pidió á Nuremberg, Ratisbona y Munich remesas de paños y zapatos, satisfaciendo su importe, y exigiendo una pronta ejecución, con orden de remitir á Augsburgo dichos efectos. Siendo Augsburgo el punto principal del camino que debía seguir el ejército, todos los destacamentos debían tocar en esta ciudad, y proveerse en ella de lo que necesitasen. Tomadas estas precauciones, Napoleon se puso en camino á fin de alcanzar los cuerpos de su ejército que le llevaban una ó dos marchas de delantera.

Paso del Inn.

Los movimientos de su ejército se ejecutaron del modo que él los había ordenado: el 26 de Octubre se adelantó todo entero hácia el Inn. Los austro-rusos no habían dejado en él ni un solo puente; pero en todos los puntos, entrando los soldados en barcas, fueron á desalojar la orilla opuesta, bajo el fuego de metralla y de fusilería, y á preparar el restablecimiento de los puentes, que no habían sido destruidos del todo á causa de la precipitada retirada del enemigo. Bernadotte, encontrando pocos obstáculos, pasó el Inn por Wasserburgo el 28 de Octubre. Los mariscales Soult, Murat y Davout le pasaron por Mühldorf y Neu-Oettingen. Lannes se dirigió hácia Braunau, y, encontrando cortado el puente, envió un destacamento á la otra orilla, sirviéndose de algunas barcas de que se había apoderado. Este destacamento pasó

Ocupacion de Braunau.

el rio y se presentó á las puertas de Braunau. Grande fue el asombro de nuestros soldados al ver abierta esta plaza, que se hallaba en perfecto estado de defensa, completamente armada y provista de considerables recursos. Apoderáronse de ella al punto, deduciendo de tan extraño acontecimiento que el enemigo se retiraba con una precipitación muy parecida al desorden.

Napoleon, satisfecho hasta el sumo de una adquisicion tan importante, corrió en persona á Braunau, para asegurarse por sí mismo de la fuerza de esta plaza, y del partido que de ella se podia sacar. Despues de haberla examinado, mandó que se trasladase á ella una gran parte de los recursos que en un principio había querido acumular en Augsburgo, juzgándola preferible para el uso á que la

destinaba. También dejó una guarnicion, y puso de gobernador á su ayudante de campo Lauriston, que había vuelto de su campaña marítima al lado del almirante Villeneuve. Este cargo no era el simple mando de una plaza, sino un gobierno que comprendía todo lo que se hallase á espaldas del ejército. Los heridos, las municiones, las provisiones, los reclusos que llegaban de Francia, los prisioneros que se enviaban á ella, todo debía pasar por Braunau bajo la vigilancia del general Lauriston.

Del 29 al 30 de Octubre había atravesado el ejército el Inn, dejado atras la Baviera, é invadido el Austria superior: ya no pesaba sobre los aliados, si no sobre los Estados hereditarios de la casa imperial. Marchaba adelante, cubierto contra un movimiento de los archiduques por Bernadotte y Marmont en Salzburgo, y por Ney en el Tyrol. Napoleon, sin perder un instante, quiso marchar desde la línea del Inn á la del Traun. El terreno comprendido del uno al otro rio, tiene

Caracter del pais situado entre el Inn y el Traun.

como todo este territorio, el Danubio á la izquierda y los Alpes á la derecha; y es un pais hermoso semejante á la Lombardia, aunque no de tan risueño aspecto, porque está al Norte de los Alpes, en lugar de estar al mediodia, y que seria igualmente una llanura, si no se elevase en su centro una gran montaña llamada Hausruck. Esta montaña es seguramente un trozo desprendido de los Alpes, que formaria una isla si el pais estuviese cubierto por las aguas. Pero pasada esta montaña solo se presenta á la vista una llanura desigual y llena de bosques que se estiende hasta la margen del Traun, y que se llama llanura de Wels. El Traun corre por barrancos y entre hermosos arbolados, á arrojarse en el Danubio cerca de Lintz, ciudad capital de la provincia, tan importante bajo el punto de vista militar como Ulma, y por este motivo, cercada desde nuestras grandes guerras, de fortificaciones construidas bajo un nuevo sistema.

Napoleon mandó á Lannes por Efferding sobre Lintz, y á los mariscales Davout y Soult por el camino de Ried y Lambach sobre Wels, siguiendo la falda del Hausruck: Murat les precedía siempre con su caballería. La guardia

iba con el cuartel general. Sin embargo, Napoleon temiendo que el enemigo no hubiese elegido la llanura de Wels, para campo de batalla, mandó á Marmont que dejando á Bernadotte en Salzburgo, se aproximase al grueso del ejército, y pasando por detras del Hausruck por el camino de Strasswalchen y Wocklabruck cayese sobre Wels, de modo que pudiese atacar el flanco de los austro-rusos, si estos querian detenerse para combatir.

El primero de cazadores los alcanzó al frente de Ried, los cargó con osadía y los arrolló. En seguida marcharon á Lambach, que aparentaron defender, para dar tiempo á que se pusiesen en salvo sus bagajes. Davout logró alcanzarlos y tuvo con ellos un brillante combate de retaguardia; pero en ninguna parte se vieron preparativos de una batalla. El enemigo se cubrió con el Traun pasándolo por Wels. Nosotros entramos en Lintz sin disparar un tiro.

Paso del Traun. Entrada en Lintz. Aunque los austriacos habian sacado por el Danubio la mayor parte de sus principales almacenes, todavia nos dejaban recursos cuantiosos. Napoleon vino á establecer su cuartel general en Lintz el 5 de Noviembre.

Situado en esta ciudad, Napoleon llevó sus cuerpos de ejército del Traun al Ens, que era fácil, porque el pais comprendido entre estos dos afluentes del Danubio, no ofrecia ninguna posicion, en la que el enemigo pudiese hacer frente. Este pais presenta una meseta poco elevada, atravesada por barrancos y cubierta de bosques; con dos tajos, el uno delante, que es necesario subir cuando se ha pasado el Traun y el otro detras por el que es menester bajar cuando se quiere pasar el Ens. No habiéndole defendido por el lado del Traun, los austro-rusos no podian pensar defenderle por el del Ens, pues se hubieran visto dominados por todas prtes. Pasóse, pues, el Ens sin obstáculos.

Nuevas disposiciones de Napoleon para asegurar su marcha.

Teniendo ya su cuartel general en Lintz y sus vanguardias en el Ens, Napoleon tomó nuevas disposiciones para continuar aquella marcha ofensiva, ejecutada como hemos dicho, en un camino estrecho, entre el Danubio y los Al-

pes. La dificultad de adelantarse así en una larga columna, cuya cola no podia acudir de ningun modo al auxilio de la cabeza, si era sorprendida por el enemigo; con el riesgo, siempre de temer, de un ataque de flanco si los archiduques dejaban de improviso la Italia para trasladarse al Austria, esta dificultad, repetimos, aumentada por la escasez de viveres que presentaba el pais, ya consumidos ó destruidos por los rusos, exigia que se adoptasen grandes precauciones antes de llegar á Viena.

El mayor inconveniente de esta marcha era ciertamente la posibilidad de la aparicion repentina de los archiduques. Los ejércitos beligerantes, que obraban en Austria y en Lombardia, se dirigian del Oeste al Este, unos á las órdenes de Napoleon y de Kutusof al Norte de los Alpes, y los otros al mediodia de ellos, á las de Massena y el archiduque Carlos. ¿Era posible, que el archiduque Carlos, esquivando de pronto á Massena, ante el cual dejara una simple retaguardia para engañarle, marchase á traves de los Alpes, se uniese al paso á su hermano Juan con el cuerpo del Tyrol, y penetrase en Baviera, bien para unirse á los austro-rusos detras de una de las posiciones defensivas que se encuentran en el Danubio, ó bien para arrojarle sobre el flanco del grande ejército frances?

Aunque posible, no era esto probable. El archiduque Carlos podia seguir dos caminos: el primero el que por el Tyrol, Verona, Trento ó Inspruck le llevaba detras del Inn; y el segundo mas largo, que atravesando la Carintia y la Stiria, por Tarvis, Leoben y Lilienfeld, se dirige á la conocida posicion de Saint-Polten, delante de Viena. En cuanto al primero, aun suponiendo que el archiduque se hubiese decidido á emprenderlo en el momento mismo de la capitulacion de Mack que se verificó el 20, que no supieron los franceses que estaban en Verona hasta el 28, y que los austriacos no pudieron saber antes del 23 ó 26; y, aun suponiendo que antes de dejar la Italia, el archiduque no hubiese querido presentar una batalla para contener á los franceses, solo hubiera tenido del 25 al 28 para atravesar el Tyrol y llegar al Inn,

Los archiduques Carlos y Juan pueden, atravesando los Alpes, caer sobre el flanco del grande ejército.

cuyo rio pasaba Napoleon el 28 y el 29. Era pues, evidente que tenia poco tiempo para verificar semejante marcha. Por lo que hace al camino de Stiria, que pudo haber tomado despues de la batalla de Caldiero, hubiera tenido que atravesar el Frioul, la Carintia y la Stiria y andar cien leguas por los Alpes, desde el 30 de Octubre, dia de la batalla de Caldiero al 6 ó 7 de Noviembre, dia en que Napoleon habia pasado el Ens para seguir adelante. De suerte que tampoco hubiera tenido tiempo para tal operacion. Si el archiduque Carlos no podia adelantarse á Napoleon para tomar una de las posiciones defensivas del Danubio, y oponerle 150,000 austriacos y rusos reunidos, podia, al contrario, dejándose adelantar, atravesar la cordillera de los Alpes para intentar un ataque de flanco contra el grande ejército. No hay duda que con soldados acostumbrados á vencer, hechos á las empresas audaces, capaces de abrirse paso por todas partes, se hubiera podido emprender semejante tentativa, y causar mucha confusion y desorden en la marcha de Napoleon, y acaso, acaso, cambiar la faz de los acontecimientos; pero corriendo el mismo archiduque el riesgo de verse encerrado entre dos ejércitos, el de Massena y el de Napoleon, como le habia sucedido á Souwarow en el San-Gotardo. Semejante resolucion era de las mas atrevidas, y estas no se adoptan cuando se manda un ejército que es el último recurso de una monarquia.

Posicion de Saint-Polten antes de llegar á Viena. Precauciones que toma Napoleon para aproximarse á ella.

para cubrir á Viena, bien se hallase solo el ejército de Kutusof, ó se le hubiese unido el de los archiduques, era la de Saint-Polten. Esta posicion es muy conocida. Los Alpes de Stiria, rechazando el Danubio al Norte, desde Mölk á Krems, proyectan un estribo saliente que se llama el Kahlenberg, y que viene á acabar casi á la misma margen del rio, de tal modo que ni aun siquiera deja terreno para un camino. Cubriendo el Kahlenberg con su masa la ciudad de Viena, es menester atravesarlo en todo su ancho para llegar á dicha capital. Delante de

este estribo y algo á un lado, hay una posicion bastante estendida, que ha recibido el nombre de un pueblo grande llamado Saint-Polten, que se halla á sus inmediaciones, y sobre la cual podria un ejército austriaco en retirada, presentar con ventaja una batalla decisiva. Del camino real de Italia á Viena sale un brazo, que por Lilienfeld viene á salir cerca de Saint-Polten, y que hubiera podido servir á los archiduques para trasladarse á este punto. Un gran puente de madera sobre el Danubio, el puente de Krems, ponía dicha posicion en comunicacion con las dos orillas del rio, y hubiera permitido á las reservas rusas y austriacas acudir allí por la Bohemia. Por consecuencia, aqui era donde Napoleon debia encontrar reunidas las fuerzas de los coligados, si semejante reunion hubiera sido posible al frente de Viena. Tomó, pues, al aproximarse á este punto las precauciones que podian esperarse de un general, que mas que ningun otro de los conocidos, ha reunido el cálculo á la audacia. Teniendo á su derecha el cuerpo del general Marmont, resolvió enviarlo á Leoben por una carretera, que va de Lintz á Leoben, atravesando de la Stiria. Si el general Marmont llegaba á tener noticia de la aproximacion de los archiduques debia replegarse sobre el grande ejército. Ser el extremo derecho de él, ó bien, si los archiduques pasaban directamente del Frioul á Hungria establecerse en el mismo Leoben, á fin de dar la mano á Mas-

El cuerpo de Marmont enviado á Leoben.

sena. Entre el camino que Marmont iba á seguir y el camino real del Danubio, que seguia el grande ejército, habia un camino de montaña, que por Waidhofen y Saint-Gaming, iba á dar á Lilienfeld, mas allá de la posicion de Saint-Polten, y proporcionaba así el medio de flanquearla. Napoleon dirigió por él el cuerpo del mariscal Davout. No siendo necesario el cuerpo de Bernadotte en Salzburgo, desde que Ney ocupaba el Tyrol, Napoleon le mandó que se aproximase al centro del ejército, enviando los bávaros á que se uniesen al cuerpo

El cuerpo del mariscal Davout, es enviado por Saint-Gaming á Lilienfeld.

El cuerpo del mariscal Bernadotte vuelve al centro del ejército.

de Ney, lo cual debía agradarles mucho pues siempre estaban ansiosos de poseer el Tyrol. Napoleon se reservó, para atacar directamente la posicion de Saint-Polten, los cuerpos de los mariscales Soult, Lannes y Bernadotte, y ademas la caballeria de Murat y su guardia, lo cual era suficiente habiéndose mandado al cuerpo de Davout para flanquear dicha posicion.

Napoleon no se limitó á esto, sino que quiso tomar algunas precauciones en la orilla izquierda del Danubio. Hasta entonces solo habia marchado por la orilla derecha, descuidando la izquierda; pero habiendo oido hablar de que en Bohemia reunia fuerzas el archiduque Fernando, que habia salido de Ulma con algunos miles de caballos, y que por la Moravia se aproximaba el segundo ejército ruso conducido por Alejandro, creyó prudente y necesario ponerse á cu-

bierto por este lado. Reúnense en la orilla izquierda las divisiones de Dupont y Gazan al mando del mariscal Mortier.

En la orilla izquierda del Danubio, manteniéndose **siempre** á la altura del ejército, y enviando algunos exploradores para que se **informasen** de lo que acontecia en los caminos de Bohemia. Los holandeses que se **habian** separado del cuerpo de Marmont, se unieron á la division Dupont; pero no juzgaba suficiente este número de tropas. Napoleon destacó del cuerpo de Lannes la division Gazan y la mandó á la orilla izquierda con la de Dupont, poniendo ambas al mando del mariscal Mortier. Ademas, para no dejarlas aisladas del grande ejército que continuaba ocupando la orilla derecha, ideó formar con las barcas recogidas en el Inn, el

Traun, el Ens y el Danubio, una numerosa escuadrilla que cargó de viveres, de municiones y de todos los cansados,

la que descendiendo por el Danubio con el ejército, y pudiendo en una hora echar á la derecha ó á la izquierda 10,000 hombres, enlazaba las dos orillas, y servia á la vez de medio de comunicacion y de transporte. Confirió el mando de esta escuadrilla al capitán Lostanges, oficial de los marinos de la guardia.

Con este conjunto de precauciones previó Napoleon al inconveniente de aquella marcha ofensiva, verificada en un camino estrecho y largo, entre los Alpes y el Danubio. De este modo, tenia sobre la cumbre de los Alpes el cuerpo de Marmont, á la mitad de su altura el de Davout, y á su falda á lo largo del Danubio los cuerpos de Soult, Lannes, Bernadotte, la guardia y la caballeria de Murat: al otro lado del Danubio el cuerpo de Mortier, y finalmente una escuadrilla para poner en comunicacion ambas orillas, y para conducir todo lo que costaba mas trabajo llevar por tierra. Con este aparato imponente se aproximó á Viena.

En el momento en que iba á salir de Lintz se presentó en el cuartel general un emisario del Empe-

Llegada de M. de Giulay á Lintz para proponer un armisticio.

rador de Alemania. Era este el general Giulay, uno de los oficiales hecho prisionero en Ulma, puesto en libertad despues, y que habiendo oido hablar á Napoleon de sus disposiciones pacificas, habia informado de ellas á su soberano en términos de hacerle alguna impresion. En su consecuencia, el Emperador Francisco le enviaba para proponer un armisticio. El general Giulay no se explicaba con mucha claridad,

pero era evidente que queria que Napoleon se detuviese antes de entrar en Viena; pero sin embargo, no ofrecia en cambio ninguna garantia de una paz próxima y aceptable. Napoleon consentia en tratar al punto de la paz, con un plenipotenciario suficientemente acreditado y autorizado para consentir en los sacrificios necesarios; pero conceder un armisticio sin garantia de obtener lo que se le debia dar para indemnizarle de la guerra, era dejar tiempo al segundo ejército ruso para que se uniese al primero, y á los archiduques para que se reuniesen á los rusos bajo los muros de Viena; y Napoleon no era hombre que cometiese semejante falta. Declaró, pues, que se detendria en las mismas puertas de Viena, y no las pasaria, si se le presentaban sinceras proposiciones de paz; pero que de lo contrario marcharia derecho á su objeto, que era

Napoleon se niega á escuchar toda proposicion de armisticio, que no sea seguida de una negociacion formal de paz.

apoderarse de la capital del imperio. M. de Giulay alegaba la necesidad que tenian de entenderse con el Emperador Alejandro antes de fijar las condiciones aceptables á todas las potencias beligerantes. Napoleon respondió, que hallándose el Emperador Francisco en gran peligro, haria muy mal en someter sus resoluciones al Emperador Alejandro que no lo estaba; que debia pensar en la salvacion de su monarquia, y para ello entenderse con la Francia, dejando al ejército frances el cuidado de hacer volver á los rusos á su tierra. Napoleon no se habia explicado acerca de las condiciones que podian satisfacerle, empero todo el mundo sabia que deseaba los Estados venecianos. Estos estados formaban el complemento de la Italia: no hubiera provocado la guerra para adquirirlos; pero habiéndola suscitado el Austria, era natural que pretendiese aquel legitimo precio de sus victorias. Por lo demas entregó á M. Giulay una carta afable y politica para el Emperador Francisco, en la que le ponia de manifiesto las condiciones de la paz.

Visita del Elector de Baviera.

Antes de partir, Napoleon recibió tambien al Elector de Baviera, que no habiéndolo podido alcanzar en Munich, venia á Lintz á manifestarle su reconocimiento, su admiracion, su alegria, y sobre todo, sus esperanzas de engrandecimiento.

Napoleon solo habia permanecido en Lintz tres dias, es decir el tiempo precisamente necesario para dar sus órdenes; pero sus tropas no habian cesado de marchar, porque despues de haber pasado el Inn los dias 28 y 29 de Octubre, el Traun el 31, y el Ens el 4 y 5 de Noviembre, avanzaban este mismo dia sobre Amstetten y Saint-Polten.

Combate de Amstetten.

En Amstetten los rusos quisieron dar un combate de retaguardia, á fin de proporcionarse tiempo para salvar sus bagages. El camino real de Viena atravesaba por un bosque de abetos. Los rusos tomaron posicion en una clara del bosque que dejaba cierto espacio libre á derecha y á izquierda del camino. En medio de este espacio algo al frente, se encontraba la artilleria de los rusos apoyada por su caballeria: mas atras y apoyada en el bosque su mejor infanteria. Murat y Lannes al desembo-

car con los dragones y los granaderos de Oudinot, apercibieron aquellas disposiciones. Era la primera vez que encontraban á los rusos, y ardian en deseos de enseñarles cómo se batian los franceses. Al punto lanzaron al galope por el camino real á los dragones y cazadores para que se apoderasen de la caballeria y de la artilleria del enemigo. En breve nuestros valientes ginetes, á pesar de la metralla tomaron los cañones, acuchillaron á la caballeria rusa y limpiaron el terreno. Pero era menester rechazar á la infanteria apoyada en los bosques de abetos, y los granaderos de Oudinot se encargaron de ello. Despues de un fuego de fusileria bastante vivo, cargaron á los rusos á la bayoneta. Estos, desplegando un extraño valor, se batieron cuerpo á cuerpo, y por largo tiempo se aprovecharon de la espesura del bosque para resistirse. Por último, nuestros granaderos los cargaron en esta posicion y los pusieron en fuga, despues de haberles causado la pérdida de unos mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Murat y Lannes, marchando reunidos, el primero con su caballeria siempre animosa aunque fatigada de cansancio, y el segundo con sus formidables granaderos, continuaron la persecucion del enemigo, los dias 6, 7 y 8 de Noviembre, sin poder alcanzarlo en ninguna parte.—Los rusos, escribia Lannes á Napoleon, huyen con mas ligereza que con la que nosotros los perseguimos; estos miserables no se detendrán ni una sola vez para combatir.—

Llegados el 8 Lannes y Murat delante de Saint-Polten, los hallaron formados en batalla, al parecer muy animosos, y como si hubiesen querido empeñar un combate formal. Apesar de su ardor los dos gefes de nuestra vanguardia no se atrevieron á arriesgar una batalla sin conocimiento del Emperador. Por otra parte no tenian medios suficientes para dar-

Lannes y Murat llegados á Saint-Polten, encuentran al enemigo en batalla.

la. Asi permanecieron el dia 8 en presencia los unos de los otros. Hallábanse cerca de la hermosa abadía de Mōlk. Esta rica abadía situada sobre la orilla escarpada del Danubio, y dominando con sus magnificas cúpulas el ancho cauce

Decídense á aguardar al Emperador antes de emprender nada.

del rio presenta uno de los mas pintorescos aspectos del mundo. Reserváronla para el cuartel general del Emperador. Encerraba, ademas, abundantes recursos para los enfermos y heridos.

Murat se alojó en el castillo de Mittrau, que pertenecía á un conde llamado de Montecuculli. Aquí supo por varios conductos que los rusos no tenían intenciones de sostenerse en Saint-Polten. En efecto, estos acababan de tomar una resolucíon importante. Despues de haber detenido la marcha de los franceses, ora cortando los puentes, ora presentándoles algunos combates de retaguardia, y despues de haber accedido á los deseos del Emperador de Austria, que queria que les disputasen todo el tiempo que fuese posible el camino real de Viena, los rusos creyeron haber hecho bastante y pensaron en su propia seguridad. En su consecuencia repasaron el Danubio por Krems, por el sitio en que este rio terminando su recodo al Norte, vuelve á tomar su direccíon al Este. El motivo particular que tuvieron para tomar esta determinacion, fue el saber que una parte del ejército frances habia pasado á la orilla izquierda del Danubio. En efecto, podian temer que Napoleon, llevando por medio de una maniobra imprevista el grueso de sus fuerzas á la orilla izquierda, les cortase el camino de la Bohemia y de la Moravia. Pasaron, pues, el Danubio por Krems, y en seguida quemaron el puente,

Los rusos pasan el Danubio por Krems para retirarse por la orilla izquierda á su principal ejército.

no tuvieron otro recurso que destruirlo. Verificaron su paso el dia 9 dejando en todo el archiducado de Austria horribles señales de su paso. Robaban, destruian y hasta mataban, conduciéndose como verdaderos bárbaros, hasta el punto de ser considerados los franceses por la gente del pais casi como sus libertadores. Su conducta, tambien, respecto hácia las tropas austriacas, de todo tenia menos de amistosa. Tratábanlas con la mayor arrogancia, afectando echarles la culpa de los reveses de esta campaña. El language que sobre este particular usaban los oficiales y generales rusos era altamente ofensivo, y de nin-

gun modo merecido, porque si los austriacos mostraban menos firmeza que los soldados de la infanteria rusa, eran superiores á estos bajo cualquier otro punto de vista.

Los austriacos, que se llevaban muy mal con los rusos, se separaron de estos para acudir á la defensa de los puentes de Viena, y M. de Meerfeld, con su cuerpo se retiró por el camino de Steyer á Léoben. Desde Waidhofen á Léoben le siguió el general Marmont, y desde Saint-Gaming á Lillienfeld el mariscal Davout. Encontrábase, pues, franco el camino recto de Viena, y los franceses no tenían que hacer sino dos marchas para llegar á las puertas de esta capital, sin tener al frente ningun enemigo que pudiese disputarles la entrada.

La tentacion debia ser grande para Murat. Era difícil que resistiese al deseo de seguir adelante é ir á mostrar á la capital del Austria su persona, siempre la mas visible en las paradas como en los peligros. Nunca ningun ejército venido de Occidente habia penetrado en aquella metrópoli del imperio germánico. Moreau en 1800 y el general Bonaparte en 1797 habian firmado armisticios en el momento de llegar á ella. Solo los turcos habian llegado al pie de sus muros sin entrar en ellos. Murat no resistió á esta tentacion, y en los dias 10 y 11 marchó sobre Viena invitando á los mariscales Soult y Lannes á que lo siguiesen. Guardóse, sin embargo de entrar en la capital, y se detuvo en Burkersdorf en el montañoso desfiladero del Kahlenberg, á dos leguas de Viena.

Semejante precipitacion era inútil y aun peligrosa. El cambio tan imprevisto que acababa de tener lugar con la marcha del enemigo, bien merecia que se hubiese detenido para aguardar las órdenes del Emperador. Por otra parte, se dejaba muy atras al cuerpo del mariscal Mortier, asi como á la escuadrilla destinada á mantener este cuerpo en comunicacion con el ejército, y corria á ciegas entre los rusos que habian pasado al otro lado del Danubio, y los austriacos arrojados á las montañas.

Peligro en que se halla el cuerpo de Mortier, en la orilla izquierda del Danubio.

Marcha precipitada de Murat sobre Viena.

En efecto, en aquel instante, amenazaba un serio peligro al mariscal

Mortier que situado en la orilla izquierda del Danubio acababa de llegar cerca de Stein, y se hallaba delante de los rusos que habian pasado el rio por Krems. El peligro en que se veia Mortier no debia imputarse precisamente á Murat, aunque este hubiese contribuido á causarlo y á agravarlo con su precipitado movimiento sobre Viena, sino á un descuido, que pocas veces se halla en las operaciones de Napoleon, y que, sin embargo, se encuentra aqui, porque hasta en la vigilancia mas sostenida é infatigable, suele haber sus faltas.

Dividida la atencion de Napoleon en mil partes, habia faltado á una de sus mas invariables costumbres, que consistia en asegurarse siempre por sí mismo del cumplimiento de sus órdenes. Habia prescripto de un modo general que se reuniesen en un solo cuerpo las divisiones Gazan, Dupont y Dumonceau, y que se formase una escuadrilla á las órdenes del capitán Lostanges para enlazar las columnas que marchaban por la orilla izquierda con las que lo verificaban por la derecha, y habia contado demasiado con que sus lugartenientes enlazarían todas estas cosas entre sí. Pero Murat se habia adelantado demasiado; Mortier, bien porque fuese impulsado por el movimiento de Murat, ó bien porque no hubiese dado al general Dupont instrucciones bastante precisas, habian dejado el intervalo de una marcha entre la division Gazan que tenia á sus inmediatas órdenes, y las de Dupont y Dumonceau que debian reunirseles. La escuadrilla, muy difícil de reunir, habia quedado muy atras.

Sin embargo, Napoleon pronto á notar aquellas inexactitudes corrió á Mólk, y adivinando, sin conocerlo aun, el peligro del mariscal Mortier, detuvo el cuerpo del mariscal Soult, que Murat habia querido llevar consigo, y envió sus ayudantes de campo á Murat y Lannes para que detuviesen su movimiento. Temia no solo lo que podia sucederle al cuerpo que se hallaba en la orilla izquierda del Danubio, sino tambien lo que podia acontecerle á la misma vanguardia, comprometida imprudentemente en los desfiladeros del Kahlenberg.

En ninguna otra parte reciben las faltas un castigo mas pronto que en la guerra, porque en ninguna las causas y los

efectos se encadenan con tanta rapidez. Guiados los rusos en el territorio austriaco por el general Schmidt, oficial de estado mayor austriaco de relevante mérito, en breve notaron la existencia de una division francesa aislada en la orilla izquierda del Danubio, y resolvieron destruirla. Tranquilos por haber roto el puente de Krems, lo que impedía al ejército frances acudir al socorro de la division comprometida, no descubriendo ninguna masa de barcas que pudiese suplir al puente, detuvieron su marcha para conseguir un triunfo que les parecia fácil. La division Gazan contaba apenas 5,000 hombres; los rusos despues de su separacion de los austriacos eran cerca de 40,000. El terreno se facilitaba tambien á sus proyectos. El Danubio corre en este punto entre dos orillas escarpadas, estrechado por las montañas de Bohemia de una parte, y por los Alpes de Stiria de la otra. De Dirnstein á Stein y á Krems, el camino de la orilla izquierda, angosto y abierto en partes en la misma roca, está encerrado entre el rio y las montañas que lo dominan. Las conducciones en carros por dicho camino son muy difíciles, tanto que el mariscal Mortier que lo recorria con la division Gazan habia colocado en las barcas la única bateria de que podia disponer. Los caballos, llevados del diestro, seguian á la division.

El 11 de Noviembre mientras que Murat en la orilla derecha corria hasta las puertas de Viena, Mortier en la izquierda habia atravesado á Dirnstein, lugar donde se encuentran las ruinas del castillo, en que Ricardo Corazon de Leon fue detenido prisionero. En este punto de Dirnstein, alejándose algo las montañas dejan un espacio entre su falda y el rio. El camino atraviesa este espacio, unas veces abierto en el terreno, otras elevándose por medio de una calzada. La division francesa que marchaba por este camino, distinguió el humo que se elevaba del puente de Krems, que todavia estaba ardiendo. En breve reconoció á los rusos, y sospechó que habian pasado el Danubio por aquel puente; y sin pararse en el número de sus contrarios, llevada del ardor que impulsaba á todo el ejército, solo pensó seguir adelante y combatir. Mortier dió las órdenes oportunas al efecto, que se ejecutaron al punto. El oficial de arti-

Combate de Dirnstein.

lteria Fabvier, (despues general) que mandaba la bateria agregada á la division Gazan, hizo desembarcar sus piezas y las puso en posicion. Los rusos atacaron en columna cerrada á la division francesa. El fuego de la artilleria causó terrible destrozo en sus filas. Arrojárse sobre los cañones para apoderarse de ellos; pero los regimientos de infanteria de linea 100 y 103 los defendieron con un vigor estremado. Empeñóse en aquel estrecho camino un combate cuerpo á cuerpo de los mas encarnizados: los cañones fueron perdidos y recuperados inmediatamente; y no bien se los arrancaron á los rusos los dispararon sobre ellos á quema ropa, con un efecto horriblemente mortífero. Los franceses aprovechándose aun de las mas pequeñas ventajas que les ofrecia el terreno hacian un fuego de fusileria que no era menos temible que el de sus cañones. Batiéronse en este punto durante medio dia, y á juzgar por los heridos hallados el dia siguiente el enemigo tuvo grandes pérdidas. Hiciéronles 1,500 prisioneros, y quedaron dueños del terreno, en el que creyeron podian descansar.

Durante el combate se habian adelantado hasta Stein. El 4.º de ligeros diseminado en las alturas que dominan el lecho del río, sostenia un fuego de fusileria, que se aumentaba cada momento. En breve se explicaron la causa de esto, que en un principio no habian podido comprender. Los rusos habian flanqueado las alturas; y con dos columnas que formaban una masa de 12 á 15,000 hombres, habian bajado á espaldas de la division Gazan y entrado en Dirnstein, punto que dicha division habia atravesado por la mañana. Hallábase, pues, envuelta y separada de la division Dupont que habia quedado atrasada en una marcha.

Estremado peligro de la division Gazan. Noble conducta de esta division y del mariscal Mortier que la manda.

che; la situacion era terrible, y no habia un frances que dudase tenian encima á todo un ejército. En tal situacion, no ocurrió á nadie, oficiales ni soldados, la idea de capítular. Morir todos hasta

ninguna parte de la escuadrilla del Danubio, y por lo tanto quedábale poca esperanza de salvacion.

Aproximábase la noche

el último antes de rendirse, fue la sola idea que se presentó á aquellos valientes; ¡tan heroico era el espíritu que animaba á aquel ejército! El mariscal Mortier pensaba como sus soldados, y como ellos estaba resuelto á morir antes que entregar á los rusos su espada de mariscal. En su consecuencia, mandó marchar en columna cerrada y abrirse paso á la bayoneta, retrocediendo á Dirnstein donde debia unirse la division Dupont. Ya era de noche; y en medio de la oscuridad se empezó de nuevo el combate de la mañana, pero en sentido contrario. Luchóse otra vez cuerpo á cuerpo en aquel camino tan estrecho, y combatiendo así ganaron los franceses terreno en direccion de Dirnstein. Sin embargo, despues de haber rechazado varias masas de enemigos, desesperaban de alcanzar su objeto, y de abrirse un camino que les cerraba sin cesar el enemigo. Algunos oficiales de Mortier, no viendo salvacion por ninguna parte, le propusieron que se embarcase solo, para sustraer al menos su persona de caer en poder de los rusos, y no dejarles un trofeo tan glorioso como seria para ellos el hacer prisionero á un mariscal de Francia.

—No, respondió el ilustre mariscal, nadie debe separarse así de hombres tan valientes. Debe, ó salvarse ó perecer con ellos.—Hallábase allí con la espada en la mano, combatiendo á la cabeza de sus granaderos, y repitiendo los ataques para entrar en Dirnstein, cuando se oyó de pronto un vivo fuego á espaldas de este punto. En breve renace la esperanza, porque segun todas las probabilidades, aquel fuego debia ser el de la division Dupont. En efecto, esta valerosa division que no habia cesado de andar en todo el dia, habia sabido en el camino la peligrosa posicion del mariscal Mortier, y acudia á su socorro. El general Marchand con el 9.º de ligeros sostenido por los regimientos 96 y 32 de linea, los mismos que habian combatido en Haslach, se internó en aquella garganta. Una parte de estas tropas marchaba directamente á Dirnstein siguiendo el camino real, y otra trepaba por las quebradas que descendian de las montañas, para rechazar á los rusos. Pronto se empeñó en estos desfiladeros un combate tan encarnizado,

La division Dupont llega apresuradamente, y salva á la division Gazan.

como el que sostenian en aquel instante los soldados de la division Gazan. Por último el 9.º ligero penetró hasta Dirnstein, mientras que el mariscal Mortier entraba en este punto por el lado opuesto. Reuniéronse ambas columnas, y reconociéndose los soldados á la claridad del fuego se abrazaron llenos de alegría por haber escapado de tal desastre.

La pérdida de ambas partes era grande, pero la gloria no era igual, porque 5,000 franceses habian resistido á mas de 30,000 rusos, y habian salvado sus banderas abriéndose paso. Estos son ejemplos que sin cesar deben recomendarse á una nacion. Soldados resueltos á morir pueden siempre salvar su honor, y muy á menudo su libertad y su vida. El mariscal Mortier halló en Dirnstein los 1,500 prisioneros que habia hecho por la mañana. Los rusos perdieron unos 4,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; contándose entre ellos el coronel Schmidt; pérdida muy sensible para los enemigos, y que en breve sintieron amargamente. Los franceses tuvieron 3,000 hombres fuera de combate entre muertos y heridos: la division Gazan habia visto sucumbir la mitad de su gente.

Cuando Napoleon, que estaba en Mölk, supo el resultado de este encuentro, se tranquilizó, porque habia temido que la division Gazan quedase destruida. Altamente satisfecho de la conducta del mariscal Mortier y de sus soldados, recompensó brillantemente á las divisiones Gazan y Dupont; trayéndolas en seguida á la orilla derecha del Danubio á fin de darles tiempo para que descansasen y se repusiesen de sus fatigas; y reemplazándolas en la orilla izquierda con el cuerpo de Bernadotte. Pero culpó á Murat del desconcierto que habia tenido la marcha general de las diferentes columnas del ejército. El carácter de Napoleon era indulgente; pero su espíritu severo preferia al valor brillante el valor sencillo, sólido, reflexivo; aunque se servia de todos en sus ejércitos, tales como la naturaleza se los presentaba. Mostrá-

Napoleon reprende á Murat á causa del peligro que habia corrido Mortier.

base por lo comun rigoroso con Murat, porque no le agradaban su ligereza, su ostentacion y su ambicion inquieta, sin que por esto dejase de hacer la debida justicia á su ex-

celente corazon, y á su valor sobresaliente. Dirigiele una carta cruel y poco merecida.—«Querido primo, le decia, no puedo aprobar vuestro modo de marchar. Os conducis como un aturrido, y no meditais bien las órdenes que os comunico. Los rusos en lugar de cubrir á Viena han vuelto á pasar el Danubio. Esta circunstancia extraordinaria debia haberos hecho comprender que no podiais obrar sin nuevas instrucciones.... Sin saber los proyectos que puede tener el enemigo, ni conocer cual era mi voluntad en esta nueva situacion, habeis ido á meter mi ejército en Viena.... Solo habeis consultado á la gloria fútil y vana de entrar en Viena.... No hay gloria sino donde hay peligro; y no lo hay en entrar en una capital sin defensa.—(Mölk, 11 de Noviembre).

Asi pagaba Murat las faltas de todos. Sin duda habia marchado con demasiada precipitacion; pero aun cuando hubiera permanecido al frente de Krems, sin puente y sin barcas, no hubiera sido de grande utilidad á Mortier, que, sobre todo, habia sido comprometido por la distancia dejada entre las divisiones Dupont y Gazan, y por el alejamiento de la escuadrilla. Murat se afligió mucho; y Napoleon, advertido por su ayudante de campo Bertrand del sentimiento de su cuñado, aminoró con palabras amables el efecto de aquella dura reprehension.

Queriendo al instante Napoleon, sacar partido de la misma falta de Murat, le mandó, puestas que se hallaba á la vista de Viena, no que entrase en ella, sino que flanquease los muros de la ciudad, y se apoderase del gran puente del Danubio que se halla fuera de los arrabales. Una vez ocupado este puente, debia adelantarse á toda prisa por el camino de la Moravia, á fin de llegar antes que los rusos al punto en que el camino de Krems se une al camino real de Olmütz. Si Murat se apoderaba del puente y marchaba con rapidez, era posible, interceptar la retirada del general Kutusof hácia la Moravia, y hacerle sufrir un desastre casi igual al del general Mack. A Murat se le ofrecia en esto un medio de reparar sus faltas, y se apresuró á aprovechar la ocasion.

Napoleon se aprovechó de la marcha precipitada de Murat mandándole que se apoderase de los puentes de Viena sobre el Danubio.

Sin embargo, no era creible que los austriacos hubiesen cometido la falta de dejar en pie los puentes de Viena, que debian hacer á los franceses dueños de las dos orillas del rio, ó que al menos no lo tuviesen todo preparado para destruirlos á la primera señal. Nada era, pues, mas dudoso que el buen éxito de la operacion que Napoleon habia deseado mas bien que mandado.

Los austriacos habian renunciado á defender á Viena. Esta grande y hermosa capital tiene un recinto murado en regla, el que resistió á los turcos en 1683; mas como con el tiempo no ha podido permanecer encerrada en dicho recinto, habiéndose formado grandes arrabales fuera, la han cercado toda con una muralla endeble con ángulos entrantes y salientes que se flanquean, la que abraza la totalidad de los edificios. Nada de esto ofrecia gran defensa, por que la muralla que cubre los arrabales era fácil de destruir, y una vez dueños de los arrabales, se podia, con algunos obuses y morteros, obligar el cuerpo de la plaza á que se rindiese. El Emperador Francisco habia confiado al conde de Würbna, hombre prudente y conciliador, el cuidado de recibir á los franceses y ponerse de acuerdo con ellos para la pacificación de la capital. Pero estaba decidido á que se les disputase el paso del rio.

Viena está situada á cierta distancia del Danubio, que corre á la izquierda de esta ciudad entre varias isletas cubiertas de arbolado. Un gran puente de madera que atraviesa los diversos brazos del rio, sirve de comunicacion entre ambas orillas. Los austriacos habian colocado bajo los maderos del puente materias incendiarias, y estaban dispuestos á volarlo en cuanto se presentasen los franceses: al efecto permanecian en la orilla izquierda, con la artilleria asestada contra el puente, y un cuerpo de 7 ú 8,000 hombres, mandados por el conde de Auersberg.

Murat se habia aproximado mucho al puente sin entrar en la ciudad, lo cual era fácil por la naturaleza del terreno. En aquel momento cundia por todas partes la noticia de un armisticio. Llegado Napoleon al castillo de Schönbrunn, que se halla en el camino real antes de llegar á Viena, habia recibido una diputacion de los habitantes de aquella

capital, que habian acudido para invocar su benevolencia, acogiéndola con todos los miramientos debidos á un pueblo excelente, y que se debien entre sí las naciones civilizadas. Tambien habia recibido y escuchado, al parecer, á M. de Giulay, que se habia presentado para reiterar las proposiciones que ya habia hecho en Lintz. Como la idea de un armisticio podia conducir á la paz, se habia propagado con rapidez. Napoleon habia mandado al mismo tiempo al general Bertrand, para que renovase á Murat y á Lannes la orden de apoderarse de los puentes si era posible. Murat y Lannes no necesitaban que se les aguijonease. Habian situado á los granaderos de Oudinot detras de las frondosas arboledas que hay á orillas del Danubio, y se habian adelantado ellos mismos con algunos ayudantes de campo, el general Bertrand y el coronel de ingenieros Dode de la Brunerie, hasta la cabeza del puente.

Cerrábala una barrera que mandaron echar abajo. Detras de ella á alguna distancia, se encontraba un húsar de centinela, que despues de disparar su carabina emprendió la fuga. Siguiendo, recorriendo la larga y tortuosa linea de los pequeños puentes que hay sobre los varios brazos del rio, y llegan al gran puente que se halla sobre el brazo principal, donde en lugar de maderos no ven mas que una capa de fagina estendida sobre el piso. Al mismo tiempo se presenta un sargento de artilleria austriaca con una mecha encendida en la mano. El coronel Dode lo agarra y lo detiene en el momento en que iba á prender fuego á las materias dispuestas bajo los ojos del puente. Llegan al fin á la otra orilla; dirigen á los artilleros austriacos, les dicen que se ha firmado un armisticio, ó que va á firmarse, que se está negociando la paz, y que desean hablar al general que manda aquellas fuerzas.

Los austriacos sorprendidos vacilan, y conducen al general Bertrand á la presencia del conde de Auersberg. Mientras tanto se adelantaba una columna de granaderos por orden de Murat. Los austriacos no podian verla, gracias á los grandes árboles del rio, y á lo tortuoso de su camino que atraviesa en parte por puentes, y en parte por islotes cubiertos de arboles. Mientras llegaba

seguián entreteniendo á los austriacos bajo la misma boca de sus cañones. De improviso se presenta la columna de granaderos, largo tiempo oculta; y al verla los austriacos empiezan á creer han sido engañados, y se preparan á hacer fuego. Lannes y Murat con los oficiales que los acompañan se arrojan sobre los artilleros, les hablan, les hacen vacilar de nuevo, y dan tiempo á la columna para que llegue. Por último, los granaderos se precipitan sobre los cañones, se apoderan de ellos, y desarmán á los artilleros austriacos.

Mientras tanto el conde de Auesberg, acompañado del general Bertrand y del coronel Dode, llegaba al puente; quedando cruelmente sorprendido al ver que este habia caído en poder de los franceses, que ya se hallaban juntos en gran número en la orilla izquierda del Danubio. Quedábanle algunos miles de hombres de infantería para disputar lo que le habian quitado; pero se le repitieron las mismas razones, con que habian logrado detener á los guardias del puente, y aun le persuadieron á retirarse con sus soldados á alguna distancia del río. Por otra parte, á cada momento llegaban nuevas tropas francesas, y ya no era tiempo de recurrir á la fuerza. M. de Auesberg se alejó, pues, turbado, confundido, y sin poder apenas comprender lo que le acababa de pasar.

Por medio de esta astucia audaz, notable por el valor inaudito de los que la intentaron, y llevaron á cabo, cayeron en nuestro poder los puentes de Viena. Cuatro años despues, á falta de estos puentes, el paso del Danubio nos costó batallas sangrientas y que pudieran sernos funestas.

Grande fue la alegría de Napoleon al saber este resultado. No pensó ya en reprender á Murat, y le mandó partiése al punto con la reserva de caballería, el cuerpo de Lannes y el del mariscal Soult, para ir á cortar la retirada al general Kutusof por el camino de Stockerau y Hollabrunn.

Comunicadas estas órdenes dedicó todos sus cuidados al buen gobierno interior de Viena y á la ocupación militar de esta capital. Hermoso triunfo era por cierto el entrar en aquella antigua metrópoli del Imperio germánico, en cuyo seno nunca habia penetrado como dueño el enemigo. En los dos últimos si-

glos se habian sostenido grandes guerras, ganado y perdido batallas memorables; pero no se habia visto á un general victorioso plantar sus estandartes en las capitales de los grandes Estados. Para encontrar ejemplos de resultados tan vastos era menester remontarse á los tiempos de los grandes conquistadores.

Napoleon se alojó en el castillo imperial de Schœnbrunn. Policía establecida en Viena.

Confió el mando de la ciudad de Viena al general Clarke, y dejó á las milicias urbanas el cuidado de mantener el orden. Ordenó é hizo observar á sus soldados la disciplina mas rigorosa, y no permitió que se tocase sino á las propiedades públicas, tales como las arcas del gobierno y los arsenales. El grande arsenal de Viena contenia inmensas riquezas, cien mil fusiles, dos mil cañones y municiones de todas clases; y no pudo menos de llenar á todos de asombro que el Emperador Francisco no las hubiese salvado por el Danubio. El ejército se apoderó de todo.

Napoleon, en seguida, distribuyó sus fuerzas de modo que guardasen bien la capital, y observasen el camino de los Alpes, por donde los archiduques podian llegar en breve; el de Hungría por donde podian llegar mas tarde, y finalmente el de Moravia, en donde se hallaban los rusos.

Sábese ya que habia dirigido por el camino real de Léoben, al general Marmont para que ocupase los Alpes, y por el camino de Saint-Gaming al mariscal Davout para que flanquease la posición de Saint-Polten. M. de Meerfeld con el principal cuerpo austriaco habia tomado el camino real de Léoben; pero viéndose perseguido por el general Marmont habia atravesado la garganta de una montaña elevada, viniendo á salir al camino de Saint-Gaming, que seguia el mariscal Davout. Este trepaba con trabajo por medio de las nieves y hielos de un invierno anticipado las montañas mas escarpadas, y, gracias á la decision de los soldados y á la energía de los oficiales, habia logrado vencer todos los obstáculos; cuando cerca de Mariazell en el camino real de Léoben á Saint-Polten por Lilienfeld, encontró el cuerpo del ge-

Llegada del general Marmont á Léoben y combate del mariscal Davout en Mariazell.

neral Meerfeld que venia huyendo del general Marmont. Al punto se empeñó entre los franceses y los austriacos un combate, del género de aquellos que Massena habia sostenido otras veces en los Alpes. El mariscal Davout arrolló á los austriacos, les hizo 4,000 prisioneros, y rechazó á los restantes en desórden á las montañas. En seguida bajó sobre Viena. El general Marmont, despues de haber llegado á Léoben casi sin disparar un tiro, se detuvo, hasta recibir nuevas instrucciones del Emperador.

El mariscal Ney No menos favorablemente habian sido los acontecimientos en el Tyrol y la Italia. El mariscal Ney, encargado de invadir el Tyrol despues de la ocupacion de Ulma, habia elegido felizmente para penetrar en él, la garganta de Scharnitz, la *Porta Claudia* de los antiguos. Este era sin duda el lugar de mas difícil acceso de todo aquel territorio, pero tenia la ventaja de conducir directamente á Inspruck, en medio de los austriacos diseminados, que no esperando este ataque estaban repartidos desde el lago de Constanza hasta el nacimiento del Drave. El mariscal Ney tenia apenas de 9 á 10.000 hombres, pero soldados intrépidos como su gefe, y con los cuales podia emprenderse todo. Ney les hizo pasar en el mes de Noviembre las cumbres mas elevadas de los Alpes, á pesar de los peñascos que los habitantes precipitaban sobre sus cabezas; porque los tiroleses, muy adictos á la casa de Austria, no querian, segun se les amenazaba, pasar al dominio de la Baviera. Superó los atrinchamientos de Scharnitz, entró en Inspruck y dispersó delante de sí á los austriacos sorprendidos, arrojando á los unos sobre el Vorarlberg y á los otros sobre el Tyrol italiano. El general Jellachich y el principe de Rohan se encontraron rechazados hácia el Vorarlberg, y del Vorarlberg al lago de Constanza sobre el mismo camino por donde llegaba Augereau. Como si el destino hubiera decidido que ningun resto del ejército de Ulma se librara de los franceses, el general Jellachich, que cuando la rendicion de Memmingen habia evitado la persecucion del mariscal Soult, vino á dar contra el cuerpo de Augereau. No viendo ninguna probabilidad de salvarse rindió las armas con una divi-

sion de 6.000 hombres que tenia á sus órdenes. El principe de Rohan que se hallaba mas atras tuvo lugar de retroceder, y verificando una marcha atrevida por medio de los acantonamientos de nuestras tropas, que despues de la toma de Inspruck guardaban descuidadamente el Brenner, burló la vigilancia de Loison, uno de los generales de division del mariscal Ney, pasó cerca de Botzen, casi á su vista, y vino á caer sobre Verona y Venecia, mientras que Massena seguia al archiduque Carlos. Massena habia encargado al general Saint Cyr que bloquease á Venecia, en cuya ciudad el archiduque Carlos habia dejado una fuerte guarnicion. El general Saint-Cyr asombrado al ver un cuerpo enemigo á espaldas de Massena, cuando este se hallaba ya á la falda de los Alpes Julianos, acudió apresuradamente y envolvió al principe de Rohan, que, como el general Jellachich, se vió obligado á rendir las armas. El general Saint Cyr hizo en esta ocasion cerca de 5.000 prisioneros.

Mientras tanto el archiduque continuaba su retirada á lo largo del Frioul y del otro lado de los Alpes Julianos. Su hermano el archiduque Juan, que habia pasado del Tyrol italiano á la Carinthia, seguia en el interior de los Alpes una linea exactamente paralela á la suya. Ambos archiducos, desesperanzados, y con razon, de llegar á tiempo á una de las posiciones defensivas del Danubio, y juzgando una temeridad caer sobre el flanco de Napoleon, se habian decidido á reunirse en Laybach, el uno por Villach y el otro por Udina, para pasar en seguida á Hungría. Aqui podian con toda seguridad unirse á los rusos que ocupaban la Moravia, y despues volver á tomar la ofensiva, si no habia comprometido alguna falta á los ejércitos coligados, y si todavia los dos soberanos de Austria y de Rusia se hallaban en ánimos de prolongar aquella lucha.

El general Marmont situado mas allá de Léoben, sobre las cumbres que separan el valle del Danubio de el del Drave, miraba con despecho desfilár casi á su vista las tropas del archiduque Juan, y ardia en deseos de combatir las; pero una órden terminante encadenaba su ardor

Los dos archiducos abandonan el Tyrol y la Italia para pasar á Hungría.

mandándole que se limitase á guardar los desfiladeros de los Alpes.

Massena, despues de haber perseguido al archiduque Cárlos hasta los Alpes Julianos, se habia detenido á su falda, y no habia creído prudente internase en Hungría tras los archiduques. Allí se daba la mano con el general Marmont y aguardaba las órdenes del Emperador.

Carácter de las operaciones que Napoleón acababa de ejecutar en dos meses.

Todos estos movimientos se habian concluido á mediados de Noviembre, casi al mismo tiempo

que el grande ejército marchaba sobre Viena. Aunque se hubiese ideado el plan concebido por Napoleón, en la soledad del gabinete y con las facilidades que abundan cuando se trazan los proyectos sobre el mapa, no se hubieran dispuesto las cosas con mas oportunidad. En seis semanas, el ejército frances pasando el Rhin y el Danubio, interponiéndose entre los austriacos situados en Suabia y los rusos que llegaban al Inn, habia envuelto á los unos y rechazado á los otros hacia el Danubio inferior, habia sorprendido con un destacamento el Tyrol, ocupado despues á Viena, y flanqueado la posicion de los archiduques en Italia, lo que habia obligado á estos últimos á buscar un asilo en Hungría. La historia no ofrece en ninguna parte semejante espectáculo: ¡en veinte dias se habia ido del Océano al Rhin, y en cuarenta del Rhin á Viena! Y en tanto que la diseminacion de las fuerzas, tan peligrosa en la guerra, solo atrae por lo comun reveses y desgracias, se han visto aquí cuerpos destacados bastante lejos, que sin correr peligro, habian llenado su objeto, porque en el centro, una masa poderosa descargando á tiempo golpes decisivos sobre los principales cuerpos del enemigo, habia dado un impulso á que todo cedia, y no habia dejado á su retaguardia ó en sus alas sino consecuencias de aquellos triunfos, fáciles ya de llevar á cabo; de suerte que esta diseminacion aparente, era solo en realidad una hábil distribucion de accesorios al lado de la accion principal, ordenada con una exactitud maravillosa. Mas despues de haber admirado este arte profundo, incomparable, que asombra por su misma sencillez, es menester admirar tambien en aquella manera de maniobrar otra condicion, sin la cual

toda combinacion, aun la mas hábil puede fracasar, es decir, el vigor de los soldados y de sus gefes, que cuando se veian sorprendidos por algun imprevisto accidente, sabian con su energia, como los soldados de Dupont en Haslach, los del mariscal Mortier en Dirnsteln y los del mariscal Ney en Elchingen, dard tiempo al talento superior que los dirigia para que viniese á su socorro, y reparase las faltas inevitables, aun en las operaciones mejor dirigidas. Repitamos lo que hemos dicho en otro lugar: los soldados valientes necesitan de un gran capitán, así como un gran capitán necesita de soldados valientes. La gloria debe ser comun á ambos, así como el mérito de las grandes cosas que llevan á cabo.

Napoleón no quiso darse por satisfecho en Viena con la vanagloria de ocupar la capital del Imperio germánico: queria concluir la guerra. Bien podrá tachársele en su carrera de haber abusado de la fortuna, pero nunca, como le sucedió á Anibal, de no haberla sabido aprovechar, y de haberse dormido en las delicias de Capua. Preparóse, pues, á correr sobre los rusos á fin de batirlos en la Moravia antes que pudiesen unirse á los archiduques. Estos, por otra parte, el 15 de Noviembre aun no habian pasado de Laybach; y necesitaban mas de 20 dias para llegar á Hungría, atravesarla, y ganar la Moravia por Olmütz, lo que era una marcha de 150 leguas. Napoleón en dicha época se encontraba en Viena, y solo tenia que andar cuarenta leguas para llegar á Brünn capital de la Moravia.

Aproximó mas á sí al general Marmont que estaba muy alejado en Léoben, y le señaló una posicion algo atras sobre la misma cumbre de los Alpes de Stiria, para guardar el camino real de Italia á Viena. Mandóle que en caso que los archiduques quisiesen tomar esta senda, inutilizase los puentes y los caminos, lo cual permite en las montañas que un cuerpo poco numeroso pueda detener algun tiempo á un enemigo superior. Prohibióle que se dejase arrastrar del deseo de combatir, á menos que no se viese obligado á ello. Situó á Massena mas cerca del general Marmont, y puso á entrambos

Distribucion de los varios cuerpos del ejército frances al rededor de Viena y en el camino de Moravia.

en comunicacion inmediata. Las tropas que se hallaban al mando de Massena recibieron desde luego la denominacion de *octavo cuerpo del grande ejército*. Napoleon situó el cuerpo del mariscal Davout en torno de Viena: una de sus divisiones, la del general Gudin, detras de Viena hacia Neustadt, de modo que en poco tiempo pudiese dar la mano á Marmont; otra, la del general Friant, en direccion de Presburgo, observando los desfiladeros de Hungría; y otra tercera, la del general Bisson (ahora division de Caffarelli) delante de Viena, en el camino de la Moravia. Las divisiones Dupont y Gazan se establecieron en la misma ciudad de Viena, para recobrarse de sus fatigas y curar sus heridas. Finalmente los mariscales Soult, Lannes y Murat marcharon hacia la Moravia, mientras que el mariscal Bernadotte, que habia pasado el Danubio por Krems, seguia los pasos del general Kutusof, y se disponia á unirse por el mismo camino que habia tomado este general, á los tres cuerpos franceses que iban á combatir á los rusos.

De este modo situado Napoleon en Viena, en medio de una red hábilmente dispuesta, podia acudir á cualquiera parte donde la menor señal diese á conocer la presencia del enemigo. Si los archiduques intentaban alguna cosa por la parte de Italia, Massena y Marmont, enlazados uno al otro, se hacian fuertes en los Alpes de Stiria, y Napoleon, llevando el cuerpo de Davout hacia Neustadt, los ponía en estado de sostenerse. Si los archiduques se presentaban por Presburgo y la Hungría, Napoleon podia oponerles todo el cuerpo de Davout, algo despues el de Marmont que se hallaba en Neustadt que estaba cerca, y en caso de necesidad podia él mismo acudir con el grueso del ejército. Finalmente, si era menester hacer frente á los rusos en Moravia, podia en el intervalo de tres dias reunir los cuerpos de Soult, de Lannes y de Murat que ya se encontraban en ella, el de Davout, que era fácil traer de Viena y el de Bernadotte no menos fácil de hacer venir de la Bohemia. Hallábase, pues, en estado de obrar por todas partes, y llenaba hasta el mas alto grado las condiciones de ese arte de la guerra, que un dia, conferenciando con sus generales, definió en estos términos: el arte

DE DIVIDIRSE PARA MANTENERSE, Y DE CONCENTRARSE PARA COMBATIR. Jamas se han definido ni practicado mejor los preceptos de este arte temible, que así destruye como funda los imperios.

Napoleon se habia apresurado á aprovecharse de la toma de los puentes de Viena para llevar al otro lado del Danubio á los mariscales Soult, Lannes y Murat, en la esperanza de que cortasen la retirada al general Kutusof llegando antes que él á Hollabrunn, donde este general, que habia pasado el Danubio por Krems, debia ganar el camino de Moravia. El general Kutusof se dirigia hacia la Moravia y no hacia la Bohemia, porque el segundo ejército ruso habia marchado sobre Olmütz en la frontera de la Moravia y de la Galitzia. Mientras que se adelantaba sobre Hollabrunn llevando á la cabeza al príncipe Bagration, quedó sorprendido y consternado al saber que los franceses se hallaban en el camino real que él queria seguir, y que por lo tanto se hallaba cortado. Entonces tendió á Murat

el lazo que este habia tendido á los austríacos para quitarles los puentes del Danubio. Tenia á su lado al general Vintzingerode, el mismo que habia negociado todas las condiciones del plan de campaña; y Kutusof lo mandó para que engañase á Murat con iguales invenciones á las que este habia usado para burlar al conde de Auersberg; que consistian en decirle que estaban ya en Schœnbrunn los negociadores prontos á firmar la paz.

En su consecuencia le hizo proponer un armisticio, cuya condicion principal seria la de detenerse los unos y los otros en el terreno que ocupaban, de suerte que nada se cambiase por la suspension de las operaciones. En el caso que estas se renovasen debian advertírselo seis horas antes. Murat, diestramente adulado por M. de Vintzingerode, movido tambien por el deseo de tener el honor de ser el primer intermediario de la paz, aceptó el armisticio, salvo la aprobacion del Emperador. Preciso es añadir, para ser justos, que una consideracion de bastante peso contribuyó mucho á empe-

Falso armisticio de Hollabrunn.

Murat es engañado por este falso armisticio, como el conde de Auersberg lo habia sido en el puente de Viena.

ñarle en aquel falso paso. El cuerpo del mariscal Soult no había llegado aun, y temia no tener fuerzas suficientes con su caballeria y los granaderos de Oudinot para cerrar el camino á los rusos. El proyecto de armisticio lo remitió con un ayudante al cuartel general.

Al día siguiente se visitaron. El príncipe Bagration pasó á ver á Murat, y manifestó mucho empeño y curiosidad por ver á los generales franceses, y sobre todo al ilustre mariscal Lannes. Este, sencillo en sus modales, pero sin ser por esto menos cortes, dijo al príncipe Bagration, que si él hubiese estado solo, en aquel momento se estarían batiendo en lugar de estarse cumplimentando. En efecto, en aquellos instantes el ejército ruso, cubriéndose con la retaguardia de Bagration que permanecía inmóvil, marchaba rápidamente detras de aquella cortina que lo ocultaba, y volvía á ganar el camino de Moravia. De esta suerte, chasqueado Murat á su vez, dejaba que el enemigo tomase el desquite de su engaño en el puente de Viena.

En breve llegó un ayudante de campodel Emperador, el general Lemarrois, siendo portador de otra severa reprimenda para Murat por la falta que habia cometido (1); y de la orden, tanto para él como para el mariscal Lannes, de atacar inmediatamente, á cualquiera hora que recibiesen aquella comunica-

(1) *Al Príncipe Murat.*

Schoenbrunn 25 de Brumario del año XIV
(16 de Noviembre de 1805) a las ocho de la mañana.

Me es imposible hallar términos con que espresaros mi descontento. Vos solamente mandais mi vanguardia, y no teneis derecho á hacer ningun armisticio sin orden mia. Romped al punto el que habeis hecho, y atacad al enemigo. Manifestadle que el general que ha firmado esa capitulacion no tenia derecho para ello, pues solo lo tiene el Emperador de Rusia.

No obstante, si el Emperador de Rusia ratificase dicha convencion, yo la ratificaria tambien; pero eso no es mas que una treta: marchad, destruid el ejército ruso; estais en posicion de tomar sus bagages y su artilleria. El ayudante de campo del Emperador de Rusia es un.... los oficiales no son nada cuando no tienen poderes, y ese no tenia ningunos. Los austriacos se han dejado burlar en el paso del puente de Viena, y vos os dejais engañar por un ayudante de campo del Emperador....

cion. Lannes, sin embargo, tuvo cuidado de enviar un oficial al príncipe Bagration para darle á conocer las órdenes que acababa de recibir. Al punto se dispuso todo para el ataque. El príncipe Bagration tenia de 7 á 8,000 hombres;

Combate de Hollabrunn.

y queriendo acabar de cubrir el movimiento de Kutusof, tomó la noble resolucion de dejarse destruir antes que ceder el campo. Lannes lo atacó con sus granaderos. La sola evolucion que era posible era la de dos lineas de infanteria, desplegadas en frente la una de la otra, y atacándose en un terreno casi llano. Durante algun tiempo se hicieron un fuego de fusileria muy vivo y mortifero; en seguida cargaron á la bayoneta, y lo que es raro en la guerra, las dos masas de infanteria marcharon resueltamente una contra otra, sin que ninguna cediese antes de sufrir el choque. Uniéronse, y despues de un combate sostenido por varios puntos cuerpo á cuerpo, los granaderos de Oudinot rompieron la linea de la infanteria de Bagration destruyendo á este completamente. Disputáronse en seguida en medio de la noche y á la luz de las llamas el pueblo incendiado de Schœngraben, que al fin quedó en poder de los franceses. Los rusos se defendieron con la mayor valentia. En esta accion perdieron cerca de la mitad de su retaguardia, es decir unos 3,000 hombres de los cuales mas de 1.500 quedaron tendidos en el campo de batalla. El príncipe Bagration se habia mostrado por su resolucion y valor digno émulo del mariscal Mortier en Dirnsstein. Este sangriento combate tuvo lugar el 16 de Noviembre.

En los dias siguientes continuaron los franceses adelantándose, haciendo prisioneros á cada paso, y el 19 entraron en la ciudad de Brünn capital de la Moravia, hallando esta plaza armada y provista de abundantes recursos. El enemigo ni aun habia pensado defenderla, dejando así á Napoleon una posicion importante, desde la cual dominaba la Moravia, y podia á su satisfaccion observar y aguardar los movimientos de los rusos.

Entrada del ejército en Brünn.

Al saber Napoleon este último combate quiso trasladarse á Brünn, porque las noticias de Italia le anunciaban la prolongada retirada de los archiduques á

Hungria y conocia que eran los rusos á quienes principalmente debia atender. Verificó algunos leves cambios en la distribucion del cuerpo del mariscal Davout al rededor de Viena. Dirigió sobre Presburgo la division Gudin, que ya no era muy necesaria en el camino de Stiria, despues de la retirada de los archiduques. Situó la division Friant, del mismo cuerpo, delante de Viena en el camino de Moravia. La division Bisson (en aquel momento division Caffarelli) fue separada del cuerpo de Davout, y trasladada á Brünn para reemplazar en el cuerpo de Lannes á la division Gazan que habia quedado en Viena.

Napoleon llegó á Brünn el 20 de Noviembre y estableció en esta ciudad su cuartel general. El general Giulay, acompañado de M. de Stadion, vino á visitarle de nuevo, y á tratar de la paz con mas

Nueva mision de M. Giulay que llega al cuartel general para tratar de la paz. Le acompaña M. de Stadion.

formalidad que en sus misiones anteriores. Napoleon espresó á ambos el deseo que tenia de dejar las armas y volver á Francia; pero no les dejó ignorar con qué condiciones consentiria en ello. No podia permitir, decia, que la Italia continuase dividida entre la Francia y el Austria, siendo siempre un motivo de guerra y de desconfianza entre ellas. La queria toda hasta el Isonzo; es decir, que exigia los Estados Venecianos, que era lo unico que le quedaba que conquistar de la Italia. No se explicó acerca de lo que pediria para sus aliados los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Baden; pero declaró en términos generales que era menester asegurar su situacion en Alemania y poner fin á todas las cuestiones que habian quedado pendientes entre ellos y el Emperador, desde la nueva constitucion germánica de 1803. MM. de Stadion y de Giulay clamaron mucho contra la dureza de estas condiciones; pero Napoleon no se mostró dispuesto á desistir, y les dió á entender que entregado enteramente á los cuidados de la guerra, no deseaba tener á su lado negociadores, que en el fondo eran solo espías militares encargados de vigilar sus movimientos. Invitóles á pasar á Viena, cerca de M. de

Talleyrand que acababa de llegar á dicha capital. Napoleon, teniendo en poco los gustos de su ministro, á quien no agradaban ni el trabajo ni las fatigas de los cuarteles generales, le habia llamado primero á Strasburgo, despues á Munich y últimamente á Viena; y le encargaba de aquellas interminables conferencias, que preceden siempre en las negociaciones á los serios resultados.

Durante las conferencias que Napoleon habia tenido con los dos negociadores austriacos, uno de ellos, poco reservado, habia dejado escapar una palabra imprudente, por la cual vino Napoleon en conocimiento de que la Prusia se hallaba ligada con la Rusia y el Austria por medio de un tratado. Algo sabia ya de esto por las comunicaciones que habia recibido de Berlin, pero nada era tan positivo como lo que acababa de oir. Este descubrimiento le inspiró nuevas reflexiones, y le predispuso mas á la paz, sin hacerle por ello desistir de sus pretensiones esenciales. Seguir á los rusos mas allá de la Moravia, es decir á Polonia, no podia convenirle, porque era esponerse á que los archiduques le cortasen sus comunicaciones con Viena. En su consecuencia, resolvió aguardar la llegada de M. de Haugwitz, y dar tiempo á los rusos para que desenvolviesen sus proyectos militares. Hallábase igualmente pronto á tratar, si las condiciones propuestas le parecian aceptables, ó á cortar en una gran batalla el nudo gordiano de la coalicion, si sus enemigos le presentaban una ocasion favorable. Dejó, pues, pasar algunos dias, empleándolos por su parte en estudiar con el mayor cuidado y en hacer que sus generales lo estudiasen, el terreno en que se hallaba, y sobre el cual un secreto presentimiento le decia, que acaso tendria que dar una batalla decisiva. Al mismo tiempo dejaba descansar á sus tropas, que abrumadas de fatiga, de frio, y algunas veces de hambre, habian recorrido en tres meses cerca de quinientas leguas. Asi es que habia muchas bajas en las filas, aunque tenian menos rezagados que los que hubiera tenido cualquiera otro ejército. Su efectivo habia disminuido desde la entrada en cam-

Napoleon manda á Viena á MM. de Giulay y de Stadion para que se enteren con M. de Talleyrand.

pañá, en una quinta parte; lo que como conocerán los inteligentes en milicia era baja muy corta atendiendo á las fatigas que habian arrostrado. Por lo demas, en cuanto se detenian en alguna parte, las filas se completaban en breve, gracias al celo que mostraban los rezagados á incorporarse á sus cuerpos.

Los Emperadores de Alemania y de Rusia se reunen en Olmütz.

Por su parte los emperadores de Rusia y de Alemania reunidos en Olmütz, empleaban su tiempo en deliberar sobre la conducta que debian seguir. El general Kutusof despues de su retirada, durante la cual solo su retaguardia habia sufrido algunos descalabros, no traia, sin embargo, consigo mas que treinta y tantos mil hombres, acostumbrados ya á combatir, pero rendidos de fatiga. Habia pues, perdido de 12 á 15,000 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y estropeados. Alejandro con el cuerpo de Buxhoevden y la guardia imperial rusa

Fuerza del ejército austro-ruso reunido en Olmütz.

conducia 40,000, lo que hacia unos 75,000 rusos. Quince mil austriacos, reunidos

de los restos de los cuerpos de Kienmayer y de Meerfeld, y de una brillante division de caballeria, completaban el ejército austro-ruso de Olmütz y le hacian ascender á una fuerza total de 90,000 hombres (1).

Esta es la ocasion de notar cuan exageradas eran entonces las pretensiones de la Rusia en Europa, comparándolas con el estado real de sus fuerzas. Ella queria mantener la balanza entre las potencias, y he aqui el número de soldados que presentaba en los campos de batalla donde se decidian los destinos del mundo. Habia mandado de 45 á 50,000 hombres á las órdenes de Kutusof; mandaba 40,000 al mando de Buxhoevden y del gran duque Constantino, y 10,000 al del general Essen. Si se eleva á 15,000 el número de los que obraban en el Norte en union con los suecos y los ingleses,

y á 10,000 los que se preparaban á obrar por la parte de Nápoles, se tendrá un total de 125.000 hombres, empleados realmente en aquella guerra, y de 100,000 á lo mas, si se ha de dar crédito á las relaciones de los rusos despues de su derrota. El Austria habia reunido mas de 200,000, la Prusia podia presentar 150,000 en linea, y la Francia sola tenia 300,000. No hablamos de los soldados que figuran en el efectivo de los cuerpos, (lo que constituye una diferencia de cerca de la mitad) sino de los soldados prontos á pelear en los dias de combate. Aunque los rusos eran soldados fuertes, y su infanteria bastante firme, no era, sin embargo, con 100,000 hombres, aunque valientes, ignorantes, con los que se debia pretender entonces dominar á la Europa.

Los rusos, manifestando siempre el mayor desprecio hacia sus aliados los austriacos á quienes acusaban de ser soldados cobardes y oficiales ineptos, continuaban haciendo en el pais horribles estragos. El hambre afligia las provincias orientales de la monarquia austriaca. En Olmütz se carecia de lo mas necesario, y los rusos se proporcionaban viveres, no con la sagacidad del soldado frances, merodeador inteligente y casi nunca cruel, sino con la brutalidad de una horda salvage. Estendian su pillage á muchas leguas á la redonda, y devastaban completamente el territorio que ocupaban. Su disciplina, tan severa por lo comun, se resentia visiblemente, y se manifestaban poco satisfechos de su Emperador.

No se hallaban, pues, en el campamento austro-ruso en la mejor disposicion para adoptar determinaciones prudentes. A tantas causas de disgusto, se agregaba la ligereza de la gente jóven, impulsando á obrar, no importa de qué manera, y á mudar de posicion, aunque fuese solo por hacer algo. Ya hemos dicho que el Emperador Alejandro empezaba á ceder á nuevas influencias. Estaba descontento de la direccion dada

El Emperador Alejandro sugeto á nuevas influencias.

á sus negocios, porque aquella guerra, á pesar de las lisonjas y adulaciones que se le habian prodigado en Berlin, no pa-

(1) Despues de su derrota disminuyeron mucho los rusos la fuerza de su ejército, y Napoleon, al contrario, la aumentó en sus partes y boletines. Nosotros hemos confrontado un gran número de testimonios y de estados auténticos, y en virtud de este exámen creemos que el número que fijamos aquí es el mas exacto.

recia iba á tener muy buen término; y siguiendo una costumbre muy comun en los principes, echaba á sus ministros la culpa de los resultados de una política que el habia querido, pero que no habia sabido sostener con la perseverancia, única cosa que pudiera haber corregido sus defectos. Lo sucedido en Berlín le habia confirmado mas en sus disposiciones. Muchas otras faltas hubiera cometido, segun decia, á haber dado oído á sus amigos. Insistiendo en violentar á la Prusia la hubiera arrojado en brazos de Napoleon, mientras que con su habilidad personal, acababa, al contrario, de obligar á aquella corte á contraer compromisos, que equivalian á una declaracion de guerra á la Francia. De suerte, que el jóven Emperador no queria ya escuchar consejos, porque se creia mas hábil que todos sus consejeros. El principe Adam Czartoryski, honrado, grave, y apasionado, bajo un exterior frio, y que, como se ha visto, se habia convertido en censor incómodo de las debilidades y de la inconstancia de su soberano, sostenia una opinion que debia enagenarle completamente la voluntad del Emperador. Este, segun su ministro, na-

El principe Czartoryski, aconseja en vano al Emperador que no se presente en el ejército.

da tenia que hacer en el ejército; no era aquel su lugar; no habiendo jamas servido en la milicia no podia saber mandar; y su presencia en el cuartel general, en medio de un cortejo de jóvenes frívolos, ignorantes, y presuntuosos, haria nula la autoridad y la responsabilidad de los generales. En una guerra que todos hacian con cierta aprension, nadie deseaba otra cosa, que no tener que formular ninguna opinion, ni tomar sobre sí ningun acto, y dejar que mandase una juventud aturdida, para no cargar con la responsabilidad de las derrotas que aguardaban. De esta suerte el ejército seria mandado todo lo mas mal que puede imaginarse, pues lo seria por la corte. Ademas, aquella guerra seria fecunda en derrotas, y para sostenerla se necesitaba constancia, la cual dependeria de la grandeza de los medios que se supiesen preparar. Era, pues, preciso dejar á los generales que desempeñasen el papel que les correspondia á la cabeza de las tropas, y que el Emperador desempeñase el suyo en el centro del go-

bierno, sosteniendo el espíritu público, gobernando con energia y aplicacion á fin de suministrar á los ejércitos los recursos necesarios para prolongar la lucha, único medio, si no para vencer, al menos para balancear la fortuna.

No podia manifestarse una idea mas sensata ni mas desagradable al Emperador Alejandro. Este habia intentado jugar en Europa un gran papel político y todavia no lo habia logrado á satisfaccion suya. Veíase arrastrado á una lucha que lo hubiera espantado si la situacion lejana de ella en que estaba su imperio no lo hubiera tranquilizado. Necesitaba aturdirse con el tumulto de los campamentos; y para hacer callar las reconvenciones de su razon, necesitaba oírse llamar en Berlín, en Dresde, en Weimar y en Viena, el libertador de los Reyes. Por otra parte, este Monarca se preguntaba, si no podria á su vez brillar en los campos de batalla; si con su espíritu y talento, no se sentiria mejor inspirado en ellos que sus antiguos generales, cuya esperiencia le instigaba á despreciar una juventud imprudente; y si no podria, en fin, lograr alguna parte en la gloria de las armas, tan amada de los principes, y que entonces la fortuna concedia esclusivamente á un solo hombre y á una nacion sola.

Confirmábase en estas ideas la camarilla militar que ya le rodeaba y al frente de la cual se hallaba el principe Dolgorouki. Este para ganar mejor el afecto del Emperador, queria arrastrarle al ejército. Al efecto se esforzaba en persuadirle que reunia todas las cualidades necesarias para mandar; que no tenia mas que presentarse para cambiar el destino de la guerra; que su presencia aumentaria el valor de sus soldados y los llenaria de entusiasmo; que sus generales eran unos rutineros sin carácter; que Napoleon habia triunfado de su timidez, y de su gastado saber, pero que no triunfaria tan facilmente de una juventud noble, inteligente y decidida, conducida por un Emperador á quien adoraba. Estos guerreros tan noveles en las armas, se atrevian á sostener que en Dirnstein y en Hollabrunn habian vencido á los franceses, que los austriacos eran unos cobardes, que solo los rusos eran va-

El principe Dolgorouki procura persuadir á Alejandro que debe ponerse á la cabeza del ejército.

hientes, y que si Alejandro queria animarlos con su presencia, ellos detendrian la prosperidad arrogante y poco merecida de Napoleon.

Debilidad de Kutusof que no tiene energia para combatir los malos consejos que dan á Alejandro.

El astuto Kutusof se aventuraba tímidamente á decir que no era del todo exacto lo que se vociferaba; pero demasiado servil para sostener animosamente su opinion, se guardaba de contrariar á los nuevos poseedores del favor imperial, y tenia la baja de permitir que insultasen su acreditada experiencia. El intrépido Bagration, el vicioso pero valiente Miloradovich y el entendido Doctorow eran oficiales cuya opinion merecia ser escuchada. A ninguno de estos hombres se tenia en cuenta, y solo el general aleman Weirotter, consejero del archiduque Juan en Hohenlinden, tenia una verdadera autoridad sobre la juventud guerrera que rodeaba á Alejandro.

Durante el siglo anterior, despues que Federico derrotó en la batalla de Leuthen al ejército austriaco, atacándole por una de sus alas, se inventó la teoria del órden oblicuo en la cual jamas habia pensado Federico; y sin embargo se acostumbraba atribuir á la práctica de esta teoria todos los triunfos de aquel gran hombre. Despues que el general Bonaparte se habia mostrado tan superior en todas las altas combinaciones de la guerra, despues de haberle visto tantas veces sorprender y envolver á los generales que se le oponian, otros comentadores hicieron consistir todo el arte de la guerra en cierta maniobra, y solo hablaban de flanquear el enemigo. Si se ha de darles crédito habian ideado una ciencia nueva, y para distinguirla habian inventado la palabra *estrategia*, nueva tambien; y corrian á ofrecerla á los principes que quisiesen ser dirigidos por ellos. El aleman Weirotter habia persuadido á los amigos de Alejandro que tenia un plan no menos

Influencia del gefe de estado mayor Weirotter.

brillante que seguro para destruir á Napoleon. Tratábase de una gran maniobra, por cuyo medio se debia flanquear al Emperador de los franceses, cortarle el camino de Viena y arrojarle á la Bohemia, batido y separado para siempre de las fuerzas que tenia en Austria y en Italia.

Alejandro, que era de carácter muy impresionable estaba poseido de estas ideas; y sujeto á la influencia de los Dolgorouki no se mostraba inclinado á escuchar al principe Czartoryski, cuando este le aconsejaba que se volviese á Petersburgo para gobernar, en vez de presentar batallas en Moravia.

En medio de la agitacion que reinaba en la jóven corte de Rusia, nadie pensaba en el Emperador de Alemania, ni se hacia caso de su ejército ni de su persona, y aun decian que su ejército era quien habia comprometido en Ulma la suerte de aquella guerra. En cuanto á él, venian á su socorro, y debia conceptuarse dichoso de ser socorrido, y no mezclarse en nada. En efecto, en bien poco se mezclaba el Emperador, y no hacia ningun esfuerzo para resistir aquel torrente de orgullo y presuncion. Esperaba que se perdiesen nuevas batallas, solo contaba con el tiempo, si es que entonces contaba con algo; y apreciaba, sin decirlo, lo que valia el loco orgullo de sus aliados. Este principe, sencillo en la apariencia, tenia las dos grandes cualidades de su gobierno, la sutileza y la constancia.

Fácil es de adivinar como estos jóvenes presuntuosos y vanos tratarian la grave cuestion que se queria resolver, de si seria ó no conveniente presentar batalla al Emperador. Esos cuadros inmortales que nos ha legado la antigüedad y que nos representan á la jóven aristocracia romana, violentando con su loca presuncion la prudencia de Pompeyo, y obligándole á dar la batalla de Farsalia, esos cuadros no ofrecen nada mas grande ni mas instructivo que lo que en 1805 pasaba en Olmütz en torno del Emperador Alejandro. Cada cual tenia su opinion sobre si se debia ó no presentar batalla, y todos la manifestaban. La camarilla dirigida por los Dolgorouki no vacilaba en que se diese, y decia que lo contrario, seria una cobardia y una insigne falta. Lo primero que se debia tener en cuenta era que ya no se podia vivir en Olmütz, donde el ejército pereciendo de miseria se desmoralizaria. Ademas, permaneciendo en este punto se abandonaba á Napoleon no solo el honor de las ar-

Situación del Emperador de Alemania en el campamento de Olmütz.

Diversas opiniones sobre la conveniencia de dar una batalla.

mas, sino las tres cuartas partes de la monarquía austriaca y todos sus recursos. Al contrario, avanzando, se recobrarían de un solo golpe los medios de subsistencia, la confianza y el ascendiente siempre poderoso de la ofensiva. Y sobre todo ¿no era claro que había llegado el momento de trocar los papeles? ¿no veían que Napoleón tan pronto, tan egecutivo en perseguir á sus enemigos se había detenido de repente, y que se veía bien vacilaba y temía, cuando no pasaba de Brünn para venir á Olmütz al encuentro del ejército ruso? Y por qué? Porque se acordaba de Dirns-tein y de Hollabrunn, porque su ejército estaba tan abatido como él. Que se sabía positivamente que el ejército frances estaba rendido de fatiga, reducido á la mitad de su fuerza y entregado al descontento y á la murmuración.

Tales eran las cosas que decían aquellos juvenes con una seguridad increíble. Algunos hombres sensatos y pruden-

Objeciones de algunos hombres cuerdos contra la idea de presentar batalla.

tes, en particular el príncipe Czartoryski, que aunque tan jóven era mas reflexivo que los Dolgorouki, les oponían un corto número de razones que hubieran debido ser decisivas sobre espíritus no tan lastimosamente estraviados. Aunque no se tuviera en cuenta, decían, á aquellos soldados, que después de todo habían permanecido dueños del terreno en Dirns-tein como en Hollabrunn, y ante los cuales habían retrocedido sin cesar desde Munich hasta Olmütz; aunque no se tuviera en cuenta á aquel general vencedor de todos los generales de la Europa, el mas experimentado, si es que no era el mas grande, pues que había mandado en cien batallas, y sus adversarios del momento no habían mandado ni siquiera en una; aunque no se tuviera en cuenta ni á aquellos soldados ni á aquel general, había para no apresurarse dos razones muy poderosas. La primera y mas digna de llamar la atención era que aguardando algunos dias mas, transcurriría el mes de plazo que se había estipulado con la Prusia y esta potencia se vería obligada á declararse. En efecto, ¿quién podía decir, que perdiéndose antes alguna gran batalla, no se le proporcionaba una ocasión para librarse de sus compromisos? Dejando, al contrario, espi-

rar el plazo de un mes, entrarían en Bohemia 150,000 prusianos, y Napoleón se vería obligado á retroceder, sin que hubiese que arrostrar el riesgo de una batalla. La segunda razón era, que dando algun tiempo á los archiduques, llegarían de la Hungría con 80,000 austriacos, y entonces podrían combatir á Napoleón en la proporción de dos y acaso de tres contra uno. No hay duda que era difícil sostenerse en Olmütz; pero si era cierto que no podían allí pasar algunos dias mas, debían dirigirse á Hungría al encuentro de los archiduques, y allí hallarían subsistencias y un refuerzo de 80,000 hombres. Aumentando así las distancias que Napoleón tenía que recorrer, se le opondría el mas temible de todos los obstáculos, de cuya verdad era una prueba, su inmovilidad desde que ocupaba á Brünn. Si no avanzaba, no era porque tuviese miedo, pues solo militares sin experiencia podían creer que un hombre como él pudiese conocerlo, sino porque encontraba ya muy larga la distancia á que se había adelantado. Hallábase, en efecto cuarenta leguas mas allá, no de su capital, sino de la que había conquistado, y al alejarse de ella la sentía comoverse bajo su mano.

¿Qué se podía contestar á tales razones? Nada seguramente. Pero las razones no producen

Decídense á combatir y dejan á Olmütz para marchar sobre Brünn.

ningun efecto sobre ánimos prevenidos de antemano, y la evidencia los irrita, lejos de persuadirlos. Decidiose, pues, en torno de Alejandro que debía presentarse la batalla. El Emperador Francisco lo aprobó por su parte. Interesábale que la cuestión se decidiese cuanto antes, porque su país sufría horriblemente con la guerra, y no le disgustaba ver á los rusos ponerse en prueba con los franceses, para ser juzgados á su vez. Los rusos determinaron, pues, dejar la posición de Olmütz, que era muy buena, y en la cual les hubiera sido fácil rechazar al enemigo, por superior que fuese en número, para atacar á Napoleón en su posición de Brünn, la cual hacia algunos dias que estudiaba con el mayor cuidado.

Marcharon en cinco columnas, por el camino de Olmütz á Brünn para aproximarse al ejército frances. Llegados el 18 de Noviembre á Wischau, que estaba

En Wischau sorprenden los rusos á un destacamento frances.

destacamento de infantería que el mariscal Soult habia situado en este pueblo. Para envolver á los franceses emplearon los rusos 3,000 caballos, y en seguida un batallon de infantería penetró en Wischau, donde hicieron un centenar de prisioneros. El ayudante de campo Dolgorouki tuvo una gran parte en este hecho de armas; al que hicieron asistir al

Esta pequeña ventaja acaba de trastornar la cabeza de los jóvenes que rodean á Alejandro.

sus soldados. Esta insignificante ventaja acabó de trastornar las cabezas de los jóvenes del estado mayor ruso, haciendo mas irrevocable su resolucion de combatir. El principe Czartoryski hizo nuevas observaciones que fueron muy mal recibidas. El general Kutusof, á nombre del cual iba á darse la batalla, no mandaba, y tenia la culpable debilidad de aceptar resoluciones que desaprobaba. Convino-se, pues, que se atacaria á Napoleon en su posicion de Brünn siguiendo el plan que trazaria el general Weirotter. Hicieron otra marcha y se acamparon al frente del castillo de Austerlitz.

Napoleon penetra las miras del estado mayor ruso y adivina el proyecto que ha concebido de presentarle batalla.

sivo con él, de lo que se alegró mucho. Sin embargo, estaba preocupado de los proyectos de la Prusia, que las noticias recientes de Berlín presentaban como definitivamente hostiles, y de los movimientos del ejército prusiano que se adelantaba hácia la Bohemia. No tenia tiempo que perder, y necesitaba ó dar una batalla terrible ó alcanzar la paz; no dudaba del resultado de la batalla: sin embargo, la paz ofrecia mas seguridades. Los austriacos la proponian con cierta apariencia de sinceridad, pero refiriéndose siempre, en cuanto á las condiciones, á lo que quisiese la Rusia. Napoleon deseó saber cuales eran las ideas del Emperador Alejandro, y envió al cuartel ge-

á una jornada de Brünn sorprendieron una vanguardia de caballería y un corto

Emperador Alejandro, persuadiéndole que esta escaramuza era la guerra, y que su presencia habia

doblado el valor de sus soldados. Esta insignificante ventaja acabó de trastornar las cabezas de los jóvenes del estado mayor ruso, haciendo mas irrevocable su resolucion de combatir. El principe Czartoryski hizo nuevas observaciones que fueron muy mal recibidas. El general Kutusof, á nombre del cual iba á darse la batalla, no mandaba, y tenia la culpable debilidad de aceptar resoluciones que desaprobaba. Convino-se, pues, que se atacaria á Napoleon en su posicion de Brünn siguiendo el plan que trazaria el general Weirotter. Hicieron otra marcha y se acamparon al frente del castillo de Austerlitz.

Napoleon que con su rara sagacidad adivinaba los proyectos del enemigo, conoció en breve que los coligados, buscaban un encuentro deci-

neral ruso á su ayudante de campo el general Savary para que cumplimentase á este principe, entablase con él conversacion, y conociese exactamente lo que este Emperador deseaba.

El general Savary partió al punto, se presentó como parlamentario en las avanzadas, y no le costó poco trabajo llegar hasta el Emperador Alejandro. Mientras que aguardaba el momento de ser introducido, pudo juzgar de las disposiciones de aquella jóven aristocracia moscovita, de su loca ceguedad y de su deseo de presenciar una gran batalla. Pretendian nada menos que batir á los franceses y hacerlos retroceder derrotados hasta las fronteras de Francia. El general Savary oyó todo esto con la mayor calma, penetró al fin cerca del Emperador, lo cumplimentó á nombre de Napoleon, hallóle afable y político pero evasivo, y no en estado de apreciar las probabilidades que podia ofrecer aquella guerra. Sobre la seguridad reiterada de que Napoleon estaba animado de disposiciones muy pacíficas, Alejandro se informó de las condiciones con que se podria hacer la paz. El general Savary no se hallaba en estado de responder, é invitó al Emperador Alejandro que enviase al cuartel general frances uno de sus ayudantes para que conferenciase con Napoleon, asegurando que el resultado de este paso seria en extremo satisfactorio. Despues de muchas conferencias, en las cuales llevado el general Savary de su celo, dijo mas que lo que tenia encargo de decir, Alejandro quiso que le acompañase el mismo principe Dolgorouki, que era el principal personage de la nueva camarilla que disputaba á MM. de Czartoryski, de Strogonoff y de Nowosiltzoff el favor del Czar. Aunque el principe Dolgorouki era uno de los mas ardientes declamadores del estado mayor ruso, no por eso le fue menos lisonjero tener que desempeñar una comision cerca del Emperador de los franceses.

Partió con el general Savary, y fue presentado á Napoleon en ocasion que éste acababa de vi-

Napoleon antes de dar la suerte de la guerra á una batalla decisiva envia el general Savary al Emperador Alejandro.

Mision del jóven Dolgorouki cerca de Napoleon, y mal resultado de ella.

sitar sus avanzadas, y no tenia ni en su trage ni en su comitiva nada de imponente para un espiritu vulgar. Napoleon escuchó á aquel jóven desprovisto de tacto y de comedimiento, el que habiendo recogido aqui y alli algunas de las ideas que alimentaba el gabinete ruso, (las que ya hemos dado á conocer esponiendo el proyecto del nuevo equilibrio europeo) las espresó sin tacto ni oportunidad. Aseguró que para alcanzar la paz inmediatamente era menester que la Francia abandonase la Italia; y si determinaba continuar la guerra y en ella no era feliz, tendria que entregar la Bélgica, la Saboya y el Piamonte para constituir á su alrededor y en contra de ella barreras defensivas. Estas ideas esplanadas con poca habilidad, parecieron á Napoleon la peticion formal de que restituyese inmediatamente la Bélgica, cedida á la Francia por tantos tratados, y le causaron grande irritacion, que sin embargo contuvo, no creyendo que su dignidad le permitiese manifestarla en presencia de semejante negociador. Despidióle secamente, diciéndole que las diferencias que habia entre la politica de los dos imperios se resolverian por otros medios que los de las conferencias diplomáticas. Napoleon estaba exasperado, y no pensaba mas que en dar una batalla decisiva.

Despues de la sor-
Diciembre de 1805. presa de Wischau, habia hecho Napoleon retroceder á su ejército, situándole en una posicion maravillosamente escogida para combatir. En sus movimientos dejaba ver cierta vacilacion que formaba gran contraste con su ordinaria osadia. Esta circunstancia unida á la llegada del general Savary al campamento enemigo, contribuyó mas á exaltar las débiles cabezas que dominaban en el estado mayor ruso. En breve solo resonó un grito de guerra en torno de Alejandro. Napoleon retrocedia, decian: estaba en completa retirada, y era preciso caer sobre él y destruirlo.

Por su parte los soldados franceses, entre los cuales abundaban hombres de talento, vieron en breve que iban á venir á las manos con los rusos. y se llenaron de alegria. De una parte y otra se preparaban á una accion decisiva.

Napoleon, con ese tacto militar que debia á la naturaleza, y que tanto ha-

bia perfeccionado por la esperiencia, habia elegido, entre todas las posiciones que podia tomar á los alrededores, Brünn, la que podia asegurarle mayores resultados, en la hipótesis de ser atacado, hipótesis que se habia convertido en certidumbre.

Las montañas de Moravia que enlazan las de Bohemia á las de Hungria, descienden sucesivamente hacia el Danubio, tanto que cerca de este rio la Moravia no presenta mas que una vasta llanura. En los alrededores de Brünn estas montañas solo tienen la altura de colinas algo elevadas, y estan cubiertas de sombrías arboledas. Las aguas detenidas por falta de salida forman numerosas lagunas que desaguan por varios arroyos en el Morava (ó March) y por este rio en el Danubio.

Todas estas circunstancias se hallan reunidas en la posicion que eligió Napoleon entre Brünn y Austerlitz, la que será para siempre célebre. El camino real de Moravia que va de Viena á Brünn se dirige en línea recta hacia el Norte, y para ir de Brünn á Olmütz tuerce de repente á la derecha, es decir al Este, formando así un ángulo recto con su primera direccion. En este ángulo se encuentra comprendida la posicion indicada. Empieza á la izquierda, hacia el camino de Olmütz en alturas cubiertas de árboles; prolóngase en seguida á la derecha oblicuando hacia el camino de Viena, y despues de descender poco á poco termina en lagunas de bastante profundidad en el invierno. A lo largo y delante de esta posicion, corre un riachuelo que no tiene nombre conocido en la geografia, pero que en una parte de su curso le distinguen los naturales con el nombre de Goldbach. Este riachuelo atraviesa los pueblos de Girkowitz, Puntowitz, Kobelnitz, Sokolnitz y Telnitz, y ya formando pantanos, ya corriendo encajonado en los canales, va á desaguar á las lagunas de que acabamos de hablar, á las que se da el nombre de Satschan y de Menitz.

Concentrado con todas sus fuerzas en este terreno, apoyado por un lado en las colinas cubiertas de árboles de la Moravia, y particularmente en una altura redonda á la cual los soldados de Egipto

Posicion elegida por Napoleon para dar la batalla, entre Brünn y Austerlitz.

to habian dado el nombre de *Santon*; por el otro en los estanques de *Satschan* y de *Menitz*, y cubriendo así por su izquierda el camino de *Olmütz* y por su derecha el de *Viena*, *Napoleon* estaba en estado de sostener con ventaja una batalla decisiva. Sin embargo, no quería limitarse á la defensa, porque tenia por costumbre aspirar á mayores resultados. Habia penetrado como si los hubiese leído los proyectos redactados con suma proligidad por el general *Weirother*. No teniendo los austro-rusos ninguna probabilidad de quitarle el punto de apoyo que tenia á la izquierda en las colinas elevadas y llenas de arbolado, debian caer en la tentacion de flanquear su derecha que no llegaba del todo á las lagunas, y cortarle el camino de *Viena*. Bastante era esto para seducirlos, por que dueños de este camino, no le quedaba á *Napoleon* otro recurso que el de retirarse á *Bohemia*, y el resto de sus fuerzas, aventurado por la parte de *Viena*, se veria reducido á subir aisladamente el valle del *Danubio*. Fraccionado así el ejército frances se veria condenado á verificar una retirada excéntrica, peligrosa y hasta desastrosa, si llegaba á encontrar en el camino á los prusianos.

Napoleon comprendió muy bien que tal debía ser el plan del enemigo. Así, pues, despues de haber concentrado su ejército hácia su izquierda y las alturas, dejó un espacio casi sin guardar á su derecha, es decir hácia *Sokolnitz*, *Telnitz* y las lagunas, convidando así á los rusos á persistir en sus ideas. Pero no era precisamente aqui donde les preparaba el golpe mortal. A su frente el terreno le presentaba una circunstancia de la que esperaba sacar un partido decisivo.

Al otro lado del riachuelo que corria delante de nuestra posicion, el terreno presentaba frente á frente de nuestra izquierda una llanura algo desigual, por la que atravesaba el camino de *Olmütz*, y despues frente á frente de nuestro centro se elevaba esta sucesivamente é iba á formar delante de nuestra derecha una meseta llamada de *Pratzen*, del nombre de un pueblo que se encuentra situado á la mitad de la subida en lo hondo de un barranco. Esta meseta terminaba á la derecha en pendientes rápidas que conducian á las lagunas, y por la espalda

descendia insensiblemente hacia *Austerlitz*, cuyo castillo se veia á alguna distancia.

Apercibianse por este lado fuerzas considerables. Durante la noche se veian brillar multitud de fuegos, y por el dia se notaba un gran movimiento de hombres y caballos. A su aspecto sospechó *Napoleon* los proyectos de los austro-rusos (1). Era evidente que querian descender de la posicion que ocupaban, y atravesando el riachuelo de *Goldbach*, entre las lagunas y nuestra derecha, cortarnos el camino de *Viena*. Pero, en este caso estaba resuelto á tomar á su vez la ofensiva, á pasar el riachuelo por los pueblos de *Girzikowitz* y de *Puntowitz*, á subir hasta la meseta de *Pratzen*, cuando los rusos la dejaran y á apoderarse él mismo de ella. Si lo lograba, el ejército enemigo quedaba cortado en dos partes, siendo la una arrojada á la izquierda en la llanura que atraviesa el camino de *Olmütz*, y la otra á la derecha en las lagunas. La batalla no podia entonces dejar de ser desastrosa para los austro-rusos; pero para esto era menester que no cometiesen la falta á medias; y la actitud prudente y hasta tímida de *Napoleon*, excitando su loca confian-

Proyecto que concibe *Napoleon* á la vista del terreno en que debe combatir.

(1) A caba de publicarse una obra traducida del ruso escrita por *M. Leon de Narischkine*, la cual contiene un gran número de aserciones inexactas, aunque su autor está en posicion de adquirir buenos informes. En esta obra se dice que *Napoleon* conoció antes de la batalla de *Austerlitz* el plan del general *Weirother*, porque se lo comunicaron. Esto es enteramente erróneo. Semejante aserto solo se explicaria si el plan se hubiese comunicado mucho tiempo antes á los diferentes gefes de los cuerpos, esponiéndolo así á que se divulgase. Pero en breve se verá, por la relacion de un testigo ocular, que el plan en cuestion no se comunicó á los gefes de los cuerpos hasta la noche que precedió á la batalla. Por lo demas, todos los pormenores de las órdenes y de la correspondencia prueban que *Napoleon* previó, y no que conoció, el plan del enemigo. Estando resueltos á evitar toda polémica con los autores contemporáneos, nos limitaremos á corregir este error, sin ocuparnos de muchos otros que contiene la obra á que nos referimos, y en la cual reconocemos por otra parte un verdadero mérito, siendo tambien hasta cierto punto imparcial.

za; debía comprometerlos á que la cometiesen por entero.

Ordenes de Napoleon para traer al campo de batalla todas las tropas de que puede disponer.

Napoleon tomó sus disposiciones con arreglo á estas ideas. Esperando ser atacado de un momento á otro habia mandado á Bernadotte que partiese de Iglan en la frontera de Bohemia, dejando en este punto la division que tenia á sus órdenes, y que se dirigiese á marchas forzadas sobre Brünn. Tambien habia ordenado al mariscal Davout que mandase la division Friant, y si era posible la de Gudin, hácia la abadía de Gross-Raigern, situada en el camino de Viena á Brünn á la altura de las lagunas. En vista de estas órdenes el general Bernadotte se habia puesto en marcha y habia llegado á su destino el día 1.º de Diciembre. El general Friant, único

Rápida marcha de la division Friant. á quien se habia podido avisar á tiempo, porque el general Gudin se hallaba mas lejano hácia Presburgo, se habia puesto al punto en marcha, y en cuarenta y ocho horas habia recorrido las treinta y seis leguas que separan á Viena de Gross-Raigern. Los soldados caian algunas veces en el camino rendidos de cansancio, pero al menor ruido, creyendo oír el estampido del cañon se levantaban animosos para acudir al socorro de sus camaradas, empeñados, segun creian, en una batalla sangrienta. El 1.º de Diciembre por la noche, y en medio de un frio rigoroso acamparon en Gross-Raigern á legua y media del campo de batalla. Jamas tropa alguna de infanteria ha ejecutado una marcha tan asombrosa, porque era esta una marcha de diez y ocho leguas diarias durante dos dias consecutivos.

El 1.º de Diciembre, Napoleon reforzado con el cuerpo de Bernadotte y la division Friant podia contar con unos 65 á 70,000 hombres presentes en las filas, contra 90,000 rusos y austriacos, tambien en efectivo servicio.

A la izquierda situó á Lannes, en cuyo cuerpo la division Caffarelli reemplazaba á la division Gazan. Lannes, con las dos divisiones Suchet y Caffarelli debia ocupar el camino de Olmütz y combatir en la

llanura desigual que se estiende á uno y otro lado de él. Napoleon le dió ademas la caballeria de Murat que comprendia los coraceros de los generales d'Hautpoul y Nansouty, los dragones de los generales Walther y Beaumont y los cazadores de los generales Milhaud y Kellermann. La forma plana del terreno le habia preveer que en este sitio tendria lugar un gran choque de caballeria. Sobre la altura que los franceses llamaron *el Santon*, que domina aquella parte del terreno, y en la cual hay una capilla conocida con el nombre de Bosenitz, colocó al 17 de ligeros mandado por el general Claparède, con 18 piezas de artilleria, haciéndole jurar que defenderia aquella posicion hasta la muerte. En efecto, ella era el punto de apoyo de la izquierda.

En el centro detras del riachuelo de Goldbach, alineó las divisiones Vandamme y Saint-Hilaire, que pertenecian al cuerpo del mariscal Soult. Destinóbalas á pasar dicho riachuelo por los pueblos de Girzikowitz y de Puntowitz para apoderarse de la altura de Pratzen, cuando llegara el momento oportuno. Algo mas lejos detras del pantano de Kobelnitz y el castillo de Sokolnitz, situó á la tercera division del mariscal Soult, la del general Legrand, reforzándola con dos batallones de tiradores, nombrado el uno cazadores del Pò y el otro cazadores corsos, y con un destacamento de caballeria ligera mandado por el general Margaron. Esta division no debia tener mas que el 3.º de linea y los cazadores corsos en Telnitz que era el punto mas aproximado á las lagunas, y donde Napoleon deseaba atraer á los rusos. Mucho mas atras y á distancia de legua y media se hallaba la division Friant en Gross-Raigern.

De las diez divisiones de infanteria que tenia Napoleon, no presentó, pues, mas que seis en linea. Detras de los mariscales Lannes y Soult, puso en reserva los granaderos de Oudinot, separados por entonces del cuerpo de Lannes, el cuerpo de Bernadotte compuesto de las divisiones Drouet y Rivaud, y finalmente la guardia imperial. Asi conservaba á su mano una masa de 25,000 hombres para llevarla donde fuese necesario, y particularmente sobre las alturas de Pratzen á fin de conquistarlas á toda costa, si los rusos no las dejaban bas-

tante desguarnecidas. Napoleon acampó en medio de esta reserva.

Tomadas todas estas disposiciones, llevó la confianza hasta anunciarlas á su ejército en una proclama, en la cual se ve la grandeza de los acontecimientos que se preparaban. Hela aquí, tal como se leyó á las tropas la víspera de la batalla:

Proclama de Napoleon á los soldados, en la víspera de la batalla de Austerlitz.

«Soldados:
«El ejército ruso
«se presenta ante
«vosotros para ven-
«gar al ejército aus-
«triaco de Ulma. Com-

«pónenle esas mismas tropas que ha-
«beis batido en Hollabrunn, y que des-
«de entonces habeis perseguido constan-
«temente hasta aquí.

«Las posiciones que ocupamos son for-
«midables; y mientras marchen para en-
«volver mi derecha, me dejarán descu-
«bierto su flanco.

«Soldados: yo mismo dirigiré vuestros
«batallones. Permaneceré lejos del fue-
«go si con vuestra ordinaria valentia in-
«troducís el desorden y la confusion en
«las filas enemigas. Pero si la victoria
«permanece indecisa por un solo momen-
«to, vereis á vuestro Emperador espo-
«nerse el primero á las balas; porque la
«victoria no debe mostrarse indecisa, so-
«bre todo en esta jornada, en la que se
«trata del honor de la infanteria france-
«sa, que tanto importa al honor de nues-
«tra nacion.

«Que nadie, bajo el pretexto de con-
«ducir los heridos abandone sus filas, y
«que cada cual se penetre bien de esta
«idea: que es preciso vencer á esos asa-
«lariados de la Inglaterra, que tanto odio
«alimentan contra nuestra tropa.

«Esta victoria concluirá la campaña,
«y podremos volver á nuestros cuarteles
«de invierno, adonde se nos unirán los
«nuevos ejércitos que se forman en Fran-
«cia; y entonces la paz que yo haga se-
«rá digna de mi pueblo, de vosotros y
«de mí.

«NAPOLEON»

Aquel mismo dia recibió á M. de Haugwitz, que habia llegado al fin al cuartel general frances, y viendo en la dulzura de sus palabras toda la falsedad de la corte de Prusia, conoció mas que nunca la necesidad de obtener una victoria brillante. Napoleon recibió muy bien

al enviado prusiano, le dijo que al día siguiente iba á combatir, que le volvería á ver si una bala de cañon no lo quitaba de enmedio, y que entonces seria ocasion de entenderse con el gabinete de Berlin. Invitóle á que partiese aquella misma noche para Viena; y lo dirigió á M. de Talleyrand, teniendo cuidado de hacerle conducir por medio del campo de batalla de Hollabrunn, que ofrecia un espectáculo horrible.—Bueno es, escribía á M. de Talleyrand, que ese prusiano aprenda por sus ojos de que modo hacemos nosotros la guerra.—

Napoleon, despues de haber pasado parte de la prima-noche en el vivac con sus mariscales, quiso visitar sus soldados y juzgar por si mismo del ánimo que tenían. Era el 1.º de Diciembre, víspera del aniversario de su coronacion. La coincidencia de estas fechas era rara, y no buscada por Napoleon, pues no era él quien presentaba la batalla, sino quien la admitia. La noche era oscura y fria.

Los primeros soldados que lo vieron, deseando alumbrarle, formaron con la paja que habia en sus tiendas, unas antorchas que colocaron encendidas en la boca de sus fusiles. En pocos minutos todo el ejército siguió aquel ejemplo, y en todo el vasto frente de nuestra posicion se vió brillar aquella iluminacion estraña. Los soldados seguian los pasos de Napoleon gritando. ¡Viva el Emperador! y prometiéndole mostrarse al otro dia dignos de él y de si mismos. Todas las tropas se hallaban entusiasmadas. Iban al peligro como se debe ir; con el corazon rebosando contento y confianza.

Napoleon se retiró para obligar á sus soldados á que descansasen algo, y aguardó en su tienda la aurora de un dia que debia ser uno de los mas grandes de su vida, y uno de los mas famosos de la historia.

Aquellos fuegos, y aquellos vivos se habian visto y oido con facilidad desde las alturas que ocupaba el ejército ruso. y habian producido en un pequeño número de oficiales cuerdos un presentimiento siniestro. Preguntábanse si eran señales aquellas de un ejército que estuviese abatido y en retirada.

Mientras tanto, reunidos los gefes de

Napoleon recorre el campamento en la noche que precede á la batalla. Acogida que le hacen sus soldados.

los cuerpos rusos en la morada del general Kutusof en el pueblo de Kreznowitz recibian sus instrucciones para el dia siguiente. El viejo Kutusof dormia profundamente,

Comunicase á los generales rusos el plan de Weirotter en la noche que precede á la batalla.

y el general Weirotter, habiendo estudiado un mapa del pais á la vista de los que le escuchaban leia con énfasis una memoria que contenia todo el plan de la batalla (1). Casi le hemos dado á conocer de antemano al referir las disposiciones de Napoleon. La derecha de los rusos mandada por el príncipe Bagration, haciendo frente á nuestra izquierda debia acometer á Lannes por ambos lados del camino de Olmütz, quitarnos el *Santon* y marchar directamente sobre Brünn. La caballeria reunida en una sola masa entre el cuerpo de Bagration y el centro del ejército ruso, debia ocupar la misma llanura en que Napoleon habia situado á Murat, y enlazar la izquierda de los rusos con su cen-

tro. El grueso del ejército dividido en cuatro columnas mandadas por los generales Doctorow, Langeron, Pribyshewski y Kollowrath, situado entonces sobre las alturas de Pratzen, debia descender de ellas, atravesar el riachuelo pantanoso ya citado, apoderarse de Telnitz, Sokolnitz y Kobelnitz, flanquear la derecha de los franceses, y adelantarse á sus espaldas para cortarles el camino de Viena. Todos estos cuerpos debian reunirse bajo los muros de Brünn. El archiduque Constantino con la guardia rusa, fuerte de 9 á 10,000 hombres, debia partir de Austerlitz al ser de dia para situarse como cuerpo de reserva detras del centro del ejército aliado.

Cuando el general Weirotter hubo concluido su lectura, que habia verificado en presencia de los gefes de los cuerpos rusos, y de los cuales solo el general Doctorow prestaba atencion, y solo el general Langeron se mostraba dispuesto á contradecirle, oyó por parte de éste algunas objeciones. El general

(1) Creemos útil citar aquí un fragmento de las memorias manuscritas del general Langeron, testigo ocular, pues mandaba uno de los cuerpos del ejército ruso:

He aquí la relacion de este oficial:

«Ya se ha visto que el 19 de Noviembre (1.º de Diciembre) nuestras columnas no llegaron á su destino sino á eso de las diez de la noche.

A eso de las once todos los gefes de dichas columnas, á excepcion del príncipe Bagration, que estaba bastante lejos todavia, recibieron la orden de pasar á Kreznowitz, á casa del general Kutusof, á fin de oír la lectura de las disposiciones que se debian adoptar en la próxima batalla.

A la una de la madrugada, luego que estuvimos todos reunidos, se presentó el general Weirotter, desplegó sobre una mesa grande un mapa inmenso y muy exacto de las cercanias de Brünn y de Austerlitz, y nos leyó sus disposiciones con un tono hinchado y un aire jactancioso que revelaba la persuacion íntima que tenia de su mérito y de nuestra incapacidad. Asemejábase á un regente de estudios dando leccion á sus jóvenes discípulos. Acaso éramos efectivamente colegiales, pero el estaba muy lejos de ser un buen profesor. Kutusof sentado y medio dormido cuando llegamos, se durmió del todo antes de que nos retirásemos; Buxhoevden de pie escuchaba, pero de seguro no comprendia nada; Miloradowich guardaba silencio; Pribyshewski se mantenía á parte, y solo Doctorow

examinaba el mapa con atencion. Cuando Weirotter concluyó de perorar, yo fui el único que tome la palabra y le dije: „Mi general, todo eso está muy bueno; pero „si los enemigos se nos anticipan y nos „atacan cerca de Pratzen, qué haremos? „Ese caso no está previsto, me contestó; „pero vos conocéis la audacia de Bonaparte; si hubiera podido atacarnos lo hubiera hecho hoy. „Segun eso, no lo juzgais muy fuerte? le pregunté. „Mucho „es que tenga 40,000 hombres. „En ese „caso corre á su pérdida aguardando nuestro ataque; pero yo lo creo demasiado „habil para ser imprudente, porque si como lo pretendéis y creéis le cortamos el „camino de Viena, no tiene otra retirada „que las montañas de la Bohemia: sin embargo, yo le supongo otro proyecto. En el „campamento enemigo se oye mucho ruido, „y han apagado los fuegos. „Es que se „retira ó que cambia de posicion; pero aun „suponiendo que tome la de Turas nos ahorra con ello mucho trabajo, sin que haya „que variar las disposiciones dadas.”

Despertándose á este tiempo Kutusof, nos despidió mandándonos dejásemos un ayudante para copiar las disposiciones que el teniente coronel de estado mayor Toll iba á traducir del alemán al ruso. Ya era cerca de las tres de la mañana, y no recibimos las copias de aquellas famosas disposiciones hasta las ocho, cuando ya estábamos en marcha.

Langeron, emigrado frances que servia contra su patria, y era un buen oficial, y aficionado á criticar, preguntó al general Weirother si creia que todo pasaria segun lo habia escrito, manifestandopor su parte, que lo dudaba mucho. El general Weirother no quiso admitir otra idea que la que se habia divulgado entre el estado mayor ruso, á saber: que Napoleon se retiraba, y que las instrucciones dadas eran excelentes para aquel caso. El general Kutusof puso término á toda discusion despidiendo á los comandantes de los cuerpos á sus cuarteles, y mandando que se diese á todos copia de aquellas instrucciones. Este gefe esperimentado sabia lo que se debia pensar de aquella manera de concebir y ordenar los planes de batalla, y sin embargo, no se metia en nada, aunque se obraba asi á su nombre.

Batalla de Austerlitz
dada el 2 de Diciembre de 1805.

gar por sus propios ojos si los rusos cometian la falta, á que los habia incitado

Napoleon sale de su tienda antes del dia para observar el movimiento de los rusos.

vió casi apagados los fuegos de los rusos sobre las alturas de Pratzen. Un ruido que se oia muy distintamente de cañones y caballos, indicaba una marcha de izquierda á derecha, hácia las lagunas, es decir, al mismo punto donde él deseaba que los rusos se dirigiesen. Grande fue

Alegria de Napoleon al notar por el ruido de los cañones que los rusos marchan hácia las lagunas.

sado la noche, y desde el cual abarcaba toda la estension del campo de batalla. Sus mariscales estaban á caballo á su lado. El dia empezaba á lucir. Una niebla de invierno cubria á lo lejos la campiña, y solo dejaba ver las partes mas salientes del terreno, que aparecian entre la niebla como islas enmedio de un mar. Los diversos cuerpos del ejército frances estaban en movimiento, y descendian de la posicion que habian ocupado durante la noche para atravesar el riachuelo que

Desde las cuatro de la mañana Napoleon habia salido de su tienda para juzgar por sus propios ojos si los rusos cometian la falta, á que los habia incitado con tanta destreza.

Llegó hasta el pueblo de Puntowitz situado á la margen del riachuelo que separaba los dos ejércitos, y vió casi apagados los fuegos de los rusos sobre las alturas de Pratzen. Un ruido que se oia muy distintamente de cañones y caballos, indicaba una marcha de izquierda á derecha, hácia las lagunas, es decir, al mismo punto donde él deseaba que los rusos se dirigiesen. Grande fue su alegría al ver tan bien justificada su prevision: en seguida volvió á situarse sobre el terreno elevado donde habia pasado la noche, y desde el cual abarcaba toda la estension del campo de batalla. Sus mariscales estaban á caballo á su lado. El dia empezaba á lucir. Una niebla de invierno cubria á lo lejos la campiña, y solo dejaba ver las partes mas salientes del terreno, que aparecian entre la niebla como islas enmedio de un mar. Los diversos cuerpos del ejército frances estaban en movimiento, y descendian de la posicion que habian ocupado durante la noche para atravesar el riachuelo que

los separaba de los rusos. Pero se detenian en las partes mas bajas del terreno, y alli estaban ocultos por la niebla, y reñenidos por las órdenes del Emperador hasta el momento oportuno para empezar el ataque.

Oíase ya un vivo fuego al estremo de la línea y en direccion á las lagunas. El movimiento de los rusos contra nuestra derecha se pronunciaba. El mariscal Davout habia partido á escape para dirigir la division Friant desde Gross-Raigern sobre Telnitz, y apoyarse al 3.º de línea y los cazadores corsos sobre los que iba á caer una parte considerable del ejército enemigo. Los mariscales Lannes, Murat y Soult con sus ayudantes de campo rodeaban al Emperador aguardando la señal de comenzar el combate por el centro y por la izquierda. Napoleon moderaba su ardor, queriendo dar tiempo á que los rusos completasen del todo la falta que cometian sobre nuestra derecha, de modo que no pudiesen retroceder de aquellas bondonadas en las cuales se les veia internarse. Por último, apareció el sol y disipando la niebla inundó de luz aquel vasto campo de batalla. Era el sol de Austerlitz; sol cuyo recuerdo tantas veces repetido á la generacion presente, no será jamas olvidado de las generaciones futuras. Las alturas de Pratzen se desguarnecian de tropas. Los rusos ejecutando el plan convenido, habian bajado al riachuelo de Goldbach para apoderarse de los pueblos de Telnitz y de Sokolnitz situados á lo largo de su margen. Napoleon dió entonces la señal de ataque y sus mariscales partieron al galope para colocarse á la cabeza de los diferentes cuerpos del ejército.

Luce el sol en el campo de batalla de Austerlitz. Napoleon da la señal del ataque.

Las tres columnas rusas encargadas de atacar á Telnitz y Sokolnitz, se habian puesto en marcha á las siete de la mañana. Estaban á las inmediatas órdenes de los generales Doctorow, Langeron y Pribyschewski, y al mando superior del general Buxhoevden, oficial mediano é inactivo, lleno de orgullo por el favor que gozaba, debido á un matrimonio de corte, y que mandaba tan poco en la izquierda del ejército

Marchas de las tres columnas rusas encargadas de flanquear el ejército frances por la parte de las lagunas.

ruso como el general en jefe Kutusof en todo él. Este jefe marchaba con la columna del general Doctorow, que formaba el extremo en la línea rusa, y era la primera que debía combatir, y no cuidaba en lo mas mínimo de las demas columnas, ni de la unidad que debía reinar en todos los movimientos; lo que era una fortuna para nosotros, porque si hubiesen obrado de concierto y embesitado en masa simultaneamente á Telnitz y Sokolnitz, no habiendo llegado todavía á dicho punto la division Friant, hubieran podido adelantarse por nuestra derecha mucho mas de lo que convenia.

La columna de Doctorow habia pasado la noche, como las demas, en la altura de Pratzen. Al pie de dicha altura, en la hondonada que la separaba de nuestra derecha, habia un pueblo llamado Augezd, y en este pueblo una vanguardia compuesta de cinco batallones y de catorce escuadrones austriacos, mandados por el general Kienmayer. Esta vanguardia debía barrer la llanura entre Augezd y Telnitz, mientras que la columna de Doctorow descendia de las alturas. Ansiosos los austriacos de manifestar á los rusos que se batian tan bien como ellos, atacaron con mucha resolucion el pueblo de Telnitz. Para esto, tenían á la vez que pasar el riachuelo, que por este sitio corre por zanjas, y subir á una altura cubierta de viñas y de casas. En este sitio teniamos ademas del 3.º de línea el batallón de tiradores corsos guarecido tras todos los parapetos que ofrecia la naturaleza del terreno.

Viva resistencia que oponen los cazadores corsos á la columna de Doctorow.

Estos diestros tiradores, apuntando con la mayor sangre fria á los húsares que venian delante mataron gran número: del mismo modo recibieron al regimiento de infanteria de Szeckler, y en media hora dejaron tendida en tierra gran parte de este regimiento. Cansados los austriacos de este combate mortifero y sin resultados, asaltaron en masa con sus cinco batallones reunidos el pueblo de Telnitz, pero no pudieron penetrar en él, gracias á la firmeza del 3.º de línea, que los recibió con el vigor de una tropa experimentada. Mientras que la vanguardia de Kienmayer, se fatigaba en esfuerzos inútiles, la columna de Doctorow, fuerte de

veinte y cuatro batallones, y conducida por el general Buxhoevden, apareció al fin, despues de haberse hecho esperar mas de una hora, y vino á ayudar á los austriacos en la toma de Telnitz, que ya el 3.º de línea no bastaba á defender. Los enemigos pasaron el riachuelo, y el general Kienmayer lanzó sus catorce escuadrones en la llanura del otro lado de Telnitz, contra la caballeria ligera del general Margaron. Esta sostuvo con valor varias cargas, pero no pudo hacer por mucho tiempo frente á semejante masa de caballeria. No habiendo llegado todavía de Gross-Raigern la division Friant que conducia el mariscal Davout, nuestra derecha se hallaba enteramente flanqueada. Por fortuna, el general Buxhoevden, despues de haberse hecho aguardar mucho, tuvo que aguardar á su vez á la segunda columna que mandaba el general Langeron, la que habia sido detenida por un accidente singular. La masa de caballeria destinada á ocupar la llanura que estaba á la derecha de los rusos y á la izquierda de los franceses, no habiendo comprendido bien la orden se habia ido á situar en el mismo Pratzen en medio del vivac de la columna de Langeron; y cuando reconoció su error y quiso dirigirse á su verdadero puesto, tuvo que cortar las columnas de Langeron y de Pribyschewski paralizando su marcha. El general Langeron llegado al fin al frente de Sokolnitz emprendió el ataque de este punto. Mientras tanto el general Friant habia acudido apresuradamente con su division, compuesta de cinco regimientos de infanteria y seis de dragones. El regimiento primero de dragones agregado en esta jornada á la division Bourcier, fue dirigido á galope sobre Telnitz. Victoriosos ya los austro-rusos en este punto, empezaban á dejar atras el Goldbach y á flanquear el 3.º de línea y la caballeria ligera de Margaron, cuando los dragones del primer regimiento los acometieron al galope y rechazaron á Telnitz todas las fuerzas que habian intentado salir de él. Los generales Friant y Hendelet llegando á poco con la primera brigada, compuesta del 108 de línea y de los cazadores del 15 de ligeros, entraron en Telnitz á la bayoneta, arrojaron de él á los austriacos y á los rusos, rechazándolos en desorden

La division Friant llega á Telnitz y recupera este pueblo.

al otro lado de las zanjás que formaban el cauce del Goldbach, y quedaron dueños del campo, después de haberlo dejado cubierto de muertos y de heridos. Por desgracia, la niebla disipada casi por todas partes reinaba todavía en las hondonadas, y envolvía á Telnitz, cuyo pueblo se encontraba como envuelto en una nube. El 26 de ligeros de la división Le-grand que acudía al socorro del 3.º de línea, viendo confusamente masas de tropa al otro lado del riachuelo, y no pudiendo distinguir el color de sus uniformes hizo fuego sobre el 108 creyendo tirar al enemigo. Este inesperado ataque causó cierto desorden en el 108, que se replegó temiendo verse envuelto. Aprovechándose de esta circunstancia los rusos y los austriacos, que en este punto tenían veinte y nueve batallones, volvieron á tomar la ofensiva, y rechazaron de Telnitz la brigada Heudelet, mientras que el general Langeron atacando con doce batallones rusos el pueblo de Sokolnitz situado junto al Goldbach algo mas arriba de Telnitz, había logrado penetrar en él. Las dos columnas enemigas de Doctorow y de Langeron, comenzaron entonces á desembocar la una de Telnitz y la otra de Sokolnitz. Al mismo tiempo la columna del general Pribyschewski había atacado y tomado el castillo de Sokolnitz situado mas arriba

33 de línea y del 15 ligero á disputar á la columna de Pribyschewski el castillo de Sokolnitz. Logra también rechazarla; pero mientras que combatía con las tropas de Pribyschewski delante del castillo de Sokolnitz, la columna de Langeron atacando de nuevo el pueblo dependiente de aquel castillo, está á punto de destruir al 48, que atrincherado en las casas del pueblo se defiende con un valor admirable. El general Friant vuelve á él y libra al 48. Este valiente general y su ilustre jefe el mariscal Davout, corriendo sin cesar de un punto á otro en aquella línea del Goldbach tan fuertemente disputada, se batían con 7 ó 8,000 infantes y 2,800 caballos contra 35,000 rusos. En efecto, la división Friant se hallaba reducida á 6,000 hombres lo mas por la rápida marcha de 36 leguas que había hecho; y con el 3.º de línea no ascendía á mas que á unos 7 ú 8,000 combatientes. Pero llegando á cada instante, guiados por el fuego los soldados que se habían quedado atras, llenaban sucesivamente los vacíos que las balas del enemigo causaban en nuestras filas.

Durante este combate tan encarnizado de nuestra derecha, el mariscal Soult, en el centro había atacado la po-

El general Soult, ataca con su cuerpo la altura de Pratzen que forma el centro de los rusos.

Conducta heroica del general Friant y de su división.

del pueblo del mismo nombre. Viendo esto el general Friant, que en esta jornada, como en tantas otras, se portó como un héroe, lanzó al general Bourcier con sus seis regimientos de dragones sobre la columna de Doctorow que empezaba á desplegarse fuera de Telnitz. Los rusos presentaron sus bayonetas á nuestros dragones, pero las repetidas cargas de nuestra caballería, impidieron que se estendiesen, y sostuvieron así á la brigada Heudelet que hacia frente al enemigo. En seguida el general Friant se pone á la cabeza de la brigada Lochet, compuesta del 48 y del 111 de línea, y cae sobre la columna de Langeron que ya se dejaba atras el pueblo de Sokolnitz, la hace volver á él, entra en su seguimiento, la expulsa, y la arroja al otro lado del Goldbach. El general Friant sin detenerse, confía al 48 la defensa de Sokolnitz, y marcha con su tercera brigada, la de Kister, compuesta del

sición de que dependía el éxito de la batalla. A la señal dada por Napoleon las dos divisiones Vandamme y Saint-Hilaire, formadas en columnas cerradas, habían empezado á subir con paso rápido las cuestas de la altura de Pratzen. La división Vandamme había tomado á la izquierda y la de Saint-Hilaire á la derecha del pueblo de Pratzen, que está encajonado profundamente en una quebrada que va á salir al arroyuelo de Goldbach cerca de Puntowitz. Mientras que los franceses se adelantaban, el centro del ejército enemigo compuesto de la infantería austriaca de Kollowrath y de la infantería rusa de Miloradovich, fuerte de veinte y siete batallones, y mandado directamente por el general Kutusof y los dos Emperadores, había venido á desplegarse sobre la meseta de la altura de Pratzen, para reemplazar en ella las tres columnas que al mando de Buxhoevden, habían bajado á las hondonadas de las lagunas. Nuestros soldados sin contestar al fuego que se les

hacia, continuaban trepando á la altura y sorprendiendo con su continente valeroso y resuelto á los generales enemigos que creían encontrarlos en retirada (1).

Llegados al pueblo de Pratzen lo atravesaron sin detenerse. El general Morand pasó adelante á la cabeza del 10 de ligeros, y fue á formarse sobre la meseta. El general Thiébault (2) le sigue con su brigada compuesta del 14 y del 36 de línea, y mientras se adelanta recibe de improviso por retaguardia una descarga de fusilería que le hacen dos batallones rusos ocultos en la quebrada en cuyo fondo se halla situado el pueblo de Pratzen. El general Thiébault se detiene un instante, devuelve á quemaropa el fuego que ha recibido, entra en el pueblo con uno de sus batallones, pone en dispersión ó hace prisioneros á los rusos que lo ocupan; y en seguida vuelve á sostener al general Morand que se había desplegado sobre la meseta. Por su parte la brigada Varé, segunda de la division Saint-Hilaire, pasando á la izquierda del pueblo había ido á alinearse en frente del enemigo, mientras que Vandamme con toda su division estendiéndose mas á la izquierda todavía tomaba posicion cerca de una pequeña cima llamada Stari-Winobradi que domina la meseta de Pratzen. Los rusos habían situado en ella cinco batallones y una artillería numerosa.

La infantería austriaca de Kollowrath y la infantería rusa de Miloradovich estaban formadas en dos líneas. El mariscal Soult, sin perder tiempo, hace adelantar las divisiones Saint-Hilaire y Vandamme. El general Thiébault, que formaba con su brigada la derecha de la division Saint-Hilaire, tenía una batería de doce piezas. Mándalas cargar con bala y metralla y rompe un fuego mortífero sobre la infantería que tenía delante. Este fuego vivo y bien dirigido,

difunde en breve el desorden en las filas austriacas, que al pronto retroceden, y que despues se arrojan desordenadamente por la espalda de la altura. Vandamme ataca en este momento al enemigo alineado á su frente. Su valerosa infantería se adelanta con serenidad, se detiene, hace varias descargas mortíferas, y marchando sobre los rusos á la bayoneta, arroja su primera línea sobre la segunda, y obliga á una y otra á emprender la fuga por la espalda de la meseta, abandonando su artillería. En este movimiento Vandamme había dejado á su izquierda la loma de Stari-Winobradi defendida por varios batallones rusos y toda erizada de cañones. Vuelve á ella y haciéndola flanquear por el general Schinner con el 24 ligero, sube él mismo á ella con el 4.º de línea, y á pesar de un fuego mortífero, arroja á los rusos que la guardaban y se apodera de sus cañones.

Así en menos de una hora, las dos divisiones del cuerpo del mariscal Soult se habían apoderado de la meseta de Pratzen, y perseguían á los rusos y á los austriacos que huían en el mayor desorden por las pendientes de aquella altura que caen al camino de Austerlitz.

Los dos Emperadores de Austria y de Rusia testigos de aquella rápida acción se esforzaban en vano para detener á sus soldados. Nadie

Esfuerzos que hacen los dos Emperadores y el general Kutusof para rehacer el centro del ejército austro-ruso.

los escuchaba en medio de la confusión, y Alejandro podía ya notar que la presencia de un soberano en tales circunstancias no vale la de un buen general. Miloradovich, siempre valiente en el fuego, recorría á caballo aquel campo de batalla surcado por las balas y procuraba atraer á él á los que huían. El general Kutusof, herido de un balazo en la mejilla, veía realizarse el desastre que había previsto; y que no había tenido la firmeza de impedir. Se había apresurado á llamar á si la guardia imperial rusa que había pasado la noche delante de Austerlitz, á fin de rehacer á su espalda su centro derrotado. Si este jefe del ejército austro-ruso, cuyo mérito se reducía á tener mucha sutileza, oculta bajo mucha indolencia, hubiera sido capaz de adoptar resoluciones eficaces y prontas, este era el caso de acudir á su izquierda

(1) El príncipe Czartoryski, colocado entre los dos Emperadores, hizo notar al Emperador Alejandro la marcha hábil y decidida de los franceses que trepaban á la altura sin responder al fuego de los rusos. Conmovido el príncipe á su vista, sintió perder la confianza que había tenido hasta entonces, y concibió un siniestro presentimiento que no le abandonó en toda la jornada.

(2) El que ha muerto hace poco.

empeñada en aquel momento con nuestra derecha, sacar las tres columnas de Buxhoevden de las hondonadas en que se habían internado, volverlas á traer á la altura de Pratzen, y con 50,000 hombres reunidos hacer un esfuerzo decisivo para recobrar una posición sin la cual iba á ser su ejército cortado. Aun cuando no lo hubiese logrado, al menos se habría retirado en orden sobre Austerlitz por un camino seguro, y no hubiera dejado su izquierda puesta en un abismo. Pero contentándose con hacer frente al mal que presenciaba, se limitaba á rehacer su centro sobre la guardia imperial rusa, fuerte de 9 á 10,000 hombres; mientras que Napoleon, al contrario, fija siempre la vista en la altura de Pratzen acudía á sostener al mariscal Soult, ya victorioso, con el cuerpo de Bernadotte, la guardia y los granaderos de Oudinot, es decir, con 25,000 hombres escogidos.

Mientras que nuestra derecha disputaba, como se ha visto, la línea del Goldbach á los rusos, y nuestro centro los arrojaba de la altura de Pratzen. Lannes y Murat á nuestra izquierda, habían venido á las manos con el príncipe Bagration y con toda la caballería de los austro-rusos.

Lannes y Murat á la izquierda de nuestro ejército triunfan de los asaltos repetidos de Bagration y de toda la caballería austro-rusa.

mino, en el mismo sitio en que se elevaba el *Santon*, el terreno próximo ya á las alturas llenas de arboleda de la Moravia, era muy desigual, tan pronto montuoso, tan pronto cortado en quebradas profundas, y en él estaba situada la división Suchet. A la derecha el terreno era mas igual, y se enlazaba por unas cuestas bastante suaves á la meseta de Pratzen. Caffarelli marchaba por este lado protegido por la caballería de Murat contra la masa de la caballería austriaca.

Aguardábase que en este sitio tuviese lugar una especie de batalla como las de Egipto, porque se veían ochenta y dos escuadrones rusos y austriacos formados en dos líneas y mandados por el príncipe Juan de Lichtenstein. Por este motivo las divisiones Suchet y Caffarelli

presentaban varios batallones desplegados y detras de los intervalos que dejaban estos, otros batallones formados en columna cerrada para apoyar y flanquear á los primeros. La artillería estaba estendida al frente de las dos divisiones. La caballería ligera del general Kellermann, así como las divisiones de dragones se encontraban á la derecha en la llanura, y la caballería de línea de Naumonty y de Hautpoul en reserva á retaguardia.

En este orden imponente, Lannes rompió la marcha al punto que oyó el fuego de cañon de Pratzen, y atravesó al paso como pudiera haberlo hecho en un campo de maniobras, aquella llanura iluminada por un hermoso sol de invierno.

El príncipe Juan de Lichtenstein, se había tardado bastante á consecuencia

La caballería enemiga ataca el cuerpo de Lannes.

de la equivocación que había hecho á la caballería austro-rusa correr inutilmente de la derecha á la izquierda del campo de batalla. En su ausencia la guardia imperial de Alejandro había llenado el vacío que dejaba entre el centro y la derecha del ejército combinado. Llegado al fin Lichtenstein á su puesto, notó el movimiento del cuerpo de Lannes y lanzó los uhlanos del gran duque Constantino sobre la división Caffarelli. Arrojanse estos atrevidos ginetes sobre la división, delante la cual estaba situado Kellermann con su brigada de caballería ligera. El general Kellermann, uno de nuestros mas hábiles oficiales de caballería, juzgando que sería arrollado sobre la infantería francesa, y que acaso la pondría en desorden si recibía inmóvil aquella carga temible, replegó sus escuadrones, y haciéndolos pasar por los intervalos de los batallones de Caffarelli, fue á formarlos de nuevo á la izquierda á fin de aprovechar una ocasión favorable para dar una carga. Los uhlanos, lanzados al galope, encuentran en lugar de nuestra caballería ligera una línea de infantería que nada era capaz de romper, y que aun sin formarse en cuadro los acoje con un fuego mortífero de fusilería. Cuatrocientos de estos ginetes caen al punto en tierra al frente de la división. El general ruso Essen queda herido mortalmente combatiendo á su cabeza; los demas corren desordenadamente á derecha é izquierda. Sin perder tiempo, Kellerman que

habia formado sus escuadrones á la izquierda de Caffarelli carga á los uhlanos y acuchilla á gran número. El príncipe Juan de Lichtenstein envia una nueva parte de sus escuadrones al socorro de los uhlanos. Nuestras divisiones de dragones se ponen á su vez en movimiento, se precipitan sobre la caballeria enemiga, y durante algunos instantes no se apercibe mas que una horrorosa pelea en la que todos combaten cuerpo á cuerpo. Disípase, en fin, aquella nube de ginetes, y cada cual vuelve á su línea de batalla dejando el terreno cubierto de muertos y heridos, la mayor parte rusos ó austriacos. Entonces, nuestras dos masas de infanteria se adelantan con paso firme y mesurado por aquel terreno abandonado por la caballeria. Los rusos le oponen cuarenta cañones que vomitan una granizada de balas y metralla. Una descarga se lleva toda la banda de tambores del primer regimiento de Caffarelli. Toda nuestra artilleria responde á aquel vivo cañoneo; y en este combate de la artilleria le rompe un balazo una pierna al general Valhubert. Algunos soldados quieren retirarlo de allí.—Permaneced en vuestro puesto, les dice, yo sabré morir solo. No es menester que por un hombre se pierdan seis.—En seguida, marchan sobre el pueblo de Blazowitz que está á la derecha de la llanura, allí donde el terreno empieza á elevarse hácia Pratzten. Este pueblo, encajonado como todos los del país, en el fondo de un barranco, no se distinguia sino por las llamas que lo devoraban: un destacamento de la guardia imperial rusa lo habia ocupado por la mañana, aguardando la caballeria del príncipe de Lichtenstein. Lannes manda al 13 de ligeros que se apodere de él. El coronel Castex que lo mandaba se adelanta con el primer batallon formado en columna de ataque, y mientras llega al pueblo recibe un balazo en la frente. El batallon se precipita dentro del pueblo y venga á bayonetazos la muerte de su coronel. Apoderanse de Blazowitz, y hacen algunos centenares de prisioneros que se envian á retaguardia.

En la otra ala del cuerpo de Lannes, los rusos mandados por el príncipe Bagration procuraban apoderarse de la pequeña eminencia que nuestros soldados llamaban el *Santon*. Habian descendido á un llano que se estiende al pie de di-

cha eminencia, se habian apoderado del pueblo de Bosenitz, y cambiaban sin resultado sus fuegos con el de la numerosa artilleria que guarnecia la altura. Pero no pensaban en arrostrar el fuego de fusileria del 17 de línea, demasiado bien situado para que se atreviesen á aproximarse mucho á él.

El príncipe Bagration habia formado el resto de su infanteria en el camino de Olmütz, frente á la division Suchet. Obligado á retroceder se retiraba lentamente delante del cuerpo de Lannes, que marchaba sin precipitacion, pero de un modo imponente y ganando siempre terreno.

Después de haber tomado á Blazowitz, Lannes mandó á sus soldados que se apoderasen de Holubitz y de Kruch, pueblos situados á lo largo del camino de Olmütz, y logró alcanzar á la infanteria de Bagration. En este momento rompe la línea formada por sus dos divisiones: lleva la division Suchet oblicuamente á izquierda, y la division Caffarelli oblicuamente á derecha, y por este movimiento divergente separa la infanteria de Bagration de la caballeria del príncipe de Lichtenstein, y arroja á la primera á la izquierda del camino de Olmütz, y á la segunda á la derecha hácia las cuestas de la altura de Pratzten.

Entonces esta caballeria quiere hacer la última tentativa y cae toda entera sobre la division Caffarelli, que la recibe con su aplomo ordinario, y la detiene con el fuego de su fusileria. Los numerosos escuadrones de Lichtenstein, aunque se dispersan primero, rehechos después por sus oficiales, vuelven de nuevo á cargar á nuestros batallones. Los coraceros de los generales de Hautpoul y Nansouty que seguian á la infanteria de Caffarelli, desfilan al trote por orden de Lannes por detras de las filas de esta infanteria, se forman á su derecha, se despliegan, y se lanzan al galope. La tierra tiembla bajo los pies de aquellos 4,000 caballos montados por ginetes cargados de hierro, que se precipitan sable en mano sobre la masa nuevamente formada de los escuadrones austro-rusos, los arrollan con su choque, los dispersan, y los obligan á huir hácia Austerlitz, á donde se retiran para no volver á presentarse en toda la jornada.

Mientras tanto, la division Suchet

había atacado á la infantería de Bagration y después de haber dirigido sobre los rusos ese fuego seguro y mortífero que nuestras tropas, tan instruidas como aguerridas, ejecutaban con la mayor precisión, los había cargado á la bayoneta. Los rusos cediendo á la impetuosidad de nuestros batallones, se habían retirado, pero sin romperse y sin rendirse, formando una masa confusa, herizada de fusiles, que los franceses se veían obligados á arrollar ante sí sin poder hacerla prisionera. Desembarazado Lannes de los ochenta y dos escuadrones del príncipe de Lichtenstein, se había apresurado á traer de la derecha á la izquierda de aquella llanura la caballería de línea del general de Hautpoult, y la había lanzado sobre los rusos para decidir su retirada. Cargando los coraceros en todas direcciones á aquellos soldados obstinados que se retiraban en grandes pelotones, habían obligado á rendir las armas á algunos miles.

Resultado de la acción dada á la izquierda por Lannes.

De esta suerte, Lannes por sí solo acababa de dar en nuestra izquierda

una verdadera batalla, en la cual había hecho 4,000 prisioneros, y dejado tendidos en el campo 2,000 rusos y austriacos muertos ó heridos.

Renúvase la lucha entre el cuerpo del mariscal Soult y las reservas conducidas por Napoleón, con el centro de los rusos reforzado con la guardia de Alejandro.

conducía en persona. El general Kutusof en vez de pensar, como hemos dicho, en llamar á sí las tres columnas de Doctorow, Langeron y Pribyschewski, metidas ya en las hondonadas, no había hecho mas que replegar su centro sobre la guardia imperial rusa. Una sola brigada del cuerpo de Langeron, la de Kamenski, oyendo á sus espaldas un vivo fuego, se había detenido, y retrocedido después espontáneamente para volver á subir á la meseta de Pratzen. Advertido de ello el general Langeron se había puesto al frente de dicha brigada, dejando en Sokolnitz el resto de su columna.

En este nuevo combate del centro,

los franceses iban á luchar con la brigada Kamenski, con la infantería de Kollowrath y de Miloradovich y con la guardia imperial rusa. La brigada Thiébault, ocupando el extremo derecho del cuerpo del mariscal Soult, y separada de la brigada Varé por el pueblo de Pratzen, se encontraba en medio de una línea de fuegos en escuadra, porque tenía delante la línea reformada de los austriacos, y á su derecha una parte de las tropas de Langeron. Dicha brigada, compuesta del 10 de ligeros y del 14

y 36 de línea, iba por un momento á verse en gran peligro. Al desplegarse y formarse también en

Grave peligro de la brigada de Thiébault, y brillante conducta de dicha brigada.

escuadra para hacer frente al enemigo, el ayudante del 36 Labadie, temiendo que su batallón no se desordenase al ejecutar este movimiento, bajo un fuego de fusilería y de metralla recibido á treinta pasos, tomó la bandera y poniéndose el mismo de guía, gritó:—Soldados, he aquí vuestra línea de batalla.—El batallón se despliega con la mayor serenidad y aplomo: los otros lo imitan, la brigada toma posición, y durante algunos instantes sostiene casi á medio tiro un fuego mortífero. Sin embargo, si el combate se hubiera prolongado, en breve hubieran sucumbido aquellos tres regimientos bajo la multitud de fuegos cruzados que caía sobre ellos. El general Saint-Hilaire, admirado del ejército por su caballeresco valor, conferenciaba con los generales Thiébault y Morand sobre el partido que debían tomar, cuando Pouzet, coronel del 10, le dijo:—General, marchemos adelante á la bayoneta ó somos perdidos.—Si, adelante, responde el general Saint-Hilaire.—Al punto se cala bayoneta, arrojándose á derecha sobre los rusos de Kamenski, y al frente sobre los austriacos de Kollowrath y rechazan á los primeros en las hondonadas de Sokolnitz y de Telnitz, y á los segundos á espaldas de la meseta de Pratzen, hacia el camino de Austerlitz.

Mientras que la brigada Thiébault, abandonada por algun tiempo á sí misma, salía del riesgo con tanta valentía y felicidad, la brigada Varé y la división Vandamme situadas al otro lado del pueblo de Pratzen, no habían tenido ni con mucho que trabajar tanto para hacer frente á la vuelta ofensiva de los aus-

tro-rusos, y los habian arrojado al pie de la altura que, en vano, pretendian volver á subir. En el ardor que animaba á nuestras tropas, el primer batallón del 4.º de linea, perteneciente á la division Vandamme, se habia metido persiguiendo á los austriacos en terrenos pendientes y cubiertos de viñas. El gran duque Constantino habia enviado al punto un destacamento de la caballeria de la guardia imperial, que sorprendiendo aquel batallón en medio de las viñas lo habia desordenado antes que hubiese podido formarse en cuadro. En esta confusion fue muerto el abanderado del regimiento; un sargento quiso apoderarse del águila y fue muerto tambien, corriendo la misma suerte un soldado que la habia tomado de manos de este, quedando por lo tanto aquel trofeo en poder de los ginetes de Constantino.

Napoleon que habia venido á reforzar el centro con la infanteria de su guardia, todo el cuerpo de Bernadotte y los granaderos de Oudinot, vió desde la altura en que se hallaba la derrota de aquel batallón.—Allí hay desórden, dijo á Rapp, y es menester repararlo.—Al punto Rapp á la cabeza de los mamelucos y de los cazadores de la guardia

Combate de caballeria entre la guardia imperial francesa y la guardia imperial rusa.

á caballo, vuela al socorro del batallón comprometido, y el mariscal Bessieres le sigue con los granaderos á caballo. Para hacer frente á la guardia imperial rusa se adelanta en segunda linea la division Drouet del cuerpo de Bernadotte, formada de los regimientos 94 y 95 de linea y del 27 de ligeros, mandada por el coronel Gerard, oficial de gran energia y ayudante de campo de Bernadotte.

Al presentarse Rapp, llama sobre si á la caballeria enemiga que acuchillaba á nuestros infantes echados en tierra, la que se dirige sobre él con cuatro piezas de artilleria volante. Apesar de una descarga de metralla, Rapp se precipita y rompe la caballeria imperial. Sigue adelante y se deja atras el terreno que el batallón del 4.º cubria con sus restos. Al punto se levantan los soldados de este batallón y se rehacen para vengar su derrota. Rapp llega hasta las lineas de la guardia rusa, donde es asaltado por una segunda carga de caballeria que le

dan los guardias de corps de Alejandro, mandados por su coronel el principe Repnin. El valiente Morland, coronel de los cazadores de la guardia imperial francesa es muerto, y los cazadores son rechazados. En aquel momento llegan al galope al socorro de Rapp, los granaderos de la guardia, mandados por el mariscal Bessieres. Estos excelentes ginetes montados en grandes caballos arden en deseos de medirse con los guardias de Alejandro, y en breve se empeña entre unos y otros un combate que dura algunos minutos. La infanteria de la guardia rusa que presenciaba aquel combate no se atreve á hacer fuego por no tirar sobre los suyos. Por último, los granaderos á caballo de Napoleon, veteranos experimentados en cien batallas, triunfan de los jóvenes guardias de Alejandro, los dispersan, despues de haber dejado tendido bastante número en el campo, y vuelven vencedores al lado de su soberano.

Napoleon que presenciaba aquel combate, quedó muy contento al ver castigada la jactancia de la juventud rusa. Rodeado de su estado mayor recibió á Rapp que volvía herido, cubierto de sangre y seguido del principe Repnin que habia quedado prisionero, y le dió grandes testimonios de satisfaccion. Mientras tanto, los tres regimientos de la division Drouet, mandados por el coronel Gerard, rechazaban la infanteria de la guardia rusa sobre el pueblo de Kreznowitz, se apoderaban de este y hacian muchos prisioneros. Era la una del dia, y la victoria no era ya dudosa, porque Lannes y Murat eran dueños de la llanura á la izquierda, y siéndolo tambien de la altura de Pratzen el mariscal Soult apoyado por toda la reserva, solo faltaba volver á la derecha y arrojar en las lagunas las tres columnas rusas de Buxhoevden, empeñadas tan en vano en cortarnos el camino de Viena. Napoleon, dejando entonces el cuerpo de Bernadotte sobre la meseta de Pratzen, y dirigiéndose á la derecha con el cuerpo del mariscal Soult, la guardia y los granaderos de Oudinot, quiso recoger por si mismo el precio de sus profundas combinaciones, y vino por el mismo camino que habian seguido las tres co-

Napoleon despues de haber asegurado la posicion de Pratzen, pasa a la derecha para terminar la batalla.

Napoleon despues de haber asegurado la posicion de Pratzen, pasa a la derecha para terminar la batalla.

lumnas de Buxhoewden al bajar de la altura de Prätzen, á asaltarlas por retaguardia. Ya era tiempo que llegase, porque el mariscal Davout y su segundo el general Friant, corriendo sin cesar de Kobelnitz á Telnitz para impedir á los rusos que pasasen el Goldbach estaban próximos á sucumbir. El valiente Friant habia tenido cuatro caballos muertos durante la jornada; pero cuando hacia los últimos esfuerzos, Napoleon se presentó de improviso á la cabeza de una masa de fuerzas irresistible. Entonces tuvo lugar un desórden horroroso entre los rusos sorprendidos y desesperados. Toda la columna de Pribyschewski y la mitad

Horroroso desastre de las tres columnas de Buxhoewden puestas entre dos fuegos y arrojadas á las lagunas.

de la de Langeron que habia quedado al frente de Sokolnitz, se vieron cortadas sin esperanza de salvacion, porque los franceses llegaban sobre su retaguardia por los mismos caminos por donde ellas habian venido por la mañana. Las dos columnas se dispersan; una parte queda prisionera en Sokolnitz, la otra se refugia hacia Kobelnitz, y es envuelta cerca de los pantanos de este nombre. Una tercera, en fin, se dirige hácia Brünn, y se ve obligada á rendir las armas cerca del camino de Viena, alli donde los rusos habian fijado su reunion en la esperanza de salir victoriosos.

El general Langeron con los restos de la brigada Kamenski y algunos batallones que habia retirado de Sokolnitz antes del desastre, se habia refugiado hacia Telnitz y las lagunas, cerca del lugar donde se encontraba Buxhoewden con la columna Doctorow. El inepto jefe del ala izquierda de los rusos, orgulloso de haber disputado con 29 batallones y 22 escuadrones el pueblo de Telnitz á cinco ó seis batallones franceses, permanecia inmóvil aguardando los triunfos de las columnas de Langeron y Pribyschewski. Si se ha de dar crédito á un testigo ocular, llevaba en su rostro las señales de los excesos á que se entregaba ordinariamente. Langeron, que habia acudido á aquel punto, le refiere en pocas palabras lo que pasa.—Por todas partes no veis mas que enemigos, le responde brutalmente Buxhoewden.—Y vos, replica Langeron, no os hallais en estado de ver nada en ninguna parte.—En

este instante el cuerpo del mariscal Soult se presenta en la bajada de la altura que da á las lagunas, y se dirige sobre la columna Doctorow para arrojarla á ellas. Ya no es posible dudar del peligro. Buxhoewden, con cuatro regimientos, que en su impericia habia dejado á su lado en una completa inaccion, procura volver á ganar el camino por donde habia venido, y que pasaba por el pueblo de Augezd, entre la falda de la altura de Prätzen y la laguna de Satschan, y se dirige á él precipitadamente, dando orden al general Doctorow de que se salvase como pudiese. Langeron se une á él con los restos de su columna. Buxhoewden atraviesa á Augezd en el momento en que la division Vandamme, que descendia de la meseta, llega por otro lado; sufre huyendo el fuego de los franceses, y logra ponerse en salvo con algunas de sus tropas, pero el mayor número de ellas seguido de los restos de Langeron es detenida en su marcha por la division Vandamme dueña ya de Augezd. Entonces todas estas tropas se arrojan á las lagunas heladas, tratando de proporcionarse huida por ellas. El hielo que cubre aquellas lagunas, que ha perdido algo de su dureza por el calor de un hermoso dia, no puede resistir el peso de los hombres, de los caballos y de los cañones, y rompiéndose en algunos puntos sepulta á los rusos que andan sobre él, pero resiste en algunos otros, y ofrece un recurso á los fugitivos que huyen por ellos en el mayor desórden.

Napoleon que acababa de llegar á las pendientes de la altura de Prätzen, por el lado de las lagunas, mira la derrota que tan bien habia preparado, y para completar la ruina de los desgraciados que se habian refugiado sobre las partes heladas de las lagunas, manda á una bateria de la guardia que tire á bala rasa sobre el hielo. En breve se rompe este, y cerca de dos mil rusos encuentran la muerte en las aguas que cubria.

Entre el ejército francés y aquellas lagunas, imposibles de pasar, quedaba aun la desgraciada columna del general Doctorow, de la cual acababa de salvarse un destacamento con Buxhoewden, y de se-

Algunos miles de rusos son sepultados bajo el hielo.

Honrosa conducta del general Doctorow.

pullarse otro bajo el hielo. El general Doctorow, colocado en aquella situación cruel se condujo con la mas noble valentia. Al llegar cerca de las lagunas se elevaba algo el terreno y ofrecia cierto punto de apoyo. El general Doctorow apoyándose efectivamente en él, forma sus tropas en lineas; situa la caballeria en la primera, la artilleria en la segunda, y la infanteria en la tercera. Desplegado así, opone á los franceses una firme resistencia, mientras que envia algunos escuadrones á buscar salida entre las lagunas de Satschan y de Menitz.

En este terreno se empeña un último y rudo combate. Los dragones de la division Beaumont, tomados á Murat y conducidos de la izquierda á la derecha, cargan la caballeria austriaca de Kienmayer, que despues de haber cumplido su deber se retira bajo la proteccion de la artilleria rusa. Los artilleros rusos inmóviles en sus piezas, disparan á metralla sobre los dragones, que en vano pretenden apoderarse de ellas. La infanteria del mariscal Soult marcha á su vez sobre aquella artilleria, y á pesar del fuego á quema-ropa que recibe se apodera de ella, y rechaza la infanteria rusa á Telnitz; á tiempo que entra en este pueblo el mariscal Davout con la division Friant. Desde este momento no

Destruccion de una parte de la columna Doctorow.

les queda á los rusos mas huida que un paso estrecho entre Telnitz y las lagunas.

Los unos se precipitan por él en el mayor desórden, y encuentran la muerte como los que los han precedido. Otros logran retirarse por un camino que descubren entre las lagunas de Satschan y de Menitz. La caballeria francesa los sigue por aquella calzada acosándolos en su retirada. La tierra gredosa de aquellos lugares, poco ha cubierta de hielo, convertida ahora en fango espeso por el calor de los rayos solares, se hunde bajo los pies de los hombres y de los caballos. La artilleria de los rusos se atasca, y sus caballos mas propios para la carrera que para el tiro, no pudiendo sacar los cañones los abandonan. Nuestra caballeria en medio de aquella derrota hace tres mil prisioneros, y se apodera de gran número de cañones. «Ya habia yo visto», esclama el general Langeron «uno de los actores de aquella horrorosa escena, algunas batallas perdidas; pero

no tenia ni aun la idea de semejante derrota.»

En efecto, de una ala á la otra del ejército ruso, no habia en órden mas que el cuerpo del principe Bagration, que Lannes no se habia atrevido á perseguir, ignorando lo que pasaba á la derecha del ejército. Todo lo demas huia en horroroso desórden, prorrumpiendo en gritos feroces, y saqueando los pueblos que encontraban en su camino para proporcionarse algunos viveres. Los dos soberanos de Rusia y de Austria huian de aquel campo de batalla, en el que ya oian á los franceses gritar *viva el Emperador!*

Fuga de los dos Emperadores.

Alejandro estaba sumido en el mayor abatimiento. El Emperador Francisco mas tranquilo, soportaba aquel desastre con sangre fria. En aquella comun desgracia tenia al menos un consuelo: ya no podian decir los rusos que la cobardia de los austriacos era la que hacia la gloria de Napoleon. Los dos principes, huian rápidamente por medio de los campos de la Moravia, en medio de una oscuridad profunda, separados de su servidumbre, y expuestos á ser insultados por la barbarie de sus mismas tropas. El Emperador de Austria viéndolo todo perdido, tomó á su cargo enviar al principe Juan de Lichtenstein para que pidiese á Napoleon un armisticio, prometiéndole firmar la paz en breve. Le encargó ademá que expresase á Napoleon el deseo que tenia de tener una entrevista con él en las avanzadas.

El principe Juan que habia cumplido bien con su deber en la batalla, y podia presentarse honrosamente al vencedor se dirigió á toda prisa al cuartel general frances. Napoleon, victorioso, estaba ocupado en recorrer el campo de batalla para retirar de él á los heridos, pues no queria tomar ningun descanso hasta haber dado á sus soldados los socorros á que tenian tantos derechos. Obedientes á sus órdenes, ninguno de ellos habia dejado las filas para socorrer á los heridos; de modo que el suelo estaba cubierto de ellos, y particularmente de cadáveres rusos en un espacio de mas de tres leguas. El campo de batalla ofrecia

El principe Juan de Lichtenstein se presenta á Napoleon la noche misma del dia de la batalla para pedir un armisticio y la paz.

un espectáculo terrible, aunque conmovia poco á nuestros veteranos de la revolución, pues acostumbrados á los horrores de la guerra, miraban las heridas y la muerte como una consecuencia natural de los combates, y como cosa insignificante en la alegría de la victoria. Hallábanse, pues, ébrios de satisfacción, y prorumpían en ruidosas aclamaciones al ver el grupo de oficiales que daba á conocer la presencia de Napoleón. Su regreso al cuartel general, que se había establecido en la casa de postas de Posoritz, ofrecía el aspecto de una marcha triunfal.

Aquella alma, en que tan amargos dolores debían un día suceder á tan vivas alegrías, saboreaba en aquel instante las delicias del mas magnífico y merecido triunfo, porque si la victoria es á menudo un favor de la casualidad, en esta ocasión era el precio de admirables combinaciones. Napoleón, en efecto, adivinando con la penetración del genio que los rusos querían cortar el camino de Viena, y que entonces se colocarían entre él y las lagunas, los había animado con su misma actitud á venir á ellas, y después, desmembrando su derecha, y reforzando su centro, se había arrojado con el grueso de su ejército sobre las alturas de Pratzen abandonadas por los rusos, y los había cortado en dos partes precipitándolos en un abismo del que no habían podido salir. La mayor parte de sus tropas, guardada en reserva, casi no había peleado, pues tanta era la fuerza que una combinación exacta dada á su posición y tal el valor de sus soldados que le permitía presentarlos en número inferior al enemigo. Puede decirse que de 65,000 franceses, 40 ó 45,000 á lo mas habían combatido, porque el cuerpo de Bernadotte, los granaderos y la infantería de la guardia casi no habían disparado un tiro. De modo que 45,000 franceses habían vencido á 90,000 austro-rusos.

Resultados materiales de la batalla de Austerlitz.

Los resultados de la batalla eran inmensos: 15,000 muertos, ahogados ó heridos, unos 20,000 prisioneros, entre ellos 10 coroneles y 8 generales, 180 cañones, gran número de caballos, y carros de municiones y de bagajes, tales eran las pérdidas del enemigo y los trofeos de los franceses. Estos tenían que lamentar

la pérdida de unos 7,000 hombres entre muertos y heridos.

Vuelto Napoleón á su cuartel general de Posoritz, recibió en él al príncipe Juan de Liechtenstein. Acogióle como vencedor cortes y afable, y convino en tener una entrevista con el Emperador de Austria en las avanzadas del ejército. El armisticio no se concedería hasta que los dos Emperadores de Francia y de Austria se hubiesen visto y dado esplicaciones.

Al día siguiente

Napoleón trasladó su cuartel general á Austerlitz, castillo que pertenecía á la familia de Kaunitz. Alojose en él, y quiso dar el nombre de este castillo á la batalla, que los soldados llamaban ya la batalla de los tres Emperadores, y que después ha conservado y conservará por muchos siglos el nombre que recibió del inmortal capitán que la ganó. Allí dirigió á sus soldados la proclama siguiente:

Napoleón se establece en el castillo de Austerlitz, y da á la gran batalla del 2 de Diciembre el nombre de este castillo.

«Austerlitz 12 de Frimario.

«Soldados:

«Estoy contento de vosotros: en la «jornada de Austerlitz habeis justificado «todo lo que esperaba de vuestra intrepidez. Habeis dado á vuestras águilas una «gloria inmortal. Un ejército de 100,000 «hombres mandado por los Emperadores «de Rusia y de Austria, ha sido en menos de cuatro horas ó cortado ó puesto «en dispersion. Lo que se ha escapado á «vuestro acero ha perecido en las lagunas.

«Cuarenta banderas, los estandartes «de la guardia imperial de Rusia, ciento «veinte cañones, veinte generales y mas «de 30,000 prisioneros (1) son el resultado de esta jornada para siempre célebre. Esa infantería tan alabada y tan superior en número no ha podido resistir á vuestro choque, y en adelante «ya no teneis que temer rivales. Así en «dos meses esta tercera coalición ha sido «vencida y disuelta. La paz no puede

(1) Todavía no se conocía el número exacto.

«estar lejana; pero, segun se lo he prometido á mi pueblo antes de pasar el Rhin, solo admitiré una paz que nos dé garantías, y asegure recompensas á nuestros aliados.

«Soldados; cuando se haya llevado á cabo todo lo necesario á asegurar la dicha y prosperidad de nuestra patria, os conduciré de nuevo á Francia, donde sereis el objeto de mi mas tierna solícitud. Mi pueblo os volverá á ver con alegría, y os bastará decir: Yo estuve en la batalla de Austerlitz, para que vos contesten: He aquí un valiente.

NAPOLÉON.»

Murat se engaña acerca de la direccion que toma el enemigo en su retirada, y le persigue por el camino de Olmütz.

Era menester perseguir al enemigo, el que segun todos los partes que se recibian, iba en completa derrota. En la confusion de los primeros momentos Napoleon engañado por Murat, habia creído que el ejército fugitivo se dirigia sobre Olmütz, y habia enviado por este camino la caballeria con el cuerpo de Lannes; pero al dia siguiente 3 de Diciembre el general Thiard recogió informes mas exactos, que dieron á conocer que el enemigo se dirigia por el camino de Hungría sobre el Morava. Napoleon se apresuró á trasladar sus columnas á Nasiedlowitz y Goeding. El mariscal Davout reforzado con toda la division Friant y con la llegada de la division Guding no habia perdido tiempo, gracias á su posicion mas cercana al camino de Hungría; y partiendo en persecucion de los

Conocida la direccion que siguen los rusos, parte el mariscal Davout en su persecucion.

rusos los acosaba de cerca. Quería alcanzarlos antes que pasasen el Morava, y hacerles prisionera una parte de su ejército. Despues de haber marchado todo el dia 3, se hallaba el 4 por la mañana á la vista de Goeding próximo á alcanzarlos. En Goeding reinaba la mayor confusion. Mas allá estaba el castillo de Holitsch que pertenecia al Emperador de Austria, á donde ambos soberanos habian ido á buscar un asilo, y en el que habia tanta confusion como en Goeding. Los oficiales rusos continuaban hablando mal de los austriacos, y les echaban la culpa de la comun derrota, como si no

debiesen haberla atribuido á su presuncion, á la ineptitud de sus generales y á la ligereza de su gobierno. Por lo demas, los austriacos se habian portado tan bien como los rusos en el campo de batalla.

Los dos monarcas vencidos se manifestaban mucha frialdad é indiferencia. El Emperador Francisco quiso conferenciar con el Emperador Alejandro antes de acudir á la entrevista convenida con Napoleon. Ambos estuvieron de acuerdo en que era preciso solicitar un armisticio y la paz porque era imposible luchar mas tiempo. Alejandro, sin confesarlo, deseaba que cuanto antes se salvase á él y á su ejército de las consecuencias de una persecucion impetuosa, tal como se podia temer de Napoleon. En cuanto á las condiciones dejaba á su aliado el cuidado de arreglarlas á su voluntad. El Emperador Francisco debía soportar solo las consecuencias de la guerra, y por lo tanto le tocaba exclusivamente el ver las condiciones con que se habia de ajustar la paz. Algun tiempo antes, cuando Alejandro pretendia ser el árbitro de la Europa, hubiera dicho que aquellas condiciones le correspondian tambien; pero su orgullo era menos exigente despues de la batalla del 2 de Diciembre.

El Emperador Francisco partió, pues, para Nasiedlowitz, pueblo situado á la mitad del camino del castillo de Austerlitz, y allí cerca del molino de Paleny, entre Nasiedlowitz y Urschitz, en medio de las avanzadas francesas y austriacas, encontró á Napoleon que le aguardaba delante de una hoguera de vivac que habian encendido sus soldados. Napoleon habia tenido la delicadeza de llegar el

Entrevista de Napoleon y del Emperador de Austria en las avanzadas de los dos ejércitos.

primero. Salíó al encuentro del Emperador Francisco, le recibió junto al estribo de su carruaje y lo abrazó. El monarca austriaco, tranquilizado por la acogida de su poderoso enemigo, tuvo con él una larga conferencia. Los principales oficiales de ambos ejércitos se mantenian aparte, y contemplaban con viva curiosidad aquel espectáculo extraordinario del sucesor de los Césares vencido y pidiendo la paz al soldado coronado, que la revolucion francesa habia elevado á la cumbre de las grandezas humanas.

Napoleon se escusó con el Emperador Francisco de recibirle en tal lugar. —Estos son, le dijo, los palacios que V. M. me hace habitar hace tres meses. —Esta morada, le contestó el monarca austriaco, os sienta tan bien que no os deja derecho para quejaros de mi por su causa. —En seguida giró la conferencia sobre el conjunto de la situación; Napoleon sosteniendo que habia sido arrastrado á su pesar á la guerra, en el momento en que menos lo esperaba, y cuando estaba exclusivamente ocupado de la Inglaterra; el Emperador de Austria afirmando que sólo los proyectos de la Francia respecto á Italia le habian obligado á tomar las armas. Napoleon declaró que con las condiciones ya indicadas á M. de Giulay, y que se abstenia de manifestar de nuevo, estaba pronto á firmar la paz. El Emperador Francisco, sin explicarse acerca de esto, quiso saber las intenciones de Napoleon respecto al ejército ruso. Napoleon solicitó desde luego que el Emperador Francisco separase su causa de la del Emperador Alejandro; que el ejército ruso se retirase á marchas regulares de los estados austriacos, prometiendo que con estas condiciones concedería un armisticio. En cuanto á la paz con la Rusia, añadió que la arreglaría mas tarde, porque dicha paz á él solo le interesaba. —Creedme, dijo Napoleon al Emperador Francisco, no mezcleis vuestra causa con la del Emperador Alejandro. Solo la Rusia puede hacer hoy dia en Europa *una guerra de capricho*. Vencida, se retira á su desierto, y vos, vos pagais con vuestras provincias las costas de la guerra. —

Napoleon conviene en un armisticio con el Emperador de Austria, y exige que el ejército ruso se retire inmediatamente á marchas regulares.

Las finas y persuasivas expresiones de Napoleon demuestran con mucha exactitud la situación de las cosas en Europa, entre aquel grande imperio y el resto del continente.

El Emperador Francisco le empeñó su palabra de caballero y de soberano, de que no empezaría de nuevo la guerra, y sobre todo de que no cedería á las sugerencias de las potencias que nada tenían que perder en la lucha. Convino en un armisticio para él y para el Emperador Alejandro; armisticio, cuya con-

dicion era que los rusos se retirarian á marchas regulares, y que el gabinete austriaco enviaria al punto á Brünn negociadores encargados de firmar por separado una paz con la Francia.

Ambos Emperadores se separaron con muestras reiteradas de cordialidad. Napoleon acompañó hasta su coche al monarca que acababa de llamar hermano, y montó á caballo para volver á Austerlitz.

Envióse al general Savary con órden para que el cuerpo de Davout suspendiese su marcha. Antes pasó este á Hostlitz, siguiendo al Emperador Francisco, á fin de saber si el Emperador Alejandro accedía á las condiciones propuestas. Savary vió á este último, á cuyo alrededor se habia verificado un gran cambio, en los cortos dias que habian pasado despues de su anterior mision al cuartel general ruso. —Vuestro soberano, le dijo Alejandro se ha mostrado muy grande. Reconozco todo el poder de su genio, y por lo que hace á mí me retiro, puesto que mi aliado se da por satisfecho. —El general Savary conversó un rato con el joven Czar acerca de la última batalla, y le explicó de qué modo el ejército francés inferior en número al ejército ruso, habia, sin embargo, parecido superior en todos los puntos, gracias al arte de maniobrar que tan bien poseia Napoleon. Añadió cortesmente que con la experiencia Alejandro seria á su vez un buen militar; pero que en tan difícil arte era imposible ser maestro desde el primer dia. Despues de tributar estas lisonjas al monarca vencido, partió para Goding, á fin de detener al mariscal Davout, el cual habia rechazado todas las proposiciones de suspension de armas, y estaba pronto á acometer los restos del ejército ruso, pues no queria abandonar su presa á ningun precio: mas el general Savary le detuvo con una órden formal de Napoleon. Estas fueron las últimas descargas que se tiraron en aquella inmortal campaña. Las tropas de cada nacion se separaron para tomar cuarteles de invierno, aguardando lo que conviniesen los negociadores de las potencias beligerantes.

Napoleon se trasladó del castillo de Austerlitz á Brünn, adonde habia mandado venir á M. de Talleyrand para arreglar las condiciones de la paz, que ya no ofrecia dudas, porque el Austria no

tenia recursos, y la Rusia, ansiosa de obtener un armisticio, dirigia apresuradamente su ejército á Polonia. En tanto que la guerra de la primera coaliccion habia durado cinco años, y la de la segunda dos, la guerra que acababa de suscitarse la tercera solo habia durado tres meses, ¡tan irresistible habia llegado á ser el poder de la Francia revolucionaria concentrado en una sola mano, y tan pronta y hábil era esta mano en herir á aquellos á quienes se dirigia! Los acontecimientos habian pasado, en efecto, como Napoleon los habia previsto de antemano, en su gabinete de Bolofia. Habia hecho prisioneros á los austriacos en Ulma casi sin disparar un tiro; habia destruido á los rusos en Austerlitz, librado la Italia á efecto de su marcha ofensiva sobre Viena, y reducido á puras imprudencias los ataques sobre el Hannover y sobre Nápoles. Este principalmente, despues de la batalla de Austerlitz, no era mas que una locura desastrosa para la casa de Borbon. La Europa, se hallaba á los pies de Napoleon, y la Prusia, arrastrada á la coaliccion por un momento iba á encontrarse á merced del capitán á quien habia ofendido y hecho traicion.

Necesitábase, empero, mucha habilidad para tratar, porque si nuestros enemigos, recobrándose de su terror, y abusando de los compromisos que habian hecho contraer á la Prusia, la obligaban á intervenir en las negociaciones, podian aun, reuniéndose tres contra uno, disputar las condiciones de la paz, y quitar al vencedor una parte de las ventajas de la victoria. Por esto Napoleon

Napoleon quiere que las negociaciones para la paz se establezcan en Brünn.

enviado á Viena, y obligado á permanecer en aquella capital aguardando su regreso.

Los negociadores austriacos quieren hacer entrar á la Prusia en la negociacion. Napoleon se opone á ello.

Los negociadores austriacos quieren hacer entrar á la Prusia en la negociacion. Napoleon se opone á ello.

habian intimado á este muy politica pero perentoriamente que egecutase el convenio de Potsdam, juzgando muy bien, que si se comprendia la Prusia en la negociacion, se veria obligada ó á hacer prevalecer las condiciones de paz fijadas en Potsdam ó á asociarse á la guerra. M. de Haugwitz se habia negado á tratar de esta suerte, fundándose en la naturaleza de su mision, que le obligaba, no á tomar asiento en un congreso, sino á tratar directamente con Napoleon para atraerle á las ideas adoptadas por el gabinete prusiano. Por lo demas, M. de Talleyrand habia puesto fin á todas aquellas pretensiones, declarando que solo se negociaria con el Austria. Esta resolucion la manifestó en Viena el 2 de Diciembre, mientras se daba la batalla de Austerlitz.

Canadá la batalla, y pedido y concedido el armisticio en la tienda del vencedor, la negociacion separada venia á ser una condicion aceptada de antemano. Napoleon exigió, segun hemos manifestado, que se entablase inmediatamente aquella en Brünn con M. de Talleyrand. Dió á entender que no tenia inconveniente en tratar con M. de Giulay, pero si con M. de Stadion, antiguo embajador de Austria en Rusia, lleno de las preocupaciones de la coaliccion, y que suscitaba por la naturaleza misma de su espiritu dificultades que renacian sin cesar; é indicó que le reemplazase el principe Juan de Li-

chtenstein, que le habia agradado por su marcialidad y francos modales. El gabinete de Viena se apresuró á complacerle, enviando al principe á Brünn con M. de Giulay. Hallándose el Emperador Francisco en Hollitsch, podian comunicarse con él en pocas horas, y ponerse pronto de acuerdo sobre los particulares que ofreciesen dificultad. Abriose, pues, la negociacion en Brünn entre MM.

de Talleyrand, de Giulay y de Lichtenstein. Napoleon, despues de haber sentado las bases, se proponia pasar á Viena para arrancar á M. de Haugwitz la confesion de las debilidades y falsedades de la Prusia, y hacerle sufrir la pena que merecia.

Segun el deseo expresado por Napoleon, el principe Juan de Lichtenstein reemplaza en la negociacion á M. de Stadion.

Abrense las conferencias en Brünn.

Pero, ¿cuales serian las bases de la paz? Esto era lo que discutia en Brúnn Napoleon y M. de Talleyrand, y lo que entre ellos era objeto de frecuentes y profundas conferencias.

Napoleon y M. de Talleyrand convienen entre sí las condiciones de la paz.

El momento era peligroso para la prudencia de Napoleon. Victorioso en tres meses de una coalicion formidable, habiendo visto huir delante de sus soldados, aun inferiores en número, los soldados mas famosos del continente, ¿no iba á concebir un sentimiento exagerado de su poder, y á despreciar todas las resistencias europeas? En tiempo del Consulado, cuando queria conciliarse la Francia y la Europa habiasele visto en el interior llevarse bien con los partidos, y en el exterior avenirse con el Austria por la victoria, con la Rusia por diestras y finas atenciones, con la Prusia por el cebo diestramente empleado de las indemnizaciones germánicas, y con la Inglaterra por el aislamiento en que la habia dejado; habiasele visto pacificar al mundo de una manera casi milagrosa, y desplegar la habilidad mas admirable, que es la de la fuerza que sabe contenerse. Pero en breve tambien se le habia visto, irritado de la ingratitud de los partidos, no guardarles ningunas consideraciones, y herirlos cruelmente en la persona del duque de Engbien. Habiaselo visto, irritado de la provocativa envidia de Inglaterra, tirarle el guante, que ella habia recogido, y reunir todos los medios humanos para anonadarla. Al presente que las potencias del continente sin bastantes motivos le habian distraído de su lucha con la Inglaterra atrayéndose derrotas que eran verdaderos desastres, ¿no dejaria á un lado con ellas, como con sus demas enemigos, todas esas consideraciones y miramientos, indispensables aun á la fuerza, y que constituyen todo el arte de la política? ¿Respetaria á nadie en el mundo un hombre que podia siempre sacar de su genio y del valor de sus soldados un acontecimiento como el de Marengo y el de Austerlitz?

M. de Talleyrand, cuyo carácter y el papel que representaba en el imperio hemos ya bosquejado, hizo en esta circunstancia algunos esfuerzos para moderar á Napoleon, pero no consiguió nada. Mas amante de complacer que de con-

tradecir, teniendo en materia de política europea inclinaciones mas bien que opiniones, patrocinando sin cesar al Austria, censurando á la Prusia por una antigua tradicion del gabinete de Versalles, se habia hecho sospechoso de complacencia para la una y de aversion para la otra, y no gozaba con su soberano el crédito que hubiera podido obtener un espiritu firme y en el que obrase la conviccion. Por lo demas, en esta como en otras ocasiones si no tuvo el mérito de hacer prevalecer la moderacion, tuvo el de aconsejarla.

He aquí los consejos que M. de Talleyrand daba al vencedor de la Europa al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, en medio del engrimiento del triunfo.

Era menester, segun su opinion, que Napoleon se mostrase moderado y generoso con el Austria. Esta potencia,

Opinion de M. de Talleyrand acerca de las condiciones que debian presentarse al Austria.

considerablemente desmembrada de dos siglos á aquella parte, no debia ya ser objeto de los celos de Francia; otra potencia nueva, la Rusia, debia ocupar su lugar en nuestra atencion; y contra la Rusia el Austria lejos de ser un peligro era una barrera muy útil. El Austria, inmensa agregacion de pueblos extraños los unos á los otros, tales como los austriacos, los esclavones, los húngaros, los bohemios, los italianos, podria quebrarse facilmente, si se adelgazaba el lazo ya débil que contenia los elementos heterogéneos que la formaban, y sus restos tendrian mayor tendencia á aproximarse á la Rusia que á la Francia. Por lo tanto, M. de Talleyrand era de parecer, que no se siguiera tratando al Austria como se habia hecho hasta entonces y aun que se le indemnizase de las nuevas pérdidas que iba á sufrir, de una manera útil á la Europa, lo que no solo era posible sino fácil.

M. de Talleyrand proponia una combinacion ingeniosa, aunque prematura en el estado de la Europa, y era dar al Austria las márgenes del Danubio, es decir la Valaquia y la Moldavia. Estas provincias, decia él, valian mas que la misma Italia; ellas consolarian al Austria de sus pérdidas, la indispondrian con la Rusia, y harian que fuese respecto á esta el baluarte del imperio oto-

mano, como ya era el de la Europa. Dichas provincias despues de indisponerla con la Rusia la indispondrian con la Inglaterra, y la constituirian desde luego aliada forzosa de la Francia.

En cuanto á la Prusia, no habia por qué contemplarla, y se hallaban en libertad de tratarla como se quisiese. Decididamente era una corte falsa, miedosa y con la cual no se podia contar nunca. Por complacerla, no se debía malquistarse aun mas con el Austria, única aliada en quien podia pensarse para el porvenir.

Tales fueron las opiniones de M. de Talleyrand en aquella ocasion. El consejo de guardar al Austria consideraciones, de consolarla, y aun de indemnizarla con equivalentes bien escogidos, era excelente, porque la verdadera política de Napoleon hubiera debido ser vencer, y contemplar á todo el mundo despues de la victoria. Pero el consejo de tratar á la Prusia con tal ligereza era funesto, y partia de una política falsa, que ya hemos indicado. Verdad es que hubiera sido de desear que se hubiesen podido dar al Austria las provincias del Danubio, y sobre todo que esta potencia la hubiese considerado como una indemnizacion suficiente de sus pérdidas en Italia; pero es dudoso que se hubiese prestado á semejante combinacion, porque la posesion de la Valaquia y de la Moldavia, indisponiéndola con la Rusia y la Inglaterra la hubieran puesto bajo nuestra dependencia. Es dudoso, ademas, que en aquella época se pudiese distribuir el territorio europeo con tanta libertad como se hizo dos años despues en Tilsit. Pero de cualquier modo, preciso era resignarse, si se queria dominar la Italia, á tener al Austria por enemiga, por muchas consideraciones que se guardasen con ella; y entónces, ¿qué aliado se habia de elegir? Ya lo hemos dicho mas de una vez: indispuestos con la Inglaterra por el deseo de ser iguales á ella sobre los mares, con la Rusia por el deseo de la supremacia en el continente, no pudiendo sacar ningun partido de la España desorganizada, ¿quién nos quedaba sino la Prusia, la Prusia vacilante, es verdad, pero mas por los escrúpulos de su soberano que por el doblez de su gabinete, la Prusia que no tenia ningun interes contrario al nuestro, pues todavia no poseia las pro-

vincias rinianas, que estaba comprometida en nuestro sistema, poseyendo en abundancia los bienes de la Iglesia que nosotros le habiamos dado, y que solo deseaba que le diésemos otros nuevos, estando pronta á aceptar tal adquisicion que la encadenaria para siempre á nuestra política?

Engañábanse, pues, gravemente, no al querer que se contemplase al Austria, pero si al creer que era posible atraerla formalmente y de modo que no hubiese peligro en maltratar ó en despreciar á la Prusia.

Napoleon no participaba de los errores de M. de Talleyrand, pero cometia otros por la pasion de dominar, que el odio de sus enemigos y los prodigiosos triunfos de sus ejércitos, empezaban á excitar en él, mas allá de todos los límites razonables.

No habia buscado la guerra del continente, al contrario las potencias del continente habian ido á distraerle de su grande empresa contra la Inglaterra para empeñarlo en la lucha. Los que habian empezado aquella guerra, y se habian dejado vencer, debian según él, sufrir las consecuencias. Quería, pues, obtener por la paz el complemento de la Italia, es decir los Estados venecianos, que poseia el Austria, y ademas la solucion definitiva de las cuestiones germánicas en provecho de sus aliados la Baviera, Baden y Wurtemberg.

Sobre estos puntos Napoleon se mostraba inflexible, y hacia bien en ello. Necesitaba la Venecia, el Frioul, la Istria, la Dalmacia, en una palabra toda la Italia, hasta los Alpes Julianos, y el Adriático con sus dos orillas, lo que le daba influencia sobre el imperio otomano. En cuanto á la Alemania, queria primero, volver el Austria á sus fronteras naturales el Inn y el Salza, quitarle los territorios que poseia en Suabia, y que se calificaban con el título de *Austria anterior*, territorios que le ofrecian el medio de atormentar los estados alemanes aliados de la Francia, y de hacer cuando lo tenia á bien preparativos militares en el Danubio superior. Quería quitarle las comunicaciones del Tyrol con el lago de Constanza

Miras de Napoleon respecto á la nueva paz del continente.

Napoleon quiere los estados venecianos y toda la Italia hasta los Alpes Julianos.

Propónense quitar al Austria sus posesiones de Suabia y además el Tyrol.

ba la posesion de los Alpes, y le aseguraba siempre un paso para Italia. Mas esto último era difícil de obtener por ser el Tyrol una antigua posesion del Austria, tan querida de esta como preciosa á sus intereses. Era hacer sufrir al Austria una pérdida de unos cuatro millones de súbditos de los veinte y cuatro que tenía y de 15 millones de florines de los 103 que componian sus rentas. Estos sacrificios que se le exigian eran muy crueles.

Con todo lo que iba á quitarle en Alemania, se proponia Napoleon completar el patrimonio de los tres Estados alemanes que habian sido sus auxiliares, Baviera, Bâden y Wurtemberg. Su intencion era proporcionarse por medio de estos tres estados una accion sobre la Dieta, y un camino hácia el Danubio, y hacer ver de una manera brillante lo provechosa que era su alianza á los que la abrazaban.

Tambien pensaba resolver de un modo favorable á estos principes aliados suyos, la cuestion de la nobleza inmediata, y abolir dicha nobleza que les creaba enemigos en sus propios estados; igualmente queria resolver todas las cuestiones de feudalismo, suprimiendo por este medio una multitud de derechos de especie feudal muy pesados y onerosos para los Estados germánicos.

Napoleon quiere con los sacrificios impuestos al Austria, engrandecer á los principes de la Alemania meridional y contraer con ellos alianzas de familia.

necesitaba principes y princesas para unirlos á los miembros de su dinastia. Pensaba encontrarlos en Alemania, y unir así á la ventaja de los enlaces con principes, la influencia de las alianzas de familia.

Napoleon forma el proyecto de unir á Eugenio de Beauharnais con una princesa de Baviera.

y la Suiza, es decir el Vorarlberg. Querria tambien si era posible arrebatarle el Tyrol, que le daba

la Suiza, es decir el Vorarlberg. Querria tambien si era posible arrebatarle el Tyrol, que le daba

la Suiza, es decir el Vorarlberg. Querria tambien si era posible arrebatarle el Tyrol, que le daba

la Suiza, es decir el Vorarlberg. Querria tambien si era posible arrebatarle el Tyrol, que le daba

Napoleon se proponia, en fin, para consolidar su alianza con estos tres principes de la Alemania meridional, añadir á los lazos de los beneficios el de los matrimonios. Ne-

cesitaba principes y princesas para unirlos á los miembros de su dinastia. Pensaba encontrarlos en Alemania, y unir así á la ventaja de los enlaces con principes, la influencia de las alianzas de familia.

Napoleon queria en extremo á Eugenio de Beauharnais: ya le habia hecho virey de Italia, y

ahora le buscaba una esposa, para lo cual habia puesto los ojos en una hija del elector de Baviera, princesa de gran mérito y digna de aquel á quien la destinaba. Como pensaba adjudicar á la Baviera la mayor parte de los despojos del Austria, cuya medida justificaban suficientemente la situacion y los peligros de aquel electorado, queria que aquella parte de despojos fuese la dote del principe frances.

Pero la princesa Augusta estaba prometida al heredero de Bâden, y su madre la Electriz de Baviera, enemiga violenta de la Francia, alegaba este compromiso para rechazar una alianza que le repugnaba. El general Thiard, que habia contraido relaciones en las pequeñas cortes alemanas cuando servia en el ejército de Condé, habia sido enviado á Munich y á Bâden para allanar los obstáculos que se oponian á las uniones proyectadas. Este oficial, diestro negociador, se habia servido de la condesa de Hochberg, que estaba unida por un matrimonio morganático al Elector reynante de Bâden, el cual necesitaba de la Francia para hacer reconocer á sus hijos. Por la influencia de esta señora habia logrado que la corte de Bâden diese un paso muy delicado que consistia en desistir de sus pretensiones á la mano de la princesa Augusta de Baviera. Logrado esto el Elector y la electriz de Baviera no tenian ningun pretexto para negarse á una alianza que les valia en dote el Tyrol con una parte de la Suabia.

No era esta la sola union que Napoleon pensaba contraer con las casas alemanas. El heredero de Bâden, al

que acababan de quitar la princesa Augusta de Baviera, quedaba por casar, y Napoleon lo destinaba para esposo de Mlle. Estefania Beauharnais, jóven dotada de gracia y de talento, y la que queria ascender al rango de princesa imperial. El general Thiard quedó encargado de concluir este otro matrimonio. Finalmente el anciano duque de Wurtemberg tenia una hija, la princesa Catalina, cuyas nobles cualidades hicieron resaltar despues las desgracias que la abrumaron. Napoleon deseaba unirla á su hermano Gerónimo; pero para esto era menester romper los lazos que éste habia contraido

Napoleon piensa en otros matrimonios con las casas de Bâden y de Wurtemberg.

en América, sin autorizacion de su familia, y todavia no se habia podido vencer este obstáculo.

Ademas del engrandecimiento de territorio que preparaba á las casas de Baviera, de Wurtemberg, y de Baden, Napoleon queria darles el título Real, dejando á estas casas el lugar que tenian en la confederacion germanica.

Estas eran las ventajas que Napoleon pensaba sacar de sus últimas victorias. Exigir toda la Italia era por su parte una cosa natural y consecuente. Buscar en las posesiones austriacas de Suabia medios de engrandecer á los principes sus aliados, era cosa bien pensada, porque se llevaba al Austria detras del Inn. y se mostraba públicamente cuan útil era aliarse con la Francia. Quitar al Austria el Vorarlberg para darlo á la Baviera era asimismo muy prudente, porque así se la separaba de Suiza. Pero quitarle el Tyrol, aunque esta combinacion fuese buena respecto á la Italia, era acumular en su corazon resentimientos implacables; era reducirla á un estado de desesperacion, que oculta en el momento, debía estallar tarde ó temprano; era condenarse á tener que guardar mas que nunca una política mesurada y hábil para encontrar y conservar alianzas, puesto que la Francia se hacia una enemiga irreconciliable de la principal potencia del continente. Resolver la cuestion de la nobleza inmediata y varias otras cuestiones feudales podia ser una útil simplificacion relativamente al orden interior de la Alemania; pero engrandecer de un modo extraordinario á los principes de Baden, de Baviera y de Wurtemberg, y ligarlos á la Francia hasta el punto de hacerlos sospechosos á la Alemania, era crearles una posicion falsa, de la cual querrian salir un dia siendo infieles á su protector; era hacerse enemigos de todos los principes alemanes no favorecidos; era ofender de una nueva manera al Austria, que ya lo habia sido de tantas, y lo que es mas sensible, desobligar á la misma Prusia; era, en fin, mezclarse mas de lo conveniente en los negocios de Alemania, y atraerse grandes envidiosos y pequeños ingratos. Napoleon no debia haber olvidado que habia sido preciso asestar sus cañones contra las puertas de Stuttgard para hacer que se las abriesen y que aun en aquel momento necesitaba ser-

virse de una muger estraña para obtener en Baden un matrimonio, y arrancar casi al elector de Baviera su hija, que solo habia obtenido presentándose con las llaves del Tyrol en una mano y la espada de la Francia en la otra.

Napoleon traspasaba, pues, el limite verdadero de la política francesa en Alemania, creándose aliados demasiado apartados del sistema aleman, y poco seguros porque su posicion seria falsa. Pero es muy difícil ser circunspectos en la victoria, y ademas Napoleon era un monarca nuevo, excelente gefe de familia y queria alianzas y matrimonios.

Tales fueron las ideas que sirvieron de fundamento á las instrucciones que dejó á M. de Talleyrand para la negociacion entablada con MM. de Gulay y Lichtenstein. A ellas agregó otra condicion en beneficio del ejército, que no le era menos querido que sus hermanos y sus sobrinos: pidió cien millones para formar dotaciones, no solo á los gefes de todas categorías, sino tambien á las viudas é hijos de los que habian muerto combatiendo. Sin perder tiempo firmó tres tratados de alianza con Baden, Wurtemberg y Baviera. Dió á la casa de Baden el Ortenau, una parte del Brisgau y varias ciudades á orillas del lago de Constantza, es decir 113.000 habitantes, lo que venia á aumentar sus Estados en una cuarta parte. A la casa de Wurtemberg dió lo que quedaba del Brisgau, y grandes porciones en la Suabia, es decir, 183,000 habitantes, lo que representaba para esta casa un aumento de mas de una cuarta parte, y aumentaba la poblacion de este principado á un millon de habitantes. Dió, en fin, á la Baviera el Vorarlberg, los obispos de Eichstaedt y de Passau, cedidos poco antes al Elector de Salzburgo, toda la Suabia austriaca y la ciudad y el obispado de Augsburgo, es decir un millon de habitantes, lo que aumentaba en una tercera parte la poblacion y las posesiones de la Baviera. La marcha de las negociaciones con el

Ademas de todos los sacrificios de territorio impuestos al Austria Napoleon exige de ella una contribucion de cien millones en beneficio del ejército.

Firmanse inmediatamente los tratados de alianza con Baden, Wurtemberg y Baviera.

Austria no permitía que se hablase aun nada del Tyrol.

Dióse además á estos principes todos los derechos soberanos sobre la nobleza inmediata, emancipándolos de los derechos feudales que el Emperador de Alemania pretendia tener sobre ciertas partes de su territorio.

Habiendo tenido el elector de Báden la modestia de no admitir el título de Rey, como superior á sus rentas, se le dejó el de Elector; pero se concedió al punto el título de Rey á los Electores de Baviera y de Wurtemberg.

En cambio de estas ventajas, estos tres principes se comprometieron á hacer la guerra de concierto con la Francia, siempre que ésta tuviese que hacerla para sostenerse en el estado que tenia ó en el que resultase del tratado que se iba á concluir con el Austria. La Francia, por su parte, se comprometia á tomar las armas cuando fuese preciso para sostener á aquellos principes en su nueva posicion.

Firmáronse estos tratados los dias 10, 12 y 20 de Diciembre. El general Thiard iba provisto de ellos al partir para negociar los matrimonios proyectados.

Por lo dicho se ve que se habia dispuesto de antemano y sin haberse entendido todavia sobre ello con el Austria de una parte de los estados de esta potencia. Pero no se tomaban mucho cuidado por las consecuencias á que se exponian.

Regreso de Napoleon á Viena. Napoleon despues de haber atendido á sus heridos, despues de haber trasladado á Viena á los que se hallaban en estado de ello, y despues de haber encaminado á Francia los prisioneros y la artilleria tomada al enemigo, salió de Brünn dejando á M. de Talleyrand el cuidado de discutir con MM. de Giulay y de Lichtenstein las condiciones que habia fijado. Estaba impaciente por tener en Viena una larga conferencia con M. de Haugwitz y penetrar por entero el secreto de la Prusia. M. de Talleyrand entró al punto

Conferencias en en Brünn entre M. de Talleyrand y los negociadores austriacos. Estos se mostraron muy incómodos cuando conocie-

ron las pretensiones del ministro frances; y eso que todavia no se habia ha-

blado nada del Tyrol, si no solo del deseo de alejar al Austria de la Italia y de la Suiza, á fin de cortar de una vez todas las causas de rivalidad y de guerra.

MM. de Lichtenstein y de Giulay diéron á conocer por su parte las condiciones con que el Austria estaba pronta á consentir en la paz. Veía bien que ya no debía contar con los

Deseos del Austria relativos á las condiciones de la próxima paz.

Estados venecianos, ni con las posesiones que tenia en Suabia, ni con sus pretensiones de litigio entre el imperio y los principes alemanes. Consentia, pues, en ceder á Venecia y toda la tierra firme hasta el Isonzo; pero queria conservar la Istria, la Albania, y recolectar á Ragusa como salidas necesarias á sus productos de Hungría; y sobre todo porque siendo lo único que la quedaba de las adquisiciones que habia hecho su actual Emperador, tenia por punto de honor el conservarlas.

En cuanto al Tyrol, casi estaba determinada á abandonarlo, con tal que pasase al dominio del Elector de Salzburgo el archiduque Fernando, á quien se indemnizó en 1803 de la pérdida de la Toscana concediéndole el obispado de Salzburgo y la prepositura de Berchtols-gaden. El Austria queria en cambio estos dos territorios y ademias que se dejase á dicho archiduque el Vorarlberg, Lindau y las orillas del lago de Constanza como dependencias del Tyrol.

Por medio de este arreglo el Austria hubiera adquirido á Salzburgo, y conservado el Tyrol con el Vorarlberg en la persona de uno de sus archiduques.

Por lo demas estaba conforme en ceder las posesiones austriacas en Suabia, y ademias el Ortenau, el Brisgau, los obispados de Eichstaedt y de Passau; pero para los principes de su casa que perdian aquellas posesiones, pedia una grande indemnizacion, nada menos que el Hannover; lo cual parecerá sin duda extraño, y prueba cuando menos, los sentimientos que animaban entre si á todos los que hacian parte de la coalicion.

El Austria solicita el Hannover para uno de sus archiduques.

De esta suerte, el Austria socilitaba á su vez para uno de sus archiduques aquel patrimonio del Rey de Inglaterra, que tanto se habia censurado á Napoleon

el haberlo ofrecido á la Prusia, y á esta de que lo aceptase, y el que la misma Rusia acababa tambien de proponer á la Prusia para separarla de la Francia.

Gozoso M. de Talleyrand al ver se manifestaban tales deseos, lejos de mostrarse sorprendido prometió ponerlos en conocimiento de Napoleon.

Finalmente, en cuanto á la contribucion de 100 millones, el Austria declaraba que en su actual estado de penuria no podia pagar ni aun 10. En compensacion de esta cantidad ofrecia entregar el inmenso material en armas y municiones de todo género que poseia en los Estados Venecianos, y que tenia derecho de llevarse si no estipulaba su abandono.

Despues de acalorados debates que duraron tres ó cuatro dias, viendo que todos tenian empeño en concluir, se convino que el príncipe de Lichtenstein iria al castillo del Emperador Francisco en Holitsch para tomar nuevas instrucciones, pues las que tenian no les autorizaban á suscribir á los sacrificios que exigia Napoleon.

M. de Talleyrand debia permanecer en Brünn hasta el regreso del príncipe. Con perder tiempo cometian los austriacos una gran falta, porque lo que acontecia en Viena entre Napoleon y M. de Haugwitz iba á hacer mas critica su posicion.

M. de Talleyrand, que desde Brünn sostenia una correspondencia diaria con Viena, habia hecho saber á Napoleon que no habia podido ponerse de acuerdo con los negociadores austriacos. La resistencia de estos, que era digna de atenderse si se combinaba con las resistencias de la Prusia, contrariaba mucho á Napoleon. Los archiduques se aproximaban á Presburgo seguidos de 100,000 hombres. Las tropas prusianas se reunian en Sajonia y en Franconia y los anglo-rusos se adelantaban hácia Hannover. Todas estas circunstancias no atemorizaban al vencedor de Austerlitz. Estaba dispuesto á batir, si era preciso, á los archiduques en Presburgo, y á arrojarlos en seguida sobre la Prusia por Bohemia; pero esto era comenzar un juego peligroso, y esta vez con toda la Europa coligada; y no hubiera sido prudente es-

ponerse á él por algunas leguas cuadradas de mas ó de menos. Aunque la posicion de Napoleon era la de un vencedor poderoso, esto no le dispensaba de la necesidad que tenia de conducirse como hábil político. Toda su habilidad debia consistir en no perder de vista á la Prusia, porque aprovechando el terror que los últimos acontecimientos de la guerra habian inspirado á dicha potencia podia separarla de la coaliccion, atraerla á la Francia y añadir á la victoria de Austerlitz una victoria diplomática no menos decisiva. Por todas estas causas estaba impaciente

Motivos que tiene Napoleon para tener una esplicacion con la Prusia. por ver y conferenciar con M. de Haugwitz.

Este diplomático, que se habia presentado para imponer condiciones á Napoleon bajo la engañosa apariencia de una mediacion oficiosa, le encontraba triunfante y casi dueño de la Europa. No hay duda que con carácter, union y constancia, era posible todavia hacer frente al Emperador de los franceses; pero la Rusia habia pasado del delirio del orgullo al abatimiento de la derrota; el Austria vencida se hallaba á merced del vencedor; y la Prusia temblaba á la sola idea de la guerra: y tambien desconfiando los coligados los unos de los otros se comunicaban poco entre sí. M. de Haugwitz frecuentaba sin cesar y casi exclusivamente la legacion francesa, llevaba la lisonja hasta ponerse diariamente en Viena el gran cordon de la Legion de Honor (1), hablaba con admiracion de Austerlitz y del genio de Napoleon, y no podia desechar cierta inquietud y agitacion al pensar en la acogida que le estaria reservada.

Napoleon llegó á Viena el 13 de Diciembre, y aquella misma noche dió audiencia á M. de Haugwitz, en su morada de Schoenbrunn, en el mismo gabinete de Maria Teresa. Ignoraba aun todo lo acaecido en Potsdam, pero sabia mas que cuando vió á M. de Haugwitz en Brünn, la vispera de la batalla de Austerlitz. Estaba informado de la existen-

Entrevista de Napoleon con M. de Haugwitz.

(1) Todos estos pormenores se encuentran en una carta dirigida por M. de Talleyrand á Napoleon.

cía de un tratado firmado el 3 de Noviembre, por el cual la Prusia se comprometía eventualmente á formar parte de la coalicion. Aunque Napoleon tenia un genio vivo y arrebatado, muy á menudo manifestaba mas cólera que la que sentia, como sucedió en la ocasion de que se trata; pues procurando intimidar á su interlocutor, le echó en cara, haber tenido la debilidad de enlazarse en Potsdam con la Rusia y el Austria, y contraer con estas potencias compromisos que podian acarrear la guerra; debilidad tanto mas notable cuando recaia en un hombre como él, en un ministro de la paz que habia cifrado toda su gloria en el sistema de neutralidad, y que hasta habia querido convertir aquel sistema de neutralidad en un proyecto de alianza con la Francia. Quejósese amargamente de el doblez de su gabinete, de la debilidad de su Rey, del imperio que ejercian las mugeres en aquella corte; y le dió á entender que libre ya de los enemigos que poco antes le asediaban, era dueño de hacer de la Prusia lo que quisiese. Despues le preguntó con mayor vehemencia, qué era lo que al fin deseaba el gabinete prusiano, qué sistema pensaba seguir, y exigió sobre todos estos puntos explicaciones completas, categóricas é inmediatas.

Turbado al pronto M. de Haugwitz, se repuso en breve, porque tenia tanta sangre fria como talento. A traves de aquella ruidosa cólera, creyó adivinar que Napoleon, en el fondo, deseaba un acomodo, y que si la Prusia rompía pronto sus compromisos con la coalicion, seria facil aplacar á aquel vencedor tan colérico en la apariencia.

M. de Haugwitz, dió, pues, explicaciones diestras, especiosas y lisonjeras, acerca de las circunstancias que habian dominado y comprometido á la Prusia; manifestó y censuró á los que habian tenido la debilidad de dejarse dominar por puros accidentes hasta salir del verdadero sistema que convenia á su pais, y concluyó insinuando con bastante claridad, que si Napoleon queria, todo podia arreglarse en breve, y hasta llevar á cabo la alianza tantas veces pensada y nunca ejecutada, como precio instantáneo de una reconciliacion inmediata.

Napoleon penetrando con su espiritu en la mente de M. de Haugwitz conoció que los prusianos no deseaban otra cosa

que volver la espalda á la coalicion y unirse á él. Mucha satisfaccion le causó poder agregar esté grave golpe diplomático á todos los que ya habia descargado sobre la Europa, é ideó ofrecer al punto á M. de Haugwitz el proyecto que Duroc habia tenido el encargo de presentar en Berlin, es decir, la alianza formal de la Prusia con la Francia, cediendo á la Prusia el Hannover. Seguramente era esto emprender demasiado en cuanto que debia herir el honor del gabinete prusiano, porque Napoleon le proponia, puede decirse á precio de oro, que rompiese los lazos contraidos recientemente sobre la tumba de Federico el Grande, y que despues de haber hecho en Potsdam defeccion á la Francia en beneficio de la Europa, hiciese en Viena defeccion á la Europa en provecho de la Francia. Napoleon no vaciló en su determinacion, y al manifestar su propuesta, fijó por largo rato sus ojos en el semblante de M. de Haugwitz.

El ministro prusiano no dió muestras de indignacion ni de sorpresa; al contrario pareció satisfecho de llevar de Viena en lugar de una declaracion de guerra, el Hannover con la alianza de la Francia, que era su sistema predilecto. Para disculpar á M. de Haugwitz debemos hacer notar que habia salido de Berlin en un momento en que se lisonjaban que Napoleon no llegaría hasta Viena, y habia visto al duque de Brunswick y al mariscal de Mollendorf, inquietos, aun en aquella suposicion, de las consecuencias de una guerra contra la Francia, é insistiendo porque no se tomase ningun partido definitivo antes de fines de Diciembre. Despues de esto Napoleon habia tomado á Viena, destruido en Austerlitz á los coligados, y aun no estaban á mas que á 13 de Diciembre. M. de Haugwitz podia temer que Napoleon, vencedor, se arrojase de improviso sobre la Bohemia y cayese sobre Berlin como el rayo. Conceptuóse, pues, feliz de que viniese á pararen en un aumento territorial una situacion que amenazaba terminar en un desastre. Respecto á la fidelidad hácia los coligados los trataba como ellos se trataban entre si. Por lo demas, si en la conducta de M. de Haugwitz hay algo digno de censura, mas bien que á él debe culparse á los que en su ausencia habian metido la Prusia

en un camino sin salida. M. de Haugwitz aceptó al punto la oferta de Napoleon.

Satisfecho este de ver acogida su idea dijo á M. de Haugwitz:—Bien, es cosa decidida, tendreis el Hannover. En cambio me dareis algunas pequeñas porciones de territorio que necesito, y firmareis con la Francia un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Pero en cuanto llegueis á Berlin, impondreis silencio á las camarillas, las tratareis con el desprecio que se merecen, y bareis que la política del ministerio domine la de la corte.—Las alusiones de Napoleon se dirigian á la Reyna, al principe Luis, y á los que los rodeaban. En seguida mandó á Duroc que se avistase con M. de Haugwitz para redactar inmediatamente el proyecto de tratado.

Libre ya Napoleon de la Prusia manda á M. de Talleyrand que exija del Austria el Tyrol.

No bien Napoleon concluyó este arreglo, cuando satisfecho de su obra, escribió á M. de Talleyrand para orde-

narle que nada concluyese en Brünn, que diese largas á la negociacion durante algunos dias mas, porque estaba seguro de concluir una alianza con la Prusia, á la que acababa de ganar dándole el Hannover, y ya no le inquietaban ni las amenazas de los anglo-rusos contra la Holanda, ni los movimientos de los archiduques por el lado de Hungria. Manifestó tambien que ahora queria el Tyrol, diciéndole lo exigiese lo mismo que la contribucion de guerra, y que tambien era menester que se trasladase de Brünn á Viena, pues deseaba que la negociacion se siguiese mas cerca de él, es decir, en Presburgo, por ejemplo.

Hemos dicho que Napoleon vió á M. de Haugwitz el 13 de Diciembre. El tratado se redactó el 14 y se firmó el 15 en Schoenbrunn. He aquí sus principales condiciones.

La Francia, considerando el Hannover como su propia conquista, lo cedia á la Prusia. La Prusia en cambio cedia á la Baviera el marquesado de Anspach, provincia cuyo paso era tan difícil de evitar cuando la Francia estaba en guerra con el Austria. Cedia ademas á la Francia el principado de Neufchatel, y el ducado de Cleves con la plaza de Wesel. Las dos potencias se garantizaban

todas sus posesiones, lo que significaba que la Prusia garantizaba á la Francia sus limites presentes, con las nuevas adquisiciones hechas en Italia y los nuevos arreglos concluidos en Alemania, y que la Francia garantizaba á la Prusia su estado actual, con los aumentos de 1803 y la nueva adición del Hannover.

Esto era un verdadero tratado de alianza ofensiva y defensiva, cuyo título, rechazado en todos los tratados anteriores, se espresaba en este nuevo.

Napoleon habia exigido á Neufchatel, Clèves y sobre todo á Anspach, que iba á cambiar con la Baviera por el ducado de Berg á fin de tener dotaciones que distribuir entre sus principales servidores. Todos estos sacrificios eran muy pequeños para la Prusia, y para Napoleon unos medios muy preciosos de recompensa, porque en sus vastos designios no entraba el ser grande sino engrandeciéndose cuanto le rodeaba, lo mismo á sus ministros que á sus generales y parientes. Aquella negociacion era un golpe maestro, que llenaba, de confusion á los coligados, que ponía al Austria á discrecion de Napoleon, y sobre todo que aseguraba á éste la única alianza apetida y posible, la alianza de la Prusia. Pero contenía el grave compromiso de arrancar el Hannover á la Inglaterra, compromiso que podia llegar á ser algun dia muy oneroso, porque se debía temer que fuese un obstáculo á la paz marítima, si en un tiempo mas ó menos cercano las circunstancias la hacian posible.

Napoleon participó al punto á M. de Talleyrand que se habia firmado el tratado con la Prusia, y que era menester que dejase á Brünn, si los austriacos no aceptaban las condiciones que pensaba imponerles.

M. de Talleyrand, que hubiera querido se hallase ya concluida la paz, y á quien repugnaba sobre todo maltratar al Austria, sintió mucho disgusto. Por lo que hace á los negociadores austriacos quedaron aterrados con aquella nueva, pues aunque traian de Holitsch nuevas concesiones no alcanzaban á todo lo que se les exigía. Supieron que la Prusia, por obtener el Hannover los esponía á perder el Tyrol, y á pesar del peligro que ofrecian las dilaciones, porque Napoleon podia presentar nuevas exigencias, peligro que M. de Talleyrand se esforzaba en

hacerles conocer, se vieron obligados á tomar nuevas instrucciones de su soberano.

Los negociadores reunidos en Brünn se separan citándose para Presburgo.

se hacia cada dia mas insoportable y mal sana por las exhalaciones que emanaban de una tierra cubierta de cadáveres, y de una ciudad llena de hospitales.

M. de Talleyrand regresó á Viena y halló á Napoleon decidido á empezar de nuevo la guerra si el Austria no cedía. En efecto, habia mandado al general Songis que reparase el material de la artilleria, y la aumentase á espensas del arsenal de Viena. Tambien habia dirigido una severa reprimenda á su ministro de Policia Fouché, por haber anunciado antes de tiempo la paz como cosa cierta.

Una nueva circunstancia habia contribuido á animarlo mas y mas. Acababa de saber los acontecimientos que pasaban en Nápoles. Esta corte insensata,

Acontecimientos de Nápoles.

la Rusia) un tratado de neutralidad, se habia quitado de pronto la máscara y empuñado las armas. Al saber el resultado de la batalla de Trafalgar y los nuevos compromisos de la Prusia, la Reyna Carolina habia creído á Napoleon perdido para siempre, y se habia decidido

Repentina violacion del tratado de neutralidad concluido con la Francia.

playas de Nápoles de 10 á 12,000 rusos y 6,000 ingleses. La corte de Nápoles se habia comprometido á agregar 40,000 napolitanos al ejército anglo-ruso. El proyecto que habian formado consistia en sublevar la Italia á espalda de los franceses, mientras Massena se hallaba á la falda de los Alpes Julianos, y Napoleon cerca de los fronteras de la antigua Polonia. Aquella corte, llena de emigrados, habia cedido á la debilidad ordinaria de estos, que consiste siempre en creer lo que desean y en obrar en su consecuencia.

Cuando Napoleon tuvo conocimiento de aquella escandalosa violacion de la fe jurada, se sintió á un tiempo irritado y satisfecho. Habia tomado su partido:

la Reyna de Nápoles debia pagar con su reyno la conducta que acababa de observar, y dejar vacante una corona que seria muy conveniente para un miembro de la familia Bonaparte. Nadie en Europa podria tachar de injusto el acto soberano que proscribiese aquella rama de la casa de Borbon; y en cuanto á sus protectores naturales, la Rusia y el Austria, ya no habia que contar con ellos para nada.

Sin embargo, cuando los negociadores austriacos estaban en Brünn habian procurado insertar en el tratado de paz un articulo que pudiese á cubierto á la corte de Nápoles, cuyo secreto poseian, y que ignoraba aun Napoleon; mas una vez informado este, mandó formalmente á M. de Talleyrand, que no escuchase nada respecto á este asunto.

—Seria demasiado cobarde, le dijo, si tolerase los ultrajes de esa miserable corte de Nápoles. No ignorais con qué generosidad la he tratado; pero, esto es hecho, la Reyna Carolina dejará de reynar en Italia. Suceda lo que suceda, nada hablareis de esto en el tratado. Es mi voluntad absoluta.—

Los negociadores aguardaban en Presburgo á M. de Talleyrand. Este se habia dirigido allí, y se negociaba en las avanzadas de ambos ejércitos. Los archiduques se habian aproximado á Presburgo, y se hallaban á dos jornadas de Viena, donde Napoleon habia reunido la mayor parte de sus fuerzas, incluso Massena que habian llegado por el camino de Styria. Cerca de 200,000 franceses se encontraban concentrados en las cercanias de la capital del Austria. Napoleon estaba estraordinariamente animado y dispuesto á renovar las hostilidades; pero hubiera sido una gran locura que el gabinete de Viena se hubiese prestado á ello, sobre todo despues de la defecion de la Prusia, y en el estado de abatimiento del gabinete ruso. El gabinete austriaco estaba, pues, resignado á acceder á todos los sacrificios que se le exigiesen, aunque al pronto fingiese hasta rechazar la idea de ellos.

Convinose, pues, que el Austria abandonaria el Estado de Venecia con las provincias de tierra firme, tales como el

Napoleon decide la caída de los Borbones de Nápoles.

El Austria accede á las condiciones de Napoleon.

Frioul, la Istria y la Dalmacia; de modo que Trieste y las bocas del Cataro pasaban á poder de la Francia; debían-

Napoleon obtiene toda la Italia, la Istria y la Dalmacia.

de reunirse estos territorios al reyno de Italia. Estipulóse de

nuevo la separacion de las dos coronas de Francia y de Italia, pero con una espresion vaga que dejaba la facultad de diferir aquella separacion hasta la paz general, ó hasta la muerte de Napoleon.

La Baviera obtiene el Tyrol.

La Baviera obtenia el objeto de sus eternos deseos, el

Tyrol, asi el aleman como el italiano. En cambio recibia el Austria los principados de Salzburgo y de Berchtols-gaden, dados en 1803 al antiguo gran duque de Toscana el archiduque Fernando; y la Baviera indemnizaria al archiduque

El archiduque Fernando es trasladado á Wurtzburgo.

cediéndole el principado eclesiástico de Wurtzburgo, que asimismo habia recibido esta en 1803 á consecuencia de las secularizaciones.

El territorio de Austria quedaba asi mejor delineado, pero con quitarle el Tyrol perdía toda influencia sobre la Suiza y la Italia; ademas el Estado que se concedia al archiduque Fernando no era ya como antes un anejo á la monarquia austriaca, pues trasladado este al centro de la Franconia dejaba de estar bajo su inmediata influencia.

A la indemnizacion concedida al Austria en el pais de Salzburgo se agregó la secularizacion de los bienes de la órden Teutónica y su conversion en propiedad hereditaria para el archiduque que aquella designase. La importancia de estos bienes consistia en una poblacion de 120,000 habitantes y 150,000 florines de renta.

Dejábale al archiduque Fernando su titulo electoral y su voz y voto en el colegio de los electores, transfiriéndolo del principado de Salzburgo al de Wurtzburgo.

El Austria reconocia el titulo de Rey á los electores de Baviera y de Wurtemberg, y se conformaba á que las prerogativas de los soberanos de Baden, de Wurtemberg y de Baviera sobre la nobleza inmediata de sus estados, fuesen las mismas que las del Emperador sobre la nobleza inmediata de los suyos. Esto equivalia á la completa supresion

de aquella nobleza en los tres estados en cuestion, porque siendo completos los poderes que el Emperador tenia sobre dicha nobleza, los de los tres principes citados habian de serlo en el mismo grado.

Por último, la cancilleria imperial renunciaba á todo derecho de origen feudal sobre los tres Estados favorecidos por la Francia.

Reservábase, sin embargo, á la Dieta la aprobacion de todas estas medidas. La Francia verificaba asi una revolucion social en una

Termina en los tres estados de Baden, de Wurtemberg y de Baviera la revolucion politica empezada en 1803.

parte muy notable de la Alemania, porque centralizaba el poder en provecho del soberano territorial, y hacia que cesase toda dependencia feudal exterior. Asimismo continuaba el sistema de las secularizaciones, porque con el órden Teutónico desaparecia uno de los dos principados eclesiásticos que quedaban, dejándose solo subsistente el del principe archicanciller, Elector eclesiástico de Ratisbona; y conforme á lo acontecido anteriormente, esta secularizacion se verificaba en beneficio de una de las principales cortes de Alemania.

El Austria escluida definitivamente de la Italia, despojada al perder el Tyrol de las posiciones dominantes que tenia en los Alpes, llevada detras del Inn, privada de todo puesto avanzado en Suabia, y de los lazos feudales con que tenia sujetos los Estados de la Alemania meridional, habia experimentado á la vez inmensos perjuicios materiales y políticos. Ella perdía, segun hemos indicado en otro lugar, cuatro millones de súbditos de los veinte y cuatro que contaba, y quince millones de los ciento tres millones de florines que tenia de renta.

El tratado estaba muy bien concebido para la tranquilidad de la Italia y de la Alemania: la única objecion que podia hacerse era que el vencido no podia someterse con sinceridad porque quedaba muy mal tratado. Tocábale á Napoleon dejar al Austria sin esperanzas y sin medios de sublevarse contra las decisiones de la victoria, empleando al efecto mucha prudencia y cordura y contrayendo alianzas proporcionadas y bien dirigidas.

Aun en el momento de firmar seme-

jante tratado la mano de los plenipotenciarios vacilaba. Todavía querían defender dos puntos: la contribucion de los 100 millones y Nápoles. Napoleon habia rebajado á 50 millones la contribucion que exigía, teniendo en consideracion las crecidas cantidades que ya se habian tomado en las arcas del Austria. Por lo que hace á Nápoles no quiso oír la menor palabra.

Para vencer su resistencia se ideó un paso de pura cortesía, cual fue el de enviar para que tuviese una conferencia con él al príncipe Carlos, cuyo carácter y talentos apreciaba Napoleon, aunque jamás le habia visto. Solicitaron de éste que recibiese al príncipe en Viena, á lo que accedió con mucha deferencia, si bien resuelto á no ceder en nada. Habíanse persuadido que este prin-

Entrevista de Napoleon con el archiduque Carlos.

cipe, uno de los primeros generales de la Europa, alcanzaria, acaso, algo de

Napoleon, manifestándole los recursos que todavía conservaba la monarquía austriaca, y los sentimientos del ejército, pronto á inmolarse para rechazar un tratado humillante, y uniendo á estas nobles protestas hábiles instancias. Así, pues, instigando M. de Talleyrand á los negociadores para que concluyesen de una vez, le contestaron que se les acusaría de haber vendido su país si firmaban el tratado antes de la entrevista que el archiduque debía tener con Napoleon.

Fírmase el tratado de paz de Presburgo el 26 de Diciembre de 1803.

No obstante, habiendo tomado M. de Talleyrand sobre sí el rebajar otros diez millones de la con-

tribucion de guerra, reunidos los plenipotenciarios el 26 de Diciembre, firmaron el tratado de Presburgo, uno de los mas gloriosos que hizo Napoleon, y de seguro el mejor concebido, porque si la Francia obtuvo despues mayores territorios, fue al precio de arreglos menos aceptables á la Europa, y por lo tanto menos duraderos. Los negociadores austriacos se limitaron á recomendar á la generosidad del vencedor por medio de una carta firmada por todos, la casa reinante de Nápoles. El archiduque vió á Napoleon el 27, en una de las residencias del Emperador; fue recibido con todos los miramientos debidos á su rango y á su gloria, conferenció con Napoleon

acerca del arte militar, lo que era muy natural entre dos capitanes de tanto mérito, y se retiró en seguida sin haber hablado una palabra de los negocios de los dos Imperios.

Napoleon lo dispuso todo para evacuar al punto los estados del Austria. Sacó de Viena por el Danubio los 2,000 cañones y los 100,000 fusiles que se habian encontra-

Disposiciones que adopta Napoleon antes de dejar á Viena.

do en el arsenal de aquella capital: envió 150 piezas de artillería á Palma-Nova para armar esta importante plaza que dominaba los estados venecianos de tierra firme: arregló la retirada de sus soldados de modo que se ejecutase á jornadas cortas, pues no quería que regresasen á Francia á la carrera como habian venido: dió las órdenes necesarias para que nada faltase en el camino á fin de que sus soldados viviesen en la abundancia; y mandó distribuir dos millones de gratificacion á los oficiales de todos grados, para que cada uno pudiese gozar inmediatamente de los frutos de la victoria. Berthier fue el encargado de vigilar en todo lo concerniente á la vuelta del ejército á Francia. Este debía salir de Viena dentro de cinco dias, y haber pasado el Inn en el espacio de veinte. Estipulóse que la plaza de Braunau quedaria en poder de los franceses hasta el completo pago de los cuarenta millones.

Napoleon despues

de tomar todas estas disposiciones parti-

Napoleon se dirige á Munich.

tió para Munich adonde fue recibido con entusiasmo. Los bávaros, que un dia debían hacerle traicion en su derrota, y poner al ejército frances en el caso de atropellarlos en Hanau, aturdian entonces con sus aplausos y acosaban con su ardiente curiosidad al conquistador que los habia salvado de la invasion, que habia hecho de sus estados un reyno y que los habia enriquecido con los despojos del Austria vencida. Na-

poleon, despues de haber asistido al matrimonio de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta,

Napoleon asiste en Munich al matrimonio de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta.

despues de haberse gozado en la dicha de un hijo que tanto amaba, en la admiracion de los pueblos ansiosos de verle,

y en las lisonjas y adulaciones de su enemiga la electriz de Baviera, partió para Paris, adonde le aguardaba el entusiasmo de la Francia.

Enero de 1806. Desde Strasburgo, en el momento de pasar el Rhin, hasta Paris adonde llegó el 26 de Enero de 1806, le acompañaron los gritos mil y mil veces repetidos de *Viva el Emperador!* Con ellos querian los pueblos darle un testimonio de gratitud y de admiracion, por haber desarmado el continente en una campaña de tres meses, cuando en un principio se habia creido que duraria algunos años; por haber dado al Imperio frances los limites que nunca debió pasar; por haber añadido á nuestras armas una gloria deslumbradora; por haber restablecido de un modo casi milagroso el crédito público y privado, y por presentar á la nacion nuevas perspectivas de paz y de prosperidad á la sombra de un gobierno pode-

roso y respetado del mundo. Su regreso á Francia en esta ocasion recordaba su vuelta despues de la batalla de Marengo: y en efecto, Austerlitz era para el imperio lo que Marengo habia sido para el consulado. Marengo habia afirmado el poder consular en manos de Napoleon; y Austerlitz aseguraba la corona imperial sobre su cabeza. Marengo, en un solo dia, habia hecho pasar la Francia de una situacion penosa y arriesgada á una situacion tranquila y grande; Austerlitz, destruyendo en un dia una coalicion formidable, no producía un resultado menos dichoso. Para las cabezas reflexivas y frias, si es que podian aun existir algunas á vista de tales acontecimientos, solo habia un motivo de temor; la conocida inconstancia de la fortuna, y lo que es todavia mas temible, la debilidad del espiritu humano, que si á veces soporta la desgracia sin desfallecer, no así la prosperidad sin cometer grandes faltas.

FIN DEL LIBRO VIGESIMOTERCERO.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

CONFEDERACION DEL RHIN.

Napoleon regresa á Paris.—Alegria pública.—Distribucion de las banderas tomadas al enemigo.—Decreto del Senado mandando se erija un monumento triunfal.—Napoleon dedica á la Hacienda sus primeras atenciones.—Descúbrese que la compañía de los Comerciantes reunidos debe al Erario la cantidad de 141 millones.—Napoleon descontento de M. de Marbois, le reemplaza con M. Mollien.—Restablécese el crédito.—Fórmase un fondo con las contribuciones impuestas á los países conquistados.—Ordenes relativas al regreso del ejército, á la ocupacion de la Dalmacia y á la conquista de Nápoles.—Prosiguen los negocios de Prusia.—El tratado de Schoenbrunn es ratificado con ciertas reservas.—Nueva embajada de M. de Haugwitz cerca de Napoleon.—Refórmase en Paris el tratado de Schoenbrunn con mas obligaciones y menos ventajas para la Prusia.—M. de Lucchesini pasa á Berlin para explicar aquellos nuevos cambios.—Ratifícase al fin el tratado de Schoenbrunn, con el nombre de tratado de Paris, y M. de Haugwitz regresa á Prusia.—Ascendiente dominante de la Francia.—Entrada de José Bonaparte en Nápoles.—Ocupacion de Venecia.—Demórase la entrega de la Dalmacia.—Detiénese el ejército frances en el Inn y se reparte en las provincias alemanas que mejor pueden sostenerlo, mientras se verifica la entrega de la Dalmacia.—Apuros de los países ocupados.—Situacion de la corte de Prusia despues del regreso de M. de Haugwitz á Berlin.—Mándase á S. Petersburgo al duque de Brunswick para que explique la conducta del gabinete prusiano.—Estado de la corte de Rusia.—Disposiciones de Alejandro despues de la batalla de Austerlitz.—Acogida que se hace al duque de Brunswick.—La Prusia hace esfuerzos inútiles para que la Rusia y la Inglaterra aprueben la ocupacion del Hannover.—Inglaterra declara la guerra á Prusia.—Muerte de M. Pitt, y advenimiento de M. Fox al ministerio.—Esperanzas de paz.—Establécense relaciones entre M. Fox y M. de Talleyrand.—Pasa á Paris lord Yarmouth en calidad de negociador confidencial.—Bases de una paz marítima.—Los agentes de Austria en vez de entregar á los franceses las bocas del Cattaro las ponen en poder de los rusos.—Napoleon amenaza á la corte de Viena.—La Rusia envia á Paris á M. de Oubril con la mision de prevenir un movimiento del ejército frances contra el Austria, y de proponer la paz.—Lord Yarmouth y M. de Oubril negocian juntamente en Paris.—Posibilidad de una paz general.—Cálculo de Napoleon que tiende á prolongar la negociacion.—Sistema del imperio frances.—Monarquias, grandes ducados, y ducados dependientes del imperio.—José Rey de Nápoles, Luis Rey de Holanda.—Disolucion del imperio germánico.—Confederacion del Rhin.—Movimientos del ejército frances.—Administracion interior.—Trabajos públicos.—La columna de la plaza de Vendôme, el Louvre, la calle imperial, y el arco de la Estrella.—Caminos y canales.—Consejo de Estado.—Creacion de la Universidad.—Presupuesto de 1806.—Restablécese el impuesto de la sal.—Nuevo sistema de tesoreria.—Reorganizacion del Banco de Francia.—Continúan las negociaciones con la Rusia y la Inglaterra.—Tratado de paz con la Rusia, firmado por M. de Oubril el 20 de Julio.—La firma de este tratado decide á lord Yarmouth á presentar sus poderes.—Llega á Paris lord Lauderdale como adjunto de lord Yarmouth.—Dificultades de la negociacion con la Inglaterra.—Algunas indiscreciones cometidas por los negociadores ingleses con respecto á la restitucion del Hannover, hacen nacer en Berlin vivas inquietudes.—Falsos informes que exaltan el ánimo de la corte de Prusia.—Nueva irritacion en Berlin, y resolucion de apelar á las armas.—Sorpresa y desconfianza de Napoleon.—La Rusia se niega á ratificar el tratado firmado por M. de Oubril, y propone nuevas condiciones.—Napoleon las rechaza.—Tendencia general á la guerra.—El Rey de Prusia exige que se retire el ejército frances.—Napoleon contesta que el que debe alejarse es el ejército prusiano.—Prolongado silencio de una y otra parte.—Los dos soberanos parten para el ejército.—Declárase la guerra entre la Prusia y la Francia.

Enero de 1806.

Napoleon regresa á Paris.

de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera; mientras pasaba un dia en Stuttgart y otro en Carlsruhe para recibir las felicitaciones de sus nuevos aliados, y concluir alianzas de familia, el pueblo de Paris le aguardaba impaciente á fin de darle pruebas de su alegria y de su admiracion. Satisfecha la Francia de la marcha de los negocios públicos, aunque no tomase parte en ellos, parecia haber encontrado toda la vivacidad de los primeros dias de la revolucion para aplaudir las maravillosas hazañas de sus ejércitos y de su gefe. Napoleon que al genio de las grandes cosas agregaba el arte de hacerlas ver en todo su valor, habia hecho que le precediesen las banderas tomadas al enemigo, é ideado hacer

Distribúyense las banderas tomadas al enemigo entre el Senado, el Tribunal, la ciudad de Paris y la iglesia de Ntra. Sra.

una distribucion bien calculada de ellas. Querria distribuir las entre el Senado, el Tribunal, la ciudad de Paris, y la iglesia de Ntra. Sra., lugar de su coronacion, dando á esta cincuenta, cincuenta y cuatro al Senado, ocho al Tribunal y ocho á la ciudad de Paris. Durante la última campaña habia instruido continuamente al Senado de todos los acontecimientos de la guerra, y en cuanto se firmó la paz se apresuró á comunicarle por medio de un mensaje el tratado de Presburgo. De esta suerte pagaba con continuas atenciones la confianza de aquel gran cuerpo; y obrando asi era consecuente con su politica, porque sostenia en un rango elevado á aquellos antiguos autores de la revolucion, que la nueva generacion actual dejaba á un lado con gusto cuando se le ofrecia el medio de hacerlo en las elecciones. Aquellos hombres componian su aristocracia, y esperaba amalgamarla poco á poco con la antigua.

Ceremonia de la entrega de las banderas.

Aquellas banderas atravesaron por Paris el 1.º de Enero de 1806, y fueron llevadas en triunfo por las calles de la capital, para ser colocadas bajo las bóvedas de los edificios en que debian de-

positarse. Una multitud inmensa habia acudido á presenciar aquel espectáculo.

El sábio é impasible Cambacérès, dice en sus graves memorias, que el regocijo del pueblo rayaba en el delirio. Y en efecto, ¿cómo cabia que no se regocijase con tales cosas? Cuatrocientos mil rusos, suecos, ingleses y austriacos marchando de todos los puntos del horizonte contra la Francia; 200.000 prusianos próximos á reunirse á ellos; y de pronto 150.000 franceses, partiendo de las orillas del Océano, atravesando en dos meses una parte del continente europeo, aprisionando sin combatir al primer ejército que se les opone, batiendo á los otros sucesivamente, entrando en la asombrada capital del antiguo imperio germánico, pasando mas allá de Viena, y yendo á las fronteras de la Polonia á romper en una gran batalla el lazo de la coalicion; arrojando á los rusos vencidos á sus heladas llanuras, y sujetando en sus fronteras á los prusianos desconcertados; terminadas en tres meses las angustias de una guerra que se habia creído seria de larga duracion; restablecida de improviso la paz del continente, y justamente esperada la de los mares; todas las perspectivas de prosperidad devueltas á la Francia admirada y colocada á la cabeza de las naciones! ¿A qué habian de ser sensibles, repetimos, sino lo eran á tantas maravillas? Y cómo entonces nadie preveia el próximo fin de tales grandezas, y en el genio fecundo del que las producía no se sabia discernir aun el genio demasiado ardiente que debia comprometerlas, se gozaba de la felicidad pública sin mezcla de presentimientos siniestros.

Los hombres á quienes interesa mas particularmente la prosperidad material de los Estados, los comerciantes y los hacendistas, no estaban menos conmovidos que el resto de la nacion. El alto comercio, que aplaudia en la victoria la próxima vuelta de la paz, sentia el mayor gozo al ver terminar en un dia la doble crisis del crédito público y del crédito privado, y al esperar fundadamente que renaceria esa calma profunda que la Francia habia gozado durante los cinco años del Consulado. El Senado, despues de haber recibido las banderas que le estaban destinadas, determinó que se elevase un monumento triunfal

El Senado determina se erija un monumento triunfal á la gloria de Napoleón y del grande ejército.

se la estatua de Napoleon. Colocóse en el número de las fiestas nacionales el día de su santo, y se decidió además que en una de las plazas de la capital se construiría un vasto edificio, adornado con una serie de pinturas y esculturas dedicadas á la gloria de los ejércitos franceses, para recibir y custodiar en él la espada que Napoleon llevaba en la batalla de Austerlitz.

Las autoridades municipales entregaron al clero de la metrópoli las banderas que Napoleon habia destinado á la iglesia de Ntra. Sra. «Estas banderas, dijo el venerable Arzobispo de Paris, «suspendidas en las bóvedas de nuestra «basilica, atestiguarán á nuestros mas le- «janos descendientes, los esfuerzos de la «Europa armada contra nosotros, las ha- «zañas de nuestros soldados, la protec- «cion que el cielo dispensa á la Francia, «los triunfos prodigiosos de nuestro in- «vincible Emperador, y el homenaje que «hace á Dios de sus victorias.»

En medio de esta satisfaccion universal y profunda entró Napoleon en Paris acompañado de la Emperatriz. Que- riendo los gefes del Banco que su presencia fuese la señal de la prosperidad pública habian aguardado la víspera de su llegada para volver á hacer sus pagos en dinero. Despues de los últimos acontecimientos la confianza cada vez mayor habia hecho que abundase el numerario en las arcas del Banco, y no quedaban señales de los apuros pasage- ros del mes de Diciembre.

Napoleon llegado á Paris vuelve á tomar al punto la direccion de los negocios.

Napoleon llegado á Paris el 26 de Enero por la tarde, y el 27 por la mañana estaba ya ocupado en las atenciones del gobierno El archicanciller Cambacérès fue el primer personage con quien conferenció en este día. Despues de algunos instantes de- jados al placer de recibir sus felicitaciones, y de ver confundida su prudencia

á la gloria de Na-
poleon el Grande; cu-
yo monumento, se-
gun el acuerdo del
Tribunado, debia
consistir en una co-
lumna que sostuvie-

por los prodigios de
la última guerra, le
habló de la crisis
rentística terminada
con tanta prontitud

como felicidad; pues creyendo con ra-
zon en la exactitud y equidad de los
informes del archicanciller Cambacérès,
queria oírle antes que á nadie. Mostróse
muy irritado contra M. Marbois, cuya
gravedad siempre le habia inspirado con-
fianza, y al que habia creído incapaz de
cometer ninguna ligereza en los nego-
cios: pues aunque estaba muy lejos de
sospechar de la acreditada probidad de
este ministro, no podia perdonarle que
hubiese puesto todos los recursos del
Erario en manos de especuladores aven-
tureros, y se mostraba en esto suma-
mente severo. El archicanciller logró cal-
marle, haciéndole ver que en vez de
ser rigoroso valia mas tratar con los *Co-
merciantes reunidos*, y obtener que en-
tregasen todos sus valores á fin de li-
quidar con la menor pérdida posible tan
extraño negocio.

Al momento con-
vocó Napoleon un
consejo en las Tu-
llerías, en el que
quiso se le presen-
tase una memoria
detallada de las ope-
raciones de la compañía, que todavía eran
confusas para él. Asistieron á dicho con-
sejo todos los ministros, y además M.
Mollien director de la caja de amortiza-
cion, cuya conducta aprobaba, y al cual
suponia mucha mas destreza para el ma-
nejo de grandes fondos que á M. de
Marbois. Tambien mandó que se presen-
tasen en las Tullerías MM. Desprez, Van-
lerberghe y Ouvrard, y el empleado que
acusaban de haber engañado al ministro
del Tesoro.

Napoleon dedica una
particular atencional
estado de la Ha-
cienda.

Célébrase en las Tu-
llerías un consejo de
hacienda, relativo
al negocio de los
*Comerciantes reuni-
dos*.

Todos los circunstantes estaban inti-
midados por la presencia del Emperador,
que no ocultaba su enojo. M. de Mar-
bois empezó á leer una larga memoria
que habia preparado sobre el asunto que
se iba á discutir; mas no bien habia lei-
do una parte de ella cuando Napoleon le
interrumpió diciendo: Ya lo comprendo
todo. La compañía de los *Comerciantes
reunidos* ha querido atender á los ne-
gocios de Francia y de España, con los
fondos del Erario y con los del Banco.
Y como la España no podia dar mas que

promesas, se ha provisto á las necesidades de los dos países con el dinero de la Francia. La España debía darme un subsidio, y al contrario yo he sido quien lo he suministrado á ella. Mas ahora es menester que MM. Desprez, Vanlerberghe y Ouvrard me entreguen todo lo que tienen, y que la España me pague lo que le debe á ellos; ó de lo contrario encerraré á esos señores en Vincennes, y mandaré un ejército á Madrid.—

Severidad de Napoleon con M. de Marbois al cual destituye de su destino de ministro.

tró frio y severo con M. de Marbois.—
Aprecio vuestro carácter, le dijo, pero habeis sido el juguete de gentes contra las cuales os advertí que estuvierais prevenido. Les habeis entregado todos los valores de vuestra cartera, cuyo empleo debiais haber vigilado mejor. Con sentimiento me veo obligado á quitaros la administracion del Tesoro, porque despues de lo que ha pasado no puedo dejaros por mas tiempo en vuestro destino.—Napoleon mandó en seguida que entraran los individuos de la Compañía, á los cuales se habia mandado que se presentasen en las Tullerias. MM. Vanlerberghe y Desprez, aunque los menos culpables, se deshacian en llanto; M. Ouvrard, que habia comprometido la Compañía con sus aventuras especulaciones estaba tranquilo, y aun se esforzó en persuadir á Napoleon que era menester que le permitiese liquidase por si mismo las complicadas operaciones en que habia comprometido á sus asociados, y que traeria de Méjico por la vía de Holanda y de Inglaterra sumas considerables y muy superiores á las que la Francia habia adelantado.

En efecto, es probable que hubiera hecho esta liquidacion mejor que nadie, y que hubiera satisfecho su deuda; pero Napoleon estaba muy irritado, y deseoso de verse libre de los especuladores para que confiase en sus promesas. Así, pues, colocó á M. Ouvrard

Napoleon exige de MM. Desprez, Vanlerberghe y Ouvrard que entreguen todo lo que poseen.

y sus asociados en el conflicto de formarles una causa criminal, ó de que entregasen inmediatamente todo lo que

poseian, tanto en provisiones como en

papel, en inmuebles y en créditos sobre la España: M. Ouvrard y sus cólegas se resignaron á este cruel sacrificio.

Esta debia ser para ellos una liquidacion ruinosa, mas á eso se habian espuesto abusando de los recursos del Erario. El mas digno de lástima de los tres era M. Vanlerberghe, que sin mezclarse en las especulaciones de sus asociados se habia limitado á hacer en toda la Europa, con actividad y honradez, el comercio de granos para el servicio de los ejércitos franceses (*).

Despues de haber despedido á los individuos que componian el consejo,

Napoleon confiere á M. Mollien la cartera del Tesoro.

Napoleon detuvo á M. Mollien, y sin darle lugar á que le hiciese observaciones ó manifestase su consentimiento, le dijo:—Hoy mismo prestareis juramento como ministro del Tesoro.—Intimidado M. Mollien, aunque lisonjeado con tal confianza no sabia que responder.—¿Acaso os pesaria ser ministro?—añadió Napoleon, y aquel mismo dia le exigió su juramento.

Necesitábase salir de los apuros de todas clases que habia creado la Compañía de los *Comerciantes reunidos*. M. de Marbois habia ya sacado de manos de dicha compañía el servicio del Erario, y lo habia confiado por algunos dias á M. Desprez, el cual lo habia continuado desde aquel momento por cuenta del Estado. Acababa, en fin, de confiarlo á los recaudadores generales con condiciones moderadas pero por un tiempo limitado. Aun no se habian fijado en el partido que se debia tomar, y solo se habia adoptado la resolucion de no encargar á especuladores, por cuerdos y probos que fuesen, de un servicio tan

(*) Toda esta relacion está tomada de origenes auténticos: primero la he tomado de las memorias del principe Cambacérés; despues de las memorias interesantes é instructivas del señor Conde de Mollien, que todavia no se han publicado, y últimamente de los archivos del ministerio de Hacienda. He tenido tambien en mi poder y he leído con grande atencion los documentos del informe hecho con este motivo, y particularmente una larga é interesante memoria que redactó para el Emperador el ministro del Tesoro. Así, pues, todo lo que aquí se refiere se funda en pruebas oficiales é incontestables.

vasto y tan importante como el de la negociacion general de los valores del Tesoro.

Este servicio consistia, segun se ha visto, en descontar las obligaciones de los recaudadores generales, los bonos á la vista, las rentas de Aduanas, y las cortas de teña, valores todos á plazo, y á doce, quince y diez y ocho meses de vencimiento. Hasta la época de la formacion de la Compañia de los *Comerciantes reunidos* se habian limitado á hacer descuentos parciales y determinados de estos valores, por cantidades de 20 ó 30 millones á la vez. En cambio de los mismos se recibian inmediatamente los fondos procedentes del descuento. Bajo el imperio cada vez mayor de la necesidad, que en breve suple á la desconfianza, se habia abandonado sucesivamente este servicio á una sola compañía, puesto en cierto modo á su disposicion la cartera del Erario, y llevado la imprevision hasta poner tambien á disposicion de ella los fondos de los recaudadores. Si se hubieran limitado á entregarle cantidades determinadas de papel por otras equivalentes de numerario, dejándola tomar solamente á su vencimiento el valor de los efectos descontados, no se hubieran llegado á confundir sus negocios con los del Estado. Pero habian entregado á los *Comerciantes reunidos* hasta 470 millones á la vez de *Obligaciones de los recaudadores generales*, de bonos á la vista, y de rentas de aduanas, que estos habian hecho descontar ya por el Banco, ya por banqueros franceses y extrangeros. Al mismo tiempo, para mayor comodidad, los habian autorizado á tomar directamente en las cajas de los recaudadores generales todos los fondos que entrasen en ellas, salvo lo que se previniese en un reglamento ulterior; de suerte que el Banco, como se ha visto, al presentarse con el papel que habia descontado cuando este venia, solo halló en poder de los recaudadores los recibos que M. Desprez daba en cambio del metálico que le entregaban. Mas no habian parado aquí las estrañas concesiones hechas á la Compañia. Cuando M. Desprez, obrando en representacion de los *Comerciantes reunidos*, descontaba los libramientos del Tesoro, suministraba su valor, no en metálico sino en un papel que le habian permitido introducir y que se llamaban bonos de M. Desprez. De mo-

do que la Compañia habia podido llenar con aquellos bonos las arcas del Estado y del Banco, creando un papel de circulacion, con cuya ayuda habia hecho frente por algun tiempo á sus especulaciones, asi con la Francia como con la España.

La verdadera falta de M. de Marbois habia consistido en haberse prestado á aquella mezcla de negocios, despues de la cual no era posible distinguir el haber del Estado del de la Compañia. Si se agrega á esta concesion la infidelidad de un empleado, único que poseia el secreto de la cartera, y que habia engañado á M. de Marbois exagerándole sin cesar cuan necesaria era la Compañia de los *Comerciantes reunidos*, se tendrá la explicacion de este increíble acaecimiento rentístico. Dicho empleado habia recibido un millon en pago de su infidelidad, que Napoleon le hizo devolver á la masa comun de los valores que la Compañia habia entregado. El terror que inspiraba Napoleon era tan grande que cada cual se apresuraba á confesarlo y á restituirlo todo.

Sin embargo, si hemos de ser con todos justos, debemos decir que el mismo Napoleon habia tenido su parte de culpa en aquella circunstancia, obstinándose en dejar á M. de Marbois bajo el peso de cargas enormes, y dejando siempre para despues la adopcion de medios estraordinarios. En efecto, habia sido necesario que M. de Marbois proveyese á un primer atraso, resultado de los presupuestos anteriores, y esto unido á que la España no habia satisfecho su subsidio habia causado un nuevo déficit, de unos cincuenta millones de francos (188 millones de reales). Bajo el peso de estas diversas cargas, este ministro integro, pero poco hábil, habia venido á ser el esclavo de hombres arrojados que le hacian algunos servicios, y que hubieran podido hacérselos muy grandes si sus cálculos hubiesen sido mas exactos. Sus especulaciones descansaban, en efecto, en un fundamento real cual lo eran los pesos fuertes de Méjico que existian en las tesorerias de los capitanes generales españoles; pero dichos pesos no podian traerse á Europa con la facilidad que habia creído M. Ouvrard, y esto es lo que habia causado los apuros del Tesoro y la ruina de la Compañia.

Valúase el débito de la Compañía, primero en 73, luego en 84 y por último en 141 millones de francos.

Compañía á el Tesoro. Al principio se supuso que era de 73 millones; mas un nuevo exámen lo hizo ascender á 84, y por último, M. Mollien, queriendo á su entrada en el ministerio probar de una manera rigurosa la situación de la hacienda, descubrió que la Compañía habia llegado á apoderarse de una suma de 141 millones de francos (unos 529 millones de reales) de la cual era deudora al Estado.

He aquí de qué modo se componia aquella enorme suma de 141 millones de francos. Los *Comerciantes reunidos* habian sacado directamente de las arcas de los recaudadores generales hasta 55 millones á la vez; mas á consecuencia de varias cantidades que habian reembolsado á aquellos empleados, estaba reducida su deuda en el día de la catástrofe á 23 millones. El Erario tenia en sus arcas por valor de 73 millones de bonos de M. Desprez, especie de papel moneada que M. Desprez daba en lugar de dinero, y que habia tenido curso mientras se conservó su crédito, sostenido por el banco, pero que ya no era mas que un papel sin valor. La Compañía debia además 14 millones por *rentas del cajero central*. (En otro lugar hemos hablado de este papel, ideado para facilitar el movimiento de fondos entre París y las provincias). Estos 14 millones tomados del Erario no habian sido satisfechos ni en bonos de M. Desprez ni en ninguna otra clase de valores. El mismo M. Desprez por sí solo en los dias que habia durado su servicio particular resultaba adeudando 17 millones. Finalmente, entre los efectos de comercio que la Compañía habia suministrado al Tesoro por diversos pagos, se encontraban 13 ó 14 millones de papel de poco crédito. Estas cinco diferentes partidas, de 23 millones tomados directamente de los recaudadores; de 73 millones en bonos de Desprez, que no tenian ningun valor; de 14 millones en *rentas del cajero central*, cuyo equivalente no se habia suministrado; de 17 millones del débito personal de M. Desprez, y finalmente de 14 millones de letras de cambio pro-

testadas, componian los 141 millones del total débito de la Compañía.

Empero no porque la Compañía hubiese hecho sus cálculos con poca precision, á pesar de descansar en un fundamento real, cual era el comercio de pesos fuertes, debia el Estado perder una suma de tanta importancia. La Compañía habia hecho suministros á los ejércitos franceses y á las escuadras por valor de 40 millones: la casa de Hope habia comprado por valor de otros 10 millones, parte de los famosos pesos fuertes de Méjico, y en aquel momento enviaba su importe á París: la Compañía poseia además unos 30 millones en bienes inmuebles, en granos, en lanas españolas y en varios créditos muy buenos: todos estos diversos valores componian un activo de 80 millones; y los 60 que faltaban para cubrir su débito, existian realmente en la cartera de la Compañía en créditos sobre la España.

Napoleon despues de haber hecho que la Compañía de los *Comerciantes reunidos* entregase todo cuanto poseia, exigió respecto á la España, que el Tesoro frances ocupase el lugar de la Compañía. Al efecto, encargó á M. Mollien que tratase con el Sr. Izquierdo, agente particular del príncipe de la Paz, que hacia algun tiempo estaba en París y desempeñaba las funciones de embajador mucho mas que los señores de Azara y de Gravina, que solo habian tenido el título de tales. La corte de Madrid nada podia negar al vencedor de Austerlitz; por otra parte era verdaderamente deudora de la Compañía, y por lo tanto de la Francia. Entróse, pues, en negociaciones con ella para asegurar el reembolso de aquellos 60 millones, que no solo representaban el subsidio que no habia satisfecho, sino tambien los vi-veres que se habian suministrado á sus ejércitos, y los granos que se habian enviado á su pueblo.

El tesoro debia, en su consecuencia, reembolsarse por entero de lo que se le adeudaba, merced á los 40 millones de suministros hechos

Activo de la Compañía, y medios seguros que el Estado tenia para reembolsar lo que aquella le adeudaba.

Restablecido el crédito por las victorias de Napoleon, llévase á cabo con facilidad todas las combinaciones rentísticas.

anteriormente, á los 10 millones que llegaban de Holanda, á las provisiones que existían en los almacenes, á los bienes inmuebles de que se habia apoderado el gobierno, y á los empeños que la España iba á contraer, parte de los cuales debia descontar la casa de Hope. Sin embargo, habia que llenar todavia y cuanto antes el doble vacío que resultaba del antiguo atraso de los presupuestos que hemos valuado en 80 ó 90 millones de francos (de 300 á 338 millones de reales) y de los recursos que habia consumido la Compañía. Pero todo era ya fácil despues de las victorias

Agrégase al crédito que empezaba á renacer el recurso material de las contribuciones de guerra.

por 100 al mes (18 por 100 al año) para descontar los valores del Tesoro, se ofrecian á tomarlos á $\frac{5}{4}$ por 100, y en breve iban á disputárselos á $\frac{1}{2}$ por 100 (6 por 100 al año). El Banco que habia retirado de la circulacion una parte de sus billetes, despues que concluyó con M. Desprez, y que por otra parte empezó á ingresar en sus arcas el metálico que habia mandado comprar en toda Europa, durante sus grandes apuros, se puso en estado de descontar todo lo que se quisiese á un tanto moderado, aunque siempre lucrativo. No obstante de haberse enagenado de antemano para el uso de la Compañía, cierta suma de papel del Tesoro, perteneciente á 1806, permanecia intacta la mayor parte, é iba á descontarse con muy buenas condiciones. No solo habia proporcionado la victoria crédito á Napoleon, sino tambien riquezas materiales. Habia impuesto á Austria una contribucion de 40 millones; y agregando á esta suma 30 millones que habia tomado directamente en las tesorías de aquella potencia, podia valuar-se en 70 millones la cantidad que la guerra le habia proporcionado. De estos se habian gastado veinte millones en la manutencion del ejército, pero á cargo del Tesoro, con el cual Napoleon se proponia hacer un reglamento, cuyo espíritu y disposiciones espresaremos en breve. Quedaban, pues, 50 millones, que llegaban parte en oro y en plata en los carros de la artillería, y parte en buenas letras de cambio sobre Francfort,

Leipzig, Hamburgo y Bremen. La guarnicion de Hameln que debia volver á Francia, á consecuencia de haberse cedido el Hannover á la Prusia, estaba encargada de transportar con el material de guerra ingles tomado en el Hannover, el producto de las letras de cambio pagaderas en Hamburgo y en Bremen. Habianse impuesto á la ciudad de Francfort 4 millones en cambio del contingente que debia haber proporcionado á semejanza de Bâden, Wurtemberg y Baviera. Ibanse, pues, á recibir ademas de valores considerables, grandes cantidades en metálico; y bajo el aspecto del numerario como bajo todos los demas, la abundancia debia suceder á la momentánea escasez que las sinceras alarmas del comercio, y las alarmas afectadas del agiotage habian creado.

Napoleon, cuyo genio organizador no queria dejar nunca á las cosas un caracter accidental y pasajero, y procuraba, sin cesar, convertir las instituciones duraderas, habia imaginado una creacion noble y bella, fundada en las legítimas ganancias de sus victorias. Habia resuelto crear con las contribuciones de guerra un tesoro del ejército, al cual no se tocara para nada absolutamente, ni aun para su propio uso, porque su dotacion, administrada con mucho orden, bastaba á todos los gastos de una corte magnífica, y hasta sobraba para irse formando un tesoro particular. Sobre este tesoro del ejército se proponia formar dotaciones para sus generales, para sus oficiales, para sus soldados, y para sus viudas y sus hijos. No queria gozar solo de sus victorias; queria que todos los que servian á la Francia y á sus vastos designios adquiriesen no solo gloria sino bien estar, y que ya que habian logrado á fuerza de heroismo no cuidarse de si mismos en el campo de batalla, no pasasen tampoco ningun cuidado por la suerte de sus familias. Hallando Napoleon en la inagotable fecundidad de su talento el arte de multiplicar la utilidad de las cosas, habia inventado una combinacion, que hacia que la formacion de este tesoro fuese tan útil á la hacienda como al ejército. Hasta entonces se habia carecido de un prestamista que

El tesoro del ejército debe servir para proporcionar dotaciones á los militares y capitales al Erario á un tanto moderado.

prestase al gobierno con buenas condiciones: el tesoro del ejército debía ser este prestamista, cuyas relaciones con el Estado arreglaria el mismo Napoleon. El ejército iba á tener 50 millones en oro y en plata, 20 millones que debía satisfacerle el presupuesto por sueldos atrasados, y ademas un gran valor en material de guerra que él habia conquistado. Los carros de la artilleria trasportaban de Viena 100,000 fusiles y 2,000 cañones; y todo esto, asi material de guerra como contribuciones, formaba una suma de unos 80 millones de francos, de los cuales era propietario el ejército, y que podia prestar al Estado. Napoleon quiso que todo lo que hubiese disponible se entregase á la Caja de amortizacion, la cual abriria cuenta á parte, y emplearia aquellos fondos, ya en descontar las obligaciones de los recaudadores generales, bonos á la vista y rentas de aduanas, cuando los capitalistas exigiesen mas de 6 por 100, ya en comprar bienes nacionales cuando estuviesen á precio infimo, ó ya en tomar rentas públicas, si le parecia bien hacer un empréstito para que desapareciese el atraso.

Esta combinacion debía, pues, tener la doble utilidad de proporcionar al ejército un interes ventajoso de su dinero, y al gobierno todos los capitales que necesitase á un tanto moderado.

Con los fondos que Napoleon tenia á su disposicion tomó al punto varias medidas importantes. La una consistia en reunir en Strasburgo unos doce millones en metálico para el caso en que se renovasen las operaciones militares, porque si bien el Austria habia firmado la paz, la Rusia no habia empezado todavia á negociar, la Prusia no habia remitido la ratificacion del tratado de Schönbrunn, y la Inglaterra no cesaba de ocuparse con mucha actividad en sus intrigas diplomáticas. Mandó ademas que se guardasen en reserva en la Caja de amortizacion algunos millones; cuyo número debía dejarse ignorado, para sacarlos de pronto cuando los especuladores quisiesen tiranizar la plaza. Pensaba que el Erario debía hacerse de esta especie de reserva, asi como se almacena algun trigo cuando hay abundancia para hacer frente á la escasez, y que los intereses que se perdiesen por

esta especie de atesoramiento serian un sacrificio útil y de ningun modo sensible. En fin, como se necesitaba fundir la moneda extranjera que entraba, para convertirla en moneda francesa, mandó repartir aquella entre todas las casas de moneda en proporcion de la falta que habia de metálico en cada localidad.

Adoptadas estas primeras disposiciones que reclamaban las necesidades del momento, Napoleon quiso que se ocupasen sin dilacion, de una nueva organizacion de la tesoreria y de un nuevo reglamento del Banco de Francia, y confió este doble cuidado á M. Mollien, recién nombrado ministro del Tesoro. M. Gaudin que habia conservado siempre la cartera de Hacienda, porque debe recordarse que en aquella época el Tesoro y la Hacienda formaban dos ministerios distintos, recibió la orden de formar un plan para liquidar el atraso, y para nivelar definitivamente los gastos y los ingresos en la doble hipótesis de la paz ó de la guerra, aunque para ello fuese preciso crear algun nuevo impuesto.

Después de haber dedicado sus primeros cuidados á la hacienda, Napoleon se ocupó en traer el ejército á Francia, pero con lentitud, de suerte que no andase mas de cuatro leguas al dia. Habia mandado que los heridos y los enfermos permaneciesen hasta la primavera en los puntos en que se hallasen, y que tambien permaneciesen con ellos algunos oficiales para atender á su curacion, para cuyo objeto esencial debian tomar fondos en las cajas del ejército. Habia dejado á Berthier en Munich con la mision de atender á todos aquellos pormenores, y presidir á los cambios de territorio siempre tan difíciles entre los príncipes alemanes. Para este objeto debía ponerse Berthier de acuerdo con M. Otto nuestro representante cerca de la corte de Baviera.

En seguida trató Napoleon de obrar contra el reino de Nápoles. Al efecto mandó á Massena que con los 40,000 hombres que habia sacado de la Lombardia, marchase por la Toscana y por la parte mas meridional del Estado romano sobre el reino de Nápoles, sin

Ordenes para la vuelta del ejército.

Orden comunicada á Massena para que marche sobre Nápoles con 40,000 hombres.

atender ninguna proposición de paz ni de armisticio. Dudoso Napoleon si José que habia rehusado el viroyato de Italia aceptaria la corona de las Dos Sicilias, le dió solamente el título de su lugarteniente general. José no debia mandar el ejército; solo Massena tenia esta misión, porque Napoleon, si bien sacrificaba á las exigencias de familia los intereses de la política, no les sacrificaba con tanta facilidad los intereses de las operaciones militares. Pero José, una vez que Massena le hubiese puesto en Nápoles, debia tomar la administracion civil del país y ejercer en él todos los poderes de la corona.

Ordenes para la ocupacion de los estados Venecianos, y de la Dalmacia.

Mandóse al mismo tiempo á la Dalmacia al general Molitor, teniendo á sus espaldas para apoyarle al general Marmont, quien estaba encargado de recibir de mano de los austriacos Venecia y los Estados venecianos. El príncipe Eugenio tenia orden de trasladarse á Venecia y gobernar desde allí las provincias conquistadas, sin agregarlas todavía al reino de Italia aunque mas tarde debiera verificarse esta agregación. Antes de decretarla definitivamente, Napoleon se proponia concluir con los representantes del reino de Italia varios arreglos á los cuales hubiera perjudicado la reunion inmediata de dichos Estados.

Queriendo, en fin, Napoleon, extirpar el entusiasmo de sus soldados, y comunicar dicho entusiasmo á toda la Francia, ordenó que se reuniese en Paris el grande ejército, para asistir á una fiesta magnífica que debian dar en su obsequio las autoridades de la capital. De ningun modo podia figurarse mejor la idea de la nacion festejando al ejército, que encargando á los ciudadanos de Paris obsequiasen á los soldados de Austerlitz.

Prosiguen las negociaciones diplomáticas.

Mientras Napoleon se ocupaba así del gobierno de su vasto imperio, cuidando los negocios de la paz como antes habia cuidado los de la guerra, tambien tenia los ojos fijos en las consecuencias de los tratados de Presburgo y de Schoenbrunn. La Prusia principalmente tenia que ratificar un tratado imprevisto para ella, puesto que M. de Haugwitz

que habia ido á Viena para dictar condiciones las habia tenido al contrario, que recibir, y en lugar de amedrentar á Napoleon, habia concluido con él un tratado ofensivo y defensivo; todo lo cual estaba compensado, seguramente con una dádiva tan rica como el Hannover.

Con dificultad podrá figurarse la sorpresa de la Europa y los diversos sentimientos de alegría

De qué suerte se recibe en Berlin el tratado de Schoenbrunn.

y de pesar, de codicia satisfecha y de confusion, que sintieron en Prusia al saber el tratado de Schoenbrunn. Muy á menudo se habia dado á entender al público de Berlin, que tanto la Francia como la Rusia ofrecian al Rey el electorado de Hannover, el cual, ademas de la ventaja de redondear el territorio, tan mal trazado, de la Prusia, le convenia mucho para asegurarle la dominacion del Elba y del Weser, asi como una influencia decisiva sobre las ciudades anseáticas de Bremen y de Hamburgo. Este ofrecimiento tantas veces anunciado era ya una adquisicion realizada, una certidumbre, y por lo tanto un gran motivo de satisfaccion para un país que es de los mas ambiciosos de Europa. Pero en cambio de este don, ¿qué confusion, ó por mejor decir, qué vergüenza iba á caer sobre la conducta de la corte de Prusia! Al ceder contra su voluntad á las instancias de la coaliccion se habia comprometido á unirse á ella, si pasado un mes Napoleon no habia aceptado la mediacion prusiana, y tolerado las condiciones de paz que pretendian imponérsele, lo que equivalia al compromiso de declararle la guerra; mas de improviso, encontrando á Napoleon no apurado, como habia creído, sino poderoso, se habia inclinado á él, aceptado su alianza, y recibido de su mano el mas bello de los despojos de la coaliccion, el Hannover, antiguo patrimonio de los Reyes de Inglaterra.

Preciso es decir que no hay honor en el mundo, si semejantes cosas no son castigadas con una reprobacion universal. Asi, debemos hacer justicia á la Prusia, diciéndole que conoció cuan digna de con-

Aunque la nacion prusiana mira satisfecha su ambicion, queda avergonzada de la conducta de su gobierno.

sura era semejante conducta, y que no obstante el buen presente que le llevaba M. de Haugwitz, lo recibió con el alma llena de sentimiento y la frente humillada. Sin embargo, la vergüenza se hubiera borrado de la memoria de los prusianos dejando su lugar al placer de la adquisicion hecha, si otros sentimientos no hubieran venido á mezclarse á sus remordimientos para emponzoñar la satisfaccion que debian haber sentido. Los prusianos, aunque envidian á los austriacos, al ver á estos batidos sentian que en su pecho latia un corazon aleman, y como los alemanes no se muestran menos envidiosos de los franceses que los rusos ó ingleses, recibian con pesar la noticia de nuestros extraordinarios triunfos. Comenzaba, pues, su patriotismo á despertarse en favor de los austriacos, y este afecto unido á los remordimientos, inspiraba á la nacion un profundo malestar. El ejército era el que manifestaba mas á las claras estas disposiciones. El ejército en Prusia no es impasible como en Austria: refléjanse en él con extraordinaria fuerza las pasiones nacionales; representa la nacion mucho mas que ningun otro ejército de los demas paises de la Europa, á excepcion de la Francia, y en la época á que nos referimos representaba una nacion cuya opinion era ya muy independiente de la de sus soberanos. Asi, pues, el ejército prusiano que participaba en alto grado de la envidia alemana, que por un instante habia esperado se abriese ante él la carrera de los combates, y que la veia cerrarse de improviso por un acto difícil de justificar, censuraba sin ningun miramiento la conducta del gabinete. La aristocracia alemana que con la paz de Presburgo veia arruinado el imperio germánico, y la causa de la nobleza inmediatamente sacrificada á los soberanos de Baviera, de Wurtemberg y de Baden; esta aristocracia pues, que ocupaba todos los altos puestos de la milicia, contribuia mucho á excitar el descontento del ejército, ya en Berlin ya en Potsdam. Estas pasiones estallaban sobretodo en rededor de la Reyna, convirtiéndola su camarilla en un lugar de ruidosa oposicion. El príncipe Luis que regentaba aquella camarilla, se deshacia mas que nunca en declamaciones caballerescas. No constituye la alianza de dos paises el que esten de acuerdo

en intereses; se necesita tambien que lo esté el amor propio de ambos, y esta última condicion no es fácil de realizar. La Prusia era entonces la única potencia de la Europa cuya política hubiera podido estar de acuerdo con la nuestra; pero hubiera sido menester contemplar mucho el excesivo orgullo de aquellos sucesores de Federico el Grande; y por desgracia la conducta débil, ambigua, y á veces poco leal de su gabinete, no era la mas á propósito para que se le guardasen las consideraciones que exigia su susceptibilidad.

Napoleon, despues de seis años de relaciones infructuosas con la Prusia, se habia acostumbrado á no guardarle ninguna consideracion; lo que acababa de probar atravesando una de sus provincias (autorizado, es cierto, por los precedentes) sin avisarle de ello siquiera. Acababa de probarlo todavia mas manifestándose poco resentido de sus faltas, cuando despues del convenio de Potsdam, que debia haberle indignado, le daba el Hannover, conceptuándola como buena solamente para ser comprada. Semejante proceder debia ofenderla, y la habia ofendido, en efecto, cruelmente.

La conciencia de los hombres siente todos los cargos que han merecido aunque no se les hagan; y por lo tanto la Prusia creia que Napoleon se habia explicado en los términos á que ella habia dado lugar con su conducta. Asegurábase en Berlin que aquel habia dicho á los negociadores austriacos cuando estos se afirmaban en el apoyo de la Prusia:—La Prusia! la Prusia es del que mas la ofrezca: yo le daré mas que vosotros y la atraeré á mi partido.—Es cierto que lo habia pensado así, y acaso se lo habia dicho á M. de Talleyrand; pero afirmaba no haberlo dicho á los austriacos. Mas sea lo que se fuere, lo cierto es que en Berlin corrian estas voces muy validas. La falta de la Prusia en todo esto, era no haber merecido las consideraciones que queria se la guardasen; y la de Napoleon el no habérselas tenido aun cuando no las mereciese. Imposible es tener aliados y amigos cuando no se contempla tanto su orgullo como su interes, y cuando notando sus faltas y aun sintiéndolas, no se les disimulan, y al contrario se les corresponde con otras faltas.

Aun cuando volvia M. de Haugwitz

con las manos llenas, fue acogido de diversas maneras, con cólera por la corte, con dolor por el Rey y con cierta mezcla de confusion y descontento por el público: no habia nadie completamente satisfecho. Por lo que hace al mismo M. de Haugwitz, se presentaba sereno ante todos aquellos jueces. Llevaba de Schönbrunn lo que habia aconsejado siempre; el engrandecimiento de la Prusia fundado en la alianza de la Francia. Lo único de que se le podia culpar era de haber obedecido por un instante al imperio de las circunstancias, lo que le exponia al sensible contraste de ser el signatario del tratado de Schönbrunn cuando un mes antes lo habia sido del de Potsdam. Pero estas circunstancias no las habia creado él sino su inhábil sucesor, su ingrato discipulo M. de Hardenberg, complicando de tal suerte, en pocos meses, las relaciones de la Prusia, que no podia salir de este laberinto, sino por medio de chocantes contradicciones. Por otra parte, si M. de Haugwitz habia cedido por un momento, habia sido el que menos, y sobre todo acababa de salvar la Prusia del abismo en que habia estado á punto de precipitarse. Tampoco debe echarse en olvido, que en Potsdam, aun cuando se hallaban bajo el influjo de la presencia de Alejandro, habian recomendado á M. de Haugwitz no comprometiese á la Prusia en la guerra hasta fines de Diciembre, y que el 2 de este mes habia encontrado victorioso é irresistible á aquel á quien le habian mandado á dominar ó combatir. Habíase visto colocado en

entre el peligro de arrostrar una guerra funesta ó de incurrir en una contradiccion tan bien pagada: ¿qué se queria que hiciese?—Por lo demas, decia él, nada se habia comprometido. Fundándose en la situacion imprevista y extraordinaria en que se veian, no habia tomado con Napoleon sino compromisos condicionales, sometidos mas espresamente que de costumbre á la ratificacion de su corte. Asi, pues, las cosas permanecian en su estado anterior. Si la corte de Prusia era tan atrevida como se vanagloriaba de serlo, y tan sensible al honor é insensible al interes como pretendia, no debia ratificar el tratado de Schönbrunn. Asi se lo habia prevenido á Napoleon,

al cual habia anunciado que tratándose sin instrucciones lo hacia sin contraer ningun compromiso. Podíase, pues, optar entre el Hannover ó la guerra con Napoleon. La situacion era la misma que en Schönbrunn, con la ventaja de haberse ganado el mes que se habia creído necesario para organizar el ejército prusiano.—

Tal era el language que usaba M. de Haugwitz, exagerado únicamente al sostener que se habia visto en la alternativa de admitir el Hannover ó la guerra; pues hubiera podido reconciliar la Prusia con Napoleon sin aceptar el Hannover. Es cierto que Napoleon hubiera desconfiado de esta semi-reconciliacion, y que de la desconfianza á la guerra no habia mucho. Los enemigos de M. de Haugwitz le hacian otro cargo. Si hubiera permanecido en Viena, le decian, menos retirado de los negociadores austriacos, haciendo causa comun con ellos, hubiera podido resistir con mas ventaja á Napoleon, y desertar de un modomenos ostensible de los intereses europeos unidos en Potsdam ó separarse de ellos con acuerdo de todos. Pero esto suponía una negociacion colectiva, y Napoleon era tan contrario á ella, que insistir en este punto era tambien venir á parar en la guerra. La guerra, pues, siempre la guerra, con un adversario temible, y con el plazo fijado para fines de Diciembre, contra el deseo bien conocido del Rey y contra los intereses positivos de la Prusia, era lo que M. de Haugwitz pretendia habérsele presentado en Schönbrunn.

Por lo espuesto se ve que los apuros de esta situacion debian ser mucho mas gravosos á otros que á él: por otra parte su imperturbable aplomo y su atractivo hubieran bastado á sostenerle en presencia de sus adversarios, aunque hubiese sido mas culpable de lo que realmente era.

Asi, M. de Haugwitz sin desconcertarse por los clamores que resonaban en torno suyo, sin insistir tampoco en que se adoptase el tratado, como lo hubiera hecho un negociador adicto á su obra, no cesaba de repetir que el gobierno era libre en su eleccion, pero que no debia olvidar tenia que elegir entre el Hannover ó la guerra. Dejaba á otros los apuros de las contradicciones de la politica prusiana, y se reservaba solo el

honor de haber vuelto su país á la senda de que no debía haber salido. Feliz ministro si no se hubiese separado jamas de esta línea, y si él mismo no hubiese perjudicado mas tarde aquella situacion con inconsecuencias que lo perdieron y expusieron á perderse á su país.

Lenguaje de los exaltados de Berlín.

Los exaltados asi sinceros como finjidos de Berlín, decian que

aquel donativo del Hannover era un don péfido, que valdria á la Prusia una guerra eterna con Inglaterra, y la ruina del comercio nacional; que por otra parte se adquiria el Hannover en cambio de hermosas provincias que hacia tiempo pertenecian á la monarquia, tales como las de Clèves, Anspach y Neufchâtel; y por último, que la Prusia al ceder dichas provincias habia cedido una poblacion de 300,000 habitantes para adquirir una de 900,000, y que esto era haber concluido un negocio nada ventajoso. Segun ellos, si se hubiese obtenido el Hannover sin dar nada en cambio, sin perder á Neufchâtel, ni á Anspach ni á Clèves; ó bien, tomando á mas alguna otra cosa, como por ejemplo las ciudades Anseáticas, entonces nada hubiera habido de qué arrepentirse en tal convenio. Pagada asi la defeccion hubiera valido la pena de cometerla: pero el Hannover no era nada despues que ya lo tenian! y en todo caso, añadian que con lo que se acababa de hacer se deshonraba la Prusia, y se la cubria de infamia á los ojos de la Europa, pues entregaba á los extranjeros la comun patria, es decir, la Alemania. Estos últimos cargos eran muy especiosos; y podía contestárseles que peor habian obrado en la última particion de la Polonia, y casi tan mal en la reciente de las indemnizaciones germánicas. Y sin embargo, entonces no habian reparado en el escándalo.

Opinion de las personas sensatas de Berlín.

Las personas sensatas, de que habia gran número en el rico vecindario de

Berlin, sin repetir aquellas declamaciones, temian las represalias de la Inglaterra sobre el comercio prusiano, sufrían por el descredito de la Prusia, y veían con un verdadero sentimiento los triunfos de nuestros ejércitos sobre los ejércitos alemanes, pero temian mas que nada la guerra con la Francia.

TOMO III.

Estos mismos eran en el fondo los sentimientos del Rey, quien con el cora-

Sentimientos del Rey de Prusia en aquella circunstancia.

zon de un buen aleman patriota y moderado, vacilaba entre todas estas consideraciones tan contrarias. Sentia un profundo pesar por la falta que habia cometido en Potsdam, que le colocaba en la necesidad de dar muestras de una inconsecuencia deshonorosa si admitia el hermoso territorio que Napoleon le ofrecia. Y ademas, aunque él no era cobarde, temia la guerra como el mayor de los males; veia en ella la ruina del tesoro de Federico, disipado locamente por su padre, rehecho por él con tanto esmero y cuidado, y ya algo disminuido por el último armamento; y veia sobre todo, con la sagacidad que suele dar á veces el temor, la ruina de su monarquia.

Federico Guillermo suplicaba al conde de Haugwitz que le ilustrase con sus conocimientos, y el conde de Haugwitz le repetia sin cesar, no acertando á decirle otra cosa, que habia que elegir entre el Hannover y la guerra, y que en su opinion la guerra con Napoleon seria desastrosa; que por mas que se dijese los ejércitos austriacos y rusos valian tanto como el prusiano, y que este no haria mas que aquellos ni acaso tanto, porque estaba en aquel momento mucho menos aguerrido.

Reunióse un consejo al que se invitó á los principales personages de la monarquia, tales como MM. de Haugwitz, de Hardenberg y de Schüllembourg, y los dos representantes mas ilustres del ejército, el mariscal de Mollendorf y el duque de Brunswick. La discusion fue muy agitada, aunque sin que interviniesen en ella las pasiones de corte; y bajo la impresion del eterno argumento de M. de Haugwitz, que consistia en repetir que no podia rechazarse el Hannover, sino haciendo la guerra, se vino á parar á un término medio, es decir á lo que habia de mas malo, decidiéndose que se aceptase el tratado, pero con modificaciones.

M. de Haugwitz se opuso fuertemente á es-

Consejo extraordinario, á que concurren los principales personages políticos y militares de la Prusia.

Adóptase el tratado de Schoenbrunn, aunque con modificaciones.

ta determinacion, dijo que en Schœnbrunn se habia aprovechado de todas las circunstancias, y que habia obtenido de Napoleon lo que no obtendria por segunda vez; que éste veria en las modificaciones hechas al tratado un nuevo triunfo del partido enemigo de la Francia; que acabaria por no contar para nada con la alianza prusiana, obrando en consecuencia de esto, y que creyéndose libre por una ratificacion con reservas, colocaria la Prusia en la alternativa de aceptar otras peores condiciones ó hacer la guerra.

El consejo desoyó las razones de M. de Haugwitz, pretendiendo que las modificaciones buenas ó malas que se hacian en el tratado salvaban el honor de la Prusia, porque probaban que esta nacion no aceptaba los tratados segun eran dictados por Napoleon. Estas razones de tan poco valor ilusionaron á gentes que necesitaban engañarse á sí mismas, y se adoptó el tratado haciéndose en él varios cambios.

Naturaleza de las modificaciones adoptadas.

El primero de estos cambios indicaba bien á las claras el pensamiento

de los que los habian propuesto, y la clase del apuro en que se hallaban. Suprimíase del tratado la calificacion de *ofensiva y defensiva* dada á la alianza contraida con la Francia, á fin de poder presentarse á la Rusia con menos bochorno. Explicábase por medio de comentarios los casos en que la Prusia estaria obligada á hacer causa comun con la Francia. Pedianse algunas explicaciones sobre los últimos arreglos que se proyectaban en Italia, y que debian comprenderse en las garantías reciprocas estipuladas en el tratado de Schœnbrunn, porque se pensaba no aprobar formalmente lo que iba á consumarse en Napoles, es decir la caída de los Borbones, clientes y protegidos de la Rusia.

Estas modificaciones significaban, que al verse obligados á entrar en la política de la Francia, no querian entrar en ella con franqueza, y en particular, no comprometerse tanto al abrazarla, que les fuese imposible disculpar en Viena y en San Petersburgo la conducta que observaban. La intencion era demasiado conocida para que en Paris se interpretase de un modo favorable. A estas modificaciones se añadieron algunas todavia menos honrosas. Es verdad que no

se consignaron en el nuevo tratado, pero se dejó á M. de Haugwitz el cuidado de proponerlas verbalmente. Deseábase tomar el Hannover y no ceder el territorio de Anspach, que era la única concesion de importancia que Napoleon exigia, y que formaba el patrimonio que tenia en la Franconia la casa de Brandeburgo: deseábase asimismo se les agregasen las ciudades anseáticas; adquisicion preciosa por su importancia comercial; y colmando así la codicia de la nacion prusiana, se lisonjeaban de ahogar en ella el grito del honor, y de desarmar la opinion pública.

Hecho esto se llamó á M. de Laforest, ministro de Francia, y como tal encargado del cambio de las ratificaciones. Este conocia demasiado á su soberano para permitirse ratificar un tratado que habia sufrido tales enmiendas: se negó al principio, pero instado mucho, y habiéndole hecho presente M. de Haugwitz la necesidad apremiante de encadenar la corte de Berlin para salvarla de sus continuas variaciones, y arrancarla á las sugestiones de los enemigos de la Francia, consintió al fin, en ratificar el tratado modificado, *sub sperati*, precaucion usada en la diplomacia cuando se desea reservar la voluntad del soberano.

Como todas estas nuevas tergiversaciones de la corte de Prusia era menester que se aprobasen en Paris, y como parecia que M. de Haugwitz era

M. de Haugwitz parte de nuevo para alcanzar de Napoleon apruebe las modificaciones hechas en el tratado de Schœnbrunn.

el mas á propósito para obtener algo de Napoleon, se creyó que debia enviarse á este á Francia. M. de Haugwitz se negó por algun tiempo á admitir semejante comision; pero tanto se lo rogó el Rey que tuvo que resignarse á pasar á Paris, y hacer frente por segunda vez al negociador coronado y victorioso con quien habia tratado en Schœnbrunn. Partió, pues, haciendo que le precediesen algunas comunicaciones templadas y obsequiosas que le preparasen una acogida menos mala que la que podia temer.

Al saber Napoleon estas últimas miserias de la política prusiana, vió en ellas lo que debia ver, nuevas debilidades

Al saber Napoleon lo que pasa en Berlin, pierde la esperanza de contraer una alianza con la Prusia.

hacia sus enemigos, y nuevos esfuerzos para vivir bien con ellos, á la vez que se trataba sacar de él algun provecho. Con este motivo, concibió mas despego que antes hacia aquella política; y, lo que fue un gran mal para la Francia y para la Prusia, desde esta época perdió enteramente la esperanza de contraer una alianza con esta potencia. A esto se debe agregar que ya casi estaba arrepentido de lo que habia concedido en Schœnbrunn. En efecto, el donativo del Hannover habia sido concedido con demasiada precipitacion, no porque se hubiese podido colocar en mejores manos que en las de los prusianos, sino porque disponer de él definitivamente era hacer mas encarnizada la lucha con la Inglaterra, era añadir á los intereses inconciliables de la mar, intereses inconciliables en tierra, porque el anciano Jorge III hubiera preferido sacrificar las mas ricas colonias de la Inglaterra antes que su patrimonio germánico. No hay duda que si se reconocia que la Inglaterra habia de ser siempre nuestra enemiga implacable, y solo por la fuerza podia reducirse á la paz, entonces habia razon en hacer lo que se hacia, y el Hannover estaba bien empleado, pues que lo era en cimentar una alianza poderosa y sincera, con la cual se hacian imposibles las coaliciones continentales; pero ninguna de estas suposiciones parecia entonces verdadera. Se decia que era grande el decaimiento de los ánimos en Inglaterra, la próxima muerte de M. Pitt, el advenimiento probable de M. Fox al ministerio, y un cambio inmediato de sistema. Así, al saber Napoleon los últimos actos de la Prusia, pensó volver al estado que antes tenia respecto á esta potencia, es decir, restituirle á Anspach, Clèves y Neufchâtel, y retirarle el Hannover para conservar en su poder. En efecto, al punto á que habian llegado las cosas, bien por las faltas de los hombres ó bien por las de los acontecimientos, lo mejor era establecer buenas relaciones sin intimidad, y que cada uno recobrase lo que habia dado. Napoleon, recobrando el Hannover hubiera tenido en las manos un medio de tratar con la Inglaterra, y apro-

vechar la sola ocasion que iba á presentarse para terminar una guerra funesta, causa permanente de la guerra universal.

Tal fue su primer pensamiento, y ojalá Instrucciones que Napoleon da á M. de Talleyrand. lo hubiese seguido. Con arreglo á él dió á M. de Talleyrand sus instrucciones. Quiso que se hiciese creer á M. de Haugwitz que estaba muy irritado por las libertades que se habian tomado con la Francia; que se declarase roto el compromiso, y que quedaba libre para recobrar el Hannover, ya para que fuese prenda de la paz con la Inglaterra, ó para tratar de nuevo con la Prusia, y concluir con ella un tratado mas extenso y sólido (1).

(1) La carta siguiente reproduce exactamente el pensamiento de Napoleon en aquella circunstancia.

A. M. de Talleyrand.

París 4 de Febrero de 1806.

Con la muerte de M. Pitt ha cambiado el ministerio en Inglaterra: M. Fox ha sido nombrado ministro de relaciones exteriores. Deseo que esta tarde me presenteis una nota en la que se explane la siguiente idea.

«El infrascrito ministro de relaciones exteriores ha recibido de S. M. el Emperador la orden expresa de hacer conocer á M. de Haugwitz, que S. M. no puede reputar como existente el tratado concluido en Viena, por no haberse ratificado en el tiempo prescrito; que S. M. no reconoce en ninguna potencia, y en la Prusia menos que en ninguna, porque la experiencia ha probado que es menester hablar claramente y sin rodeos, el derecho de modificar é interpretar segun sus intereses los diferentes artículos de un tratado; que no es un cambio de ratificaciones el hacer dos textos diferentes de un mismo tratado, y que esta irregularidad parece todavia mayor si se consideran las tres ó cuatro páginas de memoria, añadidas á la ratificación de la Prusia; que M. de Laforest, ministro de S. M. encargado del cambio de las ratificaciones, seria culpable, si él mismo no hubiese observado cuán irregular era el proceder de la corte de Prusia, pero que solo habia aceptado el cange con la condicion de que el Emperador lo habia de aprobar.

«El infrascrito, pues, está encargado de declarar que S. M. no lo aprueba, por la consideracion del respeto debido á la ejecución de los tratados.

La primera idea de Napoleon es devolver á la corte de Berlin lo que esta le ha dado, recobrar lo que la ha cedido, y renunciar á toda intimidad con ella.

La primera idea de Napoleon es devolver á la corte de Berlin lo que esta le ha dado, recobrar lo que la ha cedido, y renunciar á toda intimidad con ella.

Febrero de 1806.

M. de Haugwitz consigue á fuerza de arte atraer á Napoleon á la idea de aliarse con la Prusia, por medio de dones recíprocos.

gobierno, colocado entre la Francia y la Europa coligada, inclinándose muy á menudo hácia la primera, pero arrastrado algunas veces hácia la segunda por pasiones de corte que era preciso comprender y escusar. Presentó al gobierno prusiano en la penosa obligacion de reparar la falta que habia cometido en Potsdam, y que para esto era menester que el gobierno frances lo sostuviese y animase con sus buenos oficios y conside-

M. de Haugwitz llegó á Paris el 1.º de Febrero, y desde luego desplegó, ya con M. de Talleyrand ya con el mismo Emperador, todo su talento diplomático, que no era poco. Dió mucha importancia á los apuros de su

raciones; presentóse á si mismo como el único hombre que luchaba en Berlin para atraer la Prusia á la Francia, y á este título, como con derecho á ser ayudado por la benevolencia de Napoleon, y lo hizo tan bien que Napoleon cedió, y consintió por desgracia, en volver á anudar el tratado de Schœnbrunn, pero con condiciones algo mas onerosas que las que Federico Guillermo acababa de rechazar.

—Yo no os quiero forzar á nada, dijo Napoleon á M. de Haugwitz, os ofrezco siempre volver las cosas á el antiguo pie, es decir recobrar el Hannover, y devolveros las provincias de Anspach, Clèves y Neufchâtel. Pero si tratamos, si os cedo de nuevo el Hannover, no lo haré con las mismas condiciones, y exigiré ademas que me prometais ser fieles aliados de la Francia. Si la Prusia se nos une franca y públicamente, no tengo que temer á la coaliccion europea, y sin ésta yo llegaré á entenderme con la Inglaterra. Pero para daros el Hannover necesito tener esta certidumbre, no menos que para convencerme que al dároslo obro con prudencia.—

Language que Napoleon usa con M. de Haugwitz.

„Pero al mismo tiempo el infrascrito „tiene el encargo de declarar que S. M. „desea siempre que las diferencias sobre- „venidas en estas últimas circunstancias, en- „tre la Francia y la Prusia se terminen de „un modo amistoso, y que la antigua amis- „tad que existia entre ellas subsista como „en los pasados tiempos: desea asimismo „que si el tratado de alianza ofensiva y de- „fensiva es compatible con los demas com- „promisos de la Prusia, subsista entre am- „bos paises y asegure sus relaciones.”

Dicha nota que me presentareis ésta tarde, la entregareis mañana, y bajo ningún pretexto dejareis de hacer lo que os ordeno.

Desde luego comprendereis que esto tiene dos objetos; ponerme en disposicion de hacer la paz con la Inglaterra si dentro de algunos dias se confirman las noticias que tengo, ó concluir con la Prusia un tratado fundado en una base mas estensa.

En la redaccion de este documento usareis un estilo grave y preciso; pero en la conferencia podeis añadir todas las modificaciones, y hacer uso de todos los medios que creais conducentes para hacer creer á M. de Haugwitz, que esta es una consecuencia de mi caracter, pero que en el fondo sigo con los mismos sentimientos que antes respecto á la Prusia. Mi opinion es que en las circunstancias actuales, si verdaderamente M. Fox está al frente de los negocios estrangeros no podemos ceder el Hannover á la Prusia, sino á consecuencia de un gran sistema, tal que nos garantice del temor de que continuen las hostilidades.

Napoleon tenia razon, menos en un punto, el de hacerse pagar el Hannover por nuevas compensaciones de la Prusia, y no entregárselo al contrario con condiciones mas ventajosas; porque los mejores aliados son los que están mas satisfechos. M. de Haugwitz que abrigaba un sincero deseo de aliar la Francia y la Prusia, prometió á Napoleon cuanto quiso, y lo prometió con todas las apariencias de la mejor buena fe. Añadió á sus promesas insinuaciones bastante diestras y embozadas sobre los procedimientos algo ligeros de Napoleon con respecto á la Prusia, sobre la necesidad de que contemplase la dignidad del Rey, no solo por el Rey, que aunque tímido era en el fondo susceptible é irritable, sino tambien por la nacion y el ejército, que se identificaban con el Monarca, y tomaban muy á mal las falta de consideraciones que se le tenia. M. de Haugwitz decia que la violacion del territorio de Anspach, principalmente, habia producido bajo este punto de vista el efecto mas sensible, y contribuido mucho á que la nacion se uniese á la corte en la especie de delirio que habia pro-

ducido el lamentable tratado de Potsdam.

Estas reflexiones eran justas y no tenían réplica. Pero si la Prusia necesitaba que se la tratase con miramientos, Napoleón necesitaba estar contento de ella para guardarle consideraciones, y sentir la estimación para manifestarla. Esta era una doble dificultad que hasta entonces no se había podido vencer; ¿se lograría con aquel nuevo arreglo? He aquí lo que por desgracia era muy dudoso.

Redactóse el segundo tratado de un modo mas explícito y mas apremiante que el primero. Diose el Hannover á la Prusia con la misma formalidad que en Schöenbrunn, pero con la condicion de ocuparlo inmediatamente á título de soberana. Como preciede este donativo la Prusia, contraia la nueva y grave obligacion de cerrar á los ingleses el Weser y el Elba con tanta escrupulosidad como lo habían hecho los franceses cuando ocupaban el Hannover. La Prusia hacia ademas las mismas concesiones que en Schöenbrunn: daba el principado franconiano de Anspach, los restos del ducado de Clèves, situados á la derecha del Rhin, y el principado de Neuchâtel que forma uno de los cantones de la Suiza. En este nuevo tratado se suprimia en provecho de la Baviera una ventaja concedida á la Prusia por el tratado de Schöenbrunn. Segun este, el principado franconiano de Bareuth, lindante con el de Anspach y conservado á la Prusia, debía demarcarse de un modo mas regular, tomando del de Anspach una parte de territorio que comprendiese 20,000 habitantes: en el segundo tratado no se hacia mencion de esto. Por último, se aumentaron las obligaciones que se imponian á la Prusia. Obligábase á esta á garantir no solamente la existencia del Imperio frances tal cual era con los nuevos arreglos concluidos en Alemania y en Italia, sino tambien, los futuros resultados de la guerra comenzada con Nápoles, es decir el destronamiento de la casa de los Borbones, y el presunto establecimiento en el trono de las Dos Sicilias de una rama de la familia Bonaparte. Esta era ciertamente la condicion mas desagradable que se imponia á la Prusia, porque hacia mas espinosa que nunca la situacion del Rey respecto al Emperador

Alejandro, á causa del protectorado que la Rusia habia confesado ejercer sobre los Borbones de Nápoles.

Inútil es decir que las garantias eran reciprocas, y que la Francia prometia á la Prusia apoyarla con sus ejércitos para asegurarla todas sus adquisiciones pasadas y presentes, incluso el Hannover.

Firmóse este segundo tratado el 15 de Febrero.

Asi, todo lo que la Prusia habia logrado al modificar el tratado de Schöenbrunn, era verse privada de las adiciones de territorio que debian agregarse á Bareuth, comprometerse á un acto muy peligroso como era el cerrar á los ingleses las embocaduras del Elba y del Weser, y obligarse á aceptar públicamente lo que iba á consumarse en Nápoles. El único resultado, en una palabra, eran mas obligaciones y menos beneficios.

M. de Haugwitz no habia podido alcanzar otra cosa á menos de no volverlo todo á su antiguo estado, lo que ciertamente hubiera sido preferible, porque asi se hubieran evitado los enojosos compromisos de una alianza solapada y poco sincera. Verdad es que se hubieran privado del prestigio de una adquisicion brillante, muy útil para cubrir en aquel momento todas las miserias de la politica prusiana. Sea lo que se fuere, M. de Haugwitz no queria llevar en persona á Berlin aquel triste fruto de las tergiversaciones de su corte, y resolvió remitirlo con M. de

M. de Haugwitz en-
via á Berlin á M. de
Lucchesini para que
entregue en la corte
el nuevo tratado, y él
permanece en Paris.

Lucchesini, ministro de Prusia en Paris. No le convenia solicitar que se aprobase una obra desvirtuada, y cargar solo con la responsabilidad de la resolución que se tratase de tomar. Quería dejar á su Rey, á sus colegas y á la familia real, que tan indiscretamente intervenia en los negocios del Estado, el cuidado de elegir entre el tratado de Schöenbrunn muy empeorado, ó la guerra; porque esta vez era evidente que incómodo Napoleón con una nueva negativa, si no se pronunciaba al punto contra la Prusia, la trataria de tal suerte en todos los arreglos europeos, que la guerra seria en breve inevitable.

Envió, pues, á Berlin á M. de Luc-

Chesini, que estaba á sus órdenes, y ocupó por algunos días la plaza que este dejaba vacante de embajador en París. Dióle el encargo de presentar á la corte el tratado, de pintarla exactamente el estado de las cosas en Francia, de ponerle á la vista las verdaderas disposiciones de Napoleon, que estaba pronto á tornarse, según se condujesen con él, ó en un aliado poderoso y sincero, aunque algo incómodo por su espíritu emprendedor, ó en un enemigo formidable si se le reducía á que conceptuase á la Prusia como una segunda Austria. M. de Haugwitz no dió á M. de Lucchesini la mision de solicitar en su nombre que se adoptase el nuevo tratado. Ya no deseaba nada, porque estaba disgustado de aquella tarea tan ingrata, y cansado de una responsabilidad demasiado contrariada.

M. de Haugwitz permaneció en París, siendo muy bien tratado de Napoleon, estudiando con curiosidad á este hombre extraordinario, y persuadiéndose cada día mas de lo acertado de su propia política, y de que se comprometian igualmente los intereses presentes y futuros de Francia y de Prusia, si ambas naciones no llegaban á entenderse.

Acontecimientos de Nápoles. Marcha del ejército frances.

Por lo demas, todo marchaba en Europa según los deseos del feliz vencedor de Austerlitz. El ejército que habia enviado á Nápoles, al mando aparente de José Napoleon y al real y efectivo de Massena, marchaba derecho á su objeto. La Reyna de Nápoles, procurando de nuevo conjurar la tempestad provocada por sus faltas, imploraba el auxilio de todas las cortes, y despachaba sucesivamente al Cardenal Ruffo y al príncipe heredero de la corona para que se avistasen con José y alcanzasen un tratado, cualesquiera que fuesen sus condiciones. Ligado José por las órdenes imperativas de su hermano, rechazaba al Cardenal Ruffo y acogia con las consideraciones debidas las instancias del príncipe Fernando, pero sin detenerse ni un instante en su marcha sobre Nápoles. El ejército frances fuerte de 40,000 hombres pasó el Garigliano el 8 de Febrero, y se adelantó formado en tres cuerpos. El de la derecha, á las órdenes del general Reynier fue á poner sitio á Gaeta; el del centro, á las del mariscal Massena, marchó sobre Capua, y

el de la izquierda, mandado por el general Saint-Cyr, se dirigió por la Pulla y los Abruzzos, hácia el golfo de Tarento. Al saberlo los ingleses se embarcaron con tanta precipitacion que estuvo en poco dejasen en gran peligro á sus aliados los rusos. Los primeros se acojieron á Sicilia y los segundos á Corfú. La corte de Nápoles se refugió en Palermo, después de haberse llevado todos los fondos que habia en la capital, hasta los del Banco. El príncipe real, con la parte mas escogida del ejército napolitano se internó en las Calabrias. Enviáronse á Capua dos señores napolitanos para tratar de la rendicion de la capital: firmóse un convenio, y José escoltado por el cuerpo de Massena se presentó delante de Nápoles, donde entró el 15 de Febrero, sin que se turbase el orden, y sin que opusiese ninguna resistencia la poblacion de los lazzaronis.

Aunque en el convenio de Capua se comprendió la plaza de Gaeta, su gobernador que era el príncipe de Hesse-Philippstadt no quiso entregarla; declarando que lá defenderia hasta el último extremo. En efecto, la posicion y fuerza de esta plaza, especie de Gibraltar, que se une por un istmo al continente de Italia, permitia hacer en ella una resistencia prolongada. El general Reynier atacó con grande osadia las fortificaciones exteriores y se apoderó de ellas, ocupándose en seguida del cuidado de estrechar al enemigo en la plaza, mientras recibia el material necesario para emprender un sitio en regla.

Aunque José se hallaba ya posesionado de Nápoles, aun no habia empezado á vencer las primeras dificultades que se le presentaban. Hasta entónces solo tenia el carácter de lugarteniente de Napoleon, pero á los ojos de todos era el Monarca designado para el nuevo reino. No habia un ducado en la tesoreria: la corte se habia llevado junto con el dinero todas las municiones de guerra, y la mayor parte de las autoridades habian desaparecido. Necesitábase crear á la vez la hacienda y la administracion. José tenia talento, era amable y pru-

Evacuacion de Nápoles, y retirada de la corte á Sicilia.

Resistencia de la plaza de Gaeta.

Dificultades que José encuentra en Nápoles.

dente, pero no tenia ni una minima parte de la prodigiosa actividad de su hermano Napoleon, actividad muy necesaria para fundar alli un gobierno.

Buena acogida que los grandes del rey no hacen á José.

trados que el resto de la nacion, como sucede por lo comun en todo pais poco civilizado, habian sido maltratados por la Reyna, que les echaba en cara su inclinacion á las opiniones liberales, y que continuamente los amenazaba con incitar contra ellos á los fanáticos é ignorantes lazzaronis: asi obra siempre el trono; se apoya en el pueblo contra los grandes cuando la resistencia proviene de estos. Por tanto, los grandes recibieron muy bien aquel nuevo gobierno, del cual aguardaban una administracion sabiamente reformadora, y decidida á proteger con igualdad á todas las clases. Viéndolos José animados de sen-

Principia en Nápoles el gobierno frances.

tuvo á los lazzaronis amenazándolos con severos castigos. Ademas, el nombre de Massena hacia temblar á los perturbadores. Habiendo arrojado el viento á las playas de Nápoles una fragata y una corbeta napolitanas con otros varios buques de transporte, se apoderaron de ellos y de las municiones y crecidas sumas que llevaban á bordo. Armáronse los fuertes, se echaron contribuciones, y se puso al frente de la policia de la capital á M. Salicetti, corso de mucha agilidad, y enviado al efecto por Napoleon. José pidió algunos fondos á su hermano para hacer frente á las primeras atenciones.

El principe Eugenio ocupa los Estados venecianos.

los Estados venecianos, y entrado en Venecia con gran satisfaccion de los habitantes de aquella antigua reyna de los mares, que hallaban en su agregacion á un reyno italiano constituido sobre principios justos, cierta indemnizacion de su perdida independencia. El cuerpo del general Marmont, descendiendo de los Alpes de Stiria en Italia, se habia encaminado sobre el Isonzo y formaba una

Sin embargo, al punto puso manos á la obra. Los grandes del reyno, mas ilus-

trados tan favorables, se dedicó á ir ganando su afecto cada vez mas, y con-

reserva pronta á penetrar en Dalmacia, si esta union de fuerzas se juzgaba necesaria. El general Molitor habia marchado rápidamente con su division á la Dalmacia para apo-

Ocupacion de la Dalmacia.

derarse de un territorio que Napoleon tenia en gran precio á causa de su proximidad al imperio turco. Este general habia entrado en la ciudad de Zara capital de la Dalmacia, pero todavia le quedaba que recorrer un grande espacio antes de llegar á las célebres bocas del Cattaro, que es la posicion mas meridional é importante del Adriático, y apresuraba su marcha á fin de contener por el terror de su aproximacion á los montenegrinos, que hacia tiempo se hallaban al servicio de la Rusia.

Por lo demas la corte de Viena, deseosa de que cuanto antes se retirase el ejército frances, estaba dispuesta á ejecutar fielmente el tratado de Presburgo. Aniquilada esta

Apresúrase la corte de Austria á ejecutar el tratado de Presburgo, con el fin de que se efectue pronto la retirada de los ejércitos franceses.

corte por la última guerra, que era la tercera desde la revolucion francesa, aterrorizada por los golpes que habia recibido en Ulma y en Austerlitz, sin duda no renunciaba á la esperanza de recobrarse un dia; pero por entónces estaba resuelta á poner algun orden en su hacienda, y á que pasasen muchos años antes de tentar de nuevo la fortuna de las armas. El archiduque Carlos que habia vuelto á desempeñar el ministerio de la guerra tenia el encargo de idear un nuevo sistema de organizacion militar, que proporcionase sin una gran reduccion de fuerzas las economias que era indispensable adoptar. Apresurábanse, pues, á ejecutar en todas sus partes el último tratado de paz á entregar, bien en metálico ó en letras de cambio la contribucion de los 40 millones de francos, y á ayudar á transportar los cañones y los fusiles tomados en Viena, para que se verificase cuanto antes la retirada de las tropas francesas. Esta retirada debia concluirse el 1.º de Marzo con la evacuacion de Braunau.

Al dejar Napoleon á Berthier en Munich, para que desde alli vigilase en la vuelta del ejér-

El ejército frances empieza á retirarse.

cito, vuelta que queria se verificase con lentitud y comodidad, mandó á aquel fiel ejecutor de sus órdenes que se detuviese en Braunau y no restituyese esta plaza hasta saber positivamente que los franceses se hallaban en posesion de las bocas del Cattaro. Habia establecido al mariscal Ney con su cuerpo en el pais de Salzburgo, á fin de que se sostuviese todo el mayor tiempo posible á expensas de una provincia destinada al Austria. El cuerpo del mariscal Soult estaba en el Inn, parte en el archiducado de Austria y parte en la Baviera, y viviendo á expensas de ambos paises. Conociéndose que ya se iban cansando los habitantes de Baviera de la carga que pesaba sobre su pais con la permanencia en él de los cuerpos de los mariscales Davout, Lannes y Bernadotte, se habia encaminado á estos hácia los paises nuevamente cedidos á los principes alemanes nuestros aliados; y como no se habia fijado ningun término para la entrega de aquellos paises, la cual dependia aun de arreglos que se litigaban, habia un pretexto fundado para que permaneciesen algun tiempo en ellos. En su consecuencia el cuerpo de Bernadotte se

Distribúyense las tropas francesas en las provincias alemanas nuevamente cedidas.

trasladó á la provincia de Anspach, cedida por la Prusia á la Baviera, en donde tenia espacio para estenderse y medios para subsistir. El cuerpo del mariscal Davout pasó al obispado de Aichstedt y al principado de Oettingen. La caballeria se distribuyó entre estos diversos cuerpos. Los que no podian vivir holgadamente tenian permiso para estenderse en los territorios de los pequeños principes de Suabia, cuya existencia hacia muy problemática el tratado de Presburgo, al exigir que se verificasen nuevos cambios en la constitucion germánica. Las tropas de Lannes divididas entre el mariscal Mortier y el general Oudinot fueron acantonadas en Suabia. Los granaderos de Oudinot se encaminaron atravesando la Suiza hacia el principado de Neuchâtel, para tomar posesion de él. Finalmente el cuerpo de Augereau, reforzado con la division Dupont y la bátava del general Dumonceau, fue acantonado al rededor de Francfort, pronto á marchar sobre la Prusia, si los últimos arreglos concluidos con esta potencia no producian

una inteligencia cordial y sincera entre ella y la Francia.

Todos estos cuerpos se encontraban en el mejor estado.

Estado brillante del ejército frances.

Ya empezaban á notarse en ellos las ventajas del descanso que se les habia concedido; diariamente llegaban nuevos conscriptos, que partian sin cesar de las márgenes del Rhin, donde se habian establecido los depósitos, á las órdenes de los mariscales Kellermann y Lefebvre. Nuestros soldados estaban, si es posible, en mejor estado para la guerra que antes de la última campaña, y estrechamente orgullosos de sus recientes victorias. Mostrábanse humanos por lo que

Conducta de los soldados franceses en Alemania.

toca á los pueblos de Alemania, y si bien se vanagloriaban de sus hazañas y metian con ellas mucho ruido, pasados estos momentos de efervescencia se mostraban nobles hasta no mas, y presentaban un singular contraste con los alemanes auxiliares, que eran mas duros con sus compatriotas que los mismos franceses. Desgraciadamente, Napoleon, por un espíritu de economia útil á su ejército, pero perjudicial á su politica, no entregaba á sus soldados mas que una parte de su prest; y conservaba el resto en provecho de ellos para entregárselo á su regreso á Francia. En cambio exigia que los paises donde acampaban les diesen en víveres la parte de la paga que les retenia, y esto era para los habitantes una carga muy pesada. Si se hubiesen pagado los víveres que suministraban los paises en que vivian nuestros soldados, la presencia de estos, lejos de ser una carga

Sufrimientos y mal estar de los paises ocupados por nuestras tropas sin que estas tengan la culpa.

para aquellos, hubiera sido una ventaja, y la Alemania que sabia que solo á las faltas de la coalicion debia la estancia de los franceses en su suelo, los hubiera tratado con la mayor benevolencia. Así, pues, la economia que buscaba Napoleon era muy mal entendida, y el beneficio que de ella resultaba al ejército, no equivalia á los inconvenientes y males que podian originarse de los sufrimientos de los paises ocupados. Napoleon hacia tambien retener las cantidades destinadas al equipo de sus soldados,

pues pensaba darles uniformes nuevos cuando hubiesen pasado el Rhin y vienesen á tomar parte en las fiestas que les preparaba. Los soldados eran del mismo parecer, y se resignaban gustosos á usar sus uniformes raídos, y á recibir poco dinero, diciéndose que á su regreso á Francia tendrían nuevos uniformes, y mucho dinero, fruto de sus presentes economías.

Por lo demas, si los pueblos se quejaban de la prolongada permanencia de nuestras tropas, los pequeños príncipes reclamaban su presencia como un beneficio que se les hacía, porque nada podía compararse á las violencias y espoliaciones que se permitían los gobiernos alemanes, particularmente los que tenían alguna fuerza. El Rey de Baviera y el gran duque de Baden se habían apoderado de los bienes de la nobleza inmediata, y aunque obraban sin ninguna clase de miramientos, su conducta era humana comparada con la violencia del Rey de Wurtemberg, que llevaba su codicia hasta el punto de invadir y apoderarse de todos los feudos, como en

los tiempos en que se gritaba en Francia: *guerra á los castillos, paz á las cabañas*. Sus tropas entraban en los dominios de los príncipes que había en su territorio, bajo el pretexto de apoderarse de las posesiones de la nobleza inmediata. El Rey de Wurtemberg solo tenía derecho á una parte pequeña del Brisgau, pues la mayor estaba destinada á la casa de Baden, y sin embargo lo había ocupado casi todo; y á no haber mediado la intervencion de las tropas francesas, las fuerzas de Wurtemberg y Bâden hubieran venido á las manos.

Previendo Napoleon las diferencias que iban á suscitarse entre los príncipes alemanes, grandes y pequeños, había constituido árbitros de ellas á M. Otto, ministro de Francia en Munich, y á Berthier, mayor general del grande ejército. Los poseedores de los pequeños principados de Alemania habían acudido á Munich, donde al parecer se había transferido la Dieta, y allí solicitaban la justicia de la Francia, y hasta la presencia de las tropas francesas en sus estados, por onerosa que fuese. Veíanse sur-

TOMO III.

gir por todas partes cuestiones de mucha monta, que no parecían poderse resolver sino por medio de un nuevo arreglo de la Constitución germánica. Mientras tanto guardaban destacamentos franceses los lugares que estaban en litigio, y todo se dejaba al arbitrio de la Francia y de sus ministros. Por lo demas, Napoleon no se aprovechaba de estos conflictos para prolongar la permanencia de sus tropas en Alemania, porque estaba impaciente por reunir en París y en torno suyo á todo el ejército, y solo aguardaba para verificarlo la completa ocupacion de la Dalmacia, y la respuesta definitiva de la corte de Prusia.

Obligada esta corte á manifestar su opinion sobre el tratado modificado de Schönbrunn, tomaba, al fin, su partido. Aceptaba este tratado menos ventajoso despues de la doble modificacion que había sufrido en Berlin y en París, y recibía con la vergüenza en la frente y con la ingratitud en el corazon, el donativo del Hannover que en cualquiera otra ocasion la hubiera llenado de alegría. ¿Mas, qué podía hacer? En efecto, no podía tomar otro partido que el de adherirse á las proposiciones de la Francia, ó resignarse á la guerra, á la guerra que el ejército prusiano deseaba con jactancia, y que sus gefes, mas cuerdos y avisados, y particularmente el Rey, tenían como una prueba funesta.

A haber optado por la guerra; debia haberse decidido cuando Napoleon dejaba á Ulma para internarse en el largo valle del Danubio, y caer á sus espaldas, mientras que los austro-rusos concentrados en Olmütz le atraían á Moravia; pero entonces no estaba listo el ejército prusiano, y despues, cuando en 2 de Diciembre M. de Haugwitz se avisó con Napoleon, ya era tarde. Mas tarde era en la actualidad, pues los franceses reunidos en Suabia y en Franconia no tenían mas que dar un paso para invadir á la Prusia; estando ya los rusos en Polonia y los austriacos completamente desarmados.

Aceptar el donativo del Hannover con las condiciones que ponía la Francia, era, pues, el único partido posible; pero era una ma-

Resolucion definitiva de la corte de Prusia.

M. de Haugwitz regresa á Berlin.

nera muy singular de empezar una alianza íntima. El tratado de 15 de Febrero fue ratificado el 24; y M. de Lucchesini volvió á París con las ratificaciones. M. de Haugwitz, se puso en camino para regresar á Berlín, muy satisfecho del buen tratamiento personal que habia recibido, y prometiendo de nuevo á Napoleón la alianza fiel de la Prusia, aunque temiendo pasar por pruebas muy penosas á vista de todas las dificultades que hormigüean entonces en Alemania, y á vista sobre todo de aquellos pequeños príncipes alemanes, postrados á los pies de la Francia para salvarse de las esacciones con que los abrumaban príncipes mas poderosos ó mas favorecidos.

Estado de Berlín al regreso de M. de Haugwitz.

su situación, y afligido por las dificultades que le oponia la corte, que cada vez se mostraba mas exaltada y menos reservada. La audacia de los descontentos llegó hasta el

Insultos que recibe M. de Haugwitz.

turbadores que generalmente se creia pertenecian al ejército, y que se decia pública, pero falsamente, que eran agentes del príncipe Luis, rompieron los cristales de la casa de M. de Haugwitz. Este afectó despreciar semejantes manifestaciones, que si bien son insignificantes en los países libres, donde se permiten despreciando los excesos de la multitud, son estrañas y de gravedad en una monarquía absoluta; sobre todo cuando se imputan al ejército. El Rey las consideró como cosa seria, y anunció públicamente la intencion de castigar á los autores, dando al efecto órdenes formales á la policía para que los buscase; pero bien fuese está cómplice ó incapaz para el efecto, no llegó á descubrirlos. Exasperado el Rey manifestó una voluntad firme y determinada que impuso á los descontentos y particularmente á la Reyna, haciéndola conocer que habia tomado su partido, y que era preciso que todos los que le rodeasen observasen una conducta conforme á su política. La Reyna, que por lo demas era adicta á los intereses del Rey su esposo, calló, y

por algun tiempo presentó la corte un aspecto decoroso.

M. de Hardenberg deja el ministerio siendo el idolo

Retirada y popularidad de M. de Hardenberg.

en aquellos momentos de los que formaban la oposicion. Habia sido hechura de M. de Haugwitz, su partidario, su imitador y el mas ardiente declamador de la alianza francesa, sobre todo en 1805 cuando Napoleón desde su campamento de Boloña ofrecia el Hannover á la Prusia. Entonces conceptuaba M. de Hardenberg como la mayor gloria asegurar este engrandecimiento á su país, y se quejaba á los ministros franceses de las vacilaciones de su Rey, que no acababa, segun decia, de aliarse á la Francia. Despues, habiendo visto fracasar su designio, se habia arrojado con la impetuosidad de un carácter inmoderado en brazos de la Rusia, y no habiendo sabido reparar este error, declamaba en alta voz contra la Francia. Informado Napoleón de su conducta, habia cometido respecto á él una falta que repitió mas de una vez, la de hablar de él en sus boletines, aludiendo á un ministro prusiano seducido por el oro de los ingleses. Esta imputacion era injusta. M. de Hardenberg no habia sido seducido por el oro de los ingleses, asi como M. de Haugwitz no lo habia sido por el de los franceses. Ademas era indecoroso tratar de semejante cosa en un documento oficial, y daba demasiado á conocer la licencia del soldado vencedor. Este ataque era el que habia valido á M. de Hardenberg la inmensa popularidad de que gozaba. El Rey le concedió su retiro con muestras de consideracion, si bien estas no quitaron á su retirada el carácter de una desgracia política.

Pero mientras alejaba á M. de Hardenberg, Federico Guillermo agregaba á M. de Haugwitz un segundo que no valia mucho mas que aquel: este era M. de Keller, que miraba como uno de los suyos el partido de la corte, y que públicamente manifestaba que su encargo era el vigilar á su gefe. Semejante nombramiento era una especie de satisfaccion concedida al partido enemigo de la Francia, porque en los gobiernos absolutos, hay á veces necesidad de ceder á la oposicion, como sucede en los gobiernos libres. Federico Guillermo hacia

mas aun ; procuraba llevarse bien con la Rusia , y esplicarle del modo mas honroso que podia las interesadas inconsecuencias que habia cometido.

Relaciones de la Prusia con la Rusia, despues de la batalla de Austerlitz.

Despues de la batalla de Austerlitz raras eran las comunicaciones que la corte de Berlin habia tenido con la de San Petersburgo. Despues de lo que habia pasado en Potsdam, la Rusia debia estar avergonzada de su derrota, y la Prusia de la manera con que se habia cumplido el juramento hecho en la tumba de Federico el grande. En aquellos momentos el silencio era la única relacion que podia haber entre ambas cortes. Sin embargo, la Rusia lo habia roto una vez , para declarar que sus fuerzas estaban á disposicion de la Prusia , si divulgado el tratado de Potsdam le acarreaba la guerra. En seguida habia callado , y la Prusia tambien.

Mision del duque de Brunswick, que pasa á San Petersburgo á explicar la conducta de la Prusia.

Esta situacion debia concluir por medio de explicaciones. El Rey instó al anciano duque de Brunswick para que fuese á San Petersburgo á oponer su gloria á los cargos que debian hacerse al gabinete prusiano por la conducta que habia seguido en Schœnbrunn y continuado en Paris. Este respetable principe, que era adicto á la casa de Brandeburgo , partiò , pues , para Rusia á pesar de su avanzada edad. No iba á declarar francamente que la Prusia se aliaba en fin á la Francia , lo cual si bien hubiera ofrecido dificultades , hubiera sido preferible á que continuase en aquella situacion ambigua , ya tan funesta ; iba á decir que

Lenguage que el duque de Brunswick debia usar en San Petersburgo.

si la Prusia habia tomado el Hannover, era por no dejarlo á la Francia , y por evitarse el sentimiento y el peligro de ver á los franceses aparecer de nuevo en el Norte de Alemania ; que si se habia aceptado la palabra *alianza* era para evitar la guerra , y que por aquella palabra solo debia entenderse la neutralidad ; que la neutralidad era lo que mas convenia á los unos y á los otros ; que la Rusia y la Prusia nada tenian que ganar en la guerra ; que al obstinarse en aquel sis-

tema de hostilidad encarnizada contra la Francia , se protegia indirectamente el monopolio mercantil de la Inglaterra , y que al menos era dudoso que no se protegiese tambien la dominacion de Napoleon en el continente.

Tal era el language que el duque de Brunswick debia usar en San Petersburgo.

Volvamos ahora al jóven Emperador Alejandro, que arrastrado á la guerra por vanidad y contra las

Lo que acontecia en Rusia despues de la batalla de Austerlitz.

secretas inspiraciones de su razon , habia hecho en Austerlitz un aprendizaje tan triste en la carrera de las armas. Poco habia dado que hablar de si en aquellos últimos tres meses , y habia ido á ocultar la confusion de su derrota en el alejamiento de su imperio.

Elevábase en Rusia un clamor general contra los jóvenes que , segun se decia , gobernaban y comprometian el imperio. Estos jóvenes , empleados unos en el ejército y los otros en los ministerios continuamente disputaban entre sí. El partido de los Dolgorouki acusaba al partido de los Czartoryski , y le echaba en cara el haberse perdido todo por la mala conducta que habia observado con la Prusia. Se habia querido violentarla , decian los Dolgorouki , y así se la habia indispuerto en lugar de atraerla , y su negativa en tomar parte en la coalicion habia impedido que esta triunfase. Un interes particular habia dominado en todo esto , el interes de arrancar á la Prusia las provincias polacas y reconstituir la Polonia , sueño funesto , y por cuya realizacion era evidente que el principe Czartoryski hacia traicion al Emperador.

El principe Czartoryski y sus amigos sostenian , con mucha mas razon , que los verdaderos autores de los reveses de la Rusia eran aquellos militares presuntuosos , que no habian sabido aguardar en Olmütz el término fijado para la intervencion de la Prusia , que habian querido presentar la batalla antes de tiempo , y oponer su experiencia de veinte y cinco años á la ciencia del general mas consumado de los tiempos modernos.

Descontentos los viejos-rusos , condenaban á toda aquella juventud ; y Alejandro , á quien se acusaba de dejarse

guiar tan pronto de los unos como de los otros, era en aquella época tenido en muy poca estimacion por sus vallos.

Mucho se habia desanimado en los primeros dias que se siguieron á su derrota; y si el príncipe Czartoryski no le hubiera recordado varias veces el sentimiento de su propia dignidad, hubiera dejado ver el profundo abatimiento de su alma. El príncipe Czartoryski, aunque participaba algo de la inexperiencia comun á todos los jóvenes que gobernaban el imperio, tenia sin embargo consecuencia y formalidad en sus miras. El era el principal autor de aquel sistema de arbitraje europeo que habia inducido á la Rusia á tomar las armas contra la Francia; sistema, que si en los hombres de estado rusos no era en el fondo mas que una máscara puesta sobre su ambicion nacional, era en aquel joven polaco un pensamiento sincero que habia abrazado con franqueza. Quería que Alejandro persistiese en él; y si bien era una gran presuncion en personas tan jóvenes el querer gobernar la Europa, sobre todo cuando potencias tan poderosas se disputaban entónces su imperio, era mayor ligereza todavia abandonar tan pronto lo que se habia emprendido con tanta temeridad.

El príncipe Czartoryski habia dirigido al joven Emperador, que poco antes era su amigo, y que ya empezaba á ser su señor, nobles y respetuosas esposiciones que honraban al ministro de un pais libre, y que debian honrar mucho mas al de un pais en que la resistencia al poder es un acto de adhesion muy raro, y destinado á permanecer desconocido. El príncipe Czartoryski haciendo á Alejandro el bosquejo de sus dudas y debilidades, le decia: «El Austria está abatida, pero detesta á su vencedor; la Prusia está dividida entre dos partidos, pero concluirá por ceder al sentimiento alemán que la domina. Guardad á ambas potencias las mayores consideraciones, y espiad el momento en que una y otra esten dispuestas á obrar. Hasta entonces estais libre de todo riesgo; podeis permanecer algun tiempo sin hacer ni la paz ni la guerra, y aguardar así, para segun se presenten las circunstancias, ó empuñar de nuevo las armas, ó tratar con condiciones ventajosas. Permaneced siempre unido á la

Inglaterra y obligareis á Napoleon á que os conceda lo que se os debe.»

Conociendo profundamente la grandeza de Napoleon, despues que lo habia encontrado en el campo de batalla de Austerlitz, Alejandro respondia al príncipe Czartoryski: «Cuando queremos luchar con ese hombre, somos niños que quieren luchar con un gigante».—Y añadía que sin la Prusia era imposible renovar la guerra, porque sin ella no habia ninguna probabilidad de que la guerra fuese feliz. Alejandro habia concebido una singular estimacion por el ejército prusiano, por el solo motivo de que Napoleon no lo habia batido aun. En efecto, este ejército era entónces la ilusion y la esperanza de la Europa. Alejandro estaba pronto á renovar la lucha en union de él pero no sin él. Por lo que hace á la Inglaterra no esperaba de ella un apoyo muy eficaz. Temía que despues de la muerte de M. Pitt, que se anunciaba como cierta, y despues de la subida de M. Fox al ministerio, que se decia próxima, se extinguiese, si no en el corazon de los ingleses al menos en su politica, el odio que tenian á la Francia. Sin embargo, las observaciones del príncipe Czartoryski, estimulando el orgullo de Alejandro, habian confortado su alma, y estaba resuelto á dejar pasar algun tiempo antes de entregar su espada á Napoleon. Pero aunque conocia la utilidad de las lecciones de su joven censor le importunaban ya, y habia llegado al punto de buscar en los antiguos personajes de su imperio un hombre complaciente sin capacidad, que cubriese con su edad y ejecutase con su mision su voluntad personal. Decíase ya que su favor se dirigia al general Budgeberg.

Siguiose exactamente la conducta aconsejada por el príncipe Czartoryski. Pusieronse de nuevo en relaciones con el Austria, se olvidaron al parecer la tibieza de Holsch, y se manifestó á la corte de Viena grande interes por sus desgracias, y mucha consideracion por el poder que le quedaba; al mismo tiempo se encargó de negociar en Londres que se le pagase un año de subsidios, aunque la guerra solo habia durado tres meses. Por lo que hace á la Prusia se evitó todo lo que hubiera podido ofenderla, aunque

Marzo de 1808.

sin aprobar por eso sus actos. El duque de Brunswick acababa de llegar en los primeros dias de Marzo. Se le acogió muy bien, colmándole de atenciones y de agasajos, que parecían dirigidos á su persona, á su edad, á su gloria militar, y de ningun modo á la corte que representaba. Algo varió esta acogida cuando empezó á tratar de asuntos politicos. Dijosele que no se podia reputar como bueno que la Prusia hubiese aceptado el Hannover de manos del enemigo de la Europa; que por lo demas, la paz que habia hecho con la Francia era una paz falsa, poco sólida y menos duradera; que en breve la Prusia se veria precisada á adoptar una resolucion por largo tiempo diferida, y á sacar la espada de Federico el Grande.—Entonces, dijo el Emperador Alejandro al duque de Brunswick, yo serviré á vuestras órdenes, y tendré á gloria aprender en vuestra escuela el arte de la guerra.

Negociacion secreta entablada con el anciano duque de Brunswick y continuada misteriosamente con M. de Hardenberg.

Sin embargo, se trató de entablar con el anciano duque de Brunswick una negociacion que debia permanecer secreta.

Bajo el pretexto de que la Francia no observaria fielmente las condiciones de la alianza, se propuso al duque formar una sub-alianza con la Rusia, por medio de la cual, si la Prusia estaba descontenta de la alianza francesa podia recurrir á su aliado ruso, y tendria á su disposicion todas las fuerzas del imperio moscovita. Ofreciasele, pues, que hiciese traicion á la Francia. El duque de Brunswick, queriendo dejar en San Petersburgo disposiciones favorables á la Prusia, consintió, no en contraer semejante compromiso, porque no estaba autorizado para ello, sino en proponérselo á su soberano. Convino que esta negociacion permaneciera abierta y se continuaria secretamente, á despecho de M. de Haugwitz, por medio de M. de Hardenberg, ministro que al parecer habia caido en desgracia, y que por debajo de cuerda continuaba tratando los negocios mas importantes de la monarquia.

Manifiesto de la Prusia al pueblo de Hannover y á la Gran-Bretaña.

Mientras que la Prusia procuraba asi esplicar su conducta en San Petersburgo, intentaba tambien

escusarse en Londres por la ocupacion del Hannover. Nada puede presentarse mas singular que su manifiesto al pueblo hannoveriano, y el despacho que dirigió á la corte de Londres. Decia al pueblo hannoveriano, que tomaba con sentimiento posesion de su pais, posesion que pagaba con un sacrificio bastante doloroso, el de sus provincias del Rhin, de Franconia y de Suiza; pero que obraba asi por asegurar la paz de la Alemania y librar al Hannover de la presencia de los ejércitos extrangeros. Despues de haber dirigido al pueblo hannoveriano estas palabras sin franqueza y sin dignidad, decia al gabinete ingles, que ella no quitaba el Hannover á la Inglaterra, sino que lo recibia de Napoleon que lo habia conquistado. Añadia que lo recibia de mala gana, y como un cambio que se le imponia dando provincias, que sentia en extremo perder; que esto era una de las consecuencias de la guerra imprudente que la Prusia habia censurado siempre, que se habia emprendido contra su opinion, y de la cual debian echarse la culpa, porque habian elevado, combatiéndolo fuera de tiempo, aquel poder colosal, que quitaba á los unos para dar á los otros, y que del mismo modo violentaba á los que favorecia con sus dones como á los que despojaba.

La Inglaterra no se pagó de semejantes razones; y contestó á ellas con un manifiesto, en el cual colmó de invectivas á la corte de Prusia, declarando que estaba miserablemente subyugada á Napoleon, que era indigna de ser escuchada, y que era tan despreciable por su codicia como por la dependencia en que se hallaba. Sin embargo, el gabinete británico, para que no pareciese á los ojos de la nacion que se atraia otro enemigo mas solo por interes de la familia real, dijo que hubiera sufrido aquella nueva invasion del Hannover, resultado inevitable de la guerra continental, si la Prusia se hubiera limitado á una simple ocupacion; pero que, habiendo anunciado esta potencia quedaban cerrados los rios, habia cometido un acto hostil y altamente perjudicial al comercio ingles, y que en su consecuencia le declaraba la guerra. Diose orden á todos los buques de la

Declaracion de guerra entre la Inglaterra y la Prusia.

marina real para que persiguiesen al pabellon prusiano, lo cual debía causar mucha turbacion en Alemania, porque los buques del Báltico, tomaban por lo comun aquel pabellon que los dominadores de los mares respetaban algo mas que á los de las otras potencias.

El ascendiente de la batalla de Marengo habia hecho que la Inglaterra se inclinase á Napoleon; el ascendiente de la de Austerlitz producía el mismo efecto, porque las victorias de nuestros ejércitos eran tambien un medio seguro de desarmarla, aunque menos directo. La primera de estas victorias habia producido la retirada de M. Pitt, la segunda

Muerte de M. Pitt.

causó su muerte. Este gran ministro, que habia vuelto al gabinete

en 1803, para estar en él nada mas que dos años, habia sufrido grandes contrariedades y amarguras. Separado de MM. Windham y Grenville, sus antiguos colegas, y de M. Fox, su reciente aliado, habia tenido que combatir en el Parlamento á unos y otros, y en la Europa á Napoleon, ya Emperador y mas poderoso que nunca. A su voz tan conocida de los enemigos de la Francia, habia resonado por todas partes un grito de guerra, se habia formado una tercera coalicion, y el ejército frances habia tenido que desviar su atencion de Douvres para fijarla en Viena. Pero disuelta esta tercera coalicion en Austerlitz, M. Pitt habia visto frustrados sus proyectos; veia á Napoleon libre para volver á Boloña, y prontas á renacer las ansiedades crueles de la Inglaterra.

La idea de ver de nuevo á Napoleon en las orillas de la Mancha, preocupaba todos los ánimos en Inglaterra. Confian siempre, es cierto, en la inmensa dificultad del paso, pero tambien lo es, que se empezaba á creer que nada habia imposible para el hombre extraordinario que agitaba al Universo; y que se preguntaba si valia la pena de arrostrar tales azares el adquirir una isla mas, cuando ya la Inglaterra poseia toda la India, el Cabo de Buena-Esperanza y Malta, segura de no ser jamas despojada. Decíase que la batalla de Trafalgar habia asegurado definitivamente la superioridad de la Inglaterra sobre los mares, pero que á Napoleon le quedaba el continente europeo, y que iba á cerrar en él todas las salidas; que este

continente era el mundo, y que no era posible vivir enteramente separados de él; que los mas brillantes combates navales no impedirian que Napoleon aprovechando un dia cualquier circunstancia, partiese de aquel continente para invadir á la Inglaterra. El sistema de guerra á muerte estaba, pues, enteramente desacreditado entre los ingleses, y si bien fue el que prevaleció mas tarde, conocian entonces que el peligro era grande, muy grande, en comparacion de las ventajas que podian recoger de una lucha prolongada.

Ahora bien, como los hombres son esclavos de la fortuna, y toman de ordinario por eternos sus caprichos del momento, se mostraban crueles con M. Pitt; olvidaban los servicios que hacia

veinte años estaba prestando á su patria y el grado de grandeza á que la habia elevado por la energia de su patriotismo y por sus

Efectos que causa en Inglaterra la batalla de Austerlitz, é ingratitud que manifiestan á M. Pitt sus contemporáneos.

talentos parlamentarios, que le habian valido la sumision de la cámara de los comunes. Tenianle por vencido y le trataban como á tal. Sus enemigos se burlaban de su política y de los resultados que habia tenido. Imputábanle las faltas del general Mack, la precipitacion con que los austriacos habian entrado en campaña, sin aguardar á los rusos, y la precipitacion con que los rusos habian presentado la batalla sin aguardar á los prusianos. Imputaban todo esto al furor impaciente de M. Pitt: afectaban un grande interes al Austria y acusaban á M. Pitt de haberla perdido, y de haber perdido con ella al único amigo verdadero de la Inglaterra.

Sin embargo, M. Pitt era extraño al plan de la campaña, y solo habia tenido parte en la coalicion, pues era el que la habia formado, y formándola habia impedido la expedicion de Boloña. Pero nada de esto queria concedérsele.

Una circunstancia extraña habia hecho mas penoso el efecto de la última victoria de Napoleon. Poco despues de la batalla de Austerlitz, del mismo modo que á los pocos dias de la de Marengo, se habia dicho, momentos antes que se supiese la verdad, que Napoleon habia perdido en una gran batalla 27,000 hombres y toda su artilleria. Pero divulgada en

breve la noticia exacta, los miembros de la oposicion hicieron traducir é imprimir los boletines franceses, y los distribuyeron á la puerta de la casa de M. Pitt y de la del embajador de Rusia.

Si Napoleon hubiese pasado el estrecho, y hubiese oido lo que se decia de él, de su genio y de su fortuna, entónces, si, hubiera gozado de toda sugloria. ¡Tristes vicisitudes de este mundo! lo que M. Pitt sufría en esta época, debia sufrirlo Napoleon mas tarde, y con un aumento de injusticia y de pasion, proporcionado á la grandeza de su genio y de su destino.

Veinte y cinco años de luchas parlamentarias, luchas devoradoras que gastan el alma y el cuerpo, habian arruinado la salud de M. Pitt. Una enfermedad hereditaria, que los trabajos, las fatigas, y sus últimos pesares habian hecho mortal, acababa de causar su fin prematuro el 23 de Enero de 1806. Habia muerto á la edad de cuarenta y siete años, despues de haber gobernado su pais por espacio de veinte, con tanto poder como el que se puede ejercer en una monarquia absoluta; y sin embargo, vivia en un pais libre, no gozaba del favor del Rey, y tenia que conquistar los votos de la asamblea mas independiente de la tierra.

Si se admira á aquellos ministros de M. Pitt.

que en las monarquias absolutas saben encadenar por largo tiempo la debilidad del príncipe, la inestabilidad de la corte, y reynar en nombre de su soberano sobre un pais esclavizado; ¡con qué admiracion no se debe mirar al hombre, cuyo poder, establecido sobre una nacion libre, dura veinte años! No hay duda que las cortes son muy caprichosas, pero nunca lo son tanto como las grandes asambleas deliberativas. Todos los caprichos de la opinion excitados por los mil estimulantes de la prensa periódica, y reflejados en un parlamento donde toman la autoridad de la soberania nacional, componen esa voluntad móvil, unas veces servil, otras despótica, que es preciso atraerse para reynar sobre aquella multitud de cabezas que pretenden gobernar. Para dominarla, ademas del arte de la lisonja que proporciona triunfos en las cortes, se necesita ese arte, tan diferente, de la palabra, unas veces vulgar, otras

sublime, que es indispensable para hacerse escuchar de muchos hombres reunidos; se necesita, ademas, lo que no es arte sino un don, un carácter apropiado para hacer frente y contener las pasiones sublevadas. M. Pitt poseia hasta el mas alto grado todas estas cualidades, naturales ó adquiridas. Jamas se ha visto en los tiempos modernos un hombre mas hábil para dirigir á su gusto una asamblea. Espuesto durante la cuarta parte de un siglo á la vehemencia seductora de M. Fox, y á los sarcasmos terribles de M. Sheridan, los resistió con una sangre fria inalterable, habló constantemente con oportunidad y con acierto y prudencia; y cuando á la atronadora voz de sus adversarios se unia la voz todavia mas poderosa de los acontecimientos; cuando la revolucion francesa, desconcertando sin cesar á los hombres de Estado y á los generales mas experimentados de la Europa, arrojaba en medio de su marcha, á Fleurus, á Zurich ó Marengo, supo siempre contener con la firmeza y conveniencia de sus respuestas los ánimos conmovidos del parlamento británico. En esto, sobre todo, es en lo que se hizo notable M. Pitt, porque como ya hemos dicho, no tuvo ni el genio organizador, ni profundos conocimientos políticos. A excepcion de algunas reformas que hizo en la hacienda, de un mérito reconocido, nada creó en Inglaterra; se engañó muy á menudo sobre las fuerzas relativas de la Europa, y sobre la marcha de los acontecimientos; mas á los talentos de un grande orador politico unió un amor ardiente á su pais y un odio apasionado á la revolucion francesa. Para que el genio sea poderoso necesita de las pasiones. Representante en Inglaterra no de la aristocracia noble sino de la aristocracia mercantil, que le prodigó sus tesoros por medio de los empréstitos, resistió á la grandeza de la Francia y al contagio de los desórdenes demagógicos, con una perseverancia inalterable, y sostuvo el orden en su pais sin disminuir la libertad. Es verdad que le dejó cargado de deudas, pero tambien le dejó en tranquila posesion de los mares y de las Indias. Usó y abusó de las fuerzas de la Inglaterra; pero á su muerte era esta el segundo pais de la tierra, y el primero ocho años despues. ¿Y de qué puede servir su fuerza á las naciones,

sino para pretender dominar las unas á las otras? Las vastas dominaciones entran en los designios de la Providencia: lo que un hombre de genio es á una gran nacion, lo es una gran nacion á la humanidad. Las grandes naciones civilizan é ilustran al mundo, y le hacen marchar con mas rapidez por todas las sendas. Solo se las debe aconsejar que unan á la fuerza la prudencia, que hace que aquella tenga buen éxito, y la justicia que la honra.

M. Pitt que tan afortunado fue por espacio de diez y ocho años, fue desgraciado en los últimos dias de su vida. Los franceses se vieron vengados de tan cruel enemigo, porque pudo creerlos victoriosos para siempre; pudo dudar de la excelencia de su politica, y temblar por el porvenir de su patria. Lord Castle-reagh, uno de sus mas medianos sucesores, era el que debia gozar de nuestros desastres.

En medio de diversas y violentas acusaciones, tuvo M. Pitt la fortuna de que no se atacase á su integridad. Vivió con sus sueldos, que eran considerables, y sin ser pobre, se le tuvo por tal. Cuando se anunció su muerte, uno de los miembros de la antigua mayoría ministerial propuso que la nacion pagase sus deudas. Presentada esta proposicion en el Parlamento y acogida con respeto, fue combatida por sus antiguos amigos, ya sus enemigos, y particularmente por M. Windham que por tanto tiempo habia sido su colega en el ministerio. Su noble antagonista, M. Fox, se negó á aprobarla, pero con dolor.—Yo venero, exclamó con un acento que conmovió á la cámara de los comunes, yo venero á mi ilustre adversario, y conceptuo como la gloria de mi vida, el que algunas veces se me haya reputado su rival. Pero he combatido durante veinte años su politica; y ¿qué diria de mi la generacion presente, si me viera acoger una proposicion, por cuyo medio quiere tributarse el último y mas brillante homenaje á esa politica que he creído, y que creo tan funesta á la Inglaterra!—Todo el mundo comprendió el voto de M. Fox y aplaudió su nobleza y su lenguaje.

Algunos dias despues, presentada la proposicion bajo otro carácter, votó el parlamento por unanimidad la cantidad de 50,000 libras esterlinas (unos 5 millo-

nes de reales) para pagar las deudas de M. Pitt. Tambien decidió que sería sepultado en Westminster.

Con la muerte de M. Pitt quedaron vacantes los cargos de primer lord de la tesoreria, de canceller del echiquier, de lord gobernador de los cinco puertos, de gran maestre de la universidad de Cambridge y otros menos importantes.

Gran dificultad ofrecia el reemplazar á M. Pitt, no en aquellos diferentes cargos, que se disputaban muchas ambiciones, sino en el de primer ministro, que tenia algo que imponia espanto en presencia de Napoleón, vencedor de la coaliccion europea.

Dificultad de reemplazar á M. Pitt.

Cuando en 1803 se renovó la guerra, viendo la debilidad del ministerio Addington, que gobernaba entonces, se apoderó de los ánimos de los ingleses la idea de reunir en un ministerio todos los talentos, aun los de opiniones contrarias, tales como MM. Pitt y Fox para hacer frente á las dificultades de la lucha que se iba á renovar con Napoleón. El haberse unido en la oposicion MM. Pitt y Fox contra el gabinete Addington, hacia mas natural y fácil aquella reunion de talentos. M. Pitt quiso verificarla, pero no con empeño suficiente para vencer la resistencia de Jorge III. Entró en el ministerio sin M. Fox, y por una especie de compensacion, entró tambien sin sus amigos, los partidarios mas decididos del sistema tory, sin MM. Grenville y Windham, porque le parecian demasiado exaltados en sus opiniones para unirse de nuevo á ellos.

Habiendo quedado estos fuera del ministerio se aproximaron poco á poco á M. Fox por la senda de la oposicion, aunque sus opiniones estaban mas distantes de las de este, que de las de M. Pitt. Una lucha comun de dos años habia contribuido á unirlos, y pocas diferencias los dividian ya, cuando murió M. Pitt. La opinion general los llamaba á uno y á otro al ministerio, para reemplazar con sus talentos reunidos al gran ministro que se acababa de perder; bien para procurar se alcanzase la paz por medio de las relaciones amistosas que M. Fox tenia con Napoleón, ó bien para proseguir la lucha con la reconocida energia de los Greenville y de los Windham, si no era posible entenderse con la Francia.

Si en 1803 Jorge III habia admitido á M. Pitt, que no le agradaba, para librarse de M. Fox, á quien queria al menos, veíase ahora obligado por la muerte de M. Pitt á sufrir el imperio de la opinion y á reunir en un mismo gabinete á MM. Fox, Grenville, Windham y sus amigos. M. Grenville fue nombrado primer lord de la tesoreria, es decir, primer ministro; M. Windham, recibió el ministerio que siempre habia desempeñado, la administracion de la guerra; M. Fox, entró en el ministerio de negocios extranjeros, y M. Gray en el de Marina. Los demas ministerios se distribuyeron entre los amigos de estos personajes políticos, pero de modo que M. Fox contaba con la mayoria del nuevo ministerio.

Formado así este gabinete obtuvo una gran mayoria, á pesar de los ataques de MM. Castlereagh y Canning, cólegas de M. Pitt, que habian sido separados. Al punto se ocupó de dos objetos esenciales, de la organizacion del ejército y de las relaciones con la Francia.

Nueva organizacion del ejército. Era imposible que el ejército permaneciese en el pie que estaba desde 1803, es decir que siguiese compuesto de una fuerza regular insuficiente, y de 300,000 voluntarios tan graves como mal disciplinados. Se le habia dado semejante organizacion en el momento del peligro y sin atender á mas que á la urgencia de las circunstancias. M. Windham, que continuamente se habia estado burlando de los voluntarios, y que habia sostenido que nada grande se podia emprender si no con ejércitos regulares, lo que le habia proporcionado ocasion de hablar ventajosamente del ejército frances, M. Windham, era pues el menos dispuesto para sostener semejante organizacion. Propuso, pues, aunque de un modo embozado el licenciamiento de los voluntarios, y ciertos cambios que debian facilitar el reclutamiento en las tropas de linea. Ya se sabe que el ejército ingles, como todo ejército mercenario, se reclutaba por engaños particulares; pero siendo estos por vida, hacian muy difícil el reclutamiento. M. Windham, propuso convertirlos en engaños temporales de siete á veinte años, aumentando de un modo considerable su sueldo. Así contribuyó á dar una organizacion mas fuerte al ejército

TOMO III.

ingles; pero tuvo que luchar contra la preocupacion que los ejércitos permanentes inspiran á todas las naciones libres, contra el favor que habian adquirido los voluntarios, y sobre todo contra los intereses creados por esta institucion, porque era menester disolver el cuerpo de oficiales que se habia formado para estos. Todos los interesados se esforzaron en poner á M. Windham en contradiccion con su nuevo cólega M. Fox, quien participando de las preocupaciones populares de su partido, se habia mostrado otras veces mas inclinado á la institucion de los voluntarios que al aumento del ejército regular. Mas á pesar de todos estos obstáculos se adoptó el proyecto ministerial, votándose en su consecuencia el aumento del ejército, que debia componerse de 267,000 hombres, 75,000 de milicia local y 192,000 de tropa de linea, distribuidos en los tres reynos y en las colonias. El presupuesto de gastos ascendió en dicho año á unos 83 millones de libras esterlinas (cerca de ocho mil millones de reales) en los cuales figuraban unos seis mil por contribuciones, y unos dos mil por empréstito, que se debía contraer en aquel año.

Tales eran los poderosos recursos con que la Inglaterra queria presentarse á Napoleon antes de negociar. Esperábase que á M. Fox, así por la posición que ocupaba como por sus buenas relaciones con el primer Cónsul, ya Emperador, le fuese mas fácil que á ningún otro elentablar tratos de paz. Una feliz casualidad, proporcionó á este hombre honrado una ocasion digna y natural para el efecto. Un miserable, juzgando de la nueva administracion inglesa por los manejos de las que le habian precedido, se presentó á M. Fox y le ofreció asesinar á Napoleon. Indignado M. Fox mandó prenderlo y lo puso en manos de la policia inglesa. En seguida remitió á M. de Talleyrand una carta escrita en un estilo noble para manifestarle la odiosa proposicion que le acababan de hacer, y poner á su disposicion todos los medios de perseguir al autor, si su proyecto parecia tener algo de formal.

Este proceder generoso conmovió á

Un asesino que ofrece matar á Napoleon proporciona á M. Fox la ocasion de entrar en relaciones con la Francia.

Napoleon quien mandó á M. de Talleyrand contestase á M. Fox, como era debido.

Correspondencia entre M. Fox y M. de Talleyrand.

«He presentado á S. M., escribió M. de Talleyrand, la carta de V. E.—En ella, ha exclamado, reconozco los principios de virtud y de honor que han animado siempre á M. Fox.—Dadle en mi nombre las gracias, ha añadido, y decidele que bien sea que la política de su soberano haga que se prolongue la guerra, ó bien que nuestra contienda, inútil para la humanidad, tenga tan pronto término como deben desearlo las dos naciones, me regocijo del nuevo carácter que con semejante paso ha tomado ya la guerra, el cual es el presagio de lo que debe esperarse de un gabinete, cuyos principios me comprometen en apreciar, por ser los de M. Fox que es uno de los hombres mas á propósito para conocer en todas las cosas, lo que es bello, y lo que es verdaderamente grande.»

Nada mas decia M. de Talleyrand, y era suficiente para que siguiesen unas relaciones comenzadas con tanta nobleza. M. Fox le contestó al punto con otra carta llena de franqueza y de cordialidad, y en la cual sin rodeos y sin el doblez diplomático, le ofrecia la paz con condiciones seguras y honrosas y por medios tan sencillos como pronto.

Segun M. Fox, las bases del tratado de Amiens estaban muy cambiadas: lo estaban hasta por las ventajas que la Francia y la Inglaterra habian obtenido sobre los dos elementos, teatro ordinario de sus triunfos. Necesitábase, pues, buscar nuevas condiciones, que no ofendiesen el orgullo de ninguna de las dos naciones, y proporcionasen á la Europa las garantías de un porvenir tranquilo y seguro.

Si ambas partes querian ser razonables no era difícil hallar estas condiciones. Segun anteriores tratados la Inglaterra no podia negociar por separado de la Rusia; pero mientras se consultaba á esta, podian elegirse las personas que se creyesen á propósito para que fuesen discutiendo los intereses de las potencias beligerantes y preparasen un avenimiento. M. Fox ofrecia designar al punto las personas que debian reunirse.

Esta proposicion complació en extremo á Napoleon, que en su interior de-

seaba llevarse bien con Inglaterra porque de ella era de donde dimanaba la guerra como el agua de los manantiales, y porque tenia pocos medios directos de vencerla, si se exceptua el de verificar un desembarco, que solo él podia verificar, pero cuyo medio si bien era decisivo era tambien muy arriesgado. Por lo tanto, acogió la proposicion con el mayor interes.

Sin explicarse acerca de las condiciones, dió á entender en su respuesta que se disputarian poco á la Inglaterra las conquistas que habia hecho, es decir, Malta que habia retenido, y el Cabo de que se habia apoderado; que la Francia, por su parte en el tratado de Presburgo, habia dicho cuanto tenia que decir á la Europa, y que nada pretendia mas allá de él: que así, pues, no era difícil sentar las bases de una negociacion, si la Inglaterra no tenia miras particulares é inadmisibles, relativas á los intereses mercantiles. El Emperador está en la persuacion, decia M. de Talleyrand, que la verdadera causa del rompimiento de la paz de Amiens no fue otra que la negativa á concluir un tratado de comercio. Tened por entendido, que el Emperador, sin negarse á ciertas concesiones mercantiles, que sean posibles, no admitirá ningun tratado perjudicial á la industria francesa, que quiere proteger por todos los derechos y prohibiciones que puedan favorecer su desarrollo. Pide que cada cual tenga la libertad de hacer en su casa lo que quiera y lo que crea útil, sin que ninguna nacion rival tenga el derecho de entrometerse en ello.

Respecto á la intervencion de la Rusia en el tratado, Napoleon hacia declarar positivamente que no la admitia. El principio de su diplomacia era el de hacer paces por separado, y este principio era tan justo como hábilmente concebido. La Europa habia siempre empleado contra la Francia el medio de las coaliciones: admitir las negociaciones colectivas hubiera sido favorecer estas coa-

Napoleon acoge al punto la proposicion de M. Fox.

Primera indicacion de las bases de la paz.

Napoleon rechaza una negociacion colectiva.

liciones, porque era prestarse á la condicion esencial de toda coalicion, la que prohibe á sus miembros tratar por separado. Napoleon, que en la guerra procuraba encontrar á sus enemigos separados unos de otros, á fin de batirlos por partes, debia buscarlos en la diplomacia en la misma forma. Por eso se habia negado constantemente á admitir ninguna negociacion colectiva, y habia tenido razon; pero debia separarse de este principio en el caso en que los compromisos de M. Fox no le permitiesen tratar sin la Rusia. Napoleon, despues de haber sentido el principio de una paz separada, manifestó que estaba pronto á elegir para lugar de la negociacion, no á Amiens que recordaba las bases de paz ya abandonadas, sino á Lila, y enviar á dicho punto un ministro plenipotenciario.

M. Fox insiste en una negociacion que comprenda la Rusia y la Inglaterra.

aquellas relaciones, era que la paz fuese igualmente honrosa para las dos naciones; y que no lo seria para la Inglaterra si se trataba sin la Rusia, porque estaba formalmente comprometida por un articulo de un tratado (el que habia constituido la coalicion de 1803) á no concluir una paz separada. Esta obligacion, segun M. Fox, era absoluta, y no podia eludirse. Decia, que si la Francia tenia un principio, el de no autorizar las coaliciones por su manera de negociar, la Inglaterra tenia otro, el de no dejarse excluir del Continente, accediendo á la disolucion de sus alianzas continentales; que sobre este punto eran en Inglaterra tan recelosos, como lo eran en Francia respecto á las coaliciones. M. Fox, que á cada uno de sus despachos oficiales, unia una carta particular llena de franqueza y de lealtad, cuyo ejemplo seguia M. de Talleyrand, concluia diciendo, que la negociacion iba á detenerse acaso ante un obstáculo absoluto; que lo sentia amargamente, pero que al menos la guerra seria leal y digna de los dos grandes pueblos que la sostenian. Añadia estas palabras notables: «No podeis figuraros hasta qué punto me han afectado las expresiones de aprecio que ha pronunciado en mi obsequio el grande hombre, á quien

»servis..... Inútil es el sentimiento; pero si pudiese ver, del modo que yo la vislumbro, la verdadera gloria que tendría el derecho de adquirir por una paz moderada y justa; cuanta felicidad no resultaria para la Francia y para la Europa entera!

«Londres 22 de Abril de 1806.

«C. J. Fox.»

En medio de aquella lucha encarnizada y que puede llamarse feroz, cuando se recuerdan las sangrientas escenas que la han señalado, el ánimo se siente gustoso en estas relaciones nobles y benévolas, que un hombre honrado, tan elocuente como generoso, hizo nacer por un instante entre las dos mayores naciones del globo; y el alma se llena de mil sentimientos dolorosos que no admiten consuelo.

El mismo Napoleon estaba muy conmovido del language de M. Fox, y deseaba sinceramente la paz. M. de Talleyrand, si bien se engañaba sobre el sistema de nuestras alianzas, nunca erraba en el punto esencial de la politica de la época, y no dejaba de creer que en el grado de grandeza á que habiamos llegado, la paz era nuestro primer interes. Para manifestarlo asi hallaba un ánimo y un valor, que no siempre tenia, y por lo tanto instaba á Napoleon para que no desperdiciase la ocasion, acaso única, que le ofrecia la subida de M. Fox al ministerio, para negociar con la Gran-Bretaña. Verdad es no le costaba mucho trabajo hacerse escuchar, porque Napoleon no estaba menos dispuesto que él á aprovechar aquella ocasion tan feliz como inesperada.

Pero como si todo quisiese conspirar á aquel buen fin, las circunstancias se presentaban á allanar el obstáculo que

Esfuerzos de M. de Talleyrand para allanar el obstáculo que amenaza detener la negociacion desde su principio.

Las mismas circunstancias proporcionan el medio de allanar el obstáculo que detiene la negociacion.

parecia detener la negociacion apenas en su principio. Habia mas de una razon para creer, por las noticias que se recibian del duque de Brunswick y del consúl de Francia en San Petersburgo, que Alejandro, inquieto de las consecuencias de la guerra, desconfiando del silencio del gabinete británico respecto

á él y de las disposiciones personales de M. Fox deseaba el restablecimiento de la paz. El cónsul de Francia habia enviado á Paris al canciller del Consulado para que refiriese cuanto habia podido saber, y todo hacia creer que en breve se iba á abrir una negociacion directa con la Rusia. En este caso, M. Fox no podria persistir en el principio de una negociacion colectiva, pues que la misma Rusia habria dado el ejemplo de renunciar á ella.

Resolvióse, pues, continuar aquellas relaciones, principiadas con M. Fox, y para este objeto se sirvieron de un intermediario que otra circunstancia feliz acababa de proporcionar. A las generosas comunicaciones cambiadas con M. Fox se habian unido procederes no menos generosos. Desde el rompimiento de la paz de Amiens, y como represalias de los buques franceses de que se habian apoderado los ingleses, tenia Napoleon detenidos en Verdun á muchos individuos de las principales familias de Inglaterra. M. Fox habia solicitado que se dejaran en libertad algunos de ellos bajo palabra de honor. Esta peticion habia sido bien acogida; y aunque M. Fox no se habia atrevido á insistir en que se dejase libres á todos ellos, y los habia clasificado segun el interes que

Recíproca restitucion de los prisioneros. tomaba por cada uno, Napoleon habia querido concedérselos todos, y los ingleses designados por él habian quedado libres sin ninguna excepcion. En cambio de este noble proceder, M. Fox habia elegido para enviarlos á Napoleon los prisioneros mas distinguidos hechos en la batalla de Trafalgar, tales como el desgraciado Ville-neuve, el heróico comandante del *Temible*, el capitan Lucas, y otros muchos, en número igual al de los ingleses puestos en libertad.

Lord Yarmouth, uno de los prisioneros libertados pasa á Inglaterra para seguir la comenzada negociacion.

que despues fue marques de Hartford, tory pronunciado, pero tory amigo intimo de M. Fox, partidario decidido de la paz que le permitia gozar de la vida y de los placeres del continente, de los cua-

les se hallaba privado á causa de la guerra. Este jóven señor, que estaba en relaciones con la juventud mas brillante de Paris, de cuyos gustos y dispacion participaba, era muy conocido de M. de Talleyrand, que amaba la nobleza inglesa, sobre todo la que tenia talento y vivia en la elegancia y el desórden. Indicósele á lord Yarmouth, como hombre particularmente ligado con M. Fox, y digno de la confianza de los dos gobiernos. Mandóle llamar, le declaró que el Emperador deseaba sinceramente la paz, que era menester dejar á un lado el aparato de las formas diplomáticas, y entenderse francamente acerca de las condiciones que ambas partes podian aceptar; que no era difícil encontrarlas, pues no se trataba de disputar á la Inglaterra lo que habia conquistado, es decir Malta y el Cabo; que desde luego la cuestion se reducía á algunas islas de poca importancia; que por lo que tocaba á la Francia trataba de hablar con franqueza; que queria ademas de su territorio natural que era el Rhin y los Alpes, que no se pensase en disputarle toda la Italia, incluso el reyno de Nápoles, y sus alianzas en Alemania, con la condicion de devolver su independencia á la Suiza y á la Holanda, en cuanto se firmase la paz; que por consiguiente no se ofrecia ningun obstáculo serio á la inmediata reconciliacion de los dos paises, pues que de una y otra parte debian estar dispuestos á conceder lo que se acababa de expresar; y por último, que respecto á la naciente dificultad de la forma de la negociacion, colectiva ó separada, en breve se allanaria, gracias á la inclinacion que mostraba la Rusia á tratar directamente con la Francia.

Quedaba sin tratar un objeto tan capital como el Hannover, pero se dió á entender

que al fin de la negociacion manifestarian aquel secreto, y que se haria de un modo que satisficiese á la familia real de Inglaterra.

En efecto, Napoleon estaba decidido á restituir el Hannover á Jorge III, provocando en él tamaña resolucion la conducta reciente de la Prusia. El lenguaje

Condiciones comunicadas á lord Yarmouth como aceptables para ambas potencias.

Guárdase silencio respecto al Hannover.

Razones que inducen á Napoleon á separarse de la Prusia y á devolver el Hannover á la Inglaterra.

potencia oprimida, á la cual se habia hecho aceptar un hermoso reyno con la punta de la espada, le habia llenado de cólera. Al pronto habia querido rasgar el tratado de 15 de Febrero, obligando á la Prusia á volverlo todo bajo su antiguo pie; y sin las reflexiones que el tiempo y M. de Talleyrand le habian inspirado, no hubiera guardado ninguna consideracion. Otra reciente circunstancia habia contribuido á indisponerle enteramente con la Prusia, y esta era la publicacion de las negociaciones de 1805, debida á lord Castlereagh y á los demas individuos que habian formado parte del ministerio Pitt. Estos habian procurado sincerar la memoria de su ilustre gefe, mostrando que habia sido completamente extraño á las operaciones militares, aun cuando habia tenido la parte mas activa en la coalicion de 1805, que habia salvado á Inglaterra, obligando á Napoleon á levantar el campamento de Boloña. Mas para defender á su gefe habian comprometido á la mayor parte de las cortes. M. Fox, desde la tribuna, habia condenado la conducta de estos con mucha vehemencia, echándoles la culpa de haber alterado las relaciones que existian entre la Inglaterra y las potencias europeas. En efecto, por todas partes resonaba un grito de indignacion contra la diplomacia inglesa; y todos los gabinetes se quejaban amargamente de ella al ver denunciada su conducta á la Francia, con aquella publicacion imprudente. La conducta de la Prusia habia quedado en esta circunstancia tristemente demostrada. Las hipócritas y recientes declaraciones que habia hecho á la Inglaterra respecto al Hannover, las esperanzas que habia dado á la coalicion antes y despues de los acontecimientos de Potsdam, todo se habia divulgado. Napoleon, sin quejarse, habia hecho insertar aquellos documentos en el *Monitor*, dejando á cada cual el cuidado de pensar de ellos como quisiese.

Pero Napoleon habia formado su opinion respecto á la Prusia. Ya no creia que su alianza valiese la prolongacion de la lucha con la Inglaterra, y estaba

hipócrita de esta corte en sus manifestos, que tendia á presentarla á los hannoverianos y á los ingleses como una

decidido á restituir el Hannover á esta última, ofreciendo á la Prusia, un equivalente del Hannover en Alemania, ó devolviéndola las provincias de Anspach, Cleves y Neufchâtel. El gabinete de Berlin recogia en esto lo que habia sembrado; y no encontraba mas fidelidad que la que habia tenido. Napoleon ignoraba todavia la negociacion oculta entablada con la Rusia por medio del duque de Brunswick y de M. de Hardenberg.

Sin explicarse del todo, se dió á entender á lord Yarmouth que el Hannover no seria un obstáculo para la paz. lord Yarmouth partió, prometiéndole volver en breve con el secreto de las intenciones de M. Fox.

Un acontecimiento singular que por algunos dias dió á la situacion un carácter muy pronunciado de

guerra, contribuyó, al contrario, á dirigir las cosas á la paz, precipitando la resolucion del gabinete ruso. Las tropas francesas, encargadas de ocupar la Dalmacia se habian apresurado á marchar hácia las bocas del Cattaro, para ponerlas á cubierto del peligro que las amenazaba. Los montenegrinos, cuyo Obispo y gefes principales vivian de las dádivas de la Rusia, se habian agitado en extremo al saber la aproximacion de los franceses, y habian llamado al almirante Siniavin, que era el que habia transportado de Corfú á Nápoles y de Nápoles á Corfú los rusos encargados de invadir el mediodia de Italia. Advertido este almirante de la ocasion que se le presentaba de apoderarse de las bocas del Cattaro, se habia apresurado á desembarcar algunos centenares de rusos, los habia agregado á unas partidas de montenegrinos, y descendiendo de las montañas se habia presentado delante de los fuertes. El oficial austriaco que los ocupaba y un comisionado encargado por el Austria de entregarlos á los franceses, los pusieron en poder de los rusos, declarando que cedian á la fuerza: pretexto infundado, porque en los fuertes del Cattaro habia dos batallones austriacos capaces de defenderlos, aun contra un ejército regular, que hubiera tenido todos los pertrechos de sitio de que carecian los rusos.

Un accidente imprevisto cambia por un momento el aspecto de la situacion.

Infieles los austriacos, entregan á los rusos las bocas del Cattaro.

El principal autor de esta perfidia era el comisionado austriaco marques de Gbisilieri, italiano astuto, cuya conducta mereció la censura de su gobierno, quien le hizo formar causa por aquel acto de deslealtad.

Cuando este hecho, trasmitido á París por extraordinario, fue conocido de Napoleon, sintió un vivo disgusto, por-

que tenia mucho empeño en poseer las bocas del Cattaro, no tanto por las ventajas, por otra parte muy positivas de aquella posicion marítima, cuanto á causa de su proximidad á la Turquía que le proporcionaba el medio de hacer sentir á dicha potencia su accion protectora ó represiva. Con respecto á este suceso solo quiso entenderse con el gabinete de Viena, porque este era el que debía entregarle la Dalmacia, y por lo tanto era su único deudor responsable. Al efecto, Napoleon mandó al cuerpo del mariscal Soult, que estaba á punto de volver á pasar el Inn y de evacuar á Braunau, que se detuviese en el Inn, que arma-

Napoleon suspende la evacuacion del Austria, y ocupa de nuevo la plaza de Braunau.

se de nuevo la plaza de Braunau, que se estableciese en ella, y que la transformase en una verdadera plaza de armas. Al mismo tiempo declaró al Austria que las tropas francesas iban á retroceder, que iba á detener la marcha de los prisioneros austriacos, que ya se hallaban en camino para volver á su patria, y que si era preciso, llevaria las cosas hasta el estremo de renovar las hostilidades, á menos que no se le diese una de las dos satisfacciones que exigia; ó la inmediata restitution de las bocas del Cattaro, ó el envio de una fuerza militar austriaca, que en union con los franceses las recobrasen del poder de los rusos.

Esta segunda alternativa no era la que menos le convenia, porque era hacer que el Austria viniese á las manos con la Rusia.

Cuando estas declaraciones, hechas con el tono arrogante y perentorio que acostumbraba Napoleon, llegaron á Viena, causaron la mayor consternacion en esta corte. El gabinete austriaco no tenia ninguna parte en aquella infidelidad de un funcionario inferior, que ha-

bia obrado sin su orden, creyendo complacer á su gobierno cometiendo un acto de perfidia con los franceses. Al punto escribieron de Viena á San Petersburgo, dando parte al Emperador Alejandro de los nuevos peligros que amenazaban al Austria, y declarándole que no queriendo por nada en el mundo volver á ver en Viena á los franceses, aceptarían mas bien la dolorosa necesidad de atacar á los rusos en los fuertes del Cattaro.

El almirante Siniavin, que se habia apoderado de las bocas del Cattaro, habia obrado sin órdenes, como el marques de Gbisilieri, que se las habia entregado. Alejandro habia sentido se hubiera puesto en tal posicion á su aliado el Emperador Francisco, y aun á él mismo, poniéndolo en la alternativa embarazosa de devolver lo tomado, ó de sostenerlo: cada vez le importunaban mas sus jóvenes amigos, hablándole sin cesar que perseverase en la conducta que se habia trazado, y finalmente, estaba inquieto de las negociaciones entabladas entre Napoleon y la Inglaterra, pues aunque esta habia roto el silencio que habia observado durante la crisis ministerial, Alejandro desconfiaba de sus aliados, y se inclinaba á seguir el ejemplo general y á aproximarse á la Francia. En su consecuencia, aprovechó la ocasion que le proporcionaba la ocurrencia de las bocas del

Cattaro, ocurrencia que mas bien parecia un motivo de guerra que de paz, para entablar una negociacion pacífica. Tenia á mano al antiguo secretario de la legacion rusa en París, M. de Oubril, que en el desempeño de su encargo se habia conducido á satisfaccion de ambos gobiernos, y que tenia ademas la ventaja de conocer á la Francia, y á éste encargó se trasladase á Viena, y desde allí solicitase sus

pasaportes para París. El pretesto ostensible debía ser el tratar acerca de los prisioneros rusos, pero la mision real era el ocuparse del negocio de las bocas del Cattaro, y comprenderlas en un arreglo general de todas las cuestiones que habian dividido á los dos imperios. M. de Oubril tenia la órden de retardar cuanto pudiese la

El haberse apoderado los rusos de las bocas del Cattaro, sirve para entablar una negociacion entre la Rusia y la Francia.

Mision de M. de Oubril en París.

restitucion de las bocas del Cattaro, de devolverlas, sin embargo, si no hallaba medios de impedir la renovacion de las hostilidades contra el Austria, y de proporcionar sobre todo el restablecimiento de una paz honrosa entre la Rusia y la Francia. Seria esta honrosa, le decian, si se lograba obtener algo fuese lo que fuese, para los dos protegidos ordinarios del gabinete ruso, los Reyes de Nápoles y del Piamonte; porque por lo demas nada tenian que disputarse los dos imperios y solo se hacian la guerra por influencia. Antes de partir M. de Oubril tuvo una conferencia con el Emperador Alejandro, y por ella pudo convencerse que este principe se inclinaba mas bien á la paz que el ministerio ruso, que por otra parte estaba vacilante y en visperas de hacer su dimision. M. de Oubril partió, pues, inclinándose al lado á que se inclinaba su soberano: llevaba dobles poderes, los unos limitados, los otros completos y comprendiendo todas las cuestiones que se podian ofrecer. Tenia tambien orden de ponerse de acuerdo con el negociador ingles respecto á las condiciones de la paz, pero sin exigir una negociacion colectiva; lo cual decidia de hecho las dificultades suscitadas entre Francia é Inglaterra.

M. de Oubril partió para Viena, y su presencia devolvió la calma al Emperador Francisco que temia, ó ver de nuevo á los franceses en su capital ó tener que combatir á los rusos. La segunda alternativa le asustaba mucho menos que la primera, y por eso el Emperador habia dirigido hácia las bocas del Cattaro un cuerpo austriaco, con orden de ayudar en caso de necesidad á las tropas francesas. M. de Oubril le tranquilizó, mostrándole sus poderes; y por medio del conde de Rasomousky pidió sus pasaportes á fin de llegar cuanto antes á Paris.

Napoleon quiso que se contestase sin dilacion y favorablemente á la peticion de M. de Oubril; pero al mismo tiempo cuidó de hacer una distincion entre el negocio de las bocas del Cattaro y el restablecimiento de la paz. El negocio de las bocas del Cattaro, segun se dijo de su parte, no podia ser objeto de ninguna negociacion, pues se trataba de un compromiso del Austria que no se habia cumplido, y respecto al cual en nada tenia que mezclarse la Rusia. En

cuanto al restablecimiento de la paz, estaban prontos á escuchar con la mejor voluntad las proposiciones de M. de Oubril, porque deseaban francamente terminar una guerra que no tenia ningun objeto ni interes para los dos imperios. Al punto se remitieron á Viena los pasaportes de M. de Oubril.

Napoleon, pues, veia al Austria, aniquilada por tres guerras, solicita en evitar toda nueva hostilidad contra la Francia; á la Rusia disgustada de una lucha emprendida con demasiada ligereza, y decidida á no prolongarla; á la Inglaterra, satisfecha de sus triunfos maritimos, creyendo que era prudente no esponderse de nuevo á alguna expedicion formidable; á

la Prusia, en fin, sin consideracion alguna, sin valor á los ojos de nadie; y en este estado, á todo

Magnífica situacion de Napoleon en 1806, que se mira dueño de hacer la paz con todas las potencias.

el mundo deseando ó conservar ú obtener la paz, con condiciones que no estaban, es verdad, muy definidas, pero que cualesquiera que fuesen, dejarían á la Francia en el rango de primera potencia del universo.

Napoleon gozaba mucho con semejante situacion, y ciertamente no le gustaba comprometerla, aunque fuese para alcanzar nuevas victorias. Pero meditaba vastos proyectos, que creia poder hacer dimanar natural ó inmediatamente del tratado de Presburgo. Estos proyectos le parecian tan generalmente previstos, que con tal que los llevase al punto á cabo, esperaba hacerlos comprender en la doble paz que se negociaba con la Rusia y la Inglaterra. Entonces el imperio que habia concebido en su vasto pensamiento se hallaria definitivamente constituido y aceptado de la Europa. Una vez obtenidos estos resultados, conceptuaba la paz como la conclusion y ratificacion de su obra; como el premio debido á sus trabajos y á los de su pueblo, como el cumplimiento de sus mas ardientes deseos. Finalmente, era hombre, como ya lo habia mandado decir á M. Fox, y estaba lejos de ser insensible á las dulzuras de la paz y de la tranquilidad. Con la poderosa movilidad de su alma estaba tan dispuesto á gustar las dulzuras de la paz, y la gloria de las artes útiles, como á trasladarse de nuevo á los campos de batalla, para pasar la

noche sobre la nieve enmedio de las filas de sus soldados.

Lord Yarmouth regresaba á París trayendo las condiciones de la Inglaterra.

Lord Yarmouth había vuelto de Londres con una carta particular de M. Fox, en la que decía que el portador gozaba toda su confianza, y que podía hablarse con él sin reserva: añadiase en la carta que lord Yarmouth recibiría sus poderes, al punto que tuviese la esperanza fundada de que llegarían á entenderse. M. de Talleyrand, le había instruido entonces de las comunicaciones establecidas con la Rusia, probándole así la inutilidad de reclamar una negociacion colectiva, cuando la misma Rusia se prestaba á una negociacion separada. En cuanto á la pretension de la Inglaterra de no ser excluida de los asuntos del continente, M. de Talleyrand ofreció á lord Yarmouth, el reconocimiento oficial de un *derecho igual para las dos potencias, de intervencion y de garantia en los asuntos continentales y marítimos* (*). Así parecia resuelta la cuestion de la negociacion separada, y las condiciones de la paz tampoco parecían presentar dificultades insuperables. La Inglaterra queria conservar á Malta y el Cabo; dejaba vislumbrar el deseo de quedarse con nuestros establecimientos en la India, tales como Chandernagor y Pondichery, las islas francesas de Tabago y de Santa Lucia, y con especialidad la colonia holandesa de Surinam, situada en el continente americano. Entre todas estas posesiones, la única de consideracion era Surinam, porque Pondichery no era mas que un vano resto de nuestro antiguo poder en la India; y Tabago y Santa Lucia no tenían bastante valor para motivar una negativa. Por lo que hace á Surinam la Inglaterra no se mostraba absoluta. En cuanto á nuestras conquistas continentales mucho mas importantes que sus conquistas marítimas, ella estaba pronta á concedérsolas todas, sin exceptuar á Génova, Venecia, la Dalmacia y Nápoles. Solo la Sicilia parecia ofrecer alguna dificultad. Lord Yarmouth, explicándose confidencialmente, decía que ya estaban cansados de proteger á los Borbones de Nápoles, á aquel Rey imbécil y á aquella Reyna loca; que no obstante, si aun de

hecho les quedaba la Sicilia, pues todavía no la habia conquistado José, se verian obligados á pedirla para ellos; pero que esta cuestion dependeria del resultado de las operaciones militares que se efectuaban entonces. Sin embargo, en el caso en que las tropas francesas se apoderasen de la Sicilia, lord Yarmouth añadía que sería menester buscarles una indemnizacion en cualquier parte. Dábase por entendido que por precio de estas varias concesiones se devolveria el Hannover á la Inglaterra; pero por ambas partes se reservaba esto, sin anunciarlo formalmente.

La Sicilia era, pues, la sola dificultad formal que se presentaba, pero esto podia arreglarse con la conquista inmediata de la isla, dando una indemnizacion por insignificante que fuese. Habíanse enviado los pasaportes á M. de Oubril; y aunque se ignoraba las pretensiones que traeria, no debían creerse fuesen muy diferentes de las pretensiones inglesas.

Napoleon veia claramente que no precipitando las negociaciones y acelerando, al contrario, la ejecucion de sus proyectos, alcanzaria su doble objeto de constituir su imperio como queria, y de hacer confirmar su establecimiento por la paz general.

Desde su origen, al preferir el titulo de Emperador al de Rey, habia ideado un vasto sistema de imperio del cual dependerian otras monarquias, á imitacion del imperio germánico; imperio tan debilitado ya que solo existia en el nombre, y que hacia nacer la tentacion de reemplazarle en Europa. Las últimas victorias de Napoleon habian exaltado su imaginacion, y soñaba nada menos que en restablecer el imperio de Occidente, co-

Vasto sistema del imperio frances compuesto de las monarquias tributarias, de grandes y pequeños ducados, &c.

locar la corona sobre su cabeza, y restablecerle tambien en provecho de la Francia. Tenia ya en su mano todos los reynos tributarios, los cuales debían distribuirse entre los miembros de la familia Bonaparte. Eugenio de Beauharnais, hijo adoptivo de Napoleon y esposo de una princesa de Baviera, era

(*) Texto del despacho.

ya virey de Italia, y este vireynato comprendia la mitad mas importante de la península itálica, pues se estendia desde la Toscana hasta los Alpes Julianos. José, hermano mayor de Napoleon, era el designado como Rey de Nápoles; y solo faltaba proporcionarle la Sicilia para que poseyese uno de los mejores reynos de segundo orden. La Holanda, que se gobernaba con bastante dificultad como república, estaba bajo la dependencia absoluta de Napoleon, quien creia poder atraerla á su sistema, constituyéndola en reyno, que daria á su hermano Luis. Esto hacia tres reynos, los de Italia, Nápoles y Holanda, que debian depender de su imperio. Algunas veces, cuando daba mayor estension al sueño de su grandeza, pensaba en España y en Portugal que diariamente le daban muestras, España de una hostilidad oculta (1), Portugal de una hostilidad manifiesta, pero esto ocupaba aun un lugar muy lejano en el vasto horizonte de su pensamiento. Era menester que la Europa le obligase á dar algun otro golpe brillante como el de Austerlitz, para permitirse la completa expulsion de la casa de Borbon; si bien es cierto que dicha expulsion empezaba á ser en él una idea sistemática. Desde que se habia visto obligado á decretar la caida de los Borbones de Nápoles, consideraba á su familia como destinada á reemplazar á la casa de Borbon sobre todos los tronos del mediodia de Europa.

En aquella vasta gerarquía de estados vasallos, dependientes del imperio frances, queria que los hubiese de segundo y tercer rango, compuestos de grandes y pequeños ducados, á semejanza de los feudos del imperio germanico.

Ya habia constituido en beneficio de su hermano mayor el Ducado de Luca. se proponia aumentar agregando á él el principado de Massa, que separaba del reyno de Italia. Pensaba crear otro, el de Guastala, separándolo tambien del reyno de Italia. Estas dos desmembraciones eran muy insignificantes en comparacion del magnifico aumento que habia tenido con los estados venecianos. Napoleon acababa de obtener de la Prusia á Neuschâtel, Anspach y los restos del ducado de Clèves. Habia dado á la Baviera el territorio de Anspach para procurarse el ducado de Berg, lindo pais, situado á la derecha del Rhin, mas abajo de Colonia, y que comprendia la importante plaza de Wesel.—Strasburgo, Maguncia y Wesel, decia Napoleon, son las tres riendas del Rhin.—

Existian aun en la Italia superior Parma y Plasencia; y en el reyno de Nápoles, Ponte-Corvo y Benevento, feudos que habian quedado en litigio entre Nápoles y el Papa, y que entonces mismo eran objeto de graves disgustos. Pio VII no habia sacado de Paris las satisfacciones que esperaba. Lisonjeado por las atenciones que habia merecido á Napoleon, se habia formado ilusiones respecto á una indemnizacion en territorio, mas sus esperanzas no se habian visto cumplidas; y ademas la invasion de toda la Italia por los franceses, que se estendian desde los Alpes Julianos hasta el estrecho de Messina, le habia parecido completar la dependencia de los estados romanos. Estaba, pues, muy disgustado, y lo manifestaba de mil maneras. No queria organizar la iglesia de Alemania, que estaba sin prelados y sin cabildos despues de las secularizaciones; ni admitia ninguno de los arreglos religiosos hechos en Italia. Con motivo del matrimonio que Gerónimo Bonaparte habia contraido con una protestante en los Estados-Unidos, y que Napoleon queria disolver, el Papa oponia una resistencia tenaz y poco sincera, valiéndose asi de las armas es-

(1) Seria de desear explicase Mr. Thiers cual era la hostilidad oculta de España contra Napoleon. Esta despues de haberle sacrificado su erario, sus hijos, y su comercio acababa tambien de sacrificarle su marina, y lo servia y obedecia mas bien como sierva que como aliada. Por lo que vemos no será extraño que mas adelante se dé como buena y justa la felonía de Napoleon en 1808. (Nota del Traductor).

pirituales á falta de las temporales. Napoleón le habia mandado á decir que se conceptuaba dueño de la Italia, inclusa Roma, y que no toleraria en ella un enemigo oculto; que seguiria el ejemplo de aquellos principes que al permanecer fieles á la Iglesia habian sabido dominarla; que él era para la Iglesia Romana un verdadero Carlomagno, porque él la habia restablecido, y que pretendia que lo tratasen como á tal. Mientras tanto manifestaba su disgusto apoderándose de Ponte-Corvo y Benevento. Este era el principio lamentable de una mala inteligencia funesta, á la cual Napoleón creia entonces poder señalar los limites que le agradase, en el interes de la Iglesia y del Imperio.

De este modo, además de los tronos que podia distribuir, tenia para repartir entre sus hermanas y sus mas fieles servidores, á título de principados ó ducados, á Luca, Guastala, Benevento, Ponte-Corvo, Plasencia, Parma, Neufchâtel y Berg. Al dar reynos como el de Nápoles á José, y acrecentamientos de territorio como los estados venecianos á Eugenio, pensaba crear tambien unos veinte pequeños ducados, destinados así á sus generales como á sus mejores servidores en la carrera civil, para formar un tercer rango en su gerarquía imperial, y para recompensar brillantemente á aquellos hombres, á los cuales debia él el trono y la Francia su grandeza.

Desde que colocando la corona imperial sobre su cabeza se habia adjudicado á sí mismo el premio de las maravillosas hazañas llevadas á cabo por la generacion presente, habia desencadenado los deseos de los compañeros de su gloria, que aspiraban tambien á obtener el premio de sus trabajos. Por desgracia, no imitaban la sobriedad de los generales de la república, y muy frecuentemente tomaban lo que no se apresuraban á darles. En Italia y particularmente en los estados venecianos acababan de cometer exacciones sensibles, que Napoleón habia procurado reprimir con el mayor rigor. Con una vigilancia increíble, habia indagado y descubierto el secreto de aquellas esacciones, habia llamado á su presencia á los que se habian

atrevido á hacerlas, y arrancándoles el secreto de los valores de que se habian apoderado, habia exigido su inmediata restitution, empezando por el general en jefe, que se habia visto obligado á entregar una cantidad considerable en la caja del ejército.

Pero no queria imponer á los generales una integridad rigurosa, sin recompensar su heroismo.—Decidles, habia escrito á Eugenio y á José, á cuyas inmediatas órdenes se hallaban entonces algunos de los oficiales, cuya conducta habia reprendido, decidles que yo daré á todos mas de lo que ellos puedan tomar por sí mismos; que lo que tomasen los cubriria de deshonra; que lo que yo les dé hará su honra y será, el testimonio inmortal de su gloria; que al pagarse por su mano vejarian á mis pueblos, y harian á la Francia objeto de las maldiciones de los vencidos, cuando al contrario los bienes que para ellos ha acumulado mi prevision, no serán una espoliacion para nadie. Que aguarden, habia añadido, y se verán ricos, honrados, y sin tener que ruborizarse de ninguna concusion.

Por lo espuesto se ve, que á aquellas concepciones, vanas en la apariencia, se mezclaban ideas profundas. Estaba, pues, resuelto á satisfacer el deseo de gozar que tenian sus generales, pero queria dirigirlo hácia nobles recompensas legítimamente adquiridas. Bajo el Consulado, cuando todo tenia aun la forma republicana, habia ideado la Legion de Honor: ahora que todo lo que le rodeaba tomaba la forma monárquica, y que él se engrandecía de un modo tan notable, queria que cada cual se engrandeciese con él. Meditaba crear Reyes, grandes duques, duques, condes, &c... M. de Talleyrand, panegirista asiduo de esta clase de creaciones, habia trabajado mucho, durante la última campaña, en la obra de Napoleón, y le habia hablado acerca de esto, tanto como del arreglo de la Europa que estaba encargado de negociar en Presburgo. Entre ambos habian concebido un vasto sistema de ducados, grandes ducados y reynos bajo la soberania del Emperador, teniendo los que los disfrutasen, no títulos vanos sino verdaderos principados, bien en dominios territoriales, bien en pingües rentas.

Para que guardasen mayor conformi-

dad con el imperio germánico, los nuevos Reyes debían conservar en sus mismos tronos su cualidad de grandes dignatarios del imperio frances. José debía permanecer siendo Gran Elector; Luis, Condestable; Eugenio Archicanciller del Estado; Murat, Gran Almirante. Dignatarios suplentes, tales como un vice-condestable, un vice gran elector, &c., elegidos entre los principales personajes del estado, debían desempeñar las funciones en ausencia de aquellos; y de esta suerte había mas cargos que distribuir. Los Reyes que permanecían siendo dignatarios del imperio frances, debían residir á menudo en Francia, y tener en el Louvre una habitación regia destinada para su uso. Debían formar el consejo de la familia imperial, y llenar ciertas funciones especiales durante las minorías, y basta elegir al Emperador en el caso que se extinguiese la línea masculina, lo que sucede á veces en las familias reynantes.

La semejanza con el imperio germánico era completa; y este imperio que se desmoronaba por todas partes y estaba expuesto á desaparecer á efectos de la voluntad de Napoleon, debía ser reemplazado al punto en Europa por el imperio frances. El imperio de los fran-

cos podía volver á ser lo que había sido bajo Carlo-Magno, el imperio de Occidente, y hasta tomar este título. Este era el último deseo de aquella ambición inmensa, el único que no se ha realizado, por el cual Napoleon atormentó al mundo, y por el cual, acaso, pereció. M. de Talleyrand, que á la par que aconsejaba la paz lisonjeaba á veces las pasiones que conducen á la guerra, presentaba á menudo esta idea á Napoleon, no ignorando la emoción profunda que producía en su alma. Cada vez que le hablaba de este particular, veía brillar en sus ojos, resplandecientes de genio, todo el fuego de la ambición. Poseído sin embargo de cierto embarazo, como en la víspera del día en que se apoderó del supremo poder, Napoleon no se atrevía á confesar toda la extensión de sus deseos. Al archicanciller Cambacérès á quien trataba con mas franqueza, porque estaba mas seguro de su discreción, le había manifestado casi del todo sus secretos de-

seos; mas este no los había animado, porque jamás la adhesión pudo hacer callar en Cambacérès la voz de la prudencia. Pero era evidente que llegado Napoleon á ese punto de las grandezas humanas del que no pasaron Alejandro, César ni Carlo-Magno, su alma inquieta é insaciable deseaba alguna otra cosa, y era el título de Emperador de Occidente, que de mil años acá nadie ha llevado en el mundo.

Entre los pueblos del mediodía y del Occidente, entre los franceses, italianos y españoles, hijos todos de la civilización romana, existe cierta conformidad de genio, de costumbres, de intereses, y á veces de territorio, que no se encuentra del otro lado de la Mancha, del Rhin y del círculo de los Alpes, entre los ingleses y los alemanes. Esta conformidad es la indicación de una alianza natural, que la casa de Borbon había realizado en parte, reuniendo bajo su cetro á París, Madrid, Nápoles y algunas veces á Milan, Parma y Florencia. Si era esto lo que quería Napoleon; si dueño de la Francia, de aquella Francia que se extendía hasta las bocas del Mosa y del Rhin y las cumbres de los Alpes; si dueño de toda la Italia, y pudiendo serlo en breve de la España, no quería mas que reconstituir esa alianza de los pueblos de origen latino, dándole la forma simbólica, y sublime por los recuerdos, del imperio de Occidente, no se ultrajaba la naturaleza de las cosas, aunque se forzase algo. La familia Bonaparte reemplazaba á la casa de Borbon, para reynar de una manera mas completa sobre la extensión de los países que aquella antigua casa había aspirado á dominar, y para unirlos al jefe de la familia por un simple lazo de soberanía; lazo que dejaba á cada una de las naciones meridionales su independencia, aumentando la utilidad de su alianza. Con el genio de Napoleon, desplegando en la política la prudencia que desplegaba en la guerra, y con un largo reynado, acaso no hubiera sido imposible realizar aquella concepción. Pero esa naturaleza de las cosas, que se venga siempre cruelmente de los que la desconocen, estaba locamente violentada, cuando Napoleon cesaba, en su ambición, de respetar el límite del Rhin; cuando quería reunir los germanos á los galos; someter los pueblos del Norte á

los pueblos del Mediodía, y colocar príncipes franceses en Alemania, á pesar de invencibles antipatías de costumbres. Entonces hacia aparecer á la vista de todos el fantasma de esa monarquía universal, que la Europa teme y detesta, que siempre ha combatido, y que hará bien en seguir combatiendo, pero que acaso la sufrirá un día de la mano de los pueblos del Norte, despues de haberse negado á sufrirla de la mano de los pueblos de Occidente.

Un encadenamiento de hechos imprevisos aun para la vasta y previsorá ambicion de Napoleon, causaba en aquel momento la disolucion del imperio germánico, é iba á dejar vacante el noble titulo de Emperador de Alemania, que habia reemplazado sobre la cabeza de los sucesores de Carlo-Magno al titulo de Emperador de Occidente. Esto iba á animar de un modo nuevo y fatal los proyectos que Napoleon alimentaba en su espíritu, sin atraverse á manifestarlos todavía.

Al querer Napoleon en sus últimos tratados con el Austria recompensar á sus tres aliados de la Alemania meridional los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de Bâden, y concluir todo motivo de desavenencia entre ellos y el gefe del imperio, resolviendo ciertas cuestiones que habian quedado indecisas en 1803, habia decretado, sin sospecharlo, la próxima disolucion del antiguo imperio germánico. Instrumento providencial, á veces involuntario, casi siempre desconocido, de aquella revolucion francesa que debia cambiar la faz del mundo, habia preparado sin conocerlo una de las mayores reformas europeas.

Sin duda se recordará como en 1803 la Francia habia sido llamada á mezclarse en el gobierno interior de la Alemania, y como los príncipes que habian perdido todo ó parte de sus estados por la cesion de la orilla izquierda del Rhin, habian resuelto indemnizarse de sus pérdidas, secularizando los principados eclesiásticos. No pudiendo ponerse de acuerdo acerca de la particion de aquellos principados, habian acudido á Napoleon, para que con su justicia y firme voluntad hiciese dicha particion, que de otra suerte era imposible. La Prusia y el Austria habian recibido de su propia mano los bienes de la Iglesia,

con el solo disgusto de no obtener algunos mas. La supresion de los principales eclesiásticos habia causado la modificación de los tres colegios que componian la Dieta. Habianse puesto de acuerdo respecto al colegio de los Electores, pero no respecto al de los príncipes, en el cual el Austria pretendia tener mayor número de votos que el que se le habia señalado: tambien se habian entendido respecto al colegio de las ciudades, reduciendo su número á seis, y destruyendo casi enteramente su influencia. Nada se habia estipulado sobre una nueva organizacion de los círculos, encargados de mantener el respeto á las leyes en cada gran provincia alemana; ni sobre una nueva organizacion religiosa, que era en extremo necesaria desde que se habian suprimido varias sedes, y que se retardaba indefinidamente por la mala voluntad del Papa. Finalmente, nose habia resuelto la grave cuestion de la nobleza inmediata, porque interesaba á toda la aristocracia alemana, y sobre todo al Austria, que en los individuos de aquella nobleza tenia otros tantos vasallos dependientes del imperio é independientes de los príncipes territoriales, que le prestaban muchos servicios, de los cuales no era el menor el reclutamiento que se hacia en sus estados.

No bien las potencias mediadoras, Introducése de nuevo la anarquía en Alemania, despues del tratado de Presburgo, y llamada su atencion por otros acontecimientos, alzaron su mano dejando la Alemania medio reformada, cuando la anarquía invadió de nuevo aquel desgraciado territorio. El Austria, bajo el pretexto de un pretendido derecho, habia usurpado las dependencias de los bienes eclesiásticos dados en indemnizacion, y habia privado á los príncipes indemnizados de una notable parte de lo que les pertenecia. Estos príncipes habian querido tambien por su parte apoderarse de los bienes de la nobleza inmediata, aprovechándose para ello de las incertidumbres en que habia dejado á todos el último recés.

Llevado Napoleon por la guerra de 1805 mas allá del Rhin se habia aprovechado de esta ocasion para resolver en

beneficio de los principes sus aliados las cuestiones que habian quedado indecisas, y de esta suerte habia creado en los paises de Bâden, de Wurtemberg y de Baviera una especie de rivalidad con el resto de Alemania. Pero la codicia de aquellos mismos aliados habia hecho nacer dificultades que tocaban á toda la Alemania. El Rey de Wurtemberg, sin consideracion de ninguna clase habia usurpado las tierras de la nobleza inmediata, asi las que tenian esta cualidad como las que no la tenian; se habia apropiado mas derechos que los de soberano territorial, y se habia apoderado de muchos castillos de la nobleza, como si hubiese sido el verdadero propietario. Todos los derechos de origen feudal que el Austria habia querido ejercer en Suabia, y cuya extension era peligrosamente arbitraria, se los habia apropiado en virtud de la posesion de ciertos distritos feudales que le habian tocado en la division de la Suabia austriaca, y comenzaba á servirse de ellos con mas rigor que la misma cancilleria austriaca. Las casas de Bâden y de Baviera, molestadas por él, y autorizadas por su ejemplo, cometian los mismos excesos en sus dominios; llevando el desprecio del derecho hasta el punto de penetrar en los principados soberanos situados en los territorios de aquellos tres principes, bajo el pretexto de buscar en ellos los dominios de la nobleza inmediata, que en ningun caso podian pertenecerles; porque si dichos dominios pertenecian á otros que á los mismos nobles inmediatos, era cuando mas al principe soberano de que inmediatamente dependian.

Napoleon habia encargado á M. Otto, su ministro en Munich, como árbitro, y á Berthier, como gefe de la fuerza ejecutiva, el arreglar entre Bâden, Wurtemberg y Baviera, todas las cuestiones que dimanaran de la particion de los territorios austriacos de la Suabia. Complicándose las dificultades, Napoleón habia mandado que se les uniese el general Clarke para ayudarles á desem-

brollar aquel caos, pero todos desesperaban de lograrlo. Los principes que sufrían tales desafueros se habian pre-

sentado en un principio en Ratisbona, pero faltos los ministros en la Dieta, de ánimo y de autoridad, desde que el Austria no se la prestaba, habian confesado su nulidad para atajar el desorden que se aumentaba por todas partes. La misma Austria era la que casi los habia reducido á aquella nulidad de que se quejaban, por haberse negado el año anterior á autorizar toda deliberacion formal, mientras que no se constituyese de nuevo y á su gusto el colegio de los principes, añadiendo en él el número de votos católicos que reclamaba. Y ahora, definitivamente vencida, preocupada únicamente de su salvacion, concluía de anonadar á la Dieta, haciéndola ver que no debía contar con ella para ningun acto eficaz. La Dieta era, pues, un cuerpo destruido, que cuando mas recibia las comunicaciones que se le hacian, que apenas acusaba su recibo, y que no deliberaba sobre ningun particular.

Al ver esto los pequeños principes soberanos, los nobles inmediatos expuestos á toda especie de usurpaciones, las ciudades libres reducidas de seis á cinco por haberse cedido á Baviera la de Augsburgo, y los principes eclesiásticos secularizados, que no percibian sus pensiones, habian acudido á Múnich para invocar cerca de MM. Otto, Berthier y Clarke la proteccion de la Francia. Estos, testigos de aquel espectáculo de opresion, habian formado en un principio una especie de congreso para conciliar todos los intereses, é impedir que á la sombra de la proteccion de la Francia se cometiesen actos de iniquidad. M. Otto habia concebido un proyecto de arreglo, que la Francia debía someter á los principales opresores, que eran los soberanos de Bâden, de Baviera y de Wurtemberg; pero en breve habia reconocido que con aquello hacia nada menos que un nuevo plan de constitucion germánica; y ademas los agentes del Rey de Wurtemberg, á quienes se habia presentado dicho plan, se habian lamentado mucho, declarando que su soberano no consentiria en las condiciones propuestas. No parecia sino que este principe, del cual acababan de hacer un Rey, aumentando sus estados y doblando sus prerogativas soberanas, iba á ser despojado por la Francia porque esta le pedia que tuviese algun respeto

Desorganizacion de la Dieta, y abolicion de hecho de todo gobierno federal en Alemania.

á las propiedades, y guardase alguna consideracion á los estados mas débiles inmediatos al suyo. No sabiendo M. Otto qué hacer, lo habia enviado todo á Paris, así las reclamaciones como á los que reclamaban, y los proyectos de arreglo que habia imaginado con intencion de hacer justicia. Esta remision se verificó á fines de Marzo.

Los príncipes alemanes oprimidos recurren de nuevo á la Francia.

Desde dicha época, oprimidos y opresores se hallaban al pie del trono de Napoleon. Era evidente que el cetro de Carlo-Magno habia pasado de los germanos á los francos.

Esto era lo que habia dicho y escrito bajo todas las formas el principe archicanciller, único elector eclesiástico que Napoleon habia conservado, y trasladado, como se recordará, de Maguncia á Ratisbona. Este principe cuyo carácter amable é inconstante, y cuyas inclinaciones al fausto y á la opulencia hemos descrito en otro lugar; este principe que buscaba la fuerza donde se hallaba, no cesaba de suplicar á Napoleon que empuñase el cetro de la Germania; y si alguno habia pronunciado al oído de Napoleon el nombre peligroso de Carlo-Magno, sin duda habia sido él.—Vos sois Carlo-Magno, le decia, sed, pues, el dueño, el regulador, el salvador de la Alemania.—Si este nombre que no era el que mas agradaba al orgullo de Napoleon, porque tenia en Alejandro y en César émulos mas dignos de su genio, pero que gustaba particularmente á su ambicion, porque establecia mas relaciones con sus proyectos sobre la Europa; si este nombre se encontraba siempre mezclado al suyo, no era tanto por su culpa, como por la de todos los que recurrían á su poder protector. Cuando la Iglesia queria alguna cosa de él, le decia: Vos sois Carlo-Magno, dadnos lo que él nos ha dado.—Cuando los príncipes alemanes de todos los estados estaban oprimidos, le decían:—Vos sois Carlo-Magno, protegednos como él lo hubiera hecho.—

Sin duda le hubieran inspirado las ideas que su ambicion hubiera tardado en concebir, si hubiera sido tardo en sus deseos: pero en aquella época marchaban juntas las necesidades de los pueblos y su ambicion.

En todas épocas, los príncipes de

Alemania, habian formado, ademas de la Confederacion germánica, autoridad legal y reconocida por todos, ligas particulares para defender tales ó cuales derechos ó intereses comunes á algunos de ellos. Todos los que habian formado estas ligas se dirigian á Napoleon, rogándole interviniese á su favor, ya como autor y garante del acta de mediacion de 1803, ya como signatario y ejecutor del tratado de Presburgo. Proponíanle los unos formar nuevas ligas bajo su proteccion, y los otros formar una nueva confederacion germánica bajo su cetro imperial. Los príncipes, cuyas posesiones eran invadidas, los nobles inmediatos que habian perdido las suyas, y las ciudades libres próximas á su supresion, proponian diferentes planes; pero estaban prontos á adherirse al plan que prevaleciese, con tal que se les dispensase proteccion en él.

El principe archicanciller que temia que su electorado eclesiástico, único que se habia escapado del naufragio, sucumbiese en aquella nueva tempestad, ideó para salvarle el plan de formar una nueva confederacion germánica, que debia deliberar bajo su presidencia, y comprender todos los Estados alemanes, á excepcion de la Prusia y del Austria. Para interesar á Napoleon en esta creacion ideó dos medios. El primero consistia en crear un electorado, unido al ducado de Berg, que se sabia estaba destinado á Murat; y el segundo, en designar al punto un coadjutor para el arzobispado de Ratisbona, el cual se debia elegir en la familia imperial. Siendo este coadjutor el Arzobispo designado de Ratisbona, futuro archicanciller de la Confederacion, debia poner la nueva Dieta á merced de Napoleon. El Cardenal Fesch, Arzobispo de Lyon y Embajador en Roma, era, por su profesion eclesiástica, el individuo de la familia Bonaparte destinado á desempeñar el papel de coadjutor (*).

(*) He aquí el curioso documento que se dirigió á Napoleon.

Ratisbona 19 de Abril de 1806.

Señor:

El génio de Napoleon no debe limitarse

El archicanciller Arzobispo de Ratisbóna elige para coadjutor al Cardenal Fesch, sin consultar á nadie.

Sin aguardar á que este plan se propusiese, discutiése y aprobase, el archicanciller, ansioso por conservar su sede por un medio que hiciera imposible su destrucción, á menos que Napoleón no quisiese perjudicar los intereses de su familia, lo que no le gustaba hacer ni á aquella tolerar, eligió, sin consultar á nadie, y con grande asombro

de los demas estados, eligió al Cardenal Fesch para coadjutor del arzobispado de Ratisbóna, y dirigió á Napoleón una carta oficial en la que la anunciaba esta elección.

Ningun motivo tenia Napoleón para profesar grande afecto al Cardenal Fesch, hombre vano y tenaz, que no era el menos quisquilloso y molesto de sus parientes, por cuya razón se cuidaba aquel poco de ponerle á la cabeza del Imperio germánico. Sin embargo, toleró, sin explicarse, tan extraño nombra-

á hacer la felicidad de la Francia; la Providencia concede el hombre superior al universo. La estimable nacion germánica gime en las desgracias de la anarquía política y religiosa: sed vos, Señor, el reformador de su Constitución. He aquí algunas de las reformas que dictan el estado de las cosas: Que el duque de Clèves sea elector, y se le conceda privilegio sobre toda la orilla derecha del Rhin; que el Cardenal Fesch sea mi coadjutor; que las rentas asignadas en arbitrios á doce estados del imperio se funden en alguna otra base. Vuestra Magestad imperial y real juzgará en su sabiduría si es útil al bien general realizar estas ideas. Si algun error ideológico me engaña en este punto, mi corazón está tranquilo acerca de la pureza de mis intenciones.

Soy de Vuestra Magestad imperial y real el mas humilde y entusiasta admirador.

CARLOS, *elector archicanciller.*

La nacion germánica necesita que se reforme su Constitución: la mayor parte de sus leyes no presenta mas que palabras vacías de sentido, desde que los tribunales, los círculos y la Dieta del imperio carecen de los medios necesarios para sostener los derechos de la propiedad y seguridad personal de los individuos, y desde que estas instituciones no pueden proteger á los oprimidos contra los atentados del poder arbitrario y de la codicia. Semejante estado es la anarquía: los pueblos soportan las cargas del estado civil sin gozar de sus principales ventajas, posición desastrosa para una nacion apreciable en el fondo por su lealtad, su industria y su primitiva energía. La Constitución germánica solo puede ser reformada por un príncipe de gran carácter, que devuelva á las leyes su vigor, concentrando en sus manos el poder ejecutivo. Los estados del imperio gozarán mejor de sus dominios cuando los deseos de los pueblos se espongan y discutan en la Dieta, cuando los tribunales esten mejor organizados y se admi-

nistre la justicia mas eficazmente. Su Magestad el Emperador de Alemania, Francisco II, sería para el caso muy respetable por sus cualidades personales, pero en el hecho el cetro de Alemania se escapa de sus manos, porque al presente tiene en contra suya la mayoría de la Dieta, y porque ha faltado á su capitulación ocupando la Baviera, introduciendo los rusos en Alemania, y desmembrando á parte del imperio para pagar las faltas cometidas en las disputas particulares de su casa. *Sea él en buen hora Emperador de Oriente para resistir á los rusos, y que el imperio de Occidente renazca en el Emperador Napoleón, tal como estaba en tiempo de Carlo Magno, compuesto de la Italia, de la Francia y de la Alemania.* No parece imposible que los males de la anarquía hagan conocer á la mayoría de los electores la necesidad que hay de semejante reforma: así es como eligieron á Rodolfo de Habsburgo después de las turbulencias del grande interregno. Los medios de que puede disponer el archicanciller son muy limitados; pero al menos cuenta, con intencion pura, con las luces del Emperador Napoleón, particularmente en todo aquello que pueda conmovier el mediodía de la Alemania, que es mas afecto á este monarca. La reforma de la Constitución germánica ha sido siempre el objeto de los votos del Elector archicanciller: nada pide ni nada aceptaría para sí: piensa que si S. M. el Emperador de los franceses pudiera trasladarse todos los años á Maguncia ó á otra parte, y permanecer durante algunas semanas reunido con los príncipes que le son adictos, en breve se desarrollarían los gérmenes de la regeneración germánica. M. de Hédouville ha inspirado la mayor confianza al Elector archicanciller, quien se alegrará infinito si aquel tiene á bien esponer estas ideas en toda su pureza á S. M. el Emperador de los franceses y á su ministro M. de Talleyrand.

CARLOS, *elector archicanciller.*

miento, que era un síntoma notable de lo dispuestos que se hallaban los príncipes alemanes oprimidos, á poner en sus manos el nuevo cetro imperial.

Napoleon no queria quitar directamente á la casa de Austria aquel cetro; porque esta empresa

le parecia muy grande en aquel momento, aunque habia pocas que le atemorizasen despues de la batalla de Austerlitz. Pero conocia bien lo que entonces podia intentar en Alemania, y se habia fijado en lo que podia hacer. Por lo pronto queria dislocar y debilitar el imperio germánico, hasta el punto que solo el imperio frances brillase en Occidente, y en seguida, queria reunir los príncipes de la Alemania meridional, situados á las márgenes del Rhin, en Franconia, en Suabia y en Baviera, y componer una confederacion bajo su protectorado público. Esta confederacion declararia disueltos sus lazos con el imperio germánico. Los demas príncipes de Alemania, ó permanecerian en la antigua confederacion bajo la autoridad del Austria, ó lo que era mas probable se separarian de ella, y se agruparian á su gusto, los unos en torno de la Prusia, los otros en torno del Austria. Entónces el imperio frances, teniendo bajo su soberania formal la Italia, Nápoles y Holanda, y un dia, acaso, la península española, y bajo su protectorado el mediodia de la Alemania, comprenderia sobre poco mas ó menos los Estados que habian pertenecido á Carlo-Magno, y ocuparia el lugar del imperio de Occidente. Tomar luego este título era solo asunto de palabras, grave, sin embargo, por los celos y envidia de la Europa, pero que se podia realizar en un dia de victoria ó en una negociacion afortunada.

Poco habia que hacer para llevar á cabo este proyecto, porque la Baviera, Wurtemberg y Bâden, trataban entónces en Paris, á fin de lograr de una vez que se regularizase su situacion, incierta aunque mejorada. Los demas príncipes, solicitaban ser comprendidos, á cualesquier precio y condiciones en el nuevo sistema federativo que preveian y que deseaban como inevitable; y porque ser comprendidos en él era existir, y ser excluidos perecer. No ha-

bia, pues, necesidad de negociar con otros que los príncipes de Bâden, de Wurtemberg y de Baviera, y aun con estos se tuvo cuidado de no consultarlos sino hasta cierto punto, escluyendo de la negociacion á todos los demas. Proponianse, presentar el tratado ya redactado á los príncipes que se creyese prudente conservar, y admitirlos pura y simplemente á que lo firmasen. La nueva confederacion debia titularse *Confederacion del Rhin*, y ser Napoleon su Protector.

M. de Talleyrand, en union con M. de Labesnardière, empleado de la secretaria, bastante hábil, fue el encargado de redactar el proyecto de la nueva confederacion, y de someterlo en seguida á la aprobacion del Emperador (*).

Tal fue, como se ve, el encadenamiento de hechos que por dos veces llevó á la Francia á mezclarse en los asuntos de Alemania. La primera vez, cuando la Alemania se veia amenazada de un trastorno á causa de la inevitable particion de los bienes eclesiásticos, solicitaron que Napoleon hiciese dicha particion, y llevase á cabo los cambios que debia producir en la Constitucion germánica. La segunda vez, llamado Napoleon de las orillas del Océano á las márgenes del Danubio, por la invasion de los austriacos en Baviera, obligado á hacerse de aliados en el mediodia de Alemania, á recompensarlos, á engrandecerlos y á contenerlos al mismo tiempo cuando querian abusar de su alianza, se vió obligado de nuevo á intervenir para arreglar la situacion de los príncipes alemanes, que geográficamente interesaba á la Francia.

Si en todo lo que hizo en esta ocasion tuvo Napoleon alguna mira personal, fue dejar vacante con la disolucion del imperio germánico un título augusto, y no permitir que existiese á los ojos de los pueblos otro imperio que el frances. No obstante, las causas esenciales de su intervencion no fueron otras que las violencias de los fuertes, los clamores de los débiles, y el doble deseo, muy

(*) Todos estos pormenores, los hemos adquirido del mismo M. de Labesnardière, único confidente de tan importante creacion: ademas están apoyados en un gran número de documentos auténticos.

recomendable, de reprimir las injusticias cometidas á su nombre, y de reformar la Alemania de una manera conforme á las luces de su buen sentido, ya que no podia prescindir de intervenir en ella.

Mas no por esto fue una falta menos grave la que cometió Napoleon al intervenir en los negocios de Alemania mas allá de ciertos limites. Querer ejercer una influencia predominante en el mediodia de la Europa sobre la Italia, y aun sobre la España, estaba en el espíritu de la política francesa de todos los tiempos, y por grande que fuese aquella ambicion, podia justificar su grandeza por medio de brillantes victorias. Pero querer estender su poder al norte de la Europa, es decir, á la Alemania, era llevar al extremo la secreta desesperacion del Austria; era hacer concebir á la Prusia un género de celos que todavia no le habia inspirado la Francia; era tomar por su cuenta las dificultades que se originaban de las divisiones de todos aquellos principes; pasar por apoyo y cómplice de los opresores, cuando se manifestaba ser defensor de los oprimidos; y enagenarse la voluntad de los que no fuesen favorecidos sin ganar la de los que lo fuesen, porque estos se espresaban ya de una manera que hacia preveer que después de haberse enriquecido por nosotros, serian capaces de volverse contra nosotros, á fin de comprar la conservacion de lo que habian adquirido; y en cuanto al auxilio que se creia hallar en sus tropas, era un error peligroso, porque hacia esto considerar como auxiliares, á soldados prontos á hacernos traicion á la primera ocasion oportuna. Pero la falta mayor aun, era cambiar las antiguas combinaciones de la Alemania, que hacian que la Prusia fuese una eterna rival del Austria, y por consiguiente una aliada de la Francia, y que todos los principes de Alemania, rivales envidiosos los unos de los otros, fuesen clientes de nuestra política en la cual buscaban un apoyo. Que la Francia añadiese alguna cosa á la influencia de la Prusia quitando algo á la del Austria, era hacer bastante en un siglo, era tambien todo lo que hacia falta á la Alemania. Pasar mas allá solo podia dar por resultado trastornar la política europea, de un modo funesto mas bien que útil. Si se llevaban aquellos cambios hasta hacer á la Prusia po-

derosa, solo se lograba que el peligro cambiase de lugar, trasladando á Berlin el enemigo que habiamos tenido siempre en Viena: si se verificaban hasta el punto de destruir la Prusia y el Austria, seria sublevar á toda la Alemania; y en cuanto á los pequeños estados, todo lo que pasase de conceder una justa proteccion á ciertos principes de segundo orden como los de Baviera, Baden y Wurtemberg, aliados por lo comun de la Francia; todo lo que pasase de una razonable recompensa dada despues de la guerra á su alianza, era intervenir de una manera peligrosa en los negocios de otro, aceptar gratuitamente dificultades que no eran las nuestras, y por último, ocultar bajo una aparente violacion de la independencia extrangera, un insigne engaño. La única falta grande que quedaba por cometer, era la de fundar reynos franceses en Alemania. Napoleon no habia llegado todavia á ese grado de poder y de error. Lo que convenia á la Francia, á la Europa y á la Alemania, era la antigua Constitucion germánica, modificada por el *recés* de 1803, siempre que se resolviesen algunos asuntos que se habian descuidado cuando el *recés*, y se modificasen solamente en proporcion de esto las antiguas influencias. Mucho mas hemos hecho por el bien de la Alemania que por el nuestro: sin embargo nos ha guardado un profundo rencor, y esperando el momento de nuestra retirada ha acometido por la espalda á nuestros soldados abrumados por el número. ¡Tal es la consecuencia de las faltas!

Napoleon, dejando á MM. de Talleyrand y de Labesnardiére el cuidado de arreglar en secreto los pormenores del nuevo plan de confederacion germánica con los ministros de Baden, de Wurtemberg y de Baviera, habia empezado á poner en ejecucion su plan general, sobre todo en lo relativo á la Italia y á la Holanda, á fin de que los negociadores ingleses y rusos, que cada cual trataba por su lado, encontrasen resoluciones consumadas é irrevocables, respecto á los nuevos reynos que queria crear.

La corona de Nápoles habia sido destinada á José, y la de Holanda á Luis.

Relaciones personales de Napoleon con su familia.

El establecimiento de estas monarquias era á la vez un cálculo de la política de Napoleon, y una satisfaccion para su alma; pues no solo era grande sino bueno, y sensible á las afecciones de la sangre, á veces hasta la debilidad. No siempre recogia el premio de sus excelentes sentimientos, porque nada hay mas exigente que una familia que ha subido de la nada á la cumbre de la fortuna. Entre todos los parientes de Napoleon no habia uno que á la par que reconocia que la grandeza de los Bonapartes se debía al vencedor de Rivoli, de las Pirámides y de Austerlitz, no creyese, sin embargo, haber contribuido algo á ella, y no reputase que se le trataba de una manera injusta, dura, ó desproporcionada á sus méritos y servicios. Su madre repetia sin cesar que á ella le debía el ser, y se quejaba de que no la tratasen con todos los respetos y atenciones que merecia; y eso que, de todas las mugeres de esta familia, era la mas modesta y la menos infatuada. Luciano Bonaparte decia, que él habia puesto la corona sobre la cabeza de su hermano, porque él era el único que no habia cejado el 18 de Brumario, y que por premio de este servicio estaba desterrado. José, el mas afable de todos y el mas sensato, decia á su vez que era el mayor de la familia; y que se faltaba á la deferencia debida á aquel titulo. Casi llegaba á creer que los tratados de Luneville, de Amiens, y el Concordato, que Napoleon le habia encargado firmase con detrimento de M. de Talleyrand, se debian á su habilidad personal, tanto acaso como á las hazañas de su hermano. Luis enfermo, desconfiado, orgulloso, honrado, y afectando virtud, pretendia haber sido sacrificado á un papel deshonroso, el de cubrir, casándose con Hortensia de Beauharnais, las debilidades de ésta para con Napoleon; calumnia odiosa, inventada por los emigrados, divulgada en mil folletos, y que preocupaba á Luis hasta el punto de hacer suponer que él mismo la daba crédito. Asi, pues, cada uno se creia en cierto modo victima, y mal pagado de la parte que habia tomado en la grandeza de su hermano. Las hermanas de Napoleon, aunque no tenian pretensiones tan elevadas, se agitaban en torno suyo, y turbaban con sus rivalidades, y á veces con su descontento, su

alma embargada de tantos otros cuidados. Carolina solicitaba sin cesar para Murat; el cual, aunque inconstante, pagaba al menos con afecto los beneficios de su cuñado; sin que se pudiese entonces augurar su conducta posterior, si bien se debia esperar todo de su ligereza. Elisa, su hermana mayor, trasladada á Luca, donde buscaba la gloria personal de gobernar bien un pequeño estado, y que en efecto le gobernaba bien, deseaba que se diese alguna mas estension á su ducado.

De toda esta parentela, Gerónimo, como el mas jóven, y Paulina, como la mas frívola y la mas dispada, eran los únicos que no participaban de las exigencias, rencores y celos que turbaban el interior de la familia imperial. Gerónimo, cuya estraviada juventud habia provocado á menudo la severidad de Napoleon, miraba á éste mas bien como á un padre que como á un hermano, y recibia sus beneficios con el corazon lleno del reconocimiento mas profundo. Paulina, entregada á sus placeres como una princesa de la familia de los Césares, y hermosa como una Venus de la antigüedad, solo buscaba en la grandeza de su hermano los medios de satisfacer sus gustos desarreglados; no ambicionaba otros titulos que los de los Borghese, cuyo nombre llevaba, y estaba dispuesta á preferir la fortuna, fuente de los goces, á la grandeza, que es solo la satisfaccion del orgullo. Amaba tanto á su hermano, que cuando éste se hallaba en la guerra, el archicanciller Cambacérès, que era el encargado de gobernar la familia reynante y el Estado, tenia que enviar á aquella princesa las noticias al punto que las recibia, porque la menor tardanza la causaba crueles sufrimientos.

El temor solo de que Napoleon prefiriese los hijos de la familia Beauharnais, habia impulsado á los Bonapartes á hacerse enemigos de Josefina. Sobre este particular ni aun contemplaban el corazon de Napoleon, y le atormentaban de cien maneras. La grandeza precoz de Eugenio, nombrado virey, y heredero designado del hermoso reyno de Italia, los ofuscaba de un modo extraño; y, sin embargo, se habia ofrecido antes esta corona á José, que no la habia admitido porque le habia demasiado dependiente del poder del Emperador de los france-

ses. Quería reynar, decia, de una manera independiente. Mas tarde se verá de qué modo el deseo de independencia, comun á todos los miembros de la familia imperial, combinado con las tendencias de los pueblos sobre los cuales estaban llamados á reynar, debía atraer dificultades al gobierno de Napoleon, y nuevas causas de desdicha en las desgracias mismas.

Dase á José la corona de Nápoles.

Entre todos los individuos de esta familia se debían distribuir los reynos y los ducados de nueva creación. La corona de Nápoles aseguraba á José una situación notoriamente independiente, y era además demasiado hermosa para que no fuese aceptada. Sin duda sorprende el tener que emplear semejantes términos para caracterizar los sentimientos con que recibían aquellos hermosos reynos, príncipes nacidos no solo tan lejos del trono, sino aun de la grandeza que algunos individuos particulares deben á veces al nacimiento ó á la fortuna. Una de las singularidades del fantástico espectáculo dado por la revolucion francesa y por el hombre extraordinario que había puesto á su cabeza, era sin duda aquellas negativas, aquellas vacilaciones, y casi desdenes de la saciedad anticipada, que manifestaban á las mas bellas coronas, personas que en su juventud no debían esperar de ningún modo el llevarlas sobre sus cabezas. Napoleon que había visto á José despreciar tan pronto la presidencia del Senado, como el vireynato de Italia, no estaba seguro de que aceptase el trono de Nápoles, y por esto solo se le había conferido al principio el título de su lugarteniente (*). Cierito despues de que

lo aceptaba, había consignado su nombre en los decretos que pensaba presentar al Senado.

Respecto á la Holanda, había designado á Luis para que ocupase este trono;

Dase á Luis Bonaparte la corona de Holanda.

á Luis, que ha dicho despues á la Europa en un libro lleno de acusaciones contra su hermano, hasta qué puntito le había ofendido el que no le consultasen al adoptar aquella disposicion. En efecto, Napoleon, sin tener en cuenta para nada á Luis, cuya voluntad no le parecia ser un obstáculo que debía prevener ni vencer, había mandado á al-

Al príncipe José.

Stuttgart 19 de Enero de 1806.

Es mi intencion que en los primeros dias de Febrero entreis en el reyno de Nápoles, y que en todo el mismo mes se sepa que mis águilas dominan en la capital. No hareis ninguna suspension de armas ni capitulacion. Es tambien mi intencion que los Borbones cesen de reynar en Nápoles, y quiero sentar sobre ese trono á un príncipe de mi casa, á vos desde luego, si esto os conviene, ó á otro si vos no quereis.

Os reitero la orden de no dividir vuestras fuerzas; de que todo vuestro ejército pase el Apennino, y de que dirijais directamente sobre Nápoles los tres cuerpos de que se compone, á fin de que puedan reunirse en un dia sobre un mismo campo de batalla.

Dejad en Ancona para defender esta plaza á un general, depósitos, provisiones y algunos artilleros. Una vez conquistada la capital, las extremidades del reyno se rendiran por sí mismas, todas las fuerzas que se hallen en los Abruzzos quedarán envueltas, y enviareis una division á Tarento y otra por el lado de la Sicilia, para terminar la conquista del reyno.

Pienso dejar á vuestras órdenes en el reyno de Nápoles durante todo el año, y hasta que haya tomado nuevas disposiciones, 14 regimientos de infanteria francesa montados en pie de guerra, y 12 de caballeria francesa en el mismo pie.

El pais debe suministraros víveres, vestuario, remontas, y cuanto sea menester, de suerte que no me cueste un sueldo. Las tropas que tengo en el Reyno de Italia solo permaneceran en él el tiempo que juzgueis preciso, y despues volverán á su destino.

Formareis una legion napolitana en la que no dejareis ingresar sino oficiales y soldados napolitanos, gentes del pais que quieran unirse á mi causa.

(*) Las cartas siguientes dan á conocer de qué modo daba Napoleon las coronas, y como se recibian.

Al ministro de la Guerra.

Munich 5 de Enero de 1806.

Enviad á vuestro hermano el general Berthier con el decreto que nombra al príncipe José comandante del ejército de Nápoles. Guardará el mayor secreto, y no entregará al príncipe el decreto hasta que aquel llegue. Os digo que debe guardar un secreto profundo porque no estoy seguro de que el príncipe vaya; y no hay necesidad de que se sepa una palabra de nada de esto.

gunos de los principales ciudadanos de Holanda, y particularmente al almirante Verhuel, el valiente y hábil comandante de la flotilla, para disponer á la Holanda á renunciar al fin á su antiguo gobierno republicano, y á constituirse en monarquía. Otro razgo del cuadro que bosquejamos aquí, es el de aquella revolución francesa, que habiendo comenzado por querer convertir todos los tronos en repúblicas, se dedicaba en la actualidad á convertir las mas antiguas repúblicas en monarquías. Ya habia señalado esta singular tendencia la conversion de las repúblicas de Venecia y de Génova en provincias agregadas á varios reynos, y la agregacion de las ciudades libres de Alemania á varios principados. El reyno de Holanda era el último y mas brillante fenómeno que podia presentarse. La Holanda, despues de haberse arrojado en los brazos de la Francia para librarse de los stathouders, estaba descontenta al verse condenada á una guerra eterna, y se mostraba poco reconocida á Napoleon, que habia hecho en Amiens, y que renovaba diariamente, los mayores esfuerzos para alcanzar que le restituyesen sus colonias. Los holandeses, medio ingleses por su religion, por sus costumbres y espíritu mercantil, aunque enemigos de la Inglaterra á consecuencia de sus intereses marítimos, no simpatizaban con el gobierno de Napoleon, ni con su grandeza esclusivamente continental. La mas infima victoria en los mares les hubiera seducido mucho mas que los mas brillantes triunfos en tierra. Manifestaban despreciar bastante el gobierno semi-monárquico de un gran pensionario que Napoleon les habia inducido á darse, cuando instituía una especie de primer Cónsul en todos los países sometidos á la influencia de la Francia. Este gran pensionario, que lo era M. de Schimmelpenninck, buen ciudadano y hombre honrado, no era á sus ojos mas que un prefecto frances encargado de verificar exacciones, porque exigía contribuciones y empréstitos á fin de poder hacer frente á los gastos de la guerra. El poco afecto que tenian en Holanda al gobierno de un gran pensionario, era lo único con que se contaba para hacerla aceptar un Rey. Aunque, llenos de ese cansancio que al fin de las revoluciones hace á los hombres in-

diferentes á todos, los holandeses esperimentaban un sentimiento penoso al ver desaparecer su estado republicano. Sin embargo, la seguridad que se les daba de que se les dejarían sus leyes, sobre todo las municipales, lo bien que se les hablaba de Luis Bonaparte, de la moderacion de sus costumbres, de su inclinacion á la economia, de la independencia de su carácter, y finalmente, la resignacion con que se admiten las cosas largo tiempo previstas de antemano, decidieron á los principales representantes de Holanda á prestarse á la institucion de una monarquía. Un tratado hizo convertir en una alianza de estado á estado, la nueva situacion de la Holanda respecto á la Francia.

Las provincias venecianas, que Napoleon no habia reunido inmediatamente al reyno de Italia para quedar mas en libertad de estudiar los recursos que ofrecian, y emplearlas segun sus designios, fueron agregadas en union con la Dalmacia al reyno de Italia, con condicion de que este cediese el país de Massa á la princesa Elisa, para acrecentar el ducado de Lucca, y el ducado de Guastala á la princesa Paulina Borghese que aun no habia recibido nada de la munificencia de su hermano. Esta no quiso conservar su ducado, y lo revendió al reyno de Italia por unos cuantos millones.

Este era, sin duda, el caso de pensar en el Papa, y en la causa real de su descontento. En un momento en que la Italia estaba así como una torta de los Reyes (*) dividida al filo de la espada, era muy fácil reservar la parte de San Pedro, y procurar, por medio de algunas ventajas temporales, atraerse aquella potencia espiritual, con quien siempre son enojosas las contiendas, aun en estos tiempos de fe dudosa, y á la que se debe temer mas cuando está oprimida que cuando oprime. Todos aquellos nuevos monarcas hubieran

Agregacion de los Estados venecianos al reyno de Italia.

Piérdesse la ocasion de grangearse el afecto del Papa, por medio de una distribucion de los nuevos estados de Italia

(*) Torta de los Reyes se llama en Francia y en Inglaterra á una gran torta que se hace en todas las familias el dia de la adoracion de los Reyes.

debido conceptuarse todavía muy felices de recibir sus estados aun con una provincia menos; y la indemnización que se concediese á Pío VII, le hubiera hecho sufrir con mas paciencia, que el poder frances le cercase completamente, como lo hacia estableciendo á José en Nápoles. En todo caso, Napoleon podia disponer todavía de Parma y de Plasencia, y en nada podia haberlas empleado mejor que en cederlas á la corte de Roma para consolarla. Pero despues de la victoria de Austerlitz, no se ocupaba Napoleon tanto como antes de las resistencias físicas ó morales. Estaba muy descontento del Papa y de sus manejos hostiles contra el nuevo Rey de Nápoles, y se sentia mas dispuesto á reducir que á aumentar el patrimonio de San Pedro. Por otra parte, reservaba á Parma y Plasencia para darles un destino que tambien era útil; pensaba indemnizar con ellas á algunos de los principes protegidos de la Rusia ó de la Inglaterra, tales como los soberanos de Nápoles y del Piamonte, antiguos Reyes destronados, á los cuales queria arrojar algunas migajas del rico festin al rededor del cual estaban sentados los nuevos Reyes. Esta idea era ciertamente buena, pero siempre se cometia la falta de dejar al Papa descontento y pronto á manifestarlo asi, cuando hubiera podido satisfacerse sin gran perjuicio de los reynos formados recientemente.

Murat es nombrado gran duque de Berg. Quedaba por colocar á Murat, esposo de Carolina Bonaparte, que habia merecido por su conducta en la guerra, lo que iba á dársele por razon de su parentesco con el Emperador. Tambien tenia aquel sus exigencias, que mas bien eran de su muger que suyas. Napoleon habia pensado darle el principado de Neuchâtel, que ni el marido ni la muger habian querido admitir. El archicanciller Cambacérès que era el mediador ordinario entre Napoleon y su familia, y que poseia esa paciencia conciliadora que apacigua las irritaciones reciprocas, que todo lo oye, y repite solamente lo que no puede acarrear mayores perjuicios, fue el confidente del disgusto de Murat y de su esposa, que segun decian, eran tratados con una desigualdad ofensiva. Napoleon pensó entónces darles el ducado de Berg, cedido á la Francia por la Ba-

viera en cambio de Anspach y aumentado con los restos del ducado de Cleves, hermoso país, muy bien situado á la derecha del Rhin, que comprendia una poblacion de 300,000 habitantes, que producia, despues de pagar los gastos de administracion, 400,000 florines de renta; que permitia sostener dos regimientos, y que podia proporcionar á su poseedor, cierta importancia en la nueva confederacion germanica. La fértil imaginacion de Murat y de su muger, no dejó, en efecto, de soñar en hacer un papel muy importante, adornado exteriormente con la renovacion de algun gran titulo del sacro imperio.

La familia reynante estaba toda colocada; pero los hermanos y hermanas de Napoleon, no eran los únicos á quienes amaba. Quedaban sus compañeros de armas y los colaboradores de sus trabajos civiles. Su natural benevolencia, de acuerdo entonces con su politica, se complacia en pagar la sangre de los unos y las vigiliass de los otros. Quería que fuesen valientes, laboriosos y probos, y para ello, pensaba que se les debia recompensar bien. Uno de los mayores goces de su corazon era ver en el rostro de sus servidores, no la sonrisa del reconocimiento, en la cual confiaba poco en general, sino la de la satisfaccion y del contento.

Consultó al archicanciller Cambacérès acerca de la distribucion de los nuevos favores que pensaba conceder, y éste, viendo que por grande que fuese el botin que habia que dividir, era mayor el número de los servicios y de las ambiciones, conoció el apuro en que debia hallarse Napoleon, y quiso que desapareciese por lo tocante á su persona, rogándole que no pensase en él para darle ningun ducado. Nadie sabia mejor que Cambacérès, que cuando se ha llegado á cierto grado de fortuna, vale mas conservar que adquirir; y cualquier imperio, cuya politica hubiese dirigido, gobernando Napoleon la administracion y el ejército, hubiera permanecido siendo el mas grande de todos, despues de haber llegado á serlo. El archicanciller no queria mas que conservar su actual grandeza, y la certeza de conservarla le parecia preferible á los ducados mas hermosos, convencién dose mas de la exactitud de esta idea en esta ocasion. Por un momento, al ver á

Napoleon exigir que los nuevos Reyes conservasen sus dignidades francesas, habia temido que fuera su intencion tener exclusivamente Reyes por dignatarios del imperio, y que los titulos de archicanciller, que él tenia, y de archi-tesorero que tenia Lebrun, pasasen en breve á uno de los monarcas nuevamente creados ó por crear. Queriendo conocer lo que pensaba Napoleon sobre este particular, le dijo:—Cuando tengais un Rey, pronto á recibir el titulo de archicanciller, me lo manifestareis asi, y yo presentaré mi dimision.—Permaneced tranquilo, le contestó Napoleon; para ese cargo necesito un letrado, y vos conservareis vuestro destino.—En efecto, en medio de las cabezas coronadas que antiguamente componian el imperio germánico, habia tres plazas para simples prelados, los electores de Maguncia, de Tréveris y de Colonia. Del mismo modo, en medio de aquellos Reyes, dignatarios de imperio, queria Napoleon conservar un puesto para el primero, para el mas grave magistrado de su época, llamado á traer á sus consejos la sabiduria, que no siempre podian proporcionar los Reyes.

No se necesitaba mas para contentar del todo al prudente archicanciller. Desde aquel momento, no deseando ni pidiendo nada para él, ayudó eficazmente á Napoleon en la difícil reparticion que iba á hacer. Ambos estuvieron de acuerdo, acerca del primer personage que se debía recompensar con largueza; era este Berthier, el mas aplicado, exacto,

Berthier es creado príncipe de Neufchâtel.

y acaso ilustrado de los lugartenientes de Napoleon, el que siem-

pre estaba á su lado en la guerra, y el que soportaba sin ninguna apariencia de disgusto una vida cuyos peligros no eran mayores que su ardimiento, pero cuyos trabajos empezaban á no ser de su gusto. Napoleon sintió una verdadera satisfaccion en poder pagar sus servicios. Concedióle el principado de Neufchâtel que le constituia príncipe soberano.

Créase á M. de Talleyrand príncipe de Benevento.

gun otro, M. de Talleyrand, que le servia mucho mas por su habilidad para tratar con los ministros extrangeros, y por la elegancia de sus modales, que

por sus luces en el consejo, en el cual tenia, sin embargo, el mérito de opinar siempre por la política moderada. Napoleon no lo queria, y desconfiaba de él; pero le era muy sensible verlo disgustado, y M. de Talleyrand lo estaba desde que no lo habian comprendido en el número de los grandes dignatarios. Napoleon, para indemnizarle, le dió el hermoso principado de Benevento, uno de los dos que acababan de quitarse al Papa, por estar enclavados en el reyno de Nápoles.

Quedábale todavia el de Ponte-Corvo, enclavado tambien en el reyno de Nápoles, y

Bernadotte es creado príncipe de Ponte-Corvo.

quitado como el anterior al Papa. Quiso darle á Bernadotte, personage que no habia hecho ningun servicio considerable, y que abrigaba la traicion en su corazon, pero que era cuñado de José. Napoleon necesitó violentarse para concederle esta dignidad; y á ello se decidió por conveniencia, por espíritu de familia y por olvidar agravios.

Bien poco ó nada hubiera hecho Napoleon recompensando á aquellos tres ó cuatro servidores, si hubiese olvidado á los demas, muchos mas numerosos y mas merecedores, si se esceptuaba á Berthier, y los cuales esperaban su parte de los frutos de la victoria. A esta necesidad hizo frente por medio de una institucion habilmente concebida. Al conceder monarquias á los nuevos Reyes lo hizo con la condicion de que instituyesen algunos ducados, con ricas dotaciones, y le entregasen cierta parte de los bienes nacionales. De este modo, al agregar los Estados venecianos al Reyno de Italia, se reservó la facultad de crear en ellos doce ducados, con los siguientes titulos: ducados de Dalmacia, de Istria,

de Frioul, de Cadore, de Belluno, de Conegliano, de Treviso, de Feltre, de Bassano, de Vicenza, de Padua y de Rovigo. Estos ducados no conferian poder alguno á sus poseedores, pero les aseguraban una dotacion anual que debian percibir de la décima quinta parte

Créanse los ducados de Dalmacia, de Istria, de Frioul, de Cadore, de Belluno, de Conegliano, de Treviso, de Feltre, de Bassano, de Vicenza, de Padua, de Rovigo, de Gaeta, de Otranto, de Tarento, de Reggio, de Massa, de Placencia, &c.

de las rentas del país que se reservaba. Dió á José el reyno de Nápoles con la condicion de que reservase seis feudos, de los cuales eran dos los principados ya citados de Benevento y de Ponte-Corvo, y los cuatro restantes los ducados de Gaeta, de Otranto, de Tarento y de Reggio. Al agregar al principado de Lucca el de Massa, Napoleon estipuló la creacion de un ducado de Massa. En los países de Parma y Plasencia instituyó otros tres, uno de los cuales concedió al architecorero Lebrun. Entre todos estos títulos que acabamos de citar, figuran los que en breve llevaron los servidores mas ilustres del Estado, y que en la actualidad llevan sus hijos, último y vivo testimonio de nuestra pasada grandeza. Todos estos ducados se instituian con las mismas condiciones con que lo habian sido los doce del Estado veneciano, sin ningun poder, pero con una parte en la décima quinta de las rentas. Napoleon quiso tener medios para recompensar todos los grados, y para proporcionárselos, tomó en aquellos países bienes nacionales y rentas para fundar con ellas dotaciones. Asi, pues, ase-

Grandes recursos reservados para proporcionar dotaciones á todos los grados y servicios, así civiles como militares.

guró 30 millones de bienes nacionales en el Estado de Venecia y una inscripcion de renta de 1,200,000 francos en el gran libro del Reyno de Italia. Con el mismo objeto, se reservó en los bienes nacionales de Parma y de Plasencia, una renta de un millon sobre el reyno de Nápoles, y cuatro millones de bienes nacionales en el principado de Lucca y de Massa. Todo esto formaba 22 ducados, 34 millones de francos en bienes nacionales, y 2,400,000 francos de renta, que unido al tesoro del ejército, que con la primera contribucion de guerra ascendia ya á 70 millones, y que nuevas victorias debian aumentar indefinidamente, debia servir para dotar á todos los grados, desde el soldado hasta el mariscal. Los empleados civiles debian tambien tener su parte en aquellas dotaciones. Napoleon habia discutido ya con M. de Talleyrand un proyecto para reconstituir la nobleza, pues le parecia que no bastaba á ello la Legion de Honor y los ducados. Proponiase crear condes y barones, creyendo necesarias estas distinciones so-

ciales, y queriendo que cada cual se engrandeciese con él á proporcion de sus méritos. Pero pensaba corregirlo vano de estos títulos, primero haciéndolos comprar por medio de grandes servicios, y segundo dotándolos con rentas que asegurasen el porvenir de las familias.

Todas estas diferentes resoluciones fueron presentadas sucesivamente al Senado en los meses de Marzo, de Abril y de Junio, para que fuesen convertidas en artículos de las constituciones del imperio.

El 15 de Marzo de 1806, Murat fue proclamado gran duque de Cleves y de Berg. El 30 del mismomes se proclamó á José Rey de Nápoles y de Sicilia, á Paulina Borghèse, duquesa de Guastalla, y á Berthier principe de Neuchâtel. Hasta el 5 de Junio no se proclamó á Luis Rey de Holanda, á causa de haberse retardado las negociaciones con este país: al mismo tiempo se proclamó á M. de Talleyrand principe de Benevento, y á Bernadotte, principe de Ponte-Corvo. Podiase creer que se habia vuelto á aquellos tiempos del imperio romano, en que un simple decreto del Senado quitaba ó conferia las coronas.

Esta serie de actos extraordinarios terminó con la definitiva creacion de la nueva confederacion del Rhin, cuya negociacion se habia seguido secretamente entre M. de Talleyrand y los ministros de Baviera, de Bâden y de Wurtemberg. Al ver la agitacion de los principes alemanes, todos sospechaban que se trataba de constituir otra vez la Alemania. Los que por la situacion geográfica de sus estados podian ser incluidos en la nueva confederacion, suplicaban que se les admitiese á formar parte de ella, á fin de conservar su existencia. Los gefes de los estados limitrofes á ella, procuraban penetrar el secreto de su constitucion, para averiguar cuales serian sus relaciones con aquella potencia, y no pedian mas que entrar en ella, mediante ciertas ventajas. Viendo el Austria de algun tiempo á aquella parte casi disuelto el imperio, y que ya no le reportaba ninguna uti-

Junio de 1804.

Remitense al Senado todos estas nuevas creaciones para que les dé un carácter legal.

Institucion definitiva de la nueva confederacion germanica.

Inaccion del Austria en aquella circunstancia.

al contrario, que veia en la caída de la antigua confederacion germánica una re-

volucion inmensa, que hubiera querido, al menos, dividir con la Francia el poder imperial, arrebatado á la casa de

Austria, y tener la clientela del norte de la Alemania, mientras la Francia se abrogaba la del mediodia, estaba en la mayor espectacion para averiguar lo que se preparaba. El modo con que acababa

de tomar posesion del Hannover, y los despachos que habia remitido á Londres, publicados en esta

capital, habian incomodado tanto á Napoleon, respecto á ella, que ni aun se tomaba el trabajo de advertirla de las cosas que no debian haberse hecho sino de acuerdo con ella. Ademas de quedar excluida de los negocios de Alemania que eran los suyos, circulaban mil rumores de variaciones de territorio, segun las cuales se le quitaban unas provincias para concederla otras, siempre menores que las que se le iban á tomar.

Imprudencia del gran duque de Berg, y perfidia del elector de Hesse-Cassel en el asunto de la nueva confederacion germánica.

era el Elector de Hesse-Cassel, principe astuto, avaro, que se habia enriquecido con el producto de sus minas y con la sangre de sus súbditos vendidos al extranjero, y que procuraba llevarse bien con la Inglaterra donde tenia colocados grandes capitales, con la Prusia que tenia por vecina y en la cual era uno de los generales de su ejército, y por último, con la Francia, que levantaba y destruía en aquel momento la fortuna de todas las casas soberanas. No habia medio de que no se valiese con M. de Talleyrand para que lo comprendiese en los nuevos arreglos, y sacar algunas ventajas. Por lo tanto, ofrecia unirse á la

alidad, presenciaba aquel espectáculo con la mayor indiferencia. La Prusia, al menos, dividir con la Francia el poder imperial, arrebatado á la casa de Austria, y tener la clientela del norte de la Alemania, mientras la Francia se abrogaba la del mediodia, estaba en la mayor espectacion para averiguar lo que se preparaba. El modo con que acababa de tomar posesion del Hannover, y los despachos que habia remitido á Londres, publicados en esta capital, habian incomodado tanto á Napoleon, respecto á ella, que ni aun se tomaba el trabajo de advertirla de las cosas que no debian haberse hecho sino de acuerdo con ella. Ademas de quedar excluida de los negocios de Alemania que eran los suyos, circulaban mil rumores de variaciones de territorio, segun las cuales se le quitaban unas provincias para concederla otras, siempre menores que las que se le iban á tomar.

La impaciente ambicion de dos principes germánicos, tan antiguo el uno, como el otro nuevo, era la que ocasionaba todos aquellos rumores. El primero

proyectada confederacion, y someter en su consecuencia á nuestro influjo, una de las mas importantes porciones de Alemania, es decir el Hesse, pero á condicion de que se le entregase una gran parte del territorio de la casa de Hesse-Darmstadt, á la que detestaba con ese odio que siente á veces la rama directa hácia la rama colateral, y que es tan comun entre las familias alemanas. Insistia mucho sobre esto, y habia propuesto un plan muy estenso y detallado. Al mismo tiempo que hacia estas gestiones, escribia al Rey de Prusia, manifestándole lo que se tramaba en Paris, y diciéndole que se preparaba una confederacion que arruinaria tanto la influencia de la Prusia como la del Austria, y que se ponian en juego todos los medios imaginables para obligarle á entrar en ella.

El nuevo principe aleman Murat, se conducia de otra manera no menos digna de censura. No satisfecho con el hermoso ducado de Berg, que contenia, como hemos dicho, 300,000 habitantes, y producía 400,000 florines de renta, que le proporcionaba sostener dos regimientos, y ponía en sus manos la importante plaza de Wessel, queria ser igual, al menos, á los soberanos de Wurtemberg ó de Bâden, y para ello deseaba que se le formase en Westfalia un Estado de un millon de habitantes. A este fin, atormentaba sin cesar á M. de Talleyrand, que, solícito siempre en complacer á los individuos de la familia imperial, ideaba proyectos sobre proyectos, para componerle un territorio. Como era natural, en las ideas de este, la Prusia era la que debia suministrar los materiales con Munster, Osnabruck y la parte occidental de la Frisia. Tratábase, es verdad, de dar á esta potencia en cambio las ciudades anseáticas, las cuales presentaban una bella indemnizacion, si no en territorio, al menos en riqueza y en importancia.

Preparados todos estos planes sin conocimiento de Napoleon, no los aprobó cuando tuvo conocimiento de ellos. No era tanto lo que le interesaba satisfacer la ambicion de Murat, que por complacerle, verificase nuevos desmembramientos en Alemania; y sobre todo estaba decidido á no incorporar á ningún gran estado europeo las ciudades anseáticas. Sus últimas combinaciones habian hecho ya desaparecer á Augsburgo,

é iba á hacer lo mismo con Nuremberg, ciudades por donde se hacia el comercio de Francia con el centro y el Mediodia de Alemania. Nuestro comercio con el Norte se hacia por Hamburgo, Bremen y Lubeck; y Napoleon se hubiera guardado bien de sacrificar ciudades cuya independendencia interesaba á la Francia y á la Europa. Los vinos y los tejidos franceses penetraban en Alemania y en Rusia bajo el pabellon neutral de las ciudades anseáticas, y bajo el mismo pabellon exportaban de aquellos paises materias navales, y cereales cuando así lo exigia el estado de las cosechas en Francia. Encerrar estas ciudades en los dominios de un grande estado hubiera sido encadenar su comercio y el nuestro. Bastante se hacia con privarse de Nuremberg y de Augsburgo, que enviaban á Francia sus efectos de merceria y quincalla en cambio de nuestros vinos, telas y géneros coloniales, que en seguida repartian en todo el Mediodia de Alemania.

Decidido Napoleon á no sacrificar las ciudades anseáticas, rechazaba toda combinacion que tenia tendencia á cederlas á cualquier estado grande ó pequeño. Por lo tanto no favorecia ninguno de los proyectos de Murat. En cuanto al Elector de Hesse detestaba á este principe falso y codicioso, que ocultaba bajo el exterior de la indiferencia un odio encarnizado á la Francia, y estaba dispuesto á pagarle con creces en cuanto se le presentase ocasion. Napoleon no queria pues comprometerse con él, admitiéndole en la Confederacion que se organizaba, porque esto hubiera hecho imposible un proyecto eventual que debia acarrear la próxima y merecida ruina de aquel principe. Si las circunstancias hacian necesaria la restitution del Hannover á la Inglaterra, era menester buscar una indemnizacion para la Prusia, y Napoleon estaba decidido á darle el Hesse, que de seguro hubiera aceptado, así como habia aceptado los principados eclesiásticos y el Hannover, y como hubiera aceptado las ciudades anseáticas, que diariamente solicitaba. Este proyecto que no llegó á penetrar la diplomacia europea, y que era el premio debido á las tramas que continuamente fraguaba la casa de Hesse-Cassel con los enemigos de la Francia,

fue la causa, entonces inexplicable, de las negativas dadas á las instancias que hacia el Elector para ser admitido en la nueva confederacion, y de la falsa fidelidad de que en breve se vanaglorió para con la Prusia.

Convenido ya todo con los principes de Bâden, de Wurtemberg y de Baviera, únicos que habian sido consultados, se pasó el tratado, para que lo firmasen, á los demas principes, que habian solicitado y se les habia concedido formar parte de la Confederacion. Este tratado se extendió con fecha del 12 de Julio y contenia las disposiciones siguientes:

La nueva Confederacion debia titularse *Confederacion del Rhin*, titulo breve y acertado que escluia la pretension de comprender á toda la Alemania, y que se aplicaba esclusivamente á los estados inmediatos á la Francia, que tenian con ella incontestables relaciones de interes. El titulo corregia, pues, en algun modo la falta de la institucion. Los principes signatarios formaban una confederacion, bajo la presidencia del principe archicanciller y bajo el protectorado del Emperador de los franceses. Toda disputa ó desavenencia que se originase entre ellos debia resolverse en una Dieta que se reuniria en Francfort y se compondria solamente de dos colegios, el uno titulado colegio de los Reyes y el otro de los principes. El primero correspondia al antiguo colegio de los electores, que para nada podia servir ya pues no tenia que elegir ningun Emperador; y el segundo, tanto en el titulo como en si mismo era el antiguo colegio de los principes. Faltaba un colegio que correspondiese al antiguo de las ciudades.

Los principes confederados estaban en estado perpetuo de alianza ofensiva y defensiva con la Francia. Todas las guerras en que tomasen parte, bien la Francia ó la Confederacion debian ser comunes á ambas. La Francia debia proporcionar 200,000 hombres y la Confedera-

Julio de 1806.

Terminacion del tratado que constituyó la *Confederacion del Rhin*.

Titulo de la Confederacion.

Compromisos de los principes confederados.

cion 63,000, repartidos del modo siguiente: la Baviera 30,000, el Wurtemberg 12,000, el gran ducado de Baden 8,000, el gran ducado de Berg 5,000, el de Hesse-Darmstad 4,000 y por último 4,000 entre todos los demas pequeños Estados. A la muerte del principe archicanciller, el Emperador de los franceses tenia el derecho de nombrar el sucesor.

Los confederados se declaraban separados para siempre del imperio germánico, cuya declaracion inmediata y solemne debian hacerla en la Dieta de Ratisbona. En sus relaciones mutuas, y en lo relativo á los asuntos alemanes debian regirse por leyes, que se discutirian cuanto antes por la dieta de Francfort.

Un articulo especial establecia la facultad que tenian todas las casas alemanas de adherirse mas tarde á este tratado, á condicion de una adhesion pura y sencilla.

Príncipes que componian la Confederacion del Rhin.

Por el pronto la Confederacion del Rhin comprendia á los Reyes de Baviera

y de Wurtemberg, al principe archicanciller Arzobispo de Ratisbona, á los grandes duques de Bâden, de Berg y de Hesse-Darmstadt, á los duques de Nassau-Usingen y de Nassau-Weilburgo, y á los principes de Hohenzollern-Hechingen y Hohenzollern-Sigmaringen, de Salm-Salm y Salm-Kiburgo, de Isemburgo, de Aremberg, de Lichtenstein y de la Leyen.

Los Hohenzollern y los Salm fueron admitidos en la nueva confederacion á causa de la larga residencia que muchos miembros de aquella familia habian hecho en Francia, y de la adhesion que habian manifestado á nuestros intereses. El principe de Lichtenstein fue admitido, y conservó tambien su cualidad de principe reinante, aunque era principe austriaco, á causa de haber firmado el tratado de Presburgo. Ardientes ambiciones y codicias rechazadas por la Francia, habian deseado obtener este principado y varios otros.

La demarcacion geográfica de la Confederacion del Rhin comprendia los territorios situados entre el Sieg, el Lahn, el Mein, el Necker, el Danubio superior, el Isar y el Inn, es decir, los paises de Nassau y de Bâden; la Franconia, la Suabia, el Palatinado superior

y la Baviera. Todo principe encerrado en esta demarcacion, cuyo nombre no constase en el acta constitutiva perdia la cualidad de principe reinante, y era *mediatizado*, palabra tomada del antiguo derecho germánico, la cual queria decir que un principe cesaba de depender *inmediatamente* del gefe supremo del Imperio, para no depender sino *mediatamente*, y que por consecuencia quedaba bajo la autoridad del soberano territorial, en cuyos estados estaba enclavado su territorio, viendose asi desaparecer su soberania.

Los principes y condes *mediatizados* solo perdian los derechos soberanos, que se trasladaban al principe de quien venian á ser súbditos. Estos derechos soberanos eran los de legislacion, de suprema jurisdiccion, de alta policia, de impuestos y de alistamientos militares. La justicia inferior y media, la policia de los bosques, los derechos de pesca, de caza, de pastos, de explotacion de minas y de todos los tributos de naturaleza feudal, sin contar las propiedades personales, formaban las prerogativas que se dejaban á los *mediatizados*.

Conservaban tambien la de ser juzgados por sus pares, calificados de *austragues* en la antigua constitucion alemana.

La nobleza inmediata quedaba definitivamente incorporada.

Supresion definitiva de la nobleza inmediata.

Los *mediatizados*, reducidos del estado de principes reinantes al de súbditos privilegiados, eran bastante numerosos, y lo hubieran sido mas sin la intervencion de la Francia. Contábanse en este número los principes de Fustemberg, adictos al Austria y los de Hohenlohe, adictos á la Prusia; al principe de la Tour y Taxis, á quien se privaba del monopolio de los correos alemanes; á los principes de Loevenstein-Wertheim, de Linange, de Loos, de Schwartzemberg, de Solms, de Wittgenstein-Berleburgo y algunos otros. La casa de Nassau-Fulde, que era la del antiguo stathouder, perdia algunas porciones de sus dominios por la contigüidad de territorio con la nueva confederacion. La corte de Berlin, á mas de las graves inquietudes que debia inspirarle semejante

confederacion, tenia en ella dos causas de disgusto personal en las pérdidas que sufrían las casas de Nassau-Fulde y de la Tour y Taxis, cuyo inmediato parentesco con la familia real de Prusia, ya hemos dado á conocer.

Ademas de estas disposiciones fundamentales, contenia el tratado los arreglos de territorio indispensables para poner de acuerdo á los soberanos de Wurtemberg, de Bâden y de Baviera, coparticipes inconciliables de la Suabia austriaca, de los dominios de la nobleza inmediata y de los estados pertenecientes á los principes *mediatizados*.

La ciudad libre de Nuremberg, cuya suerte no se sabia cómo arreglar, presa del vulgo inquieto que la agitaba, y de una nobleza patricia que la arruinaba con su desordenada administracion, fue cedida á la Baviera; así como la ciudad de Ratisbona, en cambio de ciertas sesiones hechas en el Tyrol al reyno de Italia. El principe archicanciller encon-

El título del archicanciller se traslada de la ciudad de Ratisbona á la de Francfort.

tró en la ciudad y territorio de Francfort una rica indemnizacion. La nueva Dieta debia reunirse en Francfort.

Este célebre tratado de la Confederacion del Rhin puso fin, al antiguo imperio germánico, después de mil seis años de existencia, desde Carlo-Magno que fue coronado en 800 hasta Francisco II que fue desposeido de él en 1806. Ofrecia tambien el nuevo modelo por el que debia constituirse la Alemania moderna; siendo bajo este aspecto una reforma social, que por entonces sometia á la influencia temporal de la Francia los estados del mediodia de Alemania, dejando vagar á los del Norte entre los protectores que mas les agradase elegir.

Este tratado que se publicó el 12 de Julio con grande solemnidad, no sorprendió á nadie, pero á los ojos de todos fue el complemento del sistema europeo de Napoleon. Teniendo bajo su soberania imperial, por medio de monarquías de familia, todo el mediodia de la Europa, y bajo su protectorado á todos los principes del Rhin; solo le faltaba del imperio de Occidente el título que lo calificase así.

Era menester anunciar este resultado

á los interesados, es decir á la Dieta de Ratisbona, al Emperador de Austria, y á la Prusia. La declaracion á la Dieta fue muy sencilla; se la notificó que ya no se la reconoceria para nada. Al Emperador de Austria se dirigió una nota, en la cual sin dictarle la conducta que debia seguir y que se preveia, se le hablaba del imperio germánico como de una institucion tan gastada como la republica de Venecia, que se desmoronaba por todas partes, que no podia proteger á los Estados débiles, ni prestar influencia á los fuertes, ni responder á las necesidades de la época, ni á la proporcion relativa de los estados alemanes entre sí, y que solo proporcionaba á la misma casa de Austria el vano título de Emperador de Alemania, título cuya caducidad habia previsto el gefe actual de aquella casa al proclamarse Emperador de Austria, con lo cual la corte de Viena se habia emancipado de toda dependencia respecto á las casas electorales. Parecia, pues, que se esperaba, sin solicitarlo, que el Emperador Francisco abdicaria un título que iba á cesar de hecho en la gran parte de la Alemania que comprendia la Confederacion del Rhin, y el cual la Francia no debia ya reconocer.

En cuanto á la Prusia se la felicitaba de que se viese libre de los lazos de aquel imperio germánico, ordinariamente sometido á Austria; y para indemnizarla de que la Francia tomase bajo su dependencia el Mediodia de la Alemania, se la invitaba á que sometiese el Norte á igual dependencia. «El Emperador» Napoleon, escribía el gabinete frances, «verá sin sentimiento, y aun con placer, que la Prusia coloque bajo su influencia, por medio de una confederacion semejante á la del Rhin, todos los estados del Norte de Alemania.» Como no se designaba ningun principe tampoco se excluia ninguno; pero su número no podia ser grande; ni tampoco su importancia. Eran estos Hesse-Cas-

Manera con que se anuncia al Austria, á la Prusia y á todos los interesados, la creacion de la nueva Confederacion del Rhin.

Para indemnizar á la Prusia de la creacion de una Confederacion del Rhin, se la invita á formar en Alemania una confederacion del Norte.

49*

sel, la Sajonia con sus diversas ramas, las dos casas de Mecklemburgo, y por último los pequeños príncipes del Norte, cuya enumeración sería inútil.

Precauciones que toma Napoleon para que no ocurra á nadie la idea de resistir á sus grandes proyectos.

Sin embargo, Napoleon no se habia atrevido á tales cosas sin tomar precauciones energicas y ostensibles. Vigilando con su actividad ordinaria lo que pasaba en Nápoles, en Venecia y en Dalmacia, sin descuidar por eso el gobierno interior del imperio, se habia dedicado á poner el grande ejército en un estado formidable. Distribuido éste, como se ha visto, en Baviera, Franconia y Suabia, viviendo en buenos acantonamientos, estaba descansado y pronto á marchar de nuevo, bien fuese necesario pasar por la Baviera al Austria, bien fuese preciso arrojarse por Franconia y Sajonia sobre la Prusia. Napoleon habia incorporado á las filas del ejército las dos

Formidable aspecto del grande ejército.

órdenes de los mariscales-senadores Kellermann y Lefebvre. Estas reservas, ascendian á unos 40,000 hombres, alistados hacia un año, perfectamente disciplinados, instruidos y preparados á las fatigas. Algunos de ellos que pertenecian á las reservas de los años anteriores, habian llegado á la edad de la verdadera fuerza, es decir á los veinte y cuatro ó veinte y cinco años. Disminuido el ejército á consecuencia de la última campaña en unos 20,000 hombres,

Total efectivo de las tropas francesas en el interior y el exterior.

fuerzo aumentado y rejuvenecido. Aprovechándose Napoleon de que una parte de sus soldados se sostenian en el extranjero, habia aumentado á 450,000 hombres la fuerza total de la Francia, de los cuales 152,000 estaban en el interior (comprendianse en este número los gendarmes, veteranos, inválidos y depósitos), 40,000 en Nápoles, 50,000 en la Lombardia, 20,000 en Dalmacia, 6,000 en Holanda, 12,000 en el campamento de Boloña y 170,000 en el grande ejército. Estos últimos reunidos en una

sola masa en pie completo de guerra, contando 30,000 caballos, 10,000 artilleros y 130,000 infantes, habian llegado al mas alto grado de perfeccion que es posible alcanzar por la disciplina y la guerra á las órdenes del mas grande de los capitanes. Debe notarse que de este ejército habian sido destacados el general Marmont á la Dalmacia, los holandeses á Holanda, y que no contenia en sus filas á los bávaros, lo que explica porque no era mas numeroso despues de habersele agregado las reservas.

En este imponente estado, Napoleon

podia aguardar á ver el efecto que producia en Berlin y en Viena el conjunto de sus proyectos, y la continuacion de las negociaciones entabladas en Paris con la Inglaterra y la Rusia.

Por lo demas no tenia deseos de prolongar la guerra, si no se le obligaba á ello, para llevar á cabo la ejecucion de sus designios. Al contrario, estaba impaciente por reunir sus soldados en torno suyo, y que asistiesen á la magnífica fiesta que la ciudad de Paris daba al grande ejército. No podia

Napoleon aguarda en una actitud imponente el efecto que el conjunto de sus proyectos produce en Berlin y en Viena.

Fiesta magnífica que Paris debe dar al grande ejército.

darse una idea mas bella y feliz que la de hacer festejar aquel ejército heroico por aquella noble capital, que siente tan fuertemente todas las emociones de la Francia, y que si no las experimenta de una manera mas viva que el resto del pais, las demuestra con mas prontitud y energia, gracias á lo numeroso de su poblacion, á la costumbre de tomar la iniciativa en todas las cosas, y de hablar en todas ocasiones en nombre de la nacion.

Inclinado á la grandeza por su natural, y tambien por los triunfos que exaltaban su imaginacion, Napoleon en medio de aquellas negociaciones tan vastas y tan diversas, de aquellas atenciones militares que comprendian desde Nápoles á la Iliria, de la Iliria á la Alemania y de la Alemania á la Holanda, se dedicaba con ardor á llevar á cabo obras inmórtales de arte y de utilidad pública. Habiendo visitado, en los cortos ratos que le dejaba desocupado la guerra, casi todos los puntos

Trabajos de obras de arte y de utilidad pública.

pensamiento grande, moral ó útil, cuya realizacion contemplamos hoy en el terreno de Paris. Habia visitado á San Dionisio, y viendo esta antigua iglesia en

Restauracion de San Dionisio.

un lastimoso estado de deterioro, sobre todo á causa de la profanacion de los sepulcros de los Reyes, mandó, por un decreto, que se reparase aquel monumento venerable. Decidió que se reedificasen cuatro capillas sepulcrales, tres para los Reyes de las primeras razas, y una para los principes de su propia dinastia. Como cuando la profanacion de las tumbas fueron dispersados los regios restos que encerraban, Napoleon mandó que se conservase su memoria, inscribiendo sus nombres en lápidas de mármol. Instituyó un cabildo de diez obispos ancianos para que orasen dia y noche en aquel fúnebre asilo de nuestras razas regias.

Despues de haber visitado á Santa Genoveva mandó que se concluyese este hermoso templo y se devolviese al culto, pero conservando el destino que le habia dado la Asamblea constituyente, de contener los restos de los hombres ilustres de la Francia. Diariamente debia celebrar los oficios en este templo el cabildo metropolitano, para lo cual se le aumentó.

Ereccion de la columna de la plaza de Vandoma, imitada de la columna de Trajano.

berse desechado muchos planes, Napoleon se fijó en la idea de levantar en la plaza mas hermosa de Paris una columna de bronce, semejante en su forma y dimensiones á la de Trajano, dedicada al grande ejército, y que contuviese en un largo bajo relieve enrollado al rededor de su magnífica caña, los hechos heroicos de la campaña de 1805. Dispúsose que esta columna se fundiria con los cañones tomados al enemigo, y que sobre su capitel se colocase la estatua de Napoleon en traje imperial. Dicha columna es la que se halla en la plaza de Vandoma, á cuyo pie pasan y pasarán las generaciones presentes y fu-

turas; columna que será objeto de una generosa emulacion para ellas, mientras conserven el amor de la gloria nacional, y un objeto de eterna censura, si alguna vez son capaces de perder tan noble sentimiento.

Napoleon decretó en seguida la ereccion de un arco de triunfo en la plaza

del Carrousel, que es el mismo que existe en la actualidad. La construccion de este arco entraba en el plan de la conclusion del Louvre y de las Tullerías. Propóniase reunir estos dos palacios, y hacer de ellos uno solo, el mayor que se hubiese visto jamas en ningun pais.

Poniéndose un dia bajo la portada del Louvre, y mirando hácia el Ayuntamiento, concibió la idea de una inmensa calle, que debia ser construida bajo un plan uniforme, y ancha como la de la Paz, y que debia prolongarse hasta la barrera del Trono, de suerte que pudiese verse de un extremo á otro los campos Eliseos y los primeros árboles de Vincennes. Esta calle

debía llamarse la CALLE IMPERIAL. Ya hacia tiempo que se habia decretado la construccion de un monumento en el

sitio que ocupaba antiguamente la Bastilla. Napoleon queria que este monumento fuese un arco triunfal, bastante ancho para que por medio de su arco del centro pasase la gran calle que habia proyectado, y que se construyese en la interseccion de esta calle y del canal de San Martin; mas habiendo declarado los arquitectos que era imposible hacer aquella construccion sobre semejante base, Napoleon resolvió trasladar dicho arco á la plaza de la Estrella, para que hiciese frente á las

Tullerías, y fuese una de las extremidades de la inmensa linea que queria trazar en el seno de su capital. Aunque la generacion actual ha concluido la mayor parte de los monumentos que Napoleon no tuvo tiempo de terminar, no ha concluido sin embargo el Louvre ni la magnífica calle que aquel

Arco triunfal de la plaza del Carrousel.

Proyéctase concluir el Louvre y las Tullerías.

Proyéctase abrir una ancha calle desde las Tullerías á la Barrera del Trono, la cual debe llamarse CALLE IMPERIAL.

Proyecto de construccion del arco de la Estrella.

habia pensado abrir.

Pero no se limitó solamente á procurar el ornato de la ciudad de Paris. Hallando indigno de la prosperidad del imperio que la capital tuviese escasez de agua, mientras que pasaba por el centro de ella un hermoso y claro río, mandó que al punto se trabajase en las bombas de Nuestra Señora, del Puente Nuevo, de Chaillot y del Gros-Caillou, para que el agua que no corría en las fuentes sino durante el día, corriese continuamente noche y día. Además man-

Constrúyense nuevas fuentes.

do construir otras quince fuentes, siendo una de ellas la del castillo de Agua. En dos meses se llevó á cabo una parte de estos trabajos, y el agua brotaba día y noche de las sesenta y cinco fuentes que habia antiguas; y de pilares provisionales, colocados en los sitios donde se debian construir las nuevas, mientras se llevaba á efecto dicha construccion. El Tesoro público habia suministrado los fondos necesarios para estos gastos.

Napoleon mandó que se continuasen las obras de los muelles del Sena, y decidió poner al puente del Jardin de las plantas que se estaba construyendo el nombre glorioso de Austerlitz. Por último, habiendo notado al visitar el Campo de Marte, para determinar el plan de las fiestas que se preparaban, que era indispensable establecer en aquel punto una comunicacion entre las dos orillas del Sena, dispuso que se construyese un puente de piedra, que debia ser el mas hermoso de la capital, y que despues se ha llamado el puente de Jena.

Tambien tuvieron parte en su munificencia los departamentos mas lejanos del imperio. Aquel mismo año decretó

Proyectos de caminos y canales.

la construccion del canal del Ródano al Rhin, otro del Escalda al Rhin; y que se formasen los planos para el Canal de Nantes á Brest. Destinó fondos á la continuacion de las obras de los canales del Ourcq, de San Quintin y de Borgoña. Ordenó la construccion de una gran carretera de sesenta leguas de largo que fuese de Metz á Maguncia por el valle del Mosela. Mandó empezar el camino de Roanne á Leon, donde se encuentra la bella bajada de Tarare, casi de tanto mérito como la del Simplon; y el célebre camino de la Cór-

nisa que va de Niza á Génova, pegado á un costado del Apenino entre las cimas de aquellos montes y la mar. Mandó continuar el del Simplon, que se estaba concluyendo, los del Monte-Cenis, y del Monte Genevre, y finalmente el que sigue á lo largo de las márgenes del Rhin. Napoleon ordenó tambien nuevos trabajos en el arsenal de Amberes.

Parece que la victoria habia fecundado su espíritu, porque la mayor parte de esas grandes obras datan de aquel año memorable, colocado entre la primera mitad de su carrera; mitad tan bella, en la cual la sabiduria guió siempre sus pasos, y esa otra mitad tan extraordinaria y tan triste, en que exaltado su genio por los triunfos, se precipitó mas allá de todos los limites de lo posible para ir á dar en un abismo.

El Cuerpo Legislativo que estaba reunido, adoptaba sin oposicion todos los proyectos que Napoleon imaginaba y que el Consejo de Estado discutia. Ya no se asistia á las tempestuosas escenas de la revolucion, ni tampoco á las de un parlamento libre. Veíase solamente á una asamblea que adoptaba en confianza proyectos que sabia estaban tan bien concebidos como redactados.

Aquel mismo año de 1806 se presentó un nuevo Código, fruto de largas con-

Redáctase y se adopta el Código de procedimiento civil.

ferencias entre los tribunos y los consejeros de Estado, presididos por el archicanciller Cambacérès; era el Código de procedimiento civil que arreglaba el modo de proceder ante nuestros tribunales en razon de su nueva forma y de la simplificacion de nuestras leyes. Este Código se adoptó sin dificultad, pues se habian dirimido de antemano en las discusiones preparatorias del consejo de Estado y del Tribunado, todas las cuestiones de que era susceptible.

Perfeccionóse de un modo notable la organizacion del Consejo de Estado. Hasta entonces este cuerpo examinaba

Cambios verificados en la organizacion del Consejo de Estado y creacion de los peticionarios.

los proyectos de ley, discutia las grandes medidas de gobierno, tales como el Concordato, la coronacion, el viage del Papa á Paris, y la grave cuestion diplomática de los preliminares de San Julian, no ratificados por el Austria. Ini-

ciado en todos los negocios de Estado era mas bien un consejo de gobierno que un consejo de administracion. Pero cada vez eran mas raras estas importantes cuestiones en su seno, y dejaban su lugar á los asuntos puramente administrativos, que el progreso del tiempo y la estension cada vez mayor del imperio multiplicaban sin cesar. Los consejeros de Estado, personages importantes, casi iguales á los ministros, eran de un rango demasiado elevado, y escasos en número, para que se encargasen de todos los informes que habia que estender. A medida que se aumentaba el número de los negocios y que tomaban un carácter esclusivamente administrativo, se hacia patente la necesidad de ir formando personas capaces para entrar en el Consejo de Estado, la de establecer una escala para obtener el cargo de consejero, y sobre todo la de emplear al efecto la juventud de rango elevado, que Napoleon queria llamar á si por todas las carreras á la vez, por la militar y por la civil. Despues de haber conferenciado con el archicanciller, creó el cargo de *peticionarios* (*) que ocupaban un rango intermedio entre los auditores y los consejeros de Estado, y que encargados del mayor número de los informes, tenían la facultad de deliberar en los asuntos acerca de que habian informado. El sueldo que gozaban era proporcionado á la importancia de sus atribuciones. MM. Portalis, hijo, Molé y Pasquier, muy jóvenes entónces, nombrados inmediatamente para desempeñar aquellos nuevos cargos, indicaban la utilidad y la intencion del proyecto. Apreciábase el mérito que traia á la memoria antiguos recuerdos, sin excluir el que no traia ninguno.

A esta sabia innovacion que ha creado un plantel de hábiles administradores

Napoleon, agregó inmediatamente otra. No existia jurisdiccion alguna para los asistentas ó empresarios que tratasen con el Estado, que tomasen á su cuenta la ejecucion de trabajos públicos, que hiciesen suministros, ó contrajesen compromisos rentísticos. El asunto de los *Comerciantes reunidos* habia revelado esta falta, porque Napoleon, no sabiendo á qué tribunal le habia de conferir para que conociese de él, habia pensado por un momento enviarle al Cuerpo Legislativo. No podia atribuirse á los tribunales esta jurisdiccion, ya á causa de los conocimientos que requiere, ya á causa del espíritu que exige, espíritu que debe ser mas bien administrativo que judicial. Esta fue la causa porque se dió al Consejo de Estado el conocimiento de todos los contratos verificados entre el gobierno y los contratistas; y este fue el principal origen de sus atribuciones contenciosas. Así, pues, se crearon al mismo tiempo los *abogados del consejo* encargados de defender por escrito á los que iban á ser llamados á comparecer ante aquella nueva jurisdiccion.

A todas estas creaciones agregó Napoleon otra, que es, quizás la mas hermosa de su reinado, la Universidad. Ya se ha visto el sistema de educacion que adoptó en 1802, cuando echó los cimientos de la nueva sociedad francesa. En medio de las antiguas generaciones, á quienes la revolucion habia enemistado unas con otras, de las cuales unas echaban de menos el antiguo régimen, y otras estaban disgustadas del nuevo, sin querer por eso volver al antiguo, se propuso formar por la educacion una generacion joven, adaptada á nuestras modernas instituciones y formada por ellas. En lugar de esas escuelas centrales, que eran cursos públicos, adonde asistian los jóvenes sin estar en ellas de asiento, pues vivian en sus casas ó estaban á pension en casas particulares, y en las cuales oian á los profesores enseñar á su capricho ó al capricho de la época, las ciencias físicas mucho mas que las letras, Napoleon instituyó, como se ha visto, establecimientos donde teniendo los jóvenes habitacion y alimento, recibian de

Pásanse al conocimiento del Consejo de Estado todos los contratos hechos con el gobierno.

Creacion de la Universidad.

(*) Aun cuando el título de *peticionarios* que damos aquí á estos magistrados, llena en lo posible la significacion del nombre que se les dió por Napoleon y las funciones de que estaban encargados, hemos querido, no obstante, salvar en una nota la dificultad insuperable que ofrece su traduccion literal. El título francés de estos magistrados era *Maîtres de requêtes* lo que traducido literalmente es *maestro de peticiones* ó traduciéndolo algo mas libremente *relator de peticiones*.

(Nota del Traductor.)

mano del Estado la instruccion y la educacion, y en donde las letras habian recobrado el lugar que nunca debian haber perdido, sin que las ciencias perdiesen el que habian conquistado. Previendo Napoleon que la preocupacion y la malevolencia se sublevarian contra los establecimientos que acababa de crear, habia fundado 6,000 bolsas, y llamado asi de su propia autoridad (pero usándola benéficamente) el número de los que habian de llenar los nuevos colegios llamados Liceos. Abiertos los unos

Resultado que tienen los nuevos establecimientos de educacion, instituidos bajo el nombre de Liceos.

recientemente, y reorganizados segun la nueva forma otros antiguos, presentaban ya en 1806 el espectáculo del orden, de las buenas costumbres y de los sanos estudios. De estos existian veinte y nueve, y Napoleon queria aumentar su número hasta ciento. Trescientas diez escuelas secundarias establecidas por las municipalidades, é igual número de particulares, sujetas las primeras á seguir las reglas de los liceos, y obligadas las segundas á enviar á ellos sus educandos, completaban el conjunto de los nuevos establecimientos. Este sistema habia tenido el éxito mas feliz. Los directores de los establecimientos particulares, los padres imbuidos en antiguas preocupaciones, y el clero que soñaba en conquistar la educacion pública, calumniaban á los liceos. Decian que en ellos solo se enseñaban las matemáticas puras, porque no se deseaba formar mas que militares; que la religion se descuidaba, y se corrompian las costumbres. Todo esto era falso, porque el principal objeto habia sido sacar á las letras de su abatimiento, y esto se habia logrado. La Religion se enseñaba por capellanes, con tanta formalidad y perseverancia cuanta habia podido obtener el autor del Concordato, y con el buen éxito que permitia el espíritu del siglo. Finalmente, una vida dura, casi militar, y ejercicios nunca interrumpidos, ponian á la juventud á cubierto de pasiones precoces; y en cuanto á costumbres, los liceos eran ciertamente preferibles á los establecimientos particulares.

Por lo demas, á pesar de las calumnias de los interesados y de los partidarios de lo pasado, estos establecimien-

tos habian hecho rápidos progresos. Atraída la juventud por el beneficio de las bolsas y por la confianza de los padres, empezaba á acudir á ellos con empeño.

Pero segun Napoleon, la obra estaba apenas comenzada. No consistia todo en atraer discípulos; se necesitaba darles profesores y era menester crear un cuerpo de enseñanza. Esta era una cuestion de mucha importancia, en la que se habia fijado Napoleon con esa firmeza de carácter que ponía en todas las cosas. Devolver la educacion al clero era inadmisibles á sus ojos. Habia restablecido los cultos por la profunda conviccion que tenia de que toda sociedad necesita de una religion, no como un medio mas de gobierno, sino como una satisfaccion debida á las mas nobles necesidades del alma. Sin embargo, no queria abandonar al clero el cuidado de formar la nueva sociedad; al clero, que en sus tenaces preocupaciones, en su amor por lo pasado, en su odio á lo presente, y en su terror al porvenir, solo podia inspirar á la juventud las tristes pasiones de las generaciones que se extinguian. Es menester que la juventud se forme segun el modelo de la sociedad en que está destinada á vivir; es menester que halle en el colegio el espíritu de la familia, el espíritu de la sociedad, pero con costumbres mas puras, hábitos mas regulares y un trabajo mas continuo y sostenido. Es menester, en una palabra, que el colegio sea la misma sociedad mejorada, pues si hay cualquier diferencia entre ambos, si la juventud oye á sus maestros y á sus padres hablar diversamente, si oye á los unos preconizar lo que censuran los otros, nace un contraste perjudicial, que turba el espíritu, y que le hace despreciar á sus maestros si tiene mas confianza en sus padres, ó á sus padres si tiene mas confianza en sus maestros. En este caso, se emplea la segunda parte de la vida, en no creer nada de lo que se ha aprendido en la primera. Hasta la misma religion, si se impone ó enseña con afectacion, en lugar de profesarse con respeto en presencia de la juventud, no es mas que un yugo, que el jóven se apresura á

Napoleon despues de haber creado las casas de educacion, quiere completar su sistema creando un cuerpo de enseñanza.

romper en cuanto se ve libre, así como todos los demás yugos del colegio. Tales fueron las consideraciones que alejaron á Napoleon de la idea de entregar la juventud al clero. Otra consideración acabó de decidirle. ¿Era el clero á propósito para educar á los judíos y á los protestantes? Seguramente que no. Entonces no se podían educar juntos judíos, protestantes y católicos, para formar con ellos una juventud ilustrada, tolerante, amante de su país, propia para todas las carreras, UNA JUVENTUD, en fin, como la necesitaba la Francia moderna.

Sin embargo, si el clero no tenía las cualidades necesarias para esta tarea, tenía algunas otras muy preciosas que se debían imitar. La vida regular, laboriosa, sóbria, modesta, era una condición indispensable para educar la juventud, porque semejante misión no debía confiarse á los primeros advenedizos que se presentaran, formados por los azares de la época, y criados en una sociedad disipada. ¿Pero era imposible dar á los legos ciertas cualidades del clero? Napoleon no lo creía así, y la experiencia ha probado que tenía razón. La vida estudiantil tiene mucha analogía con la religiosa; es compatible con la regularidad de las costumbres, y con una fortuna mediana. Napoleon creía que por medio de reglamentos se podía formar un cuerpo de enseñanza, que sin observar el celibato, pondría en la educación de la juventud la misma aplicación, la misma consecuencia, la misma constancia de vocación que el clero. Todos los años hay en las generaciones que llegan á la edad adulta, como las mieses que crecen en la tierra llegan á su sazón, una porción de jóvenes talentados aficionados al estudio, y que pertenecen á familias sin fortuna. Recoger estos talentos, someterlos á pruebas preparatorias y á una disciplina común, atraerlos y retenerlos por el atractivo de una carrera modesta pero segura, tal era el problema que había que resolver, y Napoleon no lo creía sin solución. Amaba el espíritu de cuerpo y tenía fe en él. Una de las cosas que repetíamos á menudo, porque espresaba una de sus ideas más frecuentes, era que *la sociedad estaba hecha polvo*. Natural era que lo sintiese así á vista de un país donde no había ni nobleza, ni clero, ni parlamento, ni corporaciones. Decía sin ce-

sar á los hombres de la revolución: Constituidlos, si quereis defenderos; ved sino, como se defienden el clero y los emigrados, animados del último aliento de los grandes cuerpos que han sido destruidos.—Quería, pues, entregar á un cuerpo que viviese y se defendiese el cuidado de educar á las generaciones futuras; y esto fue lo que resolvió hacer, y lo que hizo en efecto, con éxito completo.

Napoleon estableció la Universidad según estos principios: una educación especial para los hombres destinados al profesorado; exámenes preparatorios antes de llegar á ser profesores; la entrada después de estos exámenes en un gran cuerpo, sin cuya opinión y juicio no podía interrumpirse ni cortarse su carrera, y en el cual ascendían con el tiempo y por sus méritos; á la cabeza de este cuerpo un consejo superior, compuesto de los profesores que se hubiesen distinguido por sus talentos, para que aplicase las reglas y dirigiese la enseñanza; finalmente, el privilegio de la educación pública concedido exclusivamente á la nueva institución, con una dotación en rentas sobre el Estado, lo cual debía añadir á la energía del espíritu de cuerpo, la energía del espíritu de propiedad; tales fueron las ideas, que quiso Napoleon sirviesen de base para organizar la Universidad. Pero tenía demasiada experiencia para consignar todas estas disposiciones en una ley. Usando con una profunda inteligencia de la confianza pública, que le permitía presentar leyes muy generales, que después completaba por medio de decretos, según la experiencia lo aconsejaba, encargó á M. Fourcroy, director de la instrucción pública bajo las órdenes del ministro del Interior, que redactase un proyecto de ley que solo contenía tres artículos. En el primero se decía, que se creaba, con el nombre de UNIVERSIDAD IMPERIAL, un cuerpo de enseñanza encargado de la educación pública en todo el imperio; en el segundo, que los individuos de este cuerpo contraerían obligaciones civiles, especiales y temporales (empleábase esta palabra para excluir la idea de los votos monásticos); en el tercero, que la organización de este cuerpo, adoptada según fuese manifestando la experiencia,

se convertiria en ley en la legislatura de 1810. Solo con esta latitud de accion es como se hacen las grandes cosas.

Este proyecto, presentado el 6 de Mayo, fue adoptado como todos los demas con confianza y en silencio. No aconsejaremos que se adopten así las leyes, sino cuando haya un hombre como Napoleon, cuando se trate de actos como el de que nos ocupamos, y lo que es mas terminante todavia, cuando se esté en una situacion como en la que se hallaba entonces la Francia.

Concluye la legislatura de 1806 con la presentacion de las leyes de hacienda.

La Hacienda. Napoleon conceptuaba, atinadamente, la hacienda como un cimiento tan indispensable como el ejército á la grandeza de un imperio. La última crisis, aunque ya transcurrida, manifestaba la necesidad que habia de formar, al fin, un sistema completo de hacienda, de aumentar los recursos al nivel de las necesidades y de establecer un servicio de tesoreria que dispensase de recurrir á los agiotistas.

En cuanto á la creacion de los recursos que se necesitaban para hacer frente á las cargas de la guerra, Napoleon insistia en no recurrir á un empréstito. En efecto, aun en medio de la prosperidad de que gozaba la Francia, la renta del 5 por 100 no habia pasado nunca de 60. Si se hubiese anunciado un empréstito hubiera bajado probablemente á 50, haciendo esto tener que cargar con un interese perpétuo de 10 por 100. Napoleon no pensaba ni remotamente en recurrir á tales medios. Sin embargo, era menester que desapareciese el atraso de los últimos presupuestos, y poner definitivamente los recursos en relacion con el estado de guerra, que parecia ser el ordinario de la Francia de quince años á aquella parte. El hacer frente á los gastos de una lucha encarnizada con los impuestos permanentes, era una empresa atrevida que jamas se ha realizado. Pero Napoleon no habia renunciado á lograrlo, y tuvo el ánimo de proponer al país, ó mas bien de imponerle, las cargas que debian proporcionarle el medio de alcanzar aquel resultado.

El atraso de los últimos presupuestos podia liquidarse con 60 millones, des-

contada la deuda contraida con la caja de amortizacion. Esta deuda consistia, como se recordará, en fianzas de que el gobierno habia dispuesto, y en productos de la venta de los bienes nacionales de que el Tesoro habia hecho uso, aunque pertenecian á la caja de amortizacion. Necesitábase, pues, proveer á aquellos 60 millones, á la deuda contraida con la caja de amortizacion, y á un presupuesto anual, que segun lo que se habia probado en 1806 no podia bajar de 700 millones de francos (2625 de rs.) durante la guerra (820 millones de francos, 3075 de reales, con los gastos de recaudacion).

He aqui los medios que se imaginaron.

Habiase notado que la caja de amortizacion habia vendido con mucho beneficio los bienes, cuya enagenacion se le habia confiado á título de ensayo. Entónces en lugar de vender para ella los 70 millones que se le concedian por la ley de Ventoso del año IX, para indemnizarla de las rentas creadas en aquella época, y cuya cantidad se le debia, á razon de 10 millones por año, se le entregaron los mismos bienes para que ella los vendiese por sí. En cuanto á las fianzas de que debia

Liquidacion del atraso.

reembolzar se habia decidido pagárselas en el mismo valor, es decir, en bienes; dejando al cuidado de la caja el enagenarlos con las precauciones necesarias, lo cual le habia salido ya muy bien. Esta misma observacion habia llevado á Napoleon, que era el inventor de aquel medio de liquidar, á hallar el modo de satisfacer los sesenta millones que habia de atraso.

Con lo que quedaba de bienes nacionales habia dotado al Senado, á la Legion de Honor, á la Instruccion Pública y otros establecimientos. Su intencion al obrar así habiasido la de sustraerlos al despilfarro de las malas ventas. Pero, por una parte se acababa de ver que las ventas podian verificarse ventajosamente, confiándolas á la caja de amortizacion, y por otra se habia hallado de nuevo en aquel sistema de dota-

Napoleon retira á los grandes cuerpos del Estado los bienes inmuebles que les habia dado, los reemplaza con rentas, y manda vender estos bienes para pagar el atraso.

ciones el vicio propio á los bienes de manos muertas, cuya condicion es la de ser mal beneficiados y producir poco. Napoleon resolvió volver á tomar aquellos bienes que habia dado al Senado y á la Legion de Honor, y suministrarles el equivalente creando 3 millones de rentas del 5 por 100 representando un capital de 60 millones. Si las rentas entregadas al público estaban amenazadas de un descrédito inmediato, asignadas como dotaciones á cuerpos permanentes que no las enagenaban, no tenían ninguno de los inconvenientes de los empréstitos; no atraían ninguna desestimación de los fondos públicos, y, al contrario, proporcionaban una ventaja á los establecimientos que las recibían, cual era la de asegurarles una renta de 5 en lugar de 2 1/2 ó 3 por 100 que reportaban los bienes nacionales. Estos bienes, transmitidos en seguida á la caja de amortización, que los vendería poco á poco, debían proporcionar los 60 millones que se necesitaban.

Es cierto que era preciso encontrar inmediatamente estos 60 millones para saldar los atrasos de los presupuestos anteriores. Para ello se imaginó crear billetes provisionales que redituasen 6 á 7 por 100, según la época en que se reembolsasen, cuyo vencimiento fuese á término fijo, y pagaderos en la caja de amortización á razón de un millon al mes, desde 1.º de Julio de 1806 al 1.º de Julio de 1811, los cuales estaban garantizados por una hipoteca sobre el capital de dicha caja, que con lo que ya poseía y con lo que iba á adquirir tendría unos 130 millones de bienes nacionales, y que unia, en fin, á esta fortuna en bienes raíces un crédito bien establecido.

Estos efectos que ganaban un interés ventajoso pero no usurario, reembolsables á términos fijos y cortos, no podían bajar como la renta, porque su vencimiento mensual y asegurado durante cinco años, debía darles valor por la certidumbre de hallar el capital entero de mes en mes. Semejante combinacion era excelente, y varias veces despues ha tenido el mejor resultado.

La operacion para liquidar el atraso, consistía, pues, en volver á tomar los bienes asignados á los grandes cuerpos del Estado; en dar á estos en cambio rentas; lo cual les proporcionaba la ventaja de un aumento inmediato en los

productos; en hacer que la caja de amortización vendiese aquellos bienes, lo que podía ejecutar con buen éxito en cinco años, y en realizar de antemano el valor por medio de un papel, cuyo vencimiento era fijo, y que no podía caer en descrédito siendo su reembolso cierto y próximo, y teniendo tambien un interés de 6 á 7 por 100.

La sola dificultad, seguramente no muy grave, que ofrecía esta combinacion, era que la cantidad de rentas que componían la deuda pública iba á ascender á 51 millones en lugar de 50, según lo mandado en leyes anteriores. Pero la infraccion era poco importante, y se satisfacia á la ley estableciendo una amortización mas rápida para aquel millon de excedente.

Solo faltaba ya crear recursos suficientes para igualar en los presupuestos futuros los gastos y los ingresos, así en

caso de paz, como de guerra. Napoleon hizo al Cuerpo Legislativo y á la Europa una declaracion atrevida, y al mismo tiempo muy cuerda bajo el punto de vista rentístico. Quería la paz, porque, decía con orgullo, que habia *agotado la gloria militar*; quería la paz, pues se la habiadaado al Austria, estaba próximo en aquel momento á concluirla con la Rusia, y se ocupaba en negociarla con la Inglaterra. Pero las potencias habian adquirido la costumbre de considerar los tratados como treguas que podían romper á la primera señal que se diese en Londres. Por lo tanto, basta que se hubiesen habituado á respetar sus compromisos, y á resignarse á la grandeza de la Francia, era preciso estar prontos á soportar todas las cargas de la guerra durante el tiempo que fuese necesario. La Gran-Bretaña pretendía hacer frente á las necesidades de la guerra por medio de empréstitos, en lo que hacia bien mientras conservase este recurso en sus manos, pero la Francia debía proveer á dichas necesidades de otra manera, con los medios que le eran propios, es decir con las contribuciones, recurso mucho mas duradero, y que no dejaba

Modo de proveer á los presupuestos futuros, en la doble hipótesis de la paz y de la guerra.

Atrevida declaracion que hace Napoleon al Cuerpo Legislativo, acerca de las necesidades del estado de paz y del estado de guerra.

ninguna carga tras sí. En su consecuencia declaraba que se necesitaban 600 millones de francos (2250 millones de reales) en tiempo de paz, y 700 (2625 de reales) en tiempo de guerra (720 y 820 (2,700 y 3075 de reales con los gastos de recaudación). El presupuesto mas bajo de todos los años de aquel gobierno, que fue el de 1802, habia ascendido á 500 millones de francos (1875 millones de reales).—Pero desde 1802, el aumento de la deuda, la estension que se habia dado á los trabajos de utilidad pública, la dotacion del clero, consecuencia del concordato, y el restablecimiento de la monarquia, que habia ocasionado la creacion de una lista civil, hacian ascender á 600 millones de francos (2250 de reales) los gastos fijos del estado de paz. Los recursos ordinarios escedian de esta cantidad. En cuanto á los gastos de la guerra, que se hallaba resuelto el gobierno á sostener todo el tiempo que fuese preciso, hacian subir el presupuesto á 700 millones de francos (2625 de reales). Con esta suma se podian destinar 130 millones á la marina, y 300 á la guerra, con los cuales se tendrian 50 navios armados y 450,000 hombres prontos á marchar. Montada la Francia en este pie estaba en disposicion de hacer frente á todos los peligros; y bien podia, sin abusar de sus fuerzas, imponerse aquella carga, porque sus rentas ordinarias la proporcionaban ya mas de 600 millones de francos. El reyno de Italia suministraba unos 30 para el ejército frances que atendia á su seguridad, y era fácil obtener 60 ó 70 millones mas por medio de los impuestos ordinarios.

Despues de esta atrevida declaracion tuvo Napoleon la audacia de desarrollar el gran recurso de las contribuciones indirectas, que ya habia restituido al pais, y de crear un nuevo recurso no menos útil, no menos abundante, y que no tenia otro inconveniente que el de pesar sobre todos, aunque muy levemente, qualera el impuesto de la sal. En su consecuencia, propuso ademas del derecho de inventario sobre los liquidos, el cual se percibia del propietario en el momento que este los vendia, otro derecho sobre la venta al por mayor y al por menor, creando

para esto un resguardo que vigilase el paso de los liquidos en los caminos, y que pudiese proceder al registro de las casas de los tratantes en vinos. Con estas nuevas medidas, las contribuciones indirectas que producian ya 25 millones de francos debian subir á mas de 50.

Respecto al impuesto sobre la sal, su restablecimiento estaba enlazado con la supresion del derecho de portazgos que habia llegado á ser insoportable. Este derecho estaba tan poco en armonia con nuestros hábitos, y era tan oneroso á la agricultura, que todos los consejos generales de los departamentos habian pedido su abolicion. No proporcionaba mas que 15 millones, lo que no bastaba para la conservacion de los caminos del imperio, necesitándose que el Estado suministrase un suplemento de 10 millones al año, sin que los caminos se hallasen por eso en el estado que era de desear; pues se conceptuaban necesarios 35 millones al menos para mantenerlos en buen estado. Al proponer un impuesto muy leve, el de 2 décimos de franco por kilógramo de sal (2 sueldos ó sean 13 maravedises por libra), que debian cobrar los guardas que custodiaban las salinas situadas casi todas en las fronteras, era de esperar un producto de 35 millones, con el cual se podian poner los caminos en el mejor estado, y aliviar el Tesoro de un gasto de 10 millones. Este impuesto no se parecia en nada á las antiguas gabelas repartidas con desigualdad, agravadas por el resguardo, y que hacian subir á veces á 14 sueldos (cerca de 3 reales) la libra, precio que el pueblo no podia satisfacer.

Con el producto siempre en aumento de estos nuevos impuestos, y con algunos recursos accidentales que permitiesen aguardar su completo desarrollo, la Francia iba á verse en estado de soportar el estado de guerra tanto cuanto durase, y de hacer sentir, en cuanto concluyese, los beneficios de la paz á los pueblos del imperio, disminuyendo el impuesto territorial, único que era verdaderamente oneroso.

Con estos medios Napoleon restablecia completamente la hacienda, arruinada desde 1789 por la supresion de las contribuciones indirectas, y ofrecia á la Europa un cuadro desanimador para nuestros enemigos; pues presentaba, 50

navios y 450,000 hombres, sostenidos todo el tiempo que durase la guerra, sin recurrir á empréstitos.

Fíjase en 700 millones el presupuesto de 1806, y en 820 millones con los gastos de recaudacion.

El presupuesto de ingresos y gastos de 1806 se fijó en 700 millones de francos (820 con los gastos de recaudacion). Una circunstancia accidental, la del restablecimiento del Calendario Gregoriano desde 1.º de Enero de 1806, hizo subir aquel año económico á 15 meses en lugar de 12, y á 900 millones en vez de 700. En efecto, el presupuesto anterior (el del año XIII) concluía en 21 de Setiembre de 1805, y por consiguiente faltaban tres meses hasta 1.º de Enero de 1806, razon porque el presupuesto de este año debia comprender quince meses, y ascender á 900 millones.

Nueva organizacion de la Tesoria y del Banco de Francia.

ilustrado Napoleon por los últimos acontecimientos queria hacer reformas en ambos.

Mas de una vez hemos dicho en esta historia, que el valor de los impuestos se remitia al tesoro bajo la forma de obligaciones á plazo, ó de bonos á la vista, firmados por los recaudadores generales, y satisfechos mes por mes en su caja. El descuento de este papel proporcionaba dinero, cuando era preciso adelantar los vencimientos. El comisioñar á una compañía para que verificase este descuento habia tenido mal éxito, por lo que se habia vuelto á confiar á una agencia de recaudadores generales, que hacia sus operaciones en Paris á nombre y cuenta de todo el cuerpo. Despues de restablecido el crédito, los capitales, abundaban, y los recaudadores generales podian proporcionar al Estado, por el descuento de sus propias obligaciones, todos los fondos que necesitase. Sin embargo, se discutió largamente á presencia de Napoleon, en un consejo de hacienda, si no seria mejor dar dicho servicio al Banco, que era mas poderoso, que podia jamas serlo la agencia de los recaudadores generales. Desde luego Napoleon juzgó que para desempeñar este servicio y otros, el Banco no estaba constituido como era menester. Así, pues, resolvió doblar su capital, y aumentar

sus acciones de 45,000 á 90,000, lo que á 1000 francos la accion, constituia un capital de 90 millones (338 millones de reales). Resolvió ademas darle una organizacion monárquica, convirtiendo á su presidente que era elegible, en un gobernador nombrado por el Emperador, que dirigiria el Banco segun el doble interés del Comercio y del Tesoro; y dando entrada en su consejo á tres recaudadores generales, para ligarlo mas al gobierno; finalmente, determinó suprimir la disposicion, por la cual se hacian los descuentos en proporcion al número de acciones que poseian los que se presentaban á descontar, y reemplazarla con otra disposicion mas cuerda, que consistia en proporcionar estos descuentos al crédito reconocido de los comerciantes que los solicitasen. Estos cambios, propuestos en una ley, fueron adoptados por el Cuerpo Legislativo; y con esta hábil y fuerte constitucion, el Banco de Francia ha llegado á ser uno de los establecimientos mas sólidos del universo, porque en nuestros dias se le ha visto socorrer al mismo Banco de Inglaterra, y atravesar sin fluctuaciones, las mayores catástrofes politicas.

Ni aun despues de haberlo engrandecido así quiso Napoleon confiar al Banco de Francia de una manera general y definitiva el servicio del Tesoro. Pensaba servirse en caso de necesidad y accidentalmente del nuevo poder que le habia dado, para descontar tal ó tal suma de obligaciones de los recaudadores generales ó de bonos á la vista, pero no podia decidirse á entregarle definitivamente la cartera del Tesoro. El Banco era una compañía de comerciantes, que si bien deliberaban bajo la presidencia de una persona nombrada por él, estaban fuera de la dependencia de su gobierno; y no queria, segun decia, entregarles el secreto de sus operaciones militares, al entregarles el secreto de sus operaciones rentísticas.—Quiero, decia, poder mover mis tropas sin que el Banco lo sepa, y lo sabria si tuviese conocimiento de mis necesidades pecuniarías.—

Tambien hizo el ensayo, pero un ensayo solamente, de un nuevo sistema de entrega de fondos por los recaudadores. Aunque el sistema de las obligaciones habia servido muy bien, no era, sin embargo, el término de la perfeccion en

esta materia. Sucedia que los recaudadores generales tenian muy á menudo en caja cantidades de consideracion, de las que se servian mientras vencian sus obligaciones: ademas, dichas obligaciones daban lugar á un agiotage bastante activo. Una simple cuenta corriente establecida entre el Estado y los recaudadores, por medio de la cual todo valor que entrase en su caja pertenecia al Tesoro y ganaba interes en beneficio de éste, y todo valor que saliese ganaba interes en beneficio del recaudador que lo habia entregado, una cuenta corriente así arreglada, era un sistema mas sencillo y de efecto mas seguro, que no impedía se concediesen á los recaudadores generales las ventajas que se habia creido necesario darles. Pero para esto se necesitaba antes un sistema de contabilidad que no diese lugar á errores, estableciendo en la del Tesoro, la de partida doble que usa el comercio. M. Mollien propuso las cuentas corrientes y el llevarlas por partida doble, á lo que accedió gustoso Napoleon, aunque disponiendo que se ensayase antes en las oficinas de algunos recaudadores generales, para juzgar de su mérito segun la experiencia.

Tales fueron los trabajos civiles de Napoleon en aquel memorable año de 1806, el mas hermoso del imperio, así como el de 1802 lo habia sido del Consulado: años ambos fecundos, en los cuales la Francia fue constituida para ser una república dictatorial en 1802, y un vasto imperio federativo en 1806. En este último año, Napoleon fundó á la vez monarquías dependientes del imperio para sus hermanos, ducados para sus generales y servidores, ricas dotaciones para sus soldados; suprimió el imperio germánico, y dejó el imperio frances llenar solo el Occidente. En materia de caminos, puentes y canales, continuó los trabajos ya comenzados, y emprendió otros mas importantes, tales como los canales del Ródano al Rhin, y del Rhin al Escalda, y los caminos de la Cornisa, de Tararo y de Metz á Maguncia. Concibió el proyecto de construir grandes monumentos en la capital, la columna de la plaza de Vandoma, el arco de la Estrella, la conclusion del Louvre, la calle que debia llamarse imperial, y las principales fuentes de Paris. Dió las órdenes oportunas para que se

restaurase la iglesia de San Dionisio y se concluyese el Panteon, promulgó el código de procedimientos, perfeccionó la organizacion del Consejo de Estado, creó la Universidad, liquidó definitivamente el atraso de la Hacienda, completó el sistema rentístico, reorganizó el Banco de Francia, y preparó el nuevo sistema de tesorería francesa. Y todo esto, emprendido en el mes de Enero de 1806, estaba terminado en Julio del mismo año. ¿Qué hombre concibió jamas mayor número de cosas tan vastas y profundas y las llevó á cabo en menos tiempo? Ciertamente es que tocamos á la cumbre de aquel prodigioso reinado, cumbre de sin igual elevacion, y de la cual puede decirse, al contemplar el cuadro de las grandezas humanas, que ninguno pasa, si es que llega á haber quien llegue á ella.

Por desgracia, en vez de concluir este año incomparable en medio de la paz, como debia esperarse, terminó en medio de la guerra, en parte por culpa de la Europa y en parte por la de Napoleon, y tambien por un golpe cruel de la muerte que alcanzó á M. Fox, en aquel mismo año en que ya habia arrebatado á M. Pitt.

En medio de todos los trabajos, cuyo cuadro acabamos de bosquejar, habian continuado las negociaciones entabladas con la Rusia y la Inglaterra. Las conferencias con lord Yarmouth se habian prolongado de propósito, y las proposiciones eran las mismas. La Inglaterra pensaba conservar la mayor parte de sus conquistas marítimas, nos concedia nuestras conquistas continentales, á excepcion del Hannover, y se limitaba á preguntar lo que se pensaba hacer para indemnizar al Rey de Nápoles. Por lo que hace á las nuevas monarquías y á la Confederacion del Rhin, nada le importaban, al parecer, pues nada decia acerca de ellas. Napoleon que no tenia ya motivos para dilatar el término de las negociaciones, pues veia cumplidos sus principales proyectos, invitaba á lord Yarmouth á que solicitase poderes á fin de llegar á una conclusion. Lord Yarmouth los habia recibido al fin, pero con orden

Continúan las negociaciones entabladas con la Rusia y la Inglaterra.

Estado á que llega la negociacion con lord Yarmouth.

Continúan las negociaciones entabladas con la Rusia y la Inglaterra. Las conferencias con lord Yarmouth se habian prolongado de propósito, y las proposiciones eran las mismas. La Inglaterra pensaba conservar la mayor parte de sus conquistas marítimas, nos concedia nuestras conquistas continentales, á excepcion del Hannover, y se limitaba á preguntar lo que se pensaba hacer para indemnizar al Rey de Nápoles. Por lo que hace á las nuevas monarquías y á la Confederacion del Rhin, nada le importaban, al parecer, pues nada decia acerca de ellas. Napoleon que no tenia ya motivos para dilatar el término de las negociaciones, pues veia cumplidos sus principales proyectos, invitaba á lord Yarmouth á que solicitase poderes á fin de llegar á una conclusion. Lord Yarmouth los habia recibido al fin, pero con orden

de no presentarlos hasta que conociese la posibilidad de avenirse con la Francia, y cuando se hubiese puesto de acuerdo con el negociador ruso.

Llega á Paris M. de Oubril encargado de tratar por la Rusia.

M. de Oubril habia llegado en Junio con poderes en regla, y con la doble instruccion, en primer lugar de ganar tiempo en el negocio de las bocas del Cattaro, y evitar así al Austria el apuro de la ocupacion militar que la amenazaba; y en segundo, de terminar todas las diferencias que existian por medio de un tratado de paz, si la Francia accedia á condiciones que salvaran la dignidad del imperio ruso. Una circunstancia habia confirmado á M. de Oubril en la idea de arreglarlo todo por un tratado de paz. En el camino habia sabido la caida del ministerio ruso y la entrada de otro en el poder. Habiendo querido el principe Czartoryski y sus amigos unirse mas estrechamente á la Inglaterra, no ya con objeto de continuar la guerra, sino para tratar con mas ventaja, cansado Alejandro de sus representaciones y temiendo contraer con la Inglaterra compromisos demasiado estrechos, habia, en fin, aceptado la dimision que muy á menudo le habian hecho sus ministros, y reemplazado al principe Czartoryski con el general Budberg. Este era un antiguo ayo del Emperador, amigo de la Emperatriz madre, que ni por caracter, ni por voluntad era capaz de resistir á su soberano. M. de Oubril que habia visto al Emperador mas inclinado á la paz que sus ministros, debió creerse autorizado por este cambio, á inclinarse tambien mas á una conclusion pacifica.

Poco trabajo costó á M. de Talleyrand, persuadir á M. de Oubril, que no habia entre los dos imperios ningun interes serio que debatir, y que todo lo mas que habia de tratar era una cuestion de influencia respecto á dos ó tres pequeñas potencias que la Rusia habia tomado bajo su proteccion. Pero en cuanto á estas últimas, batida la Rusia en Austerlitz y poco dispuesta á comenzar de nuevo la lucha no podia ser muy exigente, despues que el Austria se habia dado por vencida, despues que la Prusia estaba dependiente de la Francia, y que la Inglaterra parecia fatigada. Quería solamente salvar su orgullo de un fracaso

demasiado violento. Asi, pues, estaba dispuesta á cerrar los ojos en lo relativo á los nuevos arreglos hechos en Alemania, y á la incorporacion á Francia de Génova y de los Estados venecianos; tambien estaba decidida á guardar silencio sobre la conquista de Nápoles, porque la conducta de los napolitanos, que habian empuñado las armas despues de haber firmado un convenio de neutralidad, justificaba todos los rigores de Napoleon. Sin embargo, respecto al Piamonte y á los Borbones de Nápoles, tenia la Rusia compromisos escritos, y se veia precisada á hacer por ellos algo, por poco que fuese. Sus compromisos con el Piamonte empezaban á prescribir, pero los que habia contraido con la Reyna Carolina, al impulsarla á su perdicion, eran demasiado recientes y demasiado auténticos para que no interviniese en su favor.

Tal era la cuestion esencial y difícil que habia que resolver entre M. de Talleyrand y M. de Oubril. Este último hubiera deseado obtener alguna indemnizacion, por pequeña que fuese, para el Rey del Piamonte; asegurar á la Sicilia á los Borbones de Nápoles, é introducir en los tratados ciertas formas de redaccion que proporcionasen á la Rusia una apariencia de intervencion, útil y honrosa en los negocios de la Europa. Aunque Napoleon hubiese querido en un principio concluir con la Rusia un tratado sencillo que restableciese pura y simplemente la paz entre los dos imperios, á fin de probar que no reconocia en aquella potencia la influencia que pretendia abrogarse, este proyecto rigoroso debia desaparecer ante la posibilidad de una paz inmediata, cuyas consecuencias debian ser obligar forzosamente á la Inglaterra á tratar con condiciones razonables. Napoleon permitió, pues, á M. de Talleyrand que concediese todas las apariencias de influencia que pudiesen salvar la dignidad del gabinete ruso. Asi este ministro, quedó autorizado, en el tratado patente, á garantizar la evacuacion de la Alemania, la integridad del imperio otomano, y la independencia de la república de Ragusa; á prometer los buenos oficios de la Francia para poner de acuerdo á la Prusia con la Suecia, y por último, á

A qué se encuentra reducida la negociacion entre la Rusia y la Francia.

aceptar los buenos oficios de la Rusia para el restablecimiento de la paz entre Inglaterra y Francia. Había en esto medios suficientes para redactar un tratado, mas importante que el que Napoleon habia querido en un principio, y por lo tanto mas lisonjero para el orgullo de la Rusia. Pero se necesitaba una indemnizacion cualquiera para los Reyes del Piamonte y de Nápoles. En cuanto al Rey de Piamonte, Napoleon se negó obstinadamente, y fue preciso renunciar á ello. Respecto á Nápoles, no consintió en ceder la Sicilia, y exigió que esta isla se restituyese al reyno de Nápoles que ya poseia José. A fuerza de buscar una combinacion para conciliar las pretensiones

Consistiendo toda la principal dificultad en la indemnizacion que se ha de dar á los Borbones de Nápoles, se imagina darles las islas Baleares.

á la Reyna destronados. Ciertamente es que las islas Baleares pertenecian á España, pero Napoleon tenia con qué proporcionar á esta un equivalente, aumentando el pequeño Reyno de Etruria con algunos fragmentos de los ducados de Parma y Plasencia. Podia ademas hacer valer en la corte de Madrid una razon excelente y muy moral, y era, que el principe real de Nápoles habia venido á ser yerno de Carlos IV el mismo dia en que una princesa de Nápoles se habia casado con el principe de Asturias: pero á mas

de sus buenas razones Napoleon tenia la fuerza. Hallábase, pues, en estado de contraer un compromiso formal respecto á las Baleares.

Imaginada esta combinacion, lo mejor era concluir cuanto antes. M. de Oubril se habia puesto en comunicacion con lord Yarmouth, que, á pesar de sus buenos sentimientos hacia la Francia, creia que era una debilidad conceder todo lo que pedia M. de Talleyrand. Como buen ingles hubiera querido que se dejase la Sicilia á la Reyna Carolina, porque conservársela á esta Reyna era darla á la Inglaterra. Asi no dejaba de insistir con M. de Oubril, para que este prolongase la resistencia de la Rusia.

Pero M. de Talleyrand tenia un medio que Napoleon le habia sugerido, y del que se servia con mucha habilidad, y era el amenazar al Austria con obrar inmediatamente contra ella si al punto no se restituian las bocas del Cattaro. Ya hemos dicho que Napoleon tenia en grande estima las bocas del Cattaro, por la posicion que ocupaban en el Adriático, y sobre todo por su proximidad á las fronteras turcas. Estaba, pues, decidido á exigir su entrega, y le era tanto mas facil amenazar cuanto que estaba resuelto á obrar. Para esto no tenia que dar mas que un paso porque sus tropas estaban en el Inn y ocupaban á Braunau. En su consecuencia, M. de Talleyrand declaró á M. de Oubril que era preciso concluir y firmar la paz que traia consigo la entrega de las bocas del Cattaro, ó que dejase á Paris, en cuyo caso se obraria contra el Austria, á no ser

(*) Es pasmosa la frescura con que refiere Mr. Thiers este proyecto de reparacion para los Reyes de Nápoles, robando para ello á España una parte de las mas preciosas de sus posesiones. España estaba no solo en paz con la Francia sino que era su aliada, y esta alianza le habia traído terribles desastres, ¿con qué derecho ni razon podia, pues, disponer el Emperador frances de sus posesiones? ¿En donde ha encontrado Mr. Thiers ese porengrino derecho de gentes que autoriza á hacer cuanto se quiere, con tal que haya fuerza suficiente para llevarlo á cabo? Semejante proceder era en Napoleon no solamente injusto y contrario á todo derecho, sino desleal é inicuo, tratándose como se trataba de una nacion que mas bien que como aliada lo servia como sierra; y valiéndonos de las mismas

palabras de que se vale Mr. Thiers, al afear un acto de la Prusia, que aunque injusto, es infinitamente mas disculpable, *preciso es decir que no hay honor en el mundo si semejantes cosas no son castigadas con una reprobacion universal.*

No nos hacemos cargo de la compensacion que como para paliar la injusticia de semejante despojo, dice el autor preparaba Napoleon, dando un aumento al reyno de Etruria: Dificultosa doctrina de reparacion era esta aun para políticos de otras épocas y de otros principios que los que ahora reynan, pero que esta doctrina se dé por sentada y natural por un hombre público de las opiniones de Mr. Thiers es un contrasentido inexplicable.

Nota del Traductor.

que esta potencia uniese sus esfuerzos a los de la Francia, para recobrar la posicion que con tanta deslealtad se habia entregado á los rusos.

Intimidado M. de Oubril por esta declaracion tan perentoria, participó á lord Yarmouth el apuro en que se hallaba, diciéndole que sus instrucciones le prescribian salvar al Austria, si esta se veia formalmente amenazada, y que por lo tanto estaba en la necesidad de conformarse; que por lo demas, en la situacion en que se hallaban, y con un carácter como el de Napoleon, nada se ganaba dejando pasar tiempo; porque cada dia llevaba aquel á cabo un nuevo acto que era preciso admitir á no indisponerse con él; que si se hubiese tratado antes del mes de Abril, José Bonaparte no hubiera sido proclamado Rey de Nápoles; y si antes del mes de Junio, Luis Bonaparte no hubiera sido Rey de Holanda; y finalmente, que no se hubiera disuelto el imperio germánico si se hubiese tratado antes del mes de Julio. M. de

Fírmase el tratado de paz con la Rusia el 20 de Julio.

Oubril tomó, pues, su partido, y firmó el 20 de Julio un tratado de paz con la

Francia, á pesar de las instancias de Lord Yarmouth para que lo demorase.

En los artículos patentes se estipuló, como ya hemos indicado, la evacuacion de Alemania, la independencia de la república de Ragusa, y la integridad del imperio turco. En estos mismos artículos, se prometieron los buenos oficios de las dos potencias contratantes para terminar las diferencias sobrevenidas entre la Prusia y la Suecia; y la Francia aceptó formalmente los buenos oficios de la Rusia para el restablecimiento de la paz con Inglaterra, cosas todas que conservaban á la Rusia la influencia posterior que no queria perder. Prometiéndose de nuevo la independencia de las siete islas, y la evacuacion inmediata de las bocas del Cattaro. En los artículos secretos se concedieron las Baleares al príncipe real de Nápoles, pero con la condicion de que no admitiria en ellas á los ingleses en tiempo de guerra; se aseguró una pension á sus padres, y se estipuló que la Suecia conservaria la Pomerania sueca en los arreglos que debian negociarse entre esta potencia y la Prusia.

En la situacion en que se hallaba la Europa, la Rusia podia aceptar muy bien

este tratado, á menos que por interes de la Reyna de Nápoles no prefiriese la guerra que solo podia ocasionarla revéses.

M. de Oubril, así que hubo concluido este tratado, partió para San Petersburgo, á fin de que su gobierno lo ratificase. Creia haber desempeñado muy bien su mision, porque si su gabinete rechazaba la paz que habia concluido, siempre se habia adelantado el retardar mes y medio la violencia que amenazaba al Austria. Si se tiene esto en cuenta no faltarán fundamentos para decir que la paz no se firmó con toda sinceridad.

M. de Talleyrand solo tenia ya que entenderse con lord Yarmouth, que se manifestaba menos exigente desde que M. de Oubril se habia rendido. El ministro frances supo aprovecharse de estas ventajas y sacar partido del tratado concluido con la Rusia, para obligar á lord Yarmouth á presentar sus poderes, á lo que siempre se habia negado. M. de Talleyrand le dijo, que era imposible prolongar aquella especie de comedia, de un negociador acreditado que no queria manifestar sus poderes; que si tardaba mas en presentarlos daria lugar á que se creyese que carecia de ellos, y que su presencia en Paris solo tenia el falaz objeto de ganar tiempo, hasta que llegase la mala estacion que impidiese á la Francia obrar, bien contra la Inglaterra, bien contra sus demas enemigos.

No se designaban cuales fuesen estos, pero algunos movimientos de tropas hácia Bayona podian dar á entender que acaso se hallase comprendido Portugal en aquel número. M. de Talleyrand añadia que era menester tomar inmediatamente un partido, y que ó dejase á Paris, ó que se diese á la negociacion un carácter formal, presentando sus poderes, porque hasta entonces solo se habia logrado despertar las desconfianzas de la Prusia, que exigia una declaracion que la tranquilizase respecto al Hannover; que no queriendo perder semejante aliado, estaban prontos á hacer la declaracion que solicitaba, y que una vez hecha, seria imposible retroceder; que la guerra seria entonces eterna, á menos que no se concluyese la paz sin la

M. de Talleyrand, despues de haber inducido á M. de Oubril á firmar la paz, induce á lord Yarmouth á que presente sus poderes.

restitucion del Hannover; que por lo demas, nada se ganaria con nuevas dilaciones, y que dos ó tres meses después, acaso tuviese la Inglaterra que consentir la conquista de Portugal como habia consentido la de Nápoles.

Vencido por estas razones, por el avencimiento concluido con M. de Oubril, por el amor de la paz, y tambien por la ambicion muy natural de poner su nombre al pie de un tratado semejante, lord Yarmouth se decidió por último á manifestar sus poderes. Esta era la

Hácese oficial la negociacion entablada entre la Inglaterra y la Francia.

nombrando á un plenipotenciario frances para que negociase públicamente con

El general Clarke, es nombrado negociador por parte de la Francia.

Desde este momento (era el 22 de Julio) la negociacion se siguió oficialmente.

Avistáronse el general Clarke y lord Yarmouth, y á excepcion de la Sicilia, ambos negociadores estuvieron conformes en un todo. La Francia concedia á Malta, el Cabo y la conquista de la India; insistia porque se le devolviesen sus factorias de Pondichéry y de Chandernagor, consintiendo en limitar el número de tropas que debia tener en ellas; pedia igualmente que se le devolviesen Santa Lucia y Tabago; pero solo mostraba empeño en la restitucion de la colonia holandesa de Surinam, sobre cuyo punto las instrucciones del negociador ingles no eran perentorias. La sola dificultad grave consistia siempre

La Sicilia permanece siendo la sola cuestion que no se puede resolver.

indemnizacion tan las Baleares. Napoleon queria dar la Sicilia á su hermano José, por dos razones poderosas. Segun él, en tanto que la Reyna Carolina residiese en Palermo, José no se hallaria muy seguro en Nápoles; la guerra seria eterna entre aquellas dos porciones del antiguo reino de las Dos Sicilias; las Calabrias se verian siempre excitadas á la rebelion por de-

bajo de cuerda, y lo que era mas grave, confinada la Reyna Carolina en Palermo, y no pudiendo sostenerse en su isla sin el apoyo de los ingleses; concluiria por entregarla enteramente á estos. Asi, pues, dejar la Sicilia á los Borbones, era asegurar su goce á los ingleses, circunstancia en estremo peligrosa para el Mediterráneo.

Por su parte lord Yarmouth, aunque tenia grandes deseos de concluir, no se atrevia. Un nuevo obstáculo vino á entorpecer mas sus buenos deseos.

Noticioso el gabinete británico de la conducta de M. de Oubril, se irritó sobremanera, y se apresuró á enviar

Agrégase lord Lauderdale á lord Yarmouth para continuar la negociacion con la Francia.

correos á San Petersburgo, para quejarse de que el negociador ruso hubiese abandonado al negociador ingles. No se contentó con esto, sino que remitió á su propio negociador lord Yarmouth, porque habia presentado tan pronto sus poderes. Temiendo al mismo tiempo que lord Yarmouth se dejase seducir por sus relaciones personales con los diplomáticos franceses, eligió para que tomase parte en la negociacion á lord Lauderdale, whig de un carácter bastante áspero y descontentadizo. Al punto partió de Londres este segundo plenipotenciario con instrucciones precisas, que sin embargo dejaban ciertas facilidades de que no estaba provisto lord Yarmouth. Lord Lauderdale era un diplomático exacto y formalista. Tenia orden de exigir que se fijase como Instrucciones dadas base de negociacion, á lord Lauderdale. el *uti possidetis*, que

pusiese á cubierto las conquistas marítimas de los ingleses, y particularmente la Sicilia, que José Bonaparte no habia aun conquistado. Es verdad que esta misma base excluia la restitucion del Hannover; pero este reino estaba fuera de toda discusion, pues los ingleses habian declarado siempre que no darian oidos ni á una sola palabra sobre este punto. Admitida la base, lord Lauderdale debia convenir en que el *uti possidetis* no se aplicaria de una manera absoluta á la Sicilia, y que se podria abandonar esta isla al precio de alguna otra compensacion. Por ejemplo, agregando á la cesion de las islas Baleares, algun sacrificio en la Dalmacia, se podia

suministrar un medio de acomodo.

Lord Lauderdale llegó á Paris sin tardanza. Era un whig, y por lo tanto mas bien amigo que enemigo de la paz. Pero se le habia advertido que se guardase de las seducciones de M. de Talleyrand, á las que se temia no fuese lord Yarmouth capaz de resistir.

Lord Lauderdale fue recibido con fria politica, porque se adivinaba en Paris que era enviado para contrarrestar el carácter de lord Yarmouth, que se juzgaba demasiado condescendencia. Napoleon para contraponer al envio de lord Lau-

M. de Champigny es nombrado adjunto del general Clarke.

derdale nombró á M. de Champigny como segundo negociador frances. Desde este momento fueron dos contra dos, MM. Clarke y de Champigny contra lord Yarmouth y lord Lauderdale.

No bien entró lord Lauderdale en este congreso presentó una nota estensa y absoluta, en la cual recapitulaba la negociacion confidencial y oficial, y pedia que se admitiese, antes de pasar adelante, el *uti possidetis*. Napoleon queria sinceramente la paz, creia conseguir-la despues que habia hecho á M. de Oubril firmar el tratado

Despues de algunas explicaciones amistosas se allanan las dificultades de forma promovidas por lord Lauderdale.

de 20 de Julio; pero no por esto era menos espuesto provocar su carácter susceptible y poco sufrido. La primera señal que dió de su descontento fue el no dar una respuesta pronta. Lord Lauderdale no se dió por rendido, y reiteró su declaracion; entonces se le replicó con un despacho enérgico y lleno de dignidad, en el cual se le decia que hasta allí la negociacion habia marchado con cordialidad y franqueza, y sin las formas pedantescas que el nuevo negociador queria introducir en ella; que si habian cambiado las intenciones, que si todo aquel aparato diplomático, ocultaba la secreta idea de una ruptura, despues de haberse hecho de algunos documentos para presentarlos al parlamento, lord Lauderdale podia desde luego volverse á Lóndres, pues el gobierno frances no estaba dispuesto á prestarse á los cálculos parlamentarios del gabinete británico. Lord Lauderdale no tenia ganas de ocasionar un rompimiento, pues su conducta procedia mas bien de falta de habi-

lidad. Explicáronse, y quedó convenido que la presentacion de la nota de lord Lauderdale era un paso de pura formalidad, que en su fondo no excluia ninguna de las condiciones admitidas anteriormente por lord Yarmouth, y que hasta el abandono de la Sicilia, mediante una indemnizacion mayor que las Baleares, era cosa en que mas explicitamente se convenia despues de la venida de lord Lauderdale. En seguida empezaron las conferencias respecto á Pondichery, Surinam, Tabago y Santa Lucia.

Los negociadores

ingleses parecian estar persuadidos que la Rusia no ratificaria el tratado de M. de Oubril en vista de las representa-

ciones del gabinete británico. Napoleon al contrario, no podia creer que M. de Oubril se hubiese adelantado á concluir un tratado semejante, á no estar suficientemente autorizado, ni tampoco que la Rusia se atreviese á romperlo, habiendo autorizado á su representante para que lo firmase. Pensó, pues, que nada perdía con aguardar la noticia de las ratificaciones rusas, que creia positivas, pues entonces la Inglaterra se veria obligada á sufrir las condiciones que tanto empeño tenia en que aceptase. En su consecuencia, mandó á los dos negociadores franceses que continuasen ganando tiempo hasta el dia en que se recibiese en Paris la respuesta de San Petersburgo. Habiendo partido M. de Oubril el 22 de Julio, debia recibirse la respuesta á fines de Agosto.

Napoleon cree que el gabinete ruso ratificará el tratado, y accede al deseo de ganar tiempo, manifestado por los negociadores ingleses.

Napoleon se engañaba, y en aquella ocasion no supo penetrar las intenciones de sus adversarios, cosa que le sucedia raras veces. Nada, en efecto, era mas dudoso que el que la Rusia ratificase el tratado; y ademas, el mal estado de la salud de M. Fox, era un nuevo peligro para el buen éxito de la negociacion. Si este generoso amigo de la humanidad llegaba á sucumbir bajo los cuidados y pesares del gobierno, cuyos hábitos habia perdido, el partido de la guerra debia triunfar del de la paz en el ministerio británico.

Pero en aquel momento una grave circunstancia ponía la paz mas en peligro que todas las contemporizaciones ordenadas por Napoleon. La Prusia se hallaba en un estado moral estremadamente

Abandono en que se halla la Prusia, durante las negociaciones de la Francia con todos los gabinetes.

triste. Despues que habia ocupado el Hannover y remitido á Inglaterra sus comunicaciones, que habian sido publicadas en Lóndres, Napoleon, como hemos dicho, habia concluido por no hacer caso de ella, y por tratarla como á un aliado del cual no hay que esperar nada. Asi todo el mundo sabia en Europa que se trataba de organizar el nuevo cuerpo germánico, y la Prusia estaba tan poco enterada de ello, como las pequeñas potencias alemanas. Todos sabian igualmente que la Francia andaba en tratos con la Inglaterra, y que por consecuencia algo debia hablarse del Hannover, y la Prusia no habia recibido ninguna comunicacion suficiente á tranquilizarla sobre este particular. El Rey Federico Guillermo se veía en la necesidad de aparentar conocer lo que ignoraba, á fin de no hacer demasiado público el abandono en que se le tenia. Aunque mantenía relaciones secretas y desleales con la Rusia, esta potencia la trataba con poca consideracion; y podia notar que á medida que se aproximaba á la Francia, le instaba menos á concluir con ella ningun tratado. Resentida con el Austria que no podia perdonarle el haberla abandonado despues de la batalla de Austerlitz, en guerra con la Inglaterra que acababa de apoderarse de 300 buques mercantes prusianos, se veía sola en Europa, y tan poco considerada, que hasta el mismo Rey de Suecia no habia titubeado en hacerle la mayor de las ofensas. Cuando las tropas prusianas se habian presentado á ocupar los territorios dependientes del Hannover, inmediatos á la Pomerania sueca, el Rey de Suecia, que, segun decia, los guardaba por cuenta de su aliado el Rey de Inglaterra, los habia defendido, y mandado hacer fuego á las tropas prusianas. Era el último grado de la humillacion el ser tratado asi por un príncipe, que no tenia otra fuerza que la que le daba su locura, protegida por sus alianzas.

Esta situacion inspiraba al gabinete prusiano reflexiones tan dolorosas como

alarmantes. La Rusia y hasta la misma Inglaterra trabajaban en aquel momento por ponerse de acuerdo con la Francia. En breve debia quedar disuelta la coaliccion, y como las potencias enemigas de la Francia, solo habian procurado atraerse la Prusia porque formaba el complemento necesario de aquella coaliccion, ¿qué seria de ella en caso de que todos dejaran las armas? ¿No la entregarían indefensa á Napoleon, que descontento de su conducta, la trataría como se le antojase, bien para comprar la paz con Inglaterra y con Rusia, bien para engrandecer los estados que quisiera fundar? y este temor era tanto mas probable cuanto que nada de lo que hiciese Napoleon lo desaprobaba la Europa, porque nadie en aquel momento se interesaba por la Prusia.

Rumores estrafios venían á confirmarla en estas reflexiones desoladoras. Rumores falsos que alarman á la Prusia.

La idea de devolver el Hannover á la Inglaterra para obtener la paz marítima, era tan natural y sencilla, que todos la concebían á la vez; y como todos estimaban tan poco á la Prusia, no obstante las virtudes de su Rey, no se vituperaba á Napoleon obrase así con una corte que no sabia ser amiga ó enemiga de nadie. Los aliados de la Francia, particularmente España, que sufrían mucho á causa de la guerra, decían en alta voz que la Prusia no era acreedora á que por su causa se prolongasen por un solo dia los males de la Europa. El general Pardo, cmbajador de España en Berlin, manifestaba tan sin rebozo esta opinion, que todos se preguntaban cual podía ser la causa de que usase un lenguaje tan atrevido. Por lo tanto, aun cuando nada de oficio se publicara de lo que estaba pasando en Paris entre lord Yarmouth y M. de Talleyrand, todos lo referían como en efecto estaba sucediendo.

Venían en seguida los malévolos, que añadiendo á lo verosímil lo que no lo era, se complacían en inventar cuentos absurdos y perjudiciales. Unos pretendían que la Francia iba á reconciliarse con la Rusia, reconstituyendo el Reyno de Polonia en provecho del gran duque Constantino, y que para ello se quitarían á la Prusia las provincias polacas que se le habian adjudicado en

la última division de la Polonia. Otros sostenian que se iba á proclamar á Murat Rey de Westfalia, y que se trataba de darle á Munster, Osnabruck y la parte occidental de la Frisia.

Por lo comun todos los rumores se componen de un conjunto de falso y de verdadero, habiendo en ellos siempre

la verdad suficiente á acreditar la mentira. Esto mismo podia reconocerse en la ocasion de que hablamos, donde hechos exactos pero desfigurados habian servido de fundamento á los rumores mas falsos. Napoleón, en efecto, pensaba devolver el Hannover á la Inglaterra, desde que no conceptuaba á la Prusia como un aliado con quien se pudiese contar; pero dando á esta una indemnizacion, ó devolviéndola todo lo que habia recibido de ella. El proyecto de quitarle las provincias polacas habia existido un momento, pero no le habian concebido los franceses, sino los rusos. Finalmente, el pretendido reyno de Murat era una invencion de la secretaría de M. de Talleyrand, que procuraba lisonjear á la familia imperial, y en la cual solo habia pensado, con la condicion de dar á la Prusia las ciudades anseáticas que codiciaba esta potencia ardentemente. Por lo demas, Napoleon no habia querido oír hablar de semejante proyecto.

Pero los noticieros no se cuidan de ser escrupulosamente exactos al inventar noticias. Burlarse de aquellos á quienes creen engañados, mostrarse indignados en la apariencia contra los que suponen autores del engaño, basta á su malévola ociosidad; y esta clase de hombres no abunda menos en los círculos diplomáticos que en el público curioso é ignorante de las grandes capitales.

Algunas imprudencias de soldados daban á aquellos rumores cierta verosimilitud. Murat tenia en su ducado de Berg una corte militar, y los que la componian usaban un language extraño. Estos, camaradas en la guerra de Murat, y entonces sus cortesanos, decian que aquel estado era muy miserable para un cuñado del Emperador. No dudaban que en breve seria Rey de Westfalia, y que se le compondria un bello reyno á espensas de aquella malvada Prusia,

que á todos hacia traicion. No eran solo los cortesanos de Murat los que hablaban así. Las tropas francesas, vueltas al pais de Darmstadt, á la Franconia y á Suabia, no tenian que dar mas que un paso para invadir la Sajonia y la Prusia; y todos estos militares que deseaban continuase la guerra, y que creian que su soberano era de la misma opinion, se lisonjaban de empezarla en breve, y de entrar en Berlin como habian entrado en Viena. El nuevo principe de Ponte-Corvo, Bernadotte, establecido en Anspach, ideaba planes bastantes ridiculos que manifestaba públicamente y que se atribuian, á Napoleon. Augereau, pensando todavia menos en lo que decia, brindaba en la mesa con su estado mayor, al feliz éxito de la próxima guerra contra la Prusia.

Estas estravagancias de soldados ociosos, que se referian en Berlin, causaban, como es natural, una sensacion penosa. Contadas en la corte, se divulgaban en seguida en toda la poblacion, y excitaban el orgullo, pronto siempre á exaltarse, de la nacion prusiana. El Rey sentia estas cosas particularmente por el efecto que debian producir en la opinion pública. La Reyna, ofendida y en extremo disgustada de lo que acababa de sucederle á su hermana la princesa de la Tour y Taxis, que habia sufrido la *mediatizacion*, se callaba, porque habia tomado el partido de guardar silencio, y porque por otra parte conocia que no tenia ningun título para exigir que Napoleon guardase consideraciones á los individuos de su familia; pero su silencio era muy significativo. M. de Haugwitz estaba mas desanimado de lo que se atrevia á confesar á su soberano. Las faltas que se habian cometido en su ausencia y contra su opinion, producian, al fin, sus consecuencias inevitables. Sin embargo, echábanle la culpa de todo, como si él hubiera sido el verdadero causante. Imputábasele como culpa suya el apresamiento de los trescientos buques, que tanto perjudicaba al comercio prusiano, y el mismo ministro de Hacienda se lo habia echado en cara en pleno consejo, con la mayor acritud. Un general, famoso en el ejército, el general Ruchel, habia llevado su falta de miramiento hasta

Irritacion general contra M. de Haugwitz.

el insulto. La opinion prusiana se pronunciaba cada vez mas contra M. de Haugwitz, á pesar de que solo podia culpársele de haber vuelto á los negocios á instancias del Rey, cuando su sistema de alianza con la Francia estaba tan comprometido, que habia llegado á ser imposible. El sentimiento del patriotismo germánico se unia á todos los demas para apresurar una crisis. Habiendo algunos libreros de Nuremberg expendido folletos contra la Francia, Napoleon habia mandado que los prendiesen, y aplicando á uno de ellos el rigor de las leyes militares, que conceptuan como enemigo al que procura insurreccionar un país contra el ejército que lo ocupa, lo habia mandado fusilar. Este lamentable suceso habia sublevado la opinion general contra los franceses y sus partidarios.

El Rey y M. de Haugwitz no pueden llevar á cabo la creacion de una confederacion alemana del Norte, con cuyo proyecto contaban.

El Rey Federico-Guillermo y M. de Haugwitz habian conluido con un proyecto que bastaria á tranquilizar los espíritus; pues esperaban que una confederacion de

las potencias alemanas del Norte, bajo el protectorado de la Prusia, podria servir de contrapeso á la confederacion del Rhin; idea que Napoleon mismo habia sugerido. El Rey habia enviado á Dresde á uno de sus ayudantes de campo á fin de decidir á la Sajonia á entrar en aquella confederacion, y el primer ministro del Elector de Hesse-Cassel habia venido á Berlin para conferenciar sobre el particular; pero ambas cortes se mostraban muy indiferentes á ello. La Sajonia, que era la potencia mas honrada de todas las de Alemania, sentia hacia la Prusia una desconfianza instintiva; y dado caso que hubiese determinado confederarse de nuevo, mas bien se hubiera inclinado al Austria que nunca habia deseado sus Estados, que á la Prusia que, envolviéndolos por todas partes, los codiciaba de un modo visible. Así, pues, no se hallaba dispuesta á acceder á lo que se la pedia, y subordinaba su conducta á la de las demas potencias del Norte de Alemania. El Hesse, descontento de la Prusia, que en 1803 habia hecho que diesen el país de Fulde á la casa de Nassau-Orange, descontento de la Francia que se habia

negado á comprenderle, engrandeciéndole, en la Confederacion del Rhin, engañando por otra parte á todos aquellos con quienes trataba, no queria decidirse por la Prusia mas que por la Francia, porque el peligro le parecia igual. Para disculparse con la Prusia, á la que al menos debia aparentar tener cierta adhesion, habia inventado una mentira odiosa, pretendiendo que la Francia le habia amenazado ocultamente para que no se adhiriese á la Confederacion del Norte. Esto era de todo punto falso; los despachos mas secretos del gobierno frances (*) prescribian, al contrario, que no se opusiese ningun obstáculo á la formacion de esta confederacion; que se guardase silencio acerca de ella; y que en caso de que la Prusia hiciese alguna consulta se contestase que la Francia veria sin disgusto dicha confederacion. Solo á las ciudades anseáticas habia prohibido la Francia esta incorporacion por razones puramente mercantiles, que no habia ocultado.

El ministro de Hesse, se explicó, pues, en Berlin con la mayor falsedad, suponiendo que la Francia habia ofrecido á su soberano, para arrancarla de la Confederacion del Norte, todo lo que su soberano habia pedido á la Francia bajo el ofrecimiento de adherirse á la Confederacion del Rhin. Hasta acusó á M. Bignon, nuestro ministro en Cassel de expresiones que no habia proferido, y que desmintió con grande energia. Es posible que M. Bignon, antes de que se tratase de la Confederacion del Norte, y cuando todos los diplomáticos alemanes se ocupaban de la Confederacion del Rhin, hubiese ponderado en términos generales las ventajas que se reportarian de la alianza francesa, y aun tambien que en su lenguaje hubiese traspasado sus instrucciones; pero si obró así fue llevado de un celo indiscreto, y la prueba que no tenia órdenes para

Falso aserto de la corte de Hesse que supone que la Francia le impide entrar en la Confederacion del Norte.

(*) He leído todos estos despachos con la mayor atencion; y como digo la verdad respecto á todas las cortes, grandes y pequeñas, la diria tambien en este caso, aunque esta verdad fuese favorable al Hesse y desfavorable á la Francia.

ello, es que Napoleon habia mandado á M. de Talleyrand por medio de una carta, que rechazase la proposicion del Elector de Hesse (*). A pesar de todo esto, el ministro de este príncipe, enviado extraordinario en Berlin, queriendo justificar una negativa inesperada, habia ido á referir de una manera mentirosa las pretendidas amenazas y los pretendidos ofrecimientos, con que habia estrechado la Francia á la pequeña corte de Cassel.

A las falsas relaciones de la corte de Cassel, se agrega un despacho de M. de Lucchesini, que acaba de trastornar los espíritus en Berlin.

Al oír estas falsedades, el Rey de Prusia creyó ver en la conducta de Napoleon una traicion odiosa, se dió por engañado y oprimido, y sintió una irritacion violenta. Al mismo tiempo recibió de Francia un despacho que le remitía M. de Lucchesini. Este embajador, hombre de talento pero ligero en demasia y poco sincero, que estaba en Paris relacionado con todos los enemigos del gobierno, sin que por eso dejase de ser uno de los cortesanos mas asiduos de M. de Talleyrand, habia recogido de algunos dias á aquella parte todos los rumores que circulaban sobre la suerte que le estaba reservada á la Prusia. Una confidencia que habia obtenido de los negociadores ingleses respecto al Hannover, cuya restitution se habia prometido tácitamente, le pareció que ponía el colmo á las circunstancias amenazadoras del momento; y como en su conducta ambigua que le habia llevado por turno á ser adversario ó partidario de M. de Haugwitz, habia apoyado poco tiempo hacia el tratado de 15 de Febrero, que él mismo habia llevado á Berlin, creyó gravemente comprometida su responsabilidad, si tenia mal resultado el último ensayo de alianza hecho con la Francia. Así, pues, lo exageró todo imprudentemente en sus relaciones. Un agente diplomático no debe ocultar nada á su gobierno, pero debe meditar mucho sus aserciones, decir solo la verdad y no desfigurar nada, sobre todo cuando de ello pueden resultar complicaciones funestas.

El correo que expidió M. de Lucchesini y que salió de Paris el 29 de Julio llegó á Berlin del 5 al 6 de Agosto, y causó una sensacion extraordinaria, que aumentó un segundo correo portador de despachos posteriores de fecha del 2 de Agosto, y que llegó á Berlin el 9. La explosion fue instantánea. Así como en un corazon lleno de sentimientos reprimidos por largo tiempo estallan estos de pronto si una nueva impresion viene á colmarlos, así el Rey y sus ministros prorumpieron en imprecaciones contra la Francia, como pudieran haberlo hecho los hombres mas violentos del partido que queria la guerra. M. de Haugwitz, tan pacífico y sensato de ordinario, podia muy bien, examinando lo pasado, recordar las faltas de la corte de Berlin, explicarse las consecuencias de estas faltas sobre el espíritu susceptible de Napoleon, comprender desde luego la indiferencia con que este último pagaba una alianza infiel, reducir así á su verdadero valor los pretendidos proyectos que amenazaban á la Prusia, y aguardar relaciones mas exactas antes de consentir que el gabinete prusiano formase una opinion y adoptase la conducta que debia seguirse. Desde aqui comienzan las verdaderas faltas de M. de Haugwitz. No creyendo mucha parte de lo que se decia, pero queriendo cubrir su responsabilidad, y lisonjeándose sobre todo de dominar al partido violento, poniéndose al frente de las demostraciones militares, consintió en todo lo que se propuso en aquel momento de agitacion. Destruído así su sistema debia haberse retirado, y abandonar á otros los azares de un rompimiento con la Francia, que preveía debia ser desastroso. Pero cedió al movimiento general de los ánimos, y todos los partidarios que tenia al lado del Rey, y particularmente M. Lombard, se apresuraron á imitarle. Ahora se reconocerá que no es preciso que un gobierno sea libre, para que las naciones den el espectáculo de los mas inconcebibles arranques populares.

Agosto de 1806.

M. de Haugwitz, en lugar de retirarse se pone al frente de los que mas declaman contra la Francia.

(*) Esta carta existe en el archivo de la Secretaria de Estado, en el Louvre.

Al punto se celebró un consejo en Potsdam, al que asistieron antiguos generales, tales como el duque de

Consejo celebrado en Potsdam, en el cual se adopta la resolución de ponerse en pie de guerra.

Brunswick y el mariscal de Mollendorf. Cuando estos hombres, que hasta entonces se habían manifestado tan cuer-

franceses habían vencido hasta entonces, era porque habían luchado con austriacos sin energía, y con rusos sin instrucción militar, pero que no sucedería lo mismo luchando con los soldados de Federico el Grande.

Personas que estaban en Berlin en aquella época, dicen que jamás presentó esta capital mayor ejemplo de exaltación y entusiasmo. M. de Haugwitz notaba ya con espanto que se habían llevado mucho más allá de su objeto, porque él solo había querido que se hiciesen simples demostraciones, y se le pedía la guerra. El ejército lo reclamaba á voces: la Reyna, el príncipe Luis y la corte, contenidos poco antes por la expresa voluntad del Rey, manifestaban ya sin rebozo cuanto sentían. Segun ellos, no habían sido alemanes ni prusianos hasta entonces; dábase al fin oídos, según ellos, á la voz del interés y del honor; librábanse de las ilusiones de una alianza pérfida y deshonorosa, y en aquel momento eran ya dignos de sí mismos, y del fundador de la monarquía prusiana Federico el Grande.—Jamás se ha visto delirio igual, sino allí donde la multitud arrastra á los cuerdos, y donde las cortes dirigen á los Reyes débiles.

De improviso se divulgó en Berlin, el 10 de Agosto, que el Rey se había decidido á hacer armamentos, que habían sobrevenido grandes dificultades entre la Prusia y la Francia, y que hasta se habían descubierto peligros ocultos y una especie de traición meditada, que se explicaba con la presencia de las tropas francesas en Suabia, en Franconia y en Westfalia. La opinión, agitada muy á menudo pero siempre contenida por el ejemplo del Rey, en el cual tenía confianza, se pronunció abiertamente, estallando la indignación en el corazón de los súbditos como en el del príncipe. Razon teníamos, exclamaban de todas partes, en decir que la Francia no guardaría más consideraciones á la Prusia que las que guardaba al Austria, y que lo que pretendía era invadir y destruir á toda la Alemania; que los partidarios de la alianza francesa estaban engañados ó eran traidores; que no era M. de Hardenberg el que estaba vendido á la Inglaterra, sino M. de Haugwitz á la Francia; que era menester al fin reconocerlo así, y que el mal estaba en haberlo reconocido tan tarde; que no era entonces, sino seis meses antes, la víspera ó el día después de la batalla de Austerlitz, cuando se debía haber empuñado las armas; lo cual sin embargo era ya de poca importancia, pues, aunque tarde, era menester defenderse ó perecer, y que la Inglaterra y la Rusia acudirían sin duda á socorrer á la potencia que hiciese frente á Napoleon; por último, que si los

¿Empero, qué es lo que acontecía que pudiese justificar semejantes arrebatos? En vísperas la Prusia de firmar en 1805 un tratado de alianza íntima con la Francia, había cedido, bajo el falso pretexto de la violación del territorio de Anspach, á las instancias de la coalición europea, á los clamores de la aristocracia alemana, á los alhagos de Alejandro, y firmado el tratado de Potsdam, en lo cual había cometido una especie de traición. Después, viéndola la Francia victoriosa en Austerlitz, había cambiado bruscamente de partido, y aceptado el Hannover de manos de Napoleon, después de haberlo aceptado algunos días antes de las de Alejandro. Napoleon había querido de buena fe atraérsela con semejante donativo, y aguardaba esta última prueba para ver si se podía confiar en ella. Pero la Prusia, después de haber aceptado con confusión dicho donativo, no se había atrevido á confesarlo al mundo; casi se había excusado con los ingleses de la ocupación del Hannover, y no había tomado entre Napoleon y sus enemigos la posición franca

que debiera haber tomado para inspirarle confianza. Disgustado de tales relaciones, Napoleon habia formado el proyecto secreto de recuperar el Hannover, para obtener de la Inglaterra una paz que ya no esperaba imponerle por medio de su alianza con la Prusia. Pero pensaba en una indemnizacion y la habia preparado en su mente, aunque sin decir nada, titubeando en franquearse con una corte á la cual estimaba poco. ¿Y puede compararse este proceder á la conducta de la Prusia, que habia permanecido en relaciones secretas con la Rusia por medio de M. de Hardenberg, á pesar del tratado formal de alianza firmado en Schönbrunn y renovado en Paris el 15 de Febrero? Seguramente que no. Las faltas de Napoleon se reducian á algunas libertades que no debia haberse permitido, pero que la conducta equivoca de la Prusia, excusaba ya que no justificaba.

En realidad, la Prusia estaba humillada del papel que habia representado, asustada del aislamiento en que se iba á hallar si la Inglaterra y la Rusia se reconciliaban con la Francia, inquieta por el vago temor de los tratamentos que en este caso se veria expuesta á sufrir de parte de Napoleon, sin que hubiese nadie que se interesase por su suerte; y en tal estado estaba dispuesta á tomar por reales y efectivos los rumores mas falsos y mas inverosímiles. En todo lo que pasaba en Berlin nada habia de verdadero y honroso mas que el patriotismo aleman humillado por los triunfos de la Francia, y estallando al primer pretexto que se le presentaba, fundado ó no. Pero este sentimiento estallaba fuera de tiempo. Lo natural hubiera sido que en 1805, cuando Napoleon dejó á Bolonia, se hubiese pronunciado abiertamente por la Francia, manifestando los motivos que tenia para obrar así, ó bien desde la misma época que se hubiese manifestado contraria, y tomado parte en la lucha cuando la Rusia y el Austria estaban sobre las armas. Pero adoptar este partido en otras circunstancias, era caminar directamente á su pérdida, y por una senda que no era tampoco la mas honrosa.

La policia de Napoleon habia interceptado los despachos de M. de Lucchesini, y enterándose de ellos. Indignado Napoleon, mandó al punto escribir

á M. de Laforest, para noticiarle la remision de dichos despachos, y encargarle desmintiese todas las aserciones del ministro prusiano, como asimismo que exigiese su separacion. Por desgracia era demasiado tarde, y no podia dominarse el impulso que se habia dado á la opinion de los ánimos en Prusia. Por otra parte, fastidiado M. de Haugwitz del cambio de papeles que habia tenido que desempeñar de un año á aquella parte ni aun tenia ánimo para adoptar buenas resoluciones. No se atrevia ni á visitar al ministro de Francia, ni á declarar á aquellas gentes faltas de tino, cuya locura habia lisonjeado, que las abandonaba de nuevo para unirse otra vez á las personas sensatas y juiciosas, muy raras entónces en Berlin.

M. de Laforest le halló incómodo, y como si huyese de entrar en explicaciones. Sin embargo, despues de varias tentativas logró verle, y le preguntó ¿qué se habia hecho de aquella sangre fria de que habia dado tantas pruebas? ¿cómo habia podido creer las falsas relaciones inventadas por la corte de Hesse, los murmullos de los charlatanes que M. de Lucchesini no habia sabido despreciar, y cómo no aguardaba á adquirir mas seguros informes antes de tomar resoluciones tan graves como las que se anunciaban públicamente? M. de Haugwitz, turbado á medida que conocia la razon de aquellas inculpaciones y la ligereza con que se habia procedido, lamentó mucho la conducta que se habia observado en aquellas circunstancias, confesó sencillamente cuan irresistible era el impulso que arrastraba al Rey, á la corte y aun á él mismo, y por último declaró que si no acudian en su auxilio, irian á arrojarse, acaso para perecer, sobre el escollo de la guerra; que nada se habia perdido todavía, si Napoleon queria hacer una demostracion cualquiera, que fuese una satisfaccion para el orgullo de la multitud, y una razon para tranquilizar al gabinete; que el alejamiento del ejército frances, reunido hacia

Napoleon hace desmentir en Berlin el despacho de M. de Lucchesini, en cuanto tiene conocimiento de él.

No es tiempo ya de dominar el impulso que arrebató los ánimos en Prusia.

Explicacion entre M. de Haugwitz y M. de Laforest.

M. de Haugwitz pide que se aleje el ejército francés, como el solo medio de arreglarlo todo.

den respecto á los armamentos que se hacian, alegando como motivo de haber armado la reunion de las tropas francesas, y como razon para desarmar la retirada de estas al otro lado del Rhin. M. de Haugwitz añadió, que para facilitar las explicaciones se llamaria á M. de Lucchesini, y se le reemplazaria en Paris con M. de Knobelsdorf, hombre sensato y de confianza.

Napoleon hubiera podido acceder á ello sin comprometer su gloria, porque nunca habia pensado invadir la Prusia: solo habia tomado algunas precauciones cuando esta potencia se habia negado á ratificar el tratado de Schönbrunn. Pero luego, no pensaba mas que en el Austria y en las bocas del Cattaro, y en hacer que se las restituyesen por medio de alguna amenaza; y despues del tratado firmado por M. de Oubril estaba dispuesto á traer sus tropas á Francia. Como prueba de ello habia mandado construir un vasto campamento en Meudon para reunir en él al grande ejército, y celebrar fiestas magnificas en el mes de Septiembre. Pero un acontecimiento grave é imprevisto vino á trastornarlo todo, creandole nuevas dificultades. Contra lo

Napoleon hubiera accedido á la peticion de la Prusia, si la negativa á ratificar el tratado de M. de Oubril no le hubiese hecho creer la existencia de una coalicion.

vas instancias de la

Motivos que habian inducido á Alejandro á no ratificar el tratado firmado por M. de Oubril.

su lealtad que rechazase un tratado concluido intempestivamente y demasiado pronto y con condiciones muy desventajosas. El Emperador Alejandro, aunque temia mucho las consecuencias de la guerra con Napoleon, no las temia tanto al ver á la Inglaterra menos dis-

algun tiempo en los territorios cercanos á la Prusia, llenaria este doble objeto; que entonces se podria dar contraór-

puesta que habia creido á precipitarse en los brazos de la Francia. Tambien parece habia ya traspirado algo de las agitaciones de la corte de Prusia, y de la posibilidad de arrastrar á esta corte á la guerra. Finalmente, el conocimiento reciente de la disolucion del imperio germánico que aumentaba los celos de la Rusia, como los de todas las demas potencias, y que hacia preveer se aumentaria el odio que todas profesaban á Napoleon; todo esto habia decidido á Alejandro á no ratificar el tratado de M. de Oubril. Sin embargo, contestó que estaba pronto á continuar las negociaciones, pero de acuerdo con la Inglaterra, á la que confiaba sus poderes para tratar, con la condicion de que se dejaria á la familia real de Nápoles no solo la Sicilia sino tambien toda la Dalmacia, y que se darian las islas Baleares al Rey del Piamonte. El correo portador de estas noticias llegó á Paris el Septiembre de 1806.

3 de Septiembre, en el momento mismo en que los armamentos de la Prusia llamaban la atencion de toda la Europa, y en que se pedia á Napoleon sacase de apuros á M. de Haugwitz y al Rey Federico Guillermo, retirando las tropas francesas. Napoleon sintió á su vez, nacer en él una desconfianza profunda, y se figuró que le hacian traicion. El recuerdo de la conducta observada por el Austria el año anterior, y el de sus armamentos negados con tanta obstinacion, aun en el momento mismo de estar las tropas en marcha, le hizo creer que lo mismo iba á suceder entónces, que los armamentos intempestivos de la Prusia no eran mas que una perfidia, y que corria el peligro de ser sorprendido en Septiembre de 1806 como estuvo en poco le sucediese en Septiembre de 1805. Por lo tanto, no se hallaba en ánimos de retirar sus tropas de la Franconia, posicion militar muy importante en caso de guerra con la Prusia, como se verá en breve. Otra circunstancia le inducia á creer la existencia de una coalicion. M. Fox, que hacia dos meses estaba enfermo, acababa de morir. De este modo, en un mismo año, las fatigas y trabajos del poder ejercido por largo tiempo habian ocasionado la muerte de M. Pitt, y las primeras pruebas del mismo poder, que habia llegado á ser nuevo para M.

puesta que habia creido á precipitarse en los brazos de la Francia. Tambien parece habia ya traspirado algo de las agitaciones de la corte de Prusia, y de la posibilidad de arrastrar á esta corte á la guerra. Finalmente, el conocimiento reciente de la disolucion del imperio germánico que aumentaba los celos de la Rusia, como los de todas las demas potencias, y que hacia preveer se aumentaria el odio que todas profesaban á Napoleon; todo esto habia decidido á Alejandro á no ratificar el tratado de M. de Oubril. Sin embargo, contestó que estaba pronto á continuar las negociaciones, pero de acuerdo con la Inglaterra, á la que confiaba sus poderes para tratar, con la condicion de que se dejaria á la familia real de Nápoles no solo la Sicilia sino tambien toda la Dalmacia, y que se darian las islas Baleares al Rey del Piamonte. El correo portador de estas noticias llegó á Paris el Septiembre de 1806.

3 de Septiembre, en el momento mismo en que los armamentos de la Prusia llamaban la atencion de toda la Europa, y en que se pedia á Napoleon sacase de apuros á M. de Haugwitz y al Rey Federico Guillermo, retirando las tropas francesas. Napoleon sintió á su vez, nacer en él una desconfianza profunda, y se figuró que le hacian traicion. El recuerdo de la conducta observada por el Austria el año anterior, y el de sus armamentos negados con tanta obstinacion, aun en el momento mismo de estar las tropas en marcha, le hizo creer que lo mismo iba á suceder entónces, que los armamentos intempestivos de la Prusia no eran mas que una perfidia, y que corria el peligro de ser sorprendido en Septiembre de 1806 como estuvo en poco le sucediese en Septiembre de 1805. Por lo tanto, no se hallaba en ánimos de retirar sus tropas de la Franconia, posicion militar muy importante en caso de guerra con la Prusia, como se verá en breve. Otra circunstancia le inducia á creer la existencia de una coalicion. M. Fox, que hacia dos meses estaba enfermo, acababa de morir. De este modo, en un mismo año, las fatigas y trabajos del poder ejercido por largo tiempo habian ocasionado la muerte de M. Pitt, y las primeras pruebas del mismo poder, que habia llegado á ser nuevo para M.

Fox, habian apresurado su fin. Llevábase M. Fox consigo la paz del mundo, y la posibilidad de una alianza fecunda entre la Francia y la Inglaterra. Si esta potencia habia tenido una gran pérdida con la muerte de M. Pitt, no era menos inmensa la que sufría la Europa y la humanidad, perdiendo á M. Fox. Muerto éste, el partido de la guerra debía triunfar del de la paz en el seno del gabinete británico.

Sin embargo, este gabinete no se atrevió á hacer un cambio notable en las condiciones de paz que anteriormente se habian enviado á Paris. Lord Yarmouth habia abandonado la negociacion, fastidiado de ella, continuándola solo lord Lauderdale.

A la muerte de M. Fox, recibe Lord Lauderdale el encargo de presentar en Paris las condiciones de la Rusia

Mandóse á este desde Londres que presentase las peticiones de la Rusia, que consistían en reclamar la Sicilia y la

Dalmacia para la corte de Nápoles, y las Baleares para el Rey del Piamonte. Al presentar lord Lauderdale estas nuevas condiciones obró en nombre de las dos cortes, y como si tuviese los poderes de ambas. Así, por aguardar el efecto de las ratificaciones de San Petersburgo, habia perdido Napoleon la ocasion decisiva de adquirir la paz; errores que cometen los mas grandes talentos así en el campo de la política como en el de la guerra.

La irritacion que causa á Napoleon la negativa de la Rusia y las nuevas condiciones presentadas en Paris, no le disponen favorablemente á la paz.

que á ceder. En esta época recibió á M. de Knobelsdorf que habia venido apresuradamente á reemplazar á M. de Lucchesini. Acogióle bien, y en la conferencia que tuvieron le afirmó positivamente que no abrigaba ningun proyecto

Audiencia dada por Napoleon á M. de Knobelsdorf.

él no exigía de ella sino la ejecucion de los tratados; que no pensaba en quitarle nada, y que todo lo que se habia

Napoleon sintió cierta irritacion que le indujo aun mas á suponer la existencia de una conspiracion europea, inclinándose por tanto mas á recurrir de nuevo á las armas

contra la Prusia; que no comprendia lo que esta potencia queria de él, pues

divulgado respecto á este particular era falso, aludiendo con estas palabras á los despachos de M. de Lucchesini, que habia presentado aquel mismo dia las órdenes que le mandaban regresar á su corte. En seguida usando de una franqueza digna de su grandeza, añadió que en todos los rumores que se habian divulgado, solo habia de cierto lo que se decia respecto al Hannover; que en efecto, algo se habia tratado de esto con la Inglaterra; que viendo que la paz del mundo estaba unida á esta cuestion, habia tenido el proyecto de dirigirse á la Prusia, de exponerle la situacion de las cosas en toda su verdad y de darle á elegir entre la paz general comprada por la restitucion del Hannover, salvo indemnizarla convenientemente y la continuacion de la guerra con la Inglaterra; pero de una guerra á muerte, y dando al Rey Federico Guillermo francas explicaciones sobre el grado de energia con que debia concurrir á esta guerra. Afirmó, ademas, que en cualquier caso, nunca hubiera tomado ninguna resolucion decisiva, sin haberse explicado antes francamente con la Prusia.

Una explicacion tan leal debiera haber disipado todas las dudas. Pero no le bastaba esto á la Prusia, necesitaba un acto de deferencia que salvase su orgullo. Acaso hubiera condescendido Napoleon, si en aquel momento, lleno de desconfianza, no hubiese creído en la existencia de una nueva coalicion que todavia no se habia formado, aunque debia formarse en breve. Pero en la escitacion de ánimo que provocan los acontecimientos, no siempre se puede juzgar á ciencia cierta de lo que sucede entre los adversarios. En su consecuencia ordenó á M. de Laforest que se mostrase reservado, y que manifestase á M. de Haugwitz que la Prusia no obtendria otras explicaciones que las que se habian dado á MM. de Knobelsdorf y de Lucchesini; que en cuanto á la peticion relativa á la retirada del ejército, respondia con otra exactamente igual, esto es; que si la Prusia daba contraórdenes respecto á los armamentos que hacia, él estaba pronto á mandar á las tropas francesas que repasasen el Rhin.

Napoleon se niega á retirar las tropas francesas, y no quiere dar otras explicaciones que las que ha dado á M. de Knobelsdorf.

En seguida ordenó á M. de Laforest que guardase silencio, y Ordénase á M. de Laforest que guarde silencio.

situación á que hemos llegado, le escribía, no debe darse crédito á las protestas, aunque parezcan muy sinceras. Ya nos han engañado muchas veces. Necesitamos hechos: que la Prusia mande el desarme, y los franceses repasarán el Rhin; pero de ningún modo antes.—

M. de Laforest cumplió fielmente las órdenes de su soberano; y despues de convencer á M. de Haugwitz de la ligereza con que habian procedido, lo cual no le costó mucho trabajo, porque M. de Haugwitz estaba convencido de antemano aunque dominado por los acontecimientos, guardó el mas escrupuloso silencio. No bastaba al gabinete prusiano hallarse ilustrado acerca de las intenciones de Napoleon; necesitaba poder dar á la opinion pública alguna explicacion que la satisficiese, y á él mismo hechos claros y positivos, tales como la retirada de los franceses; y aun con esto, acaso no se hubiesen dado por satisfechos del todo, segun el estado de exaltacion en que se hallaban los ánimos. El orgullo prusiano reclamaba una satisfaccion; pues tanta necesidad se siente de ella cuando se tiene razon, como cuando se carece de ella.

Efecto del silencio de M. de Laforest.

El Rey y M. de Haugwitz dejaron transcurrir algunos dias mas, hasta ver si Napoleon les comunicaba algo mas explicito y satisfactorio.—Este silencio lo hace perder todo, repelia M. de Haugwitz á M. de Laforest.—Pero la suerte estaba echada: la Prusia, por las tergiversaciones que le habian enagenado la confianza de Napo-

leon, y la Francia por no guardarla las consideraciones debidas, debian venir á las manos y emprender una guerra funesta, tanto mas lamentable cuanto que en el estado en que se hallaba la Europa, eran las dos únicas potencias, cuyos intereses pudieran conciliarse. M. de Laforest guardó escrupulosamente el silencio que se le habia prescrito; pero manifestando en su semblante su dolor, dolor expresivo y bastante significativo, si la corte de Prusia hubiera querido comprenderlo, y conducirse segun lo que le demostraba. Pero no sucedia así por parte del Rey Federico Guillermo ni de sus ministros. Todos los dias atravesaban por Berlin regimientos cantando canciones patrióticas, que repetia el pueblo reunido en las calles. Por todas partes se preguntaba cuándo partiria el Rey para el ejército, y que si era verdad que trataba de permanecer en Potsdam para volverse atras de su primera determinacion. Este clamor llegó á ser tan universal que fue preciso obedecer á la opinion. El desgraciado Federico Guillermo partió el 21 de Septiembre para Magdeburgo.

Esta era la señal de guerra que se esperaba en Alemania, y que Napoleon esperaba en Paris. Desde este dia la guerra era inevitable. En el libro siguiente se verán las terribles vicisitudes y las desastrosas consecuencias que tuvo para la Prusia, y los resultados gloriosos que alcanzó Napoleon; resultados que nos inspirarian una satisfaccion completa, si la política hubiese marchado de acuerdo con la victoria.

El Rey, despues de aguardar algunos dias por si llegaban nuevas explicaciones, parte al fin para el ejército.

Declárase la guerra entre la Prusia y la Francia.

INDICE

DE LOS LIBROS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO DECIMONOVENO.

EL IMPERIO.

Efecto que causa en Europa la muerte del duque de Enghien.—La Prusia que se disponia ya á entrar en alianza con la Francia, se inclina á la Rusia y se une á ella por medio de un convenio secreto.—Cual era en 1803 la verdadera alianza de la Francia, y de qué modo se frustró.—Es denunciada á todos los gabinetes la conducta de MM. Drake, Smith y Taylor.—La impresion que causa esta denuncia atenúa el efecto producido por la muerte del duque de Enghien.—Sensacion en San Petersburgo.—Esta corte se viste espontáneamente de luto.—Conducta ligera é irreflexiva del jóven Emperador.—Quiere reclamar á la Dieta de Ratisbona contra la violacion del territorio germánico, y dirige notas imprudentes á la Dieta y á la Francia.—Circunspeccion del Austria.—Esta potencia no se queja por lo acaecido en Ettenhim, pero aprovecha del apuro en que cree se encuentra el primer Cónsul para cometer en el Imperio los mayores excesos.—Espoliaciones y violencias en toda Alemania.—Energia del primer Cónsul.—Respuesta cruel dada al Emperador Alejandro, y órden al embajador frances para que se retire.—Desdeñosa indiferencia hácia las reclamaciones de la Dieta.—Medio ideado por M. de Talleyrand para que dichas reclamaciones no tengan resultado alguno de importancia.—Conducta equívoca de los ministros austriacos en la Dieta.—Se aplaza la cuestion.—Se insinua al Austria que cese en sus violencias contra el Imperio.—Deferencia de aquella corte.—Continuacion del proceso de Jorge y Moreau.—Suicidio de Pichegrú.—Agitacion de los ánimos.—Nace de esta agitacion un cambio en la opinion pública á favor de las ideas monárquicas.—Considérase el derecho hereditario como un medio de consolidar el órden establecido, y ponerle á cubierto de las consecuencias de un asesinato.—Numerosas peticiones.—Discurso de M. de Fontanes con motivo de haberse concluido el Código civil.—Papel que desempeña M. Fouché en aquella circunstancia.—Es el instrumento del cambio que se prepara.—M. Cambacérès opone alguna resistencia á dicho cambio.—Explicacion del primer Cónsul con este.—Determinacion del Senado preparada por Mr. Fouché.—El primer Cónsul demora contestar al Senado, y se dirige á las córtes extrangeras, para saber si obtendrá de ellas que reconozcan el nuevo título que quiere tomar.—Respuesta favorable de la Prusia y del Austria.—Condiciones con que esta última corte ofrece su reconocimiento.—Disposicion activa del ejército á proclamar un Emperador.—El primer Cónsul, despues de haber guardado silencio por largo tiempo, responde al Senado, pidiéndole que le dé á conocer todo su pensamiento.—El Senado delibera.—Mocion del tribuno Curée, que tiene por objeto pedir el restablecimiento de la monarquía.—Preséntase esta mocion al Senado, quien la acoje, y dirige un mensaje al primer Cónsul para proponerle el

restablecimiento de la monarquía.—Comision encargada de proponer los cambios necesarios en la Constitucion consular.—Cambios adoptados.—Constitucion imperial.—Grandes dignatarios.—Empleos militares y civiles.—Proyecto de restablecer algun dia el imperio de occidente.—Las nuevas disposiciones constitucionales son convertidas en un Senado-consulta.—El Senado se traslada en cuerpo á Saint-Cloud, y proclama á Napoleon Emperador.—Singularidad y grandeza de este espectáculo.—Continuacion del proceso de Jorge y Moreau.—Es condenado Jorge á muerte, y ejecutado.—MM. Armand de Polignac y de Rivière son condenados á muerte y perdonados.—Moreau es desterrado.—Su destino y el de Napoleon.—Nueva faz de la Revolucion francesa.—La república convertida en monarquía militar. Págs. 5 á 63.

LIBRO VIGÉSIMO.

LA CONSAGRACION.

Retárdase la expedicion de Inglaterra.—Motivos y ventajas de aquel retardo.—Redóblanse los cuidados en los preparativos.—Medios rentísticos.—Presupuestos de los años XI, XII y XIII.—Establecimiento de las contribuciones indirectas.—Antigua teoría de la contribucion única territorial.—Napoleon la desecha, y manda que se establezca un arbitrio sobre consumos.—Primer arreglo de la administracion de los derechos reunidos.—La España paga su subsidio en obligaciones á plazo.—Preséntase una asociacion de capitalistas para descontarlas.—Primeras operaciones de la compañía llamada de los *comerciantes reunidos*.—Destínanse todos los recursos existentes á las escuadras de Brest, de Rochefort y de Tolon.—Napoleon prepara la venida de una escuadra francesa á la Mancha para asegurar la travesía de la flotilla.—Primera combinacion en que se fija.—Queda encargado el almirante Latouche-Treville de ejecutarla.—Este almirante debe salir de Tolon, engañar á los ingleses con un falso rumbo, y aparecer en la Mancha, uniéndose en la travesía á la escuadra de Rochefort.—Proyecto de verificar el desembarco en Julio ó Agosto, antes de la ceremonia de la coronacion.—Los ministros de las córtes que están en paz con la Francia entregan á Napoleon sus credenciales.—Solo el embajador de Austria no lo hace.—Partida de Napoleon para Boloña.—Inspeccion general de la flotilla, buque por buque.—La flotilla bátava.—Gran fiesta á orillas del océano, en la que se distribuyen al ejército las condecoraciones de la Legion de Honor.—Continuan los acontecimientos en Inglaterra.—Agitacion extremada de los ánimos.—Cae el ministerio Adington por la coalision de MM. Fox y Pitt.—Nueva entrada de M. Pitt en el ministerio, y sus primeros pasos para anudar de nuevo una coalicion en el continente.—Sospechas de Napoleon.—Obliga al Austria á que se explique exigiendo que los credenciales de M. de Cobentzel se le remitan á Aquisgran.—Rompe las relaciones diplomáticas con la Rusia dejando marchar á M. de Oubril.—Muere el almirante Latouche-Treville, y se aplaza hasta el invierno el proyecto de desembarco.—Reemplaza á Latouche-Treville el almirante Villeneuve.—Carácter de este.—Viage de Napoleon á las orillas del Rhin.—Grande afluencia de personajes en Aquisgran.—M. de Cobentzel entrega sus credenciales á Napoleon.—La corte imperial se traslada á Maguncia.—Regreso á Paris.—Preparativos para la consagracion.—Dificil negociacion para lograr que Pio VII venga á consagrar á Napoleon.—El cardenal Fesch embajador.—Carácter y conducta de este personage.—Temor que se apo-

dera de Pio VII á la idea de pasar á Francia.—Consulta á una congregacion de cardenales.—Cinco se declaran en contra de dicho viage, y quince en favor de él, pero con condiciones.—Largo debate sobre dichas condiciones.—Consentimiento definitivo.—Se suspende la cuestion acerca del ceremonial.—El Obispo Bernier y el archicanciller Cambacérès eligen en el Pontifical romano y en el Pontifical frances las ceremonias compatibles con el espíritu del siglo.—Napoleon se niega á que le pongan la corona en la cabeza.—Pretensiones de familia.—Partida del Papa para Francia.—Su viage.—Su llegada á Fontainebleau.—Su alegria y confianza al ver la acogida que le hacen.—Matrimonio religioso de Josefina y de Napoleon.—Ceremonia de la consagracion.

Págs. 64 á 109.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO.

TERCERA COALICION.

Permanencia del Papa en Paris.—Empeño de Napoleon en detenerle.—No habiendo podido obrar las escuadras en Diciembre, Napoleon emplea el invierno en organizar la Italia.—Transformacion de la República italiana en un reyno dependiente del imperio frances.—Ofrécese este reyno á José Bonaparte, y éste no quiere admitirle.—Napoleon se decide á colocar sobre su cabeza la corona de hierro, declarando que las coronas de Francia é Italia quedarian separadas cuando se restableciese la paz.—Sesion solemne en el Senado.—Segunda coronacion en Milan, fijada para el mes de Mayo de 1805.—Napoleon halla en su estancia del otro lado de los Alpes un medio para ocultar mejor sus nuevos proyectos marítimos.—Aumentanse sus recursos navales con la imprevista declaracion de guerra que hace la Inglaterra á la España.—Fuerzas navales de Holanda, Francia y España.—Proyecto de una grande expedicion á la India.—Vacilacion momentánea entre aquel proyecto y una expedicion directa contra la Inglaterra.—Preferencia definitiva por esta última.—Queda todo dispuesto para verificar el desembarco en los meses de Julio y de Agosto.—Las escuadras de Tolon, de Cádiz, del Ferrol, de Rochefort y de Brest deben reunirse en la Martinica, para volver en Julio á la Mancha en número de sesenta navios.—El Papa se dispone al fin á volver á Roma.—Proposiciones que hace á Napoleon antes de dejarle.—Respuesta sobre los diferentes puntos tratados por el Papa.—Disgusto de este, aminorado, sin embargo, por el buen éxito de su viage á Francia.—Salida del Papa para Roma, y de Napoleon para Milan.—Disposiciones de las córtes de Europa.—Su tendencia á una nueva coalicion.—Estado del gabinete ruso.—Los jóvenes amigos de Alejandro forman un gran plan de mediacion europea.—Ideas que constituyen aquel plan, verdadero origen de los tratados de 1815.—M. de Nowosiltzoff, queda encargado de hacer que se apruebe en Lóndres,—Acogida que recibe de M. Pitt.—El plan de mediacion es convertido por el ministro inglés en un plan de coalicion contra la Francia.—Regreso de M. de Nowosiltzoff á San Petersburgo.—El gabinete ruso firma con lord Gower el tratado que constituye la tercera coalicion.—Queda sometida la ratificacion de aquel tratado á la condicion de la evacuacion de Malta por la Inglaterra.—A fin de conservar á aquella coalicion la forma previa de una mediacion, M. de Nowosiltzoff debe dirigirse á Paris para tratar con Napoleon.—Inútiles esfuerzos de la Rusia para comprometer á la Prusia en la nueva coalicion.—Esfuerzos mas felices cerca del Austria, la cual contrae compromisos eventuales.—La Rusia se sirve de la mediacion de la Prusia

á fin de obtener de Napoleon pasaportes para M. de Nowosiltzoff.—Concédense dichos pasaportes.—Napoleon en Italia.—Entusiasmo de los italianos por él.—Coronacion en Milan.—Es declarado Eugenio de Beauharnais virey de Italia.—Fiestas militares, y visitas á todas las ciudades.—A vista de la Italia se siente Napoleon irresistiblemente arrastrado á ciertos proyectos.—Idea expulsar un dia á los Borbones de Nápoles, y se decide á reunir inmediatamente á Génova á la Francia.—Motivos de aquella reunion.—Constitúyese el ducado de Luca en un feudo imperial en beneficio de la princesa Elisa.—Despues de una permanencia de tres meses en Italia, se dispone Napoleon á volver á Boloña á fin de verificar el desembarco.—Ganteaume no puede encontrar ni un solo dia favorable para salir de Brest y darse á la vela.—Villeneuve y Gravina, salidos afortunadamente de Tolon y de Cádiz, reciben el encargo de hacer levantar el bloqueo que sufre Ganteaume, para dirigirse todos juntos á la Mancha.—Permanencia de Napoleon en Génova.—Su repentina partida para Fontainebleau.—Mientras que Napoleon prepara el desembarco en Inglaterra, todas las potencias del continente preparan una guerra formidable contra la Francia.—Apurada la Rusia por haberse negado la Inglaterra á abandonar á Malta, encuentra en la reunion de Génova un pretexto para no detenerse, y el Austria una razon para decidirse al momento.—Tratado de subsidio.—Armamentos inmediatos obstinadamente negados á Napoleon.—Este se apercibe de ellos, y pide explicaciones, á la vez que empieza á hacer algunos preparativos en la Italia y en el Rhin.—Persuadido mas que nunca que debe cortar en Lóndres el nudo de todas las coaliciones; parte para Boloña.—Su resolucion de embarcarse, y su impaciencia mientras aguarda la escuadra francesa.—Movimiento de las escuadras.—Larga y feliz navegacion de Villeneuve y de Gravina hasta la Martinica.—Primeros síntomas de desaliento en el almirante Villeneuve.—Regresa precipitadamente á Europa, y hace rumbo hácia el Ferrol para hacer levantar el bloqueo de este puerto.—Batalla naval del Ferrol contra el almirante Cálder.—El almirante frances hubiera podido atribuirse la victoria, á no haberse perdido dos navios españoles.—Llena su objeto con haber desbloqueado el Ferrol, y unido á su escuadra las dos nuevas divisiones francesa y española.—En vez de adquirir confianza, y hacer rumbo hácia Brest para obligar á los ingleses á levantar el bloqueo de dicho puerto y dirigirse con Ganteaume y cincuenta navios á la Mancha, Villeneuve, desconcertado, se decide á hacer vela hácia Cádiz, dejando creer á Napoleon que se dirige á Brest.—Larga expectativa de Napoleon en Boloña.—Sus esperanzas al recibir los primeros despachos del Ferrol.—Su irritacion cuando empieza á creer que Villeneuve se ha dirigido hácia Cádiz.—Violenta agitacion y arrebato contra el almirante Decrès.—Noticias positivas de los proyectos del Austria.—Repentino cambio de resolucion.—Plan de la campaña de 1805.—Cuales eran las probabilidades de triunfo del desembarco, no verificado por causa de Villeneuve.—Napoleon dirige definitivamente sus fuerzas contra el continente.

Págs. 110 á 189.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

ULMA Y TRAFALGAR.

Consecuencias de la reunion de Génova al imperio.—Aunque esta reunion es una falta, produce felices resultados.—Abrese un vasto campo á las combinaciones militares de Napoleon.—Dirigense cuatro ataques contra la Francia.—Napoleon se ocupa

formalmente de uno solo, y en la manera con que piensa rechazarlo se propone destruir los otros tres.—Esposicion de su plan.—Seis cuerpos del ejército del Océano se dirigen á las orillas del Danubio.—Napoleon guarda un profundo secreto sobre sus disposiciones, y solo las comunica al Elector de Baviera, á fin de atraerse á este principe tranquilizándole.—Precauciones que toma para la conservacion de la flotilla.—Su regreso á Paris.—Mudanza de la opinion pública respecto á su persona.—Cargos que se le hacen.—Estado de la Hacienda.—Principian los atrasos.—Difícil situacion de las principales plazas mercantiles.—Falta de numerario.—Esfuerzos del comercio para proporcionársele.—Asociacion de la compañía de los *Comerciantes reunidos* con la corte de España.—Especulacion con los pesos fuertes.—Peligro de dicha especulacion.—Habiendo la compañía de los *Comerciantes reunidos* mezclado en sus manos los negocios de Francia y España, hace partícipe la una los apuros de la otra.—Consecuencias que acarrea esta situacion al Banco de Francia.—Cólera de Napoleon contra los comerciantes.—Remítense á Strasburgo y á Italia grandes cantidades de oro y plata.—Alistamiento decretado por el Senado.—Organizacion de las Reservas.—Destino que se da á los guardias Nacionales.—Sesion en el Senado.—Despego del pueblo de Paris hácia Napoleon.—Napoleon experimenta algun sentimiento, pero parte para el ejército, seguro de cambiar aquel despego y frialdad en transportes de entusiasmo.—Disposiciones de los confederados.—Marcha de dos ejércitos rusos, el uno á Galitzia para socorrer á los austriacos, y el otro á Polonia para amenazar á la Prusia.—El Emperador Alejandro en Pulawi.—Sus negociaciones con la corte de Berlin.—Marcha de los austriacos en la Lombardia y en la Baviera.—El general Mack pasa el Inn.—Despues de muchas vacilaciones el Elector de Baviera se decide á arrojarle en brazos de la Francia, y se refugia en Wurtzburgo con su corte y su ejército.—El general Mack toma posicion en Ulma.—Conducta de la corte de Nápoles.—Los franceses dan principio á sus operaciones militares.—Organizacion del grande ejército.—Paso del Rhin.—Marcha de Napoleon con seis cuerpos á lo largo de los Alpes de Suabia para envolver al general Mack.—Antes que este general sospeche la presencia de los franceses, llega Napoleon al Danubio hácia Donauwert el 6 y 7 de Octubre.—Pasan los franceses el Danubio.—Queda envuelto el general Mack.—Combates de Wertingen y de Gunzburgo.—Napoleon toma en Augsburgo sus disposiciones con el doble objeto de cercar á Ulma y ocupar á Munich, á fin de separar los rusos de los austriacos.—Murat comete un error.—Peligro de la division Dupont.—Combate de Haslach.—Napoleon acude bajo los muros de Ulma y repara las faltas cometidas.—Combate de Elchingen dado el 14 de Octubre.—Cercos de Ulma.—Desesperacion del general Mack y retirada del archiduque Fernando.—El ejército austriaco se ve reducido á capitular.—Triunfo inaudito de Napoleon.—Destruye en 20 dias y sin presentar batalla un ejército de 80,000 hombres.—Continuacion de las operaciones navales despues de la vuelta de Villeneuve á Cádiz.—Severidad de Napoleon hácia este almirante.—Manda que le reemplace el almirante Rosily, y da órdenes para que la escuadra salga de Cádiz y entre en el Mediterráneo.—Pesar del almirante Villeneuve, y su resolucion de dar un combate desesperado.—Estado de la armada franco-española y de la escuadra inglesa.—Nelson comunica á sus capitanes varias instrucciones.—Salida precipitada del almirante Villeneuve.—Encuéntranse las dos escuadras en el cabo de Trafalgar.—Los ingleses atacan formados en dos columnas.—Queda rota nuestra línea de batalla.—Combates heróicos del *Temible*, del *Bucentauro*, del *Fogoso*, del *Algeciras*, del *Pluton*, del *Aguiles*, y del *Príncipe de Asturias*.—Muerte de Nelson.—Queda Villeneuve prisionero.—Derrota de nuestra escuadra despues de una lucha memorable.—Sigue al combate una tempestad horrorosa.—Los naufragios suceden á los combates.—Conducta del gobierno imperial respecto á la marina francesa.—Ordénase que se guarde silencio acerca de los últimos acontecimientos.—Ulma hace que se olvide á Trafalgar.

Págs. 190 á 261.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

AUSTERLITZ.

Efectos que producen las noticias recibidas del ejército -Crisis rentística.—La Caja de consolidacion suspende sus pagos en España, y contribuye á aumentar los apuros de la compañía de los *Comerciantes reunidos*.—Socorros que el Banco de Francia suministra á dicha compañía.—El Banco pone en circulacion demasiados billetes, y tiene que suspender sus pagos.—Quiebras numerosas.—El público alarmado confia en Napoleon, y aguarda de él algun hecho brillante que restablezca el crédito y la paz.—Continuacion de los acontecimientos de la guerra.—Situacion de los negocios en Prusia.—La pretendida violacion del territorio de Anspach suministra pretextos al partido de la guerra.—El Emperador Alejandro aprovecha la ocasion para pasar á Berlin.—Persuade á la corte de Prusia á contraer compromisos eventuales con la coalicion.—Tratado de Potsdam.—Partida de M. de Haugwitz para el cuartel general francés.—Grande resolucion que toma Napoleon al saber los nuevos peligros que le amenazan.—Precipita su movimiento sobre Viena.—Batalla de Caldiero en Italia.—Marcha del grande ejército por medio del valle del Danubio.—Paso del Inn, del Traun y del Ens.—Napoleon en Linz.—Movimiento que podian hacer los archiduques Carlos y Juan para detener la marcha de Napoleon.—Precauciones que éste adopta al aproximarse á Viena.—Distribucion de sus cuerpos de ejército sobre las dos orillas del Danubio y en los Alpes.—Los rusos pasan el Danubio por Krems.—Peligro del cuerpo de Mortier.—Combate de Dirnstein.—Combate de Davoust en Mariazell.—Entrada en Viena.—Sorpresa de los puentes del Danubio.—Napoleon quiere aprovecharse de ella para cortar la retirada al general Kutusof.—Murat y Lannes pasan á Hollabrunn.—Murat se deja engañar por una proposicion de armisticio, y proporciona al ejército ruso tiempo para fugarse.—Napoleon desecha el armisticio.—Combate sangriento en Hollabrunn.—Llegada del ejército francés á Brünn.—Buenas medidas que adopta Napoleon para ocupar á Viena, ponerse á cubierto por el lado de los Alpes y de la Hungría contra los archiduques, y hacer frente á los rusos por la parte de Moravia.—Ney ocupa el Tyrol, Augereau la Suabia.—Quedan prisioneros los cuerpos de Jellachich y de Rohan.—Parte Napoleon para Brünn.—Ensayo de negociacion.—Loco orgullo del estado mayor ruso.—Nueva camarilla que rodea al Emperador Alejandro.—Dicha camarilla inspira á este monarca la imprudente resolucion de presentar batalla.—Terreno elegido de antemano por Napoleon.—Batalla de Austerlitz dada el 2 de Diciembre.—Destrucion del ejército austro-ruso.—El Emperador de Austria en la tienda de Napoleon.—Acuérdase un armisticio bajo la promesa de una paz próxima.—Principia la negociacion en Brünn.—Condiciones impuestas por Napoleon.—Quiere los estados Venecianos para completar el reyno de Italia, el Tyrol y la Suabia austriaca para engrandecer la Baviera y los ducados de Baden y de Wurtemberg.—Alianzas de familia con estas tres casas alemanas.—Resistencia de los plenipotenciarios austriacos.—Napoleon de vuelta á Viena tiene una larga entrevista con M. d'Haugwitz.—Vuelve á sus proyectos de union con la Prusia, y le da el Hannover con la condicion de que se aliase definitivamente á la Francia.—Tratado de Viena con la Prusia.—Partida de M. de Haugwitz para Berlin.—Libre Napoleon de la Prusia, se muestra mas exigente con el Austria.—La negociacion se traslada á Presburgo.—Acéptanse las condiciones de la Fran-

cia, y paz de Presburgo.—Partida de Napoleon para Munich.—Matrimonio de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera.—Napoleon regresa á Paris.—Acogida triunfal que se le hace. Págs. 262 á 333.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

CONFEDERACION DEL RHIN.

Napoleon regresa á Paris.—Alegria pública.—Distribucion de las banderas tomadas al enemigo.—Decreto del Senado mandando se erija un monumento triunfal.—Napoleon dedica á la Hacienda sus primeras atenciones.—Descúbrese que la compañía de los *Comerciantes reunidos* debe al Erario la cantidad de 141 millones.—Napoleon descontento de M. de Marbois, le reemplaza con M. Mollien.—Restablécese el crédito.—Fórmase un fondo con las contribuciones impuestas á los paises conquistados.—Ordenes relativas al regreso del ejército, á la ocupacion de la Dalmacia y á la conquista de Nápoles.—Prosiguen los negocios de Prusia.—El tratado de Schoenbrunn es ratificado con ciertas reservas.—Nueva embajada de M. de Haugwitz cerca de Napoleon.—Refórmase en Paris el tratado de Schoenbrunn con mas obligaciones y menos ventajas para la Prusia.—M. de Lucchesini pasa á Berlin para explicar aquellos nuevos cambios.—Ratificase al fin el tratado de Schoenbrunn, con el nombre de tratado de Paris, y M. de Haugwitz regresa á Prusia.—Ascendiente dominante de la Francia.—Entrada de José Bonaparte en Nápoles.—Ocupacion de Venecia.—Demórase la entrega de la Dalmacia.—Detiénese el ejército frances en el Inn y se reparte en las provincias alemanas que mejor pueden sostenerlo, mientras se verifica la entrega de la Dalmacia.—Apuros de los paises ocupados.—Situación de la corte de Prusia despues del regreso de M. de Haugwitz á Berlin.—Mándase á San Petersburgo al duque de Brunswick para que explique la conducta del gabinete prusiano.—Estado de la corte de Rusia.—Disposiciones de Alejandro despues de la batalla de Austerlitz.—Acogida que se hace al duque de Brunswick.—La Prusia haee esfuerzos inútiles para que la Rusia y la Inglaterra aprueben la ocupacion del Hannover.—Inglaterra declara la guerra á Prusia.—Muerte de M. Pitt, y advenimiento de M. Fox al ministerio.—Esperanzas de paz.—Establécense relaciones entre M. Fox y M. de Talleyrand.—Pasa á Paris lord Yarmouth en calidad de negociador confidencial.—Bases de una paz marítima.—Los agentes de Austria en vez de entregar á los franceses las bocas del Cattaro las ponen en poder de los rusos.—Napoleon amenaza á la corte de Viena.—La Rusia envia á Paris á M. de Oubril con la mision de prevenir un movimiento del ejército frances contra el Austria, y de proponer la paz.—Lord Yarmouth y M. de Oubril negocian juntamente en Paris.—Posibilidad de una paz general.—Cálculo de Napoleon que tiende á prolongar la negociacion.—Sistema del imperio francés.—Monarquias, grandes ducados, y ducados dependientes del imperio.—José Rey de Nápoles, Luis Rey de Holanda.—Disolucion del imperio germánico.—Confederacion del Rhin.—Movimientos del ejército frances.—Administracion interior.—Trabajos públicos.—La columna de la plaza de Vendôme, el Louvre, la calle imperial, y el arco de la Estrella.—Camino y canales.—Consejo de Estado.—Creacion de la Universidad.—Presupuesto de 1806.—Resta-

blécese el impuesto de la sal.—Nuevo sistema de tesorería —Reorganización del Banco de Francia.—Continúan las negociaciones con la Rusia y la Inglaterra.—Tratado de paz con la Rusia, firmado por M. de Oubril el 20 de Julio.—La firma de este tratado decide á lord Yarmouth á presentar sus poderes.—Llega á Paris lord Lauderdale como adjunto de lord Yarmouth.—Dificultades de la negociacion con la Inglaterra.—Algunas indiscreciones cometidas por los negociadores ingleses con respecto á la restitucion del Hannover, hacen nacer en Berlin vivas inquietudes.—Falsos informes que exaltan el ánimo de la corte de Prusia.—Nueva irritacion en Berlin, y resolucion de apelar á las armas.—Sorpresa y desconfianza de Napoleon.—La Rusia se niega á ratificar el tratado firmado por M. de Oubril, y propone nuevas condiciones.—Napoleon las rechaza.—Tendencia general á la guerra.—El Rey de Prusia exige que se retire el ejército frances.—Napoleon contesta que el que debe alejarse es el ejército prusiano.—Prolongado silencio de una y otra parte.—Los dos soberanos parten para el ejército.—Declárase la guerra entre la Prusia y la Francia. Págs. 334 á 412.



FIN DEL INDICE.





